EDWARD GIBBON

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

TOMO III

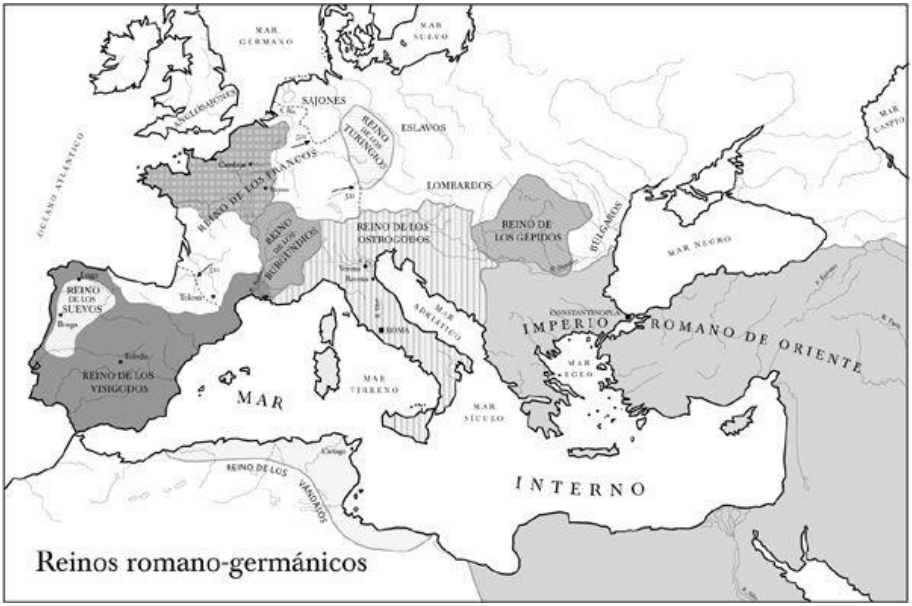
En este tercer tomo (años 412 a 1055) se prosigue el relato de las invasiones bárbaras y se narran, entre otros hechos, las revoluciones de Persia, la coronación de Carlomagno, la aparición del islam y los primeros sitios de Constantinopla.

Edward Gibbon

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO III

ePub r1.3
liete 10.06.14
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*
Edward Gibbon, 1776
Traducción: José Mor Fuentes, 1842
Notas bibliográficas y mapas: Ana Leonor Romero
Editor digital: liete
Primer editor: Macphist
Editor colaborador: Pepotem2
ePub base r1.0
Edición digital: epublibre (EPL), 2014
Conversión (pdf): FS, 2018


MAR GERMANO
MAR SUEVO
SAJONES
ESLAVOS
REINO DE LOS TURINGIOS
REINO DE LOS FRANCOS
LOMBARDOS
REINO DE LOS BURGUNDIOS
REINO DE LOS OSTROGODOS
REINO DE LOS GÉPIDOS
BÚLGAROS
MAR NEGRO
MAR CASPIO
REINO DE LOS SUEVOS
REINO DE LOS VISIGODOS
MAR
MAR TIRRENO
MAR ADRIÁTICO
MAR EGEO
MAR SÍCULO
CONSTANTINOPLA
IMPERIO ROMANO DE ORIENTE
INTERNO
REINO DE LOS VÁNDALOS
Reinos romano-germánicos

JUSTINIANO

Nota bibliográfica

Una vez concluida la historia del Imperio Romano de Occidente con las invasiones germanas, Gibbon decidió continuar su obra colocando el eje en el Imperio Romano de Oriente. Esta elección le permitió considerar en paralelo el desarrollo político y social en Oriente y Occidente, y realizar un contrapunto entre las costumbres romanas en Bizancio y los reinos romano-germánicos. El eje es el cristianismo, su relación con el Islam y la forma que adopta en Oriente. La historiografía reciente ha recuperado la relación entre la consolidación del feudalismo y del cristianismo como dos procesos interrelacionados. Mientras Gibbon se centra en los rasgos decadentistas de la política en Oriente, el pan y circo, la historiografía se ha interesado especialmente en Justiniano, su intento de conquista pero, sobre todo, en las leyes elaboradas y recopiladas durante su gobierno.

Visión general del período: *P. Brunt (ed.*), The Roman Economy: Studies in Ancient Economic and Administrative History, *Oxford, Basil Blackwell, 1974*. *A. Cameron*, Literature and Society in the Early Byzantine World, *Londres, 1985. A. Cameron*, Barbarians and Politics at the Court of Arcadius, *Berkeley, 1993. A. Cameron*, Changing Cultures in Early Byzantium, *Aldershot, 1996. A. Cameron*, Mediterranean World in Late Antiquity A. D. 395-600, *Londres, 1993. A. Cameron y*

M. Whitby (ed.), The Cambridge Ancient History. Vol. XVI. Late Antiquity: Empire and Successors. A. D. 425-600, *Cambridge University Press, 2000. G. Fowden*, Empire to Commonwealth: Consequence of Monotheism in Late Antiquity, *Princeton, NJ, 1993. A. C. Johnson y L. C. West*, Byzantine Egypt: Economic Studies, *Princeton, 1949. W. E. Kaegi*, Byzantium and the Decline of Rome, *Princeton, 1968. W. E. Kaegi*, Byzantine Military Unrest 471-843, *Amsterdam, 1981. J. Lefort y C. Morrisson (ed.)*, Hommes et Richesses dans l'Empire Byzantin I, IV-VI siècles, *París, 1989. A. H. M. Jones*, The Later Roman Empire 284-602: A Social, Economic and Administrative Survey, *Norman, Oklahoma, 1964. D. Obolensky*, The Bizantine Commonweath, *Londres, 1971. G. Ostrogorsky*, History of Byzantine State, *Oxford, 1956. C. R. Whittaker*, Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study, *Baltimore, 1994. E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran*, Historia de Bizancio, *Barcelona, 2001*.

La transición al feudalismo: *P. Anderson*, Transiciones de la antigüedad al feudalismo, *México, Siglo XXI*, *1985. R. Bonnassie*, From Slavery to Feudalism in South-Western Europe. *Cambridge, 1991*.

Gobierno de Justiniano: *R. Browing*, Justinian and Theodora, *Nueva York, Praeger, 1971. J. W. Barker*, Justinian and the Later Roman Empire, *Madison, University of Wisconsin Press, 1976*. *J. B. Bury*, History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian, *Londres, 1923. A. Cameron*, Circus Factions: Blues and Greens at Rome and Byzantium, *Londres, 1976. C. Diehl*, Justinien et la civilisation byzantine au VI siècle, *2 vols., París, 1901 (reimpresión 1969). R. Evans*, The Age of Justinian. The Circumstances of Imperial Power, *Londres, 1996. J. F. Haldon*,

Byzantine Praetorians, *Bonn, 1984. R. Janin*, Constantinople Byzantine, *París, 1964. C. A. Mango*, Byzantium: The Empire of New Rome, *Londres, 1980. J. Moorhead*, Justinian, *Londres, 1994. N. van der Wal and B. H. Stolte (eds.)*, Collectio Tripartita: Justinian on Religious and Ecclesiastical Affairs. *Groningen, 1994*.

El derecho: *R. Bartlett*, Trial by Fire and Water: The Medieval Judicial Ordeal. *Oxford, 1986. A. Arjava*, Women and Law in Late Antiquity, *Oxford, 1996. P. E. Levy*, West Roman Vulgar Law, The Law of Property, *Philadelphia, 1951*.

La religión: *P. Brown*, The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity A. D. 200-1000, *Oxford, 1996. P. Brown*, The Body and Society: Men, Women and Sexual Renunciation in Early Christianity, *Nueva York, 1988. A. Cameron*, Christianity and the Rhetoric of Empire: The Development of Christian Discourse, *Berkeley y Los Ángeles, 1991. T. E. Gregory*, Vox Populi: Popular Opinion and Violence in Religious Controversies of the Fifth Century A. D. *Columbus, Ohio, 1979. R. Markus*, The End of Ancient Christianity, *Cambridge, 1990. T. Mathews*, The Early Churches of Constantinople, *University Park, Pennsylvania State University, 1971*.

Cultura y mujer: *K. Holum*, Theodosian Empresses: Women and Imperial Dominion in Late Antiquity, *Berkeley y Los Ángeles, 1982. J. F. Haldon*, Byzantium in the Seventh Century: The Transformation of a Culture, *Cambridge, 1990. E. Kitzinger*, Byzantine Art in the Making, *Cambridge, Massachusetts, 1977. S. G. MacCormack*, Art and. Ceremony in Late Antiquity, *Berkeley, 1981. R. Mathisen*, Studies in the History, Literature and Society of Late Antiquity, *Amsterdam, 1991*.

XXXIX

ZENÓN Y ANASTASIO, EMPERADORES DE ORIENTE - NACIMIENTO, EDUCACIÓN Y PRIMERAS HAZAÑAS DE TEODORICO EL OSTROGODO - INVASIÓN Y CONQUISTA DE ITALIA - REINO GODO DE ITALIA - ESTADO DE OCCIDENTE - GOBIERNO MILITAR Y CIVIL - EL SENADOR BOECIO - ÚLTIMOS HECHOS Y MUERTE DE TEODORICO

Derribado el Imperio Romano de Occidente, transcurrió medio siglo hasta el reinado memorable de Justiniano, y apenas asomaban los nombres desconocidos de Zenón, Anastasio y Justino, que subieron sucesivamente al trono de Constantinopla. En la misma temporada, revivió y floreció el reino de Italia bajo un godo cuya grandeza nada tuvo que envidiar a la de algunos emperadores de la antigua Roma.

El ostrogodo Teodorico, catorceno en la alcurnia real de los Ámalos,[1] nació en las inmediaciones de Viena,[2] dos años después de la muerte de Atila (455-475 d. C.). Los ostrogodos habían recobrado su independencia con una victoria reciente; y tres hermanos —Walamiro, Teodimiro y Widimiro, que gobernaron juntos aquella nación belicosa— se habían instalado en la provincia fértil, pero asolada, de Panonia. Los hunos siguieron hostigando a sus súbditos, pero Walamiro por sí solo rechazó el avance de sus enemigos. La noticia de su victoria llegó no mucho antes de que la concubina predilecta de Teodimiro diera a luz un niño que sería su heredero: Teodorico.

Cediendo al interés público, por una alianza con León —emperador de Oriente— comprada con un subsidio anual de

trescientas libras [138 kilogramos] de oro, Teodorico tuvo que ir a Constantinopla, a pesar de su padre.

En Constantinopla, el rehén real fue educado con esmero, labrando su cuerpo con ejercicios militares y despejando su entendimiento con incesantes y cultos coloquios. Frecuentaba las escuelas de los maestros más consumados, pero esquivó o desatendió las artes de Grecia, y permaneció siempre tan ajeno a todo rudimento científico que se inventó una rúbrica muy tosca como firma del iletrado rey de Italia.[3]

A los dieciocho años fue devuelto a los ostrogodos, cuyo afecto trataba de granjearse el emperador. Walamiro ya había muerto, en una batalla; Widimiro, el hermano menor, llevaba consigo un ejército a Italia y Galia, y la nación entera había reconocido como rey al padre de Teodorico. Los súbditos admiraban la fuerza y la talla del joven príncipe,[4] que pronto les demostró que no desmerecía un quilate de la heroicidad de sus antepasados. Dejó el campamento en busca de aventuras, capitaneando seis mil voluntarios, navegó Danubio abajo hasta Singiduno (Belgrado) y regresó luego al padre con los despojos de un rey sármata vencido y muerto por su mano. Pero esos trofeos sólo acrecentaban la fama, y los ostrogodos se hallaban desnudos y hambrientos. Acordaron unánimes abandonar los campamentos de Panonia e internarse en las cercanías templadas y ricas de Bizancio, cuya corte estaba manteniendo con vistoso boato tantas partidas de godos confederados. Después de demostrar con hostilidad que podían ser peligrosos o, al menos, problemáticos como enemigos, vendieron a precio muy alto su reconciliación y hermandad. Aceptaron un donativo de tierras y dinero, y se les confió el resguardo del bajo Danubio al mando de Teodorico, que, muerto el padre, se entronizó como heredero de los Ámalos.[5]

Un héroe descendiente de reyes debió menospreciar al ruin isaurio revestido con la púrpura romana, sin realce de cuerpo o alma, y sin la ventaja de cuna real o requisito eminente. Extinguida la alcurnia de Teodosio, la elección de Pulqueria y del Senado podría justificarse, en alguna medida, por las cualidades de Marciano y de León; pero este último afianzó y deshonró su reinado con la matanza alevosa de Aspar y sus hijos, quienes le exigían agradecimiento y obediencia.

La herencia de León y de Oriente recayó en su nieto, hijo de su hija Ariadna, cuyo marido isaurio, el afortunado Trascaliseo, cambió su nombre bárbaro por el griego de Zenón. A la muerte del primer León, Zenón se acercó en exceso al trono de su hijo, recibió humildemente, como un obsequio, la segunda jerarquía del Imperio y no tardó en crear sospechas públicas sobre la muerte repentina y temprana de su joven colega, cuya vida le era ya inservible para su ambición. Pero el palacio de Constantinopla se regía por la influencia y las pasiones de las mujeres; y Verina, viuda de León I, reclamó el Imperio como propio y organizó la deposición del sirviente indigno y desagradecido, a quien ella sola había regalado el cetro de Oriente[6] (febrero de 474-9 de abril de 494 d. C.). No bien llegó la novedad a sus oídos, Zenón huyó a las serranías de Isauria, y el Senado servil proclamó unánimemente a Basilisco, hermano de Verina, muy mal conceptuado ya por su expedición africana.[7]

El reinado del usurpador fue breve y turbulento. Basilisco se jactó de asesinar al amante de su hermana y se animó a ofender al de su esposa, el engreído e insolente Harmacio, quien, rodeado de un lujo asiático, adoptó la vestimenta, los ademanes e, incluso, el nombre de Aquiles.[8] Los descontentos conspiraron: trajeron a Zenón de su destierro, vendieron los

ejércitos, el capital y al propio Basilisco, y toda la familia fue condenada a la agonía prolongada del frío y del hambre por el vencedor, que carecía de valentía para perdonar a un enemigo.

Pero en la altanería de Verina no cabía rendición ni sosiego: atizó la enemistad de un general dilecto, abrazó su causa apenas lo deshonraron, creó un nuevo emperador en Siria y Egipto, levantó un ejército de sesenta mil hombres y perseveró hasta el último aliento en su rebeldía infructuosa, que, según la moda de la época, habían predicho los ermitaños cristianos y los magos del paganismo. Acosado Oriente con los ímpetus de Verina, descolló su hija Ariadna por sus virtudes femeninas de mansedumbre y fidelidad, pues después de haber seguido al marido en el destierro, imploró su clemencia a favor de la madre.

Cuando murió Zenón, Ariadna —hija, madre y viuda de emperadores— dio su mano y el dictado imperial a Anastasio, anciano criado del palacio, quien disfrutó de su ascenso durante más de veintisiete años (11 de abril de 491-8 de julio de 518 d. C.), y cuya personalidad quedó demostrada en la aclamación del pueblo: «¡Reina como viviste!».[9]

Mientras vivió —ya fuese por temor, ya por afecto—, Zenón trató con suma prodigalidad al rey de los ostrogodos: le dio el rango de patricio y de cónsul, el mando de las tropas palatinas, una estatua ecuestre, un tesoro de miles de libras de oro y plata, el nombre de hijo y la promesa de una consorte rica y honorable. Mientras se avino Teodorico a servirlo, sostuvo con denuedo y lealtad la causa de su bienhechor; su marcha veloz contribuyó al restablecimiento de Zenón, y en la segunda rebelión, los Walamiros, como eran llamados los hombres de Teodorico, acosaron a los rebeldes asiáticos hasta franquear la victoria a los imperiales.[10]

Pero el fiel servidor se convirtió en implacable enemigo que fue encendiendo la llama de la guerra desde el Adriático hasta Constantinopla (475-488 d. C.). Varias ciudades florecientes quedaron reducidas a cenizas, y en Tracia casi desapareció la agricultura debido a la crueldad de los godos, que cercenaban a sus cautivos la mano derecha, conductora del arado.[11] Con tales antecedentes, Teodorico recibió los duros reproches de ingrato, desleal y codicioso insaciable, sólo disculpables por las necesidades de su situación. Él no reinaba como monarca, sino como ministro de un pueblo feroz, cuyo espíritu no había sido quebrado por la esclavitud, y era impaciente ante insultos verdaderos o imaginarios. No había remedio para la pobreza, pues hasta los donativos más generosos se malgastaban en lujos desatinados, y los territorios más fértiles se esterilizaban en sus manos. Los ostrogodos menospreciaban y envidiaban a los hacendados laboriosos, y cuando se quedaban sin provisiones, acudían a su hábito de guerras y rapiña.

Teodorico ansiaba (por lo menos, así lo declaró) llevar una vida pacífica, arrinconada y obediente en los confines de Escitia, hasta que la corte bizantina, con promesas grandiosas y falaces, lo indujo a atacar a una tribu confederada de godos, partidaria de Basilisco. Marchó desde su apostadero de Mesia, con la seguridad absoluta de que, antes de llegar a Adrianópolis, encontraría un convoy lleno de provisiones y un refuerzo de ocho mil caballos y treinta mil infantes, mientras que las legiones de Asia acampaban en Heraclea para secundar sus operaciones.

Celos mutuos desbarataron estas disposiciones, pues cuando se internó por la Tracia, el hijo de Teodimiro se encontró en una inhóspita soledad, y sus godos, con su tren grandioso de caballos, mulos y carruajes, fueron llevados a traición por los

guías hacia los peñascales y derrumbaderos del monte Sondis, donde los asaltó otro Teodorico, el hijo de Triario, con armas e imprecaciones. Desde las alturas, el astuto competidor arengó a los Walamiros y tildó a su caudillo con los oprobiosos calificativos de niño, insano, traidor, perjuro, enemigo de su sangre y de su nación. «¿Ignoras —exclamó el hijo de Triario— que la política arraigada de los romanos se cifra en que los godos se exterminen mutuamente con sus espadas? ¿No te das cuenta de que el vencedor en esta injusta contienda quedará expuesto, y con razón, a una venganza implacable? ¿Dónde están esos guerreros, mis deudos y los tuyos, cuyas viudas están ahí lamentando que sacrificaras sus vidas por tu ambición temeraria? ¿Dónde están las riquezas que atesoraban tus soldados cuando los atrajiste de sus hogares para alistarlos bajo tu estandarte? Cada uno tenía entonces tres o cuatro caballos, y ahora te siguen a pie, como esclavos, por los desiertos de Tracia; tentaste con la esperanza de oro y trigo a esos varones que son tan libres y tan nobles como tú mismo». Un lenguaje tan apropiado para el temperamento de los godos excitó su descontento; y el hijo de Teodimiro, temeroso de quedarse solo, tuvo que abrazar a sus hermanos e imitar el ejemplo de la hipocresía romana.[12]

En cualquier situación, la prudencia y la entereza de Teodorico eran notables, ya sea que acaudillase a los godos confederados para amenazar Constantinopla, o que se retirase con un grupo de fieles a las montañas y las playas del Épiro. Al fin, la muerte accidental del hijo de Triario[13] destruyó el equilibrio que los romanos ansiaban conservar, pues la nación entera reconoció la supremacía de los Ámalos, y la corte bizantina firmó un tratado ignominioso y opresivo.[14] El Senado ya había declarado que se debía escoger un partido entre los

godos, puesto que el Imperio no alcanzaba a contrarrestar sus fuerzas reunidas: para el menor de sus ejércitos, se necesitaban dos mil libras de oro [920 kg] más el pago para trece mil hombres,[15] y los isaurios —que no eran guardias del Imperio, sino del emperador— disfrutaban, además de sus privilegios de rapiña, de una pensión anual de cinco mil libras [2300 kg]. La perspicacia de Teodorico advirtió que los romanos lo detestaban, y que los bárbaros sospechaban de él; llegó a sus oídos la murmuración popular de que los súbditos sufrían privaciones en sus heladas chozas, mientras su rey vivía envuelto en el lujo de Grecia, y evitó la alternativa dolorosa de enfrentar a los godos como campeón del Imperio o de capitanearlos en campaña contra Zenón. En una empresa digna de su coraje y su ambición, Teodorico habló al emperador en estos términos: «Aunque este sirviente vive de forma holgada por vuestra generosidad, tened a bien oír el deseo de mi corazón. Italia, herencia de vuestros antecesores, y la propia Roma, dueña y señora del mundo, sufren ahora bajo la violencia y la opresión de Odoacro, el mercenario. Ordenadme que vaya con mis tropas contra el tirano: si caigo, quedáis libres de un amigo incómodo y costoso; si, con el favor divino, tengo éxito, gobernaré en vuestro nombre y para gloria vuestra el Senado romano y la parte de la república rescatada de su servidumbre por mis armas victoriosas». La propuesta de Teodorico fue aceptada por la corte bizantina —y quizá sugerida por ella misma—, pero la forma del encargo o concesión parecía hecha con una prudente ambigüedad, para ser entendida según los acontecimientos, y quedó en duda si el conquistador de Italia podría reinar como lugarteniente, como vasallo o como aliado del emperador de Oriente.[16]

La reputación del líder y la idea de la guerra enardecieron

los ánimos; los Walamiros se multiplicaron con los enjambres de godos ya alistados o establecidos en las provincias del Imperio, y cada bárbaro valiente que escuchaba hablar sobre las riquezas y la belleza de Italia estaba impaciente por conseguir, mediante las más peligrosas aventuras, la posesión de esos objetos deseados. La marcha de Teodorico debe considerarse la emigración de un pueblo entero: las esposas y los hijos de los godos, los padres ancianos y los bienes más preciados se transportaron con máximo cuidado. Se puede tener una idea del bagaje inmenso que seguía al campamento por la pérdida de dos mil carruajes que sufrieron durante una refriega en la guerra del Épiro. Para su subsistencia, los godos dependían de los cargamentos de granos, molidos por sus mujeres en molinillos portátiles, de la leche y la carne de sus rebaños, del producto ocasional de la caza, y de las contribuciones que pudieron ir imponiendo a cuantos les cortaban el paso o les negaban asistencia. Pese a tanta precaución, estuvieron expuestos a peligros y al hambre en una marcha de más de setecientas millas [1100 km], emprendida en un invierno riguroso. Desde la caída del poderío romano, Dacia y Panonia no mostraban ya la prosperidad de ciudades populosas, campos bien cultivados ni buenas carreteras. Imperaban de nuevo la barbarie y la asolación; y las tribus de búlgaros, gépidos y sármatas, dueñas de esas provincias vacantes, a instancias de su propia ferocidad o por pedido de Odoacro, trataban de resistir el avance enemigo. Teodorico venció en varios combates sangrientos hasta que, por fin, superó todos los obstáculos con su coraje y destreza como dirigente, descendió de los Alpes Julianos y plantó su bandera invicta en el confín de Italia.[17]

Odoacro, digno rival de sus armas, había apostado sus fuerzas en el sitio ventajoso y conocido del río Soncio, junto a

las ruinas de Aquileia, acaudillando una hueste poderosa, cuyos reyes independientes[18] o adalides se desentendían de sus deberes como subordinados y de toda prudencia. No bien descansó para reponer fuerzas, Teodorico asaltó con audacia las fortificaciones del enemigo. Los ostrogodos mostraban más ardor por ganar las campiñas de Italia que los mercenarios por defenderlas, y el premio de la primera victoria fue la posesión de la provincia veneciana hasta los muros de Verona. Cerca de la ciudad, sobre los márgenes empinados del rápido Adigio, tropezó con otro ejército, más numeroso y más valiente. La contienda fue más reñida, pero el éxito más decisivo: Odoacro huyó a Rávena, Teodorico avanzó sobre Milán. La tropa vencida aclamó al vencedor con respeto y fidelidad, pero su falta de constancia y de buena fe pronto expuso a Teodorico a un peligro inminente: su vanguardia, con varios condes godos, confiados temerariamente a un desertor, fue engañada y destruida cerca de Faenza por su doble traición. Odoacro apareció de nuevo como dueño del campo, y el invasor, fuertemente atrincherado en Pavía, debió pedir el auxilio de una nación allegada, los visigodos de Galia. En el curso de esta historia, el más voraz apetito por la guerra quedará satisfecho de sobra, y no hay por qué lamentarse de que nuestros materiales oscuros e imperfectos impidan una narración más amplia de las desdichas de Italia y del fiero combate que, al fin, quedó zanjado por el valor, la experiencia y maestría del rey godo. Justo antes de la batalla de Verona, visitó la tienda de su madre y su hermana[19] para encargarles que ese día, el más festivo de su vida, lo engalanasen con las ropas más suntuosas que hubieran realizado con sus propias manos. «Nuestra gloria —dijo— es mutua e inseparable. Eres conocida en el mundo como la madre de Teodorico, y a mí me corresponde probar que soy el linaje

genuino de aquellos héroes de quienes aseguro que desciendo». La esposa o concubina de Teodimiro estaba imbuida por el espíritu de las matronas germanas, que anteponían el honor de sus hijos a su seguridad, y se cuenta que en una acción desesperada, cuando hasta el propio Teodorico corría entre una muchedumbre fugitiva, ella les salió con firmeza al encuentro en la entrada del campamento y, con una cantidad de reproches, los arrojó de nuevo sobre las espadas enemigas.[20]

Teodorico reinaba por derecho de conquista desde los Alpes hasta el extremo de Calabria: los embajadores vándalos le entregaron la isla de Sicilia, como apéndice legítimo de su reino (495 d. C.), y fue vitoreado como libertador de Roma por el Senado y el pueblo, que había cerrado las puertas al usurpador fugitivo.[21] Sólo Rávena, cuidada por sus fortificaciones naturales y construidas, sostuvo un sitio de casi tres años, y las incursiones denodadas de Odoacro acosaban el campamento godo con consternaciones y matanzas. Por fin, desabastecido y sin esperanza de ayuda, aquel monarca infeliz cedió a los sollozos de los súbditos y a los clamores de sus soldados. El obispo de Rávena negoció un tratado de paz; los ostrogodos fueron admitidos en la ciudad, y los reyes hostiles consintieron, bajo juramento, regir sin divisiones las provincias de Italia. El resultado de tal convenio era fácil de prever: después de mostrar durante algunos días alegría y lealtad, Odoacro fue apuñalado, en medio de un banquete, por la mano o por la orden de su rival. Ya se habían despachado de antemano disposiciones secretas y ejecutivas; los mercenarios desleales y rapaces fueron asesinados al mismo tiempo, sin resistencia, y los godos proclamaron la realeza de Teodorico con el consentimiento tardío, renuente y ambiguo del emperador de Oriente. Como de costumbre, se le achacó al tirano difunto el intento de una

conspiración; pero su inocencia y la culpa del vencedor[22] están suficientemente probadas con un tratado ventajoso que la fuerza no podría haber garantizado ni la debilidad podría haber quebrado con imprudencias. Los celos del poderío y los daños de la discordia pueden sugerir una disculpa más aceptable, y puede pronunciarse una sentencia menos rigurosa contra un crimen cometido para introducir en Italia la unidad y el bienestar público. El autor de ese bienestar fue elogiado, aun en vida y en su presencia, por oradores profanos y sagrados;[23] pero la historia —muda y ajada en su tiempo— no dejó elementos que retraten con justicia los acontecimientos que resaltaron las virtudes de Teodorico o los defectos que las enturbiaron.[24] Un rastro de su fama queda en las cartas de Casiodoro, compuestas en su real nombre, que obtuvieron más crédito del que, al parecer, les corresponde.[25] Éstas manifiestan las formalidades más que la esencia de aquel gobierno, y buscaríamos en vano los sentimientos espontáneos del bárbaro entre la hojarasca y erudición de un sofista declamador, los anhelos de un senador romano, los precedentes de su empleo y las vagas declaraciones que, en todas las cortes y en cada ocasión, componen el lenguaje de un ministro discreto. La reputación de Teodorico estriba con más fundamento en la paz y la prosperidad visibles en un reinado de treinta y tres años, el aprecio unánime de sus contemporáneos y el recuerdo de su tino y denuedo, de su justicia y humanidad, que quedó profundamente impresa en la mente de godos e italianos.

El reparto de las tierras de Italia, cuya tercera parte dio Teodorico a sus soldados, se tacha de la única injusticia en toda su vida, y aun puede justificarse este hecho con el ejemplo de Odoacro, los derechos de conquista, el verdadero interés de los italianos y la obligación sagrada de abastecer a todo un pueblo

que, fiado en sus promesas, se había trasladado a países lejanos.[26] Bajo el reinado de Teodorico y en el clima venturoso de Italia, los godos se fueron multiplicando hasta la formidable hueste de doscientos mil hombres,[27] y es fácil computar el padrón de sus familias con el aumento corriente de mujeres y niños. El asalto a la propiedad, en parte vacante, se disfrazó con el generoso, pero impropio, nombre de hospedaje; estos extranjeros indeseables se dispersaron por toda Italia, y la suerte de cada bárbaro se adecuaba a su nacimiento y oficio, a la cantidad de miembros de su séquito y a la simple riqueza de esclavos y ganado. Se hacía la diferencia entre nobles y plebeyos,[28] pero las tierras de cada hombre libre quedaron exentas de impuestos, y éstos disfrutaban del inestimable privilegio de obedecer sólo las leyes de su patria.[29] La moda y la comodidad llevaron a que los conquistadores vistieran las ropas más elegantes de los nativos. Sin embargo, conservaron su lengua materna, y su desprecio por las escuelas latinas fue celebrado por el mismo Teodorico, que mantenía los prejuicios de su gente —o los suyos propios— y manifestaba que todo niño que había temblado por la varilla nunca osaría mirar una espada.[30] El desamparo habrá llevado a veces a los romanos a tomar los modales bravíos cedidos inconscientemente por los bárbaros ricos y lujosos;[31] mas estas mutuas conversiones jamás merecieron el estímulo de un monarca que perpetuó la separación entre italianos y godos, reservando a los primeros para las artes pacíficas y empleando a los segundos en la guerra. Para cumplir con su cometido, se esmeró en amparar a los súbditos industriosos y en moderar la violencia de sus soldados, sin desmerecer su valor, indispensable para la defensa pública. Éstos tomaron tierras y beneficios como paga militar —pues al sonido de las trompetas estaban listos para marchar con sus

caudillos provinciales–, e Italia toda estaba dividida en muchos cuarteles y campamentos bien reglamentados. Se servía en palacio o en las fronteras por elección o por turno, y toda tarea extraordinaria se remuneraba con aumento de salario o algún donativo. Teodorico había convencido a sus hombres de que un imperio se gana y se defiende con las mismas artes, y ellos se empeñaron por sobresalir no sólo con la lanza y la espada, instrumentos de sus victorias, sino con las armas de proyectil, por las que no sentían inclinación. En los ejercicios diarios y en las revistas anuales de la caballería, se presenciaba la imagen viva de la guerra. Una disciplina firme, pero moderada, les impuso hábitos de modestia, obediencia y templanza. Los godos aprendieron a respetar al pueblo y las leyes, a vivir en sociedad y a abandonar su sistema de justicia por la fuerza y las venganzas personales.[32]

Los bárbaros de Occidente se habían alarmado con la victoria de Teodorico; pero cuando vieron que estaba satisfecho con su conquista y ansiaba la paz, el temor se transformó en respeto, y se sometieron a su poderosa mediación, encaminada al elevado propósito de zanjar sus reyertas y civilizar sus costumbres.[33] Los embajadores que llegaban a Rávena desde las regiones más distantes de Europa se admiraban de su sabiduría, magnificencia[34] y cortesía; y si a veces aceptaba esclavos, armas, caballos blancos o animales extraños, sus regalos —un reloj de sol o de agua, un músico— mostraban a los príncipes de Galia la maestría de sus súbditos italianos. Las alianzas familiares[35] —su mujer, dos hijas, una hermana y una sobrina— emparentaron a su familia con los reyes de los francos, los borgoñones, los visigodos, los vándalos y los turingios, y contribuyeron a conservar la armonía o, por lo menos, el equilibrio de la gran república de Occidente.[36]

Era difícil perseguir en los bosques abigarrados de Germania y Polonia a los migrantes hérulos, pueblo feroz que despreciaba las armaduras y condenaba a las viudas y a los ancianos a que no sobrevivieran a la pérdida de sus esposos e hijos, o de sus fuerzas.[37] El rey de aquel pueblo guerrero solicitó la amistad de Teodorico, quien lo elevó a la jerarquía de hijo, según el rito bárbaro de adopción militar.[38] Desde las playas del Báltico, los estonios y los livonios pusieron ofrendas de ámbar[39] a los pies de Teodorico, cuyo renombre los había movido a emprender un viaje desconocido y azaroso de mil quinientas millas [2400 km]. Mantenía una frecuente y amistosa correspondencia con la región de donde provenían los godos,[40] y los italianos se abrigaban con las suntuosas martas de Suecia.[41] Uno de sus soberanos, tras su renuncia voluntaria o forzada, halló albergue y hospitalidad en el palacio de Rávena. Había reinado sobre una de las trece tribus en que se dividía la gran península de Escandinavia, a la que vagamente se denominaba Tule. Aquella región septentrional había sido poblada o explorada hasta los sesenta y ocho grados de latitud, donde los nativos del círculo polar disfrutan o carecen de la presencia del sol, en cada solsticio de verano o de invierno, durante un período igual a cuarenta días.[42] La dilatada noche de su ausencia o muerte era la estación enlutada de la aflicción y la ansiedad, hasta que los mensajeros enviados a las cumbres divisaban los primeros destellos del regreso de la luz y proclamaban en las planicies bajas la festividad de su resurrección.[43]

La vida de Teodorico es el notable ejemplo de un bárbaro que envainó la espada en plena victoria y en la lozanía de su edad. Consagró un reinado de treinta y tres años a los deberes del gobierno civil, y las hostilidades en que a veces se vio involucrado concluían rápidamente por la conducta de sus

lugartenientes, la disciplina de sus tropas, las armas de sus aliados e, incluso, el terror de su nombre. Amoldó, con un gobierno fuerte y metódico, los países de poco provecho de Recia, Nórico, Dalmacia y Panonia, desde el nacimiento del Danubio y el territorio de los bávaros[44] hasta el pequeño reino erigido por los gépidos sobre las ruinas de Sirmio. Su prudencia no le permitía encargar el cuidado de Italia a vecinos tan débiles y violentos, y con justicia podía reclamar parte de las tierras que éstos tiranizaban, ya como parte de su reino, ya como herencia de su padre.

El engrandecimiento de un sirviente que fue considerado pérfido porque había tenido éxito despertó los celos del emperador Anastasio, y se encendió la guerra en la frontera dacia, debido a la protección que el rey godo, por las vicisitudes de las cuestiones humanas, había dado a un descendiente de Atila. Sabiniano, general ilustre por méritos propios y por los de su padre, se adelantó capitaneando diez mil romanos, y los abastos y el armamento, que formaban una larguísima fila de carros, se repartieron a las tribus más desalmadas de los búlgaros. Pero en los campos de Margo, las fuerzas orientales fueron derrotadas por las más pequeñas de godos y hunos; quedó irremediablemente destruida la flor y la esperanza de los ejércitos romanos, y tal fue la templanza que Teodorico había infundido a sus tropas victoriosas que, como su líder no había dado la señal del saqueo, pusieron intactos a sus pies el botín tomado del enemigo.[45] Exasperada por la derrota, la corte bizantina despachó (509 d. C.) doscientas naves con ocho mil hombres a desvalijar las playas de Calabria y Apulia: asaltaron la antigua ciudad de Tarento, interrumpieron el comercio y la agricultura de aquel país venturoso, y regresaron por el Helesponto, orgullosos de su victoria de piratas sobre un pueblo

al que todavía se atrevían a considerar su hermano romano.[46] Quizá, la retirada se aceleró por la actividad de Teodorico —que aseguró Italia con una escuadra de mil naves ligeras,[47] construidas con una rapidez increíble–, y cuya firme moderación pronto fue premiada con una paz sólida y honorable. Teodorico mantuvo, con su mano poderosa, el equilibrio de Occidente, hasta que por fin fue derrotado por la ambición de Clodoveo, y aunque no le fue posible asistir a su infortunado pariente, el rey de los visigodos, salvó los restos de su familia y su pueblo, y contuvo a los francos en medio de su carrera victoriosa. No deseo prolongar o repetir[48] la narración de los hechos militares, lo menos interesante del reinado de Teodorico; me limitaré a añadir que apadrinó a los alamanes,[49] castigó seriamente una correría de borgoñones, y que la conquista de Arles y Marsella abrió la comunicación con los visigodos, que lo reverenciaban como protector nacional y como tutor de su nieto, el hijo de Alarico. Bajo esta imagen respetable, el rey de Italia restableció la prefectura pretoriana de los galos, reformó abusos en el gobierno civil de España, y admitió el tributo anual y la sumisión aparente de su gobernador militar, quien con inteligencia se negó a presentarse en Rávena.[50] Quedó establecida la soberanía goda desde Sicilia hasta el Danubio, desde Sirmio o Belgrado hasta el océano Atlántico; los propios griegos han reconocido que Teodorico reinó sobre lo mejor del Imperio occidental.[51]

La unión de godos y romanos podría haber hecho duradera la felicidad transitoria de Italia, y la primera de las naciones, un pueblo nuevo de súbditos libres y soldados instruidos, habría podido pulirse con la mutua emulación de sus respectivas virtudes. Pero el logro de encabezar esa revolución no estaba reservado para el reinado de Teodorico: él deseaba tener el genio

o las oportunidades del legislador[52] y, mientras consentía a los godos el goce de sus toscas libertades, copió ciegamente las instituciones y hasta los abusos del sistema político planteado por Constantino y sus sucesores. Por ser condescendiente con los viejos prejuicios de Roma, el bárbaro rehusó el nombre, la púrpura y la diadema de los emperadores, aunque asumió, bajo el título hereditario de rey, la totalidad y la sustancia de las prerrogativas imperiales.[53] Su discurso con el trono de Oriente era respetuoso, pero ambiguo; celebraba con pompa la armonía de ambas repúblicas, celebraba su propio gobierno por ser el modelo perfecto de un imperio único y concentrado, y reclamaba a los reyes de la tierra la idéntica preeminencia que con modestia le otorgaba a la persona o la jerarquía de Anastasio.

La alianza entre Oriente y Occidente se aclamaba con la elección anual y unánime de dos cónsules, pero aparentemente el italiano nombrado por Teodorico aceptaba una confirmación formal del soberano de Constantinopla.[54] El palacio godo de Rávena reflejaba la imagen de la corte de Teodosio o Valentiniano. El prefecto pretoriano, el de Roma, el cuestor, el maestro de los oficios con los tesoreros públicos y patrimoniales, cuyas funciones relumbran en las pinceladas retóricas de Casiodoro, todavía actuaban como ministros de Estado. El desempeño subalterno de la justicia y de las rentas estaba encargado a siete procónsules, tres corregidores y cinco intendentes, que gobernaban las quince regiones de Italia, según los principios y las fórmulas de la jurisprudencia romana.[55] La violencia de los conquistadores era derrotada o eludida por la lenta formalidad de los procedimientos judiciales; la administración civil, con sus honores y sus emolumentos, se restringía a los italianos, y el pueblo seguía conservando su

vestimenta y su idioma, sus leyes y sus costumbres, su libertad personal y dos tercios de sus propiedades. El objetivo de Augusto había sido encubrir el establecimiento de la monarquía; la política de Teodorico, disimular el reinado de un bárbaro.[56] Si en ocasiones los súbditos despertaban de la placentera visión de un gobierno romano, obtenían mayores ventajas de la índole de un príncipe godo, que tenía perspicacia y entereza para granjearse su interés propio y el público. Teodorico amaba las virtudes que atesoraba y los talentos de los que carecía. Ascendió al cargo de prefecto del pretorio a Liberio por su lealtad inquebrantable en la causa desventurada de Odoacro. Los ministros Casiodoro[57] y Boecio reflejaron en el reino el lustre de su sabiduría. Más prudente o afortunado que su colega, Casiodoro, sin desmerecer su propia conciencia, mantuvo el favor real y, después de treinta años de honores mundanos, disfrutó otros tantos de sosiego en la soledad estudiosa y devota de Esquilace.

Como señor de la república, le interesaba y correspondía al rey godo ganarse el afecto del Senado y del pueblo.[58] Halagaba a los nobles de Roma con sonoros epítetos y declaraciones formales de respeto a las que se habían hecho más acreedores sus antepasados. El pueblo disfrutaba, sin miedo ni peligros, las tres ventajas de una ciudad capital: orden, abundancia y esparcimiento público. Una notable disminución de sus números podría encontrarse aun en los rasgos de liberalidad;[59] pero Apulia, Calabria y Sicilia vertían en Roma sus tributos de granos. Los ciudadanos indigentes recibían sus raciones de pan y alimentos, y se consideraban honorables los oficios dedicados al cuidado de la salud y el bienestar. Los juegos públicos, como pudo elogiarlos un embajador griego, eran una imitación pálida de la magnificencia de los césares, pero artes como la música, la

gimnástica y la pantomima no habían sido olvidadas totalmente; las fieras de África todavía ejercitaban en el anfiteatro el valor y la maestría de los cazadores; y el godo indulgente toleraba con paciencia o refrenaba con moderación las facciones azul y verde, cuyos seguidores solían llenar el circo con sus contiendas, a veces, sangrientas.[60] En el séptimo año de su pacífico reinado (500 d. C.), Teodorico visitó la antigua capital del mundo: el Senado y el pueblo salieron en solemne procesión a saludar al segundo Trajano, al nuevo Valentiniano, y él desempeñó su papel noblemente, seguro de que su gobierno era legal y justo,[61] en un discurso que no tuvo miedo de pronunciar en público y de grabar en una lámina de bronce. En esa augusta ceremonia, Roma brindó el último rayo de su gloria declinante; un santo, espectador de semejante pompa, sólo podía desear, en su fantasía piadosa, que aquello fuese superado por el esplendor celestial de la nueva Jerusalén.[62]

Durante seis meses de estadía, la fama, la persona y la conducta cortesana del rey godo admiraron a los romanos, así como él contempló con igual curiosidad y sorpresa los monumentos que aún quedaban de aquella antigua grandeza. Estampó sus huellas de conquistador en el cerro Capitolino y confesó que cada día veía con embeleso nuevo el foro de Trajano y su encumbrada columna. El teatro de Pompeyo aparecía, aun en su decadencia, un cerro grandioso, horadado, pulido y adornado por el ingenio humano, y Teodorico calculó que debió de haberse drenado un río de oro para erigir el Coliseo de Tito.[63]

Desde la boca de catorce acueductos se derramaba una corriente pura y copiosa por toda la ciudad; entre ellos, el acueducto de Claudio, que desde las montañas Sabinas, a treinta y ocho millas [61 km] de distancia, llegaba en un declive suave,

pero constante, de arcos muy sólidos, hasta la cumbre del cerro Aventino. Las largas y espaciosas criptas que habían sido construidas como alcantarillado mantenían, después de doce siglos, toda su solidez; esos canales subterráneos fueron preferidos por sobre todas las grandezas visibles de Roma.[64] Los reyes godos, injustamente acusados de ser la ruina de la Antigüedad, estaban ansiosos por conservar los monumentos de la nación recién sometida.[65] Se pregonaron edictos para prever los abusos, el abandono y el robo de los mismos ciudadanos, y se le asignó expresamente a un arquitecto la suma anual de doscientas libras [92 kg] de oro, veinticinco mil tejas y el producto de los derechos del puerto Lucrino para las reparaciones comunes de los muros y edificios públicos. Un cuidado similar recibieron las estatuas de metal o de mármol de hombres y animales. Los bárbaros elogiaban el brío de los caballos que han dado un nombre moderno al monte Quirinal.[66] Se restauraron con cuidado los elefantes de cobre de la *Via Sacra*;[67] la famosa vaca de Mirón engañaba al ganado mientras lo conducían por el Foro de la Paz;[68] y se nombró un empleado para cuidar aquellas obras de arte que Teodorico consideraba los ornamentos más nobles de su reino.

Siguiendo el ejemplo de los últimos emperadores, Teodorico se afincó en Rávena, donde cultivaba una huerta con sus propias manos.[69] No bien la paz del reino parecía amenazada (pues nunca fue invadido) por los bárbaros, se trasladaba con su corte a Verona,[70] sobre la marca septentrional; la imagen de su palacio, que se conserva en una moneda, representa el modelo más auténtico o antiguo de la arquitectura gótica. Estas dos capitales, como también Pavía, Espoleto y Nápoles, con las demás ciudades de Italia, adquirieron bajo su reinado la útil y espléndida instalación de iglesias, baños, acueductos, pórticos y

palacios.[71] Pero la felicidad individual se hacía más patente en las imágenes de trabajo y de lujo, y en el rápido aumento y el disfrute marcado de las riquezas nacionales. Desde las sombras de Tívoli y Prenesto, los senadores romanos, en invierno, todavía se entregaban al calor del sol y el clima primaveral de Bayas y sus villas, que se erigían sobre sólidos arrecifes de la bahía de Nápoles y señoreaban la variada perspectiva de cielo, tierra y agua. Hacia el este del Adriático, una nueva Campania creció en la hermosa y fructífera provincia de Istria, que se comunicaba con el palacio de Rávena por medio de la navegación cómoda de cien millas [160 km]. Los ricos productos de Lucania y de las provincias adyacentes se cambiaban en la fuente Marcilia, una populosa feria anual dedicada al comercio, la intemperancia y la superstición. En la soledad de Como, que alguna vez fue animado por el carácter afable de Plinio, sobre una cuenca transparente de más de sesenta millas de largo [96 km] todavía se reflejaban los asentamientos rurales que rodeaban el lago Lario (actual Como), y las laderas de los cerros estaban cubiertas por el triple cultivo de olivos, vides y castaños.[72] La agricultura floreció a la sombra de la paz, y se multiplicaron los labradores con la redención de cautivos.[73] Las minas de hierro de Dalmacia y una de oro en Brucio fueron cuidadosamente exploradas, y los cenagales Pontinos y los de Espoleto fueron drenados y cultivados por particulares, cuyo reintegro remoto dependía de la continuación de la prosperidad pública.[74] Cuando las estaciones eran menos propicias, las dudosas precauciones del almacenamiento, la fijación del precio y la prohibición de la exportación de granos acreditaba, por lo menos, el desvelo del gobierno; pero era tal la plenitud que un pueblo industrioso cosechaba en aquel suelo agraciado, que un galón [4,54 l] de vino se solía vender en Italia

a menos de dos cuartos, y una fanega de trigo [103,5 kg] a doce reales.[75] Un país que poseía tantos productos valiosos que intercambiar atrajo pronto a mercaderes de todo el mundo, cuyo tráfico fue alentado y protegido por el espíritu liberal de Teodorico. Se restableció y extendió la libre comunicación por tierra y por agua entre las provincias; las puertas de la ciudad jamás se cerraban de día ni de noche, y el dicho común de que una bolsa de oro se podía dejar segura en el campo expresaba la tranquilidad consciente de los habitantes.

Las diferencias religiosas son siempre perniciosas y a menudo fatales para el príncipe y su pueblo, pues el conquistador godo se había educado en el arrianismo, e Italia estaba devotamente atada a la fe del concilio de Nicea; pero la creencia de Teodorico no fue infectada por el fanatismo, y se atenía religiosamente a la herejía de sus padres, sin condescender a equilibrar los sutiles argumentos de la metafísica teológica. Satisfecho con la tolerancia personal de sus correligionarios arrianos, se consideraba a sí mismo guardián del culto público; y sus reverencias exteriores para con una superstición que menospreciaba pudieron alimentar en su ánimo la indiferencia saludable de un estadista o de un filósofo. Los católicos de sus dominios reconocían, quizás a su pesar, el sosiego de la Iglesia: Teodorico honraba en su palacio a todo el clero, según su mérito y jerarquía; apreciaba la santidad en vida de Cesario[76] y de Epifanio,[77] obispos ortodoxos de Arles y de Pavía, y presentó una ofrenda decorosa ante la tumba de san Pedro, sin preguntas prejuiciosas acerca de la creencia del apóstol.[78] Consentía que sus godos favoritos e, incluso, su madre siguieran la fe de Atanasio: en todo su reinado, no asomó ningún ejemplo de un católico italiano que se desviara de su religión, por su voluntad o por la violencia, hacia la fe del conquistador.[79] La pompa y el

orden del culto religioso edificaban al pueblo y a los propios bárbaros; los magistrados tenían instrucciones de proteger las inmunidades de los eclesiásticos y de sus fincas; los obispos celebraban sus sínodos, los metropolitanos ejercían su jurisdicción y los privilegios del santuario se sostenían o moderaban según el sistema de la jurisprudencia romana.[80] Teodorico se constituyó padrino y superior legal de la Iglesia, y su desempeño cabal restableció o extendió ciertas prerrogativas provechosas desatendidas por los apocados emperadores de Occidente. No ignoraba la dignidad y la importancia del Pontífice romano, a quien ya se le daba el venerable nombre de Papa. La paz o el trastorno de Italia podían depender del carácter de un obispo acaudalado y popular, que se alzaba con total dominio en el cielo y en la tierra, declarado ya, en un sínodo muy concurrido, impecable y exento de todo juicio.[81] Cuando Símaco y Laurencio, que disputaban el sillón de san Pedro, acudieron citados ante el tribunal de un monarca arriano, él confirmó la elección del candidato más digno o más tratable. Hacia el fin de su vida, en un arranque de celos y resentimiento, se anticipó a la elección de los romanos nombrando a un papa en el palacio de Rávena. Se contuvo moderadamente el peligro y la impugnación furiosa de un cisma, y se debatió el último decreto del Senado para extinguir, si esto fuera posible, la venalidad escandalosa de las elecciones papales.[82]

Me explayé con placer sobre la afortunada condición de Italia, pero nuestra fantasía no tiene que concebir apresuradamente que la edad de oro de los poetas, gente sin vicio ni miseria, se produjo con la conquista goda. La perspectiva de justicia en ocasiones se nubló; la sabiduría de Teodorico podía ser engañada; su poder, resistido; y la

ancianidad del monarca se mancilló con odios populares y sangre patricia. En las primeras ínfulas de la victoria tuvo la tentación de privar a los partidarios de Odoacro de todos los derechos civiles y naturales de la sociedad;[83] de crear un impuesto inoportuno después de todas las calamidades de la guerra, que podría haber destruido la naciente agricultura de Liguria, y de ejercer una inflexible apropiación del trigo, prevista como un socorro para el pueblo, que habría agravado las penurias de Campania. El pundonor y la elocuencia de Epifanio y Boecio derrotaron estos perjudiciales proyectos, pues ambos abogaron con éxito por el pueblo en presencia del propio Teodorico.[84] Pero si los oídos reales estaban abiertos a la verdad, no lo estaban para santos y filósofos. La falsedad italiana y la violencia goda solían abusar de los privilegios del rango, el empleo o la privanza; y la codicia del sobrino del rey quedó expuesta públicamente, primero por la usurpación, y luego por la restitución de los estados que obtuvo mediante la extorsión a los vecinos toscanos. Doscientos mil bárbaros, extraordinarios hasta para su propio señor, se asentaron en el corazón de Italia. Soportaban indignados las restricciones de la paz y de la disciplina, los desórdenes en sus marchas eran siempre sentidos y, a veces, compensados; y como era peligroso castigarlos, era más prudente disimular las salidas de su ferocidad natural. Cuando Teodorico condonó dos tercios del impuesto en Liguria, se allanó a manifestar la dificultad de su situación y a lamentarse de las gravísimas, aunque inevitables, cargas que había impuesto a los súbditos para su propia defensa.[85] Aquellos ingratos jamás llegaron a hermanarse de corazón con el origen, la religión e, incluso, las virtudes de su vencedor; habían olvidado los quebrantos anteriores, y la sensación o las sospechas de injurias se volvían más atractivas con la felicidad que estaban

disfrutando.

Hasta la tolerancia religiosa que Teodorico tuvo la grandeza de introducir en el mundo cristiano servía de pesadumbre y agravio al fervor extremado de los italianos. Éstos acataban la herejía armada de los godos, pero desviaron su saña devota sobre los ricos e indefensos judíos que se habían establecido en Roma, Nápoles, Rávena, Milán y Génova para beneficiarse con el comercio y bajo el resguardo de las leyes.[86] Fueron atropellados, saqueados, y sus sinagogas, incendiadas, por el populacho desenfrenado de Rávena y de Roma, enardecido por los pretextos más frívolos y disparatados. El gobierno que se desentendiera de tamañas tropelías, merecía padecerlas. De inmediato se ordenó una investigación; pero los autores de los tumultos escaparon ocultos por la multitud, y la comunidad entera fue condenada a reparar los daños; los más fanáticos, que se negaban a pagar sus cuotas de contribución, fueron azotados por el verdugo en las calles.

Este simple acto de justicia enconó más y más a los católicos, que aplaudían el mérito y los padecimientos de aquellos confesores santos. Trescientos púlpitos deploraron la persecución de la Iglesia, y si la capilla de San Esteban, en Verona, fue demolida por orden de Teodorico, es de suponer que se ostentó algún milagro contra su nombre y señorío en aquel escenario sagrado. Hacia el final de una vida gloriosa, el rey de Italia descubrió que se había hecho odiar por un pueblo cuya felicidad había promovido con grandes trabajos, y su ánimo se agrió de ira, de celos y de amargura por su cariño mal correspondido. El conquistador godo desarmó a los nativos de Italia y les prohibió todo instrumento ofensivo, excepto un pequeño cuchillo para usos caseros. Se acusó al libertador de Roma de conspirar con los ruines delatores contra la vida de

senadores, de quienes sospechaba una correspondencia encubierta y traidora con la corte bizantina.[87] Muerto Atanasio, habían ceñido la diadema a un anciano; pero el poder pasaba por las manos de su sobrino Justiniano, quien ya meditaba la extirpación de la herejía y la conquista de Italia y África. En Constantinopla se publicó una ley excesivamente rigurosa para reducir con el temor de los castigos a todo arriano al regazo de la Iglesia, lo que despertó en Teodorico un justo resentimiento y lo hizo requerir para sus afligidos hermanos de Oriente la idéntica blandura que había usado por tanto tiempo con los católicos de sus dominios. Ordenó embarcar al pontífice romano y a cuatro senadores esclarecidos para una embajada, de la cual debía temer igualmente el éxito o el fracaso. La singular veneración mostrada al primer papa que había visitado Constantinopla fue castigada como un crimen por el celoso monarca. La negativa artera y perentoria de la corte bizantina podía disculpar una mayor venganza, y se dispuso un decreto mediante el cual se vedaba desde un determinado día el ejercicio del culto católico. Por la intolerancia de sus súbditos y enemigos, el más tolerante de los príncipes fue conducido al borde de la persecución, y la vida de Teodorico fue demasiado larga, ya que llegó a condenar a los virtuosos Boecio y Símaco.[88]

El senador Boecio[89] es el último romano a quien Tulio o Catón podían haber reconocido como compatriota. Como huérfano acaudalado, heredó los blasones y el patrimonio de la familia Anicia, apellido codiciado por los reyes y emperadores de aquel tiempo, y el sobrenombre de Manlio acreditaba su entronque con una alcurnia de cónsules y dictadores que rechazaron los galos del Capitolio y sacrificaron sus hijos a la disciplina de la República. En la juventud de Boecio, los estudios de Roma no habían sido desamparados por completo;

ahora había un Virgilio corregido por la mano de un cónsul,[90] y la prodigalidad de los godos mantenía los privilegios y los sueldos de los catedráticos de gramática, retórica y jurisprudencia. Pero la erudición latina no saciaba la curiosidad de Boecio, y se cuenta de él que se dedicó afanosamente durante dieciocho años en las escuelas de Atenas,[91] sostenidas con celo, inteligencia y cariño por Proclo y sus discípulos. El tino y la religiosidad del alumno romano lo salvaron del contagio de los arcanos y la magia que mancillaban las arboledas de la academia; pero se empapó con la esencia y copió el método de sus maestros vivos y muertos, que trataron de amalgamar la firmeza y la sutileza de Aristóteles con la contemplación devota y las elaboraciones sublimes de Platón. Después de volver a Roma y casarse con la hija de su amigo, el patricio Símaco, Boecio continuó en su palacio de mármol y marfil dedicándose a los mismos estudios.[92] Gratificó a la Iglesia con su defensa trascendental del credo ortodoxo contra las herejías arriana, eutiquía y nestoriana; explicó la unidad católica en un tratado formal sobre la indiferenciación de las tres personas, diversas aunque consustanciales. En beneficio de sus lectores latinos, se dedicó a enseñar los primeros elementos de las artes y ciencias de Grecia. La pluma incansable del senador tradujo e ilustró la geometría de Euclides, la música de Pitágoras, la aritmética de Nicómaco, la mecánica de Arquímedes, la astronomía de Tolomeo, la teología de Platón y la lógica de Aristóteles con el comentario de Porfirio. Sólo él era considerado capaz de describir la grandeza de las artes, un reloj de sol o de agua, o una esfera que representaba los movimientos de los planetas. De tareas tan recónditas se detenía o, para decirlo con más propiedad, se elevaba hacia los deberes de la vida pública o privada; su generosidad aliviaba al menesteroso, y su elocuencia,

cuyos aduladores comparaban con la de Demóstenes o Cicerón, se empleaba invariablemente a favor de la inocencia y la humanidad. Sus méritos fueron tales que el príncipe lo premió con los títulos de cónsul y de patricio, y empleó su talento en el cargo trascendental de maestre de los oficios (equivalente al actual de primer ministro). Pese a las pretensiones de igualdad entre Oriente y Occidente, sus dos hijos fueron nombrados en su juventud cónsules para el mismo año.[93] En el día memorable de su instalación, salieron de su palacio con gran pompa hacia el foro, aclamados por el Senado y el pueblo; su orgulloso padre, el verdadero cónsul de Roma, después de pronunciar una oración con elogios hacia su benefactor real, desplegó una magnificencia triunfal en los juegos del circo. Próspero en fama y fortuna, en sus honores públicos y alianzas particulares, en el cultivo de las ciencias y la conciencia de su virtud, podría haberse considerado que Boecio era feliz, si tan precario epíteto podía aplicársele antes del fin de sus días.

Un filósofo liberal con sus riquezas y corto de tiempo podría mantenerse insensible a las ambiciones, al deseo de oro y de cargos. Debe dársele algún crédito a Boecio, cuando afirmó que obedeció con renuencia al divino Platón, que encarga a todo ciudadano honorable que acuda al rescate de un Estado usurpado por el vicio y la ignorancia. Por la integridad de su conducta pública, él despertó el recuerdo de su nación. Su autoridad había refrenado el orgullo y las tropelías de los empleados reales, y su elocuencia había liberado a los paulinos de los perros de palacio. Siempre se condolió de las penurias de los provincianos exhaustos con las rapiñas públicas y privadas, y a menudo las alivió. Sólo Boecio tuvo coraje para oponerse a la tiranía de los bárbaros, eufóricos con la conquista, excitados por la codicia y, según se lamenta, estimulados por la impunidad.

En esas honorables contiendas, su espíritu fue más allá del peligro y, quizá, de la prudencia; podemos enterarnos por el ejemplo de Catón de que la virtud más pura e inflexible es la más propensa a dejarse engañar por el prejuicio, a enardecerse con el entusiasmo y a confundir enemistades privadas con la justicia pública. El alumno de Platón podía exagerar las debilidades de la naturaleza y las imperfecciones de la sociedad, y la forma más benévola del reino godo, pese a la lealtad y el agradecimiento, se haría insoportable al espíritu libre de un patriota romano. Pero la privanza y la lealtad de Boecio fueron disminuyendo a la par del bienestar público, y le impusieron un compañero indigno para dividir y controlar su poder como maestre de los oficios.

En los últimos y sombríos tiempos de Teodorico, se sentía un esclavo, pero como sólo su señor tenía poder sobre su vida, enfrentó sin armas y sin temor al airado bárbaro, a quien habían llevado a creer que la seguridad del Senado era incompatible con la suya propia. El senador Albino fue acusado y condenado, por tener esperanzas, según se decía, sobre la libertad de Roma. «Si Albino es criminal —exclamó el orador–, el Senado y yo mismo, todos, somos reos del mismo delito; pero si somos inocentes, Albino se merece por igual la protección de las leyes». Éstas no podían castigar un anhelo recóndito y estéril de un logro inasequible, pero habrían de mostrar menos indulgencia con la confesión imprudente de Boecio de que si estuviera enterado de alguna conspiración, el tirano jamás lo sabría.[94] El defensor de Albino se vio involucrado de pronto en el peligro y, quizá, en la culpabilidad de su cliente; su firma (que negaron fuera una falsificación) fue agregada a la misiva original, que invitaba al emperador de Oriente a liberar Italia de los godos; y tres testigos de rango honorable, aunque, tal vez, de infame reputación,

atestiguaron los designios traicioneros del patricio romano.[95] Pero debe presumirse su inocencia, puesto que Teodorico lo privó del derecho de justificarse y lo confinó con rigor en la torre de Pavía mientras el Senado, a quinientas millas [800 km] de allí, pronunció la sentencia de confiscación y muerte contra su miembro más ilustre. Bajo el mando los bárbaros, la ciencia oculta del filósofo fue estigmatizada con los nombres de sacrilegio y magia.[96] Un devoto y obediente miembro del Senado fue condenado como un criminal por los labios trémulos de los propios senadores, y tal ingratitud mereció el deseo o la predicción de Boecio de que nadie, después de él, fuera hallado culpable del mismo delito.[97]

Mientras Boecio, encadenado en la torre de Pavía, estaba esperando la ejecución de la sentencia de muerte, compuso *Consolación de la filosofía*, libro de oro, ya merecedor del aprecio de Platón o de Tulio, pero cuyo valor se realza con la barbarie de la época y la situación del autor (524 d. C.). La guía celestial, a la que tanto había invocado en Roma y en Atenas, se dignó entonces iluminar su mazmorra, revivir su valor y aliviar con bálsamo benéfico sus heridas. Le enseñó a comparar su dilatada prosperidad con su reciente penuria y a concebir nuevas esperanzas de la inconstancia de la fortuna. La razón le había revelado la condición precaria de esos bienes, la experiencia le señaló el verdadero valor; los había disfrutado sin culpa, podría renunciar a ellos sin suspiros y menospreciar serenamente el encono de sus enemigos, incapaces de arrebatarle la dicha, pues le dejaron la virtud. Boecio se elevó de la tierra al cielo en busca del Bien Supremo, fue rastreando el laberinto metafísico del azar y del destino, de la providencia y del libre albedrío, del tiempo y de la eternidad, e intentó conciliar con gallardía los atributos perfectos de la Divinidad con los desórdenes aparentes de su

dominio moral y físico. Arranques de consuelo tan obvios, tan volátiles o tan recónditos no alcanzan para sojuzgar los sentimientos de la naturaleza humana. Mas el dolor de la desventura puede eludirse con el afán del entendimiento, y el sabio que acertó a entretejer en la misma obra las diversas riquezas de la filosofía, la poesía y la elocuencia, debía de haber atesorado ya la valerosa serenidad que aparentaba apetecer. La incertidumbre, el peor de los males, encontró su fin a manos de los verdugos, que ejecutaron y, tal vez, excedieron el mandato inhumano de Teodorico. Le ciñeron el cuello con cuerdas recias, las apretaron hasta casi hacerle saltar los ojos de sus cuencas, y aun aparece menos horrendo el golpearlo con garrotes hasta la muerte.[98] Pero su espíritu sobrevivió para arrojar un rayo de conocimientos sobre la lóbrega época del mundo latino. El rey más glorioso de Inglaterra[99] tradujo los escritos del filósofo, y el emperador Otón III trasladó a un sepulcro más honorable los huesos de un santo católico que se convirtió en mártir y adquirió la fama de sus milagros por la persecución de los arrianos.[100] En su última hora, Boecio encontró algo de consuelo en la salvación de sus dos hijos, su esposa y su suegro, el venerable Símaco; mas éste, en su dolor, había cometido la indiscreción y, tal vez, la irreverencia de lamentarse y querer vengar la muerte de un amigo agraviado. Lo llevaron encadenado de Roma al palacio de Rávena, y allí la desconfianza de Teodorico sólo pudo aplacarse con la sangre de un senador inocente y anciano[101] (525 d. C.).

La humanidad tiende a fomentar cualquier indicio que justifique el predominio de la conciencia y el remordimiento de los reyes, y sabido es en filosofía que los fantasmas más pavorosos se engendran, a veces, por el poder de una fantasía desenfrenada y la debilidad de un cuerpo achacoso. Tras una

vida de virtud y gloria, Teodorico se encaminaba al sepulcro con vergüenza y culpa. Su espíritu ardía por los hechos pasados y se sobresaltaba fundadamente con el terror del invisible futuro. Se dice que una noche, cuando sirvieron en la mesa real la cabeza de un enorme pescado,[102] exclamó de pronto que estaba viendo el rostro airado de Símaco, sus ojos irradiando furia y venganza, y su boca con un diente largo y afilado, que amenazaba con devorarlo. Inmediatamente se retiró a sus aposentos y, tendido en la cama, trémulo de fría angustia bajo pesadas colchas, con susurros entrecortados expresó a su médico Elpidio su profundo arrepentimiento por la muerte de Boecio y de Símaco.[103] Su dolencia se agravó y, después de tres días de disentería, falleció en el palacio de Rávena, tras treinta y tres años de reinado, o treinta y siete, si se cuenta desde la invasión de Italia. Consciente de su fin, dividió entre sus dos nietos sus tesoros y provincias, tomando el Ródano como límite común.[104] Amalarico recobró el trono de España. Italia, con todas las conquistas de los ostrogodos, fue entregada a Atalarico, que no tenía más de diez años, pero que era respetado como el último descendiente masculino del tronco de los Ámalos, por el breve matrimonio de su madre, Amalasunta, con un fugitivo real de la misma sangre.[105] El monarca moribundo presenció el compromiso de los caudillos godos y de los magistrados italianos, que prometieron fe y lealtad al joven príncipe y a su madre tutora, y recibieron, en aquel trance solemne, el beneficioso consejo de mantener las leyes, amar al Senado y al pueblo de Roma, y cultivar la amistad del emperador con decorosa reverencia.[106] Amalasunta erigió un monumento en honor a Teodorico, su padre, en una posición que señoreaba la ciudad de Rávena, su bahía y las costas inmediatas. La capilla circular de treinta pies [9 m] de diámetro está coronada por una

cúpula de una sola pieza de granito; de su centro suben cuatro columnas que sostienen en una urna de pórfido los restos del rey godo, rodeada por las estatuas de bronce de los doce apóstoles. [107] Su alma, previa penitencia, habría podido terciar con los benefactores de la humanidad si un ermitaño italiano no hubiese presenciado en una visión la condenación de Teodorico, [108] cuyo espíritu fue sumergido por los ministros de la venganza divina en el volcán de Lípari, una de las bocas llameantes del mundo infernal.[109]

XL

ASCENSO DE JUSTINO EL MAYOR - REINADO DE JUSTINIANO - I. LA EMPERATRIZ TEODORA - II. BANDOS DEL CIRCO Y SEDICIÓN DE CONSTANTINOPLA - III. COMERCIO Y FABRICACIÓN DE LA SEDA - IV. HACIENDA E IMPUESTOS - V. EDIFICIOS DE JUSTINIANO - IGLESIA DE SANTA SOFÍA - FORTIFICACIONES Y FRONTERAS DEL IMPERIO ORIENTAL - ABOLICIÓN DE LAS ESCUELAS DE ATENAS Y EL CONSULADO DE ROMA

El emperador Justiniano nació[110] junto a las ruinas de Sárdica (la moderna Sofía) de una estirpe[111] desconocida de bárbaros[112] (6 de mayo de 482 d. C. u 11 de mayo de 483 d. C.), moradores de una zona silvestre y desolada, a la cual se le había aplicado sucesivamente el nombre de Dardania, Dacia y Bulgaria. Su ascenso fue preparado por el espíritu aventurero de su tío Justino, que con otros dos campesinos de la misma aldea, dejó el ejercicio más provechoso de labrador y vaquero por la profesión de las armas.[113] Los tres jóvenes marcharon por la carretera de Constantinopla, a pie y mal provistos de galleta en sus mochilas, y por su estatura y robustez, pronto quedaron alistados en la guardia del emperador León. Durante los dos reinados sucesivos, el venturoso campesino fue acumulando riqueza y honores, y se le atribuyó más tarde al ángel de la guarda que vela por la suerte de los reyes el que haya escapado de algunos peligros que amenazaban su vida. Sus servicios dilatados y loables en las guerras de Isauria y Persia no habrían rescatado del olvido el nombre de Justino, mas fueron

proporcionándole ascensos militares, y en el transcurso de medio siglo obtuvo la dignidad de tribuno, conde, general, senador y el mando de la guardia, que lo obedeció como jefe en la importante crisis del fallecimiento del emperador Anastasio. Los parientes poderosos que había enriquecido y ensalzado quedaron excluidos del trono, y el eunuco Amancio, que reinaba en el palacio, había resuelto en secreto ceñir la diadema a la más servil de las criaturas. Para conciliar el sufragio de la guardia, se puso un donativo cuantioso en manos de su comandante. Pero este medio eficaz fue empleado por Justino en ventaja propia, y como no se atrevió a aparecer ningún competidor, el labriego de Dacia quedó revestido con la púrpura por consentimiento unánime de los soldados —que lo consideraban valiente y moderado—, del clero y del pueblo —que lo creían ortodoxo—, y de las provincias —que tributaban sumisión ciega e incondicional a la capital (julio de 578 d. C.). Justino el Mayor, pues así se distinguía de otro emperador de la misma alcurnia y nombre, subió al trono bizantino a los sesenta y ocho años, y si se hubiese manejado sólo por sí mismo, durante los nueve años de reinado, a cada paso, habría demostrado a sus súbditos el desacierto en su elección. Su ignorancia era similar a la de Teodorico, y es sorprendente que en una época no ajena al saber dos monarcas contemporáneos careciesen de los rudimentos del abecedario. Pero el talento de Justino era mucho menor que el del rey godo: su experiencia militar no lo habilitaba para el gobierno de un imperio y, aunque valeroso, la conciencia de su propia insuficiencia le acarreaba naturalmente dudas, desconfianza y zozobras políticas. Sin embargo, el cuestor Proclo[114] se ocupaba con eficiencia y lealtad de los asuntos oficiales del Estado, y el anciano emperador adoptó el talento y las pretensiones de su sobrino

Justiniano (1 de abril o 1 de agosto de 527 d. C.), joven ambicioso a quien su tío había arrancado de la soledad de Dacia y había educado en Constantinopla como heredero de su fortuna personal y, luego, del Imperio oriental.

Defraudado el eunuco Amancio de su caudal, había que quitarlo de en medio. La tarea se llevó a cabo con facilidad mediante el cargo de conspiración, real o ficticia, y se les informó a los jueces, aumentando las culpas, que adhería a la herejía maniquea[115] (520-527 d. C.). Degollaron a Amancio y castigaron a tres de sus compañeros, empleados principales del palacio, con el destierro o la muerte; y a su desventurado candidato a la púrpura lo mataron a pedradas en una mazmorra y luego lo arrojaron, sin funerales, al mar. Más arduo y peligroso resultaba provocar la ruina de Vitelino, pues aquel caudillo godo se había hecho popular en la guerra civil que sostuvo denodadamente contra Anastasio en defensa de la fe ortodoxa y, tras la conclusión de un tratado ventajoso, permanecía en las inmediaciones de Constantinopla al frente de un ejército de bárbaros formidable y victorioso. Con la frágil seguridad de juramentos, se vio tentado a renunciar a su situación ventajosa y a entrar en el recinto de la ciudad, cuyo vecindario, en especial el bando azul, estaba arteramente enconado con él por la memoria de sus devotas hostilidades. El emperador y su sobrino lo recibieron como campeón leal y digno de la Iglesia y del Estado, y se lo agradecieron con el título de cónsul y general. Pero a los siete meses de consulado, recibió siete puñaladas en el banquete real,[116] y se acusó a Justiniano, heredero de sus despojos, de asesino de su hermano espiritual, con quien acababa de comprometer su fe en la participación de los misterios cristianos.[117] Luego de la caída de su competidor, fue promovido, sin ningún antecedente de servicio militar, al cargo

de maestre general de los ejércitos orientales, que debía acaudillar en campaña contra el enemigo público. Mas en la búsqueda de fama, Justiniano debe de haber perdido su predominio sobre la edad y la debilidad de su tío, y en vez de granjearse con trofeos escitas o persas la aceptación de sus compatriotas,[118] el cauteloso guerrero solicitaba el favor de las iglesias, el circo y el Senado de Constantinopla. Los católicos eran afectos al sobrino de Justino, que entre la herejía nestoriana y la euticia, hollaba el estrechísimo sendero de la ortodoxia inflexible e intolerante.[119] En los primeros días del nuevo reinado, fomentó y agasajó el entusiasmo popular contra la memoria del emperador difunto. Tras un cisma de treinta y cuatro años, reconcilió el espíritu orgulloso y tormentoso del pontífice romano, y divulgó entre los latinos el comentario favorable de su acatamiento religioso a la sede apostólica. Los tronos de Oriente estaban ocupados por obispos católicos, devotos de su interés. Se ganó al clero y a los monjes con su generosidad, y se le enseñó al pueblo a orar por su futuro soberano, esperanza y columna de la verdadera religión. Justiniano ostentaba su magnificencia en la pompa de los espectáculos públicos, punto no menos sagrado y trascendental para la muchedumbre que el credo de Niza o de Calcedonia; se estimaron los gastos de su consulado en doscientas veintiocho mil piezas de oro. En la misma época, rugían veinte leones y treinta leopardos en el anfiteatro, y se les otorgaba el extraordinario regalo de numerosos caballos con ricos jaeces a los corredores victoriosos del circo. Mientras consentía al pueblo de Constantinopla y recibía obsequios de reyes lejanos, el sobrino del emperador cultivaba asiduamente la relación con el Senado. Ese nombre venerable parecía calificar a sus miembros para manifestar el concepto de la nación y regular la sucesión del

trono imperial: el débil Anastasio había dado lugar a que la pujanza del gobierno se convirtiera en forma o sustancia de mera aristocracia, y los militares ascendidos a la jerarquía de senadores se acompañaban con su guardia particular, un piquete de veteranos cuyas armas o aclamaciones podían ceñir, en un alboroto, la diadema a su caudillo.

No se escatimaron tesoros del Estado para obtener el voto de los senadores, y su dictamen unánime sonó en los oídos del emperador para que tuviese a bien asociarse a Justiniano. Mas este acuerdo, que le avisaba su fin cercano, desagradó al monarca celoso y anciano, que deseaba retener el poder que no acertaba a ejercer; y Justino, sosteniendo la púrpura con ambas manos, les aconsejó que antepusieran, dado que tan provechoso era un nombramiento, algún candidato mayor. Sin importarle esta reconvención, el Senado procedió a condecorar a Justiniano con el dictado real de nobilísimo, y el tío, por afecto o por miedo, tuvo que revalidar su decreto.

Después de algún tiempo, la flojedad de ánimo y de cuerpo que le acarreó una herida incurable en el muslo lo obligó a acudir a un auxiliar. Citó al patriarca y a los senadores; en su presencia, colocó solemnemente la diadema en la sien de su sobrino, quien fue acompañado del palacio al circo, donde lo aclamó el pueblo gozoso. Justino vivió cuatro meses más, pero desde el momento de esta ceremonia, el Imperio lo consideró muerto y reconocía a Justiniano, de cuarenta y cinco años, soberano legítimo de Oriente.[120]

Desde su ascenso hasta su muerte, Justiniano gobernó el Imperio de Roma treinta y ocho años, siete meses y trece días (1 de abril de 527-14 de noviembre de 565 d. C.). El secretario de Belisario, retórico cuya elocuencia lo había promovido a la jerarquía de senador y de prefecto de Constantinopla, historió

su reinado, y esos acontecimientos embargan nuestra curiosidad por su número, su variedad y su trascendencia. Procopio[121] compuso la historia, el panegírico o la sátira de su tiempo según los vaivenes de entereza o servidumbre, de favores o deshonra. Los ocho libros de las guerras persa, vandálica y goda[122] seguidos de los cinco de Agatias merecen nuestro aprecio, como imitación trabajosa y atinada de los escritores áticos o, cuando menos, asiáticos de la antigua Grecia. Los hechos se recopilan desde la experiencia propia y la conversación desahogada de un militar, un estadista o un viajero; su lenguaje siempre aspira, y algunas veces lo logra, a ser brioso y elegante; sus reflexiones, en especial los parlamentos que inserta a menudo, atesoran ricos conocimientos de política; y el historiador, estimulado con el afán generoso de agradar e instruir a la posteridad, parece desdeñar los prejuicios del pueblo y las lisonjas de las cortes. Los escritos de Procopio[123] fueron leídos y celebrados por sus contemporáneos,[124] pero aunque respetuosamente los rindiese al pie del trono, debió lastimarse el orgullo de Justiniano con las alabanzas de un héroe que nublaba de continuo la gloria de su soberano inactivo. El concepto de digna independencia se postró ante las esperanzas y los miedos de un esclavo, y el secretario de Belisario se afanó por el perdón y la recompensa con los seis libros de los edificios imperiales. Escogió hábilmente un tema de aparente esplendor donde explayar a viva voz el talento, la magnificencia y la piedad de un príncipe que, como guerrero y como legislador, había superado las virtudes pueriles de Temístocles y de Ciro.[125] La decepción podría llevar al adulador a una venganza secreta, y el menor asomo de favoritismo podría de nuevo tentarlo a suspender o a suprimir un libelo[126] donde el Ciro romano queda tiznado de tirano odioso y despreciable; donde el emperador y su esposa Teodora

aparecen retratados como dos demonios que habían asumido forma humana para el exterminio de la humanidad.[127] Incoherencia tan básica debió de mancillar indudablemente la reputación y desautorizar la pluma de Procopio; pero desfogada ya la ponzoña de su malignidad, el residuo de sus anécdotas y aun los hechos más vergonzosos, algunos de ellos apuntados ya con suavidad en su historia pública, quedan evidenciados por sí mismos o los monumentos auténticos de aquel tiempo.[128] Con estos numerosos materiales haremos la descripción del reinado de Justiniano, que tendrá gran extensión. El presente capítulo explicará el ascenso y el carácter de Teodora, los bandos del circo y el régimen pacífico del soberano de Oriente. En los tres capítulos siguientes relataremos las guerras de Justiniano, que obtuvieron la conquista de África y de Italia, y seguiremos con las victorias de Belisario y de Narsés, sin disfrazar lo infructuoso de sus triunfos ni la hostil virtud de los héroes persas y godos. La serie de este tomo y el siguiente abarcará la jurisprudencia y la teología del emperador; las controversias y sectas que todavía dividen la Iglesia oriental; la reforma de la legislación romana, obedecida o acatada por las naciones modernas de Europa.

I. El primer acto de Justiniano en el desempeño de su poder supremo fue compartirlo con su amada, la famosa Teodora,[129] cuyo extraño ascenso no puede atribuirse al triunfo de la virtud femenina. Bajo el reinado de Anastasio, el cuidado de las fieras mantenidas por el bando verde en Constantinopla recaía en Acacio, nativo de la isla de Chipre, a quien por su empleo se le decía maestro de osos. Después de su muerte, el cargo honorífico pasó a otro candidato, sin tener en cuenta la diligencia de su viuda, provista ya de marido y sucesor. Acacio dejó tres hijas, Comito,[130] Teodora y Anastasia, y por entonces, la mayor no tenía más de siete años. En una fiesta solemne, la

madre, afligida e indignada, envió a las tres huérfanas desvalidas con vestimentas de suplicantes al medio del teatro; el bando verde las miró con menosprecio, y el azul con lástima, y esta diferencia que se instaló para siempre en el espíritu de Teodora, se sintió mucho después en el régimen del Imperio. Al ir creciendo en edad y hermosura, las tres hermanas, sucesivamente, se dedicaron a los placeres públicos y privados del pueblo bizantino; y a Teodora, después de seguir a Comito por el escenario en traje de esclava con un banquillo sobre la cabeza, al final se le permitió ejercitar su talento por sí sola. No cantaba, ni danzaba, ni tocaba la flauta: sus habilidades se relacionaban con la pantomima, sobresalía en los papeles de comediante y, cuantas veces hinchaba las mejillas y se lamentaba con tono y gesto ridículos por las bofetadas que le daban, todo el teatro de Constantinopla retumbaba de risas y aplausos. Su hermosura[131] era blanco de las alabanzas más lisonjeras y manantial del más exquisito deleite. Sus facciones eran finas y agraciadas; su tez, algo pálida, tenía un matiz natural; toda sensación se expresaba al instante en la vivacidad de sus ojos; sus movimientos elásticos mostraban la gracia de una figura pequeña, pero elegante; y el amor o la adulación podrían proclamar que no alcanzaba poesía ni pintura para retratar al vivo sus exquisitos primores. Pero su belleza se degradaba por la facilidad con que se exponía al público y se prostituía al deseo licencioso. Entregó sus encantos venales a cantidad de ciudadanos promiscuos y extranjeros de todo rango y toda profesión: el amante venturoso al que le había prometido una noche ansiada, a menudo tenía que ceder su lecho a otro favorito más fuerte o más rico. Cuando Teodora caminaba por la calle, cualquiera que deseara escapar del escándalo o de la tentación evitaba su presencia. El historiador satírico no se

sonrojó[132] por retratar las escenas de desnudez que ella mostraba con descaro en el teatro.[133] Después de apurar el arte de la sensualidad,[134] se quejaba con ingratitud por la mezquindad de la naturaleza;[135] mas cubriremos sus quejas con el velo de la lengua culta. Pasado un tiempo de reinar en el deleite y en el desdén de la capital, aceptó acompañar a Ecébolo, natural de Tiro y recién nombrado gobernador de la Pentápolis africana. Esta relación fue frágil y efímera, pues Ecébolo pronto rechazó a una concubina costosa e infiel. Teodora quedó en Alejandría totalmente desamparada, y en su esforzado regreso a Constantinopla todas las ciudades del Oriente admiraron y disfrutaron a la beldad de Chipre, cuyas perfecciones parecían justificar su descendencia de la propia isla de Venus. El vago trato de Teodora y las precauciones más detestables la preservaron del peligro que temía; sin embargo, una vez, sólo una, fue madre. El padre salvó y educó al niño en Arabia, y cuando estaba por morir le informó que era hijo de una emperatriz. En aras de su ambición, el joven fue de inmediato al palacio de Constantinopla, y le permitieron presentarse ante su madre. Y como jamás se lo volvió a ver, ni siquiera después del fallecimiento de Teodora, se hace merecedora de la vil acusación de haber extinguido junto con aquella vida un secreto tan injurioso a su virtud imperial.

En el estado más lamentable de su fortuna y su reputación, los susurros de una visión, un sueño o una fantasía, le habían dado a la joven la seguridad de que estaba destinada a convertirse en esposa de un monarca poderoso. Consciente de su próxima grandeza, se volvió de Pallegonia a Constantinopla; asumió, como una actriz consumada, un papel más decoroso; alivió su pobreza con la recomendable tarea de hilar lana; y aparentó castidad y soledad en una vivienda pequeña, que luego

cambió por un templo suntuoso.[136] Su hermosura, incrementada por artificios o por el acaso, pronto atrapó, cautivó y vinculó al patricio Justiniano, que ya reinaba con predominio absoluto bajo el nombre de su tío. Quizás se las ingenió para realzar el valor de un don que había malgastado a menudo aun con los más miserables; tal vez, con demoras modestas al principio y con encantos sensuales al final, encendió los deseos de su amante, que, por naturaleza o por devoción, era afecto a largas vigilias y dietas frugales. Pasado el primer encantamiento, la mujer continuó teniendo la misma influencia sobre él, por medio de las prendas más sólidas del carácter y de la comprensión. Justiniano se deleitaba ennobleciendo y enriqueciendo el objeto de su cariño; ponía a sus pies los tesoros del Oriente y decidió, quizá por escrúpulos religiosos, otorgar a su concubina el lugar sagrado y legal de consorte. Pero las leyes de Roma prohibían expresamente el enlace de un senador con una mujer de origen servil o artista teatral. La emperatriz Leipcia o Eufemia, una mujer bárbara de modales toscos, pero de virtud irreprochable, se negó a aceptar a una prostituta por sobrina; y aun Vigilancia, la supersticiosa madre de Justiniano, aunque reconocía la agudeza y la belleza de Teodora, estaba muy preocupada de que la liviandad y la arrogancia de aquella astuta amante corrompieran la religiosidad y la dicha de su hijo. El tesón inflexible de Justiniano arrolló todos los obstáculos: esperó con paciencia la muerte de la emperatriz; menospreció las lágrimas de su madre, que pronto se hundió bajo el peso de su desconsuelo; y se promulgó una ley en nombre del emperador Justino que abolía la antigua y rigurosa jurisprudencia. A todas las infelices mujeres que se hubieran prostituido en el teatro se les daba la oportunidad de un «glorioso arrepentimiento» (tales eran las palabras del edicto), y se les permitía contraer

matrimonio legal con los más ilustres de los romanos.[137] Esta indulgencia fue aprovechada con rapidez para las solemnes nupcias de Justiniano y Teodora. Su dignidad se realzó poco a poco con la de su amado, y no bien Justino revistió con la púrpura a su sobrino, el patriarca de Constantinopla ciñó la corona en la sien del emperador y de la emperatriz de Oriente. Mas no alcanzaban los honores habituales que la severidad de los modales romanos había otorgado a las esposas de los príncipes para saciar la ambición de Teodora y el cariño de Justiniano. La sentó, pues, en el trono como compañera igual e independiente en la soberanía del Imperio, y les tomaron juramento de lealtad a los gobernadores de las provincias en nombre de ambos.[138] El mundo oriental se postró ante el talento y la estrella de la hija de Acacio. La prostituta que en presencia de innumerables espectadores había mancillado el teatro de Constantinopla fue idolatrada como reina en la misma ciudad por magistrados circunspectos, obispos ortodoxos, generales victoriosos y monarcas cautivos.[139]

Los que opinan que la índole femenina se degrada por completo con la pérdida de la castidad escucharán con avidez todos los improperios de la envidia particular o del encono público que han disimulado las virtudes de Teodora, exagerando sus devaneos y condenando con severidad los pecados venales o voluntarios de la joven ramera. Por vergüenza o por desdén, solía rechazar el homenaje servil de la multitud, huir del esplendor odioso de la capital y pasar la mayor parte del año en los palacios y jardines placenteramente situados en las playas del Propóntide y del Bósforo. Dedicaba sus horas al cuidado prudente y agradecido de su belleza, al lujo del baño o de la mesa, y los sueños profundos por la tarde y por la mañana. Su vivienda reservada estaba ocupada por sus doncellas íntimas y

sus eunucos, cuyos intereses e inclinaciones satisfacía a expensas de la justicia. Los personajes más ilustres del Estado se agolpaban en una antecámara lóbrega y sofocante y cuando, tras angustiosa expectativa, al fin podían besar los pies de Teodora, experimentaban, según el temple del día, la muda arrogancia de una emperatriz o la liviandad antojadiza de una comedianta. Puede excusarse su avaricia por acumular un inmenso tesoro por la zozobra del fallecimiento de su marido, que no le dejaba alternativa entre la ruina y el trono, y el miedo, así como la ambición, pudieron predisponer a Teodora en contra de dos generales que durante la enfermedad del emperador habían declarado sin reflexión que no estaban dispuestos a consentir el albedrío de la capital. Pero el reproche de crueldad, tan ajeno a sus vicios livianos, ha tiznado para siempre la memoria de Teodora. Sus innumerables espías observaban y celosamente le informaban cualquier ademán, palabra o mirada injuriosa para la dueña real. Los acusados eran arrojados a sus mazmorras particulares,[140] inaccesibles a las pesquisas de la justicia; y, según se decía, se los torturaba en el potro o con azotes en presencia de la tirana, insensible a los pedidos de compasión o a las plegarias.[141] Algunas de estas desventuradas víctimas murieron en calabozos profundos y malsanos; otras, tras la pérdida de sus miembros, de su cordura o de sus pertenencias, podían aparecer en el mundo como monumentos vivos de venganza, que solía alcanzar a la prole de los sospechosos o agraviados. El senador o el obispo sentenciado a muerte o a destierro por Teodora quedaba en manos de un encargado de confianza, cuyo desempeño ella incentivaba con una amenaza de su propia boca: «Si faltas un ápice a lo mandado, juro por todo un Dios que se te ha de desollar vivo».[142]

Si Teodora no hubiese empañado su creencia con herejías,

su devoción ejemplar habría expiado, según la opinión de la época, su orgullo, su crueldad y su codicia. Mas si empleó su influencia para amansar el ímpetu intolerante del emperador, el siglo actual atribuirá algún mérito a su religión y alguna indulgencia a sus errores especulativos.[143] En todas las fundaciones piadosas y caritativas, el nombre de Teodora se presentaba con los mismos honores que el de Justiniano, y la institución más benevolente de su reinado se puede suponer un arranque de la emperatriz a favor de sus hermanas menos venturosas, que por seducción o por violencia tuvieron que caer en la prostitución. Un palacio situado en la parte asiática del Bósforo fue convertido en monasterio majestuoso y espacioso, y se le asignó una generosa cuota de mantenimiento para quinientas mujeres recogidas por las calles y burdeles de Constantinopla. En este refugio seguro y sagrado debían permanecer encerradas para siempre, y la desesperación de algunas, que se arrojaron de cabeza al mar, quedó diluida con la gratitud de las penitentes, preservadas de sus liviandades y su miseria por su generosa bienhechora.[144] El mismo Justiniano celebraba la prudencia de Teodora, y sus leyes se atribuyeron a los consejos atinados de su preciosa consorte, a quien reverenciaba como agasajo de la misma Divinidad.[145] Su valor se exhibió en medio del tumulto de gente y del terror de la corte. Su castidad, desde el momento en que se unió a Justiniano, queda demostrada por el silencio de sus enemigos implacables; y aunque la hija de Acacio podía estar hastiada de amoríos, merece elogios por la entereza de su alma que pudo sacrificar el deleite y la costumbre, impulsada por la fuerza mayor del deber o el interés. No lograron los anhelos y plegarias de Teodora la dicha de un hijo legítimo, y tuvo que enterrar a una niña, único fruto de su enlace.[146] Sin hacer caso a esta

decepción, conservó su permanente y absoluto predominio; afianzó, por habilidad o por mérito, el cariño de Justiniano, y sus desavenencias aparentes solían redundar en desventura de los palaciegos que los consideraban sinceros. Tal vez, su salud se vio afectada por el desenfreno de su juventud, porque siempre fue enfermiza, y los médicos le aconsejaron los cálidos baños pitios. En este viaje, la escoltaron el prefecto pretoriano, el gran tesorero, varios condes y patricios, y una comitiva espléndida de cuatro mil acompañantes. Para su tránsito, se repararon las carreteras; se edificó un palacio para recibirla, y al pasar por Bitinia fue repartiendo limosnas cuantiosas a las iglesias, a los monasterios y a los hospitales, para que encomendasen al Cielo la recuperación de su salud.[147] Por último, después de veinticuatro años de matrimonio y veintidós de reinado, la consumió el cáncer[148] (11 de junio de 548 d. C.). Su marido, un hombre que de la habitación de una prostituta de teatro pudo obtener la doncella más pura y noble de Oriente, lloró tan irreparable pérdida.[149]

II. Se puede advertir una gran diferencia entre los juegos de la Antigüedad, pues los griegos más descollantes eran actores, y los romanos, sólo espectadores. El estadio olímpico estaba abierto a la opulencia, al mérito y a la ambición, y si los aspirantes dependían de su maestría y desempeño personal, podían seguir las huellas de Diomedes y Menelao, y conducir sus propios caballos en la rápida carrera.[150] Se permitía que partieran al mismo tiempo diez, veinte y hasta cuarenta carruajes: una corona de hojas era el galardón del vencedor, y su fama, con la de su alcurnia y su patria, resonaba en cantares líricos más duraderos que el mármol y el bronce. Pero un senador, y aun cualquier ciudadano, consciente de su jerarquía, se habría sonrojado por poner su persona o sus caballos en el

circo de Roma. La República, los magistrados o los emperadores costeaban los juegos, pero manos siervas empuñaban las riendas, y si las ganancias de un conductor favorito sobrepasaban a veces las de un abogado, se debía mirar como una extravagancia popular y el crecido salario de una profesión deshonrosa. En un principio, la carrera era una mera competencia de dos carruajes, cuyos conductores se diferenciaban por sus libreas blancas y rojas; luego se añadieron otros dos colores, el verde claro y el azulado, y como la carrera constaba de veinticinco vueltas, en un solo día cien carruajes revestían de pompa el circo. Los cuatro bandos pronto adquirieron legalidad, y se atribuía el misterioso origen de sus colores de fantasía a los tonos de la naturaleza en las cuatro estaciones del año: el rojo de la encendida canícula, el nevado del invierno, las sombras del otoño y el verde lozano de la primavera.[151] Otra interpretación prefería los elementos a las estaciones, y se suponía que la lucha entre el verde y el azul representaba el conflicto entre la tierra y el mar. Sus victorias respectivas presagiaban una cosecha abundante o una navegación favorable, y la oposición de labriegos y marineros solía ser menos absurda que el ciego ahínco del pueblo romano, que entregaba su vida y sus haberes al color que endiosaban. Los príncipes más sabios toleraban con menosprecio tal desvarío, pero Calígula, Nerón, Vitelio, Vero, Comodo, Caracala y Eliogábalo estaban alistados en el bando verde o azul del circo, frecuentaban sus caballerías, aplaudían a sus favoritos, perseguían a sus contrarios y se granjeaban el aprecio del populacho, gracias al remedo natural o aparente de sus modales. La contienda sangrienta y tumultuosa continuó alborotando las festividades públicas hasta la última época de los espectáculos en Roma, y Teodorico, a impulsos de su justicia o de su afecto, solía interponer su autoridad para proteger a los verdes contra la

violencia de un cónsul o de un patricio, que eran partidarios apasionados del bando azul del circo.[152]

Constantinopla adoptó los devaneos, mas no las virtudes, de la antigua Roma; y los mismos bandos que habían alborotado el circo se manifestaron con redoblado ímpetu en el hipódromo. En el reinado de Anastasio, el fervor religioso incrementó este frenesí popular, y los verdes, que traicioneramente habían escondido piedras y dagas en los cestos de frutas, asesinaron en una función solemne a tres mil adversarios azules.[153] El mal se diseminó desde esta capital hacia las provincias y ciudades de Oriente, y el distintivo deportivo de los dos colores dio lugar a dos bandos recios e irreconciliables, que sacudieron los cimientos de un gobierno débil.[154] Las desavenencias populares fundadas en los intereses trascendentales o la pretensión sagrada apenas han podido igualar la tenacidad de discordia tan antojadiza, que perturbó la paz de las familias, separó amigos y hermanos, y tentó al sexo femenino, que casi no se asomaba por el circo, a abrazar el bando de sus amados o a contradecir los deseos de sus maridos. Se pisoteaban las leyes humanas o divinas; y cuando el partido vencía, sus seguidores desatendían miramientos particulares o públicos. En Antioquía y en Constantinopla reinaba el libertinaje y no la libertad de la democracia, y era imprescindible que todo candidato apoyara algún bando para conseguir un puesto civil o eclesiástico. Se achacaba a los verdes un compromiso secreto con la alcurnia o la secta de Anastasio. Los azules eran celosamente devotos de la causa ortodoxa y de Justiniano,[155] y su caudillo, agradecido, protegió durante más de cinco años los desórdenes de un bando cuyos alborotos periódicos avasallaban el palacio, el Senado y las capitales de Oriente. Envanecidos por el favoritismo real, los azules gustaban de sembrar el terror por su particular vestimenta

bárbara, la cabellera larga de los hunos, sus mangas ajustadas, vestidos amplios, un andar majestuoso y una voz sonora. De día ocultaban sus puñales de doble filo, pero de noche con descaro se agolpaban armados en grupos numerosos, dispuestos a toda tropelía y robo. Estos forajidos nocturnos despojaban o malherían a sus adversarios verdes o, incluso, a ciudadanos inofensivos; y era peligroso llevar botones o ceñidores de oro, o asomar a altas horas por las calles de una capital pacífica. El espíritu desafiante fue creciendo con la impunidad: empezaron a violar la garantía de las viviendas particulares y se valían del fuego para allanarlas o encubrir sus atentados. Ningún lugar era sagrado ni estaba a salvo de sus pillajes; derramaban con profusión la sangre de los inocentes, mancillaban iglesias y altares con sus atroces desafueros, y los asesinos se jactaban de ser tan certeros que infligían heridas mortales con una sola puñalada. La juventud disoluta de Constantinopla vistió la librea azul del desenfreno; enmudecieron las leyes y se relajaron los vínculos sociales. Los acreedores debían renunciar a los compromisos; los jueces, revocar sus sentencias; los dueños, libertar a sus esclavos; los padres, apoyar las extravagancias de los hijos. Las matronas principales se prostituían a sus sirvientes; los niños eran arrebatados de los brazos de sus padres, y las mujeres, a menos que eligieran la muerte, eran violadas en presencia de sus maridos.[156] Los verdes, desesperados, perseguidos por sus enemigos y abandonados por los magistrados, acudieron al privilegio de la defensa, y, tal vez, de la venganza. Pero los que sobrevivían al combate eran ejecutados, y los desventurados fugitivos huían a los bosques y cavernas, presas sin misericordia de la sociedad que los arrojaba. Los magistrados de justicia que tuvieron el valor de castigar los delitos y de hacer frente al resentimiento de los azules resultaban víctimas de su celo

indiscreto. Un prefecto de Constantinopla acudió a refugiarse al santo sepulcro; un conde de Oriente fue azotado con ignominia, y un gobernador de Cilicia, ahorcado por disposición de Teodora sobre la tumba de dos asesinos, a quienes había condenado por la muerte de su palafrén y por el asalto desalmado a su propia persona.[157] Un aspirante ansioso puede estar tentado de construir su grandeza sobre la base de la confusión pública, sin embargo, al soberano le interesa, y es su deber, velar por el cumplimiento de las leyes. El primer edicto de Justiniano, que fue repetido y, a veces, ejecutado, proclamaba su firme resolución de apoyar a los inocentes y castigar a los culpables de toda denominación y color. Aun así la balanza de la justicia se inclinaba por el bando azul, debido al afecto recóndito, la costumbre y los temores del emperador. Su equidad, tras una lucha aparente, se sometió sin renuencia a las implacables pasiones de Teodora, y la emperatriz nunca olvidó ni perdonó los agravios que había sufrido la comedianta. Con el advenimiento de Justino el Menor, la proclama de justicia pareja y rigurosa condenó en forma indirecta la parcialidad del reinado anterior. «¡Vosotros, azules, Justiniano ya murió! ¡Vosotros, verdes, todavía vive!».[158]

El odio mutuo y una reconciliación momentánea de los bandos provocaron una sedición que casi redujo a cenizas a la gran Constantinopla. Durante el quinto año de su reinado, cuando Justiniano estaba celebrando la festividad de idus de enero (552 d. C.), los verdes no cesaban de perturbar los juegos con su ruidoso descontento. El emperador se mantuvo adustamente silencioso hasta la carrera veintidós, cuando, cediendo a su impaciencia, entabló con frases abruptas, por boca de un pregonero, el diálogo más extraño[159] que medió jamás entre un príncipe y sus súbditos. Las primeras quejas fueron

respetuosas y moderadas, pues acusaron a los ministros subalternos de opresión y aclamaron sus deseos de larga vida y victoria al emperador. «¡Sed pacientes y atentos, insolentes descarriados! —prorrumpió Justiniano—, ¡callad judíos, samaritanos y maniqueos!». Los verdes insistieron en su afán por despertar su compasión: «Somos menesterosos, somos inocentes y estamos atropellados; ni siquiera nos atrevemos a andar por las calles, hay una persecución generalizada contra nuestro nombre y color. ¡Haz que muramos, oh, emperador, pero por vuestra disposición y a vuestro servicio!». Pero la repetición de improperios parciales y vehementes degradaba, a su parecer, la majestad de la púrpura. Renunciaron a la lealtad a un príncipe que negaba justicia a su pueblo; se lamentaban de que el padre de Justiniano hubiera nacido y tildaron al hijo de homicida, asno, tirano y perjuro. «¿Despreciáis vuestra vida?», gritó airado el monarca. Los azules se levantaron con furia de sus asientos; su clamor estremeció el hipódromo, y sus adversarios, abandonando tan desigual contienda, sembraron el terror y la desesperación por las calles de Constantinopla. En ese peligroso momento, siete asesinos conocidos, de ambos bandos, condenados por el prefecto, eran trasladados por la ciudad hasta el lugar de la ejecución, en el arrabal de Pera. Inmediatamente degollaron a cuatro de ellos, ahorcaron al quinto y, cuando estaban castigando en la misma forma a los dos restantes, se cortó el dogal, y cayeron vivos al suelo. La multitud aplaudió su huida, y los monjes de San Conon, que aparecieron del convento cercano, los llevaron en un bote al santuario de la iglesia.[160] Como uno de los reos vestía librea azul, y el otro, verde, los dos bandos estaban irritados por igual, ya fuera por la crueldad de su opresor, ya por la ingratitud de su padrino, y acordaron una breve tregua hasta que liberaran a sus prisioneros

y cumplieran su venganza. Incendiaron en un instante el palacio del prefecto, que soportó el torrente de los sediciosos, masacraron a los guardias y empleados, allanaron las cárceles y pusieron en libertad a los que sólo podían usarla para el exterminio público. La muchedumbre armada, que iba aumentando en número y en fortaleza, se enfrentó con violencia a la fuerza militar que había acudido a defender al magistrado civil. Los hérulos, los bárbaros más bravíos que el Imperio tenía a su servicio, arrollaron al clero con sus reliquias, que por humanidad se había interpuesto temerariamente para aplacar el sangriento conflicto. El alboroto creció con este sacrilegio; el pueblo peleaba con entusiasmo por la causa de Dios; las mujeres arrojaban piedras desde los tejados y las ventanas en la cabeza de los soldados que, a su vez, arrojaban tizones a las casas; y las llamas, encendidas por mano de ciudadanos y extraños, se propagaban sin control por todo el ámbito de la ciudad. El incendio abrasó la catedral de Santa Sofía, los baños de Zeuxipo, parte del palacio, desde el atrio hasta el altar de Marte, el dilatado pórtico desde el palacio hasta el foro de Constantino, el gran hospital con sus enfermos, y muchas iglesias y edificios majestuosos, y se derritió o se perdió un tesoro inmenso de oro y plata. Horrorizados y despavoridos con tamaño desastre, los ciudadanos sensatos huyeron a la parte asiática del Bósforo, y por espacio de cinco días Constantinopla quedó en manos de los bandos, cuya consigna «¡Nika, vence!» dio nombre a aquella sedición memorable.[161]

Mientras los bandos estaban divididos, los triunfantes azules y los abatidos verdes miraban, al parecer, con la misma indiferencia los desórdenes del Estado. Coincidían en censurar la corrupción de la justicia y de la hacienda, y acusaban a viva voz de ser responsables de la miseria pública a dos ministros: el

solapado Treboniano y el rapaz Juan de Capadocia. Habría sido posible dejar a un lado los comentarios pacíficos del vulgo, pero incendiada la ciudad, merecían más consideración: el cuestor y el prefecto fueron apartados de su cargo de inmediato, y dos senadores de inmaculada integridad ocuparon esos puestos. Hecha esta concesión, Justiniano confesó sus propios desaciertos en el hipódromo y aceptó el arrepentimiento de sus agradecidos súbditos, que, de todas formas, desconfiaban de sus garantías, aunque juró sobre los Santos Evangelios. El emperador, alarmado por la desconfianza, se retiró precipitadamente a la fortaleza de su palacio.

La obstinación del tumulto se atribuyó a una conspiración secreta y ambiciosa, y se abrigaba la sospecha de que los sublevados, en especial los verdes, habían obtenido armas y dinero de Hipacio y Pompeyo, dos patricios que no podían olvidar con decoro ni recordar con tranquilidad que eran sobrinos del emperador Anastasio. Habían recibido la confianza, la deshonra y el perdón caprichosos de la celosa ligereza del monarca, y habían aparecido como sirvientes leales del trono. Durante los cinco días de tumultos permanecieron detenidos como rehenes importantes hasta que, al fin, los temores de Justiniano prevalecieron sobre la cordura, los vio como espías, tal vez como asesinos, y los arrojó con dureza de su palacio. Después de una protesta inútil, que la obediencia podría llevar a una traición involuntaria, se retiraron a sus albergues. En la madrugada del sexto día, Hipacio se halló cercado y asido por el pueblo, el cual, menospreciando su resistencia virtuosa y las lágrimas de su consorte, arrebató a su favorito al foro de Constantino y, en vez de diadema, le ciñó en la sien un collar preciosísimo. Si el usurpador, que alegó luego el mérito de su demora, hubiera acatado el dictamen de su Senado y hubiera

enardecido a la muchedumbre, su primer esfuerzo irresistible habría oprimido o expulsado a su trémulo competidor. El palacio bizantino se comunicaba con el mar; los bajeles estaban preparados en la gradería de los jardines, y se tomó la decisión secreta de trasladar al emperador con su familia y sus tesoros a un paraje seguro, a cierta distancia de la capital.

Habría sido la perdición de Justiniano si la prostituta que ascendió del teatro no hubiera renunciado a la timidez y las virtudes de su sexo. En medio de un consejo, presenciado por Belisario, Teodora sola exhibió la bizarría de un héroe, y ella sola, sin percibir el odio venidero, pudo salvar al emperador de aquel peligro inminente y de sus miedos indecorosos. «Si la huida —dijo la esposa de Justiniano— fuera la única salvación, aun así, la desdeñaría. Morir es la condición de nuestro nacimiento; mas quien llegó a reinar, jamás sobreviviría a la pérdida de su dignidad y su dominio. Imploro al Cielo que nunca se me vea, ni siquiera un día, sin la diadema y la púrpura, y que jamás vuelva a ver la luz si no me han de saludar con el título de reina. ¡Oh, César!, si decides huir, tienes tesoros; mira el mar, tienes naves; pero tiembla, no vaya a ser que el afán de vivir te exponga a vil destierro y a muerte deshonrosa. Por mi parte, me atengo a la máxima de la Antigüedad: el trono es un glorioso sepulcro». Tamaña entereza de la mujer devolvió valor para recapacitar y para actuar, y el valor pronto encuentra recursos, incluso, en la situación más desesperada. Reflotar la animosidad de los bandos fue una medida fácil y decisiva. Los azules estaban asombrados de su propia culpa y locura, ya que un desaire insignificante los llevó a conspirar con sus enemigos contra su bienhechor misericordioso y dadivoso, y volvieron a proclamar la majestad de Justiniano. Los verdes, con su advenedizo emperador, se quedaron solos en el hipódromo. La

lealtad de la guardia era dudosa, pero la fuerza militar de Justiniano constaba de tres mil veteranos curtidos en el valor y la disciplina en las guerras de Persia y del Ilírico. A las órdenes de Belisario y de Mundo, marcharon en silencio en dos divisiones desde el palacio, se franquearon rumbo encubierto por pasajes angostos, restos de llamas y edificios en ruinas, y abrieron de par en par, a un mismo tiempo, las dos puertas opuestas del hipódromo. En este espacio estrecho, la multitud desordenada y aterrorizada no fue capaz de contrarrestar por ambas partes el avance sostenido y regular. Los azules signaron la furia de su arrepentimiento, y se calcula que murieron más de treinta mil personas en la matanza desapiadada y promiscua de aquel día. Arrastraron a Hipacio de su trono y lo condujeron con su hermano Pompeyo a las plantas del emperador: ellos imploraron su clemencia, pero su culpa era evidente y su inocencia, incierta, y Justiniano se había aterrorizado demasiado para perdonar. A la mañana siguiente, los dos sobrinos de Anastasio, con dieciocho cómplices ilustres de jerarquía patricia o consular, fueron ejecutados en privado por los soldados, se arrojaron los cuerpos al mar, se arrasaron sus palacios y se confiscaron sus bienes. Hasta el mismo hipódromo tuvo que enmudecer por algunos años. Cuando se restablecieron los juegos, volvieron a surgir desórdenes, y los bandos azul y verde siguieron asolando el reinado de Justiniano y alterando el sosiego del Imperio oriental.[162]

III. Aquel imperio todavía abarcaba las naciones que había conquistado la Roma bárbara más allá del Adriático, hasta los confines de Etiopía y de Persia. Justiniano reinaba sobre sesenta y cuatro provincias, y novecientas treinta y cinco ciudades.[163] La naturaleza favorecía sus dominios con suelo, posición y clima, y las mejoras del ingenio humano se habían ido

difundiendo sin cesar por las costas del Mediterráneo y las márgenes del Nilo, desde la antigua Troya hasta la Tebas egipcia. Abraham[164] se había aliviado gracias a la abundancia de Egipto; el mismo país, una pequeña y populosa extensión, todavía era capaz de exportar anualmente más de doscientos sesenta mil cuartos de trigo [30000 kg] para Constantinopla,[165] y las manufacturas de Sidón proveían a la capital de Justiniano quince siglos después de haber celebrado los poemas de Homero.[166] La pujanza anual de los cultivos, en vez de agotarse en dos mil cosechas, se renovaba y robustecía con la hábil labranza, el rico abono y el descanso oportuno. Aumentaba infinitamente la cría de ganados; las plantaciones, los edificios y los instrumentos de trabajo y de lujo, más duraderos que la vida humana, se iban acumulando con el esmero de sucesivas generaciones. La tradición conservaba, y la experiencia simplificaba la humilde práctica de las profesiones: la sociedad se enriquecía con la subdivisión del trabajo y la facilidad del intercambio. Todo romano se albergaba, se vestía y se alimentaba con el trabajo de miles de brazos. La religiosidad les atribuye a los dioses el invento del telar y la rueca. En todos los tiempos se usó un sinnúmero de productos animales y vegetales —pelo, pieles, lana, cáñamo, algodón y, por último, seda— para fabricar hábilmente vestimentas para ocultar o adornar el cuerpo humano, y se empapaban en infusiones de colores permanentes; el pincel realzó con éxito el trabajo del telar. El gusto o la moda permitían elegir esos colores, que imitaban los de la naturaleza, [167] pero la púrpura intensa que los fenicios[168] extraían de un marisco quedó reservada para la persona sagrada del emperador y su palacio, y se castigaba como traidor a todo ambicioso que osase usurpar las prerrogativas del trono.[169]

No es necesario explicar que la seda[170] se va hilando, en

principio, de las entrañas de una oruga, que construye el capullo del que emerge como mariposa. Hasta el reinado de Justiniano, el gusano de seda que se alimenta de las hojas de la morera estaba confinado a China; el que se alimenta de pino, de roble y de fresno era común en los bosques de Asia y de Europa, pero por ser su cría más trabajosa y su producción más incierta, se solían desatender, excepto en la isla de Ceos, junto a la costa de Ática. De su tejido resultaba una gasa fina, y esta manufactura cea, invento de una mujer para uso femenino, era muy apreciada en el Oriente y en Roma. Aunque se quieran sacar conclusiones sobre las prendas de los medos y los asirios, Virgilio es el escritor más antiguo que menciona expresamente la lanilla liviana que se iba cardando de los árboles de Seres o China;[171] y este error natural, menos maravilloso que la realidad, se fue corrigiendo poco a poco con el conocimiento de un insecto valioso, el primer artífice del lujo de las naciones. Durante el reinado de Tiberio, la gravedad romana censuró aquel primor extraño y elegante, y Plinio con elocuencia vehemente, aunque afectada, condenó el afán codicioso que llevaba a explorar lo más remoto de la Tierra, con el propósito pernicioso de exponer al público la desnudez de las matronas envueltas en gasas transparentes.[172] La vestimenta que mostraba el contorno de los miembros y el color de la piel podía halagar la vanidad o estimular el deseo. A veces, las mujeres fenicias destejían las sedas tupidas de la China y multiplicaban el precioso material con una textura más floja, mezclada con hilos de lino.[173] Dos siglos después de Plinio, aún se vinculaba el uso de la seda pura o mezclada al sexo femenino, hasta que los ciudadanos acaudalados de Roma y de las provincias se fueron familiarizando con el ejemplo de Eliogábalo, el primero que con su traje afeminado manchó el señorío de un emperador y de un

hombre. Aureliano se lamentaba de que una libra de seda [460 g] se vendiese en Roma a doce onzas de oro [336 g]; mas la provisión creció con la demanda, y el precio disminuyó con la provisión. Si por casualidad o por el monopolio el precio a veces se elevaba aun por encima del nivel de Aureliano, los fabricantes de Tiro o de Berito tenían que contentarse, por la misma causa, con la novena parte de esa suma disparatada.[174] Se consideró necesaria una ley para diferenciar la vestimenta de los comediantes de la de los senadores; y la mayor parte de la seda exportada de su país nativo se consumía entre los súbditos de Justiniano. Estaban todavía más familiarizados con las propiedades de un marisco del Mediterráneo llamado gusano de seda marino. La delgada lanilla o cabellera con que la madreperla se adhiere a la roca ahora se fabrica por curiosidad más que por provecho, y el emperador romano les regaló a los sátrapas de Armenia una vestimenta de tan extraño material.[175]

Una mercancía valiosa y que ocupara poco espacio se podía trasladar por tierra, y las caravanas atravesaban toda Asia, desde el océano chino hasta la costa de Siria, en doscientos cuarenta y tres días. Los mercaderes persas entregaban de inmediato la seda a los romanos[176] que frecuentaban las ferias de Armenia y de Nisabis; pero este comercio, entorpecido aun en las temporadas de tregua por la codicia y los celos, se interrumpía por completo durante las guerras dilatadas de las monarquías opuestas. El gran rey podía incluir, con arrogancia, entre las provincias de su imperio a Sogdiana y aun a Sérica (China), pero el Oxo era el límite real de sus dominios, y su provechoso intercambio con los sogdoítas, allende el río, dependía de la voluntad de sus conquistadores, los blancos hunos y los turcos, que reinaron sucesivamente sobre aquel pueblo industrioso. Sin embargo, ni siquiera el gobierno más irracional desarraigó las semillas de la

agricultura y del comercio en una región considerada uno de los cuatro jardines de Asia. Las ciudades de Samarcanda y Bochara estaban situadas en lugares ventajosos para el trueque de sus diversos productos, y sus comerciantes les compraban a los chinos[177] la seda cruda o labrada para transportarla a Persia y destinarla al Imperio Romano. En la presumida capital de China, recibían las caravanas sogdianas como embajadas suplicantes de reinos tributarios, y si éstas regresaban a salvo, la audaz aventura se recompensaba con una ganancia exorbitante. Pero el tránsito difícil y peligroso desde Samarcanda hasta la primera población de Shensi, no se podía realizar en menos de sesenta, ochenta o cien días. No bien atravesaban el Yapartes se internaban en el desierto, y quedaban expuestos a los grupos errantes que consideraban a los ciudadanos y a los viajeros objetos de legítima presa, a menos que los enfrentaran con armas y guarniciones. Para escapar de los salteadores tártaros y de los tiranos de Persia, las caravanas de la seda encontraron un camino más meridional: atravesaron las montañas del Tíbet, bajaron por el río Ganges o el Indo, y esperaron con paciencia en los puertos de Guzarate y Malabar a las flotas anuales del Occidente.[178] Pero los peligros del desierto eran más tolerables que el esfuerzo, el hambre y la pérdida de tiempo; así que el intento rara vez se repitió, y el único europeo que tomó ese rumbo poco frecuente elogiaba su propia diligencia por haber llegado en nueve meses desde Pekín hasta la desembocadura del Indo.

Sin embargo, el océano estaba a disposición de la humanidad como vía de comunicación. Los emperadores del norte sometieron y civilizaron las provincias de la China, desde el gran río hasta el trópico de Cáncer. Durante la era cristiana, esas provincias estaban pobladas de ciudades y gente, de moreras

y sus preciosos comensales. Si los chinos, con el conocimiento de la brújula, hubieran poseído el espíritu de los griegos o de los fenicios, habrían divulgado sus descubrimientos hasta el hemisferio meridional. No estoy calificado para examinar ni propenso a creer sus lejanos viajes al golfo Pérsico o el cabo de Buena Esperanza, pero los antepasados podían igualar las tareas y el éxito de la generación actual, y los ámbitos de su navegación podían extenderse desde las islas del Japón hasta los estrechos de Malaca, las columnas, si podemos aplicar tal nombre, de un Hércules oriental.[179] Sin perder de vista la tierra, podían navegar por la costa hasta el último promontorio de Aquin, que anualmente visitaban diez o doce naves cargadas con los productos, con las manufacturas y aun con artífices de la China. La isla de Sumatra y la península opuesta[180] eran las regiones del oro y la plata, y las ciudades comerciales citadas en la geografía de Tolomeo indican que sus riquezas no derivaban sólo de las minas. Unas cien leguas [557 km] distan entre Ceilán y Sumatra; el vuelo de las aves y los vientos periódicos conducían a los navegantes indios y chinos, que surcaban el océano a salvo en bajeles cuadrados, que unían con fuertes cuerdas de coco en lugar de hierro. Ceilán, Serendib o Trapobana estaban divididas entre dos príncipes enemigos; uno poseía las montañas, los elefantes y el carbúnculo (rubí) reluciente, el otro disfrutaba de las riquezas más sólidas de la industria doméstica, el extranjero y la bahía de Trinquemalo, que recibía y enviaba flotas de Oriente y de Occidente. En aquella isla hospitalaria, a igual distancia (como fue calculado) de sus respectivos países, los mercaderes chinos de seda, que habían acopiado en sus viajes aloe, clavo de olor, nuez moscada y sándalo, mantenían un comercio libre y ventajoso con los habitantes del golfo Pérsico. Los súbditos del gran rey exaltaban,

sin competencia, poderío y magnificencia; y el romano, que confundía la vanidad de ellos comparando su moneda baladí con una medalla de oro del emperador Anastasio, había navegado a Ceilán como simple pasajero en un buque de Etiopía.[181]

Como la seda se convirtió en un artículo imprescindible, el emperador Justiniano veía con preocupación que los persas tuvieran el monopolio de este importante producto por mar y por tierra, y que una nación enemiga e idólatra desangrara continuamente la riqueza de sus súbditos. Un gobierno eficaz habría restablecido el comercio de Egipto y la navegación del Mar Rojo, decaída a la par que la prosperidad del Imperio; y los bajeles romanos podrían haber navegado para comprar seda a los puertos de Ceilán, de Malaca o, incluso, de la China. Justiniano tomó una decisión más humilde y solicitó el auxilio de sus aliados cristianos, los etíopes de Abisinia, recién dedicados a la navegación y al comercio, y ubicados en el puerto de Adulis,[182] todavía decorada con los trofeos de un conquistador griego. Siguiendo la costa de África, penetraron hasta el ecuador en busca de oro, esmeraldas y plantas aromáticas, y evitaron con sensatez una competencia desigual en la que siempre se les anticipaban los persas con su vecindad a los mercados de la India, por lo que el emperador se hallaba desilusionado. Ya habían predicado el Evangelio a los indios: un obispo dirigía a los cristianos de santo Tomás sobre la costa de las especias en el Malabar, se edificó una iglesia en Ceilán, y los misioneros siguieron las huellas del comercio hasta los extremos de Asia.[183] Dos monjes persas habían residido en la China, quizás, en la ciudad real de Nankin, asiento de un monarca afecto a supersticiones extranjeras que, de hecho, recibió una embajada de la isla de Ceilán. En medio de sus afanes místicos,

vieron con curiosidad el traje habitual de los chinos, las fábricas de seda y la miríada de gusanos de seda, cuya cría (ya en los árboles, ya en las viviendas) se consideraba en otra época tarea de reinas.[184] Pronto comprendieron que era imposible transportar un insecto de tan corta vida, pero que podrían preservar los huevecillos de una numerosa cría para que se reprodujeran en climas remotos. En los monjes persas preponderó la religión o el interés antes que el amor a la patria: tras un dilatado viaje, llegaron a Constantinopla y comunicaron su proyecto al emperador, quien los alentó generosamente con sus dádivas y promesas. Los historiadores de ese príncipe consideraban que era más interesante relatar una campaña a las faldas del Cáucaso que el afán por el comercio de aquellos misioneros, que de regreso a la China engañaron a un pueblo receloso, ocultando los huevecillos de los gusanos en sus bordones, y regresaron triunfantes con los despojos de Oriente. Con sus indicaciones, los incubaron en la época propicia con el calor artificial del estiércol, alimentaron a los gusanos con hojas de morera hasta que crecieron en el clima extraño; sobrevivió suficiente número de mariposas para continuar la reproducción, y plantaron árboles para alimentar a las nuevas generaciones. La experiencia y la reflexión fueron corrigiendo los errores de un nuevo intento, y en el reinado siguiente, los embajadores sogdoítas reconocieron que los romanos no eran inferiores a los chinos en cuanto a la cría de los insectos y la fabricación de seda, industria en la que la Europa moderna superó a China y a Constantinopla. Soy consciente del provecho que acarrea el lujo elegante, pero reflexiono con pena que si los importadores de seda hubieran traído el arte de la imprenta, que ya se practicaba en la China, se habrían perpetuado las comedias de Menandro y las décadas enteras de Livio en ediciones del siglo VI. Una visión

más amplia del mundo podría haber promovido, al menos, el avance de las ciencias especulativas, pero era necesario extraer la geografía cristiana de los textos de la Sagrada Escritura, y el estudio de la naturaleza era síntoma seguro de una mente incrédula. La fe ortodoxa concentraba el mundo habitable en una sola zona templada, y representaba la Tierra como una superficie oblonga —cuyo largo se podía recorrer en cuatrocientas jornadas de marcha, y su ancho, en doscientas–, encerrada por el océano y cubierta por el sólido cristal del firmamento.[185]

IV. Los súbditos de Justiniano estaban disconformes con la situación y con el gobierno. Los bárbaros infectaban Europa, y los monjes, Asia. La pobreza de Occidente desalentaba el comercio y las manufacturas de Oriente: los sirvientes improductivos de la Iglesia, el Estado y el ejército consumían el fruto de todos los trabajos, y disminuyó con rapidez el capital en circulación, que constituye la riqueza nacional. La economía de Anastasio había aliviado los quebrantos públicos, y ese emperador sensato acumuló un inmenso tesoro y liberó al pueblo de impuestos gravosos y opresivos. Un agradecimiento generalizado celebró la abolición del *oro del desconsuelo*, tributo personal sobre la industria de los menesterosos,[186] que más intolerable era, al parecer, por el modo que por la esencia, puesto que la ciudad floreciente de Edesa sólo pagaba ciento cuarenta libras [64 kg] de oro cada cuatro años, que se recolectaban entre diez mil artesanos.[187] Mas tal era el acierto de estas disposiciones que, en un reinado de veintisiete años, Anastasio ahorró la enorme cantidad de trece millones de libras esterlinas o trescientas veinte mil libras de oro.[188] Su sobrino Justino no siguió su ejemplo y abusó del tesoro. Las riquezas de Justiniano se agotaron con rapidez en limosnas, edificios,

guerras ambiciosas y tratados deshonrosos. Sus gastos eran desproporcionados a las rentas; usaba artimañas para obtener del pueblo el oro y la plata que luego derrochaba desde Persia hasta Francia.[189] Su reinado estuvo marcado por los vaivenes o, más bien, por la lucha entre la rapacidad y la codicia, y la ostentación y la escasez. Vivió acusado de ocultar tesoros[190] y legó al sucesor el pago de sus deudas.[191] El pueblo y la posteridad han demandado fundadamente semejante índole, pero el descontento público suele ser crédulo; los rumores particulares, temerarios; y el amante de la verdad debe leer con desconfianza las anécdotas instructivas de Procopio. El historiador secreto transmitió sólo los vicios de Justiniano y los oscureció con su lápiz malévolo. Imputó los actos dudosos a las peores causas, malinterpretó errores por culpas, accidente por plan y leyes por abusos. Con maliciosa habilidad, consideró la injusticia de un momento como la máxima de un régimen de treinta y dos años; cargó sobre las espaldas del emperador la responsabilidad de sus empleados, los desórdenes de la época y la corrupción de los súbditos e, incluso, los desastres naturales de epidemias, terremotos e inundaciones. De este modo, hizo aparecer a Justiniano como la encarnación del príncipe de los demonios.[192]

Con estas advertencias, relataré con brevedad las anécdotas de avaricia y atropello bajo ciertos títulos.

1. Justiniano era tan pródigo que no podía ser liberal. Los empleados civiles y militares, al entrar en la servidumbre del palacio, obtenían una jerarquía modesta con un sueldo moderado y luego iban ascendiendo por antigüedad en paga y en descanso. Las pensiones anuales, de las que Justiniano abolió las más altas, llegaban hasta cuatrocientas mil libras; los cortesanos venales y menesterosos deploraban su economía

casera como el peor atentado a la majestad del Imperio. Los correos, los salarios de los médicos y el alumbrado eran objeto de gran preocupación, y las ciudades podían quejarse porque se les usurpaban los fondos municipales destinados a esos fines. Los soldados también se veían perjudicados, y tal era la decadencia del espíritu militar que los atropellaban con impunidad. El emperador les retiró el donativo habitual de cinco piezas de oro por quinquenio, redujo a los veteranos a pordiosear por el sustento y consintió que ejércitos enteros se disolviesen por su desamparo en las guerras de Italia y de Persia.

2. La humanidad de sus antecesores había condonado siempre, en épocas prósperas de reinado, los atrasos en el tributo público y había resignado con sabiduría el reclamo de una deuda imposible de cobrar. «Durante sus treinta y dos años de reinado, Justiniano nunca ha otorgado una indulgencia similar, y muchos de sus súbditos han renunciado a la posesión de esas tierras cuyo valor es insuficiente para cubrir las demandas del erario. A las ciudades que habían sufrido ataques hostiles, Anastasio prometió una exención general de siete años; las provincias de Justiniano han sido devastadas por persas, árabes, hunos y eslavonios, pero su dispensa vana y ridícula de un solo año se ha aplicado a los pueblos que estaban de hecho en manos del enemigo.» Así habla el historiador secreto, que expresamente negaba que se le hubiera concedido algún alivio a Palestina tras la rebelión de los samaritanos; imputación falsa y odiosa, refutada por el informe verdadero que atestigua un descargo de trece centenarios de oro (52000 libras) otorgado a aquella provincia asolada, por la mediación de san Sabas.[193]

3. Procopio no ha tenido a bien explicar el sistema de impuestos que caía como granizo sobre la tierra y como pestilencia sobre los moradores, y nos haríamos cómplices de su

iniquidad si imputáramos sólo a Justiniano el antiguo y riguroso principio de que un distrito entero debía afrontar las pérdidas de las personas o propiedades individuales. La provisión de granos para el ejército y la capital era una obligación gravosa y arbitraria, que excedía, quizás, diez veces la capacidad del granjero, cuya aflicción empeoraba con la desigualdad de pesos y medidas, y la tarea y el gasto adicional del traslado a lugares distantes. En un momento de escasez, se practicó una requisa en las vecinas Tracia, Bitinia y Frigia; pero los dueños, tras un viaje tedioso y una navegación peligrosa, recibieron un pago tan mezquino que habrían preferido entregar el grano y su valor en la puerta de sus graneros. Estas precauciones podrían indicar sumo afán por el bienestar de la capital; sin embargo, Constantinopla no escapaba al rapaz despotismo de Justiniano. Hasta su reinado, los estrechos de Bósforo y del Helesponto gozaban la libertad de comercio, sin ninguna prohibición más que la de exportación de armas para los bárbaros. En cada una de las puertas de la ciudad residía un pretor, el ministro de la codicia imperial. Se cobraban elevados derechos a bajeles y mercancías; la exigencia recaía en el desvalido consumidor; los pobres sufrían por una escasez artificial y por el exorbitante precio de los mercados, y el pueblo, acostumbrado a la generosidad de su príncipe, a veces carecía del agua y del pan. [194] El tributo *aéreo*, sin nombre, ley, ni objeto determinado, era un don anual de ciento veinte mil libras que el emperador aceptaba del prefecto del pretorio, y el medio de pago quedaba a discreción del magistrado poderoso.

4. Aun este impuesto era más tolerable que el privilegio de los monopolios, que impedía la competencia justa de la industria y, por el afán de una ganancia escasa e indecorosa, imponía una carga arbitraria sobre las necesidades o el lujo de

los súbditos. «No bien —copio las anécdotas— el tesorero imperial usurpó la venta exclusiva de seda, todo un pueblo, los fabricantes de Tiro y de Berito quedaron reducidos a la miseria extrema y perecieron de hambre o huyeron a los dominios enemigos de Persia». Una provincia podía sufrir por la decadencia de sus manufacturas, pero en este ejemplo de la seda, Procopio no tiene en cuenta el beneficio inestimable y duradero que recibió el Imperio gracias a la curiosidad de Justiniano. El recargo de un séptimo al precio habitual de la moneda de cobre puede disculparse de la misma forma, y la modificación, que podía parecer acertada, parece ser inocente, puesto que no se alteró la pureza ni varió el valor de la moneda de oro, medida legal para los pagos públicos y privados.[195]

5. Las amplias atribuciones para exigirles a los granjeros el cumplimiento de sus compromisos pueden considerarse dignas de reprobación, ya que parecía que le hubieran comprado al emperador la vida y la fortuna de sus conciudadanos. Y aun se celebró una compra más directa de honores y de empleos en el palacio, con el permiso o, por lo menos, la anuencia de Justiniano y Teodora. No se tenían en cuenta las razones de méritos ni de privanza, y casi era razonable esperar que el osado aventurero que había asumido una magistratura tuviese una cuantiosa recompensa por la infamia, el esfuerzo, el peligro y las deudas contraídas, y el alto interés que pagaba. Tantos oprobios y estragos acarreados por esta práctica venal despertaron por fin la virtud oculta de Justiniano, e intentó proteger la integridad de su gobierno mediante juramentos y castigos.[196] Pero después de un año de perjurio, se suspendió el riguroso edicto, y la corrupción licenciosa declaró su triunfo sobre la impotencia de las leyes.

6. El testamento de Eulalio, conde de los domésticos,

declaraba al emperador heredero único, con la condición, sin embargo, de que satisficiese sus deudas y legados, otorgase a sus tres hijas una pensión decorosa y una dote de diez libras de oro en el momento de su casamiento. Pero la espléndida fortuna de Eulalio se había consumido en el fuego, y el inventario de sus bienes se reducía a la suma insignificante de quinientas sesenta y cuatro piezas de oro. Un ejemplo similar en la historia de Grecia advertía al emperador sobre la oportunidad de remedarlo. Frenó los rumores egoístas de la tesorería, celebró la confianza de su amigo, cumplió con los legados y las deudas, educó a las tres niñas a la vista de la emperatriz Teodora y duplicó la dote que el cariño paternal consideraba suficiente.[197] Algún elogio merece la humanidad de un príncipe (puesto que a los príncipes no les cabe ser generosos), pero aun en este acto de virtud se puede descubrir la vieja práctica de suplantar a los herederos legítimos o naturales, que Procopio le imputa al reinado de Justiniano. Apoya este cargo con apellidos ilustres y ejemplos escandalosos; ni las viudas ni los huérfanos estaban a salvo, y los cortesanos ejercitaban en su beneficio el arte de solicitar, falsear o inventar testamentos. Esta tiranía ruin y desalmada invadía la seguridad de la vida privada; y el monarca que había consentido el apetito por las ganancias pronto estaría tentado a anticipar el momento de la sucesión, a interpretar la riqueza como prueba de culpabilidad y a trocar el derecho a una sucesión en la potestad de confiscarla.

7. Un filósofo puede incluir entre las formas de hurto la conversión de las riquezas paganas o heréticas para el uso de los fieles, mas en la época de Justiniano este saqueo sagrado sólo era condenado por los sectarios, que eran las víctimas de la codicia católica.[198]

Todo el deshonor recaía en última instancia en la persona de

Justiniano, pero gran parte de la culpa y aun más de las ganancias la tenían los ministros, que rara vez eran ascendidos por sus virtudes y no siempre por su competencia.[199] Se deben valorar los méritos de Triboniano, el cuestor, para la reforma de la ley romana, pero el régimen del Oriente estaba subordinado al prefecto pretoriano, y Procopio justificó sus anécdotas por el retrato que expuso en su historia pública de los notorios vicios de Juan de Capadocia.[200] No había adquirido conocimientos en las escuelas,[201] y su escritura era apenas legible; pero descollaba por su pujanza nativa para dar los consejos más sabios y para hallar soluciones en las situaciones más desahuciadas. La corrupción de su corazón igualaba su extraordinario entendimiento. Aunque se sospechaba que practicaba la superstición mágica y pagana, parecía inconsciente del temor de Dios y de los reproches de los hombres. Su inmensa fortuna se labró sobre la muerte de miles, la pobreza de millones, la ruina de ciudades y el asolamiento de provincias. Trabajaba desde el amanecer hasta el momento de la cena para enriquecer a su amo y a sí mismo, a costa del mundo romano; dedicaba el resto del día a los placeres sensuales y obscenos; y en el silencio de la noche, lo asaltaba el terror por la justicia de algún asesino. Sus habilidades y, quizá, sus vicios le aconsejaron una larga amistad con Justiniano: el emperador cedió a su pesar ante la furia del pueblo; exhibió su triunfo con el inmediato restablecimiento de su enemigo, y sintieron por más de diez años, bajo su administración opresiva, que lo estimulaba la venganza más que lo instruía la desventura. Las murmuraciones sólo sirvieron para robustecer más la resolución de Justiniano; pero el resentimiento de Teodora desdeñó un poderío ante el cual todos se ponían de rodillas, y él intentó sembrar las semillas de discordia entre el emperador y su amada esposa. La misma Teodora tuvo que

disimular para esperar el momento oportuno y, mediante una conspiración artificiosa, convertir a Juan de Capadocia en cómplice de su propia destrucción. Mientras Belisario demostraba ser un rebelde, a menos que haya sido un héroe, su mujer Antonina, íntima de la emperatriz, comunicó su supuesto descontento a Eufemia, hija del prefecto. La crédula niña le comunicó a su padre el peligroso proyecto, y Juan, que debería haber conocido el valor de los juramentos y las promesas, se vio tentado a aceptar una entrevista nocturna y casi traidora con la esposa de Belisario. Por orden de Teodora, guardias y eunucos le tendieron una emboscada; se abalanzaron espada en mano sobre el ministro culpable, que se salvó por la fidelidad de sus asistentes. Pero en vez de acudir a un soberano misericordioso que le había advertido en privado del peligro, huyó cobardemente al santuario de la iglesia. El favorito de Justiniano fue sacrificado por el cariño conyugal y el sosiego doméstico; la conversión de prefecto a sacerdote extinguió su ambición, pero la amistad con el emperador alivió su desgracia y retuvo una gran porción de sus riquezas en el exilio apacible de Císico. Esa venganza incompleta no podía satisfacer a Teodora; el asesinato de su antiguo enemigo, el obispo de Císico, exigía una pretensión decente, y Juan de Capadocia, cuyas acciones habían provocado mil muertes, al final fue condenado por un delito que no cometió. Un gran ministro, revestido con los honores de cónsul y de patricio, fue azotado con ignominia como un forajido, y sólo quedaron sus harapos como muestra de su fortuna. Lo embarcaron para su destierro en Andrinópolis del alto Egipto, y el prefecto de Oriente tuvo que mendigar el pan por las mismas ciudades que habían temblado con su nombre. Durante un destierro de siete años, la ingeniosa crueldad de la emperatriz prolongó y amenazó su vida. Cuando ella murió,

Justiniano pudo recuperar a un sirviente al que había abandonado con pesar. Sin embargo, la ambición de Juan de Capadocia quedó reducida a los humildes deberes de la profesión sacerdotal. Sus sucesores convencieron a los súbditos de Justiniano de que aún podía mejorarse la opresión mediante la experiencia y la laboriosidad. Se introdujeron en la administración de las finanzas los fraudes de un asentista sirio, y el ejemplo del prefecto sirvió de pauta al cuestor, al tesorero general y particular, al gobierno de las provincias y a los magistrados principales del Imperio oriental.[202]

V. Los edificios de Justiniano se construían con la sangre y el caudal de su pueblo, mas aquellas estructuras suntuosas parecían anunciar la prosperidad del Imperio y exhibían en realidad la maestría de sus arquitectos. Los emperadores apadrinaban el desarrollo de la teoría y la práctica de las artes que estriban en las matemáticas y en la maquinaria. Proclo y Antenio estaban a la par de Arquímedes, y si los espectadores hubieran sido capaces de desentrañar sus milagros, podrían en ese momento aumentar las conjeturas, en lugar de incitar la desconfianza de los filósofos. Cuenta la tradición que la flota romana quedó reducida a cenizas en el puerto de Siracusa por los espejos ustorios de Arquímedes,[203] y se asegura que Proclo se valió del mismo instrumento para destruir las naves godas en la bahía de Constantinopla y proteger a su benefactor, Anastasio, contra el arrojo de Vitaliano.[204] En las murallas de Constantinopla se instaló una máquina que se componía de un espejo hexagonal de metal pulido con varios polígonos menores y móviles, que al recibir el reflejo del sol del mediodía enviaba una llama abrasadora a más de doscientos pies [61 m].[205] El silencio de historiadores más auténticos desmiente estos dos hechos extraordinarios, y nunca se usaron los espejos ustorios en

el ataque o la defensa de un lugar.[206] Sin embargo, los experimentos asombrosos de un filósofo francés[207] han demostrado la posibilidad de semejantes instrumentos, y dado que son asequibles, me parece más razonable atribuírselos a la invención de los grandes matemáticos de la Antigüedad que a la fantasía extravagante de un monje o de un sofista. Según otro relato, Proclo se valió del azufre para destruir las naves godas.[208] El hombre moderno asocia el azufre con la pólvora, y esta asociación se transmite mediante las artes secretas de su discípulo Antemio.[209] Un ciudadano de Tralles (Asia) tenía cinco hijos, que descollaron todos en sus respectivas profesiones. Olimpio sobresalió en el conocimiento y la práctica de la jurisprudencia romana; Dióscoro y Alejandro fueron médicos eminentes: el primero dedicó su ciencia al provecho de sus conciudadanos, mientras que su hermano, más ambicioso, se granjeó riqueza y fama en Roma. La reputación de Metrodoro, el gramático, y de Antemio, matemático y arquitecto, llegó a oídos de Justiniano y los invitó a Constantinopla. Mientras el primero instruía a los jóvenes en la elocuencia, el segundo colmó la capital y las provincias con los monumentos más duraderos de su arte. La elocuencia de su vecino Zenón lo había vencido en un pleito baladí sobre paredes y ventanas de sus casas contiguas, pero el orador fue arrollado, a su vez, por el maestro de la mecánica, cuyas estratagemas traviesas, pero inofensivas, están representadas misteriosamente por la ignorancia de Agatias. En un aposento bajo, Antemio colocó varias vasijas o calderos de agua, cubrió cada uno con la parte inferior y ancha de un tubo de cuero, cuyo otro extremo angosto se elevaba hasta las vigas y aleros del edificio vecino.

Calentó los calderos, el vapor ascendió por los tubos, la casa se estremeció con el empuje del aire encajonado, y sus

moradores, trémulos, se extrañaron de que la ciudad no percibiera el terremoto. En otra oportunidad, los amigos que estaban comiendo con Zenón quedaron deslumbrados con el reflejo irresistible de los espejos de Antemio y aturdidos con el estruendo del choque de ciertas partículas diminutas, y el orador manifestó con entonación trágica ante el Senado que cualquier mortal se rendiría ante el poder de un enemigo que conmovía la tierra con el tridente de Neptuno e imitaba los truenos y rayos del mismo Jove. El príncipe, cuyo gusto por la arquitectura se había convertido en una pasión enfermiza y costosa, incitó y empleó el genio de Antemio y de su compañero Isidoro el Milesio. Sus arquitectos favoritos sometían sus diseños y dificultades a Justiniano, y confesaban con discreción que sus ideas laboriosas eran superadas por el conocimiento intuitivo, fruto de una inspiración celestial, del emperador, cuyo interés se concentraba siempre en el beneficio de su pueblo, la gloria de su reinado y la salvación de su alma.[210]

La iglesia principal, que el fundador de Constantinopla había dedicado a santa Sofía, quedó destruida por el fuego en dos ocasiones: la primera, después del destierro de Juan Crisóstomo; la segunda, durante los disturbios entre el bando azul y el verde. Tras aquellos tumultos, la población cristiana deploró la temeridad sacrílega, pero se podría haber regocijado si hubiera previsto el esplendor del nuevo templo, que a los cuarenta días emprendió con ahínco la religiosidad de Justiniano.[211] Retiraron las ruinas, delinearon un plano más espacioso y, como necesitaban la conformidad de algunos propietarios de la tierra, obtuvieron los términos más exorbitantes gracias a los deseos impacientes y la conciencia timorata del monarca. Antemio creó el diseño, y su maestría dirigió las manos de diez mil albañiles, cuyo pago en piezas de

plata finísima se cumplía sin demoras todas las tardes. El emperador en persona, con una túnica de lino, controlaba a diario el progreso y animaba la diligencia con su familiaridad, su fervor y sus premios. El patriarca consagró la nueva Catedral de Santa Sofía a los cinco años, once meses y diez días de colocados los primeros cimientos, y en medio de una fiesta solemne Justiniano exclamó con vanidad devota: «Alabado sea Dios, que me consideró digno de cumplir tan grandiosa obra; logré vencerte, ¡oh!, Salomón».[212] Pero el orgullo del Salomón romano, antes de pasados veinte años, dio una lección de humildad, ya que un terremoto derribó la parte oriental de la cúpula. Sin embargo la perseverancia del mismo príncipe la restauró nuevamente, y a los treinta y seis años de su reinado, Justiniano dedicó por segunda vez un templo que, después de doce siglos, sigue siendo un extraordinario monumento de su fama. La arquitectura de Santa Sofía, convertida ahora en mezquita principal, fue imitada por los sultanes turcos, y la asombrosa mole sigue despertando la admiración de los griegos y la curiosidad de los viajeros europeos.

Los espectadores se desilusionan por la perspectiva irregular de semicúpulas y techos escalonados; la fachada occidental, que es la principal, carece de sencillez y de magnificencia, y sus dimensiones han sido superadas por varias catedrales latinas. Pero aquel arquitecto que levantó por primera vez una cúpula aérea es acreedor del elogio a su audaz diseño y su hábil ejecución. La cúpula de Santa Sofía, iluminada por cuarenta ventanas en una pechina o curva rebajada, tiene una profundidad de sólo un sexto de su diámetro. Éste mide ciento quince pies [35 m], y el centro, donde una media luna ha suplantado a la cruz, se eleva perpendicularmente a doscientos ochenta pies [85 m] del pavimento. El círculo que compone la

cúpula reposa con suavidad sobre cuatro arcos poderosos, sostenidos por cuatro pilares macizos fortalecidos, ayudados, en el lado norte y el sur, por la presencia de cuatro columnas de granito egipcio. La planta del edificio está representada por una cruz griega inscrita en un cuadrángulo; mide doscientos cuarenta y tres pies [74 m] de ancho, y doscientos sesenta y nueve [82 m] de largo desde el santuario en el lado este hasta las nueve puertas occidentales, que se abren al atrio y luego al nártex o pórtico exterior. Ese pórtico era la humilde estación de los penitentes. La nave o cuerpo de la iglesia se colmaba de fieles, pero se separaban con prudencia los dos sexos, y la galería alta y la baja se reservaban para la devoción más privada de las mujeres. Tras los pilares del norte y del sur, una barandilla, que terminaba en los extremos con los tronos del emperador y del patriarca, separaba la nave del coro, y el clero y los cantores ocupaban todo ese espacio (presbiterio) hasta los escalones del altar. El mismo altar, nombre ya familiar para los cristianos, estaba ubicado en la capilla oriental, construida expresamente en forma semicilíndrica; y este santuario se comunicaba por varias puertas con la sacristía, el vestuario y el batisterio, y con las construcciones inmediatas, que servían para la pompa del culto, o para el uso particular de los ministros eclesiásticos. Teniendo presentes los desastres anteriores, Justiniano decidió con sabiduría no utilizar madera, excepto en las puertas, en el nuevo edificio, y se fueron seleccionando los materiales según lo requería la pujanza, la ligereza o el esplendor de las respectivas partes. Los sólidos pilares que sostenían la cúpula se componían de enormes sillares de piedra pulida, cuadrados o triangulares, fortalecidos con abrazaderas de hierro y afianzados con la fusión de cal viva y plomo; mas el peso de la cúpula disminuía por la liviandad de su material, que era piedra pómez (que flota en el

agua) o ladrillo de Rodas, cinco veces más liviano que el común. Toda la estructura del edificio era de ladrillos, sin embargo, estaban recubiertos con un revestimiento de mármol. El interior de Santa Sofía, la cúpula, las dos semicúpulas mayores y las seis menores, las paredes, las cien columnas y el piso embelesaban aun los ojos de los bárbaros, con sus matices ricos y abigarrados. Un poeta[213] que fue testigo del brillo inicial de Santa Sofía describe los colores, las sombras y las manchas de diez o doce mármoles, jaspes y pórfidos que la naturaleza había diversificado profusamente y que aparecían combinados y contrapuestos como por la mano de un hábil pintor. El triunfo de Cristo se engalanó con los últimos despojos del paganismo, pero la mayor parte de estas costosas piedras salió de las canteras de Asia Menor, de las islas y el continente de Grecia, Egipto, África y Galia. La religiosidad de una matrona romana donó ocho columnas de pórfido, que Aureliano había colocado en el Templo del Sol; el fervor ambicioso de los magistrados de Éfeso entregó otras ocho de mármol verde; todas son admirables por su tamaño y hermosura, aunque sus capiteles desdicen todas las órdenes de la arquitectura. En los mosaicos aparecía una variedad de adornos y figuras, y las efigies de Cristo, de la Virgen, de santos y ángeles, que han sido borradas por el fanatismo turco, estaban expuestas peligrosamente a la ciega superstición de los griegos. Los metales preciosos se empleaban en hojuelas o bloques macizos, según la santidad de cada objeto. La barandilla del coro, los capiteles de los pilares, los adornos de las puertas y las galerías eran de bronce dorado; los espectadores quedaban encandilados con los destellos de la cúpula; el santuario contenía cuarenta mil libras [18.400 kg] de plata, y los vasos sagrados y las vestiduras del altar eran del oro más puro salpicado de piedras preciosas. Antes que la obra se levantara dos

codos del suelo [90 cm], ya se habían gastado cuarenta y cinco mil doscientas libras, y toda la empresa ascendió a trescientas veinte mil: cada lector, según su propio método, podrá calcular el importe en oro o plata, pero el cálculo más bajo es de un millón de libras esterlinas. Un templo suntuoso es un monumento loable al gusto y la religión nacional, y el devoto que contemplaba el domo de Santa Sofía estaría tentado a suponer que era la residencia o, incluso, el trabajo de la misma divinidad. Sin embargo, ¡cuán torpe es el artífice, cuán insignificante es la labor si los comparamos con la formación del insecto más ínfimo que se arrastra por el techo del mismo templo!

La envergadura de tal edificio, que el tiempo ha respetado y que disculpa el habernos explayado en sus pormenores, es una muestra de las innumerables obras que Justiniano construyó, tanto en la capital como en las provincias, en menor escala y menos duraderas.[214] Sólo en Constantinopla y sus suburbios dedicó veinticinco iglesias a Cristo, a la Virgen y a los santos, muchas de ellas decoradas con mármol y oro, y cuya ubicación escogía con habilidad en una plaza concurrida, en alguna arboleda agradable, en la playa o en una loma desde donde se veían los continentes de Europa y de Asia. Parece que la iglesia de los Santos Apóstoles en Constantinopla y la de San Juan en Éfeso se ajustaron a la misma norma. Sus cúpulas imitan las de Santa Sofía, pero el altar se colocó en un lugar más acertado, bajo el centro de la cúpula y en el cruce de los cuatro pórticos majestuosos que expresaban mejor la figura de una cruz griega. La Virgen de Jerusalén podría regocijarse con el templo erigido por su devoto imperial en paraje más ingrato, sin solar ni materiales. Se alzó un terraplén sobre una parte elevada de una honda cañada para nivelarla con la altura del cerro. Se labraron

con esmero las piedras de una cantera vecina en formas regulares. Se condujo cada bloque en un carruaje especial tirado por cuarenta poderosos bueyes, y se ensancharon los caminos para el tránsito de tan extraordinario peso. El Líbano proporcionó sus cedros más elevados para las maderas de la iglesia, y el descubrimiento oportuno de una veta de mármol rojo aportó el material para sus bellas columnas, dos de las cuales, los apoyos del pórtico exterior, eran las más grandes del mundo. La espléndida generosidad del emperador se propagó por la Tierra Santa, y si la racionalidad debería condenar los monasterios de ambos sexos edificados o restablecidos por Justiniano, la humanidad no puede menos que elogiar los pozos que perforó y los hospitales que fundó para el alivio de los agotados peregrinos. El espíritu cismático de Egipto lo hacía poco acreedor de la liberalidad real, pero en Siria y en África se aplicaron algunos remedios contra los desastres de la guerra y de los terremotos, y tanto Cartago como Antioquía, renaciendo de sus escombros, debieron reverenciar el nombre de su benefactor misericordioso.[215] Casi todos los santos del calendario fueron honrados con un templo, casi todas las ciudades del Imperio lograron las ventajas contundentes de puentes, hospitales y acueductos, mas la sobria generosidad del príncipe se negó a halagar al pueblo con el lujo popular de los baños y los teatros. Mientras Justiniano se esforzaba por el servicio público, no desatendía su propia dignidad y su situación. Restauró su palacio bizantino, dañado por el incendio, con una nueva majestuosidad, y se puede tener una noción del edificio por el vestíbulo o recibidor, que desde la puerta o, quizá, del techo, se denominaba cales o bronce. El domo, de cuadrángulo espacioso, descansaba sobre pilares macizos; el piso y las paredes estaban revestidos de mármoles jaspeados: verde esmeralda de Laconia,

rojo de fuego y blanco frigio salpicado con vetas de color verde mar. Los mosaicos pintados de la cúpula y de los costados representaban las glorias triunfales de Italia y de África. En la costa asiática del Propóntide, a poca distancia del este de Calcedonia, se dispuso el costoso palacio y los jardines de Hereo[216] como residencia veraniega de Justiniano y, en especial, de Teodora. Los poetas de la época le cantaron a la extraña alianza entre la naturaleza y el arte, a la armonía de las ninfas de los bosquecillos y de los manantiales, pero la multitud de sirvientes que acompañaba a la corte se quejaba de la incomodidad de los albergues,[217] y las ninfas se alarmaban con demasiada frecuencia por el famoso Porfirión, un ballenato de diez codos [4,5 m] de ancho y treinta [12,50 m] de largo que se encalló en la desembocadura del río Sangaris, después de haber infestado por más de medio siglo los mares de Constantinopla.[218]

Justiniano redobló las fortificaciones de Europa y de Asia, pero tan tímidas e inútiles precauciones no hacían más que exponer, según una visión filosófica, la debilidad del Imperio.[219] Desde Belgrado hasta el Euxino, desde la confluencia del Sava hasta la embocadura del Danubio, se extendía un cordón de más de ochenta plazas por la orilla del gran río. Las simples atalayas se convirtieron en grandiosas ciudadelas; los murallones solitarios, estrechados o agrandados por los ingenieros según la naturaleza del terreno, se llenaron de colonias o guarniciones; una gran fortaleza escudaba los escombros del puente de Trajano[220] y varios apostaderos parecían difundir el orgullo del nombre romano allende el Danubio. Pero ese nombre fue despojado del terror que inspiraba, pues los bárbaros pasaban dos veces por año con desdén por delante de aquellos baluartes inservibles, y los habitantes de la frontera, en vez de resguardarse a la sombra de la defensa general, se veían obligados a mantener

una vigilancia incesante sobre sus viviendas desparramadas. La soledad de ciudades antiguas se repobló, las fundaciones nuevas de Justiniano adquirieron, tal vez con demasiada precipitación, los calificativos de inexpugnables y populosas, y el solar venturoso de su nacimiento provocó la reverencia agradecida del más vanidoso de los príncipes. Con el nombre de Justiniana Prima, la aldea oscura de Tauresio se convirtió en sede de un arzobispo y un prefecto, cuya jurisdicción abarcaba siete provincias belicosas del Ilírico;[221] y la denominación viciada de Jiurtendil todavía señala la residencia de un sanjaco turco, veinte millas [32 km] al sur de Sofía.[222] Se construyó con rapidez una catedral, un palacio y un acueducto para el uso de los cortesanos del emperador; edificios públicos y particulares se adaptaron a la grandeza de una ciudad real, y la fortaleza de sus murallas rechazó, durante la vida de Justiniano, los torpes asaltos de los hunos y los eslavos. A veces, su avance quedó retardado, y sus esperanzas de saqueo frustradas por los innumerables castillos que, en las provincias de Dacia, Epiro, Tesalia, Macedonia y Tracia, parecían cubrir el país de un extremo a otro. El emperador construyó o reparó seiscientos de esos fuertes, pero es razonable pensar que la mayoría consistía en una torre de piedra o ladrillo en medio de un área cuadrada o circular, cercada por valla y foso, y que proporcionaba alguna protección en los momentos de peligro a los campesinos y al ganado de las aldeas vecinas.[223] Mas aquellas obras militares, que agotaban el erario, no alcanzaban para evitar los temores del emperador y de sus súbditos europeos. Los baños calientes de Anchialo, en Tracia, se consideraban tan seguros como beneficiosos, pero la caballería escita saqueaba las ricas tierras de Tesalónica; atronaba a toda hora el estruendo de la guerra en el delicioso valle de Tempe, a trescientas millas [483 km] del Danubio;[224] y no había lugar

descubierto, por lejano y recóndito que fuese, donde se disfrutaran sin peligro las venturas de la paz. Justiniano fortificó el desfiladero de Termópilas, que parecía resguardar la seguridad de Grecia, pero que tan a menudo la había burlado. Se edificó una fuerte muralla por los bosques y las cañadas, desde la playa hasta la cumbre de las montañas de Tesalia, con lo que se cubrían todas las entradas. En lugar de una multitud de campesinos, en la muralla se apostaron tres mil soldados; para ellos se instalaron graneros y reservas de agua, y, con cautela, se elevaron fortalezas para su retirada, síntoma de la cobardía que se preveía. Se restauraron con esmero las murallas de Corinto, derrumbadas por un terremoto, y los baluartes desmoronados de Atenas y de Platea. Los bárbaros se desanimaron por la perspectiva de sitios sucesivos y trabajosos, y las ciudades indefensas del Peloponeso se cubrieron con las fortificaciones del istmo de Corinto. En el extremo de Europa, otra península, el Quersoneso de Tracia, se interna en el mar por un espacio equivalente a tres jornadas para formar, con las playas adyacentes del Asia, el estrecho del Helesponto. Entre once pueblos populosos había empinados bosques, fértiles praderas y tierras de labranza, y un general espartano, nueve siglos antes del reinado de Justiniano, había fortificado el istmo de treinta y siete estadios [7,4 km].[225] En una época de libertad y valor, la más leve muralla puede evitar una sorpresa, y Procopio, al parecer, no tiene en cuenta la superioridad de los tiempos antiguos, puesto que elogia la construcción sólida y el parapeto doble de una muralla cuyos largos brazos abarcaban ambos lados de la península, pero cuya fortaleza podía resultar insuficiente para resguardar el Quersoneso si todas las ciudades, en especial Galipoli y Serto, no hubieran tenido sus propias fortificaciones. La muralla larga, como se la llamaba enfáticamente, era obra tan

indecorosa en el objeto como grandiosa en la ejecución. La riqueza de toda capital se difundía sobre su comarca, y el territorio de Constantinopla, un paraíso de la naturaleza, se realzaba con lujosos jardines y quintas de senadores y ciudadanos opulentos. Sin embargo, esa riqueza sólo sirvió para atraer la osadía y la rapacidad de los bárbaros; los romanos más nobles, en la comodidad de su indolencia, sufrieron el cautiverio escítico, y su soberano vio desde el palacio la llamarada enemiga que se explayaba insolente hasta las puertas de la ciudad imperial. Anastasio tuvo que establecer su última frontera a una distancia de sólo cuarenta millas [64 km], su larga muralla de sesenta millas [96,6 km] desde la Propóntida hasta el Euxino proclamó la impotencia de sus armas, y cuando el peligro se hizo más inminente, la cordura incansable de Justiniano añadió nuevas fortificaciones.[226]

Rendidos los isaurios,[227] Asia Menor quedó sin enemigos ni fortificaciones. Esos salvajes audaces, que se habían negado a ser súbditos de Galieno, se aferraron por espacio de doscientos treinta años a una vida de independencia y saqueos. Los príncipes más altivos respetaron la fuerza de las montañas y la desesperación de los nativos; a veces, su fiereza se calmó con dádivas, otras veces, se apaciguó por miedo. Un conde militar con tres legiones fijó su apostadero permanente y oprobioso en el centro de las provincias romanas.[228] Pero apenas se adormecía o se distraía aquella vigilancia, los escuadrones, sin obstáculos, descendían de las serranías e invadían la abundancia pacífica de Asia. A pesar de que los isaurios no se destacaban por la altura ni por la valentía, la miseria los envalentonaba, y la práctica los había convertido en expertos en la depredación. Atacaban de improviso y con rapidez las aldeas y los pueblos indefensos; a veces, las partidas llegaban hasta el Helesponto, el

Euxino y las puertas de Tarso, Antioquía y Damasco,[229] y guardaban el botín en sus cumbres inaccesibles antes de que la tropa romana recibiese órdenes, o de que la provincia lejana tuviera conciencia de sus pérdidas. El delito de rebeldía y saqueo los excluía del derecho reservado a los enemigos nacionales; y se indicó a los magistrados por medio de un edicto que el proceso y castigo de un isaurio, aun en medio de la Pascua, era un acto meritorio de justicia y piedad.[230] Si los cautivos quedaban condenados a la esclavitud doméstica, mantenían riñas con el amo, con su espada o daga, y se consideró conveniente para el sosiego público prohibir el servicio de tan peligrosos sirvientes. Cuando su compatriota Tarasicodissa o Zenón ascendió al trono, invitó a un grupo leal y formidable de isaurios, que atropellaban la corte y la ciudad, y se los agasajaba anualmente con un regalo de cinco mil libras de oro. Mas las esperanzas de fortuna despoblaron sus montañas, el lujo debilitó la pujanza de su cuerpo y su alma, y a medida que se fueron mezclando con los pobladores perdieron la capacidad de vivir en la pobreza y la libertad solitaria. Muerto Zenón, Anastasio, su sucesor, los privó de sus pensiones, los expuso a la venganza del pueblo, los arrojó de Constantinopla y los obligó a sostener una guerra que dejaba sólo la alternativa de victoria o servidumbre. Un hermano del emperador difunto usurpó el título de Augusto, sostuvo su causa por medio de las armas, los tesoros y almacenes acopiados por Zenón, y los isaurios nativos deben de haber conformado la minoría de los ciento cincuenta mil bárbaros que fueron bajo su estandarte, santificado, por primera vez, con la presencia de un obispo guerrero. El fervor y la disciplina de los godos vencieron a aquella hueste desordenada en las llanuras de Frigia, pero la guerra de seis años casi agotó las fuerzas del emperador.[231] Los isaurios se retiraron a sus montañas, les fueron sitiando y

destruyendo sus fortalezas, se les interceptó la comunicación con el mar, sus líderes más valerosos murieron bajo las armas, los caudillos sobrevivientes fueron encadenados y arrastrados por el hipódromo antes de su ejecución, trasplantaron a Tracia una colonia de jóvenes, y el resto del pueblo se sometió al gobierno romano. Sin embargo, mediaron generaciones antes de que su espíritu se postrase a la esclavitud. Las aldeas populosas del monte Tauro se llenaron de jinetes y arqueros que resistieron la imposición de tributos, pero reforzaron los ejércitos de Justiniano; y sus magistrados civiles, el procónsul de Capadocia, el conde de Isauria y los pretores de Licaonia y Pisidia obtuvieron poder militar para frenar las prácticas delictivas de las violaciones y los asesinatos.[232]

Si recorremos con la vista la distancia desde el trópico hasta la embocadura del Tanais advertiremos, por un lado, las disposiciones de Justiniano para doblegar a los montaraces de Etiopía[233] y, por el otro, los largos valles que construyó en Crimea para proteger a sus amigos godos, una colonia de tres mil pastores y guerreros.[234] Desde la península de Trebisonda, la curva oriental del Euxino se afianzó con fuertes, alianzas y creencias; y la posesión de Lazica, el Colcos de la geografía antigua y la Mingrelia de la moderna, pronto se convirtió en objeto de una importante guerra. Trebisonda, más tarde sede de un imperio novelesco, estaba en deuda con la generosidad de Justiniano, debido a una iglesia, un acueducto y un castillo, cuyos fosos se labraron en el sólido peñasco. Desde aquella ciudad marítima se puede calcular una línea fronteriza de cerca de quinientas millas [805 km] hasta la fortaleza de Circesio, el último apostadero de los romanos sobre el Éufrates.[235] Inmediatamente por encima de Trebisonda, y a hasta siete jornadas al sur, el país se presenta con bosques cerrados y

montañas escarpadas, tan silvestre como los Alpes y los Pirineos, pero no tan elevado. En este clima[236] riguroso, donde apenas se derriten las nieves, los frutos son tardíos y desabridos, y hasta la miel, venenosa. La labranza más esmerada debía ceñirse a algunos valles apacibles, y las tribus pastoriles vivían muy escasamente de la carne y la leche de sus ganados. Los cálibes[237] tomaron su nombre y su temperamento de la característica herrumbrosa del suelo, y desde el tiempo de Ciro podían alegar, con el nombre de caldeos o zanios, una fórmula ininterrumpida de guerras y saqueos. En el reinado de Justiniano, reconocieron al Dios y al emperador de los romanos, y se edificaron siete fortalezas en los pasajes más accesibles para frenar las ambiciones del monarca persa.[238] La fuente principal del Éufrates desciende de las montañas Calibias, parece fluir hacia el oeste y el Euxino, y luego de doblar hacia el suroeste, el río lame los muros de Sátula y Melitene (restablecidos por Justiniano para baluarte de la Armenia inferior), y se va acercando al mar Mediterráneo hasta que, al fin, rechazado por el monte Tauro[239] desvía su largo y flexible curso hacia el sureste y el golfo de Persia. Entre las ciudades romanas allende el Éufrates, se distinguen dos fundaciones modernas, que recibieron su nombre por Teodosio y por las reliquias de los mártires, y dos capitales descollantes en todos los siglos, Amida y Edesa. Justiniano las fortaleció en proporción a los peligros de sus asientos. Un foso y una empalizada podrían ser suficientes para detener la tosquedad de la caballería de Escitia; pero se requerían obras más elaboradas para resistir un sitio regular contra las armas y los tesoros del gran rey. La maestría de sus ingenieros socavaba el terreno y levantaba plataformas hasta el nivel de las murallas: las almenas más fuertes se sacudían con los embates de sus máquinas y, a veces, se adelantaban al asalto en una línea de torres movibles

sobre el lomo de elefantes. En las grandes ciudades de Oriente, la desventaja del espacio y, tal vez, de la posición se compensaba con el fervor del pueblo, que auxiliaba a la guarnición en la defensa de su patria y su creencia; y la promesa fabulosa del Hijo de Dios de que Edesa nunca sería tomada enardecía a los ciudadanos con esforzada confianza y entorpecía a los sitiadores con incertidumbre y desaliento.[240] Los pueblos subordinados de Armenia y la Mesopotamia se reforzaron con diligencia, y los parajes que parecían tener alguna ventaja en cuanto a tierra o agua se fueron coronando de fuertes, sobre todo de piedra, o bien fabricados con mayor rapidez con tierra y ladrillos. Justiniano controlaba todos los puntos, y su cautela inhumana atraía, tal vez, la guerra a valles recónditos, cuyos pacíficos moradores, unidos por el comercio y el parentesco, ignoraban las discordias nacionales y los pleitos de los príncipes. Al oeste del Éufrates un desierto de arena se extendía más de seiscientas millas [966 km] hasta el Mar Rojo. La naturaleza había interpuesto un yermo entre la ambición de dos imperios rivales: los árabes, hasta que surgió Mohamed, eran temibles sólo como salteadores, y en la bonanza orgullosa de la paz quedaron desatendidas las fortificaciones de Siria en las zonas más vulnerables.

La enemistad, al menos sus efectos, se había suspendido por una tregua que duró más de ochenta años. Un embajador del emperador Zenón acompañó al imprudente y desventurado Perozes (482 d. C.) en su expedición contra los neftalites o hunos blancos, cuyas conquistas se habían extendido desde el mar Caspio hasta el corazón de la India; su trono estaba tachonado de esmeraldas,[241] y su caballería respaldada por una línea de dos mil elefantes.[242] Los persas quedaron acorralados dos veces, en situación que inutilizaba el valor e imposibilitaba

la fuga, y los hunos obtuvieron ambas victorias gracias a su estratagema. Despidieron al cautivo real después de lograr que se sometiera a adorar la majestad de un bárbaro, y se pudo evadir en algo la humillación por la sutileza casual de los magos, quienes le indicaron a Perozes que prestara atención al sol saliente. El sucesor indignado de Ciro olvidó su peligro y su gratitud; renovó el ataque con empecinada furia y perdió su ejército y su vida.[243] Muerto Perozes, Persia quedó a merced de sus enemigos externos e internos, y pasaron doce años de revueltas antes de que su hijo Cabades o Cobad pudiera entablar algún plan de ambición o de venganza (502-505 d. C.). La cruel mezquindad de Anastasio fue el motivo o el pretexto de una guerra romana.[244] Los hunos y los árabes marcharon con el estandarte persa, y las fortificaciones de Armenia y de la Mesopotamia en ese tiempo estaban en ruinas o en malas condiciones. El emperador les agradeció al gobernador y al pueblo de Martinópolis por la rendición inmediata de una ciudad que no era posible defender, y el incendio de Teodosiópolis podría justificar la conducta de sus vecinos prudentes. Amida mantuvo un sitio dilatado y asolador de tres meses, con la pérdida de cincuenta mil soldados de Cabades y sin ninguna perspectiva de éxito, y los magos hicieron, inútilmente, una predicción halagüeña de la deshonestidad de las mujeres que habían revelado sus encantos más ocultos a los agresores en las murallas. Por fin, en una noche silenciosa, treparon a la torre más accesible, guardada sólo por algunos monjes que se habían rendido al vino y al sueño tras la tarea de una festividad. Al amanecer colocaron las escalas, la presencia de Cabades, su ceñudo mando y su espada centelleante vencieron a los persas, y antes de envainar el acero, ochenta mil moradores habían purgado la muerte de sus compañeros. Tras el sitio de

Amida, la guerra continuó durante tres años, y el territorio fronterizo sufrió todas las consecuencias de esta calamidad. El oro de Anastasio llegó demasiado tarde, la cantidad de generales superaba el número de las tropas, y el país se quedó sin habitantes, y tanto los vivos como los muertos yacían en el desamparo del desierto, a merced de las fieras. La resistencia de Edesa y la escasez de los despojos inclinaron el ánimo de Cabades hacia la paz: vendió sus conquistas por un precio exorbitante, y se fijó la misma frontera, aunque con matanza y devastación, para dividir los dos imperios. Con el propósito de evitar los mismos males, Anastasio resolvió fundar una colonia nueva, tan fuerte que desafiara el poderío de los persas y tan cerca de Asiria que la tropa de ese apostadero resguardase la provincia con la amenaza o la concreción de una guerra ofensiva. Para ello, se pobló y se engalanó la ciudad de Dara,[245] a catorce millas [22,5 km] de Nisibis y a cuatro jornadas del Tigris. Las apresuradas obras de Anastasio se mejoraron con la perseverancia de Justiniano, y sin tener en cuenta las plazas de menor importancia, en las fortificaciones de Dara se refleja la arquitectura militar de aquel tiempo. La ciudad estaba rodeada por dos murallas, y el espacio entre ambas, cincuenta pasos, proporcionaba resguardo al ganado de los sitiados. El muro interior era un monumento de fuerza y belleza, se alzaba a sesenta pies [18 m] del terreno; y las torres, a cien [30 m]. Las aspilleras para disparar las armas arrojadizas contra el enemigo eran pequeñas pero numerosas. Los soldados se ubicaban en las murallas al resguardo de galerías dobles, y en la cima de las torres había una tercera plataforma espaciosa y segura. La muralla exterior era, al parecer, menos elevada pero más sólida, y cada torre estaba protegida por un baluarte cuadrangular. El terreno granítico rechazaba las herramientas de los excavadores,

y por el sureste, donde el suelo era más maleable, se obstruían los acercamientos con otra obra que avanzaba sobre el enemigo en forma de media luna. Por el foso doble o triple fluía una corriente de agua, y se aprovechó con habilidad el río para abastecer el vecindario y consternar a los sitiadores, sin peligro de inundaciones naturales ni artificiales. Dara cumplió durante más de sesenta años el anhelo de sus fundadores y provocó el recelo de Persia, que no dejó de quejarse porque tan inexpugnable fortaleza se había construido violando en forma manifiesta el tratado de paz entre los dos imperios.

Entre el Euxino y el Caspio, diversos ramales del Cáucaso cruzan los países de Colcos, Iberia y Albania en todas direcciones, y las dos puertas o pasos principales, de norte a sur, suelen confundirse con frecuencia en la geografía tanto antigua como moderna. El nombre de puertas *Caspias* o *Albanias* se aplica con propiedad al Derbend,[246] que ocupa una pendiente breve entre las montañas y el mar; la ciudad, si damos crédito a la tradición local, fue fundada por los griegos, y esta entrada peligrosa fue fortificada por los reyes de Persia con un malecón, una muralla doble y puertas de hierro. Las puertas *Iberias*[247] estaban formadas por un pasaje angosto de seis millas [9,7 km] en el monte Cáucaso, que se abría por la parte del norte de Iberia o Georgia y desembocaba en la llanura que llega hasta el Tanais o el Volga. Una fortaleza, diseñada tal vez por Alejandro o alguno de sus sucesores para dominar aquel paso tan importante, había pasado por derecho de conquista o de herencia a un príncipe de los hunos, que se la ofreció a un precio moderado al emperador; pero mientras Anastasio se demoraba calculando el coste y la distancia, se entrometió un competidor más vigilante: Cabades ocupó por la fuerza los estrechos del Cáucaso. Las puertas Albanias e Iberias impedían

el paso de la caballería escítica por los caminos más breves y transitables, y todo el frente de las montañas estaba ceñido por la larga muralla de Gog y de Magog, que despertó la curiosidad de un califa árabe[248] y de un conquistador ruso.[249] Según una descripción moderna, enormes bloques de piedra, de siete pies [2 m] de ancho y veintiuno [6,4 m] de largo o alto, estaban unidos con hierro o argamasa y componían una valla de más de trescientas millas [483 km] desde las playas del Derbend por los cerros y por los valles de Darguestand y Georgia. No es producto de la imaginación pensar que la política de Cabades podía emprender tamaña obra, y que también podía terminarla sin milagros su hijo, tan formidable para los romanos, bajo el nombre Cosroes, y tan idolatrado por los orientales, como Nuzhirvan. El monarca persa poseía las llaves de la paz y de la guerra, y estipulaba, en todos los tratados, que Justiniano debía costear también la muralla común, que protegía del mismo modo a ambos imperios contra las correrías de los escitas.[250]

VI. Justiniano suprimió las escuelas de Atenas y el consulado de Roma, que habían dado tantos sabios y héroes a la humanidad. Desde hacía tiempo, ambos institutos habían perdido su gloria primitiva, mas la avaricia y el recelo de un príncipe cuya diestra terminó de destruir tales remanentes merece la reprobación.

Tras sus triunfos pérsicos Atenas adoptó la filosofía de Jonia y la retórica de Sicilia, y estos estudios se convirtieron en el patrimonio de una ciudad cuyos moradores, cerca de treinta mil hombres, resumían en una sola generación el genio de siglos y de millones. Nuestro sentido de la dignidad de la naturaleza humana se exalta con el recuerdo de que Isócrates[251] fue compañero de Platón y Jenofonte, que asistió, quizás, con el historiador Tucídides a la primera representación del *Edipo* de

Sófocles, y de la *Ifigenia* de Eurípides, y que sus alumnos Esquines y Demóstenes batallaron por la corona del patriotismo en presencia de Aristóteles, maestro de Teofrasto, que enseñó en Atenas con los fundadores de las sectas estoica y epicúrea.[252] La juventud ingeniosa del Ática disfrutaba de los beneficios de su educación culta, que se comunicaba sin envidia a los pueblos rivales. Dos mil discípulos escucharon las lecciones de Teofrasto,[253] las escuelas de retórica debían de ser aun más concurridas que las de filosofía, y la sucesiva asistencia de estudiantes difundió la fama de sus maestros hasta los límites últimos del idioma y del nombre griegos. Las victorias de Alejandro extendieron más y más esos límites; las artes de Atenas superaron su libertad y su dominio, y las colonias griegas que los macedonios fundaron en Egipto y cundieron por Asia emprendían largas y frecuentes peregrinaciones para idolatrar a las musas en su templo favorito sobre las márgenes del Ilizo. Los conquistadores latinos escuchaban con respeto las instrucciones de sus súbditos o cautivos, se inscribían en las escuelas de Atenas los nombres de Cicerón y de Horacio, y ya asentado perfectamente el Imperio Romano, los naturales de Italia, de África o de Bretaña conversaban por las arboledas de la academia con sus condiscípulos de Oriente. Los estudios de filosofía y elocuencia se corresponden con un Estado popular, que estimula la libertad de la investigación y sólo se somete a la persuasión. En las repúblicas de Grecia y de Roma, el arte de la palabra era el motor poderoso del patriotismo y de la ambición, y las escuelas de retórica generaron una colonia de estadistas y legisladores. Si se suprimía la libertad del debate público, el orador, según su honorable profesión de abogado, podría alegar la causa de inocencia y justicia, y podría usar su habilidad en el comercio más redituable del panegírico. Los mismos preceptos

habilitaban las declamaciones extravagantes del sofista y las castas bellezas de composición histórica. Los sistemas que intentaban desentrañar la naturaleza de Dios, del hombre y del universo despertaban la curiosidad de los estudiantes de filosofía, y según sus respectivos temples podían dudar con los escépticos, sentenciar con los estoicos, especular sublimemente con Platón o argumentar con la severidad de Aristóteles. El orgullo de las sectas adversarias había fijado un término inalcanzable de felicidad y perfección moral; mas la carrera era siempre gloriosa y benéfica; a los discípulos de Zenón y aun a los de Epicuro se les enseñaba a actuar y a sufrir, y la muerte de Petronio no era menos importante que la de Séneca para humillar a un tirano mediante el descubrimiento de su impotencia. Sin embargo, la luz de la ciencia no puede confinarse al recinto de Atenas. Sus escritores incomparables se dirigían a la raza humana, sus maestros emigraban a Italia y a Asia; más tarde, Berito se adentró en el estudio de las leyes; en el museo de Alejandría se cultivaba la astronomía y la física, pero las escuelas atenienses de retórica y filosofía siguieron conservando su reputación encumbrada desde la guerra del Peloponeso hasta el reinado de Justiniano. Atenas, aunque situada en terreno estéril, gozaba de aire puro, navegación libre y monumentos de las artes antiguas. El retiro sagrado ni siquiera se interrumpía por cuestiones de comercio ni de gobierno, y hasta el más ínfimo ateniense se distinguía por su vivo ingenio, la pureza de su gusto y su lenguaje, sus modales sociales y algunos rastros, al menos en el habla, de la magnanimidad de sus antepasados. En los suburbios de la ciudad, la academia de los platónicos, el liceo de los peripatéticos, el pórtico de los estoicos y el jardín de los epicúreos estaban arbolados y adornados con estatuas, y los filósofos, en vez de encerrarse en

claustros, derramaban sus enseñanzas durante placenteros paseos al aire libre, dedicados, en diversas horas, a los ejercicios de la mente y del cuerpo. El espíritu de los fundadores todavía vivía en esos venerables sitios; el afán de suceder a los maestros de la sabiduría humana estimulaba la imitación generosa, y el pueblo ilustrado votaba libremente según el mérito de los aspirantes para cada vacante. Los alumnos pagaban a los profesores atenienses: según sus necesidades y habilidades mutuas, el precio, al parecer, variaba; y el mismo Isócrates, que se burlaba de la codicia de los sofistas, exigía cerca de treinta libras de cada uno de sus cien alumnos. El salario de toda industria es justo y honrado, sin embargo el mismo Isócrates derramó lágrimas al recibir el primer recibo de paga: el estoico se sonrojaría al verse alquilado para predicar sobre el menosprecio del dinero y lamentaría descubrir que Aristóteles o Platón bastardearon el ejemplo de Sócrates, hasta el punto de cambiar conocimientos por oro. Pero se estableció la propiedad de tierras y viviendas lícitamente, y hubo legados de amigos difuntos para las cátedras filosóficas de Atenas. Epicuro dejó a sus discípulos los jardines comprados en unos ochenta minae o doscientas cincuenta libras, y fondos suficientes para su decorosa subsistencia y las funciones mensuales.[254] El patrimonio de Platón contaba anualmente con una renta, y en ocho siglos había crecido poco a poco desde tres hasta mil piezas de oro.[255] Los príncipes romanos más sabios y virtuosos protegían las escuelas de Atenas. La biblioteca, fundada por Adriano, estaba colocada en un pórtico realzado con pinturas, estatuas y techo de alabastro, sostenido por cien columnas de mármol frigio. El espíritu generoso de los Antoninos asignó los sueldos públicos, y cada profesor de política, de retórica o de filosofía platónica, peripatética, estoica o epicúrea cobraba anualmente diez mil dracmas o más de

trescientas libras esterlinas.[256] Muerto Marco, estas asignaciones liberales y los privilegios relacionados con los tronos de la ciencia se abolieron y se revitalizaron, disminuyeron o aumentaron; pero se puede encontrar algún vestigio de munificencia real en los sucesores de Constantino, y su nombramiento arbitrario de un aspirante indigno inclinaba, tal vez, a los filósofos de Atenas a suspirar por los días de escasez e independencia.[257] Es de destacar que los favores imparciales de los Antoninos abarcaran las cuatro sectas adversarias de filosofía y las consideraran igualmente provechosas e igualmente inocentes. Sócrates había sido la gloria y la deshonra de su patria, y las primeras lecciones de Epicuro escandalizaron de tal manera los oídos religiosos de los atenienses que, con su destierro y el de sus antagonistas, enmudecieron toda disputa vana acerca de la naturaleza de los dioses. Sin embargo, al año siguiente revocaron el decreto precipitado, restablecieron la libertad de las escuelas y se convencieron, por la experiencia de los siglos, de que la diversidad de las especulaciones teológicas de los filósofos no afecta su carácter moral.[258]

Las armas godas fueron menos aciagas para las escuelas de Atenas que el establecimiento de una religión nueva, cuyos ministros reemplazaban el ejercicio de la razón, resolvían todas las cuestiones con artículos de fe y condenaban al infiel o al escéptico a las llamas eternas. En muchos volúmenes de controversias exponían laboriosamente la debilidad del entendimiento y la corrupción del corazón, insultaban la naturaleza humana de los sabios de la Antigüedad y proscribían el espíritu de la investigación filosófica, tan contraria a la enseñanza o, por lo menos, a la índole de un humilde creyente. Las sectas sobrevivientes de platónicos, que a Platón le habría dado vergüenza reconocer, mezclaban con desatino una teoría

sublime con la práctica de la superstición y la magia y, como permanecían aisladas en medio del mundo cristiano, abrigaban un rencor secreto contra el gobierno de la Iglesia y del Estado, cuya severidad todavía sufrían. Cerca de un siglo después del reinado de Juliano,[259] Proclo[260] logró permiso para enseñar en la cátedra de filosofía de la academia, y se desempeñaba con tanto ahínco que solía dar cinco lecciones en un día y escribir hasta setecientos renglones. Su perspicacia exploraba las cuestiones más profundas de la moral y la metafísica, y se animó a dar dieciocho argumentos contra la doctrina cristiana de la creación del mundo. Pero entre clase y clase, solía conversar personalmente con Pan, Esculapio y Minerva, en cuyos misterios se había iniciado en secreto, y cuyas estatuas volcadas adoraba, con la creencia de que un filósofo, como ciudadano del universo, debe ser el sacerdote de sus varias divinidades. Un eclipse de sol anunció su fin cercano, y su vida, con la de su alumno Isidoro,[261] recopilada por dos de sus discípulos más brillantes, exhibe una pintura lamentable de la segunda niñez de la razón humana. Mas la cadena de oro, como se le decía con cariño, de la descendencia platónica continuó durante cuarenta y cuatro años desde la muerte de Proclo hasta el edicto de Justiniano,[262] que impuso silencio perpetuo a las escuelas de Atenas y provocó el pesar y la ira de los pocos amantes que aún quedaban de la ciencia y la superstición griegas. Siete amigos y filósofos, Diógenes y Hermias, Eulalio y Prisciano, Damacio, Isidoro y Simplicio, que disentían de la religión de su soberano, decidieron buscar en tierra extranjera la libertad que se les negaba en su país nativo. Habían oído y habían creído ciegamente que la república de Platón se había instaurado en el gobierno despótico de Persia, y que un rey patriota reinaba en la nación más feliz y más virtuosa. Pero pronto quedaron atónitos

al comprobar que Persia era similar a otros países del mundo; que Cosroes, que se llamaba filósofo, era vanidoso, inhumano y ambicioso; que en los magos prevalecía el fanatismo y la intolerancia; que los nobles eran altaneros, los cortesanos, serviles, y los magistrados, injustos; que los culpables, a veces, escapaban, y los inocentes a menudo estaban oprimidos. El desengaño de los filósofos les hizo pasar por alto las verdaderas virtudes de los persas, y se escandalizaron, más de lo que tal vez correspondía por su profesión, de la cantidad de esposas o concubinas, los enlaces incestuosos y la costumbre de entregar los cadáveres a los perros y los buitres, en vez de enterrarlos o consumirlos con fuego. Su arrepentimiento los hizo regresar atropelladamente, y declararon a viva voz que preferían morir en el confín del Imperio antes que disfrutar de la riqueza y los favores de los bárbaros. Sin embargo, de este viaje obtuvieron un beneficio que demuestra los aspectos más puros del carácter de Cosroes. Éste requirió que Justiniano eximiera a los siete sabios que habían visitado la corte de Persia de las leyes promulgadas contra sus súbditos paganos, y esta exención, estipulada expresamente en un tratado de paz, quedó bajo la vigilancia de un poderoso mediador.[263] Simplicio y sus compañeros vivieron recogidos y en paz, y como no dejaron discípulos, con ellos termina la larga lista de filósofos griegos, acreedores del elogio de ser, sin importar sus defectos, los más sabios y virtuosos de sus contemporáneos. Nos quedan los escritos de Simplicio. Sus comentarios físicos y metafísicos sobre Aristóteles han pasado de moda, pero su interpretación moral de Epicteto se conserva en las bibliotecas de las naciones como un libro clásico, que se adapta en forma brillante para estimular la voluntad, purificar el corazón y robustecer el entendimiento mediante la confianza cabal en la naturaleza de Dios y del hombre.

Por la misma época en que Pitágoras inventó la denominación de filósofo, el primer Bruto fundó la libertad y el consulado de Roma. Las alteraciones del cargo consular, ya sean de esencia, sombra o nombre, se han ido mencionando ocasionalmente en la presente historia. Los primeros magistrados de la República habían sido elegidos por el pueblo para que desempeñaran en el Senado y en la campaña la potestad de la paz y de la guerra, que luego se trasladó a los emperadores. Mas romanos y bárbaros reverenciaban la tradición de la dignidad antigua. Un historiador godo elogia el consulado de Teodorico como la máxima gloria y grandeza de todos los tiempos;[264] el mismo rey de Italia felicitaba a los afortunados de todos los años que disfrutaban del esplendor del trono sin las preocupaciones; y después de más de mil años, los soberanos de Roma y de Constantinopla seguían nombrando sus dos cónsules con el único objeto de fechar el año y hacer una fiesta para el pueblo. Pero los gastos de estos festivales, en los que el rico y vanidoso pretendía superar a sus antecesores, crecieron hasta llegar a la enorme cantidad de ochenta mil libras. Así, los senadores más sensatos declinaban el inútil honor, que acarreaba dificultades a su familia, y a este rechazo debemos atribuir las frecuentes interrupciones que aparecen en el último siglo de los fastos consulares. Los antecesores de Justiniano solían acudir al tesoro público para salvar la dignidad de los candidatos menos acaudalados, pero la avaricia de este príncipe consideró más barato y adecuado el método del dictamen y la regulación.[265] Su edicto redujo a siete las carreras o espectáculos de carruajes o caballos, deportes, música y pantomima del teatro, y caza de fieras, y sustituyó con discreción por pequeñas piezas de plata las medallas de oro, que siempre habían provocado tumultos y embriaguez cuando se las

desparramaba a manos llenas sobre la población. A pesar de estas precauciones y de su propio ejemplo, la sucesión de cónsules terminó definitivamente en el año trece de Justiniano (544 d. C.), cuya índole despótica se podría gratificar con la extinción silenciosa de un título que advertía a los romanos de su libertad antigua.[266] Sin embargo, el consulado anual permaneció en la memoria del pueblo, que siempre esperó su rápida restauración y elogió la condescendencia misericordiosa de los príncipes sucesivos que lo usaban en el primer año de su reinado. Aún mediaron tres siglos después de la muerte de Justiniano antes de que aquella dignidad anticuada, suprimida ya por la costumbre, quedase abolida por la ley.[267] Aquel método imperfecto de distinguir los años por el nombre de un magistrado se mejoró con la fecha de una era permanente: los griegos adoptaron la de la creación del mundo, según la versión de los Setenta,[268] y los latinos desde el tiempo de Carlomagno computan el tiempo desde el nacimiento de Jesucristo.[269]

XLI

CONQUISTAS DE JUSTINIANO EN OCCIDENTE - ÍNDOLE Y CAMPAÑAS PRIMERAS DE BELISARIO - INVADE Y SOJUZGA EL REINO VÁNDALO DE ÁFRICA - SU TRIUNFO - LA GUERRA GODA - RECOBRA SICILIA, NÁPOLES Y ROMA - SITIO DE ROMA POR LOS GODOS - SU RETIRADA Y PÉRDIDAS - RENDICIÓN DE RAVENA - GLORIA DE BELISARIO - SU AFRENTA DOMÉSTICA Y DESVENTURAS

Al subir Justiniano al solio, a medio siglo de la ruina del Imperio occidental, los reinos de godos y vándalos se habían arraigado en Europa y en África con visos de legalidad. Los títulos que inscribían la victoria de Roma fueron borrados con igual derecho por la espada de los bárbaros, y su exitoso saqueo derivó con el tiempo en la sanción de tratados y de los juramentos de fidelidad repetidos por segunda y tercera generación de súbditos obedientes. La experiencia y el cristianismo habían arrollado la esperanza supersticiosa de que los dioses habían fundado Roma para reinar sin término sobre las naciones de la tierra. Pero aquellos arranques altaneros de señorío perpetuo e incontrastable, robustecidos con su gallarda soldadesca, sonaban más que nunca en boca de los estadistas y letrados, cuyos dictámenes han retoñado a veces y cundido en las escuelas modernas de jurisprudencia. Despojada la misma Roma de la púrpura imperial, cargaron los príncipes de Constantinopla con el cetro sagrado y único de la monarquía; pidieron por herencia indisputable las provincias avasalladas por los cónsules, o poseídas por los Césares, y aspiraron

desmayadamente a rescatar a sus fieles súbditos de Occidente de la usurpación de los herejes o los bárbaros. La ejecución de tan esplendoroso intento quedaba, hasta cierto punto, reservada a Justiniano, quien estuvo, en los cinco primeros años de su reinado, sosteniendo a su pesar una guerra costosísima e infructuosa contra los persas, hasta que su orgullo tuvo que someterse a su ambición, y debió pagar cuatrocientas cuarenta mil libras esterlinas por una tregua precaria, que en el lenguaje de ambas naciones quedó realzada con la denominación de paz *interminable*. Una vez afianzado Oriente cupo al emperador asestar su poderío contra los vándalos, cuando el estado interior de África brindaba un motivo decoroso y superioridad pujante a las armas romanas[270] (533 d. C.).

El reino de África, al tenor del testamento de su fundador, había recaído directamente en Hilderico, primogénito de los príncipes vándalos (523-530 d. C.). Su índole apacible inclinó al hijo de un tirano y nieto de un conquistador a anteponer dictámenes de clemencia y de paz, y su advenimiento descolló con un delito benéfico restableciendo a doscientos obispos en sus iglesias, franqueando la profesión manifiesta del credo de Atanasio.[271] Mas los católicos recibieron tibia y pasajeramente fineza tan escasa para sus anhelos, y las virtudes de Hilderico lastimaban a sus paisanos preocupados. Llegó el clero arriano a considerarlo desviado de su fe, y la soldadesca se lamentaba sin rebozo, que desdecía del denuedo de sus antepasados. Se malició el malogro y desaire de una embajada a la corte bizantina, y su general, el Aquiles de los vándalos,[272] como lo llamaban, perdió una batalla contra los moros desnudos y agavillados. El descontento general era fomentado por Gelimero, cuya edad, alcurnia y nombradía militar lo entroncaban al parecer para la sucesión; empuñó con dictamen de su nación las riendas del

gobierno, y su soberano desventurado se empozó desde el solio en una mazmorra, donde se lo custodiaba desveladamente con un consejero leal y el sobrino malquisto del Aquiles de los vándalos. Mas la indulgencia de Hilderico para sus católicos súbditos lo recomendaba eficazmente al aprecio de Justiniano, quien por afecto a su secta se inclinaba hacia la tolerancia religiosa: su intimidad, mientras éste permaneció en su esfera privada, se fue consolidando con agasajos y regalos, y el emperador quedó airoso como príncipe y como amigo. Encargó en dos embajadas al usurpador que se arrepintiese de su traición, o por lo menos tratase de abstenerse ya de toda tropelía que le acarrease el desagrado de Dios y de los romanos; acatar las leyes del parentesco y de la sucesión y consentir que un anciano achacoso acabase sus días pacíficamente ya en el solio de Cartago, o ya en el palacio de Constantinopla. El anhelo y aun la cordura de Gelimero hicieron que desechase tales requerimientos que se le intimaban con imperio y amenazas, y sinceró su empeño en términos desoídos en la corte bizantina, alegando el derecho de un pueblo libre de castigar a un primer magistrado que había delinquido en el desempeño de su cargo regio. Tras esta reconvención infructuosa se agravó la estrechez del monarca preso, se cegó al sobrino, y el vándalo inhumano, confiando en su poder y en la distancia, escarneció el amago hueco y los pausados preparativos del emperador de Oriente. Justiniano decidió libertar o desagraviar a su amigo, y Gelimero aferrarse en su usurpación, y estalló la guerra, al estilo de las naciones civilizadas, con solemnísimas protestas de que ambos partidos estaban entrañablemente ansiosos por la paz.

El eco de la guerra africana halagó tan sólo al populacho haragán y vanaglorioso, cuyo desamparo lo eximía de todo tributo, y cuya cobardía lo alejaba del servicio militar; mas los

ciudadanos sensatos, conceptuando lo venidero por lo pasado, rememoraban el quebranto inmenso, en gente y en dinero, que había padecido el Imperio en la expedición de Basilisco. La tropa que tras cinco campañas trabajosísimas acudía de Persia temía el mar, el clima y las armas de un enemigo desconocido. Regulaban los ministros de Hacienda, en cuanto les cabía, el desembolso para una guerra africana; los impuestos que se habrían de recargar para corresponder a pedidos interminables, y la zozobra de que sus propias vidas, o por lo menos sus empleos muy productivos, fuesen responsables de toda escasez inevitable. A impulsos de su propio interés (pues no le hemos de suponer el más mínimo afecto al bien público) se aventuró Juan de Capadocia a contrastar en consejo público al albedrío de su dueño. Confesó que una victoria de tan suma entidad sería barata a cualquier precio, pero hizo presente en un discurso fundamental la certidumbre de los tropiezos y lo aventurado del éxito. «Os empeñáis —dijo el prefecto–, en sitiar Cartago; la distancia por tierra es de ciento cuarenta jornadas; por mar, mediará un año entero[273] antes que recibáis noticias de la escuadra. Avasallada el África, no cabe conservarla sin el resguardo de Sicilia e Italia. Con el logro se contrae precisión de nuevos afanes, y un solo descalabro aboca al golpe los bárbaros al corazón del Imperio». Hízose cargo Justiniano de la trascendencia de este dictamen atinado; se lastimó con el desahogo desacostumbrado de un sirviente rendido, y se hubiera abandonado quizás el intento de la guerra si no reviviera su denuedo una voz que acalló las dificultades de la razón profana. «He estado viendo una visión,» exclamó un obispo de Oriente fanático y mañoso. «Es la voluntad del cielo, o emperador, que no arrinconéis empresa tan sagrada para la redención de la Iglesia africana. El Dios de las batallas será el adalid de vuestras

banderas, y allá aventará a vuestros enemigos, que lo son de su hijo.» Conformose irresistiblemente el emperador, y los consejeros tuvieron que dar crédito a revelación tan oportuna, mas se atuvieron a esperanzas más fundadas con la rebelión que los parciales de Hilderico habían movido en la raya de la monarquía vándala. Pudencio, súbdito africano, había participado con reserva, y un refuerzo escaso restableció la provincia de Trípoli a la obediencia de los romanos. Se había confiado el gobierno de Cerdeña a Godas, un bárbaro valeroso, quien suspendió el pago del tributo, se desentendió para todo del usurpador, y dio audiencia a los emisarios de Justiniano, que lo hallaron dueño de aquella isla fértil, acaudillando su guardia y engreído en sus insignias reales. Quebrantadas yacían las fuerzas de los vándalos con sus desavenencias y recelos; el denuedo de Belisario enardeció a la hueste romana, adalid heroico cuyo nombre suena en todos los siglos y naciones.

El africano de la nueva Roma nació y tal vez se educó entre los labradores de Tracia[274] ajeno de las proporciones que engrandecieron a uno y otro Escipión: alcurnia esclarecida, estudios liberales y competencias republicanas. Atengámonos al silencio de un secretario decidor para conceptuar que la mocedad de Belisario no dio el menor campo a los elogios: guerreó positivamente con valentía en la guardia personal de Justiniano, y una vez ascendido el jefe al solio promovió al dependiente a un mando militar. Tras una correría denodada por la Persarmenia, en que partió su gloria con un compañero y se vio atajado por un enemigo, acudió Belisario al apostadero trascendental de Dara donde aceptó los primeros servicios de Procopio, su compañero leal e historiador esmerado de sus hazañas.[275] Adelantose el Mitranes de Persia con cuarenta mil hombres selectos para arrasar las fortificaciones de Dara, y

advirtió el día y la hora en que los ciudadanos debían disponerle un baño para refrescarse tras los afanes de la victoria (529-532 d. C.). Tropezó con un contrincante igual, con el nuevo dictado de general del Oriente; superior en pericia, pero muy desigual en el número y temple de la tropa, que ascendía tan sólo a veinticinco mil romanos y extranjeros, quebrantados en disciplina y gallardía con los postreros descalabros. No cabían ardides ni emboscadas en las llanuras despejadas de Dara, y así tuvo Belisario que resguardar su frente con trinchera honda, perpendicular en el arranque y luego paralela, para escudar sus alas, donde la caballería estaba señoreando aventajadamente los costados enemigos; y al cejar el centro romano, su embestida atinada y ejecutiva tranzó la refriega: arrojó la infantería sus broqueles, y ocho mil vencidos yacieron en el campo de batalla. En la campaña siguiente fue invadida Siria por la parte del desierto, y Belisario, con veinte mil hombres, acudió atropelladamente a su resguardo. Sus disposiciones incontrastables burlaron, durante el estío, todos los intentos del enemigo; estrechaba más y más el alcance en sus retiradas y se aposentaba todas las noches en su campamento del día anterior, y aun afianzara una victoria sin quebranto si pudiera enfrenar el ardimiento de la soldadesca. Correspondió mal en el trance a sus retos: el ala derecha quedó descubierta con la deserción alevosa o cobarde de los árabes cristianos; los hunos, con su tercio valeroso de ochocientos hombres, quedaron atropellados; se atajó la huida a los isaurios; al paso que la infantería romana se mantuvo inmóvil a la izquierda, pues apeándose Belisario les manifestó que su salvamento se cifraba en una desesperación denodada. Vuelve toda la espalda al Éufrates, y el rostro al enemigo; resbalan infructuosamente miles y miles de flechas por la techumbre cerrada y lisa de sus broqueles, una línea

impenetrable de lanzas se contrapone a los repetidos avances de la caballería persa, y tras una resistencia de largas horas se embarca hábilmente el resto de la tropa con la oscuridad de la noche. Retírase el caudillo persa con desconcierto y desdoro para rendir estrecha cuenta de las vidas de tantísimos soldados fenecidos en una victoria estéril. La nombradía de Belisario no quedó mancillada con una derrota, en la cual él solo había salvado el ejército de las resultas de su propia temeridad; sobrevino la paz y quedó descargado del resguardo de la raya oriental, y su desempeño en la asonada de Constantinopla lo dejó airoso con todas las finezas del emperador. Al hacerse la guerra de África el tema de las hablillas públicas y de las deliberaciones recónditas, todos los generales romanos adolecían más de zozobra que de ansia por aquel timbre tan arriesgado; mas apenas Justiniano manifestó su preferencia del mérito más descollante, se enconó la envidia con el aplauso unánime por el nombramiento de Belisario. El achaque de la corte bizantina da campo para maliciar que el héroe tuvo por arrimo encubierto a su esposa, la linda y taimada Antonina, que fue alternativamente predilecta y odiada de la emperatriz Teodora. Era Antonina de ruin esfera y de ralea de carruajeros, y en cuanto a su recato padeció torpes borrones; mas imperaba sin contraste sobre el pecho de su esclarecido consorte, y se desentendía de melindres en lealtad conyugal; profesaba cariño varonil a Belisario, acompañándolo denodadamente en todos los trances y penalidades de la vida militar.[276]

No correspondían los preparativos de la guerra africana a la postrer contienda entre Roma y Cartago (533 d. C.). La flor y gala de la hueste se cifraba en la guardia de Belisario, que según la condescendencia perniciosa de aquel tiempo se comprometían y juramentaban personalmente con su caudillo. Su estatura y

pujanza, por las cuales se los elegía, su superioridad en caballos y armamento y su incesante ejercicio de maniobras les afianzaba todos los arranques de su denuedo; su coraje era enardecido más y más con su jerarquía pundonorosa, y por la ambición personal de medros y privanza. Acaudillaba el ardiente y leal Tares a cuatrocientos hérulos sobresalientes; costeábase su brío indómito a mayor precio que la mansedumbre rendida de los griegos y sirios; y se conceptuaba de tantísima entidad el refuerzo de seiscientos masagetas o hunos que se acudió al ardid y al engaño para emplearlos en una expedición naval. Embarcáronse en Constantinopla, para la conquista de África, cinco mil caballos y diez mil infantes, pero éstos, alistados principalmente en Tracia e Isauria, se desnivelaban con la caballería más predominante y afamada, y los ejércitos romanos tenían entonces que cifrar su confianza fundamental en el arco de los escitas. Con el afán recomendable de ensalzar su empresa, aboga Procopio por la soldadesca de su tiempo contra los críticos descontentadizos, que tributaban justo aprecio a los guerreros tan recargados de la antigüedad, y zahiere siniestramente a Homero, porque usa la voz *ballestero*[277] en tono de menosprecio. «Tal desprecio correspondía tal vez a la juventud desnuda que asomó a pie por las campiñas de Troya, encubierta con un túmulo o el broquel de un amigo, armaba el arco sobre el pecho[278] y disparaba un flechazo endeble y exánime». «Pero nuestros ballesteros —continua el historiador–, son jinetes que cabalgaban con maestría; el morrión y el escudo resguardan su cabeza y hombros; cubren con botines de hierro las piernas, y el cuerpo con su cota de malla. Cuélgales sobre el costado derecho la aljaba y la espada al izquierdo, y sabe su diestra empuñar la pica o lanza al venir a las manos. Recios y pesados son sus arcos; flechan sobre todos los rumbos,

avanzando, cejando, al frente, a la espalda, o de uno y otro costado; y por cuanto tienden el arco, no sobre el pecho sino a la oreja derecha, mal podrá armadura alguna resistir el ímpetu de su disparo». Reuniéronse en la bahía de Constantinopla hasta quinientos transportes, tripulados con veinte mil marineros de Egipto, Cilicia y Jónica. El menor de estos bajeles sería de treinta toneladas, y el mayor de quinientas; y el total, regulado ancha más no excesivamente, vendrá a componer cien mil toneladas[279] para la cabida de treinta y cinco mil soldados y marineros, de cinco mil caballos, armas, abastos, máquinas y aguada para un viaje tal vez de tres meses. Desaparecieron las grandiosas galeras con centenares de remos ya mucho antes de todo el Mediterráneo, y la escuadra de Justiniano sólo llevaba la escolta de noventa y dos bergantinillos resguardados de las arrojadizas enemigas, y esquilado con la juventud más robusta y bizarra de Constantinopla. Se nombran hasta veintidós generales que luego descollaron en las guerras de Italia y África; mas el mando en jefe de mar y tierra se puso en manos de Belisario solo, con potestad absoluta de obrar a su discreción, cual si el mismo emperador estuviera presente; pero el deslinde actual de la milicia naval y terrestre es al mismo tiempo efecto y causa de los adelantos modernos en la ciencia de la navegación y de la guerra marítima.

Se escuadronó con marcial boato delante de los jardines de palacio la armada toda de seiscientas naves, en el séptimo año del reinado de Justiniano, por el solsticio de verano (junio de 533 d. C.). Echó el patriarca su bendición, pronunció el emperador sus órdenes postreras: sonó el clarín del general la serial de leva, y todos los pechos según sus zozobras y sus anhelos se desalaban tras los agüeros del éxito o del malogro. Hízose alto en Perinco o Heraclea, donde Belisario estuvo

esperando algunos caballos de Tracia, regalo militar de su soberano. Surcó luego el Propóntide pero al asomar al Helesponto los vientos contrarios lo atajaron en la embocadura del estrecho, teniendo que pararse cuatro días en Abido, donde el general mostró un ejemplo memorable de entereza y severidad. Dos de los hunos que en una reyerta beoda habían muerto a un compañero, quedaron luego colgados en una horca empinada a la vista de todo el ejército. Enconáronse sus paisanos, que se desentendían de las leyes justicieras del Imperio, y clamaban por el ensanche de Escitia, donde una multilla era la pena de toda demasía de embriaguez o de ira. Mas aplacose el amago de alboroto con la autoridad y elocuencia del general; evidenciando ante la soldadesca agolpada la precisión de la justicia, el poderío de la disciplina, el galardón del comedimiento pundonoroso, y el delito imperdonable del homicidio, agravado en su concepto, más bien que disculpado con el achaque de la embriaguez.[280] En el tránsito desde el Helesponto al Peloponeso, que los griegos tras el sitio de Troya habían hecho en cuatro días,[281] la escuadra de Belisario iba siguiendo el rumbo de la almiranta, que resplandecía con su velamen encarnado de día, y de noche con las antorchas que centelleaban sobre la cima del mástil mayor. Encargose particularmente a los pilotos, al surcar entre las islas y doblar el cabo de Malea y el Tenario, guardar formación y distancias competentes entre aquel sinnúmero de bajeles; acertados fueron sus afanes, pues las tropas desembarcaron a salvo en Metona sobre la costa Mesenia, para rehacerse un tanto de su fatiga y mareo. Allí palparon hasta qué punto la codicia revestida de autoridad alcanza a menospreciar la vida de millares que están arrostrando la muerte por la patria. Según la práctica militar, la galleta a bizcocho de los romanos se recocía una segunda vez en

el horno, y descontaba el quebranto de una cuarta parte del peso en aquella operación. En pos de una ganancia mezquina y del ahorro de leña, había dispuesto Juan de Capadocia que el amasijo de la harina se chamuscase pasajeramente con el mismo fuego que calentaba los baños de Constantinopla, y al abrir los sacos se repartió una masa blanda y enmohecida al ejército. Aquel alimento nocivo y el calor del clima y de la estación causaron una enfermedad epidémica que acabó con quinientos soldados. Se recobró la sanidad con la eficacia de Belisario que agenció pan fresco en Metona, y manifestó sin rebozo su enojo tan humano como fundado. Oyó el emperador la queja, alabó al general, mas no castigó al ministro. Desde el puerto de Metona los pilotos fueron bajando la costa occidental del Peloponeso hasta la isla de Zacinto o Zante, antes de emprender el viaje (muy arduo en su concepto) de cien leguas por el mar Jónico. Sobrevinieron calmas, y costó quince días la pausada navegación; y hasta el general habría padecido la sed infinita sin la cautela de Antonina, que llenó redomas de agua y las soterró en la arena, en el paraje de la nave preservado del ardor del sol. Por fin se arribó a Caucana, fondeadero seguro y amistoso[282] en la parte meridional de Sicilia. Los oficiales godos, que estaban gobernando la isla en nombre de la hija y el nieto de Teodorico, obedecieron sus órdenes indiscretas de agasajar a la tropa de Justiniano como amiga y aliada: la abastecieron cumplidamente, remontaron la caballería[283] y volvió luego Procopio de Siracusa muy enterado de la situación y los intentos de los vándalos. Con su informe atropelló Belisario sus disposiciones, favoreciendo los vientos a su atinada impaciencia. La escuadra perdió de vista Sicilia, pasó por la inmediación de Malta, descubrió los promontorios de África, costeó las playas con viento recio del noreste, y ancló por fin en el cabo de Caputrada a cinco

jornadas al sur de Cartago.[284]

Sabedor Gelimero de la venida del enemigo, postergó la conquista de Cerdeña para acudir a la defensa de su persona y reino. Una división de cinco mil soldados y ciento veinte galeras se incorporó con las demás fuerzas de los vándalos, y el descendiente de Genserico sorprendió y arrolló una escuadra de transportes empachados, inhábiles para la pelea y de bergantinillos dispuestos únicamente para la fuga. Temblaba interiormente Belisario al ir oyendo hablillas de soldados en el tránsito, alentándose mutuamente para confesar sus zozobras; puestos en tierra volverían por su honor, mas lidiando a bordo no se privaban de manifestar que se acobardaban de tener que arrostrar a un tiempo vientos, olas y bárbaros.[285] Hecho cargo Belisario de tales arranques, acordó detenerle en el primer punto de África que se le deparase, y desechó cuerdamente en un consejo de guerra el dictamen de hacer vela para la bahía misma de Cartago. A los tres meses de su salida de Constantinopla, gente, caballos, armas y pertrechos desembarcaron felizmente dejando cinco soldados de guardia en cada nave, formándose todas sobre la costa en semicírculo. Ocupó la hueste en la playa un campamento fortificado, según la antigua disciplina, con foso y valla, y el hallazgo de un manantial de agua fresca para apagar regaladamente la sed fomentó la confianza supersticiosa de los romanos. A la madrugada se saquearon algunas huertas inmediatas, y Belisario, castigando a los agresores, echó mano de esta leve coyuntura para encargar justicia, moderación y política verdadera. «Al admitir el mando para sojuzgar el África, confié mucho menos —dijo el general— en el número y la valentía de mis tropas que en la inclinación amistosa de los naturales y su perpetua enemistad con los vándalos. Sólo vosotros me podéis defraudar de mi esperanza; si os empeñáis en arrebatar a viva

fuerza cuanto os pudierais proporcionar con alguna monedilla, semejante tropelía hermanará a los enemigos irreconciliables, y se mancomunará en liga justa y sagrada contra los asoladores de su patria». Corroboró su encargo con estrechísima disciplina, cuyos efectos saludables y ejecutivos celebró luego la soldadesca misma. Los habitantes, en vez de huir de sus hogares y ocultar su trigo, brindaban a los romanos con mercado pingüe y garboso; los empleados civiles de la provincia siguieron ejerciendo sus funciones en nombre de Justiniano, y el clero, a impulsos de su conciencia e interés, se afanó con ahínco en esforzar la causa de un emperador católico. Logró el pueblecillo de Sulecta,[286] a una jornada del campamento, el honor de estrenarse en franquear sus puertas, y allanarse a su obediencia contigua. Imitaron aquel ejemplo de lealtad las ciudades crecidas de Leptis y Adrumeto, al asomar Belisario, y se adelantó sin tropiezo hasta Grase, palacio de los reyes vándalos, a cincuenta millas [80,46 km] de Cartago. Explayáronse los romanos quebrantados al fresco de las arboledas sombrías, manantiales cristalinos y frutas regaladas, y la preferencia que Procopio tributa a estos jardines sobre cuantos había visto en levante o poniente puede atribuirse al gusto o al cansancio del historiador. En tres generaciones, la prosperidad y la templanza del clima habían destroncado la pujanza briosa de los vándalos, que se volvieron lujuriosos. En sus quintas y huertas, acreedoras al nombre persa de *paraísos*[287] estaban disfrutando sosiego culto y apacible, y tras el baño diario se empapaban los bárbaros con los regalos peregrinos y abundantes de mar y tierra. Tremolaban sus ropajes de seda recamados de oro al estilo de los medos: caza y galanteo eran sus afanes, entreteniendo el ocio con pantomimas, carreras de caballos, y la música y la danza del teatro.

Desvelábase más y más Belisario en su marcha de diez o doce días, contra un enemigo encubierto que en todo tiempo y lugar podía asaltarlo repentinamente. Encabezaba la vanguardia Juan el armenio con trescientos caballos; seiscientos masagetas iban cubriendo a cierta distancia el costado izquierdo, y la armada, siguiendo la costa, permanecía por lo más a la vista del ejército que solía andar como doce millas [19,31 km] al día, y paraba por la noche en campamentos fortificados o pueblos amigos. Acongojó y aterró a Gelimero el asomo de los romanos sobre Cartago, y trató de ir dilatando advertidamente la guerra, hasta que el hermano con su tropa veterana volviese de la conquista de Cerdeña, y vino a lamentarse de la política temeraria de sus antepasados, quienes arrasando las fortalezas del África le habían reducido al recurso azaroso de aventurar una batalla a las puertas de su capital. Los conquistadores vándalos, desde su número primitivo de cincuenta mil habían aumentado, sin incluir mujeres ni niños, hasta ciento sesenta mil combatientes, y tamañas fuerzas, con denuedo y avenencia, soterraron en el desembarco los escasos y quebrantados cuerpos de Belisario. Pero los parciales del rey cautivo estaban más propensos a aceptar los brindis que a atajar los pasos del general romano, y muchos de aquellos bárbaros altaneros con el sobrescrito vistoso de aversión al usurpador encubrían la que estaban profesando a la guerra. Juntó sin embargo Gelimero con su autoridad y sus promesas una hueste formidable, y no carecían sus planes de pericia militar. Expidió una orden a su hermano Amatas para reunir todas las fuerzas de Cartago y embestir la vanguardia romana a tres leguas de la ciudad: encomendose a su sobrino Gibamundo el avance sobre la izquierda con dos mil hombres, y el monarca mismo, que seguía calladamente, se arrojaría a la retaguardia, en paraje lejano del

auxilio y aun de la vista de la escuadra; pero la temeridad de Amatas es muy aciaga para él y para los suyos, pues anticipa la hora de su ataque, se traspone a sus pausados secuaces, y cae mortalmente herido, tras de haber muerto con su propia mano hasta doce de sus contrarios más esforzados. Huyen sus vándalos a Cartago; la carretera, por casi diez millas [16,09 km], queda cuajada de cadáveres, y parece increíble que tal muchedumbre expire a los filos de trescientos romanos; los seiscientos masagetas, tras una leve escaramuza derrotan al sobrino de Gelimero con menos de un tercio de sus fuerzas, pero arde cada escita al remedo de su caudillo, que usó esclarecidamente del privilegio jineteando al frente y disparando el primer flechazo contra el enemigo. Entretanto Gelimero, ajenísimo de tamaño acontecimiento, y descarriado por las ensenadas de la serranía, propasa inadvertidamente al ejército romano, y llega al paraje de la refriega donde había caído Amatas; llora la suerte de su hermano y de Cartago, se abalanza disparadamente a los escuadrones adelantados, y puede arrebatar quizás y decidir la victoria, a no malograr el trance imponderable en cumplir con el empeño de recoger los difuntos. Quebrantado ya su ánimo con aquel ejercicio piadoso, oye el clarín de Belisario, quien dejando a su Antonina con la infantería en los reales se atropellaba con su guardia y la caballería restante para rehacer a sus fugitivos y recobrar el éxito de la jornada. Poquísima cabida tiene en tan revuelta contienda la maestría del general; pero vuela el rey al encuentro del héroe, y los vándalos, habituados tan sólo a enemigos moriscos, mal podían contrarrestar las armas y la disciplina de los romanos. Engólfase Gelimero a carrera en el desierto de Numidia, mas logra el consuelo de saber que sus órdenes reservadas para la ejecución de Hilderico y sus amigos cautivos se han cumplido puntualmente, venganza de tirano que

sólo redunda en ventaja de sus enemigos. Conduélese el pueblo de la muerte de su príncipe legítimo; su vida desatentaba a los romanos victoriosos, y el lugarteniente de Justiniano por medio de un delito que no comete queda inmune de la alternativa violenta de mancillar su pundonor o desentenderse de la conquista.

Despejado por fin el vaivén de la batalla, las diversas porciones del ejército se fueron participando mutuamente las extrañezas de la jornada, y Belisario acampó en el mismo sitio de la victoria (15 de setiembre de 533 d. C.), al cual la miliaria décima desde Cartago había latinamente apellidado el décimo. Maliciando atinadamente ardides y recursos en los vándalos, marchó al día siguiente en formación de batalla, hizo alto por la tarde a las mismas puertas de Cartago, y concedió una noche para descanso, a fin de no exponer, con la oscuridad y el trastorno, la ciudad al desenfreno de la soldadesca, y a la misma tropa a las celadas recónditas del pueblo. Mas la zozobra de Belisario era parte de su serenidad y cordura, pues luego quedó enterado de que podía sin peligro empaparse en el júbilo y los agasajos de la capital. Centelleaba Cartago con innumerables antorchas, y resonando todo en albricias se quitó la cadena que atajaba la entrada del puerto; abriéronse las puertas, y el vecindario aclamando a sus libertadores se disparaba en ímpetus de agradecimiento. Participose a la ciudad la derrota de los vándalos, y la libertad del África la víspera de San Cipriano, cuando la iglesia estaba ya engalanada con general iluminación por la festividad del mártir, a quien tres siglos de superstición habían casi endiosado. Hechos cargo los arrianos de que su reinado había fenecido allá, traspasaron el templo a los católicos, quienes redimiendo su santo de manos profanas, celebraron los ritos sagrados y entonaron pomposamente el credo de Atanasio

y de Justiniano. Trance sublime que volcó la suerte de los contendientes. Los vándalos, recién estragados con los vicios de conquistadores, se refugiaban rendidamente en el santuario de la iglesia, mientras los traficantes de Oriente quedaban en libertad por el despavorido alcalde que se acogía al amparo de sus presos, y les estaba enseñando por un resquicio de la pared el velamen de la escuadra romana. Los caudillos navales, después de la separación del ejército habían procedido cauta y pausadamente, hasta que al llegar al promontorio Hermeo, se enteraron de la victoria de Belisario. Iban a arribar, por atenerse a sus instrucciones, a siete leguas de Cartago, pero los marinos más prácticos manifestaron el peligro de la playa, y las señales de una tormenta eminente. Ajenos sin embargo de la revolución, no intentaron temerariamente romper la cadena del puerto, y tan sólo la bahía y el arrabal de Mendracio padecieron el saqueo de un oficial que se propasó desviándose de los caudillos. Partió por fin la escuadra imperial, y con viento favorable embocó el estrecho de la Goleta, y ancló a su salvo en el fondeadero seguro y anchuroso de Túnez a dos leguas de la capital.[288] Sabedor Belisario de su llegada, envió orden para que la mayor parte de los marinos desembarcasen para incorporarse en el triunfo y abultasen el número de los romanos. Antes de franquearles la entrada en Cartago, los amonestó con un razonamiento digno de él y de la coyuntura para que no empañasen el esplendor de sus armas, recordando que los vándalos eran los tiranos y ellos los *libertadores* de los africanos, acreedores a todo miramiento, como súbditos voluntarios y afectuosos de su soberano común. Atravesaron los romanos las calles en formación, prontos a batallar con el enemigo que asomase, y así guardaron todos el orden que les imponía el general sin desmán alguno, y en medio de un siglo avezado a santificar las demasías de las conquistas, la

gallardía pundonorosa de un individuo, enfrenó los ímpetus de un ejército victorioso. No sonó queja ni amenaza, ni sobrevino suspensión en el comercio de Cartago; mientras estaba el África mudando de dueño y de gobierno, siguieron las tiendas abiertas y concurridas, y la tropa se encaminó comedidamente a sus respectivos alojamientos. Hospedose Belisario en el palacio, sentose en el solio de Genserico, aceptó y repartió el despojo de los bárbaros: concedió la vida a los vándalos llorosos, y se afanó en reparar el daño que el arrabal de Mandracio había padecido la noche anterior. Agasajó por la noche a la oficialidad principal con el aparato y las formalidades de un banquete regio.[289] Tuvieron los palaciegos cautivos que servir rendidamente al vencedor; y en el rato de júbilo, mientras los circunstantes imparciales ensalzaban la dicha y los merecimientos de Belisario, sus aduladores envidiosos iban reservadamente emponzoñando cuantas palabras y ademanes podían enconar a un monarca suspicaz y celoso. A un día se redujo el boato de aquella función provechosa y acarreadora de la veneración popular; mas la eficacia de Belisario, que entre las ínfulas de la victoria aun divisaba allá alguna derrota, tenía ya dispuesto que el Imperio Romano en África no estuviese pendiente de las armas y la inclinación del pueblo. Quedaron exentas las fortificaciones de Cartago del derribo general, pero los desaliñados y soñolientos vándalos las dejaron menoscabar por espacio de un siglo; aunque un conquistador más advertido restableció con desalada diligencia los muros y fosos de la ciudad. Sus larguezas estimulaban a los operarios, y así, soldados, marineros y ciudadanos competían en su afán importantísimo, y Gelimero, que había temido confiar su persona a un pueblo indefenso, supo con asombro y desesperación el engrandecimiento ejecutivo de una fortaleza inexpugnable.

El desventurado monarca, perdida su capital, se afanó en recoger las reliquias de su ejército, disperso más bien que exterminado en la batalla anterior; y fueron acudiendo algunas cuadrillas moriscas, esperanzadas de saqueo, a las banderas de Gelimero. Acampó en los términos de Bula, a cuatro jornadas de Cartago; se desmandó con su capital atajándole su acueducto; propuso un galardón crecido por cada cabeza romana; aparentó contemplaciones con las personas y fincas de los africanos súbditos, y entabló reservadamente negociaciones con los sectarios arrianos y los hunos confederados. En aquel trance la conquista de Cerdeña agravó sus conflictos; recapacitó con entrañable despecho que había malogrado en aquella empresa inservible cinco mil de sus soldados selectos, y leyó con rubor y desconsuelo las cartas triunfadoras de su hermano Zanón que se explayaba en rasgos de confianza de que el rey, a ejemplo de sus mayores, habría escarmentado ya la temeridad del advenedizo. «¡Ay de mí!, hermano del alma —contesta Gelimero— se declaró el cielo contra nuestra nación desventurada; mientras avasallas la Cerdeña se perdió el África. Asoma Belisario con un pequeño ejército, y la pujanza y prosperidad desaparecen de la causa de los vándalos. El sobrino Gibamundo y el hermano Amatas fenecieron por cobardía de los suyos. Caballos, naves, Cartago misma, el África toda, está en poder del enemigo, y entretanto yacen los vándalos en afrentoso abandono, olvidados de esposas, niños, riquezas y libertad. Nada nos queda sino el campo de la Bula y la esperanza en su valor. Desampara la Cerdeña, corre, vuela en nuestro auxilio; restablece nuestro imperio, o muere a nuestro lado». Recibida esta carta, comunicó Zanón su quebranto a los vándalos principales, encubriendo cuerdamente el aviso a los naturales de la isla. Embarcose la tropa en ciento veinte galeras en el puerto de Calliari, ancló al

tercer día en el confín de Mauritania, y continuó atropelladamente su marcha a incorporarse con el estandarte real en el campamento de Bula. Desconsolado fue el avistamiento: abrazáronse los hermanos; lloraron a solas; no se mentó la victoria en Cerdeña; no mediaron preguntas acerca de las desventuras en África; presenciando estaban el extremo de su desdicha, y la ausencia de mujeres y niños demostraba con sumo desconsuelo su muerte o su cautiverio. Rehiciéronse por fin los vándalos y se fueron reuniendo a instancias del rey, con el ejemplo de Zanón, y del peligro que estaba amagando a su monarquía y su religión. La fuerza militar de la nación marchó a la batalla, y tan ejecutivos fueron sus medios que antes de llegar a Tricamerón, a siete leguas de Cartago, podían blasonar, aunque tal vez abultadamente, de que sobrepujaban en diez tantos las escasas fuerzas de los romanos. Mas iban éstos a las órdenes de Belisario, quien hecho cargo de su prepotencia, consintió en que los bárbaros lo salteasen a deshora. Ármanse instantáneamente los romanos; resguardan su frente con un arroyuelo compuesto de caballería, y sostenido por Belisario capitaneando quinientos guardias; colocose la infantería en segunda línea a cierta distancia, y los desvelos del general atalayan en diverso punto la mal segura lealtad de los masagetas, que interiormente reservaban su auxilio para el vencedor. Inserta el historiador, y puede suplir obviamente las arengas[290] de los caudillos, quienes con razones adecuadas a la situación recomendaban la importancia de la victoria y el menosprecio de la vida. Zanón con sus tropas de la expedición a Cerdeña se colocan en el centro, y habría permanecido el trono de Genserico si la muchedumbre de los vándalos hubiera remedado su denodado tesón. Arrojan lanzas y flechas, esgrimen las espadas y esperan el avance; pasa la caballería romana tres veces

el arroyo; recházanla otras tantas, y arde más y más la refriega hasta que cae Zanón y tremola el estandarte de Belisario. Retírase Gelimero a su campamento; siguen los hunos el alcance, y desnudan los vencedores a los difuntos. Mas sólo se hallan cincuenta romanos y ochocientos vándalos en el campo de batalla: tan baladí fue la matanza en una jornada que acabó con una nación y traspuso el Imperio del África. Por la tarde condujo Belisario su infantería al ataque del campamento, y la huida cobardísima de Gelimero demostró la insubsistencia de sus exclamaciones recientes, que para el vencido era la muerte un rescate, la vida una carga y la afrenta el único objeto temible. Ocultó su fuga, pero apenas la percibieron a sus vándalos, se dispersaron atropelladamente, ansiosos únicamente de su salvamento, y ajenos de cuanto puede interesar al género humano. Entraron los romanos sin tropiezo en los reales, y la lobreguez de la noche encubrió los extremos de trastorno y desenfreno que se cometieron. Mataron a cuantos bárbaros les salieron al frente sin compasión; esposas, hijas, herederas ricas y mancebas hermosas padecieron igual tropelía por la soldadesca desbocada, y hasta la misma codicia vino casi a saciarse con los tesoros de oro y plata, producto agolpado de conquistas y economías, durante dilatado plazo de paz y de prosperidad. En aquel afán desaforado hasta las tropas de Belisario se desentendieron de miramientos y respetos. Embriagados en su desenfreno fueron escudriñando en partidas sueltas y a solas la campiña contigua, bosques, peñascos, cuevas, y cuantos parajes podían encubrir el logro ansiado con la carga de su presa desampararon las filas, y vagaron sin caudillo por la carretera de Cartago, y si los fugitivos acertaran a volver sobre ellos, poquísimos se salvaran de sus manos. Noche de zozobra fue para Belisario la que pasó en el campo de batalla, con el vaivén del

peligro y de la afrenta; tremoló al amanecer su estandarte sobre un cerro, llamando así a su guardia y a los veteranos, y restableciendo por grados el comedimiento y la obediencia en sus reales. Interesaba igualmente al general el avasallar al bárbaro cuando enemigo, y el salvarlo ya postrado; y los vándalos llorosos que únicamente se pudieron hallar por las iglesias quedaron por su disposición protegidos, desarmados y detenidos separadamente, para que no pudieran alterar el orden público ni convertirse en víctimas de la venganza popular. Destacó un cuerpo ligero en pos del rey, se adelantó a diez jornadas hasta Hipo Regio, que carecía ya de las reliquias de san Agustín.[291] La estación y el aviso positivo de que Gelimero había huido al territorio inaccesible de los moros retrajeron a Belisario de su infructuoso alcance, y lo hicieron sentar sus reales de invierno en Cartago, y desde allí envió a su inmediato en el mando para informar al emperador cómo en el término de tres meses había redondeado la conquista de África (534 d. C.).

Verdad decía Belisario; rindieron los vándalos armas y libertad sin contraste; allanáronse las cercanías de Cartago a su presencia, y aun las provincias más arrinconadas se dejaron sojuzgar progresivamente al eco de su victoria. Se robusteció el vasallaje voluntario de Trípoli; Cerdeña y Córcega se postraron ante un oficial que en vez de espada les presentó la cabeza del valeroso Zanón, y las islas de Mallorca, Menorca e Ibiza se avinieron a ser dependientes humildes del reino africano. Cesárea, ciudad regia, que en geografía menos esmerada puede confundirse con el Argel moderno, estaba a treinta jornadas al poniente de Cartago: infestaban el tránsito los moros por tierra, mas estaba el mar abierto y lo dominaban los romanos. Un tribuno entendido y eficaz navegó hasta el estrecho, donde ocupó Septem o Ceuta[292] que se encumbra contrapuesto a

Gibraltar, sobre la costa de África. Realzó y fortificó después Justiniano aquel sitio distante, explayando al parecer su ambición vanagloriosa, extendiendo su imperio hasta las columnas de Hércules. Recibió el mensaje de su victoria en vísperas de dar a luz las pandectas de la legislación romana; y el emperador celoso o devoto engrandeció la bondad divina y confesó calladamente el desempeño esclarecido del venturoso general.[293] Impaciente por abolir la tiranía temporal y espiritual de los vándalos, se esmeró desde luego en el restablecimiento cabal de la Iglesia católica. Recobró anchamente jurisdicción, riquezas e inmunidades, quizá lo más precioso de la religión episcopal: quedó suprimido el culto arriano, vedadas las juntas de donatistas[294] y el sínodo de Cartago al eco de doscientos diecisiete obispos[295] ensalzó sobremanera represalias tan santas. En tal coyuntura se deja discurrir que faltasen muchos prelados católicos, y la escasez comparativa de su número, que allá en concilios anteriores solía ser doble o triple, arguye sin disputa el menoscabo de la Iglesia y del Estado. Engreído Justiniano con su defensa de la fe, abrigaba ya la esperanza grandiosa de que su victorioso lugarteniente ensancharía ejecutivamente la estrechez de sus dominios por los ámbitos que tenían antes de la invasión de moros y vándalos, y encargó a Belisario la creación de cinco *duques* o comandantes en los apostaderos oportunos de Ceptis, Cirta, Cesárea, Trípoli y Cerdeña, y regular la fuerza militar de *palatinos* o *adelantados* que fuese suficiente para el resguardo de África. No dejaba de ser acreedor a la presencia de un prefecto pretoriano, y se nombraron cuatro consulares y tres presidentes para administrar las siete provincias bajo su jurisdicción civil. Se formó un padrón individual de sus dependientes, amanuenses, mensajeros o asistentes, trescientos noventa y seis para el prefecto mismo, y cincuenta para cada uno de sus

lugartenientes, y el deslinde esmerado de multas y salarios era más ejecutivo para afianzar el derecho que para precaver abusos. Podían tantos magistrados atropellar mas no estarse ociosos, y las contiendas sutiles de justicias y venganzas cundieron más y más bajo el nuevo gobierno que blasonaba de resucitar el desahogo y la equidad de la República romana. Ansiaba el conquistador socorrerse colmadamente con los súbditos africanos, y les otorgó en toda instancia, aun en tercer grado y por línea colateral, las fincas arrebatadas por los bárbaros. Tras la partida de Belisario, que obraba con especial y elevada comisión, nada se actuó para colocar un maestre general de las fuerzas; mas el cargo de prefecto pretoriano se confió a un guerrero; y la potestad civil y militar se hermanaron, según práctica de Justiniano, en el gobernador principal, y luego el representante del emperador, tanto en Italia como en África, se distinguió con el nombre de Exarca.[296]

No quedaba cabal la conquista de África hasta que el soberano anterior cayese vivo o muerto en manos de los vencedores. Gelimero, llevado de su zozobra, había dispuesto reservadamente el traslado de sus tesoros a España, donde contaba con abrigo seguro en la corte del rey de los visigodos; pero acasos y alevosías frustraron tales intentos, y luego el alcance denodado de los enemigos que lo atajaron en las playas y aventaron al desventurado monarca, con algunos secuaces leales, hacia las serranías quebradísimas de Papua,[297] por el interior de Numidia. Lo sitió ejecutivamente Taras, oficial tan admirado por su pundonor como por su sobriedad, prendas extrañísimas entre los bárbaros más estragados como eran los hérulos. Dio Belisario encargo de tan suma entidad a la vigilancia, y tras el quebranto de ciento veinte hombres en el asalto de la montaña, esperó las resultas del conflicto y del hambre en su sitio de

invierno para el ánimo del rey vándalo. Tras tanto regalado deleite, tras el mando sin coto sobre la industria y la opulencia, yacía reducido al desamparo de los moros,[298] tan sólo tolerable para ellos por su ignorancia total de una vida amena. En sus toscas chozas de barro y zarzo que aprisionaban el humo y despedían la luz, dormían por el suelo revueltos con mujeres, niños y ganado, tal vez sobre algunas pieles. Eran sus ropas escasas y sucias; desconocían el pan y el vino, y aquellos bozales hambrientos devoraban casi crudas las tortas de centeno o avena que envolvían en el rescoldo. Quebrantárase la salud de Gelimero con tamañas y desusadas penalidades, prescindiendo aun de sus causales; pero acibaraba más y más sus desdichas la cavilación de su señorío pasado, el incesante desacato de sus abrigadores, y la zozobra fundada de que los volubles y venales moriscos se aviniesen a violar las leyes del hospedaje. Enterado Taras de su situación, le dijo en carta humana y amistosa: «Soy al par de vos un bárbaro idiota, pero hablo a impulsos de cierta racionalidad, y de un pecho pundonoroso. ¿A qué es el aferrarse en una terquedad desahuciada? ¿Os empeñáis en arruinaros a vos mismo, a los vuestros y a la nación? ¿Es todo afán de independencia, y horror a la esclavitud? ¡Ay amado Gelimero! ¿No estáis ya siendo el ínfimo esclavo, el siervo de la vil nación morisca? ¿No es preferible el desamparo y la servidumbre en Constantinopla, que el ser ahí rey de la sierra de Papua? ¿Tenéis a desdoro el ser súbdito de Justiniano? Súbdito suyo es Belisario, y nosotros mismos, cuyo nacimiento en nada desmerece del vuestro, no nos sonrojamos en obedecer al emperador romano. Aquel príncipe generoso os franqueará rico patrimonio en tierras, lugar en el Senado, y la jerarquía de patricio, tal es su ánimo graciable, y podéis confiaros sin asomo de zozobra en la palabra de Belisario. Mientras el cielo nos condena a padecer,

virtud es el sufrimiento, y si desechamos el rescate con que se nos brinda, allá nos disparamos con desesperación ciega y desatinada». El rey de los vándalos replicó: «Estoy hecho cargo de la racionalidad cariñosa de vuestra advertencia; mas no acabo de avenirme a ser esclavo de un enemigo injusto, que me está mereciendo un odio implacable. Jamás lo agravié de palabra, y no obstante ha enviado contra mí, no sé de dónde, a un tal Belisario, que me volcó desde la cumbre del trono hasta este abismo de desventura; hombre es Justiniano, y es príncipe, ¿no le cabe recelar para sí mismo igual cambio de suerte? No puedo escribir más; el pesar me traspasa. Os ruego encarecidamente que me enviéis, amado Taras, una lira,[299] una esponja y un mendrugo de pan». Enterose Taras, por los mensajeros vándalos, del motivo de tan peregrina demanda. Hacía tiempo que el rey de África no comía pan; habíale cargado a los ojos una fluxión de la fatiga y el llanto incesante, y ansiaba desahogar sus quebrantos entonándolos al eco de la lira. Condoliose la humanidad de Taras; envió los tres regalos extrañísimos, pero su misma humanidad lo movió a extremar la vigilancia de su guardia para precisar más ejecutivamente al cercado a tomar el partido más ventajoso para los romanos y saludable para él. Doblegose por fin la pertinacia de Gelimero, pues la razón y el conflicto, solemnizada toda seguridad de conservación y trato decoroso y revalidada en nombre del emperador por el embajador de Belisario, se apeó el rey de los vándalos de su cumbre. El primer avistamiento público fue en un arrabal de Cartago, y al acercarse el cautivo regio a su vencedor disparó una carcajada. El gentío opinó naturalmente que el sumo pesar le había trastornado las potencias; pero en aquel desconsuelo, tan intempestiva risa demostró a los circunstantes más agudos que el boato insustancial y volandero de las grandezas humanas

no era jamás acreedor al aprecio de la racionalidad.[300]

Aquel menosprecio quedó luego sincerado con una comprobación nueva de la mayor trivialidad, a saber, que la lisonja se estrecha con el poderío, y la envidia con el mérito esclarecido. Se engreían y nivelaban los caudillos romanos al par del héroe. Sus pliegos particulares afirmaban malvadamente que el conquistador de África, robustecido con su nombradía y el cariño, trataba de encaramarse al solio de los vándalos. Escuchaba Justiniano con oídos intensos, y enmudecía de celos y no de confianza. Quedó al albedrío honorífico de Belisario la alternativa honorífica de permanecer en la provincia, o de regresar a la capital, mas infirió atinadamente, por correspondencia interceptada y por la índole del soberano, que debía aventurar su cabeza tremolando el estandarte, o bien arredrar a los enemigos con su presentación y rendimiento. Embarcose merced a su denuedo y su inocencia con la guardia, cautivos y tesoros, y fue tan venturosa la navegación, que al llegar a Constantinopla todavía no había empezado a sonar su partida de Cartago. Con tan expresiva lealtad, Justiniano despejó sus zozobras, enmudeció la envidia, pero se enconó con el agradecimiento público, y cupo al tercer africano el timbre de un triunfo ceremonial que jamás la ciudad de Constantino había presenciado, y que la antigua Roma tenía ya reservado desde el tiempo de Tiberio para las armas y los auspicios de sus Césares.[301] Desde el alcázar de Belisario siguió la carrera por las calles principales hasta el hipódromo; y aquel día memorable estuvo al parecer desagravando a los romanos por los desacatos vergonzosos de Genserico. Ostentose la riqueza de las naciones, en trofeos de lujo afeminado o guerrero; armaduras peregrinas, tronos de oro, y las carrozas de aparato que solían usar las reinas vándalas; las vajillas macizas de los banquetes regios,

brillantísimas piedras preciosas; estatuas y vasijas de primor exquisito, el tesoro más sólido de oro, y los vasos sagrados del templo de Israel, que tras larguísima peregrinación venían por fin a depositarse en la iglesia cristiana de Jerusalén. Una grandiosa comitiva de nobles vándalos iba pesarosamente manifestando su agigantada estatura y garbo varonil. Adelantose pausadamente Gelimero vestido de púrpura, y en ademán todavía majestuoso. No asomó lágrima alguna por sus ojos, ni se exhaló suspiro por sus labios, mas su altanería o su religiosidad lograron algún desahogo, repitiendo las palabras de Salomón:[302] ¡Vanidad, vanidad! ¡Todo es vanidad! En vez de ensalzarse sobre carroza triunfal, tirada por cuatro alazanes o elefantes, a pie marchaba el recatado vencedor capitaneando a sus valerosos compañeros; podía su tino desentenderse de un realce sobrado descollante para un súbdito, y podía su magnanimidad fundadamente menospreciar timbres mancillados por tiranos inmundos. Asomó el esplendoroso acompañamiento al hipódromo; aclamole el Senado y el pueblo, y se detuvo ante el solio, donde entronizado Justiniano y Teodora recibieron el acatamiento del cautivo monarca y del héroe victorioso. Tributaron ambos la adoración acostumbrada, y postrándose en el suelo tocaron reverenciadamente la tarimilla de un príncipe que jamás desenvainó la espada, y de una ramera que había danzado en el teatro; de modo que fue precisa alguna violencia para doblegar el engreimiento del nieto de Genserico, y aun el numen de Belisario, encallecido ya en la servidumbre, debió indisponerse interiormente. Proclamósele en seguida cónsul para el año inmediato, y el día de su inauguración (1 de enero de 535 d. C.) vino a tremolar ínfulas de segundo triunfo; llevaban allá vándalos cautivos sobre sus hombros la silla curul, y se derramaron con profusión sobre el populacho copas de oro,

preciosos tabalíes y demás despojos de la guerra.

Pero el galardón más entrañable para Belisario se cifraba en el cumplimiento puntualísimo de un tratado, cuya prenda era un pundonor para el rey de los vándalos. Las creencias religiosas de Gelimero, adicto al arrianismo, eran incompatibles con la jerarquía de senador o patricio; pero recibió del emperador grandiosos estados en la provincia de Galacia, adonde el apeado monarca se retiró con su familia y amigos disfrutando paz, abundancia y tal vez recreo.[303] Tratose a las niñas de Hilderico cual requerían su edad y desventura con agrado decoroso, y Justiniano y Teodora se ufanaron con el timbre de educar y enriquecer la descendencia femenina del gran Teodosio. Repartiéronse los valentones de la juventud vándala en cinco escuadrones de caballería que se apellidaron de su bienhechor y sostuvieron en las guerras pérsicas la gloria de sus antepasados. Excepciones muy escasas, y premio del nacimiento y del valor que no acaban de explicar el paradero de una nación, cuyo número antes de una guerra breve y sin sangre ascendía a más de seiscientas mil personas. Con el destierro del rey y los nobles, la chusma servil desecharía inclinaciones, religión e idioma, y su juventud bastarda se iría imperceptiblemente barajando con la grey general de súbditos africanos; mas aun en el día, y en el corazón de las tribus moras, un viajero escudriñador ha descubierto la tez nevada y la cabellera ondeada de una ralea septentrional[304] y creyose desde antiguo que los vándalos más arrojados fueron allá huyendo del poderío y aun del conocimiento de los romanos, para empaparse en su independencia solitaria por las playas del océano Atlántico.[305] África fue su imperio y luego su cárcel; ni les cabía esperanzar ni ansiar su regreso a las orillas del Elba, donde sus hermanos menos viandantes seguían emboscados y vagarosos. Era

imposible para cobardes arrollar la valla de mares desconocidos y bárbaros enemigos; lo era también para hombres pundonorosos patentizar su derrota y desamparo a la vista de sus compatricios, retratarles los reinos que habían perdido, y acudir a una partecilla de la escasa herencia, de que allá en horas más felices se habían casi unánimemente desprendido.[306] En el paso que abarcan el Elba y el Odra habían tenido los vándalos varias aldeas populosas de la Lutacia; conservan todavía su idioma y sus costumbres con su castiza sangre; se avienen desabridamente al yugo sajón o prusiano, acatan voluntaria y rendidamente al descendiente de sus antiguos reyes, que en traje y haberes se equivoca con el ínfimo de sus vasallos.[307] El nombre y la situación de este pueblo desventurado están apuntando su entronque con los conquistadores de África, pero el uso de un dialecto eslavón los señala más positivamente como la reliquia postrera de las nuevas colonias posteriores a los vándalos castizos desparramados o destruidos en tiempo de Procopio.[308]

Si adoleciera Belisario de achaque de un desleal, pudiera aferrarse aun contra el mismo emperador en el compromiso indispensable de resguardar el África contra enemigos más bárbaros que los mismos vándalos. Yace allá en tinieblas el origen de los moros; no conocían las letras[309] ni había deslinde para sus mansiones, ni coto para sus pastoradas; estaciones y pastos eran los móviles de su trashumancia, y allá peregrinaban con igual desembarazo, armas, chozas, ajuar, familias y rebaños de ovejas, bueyes y camellos.[310] Durante el poderío romano, se retrajeron lejana y respetuosamente de Cartago y de las playas; en el reinado endeble de los vándalos, asaltaron las ciudades de Numidia, ocuparon la costa desde Tánger hasta Cesárea, y acamparon a su salvo en la provincia pingüe de Bizancio. La pujanza formidable y la conducta mañosa de Belisario

afianzaron la neutralidad de los príncipes moriscos, cuya vanagloria aspiró a recibir en nombre del emperador las insignias de la dignidad real.[311] Pasmolos aquel acontecimiento tan ejecutivo, y temblaban a la vista del conquistador; pero a los asomos de su partida vislumbró aquel pueblo bravío y supersticioso sus zozobras; sobrándoles mujeres prescindían de sus niños en rehenes, y al desplegar el general romano su velamen en el puerto de Cartago pudo casi estar oyendo los alaridos y mirando las llamaradas de la provincia inconsolable. Aferrose sin embargo en su ánimo, y dejando tan sólo parte de su guardia para refuerzo de las escasas guarniciones, confió el mando de África al eunuco Salomón,[312] quien se acreditó como digno sucesor de Belisario. Al primer avance fueron sorprendidos algunos destacamentos con dos oficiales de mérito; junta Salomón ejecutivamente su tropa, sale de Cartago, se interna en el país, y arrolla en dos grandes batallas a sesenta mil bárbaros; sus montañas, su ligereza y su muchedumbre son su resguardo, y la traza y los hálitos de sus camellos causaron algún desconcierto en la caballería romana;[313] pero se apea, menosprecia este tropiezo, trepa la columna por los cerros, y las armas centelleantes y las evoluciones atinadas deslumbran y aterran a la chusma desnuda y desbaratada, que ve cumplidas sus profecías de que un contrincante *barbilampiño* aventaría a los moros. Adelántase el Eunuco victorioso hasta seis jornadas de Cartago, y sitia el monte Auras,[314] la ciudadela y al mismo tiempo el pensil de Numidia. Aquel cordón de cerros que se entroncan con el gran Atlas abarca en el circuito de ciento veinte millas [193,11 km] suma variedad de terreno y clima, y las cañadas y los páramos abundan de pingües dehesas, arroyos incesantes y de fruta grandiosa y regalada. Realzan la peregrina soledad los escombros de Lambeca, ciudad romana, asiento de

una legión y residencia de cuarenta mil habitantes. Cercan el templo jónico de Esculapio aduares moriscos, y el ganado suele estar ahora paciendo en medio de un anfiteatro a la sombra de columnas corintias. Encúmbrase sobre el páramo allá un picacho tajado, donde los príncipes africanos depositaban sus mujeres y tesoros, y es proverbio entre árabes que comerá fuego quien trepe a los riscos y arrolle a los naturales del monte Auras. Abalanzose dos veces a tanto arrojo el eunuco Salomón y la primera padeció algún desdoro, y ya en la segunda su tesón y sus abastos iban de remate, y en el punto de retirarse, a impulsos de su denuedo disparado escaló ante los llantos despavoridos la montaña, el campamento y la cumbre del peñasco Geminio. Levántase una ciudadela para afianzar conquista de tan suma entidad y recordar a los bárbaros su vencimiento; y luego Salomón, siguiendo su marcha hacia el poniente, reengarzó la provincia de Mauritania de Sitifi, perdida hacía largo tiempo en el Imperio Romano. Siguió la guerra morisca por algunos años después de la partida de Belisario, mas cuantos laureles cupieron a su leal lugarteniente fueron hijuelas de su triunfo.

Suele el desengaño enmendar yerros personales en la madurez, mas no alcanza a enmendar las generaciones venideras. Las naciones antiguas, prescindiendo cada una de las demás, fueron quedando vencidas y avasalladas por los romanos. Lección tan grandiosa pudiera haber enseñado a los bárbaros de Occidente a contrarrestar con disposiciones oportunas y una confederación pujante la ambición ilimitada de Justiniano; mas repitiose el desbarro y resultaron las idénticas consecuencias. Los godos, tanto de Italia como de España, desentendiéndose del peligro, estuvieron mirando con indiferencia, y aun con júbilo, el vuelco repentino de los vándalos. Faltando la alcurnia real, Teudes, caudillo poderoso y esforzado, subió al trono de

España, que ya antes había gobernado en nombre de Teodorico y de su tierno nieto. Sitiaron los visigodos bajo su mando la fortaleza de Ceuta en la costa africana; pero mientras estaban celebrando la festividad en desahogado sosiego asaltó una salida de la ciudad aquel afán devoto, y aun el mismo rey apenas pudo ponerse a salvo de manos del sacrílego enemigo.[315] Sin mediar mucho tiempo halagó su orgullo y su encono una embajada rendida del desventurado Gelimero, implorando en tan sumo conflicto el auxilio del monarca español; pero en vez de sacrificar impulsos tan ruines a dictámenes de pundonor y de cordura, anduvo Teudes entreteniendo a los embajadores, hasta que se cercioró reservadamente de la entrada en Cartago, y entonces los despidió con advertencias enmarañadas y desdeñosas, para que se volviesen allá en busca de noticias positivas acerca de los vándalos.[316] Con la continuación de la guerra italiana se fue dilatando el castigo de los visigodos, y falleció Teudes antes que le amargasen los frutos de su error político. A su muerte sobrevino una guerra civil por el cetro de España; el aspirante más menesteroso acudió a Justiniano, firmando con ruin ambición un tratado de alianza que lastimaba en extremo la independencia y los intereses de su patria. Cedíanse a las tropas romanas varias ciudades tanto sobre el océano como sobre el Mediterráneo, y luego no cupo libertar aquellas prendas, fuesen de resguardo o de cobranza, y reforzándose más y más con destacamentos del África, se aferraron en sus apostaderos inexpugnables, con el intento dañado de estar enconando las desavenencias civiles y religiosas de los bárbaros. Mediaron setenta años (550-620 d. C.) hasta que se logró desencarnar de las entrañas de la monarquía aquel punzante abrojo, y mientras los emperadores retuvieron una porción de aquellas posesiones lejanas e inservibles, su

vanagloria colocaba a España en el padrón de sus provincias y en clase de vasallos a los sucesores de Alarico.[317]

Menos disculpable fue todavía la torpeza de los godos reinantes en Italia que la de sus hermanos españoles, y así fue más ejecutivo y pavoroso su escarmiento. A impulsos de venganzas personales, proporcionaron a su enemigo más peligroso el exterminio de su aliado más apreciable. Una hermana del gran Teodorico (534 d. C.) se había enlazado con Trasimundo, rey de África;[318] con este motivo se cedió la fortaleza de Lilibeo[319] en Sicilia a los vándalos, y la princesa Amalafrida llevó la comitiva marcial de mil nobles y cinco mil soldados godos, que descollaron en las guerras moriscas. Encumbrábalos sobremanera su propio engreimiento, desatendiéndoles tal vez los vándalos, envidiaban el país y menospreciaban a sus conquistadores; pero una matanza atajó su conspiración supuesta o efectiva, fenecieron los godos, y acompañó luego al cautiverio de Amalafrida su muerte encubierta y sospechosa. Esmerose la pluma elocuente de Casiodoro en afear aquella violación sangrienta a la corte vándala atropelladora de todo vínculo social y sagrado; mas cuantas amenazas pregonaba en nombre de su soberano quedarían burladas a su salvo, mientras los mares resguardasen el África, pues los godos carecían absolutamente de armada. Desvalidos y ciegos en su despecho, aclamaron la venida de los romanos, agasajaron a la escuadra de Belisario en los puertos de Sicilia, y luego se complacieron o se sobresaltaron, al saber que su desagravio sobrepujaba a sus esperanzas y sus anhelos. Debió el emperador a su amistad el reino de África, y los godos debían conceptuarse acreedores a recobrar su peñasco estéril recién separado en arras nupciales de la isla de Sicilia. Desengañolos presto el mandamiento desentonado de Belisario, con

arrepentimiento tardío e infructuoso. «Pertenecían —dijo el general romano–, la ciudad y el promontorio de Lilibeo a los vándalos, y uno y otro reclamo por derecho de conquista. Vuestro allanamiento os recomendará al emperador, la tenacidad os acarreará su desagrado, y luego una guerra que tendrá por único paradero vuestro exterminio. Si nos precisaseis a tomar las armas, pelearemos por no recobrar la posesión de un solo pueblo, sino para desalojaros de cuantas provincias estáis indebidamente usurpando a su soberano legítimo». Nación de doscientos mil combatientes pudiera sonreírse al necio amago de Justiniano o su lugarteniente, pero hervía Italia en desavenencias y enconos, y estaban los godos muy mal hallados con el desdoro de un reinado mujeril.[320]

Entroncó el nacimiento de Amalasunta, regenta y reina de Italia,[321] las dos ramas más esclarecidas de los bárbaros. Descendía su madre, hermana de Clodoveo, de los reyes cabelludos de la alcurnia *merovingia*,[322] y descollaba más la sucesión de los *Amalos* en la generación oncena por su padre, el gran Teodorico, cuyas prendas ennoblecieron la prole más plebeya. Quedaba la hija excluida del solio godo por su sexo; pero su cariño solícito para con su familia y su pueblo (522-534 d. C.) descubrió allá el último heredero de la alcurnia real, cuyos antepasados se habían refugiado en España, y el venturoso Eurico se encumbró de repente a la jerarquía de cónsul y de príncipe. Breve fue la temporada de su embeleso con Amalasunta de esperanzas de sucesión, y su viuda, después de la muerte del marido y del hermano, quedó como tutora de su hijo Atalarico, y del reino de Italia. A los veintiocho años descollaba al par con sus prendas cabales de cuerpo y de entendimiento. Su beldad, que aun en concepto de la misma Teodora podía competir por la conquista de todo un emperador, resplandecía

más y más con su sensatez varonil, soltura y denuedo. Había con la educación y la experiencia engrandecido su ingenio, sin envanecerse con sus estudios filosóficos, aun cuando se explicase con igual primor y soltura en griego y en latín, y hasta en la lengua goda; la hija de Teodorico guardaba en los consejos silencio discreto e impenetrable. Con el recuerdo fiel de sus virtudes resucitó la prosperidad de aquel reinado, esmerándose filialmente en evitar los yerros y en borrar el tizne de su memoria en los años de su edad caduca. Recobraron los hijos de Blecio y de Sismaco la herencia paterna; su plácido temple jamás toleró que se impusiesen multas ni castigos corporales a los súbditos romanos, y siempre desestimó gallardamente el clamor de los godos, que tras cuarenta años estaban conceptuando al pueblo de Italia como su esclavo y enemigo. Ideaba sus atinadas disposiciones Casiodoro, celebrándolas con su elocuencia; solicitó y mereció la amistad del emperador, y los reinos de Europa seguían respetando en paz y en guerra la majestad del solio godo. Pero la dicha venidera de la reina y de Italia estribaba en la educación de su hijo, a quien incumbía por su nacimiento el desempeño de los papeles diversos y casi incompatibles de caudillo de un campamento bárbaro y de magistrado supremo de una nación civilizada. Desde la edad de diez años[323] se fue instruyendo esmeradamente a Atalarico en las artes y en las ciencias ya provechosas o ya graciables para un príncipe romano, y se echó mano de tres godos venerables para empapar el pecho del rey moro en los arranques pundonorosos de la verdadera virtud. Mas si el alumno desconoce la trascendencia de la educación se encona con su freno, y el afán de la reina, cuyo extremado cariño enardecía y formalizaba más y más aquel empeño, desencajaba rematadamente el destemple del hijo y de los súbditos. En una función solemne celebrada

por los godos en el palacio de Rávena, huyó el niño de la estancia de la reina, y con lágrimas de ira y altivez se estuvo lamentando de un bofetón que le acababa de dar la madre en castigo de su terca desobediencia. Agraviáronse los bárbaros por el baldón causado a su rey, y acriminaron a la regenta como conspiradora contra su corona y vida, y pidieron desaforadamente que se rescatase el nieto de Teodorico de la enseñanza ruin de mujeres y maestrillos, para educarlo como valeroso godo en el trato de sus iguales, y la esclarecida ignorancia de sus antepasados. Tuvo Amalasunta que doblegar su entereza racional a clamor tan bravío, corroborado aferradamente como voz de la nación, sacrificando así el anhelo más entrañable de su pecho. Engolfose el rey de Italia en el vino, en las mujeres y en recreos montaraces y el menosprecio descomedido del ingrato mancebo estaba manifestando los intentos malvados de sus predilectos. Sitiada por sus enemigos domésticos entabló una negociación reservada con el emperador Justiniano, logró la seguridad de su agasajo, y tenía ya depositada en Derraquio, en el Epiro, un tesoro de cuarenta mil libras de oro [1840 kg]. ¡Venturosa mil veces si se desviara apaciblemente de una parcialidad bárbara al sosiego y la brillantez de Constantinopla! Pero ardía Amalasunta en ambición y venganza, y estando sus naves a punto para dar la vela, estuvo pendiente del éxito de un delito que su ceguedad conceptuaba como acto de justicia. Tres de los más peligrosos descontentos, recién desviados con el pretexto de mando y confianza al confín de Italia, fueron asesinados por sus emisarios particulares, y la sangre de aquellos tres godos esclarecidos reentronizó a la reina madre en la corte de Rávena acarreándole el odio de un pueblo libre. Y si antes lamentaba los desbarros de su hijo, luego tuvo que llorar la pérdida irreparable y la muerte

de Atalarico, quien a los dieciséis años falleció estragado por sus destemplanzas, y la dejó sin arrimo para su autoridad legal; pero en vez de conformarse con las leyes patrias, que mandaban por máxima fundamental que nunca la sucesión pasase de la lanza a la rueca, la hija de Teodorico ideó el intento inasequible de compartir con un primo el dictado regio, aferrando en su propia diestra la esencia de la potestad suprema. Recibió la propuesta con rendido acatamiento y con extremo agradecimiento, y el elocuente Casiodoro participó al Senado y al emperador que Amalasunta y Teodato habían subido al solio de Italia. Su nacimiento (pues era su madre hermana de Teodorico) no se conceptuaba como título cabal, y la elección de Amalasunta se la dictó el menosprecio de su codicia y apocamiento, nulidades que le desmerecían el cariño de los italianos y la opinión de los bárbaros. Pero se enconaba Teodato por aquel menosprecio tan debido; se lo había frenado y reconvenido por sus tropelías con los toscanos confinantes; y los godos principales, hermanados por sus demasías comunes y sus reuniones, se aunaron para enardecer su temple pausado y temeroso. Apenas se habían remitido las cartas de parabienes, cuando la reina de Italia quedó aprisionada en una islilla del lago Bolsena[324] donde, tras breve encierro, se la ahogó en el baño, por orden o con anuencia del nuevo rey que iba enseñando a los súbditos desmandados a derramar la sangre de sus soberanos (30 de abril de 535 d. C.).

Gozoso estaba mirando Justiniano las desavenencias de los godos, y su brindis de medianero encubría y fomentaba las miras ambiciosas del conquistador. Sus embajadores en la audiencia pública pidieron la fortaleza de Lilibeo, diez bárbaros fugitivos y una compensación adecuada por el saqueo de un pueblecillo sobre la raya de Iliria; pero negociaban encubiertamente con Teodato la entrega de Toscana, y cebaban

a Amalasunta para desenmarañarse de sus peligros e incertidumbres con la rendición de Italia (31 de diciembre de 535 d. C.). Firmó a su pesar la reina cautiva una carta servil y fementida, pero las manifestaciones de los senadores romanos enviados a Constantinopla patentizaban el extremo de su situación lastimera; y Justiniano enviando un nuevo embajador intercedió muy eficazmente por su vida y su libertad. Mas las instrucciones reservadas del mismo enviado iban pautadas por los celos inhumanos de Teodora, que estaba recelosa de la presencia y el atractivo superior de su enemiga. Apuntó allá encubierta y estudiadamente algunas especies, y al saber aquella atrocidad tan provechosa para los romanos[325] prorrumpió en ímpetus de ira y pesadumbre, y declaró en nombre de su hueste guerra perpetua al alevoso asesino. Sinceraba el delito de un usurpador tanto en Italia como en África las armas de Justiniano; mas las fuerzas que iba juntando eran desproporcionadas para el derrumbe de un reino poderoso, cuya escasez numérica se multiplicaba por el desempeño del héroe, el número brío y la prepotencia. Escoltaba a la persona de Belisario una guardia selecta de caballería, armada con lanzas y broqueles; componían además su caballería doscientos hunos, trescientos moros, y cuatro mil confederados, consistiendo la infantería sólo en tres mil isaurios. Por el mismo rumbo que la vez anterior, ancló el cónsul romano sobre Catania en Sicilia, para otear las fuerzas de la isla, y acordar si debía o no intentar su conquista. Halló terreno pingüe y vecindario amigo. En medio del menoscabo de la agricultura, seguía Sicilia abasteciendo a Roma; vivían los granjeros inmunes de alojamientos, y los godos, confiando la defensa del país a los naturales, pudieron fundadamente lamentarse de confianza tan mal correspondida. En vez de acudir al arrimo del rey de Italia, se avinieron gozosos

a la primera intimación de rendimiento; y aquella provincia, primer producto de las guerras púnicas, se reincorporó, tras dilatada separación, al Imperio Romano.[326] Intentó resistir la guarnición goda de Palermo, pero se entregó en breve por un ardid muy extraño. Internó Belisario sus naves en lo mas íntimo de la bahía, y después de izar afanosamente con aparejos y poleas las lanchas hasta la cima de los mástiles, las cuajó de ballesteros que desde aquel encumbramiento despejaron las murallas de la ciudad. Tras campaña tan llana y venturosa, entró el vencedor en Siracusa en triunfo acaudillando sus tropas victoriosas, repartiendo medallas de oro por el pueblo en el mismo día en que tan esclarecidamente terminaba el año de su consulado. Invernó en el palacio de los antiguos reyes, entre las ruinas de una colonia griega que abarcó hasta siete leguas;[327] mas en la primavera, por la festividad de la Pascua, una asonada peligrosa de las fuerzas de África atajó sus intentos. La presencia de Belisario, que desembarcó repentinamente con mil guardias, salvó a Cartago. Dos mil soldados mal seguros volvieron con su antiguo caudillo, quien marchó cerca de veinte leguas en busca de un enemigo, que con su denuedo compadecía y menospreciaba. Temblaron ocho mil rebeldes a su asomo, y su maestría los aventó al primer encuentro; y esta victoria sin blasones habría restablecido la paz en África si el vencedor no hubiera tenido que acudir a Sicilia para aplacar un alboroto movido en los propios reales durante su ausencia.[328] Las revueltas y la desobediencia eran males de esa época pues el numen del mando y la prenda de la subordinación estaban vinculados en el pecho de Belisario.

Descendía Teodato de una alcurnia de héroes, e ignoraba el arte y odiaba los peligros de la guerra; y en medio de su afición a los escritos de Platón y Marco Tulio, nunca su filosofía acertó a

despegar de su ánimo las dos pasiones ruines de la codicia y el miedo. Había conseguido un cetro con ingratitud y homicidio: al primer amago de un enemigo desdoró su propia majestad y la de una nación que estaba ya menospreciando a un indigno soberano (octubre de 534 d. C.–agosto de 536 d. C.). Despavorido con el ejemplo reciente de Gelimero, ya se estaba viendo aherrojado por las calles de Constantinopla: reforzaba aun el pavor que llevaba consigo Belisario la elocuencia de Pedro, el embajador bizantino, y aquel osado y mañoso negociador recabó de él un tratado harto afrentoso para servir de asiento a una paz duradera. Se pactó que en las aclamaciones del pueblo romano precediese siempre el nombre del emperador al rey godo, y que a cuantas estatuas se erigiesen a Teodato en bronce o mármol se colocase a su derecha la efigie divina de Justiniano. El rey de Italia tenía que solicitar, en vez de conferir, los honores del Senado, y se requería la anuencia del emperador antes de ejecutar sentencia alguna de muerte o de confiscación contra cualquier senador o sacerdote. Se desprendió el apocado monarca de la posesión de Sicilia; ofreció en muestra anual de su vasallaje una corona de oro de trescientas libras [138 kg], comprometiéndose a acudir con tres mil godos auxiliares, siempre que se le requiriese al auxilio del Imperio. Ufanísimo con tamañas concesiones, el agente de Justiniano atropelló su regreso garboso a Constantinopla, pero al llegar a la quinta albana[329] lo alcanzó un ansioso llamamiento de Teodato, y el diálogo que sobrevino entre el rey y el embajador merece trasladarse en su sencillez primitiva. «¿Conceptuáis que el emperador ha de revalidar el tratado? *Tal vez*. Si lo orilla, ¿cuáles serán las resultas? *La guerra*. ¿Y será semejante guerra cabal y fundada? *Por supuesto; cada cual obrará según su temple*. ¿Qué significa eso? *Sois filósofo. Justiniano es emperador de los romanos:*

sería impropio que un discípulo de Platón derramase la sangre de miles por una contienda particular; el sucesor de Augusto tiene que volver por sus derechos, y recobrar con las armas las provincias antiguas de su imperio». Este raciocinio no sería convincente, pero sí atemorizante y arrollador de la flaqueza de Teodato, quien luego se postró hasta el rendido ofrecimiento de ceder por una pensión de cuarenta y ocho mil libras esterlinas el reino de los godos y de los italianos, y emplear lo restante de su vida en los recreos inocentes de la filosofía y de la agricultura. Quedaron ambos tratados en manos del embajador, bajo el frágil resguardo de un juramento para no manifestar el segundo hasta después de quedar terminantemente desechado el primero. Ya se deja discurrir el paradero, pues Justiniano requirió y aceptó la renuncia del rey godo. Volvió el agente ejecutivo de Constantinopla a Rávena, con instrucciones amplias y una carta primorosa, en alabanza de la filosofía y la generosidad del filósofo regio, concediendo la pensión con la seguridad de cuantos honores pudiera disfrutar un súbdito y católico, y reservando advertidamente la ejecución total del tratado para la presencia y la autoridad de Belisario. En este intermedio las tropas godas derrotan y matan a dos generales romanos recién internados en la provincia de Dalmacia, y Teodato, ciego y postrado ya en su desesperación, se enajena arrebatadamente con aciago engreimiento,[330] propasándose a recibir con amenazas y menosprecio al embajador de Justiniano que reclamaba la promesa, requería la sumisión de los súbditos, y alegaba denodadamente los fueros de su carácter. Marcha Belisario y aventa aquellas soñadas ínfulas, y como la primera campaña tuvo que emplearse en el allanamiento de Sicilia,[331] deja Procopio la invasión de Italia para el segundo año de la guerra goda.[332]

Resguarda Belisario con sus guarniciones competentes a Palermo y Siracusa, embarca su tropa en Mesina, y la traslada sin resistencia a la playa contrapuesta de Regio (537 d. C.). Un príncipe godo recién casado con la hija de Teodato se hallaba con un ejército para contrarrestar por allí la entrada en Italia, mas no tuvo escrúpulos en remedar a un soberano tan desleal en su pundonor privado como en el desempeño público. El alevoso Ebermor deserta con sus secuaces del campamento romano, y pasa a disfrutar los honores serviles de la corte bizantina.[333] Desde Regio a Nápoles la escuadra y tropa de Belisario, avistándose casi de continuo, se adelanta como trescientas millas [482,79 km] sobre la costa; el pueblo de Brucio, Lucania y Campania, aborreciendo ya el nombre y la religión de los godos, se atiene a la disculpa decorosa de que sus muros se hallan desmoronados e indefendibles: abona la soldadesca sin abastos abundantes, y así el artesano como el labrador tan sólo por curiosidad interrumpen tal vez sus afanes. Encumbrada Nápoles a capital crecida y populosa, vivió muy pagada con su idioma y costumbres de colonia griega,[334] y la elección de Virgilio había realzado aquel sitio primoroso, embeleso de todo amante del sosiego y el estudio, y aborrecedor del estruendo, la humareda y el boato angustioso de Roma.[335] Cercada ya la plaza por mar y tierra, dio Belisario audiencia a los diputados del pueblo, quienes lo amonestaron a que se desentendiese de una conquista impropia de sus armas, fuese en busca del rey godo por el campo de batalla y, una vez victorioso, impusiera ya como soberano de Roma el rendimiento de las ciudades dependientes. «Cuando estoy tratando con mis enemigos —replicó el caudillo romano con altanera sonrisa–, suelo dar más bien que recibir dictamen, pero traigo en mi diestra exterminio inevitable, y en la izquierda paz y desahogo, como lo está disfrutando Sicilia».

Con el afán de la prontitud se manifestó garboso, y su pundonor afianzaba el convenio; pero se dividió Nápoles en dos bandos, y los oradores andaban acalorando la democracia griega, convenciendo con denuedo y verosimilitud a la muchedumbre de que los godos acudirían a castigar su desvío, y que el mismo Belisario apreciaría su brío y su lealtad. No les cabía sin embargo deliberar a sus anchas, por cuanto los estaban mandando ochocientos bárbaros, cuyas mujeres y niños se hallaban como rehenes en Rávena, y aun los judíos ricos y numerosos se oponían desesperadamente a las leyes de Justiniano. La circunferencia de Nápoles, en época muy posterior,[336] medía sólo dos mil trescientos sesenta y tres pasos;[337] resguardaban la fortificación derrumbaderos y costa brava; si se le interceptaban los acueductos, se abastecía de pozos y manantiales, y los acopios eran suficientes para frustrar el aguante de los sitiadores. A los veinte días, impacientísimo ya Belisario, y casi avenido con el desdoro de tener que levantar el sitio, para marchar antes del invierno contra Roma y el rey godo, vino a desahogarlo un isaurio, que escudriñando con afán denodado el cauce enjuto de una cañería, le participó cómo era dable horadar un tránsito para una hilera de tropa armada, e internarla en la ciudad. Dispuesta reservadamente la empresa, aventuró la humanidad del general el descubrimiento de su secreto, con la amonestación postrera e infructuosa del eminente peligro. A deshora de la noche, se introducen cuatrocientos soldados por el acueducto, encaramándose con una cuerda afianzada a un olivo en la casa o huerto de una matrona solitaria, resuenan los clarines, sorprenden a los centinelas, y atraen a los compañeros que por todas partes van escalando la muralla y abren de improviso las puertas de la ciudad. Cuantas atrocidades suele castigar la justicia se cometieron por derecho de la guerra. Descollaron los

hunos en crueldad y sacrilegios, y sólo Belisario asomó por las calles de Nápoles para aliviar los quebrantos que tenía predichos. «El oro y la plata —andaba clamando y repitiendo–, son el galardón de vuestro denuedo; pero dejad a los habitantes que son cristianos, están suplicando, y son ya súbditos como vosotros. Devolved los niños a sus padres, las mujeres a sus maridos, y manifestadles con vuestra generosidad de qué amigos se han estado defraudando a sí mismos». Salvose la ciudad por el pundonor y el predominio del caudillo,[338] y al volver los napolitanos a sus hogares lograron el consuelo de hallar sus tesoros ocultos. Alistose la guarnición bárbara al servicio del emperador; Apulia y Calabria, libres ya de la presencia odiosa de los godos, reconocieron su autoridad, y los hocicos del jabalí caledonio que todavía se están enseñando en Benevento se hallan esmeradamente descritos en el historiador de Belisario.[339]

Los leales soldados y vecinos de Nápoles habían estado esperando su rescate de un príncipe que permaneció apoltronado y casi indiferente a su exterminio. Resguardó Teodato su persona tras las murallas de Roma, mientras su caballería se adelantó cuarenta millas [64,37 km] por la vía Apia y acampó en los cenagales Pontinos, que por una zanja de diecinueve millas [30,57 km] se acababan de desaguar y convertir en lozanísimos pastos.[340] Pero las fuerzas principales de los godos andaban dispersas por Dalmacia, Venecia y Galia y el ánimo apocado de su rey yacía allá postrado con el malogro de una adivinanza que al parecer estaba presagiando el vuelco del Imperio.[341] Los esclavos más rastreros son los que más denuncian los yerros y flaquezas de todo dueño malhadado. Las hablillas de un campamento bárbaro se empeñaron en ir ociosa y desenfrenadamente zahiriendo la índole de Teodato: se lo sentenció como indigno de su alcurnia, de su nación y de su

trono (540 d. C.), y con aplauso universal elevaron los compañeros sobre sus broqueles al general Vitiges, cuyo denuedo había descollado en la guerra ibérica. Al primer anuncio el destituido monarca huyó de la justicia de su patria, pero venganzas personales lo alcanzaron. Un godo a quien había agraviado en sus amores, lo asió en la vía Flaminia y desoyendo sus cobardes alaridos lo traspasó postrado en el suelo, como víctima (dice el historiador) al pie del ara. La elección de un pueblo es el cimiento mejor y más poderoso para reinar en él; mas tales son las vulgaridades en todos los tiempos, que Vitiges se mostró ansioso de volver a Rávena donde pudiera afianzar, con la diestra repugnante de la hija de Amalasunta, cierto viso de derecho hereditario. Celebrose luego un consejo nacional, y el nuevo monarca recabó del temple díscolo de los bárbaros su avenencia a un desdoro que el desgobierno de su antecesor hacía ya atinado e indispensable. Allanáronse los godos a retirarse de la presencia de un enemigo victorioso; a dilatar hasta la primavera el embate de la guerra ofensiva, a desamparar los puntos muy desviados y confiar hasta la misma Roma al desempeño de su vecindario. Quedó Lenderis, guerrero veterano, en la capital con cuatro mil soldados, guarnición endeble, propia para robustecer el impulso, pero insuficiente para contrarrestar el anhelo de los romanos. Brotó sin embargo en sus ánimos una ráfaga de entusiasmo patriótico y religioso, y prorrumpieron desaforadamente en que ni el triunfo ni aun la tolerancia del arrianismo debían ya profanar más el solio apostólico; que la irracionalidad del Norte no había ya de hollar los túmulos de los Césares, y sin hacerse cargo de que el paradero de Italia sería el de una provincia de Constantinopla, vitoreaban el restablecimiento de un emperador romano como nueva era de próspero desahogo. Diputados del papa y del clero,

del Senado y del pueblo, brindaron al lugarteniente de Justiniano su rendimiento voluntario y la entrada en la ciudad, cuyas puertas hallaría abiertas de par en par a su llegada. Fortificadas las nuevas conquistas de Nápoles y Cuma, se adelantó Belisario siete leguas hasta las orillas del Vulturno, estuvo viendo el desmoronamiento de la gran Capua y se detuvo en la encrucijada de las dos vías, Catina y Apia. La obra del censor, tras nueve siglos de incesante batidero, conservaba todavía su primitiva hermosura, sin que asomase un quebranto en los sillares grandiosos y pulimentados que tan sólidamente constituían aquella incontrastable, aunque angosta, carretera.[342] Prefirió, sin embargo, Belisario el camino Latino, que a cierta distancia del mar iba faldeando los montes por espacio de ciento veinte millas [193,11 km]. Desaparecieron los enemigos, y apenas asomó por la puerta Asinaria (10 de diciembre de 536 d. C.) se marchó la guarnición sin atropellamiento por la vía Flaminia, y así la ciudad, tras sesenta años de servidumbre, quedó libre del yugo de los bárbaros. Sólo Lenderis, por altanería o desabrimiento, se retrajo de acompañar a los fugitivos, y el caudillo godo, como trofeo también de la victoria, fue enviado, con las llaves de Roma, al solio del emperador Justiniano.[343]

Dedicáronse los primeros días, que correspondían a las antiguas Saturnales, a mutuos parabienes y regocijos, y los católicos anduvieron disponiendo la celebración de la festividad cercana del nacimiento de Cristo, sin zozobra de competencia. Conversando familiarmente con aquel héroe, fueron los romanos formando algún concepto de las prendas que la historia estaba atribuyendo a sus antepasados. Edificoles el acatamiento que Belisario estaba mostrando al sucesor de san Pedro, y la entereza de su disciplina afianzaba más y más en medio de la

guerra las excelencias del sosiego y de la justicia. Vitoreaban los redoblados logros de sus armas que recorrían la comarca hasta Narni, Petania y Spoleto, pero Senado, clero y pueblo desaguerrido oyeron trémulos que iba a sostener y padecer muy en breve un sitio contra todo el poderío de la monarquía goda. Puso por obra Vitiges sus intentos con eficacia y tino durante el invierno, agolpando desde sus rincones montaraces y guarniciones lejanas los godos en Rávena para la defensa de su patria; y tan subido era su número, que tras haber destacado todo un ejército al socorro de la Dalmacia, seguían marchando con el estandarte real hasta ciento cincuenta mil combatientes. Fue el rey godo repartiendo armas, caballos, regalos y promesas a raudales, según la jerarquía y los merecimientos del agraciado: adelantose por la vía Flaminia, desentendiéndose de los sitios inservibles de Petania y Spoleto, respetó el peñasco inexpugnable de Narni y llegó hasta una legua escasa de Roma, al embocadero del puente Milvio. Fortificose aquel tránsito angosto con una torre, y Belisario justipreció el importe de veinte días que debían desperdiciarse en la construcción de otro puente; pero despavorida la soldadesca de la torre, huyendo o desertando frustró sus esperanzas y expuso su misma persona a un riesgo eminentísimo. El general romano, capitaneando mil caballos, desembocó por la puerta Flaminia para delinear una posición aventajada y otear el campamento de los bárbaros; mas conceptuándolos todavía allende el Tíber, se vio repentinamente cercado y embestido por sus escuadrones innumerables. Pendiente estaba la suerte de Italia de su vida, y los desertores lo iban señalando sobre su caballo vistoso, de color bayo[344] y cabeza blanca que cabalgaba en aquel día memorable. «Apuntar al bayo» era el alarido general. Arcos y venablos, todo se asestaba contra el objeto descollante, y miles y miles andaban repitiendo

la orden cuyo motivo ignoraban. Los valentones bárbaros estrechaban la pelea al trance más horroroso de la espada y lanza, y los elogios de un enemigo han realzado la caída de Visando, el alférez[345] que se mantuvo avanzado siempre hasta que yació traspasado de trece heridas, quizás de mano del mismo Belisario. Maestría, denuedo y fortaleza campeaban en el general romano; iba descargando a diestro y siniestro golpes tremendos y mortales; remedaba leal su guardia tantísimo valor y escudaba su persona, y los godos, tras la pérdida de mil hombres, huyeron a carrera del héroe. Persiguióseles temerariamente hasta su campamento, y los romanos, acosados con la muchedumbre, fueron haciendo ya pausada, ya luego atropelladamente, su retirada hasta las puertas de la ciudad; cerráronse éstas a los fugitivos, y se agravó el pavor general con la voz de que habían matado a Belisario. Desfigurado estaba en efecto con el sudor, el polvo y la sangre, ronca era su voz, y casi postrada yacía su pujanza; pero descollaba más y más su denuedo y siguió trasponiéndolo a sus casi desmayados compañeros, y allá al avance postrero se alejaron los bárbaros cual si estuviesen presenciando la llegada de un ejército lozano y cabal recién salido de la ciudad. Patente ya la puerta Flaminia, allí se agolpó un triunfo *efectivo*; pero antes acudió Belisario a todos los puntos, providenció cuanto conducía a la seguridad pública, para avenirse al fin a las instancias de su esposa y sus amigos, y tomar el refrigerio imprescindible del alimento y el sueño. Perfeccionado ya el arte militar, por maravilla cabe al generalísimo el trance de apelar a sus proezas personales de soldado; mas puede añadirse el ejemplo de Belisario a los de Enrique IV de Pirro y de Alejandro.

Tras el malogro de su primer ensayo, atravesó todo el ejército godo el Tíber, y formalizó aquel sitio de la ciudad que

duró más de un año hasta su levantamiento final. Prescindiendo de ámbitos ideales, el geógrafo ajustadamente señaló la circunferencia de Roma en el recinto de doce millas [19,31 km] y trescientos cuarenta y cinco pasos, y esta delineación ha permanecido idéntica e invariable desde el triunfo de Aureliano, hasta el reinado pacífico y arrinconado de los papas modernos.[346] Pero en aquellos días de su encumbramiento descollaba el recinto con edificios, y hervía de moradores, y el centro común flechaba a manera de rayos los arrabales populosos, que cuajaban en gran parte las carreteras. Aventó la adversidad las galas exteriores, y dejó asolada y desnuda gran parte aun de los siete cerros. Mas Roma, aun en aquella temporada, podía enviar a campaña más de treinta mil varones de edad militar;[347] y a pesar de la falta de disciplina y ejercicio, la mayor parte curtidos con la escasez, podían empuñar las armas en defensa de su patria y su religión. Acudió el tino de Belisario a este arbitrio trascendental. Relevaba el pueblo con fervorosa eficacia a la tropa, velando cuando ésta dormía, y trabajando mientras descansaba; aceptó el brindis de la mocedad más valiente y menesterosa de Roma, y las compañías de ciudadanos solían hacer las veces de veteranas al tener que emplearse en algún servicio preferente. Pero estribaba naturalmente su confianza en los aguerridos con él en Persia y en África, y aunque la gallarda huestecilla quedaba reducida a cinco mil hombres empeñose con tan escaso número en defender un circuito de doce millas [19,31 km] contra un ejército de ciento cincuenta mil bárbaros. Aún asoman en las murallas de Roma que construyó o restableció Belisario los materiales de la arquitectura antigua[348] y se redondeó la fortificación cabal, excepto en un gran portillo, patente todavía, entre las puertas Pinciana y Flaminia que la preocupación de godos y romanos dejó al cargo del apóstol san

Pedro.[349] Las almenas o torreones formaban ángulos agudos; foso ancho y hondo resguardaba el pie de la muralla y sobre ella auxiliaba la maquinaria a los ballesteros; la *balista*, arco de cruz muy poderoso que disparaba flechas cortas pero macizas; los *onagros* o asnos silvestres, que con el empuje de una honda arrojaban piedras y bolas de grandísimo tamaño;[350] se cruzó el Tíber con una cadena; se atajó el tránsito por los acueductos, y la mole o sepulcro de Adriano[351] vino por la vez primera a convertirse en ciudadela. Aquel recinto venerable que atesoraba las cenizas de los Antoninos era un torreón circular que descollaba sobre una base cuadrangular; cubríalo mármol blanquísimo de Paros y lo condecoraban estatuas de dioses y héroes; y el amante de las artes leerá, suspirando, que los primores de Praxíteles y Lisipo, desencajados de sus grandiosos pedestales, iban por los fosos asestados a las cabezas de los sitiadores.[352] Señaló Belisario a cada uno de sus tenientes la defensa de una puerta, con el encargo atinado y terminante de que en medio de todo arrebato, cada cual se mantuviese aferrado en su punto respectivo, confiando en el general para el salvamento de Roma. La hueste descomunal de los godos aun no abarcaba los ámbitos grandiosos de la ciudad de las catorce puertas, sólo se asestaron a siete, desde la vía Prenestina hasta la Flaminia, y Vitiges repartió su tropa en seis campamentos resguardados todos con foso y vallado. Por la parte del río que mira a Toscana, se formó un séptimo campamento sobre el solar o circo del Vaticano, con el intento trascendental de señorear el puente Milvio y el cauce del Tíber; pero se acercaron devotamente a la iglesia contigua de San Pedro, y el umbral de los Santos Apóstoles quedó intacto por el enemigo cristiano durante el sitio. Allá en los siglos victoriosos al decretar el Senado alguna conquista lejana, pregonaba el cónsul las

hostilidades patentizando con solemnísimo boato las puertas del templo de Jano.[353] La guerra interior inutilizaba la advertencia, y se arrinconó aquel ceremonial con el establecimiento de una religión nueva. Pero descollaba siempre el templo de Jano, todo de bronce en el foro, del tamaño preciso para abarcar la estatua del Dios, de cinco codos [2,1 m] de altura, de estampa humana, pero con dos rostros encarados a levante y poniente. Las puertas dobles eran también de bronce y el empeño infructuoso de girarlas sobre sus quicios descubrió el secreto escandaloso de que había aun romanos afectos a la superstición de sus antepasados.

Emplearon los sitiados dieciocho días en habilitar los medios de embestida que inventó la Antigüedad; disponiendo haces para llenar los fosos y escalas para trepar a las almenas. Los árboles más corpulentos de las selvas suministraron madera para cuatro arietes; armaron sus testuces de hierro y cincuenta hombres ponían a cada uno de ellos en movimiento. Las torres empinadas de madera andaban sobre ruedas o rollos, y formaban como una plataforma anchurosa al nivel de los muros. A la madrugada del día 19, allá se disparó el avance general desde la puerta Prenestina hasta el Vaticano; adelantáronse al asalto siete columnas godas con sus máquinas militares, y los romanos que ceñían la muralla estaban escuchando con zozobra y desconfianza las placenteras seguridades del caudillo. Al asomar el enemigo sobre el foso, el mismo Belisario disparó el primer flechazo, y tal fue su pujanza y maestría que traspasó al más avanzado de los jefes bárbaros. Mil vivas de victorioso aplauso resonaron de extremo a extremo de las murallas, dispara segundo flechazo con igual éxito, y los mismos vítores. Dispone el general romano que los ballesteros asesten sus tiros a las yuntas de bueyes; quedan al golpe cuajuados de heridas mortales; quedan las torres que venían tirando inmobles e

inservibles, y un solo trance desbarata los afanosos intentos del rey de los godos. Tras este malogro, Vitiges se aferra, o aparenta seguir en el asalto de la puerta Salaria, para embargar la atención de su contrario, mientras sus fuerzas principales se empeñan reciamente contra la puerta Prenestina y el sepulcro de Adriano, distantes una legua entre sí. Junto a la primera el vallado doble del Vivero[354] está bajo y quebrantado; las fortificaciones del segundo carecen de competente resguardo; estimulan el denuedo de los godos esperanzas de victoria y despojo, y si un solo punto flaquea, los romanos y la misma Roma quedan irreparablemente perdidos. Aquel día arriesgadísimo es el más esclarecido de la vida entera de Belisario. Entre el alboroto y el desaliento su despejo abarca todo el plan del ataque y la defensa; acecha las novedades más instantáneas, justiprecia todas las ventajas asequibles, se engolfa en lo más arduo del trance, y va traspasando su propio denuedo con órdenes terminantes y sosegadas. Sostiénese desaforadamente la refriega desde la madrugada hasta el anochecer, quedan rechazados por todas partes los godos, y cada romano puede blasonar de que ha vencido a treinta bárbaros, sin contrapesar a tantísima desproporción la superioridad de un solo individuo. Fenecieron treinta mil godos, según confesión de sus propios caudillos, en esta sangrientísima contienda, y el sinnúmero de heridos correspondió al de los muertos. Al ir al asalto arremolinados no había un tiro desperdiciado, y al retirarse la chusma de la ciudad se incorporaba en el alcance, e iba llagando a su salvo las espaldas del enemigo fugitivo. Sale Belisario de las puertas, y mientras la soldadesca entona sus loores y excelencias las máquinas godas quedan reducidas a cenizas; y es tal el quebranto y el pavor de los godos, que desde aquel día el sitio de Roma vino a reducirse a un bloqueo flojo pero angustioso,

hostilizándolos de continuo el general romano, y matándoles en varias salidas más de cinco mil de sus más floridas tropas. Era lega su caballería en el manejo del arco, sus ballesteros eran de a pie, y divididas estas fuerzas no podían arrostrar a las contrarias, cuyas lanzas y flechas de cerca o de lejos eran igualmente incontrastables. La maestría sin par de Belisario afianzaba las coyunturas favorables, y escogiendo hora y sitio, embistiendo o cejando[355] por maravilla malograban sus escuadrones el lance; ventajas parciales que envalentonaron a la soldadesca y al vecindario, que iban igualmente rehuyendo las penalidades de un sitio, y menospreciando el trance de una refriega general. Cada plebeyo se conceptuaba un héroe, y la infantería que con el menoscabo de la disciplina había desmerecido su colocación en la línea de batalla, aspiraba ya a los timbres de la legión romana. Elogió Belisario el denuedo de sus tropas, desaprobó su engreimiento, se allanó a sus clamores, y dispuso de antemano el reparo de una derrota que él solo tenía aliento para maliciar. Sobrepujaron los romanos por el fuerte del Vaticano, y a no malograr el trance irreparable con el saqueo del campamento, pudieron posesionarse del puente Milvio y atacar por la retaguardia la hueste goda. Adelantose Belisario desde las puertas Pinciana y Salaria por la otra orilla del Tíber, pero su pequeño ejército, quizás de cuatro mil hombres, quedó engolfado en una llanura anchurosa; cercado y acosado por nuevos refuerzos que reponían sus quebrantos, no sabían vencer los caudillos valerosos de la infantería, murieron; la retirada fue un tanto atropellada, pero resguardola el tino del general, y los vencedores cejaron despavoridos al ver un murallón encrespado de armas. No mancilló esta derrota la nombradía de Belisario, y el desatinado engreimiento de los godos no fue menos provechoso a sus intentos que el arrepentimiento y el recato de

la tropa romana.

Desde el momento en que Belisario acordó sostener un sitio, desvelose sobremanera en abastecer a Roma, para precaver el hambre, más temible que las armas godas. Trájose de Sicilia un acopio crecidísimo de trigo; arrebatáronse a viva fuerza las cosechas de Campania y Toscana para el consumo de la ciudad, y se atropellaron los derechos de la propiedad, con el móvil poderoso de la salvación pública. Era muy obvio el corte de los acueductos por el enemigo, y el cese de los molinos de agua fue el primer quebranto, que luego se remedió amarrando barcos capaces, y colocando las muelas en la corriente del río. Quedó luego el raudal empachado con los troncos de árboles y corrompido con los cadáveres, mas fueron tan eficaces las cautelas del general romano que las aguas del Tíber siguieron dando movimiento a los molinos y bebida al vecindario; los barrios lejanos se socorrían con pozos caseros y una ciudad sitiada podía sobrellevar sin destemple la privación de los baños públicos. Una gran parte de Roma, desde la puerta Prenestina hasta la iglesia de San Pablo, nunca padeció el avance de los godos; atajábanles las tropas moriscas sus correrías, el cauce del Tíber y las vías Latina, Apia y Ostia quedaron siempre expeditas y afianzadas para los abastos de trigo y carne, y la ida de los vecinos que se refugiaban por la Campania o en Sicilia. Afanado Belisario por descargarse de una muchedumbre consumidora e inservible, pregonó bandos terminantes para la salida de mujeres, niños y esclavos, exigió de sus soldados el despido de sus asistentes varones o hembras, y fijó la mitad de sus haberes en comestibles y la otra en dinero. Se patentizó luego su acierto con la escasez general de resultas de haberse los godos aposentado en dos puntos importantes por las cercanías de Roma. Con la pérdida del puerto, o como ahora se llama, la

ciudad del Porto, quedó privado de la comarca a la derecha del Tíber y de la comunicación más ventajosa con el mar, y recapacitó con amarga ira que trescientos hombres, si le cupiera desprenderse de tan corta fuerza, podrían resguardar sus obras inexpugnables. A siete millas [11,26 km] de la capital, entre las vías Apia y Lucina, dos acueductos principales extraviándose una y otra vez abarcaban con sus arcos encumbrados y macizos un ámbito fortificado[356] donde Vitiges colocó un campamento de siete mil godos, para interceptar los convoyes de Sicilia y Campania. Los acopios de Roma se iban apurando, y la comarca yacía asolada a hierro y fuego, y si se lograba algún socorrillo era a costa de sangre y de riquezas; nunca faltó pienso al caballo ni pan al soldado, pero en los últimos meses del sitio se vio el vecindario acosado de privaciones, alimentos dañinos y dolencias contagiosas.[357] Belisario se enteraba y condolía de tanto padecimiento, pero había previsto el menoscabo de su lealtad y el aumento del descontento, y acechaba los pasos de su desazón descomedida. Habían los desengaños de la adversidad apeado a los romanos de sus soñadas ínfulas de libertad y encumbramiento, demostrándoles amarga y desairadamente el ningún resultado para su bienestar de que sus soberanos se apellidasen godos o latinos. Escuchaba el lugarteniente de Justiniano sus lamentos menospreciando todo asomo de huida o capitulación; enfrenaba su vocinglero afán de refriega; los embelesaba con perspectivas de rescate pronto y positivo, y se afianzaba respecto a sí mismo y a la ciudad contra los arranques de la desesperación o la alevosía. Mudaba dos veces al mes la oficialidad de las puertas; se valía de cautelas, patrullas, rondas, contraseñas, luminarias y músicas, para enterarse por puntos de cuanto estaba pasando en el ámbito de las murallas; colocábanse avanzadas y escuchas fuera de los fosos, y el desvelo constante de

mastines solía suplir a la lealtad incierta de los racionales. Interceptose una carta que aseguraba al rey de los godos cómo la puerta Asinaria, contigua a la iglesia luterana, se franquearía a sus tropas (17 de noviembre de 537 d. C.) reservadamente. Varios senadores, sospechados de traición, fueron desterrados, y el papa Silverio tuvo que acudir ante el representante de su soberano, a sus reales en el palacio Pinciano.[358] Detúvose a los acompañantes por las antesalas[359] y sólo él fue admitido a la presencia de Belisario. Estaba el vencedor de Roma y Cartago modestamente sentado a los pies de Antonina recostada en su lecho imperial: callaba el general; pero se disparó el raudal de la reconvención y del amago de boca de su mujer avasalladora. Estrechado por testigos fidedignos, y por el testimonio de su propia firma, quedó el sucesor de san Pedro despojado de sus vestiduras pontificales, vestido con un hábito burdo de monje, y embarcado sin demora para un destierro lejano en el Oriente. El clero de Roma, por mandato del emperador, procedió al nombramiento de nuevo obispo, y tras su invocación solemnísima al Espíritu Santo, eligió al diácono Viplio que había cohechado el solio papal con doscientas libras [92 kg] de oro. Se imputó este logro, y por consiguiente la culpa de esta simonía, a Belisario; mas estaba el héroe a las órdenes de su esposa, pues Antonina daba pábulo a los impulsos de la emperatriz, y Teodora derramaba tesoros esperanzada de lograr un pontífice enemigo o indiferente con el concilio de Calcedonia.[360]

Participó la carta de Belisario al emperador su victoria, su peligro y su ánimo. «En cumplimiento de vuestras disposiciones nos hemos internado en el señorío de los godos y señoreado Sicilia, Campania y la ciudad de Roma, y el malogro de estas conquistas redundaría en mayor desdoro que cuanta gloria nos

ha podido acarrear su adquisición. Hasta aquí hemos ido arrollando un sinnúmero de bárbaros; pero su muchedumbre pudiera al fin sobrepujar. Don de la providencia es la victoria, pero la nombradía de reyes y generales estriba en el acierto o el malogro de sus intentos. Tened a bien me explique sin rebozo; si anheláis nuestra conservación, enviadnos subsistencias, y si aspiráis a que venzamos enviadnos armas, caballos y gente. Nos han recibido los romanos como amigos y libertadores; mas en el conflicto actual o van a zozobrar por su confianza, o a exterminarnos con su traición y su odio. En cuanto a mí, en vuestro servicio está cifrada mi vida, y a vos toca el recapacitar si mi muerte en tal situación redundaría en gloria y prosperidad de vuestro reinado.» Quizá fuera igualmente próspero aquel reinado si el dueño pacífico del Oriente se desentendiera de la conquista de África e Italia; mas como Justiniano era ambicioso de nombradía, puso algún conato, aunque endeble y apocado, en sostener y rescatar a su general victorioso.

Llegaron Martín y Valeriano acaudillando un refuerzo de mil seiscientos hunos y eslavones, y como descansaron durante el invierno por los puertos de Grecia, no padeció marco ni quebranto así la gente como la caballería en el viaje, descollando al contrario con su denuedo desde la primera salida contra los sitiadores. Por el rigor del estío desembarcó Eutalio en Terracina con cuantiosos caudales para el pago de la tropa: fue adelantando cautamente por la vía Apia, e introdujo su convoy en Roma por la puerta Capena,[361] mientras Belisario por la parte contrapuesta entretenía a los godos con una escaramuza briosa y acertada. Estos auxilios oportunos, aplicados y encarecidos enteramente por el general romano, envalentonaron, o al menos esperanzaron, a la soldadesca y al vecindario.

Partió el historiador Procopio con el encargo importante de recoger cuantas tropas y abastos pudiera suministrar la Campania, o procedieran de Constantinopla; siguiole luego la misma Antonina[362] y atravesando denodadamente por los puertos del enemigo, volvió con auxilios orientales al socorro de su mando y de la ciudad sitiada. Una escuadra con tres mil isaurios ancló en la bahía de Nápoles y luego en Ostia: aportaron en Tarento más de dos mil caballos, en parte tracios, y unidos quinientos soldados de Campania y una porción de carruajes cargados de vino y harina se encaminaron por la vía Apia, desde Capua a las cercanías de Roma. Incorporáronse las fuerzas de mar y tierra a la embocadura del Tíber, y Antonina juntó un consejo de guerra. Acordose contrarrestar a remo y vela el raudal del río, y los godos se retrajeron de entorpecer con hostilidades temerarias la negociación escuchada mañosamente por Belisario. Creyeron neciamente que estaban tan sólo viendo la vanguardia de una armada y ejército que venían ya cuajando el mar Jónico y las llanuras de Campania: embeleso sostenido con el ademán altanero del general romano al dar audiencia a los enviados de Vitiges. Tras un razonamiento decoroso encareciendo la justicia de su causa, manifestaron que por amor a la paz estaban prontos a desprenderse de Sicilia. «No es menos generoso el emperador —replicó su lugarteniente con una sonrisa desdeñosa–, en cambio de un don que ya no poseéis, os brinda con una provincia antigua del Imperio, pues allá entrega a los godos la soberanía de la isla de Britania». Desechó Belisario con igual entereza y menosprecio el ofrecimiento de un tributo; pero otorgó a los embajadores godos el oír de la misma boca de Justiniano la suerte que les estaba reservada, y aparentando suma repugnancia se avino a una tregua por tres meses, desde el solsticio del invierno hasta el equinoccio de la primavera. No era

prudente el atenerse a juramentos ni rehenes de bárbaros, pero la supremacía innegable del caudillo romano descolló en la colocación de sus tropas. Luego que la zozobra o el hambre precisaron a los godos para evacuar Alba, Porto y Centumcela, quedaron ejecutivamente reemplazados; reforzáronse las guarniciones de Narni, Spoleto y Petania, y los siete campamentos de los sitiadores vinieron a quedar acosados con los quebrantos de un sitio. No fueron infructuosas las plegarias y la romería, y logró mil tracios e isaurios para corroborar el alzamiento de Liguria contra su déspota, Ariano. Al mismo tiempo Juan el Sanguinario,[363] sobrino de Vitaliano, salió destacado con dos mil caballos selectos, primero a Alba y el lago Fucino, y luego a la raya del Piceno y del mar Adriático. «En esa provincia —dijo Belisario–, han depositado los godos sus familias y tesoros sin resguardo ni zozobra de peligro. Por supuesto quebrantarán la tregua; haced que palpen vuestra presencia antes que oigan vuestros movimientos; mirad por los italianos; cuidado con no dejar plaza alguna fortificada a la espalda, y guardad fielmente los despojos para su reparto cabal entre todos». «No cabría en razón —añadió riendo–, que mientras nos afanamos acá por acabar con los zánganos, nuestros hermanos más venturosos se regalasen a solas con la miel».

Habíase agolpado la nación entera de los ostrogodos sobre Roma, y vino a fenecer en su sitio. Si merece crédito un testigo inteligente cuanto menos un tercio de su hueste descomunal quedó en la demanda con las refriegas incesantes y sangrientas que se estuvieron trabando bajo los muros de la ciudad. El conocido mal clima, agravado por el estío, se deterioró más y más con el menoscabo de la agricultura y la población, y las plagas del hambre y la epidemia se fueron agravando con el

desenfreno y la desavenencia de los naturales. Mientras Vitiges las había con la suerte y titubeaba entre su desdoro o exterminio, sobresaltos caseros atropellaron su retirada. Acudieron desalentados mensajeros a participarle que Juan el Sanguinario estaba allá dilatando su asolación desde el Apenino hasta el Adriático, que las preciosidades e innumerables cautivos del Piceno se hallaban en las fortificaciones de Rímini, y que el formidable caudillo había derrotado a su tío, desacatado a su capital y mancillado con su correspondencia reservada la fidelidad de su consorte, aquella hija engreída de Amalasunta. Echó sin embargo el resto Vitiges a su despedida, para asaltar o sorprender la ciudad. Descubriose un tránsito oculto por uno de los acueductos; se cohechó a dos vecinos del Vaticano para que embriagasen a la guardia de la puerta Aureliana; se ideó un ataque a la muralla por allende el Tíber, en un sitio que carecía de torres, y allá se adelantaron ya los bárbaros con hachones y escalas al asalto de la puerta Pinciana. Frustraron todo el intento los desvelos denodados de Belisario y sus veteranos, que en los trances no cebaban menos a sus compañeros; y los godos, desahuciados y hambrientos, clamaron desaforadamente por la partida, antes que expirase la tregua y se reincorporase la caballería romana. Al año y nueve días de sitio, aquel ejército tan grandioso y triunfante, quemó sus tiendas y pasó el puente Milvio (marzo, año 538 d. C.); mas no lo atravesó a su salvo, pues agolpada y comprimida la muchedumbre en la estrechez, ya su propio sobresalto, ya el alcance del enemigo, la fue ciegamente precipitando al Tíber, y el general romano disparándose por la puerta Pinciana le causó un descalabro mortal y afrentoso en su retirada. La marcha dilatada y a pausas de una hueste enferma y despavorida iba siguiendo la carretera Flaminia, de la cual tenía a trechos que desviarse, temerosa de

estrellarse con las guarniciones que le atajaban el paso para Rímini o Rávena, mas era todavía tan poderoso el ejército fugitivo que entresacó Vitiges hasta diez mil hombres para el resguardo de las ciudades que más ansiaba conservar, y destacó a su sobrino Uraya con fuerza competente para el castigo de la rebelde Milán. Acaudillando su cuerpo principal sitió Rímini, distante tan sólo treinta y tres millas [53,1 km] de la capital goda. Mantúvose con muros endebles y escaso foso Juan el Sanguinario, tal era su maestría y denuedo, alternando en el afán y el peligro con el ínfimo soldado, compitiendo en teatro menos esclarecido con las prendas militares de su gran caudillo. Se inutilizaron las torres, máquinas y arietes de los bárbaros, y se rechazaron sus ataques; y luego dilatándose el bloqueo y hambreando la guarnición hasta lo sumo, se dio tregua para que se juntase y acudiese el ejército romano. Sorprendió una escuadra a Ancona, y luego siguió costeando el Adriático hasta el socorro de los sitiados. Desembarcó el eunuco Narces en el Piceno con dos mil hérulos y cinco mil de los mejores soldados del Oriente. Se forzó el peñasco del Apenino; diez mil veteranos fueron faldeando las montañas a las órdenes del mismo Belisario, y un nuevo ejército, cuyos reales centelleaban con un sinnúmero de antorchas, asomó por la carretera Flaminia. Atónitos y desesperados los godos, desampararon el sitio de Rímini, sus tiendas, estandartes y caudillos, y Vitiges, que dio o siguió el ejemplo de la huida, no hizo alto hasta escudarse con las murallas y pantanos de Rávena.

A este punto y a algunos otros, sin mutuo resguardo, vino entonces a reducirse la monarquía goda: ya las provincias de Italia seguían el bando del emperador, y su ejército reforzado ya hasta el número de veinte mil hombres, acabalara en breve la conquista, a no padecer su poderío incontrastable el sumo

quebranto de la discordia entre los caudillos romanos (538 d. C.). Antes de la terminación del sitio, un acto sanguinario, mal motivado y voluntarioso, había mancillado la nombradía tersa de Belisario. Presidio, un italiano leal, y fugitivo de Rávena para Roma, fue violentamente detenido por Constantino, gobernador de Spoleto, y despojado en medio de la iglesia de dos dagas primorosamente tachonadas de oro y pedrerías. Apenas cesó el peligro general, se querelló Presidio del quebranto y la tropelía; diósele oídos, pero el usurpador engreído y avariento desobedeció el mandato de restitución. Destemplado con la demora, Presidio desaforadamente detuvo el caballo del general al atravesar el foso, y con el denuedo de ciudadano pidió el amparo común de las leyes romanas. Comprometido se hallaba el pundonor de Belisario, junta consejo, requiere la obediencia del subalterno, y tras la avilantez de su respuesta, llama a su guardia. Al verla entrar Constantino, dándose por muerto, desenvaina su espada, se abalanza al general, que sorteó velozmente el golpe al resguardo de sus amigos; desarman al ciego asesino, lo arrastran a una estancia contigua, y lo ejecutan, o más bien lo destrozan los guardias por disposición arbitraria de Belisario.[364] En aquel atropellamiento quedó trascordado el desafuero de Constantino; achacose la desesperación y la muerte de aquel oficial valeroso a las venganzas de Antonina, y todos sus compañeros, reos de iguales tropelías, se recelaron igual paradero. La zozobra del enemigo común atajó los ímpetus de la envidia y el descontento, pero con las alas de la victoria ya cercana, incitaron a un competidor poderoso para contrarrestar al conquistador de África y Roma. Encumbrado Narses repentinamente al mando de un ejército, desde el servicio palaciego como eunuco, y de la administración de rentas privadas, con su denuedo heroico que llegó a igualar el

mérito y la nombradía de Belisario, fue tan sólo conducente para enmarañar y entorpecer los pasos de la guerra goda. El bando descontento atribuyó a sus atinados dictámenes el rescate de Rímini, y exhortó a Narses para apropiarse un mando separado e independiente. Exigíale Justiniano en verdad su obediencia al generalísimo en su carta, pero la excepción aciaga de «en cuanto conduzca al servicio público» franqueaba ensanches al sagaz privado, que acababa de alejarse de la conversación *sagrada* y familiar de su soberano. En el desempeño de aquellas facultades mal deslindadas, siempre el eunuco discordaba del parecer de Belisario, y tras de avenirse con repugnancia al sitio de Urbino, desertó del ejército a deshora, y se encaminó a la conquista de la provincia Emiliana. Guerreaban con Narses las tropas bravías y formidables de los hérulos;[365] persuadió diez mil romanos y confederados para que siguieran sus pendones; todo díscolo asía la coyuntura de vengar sus agravios personales o imaginarios, y las demás fuerzas de Belisario andaban divididas y dispersas desde las guarniciones de Sicilia hasta las playas del Adriático.

Su tesón y su maestría superaron todos los tropiezos. Tomose Urbino; se emprendieron y adelantaron esforzadamente los sitios de Térula, Orvieto y Auximo, y por fin el eunuco Narses tuvo que acudir a sus quehaceres palaciegos. Atajáronse las desavenencias, y toda contraposición yació a las plantas del comedido general romano, a quien sus émulos tenían que tributar aprecio, y Belisario iba más y más encargando la advertencia provechosa de que las fuerzas del Estado debían aunarse en un solo cuerpo, y animarse por una alma. Mas lograron los godos un respiro con el vaivén de estas discordias; malogrose la estación aventajada; Milán quedó asolada y una inundación de francos vino a plagar las provincias

septentrionales de Italia.

Al idear Justiniano la conquista de Italia, envió embajadores a los reyes de los francos amonestándolos por el mancomún de su religión y alianza, para acompañarlo en su santa empresa contra los arrianos (538-539 d. C.). Los godos, por cuanto eran más urgentes sus apuros, acudieron a otra persuasiva más eficaz, y se empeñaron en vano, por medio de territorios y dinero, en conseguir la amistad, o por lo menos la neutralidad de nación tan liviana y alevosa.[366] Mas apenas las armas de Belisario y el alzamiento de los italianos habían quebrantado la monarquía goda, Teodeberto de Austrasia, el más guerrero y poderoso de los reyes merovingios, se avino a aliviar sus conflictos con un auxilio indirecto y oportuno. Diez mil borgoñones, sus nuevos súbditos, sin esperar la anuencia de su soberano, bajaron de los Alpes y se incorporaron con las tropas enviadas por Vitiges para castigar la rebeldía de Milán. Tras un sitio porfiado, tuvo la capital de Liguria que rendirse por hambre, sin que mediase más capitulación que la retirada a salvo de la guarnición romana. Dacio, el obispo católico que había arrebatado sus feligreses a la rebeldía[367] y al exterminio, allá huyó en pos del boato y los timbres de la corte bizantina;[368] mas el clero, quizás arriano, feneció al pie de sus mismos altares por los defensores del catolicismo. Se cuenta que murieron hasta trescientos mil varones;[369] cediéronse las hembras a los borgoñones con los mejores despojos, y las casas, o a lo menos las murallas de Milán, quedaron arrasadas. Desagraviáronse los godos en su trance postrero exterminando a una ciudad segunda a Roma en vecindario y opulencia, y en la extensión y brillantez de su caserío, y sólo Belisario se condolió de la suerte de sus entrañables y desamparados amigos. Engreído con este logro, la primavera inmediata, el mismo Teodeberto anegó las llanuras de

Italia con un ejército de cien mil bárbaros.[370] Cabalgaban, armados de lanzas, el rey y su propia comitiva; la infantería, sin arcos ni picas, se contentaba con broquel, espada y hacha doble, que en sus manos era un arma certera y mortal. Tembló Italia al asomo de los francos; y el príncipe godo y el general romano al par esperanzados o despavoridos, acudieron igualmente tras la amistad de aliados tan azarosos. Disimuló su intento el nieto de Clodoveo, hasta tener afianzado el tránsito del Po con el puente de Pavía, y entonces su declaración fue asaltar casi al mismo tiempo los campamentos contrapuestos de romanos y godos. Huyeron igual y atropelladamente en vez de juntar sus fuerzas, y las provincias pingües pero asoladas de la Liguria y Emilia quedaron patentes al desenfreno de una hueste bárbara, cuya saña no amainaba con pensamientos de conquista o permanencia. Cuéntase Génova, no de mármol todavía, entre las ciudades arruinadas, y parece que la mortandad de millares según el achaque de la guerra horrorizó menos que los sacrificios idólatras de mujeres y niños, que se verificaron bárbaramente en los reales de un rey cristianísimo. Si no mediase la verdad lastimera de que siempre los padecimientos recaen sobre la inocencia desvalida, se engreiría la historia con el desamparo de los conquistadores, que, en medio de sus riquezas, carecían de pan y de vino teniendo que beber las aguas del Po, y que comer la carne de ganados enfermizos. Arrebató la disentería un tercio de la hueste, y el afán de los súbditos que clamaban por tramontar los Alpes inclinó a Teodeberto para oír con acatamiento los exhortos comedidos de Belisario. Perpetuose en las monedas de la Galia la memoria de campaña tan desairada y asoladora, y Justiniano, sin desenvainar la espada, ostentó el dictado de vencedor de los francos. Lastimó la vanagloria del emperador el príncipe merovingio, quien aparentó condolerse

de la postración de los godos, y corroboró su ofrecimiento fementido de hermandad íntima con la promesa de apearse de los Alpes, acaudillando a quinientos mil hombres. Descomunales y quizás soñados eran sus planes de conquista amagando castigar a Justiniano, asomar a las puertas de Constantinopla,[371] cuando lo volcó y mató[372] un toro silvestre[373] en su cazadero de las selvas belgas o germanas.

Expedito ya Belisario de enemigos propios y extraños, dedicó todo su ahínco al allanamiento de Italia entera. En el sitio de Osimo iba a quedar traspasado de un flechazo, cuando uno de sus guardias atajó el golpe mortal; oficiosidad entrañable que lo privó del uso de su mano. Los godos de Osimo, hasta cuatro mil guerreros, con los de Térula y los Alpes Corianos, fueron de los últimos que sostuvieron su independencia, y su gallardísima defensa, al paso que extremaba el sufrimiento, se granjeó el aprecio del vencedor. No se avino su cordura a concederles el salvoconducto que pedían para incorporarse con sus hermanos en Rávena; pero rescataron con su capitulación decorosa, cuando menos, la mitad de sus riquezas, con la alternativa a su albedrío de retirarse pacíficamente a sus Estados, o servir al emperador en sus guerras de Persia. La muchedumbre que aún seguía las banderas de Vitiges sobrepasaba con mucho al número de la tropa romana; pero ni instancias, ni recelos, ni el sumo peligro de sus más leales súbditos pudieron impedir que el rey godo dejase las fortificaciones de Rávena. Eran éstas en verdad inexpugnables para el arte y la prepotencia, y al plantear su sitio Belisario luego se hizo cargo de que sólo el hambre alcanzaba a doblegar el tesón de los bárbaros. Mar, tierra y cauces del Po quedaron atajados con el sumo desvelo del general romano, y su moralidad daba a los derechos de la guerra el ensanche de envenenar las aguas[374] e incendiar sigilosamente los

graneros[375] de una ciudad sitiada.[376] Mientras estaba estrechando el bloqueo de Rávena, sobrecogiole la llegada de dos enviados de Constantinopla con un tratado de paz que acababa de firmar torpemente Justiniano, sin dignarse contar con el fraguador de su victoria. Por aquel convenio desairado e insubsistente, dividíanse Italia y el tesoro godo, quedándole las provincias allende el Po, con el dictado real, al sucesor de Teodorico. Esmeráronse los enviados en realizar su benéfico arreglo; el acorralado Vitiges aceptó de buena gana el inesperado brindis de una corona, el pundonor pudo menos con los godos que la urgencia y el afán de alimento, y los caudillos romanos murmuradores ya de la continuación de la guerra se rindieron absolutamente a las disposiciones del emperador. Si Belisario hubiera atesorado tan sólo el denuedo de un soldado, el desbarro de un dictamen apocado y envidioso le hubiera arrebatado los laureles de su mano; mas en aquel trance decisivo, se arrojó con la magnanimidad de un estadista a cargar con el peligro o el mérito de la desobediencia. Todos sus oficiales fueron extendiendo por escrito su parecer de que el sitio de Rávena era inasequible y en suma desahuciado, y entonces el general desechó el tratado de la partición y manifestó su resolución de llevar a Vitiges aherrojado a las plantas de Justiniano. Retiráronse los godos con zozobra y desaliento, pues aquella denegación terminante los defraudaba de la única firma fidedigna, y acabó de persuadirlas de que el perspicaz enemigo estaba enterado muy cabalmente de su conflicto. Fueron parangonando la nombradía y los aciertos de Belisario con la flaqueza de su mal aventurado monarca, y dimanó del cotejo un intento descompasado al cual tuvo que avenirse Vitiges con aparente conformidad. Toda partición era un quebranto de pujanza, y el destierro un desdoro para la nación, pero

brindaban con sus armas, tesoros, y fortaleza de Rávena, si Belisario se desentendía de su soberano, y admitía el nombramiento de los godos, revistiéndose, como merecía, del reino de Italia. Si el oropel de la diadema cohechase a un súbdito leal, su tino debía manifestarle la inconstancia de los bárbaros, y su ambición discreta había de anteponer la jerarquía sólida y relevante de un general romano. Hasta el sufrimiento y la complacencia estudiada con que alternó en un coloquio de alevosía podría dar salida a interpretaciones malvadas; pero engreíase el lugartemente de Justiniano con su entrañable pundonor; se engolfó por un sendero emboscado, para recabar de los godos un rendimiento voluntario, y su maestría llegó a convencerlos de que se avendría a sus anhelos, sin ofrecerse a formalizar un ajuste que interiormente estaba aborreciendo. Pactose el día de la rendición de Rávena con los mensajeros godos: se encamina una escuadra cargada de abastos, a fuer de huésped halagüeño, a las íntimas entradas de la bahía: ábrense las puertas al soñado rey de Italia, y Belisario, sin tropezar con ningún enemigo, fue entrando triunfalmente por las calles de una ciudad inexpugnable[377] (diciembre de 539 d. C.). Atónitos quedaron los romanos con tamaño logro; la muchedumbre de bárbaros membrudos y agigantados se confundió al presenciar su propio allanamiento; y las mujeres varoniles escupiendo al rostro de sus hijos y maridos prorrumpieron en amarguísimos denuestos contra los traidores de su señorío avasallándose a los enanillos del mediodía tan despreciables por su número como por su menguada estatura. Antes que los godos volvieran en sí de su primer asombro, y requiriesen el cumplimiento de sus mal seguras esperanzas, afianzó el vencedor su poderío en Rávena contra todo asomo de arrepentimiento y rebeldía. Vitiges, que tal vez intentó fugarse, estuvo honoríficamente custodiado en su

Palacio;[378] se tomó la flor de la juventud goda para el servicio del emperador, se franqueó a los restantes su regreso pacífico a las habitaciones propias por las provincias del mediodía, y se invitó a los italianos para acudir y formar una colonia en reemplazo del vecindario descaminado. Fueron los pueblos y las aldeas de Italia remedando en la sumisión a su capital aún sin asomar a sus confines los romanos; y los godos independientes que permanecían armados en Pavía y Verona se apresuraron por avasallarse a Belisario; pero su lealtad incontrastable tan sólo como sustituto de Justiniano pasó a juramentarlos, sin que se agraviara por la reconvención de sus diputados de querer ser más bien esclavo que rey.

Tras la segunda victoria de Belisario, siguió secreteando la envidia, Justiniano escuchando, y se llamó al adalid (540 d. C.y ss.). «Ya lo restante de la guerra goda no merecía su presencia, considerábase graciable el soberano por galardonar sus servicios, y acudir a su sabiduría, y sólo él alcanzaría a escudar el Oriente contra los ejércitos innumerables de la Persia». Enterose Belisario del recelo, se conformó con el pretexto, embarcó en Rávena despojos y trofeos, y demostró con su ejecutiva obediencia que su remoción tan disparada del gobierno de Italia era no menos injusta que podía ser desestimada. Recibió el emperador con agasajo honorífico tanto a Vitiges como a su más esclarecido compañero; y avenido el rey godo con la creencia atanasia, le cupo una grandísima hacienda en Asia; con la jerarquía de patricio y senador[379] todos los circunstantes contemplaban a su salvo el brío y la estatura de la juventud bárbara, la cual adorando el solio prometió derramar su sangre en servicio de su bienhechor. Depositó Justiniano en su palacio bizantino los tesoros de la monarquía goda, y se franqueaban a veces al Senado absorto y lisonjero mas se encubrían siempre a

la generalidad del vecindario; y el conquistador de Italia renunció sin murmullo, y quizás sin un lamento, al agasajo muy dignamente devengado de su segundo triunfo. Descollaba con efecto su gloria sobre todo género de boato, y el acatamiento y asombro de su patria, aun en época tan esclava, arrollaba las alabanzas palaciegas estudiadamente melindrosas, pues se mostraba colgado el pueblo entero al asomar Belisario por las calles o plazas de Constantinopla. Gallardo y majestuoso correspondía al concepto que infundía su heroísmo; graciable y cariñoso alternaba con los ínfimos ciudadanos, y la comitiva marcial que lo acompañaba lo iba dejando más accesible que en medio de una refriega. Servíanle siete mil jinetes, a cual más descollante en brillantez y denuedo mantenido a sus expensas. [380] Incontrastables al par en lid personal o en la vanguardia de una formación, aclamábanlos todos como los arrolladores de la hueste bárbara en el sitio de Roma. Reclutábanse más y más con los valentones y leales sobresalientes entre los enemigos, y sus cautivos ya venturosos competían, vándalos, moros y godos, en su afán con los secuaces más íntimos. Tan dadivoso como justiciero se ganó el cariño de sus soldados sin malquistarse con el paisanaje. Acudía con medicamentos y caudales a los dolientes y heridos, y mucho más eficazmente con las visitas risueñas y explayadoras del mismo caudillo. Repasaba enseguida el malogro de un arma o de un caballo, y el regalo honorífico de un collar o de un brazalete era el galardón de alguna proeza, realzado con el tino cabal de todo un Belisario. Los labradores disfrutando paz y abundancia a la sombra de sus banderas lo idolatraban. Las marchas de un ejército romano, en vez de perjudicarlos redundaban siempre en ventaja de las campiñas, y tan esmerada era la disciplina en los campamentos que ni se cogía una manzana en los árboles, ni asomaba un sendero por

las mieses. Era Belisario recatado y parco, pues ni en los ensanches de la vida militar se le vio jamás beodo, ni admitió beldad alguna vándala o goda, con que le brindaban como cautiva, volviendo la espalda a su embeleso y conservando lealtad inviolable a su consorte Antonina. El historiador que estuvo presenciando sus hazañas echó siempre de ver que en los trances mas críticos era valeroso sin temeridad, cuerdo sin zozobra, pausado o ejecutivo, según lo requerían los lances, que en los sumos conflictos descubría o aparentaba esperanzas, y que en la cumbre de su prosperidad seguía manifestándose candoroso y comedido. Con tantísimas prendas igualó o sobrepasó a los maestros antiguos del arte militar, y la victoria por mar y por tierra acompañó siempre sus armas. Sojuzgó África, Italia y su isla; aherrojó en cautiverio a los sucesores de Genserico y Teodorico, atesoró en Constantinopla las alhajas de sus palacios, y en el término de seis años recobró la mitad de las provincias del Imperio occidental. En mérito y nombradía, en haberes y poderío, descolló entre los súbditos romanos; tan sólo la envidia pudo abultar su grandiosa trascendencia, y podía el emperador engreírse de su atinado discernimiento en haber descifrado y engrandecido el numen de Belisario.

Costumbre fue de los triunfos romanos colocar en zaga de la carroza un esclavo para recordar al vencedor la inestabilidad de la suerte y los achaques de la naturaleza humana. Allanose Procopio en sus anécdotas a tan ruin y desabrido encargo. Podrá el lector pundonoroso arrojar lejos de sí el libelo, mas el testimonio de los hechos quedará estampado en su memoria, y tendrá que confesar a su despecho el tizne en la nombradía y las prendas de Belisario que le acarrearon las liviandades y desafueros de su mujer, y que se apellidó el héroe con un apodo de sonido indecoroso para la pluma de un historiador.

Era la madre de Antonina una ramera teatral,[381] y padre y abuelo profesaron en Tesalónica y Constantinopla el ejercicio deshonroso, aunque ganancioso, de carruajeros. En los redoblados vaivenes de la suerte fue ya compañera, ya enemiga, sirvienta y favorita de la emperatriz Teodora: amistolas el idéntico rumbo de sus deleites, anhelos y voluntariedades, desviáronse por celos en sus devaneos, pero luego las reconcilió la participación en su desenfreno. Tuvo Antonina, antes de su enlace con Belisario, un marido y un sinnúmero de amantes; Focio, hijo del primer desposorio, sobresalió ya de tierna mocedad en el sitio de Nápoles, y hallábase allá en el otoño de su edad y hermosura cuando se estrechó escandalosamente[382] con un mancebo Tracio. Habíase educado Teodosio en la herejía eunomia; realzose el viaje africano con el bautizo y el apellido propicio del primer soldado en el embarque y los padres espirituales[383] Belisario y Antonina prohijaron de todo punto al ahijado en su propia familia. Bastardeó antes de aportar en África el parentesco sagrado con intimidad sensual, y como luego Antonina traspasó los linderos del miramiento y el recato, sólo el general romano vivía ajeno de su propia deshonra. Sobrecogiolos en Cartago allá en una bodega solos, acalorados y casi desnudos. Ardían sus ojos en ira: «Con la ayuda de esta mano —prorrumpió Antonina sin inmutarse–, estaba aquí poniendo nuestras alhajas a buen recaudo para ocultarlas a Justiniano». Vistiose el mancebo, y el marido condescendiente se avino a descreer el testimonio de su propia vista. La oficiosidad de Macedonia apeó en Siracusa a Belisario de aquel halagüeño y tal vez voluntario embeleso, y la sirvienta, después de afianzarse bajo juramento, citó a dos camareras que habían igualmente presenciado los adulterios de Antonina. Con su fuga apresurada al Asia sorteó el amante la justicia del marido

agraviado, quien lo había mandado matar por uno de su guardia; pero los llantos de Antonina y sus halagos fementidos, desimpresionaron al crédulo héroe de su demasía, y se avillanó, contra su compromiso y concepto, hasta desamparar a los amigos indiscretos que habían osado manifestar o maliciar los descarríos de su mujer. La venganza de una mujer delincuente es de suyo implacable y sanguinaria; el ejecutor de sus atrocidades prendió sigilosamente en Macedonia a los dos testigos, les cortó la lengua, fue desmenuzando sus cuerpos, y arrojó los restos al mar de Siracusa. Un dicho atinado, pero temerario, de Constantino: «Antes castigara yo a la adúltera que al mancebo» encarnó hondamente en el ánimo de Antonina, y dos años después, cuando la desesperación disparó al infeliz contra su general, su dictamen homicida decidió y atropelló su ejecución. Ni aun perdonó la madre a las iras de Focio, pues el destierro del hijo fue labrando el regreso del amante; y Teodosio se allanó a las instancias encarecidas y sumisas del conquistador de Italia. Árbitro en la mayordomía de su casa y en comisiones grandiosas de paz y guerra,[384] el íntimo mancebo medró ejecutivamente hasta el haber de cuatrocientas mil libras esterlinas, y aun vuelto a Constantinopla siguió el desenfreno de Antonina con la misma violencia; pero zozobras, escrúpulos y tedio tal vez, formalizaron los pensamientos de Teodosio. Temeroso del escándalo ya tan sonado por la capital y de los ciegos ímpetus de la enamorada, se desenlazó de su intimidad y retirándose a Éfeso, se afeitó la cabeza y se refugió en el santuario de la vida monástica. Se disparó la nueva Ariadna con extremos tan sólo disculpables por la muerte del marido; lloró, se desgreñó y atronó el palacio con sus alaridos, pues «había malogrado el amigo más entrañable, más leal y más desalado», pero ni sus ruegos acalorados, robustecidos con las instancias de Belisario,

alcanzaron a desprender al santo monje de las soledades de Éfeso, y tan sólo al partir el general para la campaña de Persia se recabó de Teodosio su regreso a Constantinopla, y el breve plazo hasta la partida de la misma Antonina se dedicó todo, y sin rebozo, al cariño y al deleite.

Cabe en un filósofo el compadecer y perdonar los achaques de la naturaleza femenina que no le redundan en quebranto efectivo, mas se hace menospreciable todo marido que está viendo y tolerando su propia afrenta en la de una esposa. Siguió Antonina acosando a su hijo con saña implacable, y el gallardo Focio[385] estuvo padeciendo sus persecuciones recónditas aun en los reales allende el Tigris. Airado con tanta tropelía, y con la afrenta de su linaje, mudó por su parte todo afecto natural, y reveló a Belisario la bastardía de una mujer holladora de los vínculos de madre y de consorte. Asombrado y sañudo el general, estuvo demostrando su ingenua ceguedad, estrechó en sus brazos al hijo de Antonina y lo amonestó a tener más presentes sus obligaciones que su nacimiento, confirmando ante las aras sus protestas sacrosantas de venganza y defensa recíproca. La ausencia quebrantó el predominio de Antonina, y al presentarse a Belisario a la vuelta de Persia, la encarceló amenazándola de muerte. Focio, más acalorado y menos propenso al indulto, acudió a Éfeso, se enteró por un eunuco fiel de su madre de todas sus demasías; afianzó a Teodosio y sus tesoros en la iglesia de San Juan Apóstol, y ocultó sus cautivos, reservando su ejecución para una fortaleza arrinconada y segura de Sicilia. Era irremisible este desafuero tan violento, y la emperatriz se declaró por Antonina, cuya privanza nueva dimanaba de haberla servido en la deposición reciente de un prefecto, y el destierro y muerte de un papa. Llamose, al fin de la campaña, a Belisario, quien obedeció como siempre al

mandamiento imperial. Ni cupo en su ánimo rebeldía, ni a pesar del atropellamiento de su pundonor asomó un impulso de insubordinación en su pecho, y al abrazar a su esposa por disposición, y tal vez en presencia de la emperatriz, el marido afectuoso se mostró propenso a indultar y a quedar perdonado. La dignación de Teodora tenía reservada para su compañera otra fineza más aventajada: «He hallado —prorrumpió–, otra joya de imponderable valor; jamás la vieron ojos mortales, pero su vista y posesión corresponden a mi amiga del alma». Enardecida y desalada de curiosidad Antonina, se abre de repente la puerta de un aposento y mira a su amante descubierto y sacado de su prisión recóndita por la eficacia de los eunucos. Pasmada y muda al pronto, prorrumpe en exclamaciones disparadas de agradecimiento y regocijo, apellidando a Teodora su reina, su bienhechora y su glorioso amparo. Mimaron y engalanaron esmeradamente en palacio al monje de Éfeso, pero en vez de encargarse, como le ofrecieron, del mando de las huestes romanas, falleció Teodosio con los extremos de su primer encuentro amoroso, y el quebranto de Antonina tan sólo podía templarse con los padecimientos del hijo. Mozo de jerarquía consular y de complexión enfermiza, fue castigado sin sumaria, a manera de salteador o de esclavo, mas fue tal su tesón, que aguantó el tormento del látigo y el potro sin quebrantar la fe jurada a Belisario. Tras esta crueldad infructuosa, mientras la madre se estaba holgando con la emperatriz, quedó empozado en una mazmorra de perpetua noche. Huyó dos veces a los santuarios más venerables de Constantinopla Santa Sofía y la Virgen; mas tan empedernidos estaban sus tiranos para la piedad como para la religión, y en medio de los clamores del clero y el vecindario se lo arrastró de nuevo del altar a la mazmorra. Más venturosa fue la tercera tentativa, pues a los tres años el profeta

Zacarías, o algún amigo entrañable, aprontó los arbitrios para su fuga, burló los atalayas y guardas de la emperatriz, y tomó el hábito de monje; y muerto Justiniano, el abad Focio se dedicó a hermanar y arreglar las iglesias de Egipto. Padeció el hijo cuanto puede dañar un enemigo, pero el sufrido esposo cargó con el martirio más intenso, de quebrantar su promesa y desamparar a su amigo.

Salió Belisario de nuevo en la campaña inmediata para Persia; salvó Oriente, pero agravió a Teodora, y quizás al mismo emperador. Enfermó Justiniano y motivó la hablilla de su fallecimiento, y bajo el supuesto de aquel acontecimiento verosímil, se expresó con arranques de ciudadano y de guerrero. Su compañero Buzes, en carrera y en dictámenes, perdió su jerarquía, su libertad y su salud con las persecuciones de la emperatriz; pero el arrinconamiento de Belisario se suplía con el señorío de su índole y el influjo de su mujer, que anhelaba sojuzgar mas no destruir al partícipe de su engrandecimiento. Aun se cohonestó su remoción con la protesta de que el menoscabo padecido en Italia cifraba su restablecimiento únicamente en la presencia de su vencedor. Mas no bien asomó solo y desvalido, cuando se envió una comisión enemiga a Oriente, para embargar sus tesoros y acriminar sus pasos, repartiéronse sus guardias y veteranos que seguían su bandera particular, entre los demás caudillos del ejército, y hasta sus eunucos se desmandaron en términos de sortearse sus dependientes en campaña. Al atravesar con escasa y desaliñada comitiva las calles de Constantinopla, todo se volvía asombro y lástima en el vecindario. Recibiéronle Justiniano y Teodora con despegada ingratitud, la caterva palaciega con insolente menosprecio, y por la tarde se retiró con trémulos pasos a su palacio desierto. Encerrose en su estancia Antonina, por

indisposición efectiva o aparente, y se estuvo paseando con desdeñoso silencio por un pórtico inmediato, mientras Belisario se tendió sobre su lecho, con tártagos de amargura y pavor, esperando la muerte que había tantas veces arrostrado, bajo los muros de Roma. Ya muy anochecido, llega un mensajero de la emperatriz: abre con ansiosa congoja la carta portadora de su sentencia. «No podéis ignorar lo muchísimo que habéis merecido mi desagrado; agradezco los merecimientos de Antonina, y a ellos y a su intercesión os conservo la vida, con gran parte de esos tesoros que correspondían al Estado. Acreditad en lo venidero vuestro agradecimiento, no con palabras, sino con obras, como es muy debido.» No me cabe creer ni referir el embeleso con que se cuenta recibió el héroe tan afrentoso indulto. Postrose ante su mujer, besó los pies de su salvadera, y prometió compungidamente profesarse de por vida esclavo rendido y agradecidísimo de Antonina. Impusiéronle una multa de ciento veinte mil libras esterlinas, y con el cargo de conde y caballerizo mayor, aceptó el mando de la guerra de Italia. Al partir de Constantinopla, sus amigos y el público dieron por sentado que recobrando su libertad, renunciaría a todo disimulo, y que su mujer, Teodora, y quizás el mismo emperador, quedarían sacrificados al justísimo desagravio de un rebelde pundonoroso. Burló sus esperanzas, y el sufrimiento y la lealtad incontrastable de Belisario asoman allá como *inferiores* o *superiores* a la esencia del *Hombre*.[386]

LOS REINOS ROMANO-GERMÁNICOS DE OCCIDENTE

Nota bibliográfica

Desde el siglo XIX la conformación de los reinos romano-germánicos ha sido un tema de interés historiográfico. El proceso de construcción de un pasado nacional que comprendiese una historia, una lengua y un territorio común llevó a una revisión de las historias nacionales y se buscó definir los rasgos particulares de cada nación. En esta búsqueda, la identificación de los reinos romano-germánicos como núcleos originarios de las naciones fue un elemento central. La historia de Francia se articuló alrededor del reino franco y la de España, alrededor de los visigodos. Gran parte de la bibliografía sobre estos reinos se constituyó en la base de las historiografías nacionales europeas. Por otro lado, este período también ha sido revisado a la luz de la influencia tanto de la «escuela de Annales» como de los estudios marxistas que buscaron identificar los procesos de construcción del feudalismo.

Visión general del período: *P. Brunt (ed.)*, The Roman Economy: Studies in Ancient Economic and Administrative History, *Oxford, Basil Blackwell, 1974*. *A. Cameron*, Literature and Society in the Early Byzantine World, *Londres, 1985. A. Cameron*, Barbarians and Politics at the Court of Arcadius, *Berkeley, 1993. A. Cameron*, Changing Cultures in Early Byzantium, *Aldershot, 1996. A. Cameron*, Mediterranean World

in Late Antiquity A. D. 395-600, *Londres, 1993. A. Cameron y M. Whitby (ed.)*, The Cambridge Ancient History. Vol. XVI. Late Antiquity: Empire and Successors. A. D. 425-600, *Cambridge University Press, 2000. G. Fowden*, Empire to Commonwealth: Consequence of Monotheism in Late Antiquity, *Princeton, NJ, 1993. A. C. Johnson y L. C. West*, Byzantine Egypt: Economic Studies, *Princeton, 1949. W. E. Kaegi*, Byzantium and the Decline of Rome, *Princeton, 1968. W. E. Kaegi*, Byzantine Military Unrest 471-843, *Amsterdam, 1981. J. Lefort y C. Morrisson (ed.)*, Hommes et Richesses dans l'Empire Byzantin I, IV-VI siècles, *París, 1989. A. H. M. Jones*, The Later Roman Empire 284-602: A Social, Economic and Administrative Survey, *Norman, Oklahoma, 1964. D. Obolensky*, The Bizantine Commonwealth, *Londres, 1971. G. Ostrogorsky*, History of Byzantine State, *Oxford, 1956. C. R. Whittaker*, Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study, *Baltimore, 1994. G. Duby*, Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200). *Madrid, 1985. R. McKitterick*, La Alta Edad Media: Europa 400-1000. *Barcelona, Crítica, 2002*.

Las invasiones: *K. Hopkins*, Conquerors and Slaves, *Cambridge, 1978. E. A. Thompson*, A History of Attila and the Huns, *Oxford, 1948. E. A. Thompson*, Romans and Barbarians. The Decline of the Western Empire. *Madison, Wisconsin, 1982. L. Musset*, Las invasiones, oleadas germánicas, *Labor, Nueva Clío, Barcelona, l967. L. Musset*, Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana, *Labor, Nueva Clío, Barcelona, 1968*.

Los reinos germanos: Godos*: E. A. Thompson*, The Gods in Spain, *Oxford, 1969. H. Wolfran*, The History of Goths, *Berkeley, 1988*. Visigodos: *A. González Blanco (ed.)*, Los

visigodos, historia y civilización, *Murcia, 1986. R. González Ruiz, (ed.)*, Innovación y continuidad en la España visigoda, *Toledo, 1981. R. Collins*, Law, Culture and Regionalism in Early Medieval Spain 400-1000, *Aldershot, 1992. A. Ferreiro*, The Visigoths in Gaul and Spain A. D. 418-711: A Bibliography, *Leiden, 1988. L. A. García Moreno*, Historia de España visigoda, *Madrid, 1989*. Ostrogodos*: T. S. Burns*, The Ostrogoths: Kingship and Society, *Wiesbaden, 1980; T. S. Burns*, A History of the Ostrogoths, *Bloomington, 1984*. Francos: *E. James*, The Franks, *Oxford, 1988. E. James*, The Origins of France: From Clovis to the Capetians 5000-1000, *Londres, 1982. B. S. Bachrach*, Merovingian Military Organization 481-751, *Minneapolis, 1971. I. Wood*, The Merovingian Kingdoms 450-751, *Harlow, 1994*. Anglosajones: *S. Bassett*, The Origins of Anglo-Saxon Kingdoms, *Leicester, 1988. K. R. Dark*, Civitas to Kingdom: British Political Community 300-800, *Leicester, 1994*. Lombardos: *N. Christie*, The Lombards, *Oxford, 1995*. Vándalos*: F. M. Clover*, The Late Roman West and the Vandals, *Aldershot, 1993. D. Harrison*, The Early State and the Towns: Forms of Integration in Lombard Italy A. D. 568-774, *Lund, 1993*.

La transformación de Europa occidental: *P. S. Barnwell*, Emperor, Prefects and Kings: the Roman West, 395-565, *Londres,1992. J. B. Bury*, The Invasion of Europe by the Barbarians, *Londres, 1928. R. Collins*, Early Medival Europe, 300-1000, *Londres, 1991. W. Davies y P. Fouracre (eds.)* Property and Power in the Early Middle Ages, *Cambridge, 1995. G. Duby*, The Early Growth of the European Economy, *Londres, 1974. J. Goody*, The Development of the Family and marriage in Europe, *Cambridge, 1983, J. Goody*, The Oriental, the Ancient and the Primitive: Systems of Marriage and the

Family in the Pre-industrial Societies of Eurasia, *Cambridge,1990. W. Goffart*, Barbarians and Romans A. D. 418-584. The Techniques of Accommodation, *Princeton*, *NJ*, *1980. E. A. Thompson*, The Huns, *Oxford, 1996. P. Toubert*, Les Structures du Latium Médiéval, *2 vols., Roma*, *École Française de Rome, 1973. C. Wicham*, Early Medieval Italy. Central Power and Local Society 400-1000, *Londres, 1981*.

La transición al feudalismo: *P. Anderson*, Transiciones de la antigüedad al feudalismo, *Madrid, Siglo XXI*, *1984. R. Bonnassie*, From Slavery to Feudalism in South-Western Europe, *Cambridge, 1991*.

XLII

ESTADO DE LOS BÁRBAROS - ESTABLECIMIENTO DE LOS LOMBARDOS SOBRE EL DANUBIO - TRIBUS Y CORRERÍAS DE LOS ESLAVONES - ORIGEN, IMPERIO Y EMBAJADAS DE LOS TURCOS - HUIDA DE LOS AVARES - COSROES I, O NUSHIRVAN, REY DE PERSIA - SU PRÓSPERO REINADO Y GUERRAS CON LOS ROMANOS - LA GUERRA CÓLQUIDA O LÁTICA - LOS ETÍOPES

Nuestro concepto del mérito personal se deslinda por los alcances humanos. Se justiprecian los ímpetus del numen o del pundonor, así en la práctica como en la teoría, no tanto por su encumbramiento positivo como por la superioridad en su país y su época, pues la estatura que ni asoma apenas entre una ralea de gigantes descuella entre los pigmeos. Allá exhalaron sus vidas Leónidas y sus compañeros en Termópilas, pero la educación desde la niñez, la mocedad y aun la edad varonil había ido labrando y disponiendo aquel sacrificio memorable, y cada espartano aprobaba sin pasmo aquel desempeño que él mismo y sus ocho mil conciudadanos abrigaban en su pecho.[387] Podía el gran Pompeyo rotular sus trofeos con dos millones de enemigos arrollados y mil quinientas ciudades sojuzgadas, desde el lago Meotis al Mar Rojo;[388] pero la suerte de Roma iba allá guiando al vuelco sus águilas, aherrojaban a las naciones sus propias zozobras, y las legiones invencibles que estaba mandando eran producto de otras conquistas y de la disciplina de los siglos. Bajo este concepto debe justicieramente sobreponerse el alma de Belisario a los adalides de las repúblicas antiguas. Adoleció de los

achaques de su tiempo: sus prendas eran propias, como don ilustre de la naturaleza y de su tino; encumbrose sin maestro ni competidor, y lo desnivelaban en tanto grado las armas que vino a capitanear, que cifró toda preponderancia en el desatinado engreimiento de sus contrarios. A su impulso merecieron los súbditos de Justiniano repetidamente apellidarse romanos, pero los godos altaneros los apodaban griegos, pues los menospreciaban por desaguerridos, sonrojándose afectadamente de tener que lidiar por el reino de Italia con una estragada nación de comediantes, pantomimos y piratas.[389] El clima de Asia era muy diferente del de Europa para el espíritu militar; lujo, despotismo y superstición se atinaron para destroncar aquellos países populosos, y los monjes sobrepujaban en número y en costo a los soldados de Oriente. Las fuerzas disciplinadas del Imperio llegaron a ascender a seiscientos cuarenta y cinco mil hombres; redujéronse en tiempo de Justiniano a ciento cincuenta mil, y aun este número, crecido como aparece, tenía que clarearse desparramadamente por mar y tierra, en España e Italia, en África y Egipto, sobre las márgenes del Danubio, la costa del Euxino y la raya de Persia. Hambreaban por igual ciudadano y soldado, y a esto se le cohonestaba su desamparo, con el agravante perniciosísimo de la rapiña y la flojedad, pues le descaminaban y consumían sus pagos los agentes malvados que, sin riesgo ni pujanza, se prohíjan los productos de la guerra. La escasez pública y privada iba reclutando los ejércitos, pero en campaña, y más al frente del enemigo, menguaba siempre su número. Se suplía el denuedo nacional con la escasa fe y el servicio desconcertado de la barbarie asalariada. Yacía exánime el pundonor militar que suele sobrevivir a la virtud y a la independencia, y los generales ya sin número se esmeraban tan sólo en desairar y oscurecer a sus compañeros; y estaban

palpando diariamente, que si el mérito acarreaba celos, el desacierto y aun el delito solía merecer la blandura de un emperador graciable.[390] Centellean sobremanera en tal siglo los triunfos de Belisario y luego los de Narses, pero los opacan tanta lobreguez, afrenta y desventura. Mientras el lugarteniente de Justiniano estaba sojuzgando los reinos godos y vándalos, apocado, aunque ambicioso, el emperador[391] iba contraponiendo mutuamente las fuerzas de los bárbaros, enconaba sus desavenencias con lisonjas falsas, y brindaba con sus larguezas y sufrimiento a la repetición de más y más demasías.[392] Llegaron a manos del conquistador las llaves de Cartago, Roma y Rávena en el trance de estar los persas asolando Antioquía, y Justiniano temblando por su Constantinopla.

Hasta las victorias godas de Belisario redundaron en quebranto del Estado, puesto que arrasaron la valla importantísima del Danubio superior, tan desveladamente custodiada por Teodorico y su hija. Acudieron los godos a la defensa de Italia, desamparando Panonia y Nórico, que se hallaban en extremo florecientes; reclamaba el emperador de los romanos su soberanía, franqueando su posesión a la osadía del primer invasor. Poseían en la parte opuesta del Danubio las llanuras de la alta Hungría y los cetros de Transilvania, desde la muerte de Alela, tribus de gépidas que acataban las armas godas y menospreciaban, no tanto el oro de los romanos como el móvil de los subsidios anuales. Aposentáronse prontamente aquellos bárbaros en las fortificaciones vacantes del río; tremolaron sus banderas en los muros de Sirmio y Belgrado, y el desentono irónico de su descargo agravó su desacato a la majestad del Imperio.

«Tan dilatado es, oh César, vuestro señorío, tantísimas

vuestras ciudades, que os es fuerza andar a caza de naciones para dejarles en paz o en guerra vuestras posesiones inservibles. Los gépidos son vuestros aliados valerosos y leales, y si se anticipan a la formalidad de la dádiva, cuentan desde luego con vuestra dignación.» El desagravio que usó Justiniano disculpa aquel engreimiento, pues en vez de esforzar los derechos de todo un soberano para el resguardo de los súbditos, brindó el emprender a un pueblo extraño para internarse y posesionarse de las provincias romanas entre el Danubio y los Alpes, y atajó la ambición de los gépidos con la nombradía y potestad ya descollante de los lombardos.[393] Esta nación ya descarriada se fue dilatando en el siglo XIII por los mercaderes y negociantes, posteridad italiana de aquellos guerreros tan bravíos, pero el nombre primitivo de longobardos está significando la moda particular de sus larguísimas barbas. No es mi ánimo pararme a descreer o comprobar su origen escandinavo,[394] ni andar siguiendo las marchas y contramarchas de aquellos lombardos por desconocidas regiones, con aventuras portentosas. Desde el tiempo de Augusto y de Trajano ya empieza a rayar entre su lobreguez cierto destello histórico, y asoman por vez primera entre el Elba y el Odra. Aun más bozales que los germanos, se afanaban en propagar la creencia pavorosa de que sus cabezas eran como de perros, y que chupaban la sangre de cuantos enemigos vencían en la refriega. Acrecían su corto número adoptando a sus esclavos más esforzados, y solos, encajonados entre vecinos poderosos, defendían a todo trance su independencia. En las tormentas del norte, que arrollaron tantos nombres y naciones, navegó siempre por las olas el barquillo de los lombardos; fueron bajando sucesivamente al sur del Danubio, y tras cuatro siglos reaparecen con su antiguo denuedo y nombradía. En nada amainaba su ferocidad, pues

asesinaron a un huésped regio en presencia y por mandato de la hija del rey, airada por ciertas expresiones insultantes, y por la pequeñez del novio, y el hermano rey de los hérulos cargó un tributo a los lombardos en pago de la sangre derramada. Sobrevino con la adversidad algún comedimiento justiciero, y aquellas ínfulas de soberanía quedaron escarmentadas con la derrota absoluta y la dispersión irreparable de los hérulos que moraban en las provincias meridionales de Polonia.[395] Victoriosos los lombardos se hicieron acreedores al aprecio del Imperio, y pasaron a instancias de Justiniano el Danubio, para avasallar al tenor de su tratado las ciudades de Nórico y las fortalezas de Panonia. Mas a impulsos de su codicia arrollaron luego aquellos linderos anchurosos, explayáronse por las costas del Adriático hasta Durazzo, y se propasaban con cerril familiaridad, hasta internarse por los pueblos y viviendas de sus aliados romanos, apresando a los cautivos que se habían salvado de sus manos desaforadas. Estas demasías de hostilidad, arranques según suponían de algunos aventureros desmandados, quedaban desautorizadas por la nación y disculpadas por el emperador, mas se formalizó una contienda de treinta años con las armas lombardas, que concluyó en el exterminio total de los gépidos. Solían las naciones contrapuestas acudir a litigar ante el solio de Constantinopla, y el taimado Justiniano que odiaba casi por igual a los bárbaros pronunció una sentencia parcial y enmarañada, dilatando mañosamente la guerra con pausados e inservibles auxilios. Formidable sería aquel poderío, puesto que los mismos lombardos que salían a campaña con largos millares de soldados iban aun, como más endebles, en pos del arrimo de los romanos. Denodados eran de suyo, mas es la valentía tan deleznable, que ambos ejércitos quedaron igual y repentinamente despavoridos, y huyendo uno de otro los reyes

competidores vinieron a quedar solos con sus guardias en medio de una llanura desierta. Medió una breve tregua, mas reenconáronse de nuevo, y el recuerdo de su mengua hizo el primer encuentro más sangriento y desesperado. Hasta cuarenta mil bárbaros fenecieron en la refriega decisiva, volcó la potestad de los gépidos, trasladó las zozobras y anhelos de Justiniano, y sacó a luz al descollante Alboin, el príncipe mozo de los lombardos, y conquistador venidero de Italia.[396]

La gente montaraz que residía o vagaba por las llanuras de Rusia, Lituania y Polonia puede abarcarse, en tiempo de Justiniano, bajo las dos grandísimas raleas de búlgaros[397] y eslavones. Según los autores griegos, los primeros, entre el Euxino y el lago Meotis, descendían o tomaban su nombre de los hunos, y es muy excusado el repetir aquí el cuadro ya consabido de las costumbres tártaras. Eran flecheros arrojados y duchos, se alimentaban con la leche y la carne de sus veloces e incansables caballos, cuyas manadas o rebaños seguían o más bien señalaban los campamentos mudables, y para cuyas algaradas no había país lejano e inasequible, amaestrados en la fuga, y sin asomo de zozobra. Dividíase la nación en dos tribus poderosas y enemigas que se estaban acosando con el encono del parentesco. Competían denodamente por la amistad, o más bien por las dádivas del emperador, y el deslinde que estampó naturaleza entre el perro leal y el lobo robador salió de boca de un embajador que tan sólo traía instrucciones verbales de su príncipe idiota.[398] Los búlgaros de todas raleas se cebaban igualmente con las riquezas romanas; apellidábanse así confusamente para descollar sobre los eslavones, y sus carreras arrebatadas tan sólo hacían alto en el mar Báltico, y a los asomos del hielo y el desamparo del norte. Mas la propia casta de eslavones se posesionó al parecer por todos los siglos de los

mismos países. Sus crecidas tribus, aunque lejanas y encontradas, usaban el mismo idioma (bronco y desconcertado) y se daban a conocer por la semejanza de su estampa, que se desviaba del atezado tártaro, y se acercaba a la gallarda estatura y tersa tez del germano, sin alcanzarla. Hasta cuatro mil seiscientas aldeas[399] asomaban allá desparramadas por las provincias de Rusia y Polonia, fabricando arrebatadamente sus chozas de madera tosquísima, por carecer de piedra y de hierro. Emboscados en lo más recóndito de sus selvas, por las orillas de ríos y pantanos, no les cabe sin adularlos el parangón de los castores arquitectos, asemejándose tan sólo en las dos entradas de agua y tierra, para ponerse a buen recaudo el irracional semihombre, que vivía menos asediado, expedito y sociable que el cuadrúpedo portentoso. La fertilidad del terreno, y no el afán de los brazos, proporcionaba cierta abundancia a los eslavones. Eran crecidos sus rebaños lanares y vacunos, y las campiñas que sembraban de mijo[400] les proporcionaban, en vez de pan, sustento más tosco y menos nutritivo. Tenían que enterrar sus bienes por el salteamiento incesante de sus vecinos, pero al asomar un huésped se le brindaba por gentes de suyo e inesperadamente recatadas, sufridas y agasajadoras. Adoraban por numen supremo a un árbitro invisible del trueno, y luego obsequiaban también a los ríos y las ninfas, celebrando el culto popular con votos y sacrificios. Desentendíanse los eslavones de todo déspota, príncipe o magistrado, pues carecían de alcances y se disparaban con ímpetus excesivos para formalizar un sistema de leyes desiguales y de resguardo general. Guardaban algún miramiento voluntario con la edad y el denuedo, pero cada tribu o aldea vivía allá como república separada, y había que recabar la avenencia donde no mediaba el predominio. Peleaban a pie y casi desnudos, sin más arma defensiva que un broquel

descomunal; eran las ofensivas un arco, una aljaba con flechillas envenenadas y una cuerda larga que arrojaban diestramente desde lejos, y ensogaban al enemigo con un lazo corredizo. En campaña la infantería eslavona arredraba por su agilidad, su diligencia y su aguante: nadaban, buceaban, y permanecían debajo del agua alentando por el hueco de una caña, y solía ser un río o un lago el sitio de una emboscada. Mas con estas proezas guerrilleras, desconocían los eslavones el arte militar, y así ni sonaba su nombre, ni resplandecían sus conquistas.[401] He ido escasamente bosquejando en general a los eslavones y búlgaros, sin empeñarme en deslindar sus respectivos límites, que ni aun discernían ni respetaban los bárbaros mismos. Abultaban más al paso que se iban acercando al Imperio, ocupando las llanuras de Moldavia y Valaquia los antes,[402] tribu eslavona que sonaba, en los dictados de Justiniano, bajo el concepto de conquista.[403] Levantó contra ellos las fortificaciones del bajo Danubio, y se afanó en ajustar alianza con un pueblo establecido en el rumbo directo de las inundaciones septentrionales; en un intermedio de doscientas millas [321,86 km] entre las serranías de Transilvania y el Ponto Euxino. Mas no cabía en los antes ni poderío ni voluntad para atajar aquel raudal disparado, y los eslavones armados tan a la ligera, con su centenar de tribus, iban siguiendo casi con velocidad igual las huellas de la caballería búlgara. Con el pago de una pequeña pieza de oro por cabeza, se afianzaban desahogadamente la retirada por el país de los gépidos que estaban mandando en el tránsito del alto Danubio.[404] Esperanzas o zozobras de los bárbaros, su concordia o desavenencia, el acaso de un río helado o vadeable, la perspectiva de mies o vendimia, la prosperidad o el menoscabo de los romanos, eran las causas acarreadoras de visitas uniformes

y anualmente repetidas,[405] cansadísimas para la historia y arruinadoras en sus resultados. Por el mismo año, y quizás el idéntico mes de la rendición de Rávena, viene a sonar una invasión de los hunos o búlgaros tan en extremo pavorosa que casi borró de la memoria sus embestidas anteriores. Fuéronse derramando desde los arrabales de Constantinopla al golfo Jónico, arruinaron treinta y dos ciudades o castillos, arrasaron Potidea, fundada por Atenas y sitiada por Filipo y pasaron el Danubio arrastrando por las pezuñas de sus caballos ciento veinte mil súbditos de Justiniano. En el avance siguiente arrollaron la valla del Quersoneso tracio, exterminaron viviendas y moradores, y atravesaron denodadamente el Helesponto, y se reincorporaron con sus compañeros cargados de los despojos del Asia. Otra porción, conceptuada de muchedumbre por los romanos, se internó sin tropiezo por el estrecho de Termópilas hasta el istmo de Corinto, y el postrer exterminio de Grecia, cual si fuera objeto baladí, no asoma entre los pormenores de la historia. Cuantas obras fue levantando el emperador para el resguardo, y a expensas de los súbditos, sólo condujeron para poner de manifiesto la flaqueza de algún punto desatendido, y las murallas que la lisonja graduó de inexpugnables yacieron desiertas por las guarniciones, o escaladas por los bárbaros. Tres mil eslavones con la audacia de dividirse en dos algaradas, dejaron al descubierto la endeblez y el desamparo de un reinado triunfante. Atravesaron el Danubio y el Hebrus, vencieron a los generales romanos que intentaron atajarlos, y saquearon a su salvo las ciudades del Iliria y de Tracia, cada una de las cuales poseía armas y fuerzas para hollar a tan despreciables salteadores. Por más elogios que merezca el denuedo de los eslavones, lo mancillaron con la crueldad antojadiza y premeditada que se cuenta usaban con sus prisioneros. Sin distinción de jerarquía,

edad o sexo los empalaban o desollaban vivos, los colgaban entre cuatro postes, los machucaban con sus mazos hasta que expirasen, o encerrados en edificios espaciosos los abrasaban con los despojos o ganados que podían entorpecer la marcha de vencedores tan bravíos.[406] Quizás relaciones más imparciales apocarían el número y desentrañarían los móviles de actos tan horrorosos, y tal vez podrían disculparse con las leyes inhumanas de represalias. En el sitio de Topiro,[407] cuya porfiada defensa había enconado a los eslavones, mataron hasta quince mil varones, perdonando a mujeres y niños; reservaban los cautivos de cuenta para el trabajo o el rescate; no era violencia la servidumbre, y los términos del dueño prontos y moderados. Pero así el súbdito como el historiador de Justiniano prorrumpía con fundada ira en quejas y cargos, afirmando Procopio sin rebozo que en un reinado de treinta y dos años, cada invasión anual de los bárbaros exterminó doscientos mil habitantes del Imperio Romano. La población total de la Turquía europea, que viene a equivaler a las provincias de Justiniano, quizás no alcanzaría a suministrar los seis millones de individuos que resultan de este cómputo increíble.[408]

En medio de estas fatalidades mal averiguadas, padeció Europa el embate de una novedad que dio por la primera vez al mundo el nombre y la nación de los turios (545 d. C. y ss.). Al par de Rómulo, el fundador de aquel pueblo guerrero mamó de una loba, y vino luego a encabezar una crecidísima alcurnia, y al tremolar aquel viviente en las banderas turcas, conserva la memoria, o más bien rodeó el pensamiento de una fábula soñada sin mucho arte, por los pastores del Lacio y los pastores de Escitia. A igual distancia de dos mil millas [3218,6 km] del mar Caspio, el Glacial, el de China y de Bengala, descuellan

cumbres que son el centro y quizás lo más eminente del Asia, que en el idioma de diversas naciones se apellidó Imaus y Caf[409] y Altai, las Montañas de oro y el Ceñidor de la tierra. Producían sus faldas minerales, y las fraguas de hierro[410] para pertrechos de guerra se manejaban por los turcos, ínfimos esclavos del gran Khan de los yengenes. Mas no podía durar su servidumbre sino hasta que descollase un caudillo denodado y elocuente para imbuir a sus paisanos en que las mismas armas que estaban fraguando para sus dueños pudieran en sus manos venir a ser instrumentos de independencia y de victoria. Se apean de sus riscos;[411] un cetro es el galardón de su dictamen, y la ceremonia anual en que se calentaba en el juego una barra de hierro y empuñaban por su orden el príncipe y los nobles un martillo de herrero, recordando por siglos la profesión rastrera y el engreimiento sensato de la nación turca. Bertezena, el primer caudillo, sobresalió con el denuedo propio y el de los suyos en refriegas aventajadas con las tribus vecinas; mas ensoberbecido hasta el punto de pedir en desposorio la hija del gran Khan, quedó desechada, como desacato, la petición de un esclavo y un artesano con sumo menosprecio. Quedó arrollado el desaire por el enlace esclarecido con una princesa de China, y la batalla decisiva que casi exterminó la nación de los yengenes estableció en Tartaria el Imperio nuevo y más poderoso de los turcos. Reinaban en el norte, pero estaban intentando conquistar para su religión la montaña de sus padres. Por maravilla perdían sus reales de vista la cumbre de Altai, de donde se descuelga el río Irish para regar las pingües praderías de los calmucos,[412] que crían el ganado lanar y vacuno más grandioso del orbe. Pingüe suelo y clima apacible, sin asomo de terremotos ni epidemias, el solio del emperador vuelto al Oriente, un cerco de oro en el bote de una pica estaba al parecer guardando la entrada de su

tienda. Cebose uno de los sucesores de Bertezeno con el lujo y la superstición de la China; pero la sabiduría llana de un consejero bárbaro aventó sus proyectos de edificar ciudades y templos. «Los turcos —dijo–, no llegan a la centésima parte de los habitantes de la China. Si contrarrestamos su poderío y sorteamos sus ejércitos es porque vagamos sin vivienda fija, guerreando y cazando. ¿Somos fuertes? Avanzamos y conquistamos. ¿Somos débiles? Nos retiramos y nos escondemos. Encerrados los turcos en el recinto de ciudades, en perdiendo una batalla, feneció su Imperio. Los bonzos están predicando siempre sufrimiento, humildad y desapropio del mundo. Ésa no es, oh rey, la religión de los héroes». Aviniéronse con menos repugnancia a la doctrina de Zoroastro, pero el globo de la nación se atuvo, sin averiguaciones, a las opiniones, o más bien a la práctica, de sus antepasados. Reservábanse los cultos del sacrificio para la deidad suprema, reconociendo en toscos himnos sus obligaciones al aire, al fuego, al agua y la tierra; y sus sacerdotes ganaban algún tanto con el arte de la adivinación. Eran sus leyes verbales pero rigurosas y equitativas, castigábase el robo con el diez tantos de la prenda; el adulterio, la traición, y el homicidio con pena de muerte, y no hallaban severidad suficiente para el delito rarísimo e insoldable de la cobardía. Las naciones avasalladas tenían que marchar bajo la bandera turca, y así su caballería, tanto por jinetes como por los animales, se abultaba engreídamente hasta millones: una de sus huestes ascendía efectivamente a cuatrocientos mil soldados, y en menos de cincuenta años se relacionaron en paz y en guerra con los romanos, los persas y los chinos. En sus linderos septentrionales asoman algunos rastros de la forma y situación de Kamchatka, de un pueblo cazador y pescador, cuyos trineos corrían tirados por perros, y cuyas viviendas eran subterráneas.

Ignoraban los turcos la astronomía, pero la observación hecha por algún sabio chino con un gnomon de ocho pies [2,43 m] deslinda sus reales a la latitud de cuarenta y nueve grados, y señala su mayor avance no ya en tres, sino por lo menos, a los diez grados del círculo polar.[413] Entre sus conquistas posteriores, la más descollante fue la de los neftalitas o hunos blancos, pueblo culto y guerrero, que mandaba en las ciudades comerciantes de Bocara y Samarcand, que había vencido al monarca persa, y tremoló sus banderas victoriosas por las orillas y quizás hasta el desembocadero del Indo. Por el Occidente, se asomó la caballería turca al lago Meotis, y lo pasó luego sobre el hielo. El Khan, desde su morada en la falda del monte Altai, dispuso el sitio del Bósforo,[414] ciudad voluntariamente sujeta a Roma, y cuyos príncipes habían sido amigos de Atenas.[415] Por el Oriente solían los turcos invadir la China, en quebrantándose la pujanza del gobierno, y aun allá en la historia de aquel tiempo se lee que iban guadañando a sus enemigos sufridísimos, a manera de cáñamo o heno, y los mandarines decantaron la sabiduría de un emperador que rechazó a tales bárbaros con lanzas de oro. Los ámbitos de aquel imperio bravío llevaron al monarca turco a establecer tres príncipes subordinados de su propia sangre, que trascordaron luego su agradecimiento y vasallaje. Destroncó a los conquistadores el lujo siempre estragador, menos en un pueblo industrioso; estimuló la política de la China a las naciones avasalladas para que recobrasen su independencia, y el poderío de los turcos quedó ceñido al plazo de doscientos años; pues su renacimiento y señorío por los países meridionales del Asia corresponde a otros acontecimientos posteriores, y las dinastías que fueron sobreviniendo allá en sus reinos primitivos pueden yacer en el olvido, puesto que su historia no se roza con el menoscabo y el

vuelco del Imperio Romano.[416]

Los turcos en el vuelo de sus conquistas arrollaron la nación de los ogores o varconitas sobre las orillas del río Til, que se apellidaba negro por su raudal oscuro y sus lóbregas selvas.[417] Feneció el Khan de los ogores con trescientos mil súbditos, quedando sus cadáveres desparramados por espacio de cuatro jornadas; los moradores restantes reconocieron la pujanza y la compasión de los turcos, y tan sólo una porción corta, como de veinte mil guerreros, antepuso el destierro a la servidumbre. Fueron siguiendo el camino trillado del Volga, abrigaron el yerro de las naciones que los equivocaban con los avares, y anduvieron aterrando con aquel dictado falso pero decantado, que sin embargo no había eximido a los legítimos dueños del yugo de los turcos.[418] Los nuevos avares, tras dilatada y victoriosa marcha, llegaron a las faldas del Cáucaso, en el país de los alanos y circasianos,[419] donde vinieron luego a enterarse de la brillante flaqueza del Imperio Romano. Instaron rendidamente a su confederado, el príncipe de los alanos, que los guiase hacia aquel manantial de riquezas, y su embajador, con la anuencia del gobernador de Lática, pasó por el Ponto Euxino a Constantinopla. Acudió el vecindario entero a curiosear despavoridamente la traza de un pueblo extraño. Sus largas cabelleras, trenzadas y encintadas sobre la espalda, les agraciaban la cabeza, pero iban en el traje al remedo de los hunos. Llegados a la audiencia de Justiniano (558 d. C.), su principal embajador, Candish, se encaró al emperador con las siguientes razones: «Estáis viendo aquí, príncipe poderoso, a los representantes de la nación más pujante y populosa de los invictos e incontrastables avares. Nos alistaremos gustosos en vuestro servicio, como capaces de vencer y anonadar a cuantos enemigos os están ahora desasosegando. Mas contamos, en pago

de nuestra alianza y como galardón de nuestra valentía, con dádivas cuantiosas, subsidios anuales y posesiones pingües». Contaba por entonces Justiniano más de treinta años de reinado y setenta y cinco de edad; yacía quebrantado de cuerpo y ánimo, y conquistada ya África e Italia, desatendiendo los intereses trascendentales de su pueblo, sólo trataba de acabar sus días en el regazo de una paz desairada. Esmerose estudiadamente en manifestar al Senado su determinación de disimular el desacato y ganar la amistad de los avares, y el Senado entero, al par de los mandarines de la China, aclamó la previsión y la sabiduría sin par de su soberano. Dispusiéronse al punto prendas galanas para embelesar a los bárbaros, ropajes de seda, lechos mullidos y esplendorosos, y cadenas y collares engarzados en oro. Retiráronse los embajadores muy pagados con el espléndido agasajo, y Valentino, de la guardia del emperador, pasó con la misma categoría a su campamento en las faldas del Cáucaso. Como su exterminio o su preponderancia podían igualmente redundar en logro del Imperio, recabó de ellos que embistiesen a los enemigos de Roma, y con dones y promesas se avinieron pronto a cebar su propensión genial. Aquellos fugitivos de las armas turcas atravesaron el Tanais y el Boristenes, se adelantaron denodadamente al corazón de Germania y Polonia, atropellando leyes y naciones y desmandándose con la victoria. En menos de diez años sentaron sus reales sobre el Danubio y el Elba; borráronse de la tierra muchos nombres búlgaros y eslavones, y las tribus restantes asoman allá como tributarias y vasallas acatando las banderas de los avares. El Chagan, título que recibía su rey, aparentaba seguir siempre galanteando al emperador, y aun Justiniano trató de plantearlos en Panonia, para contrapesar el poderío ya preponderante de los lombardos. Pero el pundonor, o la alevosía, de un avar sacó a luz el encono

recóndito y los intentos ambiciosos de sus paisanos, y se quejaron a voces de la política apocada y celosa de estar deteniendo a sus embajadores, negándoles las armas, cuya compra se les había franqueado en la capital del Imperio.[420]

La variación aparente en el ánimo del emperador podría tal vez achacarse a la embajada que le llegó de los vencedores de los avares[421] (565-582 d. C.). La distancia inmensa que burló sus armas no alcanzó a desarraigar su encono. Los embajadores turcos fueron siguiendo las huellas de los vencidos al Jaik, al Volga, al monte Cáucaso, al Ponto Euxino y a Constantinopla, y por fin se presentaron al sucesor de Constantino, para amonestarle que no se hermanase con sus rebeldes fugitivos. Tuvo también su cabida el comercio en aquella negociación importante, y los sogdoitas, a la sazón tributarios de los turcos, aprovecharon la coyuntura ventajosa para abrir por el norte del Caspio un nuevo rumbo, por donde traer las sedas de China al Imperio Romano. Los persas, anteponiendo la navegación de Ceilán, habían atajado las caravanas de Bujara y Samarcanda, cuyas sedas quemaron con menosprecio; fallecieron algunos embajadores turcos en Persia, con sospechas de veneno, y el gran Khan se avino a que su vasallo leal Maniaco, príncipe de los sogdoitas, propusiera a la corte bizantina un tratado de alianza contra sus enemigos comunes. Descollaron en gran manera Maniaco y sus compañeros sobre los bárbaros montaraces del norte, por su aparato esplendoroso y riquísimos presentes, producto del lujo oriental; sus cartas en letra y lengua escita mostraban a un pueblo asomado a los arcanos de la ciencia;[422] fueron relatando las conquistas y brindando con la amistad y el auxilio de los turcos, comprobando su veracidad con tremendas imprecaciones, si acaso se les tachaba de falsos, sobre sus propias cabezas y la de Dizabal, su dueño. Agasajó el

príncipe griego con sumo obsequio a los embajadores de un monarca lejano y poderoso: la vista de los gusanos de seda y de los telares desesperanzó a los sogdoitas; el emperador se retrajo, o lo aparentó, de los avares fugitivos, aceptando la alianza de los turcos, y un encargado romano pasó a la falda del monte Altai con la ratificación del tratado. Este enlace de las dos naciones siguió bajo los sucesores de Justiniano con relaciones frecuentes y entrañables; los vasallos predilectos gozaron el ensanche de remedar a su Khan, y ciento seis turcos que con varios motivos acudieron a Constantinopla, se marcharon a su país. No se expresa la duración del viaje ni la distancia de la corte bizantina al monte Altai, pues se hacía muy arduo el ir demarcando el camino por los yermos desconocidos, serranías, ríos y pantanos de Tartaria; mas se conserva un pormenor curioso del recibimiento de los embajadores romanos en el campamento real. Después de purificados con incienso y llamaradas, según el ritual que todavía se practica por los descendientes de Gengis, se los introdujo a la presencia de Dizabul. Hallaron en un valle de la Montaña Dorada, al gran Khan sentado en su tienda sobre una silla de ruedas, a la cual, según las ocurrencias, se podía enganchar un caballo. Entregados los regalos a sus correspondientes empleados, fueron exponiendo en un razonamiento florido los anhelos del emperador romano, para que la victoria fuese siempre acompañando a las armas de los turcos, que su reinado prosperase dilatadamente, y que una alianza íntima, sin envidia ni engaño, se mantuviese por siempre entre las dos naciones más poderosas de la tierra. Correspondió la contestación de Dizabul a tan finas protestas, y sentó a los embajadores a su lado en un banquete que vino a durar casi todo el día; estaba la tienda engalanada con colgaduras de seda, y sirvieron a la mesa un licor tártaro que era, cuando menos, tan

embriagador como el vino. Sobrepujó todavía en suntuosidad el festín del día siguiente: las colgaduras de seda estaban bordadas en realce con varias figuras, y la silla real, las copas y las vasijas eran de oro. Sostenían columnas de madera sobredorada el tercer pabellón; asomaba un lecho de oro puro y macizo sobre cuatro pavos reales del mismo metal, y a la entrada de la tienda, platos, palanganas y estatuas de plata maciza, primorosamente labradas, estaban ostentosamente hacinadas en carruajes, como testimonios de valor más bien que de ingenio. Al acaudillar Dizabul sus huestes contra las fronteras de Persia, sus aliados romanos fueron siguiendo por muchos días las marchas del campamento turco, ni se les despidió hasta que disfrutaron su precedencia sobre el enviado del gran rey, cuyo recio y descompasado alboroto interrumpió el silencio del banquete regio. El poderío y la ambición de Cosroes robustecieron la concordia de turcos y romanos, que encajonaban sus dominios, mas aquellas dos naciones tan desviadas se atenían a sus respectivos intereses desentendiéndose de juramentos y tratados. Al estar el sucesor de Dizabul celebrando las exequias de su padre, cupo a los embajadores de Tiberio el cumplimentarle, proponiéndole una invasión en Persia, y sosteniendo con entereza las reconvenciones coléricas y tal vez fundadas de aquel bárbaro altanero. «Aquí estáis viendo mis diez dedos —dijo el gran Khan, arrimándoselos a la boca–, pues vosotros, romanos, soléis hablar con otras tantas lenguas, y todas engañosas y perjuras. Habláis en unos términos conmigo y en otros con mis súbditos, y así las naciones van quedando burladas con vuestra alevosa elocuencia. Allá estáis disparando vuestros aliados a la guerra y al peligro, y disfrutando sus afanes, desatendéis a vuestros bienhechores. Volveos, cuanto antes, participad a vuestro señor, que un turco es incapaz de hablar y de perdonar

falsedades, y que luego le cabrá el castigo que le corresponde. Mientras está galanteando mi amistad con expresiones lisonjeras y huecas, se avillana en una confederación con mis fugitivos varconitas. Si me allano a marchar contra esclavos tan baladíes, temblarán al chasquido de nuestros látigos, quedarán hollados como un hormiguero bajo los pies de mi caballería innumerable. Estoy sabedor del camino que han seguido para invadir vuestro imperio, ni me alucina el alegato de que el monte Cáucaso es la valla inexpugnable de los romanos. Sé la carrera del Niester, del Danubio y del Hebrus; las naciones más guerreras rinden parias a las armas de los turcos, y desde Oriente al Ocaso, la tierra es herencia mía». En medio de tanto amago, enterados mutuamente de sus respectivas ventajas, renovaron turcos y romanos su alianza, pero allá el orgullo del gran Khan descolló sobre el encono, y al participar una conquista importante a su amigo el emperador Mauricio, se apellidaba dueño de siete alcurnias, y señor de los siete climas del orbe.[423]

Se solían suscitar contiendas en los reinos del Asia sobre el dictado de rey del mundo, mientras el mismo empeño estaba demostrando que a ninguno de los contendientes pertenecía. El reino de los turcos lindaba con el Oxo y el Jihon, y el *Turan* quedaba separado por aquel gran río de la monarquía competidora de *Irán* o Persia, que con menos ámbitos lograba mayor población y poderío. Los persas, que alternativamente embestían y rechazaban a turcos y romanos, seguían aun avasallados por la alcurnia de Sasán, que subió al trono tres siglos antes del advenimiento de Justiniano. Su contemporáneo Cabades, o Kobad, había arrollado al emperador Anastasio, pero el reinado de aquel príncipe adoleció de turbulencias civiles y religiosas. Preso en manos de los súbditos, desterrado entre los enemigos de Persia, recobró su libertad atropellando el

pundonor de su esposa, y recobró su reino con el auxilio azaroso y asalariado de los bárbaros matadores de su padre. Maliciaban sus nobles que Kobad nunca indultaría a quienes lo expulsaron ni a quienes lo restablecieron. El fanatismo de Magdak,[424] que establecía la comunidad de las mujeres[425] y la igualdad del linaje humano, iba embaucando y enardeciendo al pueblo, al paso que apropiaba las campiñas más pingües y las hembras más lindas al uso de sus secuaces. Al presenciar los trastornos acarreados por su ejemplo y sus leyes,[426] se acongojó el monarca en su edad caduca; acibarando sus zozobras con el afán de invertir el orden natural y corriente de sucesión, por favorecer a su predilecto hijo tercero, tan afamado luego bajo los nombres de Cosroes o Nushirvan. Para hacer más esclarecida su mocedad a la faz de las naciones, se mostró Kobad ansioso de que el emperador Justiniano lo prohijase: la corte bizantina, esperanzada de la paz, propendía a la propuesta, y Cosroes pudo granjearse un llamamiento decoroso para la herencia de su padre romano. Mas zanjó aquel descarrío venidero el cuestor Proclo: se atravesó la dificultad de si la adopción debía formalizarse civil o militarmente;[427] desbaratose atropelladamente el tratado, y este desdoro encarnó hondamente en el pecho de Cosroes, que ya se había adelantado hasta el Tigris, por el camino de Constantinopla. Poco sobrevivió el padre al malogro de sus anhelos; leyose el testamento del soberano en el concurso de los nobles, y un bando poderoso, dispuesto al intento, desentendiéndose de la mayoría de edad, encumbró a Cosroes al solio de Persia. Lo disfrutó por el plazo próspero y dilatado de cuarenta y ocho años,[428] y las naciones de Oriente están todavía celebrando, con auges de alabanza inmortal, la justicia de Nushirvan (531-579 d. C.).

Pero en la justicia de los reyes se sobreentienden para ellos, y

aun para los súbditos, mil ensanches para el desahogo de sus arranques y sus intereses. El pundonor de Cosroes era el de un conquistador que a fuer de esta ambición, o su cordura, va midiendo los ámbitos de la paz y de la guerra, que equivoca el engrandecimiento con la felicidad de las naciones, y aboca millares de vidas a la nombradía, y aun al recreo de un solo individuo. Hasta en el desempeño interno merece, para la acendrada sensibilidad, el apodo de tirano. Habían quedado sus dos hermanos mayores defraudados en su expectativa de la diadema; su existencia venidera entre la jerarquía suprema y la esfera de súbditos era angustiosa para ellos, y sensible para su soberano: zozobras y venganzas pudieran estimularlos a rebelarse: el más leve testimonio de conspiración era ya convincente para su atropellador, y Cosroes acudió a afianzar su sosiego con el exterminio de los príncipes indefensos, sus familias y ahijados. Salvose un mancebo inocente con el miramiento y la lástima de un general veterano, y aquel rasgo de humanidad, descubierto por el hijo, preponderó al merecimiento de avasallar doce naciones a Persia. El afán y el tino de Mebodes habían afianzado la diadema en la sien del mismo Cosroes, pero dilató el acudir al llamamiento regio hasta haber desempeñado la tarea de una reseña militar, mandándole ejecutivamente subir al padrón de hierro[429] que estaba delante de la puerta del palacio, donde no era lícito bajo pena de muerte aliviar o tocar a las víctimas; y Mebodes allí estuvo penando varios días hasta que el engreimiento inexorable y la ingratitud yerta del hijo de Kobad pronunció su sentencia. Pero el pueblo, especialmente en el Oriente, está propenso a disimular y aun a vitorear crueldades que descargan sobre cervices eminentes, las de aquellos siervos de la ambición, ansiosos de empaparse en la sonrisa, o estremecerse con el ceño de un monarca antojadizo.

En cuanto a la ejecución de leyes que él no había de quebrantar, y al castigo de excesos que lastimaban su señorío y el bienestar de los individuos, Nushirvan o Cosroes se hizo acreedor al dictado de justo, pues su gobierno fue de tesón, severidad y rectitud. El primer afán de su reinado fue dar por tierra la teoría azarosa de haberes comunes e iguales, devolviendo las fincas y las mujeres usurpadas por los secuaces de Mazdak a sus legítimos dueños, y robusteciendo los derechos sociales con el castigo razonable de los fanáticos o impostores. En vez de endiosarse con un solo consejero privado, estableció cuatro visires sobre las cuatro grandiosas provincias de su imperio: Asiria, Media, Persia y Bactriana. Para el nombramiento de jueces, prefectos y consejeros, se esmeraba en desencajarles la máscara que reina en presencia de los reyes; ansiaba anteponer el desempeño de los sujetos al distintivo accidental de nacimiento y haberes; su ánimo era medrar a los desinteresados y desterrar todo cohecho de los escaños de la justicia, así como se arrojaban los perros de los templos de los magos. Se revalidó el código del primer Artajerjes, y se pregonó como norma de los magistrados, pero la certeza del castigo ejecutivo era el sumo resguardo de su pundonor. Miles de ojos escudriñaban su conducta, y otros tantos oídos estaban escuchando sus palabras, atalayándolo todos los agentes recónditos o patentes del solio; y desde el confín de la India al de Arabia resplandecían las provincias con las visitas frecuentes de su soberano que echaba el resto compitiendo con su hermano celeste en la velocidad de su carrera benéfica. Ponía su especial ahínco en la educación y la labranza como los quicios del gobierno. Manteníanse en todas las ciudades de Persia a expensas del público los huérfanos y los desamparados, dándoles enseñanza competente: se casaban las niñas con los más acaudalados de su jerarquía, y se aplicaban los

niños, según su disposición respectiva, a las artes, o se los colocaba en puestos honoríficos. Repoblaba las aldeas desamparadas; repartía caballerías y granos a los labradores imposibilitados, franqueándoles apero para su cultivo, y se repartía con esmero y equidad el beneficio precioso del riego por los territorios mas áridos de Persia.[430] La prosperidad del reino estaba pregonando sus prendas; sus vicios iban anejos al despotismo oriental, mas en la competencia dilatada de Cosroes y Justiniano, descolló por lo más en mérito y en fortuna el monarca bárbaro.[431]

Hermanaba Nushirvan el concepto de instruido con el de justiciero; si acudieron los siete filósofos griegos a su corte al eco de que un discípulo de Platón realzaba el solio de Persia, presto palparon su desengaño. ¿Pudieron soñar acaso que un príncipe empapado en los afanes de la guerra y del gobierno ventilase con maestría, como ellos, las cuestiones recónditas e inapeables que embargaban el ocio de los escolares de Atenas? ¿Cabía que las máximas de la filosofía encaminasen los rasos y enfrenasen los ímpetus de un déspota, cuya niñez se engrió con el concepto de que su albedrío, tan absoluto como voluble, era la única norma de la moralidad?[432] Ostentosos y superficiales eran los estudios de Cosroes, pero su ejemplo inflamó la curiosidad de un pueblo agudo, y los destellos de la ciencia se difundieron por el señorío de Persia.[433] Planteose en Gondi-Sapor, hacia las cercanías de la ciudad real de Susa, una academia de medicina, que fue imperceptiblemente ascendiendo a escuela de poesía, filosofía y retórica.[434] Formalizáronse los anales de la monarquía,[435] y mientras la historia reciente y auténtica pudiera aprontar documentos provechosos al príncipe y al pueblo allá la lobreguez de los primeros siglos se amenizó con los gigantes, dragones y héroes fabulosos de las novelas orientales.[436] Todo

extranjero instruido o despejado tenía cabida en la conversación y en los agasajos del monarca: galardonó garbosamente a un médico griego[437] con el rescate de tres mil cautivos; y los sofistas, que competían por sus favores, quedaron enojadísimos con las riquezas y el desentono de Uranio, su competidor venturoso. Creía, o por lo menos acataba, Nushirvan la religión de los magos, y aun asoman rastros de persecución en su reinado;[438] pero él se explayaba en parangonar la doctrina de sectas encontradas, y las contiendas teológicas que solía presidir apocaban la preponderancia del sacerdocio y despejaban el entendimiento del pueblo. Dispuso la traducción en lengua persa de los escritores descollantes de Grecia y la India, en aquel idioma halagüeño y elegante que recomienda Mahoma para el uso de su paraíso, aunque tiznado con los apodos de bronco y montaraz por la ignorancia y el engreimiento de Agatias.[439] Cabía sin embargo en el historiador griego extremar el desempeño de una traducción cabal de Platón y Aristóteles en lengua forastera, que no constaba de elementos para entonar la libertad y desmenuzar sutilezas filosóficas. Y si los raciocinios del estagirita habían de resultar igualmente enmarañados, o bien ininteligibles para todos los idiomas, el coloquio teatral y los argumentos apuradores del discípulo de Sócrates[440] suenan allá como embebidos y vinculados en el sumo gracejo del estilo ático. Nushirvan al ir en pos de la instrucción universal vino a saber que las fábulas morales y políticas de Pilpay se atesoraban con esmero entre las preciosidades de los reyes de la India. Enviose reservadamente al médico Peroses a las orillas del Ganges, con el encargo de agenciar a todo trance un traslado de la preciosa obra. Amañose en extremo y logró copiarla y traducirla, y las fábulas de Pilpay[441] se leyeron con asombro en el congreso de Nushirvan y sus nobles. Desaparecieron allá el

original indio y la versión persa; pero luego el esmero de los califas árabes resguardó aquel monumento tan reverenciado, trascendió al persa moderno, al turco, al sirio, al hebreo y al griego, y por fin, tras varios traslados, a las lenguas modernas de Europa. En el día se nubló la estampa primitiva, y su hermandad con la religión y las costumbres de los indos; y el mérito efectivo de las fábulas de Pilpay queda muy en zaga de la elegancia lacónica de Fedro y el gracejo candoroso de La Fontaine. Una sarta de apólogos va desentrañando hasta quince sentencias morales y políticas, pero su conjunto enmarañado y su relación difusa vienen a parar en unos documentos trillados y áridos. Queda sin embargo al Bracman el realce de inventor de una ficción halagüeña que engalana la desnudez de la verdad, y suaviza tal vez a un oído regio el desabrimiento de la instrucción. Con intento parecido en cuanto a advertir a los reyes que su poderío se cifra todo en la fortaleza de los súbditos, inventaron los indios el juego del ajedrez, introducido igualmente en Persia bajo el reinado de Nushirvan.[442]

Halló el hijo de Kobad un reino empeñado en guerra con el sucesor de Constantino, y la zozobra de su situación interna lo inclinó a avenirse a la suspensión de armas que ansiaba conseguir Justiniano (533-539 d. C.). Estuvo Cosroes viendo a los embajadores romanos postrados a sus plantas, y se agradó de las once mil libras [5060 kg] de oro, precio de una paz *interminable* o indefinida;[443] ajustáronse algunos trueques; encargose el persa de guardar las puertas del Cáucaso, y se suspendió la demolición de Dara, bajo el pacto de que nunca fuese la residencia del general de Oriente. La ambición del emperador agenció y utilizó eficazmente aquel plazo de sosiego, siendo sus conquistas en África el primer fruto del tratado con Persia, y halagando la codicia de Cosroes con una remesa

cuantiosa de los despojos de Cartago, que pidieron sus embajadores con razones graciosas y apariencia de intimidad.[444] Mas ya tanto trofeo de Belisario iba causando desvelos al gran rey, y oyó con pasmo, envidia y zozobra que Sicilia, Italia y la misma Roma habían quedado avasalladas en tres brevísimas campañas a Justiniano. Bisoño en el arte de atropellar tratados, incitó encubiertamente a su tributario denodado y travieso Almondar, príncipe sarraceno, residente en Hira,[445] que no se había incluido en la paz general, y seguía allá arrinconadamente la guerra contra su competidor Aretas, caudillo de la tribu de Gasan y confederado del Imperio. El motivo de su contienda era una dehesa dilatada por el desierto, al sur de Palmira. Un feudo inmemorial por la franquicia del pasto parece que abogaba por Almondar, al paso que el gasaneta se atenía al nombre latino de verata, carretera, como testimonio indisputable de la soberanía de los romanos.[446] Los monarcas sostenían a sus vasallos respectivos, y el árabe persa, desentendiéndose de las pautas de un arbitramiento dudoso, fue enriqueciendo su campo volante con el despojo y cautivos de Siria. Justiniano, en vez de rechazar a viva fuerza a Almondar, trató de cohecharlo, llamando de los extremos de la tierra a las naciones de Etiopía y Escitia para invadir los dominios de su contrario. Pero estaba remoto y contingente el auxilio de tales aliados, y aquella correspondencia alevosa sinceraba las quejas de godos y armenios, que acudieron casi al mismo tiempo al amparo de Cosroes. La alcurnia de Arsaces, crecida todavía en Armenia, se vio comprometida para volver por los fueros últimos de la independencia nacional y jerarquía hereditaria; y los enviados de Vitiges habían atravesado encubiertamente el Imperio, para manifestar el riesgo inminente del reino de Italia. Iban sus representaciones acordes, vehementes y palpables: «Aquí estamos ante vuestro solio para

abogar tanto por vuestro interés como por el nuestro. Aspira allá el ambicioso y aleve Justiniano a quedar dueño único del orbe. Desde la paz interminable que falseó la libertad común del linaje humano, aquel príncipe, vuestro aliado en palabras y enemigo en obras, se ha estrellado igualmente con amigos y enemigos, y ha ensangrentado y revuelto la tierra toda. ¿No atropelló los privilegios de Armenia, la independencia de Colcos, y la libertad bravía de la serranía tzania? ¿No ha usurpado con igual desenfreno la ciudad de Bósforo en el helado Meotis, y el valle de las palmeras sobre las playas del Mar Rojo? Yacen sucesivamente hollados moros, vándalos y godos, y cada nación se ha quedado inmóvil mirando el exterminio de las vecinas. Ea, ¡oh rey!, al trance propicio, pues quedó el Oriente indefenso, mientras los ejércitos de Justiniano y su afamado general están allá embargados por las regiones lejanas de Occidente. Si titubeáis y os detenéis, luego Belisario y sus tropas victoriosas van a volver del Tíber al Tigris, y la Persia tendrá que consolarse llorosamente con ser la postrera en yacer al fin devorada».[447] Tales razones persuadieron pronto a Cosroes de que siguiese el mismo ejemplo que estaba acriminando, pero el persa, ansioso de nombradía militar, menospreció el sistema poco activo de su competidor, que disparaba sus disposiciones sanguinarias desde el regazo incontrastable del alcázar bizantino.

Por gravísimos que fuesen los agravios de Cosroes, atropelló la fe de los tratados, y tan sólo la brillantez de sus victorias pudiera cohonestar la fealdad de su falso disimulo.[448] El ejército persa, reunido en las llanuras de Babilonia (540 d. C.), fue advertidamente sorteando las fortalezas de Mesopotamia, y siguiendo la orilla occidental del Éufrates, hasta la población corta, pero muy avecindada, de Dura, que osó atajar la marcha al gran rey. Abriéronsele las puertas por sorpresa o alevosía, y

apenas empapó Cosroes su cimitarra en la sangre de los moradores, despachó un enviado a Justiniano para participarle dónde quedaba el enemigo de los romanos. Aparentaba el vencedor ínfulas de humano y justiciero, y al estar viendo a una matrona con su niño arrastrada ferozmente por el suelo, prorrumpió en suspiros, lloros y raptos a la justicia divina, en demanda de castigo contra el fraguador de tamañas desventuras. Entretanto la grey de doce mil cautivos se rescató con doscientas libras [92 kg] de oro, a cuyo pago se comprometió el obispo cercano de Sergiópolis, y al año siguiente la codicia empedernida de Cosroes impuso el recargo por una obligación contraída por generosidad e imposible de satisfacer. Seguía internándose por Siria, al paso que el enemigo endeble, desapareciendo siempre de los alcances, le frustraba el timbre de su victoria, y desesperanzado además de plantear su señorío, todo un rey persa se mostró en aquella correría con la fealdad ruin e insaciable de un salteador. Fue luego sitiando a Hierápolis, Berrea o Alepo, Apamea y Calcis, las que fueron rescatando su exterminio con oro o plata, al tenor de sus fuerzas y caudales, estrechando siempre los términos de la capitulación y ejecutándola a su albedrío. Como alumno de los magos, no tuvo escrúpulos en cometer sacrilegios, y tras de ir arrancando de una verdadera cruz el oro y la pedrería, devolvió, con visos generosos, la reliquia raspada a la devoción de los cristianos de Apamea. Tan sólo mediaban catorce años desde el vuelco de Antioquía por un terremoto, pero la reina del Oriente, la nueva Teópolis, quedaba ya realzada con las larguezas de Justiniano; y el auge grandioso de edificios y vecindario aventó luego la memoria de su catástrofe reciente. Escudábase la ciudad por una parte con la montaña, y por otra con el río Orontes, pero adolecía, por su lado más accesible, del padrastro de un cerro; se

dejó de acudir a la urgencia por la zozobra baladí de manifestar su flaqueza al enemigo, y, Germano, sobrino del emperador, rehuyó la contingencia de arriesgar su persona y señorío en una ciudad sitiada. Iba el pueblo de Antioquía heredando el destemple vanaglorioso y satírico de sus antepasados, y se regocijó más y más con el refuerzo repentino de seis mil soldados; desechó la oferta de una capitulación comedida; y aun anduvo insultando a voces desde los muros a la majestad del gran rey. Treparon a su presencia las millaradas persas por las escalas del asalto; huyeron los romanos mercenarios por la puerta contrapuesta de Dafne, y el tesón gallardo de la juventud antioquena sólo condujo a extremar las desdichas de su patria. Al ir bajando Cosroes, acompañado de los embajadores de Justiniano, de la eminencia, estuvo aparentando en ecos lastimeros condolerse de la tenacidad de aquel vecindario desventurado, pero no amainaba la rabiosa matanza, y la ciudad, a las órdenes de un bárbaro, quedó entregada a las llamas. Su codicia, no su religiosidad, conservó la catedral de Antioquía, concedió sin embargo exención más honorífica a la iglesia de San Julián y al barrio donde residían los embajadores; varió el viento y se salvaron algunas calles lejanas, permaneciendo las murallas para resguardar, y luego comprometer, a los nuevos moradores. Había el fanatismo ajado los reales de Dafne, pero se empapó Cosroes en el ambiente embalsamado de sus manantiales y arboledas, y aun hubo idólatras en su séquito que sacrificaron a su salvo a las ninfas de aquel recinto primoroso, a las dieciocho millas [28,97 km] del cual desagua el Orontes en el Mediterráneo. Fue el altanero persa visitando el confín de sus conquistas, y después de bañarse a solas en el mar tributó en agradecimiento un sacrificio solemne al sol, o más bien al creador de aquel astro, adorado por los magos. Si aquella

superstición repugnó a la preocupación de los sirios, se complacieron en gran manera con el ahínco y la cortesanía que manifestó en su asistencia a los juegos del circo, y enterado de que el emperador era banderizo de los *azules*, al punto dispuso que la victoria recayese en el partido *verde*. De mayor alivio fue para el vecindario la disciplina de sus reales, mediando en vano por el indulto de un soldado, que había querido remedar muy al vivo las rapiñas de Nushirvan. Abrumado por fin, mas no satisfecho con los despojos de Siria, se encaminó pausadamenle al Éufrates, echó un puente provisional junto a Barbaliso, y en el plazo de tres días transitó su crecida hueste por entero. A su regreso fundó a una jornada del palacio de Estafonte una ciudad apellidándola para siempre con los nombres juntos de Cosroes y Antioquía. No echaron de menos los cautivos sirios sus antiguos albergues, pues baños y un circo suntuoso se construyeron para su uso, y una colonia de músicos y conductores resucitó en Asiria los recreos de una capital griega. La munificencia del fundador regio señaló un salario cuantioso a los desterrados felices, con la regalía preciosa de proporcionar la libertad a cuantos esclavos reconocían por sus deudos. Palestina luego, con las riquezas sagradas de Jerusalén, cebó la ambición, o más bien la codicia de Cosroes. Ni Constantinopla ni el alcázar de los Césares le parecían ya inexpugnables ni lejanos, y su anhelo arrebatado estaba ya colmando de tropas el Asia menor, y de bajeles el Mar Negro.

Realizáranse quizá tamañas esperanzas, a no acudir oportunamente el conquistador de Italia a la defensa de levante[449] (541 d. C.). Mientras iba Cosroes adelantando sus intentos ambiciosos por la costa del Euxino, Belisario, acaudillando un ejército sin paga ni disciplina, sentó sus reales allende el Éufrates a seis millas [9,65 km] de Nisibis. Estuvo

ideando con maestría un arbitrio para desencastillar a los persas de su inaccesible fortaleza, o descollando más y más por la campiña, o atajar la retirada o quizás agolparse a las puertas con los bárbaros fugitivos. Se internó una jornada por el territorio de Persia, rindió la fortaleza de Sisaurane, y envió al gobernador con ochocientos jinetes selectos a servir al emperador en sus guerras de Italia. Destacó a Aretas y sus árabes, sostenidos por mil doscientos romanos, para atravesar el Tigris y talar allá las mieses de Asiria, provincia pingüe y ajena por mucho tiempo de la plaga de la guerra. Pero desbarató los planes de Belisario la índole indómita de Aretas que ni asomó más por los reales ni envió el menor aviso de sus movimientos. Clavado se mantenía con expectativa congojosa el general romano en idéntico sitio; se malogró la temporada de obrar: el sol abrasador de Mesopotamia caldeó la sangre de la soldadesca europea, y la tropa y la oficialidad aportada en Siria padecía sus zozobras por las ciudades indefensas. Surtió sin embargo su efecto la llamada, pues tuvo Cosroes que regresar atropellada y costosamente, y si el denuedo y la disciplina hubieran auxiliado la maestría de Belisario, sus logros habrían cumplido colmadamente el afán del público, que estaba pidiendo a su diestra la toma de Ctesifonte y el rescate de los cautivos antioquenos. Llamole una corte ingrata, al fin de la campaña a Constantinopla (542 d. C.), mas los peligros de la primavera lo regresaron al mando; y allá el héroe tuvo que acudir al vuelo y casi a solas, para rechazar con su nombre y su presencia la invasión de Siria. Halló a los generales romanos, y entre ellos un sobrino de Justiniano, aprisionados por su abatimiento en el recinto de Hierápolis; y Belisario arrollando sus zozobras, les mandó que lo siguiesen a Europa, donde dispuso juntar sus fuerzas y obrar contra el enemigo según Dios le fuese inspirando. El ademán de su

entereza sobre las márgenes del Éufrates atajó a Cosroes el rumbo de Palestina, recibiendo con ardid y señorío a sus embajadores, o más bien espías. Abarcaban la llanura entre Hierápolis y el río escuadrones de caballería, a fuer de seis mil cazadores gallardos y membrudos, que iban acosando venados sin la menor zozobra de enemigos. Descubrieron los embajadores por la orilla opuesta mil caballos armenios, que estaban al parecer guardando el tránsito del Éufrates. Era la tienda de Belisario de lona burda, albergue sencillo de un guerrero hollador del boato oriental, y había en derredor un cúmulo de naciones revueltas estudiadamente, que seguían sus banderas. Asomaban al frente los tracios e ilirios, los hérulos y godos al centro, cerrando la perspectiva moros y vándalos, y aparentando con aquel ensanche abultadísimas fuerzas. Era su traje ligero y expedito; aquí un soldado con su látigo, allí otro con espada, con arco y tal vez hacha, y el conjunto estaba rebosando denuedo y desvelo del general. El numen travieso del lugarteniente de Justiniano burló y arredró a Cosroes. Enterado de su desempeño y mal informado de sus fuerzas, se retrajo de toda refriega decisiva en país lejano, donde pudiera no quedar un persa que noticiase el rematado descalabro. Atropellose el gran rey en pasar el Éufrates, y Belisario le extremó el arrebato aparentando contrarrestarle un movimiento tan ventajoso para el Imperio, y que apenas pudiera haberse proporcionado con un ejército de cien mil hombres. Bien pudo la envidia cebar la ignorancia y el orgullo, con la hablilla de franquear la huida al enemigo público, pero los triunfos africanos y godos son menos esclarecidos que esta victoria cabal y sin sangre, en la que ni la suerte ni el denuedo del soldado pueden cercenar ni un ápice a la nombradía del general. La segunda remoción de Belisario (543 d. C. y ss.) de la guerra de Persia a la de Italia estuvo

pregonando su supremacía en suplir o enmendar la carencia de valor y de disciplina. Quince generales desavenidos y negados fueron llevando por las montañas de Armenia un ejército de treinta mil romanos, sin arreglo de señales, graduaciones ni insignias, y cuatro mil persas atrincherados en su campamento de Dubis vinieron a vencer sin pelea aquella muchedumbre desmandada, que fue cuajando el camino con sus armas inservibles, y desalentando sus caballos en su fuga voladora. Pero los árabes y el partido romano preponderaron, volvieron los armenios a su vasallaje; resistieron las ciudades de Dura y Edesa a un asalto repentino y a un sitio formal, y el azote de una epidemia dio alguna tregua al de la guerra. Un convenio tácito o expreso entre los soberanos resguardó el sosiego de la raya oriental, ciñéndose las armas de Cosroes a la guerra cólquida o lática, referida con extremados pormenores por los historiadores de aquel tiempo.[450]

La descompasada longitud del Ponto Euxino,[451] desde Constantinopla hasta la boca del Fasis, puede estimarse en un viaje de nueve días, y en una tirada de setecientas millas [1126,51 km]. Desde el Cáucaso Iberio, la montaña más empinada y peñascosa del Asia, se dispara aquel río con tan recia violencia que se atraviesa, en corto trecho, por ciento veinte puentes. Recién amaina y se hace navegable cuando baña el pueblo de Sarapana, a cinco jornadas del Cydno, que se derrama de las mismas cumbres, pero con rumbo contrapuesto, sobre el mar Caspio. La cercanía de sus cauces proporcionó la práctica, o por lo menos el pensamiento, de transportar las mercancías preciosas de la India por el Oxo bajo, luego por el Caspio, luego Cydno arriba, y al fin con la corriente del Fasis al Ponto Euxino y al mar Mediterráneo. Como va sucesivamente recogiendo los ríos del llano de Colcos, se amansa el Fasis, acaudalándose más y

más sin embargo. Su hondura, al desembocar, es de sesenta brazas [100,30 m], y su anchura de media legua [2,78 km], pero se atraviesa una islilla arbolada en medio del cauce; y el agua apenas va depositando allá un pozo arcilloso y metálico, corre somera sobre las olas y ya nunca llega a corromperse. En su carrera de cien millas [160,93 km], cuarenta de las cuales lo hacen navegable para buques mayores, el Fasis linda la región afamada de Colcos[452] o Mingrelia,[453] escudada por tres partes con las montañas iberias y armenias, y cuya costa marítima se extiende más de doscientas millas [321,86 km], desde la cercanía de Trebisonda a Dioscurias, y los confines de Circasia. Clima y suelo son improductivos por exceso de humedad; veintiocho ríos, además del Fasis y sus tributarios, desaguan en el mar, y lo hondo del terreno parece indicar la presencia de conductos subterráneos entre el Caspio y el Euxino. En las campiñas donde se cosechan el centeno y la cebada, el terreno es blando y no aguanta el arado; pero el *gom*, granillo menudo semejante al mijo o al coriandro, acude a la subsistencia general del pueblo, vinculándose el uso del pan en el príncipe y los nobles. La vendimia es más aventajada que la miel, y el grueso de las cepas y la calidad del vino decantan el poderío inexhausto de la naturaleza. Aquella misma pujanza está emboscando el país; las maderas de sus cerros y el cáñamo de los valles aprontan materiales para la navegación; cunden sobremanera venados, caballos, bueyes y cerdos, y el nombre del faisán sugiere que su patria notoria son las riberas del Fasis. Las minas de oro que se están todavía beneficiando con notable producto fueron motivo de contienda nacional entre Cosroes y Justiniano; y es muy creíble que la vena del metal precioso se irá repartiendo igualmente por todo el ámbito de los cerros, aunque la pereza, o la cordura, de los mingrelianos desatienda o encubra aquellos

recónditos tesoros. Las aguas cargadas de partecillas de oro se van apresando esmeradamente con pieles lanudas o vellones; pero este arbitrio, cimiento quizá de una fábula portentosa, es un remedo escasísimo de las riquezas extraídas de aquella tierra virgen con el poder y la inteligencia de sus antiguos reyes. Sus alcázares de plata y estancias de oro sobrepujan a nuestra creencia, pero la nombradía de aquella opulencia fue al parecer la incitadora para la empresa codiciosa de los Argonautas.[454] Refiere la tradición, con asomos de probabilidad, que Egipto fundó sobre el Fasis una colonia instruida y culta,[455] que fabricó lienzos, construyó bajeles e inventó los mapas geográficos. La inventiva de los modernos ha ido poblando con ciudades y naciones florecientes el istmo que engarza el Mar Euxino y el Caspio,[456] y un escritor agudo, advirtiendo la semejanza de clima, y en su concepto, de comercio, no ha titubeado en llamar a Colcos la Holanda de la Antigüedad.[457]

Pero las riquezas de Colcos tan sólo resplandecen allá entre las lobregueces de conjeturas y tradiciones, y su historia efectiva está de continuo ofreciendo un cuadro montaraz de extremado desamparo. Si se hablaban ciento treinta idiomas en el mercado de Diocurias,[458] eran los abortos disonantes de otras tantas tribus bozales, o bien familias desviadas mutuamente por las cañadas del Cáucaso, y aquel desvío acrecentador del número minoraba la entidad de sus incultas capitales. En el estado actual de Mingrelia, una aldea es un conjunto de chozas cercado con un palenque; las fortalezas están allá emboscadas en lo íntimo de las selvas, la ciudad principal de Ata o Cotatis, consta de doscientas casas, y el único edificio de piedra es solariego de los reyes. Doce bajeles y sesenta barcas de Constantinopla, cargadas con artefactos, fondean anualmente en la costa, y el padrón de las salidas ha crecido en gran manera, puesto que los naturales

tan sólo poseían esclavos y pieles, que trocaban por el trigo y la sal que obtenían de los súbditos de Justiniano. No asoma rastro de artes, instrucción y náutica de los antiguos colcos, pocos griegos apetecieron u osaron seguir las huellas de los Argonautas, y hasta las señales de colonia egipcia desaparecen al escudriñarlos de cerca. Los mahometanos del Euxino son los únicos que practican la circuncisión, y el pelo crespo y el cutis atezado de África ya no afea a la casta humana más aventajada. En los climas inmediatos de Georgia, Mingrelia y Circasia cifró la naturaleza, a lo menos para nuestra vista, el dechado de la beldad, en la hechura de los miembros, el sonrosado de la tez, la simetría de las facciones y el donaire del conjunto.[459] Según el destino de cada sexo, labrose el hombre al parecer para obrar, y la mujer para enamorar, y el suministro incesante de hembras del monte Cáucaso ha ido acrisolando la sangre y mejorando la traza de las naciones meridionales del Asia. El distrito propio de Mingrelia, parte solamente del antiguo Colcos, ha estado aprontando por largo plazo hasta doce mil esclavos. El número de prisioneros y reos no alcanzaba al pedido anual, pero el pueblo yace siervo de sus señores; el ejercicio del engaño y la rapiña se tolera en un gentío desmandado, y el mercado se surte de sobras con el abuso de la autoridad civil o paterna. Este tráfico[460] nivelador de la especie humana con la grey puede ir fomentando los enlaces y la población, puesto que lo crecido de la prole enriquece a los padres codiciosos e inhumanos. Pero semejante manantial de riqueza villana ha de emponzoñar imprescindiblemente las costumbres nacionales, borrar todo asomo de virtud y pundonor, y casi anonadar el instinto de la naturaleza: son los *cristianos* de Georgia y Mingrelia lo sumo de la disolución; y sus niños, vendidos desde edad muy tierna para esclavitud extranjera, están ya resabiados con la rapiña del padre

y la prostitución de la madre. En medio de su rematada idiotez despuntan los naturales de suyo con ingenio y maña, y aunque por falta de unión y enseñanza yacen a merced de vecinos más poderosos, siempre los colcos descollaron por su denuedo y travesura. Servían a pie en la hueste de Jerjes, y eran sus armas un estoque o una pica, una celada de madera y un broquel de cuero en pelo; pero está más generalizado el uso de la caballería en su patria, pues el ínfimo campesino se desdeña de andar; los nobles belicosos poseen hasta doscientos caballos, contándose tal vez más de cinco mil en la comitiva del príncipe de Mingrelia. El gobierno de Colcos fue siempre un reino meramente hereditario, y no hay más contraste para la autoridad suprema que el alboroto de los súbditos. Obedeciendo sale con grandioso ejército a campaña, pero no cabe creer que la tribu sola de los suanios se componía de doscientos mil soldados, y que la población de Mingrelia asciende hoy en el día a cuatro millones de habitantes.[461]

Blasonaban los colcos de que sus antepasados habían atajado las conquistas de Sesostris, y la derrota del egipcio es más creíble que sus adelantos venturosos, hasta las faldas del Cáucaso. Postráronse sin conato reparable, ante las armas de Ciro; fueron siguiendo por guerras lejanas las banderas del gran rey, brindándole cada quinquenio con cien muchachos y otras tantas niñas sobresalientes.[462] Aceptaba como regalo el ébano y el oro de la India, el incienso de Arabia, y los negros y el marfil de Etiopía; no señoreaba a los colcos ningún sátrapa, y siguieron disfrutando el nombre y la esencia de la independencia nacional.[463] Con el vuelco del Imperio persa, agregó Mitrídates, rey del Ponto, a Colcos al ámbito de sus dominios sobre el Euxino, y cuando los naturales se arrojaron a pedirle un hijo para su rey, aherrojó con cadenas de oro al mancebo ambicioso, y envió un

sirviente en su lugar. Adelantáronse los romanos en su alcance contra Mitrídates hasta las orillas del Fasis, surcando con sus galeras río arriba, hasta llegar a los reales de Pompeyo sus legiones.[464] Pero el Senado y luego los emperadores se desentendieron de abarcar aquella conquista lejana e inservible en clase de provincia. Franqueose el reino de Colcos y reinos contiguos a la alcurnia de un retórico griego, desde el tiempo de Marco Antonio hasta el de Nerón, y extinguida la descendencia de Polemón[465] el Ponto oriental que conservó su nombre sólo alcanzaba hasta las cercanías de Trebisonda. Fuera de aquellos linderos, los fuertes de Hipso, Apsaro, Jasis, Dioscurias o Sebastopolis y Pitio se guardaban con destacamentos suficientes de caballería e infantería, y hasta seis príncipes de Colcos fueron recibiendo sus diademas de los lugartenientes del César. Uno de éstos, el elocuente y afilosofado Arriano, registró y luego describió la costa euxina bajo el reinado de Adriano (530 d. C.). La guarnición que revistó a la desembocadura del Fasis constaba de cuatrocientos legionarios selectos: las murallas y torres de ladrillo, el foso doble y las máquinas militares sobre las almenas constituían la plaza inasequible para los bárbaros, pero los arrabales, recién construidos por los traficantes y veteranos, estaban requiriendo, en concepto de Arriano, algún resguardo exterior.[466] Con el menoscabo redoblado del Imperio, los romanos apostados sobre el Fasis se retiraron o fueron arrojados, y la tribu de los lazios,[467] cuya posteridad habla un dialecto extraño, y habita por las playas de Trebisonda, dio su nombre y sojuzgó al antiguo reino de Colcos. Luego un vecino formidable arrolló su independencia, granjeándose con armas y tratados la soberanía de Iberia. El rey de Lazica, ya dependiente, recibía su cetro del monarca persa, y los sucesores de Constantino se allanaron a servidumbre tan torpe, requerida altaneramente

como derecho de posesión inmemorial. Restableciose a principios del siglo VI su influjo (522 d. C.) con la introducción del cristianismo que siguen todavía los mingrelianos con decoroso fervor, sin calar los misterios ni guardar los mandamientos de su religión. Zato, muerto su padre, se vio ensalzado a la dignidad regia, por el favor del gran rey, pero la religiosidad del mancebo se horrorizó con las ceremonias de los magos, y fue al palacio de Constantinopla en pos de un bautismo católico, de una consorte noble y de alianza con el emperador Justino. Ciñeron solemnemente al rey de Lazica la diadema, y su túnica y manto de seda blanca con cenefa de oro estaba ostentando en bordado primoroso la estampa de su nuevo padrino, quien aplacó los celos de la corte persa y disculpó la rebeldía de Colcos, allá con el sobrescrito decoroso de hospedaje y religión. El interés de entrambos imperios cargó a los colcos con la obligación de guardar las gargantas del Cáucaso, donde un vallado de sesenta millas [96,55 km] se está ahora resguardando con el servicio mensual de los mosqueteros de Mingrelia.[468]

Mas la codicia o la ambición de los romanos estragó luego enlace tan provechoso. Apeose a los lazios de la jerarquía de aliados, recordándoles por puntos, con palabras y obras, la dependencia de su Estado. A una jornada de Apsaro estuvieron mirando la fortaleza ya descollante de Petra,[469] que señoreaba la comarca marítima al mediodía del Fasis. Los asalariados extranjeros, en vez de escudar con su tesón a Colcos, lo estaban atropellando con su desenfreno; los réditos del comercio se trocaron en monopolio ruin y gravosísimo, y Gubares, el príncipe nativo, vino a quedar reducido al boato del solio, con el influjo prepotente de los empleados de Justiniano.

Desesperanzados de las virtudes cristianas y airados los

lazios, se inclinaron más confiados a la equidad de un incrédulo. Convencidos reservadamente de que sus enviados no se entregarían a los romanos, aspiraron desembozadamente a la amistad y el auxilio de Cosroes. Enterose prontamente el monarca perspicaz del provecho y la importancia de Colcos, e ideó un plan de conquista, que renovó a los mil años Shah-Abbas, el más sabio y poderoso de todos sus sucesores.[470] Enardeció a su ambición la esperanza de botar una armada persa en el Fasis, de señorear la navegación y el tráfico del Euxino, de infestar la costa de Ponto y Bitinia, de acosar y quizás asaltar a Constantinopla, y recabar de los bárbaros de Europa que acudiesen a robustecer sus armas y disposiciones contra el enemigo del linaje humano. Pretextando guerra en Escitia, acaudilló reservadamente sus tropas hacia Iberia; guías de Colcos debían conducirlos por los bosques y despeñaderos del Cáucaso, y un sendero se trocó a mucha costa en carretera firme y anchurosa, para las marchas de la caballería y aun de los elefantes. Postró Gubares su persona y diadema a las plantas del rey de Persia, a su remedo se rindieron los colcos, y estremecidas ya las murallas de Petra, capituló la guarnición romana para sortear el trance del asalto. Mas presto vinieron a palpar los lazios, que su destemple les había acarreado un quebranto más amargo que cuantas desdichas habían tratado de evitar. Cesó el monopolio efectivamente de sal y trigo con los mismos géneros. Tras la autoridad de un legislador romano, lo estaba orgullosamente hollando un déspota oriental, que miraba con igual menosprecio a los esclavos que había encumbrado y a los reyes que tenía abatidos ante la tarima de su solio. Afanáronse los magos para plantear en Colcos la adoración del fuego; su desenfado intolerante enardeció la religiosidad de un pueblo cristiano, y lastimaba las preocupaciones de la naturaleza y de la

educación la práctica irracional de empinar los cadáveres de sus padres a la cima de una torre encumbrada para pasto de grajos y buitres.[471]

Enterado del auge de aquel odio que atrasaba la ejecución de sus grandiosos intentos, el justiciero Nushirvan había comunicado órdenes reservadas para asesinar al rey de los lazios, trasladar a su gente a territorio lejano, y plantear una colonia fiel y guerrera sobre las orillas del Fasis. El desvelo ansioso de los colcos aterró y frustró el malvado intento, y su arrepentimiento tuvo acogida en la cordura, más bien que en la clemencia, de Justiniano, pues mandó a Dagisteo que con siete mil romanos y mil zanos arrojase a los persas de la costa euxina.

El sitio de Petra, que emprendió ejecutivamente el general romano, con el auxilio de los lazios, es uno de los acontecimientos preponderantes de aquel siglo. Estaba el pueblo situado sobre un risco (549-551 d. C.) asomado sobre la marina y se comunicaba con la tierra por un senderillo empinado. Arduo era el acercarse, y el asaltarlo imposible, pues el conquistador persa había extremado las fortificaciones de Justiniano, y resguardó con baluartes los puntos menos inaccesibles. El desvelo de Cosroes había depositado en tan importante fortaleza un almacén de armas ofensivas y defensivas, en número cinco veces mayor que el de la guarnición y el vecindario. El acopio de harina y sal era proporcionado al consumo de cinco años: se suplía la falta de vino con vinagre y una semilla de donde se exprimía un licor fuertísimo, y tres acueductos burlaban los afanes y aun los barruntos del enemigo. Pero la defensa fundamental de Petra se cifraba en la valentía de mil quinientos persas, quienes rechazaban los asaltos de los romanos, mientras se estaba taladrando encubiertamente una mina, en cierta vena más blanda de terreno. La muralla

sostenida por puntales cenceños y provisionales quedó colgada en el aire, pero Dagisteo suspendió el avance hasta tener afianzado su galardón, y quedó el pueblo socorrido antes que el mensajero volviese de Constantinopla. Estaba reducida la guarnición persa a cuatrocientos hombres, de los cuales tan sólo había cincuenta absolutamente sanos de dolencia o de heridas; mas fue tan extremado su tesón que ocultaban sus pérdidas al enemigo aguantando mudamente la vista y hediondez de los cadáveres de sus mil cien compañeros. Libertados por fin, cerraron atropelladamente las brechas con sacos o tierra, macizaron la ruina, labraron una nueva muralla de madera compacta, y se relevó la guarnición con tres mil hombres para sostener los afanes de un segundo sitio. Condujéronse las faenas del ataque y la defensa con pertinaz maestría, y por ambas partes se enmendaron los yerros cometidos y palpados en la vez anterior. Se inventó un ariete manejable y poderosísimo; lo plantaban y servían cuarenta soldados, y desencajando con su empuje los sillares, se arrebataban de la muralla con garfios descomunales. Diluviaban entretanto desde las almenas las armas arrojadizas sobre la cabeza de los asaltadores, pero los acosaba más una composición abrasadora de azufre y betún, que podía con toda propiedad denominarse en Colcos aceite de Medea. De los seis mil romanos que treparon por las escalas, el primero fue el general Beras, gallardo veterano de setenta años; el denuedo del caudillo, su vuelco y sumo peligro enardeció más y más a la incontrastable tropa; y su mayoría en el número holló la pujanza, sin apurar el brío de la guarnición persa. Merece la suerte de aquellos valerosos mención especialísima. Habían fenecido setecientos en el sitio, y les sobrevivían dos mil trescientos para defender la brecha. Expiraron hasta mil setenta por el fuego y el acero en el postrer asalto, y si se rindieron

setecientos treinta, dieciocho tan sólo se hallaron sin muestras de heridas honrosas. Los quinientos restantes se salvaron en la ciudadela, defendiéndola desahuciados, desechando los términos más honoríficos de capitulación y servicio, hasta que perecieron en las llamas. Murieron obedeciendo a su príncipe, y tamaños ejemplares de lealtad y bizarría podían estimular a sus compatricios, para hazañas de igual desesperación y de resultado más venturoso. Demoliéronse las obras de Petra inmediatamente, confesando así el asombro y la zozobra del vencedor. Encareciera un espartano condolido el pundonor de tan heroicos esclavos; pero aquellas campañas angustiosas y alternativamente aventajadas para las armas persas o romanas no alcanzan a embargar la posteridad a la falda del monte Cáucaso. Solían descollar las tropas de Justiniano más esclarecidamente; pero el gran rey estaba de continuo rehaciendo sus fuerzas, hasta que llegaron a ocho elefantes y setenta mil hombres, incluyendo doce mil escitas aliados y más de tres mil dilemitas, bajados a su albedrío de los cerros de Hircania, y tan esforzados batalladores de cerca como de lejos (549-556 d. C.). El sitio de Arqueópolis, apellidada o corregida así por los griegos, se levantó con arrebato y pérdida, pero estaban los persas aposentados en las gargantas de Iberia, quedó Colcos esclavizada con fortines y guarniciones devoradoras del escaso mantenimiento del pueblo, y el príncipe de los lazios huyó a las montañas. Desconocíanse en los reales romanos miramientos y disciplina, y los caudillos independientes revestidos de potestad igual competían por sobresalir en cohechos y devaneos. Seguían los persas mudamente las disposiciones de un solo jefe, que se atenía estrechamente a las instrucciones del soberano, descollando el general entre los héroes del Oriente por su sabiduría en los consejos y su denuedo en los trances. Ni la edad avanzada de

Mermeroes, ni su lisiadura de ambos pies, lo retraían un punto de sus desvelos y movimientos, y en la línea de batalla, desde su litera, estaba infundiendo pavor al enemigo y suma confianza a su tropa, siempre vencedora a sus órdenes.

A su muerte, recayó el mando en Nacoragan, sátrapa altanero, que en una conferencia con los caudillos imperiales blasonó que tenía tan en su mano la victoria como el anillo de su dedo. Tamaño engreimiento fue precursor y causa natural de una derrota vergonzosa. Habían arrinconado a los romanos hasta la misma playa, y su postrer campamento, sobre los escombros de la colonia griega del Fasis, estaba en torno resguardado con recios atrincheramientos, el río, el Euxino y una escuadra de galeras. La desesperación hermanó sus intentos y robusteció sus armas: contrarrestaron el asalto de los persas, y la huida de Nacoragan antecedió o siguió la matanza de diez mil soldados sobresalientes. Salvose de los romanos para luego parar en manos de un dueño inexorable que castigó severamente el yerro de su propia elección; el desventurado general fue desollado vivo, y su piel embutida en forma humana estuvo colgada sobre una cima; aviso para cuantos en lo sucesivo cargasen con la nombradía y la suerte de Persia.[472] El tino de Cosroes fue sin embargo orillando la guerra de Colcos, hecho cargo de la imposibilidad de avasallar, o a lo menos retener, un país remoto contra el albedrío y los conatos de sus moradores. Extremadas pruebas estuvo padeciendo la fidelidad de Gubares, aguantó sufridamente las penalidades de una vida montaraz, y desechó con menosprecio los brindis lisonjeros de la corte persa. Se había educado en la religión cristiana; era su madre hija de un senador; había servido en su mocedad diez años como silenciero en el palacio bizantino[473] y los rezagos de su sueldo eran motivo de queja y de apego. La continuación de sus

padecimientos le hizo al fin prorrumpir en una manifestación terminante de la verdad, y ésta era una reconvención irremisible para los lugartenientes de Justiniano, que con las demoras de una guerra arruinadora contemplaban a los enemigos y atropellaban a los aliados. Sus informes siniestros impusieron al emperador en que su vasallo desleal estaba ya ideando nueva alevosía: arrebatósele una orden para enviarlo preso a Constantinopla, con la cláusula engañosa de que en caso de resistencia se le quitase legalmente la vida; y Gubares, sin armas ni recelo de peligro, fue asesinado bajo la salvaguardia de un avistamiento amistoso. Los colcos, en el ímpetu de su saña y desesperación, iban a sacrificar patria y religión a su desagravio; pero el predominio y la persuasión de los pocos más atinados pudieron recabar una suspensión provechosa, la victoria del Fasis restableció el pavor antiguo de las armas romanas, y el emperador se mostró ansioso de libertar su concepto del tiznón de aquel atentado. Encargose a un juez de jerarquía senatoria pesquisar la conducta y la muerte del rey de los lazios. Subió a su tribunal ostentoso, cercado de ministros de justicia y castigo; litigose esta causa extraordinaria en presencia de entrambas naciones, según las formalidades de la jurisprudencia civil, y se desagravió algún tanto al pueblo ofendido, con la sentencia y ejecución de los ínfimos reos.[474]

En la paz, el rey de Persia andaba siempre escudriñando pretextos para su rompimiento, y apenas tomaba las armas ya estaba manifestando anhelos de un tratado seguro y honorífico. En lo más reñido de la contienda, ambos monarcas tenían siempre entabladas negociaciones engañosas (540-561 d. C.); y en tanto grado se sobreponía Cosroes, que mientras estaba tratando a los enviados romanos con insolencia y menosprecio, lograban sus embajadores en la corte imperial agasajos

peregrinos. Se engreía el sucesor de Ciro con la majestad del sol oriental, y concedió graciosamente a su hermano menor Justiniano el reinado de Occidente con el reflejo escaso y macilento de la luna. Isdiguno, camarero suyo, era el sostenedor pomposo y elocuente de tan descompasado lenguaje. Su esposa e hijas, con una comitiva de eunucos y camellos, iban siguiendo los pasos del embajador, marchaban entre sus secuaces dos sátrapas con diademas de oro, escoltábanle quinientos jinetes, los más valerosos de Persia, y el gobernador romano de Dara se negó cuerdamente a recibir más de veinte de tan guerrera y amenazadora caravana. Isdiguno, después de saludar y entregar sus presentes al emperador, pasó hasta diez meses en Constantinopla sin formalizar el menor asunto. En vez de confinarlo en su palacio, y entregarle agua y abastos por mano de los aposentadores, visitó a sus anchas la capital, sin atalayas ni celadores; su servidumbre disfrutaba libertad de conversación y tráfico, lastimando así las preocupaciones del siglo, en que se observaba estrechamente la ley de las naciones sin confianzas ni cortesanía.[475] Hasta el intérprete con inigualable condescendencia, aunque empleado inferior a un magistrado romano, se llegó a sentar a la mesa de Justiniano, junto a su principal, y se le asignaron mil libras [460 kg] de oro para su viaje y mantenimiento. Sin embargo el redoblado afán de Isdiguno tan sólo pudo alcanzar una tregua parcial y escasa, conseguida siempre con los tesoros, y renovada a instancias de la corte bizantina. Mediaron largos años de asolación infructuosa, antes que Justiniano y Cosroes tuviesen con mutuo cansancio que mirar por el sosiego de su edad quebrantada. En una conferencia celebrada en la frontera, ambas partes, sin contar con la creencia de los contrarios, estuvieron ensalzando el poderío, la justicia y los intentos pacíficos de sus soberanos

respectivos; pero la precisión y el interés dictaron el tratado de paz por el término de cincuenta años, extendido esmeradamente en griego y en persa, y testimoniado con los sellos de doce intérpretes. Deslindose puntualmente la libertad de comercio y religión; comprendiendo a los aliados de entrambas partes en el beneficio y la obligación correspondiente, y se tuvo sumo cuidado en providenciar cautelas, para precaver y zanjar cuantas desavenencias accidentales pudieran sobrevenir en los confines de dos naciones contrapuestas. Tras veinte años de guerra asoladora, aunque endeble, los linderos vinieron a quedar intactos, y por fin se recabó de Cosroes su renuncia a la posesión azarosa, o soberanía, de Colcos y sus dependencias. Atesorando ya las preciosidades del Oriente, se acaudaló más y más exprimiendo a los romanos el pago anual de treinta mil piezas de oro, y la cortedad de la suma estuvo pregonando la afrenta de un tributo en su torpe desnudez. En una contienda anterior, sonaron la carroza de Sesostris y la rueda de la fortuna, aplicándolas uno de los empleados de Justiniano, advirtiendo que la rendición de Antioquía y algunas ciudades sirias había engreído sobremanera a los bárbaros, ya de suyo ufanos y ambiciosos. «Os equivocáis —replicó el modesto persa–, el rey de los reyes, el señor del linaje humano, mira allá con menosprecio tan menguados objetos, y de las diez naciones vencidas por sus armas invencibles, conceptúa como la más baladí a la romana».[476] Extendiose el Imperio de Nushirvan, según los orientales, desde Ferganah en la Transtoriana, hasta el Yemen o la Arabia Feliz. Sujetó a los rebeldes de Hircania, avasalló las provincias de Cabul y Zablestan, sobre las márgenes del Indo, quebrantó el poderío de los eutalitas, zanjó la guerra turca con un tratado honorífico, y colocó a la hija del gran Khan entre sus esposas legítimas. Victorioso y acatado entre los

príncipes de Asia, dio audiencia en su alcázar de Madain, Ctesifonte, a los embajadores del orbe. Sus regalos o tributos, armas, jaeces ricos, perlas, esclavos o aromas, se le iban presentando al pie del solio rendidamente, y se allanó a recibir del rey de la India diez quintales [460 kg] de aloes, una muchacha de siete codos de altura, y un tapete más suave que la seda, la piel, según se refería de una serpiente descomunal.[477]

Afeósele a Justiniano su alianza con los etíopes, por cuanto venía a internar una casta de negros bozales, en medio de la sociedad civilizada; pero los amigos del Imperio Romano, los ayumitas o abisinios, se diferencian de suyo de los naturales primitivos del África.[478] Acható la naturaleza a los negros, emboscó su cabeza con lanas revueltas, y atezó su piel con negrura empapada e indeleble. Pero la tez aceitunada de los abisinios, sus cabellos, su hechura y facciones, los deslindan como colonia de los árabes, corroborándose el entronque con la semejanza de idioma y costumbres, el eco de una emigración antigua, y el trecho corto entre las playas del Mar Rojo. Había el cristianismo elevado la nación de la barbarie africana,[479] su trato con Egipto y los sucesores de Constantino[480] les había traspasado cierto asomo de artes y ciencias, sus bajeles traficaban hasta la isla de Ceilán,[481] y hasta siete reinos obedecían al Negus, o príncipe supremo de Abisinia. La independencia de los homeritas que reinaban en la rica y feliz Arabia, zozobró con un conquistador etíope; se entroncaba en demanda de su herencia con la reina de Sheba,[482] y el fervor religioso santificó su ambición. Habían los judíos, poderosos y eficaces en su destierro, embelesado el ánimo de Duncan, príncipe de los homeritas, para desagraviarlos de la persecución fulminada por las leyes imperiales sobre sus hermanos desventurados, se atropelló a varios traficantes romanos, y diferentes cristianos de

Negra[483] lograron la corona del martirio.[484] Imploraron las iglesias de Arabia el amparo del monarca abisinio; atravesó el Negus el Mar Rojo con armada y ejército, quitó al alumno judío reino y vida, y exterminó la alcurnia de unos príncipes que habían señoreado por más de dos mil años la región arrinconada de la mirra y el incienso. Pregonó enseguida el vencedor el triunfo del Evangelio, demandó un patriarca puramente católico, y se enfervorizó tanto en sus protestas de amistad con el Imperio Romano, que ya Justiniano se lisonjeó con la esperanza de acanalar el tráfico de la seda por Abisinia, y de mover allá las fuerzas de Arabia contra el rey de Persia. Nonoso, descendiente de una familia de embajadores, fue el nombrado por el emperador para el desempeño de este encargo importante (533 d. C.). Se desvió acertadamente del rumbo más breve pero azaroso de los arenales desiertos de Nubia; subió por el Nilo, atravesó el Mar Rojo y aportó felizmente en Adulis. No median desde allí más que cincuenta leguas [278,6 km], en línea recta, hasta la ciudad regia de Axume, pero las revueltas de la serranía detuvieron quince días al embajador, y al irse emboscando vio y reguló por mayor hasta cinco mil elefantes bravíos. La capital, según su relación, era crecida y populosa, y todavía descuella la aldea de Axume por la coronación de los reyes, por los escombros de un templo cristiano, y por dieciséis o diecisiete obeliscos entallados con caracteres griegos.[485] Pero el Negus le dio audiencia en campo raso, entronizado en un carruaje altísimo, tirado por cuatro elefantes galanamente enjaezados, y cercado de sus nobles y sus músicos. Estaba vestido con un ropaje y gorro de lino, empuñando dos picas, y embrazando una adarga, aunque en su desnudez mal disimulada estaba ostentando el boato bárbaro de cadenas de oro, collares y brazaletes engarzados con perlas y piedras preciosas. Arrodillose

el embajador, alzole el Negus y lo abrazó, besó el sello, leyó la carta, aceptó la alianza romana, y blandiendo sus armas pregonó guerra implacable contra los idólatras del fuego. Desentendiose no obstante de la propuesta del comercio de seda, y a pesar de las seguridades y quizá los anhelos de los abisinios, todo aquel aparato de amenazas quedó en anuncio. Repugnaba a los homeritas desamparar sus arboledas aromáticas para ir a escudriñar un desierto arenoso y estrellarse tras un mundo de fatigas con una formidable nación que jamás los había agraviado personalmente. En vez de dilatar sus conquistas, era el rey de Etiopía incapaz de resguardar sus posesiones; Abrahá, esclavo de un tratante romano de Adulis, empuñó el cetro de los homeritas, el regalo del clima relajó a las tropas del África, y Justiniano apeteció la amistad del usurpador, que honró con un leve tributo la soberanía de su príncipe. Tras larga serie de prosperidades, se desquició el poderío de Abrahá a los umbrales de la Meca; el conquistador persa despojó a sus hijos, y por fin los etíopes quedaron arrojados del continente de Asia. Estas particularidades acerca de acontecimientos recónditos y lejanos vienen a darse la mano con el menoscabo y vuelco del Imperio Romano; si permaneciera una potencia cristiana en Arabia, estrellárase Mahoma en su cuna, y la Abisinia hubiera frustrado una revolución que mudó el estado civil y religioso del orbe.[486]

XLIII

REBELIONES EN ÁFRICA - RESTABLECIMIENTO DEL REINO GODO POR TOTILA - PÉRDIDA Y RECOBRO DE ROMA - CONQUISTA CABAL DE ITALIA POR NARSÉS - EXTERMINIO DE LOS OSTROGODOS - DERROTA DE LOS FRANCOS Y ALAMANES - POSTRERA VICTORIA; DESVENTURA Y MUERTE DE BELISARIO - MUERTE Y RETRATO DE JUSTINIANO - COMETA, TERREMOTOS, PESTE

La reseña de las naciones desde el Danubio al Nilo ha ido poniendo de manifiesto la flaqueza de los romanos, y nos asombra con razón verlos aferrados en su ahínco de ensanchar un imperio cuyos ámbitos antiguos no alcanzaban a resguardar. Pero las guerras, las conquistas y los triunfos de Justiniano se cifran en los conatos desvalidos y azarosos de la ancianidad, que embargan los restos de pujanza y atropellan el menoscabo del jugo vital. Engreíase con el logro esclarecido de reincorporar el África e Italia a la República; pero las desventuras que se agolparon tras la partida de Belisario estaban retratando el desvalimiento del vencedor, y completó el exterminio de aquellos países malhadados.

Estaba esperando Justiniano que tantas adquisiciones cebasen hasta lo sumo su codicia, al par de su orgullo. Iba pisando las huellas de Belisario un sediento ministro de hacienda, y como los vándalos habían quemado los padrones antiguos del tributo, volaban los cómputos en alas de su albedrío, abultando sin tasa sus recargos sobre la riqueza del África.[487] Aquel aumento de impuestos que arrebataba allá un

soberano remoto, y el reembargo general del patrimonio o fincas de la corona, aventaron luego el embeleso del alborozo público, mas el emperador, siempre empedernido para los lamentos del pueblo, se desaletargó y sobresaltó por fin con los clamores del alboroto militar. Muchos de los soldados romanos estaban ya casados con las viudas e hijas de los vándalos. Reclamaban como propios, tanto por derecho de conquista como de herencia, los haberes que había señalado Genserico a sus tropas victoriosas. Desoyeron las reconvenciones tibias o interesadas de los oficiales sobre haberlos Justiniano redimido con sus larguezas, de la cerrilidad o servidumbre en que yacían: que se habían enriquecido con los despojos del África, esclavos, tesoros y alhajas de los bárbaros vencidos, y que el patrimonio antiguo y legítimo de los emperadores debía aplicarse al sostenimiento de aquel gobierno en que tenía que estribar siempre su seguridad y su recompensa. Fomentaban la asonada hasta mil soldados, la mayor parte hérulos, empapados en la doctrina, e incitados por el clero de la secta arriana, y las ínfulas dispensadoras del fanatismo iban santificando a los rebeldes y perjuros. Estaban los arrianos deplorando el exterminio de su iglesia, triunfadora en África por más de un siglo, y se enconaban fundadamente con las leyes del vencedor que vedaban el bautismo de sus niños y el ejercicio de todo culto. En cuanto a los vándalos entresacados por Belisario, la mayor parte con los timbres de su servicio en Oriente, habían trascordado su patria y religión; pero un cuerpo gallardo de cuatrocientos precisó a los marineros, estando a la vista de la isla de Lesbos, a variar el rumbo; arribaron al Peloponeso, encallaron en una costa desierta del África, y tremolaron denodadamente en el monte Auras su bandera de independencia y rebeldía. Mientras las tropas de la provincia desatendían el mando de sus jefes, se fraguó en

Cartago una conspiración contra la vida de Solomón, que desempeñaba decorosamente el puesto de Belisario, y los arrianos acordaron religiosamente sacrificar a su tirano al pie del altar en medio de los augustos misterios de la festividad de Pascua. Contuvo la zozobra o el arrepentimiento los aceros de aquellos asesinos, pero el sufrimiento de Solomón enardeció su descontento, y a los diez días se disparó una asonada violentísima en el circo, que luego estuvo asolando el África por más de diez años; la lobreguez, el sueño y la embriaguez suspendieron un tanto el saqueo de la ciudad y la matanza del vecindario; huyó el gobernador con siete compañeros, entre ellos el historiador Procopio, a Sicilia: dos tercios del ejército estaban contagiados en la alevosía, y ocho mil alborotados, juntándose en el campo de Biela, nombraron por caudillo a Estoza, soldado raso, pero dotado de todos los arranques de un rebelde, pues bajo una máscara de libertad su persuasiva sabía mover o disparar los ímpetus de sus iguales. Colocose al nivel de Belisario y del sobrino del emperador, arrojándose a arrostrarlos en campaña, y los generales victoriosos tuvieron que confesar que Estoza era acreedor a empeño más honrado y mando más legítimo. Vencido en batalla se esmeró en los ardides de su negociación, llegando a cohechar a un ejército romano, y haciendo matar en una iglesia de Numidia a los caudillos que habían confiado en su promesa falsa. Apurados ya todos los arbitrios de violencia y alevosía, se engolfó Estoza con algunos vándalos desesperados en los yermos de la Mauritania, logró la hija de un príncipe bárbaro y burló el alcance de sus enemigos, tendiendo la voz de su muerte. La preponderancia personal de Belisario, la jerarquía, el denuedo, y la índole de Germano, sobrino del emperador, y el empuje y tino de Solomón el eunuco en su segundo mando, restablecieron el recato en los

reales, y conservaron por algún tiempo el sosiego en África. Pero alcanzaban los achaques de la corte bizantina hasta aquella provincia lejana; se quejaban las tropas de falta de paga y de relevo, y luego que los trastornos públicos estuvieron en el disparador, revivió Estoza, armado y sobre las puertas de Cartago. Feneció en una pelea particular, pero se sonrió agonizando al saber que su venablo había traspasado el corazón de su contrario. El ejemplo de Estoza y el concepto de que el primer rey había sido un soldado venturoso incitó al ambicioso Gontario, y prometiendo partir al África por los moros con un tratado particular, aspiró a entronizarse en Cartago con aquel arrimo tan azaroso. Ascendió al cargo de exarca el endeble Areobindo, tan lego en la paz como en la guerra, por su enlace con una sobrina de Justiniano. Su guardia se alborotó repentinamente y sus plegarias rastreras, moviendo su menosprecio, no ablandaron al inexorable tirano. Artabano en un banquete traspasó al mismo Gontario a los treinta días de reinado, y se hace muy reparable que un príncipe armenio, de la familia real de Arsaces, viniese a restablecer en Cartago la autoridad del Imperio Romano. En la conspiración que desenvainó la daga de Bruto contra la vida de César, todos los pormenores abultan y halagan a la posteridad, pero la atrocidad o el merecimiento de aquellos asesinos leales o rebeldes sólo podían interesar a los contemporáneos de Procopio, quienes por sus esperanzas o zozobras, sus intimidades o enconos, se comprometían personalmente en las revoluciones del África.[488]

Iba aquel país reinstalándose aceleradamente en la rematada barbarie de donde lo habían desemponzoñado las colonias fenicias y las leyes romanas, y todos los pasos de sus discordias internas se encaminaban a la preponderancia del bozal sobre el civilizado. Eran los moros,[489] aunque idiotas en punto a

justicia, mal sufridos para toda opresión: su vida errante y sus desiertos interminables frustraban las armas y burlaban las cadenas de todo vencedor, y luego vio que ni juramentos ni obligaciones afianzaban su lealtad. Sojuzgolos como atónitos momentáneamente la victoria del monte Auras, y aunque acataban el pundonor de Solomón, menospreciaban la altanería odiosa y el gran boato de sus dos sobrinos Ciro y Sergio, a quienes el tío había a ciegas encargado los gobiernos provinciales de Trípoli y de Pentápolis. Acampó una tribu mora junto a los muros de Septis, para renovar su alianza y recibir del gobernador los agasajos acostumbrados. Admitiéronse amistosamente ochenta de sus diputados en la ciudad, mas con la sospecha confusa de conspiración, murieron de mano airada en la mesa de Sergio; y al punto retumbó el eco de armas y venganza por los valles del monte Atlas, desde entrambas Sirtes hasta el océano Atlántico. Acarreáronse los romanos la enemistad de Antalas, con la muerte o ejecución injusta de su hermano. Descolló ya por valeroso en la derrota de los vándalos; sus asomos de justicia y despejo se hacían reparables en un moro, y al reducir a Adrumeto a cenizas, avisó sosegadamente al emperador que cabía afianzar el sosiego de África con el relevo de Solomón y de sus malvados sobrinos. Salió el exarca con sus tropas de Cartago, pero a las seis jornadas, junto a Tebeste,[490] quedó atónito al ver el número superior y la traza gallarda de los bárbaros. Propuso un tratado, entabló una reconciliación y se brindó a obligarse con los juramentos más solemnes. «¿Con qué juramentos se ha de sujetar? —interrumpieron airados los moros–, ¿jurará por los Evangelios, que son los libros divinos de los cristianos? Sobre los mismos libros estuvo vinculada la fe de Sergio con ochenta de nuestros hermanos inocentes y desventurados. Antes que nos fiemos por segunda vez, a ver

hasta dónde llega su eficacia con el castigo del perjurio y el desagravio de su propio pundonor.» Desagraviose en el campo de Tebeste su pundonor, con la muerte de Solomón y el exterminio de su ejército. Llegaron nuevas tropas con caudillos más inteligentes, frenaron la insolencia de los moros, matándoles hasta diecisiete de sus príncipes en una misma batalla; rendimiento pasajero y mal seguro que se celebró encarecidamente en Constantinopla. Correrías sinnúmero habían ido estrechando la provincia de África a un tercio de Italia, pero los emperadores romanos siguieron reinando más de un siglo en Cartago y la costa principal del Mediterráneo. Las victorias y los descalabros de Justiniano venían a ser igualmente azarosos para el linaje humano, y tal fue la asolación del África, que por muchas partes vagaba el viandante días enteros sin encararse con un amigo o con un extraño. Había fenecido la nación vándala, pues abrigó algún tiempo hasta ciento sesenta mil guerreros, sin comprender niños, mujeres ni esclavos. Infinitamente más crecido fue el número de las familias moras exterminadas en una guerra sañuda, y luego caía igual descalabro sobre los romanos y sus aliados, que iban pereciendo por el clima, por sus reencuentros mutuos y por el desenfreno de los bárbaros. Procopio al desembarcar se estaba pasmando de ver el vecindario de las ciudades y aldeas, afanado todo en el comercio y la labranza, y en menos de veinte años se trocó aquel hervidero en soledad yerta; los pudientes se salvaron en Sicilia y Constantinopla, y el historiador reservado afirma sin reparo que en las guerras y el gobierno de Justiniano vinieron a fenecer hasta cinco millones de africanos.[491]

Los celos de la corte bizantina le impidieron a Belisario completar la conquista de Italia, y su rauda partida rehízo el denuedo de los godos,[492] quienes acataban su numen, su

pundonor y hasta el motivo recomendable que le había estrechado a engañarlos y desecharlos. Habían perdido su rey (quebranto baladí), su capital y sus tesoros, las provincias desde Sicilia hasta los Alpes y la fuerza militar de doscientos mil bárbaros, colmadamente equipados en armas y caballos. Mas aún no se había malogrado todo, puesto que se estaba defendiendo Pavía con mil godos pundonorosos, enamorados de la libertad y de su antigua prepotencia. Brindose unánimemente el mando supremo al valeroso Uraxas, y sólo para él podía la desventura de su tío Vitiges motivar su exclusión. Su voto encaminó la elección hacia Hildibaldo, cuyo desempeño llevaba el realce de la esperanza que su deudo Teudis, el monarca español, acudiría al interés general de la nación goda. Abonaba al parecer la elección su acierto en el mando por Liguria y Venecia, pero luego manifestó al orbe entero cuán incapaz era de perdonar y de mandar a su bienhechor. Lastimaban a la consorte de Hildibaldo la hermosura, los haberes y el engreimiento de la esposa de Uraxas; y la muerte de aquel patricio virtuoso airó sobremanera a un pueblo libre. Un asesino denodado ejecutó la sentencia, arrancando la cabeza de Hildibaldo en medio de un banquete. Los rugios, tribu advenediza, tomaron a su cargo la elección, y Totila, sobrino del último rey, fue inducido por venganza a entregarse él mismo y la guarnición de Trevigo al poder de los romanos. Pero el mancebo gallardo y cabal prefirió el trono godo al servicio de Justiniano, y purificado ya el palacio de Pavía de la usurpación de los rugios, revistó las fuerzas nacionales de cinco mil soldados y emprendió arrojadamente el restablecimiento del reino de Italia.

Los sucesores de Belisario, hasta once generales de igual jerarquía, desatendieron el trance de enfrentar a los godos

todavía endebles y mal avenidos, dando lugar a que los progresos de Totila y las reconvenciones de Justiniano los pusiesen en movimiento. Abriéronse sigilosamente las puertas de Verona a Artabano, capitaneando cien persas al servicio del emperador. Huyen los godos de la ciudad; páranse los generales romanos a sesenta *furlongs* [12,06 km] para repartirse el despojo y, en medio de sus reyertas, descubre el enemigo la cortedad de los vencedores, quedan los persas arrollados, y Artabano se salva brincando una valla para luego fenecer del lanzazo de un bárbaro que lo había retado particularmente. Adelántanse contra las fuerzas de Totila veinte mil romanos, junto a Faenza, por los cerros de Mugello en el territorio florentino. El ímpetu de hombres libres que pelean por el recobro de su patria se abalanza a las tropas asalariadas y desfallecidas, que hasta carecen del brío de la servidumbre disciplinada. Desamparan al primer avance sus banderas, arrojan las armas y se dispersan con tal velocidad que minoran la pérdida al paso que rematan la afrenta del vencimiento. El rey godo, sonrojado con la ruindad de sus enemigos, sigue aceleradamente el rumbo del pundonor y la victoria; atraviesa el Po, tramonta el Apenino, suspende la conquista importante de Rávena, Florencia y Roma, y se interna por el corazón de Italia para entablar el sitio, o más bien bloqueo, de Nápoles. Los caudillos romanos, aprisionados en sus ciudades respectivas, y reconviniéndose mutuamente por el desdoro general, no se arrestan a entorpecerle el intento. Mas el emperador, sobresaltado con el peligro y el conflicto de sus conquistas italianas, envía una escuadra con un cuerpo de soldados tracios y armenios al socorro de Nápoles. Se detienen en Sicilia para acopiar abastos, pero las demoras del nuevo jefe, magistrado desaguerrido, fueron dilatando los padecimientos de los sitiados, y los auxilios llegados allá tardía y apocadamente

van cayendo en poder de los bajeles armados dispuestos por Totila en la bahía de Nápoles. El jefe de los romanos, arrastrado con una soga al cuello al pie de la muralla, exhorta desde allí con voz trémula a los ciudadanos para que imploren como él mismo la conmiseración del vencedor. Piden tregua, comprometiéndose a rendir la ciudad si no acude socorro ejecutivo en el plazo de treinta días. En vez de un *mes* el osado bárbaro les concede tres, confiado fundadamente en que el hambre ha de anticipar el término de la capitulación. Rendidos Nápoles y Cuma, las provincias de Lucania, Apulia y Calabria se sujetan al rey godo, quien acaudilla su ejército hasta los umbrales de Roma, sienta el real en Tibur, o Tívoli, a veinte millas [32,18 km] de la capital, y encarga sosegadamente al Senado y al pueblo que vayan cotejando la tiranía de los griegos con las dichas del reinado godo (541-544 d. C.).

El logro tan ejecutivo de Totila debe atribuirse en parte al vuelco que tres años de experiencia habían causado en el concepto de los italianos. Por mandato, o por lo menos en nombre de un emperador católico, habían arrebatado el papa, [493] su padre espiritual, de la Iglesia romana para morir de hambre, o de mano airada, en una isla yerma.[494] Reemplazaban las virtudes de Belisario con los vicios uniformes o variados de once caudillos en Roma, Rávena, Florencia, Perugia, Spoleto, etc., quienes se valían de la autoridad para su desenfreno lujurioso o avariento. Las mejoras de las rentas se habían encargado a un escribiente caviloso, Alejandro, consumado en las estafas y tropelías de la escuela bizantina, apodado *Saliction*, o la tijera,[495] por su maña peregrina para cercenar una moneda de oro sin desfigurarla. En vez de dar treguas para el restablecimiento de la paz y la industria, impuso un gran recargo sobre los haberes de los italianos. Extremó más la odiosidad

procesando arbitrariamente a cuantos allá, en el reinado godo, habían manejado los caudales públicos. Los súbditos de Justiniano que se libertaban de aquellas vejaciones parciales padecían el sumo quebranto del mantenimiento descomedido de la soldadesca que Alejandro altaneramente defraudaba, y con sus correrías atropelladas en busca de caudales y abastos incitaba a los campesinos para anhelar y agenciar su rescate con el pundonor de algún bárbaro. Era Totila[496] recatado y parco, y ante todo incapaz de engañar a compañeros ni enemigos, que se acogieran a su palabra o su clemencia. Pregonó halagüeñamente por las campiñas de Italia que siguiesen los labradores con sus afanes de labranza sin zozobra, pues con pagar los impuestos corrientes los resguardaría con sus disposiciones de las demasías de la guerra. Iba atacando las fortalezas, y habiéndolas rendido arrasaba las fortificaciones para libertar al vecindario de los quebrantos de todo sitio, privar a los romanos de aquel resguardo y decidir la contienda angustiosa de las dos naciones con una refriega en campo raso. Tentaba a los cautivos y desertores romanos para alistarse en su servicio; atraía a los esclavos con la promesa formal y valedera de que nunca se les entregaría a sus dueños, y con los mil guerreros de Pavía se fue avecindando un nuevo pueblo, llamado godo, en los reales de Totila. Cumplía muy puntualmente los artículos de toda capitulación, sin escudriñar cavilosamente ventajas con expresiones dudosas o acontecimientos imprevistos; había pactado la guarnición de Nápoles que se la trasportase por mar; la tenacidad de los vientos contrarió el viaje, pero se les suministraron generosamente caballos, abastos y una salvaguardia hasta las puertas de Roma. Se devolvieron sin rescate a sus maridos las mujeres de los senadores, sobrecogidas por las quintas de la Campania: se castigaba inexorablemente

con pena de muerte toda tropelía contra el recato mujeril, y en el reparto del alimento provechoso a los hambrientos napolitanos, el vencedor manifestó el esmero y miramiento de un médico discreto. Las virtudes de Totila son igualmente loables, así provengan de la política, de la religión, o de la humanidad; solía arengar a sus tropas tomando siempre por tema que la relajación nacional corre pareja con el exterminio, que la victoria es alumna de las virtudes morales al par que de la pujanza militar, y que el príncipe y aun el pueblo son responsables de las demasías que dejan de castigar.

Amigos y enemigos se aunaron para activar el regreso de Belisario para salvar el país que había conquistado, y se le impuso la guerra goda como un feudo o un destierro. Héroe en las orillas del Éufrates y esclavo en el palacio de Constantinopla, admitió con repugnancia el encargo penosísimo de sostener su propia nombradía, y enmendar los yerros de los sucesores. Abierto estaba el mar para los romanos: reuniéronse bajeles y tropa en Salona, junto al palacio de Diocleciano; refrescó y revistó sus soldados en Pola de Istria, fue costeando hasta el extremo el Adriático, se detuvo en Rávena, y expidió órdenes más bien que auxilios a las ciudades súbditas. Dirigió su primera oración pública a godos y romanos, en nombre del emperador, que suspendía los afanes de la guerra persa por acudir a los ruegos de los italianos. Apuntaba de paso las causales y los fraguadores de los nuevos quebrantos, esmerándose en orillar toda zozobra por lo pasado y toda confianza de impunidad para lo venidero, y echando el resto, con más ahínco que acierto, por hermanar a todos los individuos del gobierno en concordia entrañable de afecto y obediencia. Apetecía Justiniano, su graciable dueño, indultar y premiar, e interesaba y le correspondía ir convocando a los hermanos alucinados que

habían seguido a ciegas los artificios del conquistador. No asomó un desertor de las banderas del rey godo, y Belisario percibió que se lo había enviado a presenciar la gloria de un mancebo bárbaro, pues su propia carta exhibe arranques pundonorosos y pinceladas vivísimas de las angustias de un pecho esclarecido. «Mi excelente príncipe, hemos aportado en Italia faltos de pertrechos, gente, caballos, armas y dinero. En nuestra última vuelta por las aldeas de Tracia e Iliria, hemos ido recogiendo con sumo afán como cuatro mil reclutas, desnudos e inhábiles en el manejo de las armas y los ejercicios de un campamento. La tropa ya de asiento en la provincia se queja, teme y desfallece; al eco del enemigo abandona los caballos y arroja las armas. No cabe recaudar impuestos, por cuanto Italia está en manos de los bárbaros, y con la carencia de medios, ni nos queda mando, ni aun mera suposición de autoridad. Tened entendido, Señor, que la mayor parte de vuestra tropa ha desertado ya a los godos. Si cupiese llevar a cabo la guerra con la mera presencia de Belisario, cumplidos quedan vuestros deseos, puesto que Belisario se halla ya en Italia. Pero si anheláis vencer, otros preparativos se requieren, pues sin fuerza militar el dictado de general es un eco sin fundamento. Sería del caso devolverme mis propios veteranos y mi guardia personal. Antes de salir a campaña, necesito un refuerzo competente de cuerpos de línea y tropas ligeras, y sólo con dinero cabe proporcionarse el auxilio indispensable de un grueso de caballería de los hunos.»[497] Envió de Rávena Belisario un oficial de su confianza para activar y traerle los auxilios, mas desatendiose el mensaje, y se detuvo al enviado en Constantinopla con un desposorio aventajado. Apurado ya todo el sufrimiento con demoras y desaires, repasó el general romano el Adriático y estuvo en Durazzo esperando la llegada de la tropa que se iba juntando pausadamente, entre los

súbditos y aliados del Imperio. No alcanzaban sus fuerzas a libertar a Roma estrechamente sitiada por el rey godo. Cubrían los bárbaros la vía Apia por espacio de cuarenta jornadas, y como el tino de Belisario tenía que sortear una batalla, antepuso la navegación segura y expedita, de cinco días desde la costa del Epiro, hasta la desembocadura del Tíber.

Avasallados ya, a viva fuerza o por convenio, los pueblos de menor entidad por el interior de Italia, pasó Totila no a asaltar, sino a cercar y desabastecer la antigua capital. Acosaba Besas con su codicia y resguardaba con su valor a Roma; caudillo veterano y de origen godo, tenía que abarcar, con una guarnición de tres mil hombres, el ámbito anchuroso de las quebrantadas murallas. Estaba negociando aventajadamente con las privaciones del pueblo, y se complacía interiormente con la duración del sitio. Los acopios redundaron en su utilidad propia: el desprendimiento del papa Vigilio había recogido y embarcado un crecido abasto de trigo de Sicilia, pero los bajeles salvos de las manos de los bárbaros caían en las más rapaces del gobernador, que iba repartiendo su ración cercenada a la tropa y vendiendo lo restante a los romanos más pudientes. Costábales el medimno, o media fanega [27,75 kg] de centeno, siete piezas de oro; se daban cincuenta por un buey, precio extraño y casual; creció el hambre, y al mismo paso esta exorbitancia; y la soldadesca solía privarse de su cuota, que apenas alcanzaba a sostenerle la vida. Una mezcla desabrida y nociva, en la que el afrecho era tres tantos de la harina, aplacaba el hambre de los menesterosos; tuvieron luego que alimentarse de caballos muertos, perros, gatos y ratas, y aun que arrebañar la hierbecilla y las ortigas que crecían por los escombros de la ciudad (mayo de 546 d. C.). Una turba de vestiglos descarnados, enfermizos y desesperados, cercó el palacio del gobernador, clamando

verdadera pero inserviblemente que debía el dueño mantener a sus esclavos, y amonestándole rendidamente a que acudiese a su mantenimiento, les franquease el paso, o les mandase matar inmediatamente. Replicó Besas con empedernido sosiego que le era imposible alimentar, mal seguro el despedir, e ilegal el matar a los súbditos del emperador. Pero el ejemplo de un ciudadano pudo enseñar a los demás que no cabe a un tirano apear del privilegio de quitarse la vida. Traspasado con los alaridos de cinco niños que clamaban en vano al padre por pan, mandó seguir sus pasos, se adelantó con silenciosa y pacífica desesperación a uno de los puentes del Tíber, y tapándose el rostro se arrojó de cabeza al río, en presencia de su familia y del pueblo romano. Besas[498] a los ricos y apocados vendía el permiso de su salida, pero los más de los fugitivos fueron pereciendo por las carreteras, o a manos de las partidas volantes de los bárbaros. Entretanto iba el mañoso gobernador halagando y esperanzando al vecindario, con voces vagas de armadas y tropas que acudían a su socorro, desde los extremos de Levante. Confortolos más la seguridad de que había Belisario *aportado*, y sin pararse a contar sus fuerzas, descansaban entrañablemente con la humanidad, el denuedo y la maestría de su esclarecido libertador.

Advertido de suyo Totila, fue atravesando tropiezos a tamaño antagonista. A noventa *furlongs* [18,09 km] debajo de la ciudad, en lo más estrecho del cauce, lo atajó todo con una presa, levantando a sus extremos dos torres empinadas y guarnecidas por los godos más esforzados, y surtidos de arrojadizas y máquinas ofensivas. Ceñía la inmediación de la torre y malecón una cadena recia de hierro, y ésta tenía en sus extremos una porción de flecheros selectos. Pero el empeño de arrollar la valla y rescatar la capital manifiesta un rasgo

descollante del arrojo y la maestría de Belisario. Adelántase la caballería desde el puerto por la carretera, para frenar los intentos y distraer la atención del enemigo; repártense la infantería y los abastos en doscientos lanchones, cada uno parapetado con tablones, y sus aspilleras para el tiro de las arrojadizas. A vanguardia van dos bajeles grandiosos encadenados sosteniendo en medio un castillo nadante que señorea las torres de la presa, y encierra un repuesto de lumbre, betún y azufre. Guía en persona todo el aparato, movido a viva fuerza contra la corriente del río. Estalla la cadena al empuje, y los enemigos que guardaban las orillas quedan muertos o dispersos. Al llegar a la valla principal, se aferra el barco incendiario a la presa: queda abrasada una de las torres con doscientos godos; cantan victoria los asaltadores, y Roma hubiera estado en salvo si los oficiales de Belisario no hubieran frustrado con gran torpeza su sabiduría. Había de antemano dispuesto que Besas acudiese a esforzar la empresa con una salida oportuna de la ciudad, y había terminantemente colocado a su teniente Isaac al resguardo del puerto. Tiene inmóvil a Besas su codicia, mientras el denuedo juvenil de lsaac lo pone en manos de un enemigo superior. Llega de improviso el eco de su derrota muy abultado a los oídos de Belisario: se para; prorrumpe en aquel único trance de su vida en arranques de extrañeza e indecisión, y dispone a su despecho la retirada por salvar a su mujer Antonina, sus tesoros y el único fondeadero que poseía en Toscana. El quebranto de su ánimo le acarreó una fiebre aguda y casi mortal, y Roma quedó desahuciada, a la compasión o las iras de Totila. Enconose la enemiga nacional con la continuación de las hostilidades; arrojaron afrentosamente al clero arriano de Roma, al arcediano Pelagio sin éxito de una embajada al campamento godo, y a un obispo

siciliano, enviado o nuncio del papa, le cortaron ambas manos, por propasarse a afirmar falsedades a favor de la Iglesia y del Estado.

Había el hambre relajado la disciplina y la pujanza de la guarnición de Roma. No cabía emplear en el servicio un vecindario moribundo, y la codicia inhumana de traficante desvió a Besas de los desvelos del gobierno. Cuatro centinelas isaurios, mientras los compañeros dormían y los oficiales faltaban, se descolgaron con una cuerda de la muralla, y propusieron reservadamente al rey godo la introducción de su tropa en la ciudad. Mereció tibieza y desconfianza la propuesta; volvieron a salvo, y repitieron luego la visita; se escudriñó dos veces el paraje; se supo y se desatendió la conspiración, y apenas accedió Totila al intento, franquearon la puerta Asinaria a los godos. Se mantuvieron en batalla hasta el amanecer, recelosos de alevosía o celada, pero ya Besas había huido con su tropa, y al estrechar al rey para seguirles el alcance, contestó cuerdamente que no había vista más halagüeña que la de un enemigo huyendo. Los patricios que todavía conservaban caballos, Decio, Basilio, etc., acompañaron al gobernador; sus hermanos, entre ellos Olibrio, Orestes y Máximo, expresa el historiador que se retrajeron a la iglesia de San Pedro, pero la afirmativa de que sólo quinientas personas permanecieron en la capital infunde dudas acerca de su relación o del texto. Al ostentar el alba la victoria completa de los godos, visitó el monarca devotamente el túmulo del príncipe de los apóstoles, mas al estar orando ante el altar, veinticinco soldados y sesenta ciudadanos fueron degollados en el atrio del templo. Encarósele el arcediano Pelagio[499] con los Evangelios en la mano. «Oh, Señor, apiadaos de vuestro servidor». «Pelagio —dijo Totila, con insultante risa–, ese orgullo se allana ahora a ser suplicante». «Soy

suplicante —replicó el advertido arcediano–, Dios nos ha hecho vuestros súbditos, y como tales somos acreedores a vuestra clemencia». Perdonáronse las vidas a los romanos a sus rendidas plegarias, y se mantuvo intacto el recato de doncellas y matronas de todo ímpetu de los hambrientos soldados, pero se los galardonó con la libertad del saqueo, luego que los despojos más preciosos se hubieron reservado para el real tesoro. Rebosaban las casas de los senadores de oro y plata, y la codicia de Besas se afanó tan atroz y desvergonzadamente para beneficio del vencedor. Cupo en este vuelco a los hijos y niñas de cónsules romanos el sumo desamparo que habían menospreciado o socorrido, pues iban cubiertos de andrajos de puerta en puerta mendigando el pan, tal vez en balde, a los umbrales mismos de sus moradas hereditarias. Abocó Rusticiana, hija de Símaco y viuda de Boecio, generosamente sus riquezas, al alivio del hambre, pero embraveció a los bárbaros la voz de que había movido al pueblo para que derribase las estatuas del gran Teodosio, y ya iba a quedar sacrificada a su memoria la vida de aquella matrona venerable, a no acatar Totila su nacimiento, sus virtudes, y aun el motivo entrañable de su venganza. Al día siguiente pronunció dos oraciones, para dar el parabién y entrenar a los godos victoriosos, y afear al Senado, como a ínfimos esclavos, su perjurio, devaneo e ingratitud; manifestándole ceñudamente que les quitaba los honores y estados, agraciando debidamente a sus compañeros de armas. Indultolos por fin, y los senadores correspondieron a su clemencia, oficiando a sus vasallos o arrendadores en las provincias de Italia para que desamparasen las banderas de los griegos, siguiesen cultivando las haciendas pacíficamente, y aprendiesen de sus amos a cumplir con la debida obediencia al soberano godo. Mostrose inexorable con la ciudad que tanto

había estado atajando la carrera de sus victorias: demoliose alternadamente un tercio de las murallas, se dispuso fuego y máquinas para volcar las obras más grandiosas de la Antigüedad, y quedó atónito el orbe, con el decreto aciago de que Roma había de convertirse en dehesa para el ganado. La entereza comedida de una representación de Belisario suspendió aquella ejecución, recomendando al bárbaro que no tiznase su nombradía con el exterminio de monumentos que eran el blasón de los difuntos y el embeleso de los vivos; y el dictamen de un enemigo recabó de Tolila la conservación de Roma, como gala de su reino y la prenda más aventajada para la paz y reconciliación. Después de manifestar a los enviados de Belisario su ánimo de conservar Roma, colocó a ciento veinte *furlongs*[24,12 km] un ejército para atalayar los movimientos del general enemigo. Marchó con las fuerzas restantes a Lucania y la Apulia, y se aposentó sobre una de las cumbres del monte Gárgano,[500] uno de los campamentos de Aníbal.[501] Tuvieron que irle siguiendo los senadores, para luego dejarlos encerrados en las fortalezas de Campania; los ciudadanos con mujeres y niños fueron repartidos por destierros, y por cuarenta días quedó Roma en el desamparo de una soledad pavorosa.[502]

Resarciose luego la pérdida de Roma con un arrojo (febrero de 547 d. C.) el cual, según el éxito, el concepto público graduará de temeridad o de heroísmo. Tras la partida de Totila, sale el general romano del puerto, capitaneando mil caballos, destroza a cuantos enemigos se le atraviesan, y se asoma, condolido y reverente, al ámbito solitario de la *ciudad eterna*. Tremola su estandarte en el Capitolio, y resuelto a mantenerse a todo trance en aquella cumbre esclarecida, convoca sus mayores fuerzas; acude el vecindario, a impulsos de su cariño patrio y esperanzado de alimento, y se envían de nuevo las llaves de

Roma a Justiniano. Restablécense las murallas demolidas con materiales toscos o desímiles; se despeja el foso; se derraman sin tasa aguijones de hierro[503] por las carreteras para lastimar a la caballería, y como no era posiblel rehabilitar ejecutivamente las puertas, se atajan las entradas con un antemural espartano de pechos valerosos. Acude Totila atropelladamente, a los veinticinco días, de la Apulia, ansiando su desagravio. Espérale Belisario; rechaza repentinamente a los godos en tres asaltos generales; pierden la flor de su tropa; el estandarte real peligra de caer en manos del enemigo, y se desploma como se había encumbrado la nombradía de Totila con la fortuna de sus armas. Descolló el general romano por cuanto cabe en el denuedo y la maestría, y sólo faltaba que Justiniano, echando oportunamente el resto, redondease la empresa que su ambición había entablado. La flojedad o el desvalimiento de un príncipe despreciador de sus enemigos y envidioso de sus mismos sirvientes fue dilatando los quebrantos de Italia. Tras largo silencio, dispone que Belisario deje una guarnición competente en Roma y pase a la provincia de Lucania, cuyos moradores, a impulsos de su catolicismo, habían sacudido el yugo de sus vencedores arrianos. En estos desairados vaivenes, aquel héroe, invicto contra el poderío de los bárbaros, quedó ruinmente vencido con las demoras, la desobediencia y la cobardía de sus propios oficiales. Descansaba en su residencia de invierno de Crotona, muy confiado en que los dos tránsitos de la serranía Lucania quedaban resguardados con su caballería. Vencidos ambos por flojedad o alevosía, la marcha ejecutiva de los godos apenas dio tregua a Belisario para salvarse en la costa de Sicilia. Juntose por fin armada y ejército, para el rescate de Rusciano o Rosano,[504] fortaleza a sesenta *furlongs*[12,06 km] de las ruinas de Síbaris, adonde se habían refugiado los nobles de Lucania.

Una tormenta desbarató en el primer avance las tropas romanas, y al acercarse luego a la playa, estuvieron mirando los cerros cuajados de flecheros, y el desembocadero defendido con una línea de picas, y allá el rey godo ansioso por batallar. Retirose el conquistador de Italia suspirando, y siguió entorpecido y desairado hasta que Antonina, enviada a Constantinopla para agenciar auxilios, logró, muerta ya la emperatriz, el permiso para el regreso de su marido.

Podían las cinco últimas campañas de Belisario desenconar no tanto la envidia de sus competidores, cuyos ojos tenía deslumbrados y mal heridos su primera gloria. En vez de libertar a la Italia de los godos, había tenido que ir vagando fugitivamente por la costa, sin osar internarse ni admitir el reto denodado y repetido de Totila. Mas en el concepto de los pocos deslindadores de disposiciones y acontecimientos, cotejando medios y resultados, descolló con mayor maestría en el arte de la guerra, entonces en el auge de su prosperidad, cuando presentó dos reyes cautivos ante el solio de Justiniano. No enfrió la edad el denuedo de Belisario; la experiencia realzó su tino, mas su humanidad y su justicia asoman algún tanto quebrantadas con los embates violentos de la necesidad. La mezquindad o escasez del emperador lo obligaron a desviarse de la norma que le había merecido el cariño y la confianza de los italianos. Se acudía a la guerra acosando a Rávena, Sicilia y todos los súbditos leales del Imperio, y la persecución extremada contra Herodiano le impidió al oficial reo o agraviado entregar Spoleto en manos del enemigo. La codicia de Antonina, amainando a temporadas con sus amores, había quedado a solas reinante en su corazón. Conceptuaba el mismo Belisario que las riquezas en un siglo estragado eran el cimiento y la gala del mérito personal, y no cabe suponer que se propasase a mancillar su pundonor por el

servicio público, sin rozarse en algún despojo para sí mismo. Sorteó el héroe el acero de los bárbaros, pero los puñales de la conspiración estaban acechando su regreso.[505] Rebosando de riquezas y honores, el azote de la tiranía africana se lamentaba de la ingratitud de las cortes. Aspiró a desposarse con Proyecta, sobrina del emperador, la que ansiaba galardonar a su enamorado; pero Teodora, devota, esforzó el estorbo de su primer enlace. Enardecían lisonjas el engreimiento de su alcurnia regia, y los servicios de que blasonaba lo estaban habilitando para hechos desalmados y sanguinarios. Se acordó la muerte de Justiniano, mas aplazaron los conspiradores su ejecución hasta que pudieran sorprender a Belisario desarmado y desnudo en el palacio de Constantinopla. Desahuciados de cohecharlo, temían fundadamente la venganza, o más bien justicia, del general veterano, capaz de juntar arrebatadamente un ejército en Tracia, para castigar a los asesinos, y tal vez paladear el fruto de su delito. La demora les facilitó comunicaciones temerarias y confesiones decorosas; condenó el Senado a Artabano, mas la suma blandura de Justiniano los dejó en el arresto desahogado del palacio, hasta que vino a indultarlos de tamaña tentativa contra su trono y su vida. Perdonando el emperador a sus enemigos, tenía que abrazar entrañablemente a un amigo cuyas victorias sonaban únicamente, y que debió estrecharse más y más con el príncipe, por la circunstancia reciente de su peligro común. Iba Belisario descansando de sus afanes, allá en la jerarquía encumbrada de general del Oriente y conde de los domésticos, y los cónsules y patricios más antiguos cedían acatadamente la preferencia al mérito sin par del primero entre los romanos.[506] Allanábase más y más este primero entre los romanos a ser esclavo de su mujer, pero aquella servidumbre habitual y afectuosa era ya menos desairada, desde que la muerte

de Teodora había quitado el ruin influjo de la zozobra. Juanina, su hija y heredera única de sus haberes, estaba ya apalabrada con Anastasio, nieto, o más bien sobrino, de la emperatriz,[507] cuyo intermedio propicio dio pábulo al incremento juvenil. Mas falleció con Teodora su poderío, regresaron los padres de Juanina, y su honor y tal vez su dicha, todo vino a quedar sacrificado a la venganza de una madre empedernida, que frustró los desposorios comprometidos antes de ratificarse con las ceremonias eclesiásticas.[508] Quedaba ya a la partida de Belisario sitiada Perusa, y pocas ciudades se hacían inexpugnables para las armas godas. Resistían aun Rávena, Ancona y Crotona, y al pedir Totila el desposorio con una de las hijas de Francia, padeció la reconvención amarga de que el rey de Italia no era acreedor a su dictado mientras no lo reconociese el pueblo romano. Habían quedado, para la defensa de la capital, tres mil soldados sobresalientes, y maliciando monopolios degollaron al gobernador, y participaron a Justiniano con una diputación del clero, que no indultándoles su demasía y satisfaciéndoles sus atrasos, se abalanzarían a las ofertas ventajosas que les estaba haciendo Totila. Mas el oficial que tomó aquel mando (era Diógenes su nombre) merecía su aprecio y confianza, y los godos en vez de lograr una conquista obvia tropezaron con una resistencia porfiada de la tropa y el vecindario, quienes resignadamente aguantaban la carencia del puerto, y de todo suministro marítimo. Se hubiera levantado quizás el sitio de Roma si las larguezas de Totila con los isaurios no hubieran cebado a algunos de sus paisanos para repetir sus alevosías. En la lobreguez de la noche, mientras el clarín godo resonaba por otra parte, abren sigilosamente la puerta de San Pablo; dispáranse los bárbaros a la ciudad, y atajan la guarnición fugitiva antes de coger la bahía de Centumcella. Un alumno de

Belisario, Pablo de Cilicia, se retiró con cuatrocientos hombres a la mole de Adriano; pero rechazando los godos, acosados por el hambre y repugnándoles la carne de caballo, se arrojaron al trance de una salida desesperada y decisiva. Amainó luego su tesón algún tanto, y capitularon honoríficamente, pues se les abonaron sus atrasos y conservaron sus armas y caballos, alistándose al servicio de Totila. Se franqueó a los caudillos que alegaron su apego pundonoroso a las mujeres y niños que tenían en el Oriente retirada decorosa; y la clemencia del vencedor salvó a cuatrocientos enemigos retraídos a los santuarios. No trató ya de arrasar los edificios de Roma,[509] respetándolos ahora como solar del reino godo; devolviose al Senado y vecindario su patria; acudió eficazmente Totila a los abastos, y dio, con vestimenta pacífica, juegos ecuestres en el circo. Mientras estaba entreteniendo al gentío, disponía cuatrocientos bajeles para el embarque de sus tropas, que redujeron a Regio y a Tarento; pasó luego a Sicilia; objeto de su encono implacable, y quedó la isla despojada de oro, plata y frutos de la tierra, con un sinnúmero de caballos, y ganado lanar y vacuno. Siguieron Cerdeña y Córcega la suerte de Italia, y una armada de trescientas galeras fue infestando las costas de Grecia.[510] Desembarcaron godos en Corcira y en el antiguo Epiro; se internaron hasta Nicópolis, el trofeo de Aguria y Dodona,[511] tan célebre por los oráculos de Júpiter. El atinado bárbaro, a cada paso victorioso, iba repitiendo a Justiniano su anhelo de paz, encarecía la concordia de sus antepasados, y brindaba con las armas godas para el servicio del Imperio.

Sordo Justiniano a la propuesta de paz, desatendía las urgencias de la guerra, y la flojedad de su índole desairaba, hasta cierto punto, el ahínco de sus empeños. Desaletargaron al emperador de su embeleso el papa Vigilio y el patricio Cetego,

que se presentó ante su solio, y lo amonestó en nombre de Dios y del pueblo para que insistiese en la conquista y el rescate de Italia. Alternaron el antojo y la sensatez en el nombramiento de generales. Dio la vela una armada en socorro de Sicilia, al mando de Liberio (549-551 d. C.), pero luego se recapacitó su poca edad y ninguna experiencia, y antes de que llegara a la isla lo alcanzó el relevo. Apareció en su lugar aquel Artabano, el conspirador desaprisionado de su encierro para ostentar honores militares, dando graciablemente por supuesto que el agradecimiento le enardecería el denuedo y robustecería el vasallaje. Ociaba Belisario a la sombra de sus laureles, pero el mando del ejército principal se reservaba para Germano,[512] el sobrino del emperador, cuya jerarquía y merecimientos se habían estado ajando por celos palaciegos. Habíale agraviado Teodora en los derechos de mero ciudadano en los desposorios de sus hijos y en el testamento de su hermano, y por más pura e irreprensible que fuese su conducta, lastimaba a Justiniano el que se lo conceptuase acreedor a la confianza de los mal contentos. Era la vida de Germano un espejo de rendida obediencia; se desentendió dignísimamente de todo empeño en las lides del circo; su naturalidad placentera amenizaba la formalidad de sus modales, y franqueaba su caudal sin asomo de interés al menesteroso y al amigo. Su denuedo había ya triunfado de los eslavones en el Danubio y de los rebeldes en África; al primer eco de su nombramiento esperanzó gozosamente a Italia, y se le aseguró particularmente que a su nuevo asomo, un sinnúmero de desertores romanos desampararían las banderas de Totila. Recomendaba a Germano para con los mismos godos su segundo enlace con Malasunta, nieta de Teodorico, marchando con repugnancia contra el padre de un vástago real y postrero de la alcurnia de los Amalis.[513]

Asignole el emperador un situado esplendoroso, y él abocó al intento sus haberes; eran sus dos hijos eficaces y populares, y sobrepujó en la prontitud y arreglo de sus reclutas la expectación pública. Se le permitió elegir algunos escuadrones de caballería Tracia: alistábanse voluntariamente veteranos y bisoños en Constantinopla y por Europa, y aun hasta en el corazón de la Germania el eco de sus larguezas le acarreó el auxilio de los bárbaros. Adelantáronse los romanos hasta Sárdica, y ahuyentaron una hueste de eslavones; pero a los dos días de estar todos en marcha, fenecen con el fallecimiento de Germano todos sus intentos. Mas el empuje que había dado al aparato de la guerra de Italia siguió con su pujanza y resultado. Contrastaron los pueblos marítimos de Ancona, Crotona y Centumcella los asaltos de Totila. La eficacia de Artabano allanó la Sicilia, y derrotó la armada goda sobre la costa del Adriático. Venían a ser iguales las fuerzas de cuarenta y siete galeras contra cincuenta; pero la maestría de los griegos decidió la victoria, enganchándose con tal estrechez que tan sólo doce naves godas se salvaron de la azarosa refriega. Aparentaron menospreciar un elemento que desconocían; pero aquel desengaño corroboró la sentencia de que el dueño del mar lo ha de venir a ser de la tierra.[514]

Con el malogro de Germano, asomó la sonrisa por los labios de todos, al noticiarles que se había encargado a un eunuco el mando de los ejércitos romanos; pero descuella Narsés[515] entre los poquísimos que han libertado tan odioso nombre del menosprecio y el enfado de las gentes, pues aquel cuerpecillo menguado y endeble atesoraba el alma de todo un guerrero y estadista. El manejo del torno y la rueca habían embargado su mocedad como mujerilmente casera y oficiosa; pero mientras sus manos se atareaban en los realces del lujo, se dedicaba a solas

a robustecer sus despejadas potencias. Ajeno de enseñanza pacífica y guerrera, se esmeró palaciegamente en el disimulo, la lisonja y la persuasión; y desde que se apersonó con el emperador, se granjeó su afecto y su pasmo, con los consejos varoniles que brotaban del labio de su camarero y mayordomo particular.[516] Ejercitó y realzó Narsés su desempeño en repetidas embajadas; acaudilló una hueste en Italia, se amaestró en la guerra y en la topografía, y allá se encumbró a competir con la supremacía de Belisario; y a los doce años de su regreso se lo nombró para redondear la conquista inacabada del primer general romano. En vez de adolecer de vanagloria y de envidia, manifestó sin rebozo que de no entregarle fuerzas competentes, jamás se avendría a arriesgar su propio concepto y el de su soberano. Otorgó Justiniano a su favorito lo que tal vez negara al héroe; revivió la guerra goda de su rescoldo, y sus preparativos correspondieron a la majestad antigua del Imperio. Pusiéronle en la mano las llaves del erario, para acopios, reclutas, armas y caballos, y para satisfacer atrasos de paga y cohechar fugitivos y desertores. Seguía reunida la tropa de Germano, y se detuvo esperando al nuevo caudillo, mientras la liberalidad notoria del eunuco Narsés iba reclutando nuevas legiones de súbditos y aliados. El rey de los lombardos[517] cumplió y aun sobrepujó los pactos de un tratado, franqueando hasta dos mil doscientos guerreros sobresalientes, acompañados luego con tres mil de sus gallardos secuaces. Peleaban tres mil hérulos a caballo bajo Telemuz, su caudillo patricio, y el esclarecido Arato, imbuido en la disciplina y las costumbres de Roma, acaudillaba un cuerpo de veteranos de la misma nación. Desencarcelaron a Dagisteo para mandar a los hunos, y Kobad, nieto y sobrino del gran rey, allá descollaba con la tiara regia, capitaneando a sus fieles persas, comprometidos en la suerte de su príncipe.[518] Árbitro en el

ejercicio de su autoridad, y mas con el cariño de su tropa, acaudilló Narsés un ejército crecido y lozano de Filipópolis a Salona, y luego siguió por la playa oriental del Adriático hasta el confín de Italia. Tuvo que hacer alto, pues no alcanzaba el Oriente a suministrarle transportes para tal muchedumbre de hombres y caballos. Los francos, que en la revuelta general habían usurpado grandísima parte de la provincia veneciana, atajaban el paso a unos amigos de los lombardos; estaba aposentado Teya en Verona, con la flor de las tropas godas, y su tino había ido cubriendo de bosques y anegando todo el país inmediato.[519] En tantísimo atolladero, propuso un oficial experto una disposición acertada con visos de temeridad, y el ejército romano fue cautamente siguiendo la playa, mientras le antecedía la escuadra, para ir sucesivamente planteando puentes a las desembocaduras de los ríos Timavo, Brenta, Adige y Po que desagua en el Adriático al norte de Rávena; descansó allí nueve días, fue agolpando los trozos del ejército de Italia, y se encaminó a Rímini, para corresponder al reto del enemigo insultante.

La prudencia de Narsés lo impulsaba a trabar una refriega terminante, pues había el Imperio echado el resto: el desembolso diario aumentaba el costo con exorbitancia, y las naciones bisoñas en la disciplina y el trabajo podrían terminar luego en batallar entre sí, o contra su mismo bienhechor. Este concepto tan obvio debía frenar los ímpetus de Totila, mas era consciente de que el clero y el pueblo de Italia planeaban una segunda revolución; advertía o maliciaba los medros de aquella alevosía y acordó aventurar el reino godo en el trance de una jornada, en la que el valeroso se esforzaría con la inminencia del peligro, y el desafecto carecería de noticias trastornadoras. El general romano, en su marcha desde Rávena, castigó a la guarnición de

Rímini, atravesó en línea recta los cerros de Urbino, y recobró el rumbo de la vía Flaminia, nueve millas [14,48 km] desviado del peñón horadado, atajadizo del arte y la naturaleza, que podía detener o atrasar sus adelantos[520] (julio de 552 d. C.). Juntáronse los godos en las cercanías de Roma, arrebatándose en busca de un enemigo superior, y ambos ejércitos vinieron a encararse a distancia de cien *furlongs*[20,11 km], entre Tagena[521] y los sepulcros de los godos.[522] El mensaje altanero de Narsés fue un brindis, no de paz sino de indulto. Contestó el rey godo que trataba tan sólo de vencer o morir. «¿Qué día —dijo el mensajero— ha de ser la refriega?». «A los ocho días», replicó Totila, y a la madrugada intentó sorprender a un enemigo receloso y escuadronado. Puso al centro diez mil hérulos y lombardos descollantes en valor y dudosos en lealtad. Componíase cada ala de ocho mil romanos; resguardaba la derecha la caballería huna, y cubrían la izquierda mil quinientos caballos selectos y dispuestos, según la urgencia, para acudir a los compañeros o flanquear a los enemigos. Acaudillaba el eunuco, desde su punto competente, el ala derecha, y recorriendo la línea flechaba con su voz y su ademán la seguridad de su victoria; estimulaba a los soldados del emperador para castigar la demasía y el desvarío de una gavilla de salteadores, y ostentándoles cadenas, collares y brazaletes de oro como galardones de la valentía. Medió el agüero propicio de una lid particular, viendo el arrojo de cincuenta flecheros que sostuvieron un cerrillo contra tres embestidas redobladas de la caballería goda. Pasaron los ejércitos a tiro de ballesta toda la mañana en detención pavorosa, y los romanos tomaron alguna refacción precisa, sin desceñirse las corazas ni desembridar los caballos. Esperó Narsés el avance y Totila lo fue dilatando hasta recibir el postrer auxilio de dos mil godos. Mientras

desperdiciaba el rato en hablas infructuosas, manifestó el rey en corto trecho su pujanza y desembarazo de guerrero. Centelleaba el oro en su armadura; tremolaba el viento su pendón de púrpura, arrojó la lanza al aire, la empuñó con la diestra, la pasó a la izquierda, cejó, volvió a su sitio y jineteó con maestría, como en un picador. Llegado el refuerzo se retiró a su tienda, se armó y vistió como un soldado raso, y alzó la señal del avance. Arrojose la primera línea con más ímpetu que tino, pues rezagó la segunda línea de infantería. Quedaron luego encajonadas entre las puntas de la media luna que el enemigo había ido arqueando, y les saludó por ambas partes la descarga de cuatro mil flecheros. Su denuedo y aun su conflicto los entrometió más y más en una refriega estrecha y desigual, en la que tan sólo acertaban a valerse de las lanzas contra un enemigo ambidiestro, en todos los trances y géneros de armas. Ardían en competencia gallarda romanos y bárbaros, sus aliados, y Narsés, que estaba sosegadamente mirando y dirigiendo su denuedo, no acertaba a definir cuál era el más sobresaliente. Quedó la caballería goda pasmada, descompuesta, volcada y rota, y luego la infantería, en vez de apuntar sus picas a abrir claros, se dejó atropellar por los jinetes fugitivos. Seis mil godos yacieron muertos sin conmiseración en el campo de Tagena. Apresó al príncipe con cinco acompañantes, Asbad, de la alcurnia, de los gépidos. «Alto con el rey de Italia», clamó un labio leal, y Asbad traspasó con su lanza el cuerpo de Totila. Vengaron al golpe su muerte los fieles godos; transportaron al monarca moribundo a siete millas [11,26 km] del fracaso, y la presencia del enemigo no acibaró su postrer aliento. Lo resguardó la compasión en un túmulo arrinconado, mas los romanos acérrimos no se dieron por satisfechos con su victoria hasta ver el cadáver del rey godo, cuyo sombrero, tachonado de perlas y manto sangriento, presentó

luego a Justiniano el mensajero del triunfo.[523]

Luego que Narsés tributó su agradecimiento al autor de la victoria, y a la bienaventurada Virgen su patrona especialísima, [524] elogió, galardonó y despidió a los lombardos. Aquellos bozales valerosos incendiaban las aldeas y atropellaban matronas y doncellas sobre los altares, y un destacamento crecido fue acechando desveladamente su retirada, para que con su arreglo precaviese tamaños excesos. Continuó su marcha el eunuco victorioso por la Toscana, fue admitiendo rendimientos de godos, y oyendo aclamaciones y lamentos de los italianos, y luego cercó el recinto de Roma con toda su hueste formidable. Fue Narsés asignándose a sí mismo y a sus tenientes asaltos efectivos o aparentes, mientras, reservadamente estaba señalando el paraje obvio de una entrada desprevenida. Ni las fortificaciones de la mole Adriana ni las del puerto podían ya atajar al vencedor, y Justiniano vino a recibir por *quinta* vez las llaves de Roma.[525] Pero el rescate de la ciudad fue la desventura más rematada del pueblo romano, pues los bárbaros aliados de Narsés solían equivocar los fueros de la paz y de la guerra; la desesperación de los godos fugitivos hallaba asomos de consuelo en venganzas sangrientas, y el sucesor de Totila mató despiadadamente a trescientos mancebos de las primeras familias luego de haberles enviado como rehenes allende el Po. La suerte del Senado suministra un documento grandioso de los vaivenes de la humanidad. Había un oficial de Belisario, rescatado y trasladado de Campania a Sicilia, algunos senadores desterrados de su patria por Totila, al paso que otros por culpados desconfiaban de la clemencia de Justiniano, y algunos carecían de caballos y de medios para acudir a la playa. Cinco años estuvieron penando sus compañeros en el desamparo de su destierro; esperanzolos la victoria de Narsés, pero los godos

enfurecidos atajaron su regreso anticipado a la capital, y todas las fortalezas de Campania quedaron salpicadas de sangre patricia.[526] Feneció la institución de Rómulo a los trece siglos, y por más que los nobles de Roma ostentasen el dictado de senadores, no hay quien rastree huella de consejo público o régimen constitucional. ¡Rezaguémonos seis siglos y estaremos viendo a los reyes de la tierra aspirando a una audiencia, al par de los esclavos y libertos del Senado Romano![527]

Ardía más y más la guerra goda; retiráronse los bravos de la nación allende el Po, y todos unánimes nombraron a Teya por sucesor y vengador del malogrado héroe. Envió luego el nuevo rey embajadores, para implorar, o más bien obtener, el auxilio de los francos, derramando desprendidamente por el bien público cuantas riquezas yacían depositadas en el alcázar de Pavía (marzo de 553 d. C.). El residuo del real erario estaba custodiado por Aligerno en Cumas de Campania, pero las armas de Narsés cercaron estrechamente el poderoso castillo, fortificado por Totila. El rey godo se adelantó a largas y sigilosas jornadas, al socorro de su hermano, desde los Alpes hasta las faldas del Vesubio, burlando el desvelo de los caudillos romanos, y sentando sus reales en las márgenes del Sarno o *Dracón*,[528] que corre desde Nuceria a la bahía de Nápoles. Mediaba el río entre los ejércitos, estuvieron dos meses con escaramuzas lejanas e inservibles, y Teya conservó aquel punto importante hasta que, desamparado por su escuadra, quedó desahuciado de víveres. Subió con desgano al monte *Lactancio*, adonde los médicos de Roma desde el tiempo de Galeno solían enviar a sus enfermos por la ventaja del ambiente y de la leche.[529] Mas se aferraron luego los godos en otro empeño más gallardo; bajar del cerro, dejar los caballos, y morir con las armas en la mano y con el goce de su libertad. Capitaneolos el rey empuñando en la

diestra su lanza, y embrazando un broquel grandioso en la izquierda: con la primera volcó muerto al primer asaltador, y con el otro contrastaba cuantas arrojadizas le estaban a porfía asestando. Tras una refriega de largas horas, yacía postrada su izquierda con el peso de doce venablos clavados en el escudo. Firme en su sitio, clamaba el héroe porque sus acompañantes le suministrasen otro broquel, pero en aquel trance, descubierto el costado, se lo atravesaron de un flechazo mortal. Cayó, y enarbolada su cabeza en una lanza, estuvo pregonando a las naciones que el reino godo había fenecido. A su ejemplo se enardecieron los secuaces juramentados, para morir con su caudillo. Siguieron peleando hasta que la lobreguez encapotó la tierra; durmieron sobre las armas, renovaron la lid al amanecer, y se mantuvieron incontrastables hasta la tarde del segundo día. Con el descanso de la segunda noche, la falta de agua y la pérdida de sus campeones sobresalientes, los godos aun vivos se allanaron a admitir la capitulación decorosa que Narsés cuerdamente tuvo a bien proponerles. Se conformaron con la alternativa de permanecer en Italia como súbditos y soldados de Justiniano, o bien marcharse con una porción de sus haberes en busca de algún país independiente;[530] pero mil godos desecharon el juramento de fidelidad o destierro y rompieron antes que se firmase el convenio, logrando retirarse denodadamente y a salvo hasta los muros de Pavía. El aliento y la situación de Aligerno lo estimularon a remedar más bien que a llorar a su hermano; como flechero brioso y atinado, traspasó al primer tiro la armadura y el pecho de su contrario, y su maestría militar estuvo defendiendo Cumas[531] por más de un año contra las fuerzas de los romanos. Fue su maña barrenando la cueva de la Sibila,[532] convirtiéndola en mina horrorosa; aplicáronle combustibles para abrasar los puntales interinos,

empozáronse puerta y muros de Cumas en la caverna, pero resultó de las ruinas un precipicio hondo e inaccesible. Encaramose Aligerno sobre la punta de un peñasco solo e inalterable, hasta hacerse sosegadamente cargo de la situación desahuciada de su patria, y conceptuó más decorosa la amistad con Narsés que la servidumbre con los francos. Muerto Teya, el general romano fue repartiendo sus tropas y sojuzgando las ciudades de Italia; sostuvo Luca un sitio largo y porfiado, y era tanta la humanidad o la cordura de Narsés, que la alevosía repetida del vecindario no llegó a enojarlo hasta el punto de imponer la muerte que tenían merecida sus rehenes. Despidiolos a salvo; y su entrañable agradecimiento recabó de sus compatricios el desengaño de su tenacidad.[533]

Antes de la rendición de Luca, diluviaron nuevos bárbaros sobre Italia. Estaba reinando un mancebillo endeble, nieto de Clodoveo, sobre los francos austrasios u orientales (agosto de 553 d. C.) Los tutores de Teodebaldo correspondían con tibieza y repugnancia a las promesas ostentosas de los embajadores godos, mas el denuedo batallador del pueblo arrolló las timideces de la corte; dos hermanos, Lotario y Bucelino,[534] duques de los alamanes, encabezaron la guerra de Italia, y hasta setenta y cinco mil germanos se descolgaron por otoño de los Alpes Recios, sobre la planicie de Milán. Hallábase aposentado el ejército romano junto al Po, al mando de Fulcaris, hérulo denodado, que conceptuó temerariamente cifrado el desempeño de un caudillo, en su arrojo personal. Iba marchando, sin formación ni cautela, por la carretera Emilia, y lo embistió repentinamente una celada de francos desde el anfiteatro de Parma; huyó sobrecogida la tropa, mas no se movió el jefe, manifestando hasta el postrer aliento que se le hacía menos pavorosa la muerte que el semblante airado de Narsés. La

muerte de Fulcaris, con la retirada de los demás caudillos, tranzó los vaivenes y dudas de los godos. Acudieron al vuelo a las bandejas de sus libertadores, franqueándoles los pueblos, que estaban todavía resistiendo las armas romanas. El vencedor de Italia dejó el tránsito expedito al raudal irresistible de los bárbaros. Pasaron junto a los muros de Cesena, y contestaron con amagos y denuestos a la advertencia de Aligerno, de que ya los tesoros godos no alcanzaban a pagar los afanes de una invasión. La maestría y el denuedo del mismo Narsés, arrojándose de Rímini con trescientos caballos, acabó con dos mil francos, cebados en el desempeño de sus rapiñas. Dividieron los hermanos sus fuerzas en las cercanías de Samnia; Bucelino, con el ala derecha, se apropió el despojo de Campania, Lucania y Brescia; y Lotario con la izquierda, se abalanzó al saqueo de Apulia y Calabria. Fueron siguiendo la costa del Mediterráneo y del Adriático hasta Regio y Otranto, y el remate de Italia fue el término de sus pasos asoladores. Los francos, a fuer de cristianos y católicos, se contentaban con el mero robo y tal cual homicidio, pero las iglesias, acatadas por su religiosidad, cayeron en manos de los sacrílegos alamanes, que andaban sacrificando cabezas de caballos a sus deidades nativas de selvas y ríos;[535] derretían o profanaban los vasos sagrados, y los escombros de sagrarios y altares estaban salpicados con la sangre de los fieles. Ardía Bucelino en ambición y Lotario en codicia; aspiraba aquel al restablecimiento del reino godo, y éste, prometiendo a su hermano auxilios ejecutivos, se volvió por el mismo camino a depositar su tesoro allende los Alpes. Estaban ya menoscabados sus ejércitos con la variación del clima y las epidemias: los germanos se desenfrenaban con los vinos de Italia, y su destemplanza desagravió en parte al pueblo indefenso de tanta desdicha.

Juntáronse, al asomo de la primavera (554 d. C.), por las cercanías de Roma, hasta dieciocho mil imperiales, que habían estado resguardando los pueblos. No habían holgado en las horas invernales, pues diariamente siguieron ejercitándose tanto a pie como a caballo, por disposición y a ejemplo de Narsés; sonaba en sus oídos el clarín, y practicaban los pasos de la danza pírrica. Movíase pausadamente Bucelino desde los estrechos de Sicilia hacia Capua, con treinta mil francos y alamanes, afianzó con una torre de madera el puente de Casilino, resguardó su derecha con el río Vulturno, y afianzó lo restante del campamento con estacada y carruajes, cuyas ruedas estaban encalladas en la tierra. Vivía ansioso y pendiente del regreso de Lotario, ignorando que nunca volvería su hermano, y que el caudillo de su ejército había fallecido de dolencia muy extraña[536] a las márgenes del lago Benaco, entre Verona y Trento. Tremolaban ya sobre el Vulturno las banderas de Narsés, e Italia entera tenía ansiosa y clavada la vista en el paradero de tan decisiva contienda. Quizás el desempeño del general romano descolló más en los antecedentes que en los vaivenes del trance de una batalla. Sus movimientos certeros atajaron al bárbaro toda subsistencia, lo desposeyó de la ventaja del puente y el río, y en cuanto al paraje y punto de la refriega, le precisó a dejarlo al albedrío de su enemigo. A la madrugada del memorable día, escuadronada la tropa, un sirviente, por un leve descuido murió a manos de su dueño, uno de los caudillos de los hérulos. Arrebatose Narsés por justiciero o por impetuoso, llamó al matador a su presencia, y sin dar oídos a sus disculpas dio la señal de muerte al ejecutor. Indignáronse los hérulos y se pararon, pues si el dueño, inhumano en verdad, no había quebrantado las leyes de su nación, esta disposición era tan injusta como al parecer indiscreta; pero el general romano,

sin aplacar su saña ni esperar su determinación, voceó al sonar los clarines que si no acudían luego a sus puestos iban a malograr el blasón de su victoria. Colocó su tropa en frente muy dilatado,[537] la caballería sobre las alas; al centro la infantería de línea, y flecheros y honderos a retaguardia. Avanzaron los germanos en columna esquinada, o de cuña maciza. Arrollan el centro endeble de Narsés, quien se sonríe al encajonarlos en su aciago lazo, disponiendo que las alas de caballería los fuese acorralando, hasta cerrarles la retaguardia. Era la hueste toda de francos y alamanes de infantería; colgábales al costado broquel y espada, y sus armas ofensivas eran una segur pesada, o un venablo ganchudo, temibles únicamente en refriega cerrada y a cortísima distancia. Iba la flor de los flecheros romanos a caballo y con armadura completa, escaramuzando a su salvo, en torno de la falange inmóvil: suplían la cortedad del número con la diligencia de sus maniobras, y asestaban sus flechazos contra una chusma de bárbaros, que en vez de morrión y coraza se cubrían con una vestidura holgada de piel o de lienzo. Parados, trémulos, revueltos, llegan los hérulos en aquel trance decisivo, y anteponiendo la gloria a la venganza se disparan sobre la cabeza de la columna. Su caudillo Sindhal y Aligerno, el príncipe godo, descollaron en la valentía, y su ejemplo empujó a la tropa victoriosa para redondear con espada y lanza el exterminio del enemigo. Feneció Bucelino con lo más de su ejército en el campo de batalla, en las aguas del Vulturno, y a manos de los sañudos campesinos; mas parece increíble que una victoria[538] a la que sobrevivieron tan sólo cinco alamanes se conquistase con el único malogro de ochenta romanos. Siguieron siete mil godos, reliquias de la guerra, defendiendo la fortaleza de Capua, hasta la primavera siguiente, y cada mensajero de Narsés participaba el allanamiento de ciudades italianas, cuyos nombres

solía estragar la ignorancia o la vanagloria de los griegos.[539] Entró Narsés, tras la batalla de Casilino, en la capital; ostentáronse las armas de godos, francos y alamanes; la soldadesca tremolando guirnaldas, entonaba las alabanzas del vencedor, y Roma estuvo, por despedida, viendo el remedo de un triunfo.

Tras un reinado de sesenta años, siguió el exarcado de Rávena ocupando el solio de los reyes godos, y representando en paz y en guerra al emperador de los romanos. Redújose luego su jurisdicción al ámbito estrecho de una provincia, pero el mismo Narsés, el primero y más poderoso de todos los exarcas, manejó por más de quince años el reino entero de Italia. Otro Belisario se hizo ya acreedor a los embates de la envidia, la calumnia y el desaire, pero el eunuco predilecto merecía más y más la confianza de Justiniano, o sea que el caudillo de un ejército victorioso asombraba y contenía la ingratitud de una corte medrosa. Mas no cautivaba Narsés el ánimo de su tropa con endebles y dañinas condescendencias. Olvidando de lo pasado, y desatendiendo lo venidero, salía a buscar los ensanches de la paz y la prosperidad. Resonaba por Italia el eco de danzas y embriagueces; consumíanse en sensualidades los despojos de la guerra, y nada quedaba (dice Agatias) sino que se trocasen escudos y morriones en laúdes halagüeños y grandiosos azumbres.[540] El eunuco hecho allá un censor romano desaprobó en una oración varonil tamaños desatinos, que estaban mancillando su nombradía y exponiendo su seguridad. Sonrojose y obedeció la soldadesca; se robusteció la disciplina, se repusieron las fortificaciones; se colocó un *duque* para la defensa y mando militar en cada ciudad principal,[541] y la vista de Narsés de continuo estaba allá abarcando el ámbito anchuroso, desde Calabria hasta los Alpes. Los restos de los godos, o

desampararon el país, o se barajaron con el pueblo; los francos, en vez de vengar la muerte de Bucelino, abandonaron sus conquistas de Italia sin resistencia; y el rebelde Sindhal, caudillo de los hérulos, quedó subyugado, preso y ahorcado en un cadalso levantado por el justiciero exarca.[542] Planteose el estado civil de Italia, tras los vaivenes de tan larga tormenta, con una pragmática sanción, promulgada por el emperador, a instancias del papa. Introdujo su propia jurisprudencia Justiniano en las escuelas y tribunales de Occidente: revalidó las actas de Teodorico y sus inmediatos sucesores, mas quedó rescindido y anulado cuanto la violencia o la zozobra habían venido a formar bajo la usurpación de los godos. Se entabló un sistema comedido para hermanar el derecho de propiedad con el resguardo de la posesión, las urgencias del Estado con el desamparo del pueblo, y el indulto de agravios con los intereses de la virtud y el orden social. Quedó Roma, bajo los exarcas de Rávena, apeada a la segunda clase, mas se agasajó a los senadores con la franquicia de ir visitando sus estados por Italia, y de acercarse sin reparo al solio de Constantinopla: encargose al papa y al Senado el arreglo de pesos y medidas, y se destinaron los sueldos de abogados y médicos, de oradores y gramáticos, para conservar o revivir los destellos de la ciencia en la antigua capital. Allá dictaba Justiniano edictos benéficos,[543] cooperaba a sus anhelos Narsés, restableciendo ciudades y ante todo iglesias; mas la potestad regia tiene más pujanza para la destrucción, y los veinte años de guerra goda habían sido por esencia dañinos y despobladores de Italia. Ya desde la cuarta campaña y contra la entereza del mismo Belisario, en el escaso territorio del Piceno, [544] cincuenta mil labradores perecieron de hambre,[545] y ateniéndose literalmente al testimonio de Procopio, se abultaría la pérdida de Italia hasta mayor suma que el total de los

moradores actuales.[546]

¡Ojalá se me hiciera creíble, pues no lo afirmo, que Belisario se alegró entrañablemente del triunfo de Narsés!, pero el concepto de sus propias hazañas debía labrar en él sumo aprecio y ninguna envidia de los merecimientos de su competidor, y el sosiego del guerrero anciano vino a coronarse con la postrera victoria que salvó al emperador y a la capital (559 d. C.). Los bárbaros que solían acudir anualmente a las provincias de Europa escarmentaban menos con tal fracaso, que les incitaba la esperanza de subsidios y despojos. Helose hondamente el Danubio en el invierno trigésimo segundo del reinado de Justiniano; acaudillaba Zabergán la caballería de los búlgaros, y una muchedumbre revuelta de eslavones iba siguiendo su estandarte. El jefe bravío atravesó sin tropiezo el río y las sierras, desparramó su gente por Macedonia y Tracia, y se adelantó con sólo siete mil caballos, hasta los largos muros que debieron resguardar el territorio de Constantinopla. Mas desfallecen los artefactos contra el empuje de la naturaleza: un terremoto había recién conmovido los cimientos de la valla, y las fuerzas del Imperio estaban allá embargadas por las fronteras lejanas de Italia, África y Persia. Las siete escuelas[547] o compañías de guardias, o tropas domésticas, se habían aumentado hasta cinco mil quinientos hombres, que solían residir por las ciudades pacíficas del Asia. Pero las plazas de los valerosos armenios se iban imperceptiblemente reponiendo con ciudadanos perezosos, que se agenciaban la exención de cargos civiles sin exponerse a los peligros del servicio militar; pocos de ellos se arrestarían a salir fuera de las puertas, y de ninguno se recabaría el mantenerse en el campo mientras les quedaba brío y agilidad para huir de los búlgaros. Abultaban los fugitivos el número y la fiereza de un enemigo, mancillador de vírgenes sagradas, y

arrojador de recién nacidos a los perros y buitres: una turba de campesinos clamando por alimento y amparo estaba rematando el pavor de la ciudad, y Zabergán tenía sus tiendas plantadas a veinte millas [32,18 km][548] sobre las orillas de un riachuelo que ciñe Melantias y luego desagua en el Propóntide.[549] Temblaba Justiniano, y cuantos lo habían conocido tan sólo de anciano daban por supuesto que habría perdido la pujanza y el despejo de su mocedad. Retiráronse por su orden vasos de oro y plata de las iglesias de las cercanías, y aun de los arrabales de Constantinopla; cuajaban los muros mirones despavoridos; agolpáronse a la puerta dorada generales y tribunos inservibles, y el Senado estaba terciando en los afanes y zozobras de la plebe.

Pero los ojos del príncipe y del pueblo se clavaban en un veterano decaído, a quien el peligro público precisó a recoger la armadura con que había entrado en Cartago y defendido Roma. Los caballos de las caballerizas reales, y aun los del circo, se aunaron atropelladamente; el nombre de Belisario enardeció a ancianos y mozos, y su primer campamento se instaló en presencia de un enemigo victorioso. Su tino y el afán de sus íntimos campesinos, afianzaron con foso y estacada el sosiego de aquella noche; se encendieron fogatas y se levantó inmensa polvareda, con el fin de abultar el concepto de sus fuerzas; su soldadesca desmayada se animó repentinamente sobremanera, y al clamar diez mil voces por la batalla, estaba Belisario disimulando su convencimiento de que, llegado el trance, todo estribaría en el tesón de trescientos veteranos. A la madrugada, la caballería búlgara dio su avance, pero luego oyó la gritería de gran muchedumbre y vio las armas y la formación del frente; asaltáronla dos emboscadas que salieron de los bosques; los guerreros más cercanos cayeron en manos del héroe anciano y de su guardia, y se les inutilizó la velocidad de sus evoluciones,

con el ataque inmediato y el alcance estrechísimo de los romanos. Los búlgaros (tan disparada fue su huida), sólo perdieron cuatrocientos caballos en la refriega, pero se salvó Constantinopla, y Zabergán, que experimentó la maestría consumada del vencedor, se mantuvo desviado a distancia respetuosa. Pero abundaba de enemigos en los consejos del emperador, y Belisario obedeció a su pesar la orden de la envidia y de Justiniano que le vedaba redondear el rescate de su patria. A su regreso, el vecindario, muy enterado de su peligro, lo vitoreó con ímpetus de alborozo y agradecimiento, que se achacaron como criminales al general victorioso. Al llegar a la corte, enmudecieron los palaciegos, y el emperador, tras un abrazo yerto y despegado, lo despidió para confundirlo en la comitiva de sus esclavos. Mas había encarnado tanto su gloria en los ánimos, que Justiniano, a los sesenta y siete años de edad, tuvo que avenirse a alejarse más de cuarenta millas [64,37 km] de la capital, a inspeccionar personalmente el restablecimiento de la muralla larga. Los búlgaros pasaron el verano en las llanuras de Tracia, y luego propendieron a la paz, por el malogro de su intento temerario contra Grecia y Quersoneso. Avivaron el pago de subidos rescates con la amenaza de quitar la vida a sus prisioneros, y atropelló Zabergán su partida, con el aviso de que se habían construido en el Danubio bajeles de dos proas para atajarle el tránsito. Quedó luego olvidado el peligro, y la ciudad ociosa se empapó en hablillas, sobre la sabiduría o la flaqueza de su soberano.[550]

A los dos años de la última victoria, regresó el emperador de un viaje a Tracia por motivos de salud, con visos de negocios y de devoción. Padecía jaquecas, y su entrada secreta dio margen a rumores de fallecimiento. Antes de las nueve de la mañana fueron saqueadas las tahonas; cerráronse las puertas, y todos los

ciudadanos, esperanzados o despavoridos, daban por cierta la asonada (561 d. C.) Juntáronse también medrosos y desconfiados los senadores, a las nueve, y mandaron al prefecto a que fuese por todos los barrios de la ciudad pregonando iluminación general por el restablecimiento del emperador. Aquietose el hervidero, mas estaba en todo asomando el desvalimiento del gobierno y el destemple de la bandería: iban los guardias a prorrumpir en alboroto, siempre que los desacuartelaban o atrasaban la paga; la repetición de plagas de incendios y terremotos ocasionaba trastornos; las contiendas de azules y verdes, de católicos y herejes, terminaban en refriegas sangrientas, y en presencia del embajador persa, se estaba Justiniano sonrojando por sí mismo y por el pueblo. Indultos antojadizos y castigos arbitrarios acibaraban el descontento y la congoja de un reinado larguísimo; fraguose en palacio una conspiración, y a menos que nos descarríen los nombres de Marcelo y de Sergio, se hermanaron pundonorosos y malvados en el propio intento. Estaba aplazada la ejecución: su jerarquía les franqueaba la mesa imperial, y tenían ya apostados sus esclavos[551] negros en el atrio y los pórticos, para pregonar la muerte del tirano y mover una asonada, pero la indiscreción de un cómplice salvó los escasos días de Justiniano. Se descubrió y arrestó a los conspiradores con dagas bajo la ropa, matose Marcelo a sí mismo, y arrastraron a Sergio del santuario.[552] A impulsos de su remordimiento, o esperanzado de salvación, nombró a dos dependientes de Belisario, y el tormento los precisó a declarar que obraban con arreglo a las instrucciones reservadas de su amo.[553] No propenderá la posteridad a creer que un héroe quien en su lozanía había desdeñado halagüeños ofrecimientos, de ambición y venganza, se avillanase hasta el punto de matar a un príncipe, no pudiendo sobrevivirlo sino

cortísimo plazo. Ansiaban la huida sus secuaces, pero entonces tenía que acudir a la rebeldía, y harto había vivido para su existencia y su nombradía. Mostrose Belisario en el consejo (5 de diciembre de 563 d. C.) más airado que medroso; tras cuarenta años de servicio, se había el emperador preocupado con su delito; y la presencia y la autoridad del patriarca estaban santificando la sinrazón. Se agració a Belisario con la vida, mas se le secuestraron sus haberes, y desde diciembre hasta julio se lo estuvo guardando (19 de julio de 564 d. C.) en su propio palacio. Reconociose por fin su inocencia, se le devolvieron libertad y honores, y a los ocho meses la muerte, que pudo abreviarse con el pesar y el enojo, lo apartó del mundo (13 de marzo de 565 d. C.). No morirá el nombre de Belisario; pero en vez de exequias, monumentos y estatuas tan debidas a su memoria, tan sólo leo que sus tesoros, despojos de godos y vándalos, quedaron inmediatamente confiscados por el emperador. Reservose sin embargo una porción decorosa para el uso de su viuda, y como Antonina tenía tantísimo campo para su arrepentimiento, dedicó los restos postreros de su vida y haberes a la fundación de un convento. Tal es la relación sencilla y castiza del vuelco de Belisario y de la ingratitud de Justiniano.[554] Que la envidia lo cegó y redujo a pordiosear un ochavo, para el general Belisario, es ficción posterior[555] que ha merecido crédito y aun privanza, como ejemplar extraño de los vaivenes de la suerte.[556]

Si cupo alguna complacencia al emperador con la muerte de Belisario, tan sólo ocho meses pudo paladear tamaña ruindad, plazo final de un reinado de treinta y ocho años, y una vida de ochenta y tres (14 de noviembre de 565 d. C.). Es arduo delinear la índole de un príncipe que no es el objeto descollante de su propio siglo, pero la confesión de un enemigo bien podrá

conceptuarse como testimonio positivo de sus prendas. Se acude malvadamente a la semejanza de Justiniano con el busto de Domiciano,[557] roconociéndole sin embargo una estampa proporcionada, tez sonrosada y ademán agradable. Era pues el emperador graciable en recibir y escuchar, cortesano y expresivo en el habla, y contenido en los ímpetus que suelen dispararse de los pechos despóticos. Táchale Procopio su crueldad yerta y deliberada, celebrando su comedimiento; pero en las conspiraciones contra su autoridad y persona, todo juez candoroso tendrá que aprobar la justicia y celebrar la clemencia de Justiniano. Descolló en virtudes caseras de recato y templanza, pero amores desapasionados de varias beldades fueran menos aciagos que su cariño conyugal con Teodora; y su mantenimiento escaso, no era parte de cordura filosófica, sino superstición de vida monástica. Eran sus comidas breves y frugales; solía ayunar a verduras y agua, y eran tales su fortaleza y su fervor que pasaba a veces dos días sin alimento. Tenía igualmente tasado el sueño, pues el alma despertaba al cuerpo tras una hora de descanso, y con asombro de los palaciegos se estaba paseando o leyendo hasta el amanecer. Con aplicación tan inquieta, le sobró tiempo para instruirse colmadamente,[558] y aun se le puede hacer el cargo de entorpecer, con su afán de calar los pormenores, el desempeño de los negocios. Blasonaba de músico y arquitecto, de poeta y filósofo, de letrado y teólogo, y si se le malogró el intento de hermanar las sectas cristianas, el arreglo de la jurisprudencia romana es un esclarecido monumento de su espíritu y actividad. No fue igual su cordura y acierto en el gobierno del Imperio: fue su siglo malhadado, vivió el pueblo oprimido y descontento, abusó Teodora de su poderío, desatinó en elección de varios ministros, y así ni se le amó en vida ni causó duelo en su muerte. Ansiaba en extremo la

nombradía, mas se allanaba al rastrero afán de dictados, timbres y alabanzas contemporáneas; y mientras se esmeraba en asombrar a los romanos, desmerecía lastimosamente su aprecio. Ideó y ejecutó denodadamente las guerras de Italia y África, y su perspicacia desentrañó el desempeño de Belisario en el campamento, y el de Narsés en el palacio. Mas los nombres de aquellos generales nublan el suyo, y está todavía viviendo Belisario, y vituperando la envidia y la ingratitud de su soberano. Se enamora el linaje humano del numen de un conquistador que habilita y acaudilla los súbditos, en el ejercicio de las armas; pero la índole de Felipe II y de Justiniano sobresale con la ambición yerta que se complace en la guerra y sortea los peligros de la campaña. Estaba sin embargo una estatua colosal de bronce representando al emperador a caballo, en ademán de embestir a los persas, con el traje y la armadura de Aquiles. En la plaza grandiosa de la iglesia de Santa Sofía se encumbraba aquel monumento sobre una columna de cobre, en un pedestal de siete gradas de piedra; y la codicia y vanagloria de Justiniano quitó del mismo sitio el pilar de Teodosio, que pesaba siete mil cuatrocientas libras [3404 kg] de plata. Los príncipes posteriores fueron más equitativos o condescendientes con su memoria, pues el primer Andrónico, al principio del siglo XIV, compuso y hermoseó la estatua ecuestre, mas los turcos al vuelco del Imperio, como victoriosos, la derritieron para su artillería.[559]

Voy a concluir este capítulo con el cometa, los terremotos y la peste que asombraron y estremecieron el siglo de Justiniano.

I. Al quinto año de su reinado en el mes de septiembre, se estuvo viendo por veinte días un cometa[560] hacia la parte de Occidente, flechando sus destellos hacia el Norte. Ocho años después (531-539 d. C.) hallándose el sol en Capricornio, se apareció otro cometa encaminándose hacia Sagitario; iba

creciendo y abultando más y más su extensión, con su frente a levante y la cola al ocaso, permaneciendo visible más de cuarenta días. Contemplábanlos con asombro las naciones aguardando guerras y desdichas con su ponzoñoso influjo, y se cumplieron colmadamente sus anuncios. Disimulaban los astrónomos su total ignorancia acerca de aquellos astros centelleantes, que aparentaban conceptuar como meteoros volanderos de la atmósfera, y eran poquísimos los que se atenían a la opinión de Séneca y los caldeos, reputándolos únicamente como planetas de mayor período y movimientos más extensivos.[561] El tiempo y la ciencia han ido revalidando las conjeturas y predicciones del sabio romano; el telescopio ha desentoldado nuevos mundos a la vista de los astrónomos,[562] y en el reducido plazo de la historia y la fábula se ha deslindado ya que un cometa idéntico ha venido a visitar la Tierra en *siete* giros iguales de quinientos setenta y cinco años. El *primero*,[563] que se remonta a mil setecientos sesenta y siete años tras la era cristiana, es contemporáneo de Ogiges, el padre de la Antigüedad griega. Aquella aparición concuerda con la voz que ha conservado Varrón, de que en su reinado el planeta Venus varió de matiz, tamaño, figura, y carrera; portento sin ejemplar en las edades antepasadas y posteriores.[564] La visita *segunda* en el año mil ciento noventa y tres, se viene enmarañadamente a rastrear por la fábula de Electra y las siete Pléyades, que han quedado en seis desde la guerra de Troya. Aquella ninfa, esposa de Dárdano, jamás pudo avenirse al exterminio de su patria; se soslayó a las danzas de sus hermanas, lucientes, huyó del zodíaco al polo, y le cupo en su desgreñada cabellera el nombre de *cometa*. Fenece el *tercer* período en el año seiscientos dieciocho, fecha que cabalmente concuerda con el cometa pavoroso de la Sibila, y quizás de Plinio, que asomó a Occidente dos generaciones antes

del reinado de Ciro. La *cuarta* venida, cuarenta y cuatro años antes del nacimiento de Cristo, es la más descollante y esplendorosa. Tras la muerte de César, un astro cabelludo y centelleante embargó a Roma y a las naciones mientras estaba el joven Octavio ostentando los juegos en obsequio de Venus, y de su tío. La religiosidad del estadista fomentó y consagró la opinión vulgar de que se llevaba por el cielo el alma del dictador, al paso que su entrañable superstición refería el cometa a la gloria de su propio reinado.[565] Ya se colocó la *quinta* visita en el año quinto de Justiniano, que corresponde al trescientos treinta y uno de la era cristiana; y es del caso recordar que en ambos trances el cometa llevó el acompañamiento de una palidez peregrina en el sol, con más o menos inmediación. Las crónicas de Europa y de la China mencionan su *sexta* venida en el año mil ciento seis; y en el sumo acaloramiento de las Cruzadas; cristianos y mahometanos eran árbitros de soñar con igual fundamento que estaba anunciando el exterminio de los infieles. El *séptimo* fenómeno, de mil seiscientos ochenta, asomó en un siglo ilustrado;[566] la filosofía de Bayle aventó una vulgaridad que la musa de Milton acababa de engalanar: «que el cometa sacude guerras y pestes de su cabellera desgreñada».[567] Flamstead y Cassini estuvieron deslindando su carrera por los espacios con extremada maestría, y la ciencia matemática de Bernoulli, Newton y Halley desentrañaron las leyes de sus giros. Quizás los astrónomos de alguna capital venidera de Siberia o de los páramos de América comprobarán sus cálculos en el octavo período del año dos mil trescientos cincuenta y cinco.

II. Puede la cercanía inmediata de un cometa desquiciar o echar al través el globo que habitamos, pero las alteraciones de su haz son hasta aquí obra de volcanes y terremotos.[568] La calidad del sitio suele indicar los parajes más expuestos a tan

formidables vaivenes, puesto que son los fuegos subterráneos sus causantes, encendiéndose todos con la fermentación del hierro y del azufre. Mas el afán humano se queda muy corto para alcanzar sus períodos y resultados, y el filósofo atinado orillará la predicción de terremotos, hasta que pueda computar la cantidad de agua que se va rezumando sobre el mineral inflamable y logre arquear las cavernas cuya resistencia aumenta la explosión del aire encarcelado. Sin desantrañar la causa, puede la historia ir deslindando los períodos y redobles de tan calamitosos acontecimientos, y se parará en especificar que las violencias de la tierra menudearon con sumo ímpetu en el reinado de Justiniano.[569] Casi todos los años se repitieron terremotos de tal duración que estuvieron estremeciendo más de cuarenta días a Constantinopla, y con tanta extensión que el vaivén se comunicó a toda la superficie del globo, o a lo menos del Imperio Romano. Percibíase ya un disparo, ya una conmoción: desencajábanse enormes ribazos, arrebatábanse por el aire cuerpos crecidos y pesadísimos; el mar se internaba o se retraía alternativamente de sus linderos, y se desgajó del Líbano una montaña[570] que voló a las olas, donde a manera de malecón resguardó la bahía nueva de Botris[571] en Fenicia. El golpe que conmueve un hormiguero puede estrellar millares de insectos en el polvo, pero hay que confesar cuán eficazmente se afanó el hombre para su propio exterminio. La fundación de ciudades grandiosas que abarcaron naciones enteras, en su recinto, está casi realizando el anhelo de Calígula, de que el pueblo romano tuviese una sola cerviz. Cuéntase haber fenecido hasta doscientas cincuenta mil personas en el terremoto de Antioquía (20 de mayo de 526 d. C.) cuyo crecido vecindario se había recargado con el concurso de forasteros a la festividad de la Ascensión. No alcanzó a tanto el fracaso de Berito,[572] pero fue de más

cuantioso importe (9 de julio de 551 d. C.). Pueblo esclarecido de la costa de Fenicia por el estudio de las leyes civiles, que eran el arrimo más poderoso para medrar en caudales y señorío. Descollaban en la escuela de Berito los ingenios de aquel siglo, y perecieron en el terremoto un sinnúmero de mozos, que pudieran haberse convertido en azote o en blasones de su patria. En tales catástrofes el arquitecto es el enemigo del linaje humano. Cae la choza de un salvaje o la tienda de un árabe sin quebranto del morador, y acertaban los peruanos, al escarnecer el devaneo de los españoles sus conquistadores, que a tanta costa y afán encumbraban sus sepulcros. Los mármoles peregrinos de un patricio le estrellan su propia cabeza, un pueblo entero queda sepultado bajo los escombros de edificios públicos y particulares, y todo incendio cunde con las lumbres innumerables que se requieren para la subsistencia y las manufacturas de una ciudad populosa. En vez del afecto mutuo que pudiera explayar y auxiliar a los desvalidos, están de continuo padeciendo los achaques y quebrantos que acarrea el desenfreno: la codicia desaforada saquea las casas ruinosas, la venganza aprovecha el trance y afianza la víctima, y suele la tierra sepultar al asesino y al salteador en el acto de su desafuero. La superstición está enlutando más y más el amargo presente con horrores invisibles, y si el asomo de la muerte enardece tal vez a la virtud y el arrepentimiento de los individuos, un pueblo despavorido se impresiona más con la aprensión del fin del mundo, y se postra más rendidamente para aplacar las iras de la deidad vengadora.

III. Etiopía y Egipto llevaron en todos tiempos el borrón de países engendradores primitivamente, y conservadores de la peste.[573] Con su ambiente húmedo, cálido y quieto, las sustancias animales ocasionan con su podredumbre las calenturas africanas, y luego se aparecen allá enjambres de

langostas, asoladoras del linaje humano, con su vida y con su muerte. La dolencia tan aciaga despobló la tierra (542 d. C.) en tiempo de Justiniano y sus sucesores;[574] asomó por las cercanías de Pelusio, entre el pantano serbonio, y el cauce oriental del Nilo. Desde allí, como abriéndose dos rumbos, fue cundiendo al Oriente por Siria, Persia y la India, y se extendió al Occidente por la costa de África y el continente de Europa. En la primavera del año segundo estuvo plagando por tres o cuatro meses a Constantinopla, y Procopio, escudriñador de sus progresos y síntomas con el ahínco de un médico,[575] vino a competir en esmero y maestría con Tucídides en la descripción de la epidemia de Atenas.[576] Solía asomar con desvaríos pavorosos, y quedaba desahuciado el paciente, oyendo allá el amago y percibiendo el golpe de un vestigio invisible. Pero solía acometer a los más una fiebre leve en el lecho, en las calles o en sus tareas, con tal benignidad que ni el pulso ni el color del paciente daban muestras de peligro cercano. El mismo día, el siguiente, o el tercero se manifestaba por hinchazón de los ganglios, sobre todo en la ingle, en los sobacos, y tras las orejas, y al abrir los bubones o tumores arrojaban una especie de *carbón*, o sustancia negra, del tamaño de una lenteja. Si la hinchazón era adecuada y venía a supurar, se salvaba el paciente con el desahogo suave y natural del humor maligno; mas cuando seguía dura y seca, sobrevenía luego la gangrena, y el quinto día por lo más era el plazo de su vida. Solía acompañar a la fiebre el letargo o el delirio; se cuajaba el cuerpo de diviesos o carbuncos negros, síntomas de muerte inmediata, y en las complexiones endebles se producía una erupción y vómitos de sangre, se gangrenaban las entrañas. Solía su malignidad ser mortal para las embarazadas; se sacó sin embargo un niño del cadáver de su madre, y tres de éstas sobrevivieron a sus dos fetos

infectados. La mocedad era expuestísima, y el sexo femenino padeció menos que el varonil; pero la saña de tal dolencia igualó jerarquías y profesiones, enmudeciendo muchos convalecientes, sin quedar inmunes de su repetición.[577] Echaron el resto los médicos de Constantinopla en afán y maestría, pero el enemigo, con la variedad de sus síntomas y su intensa tenacidad, burlaba la ciencia, pues los idénticos específicos surtían efectos contrapuestos, y el resultado desairaba sus anuncios de vida o muerte. Exequias y sepulcros eran por igual, y cuantos carecían de criados o deudos yacían insepultos por las calles o en las casas solitarias, y se encargó a un magistrado recoger los cadáveres hacinados, trasladarlos por agua o por tierra, y empozarlos hondamente fuera del recinto de la ciudad. Peligraban los malvados con tantos ejemplares horrorosos, y mostraron algún arrepentimiento pasajero, para reengolfarse luego en sus desbarros, a los asomos de la general convalecencia; pero la filosofía debe desentenderse del reparo de Procopio, de que la suerte o la Providencia se esmeraron en conservarles la vida. Olvidó o recapacitó reservadamente que Justiniano fue de los contagiados, pero la estrecha dieta del emperador puede suministrar, como en el caso de Sócrates, causal más fundamental y decorosa para su restablecimiento.[578] Se enlutó el vecindario, en muestra de duelo, durante su enfermedad, y con su ocio y su desaliento se experimentó suma escasez en la capital del Oriente.

La peste es de suyo contagiosa, por cuanto el aliento de los pulmones dañados contamina el ambiente y el estómago de cuantos lo rodean. Mientras el desengañado cree y tiembla, es muy extraño que un pueblo tan propenso a sustos, por fracasos necios y soñados, negase la existencia efectiva del peligro.[579] Sin embargo, los conciudadanos de Procopio, por algún ejemplo

breve e infundado, afirmaban que no se contagiaba el daño por la más estrecha conversación,[580] y aquel concepto pudo favorecer a la esmerada asistencia de médicos y amigos con los enfermos, a quien el recelo humano hubiera podido entregar al desamparo y la desesperación. Mas aquella confianza tan aciaga, como la predestinación de los turcos, debió fomentar el contagio, y cuantas precauciones saludables han preservado a Europa yacían desconocidas bajo el gobierno de Justiniano. No se atajó el trato y el roce entre las provincias: las naciones desde Persia a Francia se barajaban y plagaban con guerras y emigraciones, y el hedor pestilente que suele abrigarse por años en las pacas de algodón se iba llevando con el afán del comercio a las regiones más lejanas. La advertencia del mismo Procopio nos explica el rumbo de su propagación, de que siempre cundía desde las playas al país interior, y así fue alcanzando a las islas y serranías más arrinconadas, y los sitios que se libertaron al primer asomo eran los más expuestos al embate del año siguiente. Podían los vientos desparramar la ponzoña sutil, mas no estando el ambiente predispuesto, luego feneciera la peste en los climas fríos o templados de la tierra. Pero llegó el aire a contaminarse en tal extremo, que habiéndose disparado el contagio en el año quinceno de Justiniano, allanó por igual las estaciones. Con el tiempo amainó su primera saña: revivió y menguó luego, pero hasta el plazo de cincuenta y dos años no recobró el acosado género humano su sanidad, ni el ambiente se purificó hasta su cabal acrisolamiento. No hay datos para cerciorarse y computar, ni aun para conjeturar, el número fenecido en mortandad tan extremada. Sólo hallamos que por espacio de tres meses cinco mil, y luego hasta diez mil personas, venían a fallecer diariamente en Constantinopla; que muchas ciudades del Oriente quedaron despobladas, y que en varios

distritos de Italia la mies y la vendimia se quedaron sin esquilmo. Los tres azotes de guerra, peste y hambre estuvieron acosando a los súbditos de Justiniano, y queda su reinado con el desdoro de la mengua notable de la especie humana, que no se ha llegado todavía a reponer en algunos de los países sobresalientes del globo.[581]

XLIV

RESEÑA DE LA JURISPRUDENCIA ROMANA - LEYES DE LOS REYES - LAS DOCE TABLAS DE LOS DECENVIROS - LEYES DEL PUEBLO - DECRETOS DEL SENADO - EDICTOS DE LOS MAGISTRADOS Y EMPERADORES - AUTORIDAD DE LOS LETRADOS - *CÓDIGO*, *PANDECTAS*, *NOVELAS* E *INSTITUTA* DE JUSTINIANO - I. DERECHOS DE LAS PERSONAS - II. DERECHOS DE LAS ENTIDADES - III. AGRAVIOS PARTICULARES Y ACCIONES - IV. DELITOS Y CASTIGOS

Yacen por el suelo todos los dictados insustanciales de las victorias de Justiniano, pero vive estampado el nombre del legislador en un monumento grandioso y sempiterno. En su reinado, y por sus desvelos, se fue coordinando la jurisprudencia civil en las obras inmortales del *Código*, las *Pandectas* y la *Instituta*;[582] el desempeño público de los romanos ha trascendido callada o expresamente a las disposiciones caseras de Europa,[583] y las leyes de Justiniano están todavía imponiendo acatamiento u obediencia a las naciones independientes. Cuerdo o venturoso será todo príncipe que hermane su nombradía y pundonor para siempre con los intereses de los pudientes. La defensa de su fundador es el empeño que en todo tiempo han tomado a su cargo los letrados más ingeniosos y eficaces. Ensalzan entrañablemente sus prendas, encubren o desmienten sus yerros, y escarmientan desaforadamente a cuantos se propasan, ciega o malvadamente, a mancillar la majestad de la púrpura. Tan descompasada idolatría, como suele suceder, ha enconado a los contrarios, y zahirió la ojeriza cuanto ensalzó la

lisonja la índole de Justiniano, pues la sinrazón de una secta (los antitribonianos) apea de toda alabanza y merecimiento al príncipe, a sus ministros y a sus leyes.[584] Ajeno yo de toda parcialidad, amante tan sólo de la verdad acendrada de la historia, y al arrimo de guías expertos y atinados,[585] voy a entablar con fundada desconfianza el asunto de las leyes civiles, que ha estado embargando vidas enteras y eruditas, y sigue llenando los estantes de tantísima grandiosa biblioteca. En un capítulo solo, y si cabe harto breve, voy a eslabonar la jurisprudencia romana, desde Rómulo hasta Justiniano,[586] desentrañar los afanes de éste, y explayarme puntualizando los principios de una ciencia tan trascendental para la paz y la felicidad de los hombres. Las leyes de toda nación constituyen la parte más instructiva de su historia; y aunque me he propuesto escribir los anales de una monarquía menoscabada, me regalaré con la coyuntura de respirar el ambiente puro y entonador de la República.

Constaba el gobierno primitivo de Roma,[587] con atinada disposición estadística, de un rey electivo, un consejo de prohombres y junta general del pueblo. Encabezaba el magistrado supremo la guerra y la religión, compitiéndole la propuesta de las leyes que se desentrañaban en el Senado, y se revalidaban o desechaban, a mayoría de votos, en las treinta curias o barrios de la ciudad. Se decantan a Rómulo, Numa y Servio Tulio como legisladores primitivos, y a cada uno de ellos corresponde su particularidad, en la triple división de la jurisprudencia.[588] Leyes matrimoniales, la educación de niños y la autoridad de los padres, que al parecer dimana de la misma *naturaleza*, se atribuyen a la sabiduría innata de Rómulo. La ley de las *naciones* y del culto religioso que planteó Numa procedió de sus coloquios nocturnos con la ninfa Egeria. La ley civil se

conceptúa producto de la experiencia de Servio; fue contrapesando los derechos y los haberes de las siete clases de ciudadanos, y afianzó con cincuenta observancias nuevas la fe de los contratos y el castigo de los delitos. Propendió en sus manos el Estado a la democracia, y Tarquino lo trocó en desaforado despotismo; y al volcar luego la dignidad real, vincularon en sí los patricios los fueros de la libertad. Las leyes regias se volvieron odiosas o anticuadas; nobles y sacerdotes estuvieron calladamente conservando el depósito misterioso, y a los sesenta años siguieron los ciudadanos de Roma lamentándose de que los magistrados los avasallaran más y más con sus fallos arbitrarios. Sin embargo, las instituciones de los reyes estaban ya barajadas con las costumbres públicas y particulares de la ciudad; el esmero de los anticuarios fue recopilando algunos fragmentos[589] de aquella jurisprudencia venerable,[590] y más de veinte textos manifiestan la tosquedad del dialecto pelágico de los latinos.[591] No he de repetir la historia tan sabida de los decenviros,[592] quienes mancillaron con sus actos el realce de estampar en bronce, madera o marfil, las Doce Tablas de las leyes romanas.[593] Las dictó allá la celosa tiranía de una aristocracia mal avenida con sus forzadas concesiones al pueblo. Pero el contenido de las Doce Tablas congeniaba con el temple del vecindario, y los romanos iban descollando sobre la barbarie, pues eran ya capaces de estudiar y apetecer las instituciones de sus vecinos más ilustrados. Logró la envidia ahuyentar de su patria a un efesio erudito, quien antes de aportar por el Lacio había ido notando los diversos aspectos de la naturaleza humana y de la sociedad civil; franqueó sus alcances a los legisladores de Roma, y el foro ostentó luego una estatua a la memoria perpetua de Hermodoro.[594] Los nombres y los quebrados de las monedas de cobre, única de un Estado en mantillas, eran de

origen dórico.[595] Acudían las cosechas de Campania y Sicilia al asomo de un pueblo, cuya labranza solía interrumpirse, acosada por guerras y bandos, y entablado ya el comercio[596] los diputados salidos del Tíber podían volver de su encargo con una remesa más apreciable de sabiduría política. Habían las colonias de la Gran Grecia traído y mejorado las artes de sus metrópolis Cumas y Regio. Crotona y Tarento, Agrigento y Siracusa se encumbraron a la jerarquía de las ciudades más florecientes. Fueron los discípulos de Pitágoras aplicando la filosofía a la práctica del gobierno; las leyes verbales de Carondas se realzaban con la música y la poesía,[597] y Zaleuco legisló la república de los locrios, que se mantuvo inalterable por más de doscientos años.[598] Por engreimiento también de arranque nacional, tanto Tito Livio como Dionisio abundan en la creencia de que los diputados de Roma pasaron a Atenas bajo el régimen atinado y esplendoroso de Pericles, y las leyes de Solón se vaciaron en las Doce Tablas. Si tal embajada hubiera llegado de parte de los bárbaros de la Hesperia, se hubiera vulgarizado entre los griegos antes del reinado de Alejandro,[599] y el testimonio más escaso se rastrearía después y se decantaría afanadamente. Enmudecen sin embargo los monumentos atenienses, ni se conceptúa verosímil que los patricios emprendieran allá navegación tan larga y arriesgada en busca de una legislación popular. Asoman visos de semejanza entre las tablas de Solón y de los decenviros, con máximas que la razón natural pone de manifiesto en toda sociedad, y también pruebas de entronques comunes con Egipto y Fenicia;[600] mas en los rasgos capitales de jurisprudencia pública y particular se muestran los legisladores de Roma y de Atenas muy ajenos y muy encontrados.

Prescindiendo ahora del origen y el mérito de las Doce Tablas, lograron[601] entre los romanos aquel acatamiento ciego y

apresurado que se complacen los legistas en profesar a sus instituciones solariegas. Cicerón[602] es un encarecedor ufano de su estudio, por halagüeño y por instructivo. Embelesan el ánimo con el recuerdo de voces anticuadas, y de costumbres ya lejanas; atesoran los principios más certeros de moralidad y de gobierno, y afirmo desde luego que la composición breve de los decenviros sobrepasa con castiza excelencia a las bibliotecas de la filosofía griega. «¡Cuán asombrosa —prorrumpe Marco Tulio con preocupación entrañable o estudiada–, es la sabiduría de nuestros antepasados! Sólo nosotros somos los árbitros del acierto civil, y descollamos tanto más, en tendiendo la vista por la jurisprudencia rastrera y casi ridícula de Dracón, Solón y Licurgo». Encomendáronse las Doce Tablas a la memoria de los mozos y a las meditaciones de los ancianos; se estuvieron copiando y desentrañando con hábil ahínco, se libertaron de las llamas de los galos, permanecían aun en tiempo de Justiniano, y los afanes de tanto crítico moderno han venido a restablecerlas imperfectamente.[603] Pero si bien se acataban y engrandecían como la norma del derecho y el manantial de la justicia,[604] las estaba ya anegando y oprimiendo un cúmulo de leyes nuevas, que al cabo de cinco siglos degeneraron en una plaga más insufrible que los vicios de la misma ciudad.[605] Había tres mil planchas de cobre con las actas del Senado y del pueblo depositadas en el Capitolio,[606] y algunas de ellas, como la ley Julia contra las estafas, pasaban de cien capítulos.[607] Desatendieron los decenviros la disposición de Zaleuco, que por tanto tiempo conservó cabal su república, pues todo Locrio que venía proponiendo una ley nueva tenía que presentarse al consejo con un dogal enroscado al cuello, y si se desechaba la propuesta quedaba el innovador inmediatamente ahorcado.

Se nombraron los decenviros y se aprobaron sus Tablas por

un consejo de *centurias*, en el cual predominaban los pudientes. A la primera clase de romanos poseedores de quinientas mil libras [230.000 kg] de cobre[608] correspondían noventa y ocho votos, y sólo quedaban noventa y cinco a las seis clases inferiores, repartidas por la política solapada de Servio, según sus haberes. Pero luego los tribunos plantearon otro sistema harto más decoroso y popular, pues a cada ciudadano asistía igual derecho para legislar aquello que estaba obligado a cumplir. Convocaban las *tribus*, en vez de las centurias, y los patricios, tras desvalidos conatos, tuvieron que doblegarse a los decretos de una junta, en la que sus votos se barajaban con los del ínfimo plebeyo. Pero como las tribus siguieron pasando por los puentecillos angostos[609] y votando a voces, todo ciudadano se patentizaba a los ojos y oídos de sus amigos y compatricios. Los deudores insolventes acataban los deseos de sus acreedores, los ahijados se sonrojaban de cruzarse con sus padrinos; se iban tras su general los veteranos, y la gravedad de un magistrado aleccionaba a la muchedumbre. El nuevo sistema de bolas reservadas atajó zozobras, rubores y todo género de miramiento, y así el abuso de tanto ensanche redobló más y más los progresos de la anarquía y el despotismo.[610] Habían aspirado los romanos a la igualdad, y la lograron en el nivel de la servidumbre; dictaba Augusto, y acudían rendidamente tribus o centurias a formalizar su consentimiento. Una vez, absolutamente única, tropezó con resistencia entrañable y denodada. Se habían desprendido aquellos súbditos de toda libertad política, pero resguardaron la libertad de la vida casera. Una ley que revalidaba la obligación y robustecía los vínculos del matrimonio quedó alborotadamente desechada: vitoreó Propercio desde el regazo de su Delia el triunfo del amor desahogado, y hubo que postergar el intento hasta que fuese creciendo otra generación más avenible.[611] Aun

sin este ejemplar estaba aquel usurpador ladino hecho cargo del desmán de toda junta popular y su exterminio labrado ya recónditamente por Augusto quedó cumplido sin resistencia, y casi aun sin mención, al advenimiento del sucesor.[612] Seiscientos senadores, cuyos honores, haberes y vidas pendían de la clemencia del emperador, desbancaron a sesenta mil legisladores plebeyos, formidables por su número y escudados con su desamparo. El don de la autoridad legislativa mitigó el malogro de su poderío ejecutivo y le cupo a Ulpiano afirmar tras la práctica de doscientos años que los decretos del Senado fueron válidos y vigentes al par de las leyes. Los acuerdos del pueblo solían ser, en tiempo de la libertad, disparos o desaciertos de un instante; acudieron individuos solos con las leyes de Cornelia, Pompeya y Julia a frenar los desatinos desaforados; pero en tiempo de los Césares el Senado se componía de magistrados y legistas, y en puntos de jurisprudencia privada, por maravilla, llegaban a descarriar sus fallos por recelos e intereses.[613]

Los magistrados, revestidos con los *timbres* del Estado, promulgaban edictos peculiares para suplir a veces el silencio o la ambigüedad de las leyes,[614] regalía antigua que se traspasó luego a los cónsules y dictadores en sus cargos respectivos, como también a los censores y pretores; y aun los tribunos del pueblo, ediles y procónsules, se fueron luego apropiando iguales derechos. Pregonábanse en Roma y en las provincias las obligaciones del súbdito y los intentos del superior, y el pretor de la ciudad seguía reformando la jurisprudencia civil, como juez supremo, con los edictos anuales. Trepaba al tribunal, publicaba a voz de pregón, e inscribía en una pared blanqueada las máximas que trataba de observar en los casos dudosos, y el temple que estaba en ánimo de dar al rigor suma de los estatutos

antiguos. Se introdujo en la República cierta ley del encaje más apropiada a la monarquía; los pretores se fueron sucesivamente amañando más y más en el arbitrio de acatar el nombre y burlar lo sustancial de las leyes; se idearon sutilezas y ficciones para trastornar el sentido más obvio de los decenviros, y siendo el fin saludable solían ser desatinados los medios. El ánimo recóndito o probable del difunto venía tal vez a prevalecer sobre el orden natural de la sucesión y las formalidades del testamento, y el demandante, apeado del concepto de heredero, aceptaba con igual complacencia de un pretor bondadoso la posesión de los bienes de su difunto deudo o bienhechor. Sustituíanse en los desagravios, compensaciones y multas a los rigores ya anticuados de las Doce Tablas; se aniquilaban el tiempo y el espacio con supuestos soñados, y el alegato de mocedad, engaño o tropelía anulaba la obligación, o descargaba del cumplimiento de un contrato incómodo. Jurisdicción tan desahogada y arbitraria estaba siempre en el disparador de rematados abusos: se solía sacrificar el quicio y la formalidad de la justicia al antecedente de la virtud, al ímpetu de cariño recomendable, el cohecho torpe del interés o del encono. Mas cesaban los errores o vicios de cada pretor con su cargo anual, y los jueces sucesores se atenían tan sólo a las máximas de la racionalidad o de la práctica; el rumbo de los procedimientos se patentizaba con el fallo de los casos nuevos, y toda propensión al desafuero se zanjaba por la ley Cornelia, que precisaba al pretor de aquel año a conformarse con la letra y la mente de su primera proclama. [615] Quedaba reservado para el tesón y la sabiduría de Adriano el realizar el intento ideado por la trascendencia del César, y el pretorado de Salvio Juliano, letrado esclarecido, se inmortalizó con la composición de su edicto perpetuo. Revalidaron el emperador y el Senado aquel código discretísimo; se zanjó ya el

desvío dilatado de la equidad y la ley, y en vez de las Doce Tablas, el edicto perpetuo se planteó como la norma invariable de la jurisprudencia civil.[616]

Desde Augusto hasta Trajano, los Césares comedidos se ciñeron a promulgar sus edictos, según las varias jerarquías de magistrados romanos, y se insertaban acatadamente las *cartas* o *arengas* del príncipe en los decretos del Senado. Adriano es el primero[617] que asume revestido plenamente y sin disfraz la potestad legislativa. Le agradaba esta innovación por su actividad, por el rendimiento de aquel tiempo y por su dilatada ausencia del solio del gobierno. Siguieron su rumbo los monarcas sucesores y, según el símil harto inclemente de Tertuliano, a «el hacha de los mandatos regios y las *Constituciones* despejó la maleza lóbrega y enmarañada de las antiguas leyes».[618] En los cuatro siglos intermedios de Adriano a Justiniano, el albedrío del soberano fue el vaciador de la jurisprudencia pública y privada, y fueron poquísimas las instituciones humanas o divinas que permanecieron en su antigua planta. La oscuridad de los siglos y el pavor del despotismo armado encubrieron el origen de la legislación imperial; el servilismo, y quizás la idiotez de los letrados que se empapaban en el boato de la corte romana o bizantina, dieron en pregonar dos patrañas: 1° A instancias de los antiguos Césares, el pueblo o el Senado habían a veces concedido una franquicia personal de las obligaciones y penas de estatutos particulares, y cada otorgamiento venía a ser un acto de jurisdicción, ejercido por la República sobre su primer ciudadano. Su regalía humilde paró después en la prerrogativa de un tirano, y la expresión latina de «descargado de las leyes»[619] se conceptuaba ensalzadora del emperador sobre *todas* las trabas humanas, dejando a su conciencia y entendimiento la

sagrada norma de su conducta. 2° Dependencia muy semejante se sobreentendía en los decretos del Senado, que a cada reinado iba deslindando los dictados y la potestad de un magistrado electivo. Mas ya se habían estragado los conceptos y el idioma de los romanos, cuando una ley *regia*[620] y un don irrevocable del pueblo se fraguaron por el albedrío de Ulpiano, o más probablemente por el mismo Triboniano,[621] y el origen de la potestad imperial, aunque falso en el hecho y servil en sus resultas, estribaba sobre un principio de libertad y de justicia. «El albedrío del emperador tiene el poderío y los efectos de la ley, puesto que el pueblo romano con la ley regia ha traspasado a su príncipe todos los ámbitos de su propia potestad y soberanía».[622] Y así quedaba convenido que el albedrío de un individuo, tal vez niño, se debía sobreponer a la sabiduría de los siglos y a la inclinación de millones; y la bastardía de los griegos se ufanaba en pregonar que en una sola diestra se debía colocar a salvo el ejercicio arbitrario de la legislación. «¿Qué interés o acaloramiento —prorrumpe Teófilo en la corte de Justiniano–, ha de alcanzar al encumbramiento bonancible y excelso del monarca? Es ya dueño de vidas y haciendas, y cuantos le desagradaron yacen allá con los difuntos».[623] Desdeñando lisonjas, confesará el historiador que en puntos de jurisprudencia personal el soberano absoluto de un imperio grandioso por maravilla se torcerá con desvíos particulares. El pundonor, y aun la racionalidad, estarán repitiendo a su ánimo desapasionado que es el celador de la paz y la equidad, y que el interés de la sociedad vive inseparablemente hermanado con el suyo. En el reinado de la maldad y el devaneo, la sabiduría e integridad de Papiniano y Ulpiano[624] estuvieron sentados en el escaño de la justicia, y lo más acendrado del *Código* y las *Pandectas* está encabezado con los nombres de Caracalla y sus

ministros.[625] Solía el tirano de Roma ser el bienhechor de las provincias: una daga atajó las atrocidades de Domiciano, pero la cordura de Nerva revalidó las actas que, en alborozo del rescate, habían rescindido las iras del Senado.[626] Mas en los *rescriptos*[627] o contestaciones a las consultas de los magistrados, una manifestación parcial de los casos podía descarriar al príncipe más mirado; y aquel abuso, que ensalzaba sus decisiones atropelladas al nivel de las actas ventiladas y predispuestas de la legislación, fue desechado en balde por el tino y el ejemplo de Trajano. Los rescriptos del emperador, sus *otorgamientos y decretos y pragmáticas sanciones*, se firmaban con tinta encarnada, [628] y se remitían a las provincias como leyes generales o peculiares, que debían ejecutar los magistrados y obedecer los súbditos. Mas como se iban agolpando más y más, el rumbo de la obediencia se hacía diariamente más dudoso y enmarañado, hasta que se despejó y puntualizó en los códigos Gregoriano, Hermogeniano y Teodosiano. Dos letrados particulares fueron los fraguadores de los primeros, de los que sólo quedan fragmentos, para conservar las constituciones de los emperadores paganos, desde Adriano hasta Constantino. El tercero, que existe todavía, se coordinó en dieciséis libros, por disposición de Teodosio el Menor, colocando las leyes de los príncipes cristianos desde Constantino hasta su reinado. Pero merecían igual autoridad los tres códigos en los tribunales, y el acta que no aparecía en el depósito sagrado podía ser desatendida por los jueces como espuria o anticuada.[629]

Entre las naciones bravías se suple torpemente la carencia de letras con el uso de signos patentes, que llaman la atención y perpetúan la memoria de los convenios públicos o privados. Ofrecía la jurisprudencia de los romanos un tablado pantomímico; correspondían los ademanes a las palabras, y el

menor yerro o descuido en las *formalidades* del procedimiento bastaba para anular lo *sustancial* de la demanda más terminante. El mancomún de la vida social se simbolizaba con los elementos imprescindibles del fuego y el agua,[630] y la mujer divorciada devolvía el manojo de llaves, de que se le había hecho entrega, al encargarse del manejo de la casa. La manumisión del hijo o del esclavo se formalizaba haciéndolo girar con una bofetadilla ligera; quedaba vedada una obra tirándole una pedrada; desgajando una rama cesaba la posesión; el puño apretado era emblema de una prenda o depósito; y la diestra era un don de fe y confianza. El afianzamiento de los ajustes era una paja quebrada; en todo pago mediaban pesos y balanzas, y el heredero que aceptaba un testamento tenía a veces que castañetear con los dedos, desarroparse, y brincar y danzar con júbilo entrañable o aparente.[631] Si un ciudadano se entrometía en pos de alhajas robadas en casa del vecino, tenía que arrebujar su desnudez con una toalla de lienzo, y taparse el resto con alguna mascarilla o palangana, por temor de tropezar con una doncella o matrona.[632] En una acción civil, el querellante tocaba la oreja al testigo, afianzaba por el cuello al demandado repugnante, y se ponía a implorar solemne y lamentablemente el auxilio de sus conciudadanos. Entrambos contendientes se asían de la mano, en ademán de luchar ante el tribunal del pretor, quien les mandaba presentar el objeto del litigio; se marchaban y volvían con pasos muy acompasados, poniéndole luego a los pies un terrón que representaba la heredad demandada. Esta ciencia oculta de palabras y ademanes forenses estaba vinculada en los pontífices y patricios; anunciaban, al par de los astrólogos caldeos, a sus clientes los días de negocios o feriados, y eran de tal entidad estas ridiculeces que estaban embebidas en la religión de Numa; y así, después de la publicación de las Doce Tablas

quedó el pueblo romano esclavizado por su ignorancia de procedimientos judiciales. Por fin la alevosía de algunos dependientes plebeyos desenmarañó el arcano productivo: luego, en siglos más ilustrados, siguieron las acciones legales observadas, aunque escarnecidas, y la misma antigüedad santificadora de la práctica fue borrando el uso y la significación de aquel lenguaje primitivo.[633]

Arte más noble dieron luego en profesar los prohombres de Roma, quienes en suma pueden conceptuarse como autores de la ley civil. Variaron idioma y costumbres en Roma, y el estilo de las Doce Tablas siempre más y más desusado, tenía que explicarse trabajosamente con el estudio de los anticuarios legistas. Despejar los laberintos, deslindar los ensanches, aplicar los principios, desentrañar las consecuencias y ajustar las contradicciones reales o aparentes, era ya tarea más airosa y trascendental, y los expositores de estatutos antiguos asaltaron efectivamente los ámbitos de la legislación. Hermanáronse sus interpretaciones agudas con la equidad del pretor, para reformar la tiranía de siglos más nublosos; extraños y enmarañados eran los medios, pero aquella jurisprudencia artificial se encaminaba a restablecer los dictámenes obvios de la razón natural, y los alcances de meros ciudadanos se dedicaron provechosamente a socavar las instituciones públicas de su patria. El plazo de unos mil años, desde las Doce Tablas, hasta el reinado de Justiniano, puede dividirse en tres períodos casi iguales, y deslindados entre sí por el género de la instrucción y la índole de los letrados.[634] Contribuyeron la soberbia y la ignorancia en el primer período, para confinar en estrechos límites la ciencia de las leyes romanas. (303-648 A.U.C.). En los días públicos de mercado o junta, asomaban los maestros del arte paseándose por el foro, prontos para franquear su dictamen urgente al ínfimo conciudadano,

con cuyo voto a su tiempo pudieran quedar pagados. Al crecer en edad y en honores aparecían sentados en casa sobre un sillón o trono, esperando con sufrida gravedad las visitas de sus ahijados, que desde el amanecer, desde el pueblo o el campo, acudían a golpear su puerta. El asunto general de aquellas consultas solía versar sobre puntos de la vida social, u ocurrencias de los procedimientos judiciales, y se formalizaba el parecer verbal o escrito del jurisconsulto, con arreglo a su concepto legal o prudencial. Admitían a los jóvenes de su jerarquía y familia en clase de oyentes; disfrutaban los hijos la ventaja de lecciones íntimas, y mereció suma nombradía la alcurnia Mucia, por su ciencia hereditaria de las leyes civiles. El período segundo (648-988 A.U.C.), el tiempo sabio y esplendoroso de la jurisprudencia, viene a correr desde el nacimiento de Cicerón hasta el reinado de Severo Alejandro. Se entabló un sistema, se plantearon escuelas, se compusieron libros, y así vivos y muertos aprovecharon para la instrucción de los alumnos. La *Tripartita* de Elio Peto, apellidado Cato, o el perspicaz, se conservaba como la obra primitiva de jurisprudencia. Aumentó su nombradía Catón por sus estudios de leyes y los de su hijo; la alcurnia grandiosa de Mucio Escévola se realzó con tres sabios juristas, pero la ciencia se consolidó en manos de Servio Sulpicio, su discípulo y amigo de Cicerón, y la serie dilatada que descolló con igual esplendor bajo la República y los Césares viene a cerrarse grandiosamente con los nombres esclarecidos de Papiniano, Paulo y Ulpiano. Sus apellidos y dictados se conservan muy puntualmente, y el ejemplo de Labeón suministra algún concepto de su afán y su fecundidad. Aquel descollante letrado repartía el año entre la ciudad y la campiña, entre los quehaceres y las composiciones, y se cuentan hasta cuatrocientas por el producto de su retiro. Cítase

expresamente de las colecciones de su competidor Capitón el libro doscientos cincuenta y nueve, y pocos de aquella especie de catedráticos podían explayar sus dictámenes en menos de un centenar de volúmenes. En el período tercero (988-1230 A.U.C.), entre los reinados de Alejandro y de Justiniano, vinieron a enmudecer los oráculos de la jurisprudencia. Quedaba colmado el esmero: tiranos y bárbaros embargaban el solio, contiendas religiosas cebaban el denuedo intelectual, y los catedráticos de Roma, Constantinopla y Berito se daban apocadamente por satisfechos con ir repitiendo las lecciones de sus antecesores más ilustrados. De los adelantamientos pausados y el menoscabo ejecutivo de los estudios forenses cabe inferir, que requieren una situación pacífica y culta, pues se evidencia por el sinnúmero de letrados voluminosos que cuajan las temporadas intermedias que la carrera de tales estudios y escritos es dable desempeñarse con medianos alcances, práctica y ahínco. Descuella palpablemente el genio de Cicerón o el de Virgilio, aunque era imposible igualarlos o secundarlos en larguísimos siglos, pero los maestros más aventajados en leyes vivían seguros de sacar discípulos iguales o superiores a ellos mismos en mérito y nombradía.

La jurisprudencia que se había ido toscamente atemperando a las urgencias de los primeros romanos, se fue limando y engrandeciendo en el séptimo siglo de la ciudad, con su hermandad de la filosofía griega. El ejercicio y la experiencia amaestraron a los escévolas, pero Servio Sulpicio fue el primero que planteó su facultad sobre una teórica general y positiva.[635] Aplicó por pauta incontrastable la lógica de Aristóteles y de los estoicos a deslindar lo verdadero y lo falso, ajustó los casos particulares a principios grandiosos, y derramó sobre aquella mole monstruosa los reales del orden y la elocuencia. Cicerón,

su contemporáneo y amigo, se desentendió del concepto de letrado; pero su numen sin par engalanó la jurisprudencia de su patria, convirtiendo en oro cuanto iba tocando. Compuso al remedo de Platón, su *República*, y para el uso de ella un tratado de leyes, en el cual se empeña en inferir un origen celestial a la sabiduría y la justicia de la Constitución romana. Según su hipótesis sublime, el universo entero viene a formar una república inmensa, dioses y hombres, partícipes de la misma esencia, son miembros de la propia comunidad; la razón está enseñando la ley de la naturaleza y de las naciones, y todas las instituciones positivas, por más que las amolden los acasos y las costumbres, dimanan de la norma fundamental estampada por la divinidad sobre todo pecho pundonoroso. Excluye de estos arcanos filosóficos a los escépticos, que se niegan a creer, y a los epicúreos, que no se avienen a obrar. Los últimos arrojan allá todo desvelo por la república, y así les aconseja que se adormezcan bajo las enramadas de sus jardines. Mas ruega comedidamente a la nueva academia que enmudezca, por cuanto sus reparos desaforados darían luego al través con el grandioso y simétrico edificio de su encumbrado sistema.[636] Tan sólo ensalza a Platón, Aristóteles y Zenón, como los únicos maestros que instruyen y habilitan a un ciudadano para el desempeño de su vida social. De los tres, la armadura de los estoicos[637] es la que conceptúa de más subido temple, y alzada principalmente en las escuelas de jurisprudencia, por gala y por defensa. En el pórtico se enseñaba a los letrados romanos a vivir, a razonar y a morir; pero se empapaban más o menos en las vulgaridades de la secta, y se hacían paradojistas, disputadores y enamoradizos de meras palabras y distinciones verbales. Se echó mano de la superioridad de la *forma* a la *materia* para afianzar el derecho de propiedad; y una opinión de Trebacio[638] apoyaba la

igualdad de los delitos, a saber, que quien toca una oreja está tocando todo el cuerpo, y que quien cercena de un montón de trigo, o de una cuba de vino, es reo de robo por entero.[639]

Las armas, la elocuencia o la abogacía ensalzaban un ciudadano a la cumbre del Estado romano; y resplandecían más y más las tres carreras, cuando descollaba en todas ellas un mismo individuo. Al extender un edicto, todo sabio pretor encabezaba sus propios arranques; el concepto de un censor o de un cónsul merecía acatamiento, y el pundonor y los triunfos de un letrado abonaban una interpretación dudosa de las leyes. Allá el recóndito misterio estuvo mucho tiempo entoldando las mañas de los patricios, y en tiempos ya más ilustrados, el ensanche de las pesquisas planteó los principios generales de la jurisprudencia. Se despejaban los casos enmarañados y recónditos con las contiendas del foro: se acudía a reglas, axiomas y definiciones,[640] como productos castizos de la razón, y se fue interpolando el consentimiento de profesores legales en la práctica forense. Mas a estos intérpretes no les competía ni legislar ni poner en ejecución las leyes de la República, y cabía en los jueces desatender la autoridad de los mismos Escévolas, que solía ir al través con la oratoria o la sofistería de un abogado travieso.[641] Augusto y Tiberio fueron los primeros en acudir, como una palanca poderosa, a la ciencia de los letrados, y sus afanes serviles fueron ajustando el sistema antiguo al afán y a las miras del despotismo. Bajo el pretexto decoroso de escudar el señorío de esta profesión, la regalía de firmar dictámenes legales y valederos se vinculó en los sabios de jerarquía senatoria o ecuestre, aprobados de antemano por el concepto del príncipe; y siguió este monopolio hasta que Adriano restableció la franquicia de la profesión a todo ciudadano satisfecho de su propio desempeño. Entonces ya el albedrío del pretor tenía que

doblegarse a los documentos de los alegantes; mandose a los jueces obedecer al comentario, al par que el texto de la ley, y el uso de los codicilos fue una innovación memorable que revalidó Augusto, con dictamen de los letrados.[642]

El mandato más terminante no pasaba de exigir que los jueces se conformasen con los letrados, si éstos estaban acordes. Mas las instituciones ya planteadas suelen ser productos de la costumbre y los prejuicios; las leyes y su idioma adolecen de antigüedad y arbitrariedad; cuando la razón no acierta a determinarse, media el afán de los argumentos, por la envidia de los competidores, el engreimiento de los maestros y la ceguera de los discípulos; y la jurisprudencia romana se embanderaba con las dos afamadas sectas de los *proculianos* y *sabilianos*.[643] Dos consumados en las leyes, Ateyo Capitón y Antistio Labeón, [644] valoraron la paz del siglo augustano; el primero logró suma privanza, cuyo menosprecio ensalzó más al segundo, contrastando adusta pero ilesamente al tirano de Roma. El sesgo diverso de su índole y sus principios trascendió a sus estudios jurídicos. Era Labeón republicano a la antigua, y su competidor se atuvo al auge sustancial de la nueva monarquía. Como todo palaciego se doblega y amansa, por maravilla se desviaba Capitón del rumbo, o por lo menos de las palabras de sus antecesores, al paso que el denodado independiente se disparaba con ínfulas de innovador y paradojista. Ceñíase éste sin embargo con todos sus ímpetus a la estrechez de sus propias conclusiones, y tramaba literalmente, al tenor de la letra, las mismas dificultades que su compañero avenible, se explayaba con los ensanches de una equidad más obvia y perceptible a la generalidad de las gentes. Si se sustituía un trueque decoroso al pago en metálico, conceptuaba siempre Capitón el ajuste como venta legal,[645] se atenía a la naturaleza para deslindar la

mocedad, sin coartar su definición al plazo terminante de doce, catorce o más años.[646] Esta contraposición de dictámenes fue cundiendo por los escritos y las lecciones de ambos fundadores; se aferraron las escuelas de Labeón y Capitón en su reñida lid, desde el tiempo de Augusto hasta el de Adriano;[647] y se derivó la denominación de sus sectas de *Sabino* y *Proculio*, sus catedráticos más reconocidos. Denominábanse también los mismos partidos *casianos* y *pegasianos*, pero por un extraño trastorno la causa popular estaba en manos de Pegaso,[648] esclavo medroso de Domiciano; mientras Casio,[649] que blasonaba de su descendencia del asesino patriota, abogaba por el sistema de los césares. Zanjáronse en gran parte las desavenencias de las sectas con el edicto perpetuo, para cuyo desempeño el emperador Adriano antepuso al caudillo de los sabinianos, preponderaron los monarquistas, pero el comedimiento de Salvio Juliano fue imperceptiblemente hermanando a vencedores y vencidos. Los letrados del siglo de los Antoninos, al par de los filósofos contemporáneos, se desentendieron de la autoridad de todo superior, y tomaron de cada sistema las doctrinas más selectas.[650] Pero abultaron en demasía su colección, por carencia de unanimidad. Quedaba el ánimo del juez atascado con el número y el concepto de testimonios encontrados, y cuantas sentencias podía fulminar su interés, o bien su acaloramiento, se sinceraban con el arrimo de algún nombre respetable. La blandura de un edicto de Teodosio el Menor descargaba del afán de ir careando y contrapesando alegatos. Planteáronse por oráculos de la jurisprudencia Cayo, Papiniano, Paulo, Ulpiano y Modestino; la mayoría era decisiva, mas empatados los votos, competía el desempate a la sabiduría descollante de Papiniano.[651]

Al subir Justiniano al solio, la reforma de la jurisprudencia

romana era muy ardua, pero imprescindible. En el espacio de diez siglos, el cúmulo de leyes y opiniones legales sumaba miles de volúmenes, que ningunos haberes podían adquirir y ningún entendimiento abarcar. No había libros a la mano, y los jueces, menesterosos en medio de sus riquezas, tenían que ceñirse al ejercicio de sus legos alcances. Ignoraban los súbditos de las provincias griegas el idioma que disponía de sus vidas y haciendas, y el dialecto ya *bárbaro* de los latinos se estudiaba escasamente en las academias de Berito y de Constantinopla. Aquel lenguaje fue familiar en su niñez para Justiniano; había cursado en su mocedad la jurisprudencia, y su elección imparcial fue seleccionando los letrados más doctos del Oriente, para esmerarse con su soberano en el afán de la reforma[652] (527 d. C. y ss.). Los abogados con su práctica y los magistrados con su experiencia alumbraron la teoría de los profesores, y el denuedo de Triboniano[653] abarcaba los ámbitos de la empresa. Aquel varón extraordinario, blanco de extremadas alabanzas y censuras, era natural de Side en la Panfilia, y su numen, cual el de otro Bacon, se prohijó todos los negocios y la sabiduría de su siglo. Componía Triboniano, tanto en prosa como en verso, sobre indecible diversidad de asuntos recónditos y peregrinos, [654] dos panegíricos de Justiniano, y la vida del filósofo Teodato; la naturaleza de la felicidad y las obligaciones del gobierno; el catálogo de Homero, y los veinticuatro géneros de metro; la norma astronómica de Ptolomeo; las mutaciones de los meses; las casas de los planetas, y el sistema armónico del universo. Juntó el uso de la lengua latina con la literatura griega; estaban depositados los letrados romanos en su biblioteca y en su entendimiento, y se dedicó con ahínco a las facultades que franqueaban la carretera a la abundancia. Desde la jerarquía de los prefectos pretorianos, se encumbró a los blasones de escritor,

de cónsul y de maestre de los oficios: escuchaba el consejo de Justiniano su elocuencia y sabiduría, y la suavidad y el gracejo de sus modales acallaba la envidia. Las tachas de impiedad y de avaricia han mancillado el pundonor y la nombradía de Triboniano. Tildose, en una corte devota y perseguidora, a todo un ministro principal de reservadamente desafecto a la fe cristiana, y se le suponían arranques de ateísta y de pagano, que se solían achacar con harta torpeza a los últimos filósofos de Grecia. Más comprobada y más nociva se mostró su codicia. Si se dejó cohechar en el desempeño de la justicia, se atraviesa de nuevo el ejemplar de Bacon; ni alcanza todo el mérito de Triboniano a abonarle tantísima ruindad si desdoró el sagrado de su profesión y se dejó cohechar hasta el punto de legislar, cercenar o revocar, a impulsos del vil interés. En la asonada de Constantinopla, se otorgó su remoción a los clamores, y tal vez a la ira justísima del vecindario; mas luego quedó repuesto el cuestor, y siguió hasta su muerte disfrutando veinte años la íntima privanza del emperador. El mismo Justiniano encarecidamente celebra su rendimiento finísimo, mas aquella presunción agradecida no acertaba a deslindar tanta sumisión de los extremos indecorosos de la lisonja. Triboniano idolatraba las excelencias de su graciable dueño: no era la tierra acreedora a tamaño príncipe, y andaba aparentando una zozobra cariñosa de que Justiniano, como Elías o Rómulo, fuese arrebatado por los aires y traspuesto en vida a la morada celestial de la gloria.[655]

Si el César hubiera llegado a redondear la reforma de las leyes romanas, su numen trascendental, ilustrado con el estudio y la reflexión, habría dado al orbe un sistema castizo y original de jurisprudencia. Por más que la adulación lo endiosase, el emperador de Oriente se retrajo de plantear su concepto individual como norma de equidad; dueño de la potestad

legislativa, acudió al arrimo del desengaño, y su recopilación afanosa se atesora hoy mismo por los sabios y los legisladores. En vez de una estatua vaciada en un mero molde por mano de un artista, el producto de Justiniano está retratando el pavimento ajedrezado de fragmentos antiguos y costosos, pero por lo más inconexos. Desde el primer año de su reinado, encargó al leal Triboniano con nueve doctos asociados que revisasen los ordenamientos de sus antecesores, que se hallaban, desde el tiempo de Adriano, en los códigos Gregoriano, Hermogeniano y Teodosiano (13 de febrero de 528 d. C.-7 de abril de 529 d. C.), acrisolarlos de yerros y contradicciones, cercenar lo anticuado y superfluo, y seleccionar las leyes atinadas y saludables, más conformes con la práctica de los tribunales y el uso de los súbditos. Despachose la obra en catorce meses, y los doce libros o la *tablas* que dieron a luz los nuevos decenviros parece que eran un remedo de las tareas de sus antecesores romanos. Realza el nombre de Justiniano el nuevo *Código*, revalidándolo con su regia firma: dedicáronse los escribanos y pendolistas a extender copias auténticas: se remitieron a los magistrados de las provincias europeas, asiáticas y luego africanas, y se pregonó la legislación del Imperio en las festividades solemnes por los atrios de las iglesias. Restaba todavía un afán más trabajoso, y era el ir apurando la mente de la verdadera jurisprudencia de las decisiones y conjeturas, de las cuestiones y contiendas de los letrados romanos. Nombró el emperador a diecisiete legistas acaudillados por Triboniano, para ejercer un predominio absoluto sobre los trabajos de sus antecesores. Si cumplieran con su encargo en el término de diez años, quedara Justiniano pagado de su eficacia, y el arreglo ejecutivo de las *Pandectas* o *Digesto*,[656] en tres años (15 de diciembre de 530 d. C.-16 de diciembre de 533 d. C.) se hace

acreedor a elogio imparcial, según su desempeño. Eligieron de la biblioteca de Triboniano cuarenta de los letrados de nota de tiempos anteriores;[657] compendiaron mil tratados en cincuenta libros, y se recordó esmeradamente que tres millones de renglones o sentencias[658] habían venido a reducirse al número comedido de ciento cincuenta mil. Se dilató la publicación de tan grandiosa obra hasta un mes después de la *Instituta*, y parecía fundado que los elementos antecedieran al cuerpo de la legislación romana. Aprobado el conjunto por el emperador, revalidó con su potestad legislativa las aclaraciones de aquellos ciudadanos particulares: sus comentarios sobre las Doce Tablas, el edicto perpetuo, las leyes del pueblo y los decretos del Senado seguían en autoridad al texto, y aun éste vino a quedar arrinconado como un documento apreciable, pero inservible, de la Antigüedad. Se declaró que el *Código*, las *Pandectas* y la *Instituta* eran el sistema legítimo de la jurisprudencia civil, comprendiéndolos vinculadamente su cabida en los tribunales, y enseñándose únicamente en las academias de Roma, Constantinopla y Berito. Envió Justiniano al Senado y a las provincias sus *oráculos sempiternos*, y su orgullo, con el disfraz de religiosidad, atribuyó la consumación de aquel intento grandioso al amparo y la inspiración de la divinidad.

Puesto que el emperador declinó la nombradía y la envidia de la producción original, tan sólo le podemos exigir método, tino y fidelidad, prendas comedidas, pero imprescindibles, de un recopilador. Entre varios enlaces de conceptos, se hace arduo atinar con los más acertados, mas como la coordinación de Justiniano es diversa en las tres obras, cabe que las tres sean erradas, y desde luego es cierto que dos han de ser reprensibles. En la preferencia entre las leyes antiguas, parece que trató desapasionadamente a sus antecesores, no se encargó más que

hasta el reinado de Adriano, y el deslinde equívoco entre el paganismo y el cristianismo, que introdujo la superstición de Teodosio, quedaba abolido con el consentimiento de las gentes. Pero la jurisprudencia de las *Pandectas* está ceñida al plazo de un siglo, desde el edicto perpetuo hasta la muerte de Alejandro Severo; los letrados del tiempo de los primeros Césares rara vez logran hablar, y sólo tres nombres corresponden al tiempo de la República. Se ha alegado que el favorito de Justiniano temió encontrarse con los destellos de la libertad y el señorío de los sabios romanos. Sentenció Triboniano al olvido la sabiduría castiza y solariega de Catón, los Escévolas y Sulpicio, al paso que estaba invocando pechos que se hermanaban con el suyo, los sirios, griegos y africanos que se agavillaban en la corte imperial, para estudiar el latín como idioma extranjero, y la jurisprudencia como profesión gananciosa. Mas encargose a los comisionados de Justiniano[659] el esmerarse no en averiguaciones de anticuarios, sino en el provecho inmediato de los súbditos. Les incumbía valorar la parte práctica de las leyes romanas, y los escritos de los republicanos, aunque discretos y sobresalientes, ya no cuadraban para el nuevo sistema de costumbres, religión y gobierno. Tal vez si viviesen todavía los maestros y amigos de Cicerón, nuestra ingenuidad tendría que manifestar cuán en zaga se quedaban, excepto en los primores del idioma,[660] por el mérito esencial respecto de Papiniano, Ulpiano y sus escuelas. Crece pausadamente la ciencia legal con el tiempo y la experiencia, y los autores más recientes descuellan naturalmente con el método y la sustancia. Los letrados del tiempo de los Antoninos habían estudiado los trabajos de sus antecesores: sus ánimos afilosofados habían ido despuntando los aceros de la Antigüedad, simplificando las formalidades del procedimiento, y aludiendo competencias y celos de las sectas

encontradas. Quedó al juicio de Triboniano la elección de autoridades que constituyen las *Pandectas*, mas no cabía a todo el poderío del soberano, descargarle de la obligación sagrada de la certidumbre y la lealtad. Justiniano, como legislador del Imperio, podía revocar las actas de los Antoninos, y condenar por sediciosos los principios sostenidos por el último letrado romano.[661] Mas no abarca el despotismo la existencia de hechos ya pasados, y el emperador incurrió en el delito de fraudulento y falsario, si modificó el texto, encabezó con nombres respetables las palabras y conceptos de su reinado servil,[662] y cercenó de mano armada los ejemplares castizos y auténticos de sus dictámenes. Se disculpan los trastrueques e interpolaciones de Triboniano y sus compañeros, a pretexto de la uniformidad, mas fueron insuficientes sus desvelos, y las *antinomias* o contradicciones del *Código* y *Pandectas* están todavía ejercitando el ahínco y sufrimiento de los legistas modernos.[663]

Los enemigos de Justiniano hicieron cundir la hablilla infundada de haber reducido a cenizas la jurisprudencia de la antigua Roma, creyendo neciamente que era o falsa o superflua. Sin desdorarse con paso tan torpe, podía a su salvo el emperador dejar a cargo del tiempo y de la ignorancia aquel anhelado exterminio. Cabía sólo a los ricos el arrostrar, antes del invento de la imprenta y el papel, el coste de los escritos, y prudencialmente se puede regular el importe de los libros a cien tantos del de ahora.[664] Escaseaban y se conseguían recatadamente los traslados; el *cebo* del interés movía a los pendolistas a ir raspando los caracteres antiguos, y un Sófocles o un Tácito tenían que tributar sus pergaminos a los misales, homilías y la leyenda dorada.[665] Si tal suerte cabía a las composiciones esclarecidas del numen, ¿que consistencia se podía esperar de obras áridas y desabridas de una sabiduría

anticuada? Los libros de jurisprudencia interesaban a poquísimos, y a nadie halagaban; su valor dependía del uso del día, y allá se empozaban para siempre con las innovaciones de la práctica, el mérito descollante o la autoridad pública. En la gran temporada de paz y ciencia entre Cicerón y los Antoninos, se estaban ya padeciendo cuantiosos malogros, y algunas de las lumbreras de la escuela o del foro tan sólo llegaban a noticia de los curiosos por la tradición o las citas. En trescientos sesenta años de trastorno y menoscabo, se abocó más y más la lobreguez, y cabe suponer que de cuantos escritos se culpa a Justiniano haber desatendido, muchos no se hallaban ya en las bibliotecas del Oriente.[666] Los traslados de Papiniano y Ulpiano, vedados por el reformador, se conceptuaron indignos de mención venidera; fueron desapareciendo más y más las Doce Tablas y el edicto pretorio, y la envidia o ignorancia de los griegos arrinconó los monumentos de la antigua Roma. Peligraron en extremo las mismas *Pandectas* en el naufragio general, y la crítica ha venido a declarar que todas las ediciones y manuscritos del Occidente dimanan de un original *solo*.[667] Copiose en Constantinopla a principios del siglo VII fue a parar al fin con los vaivenes de la guerra y del comercio en Amalfi,[668] Pisa,[669] y Florencia,[670] y está depositado ahora, como reliquia sagrada,[671] en el palacio antiguo de la República.[672]

El esmero principal de todo reformador se cifra en precaver cualquier reforma venidera. Vedose el uso de cifras y abreviaturas con sumo rigor, para conservar el texto de las *Pandectas*, *Código* e *Instituta*, y recapacitando Justiniano que el edicto perpetuo yacía sepultado en una mole de comentarios, fulminó sentencia de falsario contra todo letrado temerario que osase interpretar, o descarriar, la voluntad de su soberano. Los estudiantes de Acursio, Bartolo o Cuyas, se sonrojarían de su

redoblada demasía, a menos de arrojarse a disputar de todo derecho, para aherrojar el albedrío de sus sucesores, y la independencia fundamental del entendimiento. Mas no alcanzaba tampoco el emperador a parar su propia inconstancia, y mientras blasonaba de renovar el trueque de Diómedes, de cambiar el cobre en oro,[673] advirtió la precisión de acendrar su oro de la liga de su ínfima ley. Aún no mediaban seis años desde la publicación del *Código* cuando ya dio por descabalada la empresa, publicando una edición nueva y más esmerada de la misma obra (16 de noviembre de 534 d. C.) realzándola con doscientas leyes suyas y cincuenta decisiones sobre los puntos más recónditos y enmarañados de la jurisprudencia. Iba señalando por años y, según Procopio, por días, su largo reinado con alguna innovación legal. Solía ser el rescindidor de sus mismas actas; fuéronlo también los sucesores, y lo ha sido principalmente el tiempo; pero el número de dieciséis edictos y ciento sesenta y ocho *Novelas*[674] ha tenido cabida en el cuerpo auténtico de la jurisprudencia civil. En el concepto de un filósofo sobrepuesto a las vulgaridades de su profesión, todas aquellas alteraciones incesantes, y por lo más baladíes, sólo caben interpretarse con el temple venal de un príncipe que estaba vendiendo sus sentencias y sus leyes.[675] Es cargo del historiador secreto exterminante y vehementísimo, pero el único ejemplar que alega puede achacarse tanto a la devoción como a la codicia de Justiniano. Un acaudalado timorato había dejado su herencia a la iglesia de Emesa, y su importe se abultó con la mafia del pendolista que añadió confesiones de deudas y promesas de pago, bajo dos nombres de sirios riquísimos. Alegaron la posesión, reconocida de treinta a cuarenta años; mas quedó su defensa soterrada con un edicto retroactivo que rezagaba la demanda de la Iglesia hasta el plazo de un siglo;

edicto tan plagado de sinrazón y trastorno que, tras aquel trance ocasional, quedó cuerdamente abolido en el propio reinado.[676] Que la imparcialidad exculpe al emperador mismo, y traspase a su mujer y a los favoritos aquel cohecho la sospecha de torpeza tan fea desdora desde luego la majestad de sus leyes, y cuantos aboguen por Justiniano habrán de confesar que tamaña liviandad, prescindiendo del móvil, es indigna de todo un legislador, y aun de un hombre cualquiera.

Rara vez se allanan los monarcas a ser catedráticos de sus vasallos, y así Justiniano es acreedor a cierta alabanza, por disponer que una gran mole quedase reducida a un tratadillo breve y elemental (21 de noviembre de 533 d. C.). Entre las varias instituciones de la legislación romana,[677] las más populares en levante y poniente eran las de Cayo,[678] y su práctica es un testimonio de su mérito. Fueron seleccionadas por los encargados imperiales Triboniano, Teófilo y Boroteo, y el desahogo castizo de los Antoninos quedó engastado en los materiales toscos de un siglo bastardo. El mismo tomo que encaminaba la juventud de Roma, Constantinopla y Berito al estudio sucesivo del *Código* y las *Pandectas*, se hace todavía apreciable al historiador, al filósofo y al magistrado. Divídense las *Institutas* de Justiniano en cuatro libros y van procediendo con método acertado de: I. Las *Personas* a II. Las *Entidades*, y de éstas a III. Las *Acciones*, y el artículo IV. de los *Agravios particulares* se termina con la ley *Criminal*.

I. La distinción de jerarquías y personas es el quicio incontrastable de un gobierno mixto y limitado. Viven y descuellan todavía en Francia los timbres de la libertad, al arrimo del denuedo, honores y aun preocupaciones de cincuenta mil nobles.[679] La alcurnia de doscientas familias va suministrando, en la legislatura inglesa, el segundo brazo entre

el rey y los prohombres, y equilibran así la Constitución. Una gradería de patricios y plebeyos, de extranjeros y súbditos, ha ido sosteniendo la aristocracia de Génova, de Venecia y aun de la antigua Roma. La igualdad cabal de los hombres es el punto en que se equivocan los extremos de la democracia y el despotismo, puesto que la majestad del príncipe, o del pueblo, quedaría lastimada si descollase alguna sien sobre el nivel de sus consiervos o conciudadanos. En la decadencia del Imperio Romano fue aboliendo el esmerado deslinde, y el raciocinio o el instinto de Justiniano completó la estampa sencilla de una monarquía absoluta. No estaba en manos del emperador desarraigar el acatamiento popular que siempre acompaña al poseedor de riquezas hereditarias y al descendiente de antepasados memorables. Se complacía en realzar con dictados y renumeraciones a sus generales, magistrados y senadores, y su dignación insubsistente extendía algunas ráfagas de su esclarecimiento a sus consortes y niños. Pero todos los ciudadanos romanos eran iguales ante la ley, y todos los súbditos del Imperio eran ciudadanos de Roma. Aquel carácter inestimable vino a parar en el desdoro de mera denominación. Ya no competía al voto de un romano legislar, o nombrar a los encargados anuales de su poderío; sus fueros frenaban el albedrío de un juez, y el aventurero denodado de Arabia y Germania tenía cabida con igual privanza al mando militar o civil, que sólo competía antes al ciudadano, sobre las conquistas de sus padres. Los primeros Césares habían seguido deslindando esmeradamente, lo que era decidido por la condición de su madre, y los de nacimiento castizo o servil, la ley se daba por cumplida si *su* libertad se acreditase en cualquier instante, entre su concepción y su alumbramiento. Los esclavos libertados por la generosidad de sus dueños se alistaban luego en la clase media

de horros o libertos, mas nunca se los descargaba de su obligación de obediencia y agradecimiento; cualesquiera que fuesen los productos de su industria, el patrón y su familia heredaban el tercio, y aun todos sus haberes si morían intestados o sin hijos. Respetó Justiniano los derechos de los patrones, pero su indulgencia eliminó los distintivos de mengua de las dos clases inferiores de libertos: cuantos dejaban de ser esclavos lograban sin reseña ni demora la regalía de ciudadanos; y al fin la recomendación de nacimiento castizo que la naturaleza había negado se suplía, o se fraguaba, por la omnipotencia del emperador. Cuantas restricciones de edad, formalidades o número se habían planteado en lo antiguo para frenar el abuso de las manumisiones, y el acrecentamiento sobrado ejecutivo de los romanos ruines y menesterosos, todo lo dejó abolido, y la mente de su legislación embebía la extensión total de la servidumbre casera. Hervían con todo, en tiempo de Justiniano, las provincias orientales, con muchedumbre de esclavos, o nacidos o comprados para el uso de sus dueños, y el precio desde diez a setenta piezas de oro crecía o menguaba, según su edad, pujanza y educación.[680] Pero el influjo del gobierno y de la religión iban aliviando más y más las penalidades de aquel Estado, y ya el súbdito no podía jactarse con el señorío absoluto sobre la vida, y el bienestar o malestar de sus esclavos.[681]

La ley natural está enseñando a los irracionales a amar y criar a sus hijos, y la razón natural está repitiendo al linaje humano el pago del cariño filial; pero el señorío absoluto, exclusivo y perpetuo del padre sobre su prole se halla peculiarmente vinculado en la jurisprudencia romana,[682] y es al parecer coetáneo con la fundación de la ciudad.[683] El padrino paterno se sustituyó o revalidó por el mismo Rómulo, y tras el ejercicio de tres siglos se estampó en la tabla cuarta de los decenviros. En

el foro, en el Senado y en el campamento, el hijo adulto de un ciudadano disfrutaba los derechos públicos y particulares de una persona; en la casa paterna era meramente una *entidad*, barajada en las leyes con los muebles, el ganado y los esclavos, a quienes un dueño antojadizo podía enajenar o deshacer, sin la menor responsabilidad, ante tribunal ninguno de la tierra. La diestra repartidora del sustento diario era árbitra de retraer su don voluntario, y cuanto el hijo se granjeaba con su afán o su fortuna, se empozaba de improviso en los haberes del padre. Sus bienes robados (sus bueyes o sus hijos) podían recobrarse con la idéntica acción de robo;[684] y si alguno había incurrido en demasías, le quedaba el arbitrio de optar entre compensar el daño, o entregar allá al agraviado el viviente reo. El menesteroso o el avariento podía recabar del padre de familia la cesión de sus hijos o sus esclavos; pero la suerte de éste solía ser más aventurada, por cuanto al primer rescate recobraba su enajenada independencia; el hijo retrocedía a su descastado padre, pudiéndolo condenar a la servidumbre, hasta dos y tres veces, y tan sólo a la cuarta quedaba ya expedito de la potestad casera,[685] de que tan repetidamente se abusaba. Castigaba el padre a su albedrío las culpas efectivas o soñadas de sus hijos con azotes, cárcel, destierro, o sujeción en el campo, para trabajar aherrojado en medio de los ínfimos sirvientes. Ejercía la majestad del padre la potestad de vida y muerte,[686] y los ejemplos de ejecuciones tan sangrientas, celebradas a veces y jamás castigadas, asoman en los anales de Roma, aun más acá de los tiempos de Pompeyo y de Augusto. Ni edad, ni jerarquía, ni cargo consular, ni el blasón de un triunfo eximían al ciudadano más esclarecido de los vínculos filiales;[687] embebíanse sus propios descendientes en la familia del padre mayor, y los fueros de la adopción no eran menos sagrados e inexorables que los de

la misma naturaleza. Sin zozobra, aunque no sin peligro, de los abusos, los legisladores romanos habían cifrado una confianza suma en los arranques del cariño paterno, y la certidumbre de que a cada generación había de llegarle la vez de ejercer el señorío augusto de padre y dueño desacibaraba las amarguras de la opresión.

Atribúyese a la rectitud y la humanidad de Numa la primera coartación de la potestad paterna; y la muchacha que con anuencia del padre se había enlazado con un liberto quedaba resguardada de la mengua de parar en esposa de un esclavo. En los primeros tiempos, cuando los latinos y toscanos inmediatos acosaban y desabastecían a la ciudad, se debió practicar con frecuencia la venta de niños, mas como no era lícito a un romano comprar la libertad de sus conciudadanos, iría escaseando tal género de feria, y las conquistas de la República extinguirían aquel comercio. Se hizo por fin partícipes a los hijos de cierta propiedad escasa, y se deslindó en el *Código* y en las *Pandectas* la distinción triple de *profecticio, adventicio y profesional*.[688] El padre tan sólo otorgaba de sus pertenencias el uso, reservándose el señorío; mas vendiéndose los bienes se exceptuaba la cuota del hijo, con una interpretación favorable de las demandas del acreedor. En cuanto a gananciales por enlace, don o herencia transversal, quedaba la propiedad afianzada al hijo, mas gozando, a no mediar exclusión formal, el usufructo durante su vida. El soldado sólo adquiría, disfrutaba y testaba los despojos del enemigo, como galardón, debido al denuedo militar; y la franquicia se extendía, por consecuencia obvia, a los productos de toda profesión liberal, a los sueldos del servicio público y a las sagradas larguezas de emperadores o emperatrices. Estaba menos expuesta la vida de un ciudadano que sus haberes a las demasías de la potestad paterna. Mas podía

su vida contrarrestar a los intereses o propensiones de un padre descastado: el mismo desenfreno que procedía de la liviandad, en tiempo de Augusto, lastimaba ya más a la humanidad, y el bárbaro Erixo, que azotó a su hijo de muerte, se salvó, con el amparo de aquel emperador, de la saña justiciera de la muchedumbre.[689] Un padre romano, por las demasías de un señorío servil, tuvo que revestirse de la gravedad y el comedimiento de un juez. La presencia y el dictamen de Augusto revalidó la sentencia de destierro, pronunciada contra un parricidio intentado, por el tribunal casero de Ario. Trasportó Adriano a una isla al padre celoso que, a manera de salteador, se había valido de la proporción de una cacería para asesinar a un joven, amante incestuoso de su madrastra.[690] Toda jurisdicción particular se contradice con el sistema monárquico; de juez vino el padre a quedar en fiscal, y mandó Alejandro Severo a los magistrados que escuchasen su querella y ejecutasen su sentencia. Ya no le competía quitar la vida a su hijo, incurriendo en el delito y castigo de homicidio, y hasta la pena de parricidio descargada por ley Pompeyana se impuso terminantemente por la justicia de Constantino.[691] Correspondía igual amparo a todos los plazos de la existencia, y la racionalidad tiene que encarecer la humanidad de Paulo, por achacar el delito de homicidio a todo padre que aboga o desampara sin alimento a su recién nacido, o bien lo abandona en un sitio público, implorando la conmiseración que él mismo le está negando. Mas era un vicio dominante y empedernido en la Antigüedad el de los niños expósitos. Ya se mandaba, ya se consentía, y por lo más se practicaba impunemente, aun por personas muy ajenas de conceptuar la potestad paterna a la romana; y los poetas dramáticos, retratistas del corazón humano, representan con suma indiferencia una costumbre

popular cohonestada con razones de economía y lástima.[692] Aferrándose el padre en arrollar sus propios afectos, estaba a salvo si no de la crítica, por lo menos del castigo legal; y el Imperio Romano siguió ensangrentándose con infanticidios, hasta que los homicidas quedaron comprendidos por Valentiniano y sus compañeros en la letra y la mente de la ley Cornelia. No alcanzaron los documentos de la jurisprudencia[693] y del cristianismo a desarraigar práctica tan inhumana, hasta que el pavor del castigo capital acudió a robustecer aquel influjo halagüeño.[694]

La experiencia muestra que los bravíos andan siempre tiranizando al sexo femenino, y que los afectos de la vida social suavizan la suerte de las mujeres. Esperanzado de lograr descendencia pujante había Licurgo atrasado el plazo conyugal. Numa lo fijó a la edad tempranísima de doce años, para que el marido romano pudiera ir labrando a su albedrío el ánimo candoroso de una doncella sumisa.[695] Según costumbre antigua, feriaba la novia de sus padres y ella completaba la venta, con tres piezas de cobre, como resguardo para su introducción en el albergue, con sus dioses caseros. Tributaban los pontífices una ofrenda de frutos, en presencia de diez testigos; sentábanse los contrayentes en la misma zalea, cataban una torta salada de trigo y arroz, y esta *confarreación*,[696] que estaba demostrando el sustento antiguo de Italia, simbolizaba la unión mística de cuerpo y alma. Pero esta unión, por parte de la mujer, era estrecha y desigual, pues renunciaba al nombre y al culto de la casa paterna, para empeñarse en nueva servidumbre, condecorada únicamente con el dictado de adopción. Una ficción legal, ni fundada ni airosa, otorgaba a la madre de una familia[697] (su denominación propia) el concepto extraño de hermana de sus propios niños, e hija de su marido o dueño,

quien estaba revestido de toda la plenitud de la potestad paterna. Aprobaba, reprendía o castigaba éste su conducta, por reflexión o por antojo, ejercía jurisdicción de vida y muerte, y se suponía que en los casos de adulterio o embriaguez[698] tenía mucha cabida la sentencia. Adquiría o heredaba únicamente en beneficio de su señor, y tan terminante era la definición de la mujer, no como *persona*, sino como *entidad*, que en defecto del título fundamental podía reclamarse como otras alhajas, con el uso o posesión de un año entero. El marido romano según su inclinación se allanaba o desentendía del débito conyugal, tan esmeradamente requerido en las leyes judaicas y atenienses,[699] más, siendo desconocida la poligamia, nunca podía hacer partícipe de su lecho a otra más linda, o más apetecida, consorte.

Aspiraron las matronas romanas, tras los triunfos con los cartagineses, a las ventajas generales de una república rica y opulenta. Los padres y los amantes las agraciaron en sus anhelos, arrollando la gravedad de Catón el Censor.[700] Se desentendieron del ceremonial antiguo de los desposorios, desbarataron el plazo anual con la ausencia de tres días, y sin desprenderse de su nombre o de su independencia se avinieron a un contrato matrimonial decoroso y terminante. Alternaron en el uso de sus haberes propios, con reserva de su propiedad; un marido desarreglado no podía enajenar ni empuñar los haberes de la mujer; la solicitud de las leyes les vedó sus cesiones mutuas; y su desgobierno podía acarrear, para entrambos igualmente, una demanda de robo. No fueron ya de esencia de este convenio anchuroso y voluntario los ritos religiosos, ni aun civiles, y entre personas de igual clase; la cohabitación patente se suponía testimonio suficiente de su enlace. Restablecieron los cristianos los reales del matrimonio, que cifraba toda su gracia espiritual

en las plegarias de los fieles, y la bendición del sacerdote o del obispo. El origen, la validez y las obligaciones de institución tan sagrada se formalizaron con la tradición de la sinagoga; los preceptos del Evangelio y los cánones de los sínodos generales o provinciales,[701] y la conciencia de los cristianos acataba los decretos y censuras de los superiores eclesiásticos; mas los magistrados de Justiniano se desentendían de la autoridad de la Iglesia; el emperador consultaba con los letrados incrédulos de la Antigüedad, y las leyes matrimoniales del *Código* y *Pandectas* se fueron entresacando con respecto a los motivos terrestres de justicia, política y libertad nacional de ambos sexos.[702]

Además del consentimiento de las partes, cimiento de todo contrato acordado, requería el enlace romano la anuencia previa de los padres. Se podía precisar a un padre, en virtud de nuevas leyes, a acudir a las urgencias de una hija casadera, pero aun la demencia no se conceptuaba suficiente para eliminar la necesidad de su consentimiento. Variaron mucho entre los romanos[703] los motivos para la disolución de un matrimonio, pero el sacramento más solemne, y la misma consagración, podía siempre anularse con los ritos contrapuestos. En los tiempos remotos, el padre de familia era árbitro de vender a sus hijos, y la mujer entraba en la misma clase; podía el juez casero sentenciar a muerte al reo; o su dignación lo podía arrojar de su lecho y su casa, pero la esclavitud de la desventurada consorte era desahuciada y perpetua, a menos que le acomodase su varonil prerrogativa del divorcio. Se han vitoreado hasta lo sumo las virtudes de los romanos, que se abstuvieron de privilegio tan halagüeño voluntariamente por más de cinco siglos;[704] pero el mismo hecho está evidenciando la desigualdad de un enlace, en el que el esclavo no era árbitro de esquivar a su tirano, ni éste se avenía a soltar a su esclavo. Luego que las matronas romanas

pararon en compañeras iguales y voluntarias de sus dueños, se entabló una jurisprudencia nueva, el matrimonio a fuer de aparcería podía disolverse con el desvío de uno de sus asociados. En tres siglos de prosperidad y descarríos, aquel mismo principio se fue ampliando con la práctica, y terminó en abuso pernicioso. A impulsos de acaloramiento, interés o capricho, eran ya incesantes los divorcios; una palabra, una seña, un mensaje, una esquela, o el recado por un liberto, declaraban la separación, y la intimidad humana más entrañable se avillanó a mero enlace de ganancia o deleite. Recayó alternativamente sobre entrambos sexos el desdoro y el quebranto, según la jerarquía de los interesados, una esposa variable trasladaba su riqueza a una familia nueva, desamparando allá una prole crecida, y tal vez bastarda, en la autoridad paterna y los desvelos del anterior marido; podía una doncella linda verse al fin por el mundo, anciana, menesterosa y desvalida, pero la repugnancia de los romanos, al estrecharlos Augusto con el matrimonio, está demostrando que las instituciones vigentes eran menos favorables para los varones. Toda teoría deslumbrante queda aventada con este experimento libre e incontrastable, pues patentiza que la libertad del divorcio no contribuye al recato y a la felicidad. Aquella facilidad para el desvío destronca la confianza recíproca, y encona la reyerta más baladí: la escasa diferencia que asoma entre un marido y un extraño, y que tan facilmente se elimina, queda todavía más fácilmente olvidada; y la matrona que en cinco años se aviene a estrecharse en los abrazos de ocho maridos se desentenderá de todo miramiento recatado.[705]

Se acudió a remediar tardía y flojamente aquel mal general y progresivo. El antiguo culto de los romanos aprontaba a una diosa especial para oír y hermanar a los consortes desavenidos;

pero su dictado de *viriplaca*,[706] harto está mostrando por qué lado había de aparecer la sumisión y el arrepentimiento. Fiscalizaban los *censores* los actos de todo ciudadano; el primero que usó del privilegio del divorcio tuvo que acreditar sus motivos,[707] y destituyeron a un senador, por despedir a su consorte virgen sin consultar con sus amigos. Llegando a entablar demanda por el recobro de la dote, el *pretor* como celador de la equidad se enteraba de la causa y de las índoles, y solía inclinar suavemente la balanza a favor de la parte inocente y agraviada. Augusto, reuniendo la potestad de ambos magistrados, se valió de sus diversos arbitrios para contener o castigar el desenfreno del divorcio.[708] Requeríase la presencia de siete testigos romanos para la validez de acto tan solemne y deliberado; si el marido había sido el provocador principal, en vez de la demora de dos años tenía que reponer inmediatamente, o en el término de seis meses, la suma, mas si podía tildar el recato de su mujer tenía ésta que purgar su desliz o liviandad con la pérdida de la sexta u octava parte de su dote. Los príncipes cristianos fueron los primeros que especificaron los motivos justos del divorcio; sus instituciones, desde Constantino hasta Justiniano, están en vaivén con la costumbre del Imperio y los deseos de la Iglesia,[709] y el autor de las *Novelas* suele andar reformando la jurisprudencia del *Código* y de las *Pandectas*. Aun en las leyes más extremadas, quedaba la mujer condenada a aguantar a un jugador, un beodo y un mujeriego, a menos que resultase reo de homicidio, envenenamiento o sacrilegio, en cuyos casos parece que el matrimonio debía disolverse por mano del verdugo. Mas se sostenía el derecho sagrado del marido, por libertar su nombre y familia del borrón del adulterio: la lista de los pecados mortales de marido o de mujer fue creciendo y menguando con varias disposiciones, y los

tropiezos de impotencia incurable, ausencia dilatada y profesión monástica rescindían terminantemente la obligación matrimonial. Cuantos atropellaban lo permitido por la ley padecían varios y graves castigos. Quedaba la mujer despojada de sus galas y dijes, hasta del rascamoños; si el marido contraía otro desposorio, la desterrada tenía opción para embargar los haberes de la advenediza. Solía el embargo terminar en multa, recargada a veces en traslado a una isla o confinamiento en un monasterio; la parte agraviada quedaba liberada de los vínculos del matrimonio, pero el ofensor por toda la vida, o por el término de diez años, quedaba inhábil para otro desposorio. Condescendió el sucesor de Justiniano con las instancias de sus desventurados súbditos, y restableció la libertad del divorcio por consentimiento mutuo: unánimes estaban los letrados,[710] pero desavenidos los teólogos,[711] y la voz ambigua que manifiesta el precepto de Cristo se doblega a cualquiera interpretación que acomode a la cordura de un legislador.

Se coartaban entre los romanos los ensanches del cariño y del matrimonio con estorbos naturales y civiles. Parece que un instinto innato y universal está vedando el trato incestuoso[712] de padres con niños en la serie infinita de las generaciones ascendientes y posteriores. En cuanto a las ramas oblicuas o colaterales, la naturaleza se desentiende, la racionalidad enmudece, y la costumbre varía antojadizamente. Los egipcios admitían sin escrúpulos el enlace entre hermanos y hermanas; un espartano se casaba con la hija de su padre, y un ateniense con la de su madre y los desposorios de tío con sobrina se recomendaban en Atenas como unión venturosa de íntimos deudos. Ni el interés ni la superstición inclinaron a los legisladores profanos de Roma a redoblar la prohibición de grados, pero condenaron incontrastablemente el enlace de

hermanos con hermanas, titubearon en abarcar con su veda a los primos hermanos; reverenciaron el estado inmediato de tíos y trataron la afinidad y la adopción como un remedo cabal de los vínculos de la sangre. Según las máximas orgullosas de la República, tan sólo los ciudadanos libres podían contraer matrimonio legal; se requería un nacimiento honrado, o por lo menos castizo, para consorte de un senador, pero la sangre de reyes nunca podía mezclarse en boda legítima con la de un romano; y el nombre de extranjeras desdoró a Cleopatra y Berenice,[713] para vivir como *mancebas* de Marco Antonio y de Tito.[714] Aquel adjetivo, en verdad tan indecoroso para la majestad, no cabe aplicarse sin conmiseración a las costumbres de aquellos reinos orientales. La manceba, según el sentido estrecho de los legistas, era mujer de nacimiento servil o plebeyo, única y fiel compañera de un ciudadano romano que vivía soltero. Su clase apocada, inferior al timbre de esposa, y superior a la afrenta de una ramera, estaba aprobada y reconocida por las leyes; desde el tiempo de Augusto hasta el siglo X, era corriente el uso de este enlace secundario en levante y poniente, y se solían anteponer las prendas candorosas de una ramera al boato y la insolencia de una matrona esclarecida. Con tal enlace, ambos Antoninos, el blasón de los príncipes y de los hombres, disfrutaron las conveniencias del cariño casero; remedaron su ejemplo varios ciudadanos, mal hallados con el celibato, pero deseosos de sucesión. Apeteciendo legitimar su prole, se procedió a celebrar aquel tránsito por medio de un desposorio con una pareja fecunda y leal, por experiencia. Con el adjetivo *natural* se deslindaban la descendencia de la manceba y la cría bastarda del adulterio, abandono e incesto, a la cual Justiniano concede, a su pesar, el alimento preciso para la vida; y estos hijos naturales eran tan sólo capaces de heredar en la sexta

parte a su padre putativo. Según las leyes, los bastardos tan sólo eran acreedores a la esfera y el nombre de la madre, de la cual podían recabar hasta la clase de ciudadanos. Los desechados de la familia se prohijaban sin tacha por el Estado.[715]

La relación de padrino y ahijado, o en voces romanas de *tutor* y *pupilo*, que encabeza varios capítulos de la *Instituta* y las *Pandectas*,[716] es de suyo muy sencilla y uniforme. La persona y los haberes de un huérfano se deben confiar siempre al resguardo de algún amigo inteligente. Si el padre difunto no expresó el nombramiento, los deudos o parientes más inmediatos suyos tenían que proceder como padrinos naturales; recelaban los atenienses de poner a los niños en manos de los interesados en su fallecimiento, mas era axioma de la jurisprudencia romana que el gravamen de la tutoría debía invariablemente acompañar a las obvenciones de la sucesión. Si el nombramiento del padre o su alcurnia no suministraban tutor efectivo, se suplía la quiebra por la elección del pretor de la ciudad, o el presidente de la provincia. Pero el nombrado para este encargo público podía legalmente descargarse por demencia o ceguera, por ignorancia o torpeza, por encono anterior o intereses encontrados, por el número de niños o tutorías con que estuviere ya recargado, y por las inmunidades concedidas a los afanes importantes de magistrados, legistas, médicos y profesores. Hasta que el niño pudiese hablar y discurrir, lo representaba el tutor, cuya autoridad cesaba al entrar en la mocedad el interesado. Ningún acto del ahijado lo obligaba en daño suyo, sin la intervención del tutor, aunque sí podía obligar a otros en su beneficio. Es de más el advertir que el tutor debía estar afianzado, y tenía que rendir cuentas, y que la falta de eficacia o pureza lo exponía a una acción civil y casi criminal, por violador de tan sagrado encargo. Los letrados fijaron

temerariamente la mocedad a los catorce años, y como el entendimiento es más pausado de medros que el cuerpo, se interponía un *curador* para resguardar los haberes de un joven romano de su bisoñez y sus disparos. El pretor era al principio el elector de aquel encargado, para preservar a la familia de los ciegos estragos de un pródigo o un frenético; y las leyes precisaban al menor a solicitar aquel amparo para valorar sus actos hasta que fuese mayor de veinticinco años. Yacían las mujeres sentenciadas a la tutoría perpetua de padres, maridos o tutores, dando por supuesto que un sexo nacido para agradar y obedecer jamás llegaba a la edad de la razón y la experiencia. Tal era a lo menos la adustez y la mente altanera de la legislación antigua, que se había ido ya suavizando antes del tiempo de Justiniano.

II. El derecho fundamental de propiedad tan sólo cabe sincerarse por el acaso o por el mérito de la posición primitiva; y los letrados lo fundan acertadamente sobre este cimiento.[717] El salvaje que ahueca un árbol, enmanga una piedra con un palo, o ajusta una cuerda a la rama elástica, resulta en el estado natural dueño legítimo de la canoa, del arco y del machete. Yacían los materiales bajo el albedrío de todos; la hechura, producto de su tiempo y su maña corresponde únicamente a él mismo. Sus hermanos hambrientos ya no pueden, sin percibir su propia injusticia, arrebatar al cazador la presa alcanzada o muerta con su pujanza y su tino. Si sus próvidos desvelos amansan y multiplican vivientes, se granjea para siempre el uso y los servicios de sus redobladas crías, que penden únicamente de su asistencia. Si acota y cultiva un campo, para el sustento propio y el de los suyos, queda un erial convertido en huerto, la semilla, el abono y el afán acarrean nuevo valor, y el galardón de la cosecha queda devengado colmadamente con las tareas del año

entero. En los varios tránsitos de la sociedad, el cazador, el vaquero y el arador pueden resguardar sus haberes con dos razones que definen eficazmente el concepto humano: que cuantos están disfrutando el producto de su industria y que cuantos envidian sus logros tienen en su mano el granjeárselos igualmente con semejante ahínco. Cabe verdaderamente tanta plenitud y libertad en una colonia aventajada por alguna isla pingüe, mas el gentío crece y el espacio es el mismo; los derechos comunes y la herencia igual de todos viene a vincularse en los traviesos y mañosos; campiña y bosque se acotan por el dueño receloso, y debe celebrarse con especialidad la jurisprudencia romana, en ajustar el derecho de primer ocupante a las mismas fieras, el ambiente y el agua. En el camino desde la equidad primitiva hasta la suma injusticia son callados los pasos, casi imperceptibles las diferencias, y al fin el estancamiento final se escuda con leyes terminantes y raciocinios estudiados. El móvil eficacísimo e insaciable del amor propio es el fomentador de las artes y el aspirante a los galardones de la industria, y una vez instalados el gobierno civil y la propiedad exclusiva, ya son imprescindibles para la existencia del linaje humano. Excepto en las instituciones singularísimas de Esparta, todo legislador cuerdo desaprobó las leyes agrarias, como innovaciones falsas y azarosas. Entre los romanos la desproporción descompasada de los haberes arrolló el contrarresto ideal de tradiciones dudosas y estatutos anticuados; era la vez de que al más menesteroso secuaz de Rómulo le cupieron por herencia perpetua dos yugadas,[718] y el estatuto reducía las fincas del ciudadano más rico a quinientas yugadas. El territorio primitivo de Roma consistía únicamente en unas cuantas millas de bosque y pradera, por las orillas del Tíber, y con los cambios caseros nada disminuía la cuota nacional; pero

los bienes de todo extraño o enemigo estaban legalmente de manifiesto al ocupante de mano armada, se acaudalaba la ciudad con el tráfico provechoso de la guerra, y la sangre de los hijos era el precio único para vender el ganado Volico, los esclavos bretones y la pedrería y el oro de los reinos asiáticos. En el idioma de la jurisprudencia antigua, corrompido y trascordado antes del tiempo de Justiniano, se apellidaban los despojos *manceps* o *manicipium*, asidos con la mano, y al venderlos o *emanciparlos*, requería el comprador el resguardo competente de haberse quitado al enemigo, no al conciudadano.[719] Sólo podía desmerecer su derecho un ciudadano por desamparo manifiesto, lo que no era de suponer de alhaja alguna. Mas según las Doce Tablas, la posesión de un año por bienes muebles, y la de dos por los sitios, quitaba todo derecho al poseedor antiguo, adquiriéndolos el actual por contrato honrado de la persona que conceptuaba legítimamente dueña.[720] Esta injusticia corriente, sin asomo de engaño o tropelía, mal podía dañar a los individuos de una república reducida, pero los varios plazos de tres, diez y aun veinte años, dispuestos por Justiniano, cuadran mejor con los ámbitos de un imperio dilatado. En el plazo de esta posesión, han señalado los legistas la distinción de haberes positivos o personales, y su concepto general de la propiedad es el de un dominio sencillo, uniforme y absoluto. Las excepciones derivadas de *uso, usufructo*,[721] o *servidumbres*,[722] impuestas en beneficio de algún vecino de hacienda o casa, están desmenuzadas por extremo en los jurisconsultos, desentrañando con sutilezas metafísicas los fueros de la propiedad revueltos, divididos o transformados en otras entidades.

La muerte determina el título personal del primer dueño, pero la posesión, como invariable, sigue pacíficamente en sus hijos, como asociados en sus afanes y partícipes de sus haberes.

Ampararon los legisladores en todos tiempos y lugares un género de herencia tan obvio, y estimula al padre, en sus conatos eficaces y dilatados, la esperanza entrañable de que una posteridad crecida ha de disfrutar el producto de su tesón. Universal es el principio de la sucesión hereditaria, pero varía el método, por la conveniencia o el antojo, por el rumbo de las instituciones nacionales, o con ejemplos parciales que allá primitivamente se planteasen con engaño o violencia. Desviose al parecer la jurisprudencia romana de la igualdad natural, pero mucho menos que las instituciones judaicas,[723] atenienses[724] o inglesas.[725] A la muerte de un ciudadano, toda la descendencia, a menos que estuviese ya libre de la potestad paterna, acudía a la herencia. Desconocíase la engreída prerrogativa de la primogenitura; nivelábanse los sexos; hijos e hijas eran todos acreedores a su cuota igual del patrimonio, y sobreviniendo la temprana muerte de algún individuo se repartía su porción por los restantes. Si faltaba la línea recta, recaía la sucesión en las ramas colaterales. Van los letrados deslindando los grados de parentesco,[726] ascendiendo desde el poseedor al padre común, y descendiendo desde éste al heredero inmediato; mi padre está en el primer grado, mi hermano en el segundo, sus hijos en el tercero, y los demás de la serie se abarcan con el pensamiento, o se retratan en el árbol geneálogico. En esta regulación mediaba también otro deslinde esencial en las leyes, y aun en la Constitución de Roma, los *agnados* o deudos por la línea masculina eran llamados, estando en el mismo grado, a igual cuota; pero la hembra era inhábil para trasladar el derecho legítimo y los *cognados* de toda esfera, sin exceptuar la relación entrañable de madre e hijo, quedaban desheredados por las Doce Tablas, como extraños y ajenos. Entre los romanos una *alcurnia*, o linaje, se hermanaba con el nombre común y ritos

caseros; los varios sobrenombres y apellidos de Escipiones, o Marcelos, deslindaban mutuamente las ramas dependientes de las familias Cornelia o Claudia; la carencia de *agnados* del mismo apellido se suplía con la denominación más anchurosa de deudos o *gentiles*, y el desvelo de las leyes seguía conservando, bajo el mismo nombre, la descendencia perpetua de religión y haberes. La ley Voconia[727] procedía de un principio parecido, pues anulaba el derecho de la herencia femenina. Mientras las doncellas se siguieron dando o vendiendo para el matrimonio, adoptada la mujer quedaba desahuciada la hija, pero la sucesión independiente y aun igual de las matronas sostenía su engreimiento y el boato, y podían trasladar a una casa extraña las riquezas de sus padres. Mientras se acataron las máximas de Catón,[728] se encaminaban a perpetuar en cada familia una medianía razonable y decorosa; hasta que las añagazas mujeriles fueron imperceptiblemente triunfando, y toda contención saludable se disparó con la grandeza descompasada de la República. La equidad de los pretores iba mitigando la tirantez de los decenviros. Restablecieron sus edictos los derechos naturales a los niños póstumos y emancipados; y a falta de *agnados* anteponían la sangre de los *cognados* al nombre de los deudos, cuyo título y esfera se fue luego empozando en el olvido. La humanidad del Senado estableció con los decretos Tertuliano y Orficiano la herencia recíproca entre madres e hijos; pero se vino a introducir otro régimen nuevo y más imparcial, con las *Novelas* de Justiniano, que se esmeraba en resucitar la jurisprudencia de las Doce Tablas. Se barajaron las líneas masculina y femenina, se deslindaron escrupulosamente los eslabones ascendentes, descendentes y colaterales, y según la inmediación de parentesco y cariño fue cada grado sucediendo a las posesiones vacantes de un ciudadano de Roma.[729]

La naturaleza coordina de suyo las sucesiones, o en su vez lo hace la racionalidad general y permanente del legislador; pero suele atropellarse aquel orden por el *albedrío* antojadizo y parcial que dilata el predominio del testador hasta mas allá de la muerte.[730] En el estado sencillo de la sociedad, rara vez asoma este uso o abuso del derecho de propiedad; introdujéronlo en Atenas las leyes de Solón, y las Doce Tablas autorizan el testamento de un padre de familia. Antes de los decenviros,[731] un ciudadano manifestaba su ánimo ante el concejo de las treinta curias o barrios, y motivándolo la ley general de herencias, quedaba suspendido por un acto accidental de la legislatura. Tras el permiso de los decenviros, cada legislador especial promulgaba su testamento de palabra o por escrito, en presencia de cinco testigos, que representaban las cinco clases del pueblo romano; el sexto testigo acreditaba su existencia, un séptimo pesaba la moneda de cobre, pagada por un comprador supuesto, y se rescataba el haber con una venta soñada y quedaba inmediatamente libre. Esta ceremonia,[732] tan extraña que pasmaba a los griegos, se seguía practicando todavía en tiempo de Severo; mas ya los pretores habían dispuesto un testamento más sencillo, para el cual requerían las firmas y los sellos de siete testigos, libres de toda excepción legal, y citados expresamente para el desempeño de aquel acto trascendental. Un monarca particular que estaba reinando sobre las vidas y haberes de sus hijos era árbitro de ir luego repartiendo sus respectivas cuotas según los grados de sus merecimientos y su cariño; y su desagrado voluntarioso castigaba a un hijo ruin con la pérdida de su herencia, y la amarguísima preferencia de un extraño. Pero el desengaño de ver a muchos padres descastados impuso algunas limitaciones a la potestad testamentaria. Un hijo, y por las leyes de Justiniano, también una hija, no

quedaban ya desheredados con el mero silencio; tenían que nombrar al reo y especificar el agravio, y la justicia del emperador fue deslindando las causales únicas que podían justificar tamaña contravención a los principios fundamentales de la naturaleza y de la sociedad.[733] A menos que se reservase la legítima, esto es, la cuarta parte, para los hijos, eran éstos árbitros de querellarse de un testamento *inoficioso*, suponer que el entendimiento yacía menoscabado, por la edad o por dolencia, y apelar acatadamente de sentencia tan violenta a la sabiduría circunspecta del magistrado.

Mediaba en la jurisprudencia romana distinción esencial entre la herencia y los legados. Los herederos de la unidad cabal, o de algún doceavo de los haberes del testador, representaban su personalidad civil y religiosa, resguardaban sus derechos, cumplían con sus cargas, y aprontaban las donaciones amistosas o graciables que su voluntad postrera había señalado, bajo el nombre de legados. Mas como la inconsideración o prodigalidad de un moribundo pudiera sobrepujar a la herencia, y dejar tan sólo riesgos y afanes al sucesor, le cabía a éste la cuota *Falcidia*; y rebajar antes del pago de los legados la cuarta parte en su beneficio. Se franqueaba un plazo razonable para enterarse del balance entre deudas y haberes, para determinar si se aceptaba o se desentendía del testamento, y admitiéndole a beneficio de inventario, las peticiones de los acreedores no habían de exceder al justiprecio de las existencias. Podía la última voluntad de un ciudadano alterarse en vida, y alterarse en muerte: los sujetos que nombraba podían morir antes que él, rechazar la herencia, o estar expuestos a utilidades legales. En vista de tales acontecimientos, era árbitro de sustituir segundo o tercer heredero, para irse colocando según el orden del testamento; y la incapacidad de un demente o de un niño para

disponer de lo suyo podía suplirse con una sustitución semejante.[734] Pero aceptado el testamento, fenecía la potestad del testador. Todo romano adulto y cabal de razón se entregaba con señorío absoluto de la herencia, sin que alterasen la sencillez de la ley gravámenes inapeables que cercenan el desahogo de la libertad por largas generaciones.

Las conquistas, y luego los trámites de la ley, acarrearon el uso de los *codicilos*. Si un romano fallecía en provincia lejana del Imperio, dirigía una esquela a su heredero legítimo o testamentario, quien desempeñaba pundonorosamente, o trascordaba a su salvo, aquel encargo póstumo que los jueces no eran árbitros de exigir antes del tiempo de Augusto. Podía el codicilo extenderse en cualesquiera términos e idiomas, pero se requerían cinco firmas de testigos que lo abonasen. Solía ser su ánimo recomendable y adolecer de ilegalidad, y la invención de los *fideicomisos*, o padrinos, resultó del contraste de la justicia natural y la jurisprudencia positiva. Un extranjero de Grecia o África, podía ser amigo o bienhechor de un romano sin hijos, pero nadie sino un conciudadano podía obrar como su heredero. La ley Voconia, aboliendo la sucesión femenina, coartó el legado o herencia de una mujer a la suma de cien mil sestercios,[735] y una hija sola quedaba como extraña en la casa solariega. El afán amistoso y el cariño de la sangre idearon un ardid garboso; se nombraba en el testamento a un ciudadano honrado, con el encargo encarecido de que devolviese la herencia a la persona verdaderamente acreedora. Variaban los padrinos en tal conflicto; habían jurado cumplir con las leyes patrias, y el pundonor los estaba incitando a atropellarlas; y, si a vueltas de su patriotismo anteponían realmente su interés, se desconceptuaban con los sujetos virtuosos. Con la declaración de Augusto se zanjaron sus dudas, y se desentrañaron

comedidamente las formalidades y cortapisas de la jurisprudencia republicana,[736] sancionando legalmente los testamentos judiciales. Pero como la nueva práctica de los padrinazgos vino a degenerar en abuso, se le otorgó al padrino por los decretos Trebeliánico y Pegasiano la reserva de una cuarta parte del haber, o encabezar sobre el heredero efectivo todas las deudas y pleitos de la sucesión. Interpretábanse los testamentos llana y literalmente, pero el contexto de los codicilos y padrinazgos daba más ensanche a los letrados que solían extremar su esmero facultativo y prolijo.[737]

III. Las relaciones públicas y privadas imponen obligaciones generales a los hombres, pero estos compromisos específicos pueden tan sólo resultar de: 1º, promesa, 2º, beneficios, 3º, agravio, o cuando la ley revalida aquellas condiciones, la parte interesada acude a precisar a su desempeño, por medio de una acción judicial. La jurisprudencia de los letrados de todos los países estriba sobre este principio, que es la conclusión honesta de la racionalidad y la justicia.[738]

1. La diosa de la buena fe, pues se trata de la humana y social, merecía cultos, no sólo en sus templos, sino en el albergue de los romanos, y si la nación adolecía de suyo de egoísmo y despego pasmaba a los griegos, con el sencillo y entrañable cumplimiento de sus compromisos más gravosos;[739] en el mismo pueblo, no obstante, según el sistema adusto de los patricios y decenviros, un *mero pacto*, una promesa, aun juramentada, no producía obligación civil, no corroborándose bajo la forma legal de un convenio. Prescindiendo de su etimología latina, siempre llevaba consigo el concepto de un contrato valedero e irrevocable, que se formalizaba invariablemente en preguntas y respuestas. «¿Me prometéis entregarme cien piezas de oro?» era el interrogante entonado de

Seyo; y «lo prometo», era la contestación de Sempronio. Los fiadores de Sempronio quedaban judicialmente responsables, según el albedrío de Seyo, y el beneficio de descuento; y las resultas de pleitos recíprocos se fueron desviando más y más del cimiento sólido del convenio. Requeríase un consentimiento recatado y detenido para resguardar la validez de una promesa voluntaria, y el ciudadano que no se escudaba con su afianzamiento legal quedaba indiciado de engaño, y pagaba el daño de su descuido. Mas cavilaban los legistas, y lograban trocar los meros compromisos en convenios solemnes; los pretores, en calidad de celadores de la fe pública, admitían todo testimonio formal de un acto voluntario y reflejo, que venía a causar en su tribunal una obligación equitativa, para la cual franqueaban acción y arbitrio.[740]

2. Las obligaciones de segunda clase, contraídas con la entrega de una cantidad, llevan para los letrados el dictado especial de efectivos.[741] Débese agradecimiento a todo beneficiante, y el encargado de haberes ajenos se ha vinculado a la correspondencia sagrada de la restitución. En el caso de un rédito amistoso, el mérito de la generosidad es propio del prestamista, y el de un resguardo es peculiar del agraciado; pero en una *prenda*, y cuanto media en el trato interesado de la vida común, el beneficio se compensa con su equivalente, y varía la obligación del resarcimiento, según los términos del contrato. El idioma latino expresa acertadamente la diferencia fundamental entre lo *aprontado* y *correspondido*, que nuestra escasez tiene que significar a bulto bajo el nombre de rédito. En el primer caso, el agraciado tenía que devolver idénticamente la entidad que le habían aprontado, para acudir a sus urgencias; en el segundo, se empleaba en su uso y consumo, sustituyendo el mismo valor específico, según su justiprecio en número, peso y medida. En el

contrato de *venta* se traslada el dominio absoluto al comprador, y correspondía al beneficio con la suma competente de oro o plata precio y tipo universal de todo lo vendible. Más complicado es el contrato de *arriendo*, pues toda finca, afán o habilidad puede alquilarse a plazos, y cumplidos éstos puede la entidad idéntica devolverse al dueño, con el aumento de la ocupación o empleo beneficioso. En estos contratos gananciosos, a los cuales se pueden añadir los de aparcería y comisiones, andan los legistas cavilando entregas de objetos, y a veces soñando el consentimiento de las partes. La prenda palpable ha venido a parar en los derechos invisibles de un empeño o *hipoteca*, y el ajuste por determinado precio recarga desde aquel punto los acasos de quebranto o ventaja, a cuenta del comprador. Se puede racionalmente suponer que cada cual obra a impulsos de su interés, y admitiendo el beneficio, tiene que arrostrar el desembolso del convenio. En asunto tan interminable, el historiador se parará a notar el *alquiler* de finca o caudal, el producto de la primera, y el interés del segundo, por cuanto trasciende eficazmente a la prosperidad de la agricultura y el comercio. El hacendado solía tener que aprontar el caudal y los aperos de la labranza, y contentarse con la partición de sus frutos. Si el arrendador desvalido padecía quebrantos de esterilidad, epidemias y tropelías, acudía a las leyes, en pos de algún alivio proporcionado a sus desmanes; cinco años era el plazo corriente, y escasas mejoras cabían en el arrendador que, con la venta de la finca, estaba a toda hora expuesto a ser despedido.[742] La usura,[743] motivo de quejas inveterado en la ciudad, desalentada en las Doce Tablas,[744] había quedado abolida con el clamoreo del pueblo. Retoñó con los apuros de la ociosidad, tolerose con la cordura de los pretores, y por fin se deslindó en el código de Justiniano. Aun la jerarquía esclarecida

tuvo que ceñirse a la ganancia comedida del cuatro por ciento, se dispuso que el seis fuese la cuota corriente y legal del interés; otorgose el ocho al fomento de manufacturas y tráfico; el doce a los seguros marítimos, que los antiguos más cuerdos no trataron de fijar; pero excepto en este arriesgado empeño se frenó severísimamente toda usura exorbitante.[745] El clero, tanto de levante como de poniente, condenaba hasta el interés más escaso,[746] pero el concepto del mutuo beneficio, que prevaleció sobre las leyes de la República, contrastó con igual poderío y aun mayor a las preocupaciones de las gentes.[747]

3. La naturaleza y la sociedad están clamando por la justicia del desagravio, y al paciente, por alguna sinrazón particular, le cabe el derecho personal de querella legítima. Encargados de propiedad ajena, serían más o menos intensos nuestros desvelos, al par que crezca o mengüe el producto de la posesión temporal; rara vez respondemos de los acasos, pero las resultas del yerro voluntario deben recaer sobre su cometedor.[748] Entablaba un romano su acción civil de robo, en demanda de bienes usurpados; pudieron ir pasando por manos puras e inculpables, pero se requería la posesión de treinta años para anular el derecho primitivo. Sentenciaba el pretor su devolución, y se compensaba el quebranto duplicando, triplicando, y aun cuadruplicando el daño, según se había cometido la demasía, por fraude o salteamiento, y según se cogiera al delincuente *in fraganti* o se lo descubriera con las pesquisas. Resguardaba la ley Aquilia[749] la propiedad viviente del ciudadano, en esclavos y reses, de mano airada o de desamparo: concedíase el precio sumo del año en cualquier punto antes del menoscabo, si se trataba de animales domésticos, y se otorgaba proporcionalmente el ensanche de treinta días a otros bienes. Todo agravio personal se acibara o se mitiga con las costumbres

reinantes y la sensibilidad del individuo, y no cabe justipreciar, con un equivalente pecuniario, la pena o la afrenta de una expresión o de un golpe. La jurisprudencia tosca de los decenviros barajaba todas las tropelías que no llegasen a una lisiadura, multando indistintamente en veinticinco *ases*. Pero la misma moneda nominal se fue reduciendo en tres siglos, de una libra [460 g] al peso de media onza [14,35 g], y la insolencia de un romano adinerado, se complacía disfrutando la baratura de golpear a diestro y siniestro, cumpliendo con la ley de las Doce Tablas. Corría Veracio por las calles apaleando o abofeteando a los confiados transeúntes, y lo seguía un pagador que inmediatamente desembolsaba la multa, y los acallaba con el brindis legal de veinticinco piezas de cobre, esto es alrededor de un chelín.[750] La cordura del pretor iba escudriñando y deslindando el mérito de cada querella, pues al justipreciar los daños procuraba enterarse de las circunstancias, del tiempo, sitio, edad y jerarquía que podían agravar la vergüenza y el padecimiento del agraviado; pero si se conformaba, o si se ceñía a multa, o castigo ejemplar, ya se entrometía en la competencia; y quizás cubría las nulidades de la ley criminal.

La ejecución del dictador Albano, descuartizado por ocho caballos, es en concepto de Livio el ejemplo primero y último de crueldad romana, en el castigo de los delitos más atroces;[751] pero aquella justicia o venganza recayó sobre un enemigo extraño en el acaloramiento de la victoria, y por disposición de un solo individuo. Las Doce Tablas suministran una prueba más terminante del temple nacional, puesto que se arreglaron por lo más selecto del Senado, y se aceptaron libremente por el pueblo, y aquellas leyes, a semejanza de las de Dracón,[752] estaban escritas con letras de sangre.[753] Aprueban el principio inhumano y desigual de las represalias, la pena de ojo por ojo,

diente por diente y miembro por miembro se exige inexorablemente, a menos que el ofensor pague su indulto con una multa de trescientas libras [138 kg] de cobre. Repartieron colmadamente los decenviros las penas menores de azotes y servidumbre, imponiendo pena capital a nueve delitos de diversísimo temple. 1º. Todo acto de alevosía contra el Estado, o correspondencia con el enemigo público. Ajusticiaban al reo con martirio y afrenta; le velaban la cabeza, lo maniataban a la espalda, y azotado por un sayón, se lo encaramaba en medio del foro sobre una cruz, o algún árbol aciago. 2º. Reuniones nocturnas en la ciudad, bajo cualquiera pretexto de recreo, religión, o bien público. 3º. El homicidio de un ciudadano, por el cual los afectos naturales están pidiendo la sangre del matador. Es el veneno aun más horroroso que la espada o el puñal, y extrañamos el hallar, en dos casos afrentosos, cuán temprano plagó aquella maldad estudiada la sencillez de la República, y las virtudes recatadas de las matronas romanas.[754] El parricida, violador de los impulsos de la naturaleza y del agradecimiento, era arrojado al río o al mar, cosido en un saco, y luego les fueron añadiendo sucesivamente un gallo, una víbora, un perro y un mono, como compañeros muy proporcionados.[755] No hay monos en Italia, mas tampoco se pudieron echar de menos hasta que, a mediados del siglo VI, asomó la atrocidad de un parricidio.[756] 4º. La bastardía de un *incendiario*. Tras la ceremonia de los azotes, lo aventaban a sus mismas llamas, y tan sólo en este ejemplo la racionalidad propende a celebrar la justicia de las represalias. 5º. *Perjurio judicial*. Despeñaban al testigo cohechado o perverso de la roca tarpeya, para purgar su falsedad, que redundaba más aciaga con la violencia de las leyes penales, y la falta de testimonios por escrito. 6º. El cohecho de un juez que admitía regalos por sentenciar inicuamente. 7º.

Libelos y sátiras, cuyo tosco destemple solía alterar el sosiego de una ciudad idiota. Machucaban al autor con una cachiporra, castigo dignísimo, mas no consta que expirase con la descarga de las mazadas del verdugo.[757] 8º. La tala nocturna de la sementera de un vecino. Colgaban al reo como víctima grata a Ceres; mas no eran tan implacables los dioses silvanos, pues el desmoche de un árbol mucho más apreciable quedaba satisfecho con el pago moderadísimo de veinticinco libras [11,5 kg] de cobre. 9º. Ensalmos, que para la aprensión de los vaqueros del Lacio alcanzaban a postrar al enemigo, acabar con su vida, y desarraigarle sus lozanos plantíos. Queda por mencionar la crueldad de las Doce Tablas contra los deudores insolventes, y voy a preferir el sentido literal de la Antigüedad a los afeites vistosos de la crítica moderna.[758] Tras la prueba judicial del reconocimiento de la deuda, se daban treinta días de tregua antes de entregar al reo a la potestad de su conciudadano. En aquella cárcel casera se le daban doce onzas [344,4 g] de arroz de ración, se lo podía aherrojar hasta el peso de quince libras [6,9 kg], y se manifestaba, hasta tres veces, en el mercado su desamparo para mover a la compasión a sus amigos y paisanos. A los sesenta días se saldaba la deuda con la pérdida de la libertad o la vida, pues el insolvente o moría o era vendido para esclavitud extranjera allende el Tíber; pero si acudían varios acreedores igualmente pertinaces y empedernidos, podían legalmente descuartizarlos, y saciar su venganza con partición tan horrorosa. Cuantos abogan por ley tan irracional alegan que su eficacia retraería del engaño y de la ociosidad, y por consiguiente evitarían deudas impagables; pero la experiencia anonada el pavor benéfico demostrando que no asomaría acreedor que exigiera aquella pena inservible de la vida, o de un miembro. Al paso que los romanos se iban civilizando algún

tanto, quedó más y más arrinconado el código de los decenviros, con la humanidad de los querellantes, jueces y testigos, y así la exorbitancia del rigor vino a redundar en impunidad. Las leyes Porcia y Valeria vedaban a los magistrados el imponer a ningún ciudadano libre pena capital y aun corporal, y los estatutos anticuados de sangre se achacaron estudiadamente, y tal vez verdaderamente, a la violencia de la tiranía, no de los patricios, sino de los reyes.

Con la carencia de leyes penales y la insuficiencia de las acciones civiles, se mantenían muy escasamente el sosiego y la justicia de la ciudad, con la jurisdicción llana de los ciudadanos. Los malhechores que pueblan nuestras cárceles son la hez de la sociedad, y las demasías que los apenan son abortos de ignorancia, de irracionalidad y desamparo. Para cometer desafueros semejantes podía un plebeyo villano abusar del carácter sagrado de individuo de la República, pero mediando prueba o sospecha de algún delito contra el esclavo o el extranjero se le clavaba a una cruz, y justicia tan sumaria y ejecutiva se podía ejercer sin reparo sobre la mayor parte del gentío de Roma. Albergaba cada familia su tribunal casero que no se ceñía, como el del pretor, a los actos externos; la enseñanza inculcaba principios virtuosos y trascendentales, y el padre romano era responsable frente al Estado de las costumbres de sus hijos, puesto que disponía sin apelación de su vida, libertad y herencia, y en ciertas urgencias estrechas cabía en el ciudadano el desagravio público y el privado. Concordaban las leyes judaicas, atenienses y romanas en aprobar el homicidio de un salteador nocturno, aunque un ladrón en medio del día no se podía matar sin testimonio anterior de peligro y queja. Quien sorprendía al adúltero *in fraganti* podía libremente ejercitar en él su venganza;[759] el provocador abonaba todo contrarresto

sangriento y antojadizo,[760] y hasta el reinado de Augusto el marido prescindía de jerarquías y podía igualar a la que era hija de un padre poderoso con su seductor. Tras la expulsión de los reyes, el romano ambicioso que osase aspirar a su dictado o remedar su tiranía quedaba entregado a los dioses infernales: cada conciudadano esgrimía la espada de la justicia, y la acción de Bruto, tan repugnante al agradecimiento y a la racionalidad, quedaba ya de antemano santificada en el concepto de su patria.[761] La práctica tan bárbara de usar armas en medio de la paz[762] y las máximas sangrientas del pundonor eran desconocidas de los romanos; y en la temporada más castiza, desde el establecimiento de la libertad igual hasta el fin de las Guerras Púnicas, nunca se trastornó la ciudad con asonadas, ni apenas se mancilló con atrocidades. La carencia de leyes penales se fue percibiendo más y más por la sentina de vicios que emponzoñaron la ciudad, con los bandos en el interior y la dominación de afuera. En tiempo de Cicerón, todo ciudadano particular disfrutaba el privilegio de la anarquía; todo mandarín de la República se enardecía con ínfulas de poderío regio, y sus virtudes se hacían acreedoras a sumo elogio, como frutos de suyo de la naturaleza y la filosofía. Verres, tirano de Sicilia, después de un trienio anchuroso de liviandad, rapiña y desenfreno, tan sólo fue procesado por la restitución de más de trescientas mil libras esterlinas, y tan extremada fue la templanza de las leyes, del juez, y quizás del fiscal mismo,[763] que con devolver la decimotercera parte de sus robos estuvo viviendo desahogada y lujosamente en su destierro.[764]

El primer bosquejo de intento de proporcionar las penas con los delitos fue del dictador Sila, que en medio de su triunfo sangriento trató de atajar el desenfreno, más bien que de aherrojar la libertad de los romanos. Blasonaba de la

proscripción arbitraria de cuatro mil setecientos ciudadanos,[765] pero encumbrado a legislador acataba las preocupaciones del siglo, y en vez de sentenciar a muerte al salteador o asesino, al general que vendía a su hueste y al magistrado arrinconado de una provincia, se contentó con recargar sobre los daños pecuniarios la pena de destierro, o, en lenguaje más constitucional, la veda del fuego y del agua. La ley Cornelia, y después la Pompeya y la Julia, entablaron un nuevo sistema de jurisprudencia criminal,[766] y los emperadores, desde Augusto hasta Justiniano, fueron disfrazando la tirantez de sus rigores bajo los nombres de sus autores primitivos. Sobrevino el invento y la repetición de *penas extraordinarias*, dimanado del afán por dilatar y encubrir los vuelos del despotismo. Al condenar a romanos ilustres, se mostraba siempre el Senado propenso a barajar, al antojo de sus dueños, la potestad judicial con la legislativa. Incumbía a los gobernadores mantener en paz las provincias, administrando ejecutiva y arbitrariamente justicia, y el malhechor español que estuvo invocando su privilegio de romano logró que Galba lo hiciese empinar en cruz más encumbrada y vistosa, y así los ensanches de la ciudad desaparecieron por los ámbitos del Imperio.[767] Expedía allá el solio rescriptos oportunos, para resolver cuestiones que por su novedad y trascendencia se trasponían, al parecer, a las facultades y alcances de un procónsul. Eran reserva honorífica para personajes el extrañamiento y la degollación, pues ahorcaban, empozaban en las minas, quemaban o entregaban a las fieras en el anfiteatro a los delincuentes ruines. Perseguían a los salteadores armados, exterminándolos como enemigos de la sociedad; se declaró delito capital el de cuatrero,[768] pero el robo sencillo se conceptuó como agravio civil y personal. Se solían deslindar, a discreción de los mandarines, los grados de maldad

y el género de castigo, y el súbdito vivía a ciegas, en cuanto al peligro legal que le cabía por todos los pasos de su vida.

Pecados, vicios y delitos corresponden a la teología, a la moral y a la jurisprudencia. Si están acordes sus dictámenes, se robustecen mutuamente, mas si se desavienen, un legislador atinado va justipreciando el delito y el castigo, según su trascendencia para la sociedad. Bajo este concepto el arrojo más desaforado contra la vida y los haberes de un mero ciudadano resulta menos atroz que el delito de traición o rebeldía, que desacata la *majestad* de la República; los letrados obsequiosos entonaron a una voz que la República vive cifrada en la persona de su caudillo, y los filos de la ley Julia se fueron aguzando con el esmero desvelado de los emperadores. El roce desmandado de los sexos puede tolerarse como arranque natural, o atajarse como manantial de trastorno y estrago, pero el concepto, los haberes y la familia del marido quedan en gran manera lastimados con el adulterio de la mujer. La cordura de Augusto, después de enfrenar los disparos de la venganza, aplicó el amago de las leyes a este descarrío interior; y los actos criminales, tras el pago de crecidas multas y confiscaciones, fueron condenados a destierro dilatado o perpetuo, en dos islas muy alejadas.[769] La religión iguala, en sus censuras, a ambos esposos infieles, mas como varían las resultas civiles, jamás cupo a la mujer disculpa formal, [770] y la diferencia de adulterio sencillo o duplicado, tan corriente, tan abultada en los cánones, no asoma en la jurisprudencia del *Código* o de las *Pandectas*. Apuntaré a mi pesar, y terminaré con ansia, otro vicio más odioso, cuyo nombre hasta repugna al recato, y su pensamiento estremece a la naturaleza. Emponzoñáronse los romanos primitivos con el ejemplo de los etruscos[771] y griegos;[772] enloquecidos y descarriados con la prosperidad y el poderío, empalagaba ya

todo deleite candoroso, y la ley Escatinia,[773] atropellada violentamente, se fue desusando con la sucesión del tiempo y el sinnúmero de los reos. Por ella el robo, y quizá la seducción, de un joven honrado se compensaba, como agravio personal, con el escaso quebranto de diez mil sestercios, u ochenta libras; era lícito matar al atropellador en la resistencia o venganza del recato, y me complazco en creer que así en Roma como en Atenas, el desertor voluntario y afeminado de su sexo quedaba degradado del blasón y los derechos de ciudadano.[774] Mas no amainó la practica del vicio con la generalidad de la afrenta; la inborrable mancha de la vileza del hombre adulto se equiparó con los descarríos más leves de la mancebía y el adulterio, ni el amante desenfrenado incurría en el mismo desdoro que su acompañante en el delito de uno u otro sexo. Desde Cátulo a Juvenal[775] andan los poetas tildando y vitoreando la bastardía de los tiempos, y el despejo y la autoridad de los letrados se empeñaron débilmente en reformar las costumbres, hasta que el sumamente virtuoso emperador vedó el pecado antinatural como delito contra la sociedad.[776]

Otro rumbo de legislación, apreciable aun en su desacierto, vino a formalizarse con la religión de Constantino.[777] Conceptuáronse las leyes de Moisés como la norma fundamental de la justicia, y los príncipes cristianos fueron ajustando sus estatutos penales a los grados de bastardía moral o religiosa. Declarose ante todo el adulterio como desliz capital; igualose la fragilidad de ambos sexos con el envenenamiento, el asesinato, la hechicería o el parricidio; impusiéronse las mismas penas al delito activo o pasivo de sodomía, y todos los reos, de estado libre o esclavo, fueron ahogados o degollados, o bien arrojados vivos a las llamas vengadoras. Se contempló a los adúlteros, por impulso natural de las gentes, pero los

enamorados de su propio sexo fueron acosados por la ira general y religiosa; reinaban todavía las costumbres deshonestas de la Grecia en las ciudades del Asia, y el celibato de los monjes y el clero estaba dando pábulo a todos los vicios. Mitigó a lo menos Justiniano el castigo de la infidelidad femenil, pues condenaba a la delincuente a soledad y penitencia no más, y a los dos años podía volver a los brazos del marido bondadoso. Pero el mismo emperador se declaró enemigo implacable de la lujuria vedada, y apenas cabe disculpar la inhumanidad de su persecución por la pureza de sus motivos.[778]

Arrollando todo principio de justicia, abarcó con sus edictos demasías anteriores y venideras, dando treguas para la confesión o el indulto. Imponíase muerte dolorosa con la amputación del instrumento pecaminoso, o el empuje de cañas agudas por los poros y conductos de sensibilidad más extremada, y abonaba Justiniano su providencia alegando que a todo sacrílego se le cortaban las manos. En tan rematada afrenta y agonía, dos obispos, Isaías de Rodas y Alejandro de Dióspolis, fueron arrastrados por las calles de Constantinopla mientras se amonestaba a voz de pregón a sus hermanos para que escarmentasen y no mancillaran la santidad de su carácter. Quizá eran inocentes los prelados. Solía la sentencia estribar en el testimonio leve de un niño o de un sirviente, causando muerte o afrenta: los jueces se atenían a un delito del bando verde de los acaudalados y de los enemigos de Teodora; y la sodomía vino a ser la culpa de cuantos ninguna tenían. Un filósofo francés[779] ha osado advertir que todo lo recóndito es dudoso, y el mismo horror natural del vicio puede redundar, con el abuso, en palanca de tiranía. Pero el concepto propicio del mismo escritor de que un legislador debe descansar en el tino y la racionalidad del linaje humano se desquicia con la

averiguación desabrida de la Antigüedad y la extensión del achaque.[780]

Gozaban los ciudadanos libres de Atenas y de Roma en puntos criminales la regalía inestimable de ser procesados por sus compatricios.[781] I. La administración de justicia es el cargo primitivo de un príncipe; ejercitáronlo allá los reyes romanos, y abusó de él Tarquino, pronunciando, solo sin ley ni consejo, su sentencia arbitraria. Los reemplazaron los primeros cónsules en esta prerrogativa regia, pero el derecho sagrado de apelación canceló luego la jurisdicción del magistrado, y el tribunal supremo del pueblo resolvía todas las causas públicas. Pero una democracia desquiciada orilla los principios fundamentales de la justicia; la envidia plebeya enconaba la altanería despótica, y los héroes de Atenas pudieron, a veces, aplaudir la dicha del persa, cuya suerte pendió del antojo de un solo tirano. Algunas restricciones saludables, impuestas por el pueblo a sus propios ímpetus, fueron a un tiempo causa y efecto de la gravedad y templanza de los romanos. Se vinculaba en los magistrados el derecho de acusación; un voto de las treinta y cinco tribus podía imponer una multa, pero el conocimiento de todo delito capital estaba reservado por una ley fundamental a la junta de centurias, en la que el influjo de los pudientes no podía menos de preponderar. Mediaban repetidos pregones y plazos, para dar tiempo a que amainasen la preocupación y el encono: todo el procedimiento podía anularse con un agüero oportuno o la oposición de un tribuno; y aquel género de causas solían ser menos temibles para la inocencia que favorables a la maldad. Pero este enlace de la potestad legislativa con la judicial dejaba en duda si el reo quedaba o no indultado o bien descargado, y los oradores de Roma y Atenas, abogando por sus ahijados, acudían a la política y la benevolencia, no menos que a la

justicia del soberano. II. El afán de juntar a los ciudadanos para el juicio de cada encausado se iba dificultando más y más con tantísimo reo como se agolpaba diariamente, y se adoptó el arbitrio muy obvio de subdelegar en nombre del pueblo a los magistrados ya establecidos o a *pesquisadores* extraordinarios. Escaseaban en los primeros tiempos estos disturbios accidentales. Se fueron perpetuando al principio del siglo VII de Roma; autorizábase anualmente a cuatro pretores para entender en delitos de traición contra el Estado, tropelía, estafa y cohecho; y añadió Sila nuevos pretores y cuestores para las demasías que más directamente ofenden a la seguridad de los individuos. Aquellos pesquisadores venían a sustanciar la causa, pero tan sólo podían pronunciar la sentencia de la mayoría de los jueces que, con alguna verdad y más preocupación, se han querido parangonar con los jurados ingleses.[782] Para el desempeño de aquel cargo trascendental y gravoso, el pretor arreglaba su lista anual de ciudadanos antiguos y respetables. Tras varios vaivenes constitucionales, se nombraban en número igual del Senado, del orden ecuestre y del pueblo; se apropiaban cuatrocientos cincuenta para litigios particulares, y los varios catálogos, o *decurias* de jueces, debieron contener los nombres de algunos miles de romanos, que venían a representar la autoridad judicial del Estado. Para cada pleito nuevo se sacaba de la urna un número suficiente; se juramentaban; el escrutinio secreto resguardaba su independencia; se eliminaba todo recelo de parcialidad por las tachas mutuas que aprontaban el acusador y el defensor, y los jueces de Milon, con el cercén de quince por cada parte, vinieron a quedar en cincuenta y un votos, o tarjetas de descargo, condena o duda favorable.[783] III. El pretor de la ciudad era positivamente un juez, y casi un legislador, en su jurisdicción civil, mas luego que había aplicado el caso de la ley,

solía subdelegar la determinación del hecho. Creciendo más y más los litigios, se granjeó más concepto y predominio el tribunal de los centumviros que estaba presidiendo; pero ya actuase por sí solo o con el dictamen de su consejo, se confiaba un poderío absoluto a un magistrado elegido anualmente por los votos del pueblo. Requerían alguna explicación las reglas y cautelas de la libertad, pero el método del despotismo es tan sencillo como yerto. Antes del tiempo de Justiniano, y quizás de Diocleciano, las decurias de los jueces romanos yacían exánimes, con su mero dictado; podían aceptar o rechazar el dictamen rendido del asesor, y en todos los tribunales la jurisdicción civil y criminal se desempeñaba por un magistrado solo, que se erguía o se arrinconaba, según el albedrío del emperador.

Todo romano procesado por delito capital tenía en su mano el sortear la sentencia con su destierro o muerte voluntaria. Se lo conceptuaba inocente hasta que resultase comprobada la culpa, y entretanto vivía libre; y hasta tanto se contasen y apurasen los votos de la última centuria podía sosegadamente retirarse a alguna de las ciudades aliadas de Italia, Grecia o Asia.[784] Con esta muerte civil, quedaban ilesos su concepto y sus haberes, a lo menos para sus hijos; y le cabía holgarse, honesta y aun sensualmente, si el ánimo, embullado con el estruendo ambicioso de romano, podía ya aguantar la igualdad y el sosiego de Rodas o de Atenas. Mayor denuedo se requería para sortear la tiranía de los Césares, pero las máximas estoicas congeniaban con estos conatos, brindando con el partido legal del suicidio. Se ostentaban a la afrenta pública los cadáveres de los reos, y sus hijos, desmán mucho más amargo, quedaban reducidos al desamparo, con la confiscación de sus bienes. Pero anticipando una víctima de Nerón o de Tiberio el decreto del príncipe o del Senado, su arrojo terminante lograba el aplauso público, un

entierro decoroso y la validez de sus testamentos.[785] Parece que la suma codicia y la crueldad rematada de Domiciano defraudaban aun de este postrer consuelo al desventurado, y que lo siguió denegando hasta la misma clemencia de los Antoninos. La muerte voluntaria que, en caso capital, mediaba entre la acusación y la sentencia, se consideraba confesión de la culpa, y la demanda inhumana del erario acudía en pos de los haberes del difunto.[786] Pero siempre los letrados acataron el derecho sagrado de un ciudadano para disponer de su vida, y la afrenta póstuma inventada por Tarquino,[787] para atajar la desesperación de los súbditos, no mereció repetición o remedo entre los tiranos posteriores. Desfallece todo poderío contra el que se aviene a la muerte, y tan sólo el concepto religioso de un estado venidero alcanza a detenerle el brazo. Alista Virgilio a los suicidas entre los desventurados, más bien que con los delincuentes,[788] y las fábulas poéticas de lobregueces infernales no podían formalizar el menor reparo, en punto a creencias y prácticas del linaje humano. Pero los preceptos del Evangelio o de la Iglesia han aherrojado por fin con esta servidumbre cristiana a los feligreses, condenándolos a estar aguardando el trance postrero de la dolencia o del verdugo.

Poquísimo abultan los estatutos penales en los sesenta y dos libros del *Código* y las *Pandectas*, y en la sustanciación de causas se decide la vida o la muerte de un ciudadano con menos detenimiento y cautela que el punto más llano de contrato o herencia. Esta diferencia tan extraña, aunque medie la necesidad imprescindible de resguardar el sosiego de la sociedad, dimana del juez de la jurisprudencia, tanto civil como criminal. Sencillas y uniformes son nuestras obligaciones con el Estado; la ley que nos condena vive entallada, no sólo en bronce y en mármol, sino en la conciencia del reo, y su demasía suele comprobarse

con el testimonio de un solo hecho; pero nuestras relaciones mutuas varían en infinito; nuestra correspondencia nace, crece, se anonada con agravios, finezas o promesas, y la interpretación de contratos voluntarios y testamento, que suelen ser abortos de ignorancia o de engaño, acarrea sumo afán a la perspicacia del juez. El tráfago de la vida recrece con los ensanches del comercio y de las conquistas, y el residir las partes por las provincias lejanas de un imperio causa dudas, demoras y apelaciones inevitables, desde los respectivos paraderos hasta el magistrado supremo. Justiniano, emperador griego de Constantinopla y del Oriente, era sucesor legal del vaquero latino, planteador de una colonia por las orillas del Tíber. En el plazo de trece siglos, las leyes habían tenido que ir siguiendo los vaivenes del gobierno y de las costumbres, y el afán recomendable de hermanar nombres antiguos con instituciones modernas desquició la concordancia, y abultó el conjunto de un sistema nubloso y desencajado. Las leyes que suelen a veces ir disculpando la ignorancia de los súbditos están confesando sus propios desaciertos; la jurisprudencia civil, compendiada por Justiniano, siguió todavía siendo una ciencia recóndita y un tráfico aventajado, y la maña particular de los legistas encapotaba más y más la lobreguez y las revueltas intrincadas de aquel estudio. Solía el costo de pleitos sobrepujar a su contenido, y las privaciones o miramientos de los litigantes los precisaban a desentenderse de sus derechos patentes. Podía aquella exorbitancia retraer de toda propensión a pleitos, pero la carga tan desigual fomenta el influjo de los pudientes, y agrava el desamparo de los menesterosos. Con procedimientos tan pausados y costosos, el litigante adinerado logra ventajas más positivas que cuantas le pudieran caber por el cohecho de los jueces. La experiencia de un desmán de que adolecen acá nuestro siglo y patria hace a veces prorrumpir en

iras pundonorosas, y anhelar arrebatadamente el trueque de nuestra afanosa jurisprudencia por los decretos sencillos y ejecutivos de un cadí turco, pero hay que hacerse cargo de que estas formalidades y demoras conducen para resguardar a la persona y los haberes del ciudadano, y que la ley arbitraria del juez es la tramoya principal de la tiranía; y de que las leyes de un pueblo libre deben prever y deslindar cuantos pleitos pueden suscitarse, en el ejercicio de la potestad y los contratos de la industria. Pero el gobierno de Justiniano agolpó los achaques de la libertad y de la servidumbre, y el sinnúmero de leyes y el albedrío del dueño acosaban más y más a los romanos.

XLV

REINADO DE JUSTINO EL MENOR - EMBAJADA DE LOS AVARES - SU ESTABLECIMIENTO SOBRE EL DANUBIO - CONQUISTA DE ITALIA POR LOS LOMBARDOS - ADOPCIÓN Y REINADO DE TIBERIO - DE MAURICIO - ESTADO DE ITALIA BAJO LOS LOMBARDOS Y EXARCAS - DE RAVENA - CONFLICTO DE ROMA - ÍNDOLE Y PONTIFICADO DE GREGORIO I

Justiniano, quebrantado de ánimo en sus postreros años, empapándose en contemplaciones celestes, desatendía las incumbencias del bajo mundo. Se impacientaban ya los súbditos con tantísima duración de su vida y reino, mas estaban temerosos los sensatos de que el trance de su fallecimiento disparase asonadas en la capital y trastornos en el Imperio. Siete sobrinos del monarca sin sucesión,[789] hijos o nietos de su hermano o su hermana, se habían educado con el boato de sangre regia; habían ya ejercido mandos esclarecidos en las provincias y en los ejércitos; eran sus prendas notorias, sus secuaces ansiosos, y como el tedio de la edad había propuesto su declaración de sucesor, estaban igualmente esperanzados de la herencia del tío. Expiró en su palacio (14 de noviembre de 565 d. C.), tras un reinado de treinta y ocho años, y los allegados de Justino, hijo de Vigilancia, se abalanzaron a la coyuntura.[790] Atronó su puerta a deshora el tropel arrebatado, y despertando a los sirvientes, lograron audiencia, manifestándose individuos principales del Senado. Participáronle halagüeñamente el secreto importantísimo del fallecimiento del emperador; expresaron, o

quizás fraguaron, su elección al morir del más amado y más acreedor de sus sobrinos, y amonestaron a Justino para que precaviese los desmanes de la muchedumbre, pues amaneciendo estaba cundiendo la voz de que se hallaban sin dueño. Amañando su semblante con extrañeza, desconsuelo y decoro, se avino, con el dictamen de su esposa Sofía, a la autoridad del Senado (15 de noviembre de 565 d. C.-diciembre de 574 d. C.). Condujéronle arrebatada y silenciosamente al palacio, saludó la guardia al nuevo soberano, y se celebraron ejecutivamente los ritos religiosos y marciales de la coronación. Los palaciegos diligentes lo revistieron con el manto imperial de púrpura, sobre la túnica blanca y borceguíes encarnados. Un soldado venturoso, a quien inmediatamente ascendió a la jerarquía de tribuno, enroscó a su cerviz el collar de la milicia; cuatro mancebos lozanos lo elevaron sobre un broquel: se mantuvo erguido e inmóvil para ir recibiendo la adoración de los súbditos, y santificaron su elección las bendiciones del patriarca, quien ciñó la diadema en las sienes de un príncipe católico. El gentío innumerable cuajó el hipódromo, y al asomar el emperador en su solio, se confundió la vocería de ambos partidos, el verde y el azul. En las arengas al Senado y al pueblo, ofreció Justino atajar los abusos que desdoraron la ancianidad de su antecesor, ostentó máximas de un gobierno justo y benéfico, y declaró que en las calendas inmediatas de enero resucitaría en su persona el nombre y el liberalismo de un cónsul romano.[791] El pago ejecutivo de las deudas de su tío estuvo manifestando una prenda positiva de su garboso desempeño (1 de enero de 566 d. C.); una comparsa de empleados con sus talegas de oro al hombro se adelantó al centro del hipódromo, y los acreedores desahuciados de Justiniano recibieron, a fuer de don gratuito, aquel pago equitativo. Aún no cumplido el trienio, la emperatriz

Sofía imitó y sobrepasó su ejemplo, redimiendo a muchos ciudadanos menesterosos de los ahogos de atrasos y de usuras; rasgo de benevolencia dignísimo de sumo agradecimiento, como que socorre la urgencia más intolerable, pero en el cual es la fineza muy resbaladiza, por las instancias de la prodigalidad y el engaño.[792]

El séptimo día de su reinado (566 d. C.) dio Justino audiencia a los embajadores de los avares, y ornamentó la escena, para dejar a los bárbaros sumisos, asombrados y despavoridos. Desde las verjas del palacio, patios y pórticos estaban guarnecidos con los empinados airones y broqueles dorados de la guardia, que presentaban lanzas y hachas, con mayor garbo que si se hallasen en el campo de batalla. Los palaciegos que ejercían el poderío, o acompañaban la persona del príncipe, se erguían engalanados con todos sus arreos, y colocados por el orden civil o militar de sus graduaciones. Descorrido el velo del santuario, cupo a los embajadores mirar al emperador de Oriente en su solio, bajo un dosel o cimborio, sostenido por cuatro columnas, y coronado con una efigie alada de la Victoria. En el primer ímpetu de su pasmo, se allanaron a la postración servil de la corte bizantina; mas puestos luego en pie, Targecio, principal de la embajada, manifestó el engreimiento y desahogo de un bárbaro. Encumbró, por boca del intérprete, la grandeza del chagan, cuya clemencia dejaba existir todavía los reinos del sur, cuyos súbditos victoriosos habían atravesado los ríos helados de Escitia, y que a la sazón estaban cubriendo las orillas del Danubio con sus tiendas innumerables. Había el difunto emperador cultivado con regalos anuales y costosos la amistad del monarca agradecido, y los enemigos de Roma habían estado respetando a los aliados de los avares. Igual cordura debía enseñar al sobrino de Justiniano a

imitar las larguezas de su tío, y conseguir así las dichas de la paz con un pueblo invicto que se complacía y descollaba en el ejercicio de la guerra. Prorrumpió el emperador, contestando con el mismo desentono de retos altaneros, y cifró su confianza en el Dios de los cristianos, en la gloria antigua de Roma y en los triunfos aún recientes de Justiniano. «Rebosa —dijo–, el Imperio de gente y caballos, con armas suficientes para escudar nuestra raya y escarmentar a los bárbaros. Brindáis con hermandad, y amagáis con hostilidades, uno y otro despreciamos. Solicitan los vencedores de los avares nuestra alianza, ¿hemos de temer a sus fugitivos y desterrados?[793] Franqueó nuestro tío finezas a vuestro desamparo y a vuestras plegarias rendidas; y así ahora nos deberéis otro agasajo de mayor valía que el desengaño de vuestra flaqueza. Retiraos de nuestra presencia, en salvo quedan las vidas de unos embajadores, y si volvéis para implorar nuestro indulto, tal vez os haréis acreedores a nuestro agrado».[794] El chagan con la relación de sus embajadores, acató la entereza aparente del emperador Romano, cuya índole y recursos ignoraba. En vez de cumplir sus amenazas con el Imperio oriental, se encaminó a los yermos áridos de Germania, avasallados por los francos. Tras dos refriegas indecisas, accedió a retirarse, y el rey de Austrasia acudió a las privaciones de su campamento, con un suministro ejecutivo de trigo y ganado.[795] Tanto desmán quebrantó el denuedo de los avares, y su poderío se hubiera disipado por los desiertos de Sarmacia, si la alianza de Alboin, rey de los Lombardos, no hubiera proporcionado nuevo objeto a sus armas y un establecimiento duradero a sus atropellados descarríos.

Mientras Alboin servía en las banderas de su padre, se encontró en la lid, y atravesó con su lanza al príncipe competidor de los gépidos. Los lombardos, en sus vítores a tan

temprana gallardía, rogaron al padre que el mancebo heroico, partícipe de los peligros de la campaña, lo fuese igualmente en el triunfal banquete. «No trascordéis —replicó inexorable Alboin–, las costumbres atinadas de nuestros antepasados. Por esclarecido que sea su mérito, ningún príncipe puede sentarse a la mesa con el padre, hasta haber recibido sus armas de mano regia y extranjera». Hizo Alboin su acatamiento a las instituciones de su patria, eligió a cuarenta camaradas, y se encaminó arrojadamente a la corte de Turismundo, rey de los gépidos, que abrazó y agasajó, según ley de hospedaje, al matador de su propio hijo. Ocupaba Alboin en el banquete el asiento del mancebo malogrado, y embargó a Turismundo un recuerdo entrañable. «¡Ay, sitio del alma!» prorrumpe suspirando el airado padre–, «¡cuán aborrecible es quien te goza!» Aquel arranque disparó el encono nacional de los gépidos y el vino o el cariño fraternal arrebataron a Cunimundo en ímpetus de venganza. «Los lombardos —dijo el bárbaro cerril–, son en la figura y en el color como las yeguas de las llanuras de Sarmacia», y aquel desacato aludía a las fajas blancas con que solían ceñir sus piernas.

«Hay que añadir otra semejanza —replica un lombardo arrojado–, ya habéis experimentado cuán reciamente cocean. Andad a las vegas de Asfeld, en busca de los huesos del hermano, revueltos allí con los de los irracionales más inmundos». Los gépidos, nación guerrera, saltan de sus asientos, y el denodado Alboin y sus cuarenta compañeros empuñan las espadas, pero media luego Turismundo y aplaca aseñoradamente el alboroto, salvando así su pundonor y la vida del huésped; le da en seguida solemnemente la investidura, y lo despide con las armas sangrientas del hijo, regalo de un padre lloroso. Regresa triunfante Alboin, y los lombardos,

encareciendo su denuedo sin par, tuvieron que elogiar también el rasgo de un enemigo.[796] Vio probablemente en aquella visita extraordinaria a la hija de Cunimundo, que subió luego al trono de los gépidos. Era su nombre Rosamunda, dictado que simboliza una beldad, y que nuestras historias anoveladas tienen vinculado en relaciones amorosas. El ya rey de los lombardos, pues había fallecido el padre, estaba apalabrado con la nieta de Clodoveo, mas se orillaron miramientos pundonorosos y políticos, con la esperanza de atesorar a la hermosa Rosamunda, e insultar así a su familia y a su nación. Se estrelló toda persuasiva, y el amante impaciente, con ardides o violencias, logró el objeto de sus ansias. Guerra fue el resultado que preveía y anhelaba; mas los lombardos no podían seguir contrastando el avance disparado de los gépidos, con el arrimo de un ejército romano, y como el ofrecimiento de su enlace mereció menosprecio, tuvo Alboin que devolver su presa, y alternar con la desgracia que había acarreado a la alcurnia de Cunimundo.[797]

Cuando agravios particulares enconan más y más una contienda pública, el golpe que no es mortal y decisivo trae cuando más una breve tregua, que permite al lidiador despechado aguzar las armas para nueva refriega. No alcanzaba la pujanza de Alboin para saciar su cariño, su ambición y su venganza, allanose a implorar el auxilio formidable del chagan (566 d. C.), y las razones de que se valió están mostrando los ardides y la política de los bárbaros. Incitole a guerrear contra los gépidos el fundado anhelo de exterminar a un pueblo, a quien su alianza con el Imperio Romano constituía enemigo común de las naciones, y contrarios personales del chagan. Si se juntaban las fuerzas de avares y lombardos para la esclarecida contienda, era segura la victoria, y el galardón imponderable, pues el Danubio, el Ebro, Italia y Constantinopla quedaban, sin

la menor valla, a la merced de sus armas incontrastables; pero si titubeaban o dilataban el prevenir la malicia de los romanos, el mismo desenfreno que había insultado seguiría acosando a los avares hasta los confines del orbe. Oyó el chagan con tibieza y menosprecio aquel alegato relumbrante, detuvo en sus reales a los embajadores lombardos, fue alargando la negociación, y ora mostraba su desafecto, ora su escaso desempeño, para tan grandiosa empresa. Manifestó por fin el galardón imprescindible de su alianza, a saber, que le aprontasen desde luego los lombardos el diezmo de sus ganados, que se partiesen por igual despojos y cautivos, pero las tierras de los gépidos habían de ser patrimonio a solas de los avares. Aceptó el afán de Alboin a ciegas condiciones tan violentas, e insatisfechos los romanos con la ingratitud y alevosía de los gépidos, allá entregó Justiniano aquel pueblo incorregible a su estrella, y estuvo sosegadamente presenciando aquella lid tan desproporcionada. Era eficaz y azarosa la desesperación de Cunimundo, y sabedor de que los avares habían atropellado sus linderos, pero satisfecho de que tras el descalabro de los lombardos pronto rechazaría a aquellos advenedizos, se disparó al encuentro del enemigo implacable de su nombre y alcurnia. Pero el denuedo de los gépidos tan sólo les afianzaba una muerte honorífica; yacieron en el campo de batalla los prohombres de la nación; el rey de los lombardos se estuvo deleitando en contemplar la cabeza de Cunimundo, y su cráneo se trocó en copa que saciase el encono del vencedor, o quizá para seguir la costumbre bravía de su país[798] se franqueó con esta victoria el camino a los confederados, quienes cumplieron fielmente los términos de su convenio.[799] Las campiñas pingües de Valaquia, Moldavia, Transilvania y la parte de Hungría allende el Danubio, quedaron ocupadas sin resistencia por una colonia nueva de escitas, y descolló el

Imperio feroz de los chaganes más de doscientos treinta años. Se desvaneció la nación gépida, pero en el reparto de los cautivos fueron más desventurados los esclavos de los avares que los compañeros de los lombardos, cuya generosidad prohijó a un enemigo valeroso, y cuyos arranques no daban cabida a una tiranía estudiada y empedernida. La mitad del despojo introdujo, en los reales de Alboin, más riquezas de las que un bárbaro podía regular. La hermosa Rosamunda, por persuasión o por precisión, vino a reconocer los derechos de su amante victorioso, y aparentó indultar demasías que se pudieran achacar a su embeleso irresistible.

El exterminio de un reino poderoso encumbró la nombradía de Alboin. En tiempo de Carlomagno, los bávaros, sajones y otras tribus del idioma teutónico andaban todavía entonando los cantares que vitoreaban los rasgos heroicos, el denuedo, el agasajo y las dichas del rey de los lombardos.[800] Mas no quedaba satisfecha su ambición, y el vencedor de los gépidos se encaró, allá desde el Danubio, con las orillas más pingües del Po y del Tíber. Aún no mediaban quince años (567 d. C.) desde que sus mismos súbditos, confederados de Narsés, se habían regalado con el clima halagüeño de Italia; ríos, cerros, carreteras, todo lo estaba aún presenciando; la memoria de sus logros, quizás a vista de los despojos había enardecido a la generación viniente con la llama de la competencia emprendedora. El denuedo y la elocuencia de Alboin esperanzaron más y más a todos, y se afirma que les habló a los sentidos presentando en la función regia la fruta más vistosa y exquisita que se cría de suyo en el jardín del mundo. Tremoló su bandera, y al vuelo acudieron a reforzarlo los mancebos más gallardos de Germania y Escitia. El paisanaje membrudo de Nórico y Panonia habían cejado a las costumbres bárbaras; y los nombres de los gépidos,

búlgaros, sármatas y bávaros suenan perceptiblemente todavía por las provincias de Italia.[801] Hasta veinte mil guerreros sajones, aliados antiguos de los lombardos, con mujeres y niños, correspondieron al llamamiento de Alboin, y su valentía contribuyó a la victoria, pero en hueste tan crecida no se echaba de ver aquel aumento. Las varias religiones lograban culto anchuroso, por sus respectivos secuaces. Educose el rey lombardo en la herejía arriana, pero estaba concedido a los católicos el suplicar en las plegarias públicas por su conversión, al paso que los bárbaros más tenaces sacrificaban una cabra, o quizás un cautivo, a los dioses de sus padres.[802] Enlazaba a los lombardos y a los confederados el apego sumo al caudillo que descollaba en todas las virtudes y vicios de un héroe bravío, y los desvelos de Alboin acopiaron un surtido colmado de pertrechos para el desempeño de la expedición. Seguían la marcha las riquezas portátiles de los lombardos, desamparando gozosamente su territorio para los avares, bajo la promesa solemne hecha y recibida risueñamente de que si se les malograba la conquista de Italia, aquellos desterrados voluntarios se restablecerían a su patria.

Hubieran podido zozobrar si Narsés hubiera estado como enemigo de los lombardos, y los guerreros veteranos, socios de sus victorias godas, muy mal de su grado arrostraron a un contrario tan apreciable como temible. Mas la flaqueza de la corte bizantina se ponía de parte de la barbarie, y si el emperador dio alguna vez oídos a las quejas de los súbditos, fue para el exterminio de Italia. Tiznaba la codicia las excelencias de Narsés, y atesoró, en su reinado provincial de quince años, un caudal exorbitante para un mero particular. Era su régimen atropellador y malquisto, y los diputados de Roma estuvieron manifestando libremente el descontento general. Declararon

osadamente ante el solio de Justiniano que se les hacía más llevadera su servidumbre goda que el despotismo de un eunuco griego, y a menos que no se retirase al tirano, tendrían que acudir en busca de otro dueño, para el logro de su bienestar. Zahirió la envidia, que poco antes había triunfado, de Belisario, reforzando las zozobras de una rebeldía, el mérito de Narsés, y se nombró el nuevo exarca Longino, para desposeerlo; y los motivos ruines de su deposición sonaban en el mandato insultante de la emperatriz Sofía, «que dejase a los varones el ejercicio de las armas, y regresase a su estancia proporcionada entre las damas palaciegas, donde se restablecería la rueca en manos del eunuco». «Les hilaré tal hebra que no acertarán a desenmarañarla», se cuenta que fue la contestación en que la ira de su pundonor atropellado hizo prorrumpir al héroe. En vez de estar como víctima o esclavo, esperando a la puerta del palacio de Constantinopla, se retiró a Nápoles, desde donde (según se creyó por entonces) invitó a los lombardos, para castigar la ingratitud del príncipe y del pueblo.[803] Pero son los ímpetus de la plebe disparados y variables, y luego los romanos recapacitaron los merecimientos, o temieron el encono, de su general victorioso. Con la mediación del papa, que pasó de intento a Nápoles, quedó admitido su arrepentimiento, y Narsés, amainando sus iras, se avino, en lenguaje comedido, a avecindarse en el Capitolio.[804] Su muerte, aunque ya en su postrer plazo de vida, fue temprana e intempestiva, pues tan sólo su numen acertaría a enmendar el yerro último y aciago de su carrera. La realidad, o sospecha, de una conjuración desarmó y dividió a los italianos. La soldadesca se desconsoló con el desdoro y más con el malogro de su general, desconociendo al nuevo exarca, quien ignoraba igualmente el estado del ejército y de la provincia. Las plagas de peste y hambre habían estado

asolando Italia, en el año anterior, y el pueblo, ya desafecto, achacaba los azotes naturales a la culpa, o al desvarío, de sus gobernantes.[805] Prescindiendo ahora del fundamento de su confianza, Alboin ni esperó ni buscó a los romanos en campo raso. Trepó a los Alpes Julianos, y estuvo oteando, con desdén y anhelo, las pingües llanuras que se denominaron para siempre de Lombardía, con su victoria (568-570 d. C.). Aposentó un caudillo fiel con tropa selecta en el *Forum Julii*, actual Friuli, para resguardar los desfiladeros. Respetaban los lombardos la fortaleza de Pavía, y escucharon la demanda de los trevisanos; su muchedumbre, pausada y revuelta, se adelantó a ocupar el palacio y la ciudad de Verona, y a los cinco meses de la salida de Panonia, Alboin, con todo su poderío, cercó Milán, que estaba resucitando de sus cenizas. Iba el pavor despejándole la carrera, y por donde quiera hallaba, o dejaba, una soledad horrorosa; y los cobardes italianos daban por invencible al advenedizo, sin asomo de escaramuza. El gentío despavorido, huyendo por lagos, pantanos y breñas, iba ocultando alguna porción de sus haberes, y alejando el plazo de su servidumbre. Trasladó Paulino, patriarca de Aquileia, sus alhajas sagradas y profanas a la isla de Grado,[806] y la república de Venecia, medrando siempre con los quebrantos públicos, fue prohijando a los sucesores. Honorato, que estaba ocupando la silla de san Ambrosio, había admitido crédulamente el brindis falso de capitulación, y tanto el arzobispo como el clero y la nobleza de Milán, fueron arrojados con la alevosía de Alboin, en busca de resguardo menos accesible, tras los muros de Génova. La facilidad de abastos, la esperanza de rescate y el ensanche para la huida, alentaban algún tanto a los pueblos marítimos; pero desde los cerros trentinos hasta las puertas de Rávena, y de Roma, al interior de Italia quedó todo, sin batalla ni sitio, para

perpetuo patrimonio de los lombardos. Brindaba el rendimiento del pueblo al bárbaro con las ínfulas de soberano legítimo, y el exarca desvalido tuvo que reducirse al cargo de anunciador a su amo Justiniano, de la pérdida ejecutiva e irreparable de ciudades y provincias.[807] Una ciudad esmeradamente fortificada por los godos contrastó las armas de un nuevo invasor, y mientras yacía Italia sojuzgada por los destacamentos volantes de los lombardos se mantuvieron los reales clavados por más de tres años ante la puerta occidental de Ticino, de Pavía. El mismo denuedo que se granjea el aprecio de un enemigo civilizado ensaña más y más a un salvaje, y el sitiador impaciente se había pavorosamente juramentado no distinguir edad, sexo ni jerarquía en la matanza general. El hambre le proporcionó al fin el cumplir su voto sangriento pero al entrar Alboin por la puerta, tropezó su caballo, y no pudo ya levantarse del suelo. Uno de los acompañantes, a impulsos de su lástima o religiosidad, interpretó aquella señal milagrosa como ira del cielo: detúvose el vencedor y se condolió; envainó su espada, y descansando apaciblemente en el palacio de Teodorico, pregonó a la trémula muchedumbre que debía vivir y obedecer. Embelesado con la situación de un pueblo que halagaba su orgullo, por la dificultad de su logro, menospreció los timbres antiguos de Milán, y Pavía mereció por siglos acatamientos de capital del reino de Italia.[808]

Esplendoroso pero volátil fue el reinado del fundador, y antes de entonar el régimen de sus conquistas, yació Alboin, sacrificado por traición casera y venganza mujeril. En un palacio que no se había construido para bárbaros, junto a Verona, estuvo agasajando a sus compañeros de armas; era la embriaguez el galardón de la nombradía, y el mismo rey se propasó por vanagloria o apetito, a su acostumbrada destemplanza (28 de junio de 573 d. C.). Tras de apurar grandiosas copas del vino de

Ricia y de Falerno, pidió el cráneo de Cunimundo, la gala más noble y preciosa de su vajilla. La cuadrilla de caudillos lombardos vitoreó a la copa triunfal con horrenda algazara. «Llenadla de nuevo —exclamó el vencedor inhumano–, cuajadla hasta que rebose; llenadle el vaso a la reina y decidle que se regale con el padre». Traspasada de quebranto y saña, tuvo Rosamunda brío para prorrumpir: «Cúmplase la voluntad de mi señor» y articuló calladamente la imprecación de que el insulto se había de lavar con la sangre de Alboin. Acreedor es el enojo de una hija, si ya no hubiera quebrantado el recato; pero implacable en su encono, o variable en su cariño, la reina de Italia se había apeado del solio en los brazos de un súbdito, y Helmiquis, escudero del rey, fue en privado el ministro de sus deleites y su venganza. No cabía tener escrúpulos sobre lealtad o agradecimiento contra la propuesta del homicidio, mas estremecíase Helmiquis, recapacitando el peligro y la bastardía de la empresa contra aquella pujanza incontrastable que solía presenciar en las refriegas, instó y logró que uno de los campeones más esforzados de la nación se asociase al intento, mas tan sólo se pudo conseguir el compromiso de la reserva del gallardo Peredeo, y el género de seducción a que apeló Rosamunda muestra su descocada insensibilidad, tanto de pundonor como de cariño. Tomó el lugar de una de sus sirvientas, amada de Peredeo, e ideó disculpas de lobreguez y silencio hasta que pudiese enterar a su amigo de que había gozado a la reina de los lombardos, y que su propia muerte, o la de Alboin, había de ser el final de aquel alevoso adulterio. En tal alternativa, eligió ser cómplice al parar en víctima de Rosamunda,[809] cuyo tesón incontrastable no daba cabida a la zozobra ni al remordimiento. Se puso en acecho, y luego se le presentó el trance favorable cuando el rey, empapado en vino, se

levantó de la mesa para ir a sestear desahogadamente. La fiel consorte, celosísima por su salud y descanso, con el palacio cerrado y desviadas las armas y la servidumbre, adormeciéndolo halagüeñamente, franquea el dormitorio y apremia a los conspiradores reacios a realizar ejecutivamente el intento. Sobresáltase al punto el guerrero, empuña la espada, no acierta a desenvainarla, por cuanto Rosamunda la había atado a la misma vaina, y un banquillo, su arma única, mal podía escudarlo contra los chuzos de sus enemigos. Sonriose la hija de Cunimundo al verlo caer; enterraron el cadáver bajo la escalera del palacio, y la posteridad agradecida de los lombardos reverenció el túmulo y la memoria de su caudillo victorioso.

Aspiró la ambiciosa Rosamunda a reinar, bajo el nombre de su amante; enmudecieron la ciudad y el palacio de Verona a su poderío, y una cuadrilla leal de sus paisanos los gépidos estaba ya dispuesta para vitorear la venganza y esforzar los anhelos de su soberana. Pero los caudillos lombardos que huyeron en el primer sobresalto y trastorno se habían ya rehecho e incorporado con sus fuerzas, y la nación, en vez de sujetarse a su reinado, pidió con unánimes alaridos que se ajusticiase a la esposa criminal y a los matadores de su monarca. Se refugió Rosamunda entre los enemigos de su patria, y la delincuente merecedora del aborrecimiento universal logró acogida en la política interesada del exarca. Se llevó por el Adige y el Po abajo a su hija heredera del solio lombardo, con sus dos amantes, los gépidos leales, y los despojos del palacio de Verona, y un bajel griego la transportó luego a la bahía segurísima de Rávena. Se embelesó Longino con el atractivo y los tesoros de la viuda de Alboin; abonaban su situación y su conducta anterior toda propuesta desmandada, y luego se avino a los amores de un empleado que aun en el menoscabo último se acataba al par de

los reyes. Sacrificio llano y halagüeño fue el de la muerte de un amante celoso, y al salir éste del baño tuvo que sorber la copa emponzoñada que le alargó su dueña. El sabor del brebaje, su operación ejecutiva, y sus desengaños acerca de la índole de Rosamunda le dieron a entender que estaba envenenado; le puso una daga al pecho, le ordenó a apurar la copa, y espiró a pocos minutos con el consuelo de que la malvada no llegaría a disfrutar las resultas de su atrocidad. Embarcose la hija de Rosamunda con las preseas principales de los lombardos para Constantinopla; el brío asombroso de Peredeo entretuvo y amedrentó a la corte imperial, pues ciego y vengativo era allá un remedo escaso del antiguo Sansón. Nombró el consejo de la nación en Pavía por sucesor de Alboin a Clef, uno de sus caudillos más esclarecidos (agosto de 573 d. C.), pero antes de año y medio, un nuevo asesinato mancilló el solio, pues un sirviente mató a Clef, y así quedó suspendido el cargo regio por diez años, durante la menoría de su hijo Autaris, y así quedó Italia dividida y acosada por una aristocracia ducal de treinta tiranos.[810]

Al entronizarse el sobrino de Justiniano, pregonó un siglo nuevo de dichas y blasones, y sus anales rebosan de afrenta exterior y desventura interna.[811] A occidente padeció el Imperio Romano la pérdida de Italia y la asolación de África, y a oriente las conquistas de los persas. Campeaba la sinrazón en la capital y en las provincias; temblaban los pudientes por sus haberes, los menesterosos por su existencia; eran los magistrados por lo más idiotas o venales; los remedios eventuales resultaban arbitrarios y violentos, y los dictados esplendorosos de legislador y triunfante no podían acallar los lamentos del pueblo. El concepto que atribuye al príncipe todas las calamidades del tiempo merece la comprobación de la historia, como verdad positiva y vulgaridad

provechosa. Mas cabe presumir que era Justino candoroso y benéfico, y que habría acudido al desempeño de aquel sumo cargo si sus achaques no le hubieran menoscabado las potencias, imposibilitándolo de andar y encerrándolo en su palacio, ajenísimo de las quejas del pueblo; y los desbarros del gobierno, el conocimiento tardío de su propia inhabilidad, lo movieron a quitarse el peso de la diadema, y en la elección de un digno sustituto manifestó asomos de tino y magnanimidad. Murió de niño el hijo único de Justino y Sofía; su hija Arabia estaba casada con Baduario,[812] superintendente del palacio, y luego jefe de los ejércitos italianos, que aspiró en vano a corroborar sus derechos por el matrimonio con una adopción expresa. Mientras parecía el Imperio objeto apetecible, solía Justino mirar con celos y odio a sus hermanos y primos, competidores de sus esperanzas, y no le cabía descansar en el agradecimiento de cuantos aceptarían la púrpura como una restitución, y no como dádiva. Habíase quitado de en medio a uno de aquellos, primero por destierro, luego por muerte; y el mismo emperador había prorrumpido en insultos tan violentos con el otro que debía temer su ojeriza o desestimar su apocamiento. Estos enconos caseros acrisolaron su ánimo para acudir a la República, no a su familia, en busca de un sucesor, y la taimada Sofía le recomendó a Tiberio,[813] su fiel capitán de la guardia, cuyas prendas y haberes habrían podido entusiasmar al emperador como producto de su elección atinada. Celebrose la ceremonia de su ensalzamiento a la jerarquía de César, o de Augusto, en el pórtico del palacio, en presencia del patriarca, o del Senado (diciembre de 574 d. C.). Extremó Justino sus escasas fuerzas de cuerpo y alma; pero la creencia popular de que la divinidad le había dictado su arenga trae consigo un concepto humildísimo del individuo y de su siglo.[814] «Estáis viendo —dijo el

emperador–, las insignias de la potestad suprema, y vais a recibirlas, no de mi mano, sino de la diestra del Señor; dadles realce, y recibidlo. Acatad a la emperatriz, vuestra madre, pues sois ya su hijo, si erais antes sirviente suyo. No os empapéis en sangre, retraeos de toda venganza, evitad los pasos que me han acarreado el odio público, y ateneos a la experiencia, y no al ejemplo, de vuestro antecesor. Pequé como hombre, y como pecador me ha cabido, ya en esta vida, el escarmiento; pero esos sirvientes (apuntando a los ministros) que han abusado de mi confianza y acalorado mis ímpetus, tendrán que comparecer como yo ante el tribunal de Cristo. Me deslumbraron los destellos de la diadema; sed cuerdo y comedido, recordad lo que habéis sido, recapacitad lo que sois. Estáis viendo en torno vuestros esclavos y vuestros hijos, hermanad con la autoridad el cariño de un padre. Amad al pueblo como a vos mismo; cultivad el afecto y conservad la disciplina en el ejército; escudad los haberes de los pudientes, y acudid a las urgencias de los menesterosos».[815] La concurrencia muda y llorosa celebró los consejos, y participó del arrepentimiento del príncipe: recitó el patriarca las plegarias eclesiásticas; recibió Tiberio la diadema de rodillas, y Justino, que apareció en la renuncia acreedor al cetro, habló en estos términos al nuevo monarca: «Si lo lleváis a bien, vivo, y si no, muero; ¡así el Dios de cielo y tierra encarne en vuestras entrañas cuanto he desatendido u olvidado!» Pasó Justino los cuatro últimos años de su vida en arrinconado sosiego; ya no le remordía su conciencia con los afanes que no acertaba a desempeñar, y quedó airoso en su nombramiento, con el respeto filial y el agradecimiento de Tiberio (5 de octubre de 578 d. C.).

Entre las prendas de Tiberio,[816] su lindeza (era uno de los romanos más gallardos y hermosos) pudo merecerle su privanza

con Sofía, y conceptuaba la viuda de Justino que seguiría gozando su encumbramiento e influjo en el reinado de su segundo y joven marido. Mas aun cuando el ambicioso coronado se esmerase en disimular y encarecer su logro, no estaba en su mano el complacerla colmadamente, cumpliendo sus promesas.

Mostráronse impacientes los bandos del hipódromo por saber el nombre de la nueva emperatriz; y tanto el pueblo como Sofía quedaron atónitos al oír que Anastasia era la esposa encubierta pero legítima de Tiberio. Su hijo adoptivo aprontó a Sofía honores imperiales, alcázar lujoso, crecida servidumbre, cuanto podía aliviar su desconsuelo amarguísimo; solía sobre asuntos de trascendencia asesorarse con la viuda de su bienhechor, mas aquel pecho ambicioso menospreciaba el oropel del solio, y el dictado atentísimo de madre la airaba más y más en vez de halagarla. Al paso que admitía risueñamente las muestras decorosas de confidencia y miramiento, se hermanó reservadamente con sus enemigos antiguos, y se valieron de Justiniano, hijo de Germano, para su venganza. El engreimiento de la casa reinante llevaba a mal el señorío de un advenedizo; era el mancebo merecidamente popular: había sonado su nombre, después de la muerte de Justiniano, en los vaivenes de los bandos; y el brindis rendido de su cabeza, con un tesoro de sesenta mil libras, traía visos de bastardía, o por lo menos de zozobra. Cúpole indulto con el mando del ejército oriental; huyó el monarca persa de sus aceros, y los vítores que resonaron en su triunfo lo pregonaban digno de la púrpura. Su astuta madrina escogió la temporada de la vendimia, cuando el emperador, en su soledad campestre, lograba disfrutar los placeres de un súbdito. Al primer aviso del intento, regresó a Constantinopla, y su presencia y entereza desvanecieron la

conspiración. Se la quitaron Sofía el boato y honores que había desmerecido, y se le concedió un estipendio decoroso; despidió Tiberio su comitiva, le atajó la correspondencia, y la hizo custodiar por guardia de toda confianza. El príncipe garboso, en vez de acriminar a Justiniano sus servicios efectivos, tras una reconvención apacible se desentendió de su traición y desagradecimiento, y se creía que trataba el emperador de entablar un doble enlace con su competidor al solio. La voz de un ángel (cundió esta fábula) pudo revelar al emperador que vendría siempre a triunfar sobre sus enemigos caseros, mas Tiberio cifraba su resguardo en la inocencia y la generosidad de su pecho.

Con el nombre odiosísimo de Tiberio, se apellidó más popularmente Constantino, y fue remedando las virtudes acendradas de los Antoninos. Tras de haber estado historiando el devaneo y desenfreno de tantísimos príncipes romanos, se hace halagüeño el pararse a contemplar a un varón descollante con las altas prendas de humanidad, justicia, templanza y fortaleza; espejarse en un soberano afable en el palacio, reverente en la iglesia, imparcial en el escaño, y victorioso, a lo menos por sus generales, en la guerra de Persia. El trofeo más esclarecido se cifró en un sinnúmero de cautivos que alimentó, rescató y devolvió a sus hogares, con ánimo cristiano y heroico. Méritos y desventuras de sus propios súbditos merecían más todavía sus larguezas, y solía medirlas no tanto por la expectativa de los menesterosos como por la bondad de su propio espíritu. Tal sistema, si bien azaroso en el fiador de los caudales públicos, se contrapesaba con los arranques de humanidad y justicia, que le estaban enseñando a menospreciar como un oro de ínfima ley al que mana de los lloros del pueblo. Ansiaba remediar sus quebrantos naturales o advenedizos, descargándolo de atrasos y

recargos para lo venidero; rechazaba con ceño las ofrendas rastreras de sus ministros, que se reintegrarían en diez tantos con redobladas tropelías, y las leyes atinadas y equitativas movieron en lo sucesivo alabanzas y duelos por largo tiempo. Soñaba Constantinopla que el emperador había desenterrado algún tesoro, mas éste se cifraba todo en su desahogada economía, y en el menosprecio de todo gasto excusado y vanaglorioso. Felicísimos habrían sido los romanos orientales si el don más excelso de los cielos, un rey muy patricio, hubiera podido afianzarse como logro incontrastable. Mas a los cuatro años escasos, el dignísimo sucesor de Justiniano se postró con dolencia mortal, para devolver la diadema, en los términos que le había cabido, al más acreedor de sus conciudadanos (26 de septiembre de 578 d. C.-14 de agosto de 582 d. C.).

Eligió a Mauricio del gentío, nombramiento más precioso que la misma púrpura, citaron al patriarca y al Senado junto al lecho del príncipe moribundo, otorgó la hija y el Imperio, y el cuestor manifestó a voces, con toda solemnidad, su disposición postrera. Expresó esperanza de que las prendas de su hijo y sucesor alzarían el monumento más esclarecido a su memoria. Embalsamada quedó ésta con el duelo público, mas todo pesar se exhala luego con el alborozo del nuevo reinado, y así la vista como las aclamaciones del vecindario entero se asestaron al vuelo hacia el sol en su oriente.

Era el emperador Mauricio oriundo de Roma[817] antigua, pero sus padres moraban en Arabico de Capadocia, y su dicha peregrina les conservó la vida, hasta presenciar y gozar el logro de su *augusto* hijo. Mauricio en su mocedad fue militar; lo promovió Tiberio al mando de una legión nueva y predilecta de doce mil confederados; descolló con su desempeño en la guerra de Persia, y volvió a Constantinopla para admitir como galardón

debido la herencia del Imperio (13 de agosto de 582 d. C.-27 de noviembre de 602 d. C.). Subió al solio Mauricio en su madurez de cuarenta y tres años, y reinó más de veinte años sobre el Oriente y sobre sí mismo,[818] desprendiendo de su ánimo la democracia desmandada de las pasiones, y planteando (según la expresión melindrosa de Evagrio) la aristocracia cabal de la racionalidad y de la virtud. Hay que maliciar algún tanto, en mengua de testimonio de un súbdito, por más protestas suyas de que sus alabanzas reservadas nunca habían de llegar a oídos del soberano,[819] y hay deslices que desnivelan a Mauricio respecto de su más acendrado antecesor. Su porte despegado y recóndito traía visos de engreimiento; rayaba de justiciero en inhumano, y de avenible en apocado, y ante todo de económico en avariento. Pero los anhelos atinados de un monarca absoluto, deben concentrarse en la dicha de su pueblo, y campeaban en Mauricio racionalidad y denuedo para fomentar aquella felicidad, encaminando su régimen por el rumbo y al remedo de Tiberio. La cobardía griega acarreó un desvío tan extremado entre los cargos de rey y de general que, habiendo desde ínfimo soldado venido a merecer y lograr la púrpura, rara vez se lo vio acaudillar sus ejércitos. Alcanzó sin embargo el emperador Mauricio el blasón de reponer en su solio al monarca persa; guerrearon sus lugartenientes, con repetidos vaivenes contra los avares del Danubio, y allá se condolió inserviblemente del estado lastimoso y la postración rematada de sus provincias italianas.

Acosaban de continuo a los emperadores mensajeros de Italia con relaciones llorosas y demandas urgentísimas de auxilio, que les hacían prorrumpir en muestras indecorosas de su propio desvalimiento. Estaba ya agonizando aquel sumo señorío de Roma, que tan sólo asomaba en el desahogo y la pujanza de

sus lamentos. «Ya que no alcanzáis —decía–, a rescatarnos de la espada lombarda, libertadnos a lo menos de la plaga del hambre». Se desentendió Tiberio de la reconvención, y acudió al socorro; un suministro de trigo pasó de Egipto al Tíber, y los romanos invocando no a Camilo, sino a san Pedro, rechazaron a los bárbaros de sus murallas. Pero fue el alivio pasajero y el riesgo perenne y ejecutivo; y el clero y el Senado recogiendo los restos de su antigua opulencia, que ascendían a tres mil libras [1380 kg] de oro, y enviaron al patricio Pamfronio para que pusiese dones y quejas al umbral del solio. Embargaba la guerra de Persia la atención y las fuerzas del Oriente, mas el emperador justiciero aplicó el producto de la ciudad a su propia defensa, y despidió al patricio encargándole únicamente que, o viesen de cohechar a los caudillos lombardos, o de conseguir el auxilio de los reyes de Francia. A pesar de arbitrios tan baladíes, siguió Italia atropellada y Roma fue sitiada de nuevo; y hasta el arrabal de Clase, a sólo tres millas [4,82 km] de Rávena, fue saqueado y ocupado por la tropa de un mero duque de Spoleto. Dio Mauricio audiencia a una segunda diputación de sacerdotes y senadores; expresaban con vehemencia las cartas del pontífice romano las obligaciones y amenazas de la religión, y su nuncio, el diácono Gregorio, iba igualmente autorizado para implorar auxilios terrestres y celestiales. Acudió el emperador con más eficaz resultado a las disposiciones de su antecesor; se recabó de algunos caudillos poderosos al amistarse con los romanos, y uno de ellos, leal y apacible aunque bárbaro, vivió y murió en el servicio del exarca: franqueáronse los Alpes a los francos, y los alentó el papa, a fin de que contraviniesen los compromisos juramentados con los infieles. Persuadió también a Childeberto, biznieto de Clodoveo, invadir Italia por medio de cincuenta mil piezas; mas por cuanto había visto con embeleso monedas de

una libra [460 g] de oro con el cuño bizantino, adelántose a pactar que se haría más halagüeño y digno de aprecio si alternasen con la cantidad algunos de aquellos medallones. Los duques lombardos habían estado enojando, con redobladas correrías, a sus vecinos poderosos de la Galia. Con la zozobra de justísimas represalias, se desentendieron de su independencia desvalida y desconcertada; se vitorearon a una voz las ventajas del gobierno regio, por unión, reserva y pujanza, y ya Autaris, hijo de Clef, se había robustecido y granjeado el concepto de guerrero. Bajo las banderas del nuevo rey, resistieron los vencedores de Italia tres invasiones sucesivas (582-590 d. C.), una de ellas acaudillada por Childeberto, el postrer Merovingio que bajó de los Alpes. Zozobró la expedición primera por los enconados celos entre francos y alamanes; en la segunda padecieron un descalabro más sangriento y afrentoso que cuantos les sobrevinieron desde la fundación de su monarquía. Impacientes por vengarse, volvieron por tercera vez con mayores fuerzas, y tuvo Autaris que desviarse del ímpetu arrollador, repartiendo tropa y tesoros por los pueblos amurallados, entre el Apenino y los Alpes. Nación más avenible al peligro que al afán y la demora, se puso a zaherir el devaneo de los veinte jefes, y los ardores de Italia plagaron de enfermedades aquellos cuerpos advenedizos y quebrantados ya con privaciones y demasías. Las fuerzas inhábiles para la conquista sobraron para la asolación del país, y los naturales trémulos no acertaban a distinguir a los enemigos de sus defensores. Si se incorporaran imperiales y francos junto a Milán, quizás dieran al través con el trono lombardo; mas los francos estuvieron contemplando seis días las llamaradas de una aldea, y las armas griegas se emplearon en reducir Parma y Módena, que luego les arrebataron con la retirada de sus aliados trasalpinos. Autaris victorioso, afianzó su

empeño de avasallar Italia. Al pie de los Alpes Recios doblegó la resistencia, y apresó los tesoros ocultos de una islilla arrinconada en el lago de Como. Al extremo peñascoso de Calabria, tocó una columna sobre las playas de Regio,[820] pregonando que aquel límite antiguo había de ser el lindero incontrastable de su reino.[821]

Por espacio de dos siglos estuvo Italia dividida desigualmente entre el reino lombardo y el exarcato de Rávena. La condescendencia de Justiniano juntó los cargos y profesiones que Constantino había separado, y dieciocho exarcas consecutivos ejercieron, en la decadencia del Imperio la potestad civil, militar y aun eclesiástica. Su jurisdicción inmediata, que después se consagró al patrimonio de san Pedro, abarcaba la Romanía moderna, los pantanos o valles de Ferrara y Comaquio,[822] cinco ciudades marítimas, desde Rímini hasta Ancona, y una segunda Pentápolis interior, entre la costa Adriática y los cerros del Apenino. Tres provincias subordinadas de Roma, Venecia y Nápoles, deslindadas por tierras enemigas, desde el palacio de Rávena, reconocían en paz y en guerra la primacía del exarca. Parece que el distrito de Roma comprendía las conquistas de Toscana, Sabina y Lacio, en los cuatro primeros siglos de la capital y sus linderos se dejan obviamente rastrear por la costa desde Civita-Vechia a Terracina, y con el cauce del Tíber, desde Ameria y Narni, hasta el pueblo de Ostia. Las numerosas islas desde Grado a Chiozza componían el reciente señorío de Venecia, pero los pueblos más accesibles del continente quedaron arrasados por los lombardos, que estuvieron mirando con furia impotente una nueva capital descollando sobre las olas. Ceñían el señorío de los duques de Nápoles la bahía y sus islas adjuntas, el territorio enemigo de Capua, y la colonia Romana de Amalfi,[823] cuyos ciudadanos

industriosos maravillaron al orbe con su invención de la brújula. Seguían afectas al Imperio las tres islas de Cerdeña, Córcega y Sicilia, y con la adquisición de la Calabria ulterior se alejó el padrón de Autaris, desde la playa de Regio al istmo de Consencia. Conservaban en Cerdeña los montañeses salvajes la libertad y la religión de sus mayores, mas los labriegos de Sicilia vivían clavados a su pingüe y aprovechado suelo. Desangraba a Roma con cetro de hierro un exarca, y tal vez algún eunuco, insultando a su salvo los escombros del Capitolio. Pero Nápoles se granjeó luego la regalía de nombrar sus propios duques;[824] la independencia de Amalfi fue producto de su comercio, y el apego voluntario de Venecia concluyó al fin en el realce de una alianza por igual con el Imperio de Oriente. El espacio del exarcato abulta poquísimo en el mapa de Italia, pero abarcaba una porción considerable de industria, riqueza y población. Los súbditos más fieles y apreciables huyeron del yugo bárbaro, y tremolaban las banderas de Pavía y Verona, de Milán y Padua en sus barrios respectivos, por los nuevos habitantes de Rávena. Los lombardos estaban poseyendo lo restante de Italia, y desde su solio en Pavía, su reino se extendía por levante norte y poniente hasta el confín de los avares y bávaros, y de los francos de Austrasia y Borgoña. En la geografía moderna le corresponden la tierra firme de la república veneciana, el Tirol, Milán, Piamonte, la costa de Génova, Mantua, Parma y Módena, el gran ducado de Toscana, y una gran parte del Estado eclesiástico, desde Perugia hasta el Adriático. Los duques, luego príncipes de Benevento, sobrevivieron a la monarquía y dilataron el nombre de los lombardos. Reinaron cerca de cinco siglos, desde Capua hasta Tarento, sobre la mayor parte del reino actual de Nápoles.[825]

Al comparar la proporción de vencedores y vencidos, la

ilación más fundada estriba en la mudanza de idioma. Bajo esta pauta resulta que los lombardos en Italia y los visigodos en España eran menos que los francos y borgoñones, y estos conquistadores de la Galia menguan luego respecto del sinnúmero de sajones y anglos, que casi desarraigaron los dialectos de la Bretaña. El italiano moderno se ha ido fraguando con la mezcla de mil naciones; la torpeza de los bárbaros en el uso esmerado de conjugaciones y declinaciones los precisó al arrimo de los artículos y verbos auxiliares, y expresaron varios conceptos nuevos con nombres teutónicos. Mas el caudal de voces familiares y artísticas se deriva fundamentalmente del latín,[826] y si estuviésemos impuestos en los dialectos anticuados, campesinos y lugareños de Italia, rastrearíamos el arranque de muchos vocablos ajenísimos del puro y clásico romano. Una hueste crecida no alcanza para el concepto de nación, y menguó luego el poderío de los lombardos con la retirada de veinte mil sajones, mal hallados con su clase de dependientes, y regresaron, tras repetidas y osadísimas aventuras, a su patria.[827] Anchurosos en extremo eran los reales de Alboin, pero todo campamento queda ceñido en el recinto de una ciudad, y sus habitantes belicosos clarean desde luego hasta lo sumo, explayándose por un campo dilatado. Al bajar Alboin de los Alpes, revistió a su sobrino, primer duque de Friuli, con el mando de la provincia y del paisanaje, pero el prudente Gisulf se hubiera desentendido del cargo azaroso sin el permiso de elegir de los nobles lombardos un número suficiente de familias[828] para formar una colonia perpetua de soldados y súbditos. Progresando la conquista, no cabía el mismo derecho para los duques de Brescia o Bérgamo, de Pavía o Turín, de Spoleto o Benevento; mas cada uno de estos y demás compañeros se avecindó en su distrito señalado con una comitiva que acudía a sus banderas en la

guerra y a su tribunal en la paz. Era su afecto libre y honorífico; árbitros de ir devolviendo sus dones y repartos, lo eran también de pasar con sus familias a otra jurisdicción, pero el ausentarse del reino se castigaba con pena capital, como deserción militar. La posteridad de los primeros conquistadores fincó y se arraigó hondamente en el país, que debían defender a todo trance, por su pundonor y su interés. Nacía un lombardo soldado de su rey y de su duque, y los concejos de la nación desplegaban las banderas y se denominaban ejércitos. Las provincias conquistadas suministraban las pagas y galardones, y el reparto, que no se realizó hasta después del fallecimiento de Alboin, estaba manifestando el torpe borrón de robos y tropelías. Los italianos acaudalados padecieron muerte o destierro; los demás se iban apropiando a los advenedizos, y se impuso el feudo, bajo el nombre de hospitalidad, de pagar a los lombardos el tercio de los productos de la tierra. En menos de setenta años quedó abolido este sistema con un arriendo más sencillo y permanente.[829] O el hacendado romano iba fuera por el demandado huésped, o aquel tercio del producto anual se trocaba en un equivalente más equitativo en las mismas fincas. Con estos dueños advenedizos, las faenas agricultoras de sementera, viñedo y olivares quedaron torpe y flojamente desempeñadas por los brazos de esclavos o jornaleros, pero la vida pastoril congeniaba más con la holgazanería de los bárbaros. En las praderas lozanas de Venecia restablecieron y mejoraron las crías de caballos tan celebrados en la Antigüedad,[830] y los italianos observaban con asombro una casta extraña de bueyes y búfalos.[831] La despoblación de Lombardía, y el aumento de bosques, proporcionaban ámbitos espaciosos al recreo de la caza.[832] El arte peregrino que enseña a las aves a conocer la voz y ejecutar las órdenes del dueño fue absolutamente desconocido a la

ingeniosidad de griegos y romanos.[833] Escandinavia y Escitia crían los halcones más arrojados y mansos;[834] los domesticaban y educaban corriendo siempre a caballo por las campiñas; y así los bárbaros fueron los introductores, en las provincias romanas, del pasatiempo predilecto de nuestros antepasados, y las leyes de Italia conceptúan la espada y el halcón, de igual realce y entidad, en manos de un lombardo noble.[835]

Fueron el clima y el ejemplo tan rápidos con los lombardos, que a la cuarta generación curioseaban despavoridos los retratos de sus montaraces antepasados.[836] Se afeitaban el pescuezo, pero melenudos por delante se emboscaban ojos y boca, y luego una barba cumplidísima era característica de la nación. Su ropaje de lino era ancho, al modo de los anglosajones, que se condecoraban, en su concepto, con listas grandiosas y matizadas. Cubrían pies y piernas con pantalones, arrastrando sandalias abiertas, ciñendo siempre el resguardo de su espada, aun en medio de la paz. Pero aquel traje estrambótico y ese aspecto horroroso tal vez encubrían un temple blando y aseñorado, pues al amainar la saña de la refriega solían los cautivos y los súbditos pasmarse con la humanidad del vencedor. Los vicios de los lombardos eran producto de arrebato, ignorancia o embriaguez, y sus virtudes eran tanto más loables, cuanto no adolecían de los dobleces de la sociedad, ni las reprimía la violencia de las leyes o de la educación. No conceptuaría que me alejo de mi objetivo si me cupiese desentrañar la vida íntima de los conquistadores de Italia, y voy a explayarme gustoso en el galanteo caballeresco de Autaris, que es un espejo del temple aseñorado de los andantes posteriores.[837] Tras el malogro de su novia merovingia, aspiró al desposorio con la hija del rey de Baviera, y aceptó Garibaldo el enlace con el monarca italiano. Mal hallado con las demoras de la

negociación, arde el amante, huye de su palacio y visita la corte de Baviera en la comitiva de su propia embajada. Adelántase el advenedizo en la audiencia pública al solio, y participa a Garibaldo que el embajador es positivamente el ministro de Estado, pero que sólo él era el íntimo de Autaris, que le había confiado el encargo delicadísimo de darle noticia cabal de los primores de su novia. Llaman a Teudelinda para allanarse al escrutinio importante, y tras una pausa de mudo embeleso, la saluda como reina de Italia, y le ruega rendidamente que, según estilo de su nación, tenga a bien ofrecer una copa de vino al primero de sus nuevos súbditos. Obedece por mandato del padre, toma luego Autaris la copa, y al devolvérsela a la princesa le toca disimuladamente la mano, y le pasa el dedo por el rostro y los labios. Anochece y Teudelinda comunica a su nodriza la familiaridad descomedida del advenedizo, mas queda consolada al ver que tanta llaneza no cabía sino en el rey, su marido, que según su gentileza y bizarría era acreedor al desposorio. Despídense los embajadores, y al hollar el confín de Italia, Autaris, empinándose sobre su caballo, asesta su hacha contra un árbol con suma pujanza y maestría. «Tales —dice–, son los golpes que descarga el rey de los lombardos», dice a los atónitos los bávaros. Se acerca un ejército franco, Garibaldo y su hija se refugian en los dominios de sus aliados, y se consuma el desposorio en el palacio de Verona. Quedó disuelto al año con el fallecimiento de Autaris, mas embelesó Teudelinda con sus virtudes a la nación,[838] y se le permitió conceder con su diestra el cetro del reino de Italia.

Este hecho, y otros parecidos, nos confirman[839] que los lombardos estaban en posesión de elegir a sus soberanos, pero con el tino de limitar la frecuencia de sus nombramientos. Las rentas públicas se cifraban en el producto de la tierra y las

obvenciones de la justicia. Cuando los duques independientes acordaron que Autaris subiese al solio del padre, dotaron el cargo regio con la mitad de sus respectivas pertenencias. Los nobles más engreídos aspiraban al timbre de la servidumbre junto a la persona de su príncipe, quien por su parte galardonaba la lealtad de sus vasallos con dádivas y feudos, y compensaba los quebrantos de la guerra con fundaciones pingües de monasterios e iglesias. Juez en la paz y caudillo en la guerra, jamás usurpaba la potestad de legislador único y absoluto. Juntaba el rey de Italia el concejo nacional en su palacio, o más probablemente en la campiña de Pavía; componíase su concejo sumo de sujetos eminentes por su nacimiento y empleos, pero la validez y ejecución de sus decretos se cifraba en la aprobación del pueblo leal, y el ejército venturoso de los lombardos. Como ochenta años después de la conquista de Italia, sus costumbres y fueros se tradujeron en latín teutónico,[840] (643 d. C. y ss.) y se ratificaron con la anuencia del príncipe y el pueblo; algunos arreglos nuevos fueron sobreviniendo, mas conformes con su situación actual; los sucesores más atinados siguieron el ejemplo de Rotaris, y las leyes de los lombardos se han conceptuado siempre como las menos desacertadas del código de los bárbaros.[841] Afianzados en el regazo de la libertad con su denuedo, legisladores tan toscos y atropellados no alcanzaban a equilibrar las potestades de una Constitución, ni a despejar los trámites políticos de un gobierno. Declarábanse delitos capitales los que se cometían contra la vida del soberano o la seguridad del Estado, mas limitaron su ahínco en el resguardo de la persona y los haberes del súbdito. Según la jurisprudencia extraña de aquel tiempo, el atentado de sangre podía redimirse con una multa, pero el alto precio de novecientas piezas de oro está demostrando el

concepto atinado del valor de un mero ciudadano. Agravios menos atroces, como herida, lisiadura, una palabra afrentosa, se iban midiendo con esmero casi ridículo; y la cordura del legislador fomentó la práctica ruin de trocar el pundonor y la venganza por una compensación pecuniaria. La idiotez de los lombardos, ya de paganos, ya de cristianos, daba crédito a ciegas a la maldad y a los daños de la hechicería; pero los jueces del siglo XVII pudieran instruirse y abochonarse, con la sabiduría de Rotaris, quien escarnece superstición tan absurda y escuda a las víctimas de la crueldad popular o judicial.[842] Se debe atribuir la misma sabiduría de todo un legislador a Liutprando, que sobreponiéndose a su siglo tolera y condena el abuso impío e inveterado de los duelos,[843] hecho cargo, por su propia experiencia, de que la causa justa había zozobrado hartas veces a manos de la poderosa violencia. Cuanto mérito pueda asomar en la legislación lombarda será producto castizo del alcance de los bárbaros, que nunca dieron cabida a los obispos de Italia en sus concejos legislativos. Pero descuella la sucesión de sus reyes con pundonor y maestría; alternan en sus anales temporadas de turbulencias y de sosiego, acierto y felicidad, y estuvieron gozando los italianos gobierno más suave y equitativo que todos los demás reinos fundados sobre los escombros del Imperio occidental.[844]

Entre las armas de los lombardos y bajo el despotismo de los griegos volvemos siempre a curiosear la suerte de Roma,[845] que a fines del siglo VI había llegado hasta su ínfimo desamparo. Arrebatado el solio del Imperio y perdidas tantas provincias, se agotaron los manantiales de la opulencia pública y particular; el árbol empinado cobijador de naciones agonizaba desenramado y deshojado, y el tronco marchito y árido yacía por el suelo. No se tropezaban ya en la vía Apia o Flaminia los mensajeros que iban

y venían con decretos nuevos, y con albricias de la victoria, padeciendo a veces correrías, y siempre zozobras de lombardos. El vecindario de una capital pacífica y poderosa, al visitar desahogadamente la campiña enramada, no acierta a recapacitar el conflicto de los romanos; cerraban o abrían las puertas con trémula diestra, y luego estaban mirando desde las almenas las llamaradas de sus quintas, y oyendo los alaridos de sus hermanos, apedreados como canes, y arrastrados allá por esclavos, allende el mar o las cumbres. Sobresaltos tan incesantes acibaraban los recreos e interrumpían las faenas campesinas, y así la campiña de Roma en breve fue toda una maleza pavorosa, de terreno estéril, aguas inmundas y ambiente emponzoñado. Desfalleció el móvil de la curiosidad o la ambición, acarreadoras de naciones enteras a la capital del mundo; y si el acaso o la precisión encaminaban los pasos del advenedizo, se horrorizaba al ver el vacío y la soledad del recinto, y se paraba en ademán de preguntar: ¿dónde está el Senado?, ¿dónde el vecindario? Una estación lluviosa, rebosando el Tíber se derramó disparadamente por las cañadas de los siete cerros, sobrevino epidemia con el estancamiento de aquel diluvio, y fue tan ejecutiva su malignidad que en una hora fallecieron ochenta personas en medio de una procesión solemne para implorar la clemencia del cielo.[846] En toda sociedad que fomenta los matrimonios y promueve la industria, pronto quedan repuestos los quebrantos de una guerra o de un contagio, mas como la mayor parte de los romanos yacían desahuciados de alimentos, e imposibilitados de enlazarse, era la despoblación incesante y palpable, y los adustos Jeremías andaban fundadamente presagiando el exterminio inmediato del linaje humano.[847] Excedía sin embargo el vecindario a los alcances de los abastos; suministrábanlos a temporadas las cosechas de Sicilia y Egipto, y desmayaba la

provincia desatendida por el emperador, según sus frecuentes padecimientos de hambre. Desmoronábanse al par los edificios, volcándolos a carrera, avenidas, huracanes y terremotos, y los monjes encumbrados hasta lo sumo se engreían con su ruin triunfo sobre las ruinas de la Antigüedad.[848] Fue Gregorio I quien asaltó los templos, y desmoronó las estatuas de la ciudad, y por mandato del bárbaro quedó la biblioteca palatina reducida a cenizas, y la historia de Tito Livio fue con especialidad el punto donde asestó su frenesí exterminador. Los mismos escritos de Gregorio rebosan de aversión implacable a los monumentos del numen clásico, y dispara una censura severísima contra la erudición profana de un obispo que estaba enseñando la gramática, estudiaba los poetas latinos y entonaba con los mismos labios las alabanzas de Júpiter y las de Jesucristo. Pero el testimonio de su saña asoladora es moderno y dudoso: el templo de la paz o el teatro de Marcelo se han ido pausadamente deteriorando con el tiempo, y aquella veda formal hubiera ido redoblando las copias de Virgilio y de Livio en los países ajenos del dictador eclesiástico.[849]

Al par de Tebas, Babilonia o Cartago, pudo el nombre de Roma quedar arrasado sobre la tierra, a no vivificar a la ciudad un impulso fundamental que la encumbró de nuevo a los blasones y al señorío. Corrió la hablilla de que dos predicadores judíos, uno fabricante de tiendas y otro pescador, habían sido ajusticiados públicamente en el circo de Néron, y al cabo de quinientos años su religión castiza, o embelesadora, se adoraba como el paladio de la Roma cristiana. Acudían peregrinos de levante y poniente al umbral sagrado, pero los sagrarios particulares de los apóstoles se resguardaban con milagros y horrores invisibles, acercándose siempre con zozobra el católico timorato al objeto de su culto. Azaroso era el contacto,

expuestísima la mirada de los cadáveres santos, y cuantos osaban, aun con motivos acendrados, alterar el sosiego del santuario, adolecían y finaban con visiones pavorosas. El empeño desatinado de una emperatriz en defraudar a los romanos de su tesoro sacrosanto, la cabeza de san Pablo, se desechó horrorizadamente, y afirmó el papa, muy probablemente con verdad, que los lienzos tocados en su cuerpo, y las limaduras de su cadena, que a veces se lograban sin reparo, y a veces se hacían inasequibles, atesoraban un grado igual de pujanza milagrosa.[850] Pero la potestad y aun la virtud de los apóstoles vivía esforzadamente cifrada en el pecho de sus sucesores, y la cátedra de san Pedro estaba poseída, bajo el reinado de Mauricio, por el primero y el mayor de los Gregorios.[851] Había sido también papa su abuelo Félix, y como los obispos estaban ya sujetos a la ley del celibato, la muerte de su mujer precedería a su consagración. La alcurnia de Gregorio, por Silvia y por Gordiano, sobresalía en el Senado y en la Iglesia de Roma; la parentela mujeril era toda de vírgenes y de santas, y su propia estampa y la de su padre y madre se estuvieron representando cerca de trescientos años en un retrato de familia[852] que ofreció al monasterio de San Andrés. El dibujo y el matiz de esta pintura suministran un testimonio honorífico de que los italianos seguían dedicándose al arte de la pintura en el siglo VI, pero se forma un concepto muy rastrero de su gusto e instrucción, por las cartas, sermones y diálogos de Gregorio, como el trabajo de quien a ningún contemporáneo iba en zaga; su erudición,[853] su nacimiento y su desempeño lo habían encumbrado al cargo de prefecto de la ciudad, y logró el mérito de renunciar al boato y a las vanidades del mundo. Abocó su pingüe patrimonio a la fundación de siete monasterios,[854] uno en Roma[855] y seis en Sicilia, anhelando más y más arrinconarse

en esta vida y esclarecerse en la otra. Pero su devoción, que sería entrañable, siguió el rumbo entablado por un estadista astuto y ambicioso. El talento de Gregorio y la gloria que le acarreó su retiro, le redundaron en cariño y utilidad de la Iglesia; y la obediencia rendida es siempre el primer atributo de todo monje. Ordenado de diácono, pasó de nuncio a ministro de la silla apostólica a la corte bizantina, y desde luego asumió ínfulas de independiente, en nombre de san Pedro, en términos criminales y expuestísimos para todo seglar del Imperio. Vuelto a Roma, mucho más conceptuado, tras una temporada de vida claustral, lo encumbró la voz unánime del clero, el Senado y el vecindario al solio papal. Tan sólo él se opuso, o lo aparentó, a su encumbramiento, y su demanda abatida a Mauricio para que rechazase el nombramiento de los romanos tan sólo condujo para realzarlo en el ánimo del emperador y del público. Pregonado el azaroso decreto, se valió de traficantes amigos para que lo sacasen dentro de un año fuera de las puertas de Roma, y se emboscó avergonzadamente por las sierras, hasta que, según cuentan, un destello celeste descubrió su retiro.

El pontificado de Gregorio el Grande, que duró trece años, seis meses y diez días, es uno de los plazos más edificantes de la historia de la Iglesia (8 de febrero de 590 d. C.-12 de marzo de 604 d. C.). Sus virtudes, y aun sus nulidades, mezcla extraña de sencillez y astucia, de engreimiento y humildad, de tino y superstición, eran adecuadísimas para su elevación y el temple del siglo. Tildó en su competidor el patriarca de Constantinopla el dictado anticristiano de obispo universal, que la altanería del sucesor de san Pedro no le podía otorgar, ni tampoco le cabía apropiárselo por su debilidad, ciñéndose la jurisdicción de Gregorio al triple realce de obispo de Roma, primado de Italia y apóstol de Occidente. Frecuentaba el púlpito y enardecía con su

tosca pero arrebatada elocuencia los ímpetus de su auditorio; interpretaba y aplicaba textos de los profetas judíos, y el ánimo del pueblo abatido de suyo con sus quebrantos repetidos tomaba alas para esperanzar o temer al mundo invisible. Sus preceptos y su ejemplo definieron la norma del rezo romano,[856] el arreglo de las parroquias, el calendario de las festividades, la disposición de las procesiones, el desempeño de los presbíteros y diáconos, y la variedad y alternativa de las vestiduras sacerdotales. Siguió hasta el fin de su vida oficiando en la misa solemne, que duraba más de tres horas: el canto gregoriano[857] es el conservador de la música instrumental y vocal del teatro, y las voces broncas de los bárbaros se empeñaban en remedar la melodía de la escuela romana.[858] Le tenía su experiencia enseñada la suma eficacia de aquellos ritos grandiosos y entonados para aplacar los conflictos, robustecer la fe, desembravecer el destemple y aventar las lóbregas aprensiones del vulgo; y les soltó gustoso la rienda en cuanto fomentaban el reinado del sacerdocio y la superstición. Los obispos de Italia e islas adyacentes reconocían al pontífice romano como su arzobispo especial. Disponía también a su albedrío de la existencia, la incorporación o el traslado de las sillas episcopales, y sus entrometimientos por las provincias de Grecia, España y Galia dieron alas para los impulsos más arrojados de los papas posteriores. Se interpuso para precaver abusos de elecciones populares, su desvelo solícito mantuvo la fe y la disciplina en su tersa pureza, celando una y otra, a fuer de pastor apostólico, en los rabadanes subordinados. Bajo su reinado, los arrianos de Italia y España se hermanaron con la Iglesia Católica, y la conquista de Britania destella menos gloria sobre el nombre del César que sobre el de Gregorio I. Embarcáronse en vez de seis legiones, cuarenta monjes para aquella isla lejana, lamentándose el pontífice de que su

desempeño sagrado le imposibilitase alternar en los peligros de aquella campaña espiritual. Participó, a los dos años, al arzobispo de Alejandría, que había bautizado al rey de Kent con diez mil de sus anglosajones, y los misioneros romanos, al par de los primitivos, sólo iban pertrechados con potestad espiritual y sobrehumana. La credulidad o el arte de Gregorio estaban siempre en ademán de corroborar las verdades de la religión con el testimonio de duendes, milagros y resurrecciones;[859] y la posteridad le ha devuelto el tributo que estuvo anchamente franqueando a las virtudes de su propia generación, o de la antecedente. Se han concedido colmadamente los honores celestiales por la autoridad de los papas, mas es Gregorio el postrero de su propia jerarquía, que han tenido a bien alistar en el calendario de los santos.

Su poderío temporal fue descollando más y más con los conflictos de aquel tiempo, y los obispos romanos que han estado diluviando sangre sobre Europa y Asia tuvieron que reinar como ministros de cariño y de paz. I. La Iglesia de Roma, como ya se ha manifestado, estaba dotada de fincas pingües en Italia, en Sicilia y aun en las provincias más lejanas, y sus agentes, que solían ser subdiáconos, se habían granjeado jurisdicción civil, y hasta criminal, sobre sus inquilinos y labriegos. El sucesor de san Pedro manejaba su patrimonio con el tino de un hacendado solícito y comedido,[860] y las cartas de Gregorio rebosan de encargos para prescindir de pleitos dudosos y atropelladores, conservar cabales los pesos y medidas, dar largas razonables, reducir el impuesto a los esclavos del clero, que compraban el derecho de casarse con el pago de una multa arbitraria.[861] Transportábase el rédito o el producto del Estado a la embocadura del Tíber; por cuenta y riesgo del papa se administraba el caudal, a fuer de mayordomo fiel de la Iglesia y

de los pobres, y franqueaba gallardamente a sus urgencias, cuantos ahorros le proporcionaban su economía extremada y metódica. Estuvo archivada más de tres siglos en el Laterán su abultada cuenta y razón de las entradas y desembolsos, como pauta de mayordomía cristiana. Repartía en las cuatro festividades mayores el cupo del trimestre al clero, a los criados, a los monasterios, iglesias, cementerios, hospitales y hospicios de Roma y de toda la diócesis. Racionaba a los pobres, según las estaciones, con queso, trigo, vino, verduras, aceite, pescado, abastos frescos, ropa y dinero, y sus ecónomos tenían que andar de continuo acudiendo a socorrer, de su orden, a los menesterosos y merecedores. Todos los días y a toda hora estaba su anhelo remediando al doliente, al desvalido, al extraño, al peregrino, sin sentarse a tomar su comida ligerísima, hasta que de su propia mesa enviase algún manjar a personas acreedoras a sus finezas. La desdicha de los tiempos tenía reducido el señorío a haber de aceptar sin sonrojo el amparo de la Iglesia: la diestra del bienhechor estaba vistiendo y alimentando a tres mil vírgenes, y varios obispos de Italia huyeron de las manos de los bárbaros a la hospedería general del Vaticano. Padre de la patria debía justísimamente apellidarse Gregorio, y escrupulizaba tantísimo su conciencia, que por haber fallecido en la calle un mendigo se impuso por varios días entredicho en sus funciones sacerdotales. II. Los quebrantos de Roma empeñaron al pastor espiritual en los afanes de la paz y de la guerra, y ni él mismo acertaría a deslindar si fue la religiosidad o la ambición el móvil de su esmero en suplir la ausencia del soberano. Desaletargó por fin Gregorio al emperador, le manifestó la maldad o torpeza del exarca y sus dependientes, se quejó de que se sacaran los veteranos para acudir a la defensa de Spoleto, alentó a los italianos para resguardar sus ciudades y altares, y se extendía, en

los trances, a nombrar a los tribunos y disponer las operaciones de las tropas provinciales. Pero los escrúpulos de la humanidad y de la religión frenaban los ímpetus marciales del papa; abominaba de la imposición de tributos, como odiosa y desangradora, aun cuando se emplease en la guerra de Italia; y abrigaba contra los edictos imperiales la cobardía timorata de la soldadesca, que cambiaba la vida militar por la monástica. Se hacía muy obvio a Gregorio, si damos crédito a sus mismas protestas, el exterminio de todo lombardo con sus propios bandos, sin dejar un rey, un duque, o un conde, para salvar aquella nación desventurada de la venganza de sus enemigos. Como obispo cristiano, antepuso los afanes benéficos de la paz; su mediación aplacó el desenfreno de las armas, pero le constaban los ardides de los griegos y los ímpetus de los lombardos, para comprometer su sagrada promesa en el cumplimiento de la tregua. Desesperanzado de todo ajuste general y permanente, se adelantó a salvar su patria, prescindiendo del emperador y del exarca. Enarbolada estaba sobre Roma la espada enemiga, y quedó soslayada con la elocuencia apacible y los agasajos oportunos del pontífice, quien infundía respeto a herejes y bárbaros. Tantos realces merecieron a la corte bizantina tan sólo reconvenciones y aun insultos, pero halló en el cariño de un pueblo agradecido el galardón más acendrado de un ciudadano y el derecho más legítimo de un monarca.[862]

BIZANCIO Y LOS PERSAS

Nota bibliográfica

El fin del gobierno de Justiniano marcó la conclusión del ciclo expansivo de Bizancio. En este capítulo Gibbon establece, desde una perspectiva geopolítica, los límites de esa expansión y la aparición en el escenario de los reinos persas, sus enemigos. En su visión, original y de suma actualidad, también la vida política de Occidente resultó condicionada por la declinación bizantina y el ascenso persa. La producción historiográfica más reciente ha considerado la evolución del Occidente cristiano en relación con el Oriente, precisamente desde el punto de vista de su contacto con otras culturas, a través de invasiones o por otros caminos.

Por otro lado, principalmente en la producción historiográfica referida a los desarrollos nacionales, la historia del Imperio de Bizancio ha sido considerada en relación con su aporte al derecho, a la dinámica económica del área mediterránea, que es decisiva hasta el siglo XV, y por sobre su incidencia en la conformación de las distintas iglesias cristianas (véase «Cristianismo oriental», p. 289).

Visión general del período: *P. Brunt (ed.)*, The Roman Economy: Studies in Ancient Economic and Administrative History, *Oxford, Basil Blackwell, 1974*. *A. Cameron*, Literature and Society in the Early Byzantine World, *Londres, 1985. A. Cameron*, Barbarians and Politics at the Court of Arcadius, *Berkeley, 1993. A. Cameron*, Changing Cultures in Early

Byzantium, *Aldershot, 1996. A. Cameron*, Mediterranean World in Late Antiquity A. D. 395-600, *Londres, 1993. A. Cameron y M. Whitby (ed.)*, The Cambridge Ancient History. Vol. XVI. Late Antiquity: Empire and Successors. A. D. 425-600, *Cambridge University Press, 2000. A. H. M. Jones*, The Later Roman Empire 284-602: A Social, Economic and Administrative Survey, *Norman, Oklahoma, 1964. A Cameron y J. Herrin*, Constantinople in the Early Eighth Century, *Leiden, E. J. Brill, 1984. C. Foss y P. Magdalino*, Roma y Bizancio, *Barcelona, Folio, 1996*.

Estudio de Bizancio: *W. E. Kaegi*, Byzantium and the Decline of Rome, *Princeton, 1968. J. Lefort y C. Morrisson (ed.)*, Hommes et Richesses dans l'Empire Byzantin I, IV-VI siècles, *París, 1989. D. Obolensky*, The Bizantine Commonweath, *London, 1971. G. Ostrogorsky*, History of Byzantine State, *Oxford, 1956. C.R. Whittaker*, Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study, *Baltimore, 1994*. *N. Baynes*, El Imperio Bizantino, *México*, *FCE*, *1951. T. C. Chubb*, Los bizantinos, *México, 1964. C. Diehl*, Byzance, Grandeur et Décadence, *París, Flamarion, 1928*. *F. Malleros*, El Imperio Bizantino, *Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1997. A. Cameron*, Continuity and. Change in Sixth-Century Byzantium, *Londres, 1981. E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran*, Historia de Bizancio, *Barcelona, 2001*.

Historia política: *P. Alexander*, Religious and Political History and Thought in the Byzantine Empire, *Londres, Variorum, 1978. C. Bynum*, Byzantine Hours Works and Days in Byzantium, *Atenas, Ministerio de Cultura, 2001. J. F. Haldon*, Byzantine Praetorians, *Bonn, 1984. D. M. Olster*, The Politics of Usurpation in the Seventh Century: Rhetoric an Revolution in Byzantium, *Amsterdam, 1993*.

Cuestiones económicas: *A. C. Johnson y L. C. West*, Byzantine Egypt: Economic Studies, *Princeton, 1949. W. E. A. Laiou*, The Economic History of Byzantium. From the Seventh through the Fiveteenth Century, *3 vols. Washington, Dumbarton Oaks, 2002. E. Patlagean*, Pauvreté Économique et Pauvreté Sociale à Byzance. IVe-VIIe siècles, *París, Mouton, 1977*.

La religión: *G. Fowden*, Empire to Commonwealth: Consequence of Monotheism in Late Antiquity, *Princeton*, *NJ*, *1993. L. Safran*, Heaven on Earth. Art and the Church in Byzantium, *Washington, Dumbarton Oaks, 1998. M. Salamon*, Paganism in the Later Roman Empire and in Byzantium, *Cracovia, 1991. T. Stoianovich*, Between East and West: The Balkan and Mediterranean Worlds, *4 vols., New Rochelle*, *NY*, *Aristide Caratzas, 1992*.

El problema militar y la relación con los persas: *W. E. Kaegi*, Byzantine Military Unrest 471-843, *Amsterdam, 1981. S. Gero*, Barsauna of Nisibis and Persian Christianity in the Fifth Century, *Lovaina, Peeters, 1981. J. F. Haldon*, Warfare State and Society in the Byzantine World, *Londres, Routledge, 1998. G. Prinzing y M. Salamon*, Byzantium and East Central Europe, *Cracovia, 2001. F. Aussaresses*, L'Armée Byzantine à la Fin du VI siècle d'après le Strategicon de l'Empereur Maurice, *Bordeaux, 1909. A. M. J. Higgins*, The Persian War of the Emperor Maurice (582-602) I. The Chronology, *Washington D.C., 1939. P. Freeman y D. Kennedy (eds.)*, The Defence of the Roman and Byzantine East, *Oxford, 1986*.

La cultura: *J. F. Haldon*, Byzantium in the Seventh Century: The Transformation of a Culture, *Cambridge, 1990. M. Anastos*, Aspects of the Mind of Byzantium, *Aldershot, Ashgate, 2001. H. Herrera Cajas*, Dimensiones de la cultura bizantina, *Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1998. N. van*

der Wal y J. H. A. Lokin, Historiae iuris graeco-romani delineatio. Les Sources du Droit Byzantin de 300 à 1453, *Groningen 1985, en* Tijschrift voor Rechtsgeschiedenis *59 (1991), pp. 147-150. G. Cavallo y otros*, El hombre bizantino, *Madrid, 1994*.

XLVI

REVOLUCIÓN DE PERSIA, DESPUÉS DEL FALLECIMIENTO DE COSROES O NUSHIRVAN - SU HIJO HORMUZ, TIRANO, QUEDA DEPUESTO - USURPACIÓN DE BAHRAM - HUIDA Y RESTABLECIMIENTO DE COSROES II - SU AGRADECIMIENTO CON LOS ROMANOS - EL CHAGAN DE LOS AVARES - REBELIÓN DEL EJÉRCITO CONTRA MAURICIO - SU MUERTE - TIRANÍA DE FOCAS - ENSALZAMIENTO DE HERACLIO - LA GUERRA DE PERSIA - COSROES SOJUZGA SIRIA, EGIPTO Y EL ASIA MENOR - SITIO DE CONSTANTINOPLA POR LOS PERSAS Y AVARES - EXPEDICIONES PERSAS - VICTORIAS Y TRIUNFO DE HERACLIO

La contienda entre Roma y Persia se fue dilatando desde la muerte de Craso al reinado de Heraclio. Bien podía el desengaño de siete siglos evidenciar a ambas naciones la imposibilidad de afianzar sus conquistas allende los linderos aciagos del Tigris y el Éufrates; pero los trofeos de Alejandro enardecieron la emulación de Trajano y Juliano, y los soberanos de Persia se empapaban en su esperanza ambiciosa de restablecer el Imperio de Ciro.[863] Conatos tan descomunales de poderío y denuedo embargarán siempre los ánimos de la posteridad; pero los acontecimientos que no mudan trascendentalmente la suerte de las naciones no se estampan duraderamente en los ámbitos de la historia; y se abusaría de la paciencia del lector con la repetición de las mismas hostilidades, emprendidas sin motivo, continuadas sin gloria y fenecidas sin resultado. Los príncipes bizantinos se dedicaron con ahínco a las tramoyas de la

negociación, desconocidas de la grandiosidad sencilla del Senado y los Césares, y las memorias de tantísima embajada[864] repiten, con la misma uniformidad difusa, declamaciones falsas y desentonadas, insolencias de los bárbaros y rendimientos rastreros de los griegos tributarios. Lamentándome de la superfluidad esterilísima de los materiales, he tenido que esmerarme en compendiar el pormenor de estos vaivenes desabridos: mas suena todavía Nushirvan el Justo, como dechado de los reyes orientales, y la ambición de su nieto Cosroes fue labrando aquella revolución de Oriente que se redondeó atropelladamente con las armas y la religión de los sucesores de Mahoma.

En las reyertas infructuosas que anteceden y abonan las contiendas de los príncipes, griegos y bárbaros se zaherían mutuamente, por estar quebrantando la paz ajustada entre los dos imperios, cuatro años antes del fallecimiento de Justiniano. Aspiraba el soberano de Persia e India al avasallamiento del Yemen o Arabia Feliz,[865] la patria lejana del incienso y la mirra, que se había soslayado, más bien que opuesto, a los conquistadores de Oriente. Derrotado Abrahá, junto a los muros de la Meca, la desavenencia de sus hijos y hermanos franqueó la entrada a los persas: aventaron a los advenedizos de Abisinia allende el Mar Rojo, restableciendo en el solio a un príncipe natural de los antiguos homeritas, como vasallo o virrey del gran Nushirvan.[866] Mas pregonó el sobrino de Justiniano su ánimo de ir a desagraviar al príncipe de Abisinia, su aliado, valiéndose de aquel pretexto decoroso, para retener el tributo anual mezquinamente disfrazado bajo el nombre de pensión. Los magos intolerantes acosaban a los feligreses de la Persarmenia, que estaban implorando el amparo de los cristianos, y tras la muerte de sus sátrapas, los rebeldes se

acogían a guarecerse como hermanos y súbditos del emperador de los romanos. Desatendió la corte bizantina las quejas de Nushirvan; allanose Justiniano a los pedidos de los turcos, que le ofrecían aliarse contra el enemigo común, y amenazaban a un tiempo las fuerzas de Europa, Etiopía y Escitia a la monarquía persa. A los ochenta años, el soberano de Oriente quizá hubiera antepuesto el goce pacífico de su gloria y encumbramiento, mas una vez que fue inevitable la guerra (570-572 d. C.), salió a campaña con el denuedo de la mocedad, mientras el agresor estaba temblando en su palacio de Constantinopla. Dispuso personalmente Nushirvan o Cosroes el sitio de Dara, y aunque carecía de prevención importantísima, de acopios y guarnición, el tesón del vecindario resistió por cinco meses a los flecheros, a los elefantes y a las máquinas militares del gran rey. Entretanto su general Adarman sale de Babilonia, atraviesa el desierto, pasa el Éufrates, insulta a los arrabales de Antioquía, reduce a cenizas la ciudad de Apamea, y rinde a los pies de su dueño los despojos de Siria, extrema su perseverancia hasta que se posesiona, en medio del invierno, del baluarte de Oriente. Mas estos quebrantos aterradores para las provincias y la corte surtieron un resultado ventajoso con el arrepentimiento y la renuncia del emperador Justiniano; descolló nueva pujanza en los arranques del consejo bizantino, y se logró con la cordura de Tiberio una tregua de tres años. Se dedicó aquel intermedio oportuno a los preparativos de guerra, y corrió el rumor de que desde los países lejanos de los Alpes y el Rin, desde Escitia, Mesia, Panonia, Iliria e Isauria, el poderío de la caballería imperial, se reforzaba con ciento cincuenta mil soldados. Pero el rey de Persia, orillando zozobras o miramientos, acordó anticiparse al enemigo; atraviesa de nuevo el Éufrates y despidiendo a los embajadores de Tiberio, les manda engreídamente aguardarle en

Cesárea, cabeza de la provincia de Capadocia. Se encuentran y batallan los ejércitos en Militena; los bárbaros, nublando el aire con miles de flechas, alargan más y más la línea y ciñen la llanura con sus alas, mientras los romanos están sólidamente escuadronados, esperando empeñar y afianzar la refriega con el poderío de sus espadas y lanzas. Un caudillo escita que mandaba su derecha sortea de improviso el costado enemigo, le asalta la retaguardia, en presencia de Cosroes, se interna en sus reales, saquea la tienda regia, profana el fuego eterno, carga una recua de camellos con los despojos de Asia, rompe por medio de la hueste persa, y vuelve, entonando cantares victoriosos, al regazo de sus amigos, que habían empleado la jornada en encuentros parciales y escaramuzas inservibles. Anocheció, se desviaron los romanos, y el monarca persa asió de los cabellos la oportunidad del desquite, asaltando y señoreando desaforadamente uno de sus campamentos; mas hecho cargo de sus pérdidas y de su gran peligro, se retiró atropelladamente, quemando al paso el pueblo desierto de Militena, y prescindiendo de la tropa pasó arrojadamente el Éufrates sobre un elefante. Tras el malogro de esta campaña, falto de acopios y quizás hostigado por los turcos, tuvo que dispersar o repartir sus fuerzas, y quedando los romanos dueños del campo, se adelantó su general Justiniano al auxilio de los rebeldes en Persarmenia, y tremoló su estandarte en las orillas del Araxes. Allá Pompeyo se detuvo a tres jornadas del mar Caspio,[867] y una escuadra enemiga[868] escudriñó sus ámbitos por vez primera, arrebatando setenta mil cautivos de Hircania para la isla de Chipre. Justiniano, a los asomos de la primavera, bajó a las llanuras pingües de Hircania, y las llamaradas de la guerra se iban acercando a la residencia de Nushirvan, cuando con el ímpetu de sus iras se empozó en la tumba (579 d. C.), encargando en su postrer edicto a los

sucesores que no expusiesen sus personas en refriegas contra los romanos. Mas la memoria de aquella afrenta transitoria desapareció en las glorias de un reinado larguísimo, y sus enemigos tan formidables, tras el embeleso de su triunfo, volvieron a solicitar un breve desahogo de los quebrantos de la guerra.[869]

Se encumbró al solio de Cosroes Nushirvan, Hormuz u Ormeidas, el primogénito o el predilecto de sus hijos. Heredó, con los reinos de Persia, la nombradía y el ejemplo de su padre, el desempeño en todas las clases de sus oficiales atinados y valerosos, y un sistema general de gobierno acorde con la práctica reflexiva, para promover la felicidad del príncipe y del pueblo. Mas cupo al mancebo real otra dicha de mayores quilates, y fue la intimidad de su ayo consumado, que siempre antepuso el pundonor al interés del alumno, y el interés a sus propias inclinaciones. En una contienda con filósofos griegos e indios, sostuvo Buzurg[870] que la desventura más amarga de la vida es una ancianidad sin recuerdos de virtud, y damos candorosamente por supuesto que este mismo arranque lo estuvo guiando por tres años en el timón del Imperio persa. El agradecimiento y la docilidad de Hormuz premiaron tantos afanes, reconociéndose más deudor a su maestro que a su padre; pero menoscabadas ya, con la edad y los desvelos, las fuerzas y quizás las potencias del consejero consumado, se retiró de la corte y dejó al monarca mozo en manos de sus favoritos y en el disparador de sus propios ímpetus (579-590 d. C.). En el aciago vaivén de los negocios humanos, sobrevinieron iguales lances en Ctesifonte a los que acaecieron en Roma tras el fallecimiento de Marco Antonino. Los lisonjeros y corruptos, que habían sido desterrados por el padre, acudieron al llamamiento, y se apoderaron del ánimo de su hijo, orillando y persiguiendo a los

íntimos de Nushirvan, para instalar su tiranía, y la virtud fue huyendo más y más del pecho de Hormuz, de su palacio y del gobierno del Estado. Los dependientes leales, los ojos y oídos del rey, lo enteraron del nuevo desenfreno, con el cual los gobernadores de las provincias se abalanzaban embravecidos, al par de leones o águilas, a su presa, y sus robos y tropelías llevarían a los súbditos más fieles a horrorizarse con el nombre y la autoridad de su soberano. Muerte ejecutiva fue el pago de tanta lealtad; se menospreciaron los rumores de las ciudades, ejecuciones militares aplacaron los alborotos, se anonadó toda potestad intermedia desde el pueblo hasta el solio, y la vanagloria aniñada de Hormuz, con su tiara de continuo encasquetada, andaba pregonando que solo él era el juez, así como el dueño de su reino. En cada palabra y en cada acción el hijo bastardeaba las virtudes de su padre. Su codicia defraudaba a la tropa; sus antojos envidiosos degradaban a los sátrapas, la sangre inocente estaba manchando palacios, tribunales y ríos, y se engreía el tirano con los padecimientos y la ejecución de trece mil víctimas. Cohonestaba su crueldad manifestando que las zozobras de sus persas terminarían en odio y éste en rebeldía, pero pasaba por alto que su propia maldad y desvarío eran los causantes de los arranques mismos que estaba tildando, y de aquel acontecimiento que tan fundadamente recelaba. Desahuciadas y embravecidas con tantísima tropelía, las provincias de Babilonia, Sara y Carmania enarbolaron el estandarte de la rebelión, y los príncipes de Arabia, India y Escitia denegaron su tributo acostumbrado al sucesor indignísimo de Nushirvan. Las armas de los romanos, con pausados sitios y correrías redobladas, estaban acosando los confines de Mesopotamia y Asiria; uno de sus generales se profesaba discípulo de Escipión, y la soldadesca se enardecía con

una efigie milagrosa de Cristo, cuyo aspecto apacible nunca debió tremolarse al frente de una refriega.[871] Al mismo tiempo, el gran Khan invadió las provincias de Persia, atravesando el Oxo al frente de trescientos o cuatrocientos mil turcos. El desalentado Hormuz aceptó aquel auxilio alevoso, se mandó a las ciudades del Khorozan o Bactriana que abriesen sus puertas, la marcha de los bárbaros hacia las sierras de Hircania patentizó la correspondencia de las armas turcas, con las romanas, y su reunión no podía menos de volcar el solio de la alcurnia de Sasán.

Perdió un rey Persia, y la salvó un héroe (590 d. C.). El hijo de Hormuz, déspota desaforado, estigmatizó a Voranes o Bahram como esclavo desagradecido, después de su rebelión, aunque descendía positivamente de los príncipes antiguos de Rei,[872] una de las siete familias cuyas regalías sólidas y esplendorosas las encumbraban sobre la mayor nobleza persa.[873] Descolló Bahram con su denuedo, a presencia de Nushirvan, en el sitio de Dara, y tanto el padre como el hijo lo fueron promoviendo, al mando de las armas, al gobierno de la Media, y a la superintendencia del palacio. Sus victorias anteriores y su personalidad extraordinaria pudieron ocasionarle el anuncio popular de libertador de la Persia: el dictado de Giubin expresa *madera seca*; su estatura y sus fuerzas eran agigantadas, y su estampa montaraz se solía parangonar antojadizamente a un gato montés. Mientras la nación estaba temblando, y disfrazaba Hormuz su pavor bajo el nombre de recelo, y los sirvientes encubrían su deslealtad con capa de zozobra, sólo Bahram ostentaba su denuedo indómito y su lealtad aparente; y luego que tan sólo doce mil soldados trataban de seguirle contra el enemigo, manifestó sabiamente que el cielo había reservado las glorias del triunfo a aquel número selecto. El descenso angosto y

tajado del Pule Rudbar,[874] o peñasco hircanio, es el único tránsito por donde se puede internar un ejército hasta el territorio de Ru y las llanuras de la Media. Desde sus cumbres dominantes, una partida arrestada podía sepultar con piedras y derrumbos a las millaradas de la hueste turca; dos flechazos traspasaron al emperador y a su hijo, y los fugitivos quedaron sin caudillos ni víveres, a merced de un pueblo agraviado. El afecto a la ciudad de sus antepasados enardeció el patriotismo del general persa; a los asomos de la victoria todo labriego fue soldado y todo soldado un héroe, inflamándose más y más su arrojo presenciando el aparato lujoso de techos, sillones y mesas de oro macizo, despojos de Asia, y preseas del campamento enemigo. Aun príncipes de índole menos malvada no perdonarían de suyo al bienhechor, pero envenenó el odio de Hormuz el rumor siniestro de que Bahram se había apropiado reservadamente los frutos más preciosos de la victoria turca. Mas desembocando ya un ejército romano sobre el Araxes, tuvo que vitorear también y sonreírse el tirano implacable, y premió los afanes de Bahram con el permiso de arrostrar un nuevo enemigo, con disciplina y maestría más formidable que una muchedumbre escita. Engreído con su logro reciente, envió un heraldo con su osado reto al campamento romano, emplazándolo para la refriega, y escoger entre pasar el río o franquear el tránsito a las armas del gran rey. El lugarteniente del emperador Mauricio antepuso el partido más seguro, y esta circunstancia local, que hubiera realzado la victoria de los persas, ensangrentó más la derrota y dificultó su salvamento; pero la pérdida de súbditos y el peligro de su reino primaron, en el concepto de Hormuz, sobre la desgracia de su enemigo personal, y apenas Bahram recogió y revistó su tropa, se halló con un mensajero real portador de una rueca, un torno de hilar

y un traje galano y cabal de mujer. En obediencia a la disposición del soberano, se presentó a los soldados bajo aquel disfraz afrentoso; les amargó igualmente el baldón, prorrumpieron de fila en fila en alaridos de rebeldía, y recibioles el juramento de fidelidad y los raptos de venganza. El segundo mensajero, encargado de aherrojar y prender al rebelde, quedó hollado por un elefante; volaron manifiestos exhortando a los persas a volver por su libertad contra un tirano ruin y despreciable. Alzáronse todos a una voz; sus esclavos leales fenecieron a manos de la plebe sañuda; desertó la tropa a las banderas de Bahram, y luego las provincias saludaron al libertador de la patria. Estando los tránsitos atajados, Hormuz podía tan sólo computar el número de sus enemigos por el testimonio de su conciencia criminal, y por el desvío diario de cuantos, al presenciar su conflicto, se desagraviaban, u olvidaban sus compromisos. Tremolaba altaneramente las insignias de su jerarquía, pero la ciudad y el alcázar de Modain se desentendían ya del mando del tirano. Entre las víctimas de su crueldad, Bindoes, príncipe sasánida, yacía empozado en una mazmorra; un hermano, con su afán y su denuedo, lo había desaherrojado, y arrostró al rey capitaneando a la guardia leal escogida como ministro de su encierro y tal vez de su muerte. Sobresaltado con el atropellamiento y los cargos vehementes del encarcelado, Hormuz mira en torno y en balde tras algún arrimo de obra o de palabra, percibe que todo su poderío se cifraba en la obediencia ajena, y se allana sufridamente a la diestra única de Bindoes, que lo lleva arrastrando desde el solio al propio calabozo en donde acababa de yacer él mismo. Huye de la ciudad. Cosroes, primogénito de Hormuz, al arranque del alboroto, pero recaba Bindoes que vuelva prometiéndole sentarlo en el solio de su padre, y esperanzado de reinar bajo el

nombre de un mozo bisoño. Bajo el concepto positivo de que sus cómplices no podían perdonar, ni esperar ser indultados, y de que todo persa podría desempeñar el cargo de juez y enemigo de un tirano, entabló un procedimiento público sin antecedente y sin remedo en los anales de Oriente. El hijo de Nushirvan, que había solicitado litigar en defensa propia, fue traído como reo a la junta general de nobles y sátrapas.[875] Se lo estuvo oyendo comedidamente, mientras se explayó sobre las ventajas del orden y la obediencia, el peligro de toda innovación y la desavenencia inevitable entre cuantos se habían incitado mutuamente para hollar a su hereditario y legítimo soberano. Con un arranque afectuoso hacia la humanidad del auditorio, recabó la conmiseración que rara vez les cabe a las desventuras de un rey; y al mirar el ademán rastrero y la estampa desencajada del reo, sus lágrimas, sus cadenas y los cardenales de azotes, no cupo olvidar cuán poco antes estuvieron adorando la brillantez sobrehumana de su púrpura y su diadema. Mas al querer sincerar su conducta y decantar las victorias de su reinado, un susurro sañudo se disparó en la concurrencia. Se puso a deslindar el instituto de un rey, y lo escucharon los persas nobles con cierta sonrisa de menosprecio; ardieron en ira cuando osó motejar la índole de Cosroes, y con el ofrecimiento indiscreto de renunciar el cetro en su hijo segundo, firmó su propia condena y sacrificó la vida del inocente predilecto. Colgáronse a la vista del pueblo los cadáveres descuartizados del niño y de su madre; barrenaron los ojos a Hormuz con una aguja caldeada, y al castigo del padre siguió la coronación del primogénito. Ascendió Cosroes al solio sin mancilla, y su cariño se esmeró en mitigar los quebrantos del depuesto monarca, trasladándolo del calabozo a una estancia en el palacio, suministrándole anchamente cuanto podía halagarle el apetito, y

sufriendo resignadamente sus ímpetus furibundos de encono y desesperación. Cabíale menospreciar los disparos de un tirano ciego malquisto, mas le temblaba también la tiara en las sienes, hasta que volcase el poderío, o se granjease la intimidad del grande Bahram, que tachaba reciamente de impropia revolución, en que ni él ni sus soldados, los verdaderos representantes de Persia, habían tenido parte. A la oferta de indulto general y de segundo lugar en el reino, contestó con su carta Bahram, íntimo de los dioses, vencedor de los hombres y enemigo de los tiranos, sátrapa de los sátrapas, general de los ejércitos persas, y príncipe realzado con el dictado de las once virtudes.[876] Encarga a Cosroes, hijo de Hormuz, que evite el ejemplo y la suerte de su padre, que encarcele a los traidores descargados de sus cadenas, que deposite en algún lugar sagrado la diadema usurpada, y acepte de su bienhechor graciable el perdón de sus yerros y el gobierno de una provincia. Quizá no se enorgulleció el rebelde, y el rey no era por cierto humilde, mas el uno estaba muy enterado de su propio poderío, el otro de su flaqueza, y aun el tenor comedido de su contestación dejó todavía lugar para contratar y hermanarse. Sacó a campaña Cosroes la servidumbre palaciega, y la chusma de la capital; aterráronse al presenciar las banderas de un ejército veterano, los acorraló y asombró el general con sus evoluciones, y los sátrapas que derrocaron a Hormuz tuvieron el castigo de su rebelión, o purgaron la traición primera con otro acto más criminal de infidelidad. Salvó Cosroes su vida, mas tuvo que acudir al amparo de extraños, y el implacable Bindoes, con el afán de afianzar su título indisputable, corrió atropelladamente al palacio y remató con un flechazo la desventurada existencia del hijo de Nushirvan[877] (590 d. C.).

Al providenciar Cosroes los preparativos de su retirada, se

paró a deliberar con sus amigos restantes[878] si se emboscaría por las breñas del Monte Cáucaso o huiría a las tiendas de los turcos o bien imploraría el amparo del emperador. La antigua competencia entre los sucesores de Artajerjes y de Constantino reforzaba su repugnancia en asomar como suplicante por una corte enemiga, mas se hizo cargo de las fuerzas de los romanos y de que la inmediación de Siria facilitaba su salvamento y sus auxilios. Acompañado únicamente por sus concubinas, y una escolta de treinta guardias, salió encubiertamente de la capital, siguió el cauce del Éufrates, atravesó el desierto, y se detuvo a diez millas [16,09 km] de Circesio. Participaron a deshora al prefecto romano su llegada, y al amanecer introdujo al real advenedizo en la fortaleza. Condujéronlo luego a la residencia más decorosa de Hierápolis, y Mauricio encubrió su infamia y ostentó su agasajo al recibo de las cartas y embajadores de Nushirvan. Se explayaron rendidamente en los vaivenes de la suerte y el interés común de los príncipes, abultaron la ingratitud de Bahram, agente del mal principio, y esforzaron con razones decorosas las ventajas de los mismos romanos en sostener ambas monarquías, árbitras del orbe, como lumbreras, a cuyo influjo benéfico se vivifica y engalana. Desahogaron la angustia de Cosroes, asegurándole que el emperador tomaba a su cargo la causa de la justicia y del cetro; pero Mauricio se desentendió cuerdamente del costo y la permanencia de aquella visita inservible para Constantinopla. Regaló el bienhechor garboso una diadema preciosísima al príncipe fugitivo, con un agasajo imponderable de joyas y de oro; juntose un ejército poderoso en el confín de Siria y Armenia, al mando del valeroso y leal Narsés,[879] y aquel general de su propia nación y nombramiento debía atravesar el Tigris y nunca envainar la espada hasta dejar restablecido a Cosroes en el solio de sus

antepasados. Empresa esplendorosa, mas no tan ardua como parecía. Estaba ya Persia arrepentida de su aciaga temeridad, que vendía al heredero de la casa de Sasán a la ambición de un súbdito rebelde; y la denegación osada de los magos a consagrar la usurpación precisó a Bahram a empuñar el cetro, desentendiéndose de las leyes y preocupaciones de la nación. Desencajaron luego conspiraciones el palacio, alborotos la ciudad y asonadas las provincias, y el ir ajusticiando cruelmente a los reos o sospechosos condujo tan sólo a embravecer, en vez de doblegar, el descontento público. Al tremolar el nieto de Nushirvan sus banderas y las romanas allende el Tigris, acudieron a raudales nobleza y pueblo, y al ir avanzando recibía de continuo las llaves de sus ciudades oficiosas, con las cabezas de sus enemigos. Libre ya Modain de la presencia del usurpador, su vecindario leal obedeció al primer llamamiento de Metodes, capitaneando tan sólo dos mil caballos, y admitió Cosroes los realces preciosos y sagrados del palacio, como prenda de su veracidad y agüero de las venideras dichas. Incorporadas, a pesar de las vanas diligencias de Bahram, las tropas imperiales, se definió la contienda en dos batallas sobre las orillas del Zab a la frontera de Media. Ascendían los romanos a sesenta mil con los súbditos fieles de Persia, al paso que se reducía a cuarenta mil hombres la fuerza del usurpador; descollaron con su denuedo y maestría ambos generales, pero el número y la disciplina alcanzaron por fin la victoria. Bahram, tras la derrota, huyó con sus residuos hacia las provincias orientales del Oxo; la enemistad de Persia lo hermanó con los turcos, mas el veneno, quizás el más incurable de los remordimientos, y la desesperación, acibarados con el recuerdo de la gloria perdida, acortaron su existencia. Mencionan sin embargo todavía los persas modernos las proezas de Bahram, y algunas leyes excelentes han dilatado

los breves días de su reinado turbulento y transitorio.

Festejos y ejecuciones celebraron el restablecimiento de Cosroes, y en los intermedios de música del real banquete sonaban alaridos de infinitos ajusticiados (591-603 d. C.). Un indulto habría consolado y aquietado aquel país conmovido con tantos vaivenes, pero antes de tildar la índole sanguinaria de Cosroes, hay que saber si los persas prescindían o no de rigores, tachando siempre de flaqueza la blandura de sus soberanos. La rebeldía de Bahram y la conspiración de los sátrapas quedaron vengadas imparcialmente por la justicia o la venganza del vencedor; ni aun los merecimientos de Bindoes alcanzaron a purificar sus manos del delito de la sangre real, pues el hijo de Hormuz ansiaba comprobar su inocencia y desagraviar la santidad de los reyes. Durante la pujanza del poderío de Roma, las armas y la autoridad de los Césares solían entronizar a los príncipes de Persia, mas luego sus nuevos súbditos se disgustaban con los vicios o las virtudes que traían de tierras extrañas, y la insubsistencia de su mando ocasionó el dicho vulgar de que la liviandad antojadiza de la servidumbre oriental solicitaba y rediazaba con igual afán las elecciones de Roma.[880] Pero sobresalió la gloria de Mauricio en el reinado cumplido y venturoso de su hijo y su aliado. Un cuerpo de mil romanos que siguieron guardando la persona de Cosroes pregonaba su confianza en la lealtad de los extranjeros; al paso que se fue robusteciendo su poderío se desentendió de aquel apoyo no deseado; pero continuó profesando el mismo agradecimiento y atención a su padre adoptivo, y hasta la muerte de Mauricio se conservaron incontrastables la paz y la alianza entre ambos imperios. Mas la amistad mercenaria del príncipe romano se había comprado con dones costosos e importantes: restableciéronse devueltas las ciudades poderosas de Martirópolis

y Dara, y los persarmenios se constituyeron súbditos voluntarios de un imperio cuyos linderos orientales se extendían, sin ejemplo, en los tiempos anteriores, hasta las mismas orillas del Araxes y las cercanías del mar Caspio. Se esperaba devotamente que la Iglesia y el Estado triunfasen en esta revolución, mas cuanto Cosroes había escuchado de los obispos cristianos quedó borrado con el afán y la elocuencia de los magos: si le cupo cierta indiferencia filosófica, iba ajustando su creencia, o más bien sus protestas, a las diversas circunstancias de un desterrado o de un soberano. La sonada conversión del rey de Persia se redujo a una veneración local y supersticiosa de Sergio,[881] uno de los santos de Antioquía, que oyó sus plegarias y se le apareció en sueños; enriqueció su sagrario con ofrendas de oro y plata, y atribuyó a aquel patrón invisible el éxito de sus armas y la preñez de Sira, cristiana devota y la predilecta de todas sus consortes.[882] La lindeza de Sira o Shirin,[883] su agudeza y su habilidad en la música, suenan todavía en la historia, o más bien en las novelas de Oriente; hasta su nombre expresa en la lengua persa suavidad y gracejo, y el dictado de *Parviz* alude a la justicia de su amante real. Mas Sira nunca correspondió colmadamente a Cosroes, cuya pasión estuvo siempre acibarada de una desconfianza celosa de que atesorando su persona se hallaba prendada de un ruin predilecto.[884]

Revivía en Oriente la majestad del nombre romano, pero se enmarañaba la perspectiva de Europa. Quedó en el Danubio desnivelada la potestad con la ida de los lombardos y el exterminio de los gépidos, y los avares fueron extendiendo su señorío desde las faldas de los Alpes hasta la costa del Euxino (570-600 d. C.). Su temporada más esclarecida es la del reinado de Bayano; su chagan aposentado en el palacio montaraz de Atila parece que fue su remedo en índole y en política;[885] pero

como vinieron a repetirse los mismos lances en campo más estrecho, un traslado individual del que ya lo era carecería de la grandiosidad y del atractivo del original. Un bárbaro altanero holló las ínfulas del segundo Justino, de Tiberio y de Mauricio, con el propósito de guerrear a su albedrío, dañando y poniéndose en salvo; y mientras amenazaban Persia a Asia, acosaban los avares Europa con sus correrías asoladoras, o su amistad costosísima. Al asomar los enviados romanos a la presencia del chagan, tenían que estar esperando a la puerta de su tienda, hasta que al cabo tal vez de diez o doce días, se allanaba a recibirlos. Si le disgustaba en el modo o la sustancia el mensaje, se disparaba real o afectadamente, prorrumpía en insultos contra ellos mismos o contra sus príncipes, se apropiaba de los equipajes y sólo salvaban su vida con la promesa de regalos más costosos y presentación más sumisa. Pero sus embajadores sagrados gozaban y abusaban de todo su desenfreno, en medio de Constantinopla; se aferraban a gritos descompasados, en el aumento del tributo o la devolución de cautivos o desertores, y la majestad del Imperio venía a quedar igualmente ajada con las condescendencias rastreras y con las disculpas falsas y medrosas con que se desentendían de tan insolentes peticiones. Nunca había visto el chagan un elefante, y el retrato tal vez fabuloso de aquel cuadrúpedo peregrino enardeció su curiosidad. Mandó que se le enjaezase y condujese uno de los elefantes más agigantados de las caballerizas imperiales, con crecida comitiva, a la aldea regia por los llanos de Hungría. Estuvo mirando con asombro aquel irracional enorme, y se sonrió del necio afán de los romanos, que andaban escudriñando los rincones de la tierra y de los mares en pos de aquellas extrañezas inservibles. Ansió descansar sobre un lecho de oro, a costa del emperador. Abocáronse riquezas y esmeros de

artífices eminentes de Constantinopla para satisfacerle aquel antojo; mas concluida la obra, desechó con menosprecio un regalo tan impropio para la majestad suma de un gran rey.[886] Éstos eran disparos accidentales de sus ínfulas, pero la codicia del chagan era otra pasión más tenaz y manejable, un suministro arreglado y riquísimo de sederías, alhajas y muebles fue introduciendo los asomos del arte y del lujo por las tiendas de los escitas; se avivaba su apetito con la pimienta y el cinamomo de la India;[887] el subsidio anual fue subiendo de ochenta mil a ciento veinte mil piezas de oro, y a cada suspensión, por enemistades, se acrecía el pago de atrasos con intereses exorbitantes, según la primera condición de todo tratado nuevo. A su modo bárbaro, sin engaño, el príncipe de los avares aparentaba quejarse de la doblez de los griegos,[888] mas no iba en zaga a las naciones civilizadas en los ardides del disimulo y la alevosía. Como sucesor de los lombardos, alegó el chagan su derecho a la ciudad grandiosa de Sirmio, baluarte antiguo de las provincias ilirias.[889] Cubrió los llanos de la Hungría inferior con su caballería, y se construyó una escuadra de barcas crecidas en la selva hercinia, para bajar por el Danubio y trasportar al Save los materiales de un puente; mas por cuanto la guarnición crecida de Sengiduno, que señoreaba la confluencia de ambos ríos, podía atajarle el paso y burlar sus intentos, desvaneció todo recelo, jurando solemnemente que su intención no era hostilizar al Imperio. Se juramentó por su espada, símbolo del dios de la guerra, que no trataba de construir un puente sobre el Save, como enemigo de Roma. «Si quebranto mi juramento —continuó el denodado Bayano–, ¡así yo, y hasta el último de mi nación fenezcamos a los filos de la espada!, ¡así el cielo, el fuego y la deidad suprema caigan sobre nuestras cabezas! ¡Así montes y selvas nos sepulten bajo sus ruinas!». Tras esta imprecación

bravía se informó sosegadamente del juramento más sagrado y venerable de los cristianos, y qué delitos de perjuros era más temible; presentole el obispo de Sengiduno el Evangelio que recibió el chagan: «Juro —prorrumpió–, por el Dios que habla en este libro sagrado, que no se abriga ni falsedad en la lengua ni alevosía en mi pecho». Luego que se levantó de estar de rodillas, activó el afán de su puente, y despachó un enviado para pregonar lo que ya no trataba de encubrir. «Participad al emperador —exclamó el aleve–, que Sirmio queda cercado. Encargad a su cordura que recoja ciudadanos y efectos, y se desentienda de pueblo que no acertará a socorrer ni resguardar». Sirmio, aunque desahuciada, resistió por más de tres años: estaban todavía intactos los muros; pero aguantaba el hambre, hasta que una capitulación compasiva franqueó la salida al vecindario desnudo y hambriento. Sengiduno, distante cincuenta millas [80,46 km], padeció suerte más azarosa, pues arrasaron los edificios, y los moradores yacieron en destierro y servidumbre. Mas desaparecieron ya los escombros de Sirmio, y la situación ventajosa de Sengiduno le atrajo luego una colonia de eslavones, resguardando todavía aquella confluencia del Save y del Danubio las fortificaciones de Belgrado, o *Ciudad blanca*, combatida tantas y tan empeñadas veces por las armas turcas y cristianas.[890] Dista Belgrado como seiscientas millas [965,58 km] de Constantinopla: sangre y llamaradas iban señalando aquella línea; bañábase alternativamente la caballería de los avares en el Euxino y el Adriático, y el pontífice romano, sobresaltado con los asomos de un enemigo más bravío,[891] tuvo que halagar a los lombardos como amparadores de Italia. La desesperación de un cautivo, a quien su patria le negó el rescate, patentizó a los avares el invento y la práctica de máquinas militares,[892] mas toscamente fabricadas y torpemente servidas

con la resistencia de Dioclecianópolis, Beria, Filipópolis y Andrinópolis, quedó exhausta la habilidad, al par del sufrimiento de los sitiadores. Guerreaba allá Bayano a lo tártaro, pero cabían en su pecho arranques de humanidad garbosa; conservó a Anquialo, cuyas aguas saludables habían curado a su consorte predilecta, y confiesan los romanos que la generosidad de un enemigo alimentó y despidió a su ejército hambriento. Abarcaba su imperio Hungría, Polonia y Prusia, desde la embocadura del Danubio a la del Odra,[893] y sus nuevos súbditos quedaron divididos y traspuestos por la política recelosa del vencedor.[894] Las regiones orientales de la Germania, vacantes con la emigración de los vándalos, se poblaron con colonos eslavones; hállanse las idénticas tribus en las inmediaciones del Báltico y del Adriático, y todavía en el corazón de Silesia se tropieza con las ciudades ilirias de Necis y Sisa, con el nombre del mismo Bayano. Exponía el chagan tropas y provincias al primer asalto, pues en la colocación se desentendía de sus vidas,[895] y así quedaban embotados los aceros del enemigo antes de encontrarse con el denuedo nativo de los avares.

Con la alianza de Persia acudió la tropa de Oriente al resguardo de Europa, y Mauricio, tras aguantar diez años los desacatos del chagan, declaró que saldría personalmente al encuentro de los bárbaros. En dos siglos ninguno de los sucesores de Teodosio había asomado en campaña, apoltronándose todos de por vida en el palacio de Constantinopla, y los griegos no acababan de comprender que el dictado de *emperador*, en su sentido primitivo, llevaba sobreentendido el mando de los ejércitos de la República. Contrastaron el ímpetu de Mauricio la lisonja circunspecta del Senado, la superstición medrosa del patriarca y los lloros de la

emperatriz Constantina, y todos juntos le exigieron, que traspasara a otro general inferior los afanes y peligros de una campaña escítica. Ensordeció a todo ruego y advertencia, se adelantó a siete millas [11,26 km] de la capital,[896] tremoló denodadamente, a vanguardia, la insignia sacrosanta de la cruz, y fue revistando engreídamente las armas y el número de los veteranos, batalladores y vencedores allende el Tigris. Anquialo fue el último paradero de su marcha por mar y tierra; rogaba sin éxito por una contestación milagrosa a sus plegarias nocturnas; acongojose su ánimo con la muerte de un caballo predilecto, el tropiezo con un jabalí, de un temporal y del nacimiento de un niño monstruoso, olvidando que el sumo agüero se cifra en desenvainar con brío la espada en defensa de la patria.[897] Volviose a Constantinopla, bajo el pretexto de recibir a los embajadores de Persia; trocó los arranques guerreros por los devotos, y desesperanzó a todos con su ausencia y el nombramiento de su lugarteniente. El cariño fraternal podría disculpar la ciega promoción de su hermano Pedro, que huyó con igual desdoro de los bárbaros, de su propia tropa, y del vecindario de una ciudad romana. Ésta, rastreándola por la semejanza del nombre y las circunstancias, fue la famosa Arimuncio,[898] que por sí sola rechazó el huracán de Atila. El ejemplar de su juventud belicosa fue cundiendo por sus generaciones posteriores, y lograron por Justino primero o segundo la regalía honorífica de que su denuedo se reservase siempre para la defensa de su patria. Intentó el hermano de Mauricio violar este privilegio, y mezclar un grupo patriótico con los mercenarios de sus reales; retiráronse a la iglesia, mas no lo contuvo aquel lugar sagrado; sublevose el pueblo todo, se cerraron las puertas, se guarneció la muralla, y la cobardía de Pedro resultó igual a su arrogancia y tropelía. La nombradía

militar de Comentiolo[899] es el tema de una sátira o comedia más bien que historia formal; puesto que carecía aún de la virtud tan vulgar y baladí del valor personal. Sus consejos ostentosos, evoluciones desconcertadas y órdenes secretas daban siempre campo para la huida o la dilación. Si se encaminaba al enemigo, las vegas placenteras del monte Haemus le oponían una valla incontrastable, pero al retirarse, iba escudriñando con esmero confiado los senderos más recónditos y trabajosos, a los que apenas tenían la menor noticia los ancianos del país. La única sangre que llegó a derramar fue la de una vena, a causa de una dolencia efectiva o aparente, por la lanceta del cirujano, y su salud que se accidentaba en extremo al asomo de los bárbaros, se restableció cumplidamente con el sosiego y el resguardo de la invernada. Príncipe que encumbraba y sostenía a un favorito tan ruin ningún mérito puede alegar por el desempeño casual de su compañero Prisco.[900] En cinco refriegas consecutivas y dispuestas al parecer con tino y denuedo quedaron prisioneros hasta diecisiete mil doscientos bárbaros, muertos cerca de sesenta mil, con cuatro hijos del chagan; sorprendió el general romano un distrito pacífico de los gépidos, que yacían al amparo de los avares, ensalzando sus últimos trofeos sobre las orillas del Danubio y del Tesis. Las armas del Imperio, desde el tiempo de Trajano, no se habían internado tanto por la antigua Dacia. Mas tan crecidos logros de Prisco fueron momentáneos e inservibles, pues notó luego con zozobra que Bayano, con su denuedo indómito y huestes reforzadas, se preparaba para desagraviarse a las puertas de Constantinopla.[901]

No florecía más la teoría de la guerra en los campamentos del César o de Trajano que en los de Justiniano y Mauricio.[902] La maestría de los artífices bizantinos daba subido temple a los aceros de Toscana y del Ponto. Rebosaban de pertrechos los

almacenes o parques. En cuanto a la construcción de bajeles, máquinas y fortificaciones, se pasmaban los bárbaros con la ingeniosidad de un pueblo al que tantas veces habían vencido en el campo. La táctica sublime, el sistema, las evoluciones y los ardides de la Antigüedad, se escribían y estudiaban en los libros de los griegos y romanos. Mas la despoblación y la bastardía de las provincias no aprontaban ya varones membrudos para empuñar aquellas armas, defender aquellos muros, gobernar aquellas naves, y para llevar a la práctica, con denuedo, la teoría grandiosa de la guerra. El numen de Belisario, y al par el de Narsés, descollaron sin maestros y fenecieron sin discípulos. Ni pundonor, ni patriotismo, ni superstición gallarda podían enardecer a los miembros yertos de esclavos y advenedizos, que estaban ostentando los honores de las legiones: tan sólo en sus reales debían los emperadores ejercitar su mando despótico; y allí tan sólo se desairaba y escarnecía su autoridad; aquietaba con oro, e inflamaba el desenfreno de la tropa, pero el achaque era perpetuo, la victoria casual, y su mantenimiento costosísimo desangraba un Estado que no acertaban a defender. Intentó Mauricio desarraigar aquellos resabios tan inveterados, pero la empresa desatinada que recayó sobre su cabeza vino a agravar la dolencia. Debe todo reformador vivir ajeno de recelo y de interés, y tiene que merecer el aprecio y la confianza de los reformados. Las tropas de Mauricio escucharían tal vez la voz de un caudillo victorioso, pero desestimaban las advertencias de un estadista o de un escolar, y al escuchar un edicto que rebajaba de su paga el importe de sus armas y su ropa, todas prorrumpieron en abominaciones contra la codicia de un príncipe empedernido y ajeno de sus peligros y fatigas. Abundaban las asonadas por los campamentos de Asia y de Europa,[903] la soldadesca disparada de Edesa fue persiguiendo con baldones, amenazas y aun heridas

a sus trémulos generales; derribó las estatuas del emperador, apedreó la efigie milagrosa de Cristo, y o bien sacudió el yugo de toda ley civil y militar, o entabló el sistema azaroso de subordinación voluntaria. El monarca, siempre lejano y por lo más engañado, no acertaba a ceder o persistir, según las urgencias del trance; pero la zozobra de una sublevación general lo inclinaba atropelladamente a conceptuar cualquier ímpetu denodado, o demostración de lealtad, como un arranque de rematada demasía; anulose la reforma tan arrebatadamente como se había anunciado, y la tropa, en vez de escarmiento y estrechez, quedó absorta de gozo, con el hallazgo de nuevas inmunidades y galardones. Mas desagradeció la soldadesca el agasajo tardío y violento del emperador; aumentó más y más su insolencia, al presenciar aquella flaqueza y su propia prepotencia, y se enconaron más los odios mutuos fuera del alcance de todo indulto y esperanza de reconciliación. Los historiadores contemporáneos maliciaron, al par del vulgo, que Mauricio se empeñaba en acabar con la tropa que se había afanado por reformar, achacando el desgobierno y la privanza de Comentiolo a tan ruin y malvado intento, y en todo tiempo se tildará la inhumanidad y la avaricia[904] de un príncipe que por el rescate baladí de seis mil piezas de oro pudiera haber precavido la muerte de doce mil prisioneros en manos del chagan. En el ímpetu de la ira, se comunicó al ejército del Danubio una orden, para que se ahorrasen los acopios de la provincia y se invernase en el país enemigo de los avares. Rebosó la medida de sus quebrantos: declararon a Mauricio indigno de reinar, arrojaron o mataron a sus íntimos, y volvieron a marchas forzadas a las órdenes de Focas, mero centurión, en las cercanías de Constantinopla. Tras larga serie de sucesiones legales, revivieron los disturbios militares del siglo tercero, mas fue tan

extremada la novedad del intento, que su misma temeridad asombró a los acometedores. Titubeaban en revestir a su predilecto con la púrpura vacante, y al desechar todo convenio con el mismo Mauricio, entablaron correspondencia amistosa con su hijo Teodosio, y con Germano, suegro del joven real. Fueron tan ruines los principios de Focas, que el emperador ni aun noticia tenía del nombre y la graduación de su competidor, mas apenas supo que el centurión, arrojado en la asonada, era medroso en los trances: «¡Ay de mí! —exclamó abatido el príncipe— si es cobarde, será indudablemente matador».

Mas si Constantinopla se hubiera mantenido fiel y tenaz, el desalmado se habría desahogado estrellándose contra los muros, y el ejército rebelde se habría allanado o reconciliado con la cordura del emperador. En los juegos del circo, repetidos con desusado boato, encubría Mauricio su congoja interior; con sonrisas y visos de confianza se allanó a solicitar vítores de los *bandos*, y halagó su vanagloria, admitiendo de sus respectivos tribunos una lista de novecientos *azules*, y mil y quinientos *verdes*, a quienes aparentó apreciar como columnas de su solio. Este arrimo endeble y falso desentrañó su flaqueza y atropelló su vuelco; el bando verde era reservadamente cómplice de los rebeldes, y los azules le encargaban comedimiento y cordura, en contienda con sus hermanos de Roma. Las virtudes adustas y mezquinas de Mauricio habían por fin desmerecido los corazones del vecindario: asaltáronlo a pedradas al ir descalzo en una procesión solemne, y tuvo la guardia que enarbolar sus mazas de hierro para defender su persona. Un monje fanático iba corriendo con un estoque desenvainado, pregonando contra él la ira y la sentencia de Dios, y un plebeyo soez, representando su traza y su boato, iba sentado sobre un asno, y acompañado con las imprecaciones de la muchedumbre.[905] Malició el

emperador la popularidad de Germano con la soldadesca y el vecindario; temió y amenazó, pero suspendió el golpe, huyó el patricio al recinto sagrado de la iglesia; alborotose el pueblo en su defensa, la guardia desamparó las murallas, y la ciudad entera quedó entregada al incendio y al saqueo, en una asonada nocturna. Huyó el desventurado Mauricio en una barquilla, con su esposa y nueve niños, al continente de Asia, pero la violencia del viento lo obligó a detenerse en la iglesia de san Autónomo, [906] junto a Calcedonia, desde donde envió a su primogénito Teodosio para implorar el agradecimiento y el amparo del monarca persa. No trató de huir, pues adolecía de ciática,[907] y la superstición le tenía quebrantado el ánimo; se mantuvo aguardando que finalizara la revuelta, encomendándose pública y fervorosamente al Todopoderoso, para que le descargase el castigo de sus pecados en este mundo, más bien que en el venidero. Depuesto Mauricio del trono, los bandos se empeñaron en escoger cada uno su emperador, mas el predilecto de los azules fue desechado por los celos de sus contrarios, y al mismo Germano arrebató la chusma disparada, hasta más de siete millas [11,26 km] de la ciudad, al palacio del Hebdomon, para adorar la majestad del centurión Focas (octubre de 602 d. C.). Su demostración modesta de ceder la púrpura a la jerarquía y el mérito de Germano tropezó con la resolución de éste, más pertinaz e igualmente ingenuo: el Senado y el clero acudieron a su llamamiento; y cerciorado el patriarca de su creencia católica consagró al usurpador venturoso en la iglesia de san Juan Bautista. Al tercer día hizo Focas su entrada pública, vitoreado por un populacho insensato, en una carroza tirada por cuatro caballos blancos; premió la rebelión de su tropa con un donativo cuantioso, y el nuevo soberano, después de visitar el palacio, estuvo mirando desde su solio los juegos del hipódromo.

Ocurrió una contienda de precedencia entre los bandos, y su sentencia parcial se inclinó a favor de los verdes. «Mira que todavía vive Mauricio», retumbó por la parte contrapuesta, y el alboroto descompasado de los azules avivó y estimuló la crueldad del tirano. Pasaron los ejecutores a Calcedonia, arrastraron al emperador de su santuario, y fueron matando hasta cinco hijos suyos, en medio de su agonía. A cada golpe que le traspasaba el corazón, aun juntaba fuerzas para recitar su jaculatoria devota. «Eres justo Señor, y tus juicios son santos» (27 de noviembre de 602 d. C.); y tal fue en el último trance su apego incontrastable a la verdad y la justicia, que reveló a la soldadesca la falsedad religiosa de una nodriza que presentó su propio niño en lugar del muchacho regio.[908] Se terminó la tragedia ajusticiando al mismo emperador a los veinte años de su reinado y sesenta y tres de edad. Arrojaron los cadáveres del padre y los hijos al mar, expusieron sus cabezas a los desacatos, o a la compasión, de la muchedumbre, y hasta que asomó la podredumbre no consintió Focas en que se enterrasen privadamente aquellos restos venerables. Allí quedaron sepultados los delitos y desaciertos de Mauricio, pues tan sólo se recordó su cruda suerte, y a los veinte años, al recitar la historia de Teofilacto, la relación lastimosa fue interrumpida por las lágrimas del auditorio.[909]

Reservadas serían semejantes lágrimas, pues tanta lástima fuera muy criminal bajo el reinado de Focas, quien quedó pacíficamente reconocido en las provincias de levante y poniente. Las efigies del emperador y de su esposa Leoncia se ostentaron en el Laterán para la veneración del clero y del Senado de Roma, y se depositaron luego en el palacio de los Césares, entre las de Constantino y Teodosio (23 de noviembre de 602 d. C.-4 de octubre de 610 d. C.). Le correspondía a

Gregorio, como súbdito y cristiano, avenirse con el gobierno ya establecido, mas el encarecimiento gozosísimo con que vitorea las venturas del asesino mancilla, con una mancha indeleble, el concepto del santo. Bien pudiera todo un sucesor de los apóstoles manifestar con decorosa entereza la demasía sangrienta y la precisión del arrepentimiento: se afana encareciendo el rescate del pueblo y el vuelco del atropellador; se congratula de que la religiosidad y blandura de Focas mereciera a la Providencia el encumbramiento al solio, para rogar que robustezca aquellas manos contra todos sus enemigos, y prorrumpe en anhelos, tal vez proféticos, de que tras un reinado largo y triunfador se traslade de un reino temporal a otro sempiterno.[910] He ido ya delineando una revolución, tan preciosa en concepto de Gregorio para el cielo y la tierra, y Focas no aparece menos aborrecible en el desempeño que en el logro de su poderío. El lapiz de un historiador imparcial ha delineado el retrato de un monstruo[911] menguado y contrahecho, cejijunto y emboscado por las sienes, barbilampiño, con una mejilla macilenta y surcada de horrorosas cicatrices. Lego en letras, leyes y armas, se encenagó desde la cumbre del solio en la torpeza y la embriaguez, y sus deleites irracionales, atropellando a los súbditos, afrentaban a su misma persona. Sin revestirse del cargo de príncipe, se desentendió de la profesión de soldado, y el reinado de Focas desconsoló a Europa con una paz indecorosa, y a Asia con una guerra asoladora. Su temperamento salvaje se enardecía con la resistencia o la reconvención. Alcanzaron a Teodosio en su huida a la corte de Persia, o lo atrajeron con engaño; lo degollaron en Niza y los consuelos de la religión y la pureza de su conciencia dulcificaron sus últimos instantes. Aquel fantasma acosaba sin embargo al usurpador, y habiendo corrido por

Oriente el rumor de que el hijo de Mauricio estaba vivo, ansiaba el pueblo a su vengador, y la viuda e hijos del difunto soberano prohijaron y se hermanaron con lo ínfimo del linaje humano. En el exterminio de la familia imperial,[912] la compasión, o sea el discernimiento, de Focas había exceptuado a las desventuradas mujeres, teniéndolas decorosamente encerradas en una casa particular; pero la entereza de la emperatriz Constantina, recapacitando más y más sobre el padre, el marido y los hijos, se desesperaba día y noche por libertad y venganza. Huyó a deshora al santuario de Santa Sofía, mas ni sus lágrimas ni el oro de su asociado Germano alcanzaron a provocar una asonada. Se había acarreado venganza y justicia, pero el patriarca logró juramentándose salvarla; se la encarceló en un monasterio, y la viuda de Mauricio aceptó y abusó de la mansedumbre de su asesino. Se descubrió, o se malició, nueva conspiración, y quedó disuelto el compromiso, desenfrenándose de nuevo la saña de Focas. Una matrona que imponía acatamiento y conmiseración al género humano fue martirizada, toda una hija, esposa y madre de emperadores, como el malhechor más rematado, para arrancarle una confesión de sus intentos y sus asociados, y la emperatriz Constantina, con sus tres inocentes niñas, quedó degollada en el mismo sitio, ya manchado con la sangre de su marido y sus cinco hijos. Tras aquel ejemplo, se hace innecesario ir refiriendo nombres y padecimientos de víctimas menores. Rara vez se dejaba de prescindir de toda formalidad judicial; y acibarábanse los castigos con extremos imponderables de crueldad estudiada; les barrenaban los ojos, les arrancaban la lengua, les cercenaban pies y manos; alguno expiraba al rigor del azote, otro al ardor de las llamas, otro más traspasado a saetazos, y una muerte sencilla y pronta era fineza que por milagro se alcanzaba. El hipódromo, asilo sagrado del recreo y la libertad

de los romanos, se mancilló con cabezas y miembros de cadáveres descuartizados, y los compañeros de Focas eran los más desengañados de que ni privanza ni servicios podían escudarlos contra un tirano, digno competidor de los Calígulas y los Domicianos de los primeros siglos del Imperio.[913]

Enlazó Focas a su hija única con el patricio Crispo,[914] y los retratos regios de los novios se colocaron inadvertidamente en el circo, al lado del emperador. Ansiaba el padre que su descendencia disfrutase el logro de sus maldades, mas se agravió de aquella hermandad temprana y popular: los tribunos de los verdes, aunque se descargaban con la oficiosidad de los artistas, fueron inmediatamente sentenciados a muerte; a instancias del pueblo se les perdonó la vida, mas Crispo debía fundadamente dudar de que el usurpador celoso olvidara la competencia involuntaria. Se malquistó con el bando verde por la ingratitud de Focas y el atropellamiento de sus regalías; todas las provincias estaban preparadas para rebelarse, y Heraclio, exarca de África, se aferró más de dos años en negar todo tributo y obediencia al centurión que estaba afrentando el solio de Constantinopla. Los emisarios encubiertos de Crispo y del Senado estimularon al exarca independiente para que redimiese y gobernase su patria, mas la edad le había enfriado la ambición, y traspasó la aventurada empresa a su hijo Heraclio y a Nicetas, que lo era de Gregorio, su amigo y lugarteniente. Dos muchachos traviesos armaron el poderío de África, y se convinieron en pasar el uno con la escuadra de Cartago a Constantinopla, y acaudillar el otro un ejército por Egipto y Asia, y vestirse con la púrpura imperial quien acudiese más pronta y acertadamente al intento. Llegó algún eco a los oídos de Focas, y afianzó a la esposa y a la madre como rehenes de la lealtad del mozo Heraclio; mas la maña de Crispo estuvo apocando aquel peligro tan remoto, se

desatendieron o dilataron los medios de defensa, y aún yacía apoltronado y adormecido el tirano cuando ancló ya la armada africana en el Helesponto. Acudieron a su estandarte en Abidos desterrados y fugitivos, sedientos de venganza; las naves de Heraclio, cuya arboladura empinada estaba tremolando los símbolos sagrados de la religión,[915] surcaron triunfalmente la Propóntide, y Focas desde las ventanas del Palacio miró su final inevitable y próximo. Recabó de la facción verde, con dádivas y promesas, que contrarrestase endeble e infructuosamente el desembarco de los africanos; pero el vecindario y la guardia, con el oportuno desengaño de Crispo, se pusieron de su parte, y un enemigo particular, asaltando denodadamente el palacio solitario, prendió al tirano. Despojado de púrpura y diadema, en traje ruin, y aherrojado, lo arrebataron en un barquichuelo a la galera imperial de Heraclio, quien lo reconvino con sus maldades y su reinado abominable. «¿Gobernarás tú mejor?», fueron las últimas palabras de Focas en su desesperación. Tras mil insultos y tormentos, lo degollaron, arrojaron a las llamas su cadáver descuartizado, como igualmente sus estatuas y la bandera sediciosa del bando verde. La voz del clero, del Senado y del pueblo ofreció a Heraclio el solio que había purificado de iniquidades y afrentas, y tras un rato de agraciada demora, se avino a sus instancias. Acompañole en la coronación su consorte Eudocia, y siguió reinando su descendencia en Oriente hasta la cuarta generación (5 de octubre de 610 d. C.-11 de febrero de 642 d. C.). Llano y próspero había sido el viaje de Heraclio, pero la marcha cansada de Nicetas no se completó sino terminada ya la contienda, mas se allanó sin querella a las venturas de su amigo, quien premió su loable intento con una estatua ecuestre y una hija del emperador. Se hacía más arduo fiarse de la lealtad de Crispo, cuyos servicios recientes se

recompensaron con el mando del ejército de Capadocia. Su desentono acarreó luego y disculpó la ingratitud de su nuevo soberano, pues el yerno de Focas se vio reducido ante el Senado a seguir la vida monástica, y corroboró la sentencia el dicho concluyente de Heraclio de que quien había sido desleal con el padre, mal podría guardar fidelidad con el amigo.[916]

Muerto ya Focas, aun adoleció la República por sus maldades, pues armó en su causa decorosamente a su enemigo más formidable. Según las formalidades mutuas y amistosas de la corte bizantina y la persa, participó su ascenso al trono, y su embajador Lilio, presentador de las cabezas de Mauricio y sus hijos, estaba muy enterado de las circunstancias de la catástrofe.[917] Por más que le cohonestasen el fingimiento y la sutileza, se horrorizó Cosroes con el asesino, encarceló al supuesto enviado, vengador de su bienhechor y padre. Se hermanaban a la sazón los arranques de humanidad y pesar con los intereses de Persia, abultados todavía con las preocupaciones nacionales y religiosas de los magos y los sátrapas. En un ímpetu lisonjero, con visos de confianza, le tildaron aquellas sobras de agradecimiento y amistad que derramaba con los griegos, nación con quien peligraban la paz y alianza, cuya superstición carecía de verdad y de rectitud, y aun de todo género de pundonor, puesto que llegaban a cometer la suma atrocidad, cual era el asesinato impío de su soberano.[918] Por el delito de un centurión ambicioso, padeció la nación el azote de la guerra, y este mismo descargó en igual grado a los veinte años, y con redobles, sobre los mismos persas.[919] Todavía estaba mandando en Oriente el mismo general que restableciera a Cosroes en su solio, y el nombre de Narsés seguía siendo el eco espantoso con que las madres asirias solían asustar a sus niños. Desde luego un súbdito solariego de Persia alentaría a su dueño y amigo para que, a viva fuerza, se

posesionase de las provincias del Asia, y desde luego también Cosroes enardecería a su tropa, asegurándole que la espada más temida por ellos quedaría envainada, o se esgrimiría a su lado. Mal podía el héroe ponerse en las garras de un tirano, y éste se hacía cargo de su desmerecimiento de la obediencia de un héroe: removieron a Narsés de su mando; tremoló su estandarte de independencia en Hierápolis de Siria; fue vendido con falsas promesas, y quemado vivo en el mercado de Constantinopla. Privados ya del caudillo único, a quien pudieran temer o apreciar, los bandos triunfadores con él quedaron dos veces arrollados por la caballería, hollados por los elefantes, o traspasados a flechazos por los bárbaros; y fueron muchos cautivos degollados en el campo de batalla, por mandato del vencedor, quien justicieramente podía condenar a tan sediciosos mercenarios, como autores o cómplices de la muerte de Mauricio. Bajo el reinado de Focas fueron padeciendo sitios las fortalezas de Merdin, Dara, Amida y Edesa, y todas quedaron exterminadas por el monarca persa; atravesó el Éufrates, allanó las ciudades sirias, Hierápolis, Calcis, Beria y otras, y cercó luego con sus armas irresistibles a Alepo. Aquella oleada de felicidades nos está manifestando el menoscabo del Imperio, la inhabilidad de Focas y el desamor de los súbditos; y Cosroes llevaba consigo una apología decorosa, para tantas rendiciones con un impostor en sus reales, como hijo de Mauricio y heredero legítimo de la monarquía.[920]

Las primeras noticias de Oriente que llegaron a Heraclio[921] fueron las de la pérdida de Antioquía, mas la caduca metrópoli acosada por terremotos y enemigos poco caudal de sangre pudo suministrar en su quebranto. Logro más aventajado para los persas fue el saqueo de Cesárea, capital de la Capadocia, y al internarse trasponiendo el antemural de la frontera antigua,

tropezaban con menos resistencia y mayor esquilmo. Siempre descolló una ciudad regia en la vega placentera de Damasco; sus dichas arrinconadas se ocultaron hasta aquí al historiador del Imperio Romano, pero Cosroes se regaló por aquel paraíso, antes de trepar a las cumbres del Líbano, o acometer a las ciudades de la costa fenicia. La conquista de Jerusalén,[922] ideada ya por Nushirvan, se realizó (614 d. C.) por el afán y la codicia de su nieto; los magos le reclamaron desaforadamente al exterminio del monumento más grandioso de la cristiandad, y pudo alistar para aquella campaña un ejército de veintiséis mil judíos, cuyo fanatismo suplía hasta cierto punto la falta de valor y disciplina. Reducida la Galilea y la región allende el Jordán, cuya resistencia parece que dilató la suerte de la capital, quedó la misma Jerusalén tomada por asalto. Las llamas asolaron o menoscabaron en gran manera el sepulcro de Cristo y las iglesias ostentosas de Helena y Constantino, las ofrendas devotas de tres siglos fenecieron en el sacrilegio de un día; el patriarca Zacarías y la *verdadera cruz* fueron a parar a Persia, y se achaca la matanza de noventa mil cristianos a los judíos y árabes que extremaban el desenfreno de las correrías persas. Juan el arzobispo resguardó piadosamente en Alejandría a los fugitivos de Palestina, y así se llamó por excelencia el limosnero;[923] y las rentas de la Iglesia y un tesoro de más de trescientas mil libras se devolvieron a sus verdaderos dueños, a los menesterosos de todos países y calidades. Pero hasta el mismo Egipto, única provincia exenta desde el tiempo de Diocleciano de toda guerra exterior e interna, volvió a sojuzgarse por los sucesores de Ciro. La caballería persa sorprendió a Pelusio, llave de aquel país intransitable (616 d. C.); atravesó luego a mansalva los cauces innumerables del delta y fue escudriñando el valle larguísimo del Nilo, desde las pirámides de Menfis hasta el confín de Etiopía.

Hubiera podido una fuerza naval socorrer a Alepo, pero el arzobispo y el prefecto se embarcaron para Chipre, y Cosroes se aposentó en la segunda ciudad del Imperio, que conservaba todavía riquísimos restos de industria y comercio. Enarboló su trofeo occidental, no sobre las almenas de Cartago,[924] sino en las cercanías de Trípoli: quedaron totalmente exterminadas las colonias griegas de Cirene, y el conquistador, pisando las huellas de Alejandro, regresó triunfalmente por los arenales desiertos de la Lidia. Se adelantó en la misma campaña otro ejército desde el Éufrates hasta el Bósforo Tracio: rindiose Calcedonia tras dilatado sitio, y se mantuvieron los reales persas, presenciándolos Constantinopla, más de diez años. Cuéntanse entre las últimas conquistas del gran rey la costa del Ponto, la ciudad de Ancira y la isla de Rodas, y si Cosroes poseyera fuerzas marítimas, su ambición ilimitada asolara y aherrojara las provincias de Europa.

Desde el lindero tan largo y aferradamente batallado del Tigris y el Éufrates, el nieto de Nushirvan se explayó hasta el Helesponto y el Nilo repentinamente, límites antiguos de la monarquía persa, mas las provincias amoldadas con los hábitos de seiscientos años a los aciertos y desaciertos del gobierno romano, aguantaban a su pesar el yugo de los bárbaros. Vivía más y más aquella estampa de República con las instituciones, al menos con los escritos de griegos y romanos, y los súbditos de Heraclio se habían criado articulando los nombres de libertad y de leyes; mas siempre las ínfulas y el sistema de los príncipes orientales ostentaron los dictados y atributos de su omnipotencia, tiznando a una nación de esclavos con su verdadero nombre y condición rastrera, y corroborando con amagos crueles y descompasados las tropelías de su despotismo. Escandalizábanse los cristianos de Oriente con el culto del fuego

y la doctrina impía de los dos principios; no eran menos intolerantes los magos que los obispos, y el martirio de algunos persas renegados de la religión de Zoroastro[925] se conceptuó como preliminar de una persecución general y pavorosa. Las leyes violentas de Justiniano calificaban a los contrarios de la Iglesia de enemigos del Estado; la alianza de judíos, nestorianos y jacobitas había contribuido al éxito de Cosroes, y su parcialidad a las sectas le había acarreado el recelo y el odio de los católicos. Enterado de aquella zozobra y encono, gobernaba el conquistador persa con cetro de hierro, y como estaba maliciando la insubsistencia de su dominio, desangraba con la exorbitancia de los tributos; y el desenfreno de las rapiñas fue despojando y demoliendo los templos de Oriente, para transportar a sus reinos hereditarios el oro, la plata, cuantas preseas, mármoles preciosos y artes y artistas había en las ciudades asiáticas. En el cuadro enmarañado de los quebrantos del imperio[926] no cabe deslindar la estampa del mismo Cosroes, de sus lugartenientes y acciones respectivas, ni puntualizar su mérito efectivo en el resplandor general de su gloria y magnificencia. Estuvo paladeando ostentosamente el fruto de sus victorias, y solía retraerse de los afanes de la guerra, para empaparse en el hijo de su palacio; pero en el decurso de veinticuatro años, la superstición o el encono lo alejaron de las puertas de Ctesifonte, y su residencia capital de Artemisa y Dastagerd estaba situada allende el Tigris, a sesenta millas [96,55 km] al norte de la capital.[927] Cubría el ganado las praderas antiguas, pululaban por su vergel o paraíso faisanes, pavones, avestruces, y se espaciaban venados y jabalíes, y se franqueaban los leones y tigres para ejercitarse en su cacería más noble y arriesgada. Se mantenían hasta novecientos sesenta elefantes, para el uso o el boato del gran rey; doce mil camellos

mayores y ocho mil menores[928] cargaban en campaña con las tiendas y el bagaje, y los establos regios encerraban seis mil mulos o caballos, entre los cuales sobresalían el Shebdiz y el Barid, por su docilidad y hermosura. Seis mil guardias se turnaban en la puerta del palacio, doce mil esclavos desempeñaban el servicio de las estancias interiores, y un número de tres mil vírgenes, las primeras beldades del Asia, alguna venturosa manceba, solía consolar a su dueño de la indigencia o la edad de Sira. Los varios tesoros de oro, plata, joyas, sedas y demás, se depositaron en cien sótanos, y la cámara *Badavere* estaba denotando el agasajo casual de los vientos, que acarrearon los despojos de Heraclio a una de las bahías sirias de su contrario. La lisonja, o quizá la ficción, estuvo descaradamente pregonando el cómputo de treinta mil alfombras riquísimas que engalanaban las paredes; las cuarenta mil columnas de plata, o más probablemente de mármol y madera tallada, que sostenían la techumbre, y los mil globos de oro colgados en el cimborio, para representar los movimientos de los planetas y las constelaciones del zodíaco.[929] Mientras el monarca persa se embelesaba con tanto primor del arte y de su poderío, recibió una carta de un ciudadano desconocido de la Meca, que le solicitaba que reconociese a Mahoma por apóstol de Dios. Desechó la oferta y rasgó la carta. «Asimismo —exclamó el profeta árabe–, destrozará Dios al reino, y menospreciará las plegarias de Cosroes».[930] Colocado al confín de ambos imperios de Oriente, se complacía Mahoma con su mutuo exterminio, y en medio de los triunfos persas, se adelantó a predecir que a los pocos años volvería la victoria a ponerse en las banderas romanas.[931]

A la sazón no cabía por cierto profecía más remota de su cumplimiento, pues los doce años primeros de Heraclio

estuvieron anunciando el pronto desquicio del Imperio. Si Cosroes hubiera obrado con honor, a la muerte de Focas tendría que haber terminado terminar su contienda, y abrazado, como aliado íntimo, al africano venturoso que tan gallardamente había desagraviado a su bienhechor Mauricio. La continuación de la guerra patentizó la verdadera índole del bárbaro; y las embajadas suplicantes de Heraclio implorando su clemencia, y abogando por los inocentes, con el ofrecimiento de un tributo para que pacificase el orbe, quedaron desechadas con silencio despreciativo o descompasada amenaza. Yacían sojuzgadas por las armas persas Siria, Egipto y las provincias de Asia, mientras Europa, desde el confín de Istria hasta el valladar dilatado de Tracia, se hallaba acosada por los avares, mal satisfechos con la sangre y el saqueo de la guerra de Italia. Habían degollado a sangre fría a sus varones cautivos en el campo sagrado de Panonia; mujeres y niños fueron reducidos a servidumbre, y las doncellas más principales fueron pasto del desenfreno lujurioso de todo bárbaro. La matrona enamorada que franqueó las puertas de Friuli pasó una breve noche en los brazos de su amante real, la siguiente tuvo Romilda que recibir los abrazos de doce avares, y el día tercero la princesa lombarda fue empalada a la vista del campamento, mientras el chagan con inhumana sonrisa advirtió que tal marido era galardón muy adecuado de su liviandad y alevosía.[932] Heraclio estaba padeciendo insultos y sitios de tan implacables enemigos; y el Imperio Romano quedaba reducido al recinto de Constantinopla con los restos de Grecia, Italia y África, y algunas ciudades marítimas desde Tiro a Trebisonda, en la costa asiática. Perdido Egipto, hambre y epidemias estuvieron aquejando a la capital; y el emperador desvalido y desahuciado tenía dispuesto trasladar su persona y gobierno a la residencia más resguardada de Cartago. Ya estaban

embarcados los tesoros del palacio, cuando el patriarca ataja al fugitivo, acudiendo con la potestad de la religión a la defensa de la patria, conduce a Heraclio al atrio de Santa Sofía y lo juramenta solemnemente para que viva y muera con el pueblo que Dios fió a su cuidado. Acampaba el chagan por las llanuras de Tracia, encubriendo sus intentos desleales, y solicitando entrevistarse con el emperador, junto a Heraclea. Celébrase aquella reconciliación con juegos ecuestres, vuelan galanos Senado y pueblo a la función pacífica, y los avares están mirando carcomidos de envidia y de anhelos el boato romano. De improviso la caballería escita cerca el hipódromo, venida de noche y a marchas forzadas, el eco aterrador del látigo del chagan da la señal del asalto, y Heraclio ciñéndose la diadema al brazo se salva casualmente, con la velocidad del caballo. Es el alcance tan rápido que casi entran los avares por la puerta dorada de Constantinopla, revueltos con el tropel;[933] pero el saqueo de los arrabales premia su traición, y arrebatan allende el Danubio doscientos setenta mil cautivos. Tuvo el emperador en la playa de Calcedonia conferencia segura con enemigo más honorable, quien antes que Heraclio se apease de la galera saludó con acatamiento y lástima la majestad de la púrpura. Brindose amistosamente Sain, el general persa, a escoltar una embajada hasta la presencia del gran rey; aceptose con entrañable agradecimiento, y el prefecto del pretorio presentó rendidamente su petición de indulto y paz, acompañado del prefecto de la ciudad y de uno de los primeros eclesiásticos de la iglesia patriarcal.[934] Pero el lugarteniente de Cosroes había azarosamente equivocado el ánimo de su dueño. «No una embajada —prorrumpió el tirano del Asia–, sino el mismísimo Heraclio aherrojado debía traerme al umbral de mi solio. Jamás concederé la paz al emperador de Roma hasta que reniegue de

su Dios crucificado y abrace el culto del Sol». Fue Sain desollado vivo, según la práctica muy inhumana de su país, y el encierro separado y estrecho de los embajadores atropelló la ley de las naciones y la fe de un convenio expreso. Mas con el desengaño de seis años, el monarca persa tuvo que desentenderse de la conquista de Constantinopla, y especificar el tributo anual o rescate del Imperio Romano; mil talentos de oro, otros mil de plata, mil mantos de seda, mil caballos y otras tantas doncellas. Allanose Heraclio a tratado tan afrentoso, pero el plazo dilatado que pudo obtener para ir recaudando tamaños tesoros de las escaseces de Oriente lo empleó ahincadamente en sus preparativos para un ataque brioso y desesperado.

La índole de Heraclio es una de las más peregrinas y variables que asoman en los ámbitos de la historia. En los años primeros y últimos de su largo reinado, yace esclavo de la poltronería, del deleite y de la superstición, desentendiéndose adormecido y exánime de las desventuras que está presenciando, pero aquellos lóbregos nubarrones que encapotan su oriente y su ocaso dejan un intermedio de sol esplendoroso en el centro de su carrera: el Arcadio del palacio encumbra un César en sus reales, y el honor de Heraclio y de Roma queda esclarecidamente rescatado; con las hazañas y trofeos de sus campañas gloriosísimas. Correspondía a los historiadores bizantinos desentrañar las causas de tanto letargo, y de tantísimo desvelo, pues acá tan distantes solamente nos cabe conjeturar que abrigaba más denuedo personal que disposición política, que lo embelesaban los primores y ardides de Martina, su parienta, con quien, a la muerte de Eudocia, contrajo matrimonio incestuoso,[935] y que se atenía al dictamen de sus consejeros que le manifestaban, como ley fundamental, que nunca la vida del emperador debía aventurarse en campaña.[936]

Quizás lo desaletargó la petición postrera e insolentísima del vencedor persa, pero en el trance de dispararse Heraclio con su bizarría heroica, vinculaban los romanos sus esperanzas en los vaivenes de la suerte, que podían alcanzar a las prosperidades hechiceras de Cosroes, y debían ya favores a cuantos se hallaban en su ínfimo abatimiento.[937]

El primer afán del emperador fue providenciar disposiciones para la guerra, y a fin de realizar los tributos acudió a la benevolencia de las provincias orientales; mas no corrían ya las rentas por su acostumbrado cauce, pues siempre el poderío de la arbitrariedad anonada el crédito, y el denuedo de Heraclio descolló ante todo en valerse de las riquezas consagradas en las iglesias, juramentándose solemnemente a devolver con usura cuanto se veía precisado a emplear en servicio de la religión y del Imperio. Parece que hasta el clero se condolió del conflicto general, y que el atinado patriarca de Alejandría, sin dar cabida a cargos de sacrilegio, favoreció al soberano con revelaciones milagrosas u oportunas de recónditos tesoros.[938] De los soldados conspiradores con Focas, tan sólo dos se hallaron salvos de los vaivenes del tiempo y de los bárbaros;[939] su pérdida, y aun la de aquellos veteranos sediciosos, quedó mal reemplazada con las reclutas de Heraclio, y el oro del santuario reunió en los mismos reales los nombres, armas e idiomas de levante y poniente. Contentábase con la neutralidad respecto de los avares, y su instancia amistosa para que el chagan procediese, no como enemigo sino como guardián del Imperio, fue acompañada con un agasajo mucho más persuasivo de doscientas mil piezas de oro. Dos días después de la festividad de la Pascua, el emperador, trocando la púrpura por el traje sencillo de un penitente y un guerrero,[940] dio la señal de la partida. Encargó Heraclio sus hijos a la lealtad del pueblo,

revistió a los varones más beneméritos con la potestad civil y militar, y quedó a discreción del patriarca y del Senado, el salvar o rendir la ciudad, si en tanto grado los acosaba, durante su ausencia, la superioridad del enemigo.

Cubrían armas y tiendas los cerros de Calcedonia (622 d. C.), mas si Heraclio hubiera conducido sus bisoños a la refriega, la victoria de los persas a la vista de Constantinopla, quizá hubiera determinado el postrer día del Imperio Romano; no menos desacordado resultara el internarse por las provincias de Asia, franqueando a su innumerable caballería la interceptación de convoyes, y el alcance incesante sobre la retaguardia postrada y sin formación. Mas señoreaban el mar todavía los griegos; juntose una escuadra de galeras, trasportes y acopios en la bahía, los bárbaros se avinieron al embarque; propicio el viento arrebató la armada por el Helesponto y dejó a la izquierda las costas orientales y occidentales de Asia menor. Descolló la gallardía del caudillo en una tormenta, y su ejemplo incitó hasta a los eunucos, para aguantar y afanar en la maniobra. Desembarcó al confín de Siria y Cilicia en el golfo de Escunderan, donde la costa gira repentinamente hacia el mediodía,[941] escogiendo atinadamente aquel punto importante.[942] Las guarniciones dispersas por las ciudades y serranías podían a diestro y siniestro ir acudiendo, en diligencia y a salvo, al estandarte imperial. Las fortificaciones naturales de Cilicia escudaban y aun encubrían el campamento de Heraclio, sentado junto al Iliso, sobre el mismo sitio donde Alejandro había vencido la hueste de Darío, y el ángulo que formaba se internaba en anchísimo semicírculo por las provincias asiática, armenia y siria; y por cualquiera de sus puntos que encaminase un avance, era muy fácil disfrazar sus movimientos y precaver los del enemigo. El general romano reformó en sus reales de Iso

a los veteranos apoltronados, y fue amoldando a los reclutas a la práctica de la disciplina militar. Enarbolando la efigie milagrosa de Cristo, los amonestó a *vengar* los altares sagrados de su profanación por los idólatras del fuego; arengándolos con los apelativos cariñosos de hijos y hermanos, deploró los agravios públicos y privados de un monarca; los súbditos vinieron a creer que estaban peleando por la causa de la libertad, cundiendo el entusiasmo entre los mercenarios advenedizos, que mirarían con igual indiferencia los intereses de Roma que los de Persia. El mismo Heraclio, con la maestría y el aguante de un centurión, los iba imponiendo en el pormenor y mecanismo de la táctica, ejercitando perennemente a la soldadesca en el manejo de sus armas, y en los movimientos y evoluciones de campaña. La caballería y la infantería, tanto ligera como de línea, se dividía en dos porciones; se plantaban los trompetas en un sitio, y sus toques señalaban la marcha, la carga, la retirada o el alcance, el avance directo u oblicuo, la falange cerrada o extendida, representando así, en simulacros, las operaciones formales de la guerra. Promediaba los afanes con el ínfimo soldado, compartiendo el emperador con ellos fatigas, rancho, sueño; todo se sujetaba a severísimas reglas; y sin menosprecio del enemigo iban granjeando total confianza en su denuedo y en el desempeño de su caudillo. Rodearon luego las armas persas la Cilicia, mas titubeaba la caballería al embocar las gargantas del monte Tauro, hasta que vinieron a quedar cercados con las evoluciones de Heraclio, quien fue imperceptiblemente cogiéndole la retaguardia, mientras creía tenerlo escuadronado a su frente. Con un movimiento falso, aparentando amagar a la Armenia, los comprometió contra su albedrío, en refriega general; cebolos con la revuelta estudiada de su propio campamento, pero al trabar la pelea, el terreno, el sol y la

expectativa de ambos ejércitos fueron desfavorables a los bárbaros; repitieron acertadamente los romanos su táctica, en medio de la batalla,[943] y el resultado pregonó al orbe que no eran invencibles los persas, y que era todo un héroe quien vestía la púrpura. En alas de su gloria y nombradía trepó Heraclio denodadamente a las cumbres del monte Tauro, tomó su rumbo por las llanuras de Capadocia, e instaló a salvo a sus tropas para que pasaran el invierno en las pingües campiñas del río Halis.[944] Su espíritu se sobreponía a la vanagloria de embelesar a Constantinopla con un triunfo a medias, pero se requería indispensablemente la presencia del emperador para aplacar el desasosiego rapaz de los avares.

Desde los tiempos de Aníbal y Escipión, no asoma intento más arrojado que el emprendido y redondeado por Heraclio para el rescate del Imperio.[945] Consintió en que los persas estuviesen por larga temporada avasallando las provincias, y aun insultando a su salvo la capital de Oriente: mientras el emperador iba escudriñando su arriesgado rumbo por el Mar Negro,[946] desde las montañas de Armenia y hasta el corazón de Persia[947] tuvieron los ejércitos del gran rey que acudir a la defensa de su patria ensangrentada. Da Heraclio la vela con cinco mil hombres selectos de Constantinopla para Trebisonda; incorpora sus fuerzas que pasaban el invierno en las regiones pónticas, y desde la embocadura del Tasis hasta el Mar Caspio va enardeciendo a súbditos y aliados, para marchar con el sucesor de Constantino bajo la bandera fiel y victoriosa de la Cruz. Sonrojáronse las legiones de Lúculo y de Pompeyo, apenas atravesaron el Éufrates, con el allanamiento tan obvio de Armenia entera; pero las dilatadas guerras habían ido fortaleciendo aquel pueblo, antes afeminado: su afán y denuedo descollaron en la decadencia del Imperio; estaban temiendo y

odiando la usurpación de la alcurnia de Sain, y el recuerdo de tantas persecuciones enconaba más y más su aborrecimiento religioso a los enemigos de Cristo. Deslindaba el Araxes la Armenia cedida a Mauricio; tuvo el río que sobrellevar la afrenta de un puente,[948] y Heraclio, siguiendo las huellas de Marco Antonio, se adelanta hasta la ciudad de Tauris o Gandzaca,[949] capital antigua y moderna de una de las provincias de Media. Acude Cosroes con cuarenta mil hombres de otra expedición remota, para atajar a los romanos, mas se retira a los asomos de Heraclio, desentendiéndose de la gallarda alternativa de paz o refriega. En vez de un millón que se suponía en Tauris, bajo el reinado de los Sofies, quedaba reducida la ciudad a tres mil casas, mas se encarecía el importe de un tesoro real, con la tradición de ser parte de aquel de Creso, trasladado por Ciro de la ciudadela de Sardes. Tan sólo la temporada de invierno ataja la rapidez de Heraclio, motivos cuerdos, o supersticiosos,[950] causan su retirada a la provincia de Albania por las playas del Caspio, y coloca muy probablemente sus tiendas en las llanuras de Mogan,[951] campamento predilecto de los príncipes orientales. Fue durante aquella correría, ostentando el afán y la venganza de un emperador cristiano; los soldados iban, por su mandato, apagando el fuego y derribando los templos de los magos; consumían las llamas cuantas estatuas de Cosroes se alzaran aspirando a obsequios sobrehumanos, y el exterminio de Tebarmas u Ormia,[952] cuna del mismo Zoroastro, desagravió algún tanto los desacatos al santo sepulcro. Arranque más acendrado de religión fue el alivio y rescate de cincuenta mil cautivos, cuyos lloros y vítores entrañables premiaron a Heraclio; disposición sabia que ocasionó las habladurías de los persas contra el engreimiento y la terquedad de su propio soberano.

Entre las glorias de las sucesivas campañas, se pierde Heraclio a nuestra vista y a la de los historiadores bizantinos.[953] El emperador parece que desde las llanuras pingües y anchurosas de Albania fue siguiendo la cordillera hircania, para bajar a la provincia de Media o Irak y llevar sus armas victoriosas hasta las ciudades regias de Cosbin e Ispahán, que nunca tuvieron a la vista conquistadores romanos. Sobresaltado Cosroes con el peligro de su reino, fue agolpando huestes desde el Nilo y el Bósforo, y hasta tres muy poderosas se empeñaron en acorralar, allá en región lejana y enemiga, los reales del emperador. Ya los aliados de Colcos se preparaban para la deserción, y la zozobra de los veteranos estaba retratada, más bien que encubierta, con su desmayado silencio. «Nada de estremecerse —exclamó el denodado Heraclio–, con tantísimo enemigo. Con el auxilio del cielo, un romano ha de dar al través con mil bárbaros; y aun cuando sacrifiquemos nuestras vidas por salvar a los hermanos, alcanzaremos la corona del martirio, y Dios y la posteridad van a galardonarnos con nombradía inmortal». El brío de sus operaciones correspondía a tan grandiosos arranques; rechazó tres avances de los persas, utilizó las desavenencias de sus caudillos, y con sus acertados pasos de marchas, contramarchas y reencuentros ventajosos los arrojó por fin del campo raso y los arrinconó en las fortalezas de Asiria y Media. Con la crudeza del invierno, se conceptuaba Larabaza seguro tras las murallas de Salban; sobrecogiole el ímpetu de Heraclio, dividiendo su tropa y ejecutando una marcha penosísima en medio de la noche, pues aunque defendidos los terrados con tesón inservible contra las descargas y hachones de los romanos, sátrapas y nobles de Persia, con sus mujeres y niños y la flor de su juventud bizarra, quedaron muertos o prisioneros. Huyó precipitadamente el general, pero su armadura de oro fue el premio del vencedor, y

los soldados de Heraclio se regalaron con las riquezas y el descanso que tan gallardamente habían merecido. A los asomos de la primavera, el emperador atravesó en siete días las cumbres de Curdistán, y atravesó sin tropiezo el raudal del Tigris. El ejército romano, abrumado con tanto despojo y cautivo, hizo alto bajo los muros de Amida, y Heraclio participó al Senado de Constantinopla su éxito y salvamento, como lo habían allí palpado con la retirada de los sitiadores. Cortaron los persas los puentes del Éufrates, mas apenas halló el emperador un vado, se fueron atropelladamente a defender las márgenes del Saro en Cilicia.[954] Tenía este río, o torrente rapidísimo, trescientos pies [91,43 m] de cauce, estaba el puente fortificado con gruesos torreones, y los saeteros bárbaros guarnecían la orilla. Tras una refriega sangrienta que se dilató hasta la noche, preponderaron los romanos en el asalto, y un persa gigantesco fue muerto y arrojado al Saro por el emperador mismo. Quedaron los enemigos dispersos y exánimes; Heraclio siguió su marcha a Libarte en Capadocia, y a los tres años la propia costa del Euxino vitoreó su regreso de expedición tan larga y victoriosa.[955]

Ambos monarcas batalladores por el Imperio de Oriente, en vez de escaramuzas por los confines, asestaban desesperadamente sus embates al corazón de su contrario. Menoscabada yacía la fuerza militar de Persia, con marchas y peleas por espacio de veinte años, y muchos de los veteranos que sobrevivieron a los peligros del acero y del clima estaban todavía encerrados en las fortalezas de Siria y Egipto. Pero la venganza y la ambición de Cosroes desangraban su reino, y los reclutas de súbditos, extraños y esclavos formaban tres cuerpos diversos y formidables.[956] El primero, de cincuenta mil hombres, esclarecidos con sus galas y con el título de *chuzos de oro*, debía embestir a Heraclio; el segundo debía apostarse para precaver su

incorporación con su hermano Teodoro, y el tercero tenía a su cargo el cerco de Constantinopla, dándose la mano con el chagan, con quien el persa había revalidado su convenio de alianza y partición. Sarbar, general del tercer ejército, se internó por las provincias de Asia, hasta el campamento consabido de Calcedonia, y se fue entreteniendo con el derribo de los edificios profanos y sagrados de los arrabales asiáticos, aguardando con ansia la llegada de sus amigos, los escitas, por la parte contrapuesta del Bósforo. El 29 de junio (626 d. C.), treinta mil bárbaros, la vanguardia de los avares, arrollaron el valladar largo, y fueron aventando para la capital una turba revuelta de campesinos, ciudadanos y soldados. Ochenta mil[957] de sus naturales súbditos y de las tribus vasallas de gépidos, rusos, búlgaros y eslavones se adelantaron a las órdenes del chagan; emplearon un mes en marchas y negociaciones, pero la ciudad entera quedó cercada el 31 de julio, desde los arrabales de Pera y Gálata a las Blaquernas o Siete torres, y el vecindario despavorido estuvo mirando las llamaradas de señales de las playas asiáticas y europeas. Se afanaban entretanto de día y de noche los magistrados de Constantinopla por conseguir la retirada del chagan, mas desechaba con insulto a los diputados, y consintió que los patricios permaneciesen en pie junto a su solio mientras los enviados persas con ropajes de seda estaban sentados al lado de él. «Estáis viendo —prorrumpió el descompasado bárbaro–, las muestras de mi concordia cabal con el gran rey, y su lugarteniente va a enviarme tres mil guerreros escogidos. No oséis más cohechar a vuestro dueño con un rescate parcial e inadecuado; vuestra riqueza y vuestra ciudad son los únicos presentes merecedores de mi dignación. En cuanto a vosotros, voy a franquearos el tránsito con una tuniquilla y una camisa cada uno, y mi amigo Sarbar os dará a

mis instancias paso también por sus líneas. Vuestro príncipe ausente, cautivo ya o fugitivo, desamparó Constantinopla a merced de la suerte, y no acertaréis a evitar las armas de los avares o de los persas, a menos que sepáis volar por los aires como aves, o bucear como peces por las aguas».[958] Estuvieron los avares asaltando la ciudad diez días consecutivos; con algún conocimiento ya de la ciencia de los ataques, adelantáronse a socavar o batir la muralla, cubriéndose con zarzos o conchas impenetrables; disparaban sus máquinas descargas incesantes de piedras y dardos, y doce torres de madera empinadas estaban encumbrando los combatientes al nivel de la muralla inmediata. Pero el tesón de Heraclio había trascendido al Senado y al vecindario, a cuyo socorro acudía un cuerpo de doce mil coraceros; el fuego y la maquinaria echaban el resto con maestría en la defensa de Constantinopla, y las galeras de dos o tres órdenes de remos señoreaban el Bósforo, y redujeron los persas a los espectadores de la derrota de los avares. Quedaron éstos rechazados y destruida en el puerto una escuadrilla de canoas eslavonas; los vasallos del chagan amagaban desampararlo, se vio desabastecido, y quemando sus máquinas enarboló la señal de su retirada lenta y pavorosa. La devoción de los romanos atribuyó su rescate a la Virgen María, pero seguramente reprobaría la Madre de Jesucristo el homicidio inhumano de los enviados persas, acreedores a los fueros de la humanidad, ya que no a los de la ley de las naciones.[959]

Desmembrado su ejército, Heraclio se retiró prudentemente a las orillas del Tasis, y desde allí continuó su guerra defensiva contra los cincuenta mil chuzos dorados de Persia. Se desahogó su congoja con la redención de Constantinopla; explayó más y más sus esperanzas una victoria de su hermano Teodoro, y contrapuso a la liga enemiga de avares y persas su alianza

honorífica y provechosa con los turcos. Solicitó con galantería a las rancherías de los chozares[960] que trasladasen sus tiendas a las serranías de Georgia, recibiolos en la inmediación de Teflis, y el khan con su nobleza se apeó, si damos crédito a los griegos, y se postraron en tierra para adorar la púrpura del emperador. Acreedor se hacía aquel rendimiento voluntario, con su auxilio apreciable, a un reconocimiento entrañable, y así Heraclio, desciñéndose de su sien la diadema, la colocó en la del príncipe turco, saludándolo con un abrazo amistoso, y llamándolo hijo. Tras un espléndido banquete, regaló a Ziebel la vajilla, los ramilletes, el oro, las joyas y las sedas que habían servido en la mesa imperial, y fue con su misma diestra, repartiendo preseas y pendientes a sus aliados nuevos. En conferencia reservada le mostró el retrato de su hija Eudocia,[961] se allanó a lisonjear al bárbaro con la promesa de una novia hermosa y augusta, consiguió un refuerzo de cuarenta mil caballos, y arregló una llamada poderosa de los turcos por la parte del Oxo.[962] Los persas, en cambio, se retiraron atropelladamente; revistó Heraclio en sus reales de Edesa un ejército de sesenta mil romanos y extranjeros, y empleó venturosamente algunos meses en el recobro de las ciudades de Siria, Mesopotamia y Armenia, cuyas fortificaciones yacían desmejoradas. Manteníase aún Sabar en el apostadero trascendental de Calcedonia, pero celos de Cosroes, o ardides de Heraclio, malquistaron luego al sátrapa poderoso, que desamparó a su rey y a su patria. Interceptose al portador de un mensaje, efectivo o supuesto, al cadrigan o segundo en el mando, encargándole que remitiese sin demora al solio la cabeza de un caudillo criminal o desventurado. Llegó el mandato a manos del mismo Sabar, y al leer su sentencia de muerte incluyó mañosamente los nombres de cuatrocientos oficiales, juntó consejo de guerra, y preguntó al cadrigan si

estaba en ánimo de cumplir las órdenes de su tirano. Declararon los persas a una voz que Cosroes había desmerecido el cetro; se ajustó un convenio separado con el gobierno de Constantinopla, y aunque ciertos reparos pundonorosos y políticos retrajeron a Sarbar de incorporarse con las banderas de Heraclio, se le aseguró desde luego que podía continuar sin zozobra en sus intentos de victoria y de paz.

Privado de su mayor soporte, y desconfiado ya de los súbditos, todavía descollaba Cosroes en medio de sus quebrantos. Puede considerarse el guarismo de quinientos mil, como metáfora oriental, para describir a los hombres, armas, caballos y elefantes que cuajaron Media y Asiria, contra la invasión de Heraclio. Pero los romanos se adelantaron denodadamente del Araxes al Tigris, y la prudencia medrosa de Razates se contentó con irlos siguiendo a marcha forzada por un país asolado, hasta que recibió orden terminante de arriesgar la suerte de Persia en el trance de refriega general. Al Oriente del Tigris, al extremo del puente de Moral, descolló la grandiosa antigua Nínive;[963] ni rastro quedaba ya de la ciudad,[964] y su solar franqueaba desahogo para las operaciones de ambos ejércitos. Pero los historiadores bizantinos minimizan estas evoluciones, al par de los poetas épicos o noveleros, atribuyendo la victoria no a la maestría, sino al valor personal de su héroe predilecto. En aquella jornada memorable, Heraclio, cabalgando su Falas, sobrepasó a todos los bravos de su ejército (1 de diciembre de 627 d. C.). Un chuzo le traspasó el labio, y herido su caballo en un anca siguió transportando al dueño salvo y victorioso, por la falange triple de los bárbaros. En lo recio de la refriega, la espada o lanza del emperador fueron matando sucesivamente a tres caudillos valerosos, y entre ellos al mismo Razates; cayó como un soldado, mas la vista de su cabeza aterró

y desahució las filas, ya desmayadas, de los persas. Su armadura de oro purísimo y macizo, su escudo de ciento veinte chapas, espada, tahalí, silla y coraza, engalanaron el triunfo de Heraclio, y a no ser tan fiel a Jesucristo y a su madre, el campeón romano hubiera ofrecido el cuarto despojo *ópimo*, al Júpiter del Capitolio.[965] En la batalla de Nínive, trabada desesperadamente, desde el amanecer hasta las once del día, se cogieron a los persas veintiocho estandartes, fuera de los rotos o destrozados en la pelea; la mayor parte del ejército quedó destrozado, y los vencedores, encubriendo su propio quebranto, pasaron la noche sobre el mismo campo. Confiesan que en tal empeño era más fácil matar que desbaratar a los soldados de Cosroes; en medio de sus amigos difuntos, a sólo dos tiros de ballesta, se mantuvo incontrastable el resto de la caballería persa, hasta las siete de la noche; y a las ocho se retiró a su campamento intacto, recogió su bagaje y se dispersó en torno, más por falta de órdenes que de aliento. No fue menos asombroso Heraclio en su alcance; con una marcha de cuarenta y ocho millas [72,24 km], en veinticuatro horas, su vanguardia ocupó los puentes del Zab mayor y menor, y las ciudades y alcázares de Asiria se franquearon, por primera vez, a los romanos. Por una gradería de grandiosas perspectivas, se internaron hasta el sitio real de Dastagerd, y si bien se había extraído y gastado gran parte del tesoro, parece que el caudal restante sobrepasó a sus esperanzas, y aun sació su codicia. Quemaron cuanto no era portátil, para que Cosroes viniese a padecer el martirio que había estado imponiendo a las provincias del Imperio; y la justicia les habría disculpado, si la asolación se hubiera ceñido a las obras de boato regio, si la antipatía nacional, el desenfreno militar y el afán religioso no hubieran derribado con igual saña las moradas y los templos del

súbdito inculpable. El recobro de trescientos estandartes romanos, y el rescate de los muchísimos cautivos de Edesa y Alejandría, realzan con mayor timbre las armas de Heraclio. Continuó su marcha del palacio de Dastagerd, a cortas leguas de Modain o Ctesifonte, hasta que, a las orillas del Arba, quedó atajado por la dificultad del tránsito, la crudeza de la estación y quizá la nombradía de una capital inexpugnable. Señala el regreso del emperador el nombre moderno de la ciudad de Sherhzour; atravesó venturosamente el monte Zara, antes que la nieve que estuvo cayendo incesantemente hasta treinta y cuatro días lo estorbase, y el vecindario de Gandzaca o Tauris tuvo que agasajar con esmero soldados y caballos.[966]

Reducidas ya las ínfulas de Cosroes a la mera defensa de su reino hereditario, el pundonor y aun el empacho debían arrebatarle el encuentro de su contrario en campaña. En la batalla de Nínive su denuedo podía enseñar a los persas a vencer o fenecer con blasón por el acero de un emperador romano. Antepuso el sucesor de Ciro el esperar, desde distancia segura, el éxito del trance e irse retirando más o menos pausadamente del rumbo de Heraclio, hasta que estuvo mirando con suspiros, mientras recogía las reliquias de su derrota, la mansión idolatrada de Dastagerd. Amigos y enemigos conceptuaban que el intento de Cosroes era sepultarse en los escombros de su ciudad y palacio: y como si uno y otro le contrarrestaran igualmente la huida, el monarca de Asia, con Sira y tres mancebas, escaparon por un portillo en la pared, nueve días antes de la llegada de los romanos. La procesión pausada y grandiosa en que se había mostrado a la muchedumbre postrada se trocó en viaje oculto y atropellado, y la primera noche se detuvo en la choza de un campesino, cuya escasa puerta apenas franqueaba entrada para el gran rey.[967] El temor le avasallaba la

superstición; al tercer día se internó gozoso en las fortificaciones de Ctesifonte, pero desconfiaba todavía de su salvamento hasta que opuso el raudal del Tigris al veloz alcance de los romanos (29 de diciembre de 627 d. C.). Descubierta su fuga, el terror y el tumulto agitaron el palacio, la ciudad y el campamento de Dastagerd. Dudaban los sátrapas si debían temer más a su soberano que al enemigo, y las beldades del harén se mostraban atónitas y complacidas en presencia del linaje humano, hasta que el marido celoso de tres mil mujeres las encerró de nuevo en otra fortaleza más lejana. El ejército de Dastagerd se retiró por su orden a mayor distancia, resguardando el campamento reciente, con el Arba y una línea de doscientos elefantes; fueron llegando tropas de provincias extraviadas, y se alistaron los sirvientes ínfimos del rey y los sátrapas para la postrera defensa del solio. En manos de Cosroes estaba todavía el conseguir una paz decorosa, y los mensajeros de Heraclio lo fueron repetidamente presionando, para que ahorrase la sangre de tanto súbdito suyo y descargase a un vencedor humano de la precisión de seguir asolando, a fuego y sangre, las provincias más pingües de Asia. Mas las ínfulas del persa aún no habían amainado el par de su estrella; desahogose un momento con la retirada del emperador, lloró con furia impotente por el derribo de sus palacios asirios, y seguía desatendiendo más y más el dilatado y vehemente murmullo de la nación entera, que se lamentaba de que se estaban sacrificando sus vidas y haberes por la terquedad de un anciano. Aquejaban también a este mismo anciano quebrantos mortales de cuerpo y alma, y consciente de que se acercaba el fin de su existencia, acordó ceñir la tiara en las sienes de Mirdaza, su hijo predilecto. Mas ya el albedrío de Cosroes zozobraba, y Siroes, que blasonaba de la jerarquía y las glorias de su madre Sira, había conspirado con los descontentos para

esforzar y anticipar sus derechos de primogenitura.[968] Veintidós sátrapas, que se autodenominaban patriotas, se cebaron con los honores y la riqueza de un reinado nuevo, prometió el hijo de Cosroes a la soldadesca aumento de paga, a los cristianos el ejercicio libre de su religión, a los cautivos libertad y premios, y a la nación paz inmediata y rebaja de impuestos. Acordaron los conjurados que Cosroes, con sus insignias reales, se apareciese en el campamento, y si se malograse el intento estaba ya dispuesta su fuga a la corte imperial. Pero todos a una voz vitorearon al nuevo monarca; se atajó la huida de Cosroes (¿y adónde podía huir?) (25 de febrero de 628 d. C.), matáronle en su presencia dieciocho hijos, y lo encerraron en una mazmorra donde expiró al quinto día. Los griegos y los persas modernos se explayan desmenuzando cuánto se insultó a Cosroes, hambreó y se lo martirizó por mandato de un hijo inhumano que sobrepasaba en tanto grado al ejemplo de su padre, pero en el trance de su muerte, ¿qué lengua podrá historiar su muerte?, ¿qué vista ha de calar por la *torre de la lobreguez*? Según la creencia y lástima de sus enemigos cristianos, allá se derrocó sin esperanza a otro abismo más hondo,[969] y no cabe duda de que los tiranos de todos los tiempos y sectas son los más acreedores a la mansión infernal. Finó la gloria de la casa de Sasán con la vida de Cosroes, pues su hijo descastado tan sólo ocho meses llegó a gozar el fruto de sus maldades, y en el espacio de cuatro años, hasta nueve aspirantes enarbolaron el dictado regio, batallando a todo trance por los destrozos de una monarquía exhausta. Cada provincia y cada ciudad de Persia fue presenciando vaivenes de independencia, de discordia y de sangre, prevaleciendo por ocho años más aquella anarquía, hasta que los bandos enmudecieron y se hermanaron bajo el yugo común de los califas árabes.[970]

Apenas estuvieron transitables las cumbres, quedó el

emperador halagüeñamente asombrado del éxito de la conspiración, de la muerte de Cosroes, y del ensalzamiento del primogénito al solio de Persia (marzo de 628 d. C. y ss.). Los autores de la revolución, ansiosos por ostentar su merecimiento en la corte o los reales de Tauris, se adelantaron a los embajadores de Siroes y entregaron las credenciales y cartas de su dueño al hermano emperador de los romanos.[971] Al estilo de todos los usurpadores, achaca sus propias demasías a la divinidad, y sin degradar su majestad sin igual, se brinda a zanjar la discordia dilatada de ambas naciones con un tratado de paz y alianza más duradero que el hierro y el bronce. Sus condiciones quedaron desde luego deslindadas, y fielmente cumplidas; y en cuanto al recobro de los estandartes y prisioneros que estaban en manos de los persas, siguió el emperador el ejemplo de Augusto; el esmero de ambos por el señorío nacional fue vitoreado por los poetas contemporáneos, pero el menoscabo del numen se está palpando por el trecho que media entre Horacio y Jorge de Pisidia; quedaron los súbditos y hermanos de Heraclio escudados de persecución, esclavitud y destierro, pero en vez de las águilas romanas, se devolvió el verdadero leño de la sacrosanta cruz a los encarecidos ruegos del sucesor de Constantino. No ansiaba el vencedor ensanchar la endeblez del Imperio; el hijo de Cosroes se desprendió sin pesar de las conquistas del padre; los persas, al evacuar las ciudades de Siria y Egipto, fueron acompañados decorosamente hasta la frontera, y una guerra que había llegado hasta las íntimas entrañas de ambas monarquías, ninguna variación acarreó en su situación externa y relativa. El regreso de Heraclio, desde Tauris hasta Constantinopla, fue un triunfo incesante, y tras tantísima proeza en seis campañas pudo pacíficamente empaparse en el descanso de sus afanes. A cual más impaciente, Senado, clero,

vecindario, allá se arrojó todo al encuentro de su héroe; con lágrimas, vítores, ramos de olivos e inumerables antorchas entró en la capital en una carroza tirada por cuatro elefantes, y luego que el emperador pudo desahogarse del alboroto de tamaño regocijo, paladeó una satisfacción más entrañable con los abrazos de su madre y de su hijo.[972]

El año siguiente fue muy esclarecido con un triunfo de bien diverso tono: la restitución de la verdadera cruz al santo sepulcro. Peregrinó Heraclio a Jerusalén, y el discreto patriarca comprobó la identidad de la reliquia,[973] ceremonia augusta cuya conmemoración anual es la festividad de la exaltación de la Cruz. Encargose al emperador que antes de entrar en el solar sagrado se despojase de la diadema y la púrpura, boato y vanagloria mundana; pero en concepto del clero, la persecución de los judíos se hermanaba mejor con los preceptos del Evangelio. Trepó luego a su solio, para recibir los parabienes de los embajadores de la Francia y de la India, y la nombradía de Moisés, Alejandro y Hércules quedó eclipsada con el blasón y la gloria más esclarecida del gran Heraclio.[974] Pero el libertador del Oriente era endeble y menesteroso, pues la porción principal de los despojos de Persia se había consumido en los gastos de la guerra, repartido a la tropa, o sepultado en las olas del Euxino. Estaba la conciencia del emperador acosada con la obligación de restituir la riqueza del clero, prestada por él para su propia defensa; requeríanse fondos perpetuos para ir reintegrando a acreedores tan inexorables; las provincias, estragadas ya con la codicia y las armas de los persas, tuvieron que pagar a viva fuerza los mismos impuestos, y los atrasos de un solo ciudadano, el tesorero de Damasco, se conmutaron en una multa de cien piezas de oro. La pérdida de doscientos mil soldados,[975] fenecidos en la guerra, era de trascendencia menos aciaga que

tantísimo menoscabo en las artes, la agricultura y la población, en tan dilatada y destructora plaga, y aunque Heraclio había formado un ejército victorioso, aquel ahínco extremado parece que apuró, en vez de robustecer, su pujanza. Mientras el emperador estaba triunfando en Constantinopla, un pueblo de menor monta fue saqueado por los sarracenos, quienes destrozaron alguna tropa que se adelantó por Siria, en auxilio de los ciudadanos; ocurrencia vulgar y baladí, si no encabezase una revolución grandísima.

Aquellos salteadores eran los apóstoles de Mahoma, disparose su denuedo fanático de los arenales del desierto, y en los ocho últimos años de su reinado perdió Heraclio con los árabes las mismas provincias que había rescatado de los persas.

CRISTIANISMO ORIENTAL

Nota bibliográfica

Gibbon examina la historia del Imperio Romano de Oriente a partir de las características de las religiones orientales. A la vez, se ocupa de las características de los diversos pueblos ubicados en el antiguo territorio del Imperio Romano. Analiza las transformaciones del Imperio, la herencia del cristianismo y su dinámica en relación con los nuevos pueblos. La caracterización del cristianismo oriental y también la del islam le sirven para comprender la evolución del Imperio Romano de Oriente y su posterior caída. En este análisis el carácter de la normativa religiosa es fundamental.

La historiografía moderna ha retomado la cuestión de la consolidación del cristianismo oriental como una base para reflexionar sobre las diferentes formas en las que la tradición judeocristiana se conformó en distintas ortodoxias y diferentes iglesias, y la manera como interactuaron unas y otras.

Para una visión general del período: *A. Cameron*, Literature and Society in the Early Byzantine World, *Londres, 1985. A. Cameron*, Barbarians and Politics at the Court of Arcadius, *Berkeley, 1993. A. Cameron*, Changing Cultures in Early Byzantium, *Aldershot, 1996. A. Cameron*, Mediterranean World in Late Antiquity A. D. 395-600, *Londres, 1993. A. Cameron y M. Whitby (ed.)*, The Cambridge Ancient History. Vol. XVI. Late Antiquity: Empire and Successors. A. D. 425-600,

Cambridge University Press, 2000. A. H. M. Jones, The Later Roman Empire 284-602: A Social, Economic and Administrative Survey, *Norman, Oklahoma, 1964. A Cameron y J. Herrin*, Constantinople in the Early Eighth Century, *Leiden, E. J. Brill, 1984. C. Foss y P. Magdalino*, Roma y Bizancio, *Barcelona, Folio, 1996*.

Problemas de la religión: General: *M. Salamon*, Paganism in the Later Roman Empire and in Byzantium, *Cracovia, 1991. F. Dvornik*, Byzantium and the Roman Primacy, *Nueva York, 1966. T. E. Gregory*, Vox Populi: Popular Opinion and Violence in Religious Controversies of the Fifth Century A. D., *Columbus, Ohio, 1979. A. Ducellier*, L'Eglise Byzantine: Entre Pouvoir et Esprit (313-1204), *París, 1990. M. Whittow*, The Making of Orthodox Byzantium, 600-1025, *Londres, 1996. R. M. French*, The Eastern Orthodox Culture, *Londres, 1951. J. L. Boojamra*, The Church and Social Reform. The Policies of the Patriarch Athanasios of Constantinople. *Nueva York, Fordham University Press, 1993. C. G. Conticello y V. Conticello*, La Théologie Byzantine et sa Tradition, *Brepols, Turnhout, 2002. J. Cotsonis*, Byzantine Figural Processional Crosses, *Washington, Dumbarton Oaks, 1995. F. Fernández Jiménez*, El humanismo bizantino en san Simeón, el nuevo teólogo. La renovación de la mística bizantina, *Madrid*, *CSIC*, *1999. R. Taft (ed.)*, The Christian East. Its Institutions, its Thoughts. A Critical Reflection, *Roma, Pontificio Istituto Orientale, 1996. A.-M. Talbot*, Byzantine Defenders of Images. Eight Saints' lives in English Translation, *Washington, Dumbarton Oaks, 1998. J. Ph. Thomas*, Private Religious Foundations in the Byzantine Empire, *Washington, Dumbarton Oaks, 1987. D. S. Wallace - Hadrill*, Christian Antioch. A Study of Early Christian Thought in the East, *Cambridge, Cambridge University Press, 1982. P.*

Bádenas, A. Bravo e I. Pérez Martín (eds.), El cielo en la tierra. Estudio sobre el monasterio bizantino, *Madrid*, *CSIC*, *1997*. Monoteísmo: *G. Fowden*, Empire to Commonwealth: Consequence of Monotheism in Late Antiquity, *Princeton*, *NJ*, *1993. W. H. C. Frend*, The Rise of the Monophysite Movement: Chapters in the History of the Church in the Fifth and Sixth Centuries, *Cambridge, Cambridge University Press, 1972*. Otras iglesias: *D. Winfield y J. Winfield*, The Church of *Panagia tou Arakios* at Lagoudhera Cyprus, *Washington, Dumbarton Oak, 2003. R. Taft*, Divine Liturgies-Human Problems in Byzantium, Armenia, Syria and Palestine, *Adershot, Ashgate, 2001*. Armenia: *M. Stone*, Armenian Apocrypha: Relating to Adam and Eve, *Leiden-Nueva York-Colonia, E. J. Brill, 1996*. Siria: *H. Alfeyen*, The Spiritual World of Isaac the Syrian, *Kalamazoo Cistercian Studies, 2000. R. Nir*, The Destruction of Jerusalem and the Idea of Redemption in the Syrac Apocalipse of Baruch, *Atlanta, Society of Biblical Literature, 2003. J. Reeves*, Heralds of that Good Realm Syria Mesopotamian Gnosis and Jewish traditions, *Leiden-Nueva York-Colonia, E. J. Brill, 1996*. Palestina: *J. Pathich*, Sabar, Leader of Palestinian Monasticism. Fourth to Seventh Centuries, *Washington, Dumbarton Oaks, 1995. J. Frishman y L. Van Rompay*, The Book of Genesis in Jewish and Oriental Christian Interpretation, *Lovaina, Peeters, 1997. J. Mateos*, El aspecto verbal en el Nuevo Testamento, *Cristiandad, Madrid, 1997*. Mozárabes: *T. Burman*, Religious Polemic and the Intellectual History of the Mozarabs, 105-1200. *Leiden-Nueva York-Colonia, E. J. Brill, 1994. G. Howard*, The doctrina Addai. *Scholars Press, Arbor, 1981. J. J. Montgomery*, The History of Yaballaha III. Nestorian Pathiarch and of his Vicar Bar Sauma, *Nueva York, Columbia University Press, 1927*. Islam: *H.*

Putman, L'Eglise et l'Islam sous Timothée (780-823). *Beirut, Dar El-Machreq, 1975. S. Samir y J. Nielsen*, Christian Arabic Apologetics during the Abbasid Period (750-1258), *Leiden-Nueva York-Colonia, E. J. Brill, 1994*.

Cultura y género: *L. Safran*, Heaven on Earth. Art and the Church in Byzantium, *Washington, Dumbarton Oaks, 1998. A.-M. Talbot*, Holy Women of Byzantium, *Washington, Dumbarton Oaks, 1996*.

XLVII

HISTORIA TEOLÓGICA DE LA DOCTRINA DE LA ENCARNACIÓN - LA NATURALEZA HUMANA Y DIVINA DE CRISTO - ENEMISTAD DE LOS PATRIARCAS DE ALEJANDRÍA Y DE CONSTANTINOPLA - SAN CIRILO Y NESTORIO - TERCER CONCILIO GENERAL DE ÉFESO - HEREJÍA DE EUTIQUES - CUARTO CONCILIO GENERAL DE CALCEDONIA - DISCORDIA CIVIL Y ECLESIÁSTICA - INTOLERANCIA DE JUSTINIANO - LOS TRES CAPÍTULOS - LA CONTROVERSIA MONOTÉLICA - ESTADO DE LAS SECTAS ORIENTALES - I. LOS NESTORIANOS - II. LOS JACOBITAS - III. LOS MARONITAS - IV. LOS ARMENIOS - V. LOS COPTOS Y ABISINIOS

Feneció el paganismo, y los cristianos ya pacíficos y devotos, pudieron disfrutar su triunfo solitario; mas vivía en su regazo el principio de la discordia, y ansiaban desentrañar la naturaleza más que practicar las leyes de su fundador. Apunté ya que a las doctrinas de la Trinidad siguieron las de la Encarnación, igualmente escandalosas para la Iglesia, perniciosas por igual para el Estado, mas inapeables en su origen y más duraderas en sus resultados. Es mi ánimo abarcar en este capítulo una guerra religiosa de dos siglos y medio, rasguear el cisma eclesiástico y político de las sectas orientales, y dar a luz sus contiendas estruendosas o sanguinarias, indagando recatadamente las doctrinas de la Iglesia primitiva.[976]

I. Un miramiento decoroso con los primeros prosélitos ha ido sosteniendo la creencia, la esperanza y el anhelo de que los ebionitas o los nazarenos se diferenciasen tan sólo por su

tenacísima perseverancia en la práctica de sus ritos mosaicos. Desaparecieron sus iglesias, fenecieron sus libros; su libertad arrinconada les franqueaba ensanches en la fe, y la blandura de su símbolo reciente, se iba amoldando alternativamente con el afán o la cordura de tres siglos. Pero la crítica más avenible negará más y más a tales sectarios el menor conocimiento de la divinidad acendrada y peculiar de Jesucristo. Alumnos de la escuela de tanta profecía y vulgaridad judaica, no acabaron de encumbrar sus esperanzas allá sobre un Mesías humano y temporal.[977] Si les cabía denuedo para aclamar a su rey, al asomar en traje plebeyo, sus alcances rastreros eran inhábiles para deslindar a su Dios, que había disfrazado de intento su celestial esencia, bajo el nombre y la persona de un mortal.[978] Los compañeros familiares de Jesús Nazareno andaban conversando con su paisano y amigo, que en todos los actos de la vida racional y animal, se mostraba de la idéntica especie que ellos mismos. Sus medros, desde la niñez a la mocedad y edad varonil, se fueron manifestando en la estatura y la sabiduría, y tras una agonía congojosa de cuerpo y alma, expiró sobre la cruz. Vivió y murió en beneficio del linaje humano; mas la vida y muerte de Sócrates habían sido igualmente un holocausto por la religión y la justicia; y aunque un estoico y un héroe menosprecien las virtudes rendidas de Jesús, las lágrimas que fue derramando sobre amigos y patria, evidencian terminantemente su humanidad. No asombrarían milagros a un pueblo, que sostenía con fe más denodada los portentos, harto más esplendorosos, de la ley Mosaica. Allá los profetas antiguos curaron dolencias, resucitaron difuntos, zanjaron el mar, detuvieron el sol y se encumbraron al cielo en una carroza centellante, y el estilo metafórico de los hebreos podía apellidar a un santo y mártir, con el dictado adoptivo de hijo de Dios.

Pero en la creencia insuficiente de nazarenos y ebionitas, apenas asoma una escasa diferencia, entre los herejes que equivocaban la generación de Cristo, con el orden corriente de la naturaleza, y los cismáticos que reverenciaban la virginidad de la Madre, excluyendo el auxilio de todo padre terrenal. Robustecieron la incredulidad de los primeros las circunstancias patentes de su nacimiento, el enlace legal de los tenidos por padres José y María, y su derecho hereditario al reino de David y las pertenencias de Judah. Pero la historia recóndita y auténtica consta por los varios trasuntos del Evangelio, según san Mateo[979] que estaban allá conservando en su original hebreo[980] como testimonio único de su fe. Cuanto maliciase naturalísimamente el marido, muy satisfecho de su propia castidad, quedó aventado, con el desengaño (en sueños) de que la preñez de su esposa era obra del Espíritu Santo; y como no cabía al historiador el presenciar aquel portento íntimo y lejano, tuvo que estar oyendo la voz idéntica que entonó a Isaías la concepción venidera de una virgen; el hijo de una virgen allá engendrado por la operación inefable del Espíritu Santo, era un viviente sin ejemplar o semejanza, superior en todo género de atributos de cuerpo y alma a los hijos de Adán. Los judíos, al profesar la filosofía,[981] griega o caldea,[982] se empaparon en la preexistencia, trasmigración e inmortalidad de las almas, y sinceraron la Providencia suponiendo que estaban encarceladas en la prisión terrena, para purgar las manchas contraídas en un estado anterior.[983] Mas no cabe pauta para ir midiendo los grados de pureza o alteración, y por tanto se debía conceptuar, que lo más acertado y sublime de los espíritus humanos quedó refundido en el engendro de María y la Mente Sagrada,[984] que su humillación era parto de su propio albedrío, y que el objeto de su venida era purificar, no sus propios pecados, sino los del

mundo. Al regreso a su nativo cielo, le cupo el galardón inmenso de su obediencia; el reino sempiterno del Mesías, predicho ya enmarañadamente por los Profetas, bajo los rasgos materiales de paz, conquistas y señorío; pues podía el Todopoderoso engrandecer las facultades humanas de Cristo, por los ámbitos de su celestial encargo. En lenguaje de los antiguos, no se ciñe terminantemente el dictado de Dios al primer padre, y su ministro incomparable, su Hijo unigénito, podía, sin desentono, reclamar el culto religioso, aunque secundario de un mundo avasallado.

II. Las semillas de la fe que habían ido brotando pausadamente en el suelo peñascoso e ingrato de Judea, se fueron luego trasplantando, ya en sazón, a climas allá más pingües de gentiles, y los extranjeros de Roma y Asia, que nunca presenciaron sus medros, se mostraban más propensos a abrazar la divinidad de Jesucristo. El politeísta y el filósofo, el griego y el bárbaro, estaban ya igualmente avezados a la procesión larguísima, a la cadena interminable de ángeles buenos y malos, o deidades, o emanaciones flechadas del solio de la luz. Ni debía parecer extraño o increíble, que el primero de estos dones, el *verbo*, o palabra de Dios, consustancial al padre, se apease en la tierra, para libertar el linaje humano de liviandades y desbarros, y guiarlo por el rumbo de la vida y la inmortalidad. Pero la doctrina preponderante de la eternidad, y la vileza inherente a la materia, contagió las iglesias primitivas del Oriente. Abundaban los prosélitos gentiles, descreyendo que un espíritu celeste, porción indivisa de la esencia primera, se amasase personalmente con un material impuro de carne gangrenada; y cuanto más desalados tras la divinidad, tanto más irreducibles se mostraban con la humanidad de Jesucristo. Mientras fresqueaba todavía su sangre en el monte Calvario[985] los *docetes*, secta

crecida y erudita de asiáticos, idearon el sistema *fantástico*, que fue luego cundiendo con los marcionistas, maniqueos y los varios apellidos de la herejía gnóstica.[986] Negaban la certeza y autenticidad de los Evangelios, en cuanto refieren de la concepción de María, del nacimiento de Cristo y de los treinta años que antecedieron al ejercicio de su ministerio. Apareciose por las orillas del Jordán, en planta de varón ya cabal; mas era únicamente la estampa y no la realidad; figura humana, labrada por la diestra del Todopoderoso, para remedar las facultades y los actos de un hombre, y estar de continuo embelesando a amigos y enemigos. Sonaban al oído de los ilusos discípulos, ecos articulados, pero aquella imagen estampada en sus pupilas, se retraía de la palpable evidencia del tacto, y estaban disfrutando la presencia espiritual, mas no corpórea, del Hijo de Dios. La saña de los judíos se cebó en balde con un vestigio volandero, y todo aquel aparato místico de la pasión y muerte, de la ascensión tras la resurrección de Cristo, se estuvo representando en el teatro de Jerusalén para provecho del linaje humano. Si se les hacía cargo de que semejante pantomima y engaño perpetuo era indecoroso para todo un Dios de verdad, acudían los docetes con varios católicos a sincerar la patraña devota. En el sistema de los gnósticos, el Jehovah de Israel, el criador del mundo ínfimo, era un espíritu rebelde, o por lo menos idiota. Se apeó el Hijo de Dios en la tierra, para arrasar su templo y su ley, y en cumplimiento de objeto tan saludable, se apersonó con maestría, esperanzando y prediciendo un Mesías temporal.

Uno de los batalladores más agudos de la escuela maniquea, esforzó el peligro y la mengua de que el Dios de los cristianos, hecho un feto humano, se desprendiese a los nueve meses de un vientre femenino. Horrorizáronse devotamente sus antagonistas,

y se arrojaron a orillar todo impulso sensual en la concepción y el alumbramiento, y a sostener que la divinidad pasó por el cuerpo de María, como un destello del sol por el ámbito de un cristal; que el sello de su virginidad quedó ileso, aun en el trance de ser madre de Cristo. Mas la temeridad de tales allanamientos redundó en otro dictamen más obvio de algunos docetes, quienes opinaban no que Cristo fuese un fantasma, sino que estaba revestido de un cuerpo macizo e incorruptible. Tal por lo menos le cupo, en el sistema católico acendrado tras la resurrección, y siempre debió poseerlo, si fuese dable el atravesar sin resistencia la materia intermedia, sin tropiezo y quebranto. Ajeno de sus propiedades fundamentales, debió eximirse de las propiedades y achaques de la carne. Un feto crecedero, desde un punto imperceptible hasta su cabal sazón, un niño que paró luego en varón robusto, sin el alimento ordinario, pudiera seguir viviendo sin reponer el menoscabo diario, con el suministro adecuado de abasto. Podía Jesús terciar con sus discípulos en sus comidas sin adolecer de sed ni hambre, y su pureza virginal jamás se mancilló con las demasías involuntarias de la concupiscencia sensual. Acerca de cuerpo tan peregrinamente complexionado, se atraviesa la cuestión de por qué medios y de qué materiales, se formó originalmente, y nuestra teología más acendrada se sobresaltó con una contestación que no era vinculadamente de los gnósticos y es que, tanto la materia como la forma, procedían de la esencia divina. El concepto de un espíritu absolutamente puro, es un acicalamiento de la filosofía moderna; la esencia incorpórea, atribuida por los antiguos a las almas humanas, a los entes celestiales, y a la misma Divinidad, no excluye la aprensión del espacio extenso, y su imaginación se pagaba con cierta naturaleza de aire, o fuego o éter, allá incomparablemente más subido y perfecto que toda la

tosquedad del mundo material. Si deslindamos el sitio, tenemos que delinear la estampa de la Divinidad. Nuestra experiencia, y quizá nuestra presunción, está representando la racionalidad y la virtud bajo forma humana. Los antropomorfitas, que a enjambres asomaron entre los monjes del Egipto, y los católicos del África, alegaban el texto terminante de la Escritura, de que el Criador hizo al hombre a su imagen.[987] El venerable Serapis, uno de los santos del desierto de Nitria, orilló con lágrimas su aprensión predilecta, y se lamentaba con extremos de niño, de su conversión aciaga, que le defraudaba de su Dios y dejaba su espíritu sin objeto visible de fe o devoción.[988]

III. Tales fueron las sombras voladoras de los docetes; pero Cerinto de Asia,[989] ideó allá otra hipótesis de más entidad, y por tanto menos sencilla; estrellándose denodadamente con el último Apóstol. Encajonado entre el confín del mundo judaico y del gentilico, se afanó por hermanar a los gnósticos y los ebionitas confesando en el mismo Mesías el enlace sobrenatural de un hombre y un Dios, y Carpócrates, Basílides y Valentino, [990] herejes de la escuela egipcia, prohijaron aquella doctrina mística, con varios realces caprichosos. En su concepto, Jesús Nazareno era sola y meramente un mortal, hijo legítimo de José y de María, mas era también lo sumo en bondad y sabiduría de la casta humana, entresacado como instrumento digno para restablecer sobre la tierra el culto de la divinidad verdadera y suprema. Al bautizarlo en el Jordán, el Cristo, el primero de los eones, hijo del mismo Dios, se apeó sobre Jesús en forma de Paloma, para morar en su ánimo, y encaminar sus pasos durante el tiempo aplazado, para su ministerio. Puesto el Mesías en manos de los judíos, el Cristo, ser allá inmortal e impasible, desamparó su morada terrestre, se encumbró a su *pleroma* o mundo de los espíritus, y dejó solitario a Jesús para padecer,

plañer y espirar. Pero caben argumentos muy recios contra la justicia y bizarría de tamaño desamparo, y el paradero de un mártir inocente, estimulado al pronto, y al fin abandonado por su compañero divino, pudiera motivar mucha lástima, y aun ira, entre los profanos. Tuvieron que enmudecer no obstante sus murmullos, pero los desvíos de aquellos sectarios que prohijaron y variaron el sistema duplicado de Cerinto. Se alegaba que al clavar a Jesús en la Cruz, quedó pertrechado con una insensibilidad milagrosa de cuerpo y alma, que le imposibilite realmente sus padecimientos. Se afirmaba que las ansias momentáneas, aunque efectivas, quedarían colmadamente remuneradas con el reinado temporal de mil años, reservado al Mesías, en su reino de la nueva Jerusalem. Se apuntaba también, que si estaba padeciendo, lo merecía así; que nunca la naturaleza humana es absolutamente cabal, y que la pasión y la cruz podían conducir para purgar las venialidades del hijo de José, antes de su enlace misterioso con el hijo de Dios.[991]

IV. Cuantos están creyendo en la inmortalidad del alma, concepto grandioso y esclarecido, tienen que confesar, por su experiencia actual, el enlace inapeable del espíritu y la materia. No es ajeno, sin embargo, de otro arcano mayor en sumo grado, cual es el de nuestras facultades intelectuales; la encarnación de un eón o arcángel, lo más perfecto de todo lo criado, no arguye contradicción positiva y desatinada. En el siglo de la libertad religiosa, que vino a quedar zanjada por el concilio de Niza, se pautó el señorío de Cristo por el juicio particular, con arreglo a la disposición indefinida de la escritura, el discurso o la tradición. Pero planteada ya su divinidad propia y acendrada, sobre los escombros del arrianismo, temblaba la fe de los católicos asomada al despeñadero de donde era imposible cejar, y expuestísimo el permanecer, y pavoroso el caer; y

enmarañaban más y más su creencia con las sublimidades inapeables de su teología. Titubeaban al pronunciar *que* el mismo Dios, la segunda persona de una Trinidad igual y consustancial, se había manifestado en carne viva;[992] *que* un Ser abarcador del universo se había encajonado en el vientre de María; *que* su duración sempiterna se había ido desmenuzando en los días, meses y años de la existencia humana; *que* el Todopoderoso había sido azotado y crucificado; *que* su esencia impasible se había dolorido y acongojado; *que* su *omnisciencia* adoleció de ignorancia, y *que* el manantial de vida e inmortalidad falleció en el monte Calvario. Apolinario,[993] obispo de Laodicea, y una de las lumbreras de la Iglesia, afirmaba con sencillez serenísima tan pavorosas consecuencias. Como hijo de un gramático erudito, atesoraba las ciencias de la Grecia, y vinculó rendidamente, en servicio de la religión, la elocuencia y sabiduría que están descollando en sus escritos. Digno amigo de Atanasio, y antagonista de Juliano, batalló denodadamente con arrianos y politeístas; y aunque aparentaba la tirantez de las demostraciones geométricas, sus comentarios fueron desentrañando, ya el sentido literal, ya el alegórico, de las escrituras. Un arcano que allá yacía entre los vaivenes de una creencia popular, quedó zanjado con la eficacia aviesa de la forma facultativa, y fue el primer proclamador de aquellas palabras memorables: «Una naturaleza encarnada de Cristo», que están todavía resonando hostilmente en las iglesias de Asia, Egipto y Etiopía. Enseñó que la Divinidad estaba enlazada o revuelta con el cuerpo del hombre, que el *Verbo*, la sabiduría eterna, hacía con la carne las veces de alma humana; pero allá despavorido el doctor desalado con su propia temeridad, prorrumpió en algunos apocados acentos de disculpa y aclaración. Se conformaba con el deslinde antiguo de los

filósofos griegos, entre el alma racional y la sensitiva en el hombre; a fin de reservar el *Verbo*, para el desempeño intelectual, y dedicar el empuje subordinado a las acciones ínfimas de la vida animal. Al par de los docetes comedidos, reverenciaba a María como la madre espiritual más que carnal de Jesucristo, cuyo cuerpo, o se apeó del cielo impasible e incorruptible, o quedó embebido, y como transformado, en la esencia de la Divinidad. Se dispararon contra el sistema de Apolinario los teólogos asiáticos y sirios, cuyas escuelas se realzan con los nombres de Basilio, Gregorio y Crisóstomo, y se desdoran con los de Diodoro, Teodoro y Nestorio. Mas ninguna tropelía padeció la persona, ni menoscabo tampoco su grandeza y señorío, y quizás sus contrarios, pues no hay que tildarlos con la tacha de tolerantes, quedaron atónitos con la novedad del argumento, y desconfiados de la sentencia definitiva, de la Iglesia católica. La determinación propendió al fin a su favor, pues quedó condenada la herejía de Apolinario y vedadas las congregaciones sueltas de sus secuaces, por las leyes imperiales. Pero los monasterios de Egipto abrigaron reservadamente sus principios, y sus enemigos padecieron el odio de Teófilo y Cirilo, patriarcas sucesivos de Alejandría.

V. Docetes encaramados y ebionitas rastreros quedaron al par desechados y traspuestos; el afán redoblado contra los desbarros de Apolinario allanó cierto convenio aparente entre los católicos y la naturaleza doble de Cerinto; pero en vez de hermanarse temporal y oportunamente, *ellos* plantearon, y *nosotros* aún seguimos creyendo en la unión sustancial, indisoluble y sempiterna, de un Dios perfecto, con un hombre cabal, y la segunda persona de la Trinidad con una alma racional de carne humana. Al principio del siglo V, la *unidad de entrambas naturalezas* era la doctrina dominante de la Iglesia.

Confesábase a una voz, que el modo de su existencia ni cabía en nuestros alcances, ni en nuestros idiomas. Pero se abrigaba una desavenencia recóndita e incurable entre los temerosos de barajar, y los más reacios en deslindar la divinidad y la humanidad de Cristo. A impulsos de sus disparos encontrados, huían a carrera del extravío que conceptuaban más dañino a la verdad y a su salvación. Estaban por ambas partes ansiando, guardar y sostener la unión y la distinción de ambas naturalezas, y de inventar expresiones y emblemas de doctrina, que dejasen menos cabida a la duda y la equivocación. La escasez de conceptos y de voces, los arrojaba a ir salteando el arte y la naturaleza en busca de símiles que los iban descaminando más y más, en el desentrañamiento de cada misterio. Al microscopio contencioso un átomo se agiganta, y cada partido andaba siempre abultando más y más las conclusiones disparatadas e impías, que podían exprimir de los principios de sus contrarios. Al ir mutuamente huyendo se emboscaban por malezas densas y extraviadas, hasta que vinieron a quedar atónitos con los vestigios espantosos de Cerinto y de Apolinario, de plantón, en los desemboques encontrados, del teológico laberinto. En vislumbrándose para ellos lo sensual y la herejía, se sobresaltaban, revolvían sobre sus huellas, y se empozaban de nuevo en la lobreguez del catolicismo inapeable. Para descargarse del delito y reconvención de un desvío condenable, descartaban las consecuencias, desmenuzaban sus principios, y entonaban en coro, con mil discípulos, los cantares de la concordia y de la fe. Yacía sin embargo allá, bajo las cenizas de la contienda, cierta pavesa oculta, y casi invisible, y al soplo de la vulgaridad y del acaloramiento, brotaba luego la llamarada, y las disputas verbales[994] de las sectas del Oriente, llegaron a estremecer las columnas de la Iglesia del Estado.

Suena, ante todos, el nombre de Cirilo de Alejandría, en la historia controversista, y su dictado de santo está diciendo que sus opiniones y su bando, han sido por fin los gananciosos. Se estuvo empapando, en las lecciones acendradas de afán y predominio, en casa de su tío, el arzobispo Teófilo, aprovechando indeciblemente en cinco años de su mocedad por los monasterios inmediatos a Nitria (28 de octubre de 412 d. C.-27 de junio de 444 d. C.). Dedicose, bajo el amparo del abate Serapis, a los estudios eclesiásticos, con afán tan eficaz, que en una sola trasnochada repasó los cuatro Evangelios, las Epístolas católicas, y la escrita a los romanos. Detestaba a Orígenes, pero traía siempre en las manos los partos de Clemente y Dionisio, de Atanasio y Basilio; se robusteció en la fe, y aguzó más y más su entendimiento, con su teórica y práctica de contiendas, su celda venía a estar entapizada con las telarañas de la teología escolástica, y cavilaba sin cesar obras alegóricas y metafísicas, cuyos restos, empozados en siete macizos tomos en folio, yacen pacíficamente dormidos junto a sus competidores.[995] Oraba y ayunaba Cirilo en el desierto, pero su pensamiento (tal es la reconvención de su amigo)[996] estaba siempre clavado en el mundo; y el llamamiento de Teófilo que lo aplazó para el bullicio de las ciudades y concilios, quedó cumplido con sobrado ahínco, por el ansioso ermitaño. Se encargó, con aprobación de su tío, siguió la carrera, y se granjeó la nombradía de un predicador popular. Su aspecto vistoso realzaba el púlpito, resonaba en la catedral su voz armoniosa, se repartían amigos para encabezar o reforzar el aplauso de los congregantes[997] y la nota expedita de los amanuenses conservaba sus discursos, que en los efectos, no en la composición, podían parangonarse con los partos de los oradores atenienses. La muerte de Teófilo dio vuelo y realidad a

las esperanzas del sobrino. Estaba dividido el clero de Alejandría, la soldadesca, con su general, sostenía el arcediano, más una muchedumbre irresistible con sus voces y sus manos esforzaba la causa de su predilecto, y tras un plazo de treinta y nueve años sentose Cirilo en el solio de Atanasio.[998]

No era el premio indigno de su ambición. Lejos de la corte, y al frente de una capital inmensa, el patriarca, pues tal se titulaba, de Alejandría, había ido más y más usurpando el boato y la autoridad de un magistrado civil. Disponía a su albedrío de las limosnas públicas y privadas de la ciudad; su habla enardecía o amansaba los ímpetus del vecindario; los muchos y fanáticos parabolarios[999] obedecían a ciegas sus mandatos, ejercitando a diestro y siniestro su destreza matadora, y la potestad temporal del prelado enfrenaba o disparaba las iras del prefecto. Desalado en su persecución de la herejía, entabló Cirilo venturosamente su reinado, persiguiendo a los novacianos sectarios en extremo sencillos e inculpables. Conceptuó como acto justísimo y aun meritorio, el vedarles su culto religioso, y confiscó sus vasos sagrados sin escrupulizar en su sacrilegio. La tolerancia y aun los fueros de los judíos, que habían ido creciendo hasta cuarenta mil, estaban afianzados por las leyes de los Césares y de los Tolomeos, y la posesión de siete siglos desde la fundación de Alejandría. Sin mediar sentencia legal ni mandato regio, el patriarca acaudilló al amanecer una asonada, para saltear sus sinagogas. Desarmados y desprevenidos, mal podían resistirle los judíos; quedaron arrasados sus oratorios y el caudillo mitrado, tras recompensar a su hueste con el saqueo de los bienes, arrojó de la ciudad lo restante de la nación incrédula. Quizás le disonaba el descoco de su prosperidad y su encono mortal contra los cristianos, cuya sangre acababan de derramar en un alboroto estudiado, o casual. Al magistrado tocaba el

escarmiento de tamaña demasía, pero en aquella revuelta desastrada, se barajaron los inocentes con los culpados, y quedó Alejandría menoscabada con el malogro de una colonia industriosa y opulenta. Exponíase Cirilo enfervorizado, a las penas de la ley Julia, pero un gobierno endeble, y en siglo tan supersticioso, se erguía con su impunidad y sus alabanzas. Querellose Orestes, mas quedaron luego olvidadas sus quejas, por los ministros de Teodosio; pero encarnaron hondamente en el interior de un sacerdote que aparentaba indultar y siguió aborreciendo al prefecto de Egipto. En medio de la calle una gavilla de quinientos monjes de Nitria asaltó su carruaje; huye la guardia, de aquellas fieras del desierto; contestan a sus protestas, con una apedreada que le lastima el rostro; acude a su rescate el vecindario honrado: queda desagraviado de los monjes agresores, y muere Amonio bajo los azotes de un lictor. Manda Cirilo alzar el cadáver y llevarlo en procesión a la catedral; truécase el nombre de Amonio en el de Taumasio, el *Portentoso*; condecórase su túmulo con los trofeos del martirio, y se encarama el patriarca al púlpito, para decantar la magnanimidad de un asesino y un rebelde. Estimulan tamaños blasones a los fieles, para morir bajo las banderas del santo, y aprontó luego o admitió el sacrificio de una doncella secuaz de la religión griega e íntima de Orestes. Hipasia, hija de Teon el matemático[1000] estaba impuesta en los estudios del padre; despejó con sus glosas eruditas la geometría de Apolonio y Diofanio, y estuvo enseñando públicamente ya en Atenas, ya en Alejandría, la filosofía de Platón y de Aristóteles. Hermosa y lozana, y cabal en su sabiduría, su recato se desentendió de amadores y se prendó de discípulos; los sujetos más visibles ansiaban visitar a la filósofa, y envidiaba Cirilo el boato de la comitiva que se agolpaba con caballos y esclavos a los umbrales de aquella

academia. Cundió la hablilla entre los cristianos, de que la hija de Teon era quien deshermanaba al prefecto con el arzobispo, y quedó luego despejado el tropiezo. En día aciago de Cuaresma, arrebatan a Hipasia del carruaje, la desnudan, la arrastran a la iglesia, las manos de Pedro el lector y de una gavilla de fanáticos forajidos la atenacean y la descuartizan, raspan la carne de sus huesos, con cantos agudos de conchas de ostras,[1001] y arrojan sus miembros palpitantes a las llamas. Se procedió debidamente a pesquisas y escarmientos, mas los cohechos atajaron el proceso, y el asesinato de Hipasia, dejó mancillado para siempre el concepto y la religión de Cirilo de Alejandría.[1002]

La superstición acudiría más al desagravio de una doncella martirizada, que al regreso de un santo, y Cirilo había acompañado a su tío al sínodo inicuo de la Encina. Sincerada y consagrada la memoria de Crisóstomo, el sobrino de Teófilo, acaudillando un partido moribundo, seguía sosteniendo más y más la justicia de su sentencia, y mediaron pesadísimas demoras y pertinaz resistencia antes que se allanase a la concordia de todo el mundo católico.[1003] Ímpetu era de interés y no de arrebato, su enemiga a los pontífices bizantinos,[1004] envidiaba su encubrada esfera allá entre los resplandores de toda una corte imperial, y temía su disparada ambición, que arrinconaba a los metropolitanos, de Europa y Asia, salteaba las provincias de Antioquía y Alejandría, y medía su diócesis por los ámbitos del Imperio. El comedimiento dilatado de Ático, usurpador apacible del solio de Crisóstomo, suspendió los enconos de los patriarcas orientales; pero Cirilo se alborotó al fin con el ensalzamiento de un competidor en realidad más acreedor a su concepto y su aborrecimiento. Tras el reinado breve y revuelto de Sisino, obispo de Constantinopla, aplacó los bandos del clero y de la plebe la elección del emperador, quien por entonces se

atuvo a la nombradía y a los merecimientos de un advenedizo. Nestorio, natural de Germanicia[1005] y monje de Antioquía, se recomendaba con la austeridad de su vida, y la elocuencia de sus sermones; pero a la primera homilía que predicó ante el devoto Teodosio, ya se disparó con la acedia y el arrebato de sus fervores. «Dadme, oh Cesar —exclamó— dadme la tierra purgada de herejes, y yo os brindo en cambio con el reino de los cielos. Exterminad conmigo a los herejes, y voy con vos a exterminar los persas». Al quinto día (10 de abril de 428 d. C.) como si estuviera ya firmado el convenio, el patriarca de Constantinopla descubrió, sobrecogió y embistió a un conventículo de arrianos; antepusieron la muerte al rendimiento, las llamas que encendió su desesperación corrieron, se comunicaron luego a las casas contiguas, y el triunfo de Nestorio quedó tiznado con el apodo de *incendiarios*. Su pujanza episcopal abarcó ambas orillas del Helesponto para imponerles un formulario tirante de fe y de disciplina, un yerro cronológico sobre la festividad de la Pascua, se castigaba como delito contra la Iglesia y el Estado. La Lidia, la Caria, Sardes y Mileto quedaron purificadas con la sangre de los Cuartodecimanos, y el edicto del emperador o más bien del patriarca, va deslindando hasta veintitrés grados y denominaciones, en el delito y castigo de la herejía.[1006] Mas aquella misma espada de la persecución que estuvo esgrimiendo Nestorio tan desaforadamente, se volvió luego contra su propio pecho. Pretextaban religión, mas en el concepto de un santo contemporáneo, el verdadero motivo de aquella guerra episcopal no fue más que ambición.[1007]

Aprendió Nestorio en la escuela siria a horrorizarse con las dos naturalezas, y a deslindar por átomos la humanidad de su *dueño* Jesucristo, de la divinidad de su *Señor Jesús*.[1008]

Reverenciaba a la bienaventurada Virgen, como madre de Cristo; pero el dictado temerario y reciente de Madre de Dios, [1009] prohijado imperceptiblemente desde la controversia arriana, lastimaba sus oídos. Desde el púlpito de Constantinopla, un amigo del patriarca, y él mismo luego, estuvieron predicando contra el uso y abuso de una voz[1010] desconocida de los apóstoles, desautorizada por la Iglesia, y que sólo podía propender a sobresaltar a los aprensivos, descarriar a los sencillos, entretener a los profanos, y sincerar con una semejanza aparente la alcurnia antigua del Olimpo.[1011] Confesaba Néstor en sus ratos bonancibles, que podía allá disimularse o disculparse, con el enlace de ambas naturalezas y la comunicación de sus *idiomas*,[1012] pero la contradicción lo destemplaba, hasta el punto de esquivar el culto de una divinidad niña y recién nacida, de sacar símiles impropios de las parentelas conyugales y civiles de la sociedad, y retratar el humanamiento de Cristo como el venido, el instrumento y el tabernáculo de la suma Deidad (425-454 d. C.). Estremeciéronse las columnas del santuario al eco de tamañas blasfemias. Los competidores chasqueados de Nestorio, desfogaron su encono devoto o personal, el clero bizantino estaba allá interiormente malhadado con los advenedizos e intrusos; abrigan siempre los monjes lo más desatinado y supersticioso, y el vecindario se interesaba en la gloria de su patrona la Virgen.[1013] El alboroto supersticioso perturbó los sermones del arzobispo, y el servicio del altar; congregaciones separadas se desentendieron de la autoridad y doctrinas del predicador; cada ráfaga aventaba por todo el Imperio la hojarasca de la contienda, y las voces de los contrincantes, desde aquel teatro retumbante, resonaba hasta las celdillas del Egipto y de la Palestina. Incumbía a Cirilo el iluminar el fervor y la

ignorancia de sus monjes innumerables: se había empapado, estudiando en la escuela misma de Alejandría, y profesado siempre la encarnación y una sola naturaleza, y a impulsos de sus engreimiento y ambición, se armó contra un nuevo Arrio, más formidable y criminal, en el solio segundo de la jerarquía mitrada. Tras breve correspondencia, en que los prelados encontrados estuvieron disfrazando su encono, en lenguaje estudiado de miramiento y atención, el patriarca de Alejandría delató al príncipe y al pueblo, a todo levante y poniente, los desbarros condenables del pontífice bizantino. Del Oriente, y con especialidad de Antioquía, logró dictámenes enmarañados de tolerancia y silencio, encaminados a entrambos partidos, pero favorables a Nestorio; mas el Vaticano abrió los brazos para recibir a los mensajeros de Egipto. La apelación halagaba la vanagloria de Celestino; y el concepto parcial de un monje recabó el voto del papa, quien al par de su clero latino, ignoraba el idioma, los ardides, y la teología de los griegos. Encabezando un sínodo italiano, Celestino se estuvo haciendo cargo del contenido de los alegados, aprobó el credo de Cirilo, condenó los dictámenes y la persona de Nestorio, lo apeó como hereje de su dignidad episcopal, le concedió el plazo de diez días para su palinodia y penitencia, y encargó a su enemigo la ejecución de aquella sentencia temeraria e ilegal. Pero el patriarca de Alejandría al desembarazar los rayos de todo un Dios, puso de manifiesto los yerros y demasías de un mortal, y los doce anatemas están todavía[1014] martirizando a los esclavos católicos que adoran la memoria de un santo, sin desentenderse de su homenaje el sínodo de Calcedonia. Empaña todavía indeleblemente a los arrojados asertos el tinte de la herejía Apolinaria, al paso que las protestas formales, y acaso entrañables de Nestorio cuadran en gran manera a los teólogos

más atinados y menos parciales del día.[1015]

Mas ni el emperador ni el primado del Oriente propendían a obedecer el mandato de un clérigo italiano, y se pidió a una voz un sínodo de la Iglesia católica, o más bien griega, como único remedio para aplacar y poner fin a aquella contienda eclesiástica.[1016] Escogiose para sitio de aquella reunión Éfeso, accesible de donde quiera por mar y por tierra, y para su celebración la festividad de Pentecostés; se expidieron las convocatorias a los metropolitanos, y se colocó guardia para escudar y tener a raya a los padres, hasta que deslinda en los misterios del cielo y la fe de la tierra. Apareció Nestorio, no como reo, sino como juez; confiaba en la trascendencia más que en el número de sus prelados, y sus forzudos esclavos de los baños de Zeuxipo iban pertrechados para toda ocurrencia de asalto o de resguardo. Pero le aventajaba su contrario Cirilo en armas de cuerpo y alma. Desobedeciendo a la letra, o lo menos el concepto del llamamiento real, iba acompañado de cincuenta obispos egipcios, que estaban colgados de la anuencia de su patriarca para entonar la inspiración del Espíritu Santo. Era íntimo de Memnon, obispo de Éfeso, y aquel primado despótico del Asia disponía del auxilio ejecutivo de treinta o cuarenta votos episcopales; agolpose un tropel de campesinos en la ciudad, para sostener como esclavos de la Iglesia, de palabra y obra un argumento metafísico, y el vecindario se afanaba por el pundonor de la virgen, cuyo cuerpo estaba descansando en el recinto de Éfeso.[1017] (junio-octubre de 431 d. C.). Rebosaban las riquezas de Egipto por la escuadra que había trasladado de Alejandría a Cirilo, quien fue desembarcando un sinnúmero de marineros, esclavos y fanáticos, alistados a ciegas bajo las banderas de san Marcos y la Madre de Dios. Sobrecogió a los Padres, y aun a la misma guardia del concilio, aquella comitiva

escuadronada; iba insultando por las calles o amagando por las casas, a los contrarios de Cirilo y de María, reforzaban su elocuencia y sus agasajos diariamente su parcialidad, y reguló desde luego el egipcio, que podía contar con el séquito y los votos de doscientos obispos.[1018] Mas el disparador de los doce anatemas, estaba receloso de Juan de Antioquía, quien con una comitiva escasa pero respetable de metropolitanos y teólogos, se iba adelantando a jornadas cortas, desde la lejana capital del Oriente. Mal hallado con aquella demora que tachaba de voluntaria y culpable,[1019] anunció Cirilo la apertura del sínodo; a los dieciséis días de la festividad de Pentecostés. Nestorio que confiaba en la llegada próxima de sus amigos orientales, se aferró como su antecesor Crisóstomo, en declinar la jurisdicción y desobedecer al llamamiento de sus enemigos, atropelló el procedimiento y su acusador estuvo presidiendo el juzgado. Sesenta y ocho obispos, veintidós de jerarquía metropolitana, defendieron su causa con protestas templadas y comedidas, pero quedaron excluidos de los consejos de sus hermanos. Requirió Candidiano, en nombre del emperador, una tregua de cuatro días: arrojaron con desacatos e improperios al magistrado profano de la junta santa. Todos los trámites de aquel trance tan sumamente trascendental, se atropellaron en un solo día (22 de junio), los obispos fueron entregando sus votos separados, pero la uniformidad del estilo patentiza el influjo de la mano de un maestro, a quien se tilda de haber pervertido el testimonio público de sus actas y sus firmas.[1020] Reconocieron sin discrepancia en las cartas, el Credo Niceno y la doctrina de los Padres, pero los extractos parciales de las cartas y homilías de Nestorio, se fueron interrumpiendo con maldiciones y anatemas, y el hereje quedó apeado de su dignidad episcopal y eclesiástica. La sentencia, malvadamente apropiada al nuevo

Judas, se pregonó y encarteló por las esquinas de Éfeso; al saber tras tanto afán, los prelados de la iglesia de la madre de Dios fueron aclamados como sus campeones, y se festejó la victoria con iluminaciones, cantares y alboroto de toda la noche.

El quinto día nubló todo aquel triunfo con la llegada y el enojo de los obispos orientales. En un cuarto de la posada, polvoroso todavía del camino, dio Juan de Antioquía audiencia al ministro imperial Candidiano, quien le enteró de sus conatos infructuosos, para atajar o anular la tropelía del egipcio. Con el mismo atropellamiento y violencia el sínodo oriental de cincuenta obispos (27 de junio) apeó a Cirilo y a Memnon de sus timbres episcopales, condenó, en los doce anatemas, la ponzoña refinada de la herejía Apolinaria, y retrató al primado Alejandrino, como allá un monstruo, nacido y criado para el exterminio de la Iglesia.[1021] Lejano e inaccesible se hallaba su solio, pero se dispuso al golpe pastorear la grey de Egipto con mayoral más fiel y benéfico. Desvelose Memnon, cerró las iglesias y guarneció poderosamente la catedral. La tropa, capitaneada por Candidiano, se adelantó al asalto, arrolló a las avanzadas y las fue acuchillando, pero la fortaleza era inexpugnable; retíranse los sitiadores, les persigue una salida disparada, les mata los caballos hiriendo a muchos soldados gravemente a pedradas y mazazos. Saña y vocería, asonada y sangre, están mancillando a Éfeso, la ciudad de la Virgen; fulmínanse anatemas y excomuniones mutuamente los sínodos contrapuestos, con su maquinaria espiritual, y queda la corte de Teodosio confusísima, con las relaciones opuestas y contradictorias, de los bandos sirio y egipcio. Afánase el emperador por tres meses con mil arbitrios, mas no acude al más eficaz que era el de la indiferencia y, el menosprecio, para aquietar el alboroto teológico. Trata de alejar o arredrar a los

caudillos, con una sentencia igual de indulto o de condena; reviste a sus representantes en Éfeso de potestades amplias y fuerza militar; cita ocho diputados selectos de cada partido a una conferencia libre y candorosa, en las inmediaciones de la capital, lejos del contagio de aquel frenesí popular; pero los orientales se niegan a todo ajuste, y los católicos, engreídos con su número y el de los aliados latinos, se desentienden allá de tolerancias y concordias. El sufrimiento del apacible Teodosio se apura, y disuelve sañudo aquel alboroto episcopal, que a los tres siglos se entona con el aparato grandioso de tercer concilio ecuménico.[1022] «Pongo a Dios por testigo —exclama el devoto emperador–, que no soy el causador de tamaño trastorno. Su providencia deslindará y castigará a los reos. Volveos a vuestras provincias, y así vuestras virtudes privadas reparen el quebranto y el escándalo de vuestra reunión». Regresaron, pero los mismos disparos que desencajaron el sínodo de Éfeso, fueron cundiendo por todo el Oriente. Después de tres campañas iguales y reñidísimas, Juan de Antioquía y Cirilo de Alejandría, se allanaron a explicarse y abrazarse; más allá ciertos miramientos, y no la racionalidad, acarrearon aquella concordia aparente, entre patriarcas ya mutuamente quebrantados, pero ajenos de hermandad cristiana.

El prelado bizantino había ido vertiendo en los oídos imperiales preocupaciones ponzoñosas, contra la índole y conducta de su competidor egipcio. Una carta de reconvención[1023] y amenaza, que acompañaba a la citación (431-435 d. C.), lo tachaba de sacerdote alborotador, desmandado y envidioso, enmarañador de la sencillez religiosa, atropellador de la paz de la Iglesia y del Estado, y sembrador de tiranía en la familia imperial, con sus memoriales astutos y separados a la esposa y a la hermana de Teodosio. Tuvo que

acudir Cirilo a Éfeso, por mandato del soberano, donde se le enfrenó, amenazó y encerró por los magistrados afectos a Nestorio y los orientales; juntando tropas de Lidia y Jonia para soterrar la comitiva desmandada y fanática del patriarca. Sin esperar el real permiso, sorteó la guardia, se embarcó atropelladamente, dejó el sínodo descabalado, y se guareció en su fortaleza episcopal de salvamento e independencia. Sus emisarios mañosos se afanaban a diestro y siniestro por la corte y la ciudad, tras aplacar las iras y granjearse la privanza del emperador. El hijo apocado de Arcadio, alternativamente avasallado por su mujer o su hermana, por los eunucos o las damas del palacio, siempre en el vaivén de la superstición o la codicia, allá se esmeraban los caudillos católicos en sobresaltar la una, y halagar la otra. Hallábanse Constantinopla y sus arrabales santificados con infinitos monasterios, y los santos abades Dalmacio y Eutiques,[1024] se habían vinculado ansiosamente en la causa de Cirilo, el culto de la Virgen y la unidad de Jesucristo. Desde el momento de su profesión, ya no asomaron por el mundo ni hollaron el piso profano de la ciudad. Pero en aquel trance pavoroso del peligro de la Iglesia, orillaron su voto, a impulsos de otro arranque más sublime y absolutamente indispensable. Acaudillando larguísima procesión de monjes y ermitaños, con antorchas encendidas en las manos, cantando letanías a la madre de Dios, marcharon desde sus monasterios al palacio. Espectáculo tan peregrino estuvo edificando y enardeciendo al vecindario, y el monarca trémulo se puso a escuchar las plegarias y jaculatorias de los santos, quienes sentenciaron denodadamente, que nadie esperanzase salvación, sin abrazar la persona y el Credo del acendrado sucesor de Atanasio. Al mismo tiempo el oro iba asaltando todas las cercanías del solio. Bajo el nombre decoroso *de elogios y*

bendiciones, cohechan palaciegos de ambos sexos, según su privanza o su capacidad. Pero sus peticiones incesantes iban saqueando los santuarios de Constantinopla y Alejandría, y la autoridad del patriarca no alcanzaba a atajar el susurro fundado de su clero, de que una deuda de trescientos mil duros se había contraído ya, para acudir al desembolso de cohecho tan escandaloso.[1025] Pulqueria, que estaba descargando a su hermano de los afanes de un imperio, era la columna más incontrastable del catolicismo, y se entabló hermandad tan íntima entre los rayos del sínodo y los requiebros de la Corte, que Cirilo quedaba afianzado en sus logros, si alcanzase a desbancar un eunuco, y sustituirle otro en la privanza de Teodosio. Mas no le cabía al Egipcio el blasonar de una victoria esclarecida y decisiva, pues el emperador se atenía con tesón inesperado a su promesa de escudar la inocencia de los obispos orientales; y Cirilo embotó sus anatemas y confesó con repugnancia y en bosquejo, la naturaleza doble de Jesucristo, antes que le cupiese el saciar su venganza contra el desventurado Nestorio.[1026]

Éste, más y más reacio, antes que se cerrase el sínodo, quedó acosado por el concilio, vendido por la Corte, y desmayadamente sostenido por sus amigos orientales. Iras y zozobras lo arrebataron, cuando todavía estaba a tiempo (435 d. C.) para ostentar el blasón de una renuncia voluntaria.[1027] Cumpliósele sin tardanza el deseo o sea la petición, conduciéndolo honoríficamente desde Éfeso a su monasterio de Antioquía, y tras breve intermedio sus dos sucesores Maximiniano y Proclo, quedaron reconocidos por obispos legítimos de Constantinopla. Pero el apeado Patriarca, arrinconado ya en su celda no fue árbitro de reducirse a la inocencia y sosiego de un llano cenobita. Echaba menos lo

pasado, le desazonaba lo presente, y debía temer lo venidero; los obispos orientales se fueron descartando del compromiso de un individuo malquisto, y por instantes iba menguando el número de cismáticos que reverenciaban a Nestorio, por confesor de la fe. Tras cuatro años de residencia en Antioquía, firmó la diestra de Teodosio un edicto[1028] que lo igualaba con Simón Mago, prohibía sus opiniones y su secta, condenaba sus escritos al fuego, y lo desterraba primero a Petra en Arabia, y después al Oasis, una de las islas del desierto de Libia.[1029] Desviado de la Iglesia y del mundo, el desterrado se vio todavía acosado por la saña del fanatismo y de la guerra. Una ranchería vagarosa de los blemies o nubios, asaltó su cárcel solitaria: en la retirada fueron despidiendo a varios cautivos inservibles, pero al asomar Nestorio a las orillas del Nilo, quisiera gustosísimo huir de una ciudad romana y católica, por una servidumbre más llevadera entre aquellos bozales. Castigose su fuga como delito nuevo: el alma del patriarca estaba enardeciendo las potestades civil y eclesiástica del Egipto; magistrados, soldadesca y monjes, estaban devotamente martirizando al enemigo de Cristo, y de san Cirilo, y hasta el mismo confín de Etiopía, fueron alternativamente arrastrando y retrayendo al hereje, hasta que su cuerpo anciano vino a quebrantarse con las penalidades y tropiezos de tan repetidos viajes. Pero se engreía, y gallardeaba todavía su ánimo; sus cartas pastorales embargaron al presidente de la Tebaida, sobrevivió al tirano católico de Alejandría, y después de dieciséis años de destierro, quizás el sínodo de Calcedonia le devolviera los honores o al menos la comunión a la Iglesia. Murió al ir a obedecer al llamamiento halagüeño,[1030] y su dolencia pudo dar algún viso a la hablilla escandalosa, de que los gusanos se habían cebado en su lengua blasfemadora. Se enterró en una ciudad del alto Egipto, conocida con los

nombres de Chemnis, o Panópolis o Akmim;[1031] pero la iniquidad perpetua de los jacobitas, ha perseverado por siglos en apedrear su sepulcro, y fomentar la tradición desatinada, de que nunca lo bañasen las lluvias del cielo, que suelen bajar igualmente sobre el justo y el malvado.[1032] Corresponde a la humanidad el enternecerse con la suerte de Nestorio, pero la justicia debe advertir que vino a padecer la idéntica persecución que estuvo aprobando y ejerciendo.[1033]

La muerte del primado de Alejandría, tras un reinado de treinta y dos años (448 d. C.), desenfrenó a los católicos en su afán y su abuso de la victoria.[1034] La doctrina *monofisita* (una sola naturaleza encarnada) se estaba predicando en su rigor por las iglesias de Egipto y los monasterios de Oriente; la santidad de Cirilo escudaba el credo primitivo de Apolinario, y el nombre de Eutiques, su amigo venerable, ha venido a aplicarse a la secta más contrapuesta a la herejía siria de Nestorio. Su contrincante Eutiques era abad, archimandrita o superior de trescientos monjes, pero las opiniones de un enclaustrado sencillo y lego, fenecieran tal vez allá en la celdilla donde durmiera por más de setenta años, si el encono o la indiscreción de Flaviano, el prelado bizantino, dejara de escandalizar con ellas el mundo cristiano. Junta el Sínodo, maquina y alborota, y arrebatan al hereje ancianísimo una confesión aparente, de que el cuerpo de Jesucristo no dimanaba de la sustancia de la Virgen María. Apela Eutiques de aquel decreto parcialísimo a un concilio general, y su causa logra el ánimo poderoso de su ahijado Crisafio, el eunuco más valido del palacio, y su cómplice Dióscoro que sucedía en el solio, el Credo, la travesura y los devaneos del sobrino de Teófilo. Convoca Teodosio determinadamente el segundo sínodo de Éfeso (8-11 de agosto de 449 d. C.) compuesto atinadamente de diez metropolitanos y

de diez obispos de cada una de las seis diócesis del Imperio oriental; ciertas excepciones de privanza o merecimiento, fueron alargando el número hasta ciento treinta y cinco, y el sirio Barzumas, como caudillo y representante de los monjes, mereció asiento y voto con los sucesores de los apóstoles; pero el despotismo del patriarca Alejandrino, vuelve a coartar el desahogo deliberativo: allá el arsenal de Egipto reparte las mismas armas efectivas y espirituales: manda Dióscoro una porción de asiáticos flecheros veteranos, y los monjes más batalladores, ajenos todos de razón y de lástima, están sitiando las puertas de la catedral. El general, y sin duda los padres independientes, aceptaron la fe y los anatemas de Cirilo, y la herejía de las dos naturalezas quedó formalmente condenada en las personas y escritos de los orientales más ilustrados. «¡Así!, ¡quien divida a Cristo sea dividido con la espada, sajado, y quemado vivo!», tales fueron los anhelos caritativos de un sínodo cristiano.[1035] Nadie titubeó en reconocer la inocencia y santidad de Eutiques, mas los prelados, con especialidad los de Tracia y Asia, se desentendieron de proceder a la deposición del patriarca, por el uso o abuso de su jurisdicción legítima. Abrazaron las rodillas de Dióscoro, quien se erguía airadamente sobre el umbral de su solio, amonestándole a que disimulase los agravios y acatase la dignidad de aquel hermano. «¿Tratáis de mover una asonada? —prorrumpe el tirano empedernido—. ¿Dónde están los oficiales?». A este alarido, una muchedumbre desaforada de soldadesca y monjes con garrotes, espadas y cadenas, se disparan al interior de la iglesia; tiemblan los obispos, se esconden tras los altares o debajo de los bancos, y como no les atosigaba el afán del martirio, fueron sucesivamente firmando, en blanco, un papel que luego se cuaja, con la condena del pontífice bizantino. Queda inmediatamente

Flaviano entregado a las fieras de aquel anfiteatro espiritual; Barsumas con su voz y su ejemplo, enardece a los monjes para desagraviar a Cristo: dícese que el patriarca de Alejandría denostó, abofeteó, holló y pateó a su hermano de Constantinopla;[1036] pero es positivo que la víctima, antes que llegase al paraje de su destierro, falleció al tercer día, del tundimiento y las heridas que recibió en Éfeso. Tiznose justísimamente a este segundo sínodo, como a una zahurda de salteadores y asesinos, pero los acusadores de Dióscoro tratan de abultar sus tropelías, para cohonestar la cobardía e inconsecuencia de su propia conducta.

Prevaleció la fe de Egipto, mas sostenía a los vencidos el mismo papa que arrostrara, ya sin zozobra, la saña asoladora de Atila y Genserico. La teología de León, su decantado *tomo* o carta sobre el misterio de la Encarnación, quedó desatendida en el sínodo de Éfeso; se insultó a su autoridad y a toda la Iglesia latina en sus legados, que pudieron salvarse de esclavitud o muerte, para referir la historia tristísima de la tiranía de Dióscoro y el martirio de Flaviano. Su sínodo provincial anuló las actas irregulares de Éfeso, mas como lo era también el paso, solicitó la convocación de un concilio general en las provincias libres y acrisoladas de Italia. El obispo de Roma decía y obraba sin reparo, desde su solio independiente, encabezando a la cristiandad; y Placidia y su hijo Valentiniano copiaban obsequiosamente sus disposiciones, y oficiando a su compañero oriental, para que restableciese la paz y la unidad de la Iglesia. Mas la diestra del eunuco movía allá con igual maestría el boato de la corte oriental, y pronunció sin titubear Teodosio, que se hallaba ya en la iglesia pacífica y triunfante, pues la llamarada última quedaba ya apagada con el digno escarmiento de Nestorio y secuaces. Quizás se encenagaran más y más los

griegos en la herejía de los monofisitas, a no tropezar dichosamente el caballo del emperador; muere Teodosio, le sucede su hermana católica, Pulqueria, entronizando a un marido nominal queman a Crisafio, arrinconan a Dióscoro, llaman a los desterrados, y los obispos orientales forman el *tomo* de León. Frústarsele a éste sin embargo su intento predilecto de un concilio latino; esquiva la presidencia del sínodo griego, que se junta ejecutivamente en Niza de Bitinia; requieren sus legados desenfadadamente la presencia del emperador, y los padres acosados se trasladan a Calcedonia, bajo la inspección inmediata de Marciano y del Senado de Constantinopla (8 de octubre-1 de noviembre de 451 d. C.). Descollaba la iglesia de santa Eufemia sobre un cerro empinado, pero de suave ascenso, a pocos pasos del Bósforo de Tracia. Se celebraba como portento del arte su estructura triple, y la perspectiva interminable de mar y tierra no podía menos de sublimar el pensamiento de un iluso a la contemplación de Dios y del universo. Hasta seiscientos treinta obispos se fueron colocando por su orden competente en la nave de la iglesia, pero antecedían los legados, de los cuales el tercero no era más que sacerdote, a los patriarcas orientales; reservando asientos distinguidos a veinte seglares de jerarquía consular o senatoria. Estaba patente en el centro con ostentación el Evangelio, y el cuerpo de ministros pontificios e imperiales que arbitraron en las trece sesiones del concilio de Calcedonia.[1037] Enmudeció a su presencia la gritería y desenfreno que solía desdorar la gravedad episcopal, pero al formalizar los legados su acusación, tuvo Dióscoro que apearse de su solio y ponerse en el banquillo, como reo ya sentenciado, en el concepto de sus jueces. Los orientales menos opuestos a Nestorio que a Cirilo, recibieron a los romanos a fuer de libertadores; la Tracia, el Ponto y el Asia, estaban airados contra el matador de Flaviano, y

los nuevos patriarcas de Constantinopla y Antioquía afianzaron sus destinos con el sacrificio de su bienhechor. Los obispos de Palestina, Macedonia y Grecia, eran adictos a la fe de Cirilo; pero en medio del sínodo, en el acaloramiento de la contienda, los caudillos, con sus comitivas atentas, anduvieron pasando del lado derecho al izquierdo, y así tranzaron la victoria con su deserción oportuna. De los diez y siete sufragáneos venidos de Constantinopla, cuatro se retrajeron de su empeño, y hasta trece, postrándose por el suelo, estuvieron implorando la conmiseración del concilio con gemidos y sollozos, exclamando llorosamente que iban a ser degollados al volver a Egipto por el pueblo enfurecido. Se les concedió aquel tardío arrepentimiento, en descargo de su yerro o delito, como cómplices de Dióscoro, pero sus demasías vinieron a recaer en aquella cabeza; él ni pidió, ni esperó indulto, y el comedimiento de cuantos abogaron por la amnistía general, quedó ahogado por los gritadores de victoria y venganza. Para poner en salvo a sus parciales últimos, se entresacaron mañosamente agravios *personales*; su excomunión temeraria e ilegal del papa, y su resistencia contumaz (estando preso) en comparecer a la cita del sínodo. Sobraron testigos para comprobar sus demasías de orgullo, codicia y crueldad; y se horrorizaron los Padres, al oír que las limosnas de la Iglesia se repartían entre danzarinas, que su palacio y aun su baño se franqueaban a las rameras de Alejandría, y que la infame Pamofia o Irene, estaba mantenida públicamente como manceba del patriarca.[1038]

Por maldades tan escandalosas quedó Dióscoro depuesto por el sínodo, y desterrado por el emperador; mas la pureza de su fe se declaró en presencia y con la aprobación tácita de los Padres. Su cordura dio más bien por supuesta, que pronunció la herejía de Eutiques, a quien jamás se citó ante su tribunal, y

enmudecieron sonrojados, cuando allá un denodado monofisita, arrojando a sus pies un tomo de Cirilo, los estuvo retando a excomulgar en su persona la doctrina del santo. Si nos enteramos desapasionadamente de las actas de Calcedonia cuales las recuerda el partido católico,[1039] hallaremos que la gran mayoría de los obispos se atenía a la mera unidad de Cristo; y en la concesión enmarañada de que se componía *de* o *con* dos naturalezas, se podía sobreentender la preexistencia o el enlace posterior, o cierto plazo intermedio y azaroso entre la concepción del hombre y la refundición del Dios. La teología romana, más deslindada y terminante, prohijó la voz más lastimadora para los oídos de un egipcio, que existía Cristo con dos naturalezas, y aquella porcioncilla trascendental[1040] (que cabía más bien allá en la memoria que en el entendimiento) había casi abortado un cisma entre los obispos católicos. Firmose con acatamiento, y tal vez con sinceridad el *tomo* de León; pero protestaron en dos sesiones sucesivas, que ni era provechoso ni legal el traspasar los sagrados padrones, deslindados en Niza, Constantinopla y Éfeso, con arreglo a la norma de la Escritura y de la tradición. Se allanaron al fin a las instancias encarecidas de sus dueños, pero su decreto infalible fue al través (aunque deliberadamente decidido y aclamado) en la sesión inmediata, con la oposición de los legados y de los amigos orientales. En vano repitió en coro gran muchedumbre de voces episcopales: «La definición de los Padres es acrisolada e inalterable; están ya descubiertos los herejes; anatema a los nestorianos; vayan fuera del sínodo; que se marchen a Roma».[1041] Amenazaron los legados, era el emperador absoluto y una junta de diez y ocho obispos minutó un decreto que se expidió a la reunión desmandada. Anunciose al mundo católico, en nombre del cuarto concilio general, el Cristo en una persona y

dos naturalezas: se corrió una línea imperceptible entre la herejía de Apolinar y la fe de san Cirilo; y el camino del Paraíso, un puente tan afilado como un cortaplumas, se encaramó sobre un abismo, con la maestría teológica. Por espacio de diez siglos de ceguedad y servidumbre, estuvo la Europa recibiendo sus opiniones religiosas del oráculo del Vaticano, y la misma doctrina enmohecida de puro añeja, tuvo cabida, sin contienda, en el Credo de los reformadores, que se desentendían del predominio del pontífice romano. Triunfa todavía el sínodo de Calcedonia en las iglesias protestantes; mas el hervidero de las contiendas amainó, y los cristianos más devotos del día ignoran, o desentienden su propia creencia, en punto al misterio de la Encarnación.

Era muy diverso el destemple de egipcios y griegos, bajo el reinado purísimo de León y Marciano. La religiosidad de entrambos emperadores acompañaba con armas y edictos el símbolo de su fe,[1042] y la conciencia o el pundonor de quinientos obispos declaró, que los decretos del sínodo de Calcedonia podían legítimamente sostenerse, aun con derramamiento de sangre. Reparaban ufanísimos los católicos que el mismo sínodo se hacía al propio tiempo odioso a los nestorianos y a los monofisitas;[1043] pero los nestorianos se mostraban menos enojadizos, como menos poderosos, y el fervor terquísimo y sanguinario de los monofisitas traía desencajado todo el Oriente. Un ejército de monjes tenía avasallado a Jerusalén, y andaban saqueando, encendiendo y matando, en nombre de una sola naturaleza encarnada; la sangre estaba mancillando el sepulcro de Jesucristo, y las puertas de la ciudad se guardaban en rebeldía alborotada, contra las tropas del emperador. Depuesto y desterrado Dióscoro, los egipcios seguían echando menos a su padre espiritual, y abominaban del

sucesor enviado por los padres de Calcedonia. Una guardia de doscientos soldados escudaba el solio de Proterio; estuvo guerreando cinco años con el pueblo de Alejandría, y al saber la muerte de Marciano, fue víctima de su fervor, pues la antevíspera de Pascua, sitiándolo en la catedral, lo mató en el bautisterio; quemó luego el cadáver descuartizado, y aventó sus cenizas; atrocidad inspirada por la visión de un ángel supuesto, un monje ambicioso, que bajo el nombre de Timoteo de Cat, [1044] sucedió en empleo y en opiniones a Dióscoro. La práctica de las represalias era, por entrambas partes, el móvil inflamador de superstición tan infernal, y así en el vaivén de una contienda metafísica fenecieron largos miles,[1045] careciendo los cristianos de todos temples del goce fundamental de la vida y de los dones invisibles del bautismo y de la comunión sagrada. Tal vez una patraña estrambótica de aquel tiempo encubrirá un retrato alegórico de tales fanáticos, que se andaban mutua e incesantemente martirizando. «Bajo el consulado de Venancio y Celer —refiere un obispo circunspecto— el pueblo de Alejandría y de todo el Egipto enloqueció con un frenesí extraño y diabólico: pudientes y menesterosos, esclavos y ciudadanos, monjes y clérigos, los naturales del país opuesto al sínodo de Calcedonia, enmudecieron y se alelaron, y ladrando como perros, se despedazaban con sus propios dientes la carne de sus manos y brazos».[1046]

Por fin los trastornos de treinta años acarrearon el famoso Henoticon[1047] del emperador Zenón (482 d. C.) que en su reinado y el de Atanasio se firmó por todos los obispos del Oriente, so pena de degradación y destierro, si rechazaban o contravenían a ley tan saludable y fundamental. Podrá el clero sonreírse, o desentonarse, por las ínfulas de un seglar deslindador de artículos de fe, mas si se allana a tarea tan

desengañada, no estará su pecho tan contagiado con vulgaridades o intereses, y tan sólo la concordia del pueblo todo, alcanza a conservar la autoridad del magistrado. En lo que menos despreciable aparece allá Zenón es en la historia eclesiástica, y no me cabe desentrañar culpa alguna maniquea o eutiquiana, en el arranque gallardo de Anastasio, a saber, que era indecoroso para un emperador el andar persiguiendo a los devotos de Cristo y ciudadanos de Roma. Agradó en extremo el Henoticon a los egipcios; pero el menor lunar no asomó a la vista celosa o dañada de nuestros escolares acendrados, y así va describiendo por puntos la fe católica sobre la Encarnación, sin prohijar, ni descartar, los conceptos o las voces propias de la secta contraria. Se pregona solemne anatema contra Nestorio y Eutiques, y contra cuantos herejes dividen, trastruecan o reducen a un trasgo a Jesucristo. Sin deslindar el número, ni el artículo, de la voz *naturaleza*, se revalida acatadamente el sistema castizo de san Cirilo, la fe de Niza, de Constantinopla y de Éfeso; pero en vez de doblegarse al eco del cuarto concilio, queda orillado el asunto, censurando todas las doctrinas contrarias, si con efecto se enseñaron en Calcedonia, o cualquier otro punto. Bajo este concepto en bosquejo, amigos y enemigos del último sínodo podían estrecharse, en silencioso abrazo. Aviniéronse los cristianos más atinados en este género de tolerancia; mas sus alcances eran endebles y variables, y su obediencia se despreciaba como servil y medrosa, por sus hermanos más denodados. Empapados todos de palabra y obra en el asunto único del día, mal podían mantenerse equilibradamente neutrales; un libro, un sermón, una plegaria, reencendía la llamarada de la contienda, y los vínculos de hermandad se desataban o anudaban alternativamente por el encono personal de los obispos. El intermedio desde Nestorio a

Eutiques, se cuajaba de infinitos matices de idiomas y opinión; asoman los *Acéfalos*[1048] de Egipto y los pontífices romanos, de igual entidad, pero de diversa pujanza, a los dos extremos de la escala teológica. Los acéfalos, sin rey ni obispo, vivieron separados más de tres siglos de los patriarcas de Alejandría, quienes habían aceptado la comunión de Constantinopla, sin empeñarse en la condena terminante del sínodo de Calcedonia, al paso que los papas excomulgaron a los patriarcas de Constantinopla, por aceptar la comunión de Alejandría, sin formalizar su aprobación del mismo sínodo. Su despotismo arrollador allá volcaba a los griegos más castizos, en aquella constelación espiritual, negaba o dudaba de la validez de sus sacramentos,[1049] y estuvo fomentando treinta y cinco años el cisma de levante y poniente, hasta que terminantemente abolieron la memoria de cuatro prelados bizantinos, que osaron oponerse al predominio de san Pedro.[1050] Antes de aquel plazo, el fervor de los mitrados contrarios había quebrantado la tregua volandera de Constantinopla y el Egipto. Macedonio indiciado de herejía nestoriana, abogaba, desde su arrinconado destierro, por el concilio de Calcedonia, mientras el sucesor de Cirilo feriara ufano su vuelco, a costa de un cohecho de dos mil libras de oro.

En aquella temporada calenturienta, el sentido, y aun el eco, de una sílaba era suficientísimo, para alterar la paz del Imperio. El Trisagio[1051] (tres veces santo) «Santo, santo, santo, Señor, Dios de los ejércitos» suponen los griegos que es el himno idéntico que los ángeles y los querubines están repitiendo sempiternamente ante el solio de Dios, y que a mediados del siglo V, fue revelado milagrosamente a la iglesia de Constantinopla. La devoción de Antioquía añadió luego «que fue crucificado por nosotros» y esta jaculatoria halagüeña, ya sea

a Jesucristo solo, ya a toda la Trinidad, queda sincerada por las reglas teológicas, y se ha ido sucesivamente prohijando por los católicos de Oriente y Occidente. Pero allá un obispo monofisita[1052] fue su inventor, y fue desechada como blasfemia y don de un enemigo mortal, y tan temeraria innovación estuvo a pique de costar al emperador Anastasio trono y vida.[1053] Carecía el vecindario de Constantinopla de racionalidad, en punto a verdadera independencia, y por tanto conceptuaban motivo suficiente de rebeldía el viso de una librea en las carreras y el de un misterio en las escuelas. Entonábase el Trisagio, solo o con el aumento climatérico, en la catedral por dos coros encontrados, y al postrarse ya sus pulmones, solían acudir a los argumentos más sólidos de piedras y garrotes, castigaba el emperador y defendía el patriarca a los agresores, y la corona y la mitra iban por apuesta, en el resultado de contienda tan grandiosa. Hombres, mujeres, y niños acudían a enjambres, y se atropellaban por las calles; legiones de monjes marchaban en formación, y voceaban y peleaban al frente. «Cristianos, éste es el día del martirio; no hay que desamparar a nuestro padre espiritual; anatema al tirano maniqueo, que es indigno de reinar». Éste era el alarido católico, y las galeras de Anastasio estaban ya con los remos alzados, ante el palacio, hasta que el patriarca había perdonado y absuelto a su penitente, y despedía allá la oleada de la revuelta muchedumbre. Quedó contrarrestado el triunfo de Macedonio con un destierro ejecutivo; pero el fervor de su grey se enconaba de nuevo con la misma pregunta de «si uno de la Trinidad había sido crucificado». En tan sumo trance, los bandos verde y azul de Constantinopla suspendieron sus discordias, y las potestades civil y militar quedaron exánimes a su presencia. Se depositaron las llaves de la ciudad y los estandartes de la guardia, en el foro

de Constantino; paradero y campamento principal de los fieles. Andaban día y noche afanados en cantar himnos de alabanza a Dios, y en saquear y matar a los sirvientes de su príncipe. Llevaban allá empinada a la punta de una lanza la cabeza de su monje predilecto, íntimo del que llamaban enemigo de la santísima Trinidad, y los tizones arrojados a las casas de los herejes iban extendiendo sus llamas a los edificios más católicos. El emperador, al ver estrelladas sus estatuas, se ocultó en un arrabal, hasta que al terecer día, se determinó a implorar la compasión de sus propios súbditos. Sin diadema y en ademán rendido, se deja ver Anastasio en su solio del circo; entonan los católicos a su presencia el Trisagio castizo, se engríen con su oferta, hecha a voz de pregón, de orillar la púrpura, escuchan la advertencia de que puesto que todos no pueden reinar, debían convenirse antes en la elección de soberano; admiten la ejecución de dos ministros malquistos, a quienes el dueño condena, sin titubear, a los leones. El éxito de Viteliano fomentaba aquellas asonadas violentas, pero volanderas, pues con un ejército de hunos y búlgaros, los más idólatras, se declaró el campeón de la fe católica. En su rebeldía devota, vino asolando la Tracia, sitió a Constantinopla, exterminó a sesenta y cinco mil cristianos como él, hasta que consiguió el llamamiento de los obispos, el desagravio del papa, y el establecimiento del concilio de Calcedonia, tratado católico, firmado con repugnancia por el moribundo Anastasio, y cumplido más fielmente por el tío de Justiniano. Tal fue el paradero de la *primera* guerra de religión ejercida en nombre, y por los alumnos de un Dios de paz[1054] (514 d. C.).

Ya hemos estado presenciando a Justiniano, bajo los varios conceptos de príncipe, de conquistador, y de legislador; todavía queda el de teólogo[1055] que le desaira en gran manera,

abultando esta monstruosidad desmedidamente en su retrato (517-565 d. C.). Terciaba el soberano con los súbditos, en su acatamiento supersticioso a los santos, vivos y difuntos; su Código, y con especialidad las Novelas, corroboran y amplian las prerrogativas del clero; y aun en las mismas contiendas, entre monje y seglar, el juez parcialísimo propende a fallar, que la verdad, la inocencia y la justicia, estaban siempre por la parte de la Iglesia. Ejemplarísimo y puntual era el emperador en sus devociones públicas y caseras; monje parecía en la austeridad de sus penitencias, con plegarias, ayunos y desvelos, se embelesaba su fantasía con la esperanza, o la creencia, de inspiraciones personales, logró afianzar el amparo de la Virgen y del Arcángel san Miguel, y se atribuyó su recobro de una dolencia gravísima, al auxilio milagroso de los santos mártires Cosme y Damián. Los monumentos de su religiosidad,[1056] estaban condecorando las provincias del Oriente, y aunque la grandísima parte de aquellas construcciones costosísimas, se debe achacar a su afición ostentosa, es muy probable que el cariño y agradecimiento a sus bienhechores invisibles enardeciese entrañablemente el afán del arquitecto purpurado. El dictado de religioso era el más halagüeño para los oídos de su grandeza imperial; clavaba su ahínco en acrecer los intereses, tanto espirituales como temporales de la Iglesia, y solía sacrificar su instituto de padre de la patria al de defensor de la fe. Congeniábanle en gran manera las controversias de su tiempo, y los catedráticos de teología se estarían mofando allá en su interior de la eficacia de un advenedizo, que desatendía su profesión propia, y se engolfaba en la ajena. «¿Qué podéis temer —decía un conspirador denodado–, de ese tirano beato? Desvelado e indefenso está pasando noches enteras en su aposento ventilando con reverendos barbicanos, y hojeando las páginas de volúmenes

eclesiásticos».[1057] El fruto de sus tareas salió a luz en repetidas conferencias, donde Justiniano voceaba y sutilizaba, cual el más pujante de los disputadores, y luego en varios sermones, llamados edictos, o sea epístolas, que estaban pregonando al Imperio toda la teología de su dueño. Mientras los bárbaros se internaban por las provincias, mientras las legiones victoriosas iban marchando bajo las banderas de Belisario, o de Narsés, el sucesor de Trajano, desconocido en sus reales, se satisfacía con vencer al frente de un sínodo. Si convidara a tales juntas a un auditorio imparcial y despejado, podía Justiniano enterarse de *que* toda contienda religiosa, es aborto de arrogancia y devaneo; *que* toda religiosidad se cifra más propiamente en el silencio y el rendimiento; *que* el hombre, de suyo ignorante, no debe arrojarse a escudriñar la naturaleza de todo un Dios; y que nos basta saber que el poderío y la benevolencia, son los sumos atributos de la Divinidad.[1058]

Ni descollaba por entonces la tolerancia, ni blasonaban los príncipes de indulgentes con los rebeldes. Mas en avillanándose el príncipe con el papel ruin y descontentadizo de caviloso, suele luego acudir a los alcances de su poderío, para suplir la endeblez de sus argumentos, castigando sin lástima la ceguedad reacia de cuantos adrede están cerrando los ojos a los destellos de la demostración. Fue el reinado de Justiniano un campo perpetuo, pero variable, de persecución, y sobresalió al parecer entre todos sus antecesores apoltronados, así en el contexto como en la ejecución de sus leyes. Fijose el plazo cortísimo de tres meses para la conversión, o el destierro de todos los herejes,[1059] y si se dasentendía de su permanencia insubsistente, quedaban defraudados bajo su férreo yugo, no sólo de los bienes de la sociedad, sino aun del derecho común de naturaleza, como hombres y como cristianos.

Los montanistas de Frigia tras cuatro siglos,[1060] brotaban todavía aquel entusiasmo cerril de perfección y de profecía que habían estado adquiriendo con sus apóstoles varones y hombres, como órganos particulares del Paracleto. Al asomar los sacerdotes católicos y su soldadesca, se abalanzaron desaladamente a la corona del martirio, su junta o congregación feneció en las llamas, mas no se habían exterminado aquellos fanáticos primitivos, a los trescientos años de la muerte de su tirano. La iglesia de los arrianos en Constantinopla había arrostrado, al resguardo de los confederados godos, la violencia de las leyes: igualaba su clero al Senado en riquezas y magnificencia, y cuanto oro y plata afianzó la diestra apresadora de Justiniano, podía quizás pertenecerles, como despojo de las provincias y trofeos de los bárbaros. Encubríanse allá unos restos recónditos de paganos en la clase más culta y en la más montaraz del linaje humano, y encendieron las iras de los cristianos, mal hallados tal vez, con que algún extraño presenciase sus contiendas intestinas. Nombrose a un obispo con ínfulas de inquisidor de la fe, y sus pesquisas fueron luego descubriendo en la corte y en la ciudad, magistrados, legistas, médicos y catedráticos, amantes todavía de la superstición griega. Se les notificó ceñudamente que sin demora escogiesen entre el desagrado de Júpiter y el de Justiniano, y su ojeriza al Evangelio no se debía disfrazar más bajo la máscara escandalosa de la indiferencia o la impiedad. El patricio Focio fue tal vez el único resuelto a vivir o morir como sus antepasados; se libertó a sí mismo con una estocada y dejó al tirano el mezquino logro de patentizar, con afrenta, el cadáver de aquel fugitivo. Sus hermanos, más apocados, se doblegaron ante el monarca terrestre, aguantaron el ceremonial del bautismo y se afanaron en aventar desaladamente toda sospecha, o todo recuerdo de

idolatría. La patria de Homero y el teatro de la guerra Troyana, estaban todavía conservando las últimas pavesas de su mitología, mas a impulsos del obispo descubridor, se convirtieron hasta setenta mil en Asia, Frigia, Lidia y Caria; edificáronse noventa y seis iglesias para tantísimo novicio, aprontando la devota munificencia de Justiniano, ropas de lino, biblias, rituales y vasos de oro y plata.[1061] Los judíos, ya despojados por puntos de sus inmunidades, se vieron más y más acosados por una ley que les precisaba a guardar la festividad de la Pascua en el mismo día que la celebraban los cristianos.[1062] Quejábanse con tanto más fundamento, cuanto los mismos católicos no estaban acordes, con el cómputo astronómico de su soberano: el pueblo de Constantinopla dilataba el principio de su cuaresma toda una semana después de la disposición superior, y lograban el regalo de ayunar siete días después que los abastos estaban de venta por mandato del emperador. Los samaritanos de Palestina[1063] formaban una ralea revuelta y una secta inapeable, desechada, como judaica por los paganos, como cismática por los judíos, y por los cristianos como idólatra. Se les había plantado la cruz, su abominada, en su monte sagrado del Garizim,[1064] pero la persecución de Justiniano les intimó la alternativa del bautizo, o la rebeldía. Se atuvieron a la última; se armaron bajo la bandera de un caudillo desesperado, y por desagravio atropellaron vidas, haberes y templos de un vecindario indefenso. Acudieron las fuerzas regimentadas del Oriente, y sojuzgaron a los samaritanos; quedaron muertos veinte mil, y otros tantos fueron vencidos por los árabes a los infieles de la Persia y la India, y lo restante de aquella nación desventurada se descargó de su delito de traición con el pecado de hipocresía. Se regularon en cien mil los romanos fenecidos en la guerra samaritana,[1065] que trocó aquella provincia, antes tan pingüe, en maleza montaraz y

adusta. Mas para la fe de Justiniano, no cabía el concepto de homicidio en la matanza de incrédulos, y se afanó devotamente en plantear a fuego y sangre la unidad de la creencia cristiana. [1066]

Con tan extremados arranques, le correspondía a lo menos el acertar a todo trance. Desde los primeros años de su reinado, descolló, como discípulo y adalid celosísimo del bando católico: el hermanamiento de griegos y latinos deslindó el *tomo* de san León, por credo del emperador y del Imperio; por ambas partes, y a diestro y siniestro acosados los nestorianos y eutiquistas, con la persecución, el católico y legislador[1067] ratificó allá con su código, los cuatro sínodos de Niza, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia. Pero mientras Justiniano se afanaba por conservar la unidad en la fe y en el culto, su mujer Teodora, que sabía hermanar la devoción con sus devaneos, estaba oyendo a los doctores monofisitas, y la sonrisa de tan graciable abogada resucitó y multiplicó los enemigos patentes y encubiertos de la Iglesia. La discordia espiritual desavenía la ciudad, el palacio y el tálamo nupcial, mas estaba tan desconceptuada la sinceridad de los consortes imperiales que su discordancia aparente se achacaba por muchos, a una confederación solapada, contra la religión y el bienestar del vecindario.[1068] La contienda sonada de los tres capítulos,[1069] que cuajó más volúmenes que líneas merece, asoma con accidentes muy señalados de aquel torpe sistema. Hacía tres siglos que los gusanos habían consumido el cadáver de Orígenes;[1070] su alma, cuya preexistencia le constaba hallarse en el gremio del Criador, pero los monjes de Palestina andaban releyendo desaladamente sus escritos. En ellos descubrió la vista perspicaz de Justiniano, más de diez errores metafísicos, y el doctor primitivo fue sentenciado, al par de Pitágoras y Platón, por el clero a la *eternidad* del fuego infernal, que había tenido el arrojo de negar. Al resguardo de este

antecedente, se estaba asestando un tiro mortal al concilio de Calcedonia. Habían los Padres escuchado con calma las alabanzas de Teodoro, de Mopsuestia,[1071] y su justicia, o su condescendencia, habían restablecido a Teodoreto de Cirso, y a Ibas de Edesa, a la comunión de la Iglesia. Mas la reputación de aquellos obispos orientales adolecía de ciertos visos de herejía; el primero había sido maestro y los dos segundos amigos de Nestorio; tildábanse sus pasos más sospechosos bajo el título de los *tres capítulos*, y condenada su memoria trascendía al pundonor de un sínodo, cuyo nombre se pronunciaba con acatamiento entrañable o afectado, por el mundo católico. Si aquellos obispos venían a anonadarse, inocentes o criminales, en el letargo de la muerte, probablemente que no se despertarían, con los clamores que, tras un siglo, se exhalaban sobre su sepulcro. Parando ya en las garras de Luzbel, ningún afán humano alcanzaría a encrudecer o aliviar sus tormentos; si estaban disfrutando en compañía de los santos y de los ángeles, el galardón de su religiosidad, no podían menos de sonreírse con la saña disparatada de los insectillos teológicos, que zumbían rastreramente por la haz de la tierra. El adalid de tales gusanillos, el emperador de los romanos, flechaba su aguijonazo y derramaba su ponzoña, quizás sin calar los motivos verdaderos de Teodora y de su bando eclesiástico. Su poderío no alcanzaba ya a las víctimas, y el estilo vehemente de sus edictos, tan sólo podía pregonar su condenación, y convidar al clero de Oriente, para reforzar el coro de sus maldiciones y anatemas. El Oriente se avino con algún reparo al eco de su soberano: celebrose el quinto concilio general de tres patriarcas y ciento sesenta y cinco obispos, en Constantinopla (4 de mayo-2 de junio de *555* d. C.) y los autores, y al par los defensores de los tres capítulos, quedaron separados de la Comunión de los santos, y entregados

con toda solemnidad al príncipe de las tinieblas. Pero las iglesias latinas volvieron ansiosas por el pundonor de León y del sínodo de Calcedonia; y si pelearan, como siempre, bajo el estandarte de Roma, quizás prevalecieran en la causa de la racionalidad y de la compasión. Mas yacía su caudillo preso en manos del enemigo, y el solio de san Pedro, ajado ya con las simonías, quedó vendido con la cobardía de Vigilio, que se postró, tras largo e inconsecuente conato, ante el despotismo de Justiniano y la sofistería de los griegos. Movió su apostasía la ira de los latinos, y sólo dos obispos se allanaron a poner las manos sobre su diácono y sucesor Pelagio. Mas perseveraron los papas, y al fin fueron descargando sobre sus contrarios el apodo de cismáticos; las iglesias italiana, ibérica y africana yacieron acosadas por las potestades civil y eclesiástica, con algún conato también de la milicia;[1072] los bárbaros lejanos copiaban el Credo del Vaticano, y en el término de un siglo, el cisma de los tres capítulos vino a fenecer en un distrito arrinconado de la provincia veneciana.[1073] Pero el desabrimiento religioso había ido ya fomentando las conquistas de los lombardos, y los mismos romanos estaban ya acostumbrados a maliciar la doblez, y a detestar el gobierno de su tirano bizantino.

Carecía Justiniano de tesón y consecuencia en el escrupuloso esmero en despejar sus opiniones volanderas y las de sus propios súbditos. Se destemplaba de mozo al menor desvío del sendero rectísimo; de anciano atropelló el deslinde con la herejía, y no menos los jacobitas que los católicos quedaron escandalizados con su declaración, de que era incorruptible el cuerpo de Cristo, y que de adulto, no adoleció de las urgencias e indisposiciones, achaque inherente a nuestra carne mortal. Los últimos edictos de Justiniano pregonaron esta opinión *soñada*, y en su trance oportunísimo y postrero, el clero se desentendía, el príncipe se

aparejaba a precisar, y el pueblo estaba dispuesto a padecer o contrarrestar. Un obispo de Tréveris, escudado con la lejanía de su poderío, se encaró con el monarca del Oriente en tono de autoridad y de afecto (564 d. C.). «Benignísimo Justiniano, recordad vuestro bautismo y vuestro Credo; y no mancille la herejía esas canas. Llamad a vuestros padres de sus destierros, y vuestros secuaces de su extravío y perdición. No podéis ignorar que la Italia y la Galia, la España y el África, se están ya condoliendo de vuestro vuelco, y excomulgando vuestro nombre. A menos que sin demora revoquéis cuanto habéis enseñado, a menos que prorrumpáis en alaridos de, erré, pequé, anatema a Nestorio, anatema a Eutiques, allá arrojáis vuestras almas a las mismas llamas, en que *ellos* estarán ardiendo eternamente». Murió sin demostración alguna.[1074] Su muerte restableció hasta cierto punto la paz en la Iglesia, y los reinados de sus cuatro sucesores, Justino, Tiberio, Mauricio y Focas, se particularizan con un vacío extraño y venturoso, en la historia eclesiástica del Oriente.[1075]

Nuestras potencias están de suyo imposibilitadas de internarse en sí mismas; los ojos son inaccesibles a la propia vista, como el alma al pensamiento, pero conceptuamos y percibimos, que *un albedrío*, un solo móvil es imprescindible a un ente racional y ensimismado. Al volver Heraclio de la guerra de Persia, consultó el héroe católico a sus obispos, sobre si Cristo, a quien estaba adorando, de una persona pero de dos naturalezas, constaba de una sola, o de dos, voluntades. Contestaron en singular, y esperanzó entonces ufano el emperador, que los jacobitas de Egipto y Siria, se pudieran hermanar profesando una doctrina positivamente sana y muy probablemente cierta, pues hasta los mismos nestorianos la estaban enseñando.[1076] Hízose infructuosamente el

experimento, y los apocados o enardecidos católicos, ni por asomo quisieron cejar, ante un enemigo taimado y violento (629 d. C.). El partido católico (el dominante) anduvo ideando nuevos géneros de habla de argumentos, y de interpretación; iban dando apropiadamente a cada naturaleza de Cristo su pujanza deslindada y peculiar, pero se ocultaba aquella diferencia, afirmándose, en que la voluntad humana y divina era invariablemente la misma.[1077] El achaque se accidentaba como siempre, mas el clero griego, como ahíto con la interminable contienda de la Encarnación, fue apuntando una especie provechosa al oído del príncipe, y aun del pueblo. Declarose monotelita (defensor de la unidad en el albedrío), pero conceptuaron como nuevas las voces y las cuestiones como inservibles, recomendando un silencio religioso, por ser más propio de la cordura y de la caridad del Evangelio. Promulgose esta ley del silencio sucesivamente (639 d. C.) con la *ectesis*, o exposición del emperador Heraclio, y el *tipo* o dechado (645 d. C.) de su nieto Constantino[1078] y los cuatro patriarcas de Roma, Constantinopla, Alejandría y Antioquía, firmaron gustosísimos los edictos imperiales. Pero el obispo y los monjes de Jerusalén tocaron a rebato; las iglesias latinas fueron desentrañando una herejía encubierta, en el lenguaje y aun en el silencio de los griegos; y con más osada ignorancia, el sucesor del papa Honorio, retractó y censuró su obediencia a las disposiciones del soberano. Condenaron la herejía malvada y execrable de los monotelitas, que resucitaban los desbarros de Manes, Apolinario, Eutiques, etc., firmaron la sentencia de excomunión sobre el túmulo de san Pedro, se revolvió la tinta con el vino sacramental, la sangre de Cristo, y se echó el resto en las ceremonias, para horrorizar y estremecer a los ánimos supersticiosos. Como representantes de la Iglesia occidental, y su

sínodo Lateranense, dispararon su anatema contra el silencio alevoso y criminal de los griegos: ciento cinco obispos de Italia, por lo más súbditos de Constante, se adelantaron a reprobar su malvado *tipo* y la *ectesis* impía de su abuelo, y a igualar a los autores y a sus adictos, con sus veintiún herejes notorios, apóstatas de la Iglesia y enviados de Satanás. No era disimulable tamaño desacato, ni en la mansedumbre de aquel reinado. El papa Martín acabó sus días en las playas montaraces del Quersoneso Táurico, y su oráculo el abad Máximo fue ajusticiado, inhumanamente, cortándole la lengua y la mano derecha.[1079] Mas aquellos arranques incontrastables retoñaron en los sucesores y los latinos se desagraviaron con su triunfo de la anterior derrota borrando el desaire de los tres capítulos. El sexto concilio general de Constantinopla confirmó los sínodos de Roma (7 de noviembre de 630 d. C.; 16 de septiembre de 652 d. C.), en el palacio y a presencia de un nuevo Constantino, descendiente de Heraclio. El convertido regio convirtió luego al pontífice bizantino, y una mayoría de los obispos;[1080] los disidentes con su caudillo, Macario de Antioquía, quedaron condenados a las penas espirituales y temporales de la herejía; allanose el Oriente a ser aleccionado por el Occidente, y quedó por fin planteado el Credo, que está enseñando a los católicos de todas las edades, que dos albedríos, o voluntades, se hermanan en la persona de Jesucristo. Fueron a representar la majestad del papa y el sínodo romano tres obispos, dos clérigos y un diácono; pero estos oscuros latinos carecían de armas para presionar, de tesoros para cohechar y de elocuencia para persuadir; y no alcanzo a comprender por qué arbitrios obligaron a un encumbrado emperador de los griegos al desprendimiento del catecismo de su niñez, y la persecución de la religión de sus padres. Tal vez los monjes y el vecindario de Constantinopla,

[1081] eran propensos al Credo Lateranense, que a la verdad es el menos atinado, y robustece mi sospecha aquel descomedimiento general del clero griego, que al parecer en esta contienda, se hizo cargo de su propia endeblez. Mientras el sínodo estaba controvirtiendo, un fanático propuso decisión mucho más ejecutiva, resucitando un muerto. Acudieron los prelados a la prueba: pero su malogro está manifestando, que los arranques y vulgaridades de la muchedumbre no adolecían de monotelismo. En la generación siguiente, cuando el hijo de Constantino quedó depuesto y muerto por el discípulo de Macario, se empaparon regaladamente en su venganza y predominio: la figura o monumento del concilio sexto, quedó borrado y sus actas originales se arrojaron al fuego; pero al segundo año, su amparador fue derrocado del solio; quedaron los obispos del Oriente descargados de su volandera anuencia; el sucesor católico de Bardanes replantó la fe romana, y los problemas lindísimos de la Encarnación quedaron olvidados con la guerra más popular y patente de la adoración de las imágenes.[1082]

Hacia fines del siglo VII, el artículo de la Encarnación, deslindado en Roma y en Constantinopla, se predicó inalterablemente por las islas lejanas de Bretaña e Irlanda:[1083] cuantos cristianos celebraban el rezo en griego o en latín abrigaban los mismos conceptos, o más bien repetían las idénticas palabras. Su número y su escaso esplendor desmerecían el dictado de católicos; pero en el Oriente se apellidaban menos honoríficamente *melquites* o realistas,[1084] como hombres cuya fe, en vez de estribar sobre la Escritura, el raciocinio o la tradición, se había planteado, y se mantenía aún, con la potestad temporal y arbitraria de un monarca. Podían los contrarios citar las palabras de los Padres de Constantinopla, que se profesan esclavos del rey; y podrían referir, con gozo maligno, cómo el

emperador Marciano y su consorte virgen habían inspirado y reformado los decretos de Calcedonia. La facción dominante se atiene, naturalmente, al deber de sumisión, y es igualmente natural que los disidentes abriguen y defiendan los principios de libertad. Despavoridos con el azote enarbolado los nestorianos y los monofisitas pararon en rebeldes y fugitivos, y así los aliados más antiguos y provechosos de Roma, vinieron a conceptuar al emperador, no como caudillo, sino como enemigo de los cristianos. El idioma, móvil eficacísimo que hermana o deshermana a los hombres, deslindó luego a los sectarios del Oriente, con la prenda especial y perpetua, que alejó todo roce y toda esperanza de reconciliación. La prepotencia dilatada de los griegos, sus colonias, y ante todo su elocuencia, habían ido derramando aquel idioma, el más cabal de cuantos ideó el arte humano; pero el conjunto de los pueblos, tanto de Siria como de Egipto, perseveraban siempre en el uso de sus hablas nacionales, con la sola diferencia, de que el copto estaba confinado a los campesinos toscos y poco ilustrados del Nilo, mientras que el sirio[1085] desde las sierras de la Asiria hasta el Mar Rojo, era adecuado para los tópicos elevados de la poesía y el raciocinio. La Armenia y la Abisinia se habían contagiado con el idioma y la instrucción de los griegos, y sus lenguas bárbaras, resucitadas ahora con los estudios de la Europa moderna, se hacían incomprensibles a los habitantes del Imperio Romano. El sirio y el copto, el armenio y el etiópico, están ya consagrados en el servicio de sus iglesias respectivas, y su teología se realzó con sus versiones caseras[1086] tanto de la Escritura como de los Padres más conceptuados. Tras el plazo de casi catorce siglos las pavesas encendidas con un sermón de Nestorio, están todavía ardiendo en el interior del Oriente, y las comuniones contrapuestas siguen aún conservando la fe y la disciplina de sus

fundadores. Los nestorianos y monofisitas, en medio de su ignorancia, servidumbre y rastrero desamparo, desechan la supremacía espiritual de Roma, y se huelgan con la tolerancia de sus dueños turcos, que les franquea el abominar por una parte de san Cirilo y del sínodo de Éfeso, y por otra del papa León y del concilio de Calcedonia. El impulso que vinieron también a causar, para el vuelco del Imperio oriental, está pidiendo algún pormenor, y podrá el lector entretenerse con la varia perspectiva de I. Los nestorianos. II. Los jacobitas.[1087] III. Los maronitas. IV . Los armenios. V. Los coptos y VI. Los abisinios. Hablan sirio los tres primeros, pero los últimos se deslindan con sus idiomas particulares. Mas no les sería dable a los armenios y abisinios del día conversar con sus antepasados; y los cristianos de Egipto y Siria, desechando la religión, han prohijado la lengua de los árabes. La sucesión del tiempo ha ido favoreciendo a los amaños sacerdotales, y en levante así como en poniente, se encaran con la Divinidad en un idioma, ya arrinconado y desconocido a la mayoría de la congregación.

I. La herejía de aquel desventurado Nestorio vino luego a borrarse tanto en su provincia nativa, como en la episcopal. Los obispos orientales que habían contrarrestado, en su mismo rostro, a la arrogancia de Cirilo, fueron amainando, con sus concesiones tardías. Los mismos prelados vinieron a firmar, aunque con mil susurros, los decretos de Calcedonia: el poderío de los monofisitas los hermanó con los católicos en sus acaloramientos, en sus intereses y pausadamente en su creencia, y exhalaron sus postreros y dolorosos ayes en defensa de los tres capítulos. Sus hermanos disidentes, menos comedidos, o más ingenuos, se estrellaron contra las leyes penales, y ya desde el reinado de Justiniano, mal se podía hallar una iglesia de nestorianos en los ámbitos de todo el Imperio. Allende sus

linderos, lograron descubrir un nuevo mundo, en el cual les cupo esperanzar la libertad y aun la conquista. En Persia, contra toda la oposición de los magos, se había ido arraigando hondamente el cristianismo, y las naciones del Oriente vivían sosegadas a su sombra benéfica. El católico, o primado, residía en la capital: en sus sínodos; y en las diócesis, sus metropolitanos, obispos y clero representaban el boato y el arreglo de una gradería entonada; se estaban ufanando con el aumento de prosélitos que se iban convirtiendo del Zendavesta al Evangelio, y de la vida seglar a la monástica, avivando sus afanes con la presencia de un enemigo artero y formidable. Los misioneros sirios, eran los fundadores de la Iglesia de Persia, y su habla, disciplina y doctrinas estaban muy salpicadas del primer origen. Eran elegidos los *católicos* por no propios sufragáneos, pero como ahijados de los patriarcas de Antioquía, están incluidos en los cánones de la iglesia oriental.[1088] En la escuela persa de Edesa[1089] las generaciones vinientes de los fieles se empapaban en su idioma teológico; estaban estudiando en la versión siria los diez mil volúmenes de Teodoro de Mopsuestia, y reverenciaban la fe apostólica y el santo martirio de su discípulo Nestorio, cuya persona y habla eran igualmente desconocidas a las naciones, allende el Tigris. La primera lección indeleble de Ibas, obispo de Edesa, les enseñaba a detestar al *egipcio* que, en el sínodo de Éfeso, había impíamente barajado las dos naturalezas de Cristo. Los maestros y discípulos huidos, o arrojados, por dos veces de la Atenas de Siria, fueron desparramando misioneros enardecidos con el afán duplicado de religión y de venganza; y la unidad acendrada de los monofisitas, que en los reinados de Zenón y de Anastasio arrebató las mitras del Oriente, estimuló a sus antagonistas, en un país de libertad, para confesar el enlace más bien moral que

físico de las dos personas de Jesucristo. Desde la primera predicación del Evangelio, los reyes Sasanes maliciaron siempre contra una ralea de extraños y apóstatas, que profesaban la religión, y favorecían la causa de los enemigos hereditarios de su patria. Se les había vedado, por edictos reales, toda correspondencia con el clero sirio, el orgullo aprensivo de Peraces se complacía con los medros del cisma, y estuvo escuchando la elocuencia de un prelado artero, que retrataba a Nestorio como propicio a la Persia, y le amonestó a que afianzase la lealtad de los súbditos cristianos, no abrigando con su preferencia a las víctimas del perseguidor romano. Componían los nestorianos una mayoría crecida del clero y el pueblo; los halagaba y armaba el despotismo; pero muchos de sus hermanos timoratos se estremecían a los asomos de estrellarse con la comunión del mundo cristiano; y la sangre de siete mil y setecientos monofisitas o católicos, corroboró la uniformidad en la fe y la disciplina de las iglesias de Persia.[1090] Asoma en sus instituciones eclesiásticas cierta racionalidad y arreglo; se fue suavizando, y por fin quedó olvidada la austeridad claustral; se fundaron inclusas y refugios; desatendió el clero de Persia la ley tan imprescindible del celibato para griegos y latinos, y se fue multiplicando el número de los elegidos con las bodas, redobladas de clérigos, de obispos, y aun del mismo patriarca. Acudieron a millones fugitivos de todas las provincias del Imperio oriental, a una norma natural de libertad religiosa: la emigración de sus más industriosos súbditos castigó el apocamiento supersticioso de Justiniano, pues trasladaron a la Persia las artes de la paz y de la guerra, y un monarca atinado fue ensalzando a cuantos se mostraban acreedores a su privanza. Robustecían el poderío de Nushirvan las advertencias, los caudales y las tropas. Los sectarios desesperados que se estaban

todavía encubriendo por las ciudades del Oriente, premiaban su fervor con los dones de las iglesias católicas; mas recobradas unas y otras por Heraclio, tuvieron que refugiarse como traidores y herejes por el interior del reino de su aliado extranjero. Mas peligraba siempre, y fracasaba a veces, aquel sosiego aparente de los nestorianos. Arrollábalos el despotismo oriental con sus tropelías, y su encono con Roma no los desquitaba de su apego excesivo al Evangelio; y allá una colonia de trescientos mil jacobitas, cautivos de Apamea y Antioquía, logró enarbolar un altar enemigo, encarado con el católico, y en el mismo regazo de la corte. Logró Justiniano entrometer en su último tratado ciertas condiciones, encaminadas a ensanchar y fortalecer la tolerancia del cristianismo en Persia. El emperador, ajenísimo de todo derecho de conciencia, lo era también de toda compasión con los herejes que negaban la autoridad de los sagrados sínodos; mas se lisonjeaba de que iría luego disfrutando los beneficios temporales de la concordia, entre el Imperio y la Iglesia de Roma, y si no acertó a merecer su agradecimiento, esperanzaba encelar a su caudillo. Después acá, los literatos se quemaban en París y se agasajaban en Alemania, por la superstición y la política del rey cristianísimo.

El anhelo de granjear almas a Dios y súbditos a Roma, ha fomentado más y más, y en todos tiempos la eficacia del clero cristiano. Desde la conquista de Persia fueron llevando sus armas espirituales al Norte, al Oriente y al Mediodía, y la sencillez del Evangelio, se amoldó y realzó con los matices de la teología siria. En el siglo VI, según refiere un viajero nestoriano, [1091] se predicó venturosamente el cristianismo a los bactrianos, hunos, persas, indios, persarmenios, medos y elamitas. Las iglesias de bárbaros, desde el golfo de Persia hasta el mar Caspio, eran casi infinitas, y descolló su fe reciente con el número y

santidad de sus monjes y mártires. La costa de las especias de Malabar, y las islas del océano, Socotora y Ceilán, se poblaron más y más de cristianos, y los obispos y el clero de aquellas regiones recónditas recibían las órdenes del católico de Babilonia. En siglos posteriores, el fervor de los nestorios traspasó los linderos que atajaban el afán tanto de griegos como de persas. Los misioneros de Balch y Samarcanda iban sin zozobra siguiendo las huellas de los tártaros vagarosas, se entrometían en los campamentos y valles del Imaús, y por las orillas del Selinga. Iban desentrañando una creencia metafísica a unos vaqueros bozales, y recomendaban la humanidad y el sosiego a guerreros tan sanguinarios. Hasta un khan, cuyo poderío encarecían en vano, se dice que había recibido de sus manos los ritos del bautismo, y aun de las órdenes, y la nombradía del *preste* o *presbítero* Juan[1092] ha estado largo tiempo embelesando la credulidad de Europa. Se le franqueó al convertido regio el uso de un altar portátil, pero envió una embajada al patriarca, para enterarse de cómo en la temporada de cuaresma tendría que abstenerse de viandas, y cómo podía celebrar la eucaristía en un desierto improductivo de trigo y de vino. Los nestorianos, adelantando siempre, por mar y por tierra, entraron en la China por el puerto de Cantón y por la residencia septentrional de Sigan. Muy ajenos de aquellos senadores de Roma, que se sonreían al posesionarse de los cargos de sacerdotes o agoreros, los mandarines que blasonan de filosofar en público, se dedican en particular a todo género de superstición vulgarísima. Apetecían y equivocaban los dioses de Palestina y de la India; mas los medros del cristianismo encelaron al Estado, y tras breve alternativa de privanza y persecución, la secta forastera, se soterró bajo la ignorancia y el olvido.[1093] Explayábase la Iglesia nestoriana, bajo el reinado de

los califas, desde la China hasta Jerusalén y Chipre, y su número, junto con los jacobitas se regulaba mayor que el de las comuniones griega y latina.[1094] Veinticinco metropolitanos o arzobispos componían su curia, pero muchos de éstos, a causa de la distancia y de los riesgos del camino, estaban dispensados de su residencia, bajo la condición, muy hacedera, de testimoniar de seis en seis años su fe y obediencia al católico o patriarca de Babilonia, dictado muy general, que se había ido aplicando a los sitios regios de Seleucia, Ctesifonte y Bagdad. Todo aquel ramaje lejano se ha ido agostando, y el tronco[1095] antiguo y patriarcal se divide ahora entre los *elías* de Mozul, representantes, a lo menos en su descendencia recta, de la sucesión primitiva y castiza, los *josefes* de Amida, hermanados ya con la iglesia de Roma[1096] y los *simones* de Van u Ormia, cuya rebelión, acaudillando cuarenta mil familias, promovieron los Sofis de Persia, en el siglo VI. Regúlase en globo el número de los nestorianos en trescientos mil, que bajo el nombre de caldeos o asirios, se equivocan con la nación más sabia, o más poderosa de la Antigüedad oriental.

Santo Tomás fue, según leyendas añejas, el predicador del Evangelio en la India.[1097] A fines del siglo IX, su sagrario, tal vez por las cercanías de Madrás, mereció visitarse devotamente por los embajadores de Alfredo (885 d. C.), y su regreso, con un cargamento de perlas y especias recompensó el fervor del monarca inglés, que abarcaba intentos grandiosos de comercio y descubrimientos.[1098] Al entablar los portugueses la navegación de la India, se hallaban aposentados de siglos en la costa de Malabar los cristianos de santo Tomás, y la diferencia de su tez y su índole atestiguaban el cruzamiento del linaje extranjero. Descollaron en armas, en artes, y tal vez en pundonor, sobre los naturales del Indostán, los labradores cultivaban las palmeras,

los traficantes se enriquecían con el comercio de las especias; la soldadesca se sobreponía a los *naïres*, o nobles de Malabar, y el rey de Cochin y el Zamorin mismo acataban sus privilegios hereditarios. Reconocían un soberano gentil, pero los gobernaba, aun en lo temporal, el obispo de Angamala, quien se aferraba más y más en su dictado de patriarca, o metropolitano de la India, pero ejercitaba su jurisdicción efectiva en mil cuatrocientas iglesias, teniendo a su cargo doscientas mil almas. Su religión (1500 d. C. etc.) los predisponía para aliados entrañables y constantes de los portugueses, pero los inquisidores deslindaron al golpe en los cristianos de santo Tomás, el desbarro irremisible del cisma y la herejía. En vez de confesarse súbditos del pontífice romano, monarca espiritual y temporal del globo, se atenían al par de sus antepasados, a la comunión del patriarca nestoriano, y cuantos obispos ordenaba en Mozul, tenían que arrollar peligros de mar y tierra, para llegar a sus diócesis en la costa de Malabar. Se mencionaban devotamente en su rezo sirio los nombres de Teodoro y de Nestorio; juntaban la adoración de ambas personas en Cristo; lastimaba a sus oídos el dictado de madre de Dios, e iban escrupulizando, como avarientos, los blasones de la virgen María, a quien la superstición de los latinos había casi encumbrado a la jerarquía de Diosa. Al presentarles por la vez primera su efigie los discípulos de santo Tomás, prorrumpieron airadamente: «Somos cristianos, y no idólatras»; contentándose su devoción sencilla con la veneración de la cruz. Su desvío del mundo antiguo los tenía allá muy ajenos de las mejoras o estragos de mil años, y su arreglo a la fe y práctica del siglo V contrastarían igualmente las preocupaciones de un católico y de un protestante. Desvivíanse los dependientes de Roma por atajar toda correspondencia con el patriarca nestoriano, y varios

obispos suyos fallecieron en las mazmorras del Santo Oficio. Aquella grey sin mayoral fue asaltada por el poderío de los portugueses, las arterías de los jesuitas, y el afán de Meneses, arzobispo de Goa, en su visita personal de la costa de Malabar. El sínodo de Diamper, al que estuvo presidiendo, consumó la empresa devota de la reunión e impuso imprescindiblemente la doctrina y sistema de la iglesia romana, sin olvidar la confesión secreta, como tramoya poderosísima del predominio eclesiástico. Condenose la memoria de Teodoro y de Nestorio, y quedó el Malabar reducido al señorío del papa, del primado y de los jesuitas, quienes saltearon la silla de Angamala o Cranganor. Se aguantaron sufridamente, hasta sesenta años de hipocresía y servidumbre (1596-1655); mas luego que el denuedo y la travesura de los holandeses vino a conmover el Imperio portugués, volvieron los nestorianos con pujanza y acierto por la religión de sus padres. No les cabía a los jesuitas el sostener la potestad que habían estragado; cuarenta mil cristianos estaban asestando sus armas contra los tiranos derrocados, y el arcediano indio se revistió del carácter de obispo, hasta que un nuevo desembarco de prohombres mitrados y misioneros sirios fue acudiendo desde el patriarcado de Babilonia. Arrojados por fin los portugueses, la creencia nestoriana se está profesando libremente en la costa de Malabar. Las compañías traficantes de Holanda e Inglaterra, son de suyo tolerantísimas; pero si la opresión amarga menos que el desprecio, motivos tienen los cristianos de santo Tomás para lamentarse de la indiferencia yerta y callada de sus hermanos europeos.[1099]

II. Escasea más e interesa menos, la historia de los monofisitas. En los reinados de Zenón y de Anastasio, sus caudillos arteros embelesaron los oídos del príncipe, usurparon las sillas del Oriente, y soterraron la escuela siria en su propio

suelo. Severo, patriarca de Antioquía, deslindó con sumo despejo la regla y la fe de los monofisitas; condenó en el estilo del Henótico, las herejías contrapuestas de Nestorio y Eutiques, sostuvo contra el último la realidad del cuerpo de Cristo, y precisó a los griegos a confesar, que era un embustero verídico. [1100] Mas, con la cercanía en los conceptos, no amainaba el ímpetu del acaloramiento; todos los partidos se mostraban a cual más atónito, de que sus ciegos antagonistas se peleasen por diferencias tan baladíes; el tirano de Siria se ahincaba más y más en su creencia, y su reinado se mancilló con la sangre de trescientos cincuenta monjes, que fueron degollados, quizás no sin algún desacato o resistencia, contra los muros de Apamea. [1101] Reenarboló el sucesor de Anastasio el estandarte católico, en el Oriente; huyó Severo al Egipto, y su amigo el elocuente Xenayas[1102] que se había salvado de los nestorios de Persia, fue ahogado en su destierro por los melquites de Paflagonia. Arrebataron a cincuenta y cuatro obispos de sus solios, encarcelaron a ochocientos eclesiásticos;[1103] y a pesar de la privanza enmarañada de Teodora, la grey oriental, desamparada toda, tuvo que ir feneciendo de hambre o de veneno. En aquel conflicto espiritual, el afán de un monje, reanimó, hermanó y perpetuó el bando agonizante, y el nombre de Jaime Baracleo[1104] ha venido a conservarse con el dictado de *jacobitas*, eco muy familiar que conmueve el oído de todo lector inglés. Recibió de los santos confesores presos en Constantinopla, las facultades de obispo de Edesa y apóstol de Oriente, y aquel manantial inexhausto acarreó la ordenación de ochenta mil obispos, clérigos y diáconos. Los velocísimos dromedarios de un devoto caudillo de los árabes, daban más y más alas al fervoroso misionero, la doctrina y el régimen de los jacobitas se fueron planteando encubiertamente en los dominios de Justiniano, y

todo jacobita tenía que contravenir las leyes y odiar al legislador romano. Los sucesores de Severo, aun arrinconados en conventos y aldeas, aun empozados en cuevas de ermitaños, para resguardar sus cabezas proscriptas, o caldeados en las tiendas de los sarracenos, estaban todavía esforzando, como lo hacen ahora mismo, su derecho incontrastable al dictado, la jerarquía y las prerrogativas de patriarca de Antioquía bajo el yugo más blando de los infieles, residen como a una legua de Merdin, en el monasterio amenísimo de Zafaran, realzado por ellos con celdas, acueductos y plantíos. Corresponde el segundo lugar, siempre honorífico, al *mafrian*, que en su residencia del propio Mozul, está como retando al *católico* Nestorio, con quien pleitea la supremacía del Oriente. Bajo el patriarca y el mafrian, ciento cincuenta arzobispos se han venido a contar en los diversos siglos de la Iglesia jacobita, pero toda aquella gradería de clases ha ido menguando y feneciendo, y las más de sus diócesis están reducidas a las cercanías del Éufrates y del Tigris. Las ciudades de Alepo y Amida, visitadas con frecuencia por el patriarca, contienen algunos traficantes acaudalados y artífices habilísimos; pero la muchedumbre cifra su mantenimiento en el trabajo diario, y la escasez al par de la superstición les suelen imponer ayunos excesivos, observando hasta cinco cuaresmas, en que tanto el clero como los seglares se abstienen, no sólo de carne y huevos, sino hasta del vino, del aceite y del pescado. Se regula su número actual de cincuenta a ochenta mil almas, resto de una Iglesia muy crecida, y menguada ya sucesivamente con una opresión de doce siglos. En tan dilatado plazo algunos extranjeros de mérito se han ido convirtiendo a la fe de monofisita, y un judío fue el padre de Abulfaragio,[1105] primado del Oriente, tan en extremo esclarecido en su vida y en su muerte. En vida fue un escritor elegante en sirio, y en árabe,

poeta, médico, historiador, filósofo sutil y teólogo comedido. En su muerte, asistió a las exequias su competidor el patriarca nestoriano, con gran comitiva de griegos y armenios, que orillaron sus contiendas, y mezclaron sus lágrimas sobre el túmulo de un enemigo. Sin embargo la secta realzada con las prendas de Abulfaragio, parece que va desmereciendo respecto de la hermandad de Nestorio. Es más rastrera la superstición de los jacobitas, sus ayunos más descompasados,[1106] sus divisiones intestinas en mayor número, y sus doctores (en cuanto se alcanza a aquilatar sus extremos de ridiculez) se alejan más y más de los ámbitos de la racionalidad. Tal vez cabe alguna disculpa con la tirantez de la teología monofisita, y mucha más por el influjo de la clase monástica. Siempre sobresalieron, en la Siria, en el Egipto y en la Etiopía, los monjes jacobitas, con la austeridad de sus penitencias y el desvarío de sus leyendas. Se les adora vivos y muertos como los privados de la Divinidad; se reserva el báculo de obispo y patriarca, para sus manos venerables, y se encargan del gobierno de los hombres, cuando están todavía empapados en los ejercicios y preocupaciones del claustro.[1107]

III. En el habla de los cristianos orientales, los monotelitas de todos tiempos, se apellidaban *maronitas*,[1108] nombre que imperceptiblemente se ha ido trasladando de una ermita a un monasterio, y de éste a la nación entera. Maron, un santo, o bozal, del siglo V, descolló en Siria con su devaneo religioso; compitieron de muerte por sus reliquias las ciudades celosas de Emesa y Apamea; encumbrose majestuosa iglesia sobre su túmulo, y hasta seiscientos discípulos suyos juntaron sus celdillas solitarios a la orilla del Orontes. En la contienda de la Encarnación, fueron adelgazando la hebra para sesgar su línea entre las sectas de Nestorio y de Eutiques, pero la cuestión

malhadada de un *albedrío* u operación, en las dos naturalezas de Jesucristo fue parto de su curiosidad ociosa. Su prosélito el emperador Heraclio, fue rechazado como maronita de los muros de Emesa; refugiáronle en un monasterio de sus hermanos, y les sobrepagó sus lecciones con el don de una heredad pingüe y dilatada. Cundieron el nombre y la doctrina de aquella escuela venerable entre griegos y sirios, y su fervor se patentiza por Macario, patriarca de Antioquía, quien declaró, ante el sínodo de Constantinopla, que antes de firmar las dos voluntades de Cristo, se avendría a que hiciesen de su cuerpo una pepitoria, para arrojarla al mar.[1109] Una persecución semejante, o menos desaforada, fue luego convirtiendo a los súbditos indefensos de las llanuras, mientras los naturales surtidos del monte Líbano seguían manteniendo esforzadamente el dictado esclarecido de *mardaitas*, o rebeldes.[1110] Juan Maron, uno de los monjes más populares y eruditos, se revistió de la dignidad de patriarca de Antioquía; su sobrino Abraham acaudillando a los maronitas, estuvo defendiendo la libertad civil y religiosa, contra la tiranía del Oriente. El hijo del católico sin par Constantino, se empeñó, con odio devotísimo, en acosar a un pueblo de soldados, que pudo atravesarse, por antemural de su Imperio, contra los enemigos comunes de Cristo y de Roma. Internose un ejército de griegos en Siria; el fuego asoló el monasterio de san Marón; los caudillos más valientes quedaron vendidos y degollados, y allá fueron trasladados doce mil de sus secuaces, a la raya lejana de Armenia y de Tracia. Sobrevivió sin embargo la nación humildilla de los maronitas al Imperio de Constantinopla, y están disfrutando ahora mismo una religión libre, y moderada servidumbre. Eligen sus gobernadores propios entre la nobleza antigua; su patriarca allá en el monasterio de Canobin, se está todavía conceptuando en el solio de Antioquía;

nueve obispos componen su sínodo, y ciento cincuenta clérigos, conservando el ensanche del matrimonio, tienen a su cargo cien mil almas. Su país se extiende casi desde las cumbres del Líbano, hasta las playas de Trípoli; y la pendiente seguida proporciona, en trecho reducido, suma variedad de suelo y clima, desde los sagrados cedros erguidos bajo el peso de la nieve[1111] hasta el viñedo, el moreral, y el olivar de una vega pingüe. En el siglo XII, los maronitas, desprendiéndose del error del monotelismo se hermanaron con las iglesias latinas de Antioquía y de Roma,[1112] alianza renovada a menudo por la ambición de los papas y el desamparo de los sirios. Mas cabe en gran manera el dudar de que su enlace haya sido siempre cabal y entrañable, y los sabios maronitas del colegio de Roma se han afanado en vano por descargar a sus antepasados de la tacha de cisma y herejía.[1113]

IV. Los armenios[1114] desde el tiempo de Constantino se esmeraron en su apego a la religión y al Imperio de los cristianos. Los trastornos del país, y la ignorancia del griego, imposibilitaron a su clero el asistir al sínodo de Calcedonia, y luego por ochenta y cuatro años[1115] se mostraron indiferentes, o suspensos, hasta que acudió a embargar aquella fe vagarosa Julián de Halicarnaso,[1116] con sus misioneros, quienes desterrados a Egipto, habían quedado vencidos por los argumentos o el influjo de su competidor Severo, patriarca monofisita de Antioquía. Tan sólo son los armenios discípulos acendrados de Eutiques, padre infeliz, desamparado por la mayor parte de su prole espiritual. Perseveran solos en la opinión de que Cristo adulto fue criado, o existió sin creación, de sustancia divina e incorruptible. Sus contrarios les reconvienen con la adoración de un vestigio, pero rebaten el cargo, escarneciendo o execrando la blasfemia de los jacobitas, que achacan a toda una divinidad las dolencias viles de la carne,

y aun los efectos naturales del nutrimento y de la digestión. Ni el poderío, ni la sabiduría de los moradores, son para dar realce a la religión de Armenia. Se desplomó su solio, desde el arranque de su cisma, y sus reyes cristianos, que asomaron y fenecieron, en el siglo XIII, por los confines de Cilicia, eran ahijados de los latinos, y vasallos del sultán turco de Iconio. Por maravilla ha disfrutado la nación, de suyo desvalida, el sosiego de la muchedumbre. Desde allá muy antiguo hasta ahora mismo, ha seguido la Armenia siendo teatro de incesante guerra; la política sañuda de los sofies despobló las tierras que median entre Tauris y Erivan, y fue trasladando largos millares de familias cristianas, para fenecer o propagar, por las provincias remotas de Persia. Bajo el azote enarbolado, arde y campea el fervor de los armenios; suelen anteponer la corona del martirio al turbante blanco de Mahometo; odian santamente el desbarro y la idolatría de los griegos, y su enlace voluble con los latinos es tan ajeno de verdad como los mil obispos que su patriarca ofreció a las plantas del pontífice romano.[1117] Reside el *católico*, o patriarca de los armenios, en el monasterio de Ekmiasin, a tres leguas de Erivan: consagra su diestra hasta cuarenta y siete arzobispos, con cuatro o cinco sufragáneos cada uno, pero por lo demás son unos prelados tutelares, que cohonestan con su presencia oficiosa la sencillez de aquella corte. Acabado el rezo están cultivando su huerta, y nuestros obispos extrañarán en gran manera, que la austeridad de su vida vaya siempre en aumento con los medros de su jerarquía. En los ochenta mil pueblos o aldeas de su imperio espiritual, va recogiendo el patriarca un impuestillo voluntario sobre todo individuo de quince años arriba pero el importe anual de un millón de reales es insuficiente; para acudir a las peticiones incesantes de limosna y tributo. Desde el principio del siglo anterior, tercian los

armenios ventajosamente en el comercio de levante, por lo más su caravana al regreso de Europa hace alto en la cercanía de Erivan, engalanando los altares con el producto de su ahincada industria; y la fe de Eutiques se está predicando en sus nuevas congregaciones de Berbería y de Polonia.[1118]

V. En lo demás del Imperio Romano enmudecían o espiraban los sectarios de creencia incómoda bajo el despotismo del príncipe; pero el temple reacio de los egipcios se aferró más y más contra el sínodo de Calcedonia, y la política de Justiniano tuvo que acechar y afianzar el trance de la discordia. Las contiendas de los *corruptibles* e *incorruptibles* estaban desquiciando la Iglesia monofisita de Alejandría,[1119] y a la muerte del patriarca, los dos partidos encumbraron sus respectivos candidatos.[1120] Gayan era discípulo de Juliano, y Teodosio alumno de Severo; favorecía al primero la concordancia de monjes y senadores, de la ciudad y la provincia; el segundo se atenía a la anterioridad de la ordenación, la privanza con Teodora y las armas de Narsés, que pudieran emplearse en campaña más honorífica (537-568 d. C.). El destierro del candidato popular a Cartago y Cerdeña, inflamó el hervidero de Alejandría, y tras un cisma de ciento setenta años, los gayanitas estaban todavía reverenciando la doctrina y memoria de su fundador. Medió un ensayo contra la pujanza del número y la disciplina, en refriega sangrienta y reñidísima, cuajando las calles de cadáveres del vecindario y tropa; las mujeres devotas, trepando a los terrados y techos de sus casas, diluviaban utensilios cortantes o pesados, a las cabezas enemigas; y por fin la victoria de Narsés fue debida al incendio, con que asoló la tercera capital del Imperio. Mas el teniente de Justiniano venció, no para un hereje, pues luego desviaron mansamente a Teodosio, y un monje católico, Pablo de Tanjis,

fue el ensalzado al solio de Atanasio (538 d. C.). El Gobierno echó el resto de su poderío para sostenerle; podía nombrar o apear los duques o tribunos del Egipto; quitose el abasto otorgado por Diocleciano, se cerraron las iglesias, y aquella nación de cismáticos quedó a un tiempo destituida de su alimento material y espiritual. El vecindario, en desquite fervoroso, excomulgó al tirano y nadie más que el servil Melquites se allanó a saludarle como hombre, como cristiano, o como obispo. Mas ciega tanto la ambición, que estando Paulo lanzado por cargo de homicidio, llegó a solicitar con un cohecho de setecientas libras de oro su reposición en un asiento de afrenta y exterminio. Apolinar, sucesor suyo (551 d. C.), entró escuadronado en la ciudad enemiga, aparejado igualmente para orar, o pelear. Repartiéronse armadas sus tropas por las calles; se guardaban las puertas de la catedral, y un piquete selecto se colmó en el coro para custodiar al caudillo. Irguiose en su solio, y arrojando la vestidura superior de guerrero, se apareció a la muchedumbre en su ropaje de patriarca de Alejandría. Enmudecieron todos de asombro, mas apenas empezó Apolinar a leer el tomo de san León, una andanada de maldiciones, denuestos y piedras descargó sobre el ministro del emperador y del sínodo. Suena el clarín del sucesor de los apóstoles, la soldadesca se encharca de sangre hasta la rodilla, y caen hasta doscientos mil cristianos al filo de la espada: suma increíble aun abarcando los dieciocho años del reinado de Apolinar. Dos patriarcas seguidos, Eulogio[1121] y Juan[1122] (520-606 d. C.), se afanaron en convertir herejes, ya de mano armada, ya con argumentos más propios de su profesión evangélica. Lució Eulogio su ciencia teológica en varios tomos, abultando los desbarros de Eutiques y Severo, y se esmeró en concordar el lenguaje enmarañado de san Cirilo con el símbolo acendrado

del papa León y los Padres de Calcedonia. Superstición, benevolencia o política eran los móviles de la diestra dadivosa de Juan el Limosnero. Costeaba el mantenimiento de siete mil quinientos menesterosos; halló a su entrada ocho mil libras de oro en el tesoro de la iglesia; recogió hasta diez mil de la liberalidad de los fieles, y sin embargo aquel primado pudo blasonar en su testamento, de que tan sólo venía a dejar el tercio de la moneda inferior de plata. Entregáronse a los católicos las iglesias de Alejandría, la religión de los monofisitas quedó vedada en el Egipto, y se revalidó una ley que excluía a los naturales de los honores y los sueldos del Estado.

Conquista de más entidad quedaba todavía, la del patriarca, oráculo y caudillo de la Iglesia egipcia. Había Teodosio arrostrado las amenazas y promesas de Justiniano con el denuedo de un apóstol y de un entusiasta. «Tales —contestó el patriarca–, eran las ofertas del tentador, cuando fue brindando con los reinos de la tierra. Pero el alma es para mí mucho más apreciable que la vida y el señorío. Las iglesias paran en manos de un príncipe que puede matar el cuerpo, pero mi conciencia me es propia, y desterrado, menesteroso y aherrojado, seguiré aferradamente la fe de mis sagrados antecesores, Atanasio, Cirilo y Dióscoro. Anatema para el tomo de León y el sínodo de Calcedonia; anatema para cuantos profesen su credo; anatema en ellos ahora y siempre. Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo bajaré a la huesa. Cuantos aman a Dios, síganme en busca de su salvación». Después de confortar a sus hermanos, se embarcó para Constantinopla, y en sus avistamientos sucesivos sostuvo el contraste tan irresistible de la presencia imperial. Sus opiniones merecían aceptación en el palacio y por la ciudad; el influjo de Teodoro le afianzó segura subsistencia y despido honorífico, y acabó sus días, no en el solio, pero sí en el regazo

de su patria. Sabedor de su muerte, Apolinar, agasajó indecorosamente a los nobles y al clero, mas la noticia de nueva elección aguó su regocijo, y mientras estaba gozando de las riquezas de Alejandría, reinaban sus competidores por la Tebaida, en cuyos monasterios los mantenían las oblaciones voluntarias del pueblo. Brotó de las cenizas de Teodosio una sucesión perpetua de patriarcas, y se hermanaban las iglesias monofisitas de Siria y el Egipto, con el nombre de los jacobitas y la comunión de la fe. Pero aquella misma fe, vinculada en una secta escasa, abarcaba en globo a la nación egipcia y copta que desechaba casi unánimemente los decretos del sínodo de Calcedonia. Mediaban ya mil años desde que el Egipto dejó de ser un reino, desde que los conquistadores de Asia y Europa, habían hollado las rendidas cervices de un pueblo, cuya ciencia y poderío antiguo se engolfa allá, tras los recuerdos de la historia. El vaivén del fervor y de la persecución reencendió tal cual pavesa de su denuedo nacional. Abjuraron con herejía extranjera, las costumbres y el idioma de los griegos; todo melquita era para ellos un extraño, y todo jacobita ciudadano; el enlace del matrimonio, y los actos de humanidad se condenaban como pecados mortales; se desentendieron los naturales de todo homenaje al emperador; y sus órdenes, en alejándose algún tanto de Alejandría, se obedecían tan sólo bajo el apremio de la fuerza militar. Un conato gallardo rescatara la religión y la libertad del Egipto, y sus seiscientos monasterios pudieran desembocar millaradas de guerreros sagrados, para quienes la muerte no podía causar espanto, puesto que ningún aliciente ni deleite les acarreaba la vida. Mas está patente el desengaño, de que el denuedo activo nada tiene que ver con el tesón pasivo, pues fanático que aguanta mudamente el martirio del potro y de la estaca, huiría despavorido de un enemigo armado. El apocado

templo de los egipcios esperanzaba tan sólo en la variación de dueños; las armas de Cosroes andaban despoblando las tierras, pero bajo su reinado, disfrutaron los jacobitas tregua breve y volandera. La victoria de Heraclio renovó y recrudeció la persecución, y el patriarca huyó otra vez de Alejandría al desierto. Oye Benjamín, en su escape, una voz que le envalentona para esperar diez años el auxilio de nación extraña, señalada, como los mismos egipcios, con el rito antiguo de la circuncisión (625-664 d. C.). Se desentrañaron luego, la índole de estos libertadores, y su género de redención; y tengo que tramontar once siglos, para apuntar el desamparo actual de los jacobitas del Egipto. La populosa ciudad del Cairo está abrigando la residencia de su patriarca menesteroso, y sus restos de diez obispos: sobreviven, hasta cuarenta monasterios, a las correrías de los árabes, y los progresos de la servidumbre y de la apostasía han venido a reducir la nación copta, al numerillo baladí de veinticinco a treinta mil familias;[1123] ralea de pordioseros idiotas, cuyo consuelo único se cifra en la desdicha, todavía más rematada, del patriarca griego y su congregación menguadísima.[1124]

VI. El patriarca copto, rebelde con los Césares, o esclavo de los califas, se engreía más y más con el rendimiento filial de los reyes de Nubia y de Etiopía. Correspondía a tanto acatamiento abultando sin término sus grandezas, afirmando sin reparo que podrían acaudillar hasta cien mil caballos y otros tantos camellos,[1125] que tenían en su mano el verter, o atajar, las aguas del Nilo,[1126] y la paz y la abundancia de Egipto, aun en este mundo, dependían de la mediación del patriarca. Desterrado Teodosio a Constantinopla, seguía recomendando a su patrona las naciones atizadas de la Nubia,[1127] desde el trópico de Cáncer hasta el confín de la Abisinia. Se malició el intento, y lo remedó

el emperador católico. Embarcáronse al mismo tiempo los misioneros contrapuestos, un melquita y un jacobita; pero quedó por cariño o por temor, más puntualmente obedecida la emperatriz, y el sacerdote católico, fue detenido por el presidente de la Tebaida, mientras el rey de Nubia y su corte se estaban bautizando en la fe de Dióscoro. Se agasajó y despidió decorosamente al enviado tardío de Justiniano, mas al zaherir la herejía y la traición de los egipcios, el negro convertido estaba ya encarado para contestar que nunca desampararía a sus hermanos y verdaderos creyentes en manos de los perseguidores del sínodo de Calcedonia.[1128] Siguió el patriarca jacobita de Alejandría nombrando y consagrando por siglos a los obispos de la Nubia; prevaleció el cristianismo hasta el siglo XII, y quedan aún ritos y escombros patentes en las poblaciones bravías de Senaor y Dongola.[1129] Pero por fin los nubios cumplieron su amenaza, de volver al culto de sus ídolos; requería el clima la concesión de su poligamia, y últimamente antepusieron el triunfo del Alcorán al apocamiento de la Cruz. Religión metafísica es al parecer muy acicalada para la ralea negra, con sus escasos alcances; pero algún negro o algún loro puede enseñarse a repetir las *palabras* del símbolo de Calcedonia, o monofisita.

Arraigó más el cristianismo en el Imperio abisinio, y aunque se haya interrumpido a veces la correspondencia por más de setenta o de cien años (530 d. C. etc.), la iglesia metropolitana de Alejandría sigue reteniendo a su colonia en clase de alumna. Componían siete obispos el sínodo etiópico; si llegaran a diez, pudieran elegir un primado independiente, y uno de sus reyes abrigó la ambición de ascender a sus hermanos al solio eclesiástico; pero se antevió el intento, y se denegó la promoción; se ha ido reduciendo el cargo episcopal de *Abuna*,[1130] caudillo y autor del sacerdocio abisinio; el patriarca va

reponiendo las vacantes con algún monje de Egipto; y la cualidad de extranjero aparece más venerable para los ojos del pueblo, y menos temible para los del monarca. En el siglo VI cuando fue a más el cisma del Egipto, los caudillos competidores, con sus amparadores Justiniano y Teodora forcejearon mutuamente por desbancarse en la conquista de una provincia lejana e independiente. Preponderó otra vez la maña de la emperatriz, y la devota Teodora estableció en aquella iglesia arrinconada, la fe y la disciplina de los jacobitas.[1131] Los etíopes acorralados en torno por los enemigos de su religión, se adormecieron por espacio de cerca de mil años, olvidadizos y olvidados del mundo entero. Fueron al fin sus despertadores los portugueses, quienes doblando el promontorio meridional del África (1525-1550 etc.), asomaron por la India y el Mar Rojo, como descolgados de algún planeta remotísimo. En el primer avistamiento repararon los súbditos de Roma y de Alejandría, más bien la semejanza que la diferencia de su fe, y ambas naciones esperanzaron crecidas ventajas con la hermandad de sus compañeros cristianos. Los etíopes, allá incomunicados, habían venido a reempozarse en su vida montaraz; sus bajeles, que habían comerciado hasta Ceilán, apenas se atrevían a navegar por los ríos del África; se habían despoblado los escombros de Axume; la nación vagaba dispersa por aduares, y el emperador, con este dictado campanudo, se daba por pagado con residir inalterablemente en su campamento. Hechos cargo de su propio desamparo, idearon los abisinios atinadamente avecindar el ingenio y las artes de Europa,[1132] y acudieron sus embajadores a Roma y a Lisboa, en demanda de una colonia de herreros, carpinteros, tejeros, albañiles, impresores, cirujanos y médicos, para el uso de su país. Mas el peligro público estaba clamando por auxilio eficaz y ejecutivo de armas y soldados,

para resguardar a un pueblo desaguerrido, de los bárbaros que asolaban el interior, y los turcos y árabes que desde la costa se iban adelantando, con aparato más formidable. Salvaron la Etiopía, cuatrocientos cincuenta portugueses, que ostentaron en campaña el valor nativo de los europeos, y la potestad artificial del mosquete y de la artillería. El emperador, allá despavorido, prometió incorporarse él y los súbditos con la fe católica; un patriarca latino representaba la supremacía del papa;[1133] el Imperio abultado sin término, estaba atesorando más oro que todas las minas de América, y el fervor y la codicia esperanzaron descompasadamente logros soñados, con la sumisión voluntaria de los cristianos del África.

Mas los compromisos en que prorrumpió el doliente quedaron desmentidos a los asomos de la sanidad. Aferrados permanecieron los abisinios con tesón incontrastable a su fe monofisita (1557); el ejercicio de la contienda desaletargó su creencia; tiznaban a los latinos con los apodos de nestorianos y arrianos, y achacaban la adoración de *cuatro* dioses, a los separadores de las dos naturalezas de Cristo. Se avecindó para el culto, o más bien el destierro, de los misioneros jesuitas, el pueblo de Tremona. Su primor en las artes liberales y mecánicas, su sabiduría teológica y sus costumbres decorosas, infundían insustancial aprecio; mas como no les cabía el don de los milagros, acudieron,[1134] aunque en vano, a pedir un refuerzo de tropas. El aguante y las mañas de diez años lograron por fin acogida más favorable, y persuadieron a dos emperadores de Abisinia, que Roma tenía en su mano el afianzar la bienaventuranza, tanto temporal como sempiterna, a sus ahijados. Perdió el primero de estos convertidos regios cetro y vida, y el ejército rebelde quedó santificado por el *Abuna*, que disparó su anatema contra el apóstata, y descargó a los súbditos

de su juramento de fidelidad. El denuedo y la suerte de Susneo desagraviaron el fracaso de Zadengher, entronizándose el vengador con el nombre de Segued, quien esforzó más ahincadamente la empresa devota de su pariente. Después de presenciar las escaramuzas desproporcionadas, entre los jesuitas y sus sacerdotes idiotas, se declaró el emperador prosélito del sínodo de Calcedonia; dando por supuesto que su clero y pueblo se aunarían en punto a religión con el príncipe. Tras la libertad de elección, se pregonó una ley, imponiendo con pena de muerte la creencia de las dos naturalezas en Cristo; mandose a los abisinios trabajar y jugar en los sábados; y Segued a la faz de Europa y del África, renunció a todo enlace con la Iglesia alejandrina. Un jesuita, Alfonso Méndez, como católico patriarca de Etiopía, recibió (1626), en nombre de Urbano VIII el rendimiento y la adjuración de su penitente: «Confieso —dijo el emperador arrodillado–, que el papa es Vicario de Cristo, sucesor de san Pedro y soberano del orbe. Le juro obediencia entrañable, y ofrezco a sus pies mi persona y reino». Repitieron el juramento, hijo, hermano, clero, nobles, y aun las damas de la corte; revistieron al patriarca latino de blasones y riquezas, y sus misioneros fueron edificando sus templos, o ciudadelas, en los parajes más aventajados del Imperio. Los mismos jesuitas vinieron a tildar amargamente el aciago desbarro de su caudillo, que trascordando la mansedumbre del Evangelio y la mónita de su orden, embocó atropelladamente el rezo de Roma y la inquisición de Portugal. Condenó la práctica antigua de la circuncisión, inventada menos por superstición que por sanidad en el clima de Etiopía.[1135] Se les impuso a los naturales un nuevo bautismo y nueva ordenación, y se horrorizaban con el desentierro de los difuntos más sagrados, con la excomunión de los difuntos más esclarecidos, por un sacerdote advenedizo.

Desesperados los abisinios, se alborotaron en vano por la defensa de su religión. La sangre de revoltosos tuvo que apagar hasta cinco asonadas infructuosas, dos abunas murieron en las refriegas, legiones enteras perecieron en campaña, o empozadas en sus mazmorras, y ni merecimientos, ni jerarquía, ni sexo, rescataban de muerte afrentosa a los enemigos de Roma. Mas el tesón de la gente, de su madre, de su hijo, y de sus amigos más fieles, avasalló por fin al monarca. Dio Segued oídos a la compasión y a la racionalidad, y aun quizás el temor, y su edicto de libertad de conciencia puso inmediatamente de manifiesto la tiranía y la flaqueza de los jesuitas. Muerto el padre, arrojó Basílides al patriarca latino, devolvió a los anhelos de la nación la fe y la disciplina del Egipto. Resonaron cantares de triunfo por las iglesias monofisitas «de que el rebaño de Etiopía quedaba ya rescatado de las hienas de Occidente», y las puertas de aquel reino arrinconado vinieron a cerrarse para siempre (1652, etc.) contra las artes, las ciencias y el fanatismo de Europa.[1136]

XLVIII

PLAN DE LOS TRES TOMOS ÚLTIMOS - SUCESIÓN E ÍNDOLE DE LOS EMPERADORES GRIEGOS DE CONSTANTINOPLA, DESDE EL TIEMPO DE HERACLIO HASTA LA CONQUISTA DE LOS LATINOS

He ido ya eslabonando desde Trajano a Constantino, y desde éste hasta Heraclio, la sucesión interminable de los emperadores romanos, desentrañando, sin rebozo, los vaivenes de prosperidad o de quebranto, de sus reinados. Quedan ya traspuestos cinco siglos de la decadencia y ruina del Imperio, pero media todavía un plazo de ocho siglos, hasta el paradero de mis tareas, la toma de Constantinopla por los turcos. Perseverando en mi carrera, y al idéntico paso, se iría más y más adelgazando y redoblando el hilo de mi narración por tomos sin cuento, sin que cupiesen al lector recompensa proporcionada de instrucción y recreo. Al mover la planta y engolfarnos hondamente en el menoscabo y derribo del Imperio oriental, los anales de cada reinado nos atarearían con afán más árido y desabrido; pues todos seguirían repitiendo y menudeando la relación cansadísima de flaquezas y desdichas. El enlace natural de causas y acontecimientos padecería quiebras incesantes y atropelladas y, agolpando y desmenuzando particularidades, se nublarían los destellos y resultados de aquellos cuadros generales que constituyen la utilidad y la gala de una historia lejana. Fallece Heraclio, y el teatro bizantino se estrecha y se enlobreguece; los ámbitos del Imperio, deslindados con las leyes de Justiniano y las armas de

Belisario, se van encogiendo al mirarlos; el nombre «Romano», el campo grandioso de nuestros afanes, queda arrinconado en un ángulo de Europa, y reducido a los arrabales de Constantinopla, y la suerte del Imperio griego se ha parangonado con la del Rin, que desaparece por los arenales, antes de mezclar sus aguas con las del océano. La escala de aquel señorío se va minorando más y más a nuestra vista, con la distancia de tiempos y lugares, sin que el menoscabo exterior se compense al interior, con rasgos pundonorosos o científicos. Aun en su trance postrero, descollaba positivamente Constantinopla, más opulenta y populosa que Atenas, donde en su temporada más floreciente veintiún mil ciudadanos varones y adultos poseían la suma escasa de seis mil talentos o cinco millones de duros. Pero cada uno de aquellos era ciudadano libre, que afianzaba a su salvo el desahogo de su independencia, en pensamientos, palabras y obras; cuyas personas y haberes vivían escudados con leyes iguales, y que gozaban de voto a su albedrío, en el gobierno de la república. Su número crece y se redobla al parecer con la variedad de sus aspectos descollantes: al resguardo de su libertad, en alas de la competencia y vanagloria, cada ateniense aspiraba a ensalzarse hasta la cumbre del señorío nacional, desde aquella elevación sobrehumana, todavía alzaban allá el vuelo prohombres peregrinos, fuera del alcance de los ojos vulgares, y según escasean los varones sobresalientes en reinos dilatados y populosos, excusados son cómputos de millones soñados. Los ámbitos de Atenas, Esparta y sus aliados, vienen a igualarse con una provincia mediana de Francia y de Inglaterra; pero tras los trofeos de Salamina y de Platea, se ensanchan y se agigantan acá en la fantasía, al par de la inmensidad del Asia, hollada bajo las plantas de los griegos victoriosos. Pero los súbditos del Imperio Bizantino, que se apellidan griegos y

romanos, afrentando a entrambos, están mostrando una identidad yerta de villanías rastreras, sin cohonestarlas con flaquezas de la humanidad, ni realzarlas con la pujanza de atrocidades memorables. Los prohombres de la Antigüedad pudieran repetir con gallardo entusiasmo la sentencia de Homero, «de que al primer día de servidumbre, el cautivo se desmejora en la mitad de su pundonor varonil». Mas el poeta había presenciado solamente los resultados de la esclavitud civil o casera, ni le cabía el predecir, que el despotismo espiritual anonadaría la segunda mitad de las potencias, maniatando, no sólo para las obras, sino aun para los pensamientos, al postrado devoto. Bajo los sucesores de Heraclio, este doble yugo unció a los griegos al mismo carro, que por ley de justicia sempiterna pregonaba al tirano tiznado con las mismas vilezas que los súbditos, y hay que andar ya por el solio, por el campamento y por las escuelas, en busca, tal vez con ansia inservible, de nombres e individuos que merezcan rescatarse del olvido. Ni tampoco se resarce el achaque del asunto, con el primor y las pinceladas de los retratistas. En el espacio de ocho siglos, anubla, allá los cuatro primeros, una cerrazón, en que tan sólo se vislumbra tal cual destello apocado y apagadizo de luz histórica: en las vidas de los emperadores desde Mauricio hasta Alexio, tan sólo el Macedonio Basilio es asunto de una obra particular, y la carencia, pérdida o escasez de testimonios contemporáneos, tiene que suplirse mezquinamente, con la autoridad harto dudosa de hacinadores más modernos. No escasean materiales en los cuatro siglos últimos, pues resucita con la alcurnia Comnenia, la musa histórica de Constantinopla, pero son sus galas oropeladas y su andar es desairado. Sigue su carrera una sarta de sacerdotes y palaciegos, hollando las pisadas de los anteriores, por el idéntico sendero de la servidumbre y la

superstición: sus miras son rastreras, sus conceptos endebles o estragados, y hay que cerrarse el libro rebosante de esterilidad, sin deslindar las causas de los acontecimientos, la índole de los personajes y las costumbres del tiempo que encarecen o zahieren. Este reparo acerca de un hombre debe recaer sobre el pueblo entero, pues la pujanza de la espada trasciende a la pluma, y se palpará con la experiencia, que la entonación de la historia, se encumbra o se postra, al tenor del siglo.

Bajo este concepto orillara yo sin quebranto los esclavos griegos y sus historiadores rastreros, a no hacerme cargo de que el paradero de la monarquía bizantina se enlaza allá pasivamente, con las revoluciones más sonadas y trascendentales que han variado el aspecto del orbe. Nuevas colonias y reinos crecientes fueron luego cuajando los ámbitos de las provincias perdidas, la pujanza eficaz, en paz y en guerra, desamparó a las naciones vencidas y acudió a las vencedoras; y hay que ir desentrañando, en su origen y conquistas, en su religión y gobierno, las causas y efectos del menoscabo y vuelco del Imperio oriental, sin que el campo y el caudal más o menos ameno de la narración se deshermanen de la unidad y el blanco de nuestro intento; y así como el musulmán desde Fez o Delhi se está siempre encarando con el templo de la Meca, tiene el historiador que clavar su vista en la ciudad de Constantinopla. Nuestro rumbo dilatadísimo tendrá que abarcar los páramos de la Arabia y de la Tartaria, para luego venir a concentrarse en los linderos menguadillos de la monarquía romana.

Voy desde ahora a despejar mi plan, para los tres tomos últimos de toda la obra. Comprenderá el primer capítulo, eslabonadamente los emperadores que reinaron en Constantinopla durante el espacio de seis siglos, desde el tiempo de Heraclio hasta la conquista latina; resumen expedito, pero

siempre *atenido* a la coordinación y el texto de los historiadores originales. Me ceñiré, por vía de encabezamiento, a los vaivenes del solio, la sucesión de las familias, la índole individual de los príncipes griegos, las particularidades de su vida y muerte, las máximas y el influjo de su gobierno interior, y la propensión de sus reinados, para atropellar o contener el vuelco del Imperio. Esta reseña cronológica conducirá, para despejar el contenido de los capítulos posteriores, y cuantas circunstancias asomen, por la historia conceptuosa de los bárbaros, se irán encajonando en su lugar competente de los anales bizantinos. El estado interno del Imperio y la herejía azarosa de los paulinos, que conmovió el Oriente y vino a instruir el Occidente, serán el asunto de dos capítulos, mas éstos quedarán pospuestos hasta que nos hayamos adelantado hasta la perspectiva del orbe, en los siglos IX y X de la era cristiana. Enquiciada así la historia bizantina, se nos irán presentando las naciones siguientes, abultando más o menos, según su poderío, trascendencia y conexión en la esfera romana y el correspondiente siglo. I. Los francos, denominación genérica que abarca los bárbaros de Francia, Italia y Germania, unidos con la espada o cetro de Carlomagno. La persecución de las imágenes y de sus devotos vino a separar la Italia toda, del solio bizantino, y labró el restablecimiento del Imperio Romano en el Occidente. II. Los árabes o sarracenos. Se dedicarán tres capítulos cuantiosos a este objeto interesante y peregrino. En el primero, tras el cuadro del país y sus habitantes, procuraré desentrañar la índole personal de Mahometo, y luego su rumbo, religión y éxito como profeta. Encabezaré luego a los árabes conquistando la Persia, el Egipto y el África, provincias del Imperio Romano; sin atajarles la carrera hasta el vuelco de las monarquías de Persia y España; y en el tercero me esmeraré en manifestar cómo se salvaron Constantinopla y la Europa, con el

lujo y las artes, y con las desavenencias y el menoscabo del Imperio de los Califas. Un solo capítulo comprenderá, III. los búlgaros, IV. los húngaros, y V. los rusos que se arrojaron por mar o por tierra, a las provincias y a la capital, pero estos últimos, de tantísima entidad en su poderío actual, mueven la curiosidad acerca de su origen y sus comienzos. VI. Los normandos, o más bien los aventureros particulares de aquel pueblo guerrero, que vinieron a fundar un reino poderoso en la Apulia y en la Sicilia, estremecieron el solio de Constantinopla, ostentaron los trofeos de la hidalguía, y casi realizaron los portentos de las novelas. VII. Los latinos; los súbditos del papa, las naciones del Occidente que se alistaron bajo la bandera de la cruz, para el recobro o el amparo del Santo Sepulcro. Despavoridos y conservados los emperadores con las millaradas de peregrinos que se encaminaban a Jerusalén con Godofredo de Bullón, y los prohombres de la cristiandad. La Cruzada segunda y la tercera, siguieron las huellas de la primera: estrelláronse el Asia y la Europa en una guerra sagrada de dos siglos, y las potestades cristianas tropezaron con el denodado contrarresto de Saladino y de los mamelucos de Egipto, que por fin las arrojaron. En aquellas cruzadas memorables, una armada de franceses y venecianos se desvió de la Siria, sobre el Bósforo de Tracia; asaltó la capital, volcó la monarquía griega, y sentose por sesenta años una dinastía de príncipes latinos, en el solio de Constantino. VIII. Los mismos griegos, deben conceptuarse, en aquella temporada de cautiverio y destierro, como nación extraña, enemiga y luego soberana de Constantinopla. Avivó la desventura tal cual pavesa de pundonor nacional, y allá se condecora algún tanto la sucesión imperial, desde su restauración hasta la conquista turca. IX. Los mogoles y tártaros. Conmoviose el globo, con las armas de Gengis y sus

descendientes, desde la China hasta Polonia y Grecia, quedaron por tierra los sultanes, yacieron los califas y temblaron los Césares en su solio; y las victorias de Tamerlán dilataron por más de medio siglo el exterminio total del Imperio Bizantino. X. Apunté allá los asomos de los turcos, y los nombres de aquellos padres de *Seljuk* y *Otmano* deslindan las dos dinastías, que vinieron a desembarcarse en el siglo XI de los páramos de la Escitia. Planteó la primera un reino prepotente y esplendoroso, desde las márgenes del Oxoes hasta Antioquía y Niza, y la primera cruzada se originó, con el atropellamiento de Jerusalén y el peligro de Constantinopla. Encumbráronse los *otomanos* de humildísimos principios; azote y pavor de la cristiandad. Sitió Mahometo II, y tomó a Constantinopla; y anonadó, allá con su triunfo, las reliquias, la sombra y el dictado del Imperio Romano en el Oriente. El cisma de los griegos va enlazado con sus postreras desventuras, y con el restablecimiento de la sabiduría en el mundo occidental. Volveré, desde el cautiverio de la nueva Roma, a los escombros de la antigua, y aquel nombre venerable, aquel asunto interesantísimo, derramará algún destello de gloria sobre la conclusión de mis afanes.

Había el emperador Heraclio castigado a un tirano y subido a su solio, y se perpetuó la memoria de su reinado con la conquista insubsistente, y la pérdida irreparable de las provincias orientales. Muerta Eudoxia, su primera esposa, desobedeció al patriarca, y contravino las leyes, casándose, en segundas nupcias, con su sobrina Martina, y la superstición de los griegos estuvo viendo el juicio del cielo, en las dolencias del padre y la monstruosidad de su prole. Pero el concepto de un nacimiento ilegítimo basta para indisponer la elección y relajar la obediencia del pueblo; el cariño materno estimulaba la ambición de Martina, y quizás también por envidia de madrastra, pues el

marido ya anciano y endeble, mal podía contrarrestar a las añagazas conyugales. Constantino, su primogénito y adulto, gozaba el dictado de Augusto, pero de complexión achacosa, necesitaba un compañero y ayo, y se avino allá con repugnancia reservada a la partición del Imperio (4 de julio de 638 d. C.). Convocose el Senado a palacio, para revalidar o atestiguar la asociación de Heracleonas, hijo de Martina; plegarias y bendiciones del patriarca consagraron la ceñidura de la diadema; adoraron senadores y patricios al grande emperador, y los partícipes de su reinado, y abiertas luego las puertas, la vocería alborotada, pero trascendental de la soldadesca, aclamó a los soberanos. A los cinco meses (enero de 639 d. C.) se celebraron con boato bizantino las ceremonias grandiosas y esencialísimas en la catedral y en el hipódromo: aparentose suma concordia entre los hermanos regios, asiéndose el menor al brazo del otro, y sonó el nombre de Martina, en las aclamaciones violentas o venales del vecindario. Sobrevivió Heraclio dos años a este acto; declarando en su postrer testamento (11 de febrero de 641 d. C.) a entrambos hijos herederos iguales, en el Imperio oriental, y mandándoles acatar a la viuda Martina como a su madre y soberana.

Al asomar en el solio Martina con el nombre y atributos de emperatriz, se vio atajada con una oposición reverente pero incontrastable, y allá ciertas cenizas apagadas de libertad, se avivaron al soplo de la vulgaridad supersticiosa. «Acatamos —prorrumpió la voz de un ciudadano–, acatamos a la madre de nuestros príncipes, mas tan sólo a ellos debemos obediencia, y el mayor Constantino se halla en edad de sobrellevar solo el peso del cetro. Naturaleza excluyó a vuestro sexo de los afanes del gobierno. ¿Cómo podéis pelear? ¿Cómo acertaréis a contestar a los bárbaros, que con intento amistoso, o dañado, asomen por la

ciudad regia? ¡Así los cielos alejen de la República romana ese desdoro nacional, que aun destemplaría hasta a los mismos esclavos de Persia!». Apeose Martina airada del solio, y se guareció en la vivienda mujeril de palacio. Tan sólo ciento tres días duró el reinado de Constantino III; falleció a los trece años de edad, y aunque su vida fue una dolencia incesante, prevaleció el concepto de que el veneno había sido el matador, y su madrastra la autora de su temprana muerte. Con efecto, Martina cogió el esquilmo ideado, y empuñó las riendas del gobierno, en nombre del emperador restante (25 de mayo de 641 d. C.) pero aborrecida universalmente la viuda incestuosa de Heraclio, se enceló el pueblo y tomó a su cargo los dos huerfanillos que había dejado Constantino. En vano fraguaron que el hijo de Martina, de solos quince años, se constituyese ayo de los niños, uno de los cuales era su ahijado, y en vano juró sobre el leño de la verdadera cruz escudarlos contra todos sus enemigos. Había el difunto emperador, en su agonía, encargado a un sirviente leal, que armase las tropas y provincias del Oriente, en defensa de los niños desvalidos: arengó y agasajó Valentín con éxito, y desde su campamento de Calcedonia, pidió denodadamente el castigo de los asesinos, y el restablecimiento del heredero legítimo. El desenfreno de la soldadesca que andaba vendimiando los viñedos asiáticos, y consumiendo el vino de los ciudadanos, alborotó el vecindario de Constantinopla, contra los autores caseros de sus quebrantos, y el cimborio de Santa Sofía estaba retumbando, no ya con himnos y plegarias, sino con los clamores e imprecaciones de una muchedumbre enfurecida. A su voz incontrastable, tuvo que asomar Heracleonas en el púlpito, con el mayorcillo de los huérfanos reales, sólo Constante fue aclamado emperador de los romanos, ciñéndole las sienes con una corona de oro, tomada

del túmulo de Heraclio, y bendiciéndole solemnemente el patriarca. Pero en la oleada de aquellas iras gozosas, una caterva revuelta de judíos y bárbaros saqueó la iglesia y mancilló el santuario; y el monotelita Pirro, hechura de la emperatriz, dejando su protesta sobre el altar, se salvó cuerda y atropelladamente del ímpetu de los católicos. Empeño más arduo y sangriento quedaba al Senado, que logró cierta pujanza momentánea, con el arrimo de la soldadesca y el vecindario. El denuedo de la libertad romana resucitó los ejemplares antiguos y grandiosos de la resistencia contra los tiranos, y los reos imperiales fueron sindicados y sentenciados, como autores de la muerte de Constantino. Mas el castigo indistinto de inocentes y culpados, mancilló la severidad de aquellos padres conscriptos, condenando a Martina y Heracleonas al cercén de la lengua a la primera, y a su hijo de la nariz, y tras esta ejecución inhumana, tuvieron que acabar allá sus días, arrinconados en un destierro (septiembre de 641 d. C.). Cualquier griego sensato pudo consolarse de su servidumbre, al ver hasta qué extremo se propasaba la aristocracia, teniendo momentáneamente la potestad en sus manos.

Retrocedamos en idea cinco siglos al tiempo de los Antoninos, y vendremos a escuchar la arenga de Constante II, a los doce años de su edad, ante el Senado bizantino. Tras su nacimiento de gracias por el castigo justísimo que habían marchitado las lozanas esperanzas del reinado de su padre. «Con la providencia divina y vuestro decreto justiciero, Martina y su prole incestuosa fueron derrocados del solio: vuestra majestad y sabiduría han precavido que el Estado romano degenerase en tiranía desenfrenada; por tanto, os amonesto y ruego que estéis a la mira, como jueces y consejeros del salvamento público». Agasajó a los senadores con su alocución reverente y con dádivas

cuantiosas, mas aquellos griegos rastreros desmerecían y esquivaban la libertad, la oratoria de un rato quedó luego olvidada, con las vulgaridades arraigadas y la práctica del despotismo. Tan sólo vino a conservar en cuenta la zozobra celosa, de que el Senado o el pueblo asaltasen su derecho de primogenitura, y sentasen a su lado en el solio al hermano Teodosio. Para inhabilitar a éste, le impusieron las órdenes sagradas, mas no por esta ceremonia, profanadora de los sacramentos, amainaron los recelos del tirano, y tan sólo la muerte del diácono Teodosio alcanzó a purgar su delito del nacimiento real. Desagraviáronle las imprecaciones del pueblo, y tuvo el asesino que desterrarse voluntaria y perpetuamente, en medio de todo su poderío. Se embarcó para la Grecia, y se cuenta que en demostración de corresponder al aborrecimiento que se había merecido, escupió, desde la galera imperial, contra las murallas de su patria. Invernó en Atenas, dio la vela para Tarento en Italia, visitó Roma, y terminó su dilatada peregrinación de afrenta y robo sacrílego, avecindándose en Siracusa. Mas huyendo de su pueblo, no podía desapropiarse de sí mismo, pues sus remordimientos entrañables, abortaron un vestigio que lo iba acosando día y noche, por mar y por tierra, y el soñado Teodosio arrimando a sus labios una copa de sangre, estaba diciendo al parecer: «Bebe, hermano, bebe»: simbolizando así lo sumo de su atentado, por haber recibido de las manos del diácono la copa mística de la sangre de Cristo. Odioso para sí mismo como para todos, feneció Constante, por traición casera, o tal vez episcopal, en aquella capital de Sicilia. El sirviente que le acompañaba en el baño, después de verterle el agua sobre la cabeza, le descargó reciamente con la misma vasija, y los demás que estaban extrañando su pesada tardanza miraron con indiferencia el cadáver del emperador. Las tropas de Sicilia

revistieron con la púrpura un mancebo, cuya beldad sin par no acertaron a remedar los torpísimos artistas de aquel siglo.

Había dejado Constante en el palacio bizantino tres hijos, y el primero engalanado ya desde niño, con la púrpura. Al empeñarse el padre que acudiesen a Sicilia, detuvieron los griegos tan preciosos rehenes, participándole terminantemente, que eran hijos del Estado: llegó, con diligencia casi sobrenatural, el aviso de su muerte, desde Siracusa a Constantinopla, y el primogénito Constantino heredó su solio (septiembre de 668 d. C.), mas no su aborrecimiento público. Acudieron los súbditos desaladamente a castigar la maldad y el descoco de una provincia usurpadora de los derechos del Senado y del pueblo; dio la vela el tierno emperador del Helesponto con armada poderosa y las legiones de Roma y de Cartago se juntaron bajo su bandera, en la bahía de Siracusa. Fácil fue la derrota del usurpador siciliano, justo su castigo, y su cabeza se colgó, con toda su hermosura, en el hipódromo; mas no rebosaba de clemencia un príncipe que, entre una caterva de víctimas, condenó al hijo de un patricio por condolerse, con algún desentono, de la ejecución de un padre virtuoso. Castraron al mozo, y sobreviviendo a la operación, se conserva la memoria de esta cruel indecencia, en el ensalzamiento de Germano a la jerarquía de patriarca y de santo. Tras verter esta libación sangrienta sobre el túmulo de su padre, regresó Constantino a su capital, y se pregonó al mundo griego el asomo de su bozo, durante el viaje siciliano, con el dictado familiar de Paganato. Pero la idéntica deshermandad que la de su antecesor, mancilló también su reinado. Había condecorado con el tratamiento de Augustos a sus dos hermanos Heraclio y Tiberio, pero sin trascendencia, pues seguían penando, ajenos de confianza y de potestad, por las soledades del palacio. Las tropas del *tema* o de

la provincia de Anatolia, incitadas ocultamente por ellos, se acercaron a la ciudad por la parte del Asia, y pidieron, para entrambos hermanos regios, la partición o ejercicio de la soberanía, corroborando su asonada, con un argumento teológico. Eran cristianos, clamaban, y católicos acendrados, devotos entrañables de la sagrada e indivisible Trinidad, y puesto que en el cielo hay tres personas iguales, ha de ser muy fundado en razón, el que las haya también, a su puntualísimo remedo, sobre la tierra. Brindó el emperador a teólogos de tal cuantía, una conferencia amistosa en la cual pudieran desentrañar sus argumentos, ante el Senado; acudieron al llamamiento, pero la perspectiva de sus cadáveres colgados en una horca del arrabal de Gálata, avino a sus compañeros con la unidad del reinado de Constantino. Indultó a sus hermanos, cuyos nombres siguieron sonando en las aclamaciones públicas, mas con la repetición, o sospecha de igual demasía, los príncipes reos se quedaron sin dictados y sin narices, a presencia de los obispos católicos, congregados en Constantinopla para el sexto sínodo general. Todo el afán de Pogonato hacia el fin de su vida se contrajo en arraigar el derecho de primogenitura; ofreció en el sagrario de san Pedro la cabellera de sus dos hijos Justiniano y Heraclio, simbolizando su adopción espiritual por el papa, mas sólo el mayor quedó ensalzando a la jerarquía de Augusto, y a la futura del Imperio.

Muerto el padre, la herencia del mundo romano recayó en Justiniano II (septiembre de 685 d. C.) y el nombre de un legislador triunfante, vino a quedar afrentado con los desbarros de un muchacho que sólo remedó a su tocayo en el costosísimo boato de los edificios. Disparados eran sus ímpetus y su entendimiento escaso, y se embriagó con el engreimiento desatinado de que su nacimiento le posesionaba del mando de

millones, quienes ni el menor concejo le nombraron para uno de su ayuntamiento. Vinculaban su privanza dos entes ajenísimos de todo impulso de humanidad, un eunuco y un monje; entregando al primero el palacio, y la hacienda al segundo; aquél manejaba a latigazos a la madre del emperador y éste colgaba de las piernas a los tributarios insolventes sobre un hogar humoso y apagadizo. Desde el tiempo de Cómodo y Caracalla, solían ser las zozobras de los príncipes romanos los móviles de sus crueldades, pero Justiniano que blasonaba de entereza, se estaba empapando en los padecimientos, y maliciando allá la venganza de los súbditos por espacio de diez años, hasta que colmó la medida de sus propias maldades, y del sufrimiento ajeno. Yaciera más de tres años en una mazmorra Leoncio, general de concepto, con algunos patricios beneméritos; lo sacan repentinamente para el gobierno de la Grecia, pero este ensalzamiento de un agraviado arguye más bien menosprecio que confianza del príncipe. Acompáñanle al embarcadero varios amigos oficiosos, y advierte Leoncio suspirando, que es una víctima engalanada para el sacrificio, y que una muerte inevitable está abocada sobre sus pasos. Arrójanse a contestarle que la gloria y el Imperio pudieran galardonar un denuedo gallardo; que todas las clases aborrecen, a cual más, el reinado de un monstruo, y que las diestras de doscientos mil patriotas están únicamente esperando un caudillo. Acuerdan la noche para el intento; matan al prefecto, allanan las cárceles, los emisarios de Leoncio van voceando por las calles: «Cristianos, a Santa Sofía»; y el texto oportunísimo del patriarca: «Éste es el día del Señor» es el arranque de un sermón infamador. El vecindario en la iglesia se emplazó para el hipódromo; arrastraron a Justiniano, por cuya causa no se desenvaina un solo acero, ante aquellos jueces amotinados, y

claman por la muerte ejecutiva del tirano; mas Leoncio, revestido ya con la púrpura, se conduele enternecidamente de aquel hijo, postrado y lloroso, de su bienhechor, y de tantos emperadores. Se le conserva la vida, se hace el ademán de cercenarle la nariz, y tal vez la lengua; el idioma pastoso de los griegos facilitó el apodo de Ritnometo, o naricortado, y el tirano medio mutilado fue a parar con su destierro a Quersona, en la Tartaria Crimenea; establecimiento arrinconado, a donde el trigo, el vino y el aceite se llevaban como lujo extranjero.

Allá asomado a los páramos de la Escitia, todavía abrigó Justiniano el engreimiento de su cuna, y la esperanza de su restauración. A los tres años de su destierro, recibe el aviso halagüeño de su desagravio en otra revolución (695-705 d. C.) que destronaba a Leoncio, con el cercén acostumbrado, acaudillada, en los mismos términos, por Apsimar, tomando el nombre más decoroso de Tiberio. Pero el título de la sucesión lineal se hacía siempre temible a un usurpador plebeyo, y se avivaban sus celos con las quejas y tachas de los quersonitas, quienes estaban mirando los devaneos del tirano, en el desenfreno de un desterrado. Con una gavilla de secuaces, por afecto o por desesperación, huye Justiniano de las playas inhabitables, a la ranchería de los chozares, que plantaban sus aduares entre el Tanais y el Borístenes. El khan recibió con lástima y miramiento al suplicante regio; le señaló para su residencia a Fanagoria, ciudad opulenta, en lo antiguo, por el lado asiático del lago Meotis, y se orillaron preocupaciones romanas, para desposarse con la hermana del bárbaro, que, según su nombre de Teodora, habría recibido el sacramento del bautismo; con el oro de Constantinopla coechó luego al aleve Chozar, y a no revelarle el intento el cariño conyugal de Teodora, iba el esposo a ser asesinado, o puesto en poder de sus

enemigos. Justiniano después de ahogar con sus propias manos a los dos emisarios del khan, devolvió la esposa a su hermano, y se embarcó en el Euxino en busca de aliados nuevos y más leales. Asaltó una tormenta desecha a su bajel, y uno de sus afectuosos acompañantes le aconsejó que se congraciase con Dios, haciendo voto de indultar sin excepción a todos, si recobraba el solio. «¿Indulto? —replicó el tirano denodado—. ¡Así fenezca yo en este punto!, ¡así me hunda el Todopoderoso en las olas, si me avengo a perdonar a uno solo de mis enemigos!». Sobrevivió a tan impío arranque, se internó por la embocadura, aventuró su persona en la aldea regia de los búlgaros y ferió el auxilio de Terbolis, un conquistador pagado, con la promesa de su hija y una partición garbosa de los tesoros del Imperio. Extendíase el reino búlgaro hasta el confin de Tracia, y entrambos príncipes vinieron a sitiar a Constantinopla acaudillando quince mil caballos. Apsimar se arredró al asomo repentino y enemigo de su competidor, cuya cabeza había prometido el Chozar, y cuyo salvamento ignoraba, y estando trascordadas, mediando diez años, las maldades de Justiniano, y condoliéndose la muchedumbre del nacimiento y desventuras de su soberano hereditario, mal hallada como siempre con la potestad actual, lo introdujeron sus allegados eficaces en la ciudad y el palacio de Constantino.

Manifestose Justiniano pundonoroso y agradecido en llamar a su esposa y galardonar a sus aliados, y se retiró Terbolís cargado de oro, cuyas monedas estuvo midiendo con el látigo escítico (705-711 d. C.); pero no cabe voto más religioso y colmadamente cumplido, que el juramento solemne proclamado en medio de las tormentas del Euxino. Ambos usurpadores, pues tengo que reservar el apodo de tirano para el vencedor, fueron arrebatados al hipódromo, uno del calabozo y

otro del palacio, y antes de ajusticiarlos, se les tendió aherrojados bajo el solio del emperador, y Justiniano ahincando sus plantas sobre entrambas cervices, estuvo mirando más de una hora la carrera de caballos, mientras el pueblo voluble voceaba las palabras del Salmo: «Hallarás el áspid y el basilisco, y pondrás el pie sobre el león y la sierpe». El desvío universal que había allá padecido, pudiera incitarle a repetir el anhelo de Calígula, de que el pueblo romano tuviera una sola cerviz; pero yo me adelanto a expresar que semejante ansia es muy ajena de un tirano discreto, pues su venganza y crueldad quedaban yertas al primer golpe, en vez de la variedad de tormentos con que Justiniano iba martirizando las víctimas de su saña. Regalábase sin término; ni pundonor ni servicios alcanzaban a desagraviarle de la obediencia activa o pasiva al gobierno establecido, y en los seis años de su nuevo reinado, conceptuó el hacha, el dogal y el potro, como los únicos realces del solio. Pero asestó muy particularmente su odio contra los quersonitas, que le insultaron en el destierro, y hallaron y hollaron las leyes de la hospitalidad. Su situación lejana les proporcionaba defensa, o al menos salvamento, y se impuso a Constantinopla una contribución cuantiosa para la habilitación de escuadra y ejército: «Todos son reos, y todos han de morir» fue el decreto de Justiniano y encargó su ejecución a su predilecto Esteban, a quien realzaba el apodo de Montaraz. Aun el cerril Esteban descabalaba los intentos del soberano, pues su pausado avance franqueó a grandísima parte del vecindario la salida al campo, y aquel ministro vengador se contentó con reducir a servidumbre la juventud de ambos sexos, con asar vivos a siete de los principales ciudadanos, ahogar a veinte en el mar y reservar cuarenta y dos aherrojados, para que los sentenciase el emperador con sus propios labios. La escuadra al regreso se estrelló contra la costa

brava de Anatolia; y Justiniano celebró el acatamiento del Euxino, que le había tributado tantísimos miles de súbditos y enemigos en el naufragio general: pero seguía siempre el tirano sediento de sangre, y se dispuso segunda expedición para exterminar los restos de la colonia proscrita. En aquel breve intermedio, habían vuelto los quersonitas a su pueblo, con ánimo de morir en el trance; el khan de los chozares se había desentendido de la causa de su odioso hermano, los desterrados de todas las provincias se juntaron en Tauris, y revistieron con la púrpura a Bardanes, bajo el nombre de Filípico. La tropa imperial, ajena o incapaz de poner por obra las venganzas de Justiniano, se resguardaron de su enojo, extrañándose de su mando; la escuadra con rumbo más venturoso, aportó al regreso en Sínope y Constantinopla, y toda lengua se mostraba ansiosa de pronunciar como toda mano de ejecutar, la muerte del tirano. Desertó su guardia de bárbaros, y careciendo de amigos, la puñalada de un asesino se encareció, como rasgo de patriotismo y de virtud romana. Refugiose su hijo Tiberio en una iglesia, le guardaba la puerta su anciana abuela, y el niño inocente, colgándose al cuello las reliquias más pavorosas, estaba abrazando con una mano el altar, con la otra el leño de la verdadera cruz. Pero el ímpetu popular avasalla la superstición, y ensordece a los alaridos de la humanidad, y la alcurnia de Heraclio quedó extinguida, tras el reinado de un siglo.

Entre el vuelco de la dinastía Heraclia, y el ensalzamiento de la Isauria, median tan sólo seis años, divididos en tres reinados. Bardanes, o Filípico (711 d. C.) fue aclamando en Constantinopla con ínfulas de héroe libertador de su patria, de las garras de un tirano; y le cupo paladear arranques de bienaventuranza, en los disparos del entrañable y universal regocijo. Había dejado Justiniano en pos de sí, un tesoro

cuantioso, parto de sus crueldades y rapiñas, pero lo aventó el sucesor pronta y desvariadamente. Embelesó Filípico al vecindario, en la función de su nacimiento, con los juegos del hipódromo, desde allí anduvo por las calles con el boato de mil banderas y otros tantos clarines, se estuvo recreando en los baños de Zeuxipo, y vuelto a palacio, agasajó a los nobles con un banquete suntuoso. Retirose a sestear a su estancia, embriagado de vino y de lisonjas, y ajeno de que su ejemplar trascendía a todo súbdito ambicioso, y que éste era su enemigo recóndito. Entrometiéronse conspiradores denodados en el bullicio de la función, y el monarca adormecido quedó maniatado, ciego y depuesto, antes que soñase en su peligro. Mas quedaron los traidores frustrados de su galardón, pues la voz libre del Senado y del pueblo, encumbró a Artemio del cargo de secretario al de emperador: se apellidó Anastasio II, y sobresalió en un reinado breve y revuelto, con sus prendas de paz y de guerra; pero extinguida la línea imperial, se andaba atropellando todo miramiento y obediencia, y cada variación derramaba semillas de nuevas revueltas (4 de junio de 715 d. C.). En un alboroto de las tripulaciones, revistieron, a un arrinconado dependiente de la Hacienda, con la púrpura a viva fuerza, y tras algunos meses de guerra naval, arrimó Anastasio el cetro, y luego el vencedor, Teodosio III, se doblegó al predominio de León, general y emperador de las tropas orientales. Se franqueó a los dos antecesores la profesión eclesiástica: el desasosiego de Anastasio le arrebató a arriesgar y perder su vida (enero de 716 d. C.) en un empeño alevoso; pero los días últimos de Teodosio fueron condecorados y sin zozobra. La voz única y sublime «Sanidad» que estampó en su túmulo, estaba diciendo su confianza filosófica y religiosa, y duró largamente la nombradía de sus milagros en el pueblo de Éfeso.

Aquel resguardo decoroso de la iglesia, pudiera a veces infundir sus rasgos de clemencia, pero queda siempre dudoso, si redunda en interés público el afianzamiento de una ambición malograda.

He tenido que pararme en el vuelco de un tirano, voy a compendiar la fundación de una dinastía nueva, sonada en la posteridad por los cargos de sus enemigos, y cuya vida, pública y privada, va embebida en la historia eclesiástica de los iconoclastas (25 de marzo de 718 d. C.). Pero a pesar de la vocinglería de la superstición, la cuna ruin y la duración del reinado de León Isaúrio, vienen a redundar en algún concepto favorable de sus prendas. I. En un siglo de ánimos denodados, la perspectiva de toda una corona imperial, tenía que estar enardeciendo el pecho, y producir una caterva de competidores tan beneméritos como ansiosos de reinar. Aun en el cenagoso apocamiento de los griegos modernos, el ensalzamiento de un plebeyo de la esfera ínfima a la suprema, está suponiendo cierto descollamiento, sobre el nivel de la muchedumbre. Ni le incumbía quizás, ni le interesaba, el ser científico, y en la carrera de sus medros, se desentendería de rasgos de equidad y de benevolencia; pero realzaban su temple, tino y fortaleza, conocimiento de los hombres, y maña para granjearles el albedrío y avasallar sus propensiones. Consta que León era natural de Isauria, y su primitivo nombre Conon. Los escritores, cuya demasiada sátira redunda en alabanza, lo retratan como un buhonero, que aguijando su asnillo iba de feria en feria, revendiendo géneros baladíes; y refieren fatuamente, que tropezó con unos judíos, que diciéndole la buena ventura le prometieron el Imperio, bajo la condición de que dejase la idolatría de toda especie. Relación más probable cuenta la traslación de su padre del Asia Menor a la Tracia, donde estuvo haciendo el negocio ventajoso de ganadero, debiendo progresar

en su granjería, porque al primer asomo de su hijo, abasteció el campamento imperial con quinientas reses. Se estrenó en la guardia de Justiniano, donde luego conoció y se le enceló el tirano. Descolló con su denuedo y maestría en la guerra de Colcos; le encargó Anastasio el mando de las legiones Anatolias, y con los votos de la soldadesca, se encumbró al Imperio, con aplauso general del orbe romano. II. En este azaroso encumbramiento, acertó León III a contrastar la envidia de sus iguales, el desagrado de un bando poderoso, y los embates de enemigos extraños y caseros. Los católicos, acusadores de sus innovaciones religiosas, están confesando que las emprendió con templanza y las manejó con entereza. Su silencio está igualmente respetando la cordura de su entendimiento y la pureza de sus costumbres. Tras un reinado de veinticuatro años, vino a espirar pacíficamente en su palacio de Constantinopla, y la púrpura que se había granjeado, logró ir trasladándola, por herencia, hasta la tercera generación.

El hijo y sucesor de León, Constantino V, apellidado Coprónimo, en su larguísimo reinado de treinta y cuatro años, embistió con más destemplanza a las imágenes, o ídolos de la iglesia (28 de junio de 741 d. C.). Allá sus devotos han diluviado raudales de hiel religiosa sobre los retratos de aquella pantera atigrada, aquel anticristo, aquel dragón alado, de la semilla de las sierpes, que sobrepujó en maldades al mismo Nerón, a todo un Heliogábalo. Matanza perpetua fue su reinado de lo más esclarecido, más sagrado e inocente de todo el Imperio. Asistía el emperador en persona a la ejecución de sus víctimas, se enteraba de sus agonías, escuchaba sus gemidos, y se empapaba más y más sediento en la sangre; recibía por ofrenda muy halagüeña una bandeja de narices, y solía con sus reales manos azotar o lisiar a sus sirvientes. Se apellidaba Coprónimo,

por haber enturbiado la fuente bautismal; todo era disculpable en la niñez, pero ya de varón, sus torpezas lo envilecieron hasta lo sumo de la irracionalidad; su lujuria barajaba el deslinde sempiterno de especies y sexos, y aun al parecer se saboreaba brutalmente, con los objetos más repugnantes a la sensibilidad humana. Para su religión, el iconoclasta era hereje, judío, mahometano, pagano y ateísta, y su creencia de una potestad invisible tan sólo aparecía en sus ritos mágicos, víctimas humanas y sacrificios nocturnos, a Venus y a los demonios de la Antigüedad. Tiznaron su vida los desbarros más contrapuestos, y las úlceras que le fueron cubriendo el cuerpo, le anticiparon, al trance de la muerte, los tormentos infernales. De tantísimos cargos como he ido sufridamente copiando, parte quedan desvanecidos con su misma monstruosidad, y en las particularidades recónditas de la vida de los príncipes, la patraña es más obvia, por cuanto se hace más arduo el desengaño. Sin prohijar aquella máxima aciaga, de que cuando mucho se agolpa algo ha de quedar cierto, se deslinda sin embargo, que Constantino V era un disoluto y un inhumano. Más bien suele abultar que fingir la calumnia, y su desenfreno queda también atajado, hasta cierto punto, con la experiencia del siglo y el país a que se refiere. Se menciona el número con los nombres de obispos, generales y magistrados notables y pacientes, en ejecución pública y con lisiadura visible y permanente. Odiaban los católicos la persona y el gobierno de Coprónimo, pero este mismo aborrecimiento comprueba su atropellamiento. Encubren las demasías que pudieran disculpar o sincerar su violencia, pero estos mismos desacatos debieron ir enconando más y más su rencor y enmudecer su índole, en el ejercicio y el abuso del despotismo; mas no carecía Constantino V de prendas, y no siempre su gobierno se hizo acreedor a tanta maldición y

menosprecio, por parte de los griegos. Sus enemigos mismos nos enteran de que restableció un acueducto, de que rescató dos mil quinientos cautivos, de que hubo abundancia colmada en su tiempo; y que repobló a Constantinopla y las ciudades de Tracia con nuevas colonias. Están elogiando violentamente su actividad y su denuedo; acaudillaba a caballo sus legiones, y aunque fue varia la suerte de sus armas, triunfó por mar y por tierra, sobre el Éufrates y el Danubio, y en la guerra civil y contra los bárbaros. Hay que contraponer alabanzas heréticas para contrapesar las reconvenciones católicas, reverenciaban los iconoclastas las virtudes del príncipe, y cuarenta años después, todavía estaban rezando en la tumba del difunto santo. El fanatismo o el engaño, fueron propagando una visión milagrosa, donde se apareció el héroe sobre un caballo blanquísimo, blandiendo su lanza contra los paganos de Hungría, «patraña disparatada —dice el historiador católico— puesto que Coprónimo yace aherrojado, con los demonios en las mazmorras infernales».

León IV, hijo de Constantino V, y padre del VI (14 de septiembre de 775 d. C.) era endeble de cuerpo y alma, y el desvelo capital de su reinado se cifró en el arreglo de la sucesión. La oficiosidad vehemente de los súbditos ocasionó la asociación del mozo Constantino, y el emperador hecho cargo de su propio quebranto, se avino, tras cierta cavilación discreta, con tan unánimes anhelos. Fue coronado el niño regio, con su madre Irene, y cuanta pompa y solemnidad pudiera embelesar la vista y vincular los ánimos de los griegos, se emplearon en la revalidación del consentimiento nacional. Juramentáronse palaciegos y eclesiásticos, y luego el pueblo todo, en el hipódromo, invocando los nombres sagrados del Hijo y de la Madre de Dios. «Sea testigo Jesucristo, de que celaremos el salvamento de Constantino, hijo de León, le serviremos a todo

trance, y acataremos lealmente a su persona y su descendencia». Se juramentaron determinadamente sobre el leño de la verdadera cruz, y el acta de su compromiso, sobre el altar de Santa Sofía. Los primeros en jurar y en perjurarse, fueron los cinco hijos de Coprónimo en segundas nupcias, y es la historia de aquellos príncipes trágica y peregrina. Excluidos del solio por segundos, la sinrazón del primogénito los defraudó de una manda de cerca de diez millones de duros, sin que se conceptuasen compensación suficiente ciertos dictados aéreos, en cambio de caudales y poderío; y así anduvieron conspirando repetidamente contra el sobrino antes y después del fallecimiento del padre. Se les indultó por la primera tentativa; a la segunda fueron sentenciados al estado eclesiástico, mas por la tercera traición se cegó al primogénito, y a los cuatro hermanos, Cristóbal, Nicetas, Antemio y Eudoxas, por vía de castigo más leve, se les cercenó la lengua. Tras cinco años de encierro, lograron retraerse a la iglesia de Santa Sofía, y fue muy lastimosa su presencia para el pueblo. «Compatricios y cristianos —clamaba Nicéforo por sí y por sus hermanos mudos–, aquí estáis viendo a los hijos de vuestro emperador, si es que podéis reconocer nuestros semblantes, en tan suma desdicha. La vida, y vida descabalada, es lo único que la maldad de nuestros enemigos ha venido a dejarnos; y aun ésta la tenemos amagada, y así allá nos arrojamos a vuestra compasión». Iba creciendo el murmullo, que pudiera parar en alboroto, a no enfrenarlo la presencia de un ministro que anduvo halagando a los desventurados príncipes con zalamerías y esperanzas, y los condujo sosegadamente del santurio al palacio. Embarcáronlos arrebatadamente, y fue Atenas el paraje de su destierro. En tan bonancible retiro y desvalida situación, Nicéforo y sus hermanos vivían aún atormentados y sedientos de poderío, y se fueron tras

el brindis de un caudillo eslavón, que se ofreció a libertarlos y conducirlos con armas y con la púrpura, hasta las puertas de Constantinopla, mas el vecindario de Atenas finísimo en la causa de Irene, se anticipó a su justicia o su crueldad, y empozó allá a los cinco hijos de Coprónimo en lobreguez y olvido sempiterno.

Había el emperador escogido para sí una consorte bárbara, hija del khan de los chozares; mas para el desposorio de su hijo, antepuso una doncella ateniense, huérfana y de diez y siete años, cuyo único realce se cifraba en sus prendas personales. Celebrose la boda de León e Irene con boato regio (8 de septiembre de 780 d. C.) y luego embelesado el endeble marido llegó a declarar, en su testamento, a la emperatriz, aya del orbe romano y de su hijo Constantino VI, de la edad de diez años. Durante su niñez estuvo Irene desempeñando, en el régimen público, atinada y eficazmente, el cargo de madre leal, y su afán por el restablecimiento de las imágenes, le granjeó el nombre y los blasones de santa, como los está todavía disfrutando en el calendario griego. Pero el emperador, ya mozo, desamaba el yugo materno, y se aunó con los íntimos de su edad que alternaban en sus recreos, y ansiaban participar de su poderío. Le patentizaron su derecho, le encarecieron su desempeño para reinar, y se avino a galardonar los servicios de Irene, con un destierro perpetuo a la isla de Sicilia. Mas Irene desvelada y perspicaz, aventó fácilmente aquel temerario intento, descargando igual o mayor escarmiento sobre sus contrarios, y cabiéndole, al ingrato principillo, el castigo propio de un niño. Tras esta reyerta, la madre y el hijo encabezaron sus respectivos bandos, y en vez de influjo halagüeño y obediencia voluntaria, tenía aherrojado un cautivo y un enemigo. Abusó de la victoria y se estrelló la emperatriz; requirió juramento de fidelidad para

ella sola, y se pronunció con agrio murmullo; hasta que rehusándolo denodadamente la guardia armenia, prorrumpieron todos en la declaración desenfadada, de que Constantino VI, era el emperador legítimo de los romanos. Subió bajo este concepto a su trono hereditario, arrinconando a Irene allá en su soledad y sosiego. Disimuló enteramente su altanería; halagó a los obispos y a los eunucos, avivó el cariño filial del príncipe, recobró su confianza, y burló su credulidad. No carecía Constantino de sensatez y denuedo, pero quedó estudiadamente desatendida su educación, y la madre ambiciosa estuvo patentizando al desengaño público, los desbarros que había fomentado, y los actos que reservadamente le aconsejaba; y así con su divorcio y segundo desposorio se estrelló con las preocupaciones del clero, y desmereció la adhesión de su guardia armenia, con el desacuerdo de sus rigores. Se fraguó una conspiración poderosa para el restablecimiento de Irene, y el secreto, aunque entre muchos, se estuvo guardando por más de ocho meses, hasta que maliciándolo el emperador, huyó de Constantinopla, con intento de apelar a las provincias y los ejércitos. Quedó la emperatriz, con esta fuga atropellada, como asomada al despeñadero; mas quiso antes de implorar la conmiseración de su hijo, escribiendo cartas particulares a los amigos que tenía puestos a su inmediación, amenazándolos de que iba a revelar su traición si no la cumplían. Esta zozobra tuvo que envalentonarlos; afianzan el emperador en la playa asiática, lo traen al aposento de Pórfido, donde había nacido en palacio, y como la ambición de Irene se desentiende allá de todo arranque de humanidad y de naturaleza, hace decretar en su consejo sangriento, que se imposibilite a Constantino de ocupar el solio; sus emisarios asaltan al príncipe dormido tan atropelladamente, que le clavan sus estoques por los ojos, en ademán de muerte.

Un paso enmarañado de Teófanes persuadió al analista de la Iglesia, que feneció el paciente en el acto. El engaño avasalló la autoridad de Baronio; el afán de los protestantes ha andado repitiendo las palabras de un cardenal, ansioso al parecer de abonar a la favorecedora de las imágenes. Pero el hijo ciego de Irene, sobrevivió largos años atropellado por la corte, y olvidado en el mundo: feneció calladamente la dinastía Isáurica, y la memoria de Constantino llegó únicamente a recordarse, con motivo de los desposorios de su hija Eufrasina, con el emperador Miguel II.

Hasta el catolicismo más preocupado abominó fundadamente de aquella madre descastada, que apenas tiene parangón en la historia de las maldades (19 de agosto de 792 d. C.). La superstición achacó a su sangriento atentado la lobreguez inmediata de diecisiete días; con la cual varios bajeles en medio del día perdieron su rumbo, como si el sol, aquel globo de fuego, tan grandioso y lejano, se condoliese de los atomillos girantes en un planeta. Por cinco años quedó impune la atrocidad de Irene sobre la tierra; descolló su reinado exteriormente, y con tal que enmudeciese su conciencia, ni oyó ni vio las reconvenciones de las gentes. Doblegose el orbe romano al gobierno de una hembra, y al pasear las calles de Constantinopla, asían las riendas de sus cuatro blanquísimos alazanes, otros tantos patricios, que iban a pie delante de la carroza dorada de su reina. Pero solían ser eunucos todos ellos, y su ingratitud desalmada comprobó, en este trance, el odio y menosprecio del pueblo. Encumbrados, enriquecidos y condecorados con las primeras dignidades del Imperio, conspiraron ruinmente contra su bienhechora. El tesorero mayor Nicéforo, fue revestido reservadamente con la púrpura, introducido en el palacio y coronado en Santa Sofía, por el

patriarca venal. En su primer avistamiento, Irene fue apuntando con señorío los vaivenes de su vida, tildó suavemente la alevosía de Nicéforo, insinuó que debía la vida a su candorosa clemencia, y requirió un retiro decoroso y honorífico, por el solio y los tesoros que le cedía. Denegole su codicia suma aquella compensación tan comedida, y toda una emperatriz, desterrada en la isla de Lesbos, tuvo que acudir, para ganar su escaso sustento, al trabajo de la rueca.

Reinaron ciertamente muchos tiranos más forajidos que Nicéforo (31 de octubre de 802 d. C. pero ninguno en cuyo pecho haya encarnado más hondamente, sin excepción, el aborrecimiento. Tiznaban su alma los tres achaques odiosísimos de hipocresía, ingratitud y avaricia; sin que sus alcances compensasen la total carencia de pundonor, ni que algún asomo de prendas encubriese su rematada idiotez. Negado e infeliz en la guerra, quedó vencido por los sarracenos y muerto por los búlgaros, pero el logro de su fallecimiento, preponderó, en el concepto público, al descalabro de un ejército romano. Salvose del campo con una herida mortal su hijo y heredero Sauracio, pero seis meses de agonía, fueron suficientes para desmentir su proclama indecorosa, aunque popular, de que se esmeraría (25 de julio de 811 d. C.) en evitar cabalmente el ejemplo de su padre. A los asomos de su acabamiento, Miguel, mayordomo del palacio y marido de su hermana Procopia, quedó nombrado por palaciegos y vecindario, mas no por el cuñado. Aferrado a un cetro que se le estaba ya desprendiendo de las manos, conspiró contra la vida del sucesor, y se prendó allí del arranque de trocar en democracia el Imperio Romano; mas aquel intento temerario, tan sólo condujo, para enardecer el afán del pueblo y aventar los escrúpulos del candidato. Aceptó Miguel I la púrpura, y antes de sumirse en el sepulcro, tuvo el hijo de

Nicéforo que implorar la clemencia de su nuevo soberano (2 de octubre de 811 d. C.). Si Miguel ascendiera en temporada pacífica a un solio hereditario, pudiera haber vivido y muerto como padre de su pueblo: pero sus virtudes apacibles congeniaban con una vida sombría y particular; ni alcanzaba a frenar la ambición de sus iguales, ni a contrarrestar las armas de los búlgaros victoriosos. Si su escaso desempeño y sus desaciertos le acarreaban el menosprecio de la soldadesca, el denuedo varonil de su mujer Procopia enardecía sus iras. El descoco de una hembra estaba provocando aun a los griegos del siglo IX, pues andaba al frente de los pendones enmendando su disciplina y estimulando su valentía, de modo que su desenfrenada vocería advirtió a la nueva Semiramis que acatase la majestad de los reales romanos. Malograda la campaña, dejó el emperador en el invernadero de Tracia un ejército desafecto, al mando de sus contrarios, y su persuasiva artificiosa recabó de la soldadesca que hollasen el predominio de los eunucos, apeasen al marido de Procopia, y que esforzasen su derecho a una elección militar. Se encaminaron a la capital; mas el clero, el Senado y el vecindario de Constantinopla, estaban por Miguel, y las tropas y tesoros del Asia podían ir dilatando la guerra civil y sus descalabros. Pero su humanidad, tildada de flaqueza por los ambiciosos, protestó que ni una sola gota de sangre cristiana se había de derramar, en su contienda, y sus mensajeros presentaron a los vencedores las llaves de la ciudad y del palacio. Quedaron avasallados con su inocencia y rendimiento; conservároнle la vida y ojos, y el monje imperial siguió disfrutando los halagos de la soledad y de la religión, más de treinta y dos años, después de haberle despojado de la púrpura y separado de su mujer.

Un rebelde, allá del tiempo de Nicéforo, el famoso y desventurado Bardanes, tuvo la curiosidad de consultar con un

profeta asiático (11 de julio de 813 d. C.), quien después de pronosticar su vuelco, anunció las felicidades de sus tres oficiales primeros, León el Armenio, Miguel el Frigio y Tomás el Capadocio; los reinados sucesivos de los dos primeros, y el intento infructuoso y aciago del tercero. Verificose, o al menos resultó la predicción, con el suceso; pues diez años más tarde cuando el campamento de Tracia desechó al marido de Procopia, se brindó con la corona al mismo León, el de mayor graduación en la milicia, y el autor encubierto de la asonada. Mientras estaba aparentando titubear, «Con esta espada —exclamó su compañero Miguel–, he de abrir las puertas de Constantinopla a vuestro señorio imperial, o si no, voy a clavárosla en el pecho, como os resistáis porfiadamente a los fundados anhelos de estos camaradas». Condescendió el Armenio, y le valió el Imperio, reinando siete años y medio bajo el nombre de León V. Criado en un campamento, y tan lego en letras como en leyes, entabló en el gobierno civil la violencia y aun la crueldad de la disciplina militar, pero si en tantos riesgos atropelló tal vez al inocente, siempre redundó en castigo del culpado. Apodáronle, Camaleón, por su insubsistencia religiosa, pero los católicos reconocieron, por boca de un santo y confesor, que la vida del iconoclasta fue provechosa a la república. Remuneró el afán de su compañero Miguel con riquezas, honores y mando militar, y sus medianos alcances se emplearon aventajadamente en servicio público. Mas no se dio por satisfecho el Frigio con recibir, a fuer de fineza, la porción escasilla de galardón imperial que había regalado a un igual suyo; y su enfado, que solía prorrumpir en hablas destempladas, paró en ademán amenazador, y contrapuesto a un príncipe que andaba zahiriendo, como a un tirano implacable. Este tirano, sin embargo, descubrió, avisó y descargó al compañero antiguo

de sus armas, hasta que la zozobra y el encono preponderaron al agradecimiento; y Miguel, precedidas pesquisas acerca de sus actos e intentos, quedó convicto de traición, y sentenciado a ser quemado vivo, en el horno de los baños particulares. Aciaga fue la humanidad timorata de Isófano para su marido y familia. Se emplazó la ejecución para un día solemnísimo, el 25 de diciembre, y así le hizo el cargo vehemente de que se iba a profanar el día del nacimiento del Salvador con aquel espectáculo inhumano, avínose León a su pesar con la prórroga, pero en la víspera, desvelado con su afán tuvo el arranque de visitar a deshora la prisión de su enemigo, y lo halló desaherrojado y durmiendo sosegadamente en el lecho del alcalde. León se sobresaltó con aquellas muestras de indiferencia y de intimidad; pero aunque se retiró calladamente, no dejó de advertir su entrada y salida un esclavo oculto en cierto ángulo de la cárcel. Pretextando el auxilio espiritual de un confesor, avisó Miguel a los conjurados que en el trance de pocas horas se cifraba su salvamento, y tenían en su mano el libertarle con la patria, so pena de fenecer todos con su declaración. Solían los sacerdotes y santones acudir en las funciones principales, por una puerta excusada del palacio, a entonar los maitines en su capilla, y León que formalizaba, a fuer de campamento, la disciplina del coro, no se escaseaba en aquellas devociones tan tempranas. Barajáronse en la procesión los conjurados con ropaje eclesiástico, y las espadas ocultas; se fueron arrinconando por la capilla en acecho de la señal de muerte, que era la entonación del primer salmo, por el emperador mismo. La luz apocada y la igualdad de traje pudieron favorecer su salvamento, mientras asestaban sus golpes contra un sacerdote inocente; mas luego desengañados cercaron a la víctima regia. Sin armas y sin amigos, empuñó una cruz pesada, y arrostró a los asaltadores;

pero al pedir compasión: «Ésta es la hora, no de lástima, sino de venganza», fue la contestación inexorable. De un tajo certero desviaron un brazo de la cruz, de su cuerpo, y León el Armenio quedó tendido al pie del altar.

Trueque de suerte memorable acaeció con Miguel II, que por su torpeza se apellidó el Balbuciente (25 de diciembre 820 d. C.); pues lo arrebató de la boca del horno al solio de todo un imperio, y como no hubo a la mano, con el alboroto, un herrero, siguió aún horas con los grillos en las piernas sentado ya en el solio de los Césares. No redundó en beneficio la sangre real derramada para su ensalzamiento, pues abrigó con la púrpura las ruindades de su cuna, y Miguel fue perdiendo provincias con tan soñolienta indiferencia, cual si fuesen herencia de sus padres. Le disputó la corona Tomás, el último del triunvirato militar, que descargó sobre Europa ochenta mil bárbaros de las márgenes del Tigris y las playas del mar Caspio. Sitió a Constantinopla, mas defendían la armas espirituales y mundanas; un rey búlgaro asaltó el campamento de los orientales, y tuvo Tomás la debilidad o la flaqueza de caer vivo en manos del vencedor. Le cortaron los extremos, lo cabalgaron en un asno, y lo fueron insultando por las calles que salpicaba con su sangre. Las costumbres, tan bravías como estragadas, resaltan más con la presencia del mismo emperador. Desoyendo los lamentos de un camarada, se aferraba más y más en el descubrimiento de sus cómplices, hasta que le atajó la curiosidad la pregunta de un ministro culpado y pundonoroso: «¿Daréis crédito a un enemigo contra el amigo más leal?». Muerta la primera esposa, el emperador, a instancias del Senado, sacó del monasterio a Eufrósine, la hija de Constantino VI. Su augusta curia debía abonar un pacto de su contrato matrimonial, de que sus hijos debían partir el Imperio con su primogénito; mas fue

estéril aquel desposorio, y Eufrósine se contentó con el dictado de madre de Teófilo, su hijo y sucesor.

La índole de Teófilo es un ejemplar peregrino, en que el fervor religioso ha concedido, y tal vez abultado, las prendas de un hereje y de un perseguidor (3 de octubre de 829 d. C.). Experimentaron los enemigos repetidamente su denuedo y los súbditos su justicia, mas era su ímpetu temerario e infructuoso, y su justicia arbitraria e inhumana. Tremoló la bandera de la cruz contra los sarracenos, pero sus cinco expediciones tuvieron allá por paradero un descalabro lastimoso; Amorio, patria de sus antepasados quedó arrasada, y de todos sus afanes militares tan sólo le cupo el apodo de *el Desgraciado*. La sabiduría de un soberano se cifra en el contexto de sus leyes y la elección de sus magistrados, y mientras aparece inmóvil, su gobierno civil va girando sobre su centro, con el orden y el silencio del sistema planetario. Mas Teófilo era justiciero a lo déspota oriental, que en sus disparos de autoridad, se atiene a los motines o los ímpetus del trance, sin proporcionar la sentencia con la ley, ni el escarmiento con la demasía. Una pobre se le arrojó a las plantas quejándose de un vecino poderoso, el hermano de la emperatriz, que había encumbrado tantísimo la fachada de su palacio, que privaba la luz y el ambiente a su ruin morada. Comprobado el hecho, en vez de conceder, como un juez regular, desagravio y reintegro a la ofendida, el soberano aplicó a su uso y beneficio el solar y el palacio. Ni aun se contentó Teófilo con esta disposición disparatada, pues su enardecimiento vino a trocar un exceso civil en acto criminal, y el patricio malhadado apareció desnudo y azotado en la plaza de Constantinopla. Por desaciertos leves, por alguna quiebra, en el desempeño, en la puntualidad, ministros, prefectos, cuestores, capitanes de la guardia, solían ser desterrados, o lisiados, o rociados con pez

hirviendo, o quemados vivos en el hipódromo; y como aquellos ejemplares pavorosos, podían ser aborto de equivocación o de capricho, no podían menos de retraer de su servicio a los ciudadanos más despejados y pundonorosos. Pero allá se engreía el monarca con el ejercicio de su potestad, y en su concepto de pura virtud; y la plebe, resguardada con su arrinconamiento, se regalaba con el peligro y la postración de sus mandarines. Rigor tan extremado vino a redundar en ventajas notables; pues en una reseña de diez y siete días, no asomó demasía o disbarro en la corte, ni en toda la ciudad, cuanto más que sólo una vara de hierro podía manejar a los griegos, y que el interés público es el móvil, y no la ley, de un juez supremo. Pero mediando delito o recelo de traición, propende el juez a la crédula parcialidad; pudo Teófilo imponer tardía pena a los asesinos de León, y salvadores de su padre, pero él estaba gozando el fruto de aquel atentado, y su tiranía recelosa sacrificó un hermano y un príncipe a la seguridad venidera de su propia vida. Falleció en Constantinopla un persa de la alcurnia de los Sasánides, menesteroso y desterrado, dejando un hijo, único retoño de un enlace plebeyo. A la edad de doce años cundió el nacimiento regio de Teófobo, y sus prendas no desdecían de su sangre. Se le educó en el palacio bizantino como cristiano y como soldado; ascendió rápidamente por la carrera de las riquezas y de la gloria; mereció la mano de toda una hermana del emperador, y se le ensalzó al mando de treinta mil persas, que, al igual que su padre, habían huido de los conquistadores mahometanos. Adolecían de los dos achaques de asalariados y fanáticos, e intentaban sublevarse contra su bienhechor, y enarbolar el estandarte de su rey natural; pero el leal Teófobo desechó sus ofrecimientos, desbarató sus maquinaciones, y huyó de sus manos a los reales, o al palacio de su real hermano. Por medio

de una confianza hidalga, afianzaba un ayo fiel y entendido a su esposa y su niño tierno a quien Teófilo, en la lozanía de su edad, tuvo que dejar la herencia del Imperio. Pero la envidia y los achaques enconaron sus celos; se recelaba de virtudes azarosas que podían sostener o acosar su niñez y apocamiento, y el emperador moribundo pidió la cabeza del príncipe persa. Reconoció con embeleso irracional las facciones familiares de su hermano «Ya no existes Teófobo —dijo, y tendiéndose en su lecho, añadió con voz desmayada— ¡Pronto, harto pronto, ya no seré Teófilo!».

Los rusos que en grandísima parte han tomado de los griegos su arreglo civil y eclesiástico, conservaron hasta el siglo anterior una institución peregrina, para los desposorios del César. Juntaban las doncellas de todas clases y provincias, y no escogían con miras anoveladas sino las hijas de la nobleza principal, que estaban esperando la elección de su soberano; y se asegura que el mismo sistema se siguió para la boda de Teófilo. Anduvo pausadamente con una manzana de oro en la mano por la calle que formaban las beldades competidoras; el embeleso de Icasia embargó su vista, y en su requiebro balbuciente tan sólo acertó a expresar, que en este mundo las mujeres habían sido causantes de infinito daño: «Y ciertamente, señor —contestó la dama con desenvoltura–, lo han sido de grandísimos logros». Se desagradó el amante con aquel arranque de agudeza intempestiva: volviole enojado la espalda; Icasia emparedó su pesar en un convento, y el galardón de la manzana de oro fue para el silencio comedido de Teodoro. Mereció el cariño, mas no evitó las tropelías de su señor. Estuvo éste viendo desde el jardín del palacio un bajel cargadísimo, aportando en la bahía y noticioso de que sus preciosidades de lujo sirio eran propias de su mujer, sentenció el bajel a las llamas, con la reconvención

amarga de que su codicia había apeado el señorío de toda una emperatriz, a la ruindad de un traficante. Encargole sin embargo en su disposición postrera la tutoría del Imperio, y de su hijo Miguel, huerfanillo de cinco años (20 de enero de 842 d. C.). El restablecimiento de las imágenes y el exterminio total de los iconoclastas, la encariñó con los griegos devotos, pero a impulsos de su fervor, se interesó Teodora agradecida en la memoria y salvación de su esposo. A los trece años de su régimen cuerdo y comedido, fue echando de ver la mengua de su predominio, pero la segunda Irene tan sólo imitó las prendas de su antecesora. En vez de contrastar la vida y el gobierno de su hijo, se retiró sin resistencia, mas no sin susurro, a la soledad de una vida privada, lamentándose de la ingratitud, los desbarros y el exterminio inevitable, del villano mancebo.

Entre los sucesores de Nerón y de Heliogábalo, no hemos tropezado en los imitadores de sus vicios, con un príncipe romano tan malvado, que conceptuase el deleite vinculadamente, como el objeto de su vida, y la virtud como enemiga de su regalo. Por más esmerado que fuese el desvelo maternal de Teodora, para la educación de Miguel III, fue el desventurado hijo rey, antes de ser hombre. Si la madre ambiciosa retrajo los asomos de la razón, no le cupo afianzar el disparador de las pasiones y el menosprecio y la ingratitud de su hijo desbocado, correspondieron a los extremos de su política interesada. A los dieciocho años se desentendió de su autoridad, sin hacerse cargo de su bisoñez, en el régimen del Imperio y de su persona. Todo miramiento y sabiduría se apeó de la corte con Teodora; devaneos y vicios sustituyeron su lugar, y había que desmerecer el aprecio público, para lograr o conservar la privanza con el emperador. Cuantos millones en oro y plata yacían atesorados para las ocurrencias del Estado, pararon en

manos de los ruines que halagando sus pasiones, alternaban en sus deleites; y en un reinado de trece años, el soberano más adinerado tuvo que despojar el palacio y las iglesias de sus preciosidades. Otro Nerón se deleitaba con el embeleso del teatro, suspirando amargamente de que le aventajasen allá en los primores de que se debía avergonzar. Pero el afán de Nerón por su música y poesía, argüía asomos de finura y educación, pero el hijo de Teófilo se aplebeyaba con sus carreras indecorosas en el hipódromo. Los cuatro bandos que habían alterado la paz, seguían entreteniendo el ocio de la capital, ostentó el emperador su librea azul, repartió los tres colores contrapuestos entre sus privados, y echó en olvido, con sus torpes competencias, el señorío de su persona y el resguardo de sus dominios. Acalló al mensajero de una invasión, que intentaba distraerle en el trance crítico de la carrera, y dispuso que se apagasen las fogatas que andaban sobresaltando y acongojando los pueblos desde Tarso hasta Constantinopla. El corredor más aventajado era también el primero en su privanza; galardonaba colmadamente su habilidad; acudía el emperador a sus banquetes, apadrinaba a sus niños en el bautismo, y blasonando de su popularidad, se esmeraba en motejar la gravedad yerta y conceptuosa de sus antecesores. Se habían desterrado del orbe las torpezas hediondas que habían desdorado la madurez de Nerón, pero Miguel quebrantó su naturaleza, con las demasías de sus amores y de su destemplanza. En sus trasnochadas perpetuas, la embriaguez le arrebataba con decretos sanguinarios, y si le quedaban asomos de humanidad, al volver en sí, tenía que reducirse a aprobar la desobediencia saludable de sus sirvientes. Pero descolló ante todo Miguel con su rematado escarnio de la religión de su patria. Pudiera con efecto un filósofo sonreírse con la superstición de los griegos, pero su sonrisa tendría que ser

comedida y decorosa, zahiriendo el devaneo de un mancebo que envilecía los objetos de la veneración pública. Revistió a un rufián de la corte con los ropajes del patriarca; sus doce metropolitanos, entre los cuales, hacía también el emperador su papel, se apropiaron las vestiduras eclesiásticas: usaron o abusaron de los vasos sagrados de los altares, y en medio de sus bacanales, se fueron administrando la comunión, con un brebaje revuelto de vinagre y mostaza. Ni se ocultaban tamañas impiedades a la vista del vecindario. En una gran festividad, el emperador y sus obispos o rufianes, anduvieron por las calles cabalgando en asnos, embistieron al verdadero patriarca acaudillando a su clero, y con el desenfreno de su vocería y de sus deshonestidades desbarataron la procesión cristiana y circunspecta. Tan sólo asomaba la devoción de Miguel, en cuanto se oponía a la razón y religiosidad, pues recibía sus coronas teatrales de la estatua de la Virgen, y se profanó un túmulo imperial con el objeto de quemar los huesos de Constantino el iconoclasta. Paró el hijo de Teófilo, con tan rematadas extravagancias, en hacerse despreciable y odiosísimo; todo ciudadano estaba ansiando el rescate de su patria, y los predilectos de un momento se hacían cargo, de que un antojo podía arrebatarles lo que otro capricho les había concedido. Miguel a los treinta años, a la hora de la embriaguez y del sueño, fue muerto en su estancia, por el fundador de una nueva dinastía, a quien el emperador había igualado en potestad y en jerarquía consigo mismo.

La alcurnia de Basilio, el Macedonio (si ya no es parto bastardo de la lisonja y el orgullo) está retratando al vivo las revueltas de las familias más esclarecidas. Estuvieron los arsácides, competidores de Roma, poseyendo el cetro del Oriente por cerca de cuatro siglos; siguió reinando en Armenia

una rama menor de aquellos reyes partos, y sus descendientes reales sobrevivieron a la partición y servidumbre de la monarquía antigua. Huyeron o se retiraron dos de ellos, Artabano y Clienes a la corte de León I: su agrado los colocó en destierro seguro y halagüeño en la provincia de Macedonia, y pararon por fin en Andrinópolis. Sostuvieron por varias generaciones el señorío de su nacimiento, y su patriotismo romano rechazó los brindis expresivos de las potestades árabes, que los estuvieron llamando a su patria. El tiempo y la escasez fue sin embargo nublando aquellos blasones, y el padre de Basilio quedó reducido a un pequeño terreno cultivado con sus propias manos; pero siempre muy ajeno de desdorar la sangre de los arsácides, con enlaces plebeyos; su mujer, una viuda de Andrinópolis, se engreía contando entre sus antepasados el gran Constantino, y su hijo regio encumbraba allá enmarañadamente sus entronques de alcurnia, o patria, con Alejandro de Macedonia. Recién nacido Basilio, su cuna, familia y pueblo, cayeron en manos de una piara de búlgaros: se educó allá en tierra extraña, como esclavo, y con enseñanza tan adusta, se le robusteció el cuerpo, y despejó el entendimiento, para luego encumbrarse hasta lo sumo. Aun mancebo, o ya varón, logró su rescate con otros cautivos romanos, que denodadamente se desaherrojaron, y atravesaron la Bulgaria, hasta las playas del Egipto, arrollaron dos huestes búlgaras, se embarcaron en bajeles que los estaban esperando y regresaron a Constantinopla, y desde allí respectivamente a sus hogares. Pero Basilio libre, yacía también desamparado; la guerra había dado al través con su porción de terreno: muerto el padre, su trabajo manual, o su servicio, no alcanzaba a sustentar una familia huérfana, y se arrojó a ir en busca de algún teatro, donde virtudes o vicios se ensalzan a la cumbre del poderío. La primera noche de su

llegada a Constantinopla, durmió el desvalido peregrino en la gradería de la iglesia de San Diómedes; lo alimentó por casualidad el favor de un monje, y lo colocó en el servicio de un primo y tocayo del emperador Teófilo, quien siendo pequeñuelo, mantenía una servidumbre gallarda. Acompañó Basilio a su amo en el gobierno del Peloponeso, deslució con sus prendas, el nacimiento y señorío de Teófilo, y entabló relaciones ventajosas con una viuda acaudalada de Patras. Su cariño entrañable o carnal, se estrechó con el joven aventurero, prohijándolo sin rebozo. Entregole Danielis treinta esclavos, y el producto de su dignación se empleó en sostener a los hermanos y en comprar grandiosas posesiones en Macedonia. Su agradecimiento, o su ambición, le tenían siempre comprometido en el servicio de Teófilo, y una ocurrencia venturosa le dio a conocer recomendablemente a la corte. Un luchador afamado de la comitiva de los embajadores búlgaros, había retado, en la mesa imperial, a todo griego que se preciase de esforzado. Se alabaron los bríos de Basilio, salió a la palestra, y el campeón bárbaro quedó volcado, al primer lance. Había un alazán hermosísimo y resabiado que se iba a desechar, mas la maestría y el denuedo del sirviente de Teófilo, acertó a domeñarlo; y de resultas lo colocaron en clase de caballerizo imperial. Mas no cabía privar con Miguel, no hermanándosele en sus vicios, y su nuevo valido, el camarero mayor de palacio, se encumbró y se sostuvo, enlazándose vilmente con una manceba real, y deshonrando a su hermana que entró a reemplazarla. Cargó con el régimen público el César Bardos hermano y enemigo de Teodora, pero las arterías mujeriles recabaron de Miguel el odio y el recelo contra su tío. Arrebatáronle de Constantinopla, con el pretexto de una expedición a Creta, y el camarero lo traspasó con su estoque, en

la tienda de audiencia, y ante el mismo emperador. Al mes de este trance, quedó Basilio revestido con el dictado de Augusto, y el gobierno del Imperio. Fue sosteniendo la desigualdad de aquella asociación hasta que pudo granjearse el aprecio popular. Peligró su vida con los antojos del emperador, y su jerarquía quedó profanada hermanándolo con un compañero que había remado en las galeras; pero siempre la matanza de su bienhechor, merece afearse como atentado, de ingratitud y de traición, y por más iglesias que dedicó luego a san Miguel, aniñado y mezquinísimo era este descargo de su maldad (24 de septiembre de 867 d. C.).

Las diversas edades de Basilio I pueden parangonarse con las de Augusto. La situación de los griegos le imposibilitaba el acaudillar en la mocedad un ejército contra su patria, sino el dar por el pie a sus prohombres, pero su arrojo nativo se allanaba a las arterías de un esclavo; encubrió su ambición y aun sus prendas y empuñó, con la diestra ensangrentada de un asesino, la soberanía que manejó con la cordura y el cariño de un padre. Suele para un particular desavenirse su interés con su obligación, mas un monarca absoluto, tan sólo por insensatez o cobardía, podrá deshermanar su felicidad con su gloria, o ésta con la bienaventuranza pública. Se compuso, a la verdad, la vida, o sea panegírico, de Basilio durante el larguísimo reinado de su descendencia; pero esta misma permanencia en el solio debe fundadamente atribuirse al desempeño sobresaliente de aquel antepasado. Intentó su nieto Constantino, esbozar en su retrato el dechado cabal de un soberano; pero aquel príncipe apocado, careciendo de norma efectiva para su trasunto, no cabía que se encumbrara tanto sobre la ruindad de su manejo y de sus alcances. Mas la acendrada alabanza de Basilio debe cifrarse en el cotejo de una monarquía floreciente, con otra desastrada; la

que traspasó a su dinastía Macedónica, con la que arrebató al desenfrenado Miguel. Su maestría enmendó los estragos, consagrados ya con el tiempo y los ejemplares, y resucitó, si no el denuedo nacional, a lo menos el sistema y la majestad del Imperio Romano. Su laboriosidad era incansable, su índole comedida, y su entendimiento brioso y despejado; y en la práctica se atuvo a aquel temple tan escaso y tan saludable que va siguiendo el rumbo de la virtud, promediado entre sus vicios contrapuestos. Su servicio militar fue todo palaciego, y no atesoraba el emperador el ardimiento y el desempeño de un guerrero, pero en su reinado rindieron parias los bárbaros a las armas romanas. Apenas entonó, con la disciplina y el ejercicio, un nuevo ejército, acudió personalmente a las orillas del Éufrates, doblegó las ínfulas de los sarracenos, y soterró la rebelión azarosa, aunque justa, de los maniqueos. Su ira contra un rebelde que iba sorteando sus alcances, lo arrebató a desear y rogar, que con la gracia de Dios, pudiera clavar tres flechazos en la cabeza de Crisoquir. Aquella cabeza odiosísima, lograda más bien por traición que por valentía, se colgó de un árbol, y sirvió tres veces de hito al disparo certero del tirador imperial: venganza ruin contra un difunto, y más propia de aquel tiempo que de todo un emperador Basilio. Pero sobresalió en el desempeño de la hacienda y la legislación. Para acudir al desamparo del erario, se trató de recobrar las dádivas profusas y desatinadas del antecesor, mas su cordura las redujo a la mitad, y resultó una suma de más de seis millones de duros para arrostrar urgencias ejecutivas, y desahogarse hasta plantear un nuevo sistema expedito y económico. Se apuntó para lograr el intento un género nuevo de encabezamiento o tributo, que en gran parte venía a quedar al albedrío de los repartidores. Aprontó al golpe el ministro una lista cumplida de agentes

eficaces y pundonorosos, pero escudriñados ahincadamente por Basilio, tan sólo dos resultaron acreedores a tan suma confianza, y éstos revalidaron su aprecio, desentendiéndose del encargo. Mas el esmero atinado y puntual del emperador, fue pausadamente planteando un equilibrio equitativo; entre los haberes y los pagos, y entre los ingresos y los desembolsos: se fue aplicando su fondo respectivo a cada ramo, y un balance patente afianzó los intereses del príncipe y las fincas del hacendado. Cercenando todo boato, destinó los patrimonios imperiales al costo de su mesa abundante y decorosa; se reservaron las contribuciones del súbdito para su propia defensa, y el sobrante se dedicó al ornato de la capital y de las provincias. La afición a los edificios, aunque costosa, merece alabanza, y ante todo disculpa; se fomenta así la industria, se realzan las artes, y se logra el intento ya de provecho, o ya de recreo público: la utilidad de un hospital, de una carretera, de un acueducto, es muy obvia y permanente, y las cien iglesias que se elevaron por disposición de Basilio se consagraron a la devoción de los fieles. Como juez era puntual y justiciero, ansioso de indultar, pero sentenciador sin zozobra; castigaba severamente a los atropelladores del pueblo, pero a sus enemigos personales que resultaba peligroso perdonar, los cegaba y los reducía a la soledad y al arrepentimiento. La alteración del idioma y de las costumbres, estaba pidiendo una revisión de la jurisprudencia anticuada de Justiniano: el cuerpo o mole de su instituta, Pandectas, Código y Novelas, se despejó bajo cuarenta títulos, en lengua griega, y los *Basilicos* que se mejoraron y completaron por su hijo y su nieto, deben referirse al numen del fundador de su alcurnia. Terminose aquel reinado glorioso, con un fracaso en la caza. Un ciervo enfurecido enredó sus astas en el tahalí de Basilio, y lo desencajó del caballo; rescatolo un sirviente

cortando el ceñidor y matando el venado; pero la caída o la fiebre postraron al monarca anciano y finó en su palacio, llorado por su familia y su pueblo. Si cortó la cabeza al sirviente leal, por arrojarse a desenvainar la espada contra su soberano, las ínfulas del despotismo, que yació dormido en el discurso de su vida, descollaron en aquel trance desesperado, para la justicia y el concepto del público.

De los cuatro hijos del emperador, Constantino murió antes que su padre, cuyo pesar y credulidad embelesó un impostor lisonjero, y luego una visión desatinada. El menor, Esteban, se satisfizo con los timbres de patriarca y de santo; León y Alejandro, fueron igualmente revestidos de la púrpura, mas sólo el primero estuvo ejerciendo la potestad del gobierno (1 de marzo de 886 d. C.). Se ha realzado el nombre de León con el dictado de *filósofo*, y la sabiduría encarnada en la autoridad, y las prendas teóricas en las ejecutivas, constituirían en verdad el realce cabal de la naturaleza humana; pero se quedó muy corto León de aquella ideal sobresalencia. ¿Avasalló acaso sus disparos y sus apetitos, bajo el señorío de la razón? Desperdició su vida en el boato palaciego, y en el trato de sus esposas y mancebas, y hasta la clemencia que anduvo manifestando, y la paz que se esmeró tantísimo en conservar, deben achacarse a la blandura y flojedad de su índole. ¿Frenó por ventura sus preocupaciones y las de su pueblo? Adolecía de supersticiones aniñadas; sus leyes santificaban el influjo del clero y los desvaríos de la plebe, y los oráculos de León revelando, en estilo profético, la suerte del Imperio, se fundaban en las patrañas de la astrología y la adivinación. Si vamos a escudriñar por qué se le apellidó con aquel realce, se contestará que el hijo de Basilio era menos lego que la generalidad de sus contemporáneos, en la Iglesia y el Estado; que tuvo por ayo al sabio Focio, y que salieron a luz

varios libros de ciencia profana o eclesiástica, de la pluma, o en nombre, del *filósofo* imperial. Pero un desbarro casero, la repetición de sus desposorios, volcó la nombradía de su filosofía y su religión. Andaban los monjes predicando, y todos los griegos repitiendo, las aprensiones primitivas, acerca de las excelencias del celibato. Se otorgaba el matrimonio, como medio imprescindible, para la propagación de la especie; muerto uno de los contrayentes, podía el restante acudir a *segundo* enlace para dar vado a la flaqueza, o la pujanza, de la carne; mas el *tercer* enlace se conceptuaba en clase de mancebía, y el *cuarto* era pecado tan escandaloso, que carecía de ejemplar en la cristiandad oriental. El mismo León había vedado las mancebas, al principio de su reinado, condenando el tercer matrimonio sin anularlo; mas luego su patriotismo y la pasión le precisaron a quebrantar sus propias leyes, y a incurrir en la penitencia que había impuesto él mismo a los súbditos, en caso semejante. Estériles fueron sus tres desposorios primeros, y el emperador necesitaba una compañera, como una heredera legítima del Imperio. Trajeron a palacio por manceba a la linda Zoe, y comprobada su fecundidad con el nacimiento de Constantino, manifestó el amante su ánimo de legitimar madre y niño, celebrando cuarto desposorio. Negose el patriarca Nicolás a su bendición, y pasó a bautizar al principillo, bajo la promesa del desvío de Zoe, y su marido quedó excluido de la comunión de los fieles, por contumaz. Ni el temor de salir desterrado, ni la deserción de sus hermanos, ni la autoridad de la Iglesia latina, ni el peligro de falta o duda, en la sucesión del Imperio, nada alcanzó a doblegar el tesón del inflexible monje. Muerto León volvió de su destierro al desempeño de sus funciones civiles y eclesiásticas, y el edicto de unión promulgado en nombre de Constantino condenó todo escándalo venidero de cuartas

nupcias, tildando tácitamente su propio nacimiento.

Púrpura y *pórfido* son una misma voz en griego; y como los colores naturales no varían, nos consta, que un rojo oscuro era el tinte tirio que bañaba la púrpura de los antiguos. Había una estancia, en el palacio bizantino, revestida de pórfido, y estaba reservada para las emperatrices embarazadas, por tanto el alumbramiento se expresaba con el dictado de *pórfiro-génito*, o nacido en la púrpura (11 de mayo de 911 d. C.). Varios príncipes romanos habían logrado herederos, mas este dictado peculiar, se apropió, por la vez primera, a Constantino VII. Iguales fueron su vida y su reinado titular; pero de los cincuenta y cuatro años, habían pasado seis antes de la muerte del padre, y el hijo de León, violenta o voluntariamente siguió subordinado a cuantos abrumaron su flaqueza, o abusaron de sus intimidades. Su tío Alejandro, revestido mucho antes con el dictado de Augusto, fue el primer compañero y ayo del príncipe tierno, pero disparado en su carrera de vicios y devaneos competía ya el hermano de León, en nombradía, con el mismo Miguel, y al fallecer de temprana muerte, abrigaba el intento, de eunucar el sobrino, y dejar el Imperio a un privado indignísimo. Los años posteriores de la minoría de Constantino, corrieron a cargo de su madre Zoe, y de una caterva o concilio de siete regentes, que miraban por sus intereses, halagaban sus pasiones, desatendían la república, se fueron atropellada y mutuamente desbancando, hasta que por fin un soldado fue el despejador de su presencia. Romano Locapino, de arrinconado origen, se había encumbrado al mando de la armada, y en las revueltas de aquella temporada había merecido, o cuando menos logrado, el aprecio nacional. Dio la vela, con su escuadra victoriosa y apasionada, de la desembocadura del Danubio para la bahía de Constantinopla, y fue aclamado como libertador del pueblo y

padrino del príncipe. Su cargo supremo se deslindó al pronto, con el nuevo dictado de padre del emperador, mas luego Romano se desentendió de la potestad subalterna de ministro, y se apropió, titulándose César y Augusto, la independencia cabal de un monarca, y la ejerció por espacio de cerca de veinticinco años (24 de diciembre de 913 d. C.). Sus tres hijos, Cristóbal, Esteban y Constantino, fueron sucesivamente condecorados con los mismos blasones, y el emperador legítimo quedó apeado, desde la suma hasta la ínfima jerarquía, en esta runfla de príncipes; pero conservando vida y corona, aun debía celebrar su dicha y la clemencia del usurpador. Los ejemplares de la historia antigua y moderna abonan la ambición de Romano; en su diestra tenía la potestad y la legislación del Imperio; el nacimiento ilegal de Constantino justificaba su exclusión, y túmulos y monasterios se abrieron para recibir al hijo de una manceba. Mas no asoma Lecapeno con gallardías ni vilezas de tirano. El denuedo y ahínco de su vida particular, se desvanecieron allá con el centelleo del solio, y en el desenfreno de sus deleites trascordó el resguardo de la república y de su familia. Apacible de suyo y religioso, acataba la santidad del juramento, la inocencia del mancebo, la memoria de sus padres y el cariño del pueblo. La estudiosidad genial y retirada de Constantino desarmó el ceño de la prepotencia: allá se empapaba en sus libros y en su música, en su pluma y en sus pinceles; y en agenciándose algún auxilio con la venta de las pinturas, si no las encarecía el nombre del artista, se mostraba dotado de una habilidad personal que poquísimos príncipes aciertan a ejercitar en los quebrantos de la adversidad.

Volcaron a Romano sus propios vicios y los de sus hijos. Muerto el primogénito Cristóbal, los dos hermanos restantes se indispusieron entre sí, y conspiraron contra su padre (27 de

enero de 715 d. C.). A la hora del mediodía, cuando se despejaba el palacio de toda persona extraña, allanaron a viva fuerza su estancia, y lo trasladaron vestido de monje a una islilla de la Propóntide poblada de una comunidad religiosa. Alborotose la ciudad, al eco de aquella revolución sombría, desvelándose todos por el emperador legítimo y verdadero Pórfirogénito; y los hijos de Lecapeno palparon el desengaño tardío, de que habían intentado y conseguido una maldad arriesgada, en beneficio de su competidor. La esposa de Constantino, Helena, hermana de ellos, reservó por supuesto su intento fementido de matarlo en medio del banquete regio. Sobresaltáronse sus allegados leales, se anticiparon a los usurpadores, los prendieron, despojaron de la púrpura, y embarcaron para la idéntica isla y monasterio, donde acababan de enclaustrar a su padre. Acudió el anciano emperador al desembarcadero, con una sonrisa de escarnio, y tras una reconvención justísima, de su desvarío e ingratitud, brindó a sus compañeros imperiales, con igual porción de agua y pitanza de verdura. Constantino VII se posesionó, a los cuarenta años de su reinado, del orbe oriental, que luego imperó en realidad o en apariencia, por espacio de cerca de quince años. Mas carecía de aquel brío denodado que descuella y va dando empuje esclarecido por dondequiera, pues las tareas propias de un retiro decoroso eran ajenísimas del eficaz desempeño de la soberanía. Empapado el emperador en instruir a su hijo Romano en la teórica del gobierno, se desentendía entretanto de practicarlo, y emperezándose en sus banquetes y regalos, las riendas del régimen supremo paraba en manos de su mujer Helena; y en los vaivenes de su privanza y sus antojos los últimos ministros resultaban siempre los más despreciables. Pero el nacimiento y los quebrantos de Constantino lo intimaban con los griegos;

disculpaban sus yerros; apreciaban su sabiduría, su inocencia, humanidad y amor a la justicia, y en el ceremonial de sus exequias lloraron candorosa y amargamente los súbditos. Estuvo de cuerpo presente, según antigua costumbre, con sumo boato, en el atrio del palacio; y oficiales militares y civiles, patricios, Senado y clero, fueron por su orden besando y adorando el yerto cadáver de su soberano. Antes de romper todos la marcha hacia el panteón imperial, fue un heraldo pregonando esta amonestación grandiosa: «Álzate oh rey del orbe, y obedece a la intimación del Rey de los reyes».

Achacose la muerte de Constantino al veneno, y su hijo Romano, que derivaba aquel nombre de su abuelo materno, ascendió al solio de Constantinopla (25 de noviembre de 959 d. C.). Príncipe que a los veinte años estuvo indiciado de anticipar su herencia, desmereció sin arbitrio el aprecio público; mas era Romano de suyo apocado y no criminal, y se achacó fundamentalmente la maldad a su esposa Teófana, mujer de ruin esfera, denuedo varonil y costumbres depravadas. Allá se desentendía el hijo de Constantino de gloria personal y de felicidad pública, verdaderos logros de la soberanía; y mientras sus dos hermanos Nicéforo y León estaban triunfando de los sarracenos, las horas debidas al pueblo se desgastaban por el emperador en su ociosidad desaforada. Por la madrugada visitaba el circo; al mediodía banqueteaba con los senadores; la tarde se dedicaba por lo más al *esferisterio* o las birlas, único teatro de sus victorias; de allí atravesaba a la costa asiática del Bósforo, cazaba y mataba cuatro jabalíes descomunales, y se volvía al palacio ufanísimo con sus afanes de todo el día. Descollaba en brío y gentileza sobre los demás mozos; gallardo y recto como un cipresillo, de tez muy tersa y sonrosada, de ojos vivísimos, robusto de hombros y agraciadamente aguileño. Con

tantos primores, no logró avasallar el cariño de Teófana, y a los cuatro años de reinado, revolvió para el marido, el mismo brebaje mortal que había aderezado para el padre.

Romano menor hubo en aquella malvada consorte dos hijos, Basilio II y Constantino IX, y dos hijas Teófana y Ana. La mayor casó con Oton II, emperador de Occidente; la menor se desposó con Waldomiro, gran duque y apóstol de Rusia, y por el enlace de su nieta con Enrique I rey de Francia, la sangre de los macedonios, y quizá de los arsácides está corriendo todavía por las venas de los Borbones. Intentó la emperatriz a la muerte de su marido reinar en nombre de sus hijos, siendo el mayorcillo de cinco años y el menor tan sólo de dos; mas luego experimentó el vaivén de un solio sostenido por una hembra aborrecida y por dos niños despreciables. Se revolvió Teófana en busca de un arrimo, y se arrojó a los brazos de un soldado valentón; todo cabía en aquel pecho, pero la monstruosidad del querido daba a conocer que el interés había sido el móvil y la disculpa de su cariño. Hermanaba Nicéforo Focas, para el concepto público los dos realces, del heroísmo y la santidad; la primera prenda estaba esclarecidamente de manifiesto: resplandecían en su alcurnia hazañas militares, y había el mismo sobresalido en todos los grados y por todas las provincias con su bizarría guerrera y su desempeño de caudillo; y se mostraba recién coronado de laureles por la conquista importantísima de la isla de Creta. No era tan patente su religiosidad, pues su cilicio, sus ayunos, su lenguaje místico y su anhelo por retirarse del bullicio mundano venían a ser un disfraz estudiado de su ambición recóndita y azarosa. Ilusó sin embargo a un santo patriarca, por cuyo influjo y por un decreto del Senado, se le encargó, durante la memoria de los príncipes, el mando absoluto e independiente de los ejércitos orientales. Afianzada que tuvo la oficialidad y la tropa,

marchó denodadamente a Constantinopla, holló a sus enemigos, patentizó su correspondencia con la emperatriz (6 de agosto de 965 d. C.), y sin apear a los hijos, ostentó, con el dictado de Augusto, la preeminencia de su jerarquía y la plenitud de su poderío. El mismo patriarca que le había ceñido la corona, rechazó su matrimonio con Teófana, incurriendo, por su segundo desposorio, en la penitencia canónica, y más mediando un impedimento de afinidad espiritual, y así era indispensable algún sesgo, para acallar con perjuros al clero y al pueblo. Perdió el emperador su popularidad con la púrpura, y en su reinado de seis años se acarreó el odio de súbditos y extranjeros reviviendo en el sucesor la hipocresía y la codicia del primer Nicéforo. Jamás abonaré ni disculparé la hipocresía, pero no puedo menos de reparar que el vicio odioso de la codicia es el primero que se zahiere y más despiadadamente se condena. Con un particular, allá sentenciamos sin pararnos a desmenuzar sus haberes y sus desembolsos y en un ecónomo del erario público, siempre es virtud el ahorro, aunque suele hacerse forzoso el recargo de impuestos. Comprobado tenía su desinterés Nicéforo, en el manejo de su patrimonio, y sus productos se adjudicaban por entero al servicio del Estado; asomando la primavera, marchaba el emperador personalmente contra los sarracenos, y todo romano podía ir desentrañando el empleo de sus pagos en triunfos, conquistas y resguardos de la raya oriental.

Descolló entre los guerreros, sus ensalzadores y compañeros, un armenio noble y valeroso, que le mereció esclarecidos galardones. No era de gallarda estatura, pero el cuerpecillo de Juan Zimisces atesoraba brío, hermosura, y el alma de un héroe. Apeáronle, por celos del hermano del emperador, del cargo de general del Oriente, al de director de correos, y se le castigaron

sus murmullos, con desdoro y destierro. Pero Zimisces abultaba en la lista larguísima de los amantes de la emperatriz, y por su mediación se le permitió residir en Calcedonia, a las puertas de la capital, y correspondían a su fineza con visitas amorosas y encubiertas, al palacio; y así Teófana se avino gozosísima a la muerte de su marido tacaño y espantoso. Ocultáronse algunos conspiradores denodados e íntimos, en las estancias más recónditas: en la lobreguez de una noche de invierno, Zimisces y sus principales camaradas se embarcan en un falucho, atraviesan el Bósforo, aportan en la gradería del palacio, y trepan calladamente por una escala de cuerda que les arrojan las sirvientas. Ni sus zozobras, ni el aviso de los amigos, ni el auxilio tardío de León, ni la fortaleza que se había construido en palacio pueden resguardar a Nicéforo contra un enemigo casero, a cuya voz se franquean todas las puertas a los asesinos. Está durmiendo en el suelo sobre una piel de oso, se levanta al estruendo, y le hieren a un tiempo treinta dagas. No consta que Zimisces empapase sus manos en la sangre de su soberano, pero se estuvo deleitando con la vista inhumana de su venganza. Desacatos y venganzas fueron dilatando la matanza, y al mirar la cabeza de Nicéforo en la ventana, enmudeció el alboroto, y fue el armenio emperador del Oriente (25 de diciembre de 969 d. C.). Al ir a coronarse, lo atajó en el umbral de Santa Sofía, el denodado patriarca, pues se cargaba la conciencia con aquella traición sangrienta, y exigió, en señal de arrepentimiento, su desvío de la asociada, todavía más criminal. No se agravió el príncipe con aquel arranque de celo apostólico, puesto que no le cabía el amar, ni entregarse, a una mujer quebrantadora repetidamente de las obligaciones más sagradas, y Teófana, en vez de alternar en la grandeza imperial fue afrentosamente arrojada de su lecho y palacio. Disparose, al despedirla, en extremos frenéticos y

desvalidos, reconvino al amante por su ingratitud, asaltó a voces y golpes a su hijo Basilio, al verle callado y rendido ante el compañero prepotente, y pregonó su propio adulterio y la ilegitimidad de aquel nacimiento. Aplacose la ira general con su destierro, y el castigo de sus cómplices inferiores: se perdonó la muerte de un príncipe malquisto, y quedó olvidada la traición de Zimisces, con el esclarecimiento de sus virtudes. Quizás sus profusiones redundaron en menos utilidad del Estado que la codicia de Nicéforo, mas su agrado halagüeño y caballeroso, prendaba a cuantos se llegaban a hablarle, y tan sólo siguió las huellas de su antecesor, en el sendero de la victoria. Pasó la mayor parte de su reinado en el campamento y en sus empresas, descollando con su denuedo y actividad por el Danubio y el Tigris, los antiguos linderos del orbe romano: y con sus ambos triunfos contra rusos y sarracenos, devengó los dictados de salvador del Imperio, y conquistador del Oriente. Advirtió en su último regreso por Siria, que las campiñas más pingües de sus nuevas provincias estaban en manos de los eunucos: «¿Conque para ellos —prorrumpió con ira decorosa–, hemos estado batallando y venciendo? ¿Conque para ellos estamos derramando nuestra sangre, y consumiendo los haberes de nuestro pueblo?». Resonó la queja en palacio, y está harto patente la sospecha de veneno en la muerte de Zimisces.

Durante aquella usurpación, o regencia, los dos emperadores legítimos, Basilio y Constantino, vinieron a ser calladamente ya varones. En su tierna edad no cupo señorío; el comedimiento obsequioso de su acompañamiento y sus saludos, correspondían a la edad y al mérito de los ayos, sin sucesión, cuyo anhelo no debía inclinarlos a defraudar la descendencia de sus derechos; administrábale leal y acertadamente el patrimonio; y la muerte tan temprana de Zimisces fue más quebranto que beneficio para

los hijos de Romano. Su inexperiencia los fue deteniendo, hasta doce años, allá como ahijados voluntarios y arrinconados, de un ministro que dilató más y más su reinado, persuadiéndoles que paladeasen los regalos de la mocedad, orillando los afanes del gobierno. Quedó para siempre enmarañada la flaqueza de Constantino en estos lazos halagüeños; mas su hermano mayor sentía ímpetus grandiosos y anhelos de actividad; enojose y desapareció el ministro. Reconociose a Basilio por soberano de Constantinopla y de las provincias europeas, mas yacía el Asia bajo el azote de los generales veteranos Focas y Esclero, quienes alternativamente amigos y contrarios, súbditos y rebeldes, se mantenían independientes, y se afanaban por lograr una nueva usurpación. Esgrimió desde luego su acero el hijo de Romano contra estos enemigos caseros, y se estremecieron al presenciar el denuedo de un príncipe legítimo. El primero acaudillando la batalla quedó al pie de su caballo por efecto de veneno de un saetazo, y el segundo, aherrojado ya dos veces y otras tantas revestido de púrpura, apeteció acabar sus ya cortos días pacíficamente. Al arrimarse el anciano suplicante al solio; con los ojos llorosos y a pasos trémulos, sostenido por sus dos acompañantes, prorrumpió el emperador, con el descoco de la mocedad y del poderío. «¿Es ése el hombre que tanto tiempo nos tuvo despavoridos?». Afianzada su autoridad y la paz del Imperio, no dejaron los trofeos de Nicéforo y de Zimisces dormir en el palacio a su alumno. Sus muchas y largas expediciones contra los sarracenos, fueron más bien gloriosas que útiles al Imperio, pero descuella el exterminio total del reino de Bulgaria, como el triunfo más grandioso de las armas romanas desde el tiempo de Belisario. Pero los súbditos, en vez de vitorear a su triunfador, estaban abominando de la codicia violenta y robadora de Basilio; y en la escasa relación de sus

proezas, tan sólo asoman el denuedo, el aguante y el destemple de un soldado. Nubló su entendimiento una educación aviesa, que nunca avasalló su arrogancia; como idiota, recordaba tan sólo la ciencia de su apocado abuelo para menospreciar entrañable o afectadamente leyes y letrados, artes y artistas. Apoderose de por vida la superstición de tal índole, y en tal siglo, pues tras el primer desenfreno de su mocedad, Basilio II, dedicó su vida en el palacio y en el campamento, a la penitencia de un ermitaño; llevaba el hábito monástico debajo de su ropaje y armadura, guardaba voto de castidad, y frenaba sus apetitos con la abstinencia del vino y de la carne. Su desenfado marcial lo arrebató, a los sesenta y ocho años de edad, a embarcarse para una guerra santa, contra los sarracenos de Sicilia; pero le sobrevino la muerte, y Basilio, apellidado el *Matabúlgaros*, se fue del mundo llorado por el clero, y maldecido por el pueblo. A su muerte (diciembre de 1021 d. C.) el hermano Constantino disfrutó unos tres años la potestad, o más bien los deleites de la monarquía, y su único esmero fue el arreglo de la sucesión. Obtuvo por sesenta y seis años el dictado de Augusto, y el reinado de ambos hermanos es el más largo, y más enmarañado, de la historia bizantina.

Sucediéronse en el plazo de ciento sesenta años y en línea recta, cinco emperadores, y fueron halagando la lealtad de los griegos a la dinastía Macedonia, acatada, hasta tres veces, por los usurpadores de su potestad. Muerto Constantino IX, postrer varón de la alcurnia real, asoma una perspectiva nueva y quebrada, y adicionados los años de doce emperadores, no igualan al espacio de su reinado solo. Antepuso el primogénito, su castidad personal al interés público, y fueron tres hijas toda la prole de Constantino. Eudoxia, que tomó el hábito, y Zoe y Teodora que yacieron arrinconadas, ignorantes y vírgenes hasta

su edad madura. Ventilados sus enlaces en el consejo del padre moribundo, la yerta y mística Teodora se desentendió de proporcionar herederos al Imperio, pero su hermana Zoe se adelantó a ser víctima voluntaria a las aras. Romano Argiro, patricio de estampa agraciada y acendrado concepto, fue el escogido para esposo, y al esquivar este timbre, se le manifestó que ceguedad o muerte serían el paradero de sus desdenes. Era el cariño conyugal el móvil de su repugnancia, pues su leal consorte, quiso sacrificar aquella felicidad, por su salvamento y exaltación, y entrando en un monasterio zanjó el único tropiezo que se oponía al desposorio imperial. Al fallecimiento de Constantino, paró el cetro en la diestra de Romano III, mas no asomaron tareas eficaces y provechosas, ni en casa, ni fuera; y la edad ya muy madura de Zoe, era menos a propósito para las resultas, que para el goce de los deleites. Su camarero predilecto era un Paflagonio muy lindo, llamado Miguel, cuya primera profesión había sido la de cambiante de monedas, y Romano, por agradecimiento o por condescendencia, se desentendía de este trato criminal, o se satisfacía con algún descargo. Mas luego Zoe corroboró la máxima romana de que toda adúltera es abonada para emponzoñar al marido, y tras la muerte de Romano, sobrevino ejecutivamente el matrimonio escandaloso, y el ensalzamiento de Miguel IV. Quedó Zoe frustrada en sus anhelos, pues en vez de un amante lozano y agradecido, franqueó su lecho a un desastrado, cuya salud y entendimiento yacían menoscabados con accidentes epilépticos, y cuya conciencia estaba a todas horas atenaceada, con la desesperación y el remordimiento (11 de abril de 1034 d. C.). Acudieron los facultativos más consumados, de cuerpo y de alma en auxilio, y anduvo esperanzado, con viajes frecuentes a baños y a túmulos de los santos más milagrosos; y los monjes celebraban sus

penitencias, y excepto la restitución (pero, ¿a quién cabía restituir?) Miguel echó el resto por purgar su atentado. Mientras yacía sollozando y suplicando, con el saco y la ceniza, su hermano, el eunuco Juan, se sonreía de aquellos remordimientos, y gozaba el fruto de un delito que principalmente era aborto suyo. Todo su afán se ciñó al cebo de su codicia, y Zoe paró en cautiva y emparedada en palacio, al cargo de los esclavos. Al acechar el menoscabo irremediable de la salud del hermano, entrometió a su sobrino, otro Miguel apellidado Calafate, por su ejercicio en la carena de bajeles: manda el eunuco y Zoe prohija al niño de un menestral; revisten a este heredero de farsa, con el dictado y púrpura de los Césares, a presencia del Senado y clero. Era tan apocada la índole de Zoe, que se dejó avasallar por el mismo desahogo que recobró con la muerte del Paflagonio, y a los cuatro días ciñó la corona en la sien de Miguel IV (14 de diciembre de 1041 d. C.), quien estuvo protestando, lloroso y juramentado, que siempre reinaría como el súbdito primero y más rendido; y luego la única gestión de su reinado fue la ingratitud ruin con sus bienhechores, el eunuco y la emperatriz. Grato fue al público el vuelco del primero, mas el murmullo, y luego el clamor, de toda Constantinopla, acompañó en destierro a Zoe, hija de tantos emperadores; quedaron olvidados sus devaneos, y Miguel se desengañó de que hay trances en que el sufrimiento del esclavo más manso se enfurece y se dispara a la venganza. Alborotose el vecindario sin distinción, en asonada violentísima, por espacio de tres días; sitian el palacio, quebrantan sus puertas, llaman a sus *madres*, la una de la cárcel, la otra del monasterio, y sentencian al hijo del Calafate a perder ojos y vida. Miran por primera vez atónitos los griegos a las dos hermanas reales sentadas en el mismo solio (21 de abril de 1042 d. C.),

presidiendo al Senado, y dando audiencia a los embajadores de las naciones. Mas cesa esta concordia peregrina a los dos meses: muy encontradas vivían las dos soberanas en índoles, intereses y allegados, y por cuanto seguía Teodora con su aversión al matrimonio, Zoe siempre incansable se avino a los sesenta años, por el bien público, a enlazarse con tercer marido, e incurrir la censura de la Iglesia griega. Apellidose Constantino X y el adjetivo *Monomaco*, peleante solo, expresaría su denuedo y su victoria en alguna contienda pública o particular (11 de junio de 1042 d. C.); pero gotoso y disoluto, su reinado vino a ser una alternativa incesante de dolencia y relajación. Una viuda, noble y hermosa, había acompañado a Constantino en su destierro a la isla de Lesbos, y blasonaba Ederena de titularse su manceba. Tras el enlace y ensalzamiento, la encumbró con el dictado y boato de Augusta, y la hospedó en una estancia inmediata al mismo palacio. La consorte legítima (tal era el miramiento, o el descoco de Zoe) se avino a partición tan extraña y escandalosa, y el emperador se manifestó al público entre su esposa y su manceba. Sobrevivió a entrambas, pero las últimas disposiciones de Constantino, para variar el orden de la sucesión, quedaron atajadas por los amigos más desvelados de Teodora, y a su muerte recobró ésta, con general consentimiento, la posesión de su herencia (30 de noviembre de 1054 d. C.). En su nombre, y a influjo de cuatro eunucos, estuvo gobernado pacíficamente el orbe oriental unos diecinueve meses y con afán de dilatar su predominio, recabaron de la anciana princesa, que nombrase por sucesor a Miguel VI (22 de agosto de 1056 d. C.). El sobrenombre de *Estratónico*, está diciendo su profesión militar, mas el veterano quebrantado y decrépito, tan sólo veía con los ojos, y obraba con las manos de sus ministros. Mientras subía al solio, se estaba empozando en el sepulcro Teodora, la postrera

de la línea Basílica o Macedónica. He compendiado presurosamente, y me despido gustoso de este plazo vergonzoso y aciago de veintiocho años, en que los griegos, avillanados en ínfima servidumbre, fueron arrebatados acá y acullá, según el albedrío o el antojo de unas hembras baladíes. Sobre esta lobreguez de esclavitud, asoma por fin allá un destello de libertad, o a lo menos de brío; conservaban los griegos o resucitaron, el uso de los sobrenombres que perpetúan la nombradía de toda virtud hereditaria, y estamos ahora deslindando el arranque, la sucesión y las alianzas de las últimas dinastías de Constantinopla y Trebisonda. Los *Comnenos* que por algún tiempo contrastaron el vuelco del Imperio ruinoso, ostentaron el timbre de su origen romano, pero llevaba ya largo tiempo la familia de su traslación al Asia. Habían fincado en Cartamona, a las cercanías del Euxino, y uno de sus caudillos engolfado ya en la carrera de la ambición, anduvo reviendo con apego, y quizás con pesadumbre, la vivienda decorosa y honrada de sus padres. Encabezó su alcurnia el esclarecido Manuel, que en el reinado de Basilio II acudió con armas y razones a sosegar las turbulencias del Oriente, dejó dos niños tiernos, Isaac y Juan, que recomendó con ínfulas de merecimiento, al aprecio y favor de su soberano. Educáronse los nobles mancebos en la enseñanza del monasterio, la cortesanía del palacio y los ejercicios del campamento; y desde el servicio palaciego de la guardia pasaron ejecutivamente al mando de provincias y ejércitos. La estrechez de su hermandad robusteció la pujanza y nombradía de los Comnenos, y se realzó su nobleza por los enlaces de entrambos con una princesa cautiva de Bulgaria, y la hija de un patricio, que se apellidaba *Caronte*, por la caterva de enemigos que tenía enviados a las sombras infernales. Repugnaba a la soldadesca el servicio y la lealtad a sus dueños

afeminados. El ensalzamiento de Miguel IX era un insulto personal a generales mas acreedores, cuyo desabrimiento se acibaró más y más con la mezquindad del emperador, y el descoco de los eunucos. Se juntaron reservadamente en el santuario de Santa Sofía, y por votos unánimes de aquel congreso militar, recayera la elección en el anciano y valeroso Catacalon, si el patriotismo y comedimiento dejara de apuntarles la trascendencia del nacimiento, como mérito en el nombramiento de un soberano. El consentimiento general aclamó a Isaac Comneno, y los asociados se desviaron sin demora, para juntarse en las llanuras de Frigia, acaudillando respectivamente sus escuadrones y destacamentos. Defendieron en una sola batalla la causa de Miguel los mercenarios de la guardia imperial, forasteros en el interés público, y obrando únicamente a impulsos de su honor y agradecimiento. Tras su derrota, despavorido el emperador, solicitó un convenio que iba a quedar ajustado por la moderación del Comnenio, pero vendieron sus embajadores al uno, y contuvieron los amigos al otro; y Miguel solitario tuvo que avenirse al dictamen del pueblo; anuló el patriarca su juramento de lealtad, y al afeitar la cabeza del monje real, se congratuló con él, por el trueque ventajosísimo de la soberanía temporal, con el reino de los cielos: cambio que el sacerdote mismo por su parte hubiera probablemente orillado. Coronó luego él mismo solemnemente a Comneno; ofendería el símbolo de la espada que usó en sus monedas como conceptuoso del derecho de conquista; mas estaba pronto aquel acero para blandirse contra los enemigos propios y extraños del Estado. El menoscabo de su salud y pujanza embargó los ímpetus de toda operación activa, y la perspectiva de su muerte cercana lo determinó a intermediar, por una temporada, la vida con la eternidad. Mas en vez de

señalar por dote el Imperio a su hija, se hermanaron su tino y su propensión, para anteponerle su hermano Juan, militar, patriota, y padre de cinco hijos, columnas venideras de una sucesión hereditaria. El comedimiento de su primera resistencia pudiera equivocarse con impulsos de advertencia y cariño, mas su perseverancia porfiada y vencedora, por más que deslumbre con destellos pundonorosos, se debe tildar como ajena de su obligación, y un agravio a su familia y patria. Admitió Constantino Ducas la púrpura desechada, amante de la alcurnia Comnenia, y cuyo esclarecido nacimiento se engalanaba con la práctica y el concepto de inteligencia en los negocios. Recobró Isaac su salud con el hábito de monje y sobrevivió dos años a su renuncia voluntaria. A las órdenes del Abad, desempeñaba según la regla de san Basilio, los menesteres ínfimos del convento; pero allá su vanagloria encubierta, se pagaba con las visitas frecuentes y atentísimas del monarca reinante, que reverenciaba en su persona, la calificación de un bienhechor y de un santo.

Si Constantino XI era positivamente el prohombre del Imperio, hay que lastimarse del avillanamiento del siglo y nación, en que fue nombrado (25 de diciembre de 1059 d. C.). Se afanaba aniñadamente por descollar en elocuencia sin conseguirlo, anteponiendo la corona de la oratoria a la de Roma, y en el desempeño subalterno de juez, trascordaba su instituto de soberano y de guerrero. Ajeno de la tibieza patriótica de sus ensalzadores, Ducas tan sólo afianzaba, a costa de la república, el poderío y la prosperidad de su prole. Sus tres hijos, Miguel VII, Andrónico I y Constantino XII (mayo de 1067) permanecieron revestidos desde su niñez con igual dictado de Augustos, y luego les quedó también patente la sucesión con la muerte del padre. Su viuda Eudoxia fue la encargada del régimen; mas el desengaño había enseñado al padre moribundo y celoso a

escudar a sus hijos contra el peligro de segundo desposorio, y este resguardo solemne, testimoniado por los senadores principales, se depositó en manos del patriarca. Antes de siete meses, los apuros de Eudoxia o del Estado, clamaban ya por las prendas varoniles de un soldado, y su pecho tenía escogido a Romano Diógenes que ensalzó, del cadalso al solio. El descubrimiento de una traición intentada, lo había expuesto a la severidad de las leyes: su gentileza y denuedo lo descargaron para los ojos de la emperatriz, y Romano desde un destierro benigno, fue llamado al segundo día para el mando de las huestes orientales. Ignoraba el público su elección para monarca, y la promesa que iba a patentizar su liviandad y fementimiento, cayó con ardides en manos del emisario, que acertó a burlar al patriarca. Alegó al pronto Xifilino la santidad del juramento y lo sagrado de un depósito; mas secreteándole, que su hermano era el emperador venidero, aventó sus escrúpulos y confesó, que la salvación pública era la ley suprema. Se desprendió del documento tan importante, y luego desahuciado con el nombramiento de Romano, ya no le cupo recobrar su afianzamiento, ni contrarrestar el segundo desposorio de la emperatriz (agosto de 1067 d. C.) Suena un susurro en palacio, y la guardia bárbara alza sus mazas por la alcurnia de Ducas, pero las lágrimas de la madre ablandan a los infantillos, afianzándoles la lealtad de su padrino, que desempeñaba la dignidad imperial con pundonor y señorío. Referiré más adelante sus conatos esforzados, pero infructuosos, para atajar el raudal de los turcos. Su derrota y cautiverio fue una llaga mortal para la monarquía bizantina del Oriente, y cuando allá el sultán llegó a desaherrojarlo, en vano volvió en busca de esposa y súbditos. Yacía aquella emparedada en un monasterio, y éstos se atenían a la máxima inexorable de la ley civil, de que todo

prisionero en manos del enemigo, queda destituido, como guadañado por la muerte, de todo derecho público y privado de ciudadano. Despavoridos todos, el César Juan esforzó la penitencia incontrastable de los tres sobrinos; oyó Constantinopla su voz, y se pregonó en la capital y en la raya al cautivo de turcos, como enemigo de la república (agosto de 1071 d. C.). No fue Romano más venturoso en la guerra interior que en la externa; perdidas dos batallas tuvo que rendirse, bajo el resguardo de un trato apacible y decoroso; mas carecían sus contrarios de humanidad y de palabra, y tras la privación de la vista le dejaron desangrar y enconar las heridas, hasta que a los tres días dejó por fin de padecer aquel martirio. Bajo los tres reinados de la casa de Ducas, los dos hermanos menores quedaron reducidos al boato insustancial de la púrpura, pero el mayor, Miguel, de suyo apocadísimo, era inhábil para empuñar el cetro romano, y su apodo de *Perpinatis* denota la tacha que le cupo, al par de un privado avariento, que subía el precio y cercenaba las medidas del grano. Aprovechó algún tanto en retórica y filosofía el hijo de Eudoxia, al ejemplo de su madre, en la escuela de Piclio; pero su concepto quedó más bien deducido que realzado, con las virtudes de un monje y la ciencia de un sofista. Dos generales, engreídos con el menosprecio de un soberano y su propia suficiencia, capitaneando las legiones de Asia y de Europa, se revistieron la púrpura en Niza y en Andrinópolis. Se rebelaron en el mismo mes, y se apellidaban igualmente Nicéforos; pero se diferenciaban con los apodos de Brienio y Botaniates, el primero ya en la cumbre de su valentía y desempeño, y el otro descollante aún con la memoria de proezas ya remotas. Mientras Botaniates marchaba pausada y cautelosamente, su competidor disparado, se apersonó con sus armas a las puertas de Constantinopla. Esclarecido era el

nombre de Brienio y estaba bienquisto, pero el desenfreno incontrastable de su tropa, incendió y saqueó un arrabal, y el vecindario que vitoreara al rebelde, desechó y rechazó, al incendiario de su patria. Favorable fue a Botaniates aquel cambio de la opinión pública, y se arrimó con un ejército turco a las playas de Calcedonia. Corrió por las calles de Constantinopla un llamamiento formal en nombre del patriarca, del sínodo y del Senado, y junta general estuvo ventilando, en el presbiterio de Santa Sofía, con método y sosiego, la elección del soberano. Dispersara la guardia de Miguel aquella muchedumbre desarmada mas el emperador apocado, ufano con su clemencia y comedimiento depuso sus insignias imperiales, y quedó recompensado con un hábito de monje y el título de arzobispo de Éfeso. Dejó un hijo, otro Constantino, nacido y educado en la púrpura, y una hija de la alcurnia de Ducas realzó la sangre, y revalidó la sucesión de la dinastía Comnenia.

Juan Comneno, hermano del emperador Isaac, sobrevivió en paz y señorío a su garboso desvío del cetro. Hubo en su esposa Ana, mujer despejada y varonil, hasta ocho hijos: las tres niñas fueron emparentando con los prohombres de Grecia; de los cinco hijos, Manuel falleció temprano; Isaac y Alexio restablecieron la grandeza imperial de la alcurnia Comnenia, disfrutándola sin afán ni peligro los dos hermanos menores Adriano y Nicéforo. Alexio, el más esclarecido de todos, descolló con sus prendas eminentes de cuerpo y alma, cultivándolas con su educación esmerada, y doblegándolas, en la escuela de la obediencia y la adversidad. El desvelo paternal del emperador Romano, desvió al mancebo de las contingencias de la guerra turca; mas se acusó a la madre de los Comnenos, con su linaje engreído, de traición, desterrándola los hijos de Ducas, a una

isla de la Propóntide. Campearon luego con su privanza y sus empleos, pelearon de pareja contra los rebeldes y bárbaros, y acompañaron al emperador Miguel, hasta su total desamparo, por el mundo y por sí mismo. Al avistarse con Botaniates, «*Príncipe* —prorrumpió Alexio con candoroso garbo— mi obligación me constituyó vuestro enemigo; las disposiciones del Señor y del pueblo, me hacen vuestro súbdito; conceptuad mi lealtad venidera, por mi oposición pasada». El sucesor de Miguel lo agasajó con intimidad, y empleó su valentía contra tres rebeldes que estaban alterando el sosiego del Imperio, o al menos de los emperadores. Hacíanse formidables Ursel, Brienio y Basilacio, por sus crecidas fuerzas y pericia militar; fueron quedando todos vencidos, y luego traídos aherrojados al pie del solio, y por violento que fuese el trato que les cupo de una corte medrosa e inhumana, vitorearon la clemencia y bizarría del triunfador. En breve, zozobras y sospechas desdoraron la lealtad de los Comnenos, ni es tan obvio deslindar entre un súbdito y un déspota, el feudo de agradecimiento que el primero suele reclamar con su rebeldía, y cumplir el segundo por mano del sayón. Se niega Alexio a marchar contra el cuarto rebelde su cuñado, y desmerecía sus servicios anteriores; los allegados de Botanicio foguearon una ambición que temían y tildaban, y la retirada de ambos hermanos pudiera sincerarse, con el resguardo de su vida y su libertad. Quedaron depositadas las hembras de la familia en un santuario, acatado por los tiranos; los varones cabalgaron, partieron y tremolaron el estandarte de la guerra civil. La soldadesca que sucesivamente se había ido agolpando en la capital y sus cercanías, se apasionó por la causa de un caudillo victorioso y agraviado; vínculos de interés y de parentesco afianzaban el apego de la casa de Ducas, y el paradero de la contienda garbosa de los Comnenos, fue la

resolución terminante de Isaac; que fue el primero en revestir a su hermano menor, con el nombre y las insignias de la soberanía. Revolvieron sobre Constantinopla más bien para amagar que para sitiar aquella fortaleza inexpugnable; pero se cohechó la guardia, se sorprendió una puerta, y se adelantó a rendir la escuadra el denodado Jorge Paleólogo que estuvo peleando contra su padre, sin prever que se afanaba por su prosperidad. Entronizose Alexio, y su ansioso competidor se empozó en un monasterio. Se dio la ciudad al saqueo para halagar a una hueste de varias naciones, pero lloraron y ayunaron por aquel desmán los Comnenos, que se avinieron a toda penitencia compatible con la posesión del Imperio.

Rasgueó la vida del emperador Alexio su hija predilecta, enamorada de su persona, y loablemente ansiosa de perpetuar sus excelencias (abril de 1081 d. C.). Enterada de cuanto fundadamente pudieran maliciar sus lectores, se había informado de palabra y por escrito, de los veteranos más fidedignos, protestando repetidamente, que todos estaban corroborando su conocimiento; que habiendo ya pasado treinta años, olvidando al mundo y olvidada de él, no asomaban zozobras ni esperanzas por el desamparo de su soledad, y que la verdad desnuda y cabal, le era más halagüeña y sagrada que la memoria de su padre. Mas, en vez de aquel sencillo y fluido lenguaje que nos embelesa, su acicalamiento esmerado de retórica y de ciencia, está poniendo de manifiesto, a cada paso, la vanagloria de la autora. La índole nativa de Alexio se enmaraña allá en un ramillete revuelto de primores; y la entonación incesante del panegírico y apología, nos encela contra la veracidad del historiador y los merecimientos del héroe. No podemos, sin embargo, desentendernos de su reparo atinado y trascendental, de que en el desconcierto de los

tiempos, se cifraron los quebrantos y los blasones de Alexio, y de que cuantas plagas pueden aquejar a un imperio menoscabado, se dispararon sobre su reinado, por la justicia del cielo, y los desbarros de sus antecesores. En el Oriente, los turcos victoriosos habían ido derramando, desde la Persia al Helesponto, la prepotencia del Alcorán y de la media luna; la valentía aventurera de los normandos había invadido el Occidente, y en los intermedios de paz seguía el Danubio desembocando nuevos enjambres, que habían aventajado en el arte de la guerra, cuanto iban perdiendo de sus costumbres desenfrenadas. No estaba menos embravecido el mar que la tierra, y mientras un enemigo patente asaltaba la raya, alevosía y conspiraciones encubiertas, traían despavorido el palacio. Tremolan de repente los latinos la bandera de la Cruz; arrójase la Europa sobre el Asia, y Constantinopla está a pique de fracasar en tamaña inundación. En el vaivén de la tormenta, maneja Alexio la nave con denuedo y maestría. Acaudilla los ejércitos, campea en la refriega, aguanta la fatiga, acude a sus ardides, y avalora las ventajas, y se rehace de los quebrantos, con inexhausta pujanza. Revive la disciplina en el campamento, y el ejemplo y la ciencia del general, plantea nuevas generaciones de hombres y soldados. Alexio, en sus relaciones con los latinos, se muestra sufrido y artero; su vista despejada cala, hasta las interioridades de aquel mundo desconocido; y más adelante desentrañará la política recóndita, con que acertó a ir equilibrando los intereses y los afanes de los campeones cruzados. En su larguísimo reinado de treinta y siete años, doblegó y disimuló la envidia de sus iguales: restableció las leyes del orden público y particular se cultivaron las artes lujosas y científicas: ensanchó los linderos del Imperio en Asia y en Europa, y el cetro Comnenio se fue traspasando, hasta la tercera

y aun cuarta generación. Pero los contrarrestos del tiempo, sacaron a luz los lunares de su conjunto; y ocasionaron algunas tachas fundadas, o siniestras, en su memoria. Se sonreirá acaso el lector con el raudal de alabanzas que suele la hija derramar sobre un héroe fugitivo: la flaqueza, o la cordura, en aquellas situaciones, podrán equivocarse con la cobardía, y sus amaños políticos se solían tildar por los latinos con los vituperios de doblez y engaño. Su alcurnia redoblada de varones y hembras, realzaban su solio, afianzando la sucesión; pero su boato y engreimiento regio lastimaba a los patricios, desangraba el erario y estaba insultando a las escaseces del pueblo. Atestigua formalísimamente Ana, que se nubló la dicha y se quebrantó la salud del celador de la felicidad pública. Su dilatado y adusto señorío llegó a cansar al vecindario, y Alexio en vida, había ya desmerecido el cariño y el acatamiento de los súbditos. No le perdonaba el clero el desvío de sus riquezas sagradas a la defensa del Estado, pero encarecía su sabiduría teológica y su afán desalado por la fe acendrada, batallando por ella con lengua, pluma y espada. Desdoraba la superstición griega sus prendas, y el idéntico móvil, encontrado, de flaqueza humana, lo arrebataba, para fundar un hospital de dolientes y desamparados, y para disponer y presenciar la quema de un hereje, que fue abrasado vivo, en la plaza de Santa Sofía. Sus íntimos de por vida maliciaron fementimiento en su moralidad y su religión. En su última hora, estrechado por su mujer Irene, para que alterase la sucesión, se incorporó algún tanto y prorrumpió en una exclamación mística sobre la vanidad del mundo. La contestación colérica de la emperatriz podía esculpírsele, por epitafio, en la tumba: «¡Mueres como has vivido… Un hipócrita!».

Anhelaba Irene desbancar al primogénito de los hijos en

vida, a favor de su hija la princesa Ana, cuya filosofía no esquivara el peso de una diadema; mas los amantes de la patria, esforzaron la sucesión masculina; desencajó el heredero legítimo el sello, o estampilla real, del dedo insensible del padre consentido, y el Imperio obedeció al mayordomo del palacio. La ambición y la venganza incitaron a Ana Comnena, para conspirar contra la vida de su hermano, y cuando el intento quedó frustrado, con los recelos, o escrúpulos, de su propio marido, exclamó destempladamente, que la naturaleza había equivocado los sexos, dando a Brienio el alma de una mujer. Los dos hijos de Alexio, Juan e Isaac, conservaron la concordia solariega de su alcurnia, pagándose el menor con el dictado de César, inmediato en dignidad, mas no en poderío, al emperador. Hermanaba éste, por dicha, mérito y jerarquía: su rostro atezado, facciones broncas y estatura menguada, le acarrearon el apodo irónico de Calo Juanes o Juan el Lindo, que los súbditos agradecidos aplicaban con formalidad a la hermosura de su alma. Vida y haberes desmereció Ana, según las leyes, descubierta una vez su traición; pero la clemencia del emperador le conservó la existencia; mas en vista de sus tesoros y de su ostentoso palacio, lo cedió todo, después de confiscarlo, a amigo más benemérito. Este precioso amigo, esclavo de linaje turco, se arrestó a esquivar el agasajo, y a interceder por el reo; su dueño caballeroso celebró el rasgo de su privado, y a su ejemplo, la reverencia o la queja de un hermano agraviado fue el único castigo de princesa tan criminal. Con este ejemplar de clemencia, ni conspiración, ni rebeldía alteraron ya la bonanza de su reinado, y nunca Juan, temido por la nobleza, y amado de la plebe, tuvo que padecer la precisión de castigar o de indultar a sus enemigos personales. Quedó durante su gobierno de veinticinco años, abolida la pena de muerte en el Imperio

Romano: ley indulgente, muy halagüeña a los especulativos afectuosos, pero cuya práctica, en un estado grandioso y estragado, por maravilla se hermana con la seguridad pública. Adusto para consigo, bondadoso para los demás, recatado, sobrio y parco, no esquivara el filósofo Marco las prendas candorosas de aquel sucesor, como que brotaron de su interior, sin asomar por las escuelas. Menospreciaba, y fue desmoronando el boato de la corte bizantina, tan desangrador del pueblo, y tan baladí, para el concepto de la racionalidad. Con aquel príncipe no hubo zozobras para la inocencia, ni desaires para el mérito; y sin revestirse del cargo tiránico de censor, fue labrando mejoras sucesivas y patentes, en las costumbres públicas y privadas de Constantinopla. El único lunar de índole tan cabal era la flaqueza de toda alma esclarecida, el afán por las armas y la gloria militar; pero las muchas expediciones de Juan el Lindo, pueden sincerarse, a lo menos en cuanto a su móvil, con la precisión de rechazar a los turcos, del Helesponto y del Bósforo. Quedó el sultán de Iconio emparedado en su capital, los bárbaros enriscados en sus breñas, y las provincias marítimas del Asia paladearon la dicha volandera de su rescate. Acaudilló repetidamente, de Constantinopla a Antioquía y Alepo, su ejército victorioso, y en los sitios y batallas de aquella guerra sagrada, dejó atónitos a los latinos con la bizarría y sobresalencia de un griego. Ya se estaba empapando en su esperanza grandiosa de recobrar los antiguos linderos del Imperio; ya revolvía en su ánimo el Tigris y el Éufrates, el señorío de la Siria y la conquista de Jerusalén, cuando un fracaso extrañísimo, cortó el hilo de su vida, y se desplomó la felicidad pública. Cazando jabalíes en el valle de Anazarbo, logró clavar su venablo en el cuerpo de la alimaña enfurecida, pero con el empuje se le saltó de la aljaba una flecha

emponzoñada, y una leve herida en la mano, que vino luego a enconarse, dio al través con el mejor y mayor de los príncipes Comnenios.

Habían fallecido tempranamente los dos hijos mayores de Juan el Lindo; su concepto o su cariño, de los dos restantes Isaac y Manuel, antepuso el menor, y se revalidó la elección del príncipe moribundo por la soldadesca, enamorada del denuedo de aquel predilecto en la guerra contra los turcos. Acude el fiel caudillo presuroso a la capital, afianza la persona de Isaac en honorífico encierro, y cohecha con doscientas libras de plata a los prelados de Santa Sofía, consagradores de todo emperador. Síguele Manuel con sus tropas afectas y veteranas; aviénese su hermano al dictado de Sebastocrator; se prendan los súbditos de la estatura gallarda, y marcial gentileza de su nuevo soberano, y dan crédulamente oídos a la promesa lisonjera de que ha de hermanar la cordura de la madurez con el ímpetu y pujanza de la mocedad. Se desengañan luego de que competía con el padre en el brío y en parte de su desempeño, pero que yacen aquellas prendas sociales en la huesa. Hierve su reinado de treinta y siete años con guerras incesantes contra turcos, cristianos y rancherías de los páramos allende el Danubio. Ejercitáronse las armas de Manuel en el monte Tauro, en las llanuras de Hungría, en las costas de Italia y Egipto, y por los mares de Sicilia y Grecia, abarcaron sus negociaciones Jerusalén, Roma y Rusia, y la monarquía bizantina por una temporada vino a causar acatamiento y pavor a las potencias de Asia y de Europa. Aunque educado en la seda y en la púrpura del Oriente, era de hierro el temple del guerrero Manuel, sin que le quepa cotejo, sino con Ricardo I de Inglaterra, y Carlos XII de Suecia. Llegaba a tanto su brío y maestría en las armas, que Raimundo, apellidado el Hércules de Antioquía, nunca acertó a blandir la

lanza y embrazar el broquel del emperador griego. En un torneo decantado, cabalgó un alazán fogosísimo, y a la primera embestida volcó a dos de los caballeros italianos más corpulentos. El primero en el avance, y el postrero en la retirada, amigos y enemigos temblaban igualmente, aquéllos por su salvamento, éstos por el suyo propio. Emboscó su escuadrón; se adelantó en busca de aventuras arriesgadas, sin más escolta que la de su hermano y el leal Anxuch, quienes no se avinieron a desamparar al soberano. Diez y ocho jinetes tras un breve encuentro les huyeron, pero se reforzaron; la venida de un auxilio fue tardía y apocada, y Manuel, ileso, se abrió paso por medio de un escuadrón de quinientos turcos. En una batalla contra húngaros, en ascuas con la pausa de su tropa, arrebató un estandarte de la cabeza de la columna, y fue el primero, y casi solo, que atravesó el puente que lo separaba del enemigo. En el mismo país, traspuesto el Save con su ejército, despidió las embarcaciones con orden al comandante, bajo pena de la vida, le dejase vencer o morir en aquel territorio absolutamente contrario. En el sitio de Corfú, remolcando una galera apresada, estuvo el emperador erguido sobre la popa, recibiendo las descargas de flechas y piedras en su broquel grandioso y una vela desplegada; ni podía evitar una muerte ejecutiva, a no mandar el almirante siciliano a sus flecheros que respetasen la memoria de un héroe. Se cuenta, que en un día mató con su propia mano hasta más de cuarenta bárbaros; volvió al campamento arrastrando cuatro prisioneros turcos, amarrados al arzón de su silla: siempre era el más delantero para retar o aceptar alguna lid personal, y cuantos campeones *agigantados* le salían al encuentro, quedaban traspasados con el lanzón, o descuartizados con la espada del invencible Manuel. Tan extremadas hazañas, norma o copia de novelas caballerescas, acarrean fundada

desconfianza acerca de la veracidad de los griegos: no trato de aventurar mi crédito escudando el suyo, mas reparo, que en sus dilatados anales, tan sólo Manuel es el príncipe que ha dado campo a tamaños encarecimientos. No realzaba su valentía como soldado con la maestría y cordura como general; no redundaron sus victorias en conquistas permanentes y provechosas, y sus laureles turcos se marchitaron en la campaña postrera y desventurada, perdiendo su ejército por los riscos de la Pisidia, y debiendo su rescate a la generosidad del Sultán. Pero la extrañeza más peregrina en el conjunto de Manuel, es su vaivén contrapuesto y frecuente de afán y de apoltronamiento, de aguante y de afeminación. En guerra desconocía la paz, y en ésta, aparecía incapaz de aquella. En campaña dormía al sol o sobre la nieve, cansaba con marchas larguísimas hombres y caballos, y terciaba risueñamente en las escaseces y el desamparo; mas en llegando al umbral de Constantinopla, se engolfaba más y más en regalos y en primores; galano, glotón y lujoso en alhajas y colgaduras, sobrepujó en gasto a todos sus antecesores, veraneando deliciosamente por las islas amenísimas de la Propóntide, y solazándose incestuosamente con su sobrina Teodora. Con ambos desembolsos de disolución y de guerra, se apuraron las rentas, se recargaron los impuestos, y Manuel en el conflicto de su postrer campamento en Turquía, padeció la reconvención amarguísima de un soldado en el extremo de su desesperación. Llegó sediento a un manantial, y se quejó de que estaba revuelta el agua con sangre cristiana. «No es de ahora —prorrumpió una voz de la muchedumbre–, el estar vos bebiendo, emperador, la sangre de vuestros desventurados súbditos cristianos». Se desposó dos veces Manuel Comneno, con la virtuosa Berta o Irene de Germania, y la hermosa María, princesa latina o francesa de Antioquía. Destinó la hija única de

la primera mujer a Bela, príncipe húngaro, educado en Constantinopla con el nombre de Alexio, y la consumación de su desposorio trasladaba el cetro romano a una alcurnia de bárbaros, libres y guerreros. Mas luego que María dio un hijo y heredero al Imperio, fueron abolidos los derechos presuntivos de Bela, y quedó defraudado de su novia ofrecida; pero en suma el príncipe húngaro recobró el nombre y reino de sus padres, y luego floreció con prendas envidiables para los griegos. Llamose Alexio el hijo de María, y subió a los diez años al solio bizantino, cuando el fallecimiento del padre amortajó las glorias de la alcurnia Comnenia.

La hermandad efectiva de los dos hijos del grande Alexio, se nubló a veces con arranques de interés o de acaloramiento. Incitó su ambición al Sebastocrator Isaac, a huir y rebelarse, pero lo retrajo la entereza y clemencia de Juan el Lindo. Los yerros de Isaac, padre de los emperadores de Trebisonda, fueron leves y pasajeros, pero Juan, el primogénito suyo, renegó de su religión para siempre. Airado con un insulto efectivo o soñado del tío, huyó del campamento romano al turco; mereció su apostasía el galardón de la hija del Sultán, del dictado de Quselebí, o noble, y de la herencia de un principado, y aun en el siglo XV, blasonaba Mahometo II, de su entronque imperial con la alcurnia Comnenia. Andrónico, hermano menor de Juan, hijo de lsaac, y nieto de Alexio Comnenio, fue uno de los individuos más descollantes de aquel tiempo, y sus aventuras positivas darían grandioso campo para una novela peregrina. Para abonar la elección de tres damas reales, me incumbe el advertir que el amante venturoso era un dechado de brío y gentileza, y si carecía de trato afectuoso, sobresalta con su garbo varonil, gallarda estatura, musculación grandiosa, y marcialidad agraciada. Su templanza y su ejercicio le conservaron hasta la

ancianidad la pujanza y robustez juvenil. Un mendrugo y un trago de agua solían ser ya por la tarde su comida única; y si participaba de un jabalí asado por sus propias manos, o bien de un ciervo, era el producto de su propia y afanada cacería. Con su maestría en las armas, desconocía el miedo, su persuasiva se atemperaba a toda situación y circunstancia de la vida; amoldaba su lenguaje, mas no su práctica, al ejemplo de san Pablo, y en toda gestión siniestra abrigaba alcance para idear, pecho para resolver y manos para ejecutar. En su mocedad, tras la muerte del emperador Juan, siguió la retirada del ejército romano, pero al atravesar el Asia Menor, de intento o por acaso, tuvo el arranque de irse monteando por los riscos; apresaron al cazador otros cazadores turcos, y permaneció algún tiempo de cautivo forzado o voluntario del sultán. Privaba con el primo por sus virtudes y sus vicios, terciaba con Manuel en peligros y en recreos, y mientras el emperador vivía pública e incestuosamente amancebado con su sobrina Teodora, Andrónico se estaba empapando en el cariño de su hermana Eudoxia. Hollando decoros de sexo y jerarquía, blasonaba de ser su manceba, y así el campamento como el palacio estaban viendo que dormía o velaba en brazos de su amante. Le acompañó en su mando militar de Cilicia, primer sitio de su arrojo y su imprudencia. Activaba desaladamente el sitio de Mopsuestia; se dedicaba de día a denodados ataques, pero empleaba la noche en saraos y cantares, y una compañía de comediantes griegos, venía a componer lo más selecto de su comitiva. Sorprende el enemigo desvelado a Andrónico en una salida, huye su tropa deshechamente, pero su lanza invicta atraviesa las filas de los armenios. Regresa al campamento imperial en Macedonia, recíbele Manuel risueñamente en público, y le reconviene en privado, pero los ducados de Nasia y

Braniseba galardonan y consuelan al general desairado. Sigue Eudoxia sus pasos, y a deshora los hermanos coléricos, y ansiosos de lavar aquella afrenta en la sangre de Andrónico, les asaltan repentinamente la tienda, su denuedo menosprecia el dictamen de Eudoxia para que se disfrace de mujer, y arrojándose osadamente de su lecho, esgrime la espada, y se abre paso por medio de un tropel de asesinos. Allí es donde saca por fin a luz su ingratitud y su traición; entabla una correspondencia alevosa con el rey de Hungría y el emperador de Germania; se abalanza a la tienda real a hora sospechosa, con espada en mano y con el disfraz de soldado latino, confiesa su ánimo en desagraviarse de un enemigo mortal, y confiesa indiscretamente la velocidad de su caballo, que lo arrebata y lo salva. Disimula el monarca su sospecha, pero al fin de la campaña, prende y encierra estrechamente a Andrónico, en una torre del palacio de Constantinopla.

Permanece preso por más de doce años, más y más afanado por huir en pos de aventuras y deleites. Solitario y caviloso descubre unos ladrillos desmoronados hacia un rincón de la estancia, y ensanchando por punto el portillo, escudriña un retrete lóbrego y olvidado. Se empoza en el hoyo con los restos de su alimento, repone los ladrillos como estaban, y encubre esmeradamente todo rastro de su retraimiento. Llega la hora de la requisa, y enmudecen los guardas con el silencio y soledad de la cárcel y van luego a dar cuenta vergonzosos y trémulos, de aquella fuga inapeable. Ciérranse inmediatamente las puertas del palacio y de la ciudad; despáchanse órdenes ejecutivas a las provincias en pos del fugitivo, y su mujer, con la sospecha de algún arrojo de su cariño, queda villanamente encerrada en la misma torre. Allá a deshora se le apareció un vestigio: conoció a su marido, partieron su alimento, y resultó un niño de aquellos

avistamientos furtivos, que amenizaban el quebranto de su encierro. La vigilancia de los guardas amainó de suyo custodiando a una mujer, y el preso había realizado su escape, cuando lo descubrieron, lo retrajeron a Constantinopla y lo aherrojaron con dobles cadenas. Logró por fin su rescate. Un muchacho, su sirviente, embriagó la guardia, y estampó las llaves en cera. La eficacia de los amigos proporcionó llaves iguales, y un lío de cuerdas que se introdujeron dentro de un tonel. Habilita Andrónico mañosa y arrojadamente los arbitrios de su salvamento, abre las puertas, baja de la torre, se oculta de día en los matorrales, y se descuelga por la noche de la cerca del palacio. Está pronto el barquillo para recibirle, visita su propia casa, abraza a sus niños, se deshace de su cadena, monta en un caballo veloz, y se encamina hacia las márgenes del Danubio. En Anquíalo de Tracia, un amigo resuelto le apronta caballo y dinero, atraviesa el río y arrebatadamente el desierto de Moldavia y los cerros Carpathios, y al llegar ya al pueblo de Halier en la Rusia Polaca, lo ataja una partida de Walaquios, quienes disponen conducir el cautivo de tanta consideración a Constantinopla. Su serenidad le salva de aquel gran peligro. Pretextando indisposición se apea por la noche, logra desviarse un tantillo de la tropa; planta su varapalo en el suelo, lo cubre con su sombrero y su capote, y emboscándose luego deja allí un fantasma para entretener por largo rato la vista de los Walaquios. Desde Halier lo escoltaron honoríficamente a Kion, residencia del gran duque, el agudo griego se granjeó luego la privanza de Yeroslao; su índole se atemperaba a las costumbres de todos países, y los bárbaros vitorearon su brío y denuedo en la caza de los alces y osos de la selva; en aquella región septentrional, mereció el indulto de Manuel, quien solicitó del príncipe ruso que se incorporase con sus armas para invadir la

Hungría. El influjo de Andrónico facilitó este servicio importante; se firmó su tratado personal, con la promesa de fidelidad por una parte y el olvido por la otra, y marchó acaudillando la caballería rusa del Borístenes al Danubio. Manuel en medio de sus rencores, se hermanó siempre con la índole guerrera y desbocada de su primo, y su indulto cabal quedó sellado en el asalto de Zemlim donde fue segundo y segundo tan sólo, el denuedo del emperador.

Repuesto el desterrado en su libertad y su patria, su ambición revivió con sus desventuras y las de todos. Endeble valle era la de un hijo de Manuel para la sucesión de los varones más beneméritos, de la sangre Comnenia, y aquel enlace venidero con el príncipe de Hungría, repugnaba a las preocupaciones de la parentela y la nobleza. Mas al ir a juramentarse en homenaje al heredero presuntivo, tan sólo Andrónico volvió por el honor del nombre Romano, se desentendió de aquel compromiso ilegal, y protestó denodadamente contra la adopción de un extranjero. Lastimó al emperador su patriotismo, pero prorrumpió debidamente en el concepto del pueblo, y se le alejó de la presencia real con un destierro honorífico, cual fue un segundo mando en la raya de Cilicia, con los productos de Chipre a su absoluta disposición. En aquel cargo ejecutaron de nuevo su valentía los armenios y patentizaron su descuido y el mismo rebelde, que burló todos sus conatos, quedó desmontado y casi muerto con el ímpetu de su lanza. Mas descubrió Andrónico luego otra conquista más obvia y halagüeña, la hermosa Felipa, hermana de la emperatriz María e hija de Raimundo del Postú, príncipe latino de Antioquía. Desamparó por ella su puesto y desperdició el estío con saraos y torneos, sacrificando a su pasión, envileciendo y privando de acomodo competente a la misma inocencia. Pero

enconado Manuel por aquel desdoro propio, le atajó sus devaneos; dejó Andrónico a la desacordada princesa llorosa y arrepentida, y con una pandilla de aventureros desatinados emprendió la peregrinación de Jerusalén. Su nacimiento, su nombradía militar y sus protestas de celo, le pregonaron allá como el campeón de la cruz; embelesó al clero y al rey, quien le dio el señorío de Berito, sobre la costa de Fenicia. Vivía por las cercanías una reina joven y linda de su misma nación y alcurnia, viuda del rey de Jerusalén, Balduino III. Visitó y se rindió a su pariente; fue Teodora la víctima tercera de su hechicero galanteo, y su afrenta fue más pública y escandalosa que la de sus antecesoras. Ansiaba el emperador más y más su desagravio, y amonestó y estrechó repetidamente a súbditos y aliados de la raya siria que prendiesen y deshojasen al fugitivo. No estaba ya en salvo dentro de Palestina, mas la enamorada Teodora, le patentizó su peligro y le acompañó en su fuga declarándose por el Oriente toda una reina de Jerusalén su rendida concubina dejando hasta dos bastardos por monumentos vivos de sus deslices. Guareciéronse por el pronto en Damasco, y allá el señorío del gran Nuradin y su segundo Paladino, pudieron enseñar al griego supersticioso a reverenciar el pundonor de los musulmanes. Visitó, como amigo de Nuradin probablemente, Bagdad y las cortes de Persia, y tras un rodeo larguísimo por el mar Caspio y las montañas de Georgia, se aposentó por fin con los turcos del Asia Menor, enemigos hereditarios de su patria. Agasajó el Sultán de Colonia al amante y a su dama y gavilla; entabló el agradecido correrías incesantes, por la provincia romana de Trebisonda, trayendo por lo más ricos despojos y cristianos cautivos. Se preciaba historiando sus aventuras de parangonarse con David, que se libertó con un dilatado destierro de las asechanzas de sus enemigos; pero se entonaba

añadiendo que el Profeta real que se avino a ocultarse por los confines de Judea, a desollar un Amalecita, y a amagar, desde aquel desamparo, con muerte ejemplar al avariento Nabal. Extendíanse infinitamente y por otros ámbitos las correrías del príncipe Comnenio, y había derramado por el orbe oriental la gloria de su nombre y de su religión. Una sentencia de la Iglesia griega había separado al salteador escandaloso del gremio de los fieles, mas esta misma excomunión está demostrando que nunca orilló la profesión del Cristianismo.

Burlaron sus desvelos, o rechazaron la persecución, patente o encubierta, del emperador, pero quedó por fin enlazado con el cautiverio de su compañera. Logró el gobernador de Trebisonda afianzar la persona de Teodora; enviáronla a Constantinopla con sus dos niños, y aquel sumo quebranto acibaró más y más la soledad y el destierro. Imploró y alcanzó el fugitivo su indulto, permitiéndole arrojarse a las plantas de su soberano, quien se satisfizo, con doblegar su altanería. Postrado en el suelo, lloró y gimió por el desbarro de su rebeldía, ni trataba de levantarse, hasta que algún súbdito leal lo arrastrase hasta el timbral del solio, con una cadena, reservadamente enroscada al cuello. Se conmovieron y apiadaron los concurrentes, con penitencia tan peregrina; perdonaron sus culpas la Iglesia y el Estado, mas el recelo fundado de Manuel, lo confió allá lejos de la corte en Oenoe, pueblo del Ponto, cercado de lozano viñedo y situado en la costa del Euxino. Con la muerte de Manuel y las revueltas de la menoría, se explayó su ambición por anchuroso campo. Niño de doce a catorce años, era el emperador, endeblillo, parado y bisoño: su madre, la emperatriz María, entregó su persona y gobierno a un privado, de los Conmenios; su hermana, otra María, cuyo marido, italiano, estaba condecorado con el dictado de César, tramó una conspiración, y luego una

asonada, contra la odiosa suegra. Quedaron olvidadas las provincias, se incendió la capital, y un siglo de arreglado sosiego se empozó en un albañal de torpezas y maldades. Estalló la guerra civil en Constantinopla, y dos bandos trabaron sangrienta refriega, en la misma plaza del palacio, teniendo que formalizar un sitio a los rebeldes en la catedral de Santa Sofía. Afanose el patriarca, con celo decoroso, por curar las llagas de la república; los patriotas más respetables clamaban con alaridos, por un ayo y vengador, y todos los labios andaban repitiendo las alabanzas, y aun las virtudes de Andrónico. Aparentaba estar en su retiro recapacitando las obligaciones imprescindibles de su juramento. «Si la conservación o el pundonor, de la familia imperial estuviesen amenazadas, revelaré y contrastaré la maldad, hasta lo sumo de mis alcances». Salpicaba oportunamente su correspondencia con el patriarca y los patricios de citas oportunas de los Salmos de David y las Epístolas de san Pablo, y estaba resignadamente aguardando a que la patria lo llamase para su rescate. Marchando de Oenoe para Constantinopla, su escasa comitiva va creciendo más y más, hasta parar en tropel, y luego en ejército; se conceptuaban partos entrañables sus protestas de religión y de lealtad, y la sencillez del traje extranjero que favorece a su estatura majestuosa está retratando su pobreza y su destierro. Su asomo, aventa allá todo contrarresto; llega al estrecho del Bósforo tracio; la armada bizantina da la vela para recibir y trasportar al salvador del Imperio; retumba el torrente arrollador, y cuantos insectillos revoloteaban a los destellos de la privanza regia desaparecen al primer soplo de la tormenta. Esmerose ante todo Andrónico en acudir a palacio, saludar al emperador, encerrar a la madre, castigar a los ministros, y restablecer el sosiego y la confianza. Visita el sepulcro de Manuel, desvía a los concurrentes, quienes

al doblegarse en ademán de plegaria, oyen, o creen oír, un murmullo triunfador y vengativo. «Ya no te estoy temiendo, enemigo antiguo, que me has arrojado y tenido vagando por todos los climas del orbe. Yaces ya depositado bajo siete bóvedas, de donde no te has de erguir hasta la llamada del clarín postrero. Llegó mi vez, y luego voy a hollar tus cenizas y tu posteridad». Tales serían sus arranques en aquel trance, pues así lo comprueba su inmediata tiranía; mas no se hace probable que articulase perceptiblemente sus recónditos pensamientos. Su hipocresía fue al pronto enmarañando y encubriendo a la muchedumbre sus intentos; solemnizó por tanto la coronación de Alexio, y el ayo alevoso, teniendo en sus manos el cuerpo y sangre de Jesucristo, pregonó fervorosísimamente que su ánimo era vivir y morir echando el resto en servicio de su amado alumno. Mas al mismo tiempo, sus muchos allegados se extremaban en defender que el Imperio se estaba derrumbando en manos de un niño; que tan sólo un príncipe veterano podía salvar a los romanos, pues denodado en armas, consumado en política y amaestrado, para reinar, con su larga experiencia de la suerte y de los hombres, incumbía a todo ciudadano la obligación de violentar el comedimiento melindroso de Andrónico, a cargar con el desempeño de los afanes públicos. Tuvo el tierno emperador que entonar la cantinela general, y solicitar la asociación de un compañero, que inmediatamente lo apeó de la jerarquía suprema, desvió su persona, y comprobó la declaración temeraria del patriarca, a saber, que debía conceptuarse por muerto Alexio, desde el punto en que se le entregaban a disposición de un ayo. Pero antecedió a esta muerte el encierro y la ejecución de su madre. Después de tiznar su reputación y enconar contra ella los ímpetus de la muchedumbre, tildó al tirano y procesó a la emperatriz, por

correspondencias fementidas con el rey de Hungría. El mismo hijo de Andrónico, mozo humano y pundonoroso, se horrorizó de aquella bastardía, y aun tres de los jueces contrajeron el mérito de anteponer su conciencia a su seguridad; pero el tribunal avasallado, sin probanza y sin defensa, sentenció a la viuda de Manuel, y su desventurado hijo tuvo que firmar aquel fallo sangriento. Dieron garrote a María, y zambulleron su cadáver en el mar, lastimando su memoria con el insulto más ofensivo para la vanagloria mujeril, que fue un mamarracho, o caricatura horrenda, de su linda estampa. Se fue dilatando la suerte de su hijo; lo ahorcaron con la cuerda de un arco, y el tirano, empedernido para todo asomo de compasión o remordimiento, después de andar registrando el cuerpo de aquel inocente mozo, lo empujó reciamente con el pie, y prorrumpió luego: «Tu padre fue un bribón, tu madre una ramera, y tú un mentecato».

Empuñó Andrónico el cetro romano, por galardón de sus atrocidades, como tres años y medio, a título de celador, o soberano, del Imperio (octubre de 1185 d. C.). Su gobierno fue una contraposición incesante de su excelencia y de maldades. Era en sus ímpetus el azote, y con juicio, el padre de su pueblo. En su régimen privado, era justiciero; quedó desterrada toda venalidad aciaga y vergonzosa, y desempeñaban los cargos sujetos nombrados por un príncipe certero en la elección, y ejecutivo en el escarmiento. Prohibió la práctica atroz de saltear los haberes y las personas de los náufragos; rebosaron de abundancia y prosperidad las provincias, antes exánimes con las tropelías y el abandono, y allá le vitoreaban millones desde lejos, al paso que lo estaban maldiciendo los testigos de sus crueldades diarias. Aquel proverbio antiguo, de que el desterrado que se entroniza está sediento de sangre, se aplicó allá con harta verdad

a Mario y a Tiberio, y se comprobó ahora, por tercera vez, con Andrónico. Hervían en su memoria, mil rostros verdinegros de enemigos y competidores, que habían ajado sus merecimientos, contrastado sus medros, o insultado a sus desventuras; y el consuelo único de su destierro era la esperanza sagrada y el consentimiento de su venganza. El exterminio indispensable del tierno emperador y de su madre trajo consigo el de los amigos que odiaban y pedían castigar al asesino; y la matanza misma lo encrudecía, más y más, con las nuevas víctimas. El ir refiriendo largamente las infinitas que sacrificó ya con veneno, ya con el acero, ya con el fuego y el agua retrataría menos al vivo su crueldad que la denominación de Haleyodais que se aplicaba a semana extrañísima de reposo, y sin ajusticiado. Se esmeraba el tirano en trasponer a las leyes y los jueces parte de su criminalidad; mas no cabía máscara y los súbditos no podían ya equivocar el verdadero autor de sus desdichas. Los griegos más esclarecidos, con especialidad los que por algún entronque podían disputarle la herencia de los Comnenios, huyeron de la caverna del monstruo; Niza o Prusa, la Sicilia o Chipre, fueron sus asilos, y como su fuga era ya criminal, agravaron su culpa con rebelión manifiesta y el dictado imperial. Contrastó sin embargo Andrónico las espadas y dagas de sus mayores enemigos: allanó y castigó a Niza y Prusa; halagó a los sicilianos con el saqueo de Tesalónica. Y la distancia de Chipre no favorecía más al rebelde que al tirano. Un competidor sin mérito, y un pueblo sin armas, volcaron su solio. Isaac Ángelo, descendiente por línea recta femenina del grande Alexio, era ya víctima señalada por la cordura o la superstición del emperador. Ángelo en un rapto desesperado, defendiendo su vida y libertad, mató al sayón, y huyó a la iglesia de Santa Sofía. El santuario se fue cuajando más y más de un tropel ansioso y desconsolado,

que estaba viendo su propia suerte en la del refugiado. Los lamentos pararon luego en maldiciones, y éstas en amenazas, atreviéndose a preguntar. «¿Por qué tememos?, ¿por qué estamos obedeciendo? Nosotros somos muchos y él es solo, nuestro aguante es el único vínculo de nuestra servidumbre». Al amanecer se dispersa la ciudad entera en asonada; ábrense las cárceles; hasta los tibios y rendidos, se enardecen para la defensa de su patria, e Isaac, segundo de este nombre, queda desde el santuario entronizado. Ajenísimo de tamaño peligro, estaba ausente el tirano, desahogándose de los afanes gubernativos, por las islas amenisímas de la Propóntide. Había contraído enlace indecoroso con Alice o Alisa, hija de Luis VII rey de Francia, resto del desventurado Alexio, y su compañía más propia de su índole que de su edad, se componía de una esposa joven, y una ramera predilecta. Acude sobresaltado a Constantinopla, sediento de la sangre de los culpados; mas enmudece con el silencio de un palacio, el bullicio de la ciudad y el desvío del vecindario. Pregona Andrónico su indulto cabal a los súbditos, quienes ni lo admiten, ni lo conceden: ofrece trasladar la corona a su hijo Manuel, mas todas las prendas del hijo no abonan los delitos del padre. Franquéale todavía el piélago retirada; pero las últimas novedades habían corrido por la costa: voló la obediencia en alas de la zozobra, un bergantín armado persigue y apresa la galera imperial, y arrastran aherrojado de pies y de cuello al tirano ante Isaac Ángelo. Ni elocuencia, ni lágrimas de compañeros, aciertan a abogar con éxito por su vida, pues en vez de ajusticiarle legal y decorosamente, queda el malvado a merced de sus infinitos agraviados, a quienes había despojado de un padre, de un marido o de un amigo. Arráncanle dientes, cabello, y una mano, en desagravio mezquino de sus padecimientos, y le dan una tregua breve, para acibararle más y

más su agonía. Lo cabalgan en un camello, sin asomo de rescate, lo van paseando por las calles, y la ínfima chusma huella con algazara toda la majestad de un príncipe, ya destronado. Tras miles de golpes y vilipendios, lo cuelgan por los pies entre dos columnas que sostenían un lobo y una lechona, y cuantas manos pueden alcanzarlo le descargan algunas muestras de crueldad estudiada e irracional, hasta que dos italianos, o amigos o enfurecidos, lo estoquean y lo libertan de más castigos. En aquella larga y desastrada agonía: «Apiadaos de mí, Señor, ¿para qué habéis de golpear una caña ya quebrada?», fueron las únicas palabras que salieron de sus labios. Nos horroriza el tirano, pero siempre nos condolemos del hombre, sin que vituperemos su resignación apocada, pues un déspota griego, no era ya dueño de su propia vida.

No he podido menos de explayarme en la índole peregrina y aventuras de Andrónico, pero voy a cerrar aquí (12 de septiembre de 1185 d. C.) la reseña de los emperadores griegos, desde el tiempo de Heraclio. Se habían ido agotando los vástagos de la cepa Comnenia, y la línea varonil siguió únicamente en la posteridad del mismo Andrónico, la cual en tantísimas revueltas, escapó la soberanía de Trebisonda, tan enmarañada en la historia, como sonada allá en las novelas. Un mero ciudadano de Filadelfia, Constantino Ángelo, se había encumbrado con blasones y caudales, por su enlace con una hija del emperador Alexio. Su hijo Andrónico sobresalió únicamente en cobardía; su nieto Isaac castigó y sucedió al tirano; pero lo destronaron sus propios vicios y la ambición del hermano, y su desavenencia acarreó a los latinos, para la conquista de Constantinopla; período primero y grandioso en el vuelco del Imperio oriental (12 de abril de 1204 d. C.).

Si ajustamos ahora el número y duración de los reinados,

hallaremos que resultan en el plazo de seis siglos sesenta emperadores, comprendiendo en el recuerdo augustano algunas soberanas, y rebajando ciertos usurpadores, nunca reconocidos en la capital, y varios príncipes que no vivieron hasta posesionarse de la herencia. Corresponden proporcionalmente diez años por cabeza, mucho menos de la regla cronológica de Newton, quien por el cómputo de las monarquías modernas, ha venido a señalar de dieciocho a veinte años por término de un reinado regular. Prosperaba en bonanza el Imperio Bizantino, cuando se avenía a la sucesión hereditaria: cinco dinastías, la Heraclia, Isauri, Armórica, Basílica, y Comnenia, fueron las alcurnias que disfrutaron y traspasaron su patrimonio regio a su descendencia por cinco, cuatro, tres, seis y cuatro generaciones respectivamente; varios príncipes cuentan los años de su reinado con los de su niñez, y Constantino VI y sus dos nietos, cuajan el espacio de un siglo entero. Mas en los intermedios de las dinastías bizantinas, se quiebra o se arrebata la sucesión, y el nombre de un candidato venturoso queda atropelladamente burlado por un competidor prepotente. Trepaban por varios y revueltos senderos a la cumbre de la soberanía; volcaba el embate de la conspiración, o socavaba el amago recóndito, la tramoya de la rebeldía: los predilectos de la soldadesca o la plebe, del Senado o el clero, de las mujeres o los eunucos, solían alternativamente ir arropándose con la púrpura; se encumbraban ruinmente para finar con tragedia, o menosprecio. Algún ente de nuestra misma naturaleza, con las idénticas potencias, pero de vida más dilatada, allá se sonreiría con desdén lastimero al ir presenciando las maldades y devaneos de la ambición humana, tan desalada en tan menguadillo plazo, para arrojarse de bruces sobre logros tan mínimos y tan volanderos. La experiencia de la historia, va de este modo

engrandeciendo y sublimando nuestros alcances. En las plumadas de unos cuantos días en el repaso de algunas horas, volaron allá seiscientos años, y la duración de un reinado queda reducido a un trance disparado y ejecutivo; allí se patentiza la huesa junto al solio; el éxito de un malvado se estrella inmediatamente con la presa, y nuestra racionalidad, siempre inmortal, queda sobreviviendo y menospreciando esos secretos espectros de reyes, que fueron pasando por nuestra vista, y asoman enmarañadamente en nuestros recuerdos. Al reparar, que en todos tiempos y países, descolló la ambición con la misma pujanza prepotente, debe apear de su extrañeza al filósofo; y al zaherir la vanidad, tendrá que escudriñar el móvil de aquel anhelo universal por empuñar el cetro de la soberanía. No cuadra el afán de nombradía y de humanidad para los más de la sucesión bizantina. Tan sólo el pundonor de Juan Comneno fue acendrado y benéfico: los príncipes más esclarecidos que anteceden o siguen a aquel nombre respetable, han hollado con cierto tino y desembarazo, las sendas intrincadas y sangrientas de su política interesada: al desentrañar las índoles achacosas de León Isáurico, Basilio I y Alexio Comneno, de Teófilo, de Basilio II, y de Manuel Comneno, vienen a equilibrarse nuestro aprecio y sus tachas, y los demás de la chusma imperial, deben únicamente apetecer y esperar el yacer para siempre olvidados. ¿Se vinculaba su ambición en la felicidad personal? No andaré ahora repitiendo y glosando esa vulgaridad de la desventura de los reyes, pero sí afirmaré que su esfera es, entre todas, la que más adolece de zozobras, y que menos se engríe con esperanzas. Mayor campo se ofrecía en la Antigüedad, a estos afectos de suyo contrapuestos, que en el temple ya suavizado y fortalecido del mundo moderno, que por maravilla podrá repetir, ni el encumbramienro de Alejandro, ni

el vuelco de Darío, pero la desventura vinculada en los príncipes bizantinos, los estaba exponiendo a contingencias caseras, sin brindarles con muestras y proporciones de conquista extranjera. Fue Andrónico derrocado desde la cumbre de la grandeza a muerte más cruel y afrentosa que la del ínfimo malhechor; pero aun sus antecesores más esclarecidos tenían mucho más que temer de sus súbditos, que esperanzar de sus enemigos. Era el ejército demandado, sin denuedo, como la nación alborotadora, sin libertad: estrechaban la monarquía los bárbaros por levante y poniente, y la pérdida de las provincias oró en la servidumbre perpetua de la capital.

La serie cabal de los emperadores romanos desde el primer César hasta el postrer Constantino abarca más de mil quinientos años, y el término de su señorío, sin quiebra de conquista extranjera, sobrepuja la extensión de las monarquías antiguas, esto es, de asirios o medos, de los sucesores de Ciro y de Alejandro.

XLIX

INTRODUCCIÓN, CULTO Y PERSECUCIÓN DE LAS IMÁGENES - REBELIÓN DE LA ITALIA Y DE ROMA - DOMINIO TEMPORAL DE LOS PAPAS - CONQUISTA DE LA ITALIA POR LOS FRANCOS - ESTABLECIMIENTO DE LAS IMÁGENES - ÍNDOLE Y CORONACIÓN DE CARLOMAGNO - RESTABLECIMIENTO Y MENOSCABO DEL IMPERIO DE OCCIDENTE - INDEPENDENCIA DE ITALIA - CONSTITUCIÓN DEL CUERPO GÉRMÁNICO

En el enlace de la Iglesia con el Estado he tenido que conceptuar a la primera como únicamente subalterna y relativa al segundo; sesgo muy provechoso, si se hubiese llevado siempre por delante esta máxima, así en la realidad como en su historia. La filosofía oriental de los gnósticos, aquel piélago inapeable de la predestinación y de la gracia y el peregrino trueque de un mero remedo en la sustancia del cuerpo de Cristo,[1137] allá queda todo orillado y en manos de los teólogos especulativos. Pero he ido escudriñando con esmero y complacencia los móviles de la parte eclesiástica que han trascendido eficazmente al menoscabo y derribo del Imperio Romano, a saber, la propagación del cristianismo, la constitución de la Iglesia católica, el vuelco del paganismo, y las sectas que fueron brotando de las contiendas misteriosas sobre la Trinidad y la Encarnación. Tenemos que encabezar esta clase con el culto de las imágenes tan reciamente batallado en los siglos VIII y IX, puesto que una reyerta de superstición popular acarreó la rebelión de Italia, la potestad temporal de los papas y el restablecimiento del Imperio Romano

en el Occidente.

Horrorizaba a los cristianos primitivos el uso como el abuso de las imágenes, y esta aversión corresponde a su entronque con los judíos y su encono con los griegos. Vedaban las leyes de Moisés rigurosísimamente toda representación de la Trinidad, y vivía aquel precepto siempre arraigado en el interior y en la práctica del pueblo escogido. Acertaban los apologistas cristianos sus agudezas contra los insensatos idólatras que se postraban ante el artefacto de sus propias manos; aquellas imágenes de bronce y mármol, que si estuvieran dotadas de sentido y movimiento allá se dispararan de sus pedestales para idolatrar el numen sobrehumano de sus artífices.[1138] Tal vez algunos de los recién convertidos a medias de la grey gnóstica, dieron en coronar las estatuas de Cristo y de san Pablo con los timbres profanos que solían tributar a los de Aristóteles y de Pitágoras; [1139] pero la religión pública de los católicos era toda sencilla y espiritual, y la primera especie acerca de pinturas asoma en la censura del concilio de Iliberis, a los trescientos años de la era cristiana. Con los sucesores de Constantino, en la lozanía pacífica de la Iglesia triunfadora, la cordura de algunos obispos se avino a franquear una superstición visible al afán de la muchedumbre; y tras el exterminio del paganismo, ya no los enfrenaba la zozobra de un parangón odioso. El arranque del culto simbólico se cifró en la adoración de la cruz y de las reliquias. Los santos y los mártires cuya intercesión se estaba implorando, se hallaban sentados a la diestra de Dios; pero las finezas graciables y aun sobrenaturales que iban brotando de sus túmulos, en la aprensión popular, venían a sancionar indisputablemente a los peregrinos devotos, que visitaban, tocaban y besaban, aquellos restos exánimes, los recuerdos de sus méritos y padecimientos.[1140] Pero recuerdo más interesante

que la calavera o las sandalias de un benemérito ya fallecido, es el trasunto fiel de su cuerpo y sus facciones retratadas al vivo con el primor de la pintura o la escultura. Semejantes traslados tan geniales con el temple humano, merecieron el afán de la amistad entrañable y del aprecio público: adorábanse las imágenes de los emperadores romanos con obsequios civiles y casi religiosos; rendíanse acatamientos, menos ostentosos, pero más ingenuos, a las estatuas de sabios y de patricios, y aquellas virtudes profanas, aquellos pecados esplendorosos en presencia de los sagrados varones, que morían por su patria celestial y sempiterna. Al punto mediaron cautelas y escrúpulos en el experimento, y se dedicaron estudiadamente los rasgos edificativos para instruir al ignorante, enardecer al tibio y halagar las preocupaciones de los prosélitos paganos. A pasos lentos, pero inevitables, el obsequio del original se trasladó a la copia: el cristiano fervoroso rogó a la imagen de un santo, y los ritos del gentilismo, arrodillamientos, luminarias o incienso, se fueron entrometiendo por la Iglesia católica. Enmudecieron la razón y la religiosidad con la evidencia palpable de las visiones y de los milagros, y pinturas con habla, movimiento y sangre, debían exhalar una virtud divina y conceptuarse como objetos muy adecuados de adoración religiosa. El pincel más denodado debió estremecerse con el intento temerario de ir deslindando con líneas y matices el espíritu infinito, y Padre sempiterno que se embebe en el universo y lo sostiene.[1141] Pero todo ánimo supersticioso se avenía mejor a rasguear y reverenciar a los ángeles, y ante todo al hijo de Dios bajo figura humana, que se dignaron revestir sobre la tierra. La segunda persona de la Trinidad quedó revestida a un cuerpo efectivo y mortal; pero este cuerpo se encumbró a los cielos, y no abultando con alguna semejanza a la vista de sus discípulos, el culto espiritual de Cristo peligraba de trasponerse

con las reliquias y figuraciones de los santos. Igual condescendencia se requería, e interesaba, para la Virgen María; ignorábase su paradero después de difunta, y la creencia de griegos y latinos la ensalzó a los cielos en cuerpo y alma. Quedó incontrastablemente planteado el uso, y aun el culto de las imágenes en todo el siglo VI, la fantasía acalorada de griegos y asiáticos se prendó de ella desaladamente; engalanáronse el Panteón y Vaticano, con los emblemas de la nueva superstición, pero los bárbaros cerriles, y el clero arriano se aficionaron con más tibieza a este remedo de idolatría. Aquellas formas endiosadas que estaban poblando, en bronce y en mármol, los templos de la Antigüedad, lastimaban el pensamiento de los griegos cristianos, y una superficie tersa de matices se ha conceptuado siempre un género de imitación más inocente y decorosa.[1142]

El realce y trascendencia de una se cifran esencialmente en su semejanza con el original, mas ignoraban absolutamente los cristianos primitivos las facciones del Hijo de Dios, de su Madre y de sus apóstoles; pues la estatua de Cristo en Paneas de Palestina[1143] era probablemente la de algún salvador personal; reprobáronse los gnósticos y sus monumentos profanos, y la fantasía de los artífices cristianos a los remedos encubiertos de algún dechado pagano. En tantísimo apuro un invento peregrino afianzó a un tiempo la semejanza de la imagen y la inocencia del culto. Alzose otro andamio de patraña sobre el quicio popular de una leyenda siria, a saber la correspondencia de Cristo con Abguro, tan sonado en tiempo de Eusebio, y con tanta repugnancia orillado por nuestros defensores modernos. El obispo de Cesárea[1144] menciona la epístola[1145] pero trascuerda harto impropiamente la pintura de Cristo,[1146] aquella impresión cabal de su rostro en un lienzo, con la cual halagó la

creencia del extranjero real que había invocado su potestad curativa, y le brindaba con la ciudad fuerte de Edesa, para escudarlo contra la maldad de los judíos. La ignorancia de la Iglesia primitiva se patentiza con el dilatado encierro de la imagen allá en un nicho de la pared, de donde, tras un olvido de cinco siglos lo rescató el acuerdo de algún obispo y logró exponerlo a la devoción de los tiempos. Su primera y más esclarecida hazaña fue libertar la ciudad de las armas de Cosroes Nushirvan; y se reverenció luego como prenda de la promesa divina de que nunca enemigo extraño avasallaría a Edesa. Es en verdad positivo que el texto de Procopio está atribuyendo ambos rescates de Edesa al tesón y caudales del vecindario, que feriaron la reparación y contrastaron los asaltos del monarca persa. Ignoraba el historiador profano el testimonio que está comunicando en la página eclesiástica de Evagrio de haberse colocado el palacio sobre la muralla, y que los rociados con que bañaron el rostro sagrado, en vez de apagar dieron nuevo pábulo a las llamas de los sitiados. Tras un servicio tan señalado se estuvo conservando la efigie de Edesa con veneración y agradecimiento; y si los armenios desecharon aquella leyenda, los griegos, más crédulos, siguieron adorando el remedo, que no era de pincel mortal, sino trasunto inmediato del original sobrehumano. La entonación y los arranques de un himno bizantino van a patentizar cuánto distaba aquel culto de la torpe idolatría. «¿Cómo cabe contemplar nosotros con ojos mortales esa efigie cuyo resplandor celeste no se aviene a considerar la hueste del Empíreo? Aquel habitador del cielo se allana a visitarnos hoy con su imagen venerable. Él, sentado sobre los querubines, nos agasaja hoy con una pintura que delineó el mismo Padre con su diestra inmaculada, rasgueándola de un modo inefable para que la santifiquemos adorándola con

zozobra y cariño». En todo el siglo VI fueron ya cundiendo aquellas imágenes, *labradas sin manos* (en griego es una sola voz, *ayuciros*)[1147] por los campamentos y ciudades del Imperio oriental[1148] siendo objetos de culto e instrumentos de milagros y en los trances de pelea o de alboroto su presencia venerable esperanzaba, enardecía o enfrenaba las legiones romanas. Estas pinturas, la mayor parte trasuntos del pincel humano, tan sólo podían aspirar a semejanza allá remota y a realces impropios; mas las había de encumbrado entronque retrayendo al original por su contacto positivo, y por tanto dotadas de virtud milagrosa y engendradora. Era suma ambición el hermanarse, cuanto más emparentar, con la efigie de Edesa; y tal es la *verónica* de Roma o España o Jerusalén que Jesucristo en su agonía y sudor sangriento, se la apretó al rostro y se la entregó a la santa matrona. Se trasladó luego el antecedente eficaz a la Virgen María y a los santos y mártires. En la iglesia de Dióspolis en la Palestina, las facciones de la Madre de Dios[1149] estaban hondamente estampadas sobre una columna de mármol: san Lucas fue con su pincel condecorando levante y poniente; y aquel evangelista, que tal vez era médico, tuvo que dedicarse al ejercicio de pintor tan profano y odioso para los cristianos primitivos. El Júpiter Olímpico fantaseado por la musa de Homero y el cincel de Fidias, pudiera infundir devoción volandera en el ánimo de un filósofo; pero aquellas imágenes católicas eran mamarrachos delineados a bulto por artífices claustrales en la ínfima bastardía del numen y del gusto.[1150]

El culto de las imágenes se había ido entrometiendo a hurtadillas en la Iglesia, y a cada paso diminuto iba halagando a los ánimos supersticiosos como embelesados e inculpables. Pero a principios del siglo VIII en lo más rematado del abuso, los griegos más timoratos se sobresaltaron con la zozobra de que

bajo disfraz de cristianismo, habían restablecido la religión de sus mayores; el apodo de idólatras los apesadumbraba y enfurecía: cargo redoblado por los judíos y mahometanos,[1151] que por sus leyes y el Alcorán rebosaban de encono implacable a toda imagen estampada y culto relativo. Doblegaba la servidumbre, a los judíos menoscabando su autoridad; pero los mahometanos triunfadores, que estaban reinando en Damasco y amagando a Constantinopla, recargaban más y más sus vituperios con el peso redoblado de la verdad y la victoria. Las ciudades de Siria, Palestina y Egipto se habían fortalecido con las efigies de Cristo, de su Madre y de los santos; y todas se engreían con la esperanza y la promesa de una defensa milagrosa. Arrollaron los árabes ciudades e imágenes en la disparada conquista de diez años, y en su concepto el Señor de los ejércitos sentenció ya definitivamente entre la adoración y el menosprecio de aquellos ídolos mudos y exánimes. Retó Edesa por algún tiempo a los asaltadores persas; pero la ciudad selecta, la esposa de Cristo, allá se empozó en el vuelco general, y aquella semejanza divina pasó en esclava y en trofeo de los infieles. Tras una servidumbre de tres siglos se tributó el paladio a la devoción de Constantinopla con un rescate de mil y doscientas libras de plata la redención de doscientos musulmanes, y tregua perpetua con el territorio de Edesa.[1152] En aquella temporada de quebranto y desamparo se vinculaba la oratoria de los monjes en la defensa de las imágenes, y se empeñaban en sostener que los pecados y el cisma de la mayor parte del Oriente habían desmerecido las finezas y destroncado la pujanza de aquellos símbolos preciosísimos. Pero les contrarrestaban ya los susurros de cristianos sencillos y atinados que acudían a la evidencia de textos y hechos y de los tiempos primitivos, y estaban a sus solas anhelando la reforma de la

Iglesia. Como el culto de las imágenes no se había planteado en virtud de ley general y positiva, se avivó o rezagó su progreso con la diferencia de hombres y costumbres, del grado local de ilustración y de la índole personal de los obispos. La liviandad de la capital se aficionó al boato de la devoción a impulsos de la inventiva genial del clero bizantino, al paso que los distritos atrasados y lejanos de Asia vivían ajenos de estas innovaciones del lujo sagrado. Varias congregaciones crecidas de gnósticos y arrianos seguían conservando aún después de su conversión el culto sencillo de su profesión anterior, y luego los armenios, los súbditos más belicosos de Roma, no estaban avenidos aún en el siglo XII con la vista de aquellas efigies.[1153] Todas estas clases de individuos venían a componer un conjunto de preocupación y antipatía de poquísima entidad por las aldeas de la Anatolia y de la Tracia pero con el encumbramiento de un soldado, un prelado o ya un eunuco se daban la mano con las potestades de la Iglesia y del Estado.

De tantos aventureros el más adelantado fue el emperador León III,[1154] quien de los riscos de Isauria vino a ensalzarse al solio de Oriente. Era lego en letras sagradas y profanas; pero su educación, su racionalidad y quizá su roce con judíos y árabes le infundieron aversión a las imágenes, y se conceptuaba instituto de un príncipe el imponer a los súbditos los dictámenes de su propia conciencia. Mas en la carrera de un reinado mal seguro, durante diez años de afanes y peligros, León incurrió en la ruindad de la hipocresía, se doblegó ante los ídolos que estaba menospreciando, y contemplaba al pontífice romano con protestas cordiales de fervor acendrado. Comedido y santo anduvo en los primeros pasos de su reforma religiosa; juntó un concilio muy crecido de senadores y obispos, y providenció con su dictamen, que se encumbrasen todas las imágenes del

santuario y del altar a elevación competente, en las mismas iglesias, donde quedasen visibles, pero traspuestas a la superstición del pueblo. Mas no cabía el atajar por una y otra parte el raudal encontrado de la veneración y el aborrecimiento; pues allá en su elevado sitio seguían las efigies sagradas halagando a sus devotos y reconviniendo al tirano. Acrece más y más con la resistencia y la provocación, y su propio partido le zahería de escaso en el desempeño de su instituto, y le estrechaba al remedo del rey judío, que no escrupulizó en estrellar la sierpe de bronce en el templo. Vedó con segundo edicto la existencia al par del uso de las pinturas religiosas; despojáronse de idolatría las iglesias de Constantinopla y las provincias; demoliéronse las efigies de Cristo, la Virgen y los Santos, y se revistieron las paredes de la iglesia con una capa lisa de yeso. El fervor y despotismo de seis emperadores sostuvo la secta de los iconoclastas, y allá se estremeció el levante y el poniente en el vaivén ruidoso de ciento veinte años. Era el ánimo de León Isáurico el sentenciar a muerte las imágenes, como artículo de fe, con la autoridad de un concilio general; mas su convocación quedó reservada para el hijo de Constantino,[1155] y aunque la superstición triunfadora lo motejó de junta de mentecatos y ateístas, sus actas parciales y descabaladas están brotando racionalidad y devoción. Las contiendas y decretos de varios sínodos provinciales acarrearon la convocatoria del concilio general que se juntó (754 d. C.) en los arrabales de Constantinopla, y se componía del número de trescientos treinta y ocho obispos de Europa y Anatolia; pues los patriarcas de Antioquía y Alejandría allá yacían esclavizados por un califa, y el pontífice romano había atajado a las iglesias de Italia y de Occidente toda comunicación con los griegos. Se engrió este sínodo bizantino con la jerarquía y la potestad de

séptimo concilio general, mas aun este dictado venía a ser un reconocimiento de las seis reuniones anteriores que se habían afanado en edificar el alcázar de la fe católica. Tras formalísimas deliberaciones de seis meses, los trescientos treinta y ocho obispos firmaron un decreto unánime, de que todo símbolo de Cristo, excepto en la eucaristía, era o herético o blasfemo; que el culto de efigies era un aborto del cristianismo y renovación del paganismo; que semejantes monumentos de idolatría debían destrozarse y roerse; que cuantos se resistieran a entregar los objetos de su íntima superstición, se constituirían reos de desobediencia a la autoridad de la Iglesia y del emperador. Estuvieron decantando y vitoreando estruendosamente el mérito de su redentor temporal, y confiaron a su fervor justiciero el encargo de cumplimentar sus censuras espirituales. En Constantinopla, al par de los demás concilios, el albedrío del príncipe fue la norma de la fe episcopal, mas en esta coyuntura, propendo a maliciar que la muy crecida mayoría de los prelados sacrificó allá su recóndita conciencia a los impulsos de la esperanza y la zozobra. En aquella lobreguez anchurosa de la superstición se había extraviado lejanamente de la sencillez del Evangelio; ni les cabía el ir desenmarañando el hilo de tan intrincado y revuelto laberinto. El culto de las imágenes embebía, a lo menos para los ánimos devotos, la Cruz, la Virgen, los santos y sus reliquias: el suelo sagrado se conceptuaba todo con visiones, y la pujanza del entendimiento, la curiosidad y las dudas, se embotaban con la obediencia y compunción incesante. Tildan al mismo Constantino de propenso a dudas, negativas y escarnios acerca de los misterios católicos,[1156] pero estaban ya hondamente estampados en la creencia pública y particular de los obispos, y el iconoclasta más denodado se horrorizaría al asaltar los monumentos de la

devoción popular consagrados en obsequio de sus patrones celestiales. En la reforma del siglo XVI las luces y el desahogo explayaron los alcances del hombre; el flujo de innovar orilló todo miramiento con la Antigüedad, y la pujanza europea arrolló los vestigios que asustaban tantísimo a los griegos apocados y rendidos.

El escándalo de una herejía recóndita puede tan sólo hacer en el pueblo con los estampidos del clarín eclesiástico; pero el más lego se entera y el más yerto se estremece del vuelco profanador de sus divinidades visibles. Los primeros embates de León (726-775 d. C.) se asestaron contra un Cristo encaramado en el atrio y sobre la puerta del palacio. Arrimose una escala para el asalto; pero una chusma de fanáticos y mujeres la derribó desaforadamente, y todos se afanaron devotamente al ver los ministros sacrílegos estrellados contra el pavimento, y se envilecieron los blasones del martirio con unos reos que justicieramente finaron por su homicidio y rebeldía.[1157] Menudearon las asonadas en Constantinopla y en las provincias contra los edictos imperiales; peligró la persona de León, perecieron sus oficiales y hubo que echar el resto de la pujanza militar y civil para enfrenar el entusiasmo popular. Imágenes y monjes cuajaban las islas del archipiélago y del mar sagrado; no escrupulizaron sus devotos en rebelarse contra el enemigo de Cristo, de su Madre y de los santos; armaron denodadamente una escuadrilla de lanchas y galeras, tremolaron sus estandartes consagrados, y surcaron hasta la misma bahía de Constantinopla, para entronizar un nuevo predilecto de Dios y del pueblo. Estaban colgados de algún milagro; mas todos ellos eran inhábiles contra el *fuego griego*, y vencida y abrasada su escuadrilla, yacieron desnudos los isleños a merced del vencedor. Había el hijo de León, en el primer año de su reinado,

emprendido una expedición contra los sarracenos; durante su ausencia, Artavasdes, pariente suyo y campeón ambicioso de la acendrada fe, se apoderó de la capital, del palacio y de la púrpura. Restableciose triunfantemente el culto de las imágenes: orilló el patriarca todo disimulo, o bien encubrió su dictamen, y el derecho justísimo del usurpador quedó reconocido, así en la nueva, como en la antigua Roma. Huyó Constantino a refugiarse por sus riscos paternales, pero se apeó de ellos acaudillando a sus valerosos y apasionados isaurios; arrollando allá con su victoria final las armas y los anuncios de los fanáticos. Plagaron su largo reinado clamores, asonadas, conspiraciones, rencores y venganzas sangrientas: alegaban sus contrarios o pretextaban la persecución de las imágenes; y si malograron la diadema temporal, acudieron los griegos a galardonarles con la corona del martirio. Acosó al emperador el encono implacable de los monjes, esclavos perpetuos de la superstición a la que debían su influjo y riquezas, desbocándose en traiciones más o menos patentes o encubiertas. Rezaban, predicaban, absolvían, enardecían, conspiraban; las soledades de la Palestina dispararon un raudal de baldones, y la pluma de san Juan Damasceno,[1158] el postrero de los padres griegos, condenó la cabeza del tirano para el mundo presente y el venidero.[1159] No me cabe el pararme a justipreciar hasta qué punto se acarrearon y abultaron los monjes sus padecimientos positivos, ni cuántos perdieron sus vidas o sus miembros, ojos o barbas por la inhumanidad del emperador. Del castigo de individuos trascendió a la abolición de sus órdenes enteras, pues como ricas e inservibles estimularía la codicia y sinceraría el patriotismo los ímpetus de su encono. El nombre y la comisión formidable del *Dragón*[1160] su visitador general, horrorizó y aterró a la nación *negra*: quedaron disueltas las comunidades religiosas; sus

edificios se trocaron en almacenes o cuarteles; se confiscaron sus fincas, muebles y ganados, y nuestros ejemplares modernos comprueban el rasgo de la asolación antojadiza o malvada que se cebó en reliquias, libros y monasterios. Vedose, con el hábito y la profesión claustral rigurosísimamente todo culto público y reservado de las imágenes, y por lo que aparece, se impuso abjuración solemne de idolatría a los súbditos o al menos al clero del Imperio oriental.[1161]

El sufrido Oriente se desentrañó amargamente de sus imágenes sagradas; pero el fervor indómito de los italianos las defendió a todo trance. El patriarca de Constantinopla venía a igualarse con el papa de Roma en punto a jerarquía y jurisdicción eclesiástica. Mas el prelado griego era allá un esclavo cauto bajo el albedrío de su dueño a cuyo entrecejo solía pasar del convento al solio, y de éste al claustro alternativamente. Su coloración lejana y arriesgada entre los bárbaros de Occidente avivó el derecho y franqueó el desahogo de los obispos latinos. Prendábanse los romanos de su elección popular; sus rentas cuantiosas acudían al socorro de escaseces públicas y privadas, y el desvalimiento o desatención de los emperadores los precisó a desvelarse en paz y en guerra por la seguridad temporal de la ciudad. Aquel sacerdote se empapaba más y más en las virtudes y en la ambición de un príncipe, y encumbrárase a la cátedra de san Pedro el italiano, o el sirio, todos venían a ostentar la misma índole y a ejercer la misma política; y tras el malogro de legiones y provincias, el numen y la suerte de los papas restableció la supremacía de Roma. Es innegable que en el siglo VIII su señorío se planteó sobre la rebeldía, y ésta resubió y logró sincerarse por la herejía de los iconoclastas; pero la conducta de los Gregorios II y III en esta contienda memorable, se ha ido interpretando variamente según el albedrío de los afectos a los enemigos.

Declaran unánimemente los escritores bizantinos, que tras una amonestación infructuosa, decretaron la separación del Oriente y el Occidente, y defraudaron al tirano sacrílego de las rentas y de la soberanía de Italia. Está más terminante la excomunión en boca de los griegos que presenciaban el complemento de los triunfos papales, y por cuanto adolecen de mayor apego a su religión que a su patria, encarecen allá en vez de vituperar el celo acendrado de aquellos varones apostólicos.[1162] Los campeones modernos de Roma se empapan en las alabanzas y en el ejemplar, pues los cardenales Baronio y Belarmino[1163] andan elogiando aquel escarmiento grandioso y esclarecido de la deposición de unos herejes reales, y preguntándoles: ¿porqué no se fulminaban los mismos rayos contra los Nerones y Julianos de la Antigüedad?, contestan que el apocamiento de la Iglesia primitiva fue la causa única de su callado aguante.[1164] En este caso los resultados del cariño y del odio se dan la mano; y los protestantes que allá se disparan desatados a enconar las iras y agravar las zozobras de príncipes y magistrados, se explayan en el desacato y alevosía de entrambos Gregorios contra su soberano legítimo.[1165] Salen tan sólo a su defensa los católicos más comedidos, generalmeute de la Iglesia Galicana,[1166] que respetan la santidad zahiriendo la culpa. Cuantos abogan al par por la corona y la mitra deslindan la verdad de los hechos con la pauta de la equidad, la escritura y la tradición, y se atienen al testimonio de los latinos[1167] y a las vidas y epístolas de los mismos papas.[1168]

Quedan todavía dos cartas originales de Gregorio II al emperador León,[1169] y aunque no les cabe el concepto de perfectos dechados en lógica y elocuencia (727 d. C.), están retratando al vivo, o por lo menos disfrazando al fundador de la monarquía papal. «Por espacio de seis años acendrados y

venturosos —dice Gregorio al emperador–, hemos estado paladeando el regalo regio y anual de vuestras cartas, firmadas con tinta de púrpura de vuestro propio puño, prenda sagrada de vuestro apego a la creencia acrisolada de nuestros padres. ¡Qué variación tan lastimosa!, ¡qué horroroso escándalo! Tildáis ahora a los católicos de idólatras, y este cargo mismo está demostrando vuestra impiedad e ignorancia. Tan sólo en esta ignorancia cabe ese extremo de tosquedad en lenguaje y argumentos: los ínfimos elementos de las letras sagradas son suficientísimos para vuestro desengaño, pues si llegaréis a entrar en una aula de gramática, y a manifestaros enemigo de nuestro culto, los mismos niños con toda su sencillez cristiana no podrían menos de emprenderos a cartillazos.» Tras este saludo tan decoroso, entra luego el papa en el deslinde corriente de los ídolos de la Antigüedad y las imágenes cristianas; pues eran las primeras, representaciones fantásticas de vestigios o demonios, en tiempo de que el Dios visible no se había apersonado en semejanza patente. Los segundos son las estampas castizas de Cristo, su Madre y sus santos, que habían estado comprobando con milagros a miles la inocencia y el merecimiento de aquel culto relativo. En verdad que confiaría en la suma ignorancia de León, puesto que daba por sentado el uso perpetuo de las imágenes desde la edad apostólica y su presencia venerable en los seis sínodos de la Iglesia católica. Argumento más relumbrante usa con la posesión actual y práctica reciente: la armonía del orbe cristiano es ajena de la petición de un concilio general, y confiesa Gregorio sin rebozo que tales juntas pueden tan sólo ser provechosas en el reinado de un príncipe católico. Encarga al disoluto e inhumano León, más culpado que todos los herejes, paz, mudez y rendida obediencia a las lumbreras espirituales de Roma y Constantinopla. Va el pontífice deslindando los alcances de la

potestad civil y eclesiástica, vinculando el cuerpo en la primera y el alma en la segunda; empuñe el magistrado la espada de la justicia; el clero tiene a su cargo el arma más formidable de la excomunión; y en el desempeño, de su instituto divino, un hijo timorato no tiene que acatar al padre atropellador: cabe al sucesor de san Pedro castigar a los reyes de la tierra. «Nos asaltan tiranos con sus diestras carnal y militar desnudos y destronados, tan sólo nos queda el arbitrio de implorar a Jesucristo, príncipe del ejército celestial para que allá se emboque un Luzbel, para el exterminio de ese cuerpo y la salvación del alma. Estás ahí pregonando con ínfulas disparatadas; voy a enviar órdenes a Roma; voy a destrozar en átomos la efigie de san Pedro, y Gregorio, al par de su predecesor Martín, ha de yacer aherrojado y en destierro sobre la tarima del solio imperial. Pluguiera a Dios que me cupiese el seguir las huellas de Martín el Santo, pero sirva la suerte de Constante de escarmiento a los perseguidores de la Iglesia. Tras su combinación, justísima por los obispos de Sicilia, se quitó de en medio al tirano, en el auge de sus desbarros, por medio de un sirviente insigne adorándose el santo por las naciones de Escitia, entre las cuales terminó su destierro y su vida. Mas nos incumbe la obligación de vivir para edificación y ánimo de los fieles, ni estamos reducidos a aventurar nuestra seguridad en trance de una refriega. Siendo allá tan incapaz de resguardar a tus súbditos romanos, quizás la situación marítima de la ciudad la está exponiendo a tus algaradas; mas podemos retraernos a la distancia de algunas leguas,[1170] a la primera fortaleza de los lombardos, y entonces… anda acosando a los vientos. ¿Te cabe el ignorar que son los papas el vínculo de concordia y los medianeros de la paz entre el levante y el Occidente? Clavados tienen las naciones sus ojos en nuestra humildad, y están todos reverenciando, como un Dios

sobre la tierra, al apóstol san Pedro que amagas destrozar.[1171] Los reinos lejanos y recónditos de Occidente tributan acatamientos a Jesucristo y a su plenipotenciario, y nos estamos disponiendo para ir a visitar a su monarca más poderoso que está anhelando recibir de nuestras propias manos el sacramento del bautismo.[1172] Hanse doblegado los bárbaros al yugo del Evangelio, cuando tú sólo ensordeces a la voz del Mayoral. Enfurecidos se muestran estos bárbaros tan religiosos, y sedientos más y más de vengar la persecución del Oriente. Orilla ya esa empresa aciaga y temeraria; recapacita, tiembla y te arrepiente. Si te obstinas, inocentes quedamos de cuanta sangre se va a derramar en la contienda: así caiga toda sobre tu cabeza.» Presenciaron el primer asalto de León contra las imágenes de Constantinopla un sinnúmero de extranjeros de Italia y del Occidente, que fueron luego relatando con ira y pesadumbre el sacrilegio del emperador; mas al recibir su edicto de proscripción, se estremecieron por sus divinidades caseras; quedaron abolidas en todas las iglesias de Italia las efigies de Cristo, de la Virgen, de los ángeles, de los mártires y de los santos, intimando al pontífice romano la alternativa violentísima de congraciarse por su condescendencia con el soberano, o de padecer apeamiento y destierro por su rebeldía. Sin atenerse a plegarias ni milagros (no cabía ya en su religiosidad ni en su política el titubear, y así lo demuestra la entonación de Gregorio, confiado en sus medios de resistencia, el mismo emperador) ármase audazmente contra el enemigo público, y sus pastorales van pregonando a los italianos su peligro y su obligación.[1173] A su amonestación, Rávena, Venecia, y las ciudades de Exarcato y Pentápolis proclaman la causa de la religión; constaba por lo más su fuerza militar de mar y tierra de los mismos naturales, y el denuedo del fervor y el patriotismo

trascendió a los extranjeros asalariados. Juraron los italianos vivir y morir en defensa del papa y de las imágenes sagradas; brindábase el pueblo romano en holocausto por su padre, y ansiaban también los lombardos participar del merecimiento y ventajas de aquella guerra santa. El paso más alevoso, pero la venganza más obvia era el destrozo de las efigies del mismo León; la disposición más halagüeña y trascendental de la rebeldía, era el retenerle los tributos de Italia y defraudarle de aquella potestad en que acababa de propasarse cargando un encabezamiento nuevo.[1174] Se conservó el sistema de administración eligiendo sus magistrados y gobernadores, y se enardeció contra la ira pública, que trataron los italianos de crearse un emperador católico y colocarlo, por medio de su escuadra y ejército, en el palacio de Constantinopla. En aquel mismo alcázar, los obispos romanos, Gregorio II y III, quedaron condenados como autores de la rebelión, y se idearon arbitrios peregrinos para afianzar sus personas con ardid o a viva fuerza y quitarlos de en medio. Reconocieron o asaltaron repetidamente capitanes de la guardia, duques y exarcas de esclarecida esfera o de confianza reservada; desembarcaron con tropas extranjeras; lograron algún auxilio casero, y la superstición napolitana puede sonrojarse de que sus padres fueron adictos a la causa de la herejía. Mas el denuedo desvelado de los romanos rechazó aquellos embates patentes o encubiertos; arrollaron y mataron a los griegos, padecieron sus caudillos escarmiento afrentoso, y los papas, de suyo propensos a la clemencia, se desentendieron de interceder por aquellas víctimas criminales. En Rávena,[1175] estaban los barrios, mutua, sangrienta y hereditariamente enconados; la contienda religiosa dio nuevo pábulo a los bandos; pero los devotos de imágenes sobrepujaban en número y denuedo, y el exarca empeñado en atajar el torrente, feneció

en una asonada. Para castigar tamaño atentado y restablecer su señorío en Italia, envió el emperador escuadra y ejército al golfo Adriático. Contrastando temporales con sumo quebranto y atraso, desembarcaron los griegos en las cercanías de Rávena; amenazaron asolar aquella capital culpada y remedar, o tal vez sobrepujar, el ejemplo de Justiniano II que castigó una rebeldía anterior ajusticiando a cincuenta de los vecinos principales. Postrábanse en sus plegarias el clero y las mujeres con sacos y cenizas; los barones estaban sobre las armas para defensa de la ciudad; hermanáronse los bandos contra el peligro común, y se antepuso el trance de una refriega a las desdichas dilatadas de un sitio. Con una jornada porfiadísima adelantaron y cejaron alternativamente los ejércitos, se apareció un fantasma, se oyó una voz y fue Rávena victoriosa por la seguridad de su victoria. Reembarcáronse los advenedizos, pero la marina populosísima arrojó de sí un sinnúmero de lanchas; las aguas del Po se empaparon tantísimo en sangre, que por espacio de seis años la vulgaridad se abstuvo del pescado de aquel río, y la institución de una función anual perpetuó el culto de las imágenes y el aborrecimiento del tirano griego. En alas del triunfo de las armas católicas, juntó el pontífice romano un sínodo de noventa y tres obispos contra la herejía de los iconoclastas; y con su dictamen pronunció excomunión personal contra cuantos de palabra u obra osasen contrastar la tradición de los padres y las imágenes de los santos: comprendiose tácitamente el emperador en esta sentencia,[1176] mas con la votación de una representación postrera y desahuciada parece que se sobreentiende que estaba suspendido el anatema sobre la cerviz criminal. Afianzada una vez su seguridad, con el culto de las imágenes y la libertad de Roma e Italia vinieron los papas a amainar en su entereza, y contemplaron las reliquias del señorío bizantino. Sus intentos

comedidos dilataron y atajaron la elección de nuevo emperador, exhortando a los italianos, a no desmembrarse del cuerpo de la monarquía romana. Permitiose al exarca el residir en el recinto de Rávena, como cautivo más que en calidad de superior, y hasta la coronación imperial de Carlomagno, se siguió ejerciendo el gobierno de Roma y la Italia en nombre de los sucesores de Constantino.[1177]

La libertad de Roma avasallada por las armas y ardides de Augusto, quedó rescatada tras siete siglos y medio de servidumbre, de la persecución de León Isáurico. Yacieron bajo las plantas de los Césares los triunfos de los cónsules; con el menoscabo y trastorno del Imperio, el dios Término, el sagrado lindero, había ido cejando pausadamente del océano, del río, del Danubio y del Éufrates, y quedó Roma reducida a su territorio antiguo de Viterbo a Terracina, y desde Narni hasta la desembocadura del Tíber.[1178] Arrojados los reyes, quedó enquiciada la república sobre el cimiento del pundonor y de la sabiduría. Su jurisdicción se promediaba entre dos magistrados anuales; siguió el Senado desempeñando la potestad administrativa y consultiva, y la autoridad legislativa se equilibró en los concejos populares con proporción a los haberes y los servicios. Los romanos, legos en las artes de lujo, se habían ido amaestrando desde lo primitivo en la ciencia del gobierno y de la guerra, era absoluta la voluntad del concejo; sagrados los derechos de cada individuo: había hasta ciento treinta mil ciudadanos armados para la defensa o la conquista, y una gavilla de salteadores y desterrados vino a cuajarse en una nación merecedora de la libertad y ambiciosa de gloria.[1179] Soterrada la soberanía de los emperadores griegos, Roma toda escombros estaba manifestando un cuadro de menoscabo y despoblación: congeniábales ya la esclavitud y era su libertad un centellazo, un

aborto en fin de superstición, y aun de asombro y pavor para ella misma. Hasta el mínimo rastro de la realidad y aun la plataforma de una constitución yacía borrada en la práctica y en el ánimo de los romanos y carecían de luces, y de pundonor para reedificar la mole de una república. Sus escasos restos prole esclava y advenediza, se hacía despreciable a los mismos bárbaros victoriosos pues para extremar los francos y lombardos en expresión de amargo menosprecio de algún enemigo, le apellidaban Romano, «y bajo este nombre dice el obispo Luitprando, cifrамos cuanta ruindad, cobardía, perfidia, cuantos extremos de codicia y lujo, y cuantos vicios pueden tiznar en el señorío de la especie humana».[1180] Con la urgencia de su situación el vecindario de Roma tuvo que amoldarse desencajadamente a un sistema republicano; tuvieron que nombrar jueces para la paz y caudillos para la guerra; juntáronse los nobles para deliberar, pero sus acuerdos no pasaban a ejecutarse sin la concordia y anuencia de la muchedumbre. Revivió el estilo del Senado, y pueblo romano, mas no asomó su denuedo[1181] y su nueva independencia se ajó con vaivenes y alborotos, con desenfreno y tropelías. Acudía la religión a la carencia de leyes, y la autoridad del obispo iba revisando sus consejos externos y caseros. Sus limosnas, sus sermones, su correspondencia con los reyes y prelados de Occidente, sus servicios recientes y su juramentado agradecimiento, fueron acostumbrando a los romanos a conceptuarlo el primer magistrado o príncipe de la ciudad. No se lastimaba la humildad cristiana de los papas con el dictado de *Dominus* o señor, y las monedas antiguas están todavía mostrando sus rostros y sus rótulos.[1182] Mil años ahora ya revalidan más y más con su prestigio su señorío temporal, y su título más esclarecido es el nombramiento libre de un pueblo que rescataron de la

esclavitud.

En las desavenencias de los antiguos griegos seguía el pueblo sagrado de Elis disfrutando de paz inalterable, con el amparo de Júpiter y el ejercicio de los juegos Olímpicos.[1183] Venturosos mil veces los romanos si tamaña regalía escudara el patrimonio de san Pedro contra los desmanes de la guerra; si los cristianos al visitar el umbral sacrosanto, envainaran sus aceros en presencia del apóstol y de los sucesores. Mas tan sólo la varilla de un legislador o de un sabio pudiera ir delineando aquel místico seno; no tenía cabida sistema tan pacífico con el fervor ambicioso de los papas: sus romanos nunca se dedicaban, como los habitantes de Elis a los afanes apacibles e inocentes de la agricultura, y los bárbaros de la Italia, aunque amansados por el clima, desmerecían infinito respecto a los griegos en las instituciones de su vida pública y privada. Descolló con su ejemplo memorable de religiosidad y arrepentimiento Luitprando, rey de los lombardos. Escuadronado a la puerta del Vaticano (750-752 d. C.) estuvo el vencedor oyendo la voz de Gregorio II,[1184] retiró sus tropas, devolvió sus conquistas y visitó acatadamente la iglesia de san Pedro y cumplidas sus devociones ofrendó con su espada y daga, su coraza, su manto, su cruz de plata y su corona de oro sobre el túmulo del apóstol. Pero tanto fervor venía a ser un rapto y tal vez un artificio volandero; los arranques del interés se arraigan y se dilatan; congeniaban los lombardos con las armas y la rapiña, y tanto el príncipe como el pueblo se dejaron tentar incontrastablemente con los trastornos de Italia, el desvalimiento de Roma y la profesión desaguerrida de su nuevo caudillo. Desde los primeros edictos de los emperadores ya se ostentaron los campeones de las imágenes sagradas; invadió Luitprando la provincia de la Romania, pues se apellidaba así distinguidamente; allanáronse sin repugnancia

los católicos del Exarcado a su potestad civil y militar, y por primera vez quedó introducido un enemigo advenedizo en la fortaleza inexpugnable de Rávena. La diligencia ejecutiva y fuerzas marítimas de los venecianos recobraron presurosamente la ciudad y fortaleza, y aquellos súbditos fieles obedecieron las exhortaciones del mismo Gregorio, en diferenciar la culpa personal de León de la causa general del Imperio Romano.[1185] No agradecieron tanto los griegos la fineza como se amargaron los lombardos con el agravio: las dos naciones enemigas en la fe se hermanaron con alianza impropia y arriesgada, marcharon el rey y el exarca a la conquista de Espoleto y de Roma; disipose la tormenta sin estrago, pero la política de Luitprando sobresaltó la Italia con la alternativa gravosísima de hostilidades y treguas. El sucesor Ataulfo se manifestó igualmente enemigo del emperador y del papa: quedó Rávena avasallada por violencia o por alevosía[1186] y esta conquista definitiva terminó la sucesión de los exarcas que habían estado reinando con potestad subordinada desde el tiempo de Justiniano hasta el exterminio del reino godo. Se intimó a Roma el reconocimiento de los victoriosos lombardos como su legítimo soberano, se fijó por tributo anual una pieza de oro, como rescate de cada ciudadano y se blandió la espada ejecutiva para exigir la pena de toda desobediencia. Titubearon los romanos, suplicaron, se lamentaron y se contuvo a los bárbaros amenazadores con armas y negociaciones, hasta que los papas agenciaron la intimidad de un aliado de allende los Alpes.[1187]

En aquel conflicto, había Gregorio I implorado el auxilio del héroe del siglo, de Carlos Martel, que estaba gobernando la monarquía francesa con el dictado comedido de mayor o duque, y que con una victoria señalada contra los sarracenos había salvado a su patria y quizás la Europa del yugo mahometano.

Recibió Carlos con agasajo decoroso a los embajadores del papa; pero lo sumo de sus quehaceres y lo breve de su vida atajaron su intervención en los negocios de Italia, excepto por una mediación amistosa e improductiva. Su hijo Pipino, heredero de su poderío y de sus prendas tremoló el cargo de campeón de la Iglesia romana y el afán de gloria y de religiosidad parece que fueron los móviles del príncipe francés; mas el peligro estrechaba por las márgenes del Tíber, y el auxilio yacía por las del Sena, y luego nos impresionamos tibiamente por quebrantos lejanos. Llorosa la ciudad, se enardeció Esteban III por visitar personalmente las cortes de Lombardía y Francia, para apear de su sinrazón al enemigo y mover al amigo a ira y a compasión. Después de embalsamar el desconsuelo público por medio de letanías y plegarias, emprendió su trabajoso viaje con los embajadores del monarca francés y del emperador griego. Mantúvose inexorable el rey de los lombardos, mas en medio de tremendas amenazas no enmudeció en sus quejas ni amainó en su priesa el pontífice romano, quien tramontó los Alpes Peninos, descansó en la abadía de san Mauricio, y se atropelló por estrechar la diestra a su amparador, diestra que nunca se alargaba en vano, tanto en guerra como en amistad. Agasajaron a Esteban como al sucesor visible del apóstol (754 d. C.): en la asamblea inmediata fue relatando sus agravios ante una devota y guerrera nación, y se descolgó de los Alpes no ya en ademán de suplicante, sino de conquistador al frente de un ejército francés acaudillado por el rey en persona. Cupo a los rendidos lombardos una paz afrentosa, juramentándolos por devolver las posesiones y acatar la santidad de la Iglesia romana. Mas no bien se llegó a ver Ataulfo descargado de la presencia de las armas francesas cuando olvidó sus promesas y se dolió de su desdoro. Cercó de nuevo a Roma, y Esteban, temeroso de tanto malestar

a sus aliados transalpinos esforzó sus quejas y requerimientos en una carta elocuente en el nombre y persona del mismo san Pedro.[1188] Asegura el Apóstol a sus hijos adoptivos, rey, clero y nobles de Francia, que la carne yace difunta pero que el ánimo está viviendo, que ahora mismo están oyendo y tienen que obedecer aquella voz del fundador y guarda de la Iglesia romana; que la Virgen, los ángeles, las santos y los mártires con toda la hueste celestial unánimemente amonestan e instan por el desempeño de aquella obligación innegable, que las riquezas, la victoria y el paraíso han de coronar empresa tan piadosa, y que condenación eterna será la pena de su desvío, si aguanta que su túmulo, su templo y su pueblo vayan a caer en manos de los pérfidos lombardos. Igual prontitud y ventura logró la segunda expedición de Pipino: quedó desagraviado san Pedro, salvose otra vez Roma, y Ataulfo quedó aleccionado en punto a justicia y sinceridad con el azote de un dueño advenedizo. Tras tanto escarmiento siguieron allá desmayados y casi yertos los lombardos por espacio de veinte años. Mas no yacían sus ánimos avenidos con su apocada situación, y en vez de aparentar las prendas pacíficas de todo desvalido, siguieron más y más escarneciendo y hostigando a los romanos con demandas, extrañezas y correrías atropellada e indecorosamente. Acosaban por acá y acullá a su monarquía agonizante el favor y la cordura de Adriano I, y luego el numen, la prosperidad y el engrandecimiento de Carlomagno, hijo de Pipino; hermanaba intimidad, ya pública ya casera, a entrambos héroes de la Iglesia y del Estado, y al hallar al caído hermoseaba sus procedimientos con el sobrescrito ostentoso de la equidad y la moderación.[1189] Los desfiladeros de los Alpes y las murallas de Pavía eran el único antemural de los lombardos; sorprendió el hijo de Pipino los primeros, cercó los segundos, y tras un bloqueo de dos años,

Desiderio (774 d. C.), el postrero de sus príncipes nativos, rindió su cetro y su capital. Avasallados por un rey advenedizo, pero poseedores de sus leyes nacionales, se hermanaron los lombardos más bien que se sujetaron a los francos por sus entronques de sangre, costumbres, idioma y origen también gérmanico.[1190]

Los mutuos empeños de los papas con la familia Carolingia eslabonan abultadamente la historia antigua y moderna, civil y eclesiástica. Con la conquista de Italia (754, 753, 768 d. C.) los campeones de la Iglesia romana lograron proporción ventajosa al dictado virtuoso, el albedrío del pueblo y las plegarias y amaños del clero. Pero los dones grandiosos de los papas a la alcurnia Carolingia fueron las dignidades de rey de Francia,[1191] y patricio de Roma. I. Bajo la monarquía sacerdotal de san Pedro, fueron las naciones volviendo a la práctica de acudir a las orillas del Tíber en busca de soberanos, leyes y oráculos de su propia suerte. Indecisos andaban los francos acerca del nombre y de lo sustancial de su gobierno. Estaba Pipino desempeñando, como mayor del palacio, todas las potestades de un rey, faltando tan sólo este dictado a su ambición. Su denuedo fue estrellando a sus enemigos, y sus larguezas acreciendo a los amigos; había el padre salvado la cristiandad, y el blasón de sus prendas esclarecidas se fue más y más repitiendo y ensalzando en la prole de cuatro generaciones. Conservábanse el nombre y el remedo de la soberanía en el postrer descendiente de Clodoveo, el apocado Quilderico; mas este derecho anticuado venía a ser un instrumento tan sólo de asonadas. Ansiaba la nación entera restablecer la sencillez de la constitución, y Pipino, súbdito y príncipe, anhelaba afianzar su propia jerarquía y los caudales de su familia. Juramentados estaban mayor y nobles con el figurín regio: era para ellos acendrada y sacrosanta la sangre de

Clodoveo y los embajadores de todos acudieron al pontífice romano para desvanecer sus escrúpulos y descargarles de su promesa. Incitaba al papa Zacarías, sucesor de los dos Gregorios, su propio interés a sentenciar, y muy favorablemente: decretó, pues, que la nación podía hermanar legítimamente en un mismo individuo el dictado y la autoridad de rey, y, que el desventurado Quilderico, víctima de la salvación pública, quedase apeado, afeitado y emparedado en un monasterio para lo restante de sus días. Aceptaron desaladamente los francos una contestación tan apetecida, como dictamen de un moralista, sentencia de un juez y oráculo de un profeta; desapareció de la tierra la alcurnia Merovingia, y el voto de un pueblo libre encaramó a Pipino sobre un escudo, acostumbrados ya todos a obedecer sus leyes y marchar bajo su estandarte. Se celebró dos veces su coronación, sancionada por los papas, por su sirviente leal, san Bonifacio, el apóstol de la Germania, y por las manos agradecidas de Esteban III, quien ciñó, en el monasterio de san Dionisio, la diadema en la sien de su bienhechor. Se le apropió directamente la unción real de los monarcas de Israel:[1192] se engrió el sucesor de san Pedro con las ínfulas de embajador divino; transformose un caudillo germano en el ungido del Señor, y aquel rito judío ha ido cundiendo y conservándose por la superstición y la vanagloria de la Europa moderna. Quedaron los francos absueltos de su antiguo juramento; mas los dispararon allá un anatema horroroso abarcando a su posteridad, si osasen ya renovar semejante libertad de elección, o nombrar algún rey fuera de la alcurnia benemérita y sagrada de los príncipes Carolingios. Ajenos de todo peligro venidero, blasonaban éstos de su afianzamiento presente, pues afirma el secretario de Carlomagno, que el cetro francés se transfirió por la autoridad de los papas,[1193] y en sus empresas más arrojadas se

aferran confiadamente en aquella acta muy sonada y certera de jurisdicción temporal.

II. Variaron costumbres y lenguaje, y allá los patricios de Roma,[1194] quedaron muy desviados del Senado de Rómulo y palacio de Constantinopla, de los nobles independientes de la república, o padres soñados del emperador. Recobradas la Italia y el África con las armas de Justiniano, la cortedad y el peligro de tan lejanas provincias requerían la presencia de un magistrado supremo; titulaban con indiferencia exarca o patricio, y los gobernadores de Rávena, que ocupan sus lugares en la cronología de los príncipes, abarcaban con su jurisdicción la ciudad de Roma; con la rebelión de Italia y cesación del exarcado, los apuros de Roma habían acarreado sacrificios de parte de su independencia; pero aun en el mismo acto estaban ejercitando el derecho de disponer de sí mismos, y los decretos del Senado y del pueblo fueron sucesivamente revistiendo a Carlos Martel y a su posteridad con el timbre de patricios de Roma. Desentendiéronse los caudillos de nación tan poderosa de un dictado servil y un cargo subalterno; mas quedó suspendido el reinado de los emperadores griegos, y la vacante del Imperio. Les cabía un desempeño más esclarecido de parte del papa y de la república. Los embajadores romanos presentaron a aquellos patricios las llaves del sagrario de san Pedro, como prenda y emblema de soberanía; con una bandera, también consagrada, que les incumbía tremolar en defensa de la Iglesia y de la ciudad.[1195] En tiempo de Carlos Martel y de Pipino, interpuesto el reino Lombardo resguardaba la libertad amenazando la independencia de Roma, y así el *patriciado* se reducía al dictado, la correspondencia y la alianza de aquellos protectores lejanos. El poderío y la política de Carlomagno, soterraron al enemigo, pero impusieron un dueño. En su

primera visita a la capital fue recibido con cuanto obsequio se tributaba al exarca, representante del emperador, condecorando a los festejos el júbilo y el agradecimiento del papa Adriano I. [1196] Al asomar el monarca repentinamente, allá le envió a diez leguas [22,22 km] de distancia los magistrados y la nobleza de Roma con la bandera. A la media legua, la comitura Flaminia estaba toda guarnecida con las *escuelas*, o gremios nacionales de griegos, lombardos, sajones, etc.: se hallaba la juventud sobre las armas, y los muchachos con palmas y ramas de olivo en las manos entonaban las alabanzas de su esclarecido libertador. Al avistar las cruces sagradas y las insignias de los santos, se apeó, encumbró la procesión de los nobles al Vaticano, y al subir por la gradería, fue devotamente besando grado por grado el umbral de los apóstoles. Estaba Adriano en el pórtico esperándole al frente de su clero; abrazáronse como amigos e iguales, pero al adelantarse hacia el altar, el rey o patricio tomó la derecha del papa. No quedó el franco con estas huecas demostraciones de respeto, pues en los veintiséis años que mediaron entre la conquista de Lombardía y su coronación imperial, Roma, como redimida por su acero, y como propia, estaba sujeta al cetro de Carlomagno. Juró el pueblo homenaje a su persona y familia; se acuñó la moneda y se administró justicia en su nombre, y la elección de los papas se escudriñaba y revalidaba con su autoridad. Excepto un derecho primitivo e innato de soberanía, no quedaba prerrogativa, que pudiera añadir el dictado de emperador al patricio de Roma.[1197]

Correspondió el agradecimiento de los Carolingios a tamañas obligaciones, y quedan sus nombres consagrados como salvadores y bienhechores de la Iglesia romana. Su patrimonio antiguo de caseríos y cortijadas se trasformó por su dignación en el señorío temporal de ciudades y provincias, y la donación del

Exarcado fue el primer fruto de las conquistas de Pipino.[1198] Desprendiose Ataulfo suspirando de su presa; entregáronse las llaves y los rehenes de las ciudades principales al embajador francés, quien a nombre de su amo las presentó ante el túmulo de san Pedro. Podía el Exarcado[1199] con sus ámbitos abarcar cuantas provincias obedecieran al emperador y a su lugarteniente; pero su distrito y linderos propios se reducían a los territorios de Rávena, Bolonia y Ferrara: su dependencia inseparable era la Pentápolis que se extendía por las ensenadas del Adriático desde Rimini hasta Ascona, y se internaba por el país hasta las cumbres del Apenino. Hase zaherido agriamente la ambición y codicia de los papas en este ajuste. Quizás la humildad de un sacerdote cristiano debió soslayarse de un reino terrestre, que le cabía gobernar sin desentenderse de las virtudes de su profesión; quizás todo súbdito fiel, y aun todo enemigo garboso, debía desalarse menos en la partición de los despojos con un bárbaro, y si el emperador encargara a Esteban el abogar en su nombre por la devolución del Exarcado, no descargara yo al papa de la tacha de traición y alevosía; mas segun interpretación muy acendrada de las leyes, lícito es a cualquiera y sin desdoro el aceptar cuanto el bienhechor le franquee sin asomo de injusticia. Había el emperador griego depuesto o anulado su propio derecho al Exarcado, y el montante de Carolingio quebró la espada de Ataulfo; no había Pipino arriesgado su persona y hueste en dos expediciones allende los Alpes, por la causa de los iconoclastas; estaba poseyendo y podía enajenar legítimamente sus conquistas, y replicó religiosamente a las importunaciones de los griegos que por ninguna consideración humana se avendría a reasumir el don que había conferido al pontífice romano por la remisión de sus pecados y la salvación de su alma. Concediose la donación esplendorosa en

señorío supremo y absoluto, y miró el mundo por la vez primera a un obispo cristiano revestido con las prerrogativas de un príncipe temporal, como la elección de magistrados, el ejercicio de la justicia, el reparto de impuestos, y las riquezas del palacio de Rávena. Al desplomarse el reino Lombardo, los habitantes del ducado de Espoleto acudieron a refugiarse[1200] de la tormenta, se afeitaron las cabezas a la romana, se manifestaron sirvientes y súbditos de san Pedro, y redondearon con su avasallamiento voluntario el ámbito actual del estado eclesiástico. Estos ámbitos misteriosos se fueron ensanchando indefinidamente, con la donación verbal o escrita de Carlomagno,[1201] queden allá en los primeros raptos de la victoria, se desapropió a sí mismo y despojó al emperador griego de las ciudades e islas que antes habían pertenecido al Exarcado. Pero allá en los ratos de sosiego y reflexión, se enceló desde lejos con el engrandecimiento reciente de su aliado eclesiástico. Se fue atentamente costeando el desempeño de las promesas propias y paternas: como rey de francos y lombardos esforzó los derechos imprescriptibles del Imperio, y en vida y en muerte, Rávena[1202] y Roma sonaban en la lista de las ciudades metropolitanas. La soberanía del Exarcado se fue desmoronando y hundiendo en manos de los papas; tropezaron en los arzobispos de Rávena con unos competidores azarosos;[1203] los nobles y el pueblo desacataban el yugo de un sacerdote, y en el trastorno de los tiempos, tan sólo podían conservar la memoria de un derecho remoto, que en más prósperos días han venido a recibir y realizar.

Es el engaño de suyo el muro de la doblez y flaqueza, y el bárbaro, denodado pero idiota, solía enmarañarse en las redes de la política sacerdotal; pues el Vaticano y el Laterano eran arsenales y fábricas que, según las coyunturas, han ido

desembozando o encubriendo un cúmulo entreverado de actas verídicas o apócrifas, estragadas o sospechosas, según se encaminaban a ir promoviendo los intereses de la Iglesia romana. A fines del siglo VIII, algún escribiente apostólico, tal vez el consabido Isidoro, compuso los decretales y la donación de Constantino, los dos estribos mágicos de la monarquía temporal y espiritual de los papas. Asomó al mundo aquel regalo memorable en una carta de Adriano I, que está amonestando a Carlomagno para que imite la liberalidad, y resucite el nombre del gran Constantino.[1204] Aquel primer emperador cristiano, según la leyenda, sanó de la lepra y se purificó en las aguas del bautismo, por san Silvestre, obispo de Roma, y no hubo jamás médico más esclarecidamente galardonado. Retirose el alumno regio del solar y patrimonio de san Pedro, pregonó su ánimo de fundar una capital nueva en el Oriente, y traspasó a los papas la soberanía libre y perpetua de Roma, la Italia y provincias de Occidente.[1205] Surtió esta patraña cuantiosísimos efectos; resultaron los príncipes griegos reos convictos de usurpación, y la rebelión de Gregorio pasó en demanda de su herencia legítima. Quedaron los papas descargados del gravamen de su agradecimiento, y los dones dominales de los Carolingios, vinieron a ser la restitución justa e irrevocable de una porción escasa del estado eclesiástico. Ya la soberanía del papa no estuvo colgada del albedrío de un pueblo voluble, pues los sucesores de san Pedro y de Constantino se irguieron revestidos con la púrpura y prerrogativas de los Césares. Tan cerriles eran la ignorancia y la credulidad de los tiempos, que la fábula absurdísima mereció igual acatamiento en Grecia y en Francia, y está todavía registrada entre los decretos de la legislación canónica.[1206] No alcanzaban ni emperadores ni romanos a desentrañar una falsedad, en que fracasaban sus derechos y su

independencia, y la única oposición salió a luz de un monasterio Sabino, que a principios del siglo XII contrarrestó la certeza y validez de la donación de Constantino.[1207] En el siglo XV la pluma de Lorenzo Vola, todo un crítico elocuente y patriota romano, borrenó de medio a medio la sonada acta;[1208] quedaron atónitos sus contemporáneos con aquel sacrílego arrojo; pero tales son los adelantos callados e incontrastables de la racionalidad, que en todo el siglo inmediato se acarreó el embuste el menosprecio de historiadores[1209] y poetas,[1210] y la censura tácita o comedida de cuantos abogaban por la Iglesia romana.[1211] Sonríense candorosamente los mismos papas con la credulidad del vulgo,[1212] pero un documento falso y anticuado está todavía santificando su señorío, siguiendo la idéntica suerte que los oráculos sibilinos las decantadas decretales, pues ha venido a permanecer el edificio después de socavado el cimiento.

Mientras estaban los papas ufanísimos planteando su independencia y señorío, las imágenes, causa primera de su rebeldía, quedaron restablecidas en el Imperio oriental.[1213] Bajo el reinado de Constantino V, el enlace de la potestad civil con la eclesiástica había volcado el árbol, sin descepar la raíz de la superstición. Los ídolos, pues tales los apellidaban, lo eran siempre en realidad para la clase y el sexo más propenso a devociones, y la intimidad entrañable de monjes y hembras logró arrollar victoriosa y terminantemente la razón y la autoridad del hombre. Sostuvo con menos tirantez León IV la religión de su padre y su abuelo; pero su consorte, la linda y ambiciosa Irene, se empapó en el fervor de los atenienses, herederos de la idolatría, más bien que de la filosofía de sus antepasados. Enardeciéronse, en vida del marido, sus impulsos con el peligro y el disimulo, y tan sólo le cupo el afán de escudar y engrandecer a algunos monjes predilectos que fue

desempozando de sus cuevas, para sentarlos en las sillas metropolitanas del Oriente; mas apenas llegó a reinar en su nombre y en el del hijo, formalizó el intento de estrellar a los iconoclastas, y el primer paso para su persecución venidera fue un edicto general de libertad de conciencia (780 d. C.). Restablecidos los monjes, ensalzaron allá miles de imágenes a la veneración pública, y se fraguaron otras tantas patrañas de sus padecimientos y milagros. Se proveyeron sucesiva y atinadamente las sillas episcopales con fallecimientos o remociones parciales, los competidores más desalados tras los favores terrestres o celestiales, predecían o lisonjeaban el concepto de la soberana, y promoviendo a su secretario Tarasio, tuvo Irene patriarca en Constantinopla y caudillo de la Iglesia oriental. Mas los decretos de un concilio general tan sólo podían revocarse en congreso semejante;[1214] los iconoclastas convocados se mostraban denonados en su posesión y apuestos a toda contienda, y la voz apocada de los obispos retumbó con el clamoreo más formidable de la soldadesca y vecindario de Constantinopla. La demora y tramoyas de un año, el desvío de toda tropa desafecta y la elección de Nisa para el segundo sínodo católico, arrollaron aquellos tropiezos, y la conciencia episcopal paró de nuevo en manos del príncipe. Ciñose a diez y ocho días (14 de septiembre-25 de octubre de 787 d. C.) el desempeño consumado de obra tan grandiosa: asomaron los iconoclastas, no como jueces, sino como reos y penitentes; aparatose más y más la concurrencia con los legados del papa Adriano y los patriarcas orientales;[1215] minutaba los decretos el presidente Tarasio, y los revalidaban y firmaban trescientos cincuenta obispos. Pronunciaron unánimamente, que el culto de las imágenes se aviene con la escritura y con la razón, con los Padres y con los concilios de la Iglesia; mas titubean en que sea el culto directo o

relativo; y en sí la divinidad o la figura de Cristo es o no acreedora al mismo género de adoración. Quedan todavía las actas de este segundo concilio Niceno, monumento curioso de superstición e ignorancia, de falsedad y desvarío. Apuntaré tan sólo el dictamen de los obispos sobre el mérito comparativo de la moralidad con el culto de las imágenes. Había un monje ajustado tregua con el demonio de la fornicación, con tal que orase en su rezo diario a una pintura colgada en su celda. Sus escrúpulos le llevaron a consultar con el abad: «Antes que cesar en la adoración a Cristo y a su santa Madre en sus sagradas imágenes, mejor os fuera —contestó el moralista–, frecuentar todos los burdeles y visitar a todas las rameras de la ciudad».[1216]

Por el honor del catolicismo, o al menos el de la Iglesia romana, es una fatalidad el que los dos príncipes convocadores de los concilios de Nisa, estén mancillados entrambos con la sangre de sus hijos. Quedó el segundo aprobado y rigurosamente ejecutado por el despotismo de Irene, y negó a sus contrarios la tolerancia que al pronto había concedido a sus amigos. Durante los cinco reinados sucesivos, plazo de treinta y ocho años, se mantuvo aferrada la contienda sin amainar en su saña y con varias alternativas entre los quiebra-imágenes y sus reverenciadores… mas no me cumple el seguir más y más desmenuzando y repitiendo los idénticos trances. Concedió Nicéforo desahogo general de palabra y de obra, y los monjes tildan la única virtud de su reinado, como la causa de su perdición temporal y sempiterna. Supersticioso y apocado Miguel I, mal podían los santos ni las imágenes sostener a su devoto en el solio. León V con la púrpura siguió blasonando de Armenio en el nombre y en la religión, y los ídolos quedaron, con sus allegados alborotadores, condenados a segundo destierro. Santificaran con aplauso el homicidio de un tirano

irreligioso, pero su asesino y sucesor, Miguel II, se mancilló desde el nacer con las herejías Frigias: intentó mediar entre los contrincantes, y el destemple de los católicos lo arrojó al extremo contrapuesto. Su comedimiento era achaque de cobardía; pero su hijo tan ajeno de zozobra como de sensibilidad, fue el primero y el más inhumano de los iconoclastas. Disparose el entusiasmo de la temporada contra ellos, y cuantos emperadores contrastaron el torrente, vinieron a ensoberbecerse y estrellarse luego en el odio público. Muerto Teófilo redondeó la victoria de las imágenes otra hembra, su viuda Teodora (841 d. C.) encargada de la tutoría del Imperio. Fueron denodadas y terminantes sus disposiciones. El contraste de un arrepentimiento tardío sinceró el concepto y el alma del difunto marido; conmutose la sentencia del iconoclasta de la pérdida de los ojos en doscientos azotes: temblaron los obispos, vitorearon los monjes, y la festividad del catolicismo está conservando la conmemoración anual del triunfo de las imágenes. Quedaba en pie una sola cuestión, y era si estaban o no dotados de santidad propia e inapeable; ventilose entre los griegos del siglo XI,[1217] y como este concepto lleva consigo el realce de su irracionalidad, me pasmo que no se tranzase afirmativa y terminantemente. En el Occidente, el papa Adriano I aceptó y proclamó los decretos de la junta Nicena, que se está reverenciando por los católicos como el séptimo en la jerarquía de consultos generales. Atendieron Roma y la Italia a la voz de su padre, pero los más de los católicos italianos se rezagaron sobremanera en aquella carrera de la superstición. Las iglesias de Francia, Alemania, Inglaterra y España marcaron por un rumbo sesgo entre la adoración y el destrozo de las efigies, admitiéndolas en sus templos no como objetos de culto sino como recuerdo vivo y provechoso de la fe y de la historia.

Publicose en nombre de Carlomagno (794 d. C.) un libro avinagrado[1218] de controversia, y luego bajo su autoridad se juntó en Francfort[1219] un sínodo de trescientos obispos; vituperaron el enfurecimiento de los iconoclastas, pero disputaron una censura más violenta contra la superstición de los griegos y los decretos del supuesto concilio, menospreciado largo tiempo entre los bárbaros de Occidente,[1220] por donde adelantó pausada e imperceptiblemente el culto de las imágenes; mas queda colmadamente repuesto aquel atraso y vaivén, con la tosca idolatría que antecedió a la reforma y con la de cuantos países, tanto en América como Europa, yacen todavía en la lobreguez de la superstición.

Tras el sínodo Niceno y bajo el reinado de la devota Irene, fue cuando los papas vinieron a consumar la separación de Roma y la Italia, con la traslación del Imperio al menos acendrado Carlomagno (774-800 d. C.). Tuvieron que optar contra las naciones contrapuestas, sin atenerse exclusivamente al móvil de la religión, y al disimular los deslices de sus hermanos, estuvieron maliciando bastardías entre las virtudes católicas de sus enemigos. La diversidad de idioma y de costumbres había ido arraigando el encono de las dos capitales; se retrajeron luego más y más con las contraposiciones de setenta años. Durante el cisma habían los romanos paladeado la libertad y los papas la soberanía; con la sumisión se exponían a la venganza de un tirano enojadizo, y la revolución de Italia tenía patentizado el desvalimiento, al par de la tiranía, de la corte bizantina. Habían los emperadores griegos restablecido las imágenes, mas no repusieron los estados de Calabria[1221] y la diócesis Ilírica[1222] que los iconoclastas habían allá desmembrado de los sucesores de san Pedro, y el papa Adriano los amagó con sentencia de excomunión, si no abjuraban inmediatamente de aquella herejía

práctica.[1223] No eran católicos los griegos, mas pudiera empañarse su religión con el aliento del monarca reinante: contumaces se mantenían a la sazón los francos, pero toda riña perspicaz podía mirar ya su conversión del ejercicio a la adoración de las imágenes. Mancillaron el nombre de Carlomagno las avinagradas contiendas de sus amanuenses, mas el emperador de suyo se avenía al temple de una estadista, con las varias prácticas de Italia y Francia. En sus cuatro romerías o visitas al Vaticano anduvo abrazando a los papas con la llaneza de su estrechez e intimidad; se arrodilló ante el túmulo, y por consiguiente, ante la imagen del Apóstol, y no escrupulizaba el incorporarse y alternar en las plegarias y procesiones del rezo romano. ¿Cabía en la cordura y el agradecimiento de los pontífices el desviarse de su bienhechor? ¿Tenían derecho para traspasar el don del Exarcado? ¿Tenían potestad para volcar el gobierno de Roma? El dictado de patricio desdecía de los méritos y grandezas de todo un Carlomagno, y tan sólo removiendo el Imperio occidental podían desempeñar sus obligaciones y afianzar su establecimiento. Con esta disposición terminante desarraigaban para siempre las demandas de los griegos: reencumbrábase la majestad de Roma sobre el apocamiento de un pueblo provinciano; se hermanaban los cristianos latinos bajo una cabeza suprema, en su antigua capital, y los conquistadores de Occidente venían a recibir su corona de los sucesores de san Pedro. La Iglesia romana se granjeaba un abogado fervoroso y respetable, y a la sombra del poderío Carolingio podía el obispo ejercer honrosa y afianzadamente el gobierno de la ciudad.[1224]

Antes del exterminio del paganismo en Roma, menudeaban asonadas sangrientas por aquel opulento obispado. Menor era el vecindario, pero los tiempos eran más bravíos y el galardón más

cuantioso, y allá los eclesiásticos mandarines batallaban desaforadamente en pos de aquella soberanía. Descuella el reinado de Adriano I[1225] sobre los siglos precedentes y posteriores;[1226] las murallas de Roma (25 de diciembre de 800 d. C.); el patrimonio sagrado, el exterminio de los lombardos y la intimidad con Carlomagno, fueron los trofeos de su nombradía: pues fue encubiertamente labrando el solio de los sucesores, y ostentó en ámbito reducido las prendas de un gran monarca. Reverenciose su memoria, mas en la elección inmediata, un sacerdote del luterano, León III, fue antepuesto al sobrino y predilecto de Adriano, a quien había encumbrado a las primeras dignidades de la Iglesia. Su avenencia o su arrepentimiento estuvieron disfrazando, por más de cuatro años, su intento fementido de venganza, hasta que un día de procesión, en que una gavilla de conspiradores enfurecidos levantó la muchedumbre desarmada, y asaltó con varapalos y puñaladas la persona sacrosanta del papa. Mas quedó burlada su empresa contra su libertad y su vida, por el rubor quizás y el remordimiento. Yació León por recuerdo en el suelo, pero vuelto en sí del paroxismo causado por su pérdida de sangre, recobró el habla y la vista, y este trance naturalísimo vino a engrandecerse con el recobro milagroso de sus ojos y lengua, de que por dos veces le habían despojado los forajidos.[1227] Huyó de la cárcel al Vaticano; voló el duque de Espoleto a su rescate; condoliose Carlomagno de su tropelía y aceptó o solicitó desde su campamento de Paderbora en Wesfalia, una visita del pontífice romano. León fue y vino luego por los Alpes con escolta de condes y obispos para resguardo y testimonio de su inocencia; y sintió en el alma el conquistador de los sajones el tener que dilatar hasta el año siguiente el desempeño personal de aquel compromiso religioso. En su cuarta y postrera romería se

le obsequió en Roma con los honores debidos al rey y al patricio: cupo a León el sincerarse bajo juramento de las culpas que le achacaban: enmudecieron, y aquel arrojo sacrílego contra su vida se castigó con la pena leve e insuficiente de mero destierro. Apareció Carlomagno en la festividad del nacimiento de Cristo, el último año del siglo VIII, en la iglesia de san Pedro, y para halagar la vanagloria romana, había trocado el traje sencillo de su país por el ropaje de patricio.[1228] Celebrados los santos misterios, León repentinamente le colocó en la cabeza una corona preciosa,[1229] y retumbó el cimborio con las aclamaciones del pueblo: «¡Viva y triunfe Carlos el Augusto más piadoso, coronado por el mismo Dios, como grande y pacífico emperador de los romanos!». Consagraron y ungieron regiamente la cabeza y el cuerpo de Carlomagno: le saludó o adoró el pontífice al remedo de los Césares: se cifra en su juramento de coronación la promesa de mantener la fe y regalías de la Iglesia, y quedaron pagados los primeros frutos en sus riquísimas ofrendas al sagrario del Apóstol. El emperador en sus coloquios familiares, que ignoraba los intentos de León, pues los frustrara ausentándose en aquel día memorable pero no pudo menos de asomar el secreto con los preparativos del ceremonial, y el viaje de Carlomagno está patentizando su noticia expectativa, había confesado que el dictado imperial era el blanco de su ambición, y un sínodo romano había sentenciado que era el único galardón competente para sus merecimientos y servicios.[1230]

Se suele conceder y se ha merecido alguna vez el dictado de *grande* pero es Carlomagno el único a cuyo favor se haya embebido inseparablemente aquel adjetivo con el nombre. Hase también incluido el nombre en el calendario romano con el conotado de *santo*, y éste, con logro sin par, se ha acarreado las

alabanzas de los historiadores y filósofos de un siglo ilustrado[1231] (767-814 d. C.). Por supuesto que la barbarie de la nación y el tiempo en que floreció encumbra más y más su merecimiento *efectivo*, mas con parangón desigual realza también la grandeza *aparente* de todo objeto, y las ruinas de Palmira resplandecen mayormente por la vecindad accidental de un páramo desierto. Sin desairar su nombradía apuntaré ciertos lunares en la santidad y esclarecimiento del restaurador del Imperio occidental. No campea la continencia en sus virtudes morales;[1232] pero sus nueve mujeres o concubinas en poquísimo desmejorarían la bienaventuranza pública, como tampoco los volanderos o vulgares amoríos, el sinnúmero de sus bastardos que dedicó a la iglesia, y el celibato dilatado y el desenfreno de sus hijas,[1233] a quienes el padre estuvo indiciado de amar con excesivo cariño. Excusado es tildar la ambición de un conquistador, pero en una reseña justiciera, los hijos de su hermano Carloman, los príncipes Merovingios de la Aquitania y los cuatro mil quinientos sajones que degolló en un mismo sitio, serían alegatos fundados contra la justicia y la humanidad de Carlomagno. Aquel tratamiento de los sajones vencidos[1234] fue rematado abuso del derecho de conquista; sus leyes fueron no menos sanguinarias que sus armas, y al desentrañar sus motivos, cuanto se descuente de su devoción hay que achacarlo a su índole. Atónito queda un lector sedentario con aquella actividad incesante de cuerpo y alma; y no se asombraban menos súbditos y enemigos con su presencia repentina cuando lo estaban suponiendo al extremo contrapuesto del Imperio; ni paz, ni guerra, ni estío ni invierno, eran para él temporadas de sosiego, y la imaginación no alcanza a hermanar los *Annales* de su reinado con la geografía de sus expediciones. Más era racional que personal aquel desasosiego, pues la vida vagarosa de un

franco allí se desplegaba en cacerías, peregrinaciones y aventuras militares, y los viajes de Carlomagno sobresalían únicamente por el mayor acompañamiento y la entidad más grandiosa de sus intentos. Hay que ir desentrañando su nombradía militar con una reseña de sus tropas, sus enemigos y sus acciones. Conquistó Alejandro con las armas de Filipo, pero los dos héroes predecesores de Carlomagno le dejaron su nombre, sus ejemplos y los compañeros de sus victorias. Acaudillando huestes veteranas y superiores fue arrollando naciones montaraces o bastardas, inhábiles para confederarse en su contrarresto, y así jamás tropezó con antagonista igual en número, disciplina y armas. Vive y muere la ciencia de la guerra con las artes de la paz, mas no sobresalen sus campañas con sitio o batalla de dificultad o éxito descollantes, y debía envidiar los trofeos sarracenos de su abuelo. Tras su expedición a España quedó derrotada su retaguardia en el Pirineo, y los soldados cuya situación era irremediable y su tesón inservible, pudieran tildar en su postrer aliento el ningún desempeño ni cautela de su general,[1235] con sumo miramiento a la legislación de Carlomagno, tan encarecida por un juez respetable. No vienen a componer un sistema, sino un eslabonamiento de edictos más o menos oportunos y circunstanciados, para enmienda de abusos, reforma de costumbres, economía de cortijos, cría de aves y aun venta de huevos. Ansiaba mejorar las leyes y la índole de los francos, y su empeño aunque endeble y escaso se hace recomendable; los achaques inveterados de aquel tiempo se zanjaron o mitigaron con su gobierno,[1236] mas por maravilla advierto en sus instituciones, miras generales, y el denuedo inmortal de un legislador, que está sobreviviendo en beneficio de la posteridad. Unido y estable permaneció el Imperio durante su vida; mas siguió la práctica azarosa de dividir sus reinos entre

los hijos, y tras la repetición de sus dietas quedó al cabo la constitución en el vaivén incesante de la anarquía y el despotismo. Su aprecio de la religiosidad y luces del clero, le movió a confiarle el señorío temporal y la jurisdicción civil que anhelaba, y su hijo Luis, al quedar despojado por los obispos, pudo hasta cierto punto culpar la imprudencia del padre. Sus leyes revalidaron el impuesto del diezmo, por cuanto los diablos habían andado pregonando por los aires que la falta de aquel pago había acarreado la última carestía.[1237] Consta el mérito literario de Carlomagno por la fundación de escuelas, la introducción de las artes, las obras que se publicaron en su nombre y su trato familiar con los súbditos y extranjeros a quienes brindó con la corte para educar así al príncipe como al pueblo. Sus propios estudios fueron tardíos, trabajosos y escasos; si hablaba latín y entendía el griego, se había ido imponiendo en sus rudimentos por el habla más que por los libros, y allá en la madurez tuvo que aprender a escribir en la forma que en el día lo está haciendo todo campesino en su niñez.[1238] Tanto la gramática y la lógica, como la música y la astronomía de aquel tiempo, se cultivaban como adminículos de la superstición; mas el paradero de los afanes mentales viene a ser siempre la mejora de sus alcances, y el fomento de las letras es el timbre más acendrado y halagüeño de la carrera de Carlomagno.[1239] El señorío de su persona,[1240] la extensión de su reinado, la prosperidad de sus armas, la pujanza de un gobierno, y el acatamiento de naciones lejanas, lo encumbran sobre la caterva regia; y la Europa entera está aún fechando una era nueva desde el restablecimiento del Imperio occidental.

El Imperio no desairaba a su dictado,[1241] y algunos de los reinos más grandiosos de Europa eran patrimonio o conquista de un príncipe que estaba al mismo tiempo reinando en Francia,

España, Italia, Alemania y Hungría.[1242] I. La provincia romana de la Galia se había transformado en el nombre y monarquía de Francia, mas en el menoscabo de la alcurnia merovingia, se estrecharon sus ámbitos con la independencia de los *bretones* y la rebelión de *Aquitania*. Carlomagno acosó y estrechó a los bretones contra las playas del Océano, y aquella tribu montaraz, que discuerda tanto de los franceses en idioma y origen, quedó escarmentada con tributos, rehenes y sosiego. Tras contienda inapeable y dilatada padecieron los duques de Aquitania el castigo de perder provincia, libertad y vida. Justiciero y violentísimo fuera un sumo escarmiento con gobernadores ambiciosos que remedaban tan al vivo a los mayores del palacio; mas un descubrimiento reciente[1243] acaba de probar que aquellos príncipes desventurados, herederos últimos y legítimos de la sangre y cetro de Clodoveo, descendían por la rama menor del hermano de Dagoberto, de la alcurnia merovingia. El reino antiguo quedó reducido al ducado de Gascuña, y los condados de Trenzas y Armañas a la falda del Pirineo; su linaje se propagó hasta principios del siglo XVI, y después de sobrevivir a los tiranos Carolingios, se reservaron para experimentar las injusticias o finezas de tercera dinastía. Incorporada la Aquitania ensanchó sus ámbitos la Francia, cuales son en el día, con los aumentos de España, Países Bajos y hasta el Rin. II. Habían padre y abuelo de Carlomagno arrojado de Francia a los sarracenos, pero estaban todavía poseyendo la mayor parte de España, desde el peñón de Gibraltar hasta el Pirineo, y en sus desavenencias civiles un emir de Zaragoza acudió en pos de auxilio a la dieta de Padesborn. Emprende Carlomagno la expedición, restablece al emir, y desentendiéndose de creencias, arrolla imparcialmente la resistencia de los cristianos, y premia la obediencia y el servicio de los mahometanos. Plantea luego en

su ausencia la *marca Hispánica*,[1244] que se extendía desde el Pirineo hasta el Ebro; el gobernador francés residía en Barcelona; poseía los condados del Rosellón y de Cataluña, y los reinos asomantes de *Navarra* y *Aragón* estaban sujetos a su señorío. III. Reinaba, como rey de lombardos y patricio de Roma, sobre la mayor parte de Italia,[1245] por una tirada de más de trescientas leguas [666,6 km] desde los Alpes hasta el confín de Calabria. El ducado de Benevento, feudo lombardo, se había ido explayando, a costa de los griegos, por el reino moderno de Nápoles; pero Arrequis, el duque reinante, se desentendió de empozarse en la esclavitud de su patria; ostentó su dictado independiente de príncipe, y blandió su espada contra la monarquía Carolingia. Se defendió con entereza y se allanó sin desaire, contentándose el emperador con tributo llevadero, la demolición de sus fortalezas, y el reconocimiento en las monedas de un señor supremo. Añadió la adulación certera de su hijo Grimoaldo la denominación de padre, pero mantuvo cuerdamente su jerarquía, y Benevento se fue imperceptiblemente desenlazando del yugo francés.[1246] IV. Fue Carlomagno el primero que reunió la Germania bajo un mismo cetro. Consérvase en el círculo de *Franconia* el nombre de *Francia oriental*, y el pueblo de *Hesse* y de *Thuringia* quedó recién incorporado con los vencedores, con la hermandad de religión y de gobierno. Los *alemanes*, tan formidables para los romanos, eran vasallos siempre fieles y confederados de los francos, y su país estaba encajonado entre los linderos modernos de la *Alsacia*, la *Suabia* y la *Suiza*. Los *bávaros*, aunque con igual anuencia para con sus leyes y costumbres, eran menos sufridos de dueño alguno; las traiciones redobladas de Trasilo abonaron la abolición de sus duques hereditarios, y su potestad quedó repartida entre los condes que juzgaban y guardaban aquella

raya importante. Pero el norte de Germania, desde el Rin hasta más allá del Elba, permanecía siempre enemistado y pagano, y no se logró doblegar a los sajones al yugo de Cristo y de Carlomagno sino después de treinta y tres años de guerra. Quedaron descartados los idólatras con sus ídolos, y la fundación de ocho obispados, Munster, Osnaburgh, Pandesborn, Minden, Bremen, Verden, Hidelsheim y Halberstad, van deslindando, por ambas orillas del Weser, la antigua Sajonia; aquellos solares episcopales fueron las primeras escuelas y ciudades de un país montaraz, y la religión y humanidad de los hijos sinceró hasta cierto punto la matanza de los padres. Allende el Elba, los *eslavos* o eslavonios, de costumbres parecidas y varias denominaciones, abarcaban los dominios modernos de Prusia, Polonia y Bohemia y ciertos asomos de obediencia han inducido al historiador francés a dilatar el Imperio hasta el Báltico y el Vístula. La conquista y conversión de aquellos países es de fecha posterior, mas la primera incorporación de la Bohemia con el cuerpo germánico, se debe fundadamente apropiar a las armas de Carlomagno. V. Revolvió sobre los Avaros aquel raudal de conflictos que habían ido derramando sobre las naciones. Sus cercas, fortificaciones de madera que abrazaban sus distritos y aldeas, fueron al través con el empuje triplicado de una hueste francesa, que se disparó por mar y tierra sobre su país, atravesando las cumbres Carpacias, y desembocando por las llanuras del Danubio. Tras contienda sangrientísima de ocho años, el malogro de algunos generales franceses quedó vengado con la muerte de los hunos principales: las reliquias de la nación se postraron: la residencia real del Chagan paró en soledad desconocida, y los tesoros, presas de dos siglos y medio, vinieron a enriquecer las tropas victoriosas, o a condecorar las iglesias de la Italia o de la Galia.[1247] Avasallada la

Panonia, deslindaba la confluencia del Danubio, Fetes y Save el Imperio de Carlomagno: las provincias de Istria, Liburnia y Dalmacia fueron un agregado obvio pero inservible, y por sistema de moderación, dejó las ciudades marítimas bajo la soberanía efectiva o nominal de los griegos. Mas aquellas posesiones lejanas realzaron el esplendor mas no el poderío del emperador latino, ni aventuró allá fundaciones eclesiásticas para retraer a los bárbaros de su vida vagarosa y culto idólatra. Zanjas de comunicación entre el Saona y el Mosa, el Rin y el Danubio se entablaron desmayadamente,[1248] y su ejecución hubiera vivificado el Imperio, al paso que se invertían caudales y afanes mayores en la construcción de una catedral.

Bosquejando en globo este mapilla, resulta que el Imperio de los francos abarcaba, entre levante y poniente del Ebro al Elba o el Vístula, de Norte a Sur, desde el ducado de Benevento al río Cider, lindero invariable de Alemania y Dinamarca. Engrandecían personal y políticamente a Carlomagno el desamparo y las desavenencias de lo restante de Europa. Una caterva de príncipes escoceses o sajones batallaban más y más por las isla de la Gran Bretaña e Irlanda, y perdida una vez España, el reino cristiano y godo de Alfonso el Casto, quedaba reducido a la estrechez de los riscos asturianos. Estos soberanillos tenían que reverenciar el poderío o la sobresalencia del Carolingio monarca, implorar el blasón o el arrimo de su alianza, y aclamarle padre universal y emperador único y supremo del Occidente.[1249] Se correspondió constantemente con el califa Harun Al-Rashid,[1250] cuyos dominios allá se extendían desde el África a la India, y aceptó de sus embajadores una tienda, un reloj de agua, un elefante y las llaves del santo sepulcro. No se deja alcanzar fácilmente esta intimidad particular de un franco y un árabe, tan extraños mutuamente en

personalidad, idioma y religión: mas su correspondencia pública estribaba toda en vanagloria, y su situación lejana no dejaba cabida a competencias de intereses. Dos tercios del Imperio Romano de Occidente estaban sujetos a Carlomagno, y el desfalco venía a quedar colmadamente compensado con la soberanía de las naciones inaccesibles o insuperables de Germania; mas en cuanto a la elección de sus enemigos, debemos fundadamente extrañar, que se acostumbrase a preferir las desnudeces del Norte a la opulencia del mediodía. Las treinta y tres campañas afanadamente consumidas por las selvas y pantanos de Germania sobraban para afianzar los ensanches de su dictado, aventando a los griegos de Italia y a los sarracenos de España. En su mano tenía la victoria contra los desvalidos griegos, y la nombradía y el desagravio le brindaban con una cruzada santa contra los sarracenos, sincerándola a voz de pregón, la religión y la política. Aspiraba tal vez con aquellas expediciones allende el Elba a resguardar su monarquía de la suerte del Imperio Romano, imposibilitar a los enemigos de toda sociedad civil y descastar la semilla de emigraciones venideras; pero está ya averiguado que en materia de precauciones queda mansa toda conquista no siendo universal, puesto que los ensanches de aquella circunferencia acarrean con la mayor esfera más y más puntos de hostilidad.[1251] El avasallamiento de la Germania desencapotó y sacó a luz por la vez primera el continente o islas de Escandinavia, y las presenció la Europa desaletargando a sus bárbaros y valerosos naturales. El más sañudo de los idólatras sajones huyó del tirano católico a sus hermanos del Norte; sus escuadras surcaron pirateando el océano y el Mediterráneo, y Carlomagno llegó a ver con amargos suspiros los progresos asoladores de los normandos, quienes en menos de setenta años atropellaron el vuelco de su

alcurnia y monarquía.

Si el papa y los romanos resucitaran la constitución primitiva, confiriéranse a Carlomagno para toda la vida los dictados de emperador y Augusto; y los sucesores, a cada vacante hubieran ido ascendiendo al solio por elección tácita o expresa. Pero la asociación de Luis el Piadoso está demostrando el derecho independiente (814-887 d. C.) de la monarquía y la conquista, y parece que el emperador en aquella coyuntura estuvo previendo y precaviendo las demandas encubiertas del clero. Mandose al juez real tomar la corona del altar (813 d. C.), y colocársela con sus propias manos en la sien, como regalo recibido de Dios, de su padre y de la nación.[1252] Repitiose el idéntico ceremonial, aunque con menos eficacia, en las asociaciones posteriores de Lotario y Luis II; el cetro Carolingio se fue traspasando de padre a hijo en línea recta por cuatro generaciones, y la ambición de los papas se ciñó al honor insustancial de coronar y ungir unos príncipes hereditarios que se hallaban ya revestidos de la potestad y el dominio. Sobrevivió Luis el Piadoso a sus hermanos, y abarcó el Imperio cabal de Carlomagno (814-840 d. C.), pero las naciones y la nobleza, sus obispos y sus hijos desde luego se enteraron de que no vivificaba ya la misma alma aquella inmensa mole, y estaban ya socavados los cimientos hasta su centro, mientras aparecía el haz vistoso e ileso. Tras una guerra o batalla, en que fenecieron cien mil francos, medió un tratado para dividir el Imperio entre los tres hijos que habían atropellado todo miramiento filial y fraternal. Separáronse para siempre los reinos de Alemania y Francia; las provincias de la Galia entre el Ródano y los Alpes, el Mora y el Rin, quedaron señaladas con la Italia para la dignidad imperial (840-856 d. C.) de Lotario. En la partición de su cupo, se concedieron dos reinos recientes y transitorios, la Lorena y

Arles, a los niños menores, y el primogénito Luis II, tuvo que contentarse con el reino de Italia, patrimonio propio y suficiente para un emperador romano. A su muerte, sin sucesión varonil (856-875 d. C.), tíos y primos anduvieron batallando por el solio vacante, y los papas afianzaron sagazmente la coyuntura de sentenciar las demandas y merecimientos de los candidatos, y de otorgar al más rendido y dadivoso, el cargo imperial de abogado de la Iglesia Romana. Carecía ya la escoria de la alcurnia Carolingia de todo ascenso de pujanza y poderío, y los motes burlones de el *Calvo*, el *Tartamudo*, el *Gordo* y el *Bobo* estaban apellidando una runfla de reyes mansos y parecidos, merecedores todos de olvido perpetuo. Exhaustas ya las ramas colaterales, recayó toda la herencia en Carlos el Gordo, postrer emperador de la alcurnia (888 d. C.), y a fuer de mentecato se le desmandaron y retrajeron la Alemania, Italia y Francia; quedó depuesto en una dieta, y solicitó de los rebeldes su escaso diario, pues le dejaron vida y libertad por menosprecio. Gobernadores, obispos y magnates a proporción de su poderío se fueron apropiando los trozos del Imperio desplomado, guardando algún miramiento con la sangre femenina bastarda de Carlomagno. Dudosos eran títulos y posesión de la mayor parte, y se fueron regulando sus merecimientos por la estrechez de sus dominios. Cuantos asomaron con ejército a las puertas de Roma, quedaron coronados emperadores en el Vaticano, pero solían por modestia mostrarse satisfechos con el dictado de reyes de Italia, y el plazo entero de setenta y cuatro años puede conceptuarse vacante, desde la renuncia de Carlos el Gordo hasta el ensalzamiento de Oton I.

Era Oton[1253] del esclarecido linaje de los duques de Sajonia, y si efectivamente descendía de Witikin, contrincante y alumno de Carlomagno, la posteridad de un pueblo vencido vino a

reinar encumbradamente sobre sus mismos vencedores. Fue nombrado su padre Henrique el Pajarero, por voto de la nación para rescatar e instituir el reino de Alemania, cuyos linderos ensanchó más y más por donde quiera[1254] por su hijo, el primero y más aventajado de los Otones. Parte de la Galia al poniente del Rin, por las orillas del Mosa y del Mosela, cupo a los germanos, con cuya sangre e idioma vino a salpicarse desde el tiempo de César y de Tácito. Los sucesores de Oton se fueron granjeando una supremacía improductiva sobre los reinos descuartizados de Borgoña y Arles, entre el Rin, el Ródano y los Alpes. Por el Norte fue la propagadora del cristianismo la espada de Oton, conquistador y apóstol de las naciones eslavas del Elba y el Oder; fortaleciéronse los cantones de Brandemburgo y Silesia con colonias germanas, y el rey de Dinamarca, con los duques de Polonia y Bohemia, se reconoció su vasallo y tributario. Acaudilla su ejército victorioso, tramonta los Alpes, sojuzga el reino de Italia, liberta al papa, y plantea para siempre la corona imperial en el nombre y nación de Alemania. Entabló la fuerza y revalidó el tiempo, desde entonces dos máximas de jurisprudencia pública: I. que el príncipe elegido en la dieta germánica, adquiría desde aquel punto los reinos avasallados de Italia y de Roma, II. pero que no le cabía legalmente ostentar los dictados de emperador y Augusto, hasta ceñir en sus sienes la corona por la diestra del pontífice romano.[1255]

Sonó en el Oriente el encumbramiento imperial de Carlomagno con la variación de su lenguaje, pues en vez de saludar como padres a los emperadores griegos, usó la llaneza de apellidarlos marcialmente hermanos.[1256] Aspiraba tal vez por sus relaciones con Irene al nombre de marido; paz y amistad era el sonido de su embajada a Constantinopla y podía encubrir un ajuste de enlace con aquella princesa ambiciosa que se había

desentendido de las obligaciones sagradas de madre. No es dable conceptuar el temple, duración y consecuencias probables de aquella incorporación entre dos imperios allá tan lejanos y desavenibles, pero el silencio unánime de los latinos me inclina a maliciar que los enemigos de Irene fueron los fraguadores de semejante hablilla, para achacarle la maldad de vender la Iglesia y el Estado a los extraños de Occidente.[1257] Presenciaron los embajadores franceses y aun peligrando, la conspiración de Nicéforo, por el encono nacional, pues se agriaba más y más Constantinopla con las traiciones y sacrilegios de la antigua Roma, y sonaba de boca en boca el adagio de que «eran los francos buenos amigos y malísimos vecinos», y era muy expuesto el ir a provocar un confinante que podía apetecer el segundar en la iglesia de Santa Sofía el ceremonial de la coronación del emperador. Tras un viaje angustioso de rodeos y demoras, los embajadores de Nicéforo lo hallaron en su campamento, a las orillas del río Sala, y Carlomagno se esmeró en ajar su vanagloria, ostentando en una aldea de Franconia el boato, o por lo menos, el orgullo del palacio bizantino.[1258] Fueron conducidos los griegos por cuatro salas sucesivas de audiencia: desde la primera fueron ya a postrarse ante un personaje esplendoroso en un sillón de aparato, hasta que él mismo los enteró de que era un sirviente en clase de caballerizo del emperador. Repitiose la equivocación y la respuesta en la estancia del conde palatino, del mayordomo y del camarero; fogueada más y más su impaciencia, se abrieron por fin de par en par las puertas del estrado y presenciaron entonces al verdadero monarca, encumbrado en su solio con mil realces lujosos y peregrinos que estaba menospreciando, empapándose en el cariño y acatamiento de sus caudillos victoriosos. Ajustose un tratado de paz y alianza entre ambos imperios, quedando

desde luego deslindados con el derecho de la posesión actual; pero los griegos orillaron pronto aquella igualdad desairada,[1259] o la recordaron tan sólo para odiar más y más a los bárbaros que la habían impuesto. Durante la breve concordia del pundonor y el poderío, siguieron saludando acatadamente al augusto Carlomagno con los vítores de basileo y emperador de los romanos. Apenas cesaron aquellas prendas en la persona de su hijo devoto, era el sobrescrito de las cartas bizantinas: «Al rey, o como él se apellida, al emperador de francos y lombardos». Cuando ya no asomaba rastro de poderío ni pundonor, apearon a Luis II de su dictado hereditario y con la denominación bárbara de rex o *rega*, lo barajaron allá con la caterva de los príncipes latinos. La contestación[1260] está retratando su flaqueza, pues va probando con alguna erudición, que tanto en la historia sagrada como en la profana, el nombre de rey es sinónimo de la voz griega *basileo*: si en Constantinopla se conceptúa bajo otro sentido más exclusivo e imperial, reclama por sus antepasados y por el papa, su debida alternativa a los honores de la púrpura romana. Revivió la contienda en tiempo de los Otones, y su embajador describe con subidos colores el engreimiento de la corte bizantina.[1261] Aparentaban los griegos menospreciar la mezquindad e ignorancia de los francos y los sajones, y allá en la postrera decadencia se negaron a tiznar con los reyes de Germania el dictado de emperadores romanos.

Continuaron estos emperadores ejercitando en la elección de los papas la potestad que ostentaron los príncipes godos y griegos; y fue siempre medrando la entidad de esta prerrogativa con la jurisdicción temporal y espiritual de la Iglesia romana. En la aristocracia cristiana los prohombres del clero componían siempre un Senado para atender al régimen, y suplir las vacantes de los obispos. Dividíase Roma en veintiocho parroquias,

administrada cada una por un sacerdote cardenal, o presbítero, dictado vulgar en su origen y comedido, aspiró luego a competir en la púrpura con los reyes. Aumentose el número con la incorporación de siete diáconos de los hospitales mayores, los siete jueces palatinos del Laterano y algunos prebendados de la Iglesia. Encabezaban este senado eclesiástico siete obispos cardenales de la provincia romana que se atareaban menos con las diócesis suburbanas de Ostia, Porto, Velitre, Túsculo, Preneste, Tibur y las Sabinas, que por su servicio semanal en el Laterano, y su participación eminente en los timbres y autoridad de la silla apostólica. A la muerte del papa, estos obispos recomendaban un sucesor a los votos del colegio de los cardenales,[1262] y su nombramiento se revalidaba o desechaba con los vítores, o el clamoreo del pueblo romano. Quedaba sin embargo descabalada la elección, no podía consagrarse legalmente, hasta que el emperador, como abogado de la Iglesia, había graciablemente manifestado su anuencia y aprobación. El comisionado regio se hacía cargo en el mismo sitio del rumbo y libertad de los procedimientos, y sólo mediando un escrutinio acerca de las prendas de los candidatos, los juramentaba sobre su lealtad y confirmaba las donaciones que se habían ido haciendo para el engrandecimiento del patrimonio de san Pedro. En las desavenencias frecuentes las pretensiones encontradas pasaban a la decisión del emperador; y en un sínodo de obispos se arrestó a sentenciar, condenar y castigar las demasías de un pontífice criminal. Oton I, impuso un tratado al Senado y al pueblo, que se comprometió a preferir el candidato más acepto a su majestad:[1263] los sucesores fueron anticipándose a su elección, concediendo el beneficio romano como los obispados de Colonia y de Bamberg, a sus ayos o cancilleres, y prescindiendo de los méritos de un franco, o de un sajón, su nombre está desde

luego declarando la intervención de potestad extranjera. Cohonestábanse estos actos de la prerrogativa regia con los achaques de toda elección popular; pues el competidor excluido por los cardenales acudía a los ímpetus o la codicia de la muchedumbre: ensangrentáronse el Vaticano y el Laterano, y los senadores más poderosos, los marqueses de Toscana y los condes de Túsculo tuvieron la silla apostólica bajo su servidumbre afrentosa y dilatada. Los pontífices romanos padecieron en los siglos IX y X desacatos, encarcelamientos y matanzas por parte de sus tiranos, y llegó a tal extremo su desamparo, tras la pérdida y usurpación de los patrimonios eclesiásticos, que ni alcanzaban a costear el boato de príncipes, ni a ejercitar la caridad de sacerdotes.[1264] El influjo de dos hermanas rameras, Marozia y Teodora, estribaba todo en su riqueza y hermosura, y en sus tramoyas políticas y amorosas; sus galanes más esforzados cargaban con la mitra romana, y su reinado pudo[1265] en la lobreguez de aquellos tiempos[1266] abortar la patraña[1267] de una papisa.[1268] El hijo bastardo, el nieto y el bisnieto de Marozia, linaje peregrino, se vinieron a sentar en la cátedra de san Pedro, y el segundo de los nombrados encabezó desde la edad de diez y nueve años la iglesia latina. Su mocedad y su madurez se dieron estrechamente la mano, y naciones enteras de peregrinos presenciaron los cargos mortales con que le estuvo acosando un sínodo romano delante de Oton el grande. Por cuanto Juan XII había orillado el traje y el decoro de su profesión, quizás un *soldado* no vino a disfamarse por empaparse en vino y en sangre, por incendiar, jugar y cazar incesantemente. Podían sus simonías públicas ser efecto de sus escaseces, y sus invocaciones blasfemas de Júpiter y Venus, a ser ciertas, no cabe que las profiriese con formalidad. Mas no podemos menos de extrañar, que el dignísimo nieto de

Marozia viviese adúlteramente y sin rebozo con las matronas de Roma, que el palacio Laterano se trocase en zahurda de rameras y que las tropelías con doncellas y viudas retrajesen a las peregrinas de visitar el túmulo de san Pedro, temerosas de que en medio de su fervor viniese el sucesor del Apóstol a violentarlas.[1269] Los protestantes se han explayado con malvada complacencia en estos arranques de todo un anticristo, mas en concepto de cualquier filósofo resultan menos azarosos los desbarros que el recato del clero. Tras aquel cenagal escandaloso y dilatado, la austeridad celosa de Gregorio VII reformó y realzó la silla apostólica (1075 d. C., etc.). Aquel monje ambicioso vinculó su vida en el desempeño de dos intentos: I. Plantear en el colegio de los cardenales la libertad e independencia en las elecciones, y desarraigar para siempre el derecho o usurpación de los emperadores y el pueblo romano. II. Conceder o reasumir el Imperio occidental como feudo o beneficio[1270] de la Iglesia, y abarcar bajo su señorío temporal los reyes y los reinos de la tierra. Tras reñidos vaivenes de medio siglo quedó cumplido aquel primer objeto al arrimo pujante del cuerpo eclesiástico, cuya independencia se hermanaba con la de su caudillo; pero el segundo empeño aunque con asomos de logro, al menos parcial, se estrelló en la resistencia denodada de la potestad secular y fracasó por fin con el descollamiento de la racionalidad.

A la renovación del Imperio Romano, ni en el pueblo ni en el obispo cabía franquear a Carlomagno o a Oton las provincias perdidas, al paso que se iban ganando con los vaivenes de las armas; mas quedaron árbitros los romanos en nombrarse superior, y cuantas facultades se habían otorgado al patricio se concedieron irrevocablemente a los emperadores franceses y sajones del Occidente. Los registros descuartizados de aquel tiempo[1271] conservan ciertos recuerdos de su palacio, casa de

moneda, tribunal, edictos y espada de justicia, que aún hasta el siglo XIII procedía del César al prefecto de la ciudad.[1272] Entre las arterías de los papas y los arrebatos de la plebe, quedó soterrada aquella supremacía. Los sucesores de Carlomagno, satisfechos con los dictados de emperadores, desatendieron el goce de aquella jurisdicción local. Empujábase su ambición con la prosperidad en objetos más halagüeños, y luego con el menoscabo y divisiones del Imperio afanábanse en la defensa de sus provincias hereditarias. En medio de los escombros de Italia, la famosa Marozia (932 d. C.) brindó a uno de los usurpadores con las ínfulas de tercer marido suyo, y entrometieron a Hugo, rey de Borgoña, con los banderizos (732 d. C.) en la mole de Adriano o castillo de Sant-Ángelo, que señorea el puente principal y la entrada de Roma. Precisó la introductora a su hijo del primer matrimonio Alberico a realzar el desposorio y su banquete; pero su asistencia violenta y enojadiza le acarreó un bofetón de su padrastro; y fue aquel golpe causante de una revolución. «Romanos —prorrumpe el mozo–, fuisteis allá dueños del orbe, y estos borgoñones eran vuestros ínfimos esclavos; en el día estos irracionales voraces y bravíos están reinando, y mi agravio es el arranque de vuestra servidumbre».[1273] Resuena el arrebato y clamó a las armas por todos los barrios de la ciudad: retíranse atropellada y vergonzosamente los borgoñones; victorioso el hijo encarcela a Marozia, y el hermano Juan XII queda reducido al ejercicio de sus funciones espirituales. Estuvo Alberico más de veinte años poseyendo el gobierno de Roma, y se cuenta que halagó a la plebe preocupada con el restablecimiento de los cargos, o cuando menos, los títulos de cónsules y tribunos. Su hijo y heredero Octaviano tomó con el pontificado el nombre de Juan XII; viose comprometido, al par de su antecesor, por los príncipes lombardos para acudir a un

libertador de la Iglesia y la república, y galardonó el servicio de Oton ensalzándolo a la dignidad imperial. Mas imperioso el sajón y mal sufridos los romanos, se trastornaron los regocijos de la coronación por el contraste encubierto de las regalías y la independencia, y mandó Oton a su escudero que no se le desviase un punto, temeroso de que le asaltasen y matasen al pie mismo del altar.[1274] Antes de tramontar los Alpes, castigó el emperador la asonada del pueblo y la ingratitud de Juan XII. Quedó apeado el papa en un sínodo (967 d. C.); montaron al prefecto sobre un asno, lo fueron azotando por la ciudad y lo empozaron en una mazmorra; ahorcaron a trece de los más criminales, lisiaron o desterraron a otros, sincerando aquellas justicias con las leyes antiguas de Teodosio y de Justiniano. El eco de la fama está tildando a Oton II del acto alevoso y sangriento de la matanza de los senadores, tras haberlos convidado a su mesa con el agasajo decoroso de amistad y hospedaje.[1275] Intentó denodadamente Roma, en la menoría del hijo Oton III, sacudir el yugo sajón, y fue el cónsul Crescencio el Bruto de la república. De la clase de súbdito y desterrado se encumbró dos veces al mando de la ciudad (998 d. C.): atropelló, arrojó y creó los papas, y fraguó una conspiración para restablecer la autoridad de los emperadores griegos. Mantuvo un sitio porfiado, hasta que el desventurado cónsul fue vendido con la promesa de salvamento; colgáronle de una horca, y luego colocaron su cabeza en las almenas del castillo. En un vaivén de la suerte, Oton, habiendo separado sus tropas, estuvo tres días sitiado y en ayunas dentro de su palacio, y su fuga desairadísima le preservó de que lo ajusticiase la saña de los romanos. Encabezaba al pueblo el senador Tolomeo, y logró la viuda de Crescencio el desahogo o la nombradía de haber desagraviado a su marido encerrando al amante imperial. Era el ánimo de Oton

III desamparar los países montaraces del norte, ensalzar su solio en Italia, y reponer las instituciones de la monarquía romana, mas luego los sucesores solían asomar una vez sola por las márgenes del Tíber, para recibir la corona en el Vaticano.[1276] Era su ausencia despreciable, pero odiosa y formidable su presencia. Se descolgaban de los Alpes capitaneando a sus bárbaros, advenedizos todos y enemigos del país, y la visita pasajera paraba por lo más en alborotos sangrientos.[1277] Allá un recuerdo en bosquejo de sus antepasados estaba todavía atormentando a los romanos, y miraban con ira devota la sucesión de sajones, francos, suabios y bohemios que seguían usurpando la púrpura y las prerrogativas de los Césares.

Lo más contrapuesto quizás a la naturaleza y a la racionalidad es el empeño de enfrenar países lejanos y naciones extranjeras, contrarrestando sus inclinaciones e intereses. Dispárase un raudal de bárbaros por la tierra, mas un Imperio dilatado requiere para su permanencia un sistema científico de policía y sujeción: en el centro una potestad absoluta muy ejecutiva en sus providencias, y abundante en recursos; comunicación obvia y veloz entre sus extremos; fortalezas para contrastar el primer disparo de la rebeldía; un régimen muy entonado para proteger y castigar, y un ejército disciplinado que infunda zozobra sin causar descontento ni desesperación. Diversísima era la situación de los Césares alemanes ansiosos más y más de esclavizar el reino de Italia. Sus estados patrimoniales se extendían por el Rin o se desparramaban por las provincias mas los ámbitos de aquel señorío fueron fracasando por la torpeza o las escaseces de los príncipes sucesivos y sus rentas de regalías baladíes y gravosas apenas alcanzaban al mantenimiento de sus sirvientes. Componíanse sus tropas de la asistencia legal o voluntaria de sus vasallos

feudales que atravesaban con repugnancia los Alpes; se desenfrenaban con robos y tropelías y allá se marchaban antojadizamente antes de la terminación de la campaña. El influjo pestilente del clima solía arrebatar a huestes enteras; los restantes cargaban con la osamenta de los príncipes y nobles[1278] y las resultas de sus destemplanzas se achacaban luego a la maldad alevosa de los italianos, que no dejaban al menos de complacerse con las desdichas de los bárbaros. Su tiranía desencajada podía habérselas en iguales términos con los tiranillos de Italia, y ni sus pueblos ni los lectores se interesarían en gran manera por tales contiendas. Pero en los siglos XI y XII reavivaron los lombardos la chispa de la industria y de la libertad, cuyo ejemplo grandioso remedó por fin la república de Toscana. Nunca cesó absolutamente un gobierno municipal en las ciudades de Italia, y sus fueros fundamentales se concedieron por el favor y la política de los emperadores, ansiosos de levantar una valla plebeya contra la independencia de los nobles; pero sus medros prontísimos, y el ensanche diario de sus potestades y pretensiones estribaban en el número y denuedo de sus vecindarios.[1279] Desempeñaba cada ciudad cuanto correspondía a su diócesis o distrito; quedaron las campiñas exentas de toda jurisdicción de condes, marqueses y obispos, y se recabó de los nobles más engreídos el desamparo de sus castillos solitarios, y entablar el estado más honorífico de ciudadanos y magistrados. El concejo gozaba de autoridad legislativa, mas la potestad ejecutiva se confiaba a tres cónsules, elegidos anualmente de los tres órdenes, *capitanes, vavasores*,[1280] y *comunes* en que se dividía la república. Fueron reviviendo y medrando los afanes de la agricultura y del comercio al arrimo de las leyes iguales; mas el peligro presente era pábulo de la valentía lombarda, y en sonando el campanón, o en tremolando el estandarte[1281]

desembocaban las puertas de la ciudad unos tercios crecidos y denodados, cuyo afán por su causa tuvo luego por norte el ejercicio y la disciplina de las armas. Estrellábanse las ínfulas de los Césares al pie de aquellos antemurales populares; y el numen incontrastable de la libertad arrolló a entrambos Federicos los príncipes más descollantes de la edad media, el primero quizá superior en pujanza militar, y el segundo sobresalía innegablemente en las prendas más apacibles de la paz y la literatura.

Ansioso de recobrar los timbres de la púrpura, embistió Federico I a las repúblicas de Lombardía con las arterías de un estadista, la bizarría de un soldado y la crueldad de un tirano. Las Pandectas recién halladas renovaron la ciencia más favorable al despotismo y sus incensadores venales (1152-1190 d. C.) pregonaron al emperador como dueño absoluto de vidas y haciendas. Reconociéronse las prerrogativas reales bajo otro concepto menos odioso en la dieta de Roncalla, y los réditos de la Italia se acotaron en treinta mil libras de plata,[1282] que se fueron recargando indefinidamente con las rapiñas de los dependientes. El pavor o la pujanza de sus armas fue avasallando a las ciudades más pertinaces: entregó sus cautivos a los sayones o los disparó de sus máquinas militares, y tras el sitio y la rendición de Milán, los edificios grandiosos de aquella capital quedaron arrasados; se enviaron trescientos rehenes a Alemania, y se dispersó al vecindario por cuatro villares bajo el yugo del vencedor inflexible.[1283] Mas descolló luego Milán sobre sus escombros, y la desventura consolidó la liga de Lombardía; hermanáronse en la causa Venecia, el papa Alejandro III y el emperador Griego: un solo día echó al través toda aquella máquina de opresión, y Federico tuvo que firmar, aunque con reserva, en el tratado de Constancia la libertad de veinticuatro

ciudades, contra las cuales ya en su pujanza y madurez vino a batallar el nieto Federico II,[1284] dotado de ciertas prendas aventajadas (1138-1250 d. C.). Recomendábanle para los italianos su nacimiento y educación, y en la discordia implacable de los dos bandos, los guibelinos estaban adictos al emperador, al paso que los guelfos tremolaban la bandera de la libertad y de la Iglesia. Yacía aletargada la corte de Roma al consentir que su padre Henrique VI incorporase con el Imperio los reinos de Nápoles y Sicilia, cuyos reinos hereditarios aprontaban al hijo crecidos réditos en caudales y en reclutas. Pero las armas de los lombardos y los rayos del Vaticano estrellaron por fin a Federico II; se traspasó su reino a un extraño, y el postrero de su familia fue degollado en Nápoles sobre un cadalso. No asomó emperador alguno en Italia por espacio de sesenta años, y su nombre sonaba tan sólo por la almoneda de los últimos rastros de soberanía.

Los bárbaros conquistadores del Occidente tuvieron a bien condecorar a su caudillo con el dictado de emperador, mas no fue su ánimo revestirlo con el despotismo de Constantino y Justiniano. Libres eran las personas de los germanos, sus conquistas propias y su temple nacional rebosaban de arrogancia despreciadora de la jurisprudencia servil de la Roma antigua y la nueva. Empeño infructuoso y expuestísimo fuera embocar un monarca a guerreros independientes mal avenidos aun con sus magistrados; al denodado que se desmandaba, y al poderoso que aspiraba al dominio. Estaba el Imperio de Carlomagno y de Oton repartido entre los duques de las naciones o provincias (814-1250 d. C.), los condes de los distritos menores y los margraves fronterizos que abarcaban todos la autoridad civil y militar cual se habían subdelegado a los lugartenientes de los primeros Césares. Los gobernadores romanos que solían ser

soldados de fortuna, cohechaban a sus legiones asalariadas, se revestían la púrpura imperial y triunfaban o fracasaban en su rebeldía, sin lastimar el poderío y la unidad del gobierno. Si los duques, margraves y condes de Alemania se propasaban menos en sus demandas, los resultados de sus logros eran más duraderos y nocivos al Estado. En vez de encaminarse a la cumbre se afanaban calladamente por plantear y apropiarse la independencia provincial. Fomentaban su ambición aquella mole de estados y vasallos, en arrimo y ejemplo mutuo, el interés común de la nobleza subalterna, la variación de príncipes y familias, las menorías de Oton III, Henrique IV, el anhelo de los papas y el afán desatinado de las coronas volanderas de Italia y Roma. Los comandantes de las provincias iban usurpando más y más todas las regalías de la jurisdicción regia o territorial; el derecho de paz y guerra, de vida o muerte, de cuños e imperios, de enlaces externos de economía casera. Cuanto arrebataban las tropelías se revalidaba con el valimiento o las escaseces, y se concedía como pago de un voto dudoso o servicio voluntario: cuanto se había otorgado a uno era ya sinrazón el negarlo al sucesor o al igual, y todas las actas de posesión local o temporal se iban imperceptiblemente embebiendo en la constitución del reino germánico. Mediaba en todas las provincias entre el solio y la nobleza, la presencia visible del duque o del conde: los súbditos de la ley paraban en vasallos un caudillo particular, y el estandarte recibido del soberano solía tremolarse contra él. La superstición o la política de las dinastías carolingia y sajona halagaban y engrandecían la potestad temporal del clero, entregándose ciegamente a su comedimiento y lealtad; pues los obispados de Alemania igualaban en extensión y privilegios y se sobreponían en riquezas y población a los estados más grandiosos de la clase militar. Mientras los emperadores

retuvieron la prerrogativa de conceder en todas las vacantes aquellos nombramientos eclesiásticos o seculares, el agradecimiento o la ambición de sus amigos o privados los mancomunaba en su causa; mas en punto a investiduras quedaron defraudados de su influjo sobre los cabildos episcopales; restableciose la libertad de elección, y el soberano, con escarnio solemne, quedó reducido a sus *primeras plegarias*: la recomendación única en sus reinados de una sola prebenda en cada iglesia. Los gobernadores seculares, en vez de revocarlos según el albedrío de un superior, podían apearse privativamente por sentencia de sus pares. En los arranques de la monarquía se solicitaba como merced el nombramiento del hijo para el ducado o condado de su padre; luego se fue logrando por mera costumbre o vinculando como derecho; se solía extender la sucesión de la línea varonil a las ramas colaterales, o femeninas; los estados del Imperio (denominación popular y luego legal) se fueron dividiendo o enajenando por testamento o venta, y caducó todo concepto de encargo público con el de herencia privada y perpetua. No le cabía al emperador acaudalarse con las eventualidades de fallecimientos y confiscaciones; pues en el plazo de un año tenía que disponer del feudo vacante, y atenerse a la propuesta de la dieta general o provincial.

A la muerte de Federico II apareció la Alemania un aborto con cien cabezas. Una caterva de príncipes y prelados (1250 d. C.) se abalanzaron a los escombros del Imperio; los señores de innumerables castillos propendían menos a obedecer que a remedar a sus mandarines, y según el alcance de sus fuerzas venían sus correrías a apellidarse robos o conquistas. Era tan incesante anarquía resultado inevitable de las leyes y costumbres de Europa; y el idéntico huracán voló allá en trozos los reinos de Italia y de Francia. Pero las ciudades de Italia y los vasallos de

Francia yacían en lastimosa división y menoscabo; mientras la hermandad de los germanos produjo un gran sistema, llamado Imperio de república federativa. Con la institución frecuente y al fin perpetuo de la dieta, vivió descolladamente el denuedo nacional, y la potestad de una legislatura común se está todavía ejerciendo por los tres brazos o colegios de los electores, los príncipes y las ciudades libres o imperiales de Alemania. I. Cupo a los siete feudatarios más poderosos el cargar, tras denominación y jerarquía esclarecida, con el privilegio exclusivo de elegir el emperador romano, y fueron estos electores el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el margrave de Brandemburgo, el conde palatino del Rix, y los tres arzobispos de Metz, Tréveris y Colonia. II. El colegio de los príncipes y prelados se descartó de una muchedumbre revuelta: redujeron a cuatro votos representativos la abultada caterva de condes independientes, excluyendo a los caballeros, que asomaron allá en la campiña de la elección hasta sesenta mil montados como en la dieta de Polonia. III. El engreimiento de cuño y señoríos, y de espada y mitra, tuvo cuerdamente que prohijar al estado llano como tercer estamento en la legislatura, y progresando la sociedad vino por la misma época a ir alternando en los consejos nacionales de Francia, Inglaterra y Alemania. Señoreaba la liga Anseática el convenio y la navegación del norte; los confederados del Rin afianzaban la paz y el tráfico del interior: correspondía el influjo de las ciudades a sus riquezas y su política, y su negativa está todavía derogando las actas de entrambos colegios supremos de electores y de príncipes.[1285]

En el siglo XIV es donde podemos hacernos cargo a mejores luces del estado y contraposición del Imperio Romano de Alemania, que ya no poseía fuera de las villas del Rin y del Danubio ni una sola provincia de Trajano o Constantino

(1347-1378 d. C.). Sus menguados sucesores fueron los condes de Habsburgo, de Nasau, de Luxemburgo y de Shwarsemburgo; proporcionó el emperador Henrique VII la corona de Bohemia para su hijo, y su nieto Carlos nació en un pueblo extraño y bárbaro aun para el concepto de los mismos alemanes.[1286] Tras la excomunión de Luis de Baviera, le cupo el don o la promesa del Imperio vacante por los pontífices romanos, que desde su destierro y cautividad en Aviñón estaban aparentando el señorío del Orbe. Con la muerte de sus competidores se hermanó el colegio electoral, y saludó unánime a Carlos como rey de romanos y emperador venidero; dictado que se avillanó por el mismo tiempo en los Césares de Alemania y de Grecia. El emperador germano ya no era más que un magistrado electivo y baladí de una aristocracia de príncipes que no le dejaban una aldea que pudiera llamar suya. Su prerrogativa preeminente era el derecho de presidir y proponer en el Senado nacional que se juntaba a su llamamiento, y su reino nativo de Bohemia, menos acaudalado, que la ciudad inmediata de Nuremberg era el solar más fundamental de su poderío y el manantial más pingüe de sus rentas. De trescientos caballos se componía el ejército con que tramontó los Alpes (1555 d. C.), ciñeron a Carlos la corona de *hierro* que la tradición vinculaba en la monarquía lombarda, en la catedral de san Ambrosio; mas se le admitió tan sólo con una comitiva pacífica, cerrando las puertas de la ciudad tras él, y el rey de Italia permaneció cautivo de las armas de los Vicentis, en quienes revalidó la soberanía de Milán. Coronáronle luego en el Vaticano con la corona de oro del Imperio, pero cumpliendo con un convenio reservado, el emperador romano se retiró inmediatamente, sin descansar una sola noche en el recinto de Roma. El elocuente Petrarca,[1287] cuyo numen fantaseaba las glorias soñadas del Capitolio; está allá lamentando y zahiriendo

la huida afrentosa de Bohemio, y hasta sus contemporáneos pudieron enterarse de que el único ejercicio de su autoridad se cifraba en la venta gananciosa de títulos y privilegios. El oro de Italia afianzó el nombramiento de su hijo, mas tan extremado y vergonzoso era el desamparo del emperador romano, que un carnicero lo prendió en las calles de Horms, y quedó arrestado en un mesón por prenda o rehén del pago de sus gastos.

Orillemos tan bochornoso trance para presenciar la majestad relumbrante del mismo Carlos en la dieta del Imperio. La bula de oro que deslinda la constitución germánica, suena a soberano y legislador. Cien príncipes se doblegaban ante el solio y encumbraban su propio señorío tributando acatamientos voluntarios a su caudillo o ministro. En el banquete regio los primeros palaciegos, los siete electores que en jerarquía y dictado se igualaban con los reyes, desempeñaban solemnemente el servicio interior de palacio. Los arzobispos de Metz, Colonia y Tréveris, arquicancilleres perpetuos de Alemania, Italia y Arles, iban llevando en pompa los sellos de los tres reinos. El gran mariscal a caballo ejercía sus funciones con una medida de centeno, que volcaba con sus visos plateados por el suelo, y se apeaba luego para coordinar la colocación de los convidados. El mayordomo mayor, conde palatino del Rin, iba poniendo los platos sobre la mesa. El gran camarero, el margrave de Brandemburgo, servía la palangana y aguamanil de oro para lavarse. El rey de Bohemia, como su primo escanciano, estaba representado por el hermano del emperador, el duque de Luxemburgo y Brabante, y cerraba la procesión el montero mayor, que tenía un jabalí y un venado con un coro estruendoso de trompas y perros.[1288] No se limitaba la supremacía del emperador a la Alemania sola, pues los monarcas hereditarios de Europa reconocían su preeminencia su jerarquía y dignidad; era

el primero de los príncipes cristianos, la cabeza temporal de la gran república de Occidente;[1289] vinculábase en su persona el dictado de majestad y disputaba con el papa la prerrogativa excelsa de crear reyes y juntar concilios. El oráculo de las leyes civiles, el sabio Bartolo, estaba pensionado por Carlos IV; y retumbaba en su cátedra la doctrina de que el emperador romano era el soberano legítimo de la tierra, desde el Sol saliente hasta su ocaso. La opinión contraria estaba condenada no como error sino como herejía, puesto que hasta el mismo Evangelio había pronunciado: «Y salió un decreto de César Augusto para que el *mundo todo* quedase empadronado».[1290]

Si anonadamos el plazo que media entre Augusto y Carlos, resalta y descuella hasta lo sumo la contraposición entre ambos Césares; el Bohemo encubridor de su apocamiento con el boato fementido, y el romano disfrazador de su poderío socolor de comedimiento. Acaudillando sus legiones victoriosas y reinando por mar y tierra, desde el Nilo y el Éufrates hasta el Océano Atlántico, Augusto se estuvo siempre mostrando sirviente del Estado e igual a sus conciudadanos. Todo un vencedor de Roma y de sus provincias, acudió a la mera traza, como legal y popular, de censor, cónsul y tribuno. Su albedrío era ley por el género humano, mas siempre con el sobrescrito del Senado y pueblo romano, por cuyos decretos fue admitiendo y renovando el dueño absoluto, el encargo temporal de administrar más y más la república. En traje, servidumbre,[1291] dictados y trato civil, siguió Augusto con todos los visos de un particular, y sus aduladores más arteros acataron invariablemente el secreto de su monarquía despótica y perpetua.

ISLAM

Nota bibliográfica

La caracterización que hace Gibbon del islam se basa en criterios similares a los que emplea para explicar a los occidentales, pues lo relaciona con las características culturales y sociales de los árabes. Estas características le permiten explicar la rápida expansión del islamismo, su contacto con la Europa feudal y los variados vínculos entre la cultura cristiana y la musulmana.

Visión general del período: *G. Fowden*, Empire to Commonwealth: Consequence of Monotheism in Late Antiquity, *Princeton*, *NJ*, *1993. D. Obolensky*, The Bizantine Commonwealth, *Londres, 1971. R. Bartlett*, La formación de Europa. Conquista, colonización y cambio cultural, *950-1350, Valencia, 2003. P. Brown*, El mundo en la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma, *Madrid, 1989*.

El islam: *R. Blachère*, Le problème de Mahomet, *París, 1953. P. Burton*, The Sources of Islamic Law. Islamic Theories of Abrogation, *Edimburgo, 1990. C. Cahen*, El islam, *2 vols., México, Siglo XXI*, *1968. H. Lammens*,Études sur le siècle des Ommayades, *Beirut, 1930. D. Sourdel y J. Sourdel-Thomine*, La Civilisation de l'Islam Classique, *París, 1968.M. Watt*, Muhammad at Mecca, Muhammad at Medina, *París, 1960. M. Cruz Hernández*, Historia del pensamiento en el mundo islámico, *Madrid, Alianza, 1981. R. Mantran*, La expansión musulmana, *Barcelona, Labor - Nueva Clío, 1973. G. Peyronnet*,

L'Islam et la Civilisation Islamique, VIIe-XIIIe siècles, *París, 1992. J. Schacht*, An Introduction to Islamic Law, *Oxford, 1964*.

Bizancio y el islam: *A. Cameron (ed.)*, The Byzantine and Early Islamic Near East III, States, Resources, Armies, *Princeton, 1995. W. E. Kaegi*, Byzantium and the Early Islamic Conquests, *Cambridge, 1992. I. Shahid*, Byzantium and the Arabs in the Fifth Century, *Washignton, D.C., 1989. I. Shahid*, Byzantium and the Arabs in the Sixth Century, *Washignton, D.C., 1995. Sami Ali Ülgen*, Constantinople during the Era of Mohamed the Conqueror 1453-1481, *Ankara, 1939*.

Siria, Creta y el islam: *P. Canivet y J.-P. Rey-Coquais (eds.)*, La Syrie de Byzance à l'Islam, VII-VIII siècles, *Damasco*, *IFEAD*, *1992. A. Ducellier*, Le Miroir de l'Islam Musulmans et Chrétiens d'Orient au Moyen Age (VII-XI siècle), *París, 1971. A. Ducellier*, Chrétiens d'Orient et Islam au Moyen Age (VII-XI siècle), *París, 1996. D. J. Tucker*, In the House of the Law. Gender and Islam Law in Ottoman Syrian Palestine, *Berkeley, 1998*.

Europa y el islam: *H. Pirenne*, Mohammed and Carlemagne, *Londres, 1939. P. Senac*, L'Image de l'Autre: Histoire de l'Occident Médiévale face à l'Islam, *París, Flammarion, 1983. R. Hodges y D. Whithouse*, Mohammed, Charlemagne and the Origins of Europe, *Londres, 1983. F. Cardini*, Europa e Islam. Storia di un malinteso, *Bari, Laterza, 1995. P. Guichard*, De la expansión árabe a la reconquista: esplendor y fragilidad a Al-Andalus, *Granada, 2002*.

La Iglesia y las cruzadas: *H. Putman*, L'Eglise et l'Islam sous Timothée (780-823), *Beirut, Dar El- Machreq, 1975. G. Anawati*, Islam e Cristianesimo: Il Incontro tra Due Culture nell'Occidente Medievale, *Milán, 1994.J. Flori*, La Première Croisade L'Occident Chrétien contre l'Islam, *Bruselas, 2001. J.*

Flori, La guerra santa. La formación de la idea de cruzada en el Occidente cretense, *Madrid, 2003. J.-P. Charnay*, L'Islam et la Guerre. De la Guerre Juste à la Révolution Sainte, *París, 1986. J. Flori*, Guerra santa, yihad, cruzada. Violencia y religión en el cristianismo y el islam, *Universidad de Granada, Universitat de Valencia, 2004*.

L

DESCRIPCIÓN DE LA ARABIA Y SUS MORADORES - NACIMIENTO, ÍNDOLE Y DOCTRINA DE MAHOMETO - PRÉDICA EN LA MECA - HUYE A MEDINA - PROPAGA SU RELIGIÓN CON LA ESPADA - RENDIMIENTO VOLUNTARIO O FORZADO DE LOS ÁRABES - SU MUERTE Y SUCESORES - PRETENSIONES Y TRANCES DE ALÍ Y SUS DESCENDIENTES

Tras un alcance de más de seiscientos años en pos de los Césares traspuestos a Constantinopla y a Germania, tengo que apearme, en el reinado de Heraclio, a los confines orientales de la monarquía griega. Yacía exhausto el Estado con la guerra de Persia, y atropellada la Iglesia con la sectas nestoriana y monofisita, cuando Mahometo, blandiendo la espada con la diestra y el Alcorán con la izquierda, encumbró allá su solio sobre los escombros del cristianismo de Roma. El numen del Profeta árabe, las costumbres de su nación y su denuedo religioso encabezan las causas del menoscabo y vuelco del Imperio oriental; y nuestra vista se clava intensamente sobre una de las revoluciones más memorables que han acarreado nueva y duradera planta a las naciones del globo.[1292]

Allá por los ámbitos anchurosos entre la Persia, la Siria, el Egipto y la Etiopía, puede la península[1293] de Arabia conceptuarse como un triángulo irregular y grandioso. Desde la punta septentrional de Beles[1294] sobre el Éufrates, se termina la línea de quinientas leguas [1111 km], en los estrechos de Bahelmandel y el territorio del incienso. Vendrá a caber como la mitad de esta dimensión a su anchura de levante a poniente,

desde Basora a Suez, y desde el Golfo Pérsico hasta el Mar Rojo.[1295] Se van luego ensanchando los costados del triángulo, y la base meridional ostenta un frente de más de trescientas leguas [666,6 km] al océano Indio. El haz entero de la península sobrepuja cuatro veces al de Alemania y Francia; pero su mayor parte queda tachada debidamente con los baldones de *pedregosa* y *arenosa*. Hasta los páramos de Tartaria se ostentan engalanados por la naturaleza con empinados árboles o maleza lozana, y el viandante solitario logra ciertos asomos de recreo y sociedad con la presencia vividora de la vegetación. Mas por los arenales pavorosos de la Arabia tan sólo despuntan riscos agudos y aridísimos, y los flechazos directos e intensos de un sol de los trópicos está caldeando más y más, sin sombra ni resguardo, las llanadas del desierto. En vez de ambiente apacible y regalado, las ventiscas, con especialidad del sud oeste, van arremolinando un vapor nocivo y aun mortal; alzan luego alternativamente y desparraman cerros de arena comparables con las oleadas del océano, y el torbellino ha llegado a sepultar no sólo caravanas, sino ejércitos enteros. El recurso general del agua suele ser objeto de anhelos y de contiendas, y es tan suma la escasez, o carencia de la leña, que es forzoso acudir a varios arbitrios para contener o avivar el elemento del fuego. Carece también la Arabia de ríos navegables que tras fertilizar el suelo transportan sus productos a las próximas regiones; la tierra, sedienta, se empapa en los torrentes que se despeñan de las sierras; las plantas escasas y despojadas, como el tamarindo y la acacia, que calan sus raíces por las grietas de las breñas, se van alimentando con los rocíos de la noche; la menguada lluvia se va recogiendo en aljibes y acueductos: pozos y manantiales son los tesoros recónditos del desierto, y los peregrinos de la Meca,[1296] tras largas, áridas y angustiosas marchas, paladean desabridamente

un agua salobre y azufrada. Tal viene a ser generalmente el conjunto de la Arabia; pues un bosquecillo sombrío, una corriente fresca y una pradera lozana, son suficientes para arraigar una colonia de árabes, con el escarmiento de tantísimo desengaño que les realza sus escasos logros, en los venturosos apeaderos que proporcionan alimento y refrigerio a personas y ganados, y estimulan su industria para cultivar palmeras y viñedos. Allá las tierras altas y confinantes con el océano Indio sobresalen con la abundancia colmada de arroyos y arbolados: es el ambiente más templado, las frutas más deliciosas, los hombres y demás vivientes en mayor número; la fertilidad del suelo está convidando con galardón precioso a los afanes del colono, y los dones particulares del incienso[1297] y el café han ido atrayendo de siglo en siglo a los traficantes del orbe. En cotejo de lo restante de la península, aquella región arrinconada desempeña verdaderamente su dictado de *dichosa*, y la contraposición y la distancia han dado campo a cuantos galanos matices han podido fantasear a porfía las ficciones orientales. Para este paraíso terrenal había reservado la naturaleza sus rasgos peregrinos y sus preciosidades incomparables: gozaban sus moradores la bienaventuranza incompatible de una lujosa inocencia; brotaba el cielo, el oro y las perlas,[1298] y mar y tierra estaban exhalando sobrehumanos y aromáticos perfumes. Este deslinde tan corriente, de *arenoso, pedregoso*, y *feliz* entre los griegos y los latinos jamás llegó a noticia de los mismos árabes, y es harto de extrañar que un país cuyo idioma y moradores han sido siempre los mismos, conserve apenas un leve rastro de su geografía antigua. Los distritos marítimos de Bahrein y Omán están encarados con el reino de Persia. El reino de Yemen deslinda la situación de la Arabia dichosa; abarca el nombre de Neguel el espacio interior, y el nacimiento de Mahometo esclareció la

provincia de Hejaz por toda la costa del Mar Rojo.[1299]

Se suele justipreciar el grado de población por los medios de subsistencia, y los individuos de una provincia fértil e industriosa sobrepujarán a los moradores de península tan dilatada. Por las playas del Golfo Pérsico, del océano y aun del Mar Rojo, los ictiófagos,[1300] o come-peces, seguían vagando en busca de su aventurado mantenimiento. En aquel estado primitivo y rastrero, en nada acreedor al nombre de social, el irracional humano, ajeno de artes y leyes, casi mudo e insensato, se deslinda a duras penas de los demás vivientes. Allá va corriendo el raudal de las generaciones y los siglos calladamente, y el desvalido montaraz no alcanza a multiplicar su casta por las carencias y los afanes que atajaron su existencia a las angostas playas de sus mares. Pero allá en la antigüedad más honda, el grandioso cuerpo de los árabes se había encumbrado sobre aquel piélago de quebrantos; y por cuanto unos páramos desnudos no aprontaban mantenimiento para un pueblo todo cazador, asomaron repentinamente en la esfera más sosegada y abundosa de la vida pastoril. Las tribus vagarosas del desierto están siguiendo invariablemente el mismo rumbo, y retratando a los *beduinos* del día, rastrearemos el aspecto de sus antepasados,[1301] quienes en tiempo de Moisés y de Mahometo, vivían bajo tiendas muy parecidas, y pastoreaban sus caballos, camellos y ovejas por las mismas praderas y junto a los idénticos manantiales. El dominio de vivientes provechosos alivia nuestro afán y acrecienta nuestros haberes, y el ganadero árabe se había granjeado la posesión de un amigo leal y de un esclavo laborioso.[1302] Opinan los naturalistas que la patria legítima del caballo es la Arabia, y su clima el más apropiado, no para la corpulencia, pero sí para el denuedo y la velocidad de aquel animal generoso. Procede la excelencia de la casta berberisca,

española e inglesa, de su mezcla con la sangre árabe;[1303] están siempre los beduinos conservando, con escrupulosidad supersticiosa el linaje castizo; véndense los caballos a precio subido, mas por maravilla se desprenden de las hembras, y el nacimiento de una potranca fina se solemniza entre las tribus como asunto de regocijo y de mutuos parabienes. Críanse los potros por las tiendas entre los niños de los árabes, con cierta familiaridad cariñosa que los va habituando a la mansedumbre y la querencia. No se les enseña más que la andadura y el galope; jamás les embotan su sensibilidad nativa con los redobles del látigo o de la espuela; reservan su pujanza para los trances de la huida o del alcance, mas tocándoles muy levemente con la mano o el estribo, allá se disparan con el ímpetu del viento; y si el amigo viene al suelo con la rapidez violentísima de la carrera, se para de improviso hasta que ha recobrado su asiento. Don precioso y sagrado es el camello por los arenales del África o la Arabia. Aquel viviente, recio y sufrido para la carga, aguanta algunos días sin comer ni beber, y allá conserva un depósito de agua fresca en un bolsón o quinto estómago del animal, cuyo cuerpo se halla estampado con las marcas de la servidumbre: la casta más crecida lleva hasta el peso de cien libras [45,9 kg] y el dromedario, de hechura más ligera y traviesa, se aventajará en la carrera al alazán más corredor que se atreva a competirle. El hombre aprovecha casi todas las partes del camello, tanto vivo como muerto: es su leche abundante y regalada; la carne joven y fresca sabe a ternera;[1304] su orina deposita una sal apreciable; su boñiga sirve de leña, y con sus largas crines que se renuevan anualmente se labran toscamente ropas, muebles y tiendas los beduinos. En la estación lluviosa van consumiendo las yerbas escasas e insuficientes del desierto; en los ardores del estío y las estrecheces del invierno, acercan su campamento a las playas del

mar, los cerros del Yemen o la cercanía del Éufrates, y suelen a veces arrancar el permiso azaroso de asomarse a las orillas del Nilo y por las aldeas de la Siria y la Palestina. Vida peligrosa y angustiada es la de un árabe vagaroso, y por más que alguna vez con trueques y rapiñas se apropie los frutos de la industria, un particular de Europa está disfrutando con lujo más sólido y halagüeño que el emir más entonado, acaudillando por los campos diez mil jinetes.

Media una diferencia esencialísima entre las rancherías de la Escitia y las tribus árabes, puesto que muchas de éstas se avecindaban en pueblos y se dedicaban a los afanes del tráfico y la labranza. Dedicaban siempre parte del tiempo a la ganadería; alternaban en paz y en guerra con sus hermanos del desierto, y redundaba su trato para los beduinos en provecho para acudir a sus urgencias y desbastarse con artes y conocimientos. Entre las cuarenta y dos ciudades de Arabia[1305] que va reseñando Abulfeda, las más antiguas y populosas estaban situadas en el Yemen feliz: las torres de Saana[1306] y la alberca portentosa de Merab[1307] fueron obra de los reyes de los Homeritas; mas aquella brillantez profana quedó eclipsada con el resplandor profético de Medina[1308] y de la Meca,[1309] junto al Mar Rojo, y a distancia mutuamente de cerca de cien leguas [222,2 km]. Noticia tuvieron los griegos de la última bajo el nombre de Macorabba, y la terminación de la voz está expresando su grandiosidad, que sin embargo aun en su temporada más floreciente no igualaba ni en ámbito ni en población a Marsella. Algún motivo encubierto, y tal vez supersticioso, movería a los fundadores para escoger situación tan desengañada. Fueron levantando su caserío de adobes o peñas en una llanura de más de media legua de largo y la mitad en anchura: el solar es berroqueño, el agua, aun en el pozo sagrado de Zemzem, es

amarga y salobre; los pastos caen lejanos de la ciudad, y las uvas se traen a veinticinco leguas [55,55 km] de las huertas de Tayef: descollaban entre las tribus árabes la nombradía y el denuedo de los koreishitas reinantes en la Meca; mas el terreno ingrato se negaba a los afanes de la agricultura; al paso que su paraje estaba brindando a las empresas comerciales. Mantenían por el puerto marítimo de Jeda, distante tan sólo doce leguas [26,7 km], correspondencia muy obvia con la Abisinia, y aquel reino cristiano fue el primer refugio de los discípulos de Mahometo. Se trasladaban los tesoros de África, por la península de Gerrha o Katif, en la provincia de Bahrein, ciudad edificada, según se cuenta, con peñascos de Salina, por los caldeos desterrados,[1310] de donde con las perlas propias del Golfo Pérsico se iban transportando en almadías hasta la desembocadura del Éufrates. Está situada la Meca a la distancia igual del viaje de un mes entre el Yemen a la derecha, y de la Siria por la izquierda. Aquél era el invernadero y ésta la morada del estío para las caravanas; y su llegada oportuna libertaba a los bajeles de la India de su navegación afanada y angustiosa del Mar Rojo. Cargaban los camellos de los koreishitas en los mercados de Saana y Merab, y en las kabilas de Omán y Adén, con aromas preciosos; feriaban en Bostra y Damasco un surtido de trigo y manufacturas; el tráfico ganancioso derramaba abundancia y riqueza por las calles de la Meca, y su vecindario selecto hermanaba el amor a las armas con la profesión del comercio.[1311]

Naturales y extraños han estado descastando la independencia perpetua de los árabes, y las arterías de los disputadores convierten tan extraña particularidad en profecía y milagro a favor de la posteridad de Ismael;[1312] pero median excepciones terminantes que desairan e inutilizan tales raciocinios: abisinios, persas, sultanes de Egipto[1313] y turcos[1314]

han ido sucesivamente avasallando el reino de Yemen; algún tirano escita ha doblegado repetidamente las ciudades de la Meca y Medina, y la provincia romana de la Arabia[1315] abarcaba las idénticas malezas donde Ismael y sus hijos debieron alzar sus tiendas a la vista de sus hermanos. Mas son las excepciones locales e insubsistentes, pues la nación en globo ha sorteado el yugo de los monarcas más poderosos; nunca las armas de Sesotris, de Ciro, de Pompeyo o de Trajano alcanzaron a redondear la conquista de la Arabia, el soberano actual de los turcos[1316] podrá ejercer asomos de jurisdicción, mas todo su engreimiento tiene que allanarse a solicitar la amistad de un pueblo azaroso para provocado, e inasequible para embestido. Obvias aparecen las causas de su independencia con la índole y el país de los árabes. Ya muchos años antes de Mahometo[1317] había su denuedo escarmentado a los vecinos en guerras ofensivas y defensivas. El ejercicio sistemático de la vida pastoril habilita desde luego para la profesión activa y sufrida de la milicia. Rebaños y camellos quedan a cargo de las hembras de la tribu, pero la gallarda juventud, abanderada con el emir, anda siempre cabalgando y monteando para amaestrarse en el manejo del arco, del venablo y de la cimitarra. El recuerdo allá recóndito de su independencia es la prenda eficacísima de su perpetuidad, y la generación entrante se enardece más y más por comprobar y mantener su herencia. Suspéndense sus enconillos caseros al asomo del enemigo común, y en sus últimas hostilidades contra los turcos, la caravana de la Meca fue embestida y saqueada por ochenta mil confederados. En sus avances a la pelea están viendo al frente la victoria, y su salvamento, en un quebranto, a retaguardia. Sus caballos y camellos, que en diez días ejecutan una marcha de ciento cuarenta o ciento sesenta leguas [311-356 km], desaparecen de la vista del vencedor; la aguada encubierta

del desierto burla su alcance, y sus tropas triunfadoras fenecen de sed, hambre y cansancio, persiguiendo a un enemigo invisible que escarnece sus ahíncos, y allá se adormece a su salvo en el centro de una soledad abrasadora. Las armas y el desierto de los beduinos son, además de la salvaguardia de su independencia, el antemural de la Arabia Feliz; cuyos moradores lejanos de toda guerra, yacen quebrantados con la lozanía del suelo y la blandura del clima. Hundiéronse allá las legiones de Augusto enfermas y postradas,[1318] y tan sólo fuerzas navales han acertado a enseñorearse más o menos del Yemen. Era aquel reino, cuando Mahometo tremoló su sagrado estandarte, una provincia de la Persia,[1319] mas todavía estaban reinando por las serranías hasta siete príncipes de los Homeritas, y el lugarteniente de Cosroes cayó en la tentación de olvidar su patria lejana y su dueño desventurado. Los historiadores del tiempo de Justiniano retratan el estado de independencia de los árabes, quienes, por intereses o por afecto, estaban divididos en la contienda larguísima del Oriente: permitiose a la tribu de *Gasan* acampar en territorio sirio, como también a los príncipes de *Hira* el plantear una ciudad a doce leguas [26,7 km] al sur de las ruinas de Babilonia. Su desempeño en campaña era veloz y denodado, mas su amistad era venal, su fe voluble y su enemistad antojadiza: se hacía más obvio el enardecer que el desarmar a los bárbaros vagarosos, y en el roce familiar de la guerra les cupo el ver y menospreciar la endeblez esplendorosa de la Persia y de Roma. Desde la Meca hasta el Éufrates, las tribus árabes[1320] se equivocaban para los griegos y latinos bajo la denominación general de «sarracenos»,[1321] nombre que todo labio cristiano está avezado a pronunciar con pavor y aborrecimiento.

Mal se engríen con su independencia nacional los esclavos de la tiranía casera, mas un árabe es personalmente libre, y está

disfrutando hasta cierto punto los logros de la sociedad sin menoscabar las preeminencias de la naturaleza. En todas las tribus por superstición, agradecimiento o haberes, descuella alguna alcurnia sobre todos sus iguales. Vinculados están en ellas los cargos de jeque y emir, mas este orden hereditario es desahogado o volandero, y el prohombre, por edad o por prendas, de la parentela, es el escogido para el empleo sencillo pero trascendental de zanjar contiendas con su dictamen, o encabezar a los valientes con su ejemplo. Una hembra atinada y briosa llegó también a mandar los paisanos de Zenobia.[1322] La incorporación momentánea de varias tribus viene a componer una hueste: su hermandad permanente constituye nación; y el generalísimo, el emir de los emires, cuya bandera va tremolando a su frente, merece para el concepto de los extraños el timbre de dictado regio. Si los príncipes árabes se propasan en su poderío, pronto les cabe el escarmiento con la deserción de sus secuaces, avezados a jurisdicción mansa y paternal. No hay trabas para su denuedo, ni coto para sus pasos; patente se muestra el desierto y familias y tribus se aúnan por medio de un contrato mutuo y voluntario. Los naturales ya más blandos del Yemen sobrellevan el boato y la majestad de un monarca; mas si no le cabía el desemparedarse de su palacio sin arriesgar su vida,[1323] la pujanza del gobierno recaía desde luego en sus nobles y magistrados, pues las ciudades de Medina y de la Meca están mostrando en el corazón de Asia, la forma, o más bien la realidad, de una república. Asoman el abuelo y los ascendientes paternos de Mahometo en clase de príncipes de su país en los negocios internos y extraños; mas su reinado se cifraba, como el de Pericles en Atenas, en el concepto de su pundonor y sabiduría; desmembrose su influjo al par de su patrimonio, y se trasladó el cetro de los tíos del profeta a una rama menor de la

tribu de Koreish. En coyunturas grandiosas convocaban el consejo, y puesto que el hombre tiene que ser precisado o persuadido para obedecer, el ejercicio y la nombradía de la oratoria entre los antiguos árabes es un testimonio terminante de la libertad pública.[1324] Mas aquella libertad sencillísima era de muy diverso jaez que la máquina entretejida y enmarañada de las repúblicas de Roma y Grecia, donde cada individuo atesoraba una porción cabal de los derechos políticos y civiles del conjunto. En la suma llaneza de los árabes, la nación es libre por cuanto sus hijos todos se desentienden allá de rendimientos rastreros al albedrío de un dueño. Campean sus pechos con las prendas broncas del aguante, sobriedad y denuedo: aquel afán por su independencia les suministra la práctica expedita de mandarse a sí mismos y su pundonor los está siempre resguardando contra toda ruin zozobra de quebranto, peligro o muerte. La entereza y señorío de su ánimo asoma desde luego en su traza exterior, su habla es pausada, lacónica y circunspecta; por maravilla se prorrumpe en risa, y el ademán único es golpearse la barba, atributo respetable del varón; pues cada cual pagado de sí mismo se junta sin liviandad con sus iguales y se acerca sin acatamiento a los superiores.[1325] Sobrevivió la libertad entre sarracenos a sus conquistas; aveníanse los primeros califas a los arranques osados y familiares de los súbditos; subían al púlpito para persuadir y edificar la congregación, y hasta que el solio del Imperio se trasladó al Tigris, no adoptaron los abasíes el ceremonial engreído y pomposo de las cortes de Persia y de Bizancio.

Al ir desentrañando hombres y naciones, se van también palpando los móviles que las bien o malquistan entre sí, estrechan o explayan, suavizan o destemplan su índole social. Desviados los árabes de los demás hombres, se han ido

acostumbrando a equivocar el concepto de extranjero con el de enemigo, y el desamparo del país ha venido a arraigar una máxima de jurisprudencia que están todavía creyendo y practicando en el día. Andan pregonando que en el reparto de la tierra, cupieron los climas fértiles y aventajados a las demás ramas de la familia humana, y que la posteridad del fugitivo Ismael puede ir allá recobrando, por engaño o por violencia, el mayorazgo de que se le defraudó injustísimamente. Advierte con razón Plinio, que las tribus árabes son propensas al robo y al tráfico; multan o saquean cuantas caravanas atraviesan el desierto; y sus vecinos, desde el tiempo de Job o de Sesostris,[1326] han sido siempre los pacientes de tan desalada rapacidad. Si avista un beduino allá un viajero, cabalga desaforadamente contra él y le vocea: «Desnúdate al punto, pues tu tía (su mujer) está en cueros». Quien se avasalla logra algún alivio; la resistencia encona al salteador, y su propia sangre es el desquite de cuanta pueda derramar el asaltado en su defensa. Un solo bandolero, o bien una gavilla escasa, cargan siempre con su debido nombre, mas los asaltos de un enjambre se realzan con los visos de una guerra legítima y honrosa. La índole de un pueblo siempre en armas contra el linaje humano se inflamaba más y más con el desenfreno casero de robo, homicidio y venganza. En la planta actual de la Europa el derecho de paz y guerra está vinculado en poquísimos, y su ejercicio efectivo todavía a menos potentados de consideración, mas todo árabe puede a su salvo y con aceptación asestar su venablo al pecho de su paisano. Toda la nación nacional se cifraba en una semejanza volandera de habla y de costumbres, y la jurisdicción del magistrado enmudecía y se aletargaba por todas las tribus. Recuerda la tradición hasta mil setecientas refriegas[1327] de los tiempos de ignorancia anteriores a Mahometo, el encono de los

bandos civiles acibaraba las hostilidades, y la relación en prosa o verso de un rencor anticuado bastaba para foguear con iguales ímpetus a los descendientes de las tribus enconadas. En la vida casera, cada cual, o por lo menos cada familia, era árbitra y vengadora de su propia causa. El pundonor vidrioso que se atiene al insulto más bien que al agravio, emponzoña mortalmente las reyertas de los árabes; el honor de sus mujeres y de sus *barbas* es en extremo asustadizo; una gestión indecorosa, y una expresión de menosprecio, pueden tan sólo subsanarse con la sangre del ofensor; y es tan aferrada su ojeriza que están acechando meses y años la coyuntura para su venganza. Multas o compensaciones por homicidios son corrientes entre los bárbaros de todos tiempos, mas en Arabia la parentela del difunto es árbitra en admitir el equivalente, o de ejercer con sus propias manos la ley del desagravio. La depravada ruindad de los árabes desecha hasta la cabeza del homicida, sustituye un inocente al criminal y traslada el apenamiento al prohombre de la alcurnia agraviadora. Si éste fenece de su mano airada, están luego expuestos al peligro de las represalias; agólpanse intereses y principal de la deuda, toda de sangre; la familia lleva una vida avinagrada y recelosa, y suele a veces mediar la mitad de un siglo antes de quedar saldada la cuenta de la venganza.[1328] Este afán sanguinario ajeno de conmiseración y de indulto, ha ido sin embargo amainando con las máximas pundonorosas que requieren en las refriegas particulares cierta proporción decorosa en edad, pujanza, número y armas. Una festividad anual de dos meses, o tal vez de cuatro se solía celebrar entre los árabes antes del tiempo de Mahometo, durante la cual permanecía envainado todo acero para hostilidades caseras o extrañas, y aquella tregua parcial denota más bien el predominio de la anarquía que el de la guerra.[1329]

Amainó sin embargo aquel ímpetu salteador y vengativo con el roce halagüeño del comercio y la instrucción. Ciñen la península despoblada las naciones más utilizadas del mundo antiguo; y el traficante se bienquista desde luego por donde quiera, y así las caravanas iban trayendo anualmente a las ciudades y aun a los campamentos del desierto las primeras semillas de cultura y sabiduría. Prescindiendo de la alcurnia de los árabes, su idioma se entronca con el hebreo, el sirio y el caldeo; cada tribu se deslindaba con su dialecto peculiar e independiente,[1330] pero todos tras el propio y casero anteponían el castizo y despejado lenguaje de la Meca. Así en Arabia como en Grecia el primor del habla afeó el rezago de las costumbres, apellidando la miel con ochenta nombres, con doscientos la serpiente, el león con quinientos, y hasta con mil la espada y quedando tan descomunal diccionario encomendado a la memoria de un pueblo cerril. Caracteres anticuados y misteriosos estaban cuajando los monumentos de los homeritas, pero las letras cúficas, cimiento del alfabeto actual, se inventaron por las orillas del Éufrates, y un advenedizo las llevó recién inventadas a la Meca después del nacimiento de Mahoma. Ni gramática, ni versificación, ni oratoria tenían cabida en la persuasiva antojadiza de los árabes; mas eran de suyo agudos, arrebatados y conceptuosos[1331] salpicando con mil chistes su elocuencia proporcionada a los alcances del auditorio. Asomaba un poeta, y su tribu y las comarcanas vitoreaban a porfía su numen y sus aprensiones; se aparataba un gran banquete, y un coro de mujeres al compás de sus panderos, orientando el boato de un desposorio, entonaban ante sus hijos y maridos las venturas de su tribu nativa; que descollaba un campeón vengador de sus derechos y que estaba ya voceando el pregonero inmortalizador de su nombradía. Hasta las tribus lejanas y

enemigas acudían a una feria anual, abolida luego por el fanatismo de los musulmanes; junta nacional que no podía menos de influir para ir desembraveciendo y hermanando a los bárbaros. Empleábanse treinta días en aquel tráfico, no sólo de granos y vinos, sino también de elocuencia y poesía. Gallardas competencias de versistas echaban el resto en pos de su galardón, y el parto premiado se archivaba en la tesorería de los príncipes o emires; y en nuestro mismo idioma nos cabe ya leer las cuatro composiciones originales que estaban esculpidas en letras de oro, y colgadas en el templo de la Meca.[1332] Los poetas árabes eran los historiadores y moralistas de su tiempo, y si bien se avenían a las vulgaridades, infundían también y ensalzaban las prendas de sus compatricios. La estrechez íntima de todo denuedo con el desprendimiento, solía ser el tema predilecto de sus cantores, y al disparar sus flechazos satíricos allá contra alguna ruin ralea, extremaban lo sumo de sus baldones entonando que no hallaban los varones arbitrio para conceder, ni las hembras para negar.[1333] El agasajo hospedador que practicó Abraham y encareció Homero está ahora reinando en los aduares arábigos. El desaforado beduino, pavor de aquellos yermos, se abraza sin reparo ni pesquisa con el advenedizo que se entromete confiada y caballerosamente en su tienda. Se le trata con halagüeño decoro, parte su riqueza o su desamparo con el huésped, y tras el descanso competente se le despide con agradecimiento, con bendiciones y acaso con regalos. Pecho y mano se franquean más con un hermano o un amigo menesteroso, pero los rasgos heroicos acreedores a públicas alabanzas no pueden menos de sobrepujar a los apocados miramientos de la cordura y el desengaño. Sobrevino contienda con el vecindario de la Meca sobre quién era el más descollante en generosidad y benemérito de su galardón. Había Abdallah,

hijo de Abbas, emprendido un viaje larguísimo, y aún con el pie en el estribo, vino a oír la voz de un suplicante: «O hijo de un tío del apóstol de Dios, soy un viandante desamparado». Apéase instantáneamente, y brinda el peregrino con su camello, su lujosa gualdrapa y un bolsón de cuatro mil piezas de oro, reservándose únicamente la espada, ya por su valor crecido, ya por ser don de un deudo condecorado, el criado de Kais contestó a otro suplicante que su amo estaba durmiendo, pero añadió: «Aquí hay una bolsa con setecientas piezas de oro (que es cuanto tenemos en casa), pero ahí va un libramiento para que os entreguen un camello y un esclavo». Despierta el amo, celebra y liberta a su esclavo, reconviniéndole tan sólo levemente por haberle apocado su desprendimiento. El tercero de aquellos prohombres, el viejo Arabad, a la hora de la plegaria, se iba recostando sobre los hombros de dos esclavos. «¡Ay! —contesta–, vacíos están mis arcones, venderlos, y si tú no los quieres yo tampoco». Dice, y desviando entrambos mozos anda a tientas por la estancia con su bastón. La índole de Hatem es el dechado cabal del pundonor arábigo.[1334] Era valeroso y desprendido, poeta afluente y salteador certero; hasta cuarenta camellos se solían asar en sus espléndidos banquetes, y a los ruegos de un enemigo avasallado, devolvió cautivos y despojos. Su nación voluntariosa se desentendía de leyes justicieras, pero procedía a impulsos de sus compasivos arranques.

Cifraban los árabes, al par de los indios, su religión[1335] en el culto del sol, de la luna y las estrellas, género de superstición allá primitivo y si cabe vistoso, pues los luminares centellantes del Empíreo están visiblemente retratando al Supremo Hacedor; su número y distancia ofrecen a la vista, así del filósofo como del vulgo, el concepto grandioso de unos ámbitos inmensos; la estampa de la eternidad está descollando en aquellos globos

macizos, ajenísimos al parecer de todo quebranto y menoscabo; el arreglo de sus giros asoma como parte de un móvil racional o instintivo; y su influjo efectivo o soñado sigue fomentando la aprensión desvariada de que la tierra es un objeto de su esmerado cariño. Cultivose en Babilonia la ciencia de la astronomía, pero las aulas de los árabes eran un firmamento despejado y una llanura rasa. En sus marchas nocturnas los astros guiaban su rumbo, familiarizándose ahincada y devotamente los beduinos con sus nombres, giros y paradero fijo, y aprendiendo experimentalmente a dividir el Zodíaco de la luna en veintiocho porciones, y aclamando a las constelaciones que solían empapar al sediento desierto en lluvias saludables. Vinculaban el reinado de los globos celestes en las esferas visibles, y se requerían ciertas potestades metafísicas para acudir a la trasmigración de las almas y la resurrección de los cuerpos, y sepultaban un camello en la huesa para aprontarle sirviente en la otra vida, y el andar invocando a los espíritus arguye que les suponían dotados de alcances y poderío. Ni decifro ni halago la mitología de unos bárbaros, con su devaneo de divinidades locales, de luceros, aire, tierra, sexo y dictados, atributos y jerarquías. Tribu, familia o caudillo voluntarioso, fraguaba o se revolvía los ritos u objetos de su soñado culto; pero en todos tiempos la nación tributó acatamiento a la religión y aun al idioma de la Meca. La antigüedad acendrada de la Caaba se encumbra más allá de la era cristiana; el historiador griego Diodoro, al describir las costas del Mar Rojo[1336] apunta entre los tamuditas y sabeos un templo decantado, cuya santidad preeminente reverenciaban todos los árabes; el velo de seda o de lino que está renovando anualmente el emperador turco, era en lo antiguo ofrenda de un rey devoto de los homeritas, que reinaron siete siglos antes del tiempo de Mahoma.[1337] Podía

hartar una tienda o una cueva para el culto de unos montaraces, pero vino luego a edificarse en su lugar un templo de piedra y argamasa, y las artes y el poderío de los monarcas orientales se han ceñido a la planta sencilla de su dechado primitivo.[1338] Un pórtico anchuroso va cercando el cuadrángulo de la Caaba, una capilla cuasi cuadrada con veinticuatro codos de largo, veintitrés de ancho y veintisiete de alto, recibe la luz por la puerta y una lumbrera; la techumbre por tres pilares de madera; un grifo, en el día de oro, vierte el agua de lluvia y el aljibe Zemzem tiene para resguardo de toda basura su techado. Por violencia o por engaño, la Caaba estaba a cargo de la tribu de Koreish; el empleo sacerdotal había por cuatro generaciones parado vinculadamente en el abuelo de Mahoma, y la alcurnia de los hashemitas, de donde procedía, era la más respetable y como sagrada para toda la comarca.[1339] Gozaba el recinto de la Meca, derechos de santuario, y todos los años en el último mes se agolpaba un sinnúmero de peregrinos a tributar sus votos y ofrendas en la casa del Señor. La superstición de los idólatras tenía allá inventados y estaba ya practicando los ritos idénticos que observan en el día los mahometanos. Desceñíanse de sus ropas a distancia decorosa: iban apresuradamente rondando hasta siete veces la Caaba y besando la piedra negra: visitaban y adoraban otras tantas los riscos inmediatos; y otras siete veces arrojaban piedras al valle de Mina, terminándose la peregrinación, como ahora mismo, con un sacrificio de ovejas y camellos, y el entierro de sus cabellos y uñas en el territorio consagrado. Cada tribu hallaba o introducía en la Caaba su culto casero; aparecía el templo engrandecido o sea emponzoñado con trescientos sesenta ídolos de hombres, águilas, leones y antílopes; pero descollaba la estatua de Hebal de ágata encarnada, empuñando siete saetas, sin alas o plumas,

instrumentos o símbolos de adivinación profana. Mas era aquella estatua un monumento de las artes sirias, pues la devoción de tiempos más toscos se pagaba con un poste o una tablilla, y los peñascos del desierto se fueron labrando en dioses y altares al remedo de la piedra negra de la Meca,[1340] tiznada en extremo con la tacha de su origen idólatra. Descolló únicamente el uso de los sacrificios desde el Japón hasta el Perú, y el fervoroso manifestó siempre su agradecimiento o su zozobra destrozando o consumiendo sus dones más peregrinos. La vida de un hombre es la ofrenda más exquisita[1341] para ahuyentar una plaga, y sangre humana estuvo bañando las aras de Fenicia y de Egipto, de Roma y de Cartago. Conservaron los árabes por largo tiempo tan inhumano estilo, pues aun en el tercer siglo la tribu de los dumasionos[1342] seguía sacrificando anualmente un muchacho, y el príncipe de los sarracenos aliado y guerrero de Justiniano, degolló devotamente a un cautivo regio.[1343] Padre que arrastra a un hijo hasta las aras está mostrando un arranque violento y sublime de fanatismo: santos y héroes santificaban con su ejemplo el hecho o el intento, y hasta el padre de Mahoma estuvo sentenciado por un voto temerario, rescatándose a duras penas con el equivalente de cien camellos. Allá en su idiotez, el árabe, al par del judío y del egipcio, se abstenía de la carne de cerdo;[1344] circuncidaba a sus hijos a los asomos de la mocedad,[1345] y las mismas prácticas sin veda ni mandamiento se han ido calladamente traspasando a su posteridad y a sus allegados. De donde se ha inferido atinadamente que el artero legislador se avino a las vulgaridades empedernidas de sus compatricios. Más obvio aparece el conceptuar que se atuvo a las opiniones y costumbres de su niñez, sin pararse a deslindar que una disposición propia del clima de la Meca pudiera ser ajenísima de las orillas del Volga o

del Danubio.

Libre vivía la Arabia; estremecían huracanes de conquista y tiranía los reinos confinantes, y huían las sectas acosadas al solar venturoso donde cada cual podía profesar lo que estaba opinando, y practicar cuanto pensaba. La religión de los sabeos y de los magos, de los judíos y de los cristianos, cundían desde el Golfo Pérsico hasta el Mar Rojo. Allá en la antigüedad más remota, estaba el sabeismo derramado por el Asia con la ciencia de los caldeos[1346] y las armas de los asirios; y por las observaciones de dos mil años, los sacerdotes y astrónomos de Babilonia[1347] rastreaban las leyes sempiternas de la naturaleza y de la Providencia. Adoraban los siete dioses o ángeles que estaban guiando el giro de los siete planetas, y ejerciendo su incontrastable influjo sobre la tierra, figuraciones y ensalmos representaban allá los siete planetas, los doce signos del Zodíaco y las veinticuatro constelaciones del hemisferio austral y boreal; cada día de la semana estaba dedicado a su divinidad respectiva; los sabeos rezaban tres veces al día y el templo de la luna en Haran era el finiquito de su peregrinación.[1348] Pero el temple avenible de su fe estaba siempre aparejado para enseñar y para aprender, en cuanto a sus tradiciones de la nación, el diluvio y los patriarcas, se hermanaban en gran manera con los judíos sus cautivos; acudían a los libres reservados de Adan, Set y Enoch, y con cierto baño del Evangelio, aquellos politeístas, ya escasísimos, han parado en cristianos de san Juan por el territorio de Basora.[1349] Volcaron los magos las aras de Babilonia, pero la espada de Alejandro desagravió a los sabeos; gimió la Persia por más de cinco siglos bajo un yugo advenedizo, y los alumnos castizos de Zoroastro sortearon el contagio de la idolatría, y estuvieron respirando, al par de sus contrarios, el ambiente libre del desierto.[1350] Siete siglos

llevaban ya los judíos de residencia en Arabia al nacimiento de Mahoma, y mucho más crecida muchedumbre fue la desalojada de la tierra santa por las guerras de Tito y de Adriano. Los desterrados de suyo vividores, se amañaron tras la libertad y el poderío: levantaron sinagogas en las ciudades y fortalezas del yermo y los paganos convertidos se barajaron con los hijos de Israel, asemejándoseles en la señal externa de la circuncisión. Fueron todavía más eficaces y certeros en sus logros los misioneros cristianos, aclamaban los católicos a su reino universal, y las sectas que iban avasallando trasponían los linderos del Imperio Romano; los marcionitas y maniqueos derramaron sus opiniones soñadas y sus Evangelios apócrifos; las iglesias del Yemen y los príncipes de Hira y Gasan se empaparon en el credo más castizo de los obispos jacobitas y nestorianos. [1351] Las tribus usaron de su albedrío, pues cada cual era dueño de entresacar o fraguarse su religión casera, y sus tosquísimas vulgaridades se solían dar la mano con las sublimidades teológicas de los santos y de los filósofos. Los advenedizos planteaban a una entre los árabes un artículo de fe, como quicial incontrastable y era la existencia de un Dios supremo, encumbrado allá sobre las potestades del cielo y de la tierra, pero que suele desembozarse ante los hombres con el ministerio de sus ángeles y profetas, y como graciable o justiciero suele interrumpir con milagros oportunos el giro de la naturaleza. Los árabes más despejados reconocían su poderío, desentendiéndose de su culto,[1352] y más por hábito que por convencimiento seguían con ese apego a los restos de la idolatría. Judíos y cristianos eran hombres de *libro*, tradújose la biblia en lengua arábiga[1353] y aquellos enemigos implacables aceptaron acordes el tomo del Antiguo Testamento. Complacíanse los árabes en ir hallando a los padres de su nación en la historia de los patriarcas

hebreos. Vitoreaban el arranque y las promesas de Israel, reverenciaban la fe y las virtudes de Abraham, iban rastreando desde ellos mismos la ascendencia hasta la creación del primer hombre, y se empapaban con tan sediento afán en los portentos del texto sagrado como en los devaneos y tradiciones de los rabinos judíos.

La cuna ruin y vulgarísima de Mahoma es una calumnia torpe de los cristianos,[1354] ensalzando así en vez de apocar las prendas de su contrario. Su descendencia de Ismael era timbre o fábula nacional; mas si el arranque de su linaje[1355] es allá recóndito y dudoso, podía mostrar largas generaciones de nobleza castiza y remontada; salió de la tribu de Koreish y de la alcurnia de Hashem, la más esclarecida entre los árabes, como príncipes de la Meca y guardas hereditarios de la Caaba. Era el abuelo de Mahoma Abdul Motaleb, hijo de Hashem, ciudadano acaudalado y dadivoso, que socorría en apuros de hambre al vecindario con los arbitrios de su comercio; y la Meca abastecida con la galantería del padre, se salvó con el denuedo del hijo. Señoreaban los príncipes cristianos de Abisinia el reino de Yemen, y medió un desacato que movió al vasallo Abraham a desagraviar la cruz, acudiendo una formación grandiosa de elefantes, con su hueste de africanos a cercar la ciudad sagrada. Se trató de convenio, y el abuelo de Mahoma pidió por preliminar la devolución del ganado. «¿Cómo —exclamó Abraham–, no implorais antes mi clemencia a favor del templo que estoy amagando asolar?». «Porque —contestó el denodado caudillo–, el rebaño es mío y la Caaba corresponde a los dioses, *quienes* tomarán a su cargo el resguardar su casa de todo daño y sacrilegio». Desabastecidos, o mal parados por los koreishitas, tuvieron los abisinios que retirarse desairadamente, desmán realzado con una bandada milagrosa de aves que descargaron un

pedrisco sobre las cabezas de los infieles, celebrándose mucho después aquel salvamento con la era de los elefantes.[1356] Coronaron la nombradía de Abdul Motaleb venturas caseras, pues vivió ciento diez años, y vino a ser padre hasta de seis hijas y trece muchachos. Su predilecto Abdalah era el mozo más gallardo y ruboroso de toda la Arabia, y se cuenta que la noche de su desposorio con Amnisa de la casta principal de los zabritas doscientas muchachas fallecieron de celos y desesperación. Mahoma, o más propiamente Mohamed, hijo único de Abdalah y Amina, nació en la Meca, a los cuatro años de la muerte de Justiniano y a los dos meses de la derrota de los abisinios,[1357] cuya victoria hubiera planteado en la Caaba la religión cristiana. Huérfano desde la niñez, con la tutoría de sus muchos y poderosos tíos, quedó reducido su peculio a cinco camellos y una esclava etíope. En casa y fuera, en paz y en guerra, Abu Taleb, el prohombre de todos los tíos, fue su ayo en la mocedad; a los veinticinco años entró de sirviente con Cadijah, viuda noble y acaudalada de la Meca, que le premió la lealtad con el don de su diestra y sus haberes. Los capítulos matrimoniales con sencillez anticuada se explayan en el cariño entrañable de Mahoma y Cadijah, retratándole a él como el más descollante de la tribu de Koresch, y pactan una dote de doce onzas de oro [344,4 g] y veinte camellos que le apronta el tío por vía de agasajo.[1358] Con este enlace se reencumbró el hijo de Abdalah a la esfera de sus antepasados, y sus virtudes caseras tenían satisfecha a la matrona recatada, hasta que a los cuarenta años de edad,[1359] tremoló sus ínfulas de profeta y proclamó la religión del Alcorán.

Era Mahoma, por la tradición de sus compañeros, de peregrina gentileza,[1360] realce exterior que tan sólo suelen menospreciar cuantos no lo poseen; y así el orador antes de

prorrumpir, ya se había granjeado, tanto en particular como en público, el afecto de su auditorio. Estatura gallarda, aspecto majestuoso, vista penetrante, sonrisa halagüeña, barba ondeada, semblante donde se iban retratando todos sus arranques entrañables, y ademán que robustecía más y más la expresión de sus labios, todo en él era sumo embeleso. Escrupulizaba en el trato civil, hasta los ápices, la urbanidad ceremoniosa de su país: atentísimo con los más pudientes, cuanto afable y cariñoso con los ínfimos ciudadanos de la Meca, el desahogo de sus modales estaba allá encubriendo sus miras estudiadas, achacándose tan expresiva cortesanía o intimidad personal o genial agrado. Memorioso en extremo, agudo y placentero, encumbrado en sus conceptos y ejecutivamente atinado en sus dictámenes, tan denodado en sus pensamientos como en sus obras, aunque sus intentos se fueron más y más explayando con sus logros, el primer ímpetu con que se disparó, a fuer de mensajero divino, está retratando la originalidad y sobresalencia de su numen. Educado el hijo de Abdalah, en el regazo de su casta esclarecida, con el habla más castiza de la Arabia, sabía comedir y realzar el raudal de su afluencia con sus alternativas oportunas y discretas de silencio. En medio de tan aventajada persuasiva, era Mahoma un bárbaro sin letras: jamás asomó por su mocedad el ejercicio de leer y escribir,[1361] y si bien la idiotez general le eximía de todo rubor y cargo, quedaba reducido a los estrechos ámbitos de su existencia, careciendo de aquellos espejos fieles que reverberan a nuestro entendimiento el alma toda de los sabios y de los héroes. Explayábase no obstante su vista por el libro patente del hombre y de la naturaleza, y campea la fantasía en las observaciones políticas y filosóficas que se atribuyen al árabe *viandante*.[1362] Parangona las naciones y las creencias de la tierra; desentraña las flaquezas de las monarquías persa y romana; se

conduele y se aíra con la bastardía de su siglo, y dispone el hermanar bajo un Dios y un Rey la entereza incontrastable y el pundonor primitivo de los árabes.

Nuestras investigaciones más esmeradas vendrán a manifestar que en vez de visitar las cortes, los campamentos y templos del Oriente, los dos viajes de Mahoma a la Siria se vincularon a las ferias de Bosra y de Damasco; que era de trece años cuando acompañó la caravana de su tío, y tuvo por obligación que regresar apenas ferió las mercancías de Cadijah. En aquellas correrías arrebatadas y someras pudo su numen calar interioridades inaccesibles a sus tosquísimos compañeros; pudo sembrar ciertas semillas científicas en un suelo fecundo; mas ignorando el idioma sirio, no pudo menos de quedar atajada su curiosidad, y no alcanzó en la vida y escritos de Mahoma que su perspectiva tramontase los linderos del mundo arábigo. Acudían anualmente a impulsos de la devoción y del comercio peregrinos a la Meca de todos los ángulos de aquella región solitaria; en aquella muchedumbre arremolinada, un mero ciudadano en su idioma nativo podía enterarse del estado político y de la índole de las tribus, de la teoría y de la práctica de los judíos y los cristianos. Algún advenedizo de entidad tendría inclinación o urgencia de implorar derechos de extranjería, y los enemigos de Mahoma andan nombrando al monje ya judío, ya persa, ya sirio y achacándole su auxilio reservado para fraguar el Alcorán.[1363] Suele la conversación engalanar el entendimiento; pero la soledad es el pábulo del numen, y la uniformidad de una obra está declarando la mano de un solo artífice. Era Mahoma desde su temprana mocedad afectísimo a los arrobos contemplativos, pues todos los años, durante el Ramadán, se desprendía de las gentes y de los brazos de Cadijah, y en la cueva de Hera, a una legua [2,22 km] de la Meca,[1364] estaba más y más cavilando

engaños o arrebatos, cuya morada no se cifra en los cielos sino allá en el entusiasmo del profeta. Toda la fe que estuvo predicando a su familia y su nación va compendiada en una verdad eterna y una ficción imprescindible: *de que no hay más que un Dios y que Mahoma es el apóstol de Dios*.

Blasonan allá los judíos de que mientras las naciones sabias de la Antigüedad yacían embaucadas con las patrañas del politeísmo, sus antepasados sencillos de Palestina siguieron conservando el conocimiento y el culto del verdadero Dios. No cuadran ajustadamente los atributos de su Jehovah con la norma de una virtud *humana*: sus propiedades metafísicas quedan en extremo enmarañadas; pero rebosa su poderío por todas las páginas del Pentateuco y de los profetas: la unidad de su nombre aparece estampada en la primera tabla de la ley, y nunca su santuario se mancilló con el menor asomo visible de su esencia invisible. Volcado el templo, la fe de los hebreos desterrados se acrisoló, deslindó e iluminó con la devoción espiritualizada de la sinagoga, y la autoridad de Mahoma no comprueba su reconvención, incesante de que los judíos de la Meca y de Medina estaban adorando a Circo como hijo de Dios.[1365] Mas ya los hijos de Israel no componían un pueblo, y las religiones del orbe adolecían, a lo menos para el profeta, criminalmente de andar allá dando hijos, hijas y compañeros al Dios supremo. En la idolatría cerril de los árabes está el desbarro patente y desaforado, pues torpemente se descargan los sabeos con la preeminencia del primer planeta o inteligencia en su gradería celeste; y en el sistema de los magos la lid entre los dos principios contrapuestos está pregonando la imperfección del vencedor. Los cristianos del siglo VII habían venido a reincidir en un remedo del paganismo; sus anhelos públicos y privados se exhalaban tras las reliquias y efigies que estaban afeando los

templos del Oriente; un sinnúmero de mártires, santos y ángeles, objetos de la veneración popular, estaban allá nublando el solio del Todopoderoso, y los herejes Goliridios que florecieron en el suelo fecundo de la Arabia, realzaron a la Virgen María con el dictado y los obsequios de diosa.[1366] Los misterios de la Trinidad y la Encarnación *aparecen* contrapuestos a la unidad divina, pues en el sentido más obvio plantean tres divinidades iguales y endiosan al hombre Jesús internándolo en la sustancia de todo un hijo de Dios:[1367] tan sólo un comentario acendrado puede satisfacer al entendimiento exigente; la suma curiosidad y el afán descompasado rasgó el velo del santuario, y en la secta oriental andaba desaladamente confesando que todas las demás adolecían de idolatría y politeísmo. Queda el credo de Mahoma exento de toda desconfianza y ambigüedad, siendo el Alcorán un testimonio esclarecido de la unidad de Dios. Aventó el profeta de la Meca el culto de ídolos y de hombres, de astros y de planetas, aferrado a su principio racionalísimo de que cuanto sale se pone, que cuanto nace muere, y cuanto se menoscaba tiene que fenecer.[1368] Su atinado entusiasmo confesaba y engrandecía en el Hacedor del universo, un Ser infinito y sempiterno, sin forma ni lugar, sin alcurnia ni semejanza, presente en nuestros pensamientos más recónditos, existente por la necesidad de su propia naturaleza, y desentrañando de sí mismo todas las perfecciones morales e intelectuales. Estas verdades sublimes, pregonadas así con la entonación profética,[1369] resuenan aferradamente en boca de sus discípulos, y se deslindan metafísicamente por los intérpretes del Alcorán. Un creyente afilosofado pudiera atenerse al credo popular de los mahometanos,[1370] credo tal vez encumbrado en demasía para nuestros alcances actuales. A ver cuál es el atomillo que viene a

quedar para la fantasía y aun para el entendimiento, en cercenando de aquella entidad desconocida todo concepto de tiempo y de espacio, de movimiento y de materia, de sensación y de reflexión. Aclamó ahincadamente Mahoma el primer principio del discurso y la revelación: sus ahijados, desde la India hasta Marruecos, descuellan con el dictado de *unitarios*, y el escollo de la idolatría quedó zanjado con la prohibición de las efigies. Abrazan los mahometanos estrechamente la doctrina de los decretos sempiternos y la predestinación absoluta, y allá se engolfan en los laberintos corrientes de *cómo* hermanar la anteciencia de Dios con la libertad y la responsabilidad del hombre, y *cómo* explicar el consentimiento del daño bajo el reinado de la potestad infinita y de la bondad ilimitada.

Estampó el Dios de la naturaleza su existencia en todas sus obras y su ley en el pecho del hombre; y ostentaron siempre los profetas de todos los tiempos su afán entrañable o aparente de restablecer aquel conocimiento y la práctica de sus mandatos; y Mahoma estuvo aclamando garbosamente para sus antecesores el mismo concepto a que aspiraba por su parte, engarzando la serie de las inspiraciones desde la caída de nuestro primer padre hasta la promulgación del Alcorán.[1371] Descollaron ráfagas de lumbre profética en tan largo plazo, sobre cientoveinticuatro mil escogidos, deslindados con su respectiva cuota de virtud y de gracia; salieron hasta trescientos trece apóstoles con el encargo especialísimo de rescatar sus patrias de la idolatría y del devaneo; dictó el Espíritu Santo hasta ciento cuatro volúmenes, y seis legisladores de esclarecida trascendencia han ido anunciando a los hombres las seis revelaciones sucesivas de ritos varios, pero de una religión inalterable. La autoridad y el encumbramiento van pujando desde Adán, Noé, Abraham, Moisés y Cristo hasta Mahoma, mas quienquiera que odie y deseche a uno solo de los

profetas queda ya contado en el número de los infieles. Tan sólo en las copias apócrifas de los griegos y sirios asomaban los escritos de los patriarcas:[1372] poco acreedor se había hecho Adán con su desbarro al agradecimiento y respeto de sus hijos; los siete preceptos de Noé tan sólo merecían la observancia de una clase ínfima y mal vista de los alumnos de la sinagoga;[1373] y la memoria de Abraham se reverenciaba allá en confuso por los sabeos en su misma patria; del sinnúmero de los profetas ya tan sólo vivían y reinaban Moisés y Cristo, y los escritos restantes revelados se cifraban todos en los libros del antiguo y nuevo Testamento. La historia milagrosa de Moisés descuella consagrada y engalanada en el Alcorán,[1374] y los judíos cautivos están paladeando la venganza encubierta de verter su creencia sobre naciones cuyos símbolos están ridiculizando. Encárgase a los mahometanos reverente y misterioso acatamiento al fundador del cristianismo.[1375] «Verdaderamente, Cristo Jesús, hijo de María, es el apóstol de Dios, y su palabra que traspuso a María y al Espíritu Santo su procedente; condecorado en este mundo y en el venidero, y uno de los más cercanos a la presencia de Dios».[1376] Los portentos de los Evangelios[1377] legítimos y apócrifos lo encumbran a porfía, y la Iglesia latina no se ha desdeñado en desentrañar del Alcorán la concepción inmaculada[1378] de su virgen madre. Pero Jesús se quedó en meramente mortal, y el día del juicio su testimonio acudirá a condenar tanto a los judíos, que le desconocen por profeta como a los cristianos, que lo están adorando por hijo de Dios. El encono de sus enemigos tiznó su reputación y se conjuró contra su vida, mas tan sólo su intento fue el criminal, pues quedó sustituida una estantigua o bien un reo sobre la cruz, y el santo inocente fue arrebatado al séptimo cielo.[1379] Por espacio de seis siglos fue el Evangelio el camino de la verdad y de la salvación,

pero los cristianos fueron más y más olvidando las leyes y el ejemplo de su fundador, y Mahoma enterado por los gnósticos tildó la Iglesia y la sinagoga de falsear el texto cabal y sagrado. [1380] El fervor de Moisés y de Cristo se regalaba con la seguridad de un profeta venidero, más esclarecido que ellos mismos: la promesa evangélica del *Paráclito* o Espíritu Santo, quedó figurada de antemano con el nombre, y acabalado en la persona de Mahoma[1381] el mayor y el postrero de los apóstoles del Señor.

Requiere la comunicación de los conceptos hermandad en los pensamientos y en el habla: suenan los arranques de un filósofo en el oído atónito de un labriego, y no obstante ¡cuán menguada es la desproporción de sus entendimientos respecto a la de un ente infinito con otro limitado!, ¡con la palabra de Dios expresada por el habla o la pluma de un mortal! Cabía muy bien la inspiración de los profetas hebreos, de los apóstoles y evangelistas de Cristo, con el ejercicio de la racionalidad y la memoria, y el desnivel de sus ingenios se patentiza en el estilo y composición del Antiguo y Nuevo Testamentos. Mas contentose Mahoma con el papel más subalterno, pero más sublime de mero editor, pues la sustancia del Alcorán,[1382] según él mismo o sus discípulos, es increada y sempiterna, empapada en la esencia de la Divinidad, y estampado con una pluma de lumbre en la tabla de sus decretos incontrastables. El mismísimo arcángel Gabriel fue el portador de una copia en volumen de seda y pedrerías hasta el ínfimo cielo, el mismo Gabriel que en tiempo del régimen judaico, había sido el mensajero de las embajadas principales, y aquel fidelísimo encargado fue el revelador sucesivo de los capítulos y versos del profeta arábigo. En vez de cierto compás seguido y cabal en la voluntad divina, los fragmentos del Alcorán fueron saliendo a luz a discreción de

Mahoma; cada revelación sale apropiada a su trance político o personal, y queda allá orillada toda contradicción con el arbitrio comodísimo de que todo texto de la escritura viene a quedar derogado o desatendido con el paso postrimero. Esmeráronse en ir apuntando las palabras de Dios y del apóstol en hojas de palma y huesos de espinazo de los carneros, y las páginas revueltas estaban metidas en un cesto casero, al cargo de una de sus mujeres. A los dos años de la muerte de Mahoma, su amigo y sucesor Abubeker coordinó y dio a luz el volumen, y el año trece de la Hégira el califa Othman revisó la obra, cuyas varias ediciones comprueban la regalía milagrosa de su misterio constante e inalterable. A impulsos de su entusiasmo o de su vanagloria, afianza el profeta en la excelencia de su libro la verdad de su instituto, retando hombres y ángeles denodadamente para que remeden los primores de una sola página, afirmando además sin reparo que tan sólo Dios pudiera dictar parto tan incomparable.[1383] Asestado directamente va este argumento poderoso sobre un árabe devoto, cuyos arranques se encumbran con la fe y el embeleso, cuyo oído se enajena con la cadencia de los sonidos y cuya ignorancia no alcanza a parangonar los partos del ingenio humano.[1384] No cabe en una traducción mostrar a un infiel europeo la armonía y numerosidad del lenguaje: reposa allá arrebatadamente aquel ensarte inconexo e interminable de patrañas, mandamientos y declamaciones, sin que por maravilla asomen afectos ni pensamientos, revolcándose a veces por el cieno para luego trasponerse entre las nubes. Los atributos sobrehumanos enardecen la fantasía del misionero arábigo; pero sus disparos más encumbrados desmerecen respecto a la sencillez sublime del libro de Job, compuesto allá en siglos muy remotos, en el mismo país y en el idéntico idioma.[1385] Si la composición del

Alcorán sobrepuja a los alcances humanos ¿a qué inteligencia inapeable tendremos que atribuir la *Ilíada* de Homero o las *Filípicas* de Demóstenes? En todas las religiones la vida de su fundador suple por el silencio de su revelación escrita: cada dicho de Mahoma era una lección sobre alguna verdad, cada acción un ejemplar de virtud, y sus mujeres y compañeros atesoraban sus recuerdos públicos y privados. A los dos siglos, la Sona o ley viva quedó consagrada con los desvelos de Al Bochari, que estuvo deslindando hasta siete mil doscientas setenta y cinco tradiciones castizas, de una mole de trescientas mil hablillas de calidad más dudosa o bastarda. Aquel autor devotísimo estaba diariamente rezando en el templo de la Meca, lavándose y relavándose con el agua del Zemzem: iba depositando sucesivamente sus páginas en el púlpito y en el sepulcro del apóstol, y luego el conjunto mereció la aprobación de las cuatro sectas acendradas de los sonitas.[1386]

Esplendorosos portentos acudieron a revalidar el contexto de los profetas antiguos Moisés y Jesús; y allá los vecindarios de Medina y de la Meca estuvieron más y más estrechando a Mahoma para que diese a luz iguales testimonios de la divinidad de su embajada; para que apease del ciclo el ángel o el volumen de su revelación, que plantase un vergel en medio del desierto, o abrasase de un soplo a la ciudad incrédula: pero viéndose apremiado con las instancias de los koreishitas, se encapota en las lobregueces de visiones y profecías, se empoza en la comprobación interna de su doctrina, se escuda con la providencia de Dios y se desentiende adustamente de señales y maravillas que desquilatan el merecimiento de la fe y agravan el desenfreno de la infidelidad. Sin embargo, el destemple entre airado y encogido de sus descargos está brotando apuro y enfado, y estos pasillos mal mirados corroboran sin contraste el

contexto cabal del Alcorán.[1387] Los enamorados de su Mahoma están más pagados que él mismo de sus dones milagrosos y su confiada credulidad se robustece al paso que se van alejando del tiempo y sitio de sus hazañas espirituales. Creen y vocean que los árboles le salían al encuentro, que las piedras le saludaban, que brotaba agua por los dedos, que alimentaba al hambriento, curaba al doliente y resucitaba al difunto; que le gimió una viga, que se le lamentó un camello, que una espalda de carnero le avisó que estaba envenenado, que vivientes y exánimes todos al par yacían avasallados por el apóstol de Dios.[1388] Describen el sueño de un viaje nocturno como suceso efectivo e innegable. Un irracional misterioso, el Borae, lo trasladó desde el templo de la Meca al de Jerusalén: fue subiendo con su compañero Gabriel sucesivamente a los siete cielos y recibiendo y contestando al saludo de patriarcas, profetas y ángeles en sus paraderos respectivos. Pasado el séptimo cielo tan sólo cupo a Mahoma el encumbrarse más; atravesó el velo de la unidad, se acercó a dos tiros de ballesta del solio, y al tocarle Dios el hombro con su diestra percibió un frío intensísimo en lo íntimo de su corazón. Tras aquel coloquio familiar, pero importantísimo, se apeó de nuevo en Jerusalén, cabalgó su Borae, volvió a la Meca, y redondeó en un rato, el décimo de una noche, el viaje de largos miles de años.[1389] Según otra leyenda, atajó en un consejo nacional el reto malvado de los koreishitas. Su palabra incontrastable sajó por medio el orbe de la luna; los planetas rendidos se desencajaron de sus ámbitos para girar siete veces en torno de la Caaba, saludaron a Mahoma en idioma arábigo, y encogiéndose repentinamente se le metieron por el collete y le salieron por la manga de la camisa.[1390] Empapose el vulgo con tamaños consejos, pero los doctores musulmanes más circunspectos remedan la compostura de su

maestro y se explayan allá por los ensanches de su fe y de sus interpretaciones.[1391] Pudieran alegar muy garbosamente que no había para qué derrumbar la armonía de la naturaleza para andar predicando su religión; que una creencia despejada de todo misterio puede prescindir de milagros, y que no era de menos alcance la espada de Mahoma que la varilla de Moisés.

El sinnúmero de supersticiones abruman y descarnan al politeísta; entretejiéronse millares de ritos de alcurnia egipcia con la esencia de la ley Mosaica, y el temple del Evangelio se desvaneció con el boato de la Iglesia. Preocupación, ardid o patriotismo, inclinaron al profeta de la Meca para santificar los ritos de la Arabia y seguir visitando la piedra santa de la Caaba; pero los mandamientos del mismo Mahoma encargan otra devoción más sencilla y menos irracional, siendo la plegaria, el ayuno y la limosna las obligaciones del musulmán, esperanzado de que la plegaria lo pone a mitad del camino con Dios, el ayuno al umbral de su alcázar y las limosnas le franquean la entrada.[1392] I. Por la tradición de viaje nocturno el apóstol en su coloquio estrecho con la Divinidad quedó encargado de imponer a sus discípulos la obligación diaria de hasta cincuenta plegarias. Advirtiole Moisés que agenciase algún alivio a tantísima mole, y así el número fue menguando hasta reducirse a cinco, sin asomo de dispensa por quehaceres, recreos, por tiempo ni lugar; el rezo se repite al amanecer, al medio día, a la siesta, al anochecer y a prima noche, y en medio de tantísimo menoscabo en el fervor religioso nuestros viajeros quedan edificados con el esmero y rendimiento entrañable de los turcos y los persas. El aseo es la llave del rezo; aquel redoblado lavatorio de manos, rostro y cuerpo que practicaban allá en lo antiguo los árabes, suena y resuena solemnísimamente en el Alcorán, y se concede con suma formalidad el permiso de acudir a la arena

escaseando el agua. Las palabras y ademanes de súplica según se ejecute en el asiento, en pie o postradamente por el suelo están ya rubricadas por la costumbre y la autoridad, pero el rezo tiene que prorrumpirse con arranques breves y fervorosos; sus cumplidas letanías no apuran los ámbitos de la devoción, y cada musulmán para sí mismo queda revestido con el carácter de sacerdote. Para los creyentes desechadores de todo asomo de imagen, fuerza ha sido el frenar los extravíos de la fantasía, encaminando la vista y el pensamiento hacia *kebla* o punto visible en el horizonte. Impulsos tuvo a los principios el profeta de halagar a los judíos escogiendo a Jerusalén, pero recayó luego en su parcialidad naturalísima, y los ojos de las naciones desde Astracán, Fez y Delhis, están cinco veces al día devotamente alistados al templo sacrosanto de la Meca. Pero es de suyo todo solar para el servicio de Dios, y así el musulmán reza indistintamente en su estancia o en la calle. Para diferenciarse de judíos y de cristianos, está señalado el viernes para el instituto provechoso del culto público: júntase el pueblo en la mezquita y el Islam, algún anciano respetable sube al púlpito para entablar la plegaria y echar el sermón. Carece la religión mahometana de sacerdocio y de sacrificios, y el temple voluntario del fanatismo está mirando allá con sumo menosprecio a los ministros y esclavos de la superstición. II. La penitencia arbitraria de los místicos[1393] y el martirio y la gloria de sus vidas se hacían odiosísimos a un profeta que tildaba con sus compañeros el voto temerario de abstenerse de carne, de mujeres y de sueño, y pregonó desde luego que no toleraría monjes en su religión.[1394] Pero instituyó para cada año un ayuno de treinta días, encargando enérgicamente su observancia, como disciplina purificadora del alma y domadora del cuerpo y como ejercicio saludable de obediencia a la voluntad de Dios y de su apóstol.

En la temporada del Ramadán, desde la salida hasta la puesta del sol se abstiene el musulmán de comida, bebida, mujeres, baño y perfumes, de todo alimento que pueda fortalecerle y de todo deleite sensual. En el giro del año lunar, el Ramadán viene a caer, ya en lo crudo del invierno, ya en los ardores del estío, y el sufrido mártir sin aliviar la sed con un sorbo de agua, tiene que estar aguardando la terminación de un día angustioso y abrasador. La prohibición del vino, propia de cierta clase de sacerdotes y ermitaños, quedó tan sólo por Mahoma convertida en ley general y terminante;[1395] y con su mandamiento una porción cuantiosa del globo ha orillado el uso de aquel licor saludable, aunque azaroso. Estas cortapisas trabajosas suelen quebrantarse por el desmandado; o burlarse por el hipócrita, pero el legislador que las plantea no incurre en la tacha de halagar a sus secuaces con la condescendencia de apetitos desenfrenados. III. La caridad de los mahometanos trasciende hasta con los ínfimos irracionales, y el Alcorán encarga repetidamente no ya como un merecimiento, sino por obligación estrechísima e imprescindible el amparo del menesteroso y desventurado. Quizás es Mahoma el único legislador que impuso su arancel a la caridad: aquella cuota puede ir variando con el grado y la salida de los haberes según consista en dinero, en granos, en ganadería, en frutos o mercancías, mas no cumple el musulmán con la ley si no reparte el *diezmo* de sus rentas y la conciencia le remuerde por sus engaños o tropelías: el décimo bajo el concepto de restitución llega con sus creces hasta el *quinto*.[1396] El cariño es el quicial de la justicia por cuanto se nos veda el agraviar a los que debemos asistir. Puede un profeta revelar allá arcanos del cielo y del porvenir; pero en sus mandamientos morales tiene que repetir únicamente las lecciones de nuestros propios pechos. Premios y

castigos son los fiadores de los dos artículos de creencia, las cuatro obligaciones prácticas del Islam y la fe del musulmán está entrañablemente cifrada en el acontecimiento del juicio final. No se propasó el profeta en prefijar el trance de aquella grandiosísima catástrofe, aunque rasguen enmarañadamente las señales que en cielo y tierra han de anteceder al exterminio universal, cuando cese la vida y el arreglo de la creación se desplome en el caos primitivo. A la primera clarinada mundos nuevos han de salir a luz, ángeles, espíritus y hombres se encumbrarán desde el sepulcro y el alma humana se enlazará de nuevo con su cuerpo. Los egipcios encabezaron la doctrina de la resurrección[1397] y embalsamaron momias, y construyeron pirámides para conservar la morada antigua del alma por espacio de tres mil años. Escaso e inservible empeño; y Mahoma con otro arranque más filosófico confía en el Creador Todopoderoso cuya voz alcanza a reanimar el barro yerto, y a reponer los atomillos innumerables destruidos de su forma y sustancia.[1398] No cabe deslindar el estado intermedio del alma, y los más aferrados en la creencia de su naturaleza inmaterial, se quedan a ciegas para catar cómo ha de estar obrando y careciendo de los órganos y potencias corporales.

Al reenlace del alma con el cuerpo ha de sobrevenir el juicio final del linaje humano, y el profeta en su trasunto del cuadro de los magos, está puntualizando las formalidades forenses y aun las operaciones pausadas y sucesivas de un tribunal terrestre. Aféanle sus contrarios intolerantes el que los abarque también a ellos en esperanzar a todos con la salvación, pues da por sentada la herejía más pavorosa; a saber, que cuantos creen en Dios y cumplen con sus mandamientos, deben contar en el postrer día con una sentencia favorable. El destemple de un fanático no se aviene con racionalidad tan sosegada, ni se hace probable que un

mensajero del empíreo desquilate y dé por excusada su propia revelación. Por el contexto del Alcorán,[1399] la creencia en Dios es inseparable de la de Mahoma: las buenas obras son aquellas que él encarga, y ambos requisitos son imprescindibles en la profesión del Islam, con el cual se brinda igualmente a toda nación y a toda secta. Su ceguedad mental, aunque disculpada con la ignorancia y cohonestada con la virtud, será atenaceada en martirio sempiterno; y las lágrimas que Mahoma estuvo derramando sobre el sepulcro de su madre, por la cual le estaba vedado el orar, está encareciendo una contraposición traspasante de humanidad y de entusiasmo.[1400] La condena de los infieles los iguala a todos, la tasa de su delito y castigo se justiprecia por el grado de certidumbre que han menospreciado, y por el bulto de los desaciertos que han estado abrigando: el paradero sempiterno de cristianos, judíos, sabeos, magos e idólatras yace más o menos empozado allá en el abismo, reservando el más ínfimo para los fementidos hipócritas que han enarbolado el disfraz de la religión. Condenado ya la mayor parte del linaje humano, no cabe a los verdaderos creyentes más juicio que el de sus acciones. Lo bueno y lo malo de cada musulmán se ha de ir pesando esmeradísimamente en balanza material o alegórica, otorgando un equivalente muy extraño por desagravio, pues el agresor tendrá que revertir el importe de sus gestiones justificadas a beneficio del agraviado, y careciendo de algún haber moral, se le recargará el total de sus pecados con la porción competente de los de su ofendido. Según preponderen las virtudes o los delitos, se pronunciará la sentencia, y todos por igual tienen que tramontar el encumbrado y peligrosísimo puente sobre el abismo; pero los inocentes pisando las idénticas huellas de Mahoma, irán esclarecidamente entrando por los portales del Paraíso; al paso que los culpados se irán empozando

en el primero y menos horroroso de los siete infiernos. Variará el plazo de su purgatorio desde novecientos hasta siete mil años; pero el profeta tiene atinadamente ofrecido a *todos* sus discípulos, abulten cuanto quieran sus pecados, que vendrán a salvarse de la condenación sempiterna por su intercesión y la fe propia de cada uno. Es corriente en toda superstición el traer despavoridos a sus secuaces, puesto que es más obvio a la fantasía el retratar al vivo desdichas que felicidades para la vida venidera. Con los dos elementos sencillísimos del fuego y de la lobreguez, fraguamos acá una sensación angustiosa que se puede ir más y más agravando hasta un grado infinito con el concepto de su duración interminable. Pero aquel mismo concepto obra contrapuestamente en cuanto al deleite incesante, paladeando en gran manera nuestros logros actuales con el alivio o el parangón de los quebrantos. Se hace naturalísimo el que un profeta arábigo se embelese y se empape en un paraíso de alamedas, manantiales y arroyuelos, pero en vez de labrar en sus bienaventurados un temple amantísimo de melodías, ciencias, coloquios e intimidades, se explaya desvariadamente con perlas y diamantes, tintes, alcázares de mármol, vajillas de oro, vinos exquisitos, manjares primorosos y comitiva de gran servidumbre, aparatándolo sensual y lujosamente todo cuanto se marchita y desustancia, aun en el breve plazo de nuestra vida mortal. Setenta y dos *huris*, o muchachas oji-negras, de beldad peregrina, lozanísima mocedad, virginal pureza y sensibilidad extremada, se han de brindar al apetito del ínfimo creyente; un instantillo deleitoso se ha de dilatar hasta millares de años, y se han de centuplicar sus sentidos y potencias para habilitarlo en el goce de tan suma bienaventuranza. A pesar de una vulgaridad general, los portones del cielo se han de abrir de par en par a entrambos sexos; pero no especifica Mahoma los galanes de sus

escogidas, por no encelar a sus consortes anteriores, o acibarar sus dichas con la zozobra de un enlace sempiterno. Aquel cuadro de un paraíso carnal ha movido a ira, y tal vez a envidia la turba de los enclaustrados; alborotan contra la religión impura de Mahoma, y sus apologistas encogidos tienen que acudir a la disculpa baladí de figuraciones y alegorías. Pero todo sujeto racional y consiguiente se atiene sin empacho al concepto literal del Alcorán: inservible fuera la resurrección del cuerpo, si no se reintegrara en el disfrute y ejercicio cabal de sus facultades preeminentes, requiriéndose el consorcio de los goces sensuales e intelectuales para redondear la dicha del viviente doble, del hombre perfecto. Pero los regalos del paraíso mahometano de ningún modo se han de vincular en el ensanche de halagos y apetitos, y el profeta manifiesta expresamente que toda felicidad adocenada ha de yacer en el olvido y el menosprecio para los santos y los mártires favorecidos con la bienaventuranza de presenciar de hito en hito la Majestad divina.[1401]

Las conquistas primeras y más trabajosas de Mahoma[1402] fueron las de su mujer, su criado, su alumno y su amigo;[1403] pues allá se ostentó en ademán de profeta (609 d. C.), a los mismos que estaban palpando sus achaques de hombre. Creía sin embargo Cadijah las palabras y se empapaba en la nombradía de su consorte; halagaba el embeleso de su libertad al rendido y afectuoso Zeid, el esclarecido Ali, hijo de Abu Taleb se entrañó en los arranques del primo con el denuedo de un héroe lozano; y las riquezas, el comedimiento y el pundonor de Abubeker, revalidaban la religión del profeta a quien luego debía suceder. Diez de los ciudadanos más visibles de la Meca fueron acudiendo a su impulso a las lecciones reservadas del Islam; se doblegaron a los ecos de la persuasiva y del entusiasmo; repitieron el símbolo fundamental: «No hay más que un Dios y

Mahoma es el apóstol de Dios», y aquella fe, quedó ya galardonada en esta vida con timbres, riquezas, mandos de ejércitos y gobiernos de reinos. Costó tres años la conversión recóndita de catorce secuaces, fruto primero de su carrera, pero al cuarto año tremoló las ínfulas de profeta, y ansioso de traspasar a su familia el resplandor de la verdad divina, aparató un banquete, con un cordero, dicen, y una jofaina de leche para regalar a cuarenta convidados del linaje de Hashem. «Amigos y deudos —prorrumpe Mahoma encarándose con los concurrentes–, os brindo, y tan sólo yo os puedo brindar, con los dones más preciosos, los tesoros de este mundo y del venidero. Me manda Dios que os convoque para su servicio. ¿Quién de vosotros ha de conllevar esta carga mía? ¿Quién de vosotros querrá ser mi compañero y mi visir?».[1404] Enmudecen todos, hasta que el denuedo de Alí, mancebo de catorce años, orillando asombros, dudas y menosprecios, rompe el silencio y dice: «Oh profeta, aquí estoy yo; a quien quiera que se alce contra ti, le estrellaré los dientes, le arrancaré los ojos, lo perniquebraré y sajaré las entrañas; oh profeta, yo seré tu visir sobre todos ellos». Acepta Mahoma arrebatadamente el brindis, y exhortan encarecidamente a Abu Taleb para que acate la preeminencia de su hijo. Formalízase el padre de Alí para aconsejar a su sobrino que deseche sus intentos impracticables. «Alto a las reconvenciones —replica el denodado fanático a su tío y bienhechor–, pues pusiéranme el Sol a la derecha y la Luna a la izquierda que no me torcieran de mi rumbo». Persevera diez años en el ejercicio de su empeño, y la misma religión inundadora del Oriente y del ocaso, adelanta pausada y trabajosamente en el recinto de la Meca. Ya sin embargo Mahoma, presenciando ufanamente los ensanches de su estrechilla congregación de unitarios, que lo reverencian a fuer

de profeta, y a quienes dispensa oportunamente el parto espiritual de su Alcorán. Cabe computar el número de sus alumnos por la ausencia de ochenta y tres hombres y dieciocho mujeres que se retiraron a Etiopía en el año séptimo de su carrera, fortalecida con la conversión oportunísima de su tío Hamza, y del bravío e irreducible Omar, que descolló en los auges del Islam con el mismo afán que había manifestado para su exterminio. No se vinculó la caridad de Mahoma en la tribu de Koreish a los ámbitos de la Meca, pues en las grandes festividades, en los días de peregrinación, solía frecuentar la Caaba, ladearse con los advenedizos de todas las tribus, esforzando en coloquios privados y conferencias públicas la creencia y el culto de una sola Divinidad. Hecho cargo de su acierto y de su flaqueza, abogaba por la libertad de conciencia, y arrinconaba toda violencia religiosa,[1405] pero estaba clamando con los árabes por ejemplar arrepentimiento, instándoles encarecidamente a que recordasen los idólatras de Ad y de Tamud, a quienes la justicia divina había aventado de la faz de la tierra.[1406]

Se había encallecido el vecindario de la Meca en su incredulidad con la superstición y la envidia. Los prohombres del vecindario y los tíos del profeta aparentaban menospreciar el engreimiento, de un huerfanillo, el reformador de su patria (613-622 d. C.). Las plegarias fervorosas de Mahoma en la Caaba llevaban por estribillo los clamores de Abu-Talep. «Ciudadanos y peregrinos, nada, no hay que oír a ese embaucador, no hay que escuchar sus novedades malvadas. Aferrose en el culto de Al Lata y de Al Uzzah». Mas el anciano caudillo se prendaba más de día en día del hijo de Abdalah y escudaba la nombradía y la persona del sobrino contra los embates de los koreishitas, ya de antemano encelados con las

preeminencias de la alcurnia de Hashem. Cohonestaban su encono con el pretexto de religión; el magistrado árabe, en tiempo de Job, castigaba el delito de impiedad[1407] y Mahoma se hacía reo de abandonar y negar las divinidades nacionales; mas era tan suma la flojedad en el régimen de la Meca, que los koreishitas, en vez de indicar a un culpado, tuvieron que acudir a la persuasiva o a la violencia. Se apersonaron repetidamente con Abu Taleb en el desentono de la reconvención y del amago. «Tu sobrino anda tildando a la religión, tacha a nuestros antepasados de idiotas y delirantes; que enmudezca antes que alborote y encizañe la ciudad. Si se aferra echaremos mano a nuestras espadas contra él y sus allegados, y tú serás responsable de la sangre de tus conciudadanos». La trascendencia y el comedimiento de Abu Taleb frenaron el ímpetu de los bandos religiosos; los discípulos más desvalidos o apocados se retiraron a Etiopía, y el profeta se encastilló por fortalezas en poblado o en el desierto. Viviendo a expensas de su familia, tuvo toda la tribu de Koreish que atajar toda comunicación con los hijos de Hashem, que prescindir de toda compra y venta y de todo enlace matrimonial, acosándolos implacablemente, hasta que entregaran la persona de Mahoma a la justicia de los dioses. Colgose el decreto en la Caaba a la vista de la nación; siguieron mensajeros koreishitas persiguiendo a los desterrados musulmanes por el corazón del África: sitiaron al profeta con sus secuaces más fieles, les atajaron el agua y enconaron más y más su enemistad con el vaivén de tropelías y desacatos. Medió tregua y se aparentó concordia, hasta que el fallecimiento de Abu Taleb dejó a Mahoma en total desamparo, acibarado todavía con la pérdida de su fiel y generosa Cadijah. Entró Abu Sofian, caudillo de la rama de Omiah por sucesor en el mando de la república de la Meca; y a impulsos de su ceguedad con los

ídolos y de su odio mortal a la casta de Hashem, formó una junta de koreishitas y sus allegados para sentenciar al apóstol. Su encarcelamiento podía disparar desesperadamente su entusiasmo y con el destierro de un fanático popular y elocuente pudiera ir cundiendo la plaga por las provincias de Arabia. Acordose su muerte, y se convino en que una espada de cada tribu le traspasaría el corazón para generalizar el atentado de su ejecución y burlar el desagravio de los hashemitas. Un ángel o un espía patentizó la conspiración, y no quedó ya más arbitrio a Mahoma que el de la fuga (662 d. C.).[1408] Allá a deshora con su íntimo Abubeker huye calladamente de su casa: asaltan los asesinos la puerta, pero se equivocan con el bulto de Alí que yacía en el lecho con la vestidura verde del apóstol. Respetan los koreishitas la religiosidad del mozo heroico, mas quedan todavía algunos versos de Alí que están retratando al vivo su congoja, su ternura y su confianza mística. Mahoma y su compañero permanecieron tres días ocultos en la cueva de Bhor, a una legua [2,22 km] de la Meca, pero todas las noches les llegan reservadamente avisos y sustentos del hijo y de la hija de Abubeker. Pesquisan más y más los koreishitas todo rincón por las cercanías y se asoman a la boca de la cueva, pero el engaño predispuesto de una telaraña y un nido de palomas, se supone que les persuadió como el paraje estaba solitario e intacto: «somos tan sólo dos» dice todo trémulo Abubeker. «Hay un tercero —contestó el profeta–, y es el mismo Dios». Desaparecen los perseguidores, salen los fugitivos del peñasco y cabalgan sus camellos, alcánzanles los emisarios de los koreishitas en el camino de Medina, pero se libertan de sus manos con ruegos y promesas. En aquel trance grandioso el lanzazo de un árabe hacía variar la historia del orbe. Fundó la huida del profeta de la Meca a Medina la era memorable de la

Hégira[1409] que tras doce siglos, deslinda todavía los años lunares de las naciones mahometanas.[1410]

Feneciera la religión del Alcorán en su cuna, a no abrazar Medina la fe y acatar a los sagrados arrojadizos de la Meca. Medina, o la *ciudad*, conocida bajo el nombre de Yatreb, antes de quedar santificada con el solio del profeta, estaba dividida entre las tribus de los carejitas y los ausitas, cuyo encono hereditario se reencendía al menor encuentro: dos colonias de judíos, que blasonaban de su linaje sacerdotal, eran sus rendidos aliados; y sin convertir a los árabes fueron introduciendo algún apego a las ciencias y a la religión que ensalza Medina como la ciudad del libro. Algunos de sus prohombres, peregrinando a la Caaba, quedaron convertidos con las pláticas de Mahoma; derramaron la creencia en Dios y en su profeta, y se revalidó la nueva alianza con los diputados en dos avistamientos en un cerro de los arrabales de la Meca. Por el pronto diez carejitas y dos ausitas se hermanaron en fe y cariño, protestaron en nombre de sus consortes, hijos y deudos ausentes, que profesarían por siempre la creencia y cumplirían los mandamientos del Alcorán. La segunda vista fue una asociación, y la chispa primera y encendedora del Imperio sarraceno.[1411] Formalizaron setenta y tres varones y dos mujeres una conferencia con Mahoma, sus parientes y sus discípulos, y se juramentaron mutuamente para el desempeño de su fidelidad. Prometieron en nombre de la ciudad, que si lo castigaban lo recibirían a fuer de confederado, le obedecerían como caudillo, y lo resguardarían con todo extremo, como a sus propias mujeres y niños. «¿Pero si os llama la patria —le preguntan con halagüeña zozobra–, no desampararéis a vuestros aliados nuevos?». «Todo es ya común —contestó sonriéndose Mahoma–, entre nosotros, vuestra sangre es la mía, y mío es también vuestro exterminio. Ya

quedamos enlazados con los vínculos del pundonor y del interés. Soy vuestro amigo y contrario de vuestros enemigos.» «Mas si fenecemos en la demanda —prorrumpen los diputados de Medina–, ¿cuál ha de ser nuestro galardón?». «El Paraíso —exclamó el profeta—. Alarga esa mano». La alarga y vuelven a juramentarse en prenda de su mutua fidelidad. Abraza el vecindario unánime el Islam, y ratifica el tratado; regocíjase con el destierro el apóstol; pero tiembla por su seguridad y así están esperando ansiosamente su regreso. Marcha veloz y arriesgadamente por la costa, se para en Koba a una legua escasa de la ciudad y hace su entrada pública en Medina a los diez días de su fuga de la Meca. Hasta quinientos ciudadanos le salen al encuentro; todos le vitorean con lealtad y cariño; cabalga Mahoma una camella, se resguarda del sol con una sombrilla, y despliegan allá un turbante que haga veces de pendón a su delantera. Sus discípulos más valientes, aventados antes por la tormenta, lo van escudando; y se apellidaron los merecimientos diversos de los musulmanes con los nombres de *mohajerios* y *ansares* en igual jerarquía, esto es, los huidos de la Meca y los auxiliares de Medina. Para desarraigar toda semilla de celos, hermanó atinadamente Mahoma a sus secuaces principales con los derechos y obligaciones de hermanos, y al hallarse Alí sin pareja, le manifestó entrañablemente el Profeta que él sería el compañero y hermano del esclarecido mancebo. Prosperó el arranque; la hermandad sagrada logró acatamientos en paz y en guerra, y se esmeraron a porfía entrambos partidos en competir con su denuedo y su lealtad. Tan sólo por una reyerta casual sobrevino un leve disturbio en la concordia; pues un patricio de Medina tildó la insolencia de los advenedizos, mas al apunte de su expulsión, se encresparon todos, y su propio hijo se brindó a poner bajo las plantas del apóstol la cabeza del padre.

Avecindado Mahoma en Medina tremola ínfulas de soberanía regia y sacerdotal; y era la impiedad el apelar de un juez cuyos fallos eran parto de la sabiduría divina. Feria o se granjea un terrenillo, pegujar de dos huerfanitos,[1412] y en aquel solar selecto, levanta una vivienda y una mezquita más venerables con su tosca sencillez que los alcázares y templos de los califas asirios. Estampa en su sello de oro o de plata el dictado de apóstol; al rezar o predicar en la junta semanal se recuesta contra un tronco de palmera, y tarda mucho en avenirse al uso de cátedra o púlpito de madera mal labrada.[1413] Tras un reinado de seis años, ya se juramentan mil quinientos musulmanes armados y en campaña rindiéndole parias de lealtad, y repite el caudillo sus seguridades solemnes de amparo hasta el ínfimo individuo, y exterminio final de su partido. El diputado de la Meca se muestra atónito en el mismo campamento al ver el ahínco de los fieles, con las palabras y miradas del profeta, el afán con que acudían a recoger su saliva, un cabello que se le cayese al suelo, el agua de desecho de sus lavatorios, como si hasta cierto grado viniesen a participar de su virtud profética. «He visto —dijo–, el Cosroes de Persia y el César de Roma; mas nunca llegué a mirar a un rey en medio de sus vasallos como a Mahoma entre sus compañeros»: el fervor devoto del entusiasmo obra con más pujanza y trascendencia que la servidumbre entonada y yerta de las cortes.

Allá en el estado de naturaleza compete a todo individuo el resguardo armado de su persona y haberes; le cabe el rechazar y aun precaver las tropelías del enemigo, y aun el extremar sus hostilidades hasta cierto punto de desquite y desagravio. En la sociedad anchurosa de los árabes, era muy desahogado el coto de un súbdito y ciudadano, y Mahoma en el desempeño de un encargo apacible y cariñoso había padecido saqueo y destierro

por la sinrazón de sus conciudadanos. La elección de un pueblo voluntarioso había encumbrado al fugitivo de la Meca a la jerarquía de soberano, y así estaba revestido con la prerrogativa fundada de entablar alianzas, y entrar en guerra ofensiva y defensiva. La escasez de los derechos humanos quedaba reenchida con la plenitud de su potestad divina; el profeta de Medina en sus nuevas revelaciones prorrumpe en arranques más entonados y sanguinarios, por donde se comprueba que su comedimiento anterior, procedía de flaqueza:[1414] se había echado mano de la persuasiva; pero ya se hacía intempestiva la templanza; y se le estaba mandando que propagase su religión al filo de la espada, volcando todo monumento de idolatría, desentendiéndose de la santidad de días y meses perseguir a todo trance a las naciones incrédulas del orbe entero. Los idénticos y sangrientos mandatos suenan y resuenan en el Alcorán al par que en el Pentateuco y en el Evangelio. Pero el temple suave del lenguaje evangélico da ensanches al texto ambiguo de que Jesús no trajo paz a la tierra sino espada, sus virtudes sufridas y humildes no se han de equivocar con el afán intolerante de los príncipes y obispos, que han venido a deshonrar el nombre de sus discípulos. Mas fundadamente pudo Mahoma acudir, en el desempeño de su guerra religiosa, al ejemplo de Moisés, de los Lucas y de los reyes de Israel, y las leyes militares de los hebreos adolecen todavía de más tirantez que las del legislador arábigo.[1415] El Señor de los ejércitos los encabezaba personalmente: toda ciudad que contrarrestaba a su intimación presenciaba el degüello de todos sus varones sin excepción: las siete naciones de Canaan yacieron en su exterminio, sin que arrepentimiento ni conversión las libertase del fallo inevitable, de que ni un extremo quedase salvo en su recinto. Los enemigos de Mahoma optaban a su albedrío en toda amistad, rendimiento o batalla. En

profesando la creencia del Islam alternaban en todas las ventajas temporales y espirituales de sus alumnos primitivos, y allá tremolaban el pendón idéntico para dilatar más y más la religión que habían una vez admitido. La clemencia del profeta se cifraba toda en su interés, y por maravilla llegó a hollar al rendido; prometiendo al parecer, que en cuanto al pago de los tributos, los menos culpados de sus pueblos incrédulos eran árbitros de seguir con su culto, o bien con su fe descabalada. Sigue en los primeros meses de su reinado siempre atenido a las máximas de una guerra sagrada, y enarbola su bandera blanca ante las puertas de Medina; pelea el apóstol batallador en nueve sitios o refriegas[1416] y redondea cincuenta empresas guerreras en diez años por sí mismo o por sus lugartenientes. Sigue más y más como árabe, hermanando las profesiones de tratante y de salteador, y en sus correrías de ataque o defensa de una caravana, va imperceptiblemente habilitando sus tropas a la conquista de la Arabia. Una ley divina pauta el reparto de los despojos;[1417] pues se hacina todo en masa común; se reserva el quinto de oro, plata, prisioneros, ganados, muebles y sitios por el profeta, para usos piadosos o caritativos, lo restante se distribuye proporcionalmente entre la soldadesca victoriosa y la guarnición del campamento; el galardón de los difuntos recae todo en sus viudas y huérfanos, fomentando más y más la caballería, duplicando la cuota por el caballo y el jinete. Religión y robo van cebando a diestra y a siniestra la Arabia entera; santifica el apóstol el ensanche de gozar a las cautivas a fuer de esposas o de concubinas, y el disfrute de riquezas y hermosura era un escasillo remedo de las glorias del Paraíso aparatados para los mártires de la fe. «La espada —dice Mahoma–, es la llave del cielo y del infierno; una gota de sangre derramada por la causa de Dios, una trasnochada sobre las armas, es de mayor monte

que dos meses de ayunos y rezos; en muriendo en batalla, se queda absuelto de todo pecado, y aquellos heridos en el día del juicio han de centellear como el bermellón y trascender como el almizcle, supliendo alas de arcángeles y querubines la carencia de miembros». Caldea más y más el entusiasmo las almas denonadas de los árabes: su fantasía les retrata al vivo aquel mundo invisible, y hasta la muerte, que siempre menospreciaron, es ya el ansiado blanco de sus esperanzas. Entona el Alcorán redondamente los dogmas del fatalismo y la predestinación, que darían al través con la industria y el pundonor, si la creencia del hombre de suyo especulativa pautase sus gestiones; pero en todos tiempos su influjo extremó el denuedo de turcos y sarracenos. Se abalanzaron los primeros, compañeros de Mahoma a la refriega con garbosa confianza, pues no cabe peligro sin contingencia, pues yacían sentenciados a muerte en sus lechos o bien gallardeaban en salva como invulnerables entre las descargas enemigas.[1418]

Quizás los koreishitas se complacieran con la huida de Mahoma, a no ser tan provocador, vengativo y atajador del comercio de Siria al ir y volver por el territorio de Medina. Conducía el mismo Abu Sofian, con solos treinta o cuarenta secuaces, una caravana riquísima de mil camellos: la dicha y la maestría de su rumbo sortea el acecho de Mahoma, sabe sin embargo que los salteadores santos le están esperando emboscados a su regreso, envía un aviso a los interesados en la Meca, quienes se aprontan con la zozobra del malogro de sus mercancías y abastos, no acudiendo militar y ejecutivamente con las fuerzas de la ciudad. El tercio sagrado de Mahoma se compone de trescientos y trece musulmanes, siendo los setenta y siete fugitivos y los demás auxiliares: iban alternativamente cabalgando setenta camellos (eran los del Yatreb formidables

para la guerra) mas es tan extremado el desamparo de sus primeros discípulos, que tan sólo dos pueden presentarse en caballos.[1419] En el valle pingüe y decantado de Beder,[1420] a tres jornadas de Medina, tiene aviso por sus espías de que se acerca la caravana por cierto rumbo, y por otra parte los koreishitas con cien caballos y ochocientos cincuenta infantes. Tras breve deliberación, sacrifica la perspectiva de tanta opulencia al ímpetu de tanta nombradía y de la venganza, se atrinchera escasamente para el resguardo de su tropa y de una corriente fresca que baña toda la vega. «¡Oh Dios! —exclama, al descolgarse los koreishitas de los cerros—. ¡Oh Dios!, si estos míos fenecen, ¿quien te ha de adorar sobre la tierra?… Ea, hijos, denuedo, estrechad las distancias, asestad las flechas y vuestro es el día». A estas palabras (623 d. C.) se encumbra con Ahubeker en un tabladillo o púlpito.[1421] Se implora encarecidamente el auxilio de Gabriel y de tres mil arcángeles. Clava la vista en el campo de batalla, desmayan atropellados los musulmanes, y en aquel trance el profeta se arroja del tabladillo, monta en su caballo y aventa un puñado de arena. «¡Así sus rostros queden cubiertos de baldón!». Su voz atruena a entrambas huestes y su fantasía está viendo a los guerreros angélicos;[1422] tiemblan y huyen los koreishitas, fenecen setenta de los más valientes, y setenta cautivos realzan la primera victoria de los fieles. Desnudos y ultrajados quedan los cadáveres enemigos y dos de los más culpados padecen muerte, y cuatro mil dragmas de plata por el rescate de los otros, vino a compensar el salvamento de la caravana. Mas en vano anduvieron los camellos de Abu Sofian allá tanteando nuevos rumbos por el desierto y sobre el Éufrates, los alcanzó la diligencia de los musulmanes, y subido sería su importe, puesto que ascendió a veinte mil dragmas el quinto del apóstol. Airado Abu Sofian con el quebranto público y personal,

allega un cuerpo de tres mil hombres, los setecientos coraceros y doscientos jinetes en caballos: siguen tres mil camellos su marcha, y su esposa Henda con quince matronas de la Meca, andan tamborileando a porfía sus timbales para alentar a la tropa, y solemnizar las grandezas de Hobal, la divinidad más popular de la Caaba. Novecientos cincuenta creyentes son los tremoladores del estandarte de Dios, y de Mahoma; no era más pavorosa la desproporción de fuerzas que en los campos de Beder, y sus ínfulas victoriosas arrollan los arbitrios divinos y humanos del apóstol. Trábase la segunda refriega sobre el monte Ohud, a dos leguas [4,44 km] al norte de Medina;[1423] forman los koreishitas una media luna en el avance, y acaudilla Caled el ala derecha de la caballería, en ademán de prohombre entre los guerreros árabes. Coloca Mahoma militarmente su tropa sobre la pendiente de un cerro, resguardando su espalda, con cincuenta flecheros. Embiste disparadamente y arrolla el centro de los idólatras; mas pierden allá en el avance la ventaja del terreno; desamparan los flecheros su sitio; cébanse los musulmanes en el despojo, desobedecen a su general y desbaratan su formación. Murió Mahoma, clama descompasadamente el denodado Caled, revoloteando por costados y retaguardia con su caballería. Mal hiriole con efecto un venablo en el rostro, estremécenle dos dientes de una pedrada; pero en medio de la revuelta y del quebranto, afea a los infieles el asesinato de un profeta, y bendice la mano amiga que le estanca la sangre y lo pone a salvo. Setenta mártires fenecen por los pecados de todos; cayeron, dice el apóstol, orando, y abrazando cada hermano a su compañero exánime;[1424] las hembras inhumanas de la Meca destrozaron sus cadáveres, y la mujer de Abu Sofian masticó las entrañas del tío de Mahoma. Allá se empaparon en su saña supersticiosa, mas los musulmanes

se rehicieron en campo raso, y los koreishitas escasearon de fuerzas o de aliento para formalizar el sitio de Medina. El año siguiente le atacó una hueste de diez mil enemigos; y esta expedición tercera se nombra diversamente, por las *naciones* que se alistaron con Abu Sofian, por el foso que se abrió por delante de la ciudad y de un campamento de tres mil musulmanes. Mahoma sorteó ciertamente toda refriega general: descolló allí en una lid particular, y continuó la guerra por veinte días hasta el desvío final de los confederados. Sobrevino un temporal de viento, lluvia y granizo que les desbarató las tiendas: las asechanzas de su contrario anduvieron fomentando cizaña entre ellos, y los koreishitas desamparados por sus compañeros, desesperanzaron de volcar el solio y atajar las conquistas de su desterrado incontrastable.[1425]

La elección de Jerusalén para la primera kebla del rezo está manifestando la propensión temprana de Mahoma a los judíos, y venturosísimos fueran en sus intereses temporales, si reconocieran en el profeta arábigo la esperanza de Israel y el prometido Mesías (625-627 d. C.). Su pertinacia trocó aquella inclinación en odio implacable, con el cual estuvo acosando al pueblo desdichado hasta el postrer punto de su vida; y, bajo entrambos conceptos de apóstol y de conquistador, extendió también su persecución a entrambos mundos.[1426] Habitaba el Kainoka en Medina, al resguardo de la ciudad; avaloró la conyuntura de un alboroto casual y les intimó que abrazasen su religión, o saliesen a trabar batalla con él. «¡Ay de nosotros! —contestan trémulos los judíos–, que somos legos en el uso de las armas, pero nos aferramos en la fe y el culto de nuestros padres: ¿a qué fin reducirnos a la precisión de una defensa justísima?». Terminose en quince días la contienda desproporcionada, y condescendió al fin Mahoma con las encarecidas instancias de

sus aliados para no quitar la vida a los cautivos. Pero quedaron confiscados sus haberes, sus armas fueron más eficaces en manos de los musulmanes, y allá fueron arrojando una colonia desventurada con mujeres y niños para que implorase acogida por el confín de la Siria. Más criminales fueron los nadhiritas, puesto que en un avistamiento amistoso conspiraron contra la vida del profeta. Sitió su castillo a una legua [2,22 km] de Medina; pero el tesón de su defensa alcanzó una capitulación decorosa, y la guarnición al eco de sus clarines y al compás de sus tambores, salió con los honores de la guerra. Incitadores los judíos y compañeros de los koreishitas, apenas se retiraron las naciones del *foso* tuvieron sobre sí a Mahoma, marchando sin desarmarse en el mismo día para exterminar la prole enemiga de Koraidha. Resistieron veinticinco días y se entregaron a discreción. Confiaban en la intercesión de sus aliados en Medina, mas no podían ignorar cuán arrollador es el fanatismo de todo impulso de humanidad. Un anciano venerable, a cuyo juicio apelaron, pronunció la sentencia de muerte: setecientos indios aherrojados estuvieron vivos en el mercado de la ciudad, y así mismo fueron sepultados en un socavón; y el apóstol estuvo inflexiblemente mirando aquella matanza de sus contrarios desvalidos. Heredaron los musulmanes sus ovejas y camellos, pero trescientas corazas con mil quinientas lanzas y picas fueron la parte más provechosa de aquel despojo. A seis jornadas al nordeste de Medina, estaba la antigua y rica ciudad de Chaibar, solar de la potestad judía en Arabia; cuajaban su pingüe territorio en medio del desierto plantíos y ganados, al resguardo de ocho castillos, conceptuados algunos de inexpugnables. Consistían las fuerzas de Mahoma en doscientos caballos y mil cuatrocientos infantes; empeñándose en ocho sitios consecutivos estaban expuestos a contingencias,

penalidades y escaseces, y hasta los caudillos más intrépidos daban por desahuciado el intento. Enardece el apóstol su fe y su denuedo con el ejemplar de Alí, a quien apellidó el León de Dios: tal vez nos avendremos a creer que un campeón hebreo y agigantado quedó hendido por su cimitarra incontrastable; mas no cabe allanarse al invento de un desquiciador de portones de fortalezas, y embrazándolos a manera de escudos en su izquierda.[1427] Avasallados los castillos, lo quedó igualmente la ciudad de Chaibar. Martirizaron al adalid de su tribu para exprimirle la manifestación de sus tesoros ocultos, presenciándolo Mahoma: medió mansedumbre aparente con los ganaderos y labradores industriosos, consintiéndoles durante el albedrío del conquistador ejercitar su granjería y partir con él por igual los productos. Fueron los judíos de Chaibar trasladados a Siria en el reinado de Omar, alegando el califa la disposición de su dueño moribundo para que una religión sola y verdadera se profesase en la Arabia su patria.[1428]

Cinco veces al día encaminaba Mahoma la vista hacia la Meca,[1429] y motivos sagrados y peligrosos le impelieron a registrar ya a fuer de conquistador el mismo templo y ciudad de donde saliera desterrado (629 d. C.). Su fantasía le estaba, en sueño y en vela, retratando la Caaba, y sus más rematados desvaríos se trocaban en visiones y profecías; y tremolando la bandera santa, boqueó temeraria y arrebatadamente promesas de su logro. Marcha de Medina a la Meca; ostenta el boato pacífico y grandioso de una peregrinación; van de batidores ante la vanguardia setenta camellos selectos y engualdrapados para el sacrificio; entra respetando el territorio sagrado y despidiendo sin rescate a los cautivos, para que aclamen su clemencia y su devoción. Mas al bajar Mahoma a la llanura, a una jornada de la ciudad, prorrumpe: «Se han revestido de pieles de tigre», el

número y el denuedo de los koreishitas le contrarrestan, y los árabes vagarosos del desierto iban tal vez a desamparar o vender a un caudillo a quien habían seguido esperanzados de la presa. Amaina el fanático sus disparos, y asoma ya pausado y receloso estadista: se realza en un ajuste con el dictado de apóstol de Dios, zanja una tregua de diez años con los koreishitas y sus aliados, se allana a devolver los huidos de la Meca que abracen su religión, y pacta únicamente para el año inmediato el agasajo comedido de entrar en la ciudad como amigo, y permanecer tres días para cumplir con los ritos de su romería. Cierto rubor y pesadumbre está allá nublando la retirada de los musulmanes, y su malogro franquea cargos contra las decantadas evidencias del profeta anunciador de felicidades. Campea la perspectiva de la Meca y enardece la fe y la esperanza de los peregrinos; envainan las espadas y van rondando por las huellas del apóstol hasta siete veces la Caaba: habíanse retirado los koreishitas a las serranías, y Mahoma, tras el acostumbrado sacrificio, evacua la ciudad al cuarto día. Edifica al vecindario con su devoción y asombra, o desaviene, o cohecha a los adalides enemigos; y tanto Caled como Amrú, los conquistadores venideros de Siria y Egipto, desiertan oportunísimamente de la parcialidad desmoronada de la idolatría. Acrecienta Mahoma su poderío con el rendimiento de las tribus arábigas; junta diez mil soldados para avasallar a la Meca, y recaba fácilmente de los idólatras, como más endebles el quebrantamiento de la tregua. Entusiasmo y disciplina entonan la marcha y afianzan la reserva, hasta que el resplandor de diez mil fogatas pregona a los atónitos koreishitas el asomo, el intento y la pujanza incontrastable del enemigo. El altanero Abu Sofian se apersona con las llaves de la ciudad, va celebrando la variedad de armas e insignias que le pasan por delante en reseña, expresa que el hijo de Abdalah se tiene ya granjeado un reino

poderoso, y confiesa, al blandirle Omar su cimitarra, que es el apóstol del verdadero Dios. Borrón fue del regreso de Mario y de Sila aquel derramamiento de sangre romana; hervor religioso estimulaba la venganza de Mahoma, y ansiosísimos se mostraban sus secuaces agraviados de ejecutar o anticipar las órdenes de matanza; pero el desterrado victorioso, en vez de halagar los ímpetus propios y ajenos,[1430] indulta y hermana a los facciosos de la Meca. Marcha su tropa a la ciudad en tres divisiones; acuchilla Caled a veintiocho moradores; tenía Mahoma sentenciados a once varones y seis mujeres, y vitupera la crueldad de su lugarteniente y varias de las víctimas señaladas debieron la vida a su clemencia o su menosprecio. Póstranse a sus plantas los caudillos koreishitas. «¿Qué compasión os cabe esperar de quien teneis tan agraviado?». «Confiamos en la generosidad de nuestro deudo». «Pues no confiasteis en vano; andad, estáis en salvo y quedáis libres». Hácese el vecindario de la Meca acreedor al indulto profesando el Islam; y tras un destierro de siete años, el misionero fugitivo queda entronizado como príncipe y profeta de su misma patria.[1431] Destroza ignominiosamente los trescientos sesenta ídolos de la Caaba, purifica y hermosea la casa del Señor, y para ejemplo de los venideros, cumple el apóstol con las obligaciones de peregrino, pregonando la ley sempiterna de que ningún incrédulo fuese osado poner los pies en el territorio de la ciudad sagrada.[1432]

Conquistada la Meca, tribútanle fe y obediencia las tribus árabes,[1433] que con los vaivenes de la suerte reverenciaron o desatendieron la afluencia y las armas del profeta (629-652 d. C.). Su despego en punto a opiniones y ritos es todavía el distintivo de los beduinos, y allá admitirían tan a sus anchuras como lo practican ahora la doctrina del Alcorán. Pero allá una porción empedernida se aferró en su apego a la religión y

libertad de sus antepasados, y la guerra de Honain se apellidó de los ídolos por los que Mahoma había hecho voto de anonadar, y por los mismos que los confederados de Tayef se habían juramentado para defender.[1434] Adelántanse cuatro mil paganos veloz y reservadamente a sorprender el vencedor; compadecen y menosprecian la apoltronada flojedad de los koreishitas, pero cuentan con la inclinación y el arrimo de un pueblo recién desprendido de sus ídolos, y doblegado bajo el yugo de un enemigo. Enarbola el profeta los pendones de Medina y de la Meca, un tropel de beduinos robustece o aumenta su hueste y hasta doce mil musulmanes se engríen temeraria y culpablemente con sus fuerzas incontrastables. Bajan desprevenidos al valle de Honain, cuyas cumbres dominantes ocupa el cuerpo de flecheros y honderos de los confederados; arrollados quedan sus tercios, inutilizada su disciplina, quebrantado su denuedo y los koreishitas se están sonriendo con el exterminio inminente. Cercan los enemigos al profeta; cabalgando su tordilla intenta abalanzarse a sus pies en pos de una muerte esclarecida: diez de sus leales compañeros atraviesan sus armas y sus pechos, y tres caen difuntos a sus pies: «¡Ay hermanos! —clama repetida y dolorosamente con ira–, soy el hijo de Abdalah, el apóstol de la verdad; mantente, hombre, aferradamente en la fe. ¡Ay Dios!, ¡favoréceme con tu auxilio!». Su tío Abás, que al par de los héroes de Homero, sobresalía con la retumbancia de su voz, hace resonar el valle recitando los dones y promesas de Dios; acuden los musulmanes fugitivos a diestro y siniestro del pendón sagrado, y Mahoma está viendo ufanísimo cómo la hoguera se reinflama: su maestría y su ejemplo rehace la batalla, y enardece a sus tropas vencedoras para que descarguen su venganza despiadada sobre los autores de su afrenta. Desde el campo de Honain marcha

ejecutivamente al sitio de Tayef, a veinte leguas [44,44 km] al sudeste de la Meca, fortaleza de entidad, cuya pingüe campiña está produciendo los frutos de Siria en medio del yermo arábigo. Una tribu amiga, impuesta (no consta cómo) en el arte de los sitios, le proporciona un surtido de arietes y máquinas militares, con un cuerpo de quinientos operarios. Pero en vano brinda con libertad a los esclavos de Tayef; quebranta sus propias leyes con la tala de los frutales, socava con sus mineros la tierra y asalta la brecha con sus tropas, pues tras veinte días de sitio toca el profeta la retirada, pero allá con ecos devotos y triunfadores, aparentando rogar por el arrepentimiento y la salvación de la ciudad incrédula. Ascendían los despojos de aquella expedición venturosa a seis mil cautivos, veinticuatro mil camellos, cuarenta mil ovejas y cuatro mil onzas [114,8 kg] de plata; una tribu que peleara en Honain rescató sus prisioneros con el sacrificio de sus ídolos, pero Mahoma repuso el quebranto cediendo a la soldadesca su quinto de la presa, y anheló en beneficio de ella la posesión de tantas cabezas de ganado como árboles había en la provincia de Tebama. En vez de castigar la desestimación de los koreishitas, se esmeró en cortarles las lenguas (expresión suya) y afianzar su afecto con las creces de sus agasajos; cupieron tan sólo a Abu Sofian trescientos camellos y veinte onzas [574 g] de plata, y la Meca quedó entrañablemente convertida a la religión provechosa del Alcorán. Quejáronse los *fugitivos* y *auxiliares* de que recargados en la fatiga quedaban desatendidos en el trance de la victoria. «¡Ay de mí! —contesta el artero caudillo–, llevad a bien que yo hermane estos enemigos de ayer, estos alumnos mal seguros, por medio de unos bienes perecederos. Yo pongo en vuestra custodia mi vida y haberes; pues sois mis compañeros de mi destierro, de mi reino y de mi Paraíso». Siguiéronle diputados de Tayef, temerosos de la repetición del sitio.

«Otórganos, oh apóstol de Dios, una tregua de tres años, con la tolerancia de nuestro antiguo culto». «Ni un mes, ni una hora». «Dispensadnos a lo menos de la pensión del rezo». «De nada sirve religión sin plegarias». Enmudecen y se avienen, sus templos quedan demolidos, y la misma sentencia de exterminio alcanza a todos los ídolos de la Arabia. Sus tenientes por las playas del Mar Rojo, del océano y del Golfo Pérsico, logran aclamaciones de un pueblo leal, y los embajadores arrodillados ante el solio de Medina, se agolpan (dice el refrán arábigo) como los dátiles que van cayendo en sazón de una palmera. Ríndense allá las naciones al Dios y al cetro de Mahoma: queda abolido el nombre afrentoso de tributo; aplícanse las ofrendas voluntarias o forzadas, tal como limosnas y diezmos, al ejercicio de la religión; acompañando al apóstol hasta ciento catorce mil musulmanes en su postrera romería.[1435]

Al regresar Heraclio triunfante de su guerra pérsica, conversó en Emesa con uno de los embajadores de Mahoma que iban convidando a los príncipes y naciones de la tierra para profesar el islamismo (629 y 630 d. C.). Con este antecedente, el afán de los árabes ha supuesto la conversión reservada del emperador cristiano; la vanagloria de los griegos soñó allá una visita personal del príncipe de Medina, quien aceptó de la dignación regia de un señorío opulento y retiro seguro en la provincia de Siria.[1436] Pero breve fue la amistad de Heraclio con Mahoma; había la nueva religión enardecido más bien que saciado el sediento anhelo de los sarracenos, y la matanza de un enviado proporcionó pretexto decoroso para invadir, con tres mil soldados la provincia de Palestina a levante del Jordán. Fue Zeid el alférez del pendón sagrado, y era tal el entusiasmo o la disciplina de la secta flamante, que los adalides más encumbrados se avenían sin reparo a militar bajo las órdenes de

un esclavo del profeta. En caso de muerte le han de ir sucediendo Jaafar y Abdalah en el mando, y feneciendo los tres caudillos quedaba árbitro el ejército de elegir su general. Mueren los tres en la batalla de Muta,[1437] la primera refriega en que el denuedo musulmán se ensayó contra un enemigo forastero. Cae Zeid como un soldado en las primeras filas; la muerte de Jaafar es heroica y memorable; pierde la mano derecha y pasa el estandarte a la izquierda, cortánle ésta y afianza la insignia con los muñones manando sangre, hasta lo clavan en el suelo con cincuenta heridas honoríficas. «Adelante —vocea Abdalah, colocándose en el sitio vacante–, pues o victoria o Paraíso ha de ser nuestro». La lanza de un romano tranza la alternativa, pero acude Caled el alumno de la Meca y rescata el estandarte; quiebra hasta nueve espadas, y su tesón contrarresta y rechaza el número superior de los cristianos. El consejo nocturno del campamento le confiere el mando, y la maestría de sus evoluciones a la madrugada afianza la victoria o la retirada de los sarracenos, y suena Caled entre amigos y enemigos con el dictado peregrino de *Espada de Dios*. Entona Mahoma desde el púlpito los blasones de los mártires bienaventurados con raptos proféticos; pero en privado adolece de los quebrantos de la humanidad, pues se le sobrecogió llorando con la hija de Zeid: «¿Qué es lo que miro?, prorrumpe atónita la devota». «Estás viendo —contesta el apóstol–, a un amigo que está llorando el malogro del amigo más entrañable». Avasallada la Meca, aparenta el soberano de Arabia anticiparse a hostilizar a Heraclio, y pregona solemnísimamente la guerra contra los romanos, manifestando sin rebozo las penalidades y contingencias de la empresa.[1438] Los musulmanes se acobardan, alegan su escasez de dinero, de caballos y de abastos, la temporada de su siega y el calor insufrible del estío. «Mucho

más ardiente es el infierno», contesta airado el profeta. No se allana a violentarlos, pero intima a los más culpados una excomunión de cincuenta días. Aquellos desertores vienen a realzar el merecimiento de Abubeker, Othman, y los compañeros leales que allá le tributan sus vidas y haberes, y tremola Mahoma su bandera capitaneando veinte mil caballos y veinte mil infantes. Trabajosísimo es el afán de la marcha; las ráfagas abrasadoras y pestilentes del desierto redoblan el cansancio y la sed; diez hombres van alternativamente montados en cada camello, y se ven reducidos a la precisión vergonzosa de beber el agua del vientre de un animal tan provechoso. A la mitad del camino, y a diez jornadas de Medina y de Damasco, descansan en la arboleda y manantiales de Tabuc. Desde allí Mahoma se desentiende ya de la guerra, manifestándose satisfecho con los intentos pacíficos, aunque probablemente arredrado con la hueste que estaba aparatada del emperador del Oriente. Pero el fogoso y denodado Caled anda a diestro y siniestro aterrando con su nombre, y el profeta va recibiendo los pactos que le rinden las tribus y ciudades, desde el Éufrates hasta Ailah, al encabezamiento del Mar Rojo. Otorga Mahoma garbosamente a sus nuevos súbditos cristianos seguridad en sus personas, libertad de comercio, resguardo de sus haberes y tolerancia de su culto.[1439] El apocamiento de sus hermanos árabes los había retraído de contrarrestar aquella ambición desenfrenada; luego los discípulos de Jesús se le hacían apreciables como enemigos del judaísmo, y más que interesaba infinito a un conquistador el proponer una capitulación decente a la religión prepotente en el orbe.

Robusto se conservó hasta los sesenta y tres años Mahoma para arrostrar los afanes temporales y espirituales de su carrera. Sus accidentes de alferecía, calumnia desatinada de los griegos,

debieran redundarle en compasión más bien que en odio,[1440] pero conceptuó formalmente que una judía de Chaibar lo había envenenado por venganza.[1441] Por espacio de cuatro años se fue menoscabando la salud del profeta; se le fueron agravando los achaques; pero su dolencia mortal fue un calenturón de catorce días que lo tenía a ratos privado. Apenas se hizo cargo de su riesgo, estuvo edificando a sus hermanos con la humildad de su virtud y su penitencia. «Si hay hombre —exclama el profeta desde el púlpito–, a quien yo hubiere azotado indebidamente, aquí tiene mi espalda sentenciada al tanto. ¿Tizné yo nunca el concepto pundonoroso de algún musulmán?, que vocee mi yerro a presencia de la congregación. ¿Despojé a alguien de sus haberes?, mi corto caudal está pronto en desquite del principal y de los intereses de la deuda». «Sí —dice una voz del gentío–, soy acreedor de tres dragmas de plata». Oye Mahoma la queja, satisface la deuda, y agradece al demandante el haberle reconvenido en este mundo sin aguardar al día del juicio. Arrostra con entereza cabal los asomos de la muerte; liberta a sus esclavos (diecisiete varones, según se van nombrando, y once mujeres), dispone por ápices el arreglo de sus exequias y comide los lamentos de sus amigos llorosos, a quienes va dando su bendición de paz. Sigue desempeñando puntualmente las funciones de la plegaria pública hasta tres días antes de su fallecimiento: el nombramiento de Abubeker para hacer sus veces parece que está señalando aquel antiguo y leal amigo para sucesor suyo en el cargo regio y sacerdotal, pero se desentiende cuerdamente de la contingencia y envidia de nombramiento más terminante. En el trance de yacer palpablemente menoscabadas sus potencias, pide pluma y tinta para escribir, o más propiamente, para dictar un libro divino, la suma o redondeo cabal de sus revelaciones: sobreviene en su estancia

una contienda, sobre permitirle o no desbancar a todo un Alcorán, y tiene el profeta que vituperar el enardecimiento indecoroso de sus discípulos. Si cabe dar el menor crédito a las tradiciones de sus mujeres y compañeros, conservó en el regazo de su familia y hasta el postrer aliento el señorío de un apóstol de la fe y de un entusiasta; fue describiendo las visitas de Gabriel; quien se despidió para siempre de la tierra, y se manifestó confiadísimo, no sólo en la conmiseración, sino en las finezas del Ser Supremo. En una plática familiar especificó su regalía especialísima de que el ángel de la muerte carecía de facultades para arrebatarle el alma, hasta que pidiere rendidamente permiso al profeta. Concediose la demanda, y Mahoma en seguida adoleció de agonía mortal: recostó la cabeza sobre la falda de Ayesha la predilecta de sus mujeres; desmayose con sumo quebranto; y vuelto en sí, levantó los ojos al techo y luego clavándolos, aunque con voz balbuciente, boqueó sus palabras postreras, interrumpida pero articuladamente: «O Dios… perdona mis yerros… Sí… voy entre mis conciudadanos a lo alto»; y espiró así sosegadamente sobre una alfombra tendida en el suelo. Atajó este fracaso una expedición a Siria que estaba en el disparador, pues detenido el ejército a las puertas de Medina, se agolparon los caudillos en derredor del amo expirante. La ciudad y con especialidad la casa del difunto, era un teatro de lamentación trágica o de mudo desconsuelo, y tan sólo el fanatismo acertó allá a flechar un destello de alivio y de esperanza. «¿Cómo ha podido morir nuestro testigo, nuestro intercesor y medianero para con Dios? Pero vive Dios, que él no ha de haber fallecido, pues al par de Moisés y de Jesús, allá se encumbró en un rapto sacrosanto, y luego ha de volver a su solar siempre fiel». Se orilla el testimonio de los sentidos, y Omar blandiendo su cimitarra amaga con degüello a cuantos

infieles osen afirmar que murió el profeta. El predominio y comedimiento de Abubeker aplaca el alboroto. «¿Es por ventura Mahoma —dice a Omar ya la muchedumbre–, o el Dios de Mahoma el que estais adorando? El Dios de Mahoma vive para siempre, pero el apóstol era un mortal como nosotros mismos, y según se tenía muy predicho padeció la suerte general de la mortandad». Encerráronle devotamente sus propios deudos, en el mismo sitio donde había expirado.[1442] Quedó santificada Medina con la muerte y el entierro de Mahoma, y los peregrinos innumerables de la Meca suelen desviarse de su rumbo, para doblegarse con devoción rendida[1443] ante el túmulo sencillo del profeta.[1444]

Historiada ya la vida de Mahoma, tal vez se estará esperando aquí un parangón de sus nulidades y de sus prendas, y que sentencie yo si cuadra más bien el dictado de entusiasta que el de impostor a tan descomunal individuo. Aun cuando yo hubiese terciado en conversación con el hijo de Abdalah fuera la empresa de mayor cuantía, y aventurado el acierto, pero mediando hasta doce siglos apenas alcanzo a columbrar en confuso su sombra por una humareda de incienso religioso, y aun cuando atinase a retratarlo al vivo en una hora, la semejanza volandera desdiría abultadamente en el solitario del monte Hera, del predicador de la Meca y del conquistador de la Arabia. Aparece el autor de una revolución tan grandiosa dotado de temple devoto y contemplativo: habilitado con su enlace contra los embates de la escasez, se desvía del sendero de la ambición y la codicia, y así como vivió con inocencia hasta la edad de cuarenta años, hubiera muerto sin nombradía. La unidad de Dios es un concepto hermanado con la naturaleza y la racionalidad, y el más leve roce con judíos o cristianos debió enseñarle a menospreciar y hollar la idolatría de la Meca.

Incumbía a un prohombre el ir comunicando allá doctrinas de salvación, y el rescatar su patria del dominio del error y del desbarro. La pujanza de una fantasía clavada a toda hora en un objeto idéntico, debió trocar una obligación general en vocación particular: los ímpetus disparados de su pecho siempre en ascuas, no pudieron dejar de tomar visos de inspiraciones celestes, el ahínco caviloso paraba en arrobos y visiones, y aquella sensación entrañable, aquel ayo invisible, se aparecería con visos de ángel o del mismo Dios.[1445] El entusiasmo es el resbaladero para la impostura, pues allá el espíritu favorecedor de Sócrates[1446] ejemplifica memorablemente cuánto puede ilustrarse a sí mismo un varón cuerdo, cuánto puede allá descarriar a otros, y cuánto puede venir a adormecerse la conciencia en el vaivén del embeleso y del engaño estudiado. Cabe en la caridad el suponer que Mahoma se movió a impulsos de un afecto castizo y acendrado, mas no cabe en el misionero más humano el amar al incrédulo empedernido y rechazador de sus intentos, despreciador de sus razones y perseguidor de su vida; podía indultar a sus contrarios personales y podía legítimamente odiar a los enemigos de Dios; ardió el pecho de Mahoma con arranques adustos de engreimiento y venganza, y acuchillaba allá suspirando (como el profeta de Nínive) a los rebeldes que ajusticiaba. La sinrazón de la Meca y la elección de Medina encumbraron el prohombre a príncipe y el rastrero predicador a caudillo de huestes; pero el ejemplar de los santos estaba consagrando su espada, y aquel mismo Dios que atropella al mundo pecador con epidemias y terremotos pudo robustecer el denuedo de sus siervos para conversión o castigo de los culpados. En el desempeño político del gobierno tuvo que amainar los disparos del fanatismo, atemperándose un tanto a las vulgaridades e ímpetus de sus secuaces y valiéndose aun de

los devaneos mundanos como instrumentos de salvación. Engaños y alevosías, crueldades y atropellamientos eran arbitrios para la propagación de su fe, y solía Mahoma disponer la matanza de judíos e idólatras preservados del campo de batalla. Repitiendo más y más tamañas demasías, tuvo que irse emponzoñando la índole del individuo y el influjo de tan malvado ejercicio tenía escaso contrarresto en la práctica de virtudes, personales y caseras, imprescindibles para conservar el concepto de profeta entre sus secuaces y amigos. Descolló la ambición en sus postreros años, y un estadista no puede menos de maliciar, que allá en sus adentros (¡aquel impostor victorioso!) se sonreía de su entusiasmo juvenil, y de la credulidad de sus paniaguados.[1447] Pero un filósofo se hará cargo de que la credulidad ajena y sus propios medios condujeron eficacísimamente para robustecer las ínfulas de su encargo divino y que interés y religión corrían parejas, aquietando su conciencia con el concepto de que únicamente él era el dispensado por la Divinidad de toda ley moral y positiva. Si le quedó rastro de su inocencia nativa, las mismas demasías de Mahoma están evidenciando su ingenuidad. Aparecen menos criminales las arterías y engaños en apoyo de la verdad, y se estremeciera con la vileza de sus medios, a no abonarlo la entidad y justificación del intento. Aun como conquistador o sacerdote, prorrumpe allá en voces y actos de humanidad candorosa, y la providencia de Mahoma para que en el reparto de cautivos jamás las madres se desviasen de sus hijos, enfrena o templa el enojo del historiador.[1448]

Menospreciaba la sensatez de Mahoma el boato regio[1449] allanándose el apóstol de Dios a los quehaceres caseros: encendía lumbre, barría el suelo, ordeñaba las vacas y se remendaba con sus propias manos los zapatos y la ropa de lana.

Desentendiéndose de penitencias y merecimientos de ermitaño, se atuvo sin violencia ni vanagloria al régimen parquísimo de un árabe y de un soldado. Para las festividades solía agasajar a los compañeros con esplendidez llana y expresiva, pero en su vida interna se le pasaban semanas enteras sin encender lumbre en el hogar de su casa. Corroboró con su ejemplo la prohibición del vino; aplacaba el hambre con su escasa ración de pan de cebada; era aficionado a la leche y la miel, pero por lo más su sustento se reducía a dátiles y agua. En cuanto a deleites sensuales, perfumes y mujeres eran los que requería su temperamento y su religión no vedaba, y afirmaba Mahoma que entrambos goces inocentes enfervorizaban más y más sus devociones. Caldea el clima a los árabes, y los escritores antiguos los tildan de lujuriosos.[1450] Las leyes civiles y religiosas del Alcorán enfrenaban su incontinencia; vituperaban tratos incestuosos y reducían a cuatro esposas o concubinas, el desmando de la poligamia; deslindaban equitativamente sus derechos del tálamo y de la dote; contenían los desahogos del divorcio, condenaban el adulterio como culpa capital, y castigaban con cien azotes en ambos sexos el goce carnal.[1451] Tales eran los mandamientos sosegados del legislador, pero en su conducta particular Mahoma desfogaba los apetitos de hombre y se propasaba de los fueros de profeta. Una revelación peculiar le dispensaba de las leyes que tenía impuestas a su nación; soltaba la rienda a las hembras sin reserva a medida de sus deseos, y prerrogativa tan peregrina causaba más bien que escándalo o envidia, veneración entrañable a los devotos musulmanes. En recordando las setecientas mujeres y trescientas concubinas del sabio Salomón, tenemos que encarecer el recato del árabe, que tan sólo se desposó con unas dieciséis mujeres; cuéntanse hasta once avecindadas con separación en Medina junto a la casa del apóstol, y solían ir

alternativamente disfrutando las finezas de la intimidad conyugal. Se hace harto reparable que todas fuesen viudas, excepto Ayesha, hija de Abubeker. Era indudablemente virgen, puesto que Mahoma consumó su desposorio (tal es la madurez anticipada del clima) teniendo tan sólo nueve años. Logró Ayesha con su niñez, su hermosura y su despejo, suma privanza, y aun difunto el profeta aquella hija de Abubeker mereció siempre obsequios de madre de los fieles. Adoleció de poquísimo recato en su conducta, pues en una marcha nocturna se fue quedando allá rezagada y acudió por la madrugada al campamento con un hombre. Era Mahoma de suyo celoso, mas una revelación divina le afianzó la inocencia de la extraviada, y castigando a sus motejadores, pregonó una ley de pacificación casera para que no se condenase a una casada a menos que cuatro testigos presenciasen el adulterio.[1452] Desentendiose el profeta de todo miramiento en sus amores con la mujer de Zeid y con María, cautiva egipcia; pues viendo en casa de Zeid, su liberto e hijo adoptivo, la hermosura de Zeineb en paños muy menores prorrumpió en una exclamación devota y lujuriosa, y enterado el servil y agradecido mancebo, le franqueó sin titubear el anhelado ensanche; mas como las resultas acarreaban dudas y escándalo, acudió el arcángel Gabriel desde el cielo para revalidar el hecho, anular la adopción y aun reconvenir amistosamente al apóstol por desconfiar de las condescendencias de Dios. Una de sus mujeres, Hafna, hija de Omar, lo cogió infraganti y en su propio lecho abrazando a la cautiva egipcia; prometió la ofendida reserva y avenencia, pero él se desapropió con juramento de su María. Olvidaron entrambas partes el contrato, y Gabriel segundó su descenso tremolando un capítulo del Alcorán para descargarle de su juramento, exhortándole a disfrutar cautivas y concubinas desoyendo todo alarido de sus

esposas; y durante un mes de retiro solitario se estuvo afanando por cumplir con el encargo del arcángel. Ahíto ya de amorío y de venganza, convoca a sus once mujeres, les afea su desobediencia y destemplanza, y las amenaza con sentencia de divorcio, para entrambos mundos: fallo en extremo pavoroso, pues cuantas habían participado del lecho del profeta quedaban para siempre desahuciadas de segundo enlace. Cabe tal vez cohonestar la incontinencia de Mahoma con la tradición de sus dones naturales y sobrehumanos;[1453] pues hermanaba la pujanza varonil de treinta hijos de Adán, y aun pudiera el apóstol competir con el trabajo décimo tercio[1454] del Hércules griego.[1455] Disculpa más formal y decorosa se puede alegar por su fidelidad con Cadijah, pues en los veinticuatro años de su enlace, su marido aun en la mocedad se retrajo de todo derecho de poligamia, y nunca compañera alguna desairó el engreimiento o el cariño de la matrona venerable. Apenas murió mereció ser colocada por él allá en el predicamento de las cuatro mujeres cabales, con la hermana de Moisés, la madre de Jesús y Fátima, la predilecta de sus hijos. «¿No era ya vieja? —dijo Ayesha con el descoco de una beldad lozana–, ¿y Dios no os ha regalado otra mejor en su lugar?». «No, vive Dios —prorrumpe Mahoma con un arranque de agradecimiento pundonoroso–, no cabe otra mejor; pues me creyó cuando todos me andaban menospreciando, y acudió a mi desamparo cuando yacía menesteroso y perseguido por el mundo».[1456]

Con los sumos ensanches de la poligamia, cabía al fundador de religión y de Imperio el aspirar al logro de posteridad crecida y sucesión perenne, pero quedaron infaustamente malogradas las esperanzas de Mahoma, pues tanto la doncella Ayesha como las diez viudas de suyo fecundas, se esterilizaron en medio de sus ahíncos amorosos. Fallecieron de niños los cuatro hijos de

Cadijah, y aunque más y más desalado con María, la concubina egipcia por el nacimiento de Ibrahim, a los quince meses lo lloró en su túmulo, pero contrarrestó con entereza el escarnio de sus émulos, enfrenando la adulación o credulidad de los musulmanes con manifestarles que no era la muerte de su niño un eclipse de sol. Tuvo también hasta cuatro hijas con Cadijah, casadas con sus discípulos más leales, fallecieron las tres mayores antes que el padre, pero Fátima su íntima del alma, se enlazó con su primo Alí con quien dio a luz una prosapia esclarecida. Los merecimientos y desventuras de Alí y de sus descendientes me proporcionan el participar desde ahora la sucesión de los califas cortesanos, dictado en que se cifra la soberanía de los fieles, como vicarios y sucesores del apóstol de Dios.[1457]

Nacimiento, índole y enlace sobreponían a Alí a todos sus paisanos, y así le habilitaban para ascender al solio vacante de la Arabia. El hijo de Abu Taleb era de suyo cabeza de la alcurnia de Hashem, y príncipe hereditario o guarda del templo de la Meca. Apagose el destello de la profecía; mas todo un marido de Fátima no podía menos de esperanzar la herencia y logros del padre: habían los árabes a temporadas sobrellevado el mando de una mujer, y el abuelo había repetidamente arregazado a los nietezuelos, aclamándolos desde el púlpito como esperanzas de su ancianidad y adalides de la juventud en el Paraíso. El primero de los acendrados creyentes debía aspirar a acaudillarlos en ambos mundos, y aunque los hubiese más circunspectos y rastreros, no se atravesaba alumno nuevo que desbancase a Alí el desalado y el pundonoroso. Hermanaba las prendas de poeta, de guerrero y de virtuoso: rebosa todavía su cordura en una colección de sus dichos morales y devotos,[1458] y solía arrollar en afluencia y denuedo a todos sus contrarios en las concurrencias. Desde el arranque de su carrera hasta los ritos postreros de sus

exequias, el profeta tuvo en él un amigo generoso, apellidándolo cariñosamente hermano, lugarteniente y Aaron del segundo Moisés. Tildaron al hijo de Abu Taleb su descuido en no afianzar sus intereses con alguna declaración terminante de su derecho, para que enmudeciese todo competidor y sellase allá su innegable sucesión con los decretos del cielo; mas el héroe candoroso confiaba en sí mismo: celos por el Imperio y tal vez alguna zozobra por el contrarresto, pudieron retraer las disposiciones de Mahoma, y la taimada Ayesha tuvo sitiado el lecho del moribundo, como hija de Abubeker y enemiga de Alí.

El silencio del difunto profeta devolvió la libertad al pueblo, y los compañeros celebraron junta para deliberar sobre nombramiento de sucesor (7 de junio de 632 d. C.). El alegato hereditario y las ínfulas altaneras de Alí lastimaban a la aristocracia de los ancianos, ansiosos de otorgar o reasumir el cetro con sus elecciones desahogadas y repetidas: no cabía en los koreishitas el avenirse a las preminencias orgullosas de la alcurnia de Hashem; reinflamose la desavenencia antigua de las tribus, los *fugitivos* de la Meca y los *auxiliares* de Medina alegaban sus respectivos merecimientos, y la propuesta temeraria de nombrar dos califas daba al través en sus asomos la religión y el Imperio de los sarracenos. Queda aplacado el alboroto con el arranque desentonado de Omar, quien orillando repentinamente sus pretensiones, alzó su diestra y se declaró el primer súbdito del apacible y respetuoso Abubeker. La estrechez del trance y la avenencia del pueblo pudo disculpar aquella disposición ilegal y atropellada; pero el mismo Omar confesó desde el púlpito, que si algún musulmán fuese osado en lo sucesivo a anteponerse a los votos de sus hermanos, tanto elector como elegido eran dignos de muerte.[1459] Tras la mera inauguración de Abubeker, obedeciéronle Medina, la Meca y las

provincias de Arabia, se negaron los hashemitas a juramentarse, y su caudillo aislado en casa mantuvo por seis meses su reserva adusta e independiente, desentendiéndose de los amagos de Omar, que intentó abrasar la vivienda de la hija del apóstol. Muere Fátima, amaina su partido y se allana airadamente Alí; se aviene a saludar al caudillo de los fieles, acepta su disculpa de la precisión de anticiparse a sus enemigos comunes, y desecha cuerdamente la oferta cortesana de renunciar el gobierno de los árabes. Reina el anciano califa dos años y el ángel de la muerte le intima su plazo, dejando en su testamento, con anuencia tácita de los compañeros, el cetro en la diestra briosa y justificada de Omar. «No soy acreedor —dice el candidato recatado–, a tanto encumbramiento.» «Pero esa cumbre os necesita», replica Abubeker, quien espira exalando plegarias (24 de julio de 634 d. C.) para que el Dios de Mahoma revalidase la elección, y encaminase a los musulmanes por el rumbo de la hermandad y de la obediencia. Certera fue la demanda, puesto que el mismo Alí rezando a sus solas se mostró reverente con la sobresalencia y señorío de su competidor, quien siguió consolándole del malogro de todo un imperio, con las demostraciones más lisonjeras de confianza y aprecio. A los doce años de su reinado traspasa a Omar un asesino, desecha con igual imparcialidad los nombres de su hijo y de Alí, se niega a cargar su conciencia con las culpas de un sucesor, y pone en manos de sus electores pundonorosos y compañeros el arduo desempeño de escoger el más digno para caudillo de los fieles. Se aferran más entonces los amigos de Alí[1460] en vituperarle el allanamiento de su derecho al dictamen de los hombres, por cuanto reconoce su predominio admitiendo un lugar entre los seis electores. En su mano estuvieron los demás votos con sólo avenirse a prometer conformación estrecha y rendida, no sólo al Alcorán y a la

tradición sino también al acuerdo de dos *mayores*.[1461] Aceptó Othman, secretario de Mahoma, el gobierno, con estas cortapisas, y tan sólo tras el tercer califato y a los veinticuatro años de la muerte del profeta, no llegó a revestirse Alí, por elección popular, con el cargo regio y sacerdotal. Conservaron los árabes su sencillez primitiva de costumbres, y el hijo de Abu Taleb siguió menospreciando el boato y la vanagloria del mundo. Acudió a la hora del rezo, a la mezquita de Medina, vestido con una bata delgada de algodón, un turbante tosco en la cabeza, sus chinelas en una mano y el arco en la otra haciéndole veces de bastón. Los compañeros del profeta y los adalides de las tribus saludaron a su nuevo soberano, y le fueron alargando sus diestras en señal de lealtad y acatamiento.

Los quebrantos que de suyo acarrea la ambición contrapuesta suele ceñirse al plazo y al solar de los contrincantes; pero las desavenencias religiosas entre amigos y enemigos de Alí se han ido renovando en todas las temporadas de la Hejira, y sigue ahora mismo en la ojeriza mortal entre persas y turcos.[1462] Los primeros, tiznados con el apodo de *schiitas* o sectarios, han rellenado el símbolo mahometano con un artículo nuevo de fe, y si Mahoma es el apóstol, su compañero Alí es el lugarteniente de Dios. En sus coloquios caseros y en su culto público, están desaforadamente abominando de los tres usurpadores que atajaron su derecho incontrastable a la dignidad de Imán y Califa, y en el nombre de Omar se cifra allá en su idioma la impiedad y la vileza suma.[1463] Los *sonitas* sostenidos por el consentimiento general y tradición acendrada de los musulmanes, abrigan al menos una opinión algún tanto imparcial, o sea decorosa, pues acatan la memoria de Abubeker, Omar, Othman y Alí, sucesores legítimos y sacrosantos del profeta; pero dejan allá en el ínfimo lugar al marido de Fátima,

muy empapados en que los quilates de santidad son la pauta de la sucesión.[1464] El historiador que con diestra desapasionada va afinando la balanza entre los cuatro califas, sentenciará sosegadamente que sus costumbres fueron igualmente puras y ejemplares; que su afán era fervorosísimo y por tanto entrañable, y que en medio de sus riquezas y poderío ahincaron de por vida en el desempeño de sus obligaciones morales y religiosas, pero las virtudes públicas de Abubeker y de Omar, la cordura del primero y la entereza justiciera del segundo mantuvieron el sosiego y la prosperidad en sus reinados. La índole endeble y la edad ya quebrantada de Othman desdecían del peso de la conquista y del Imperio. Quiso escoger y le engañaron, trató de confiarse y le vendieron; los prohombres de los fieles pararon en inservibles o contrapuestos a su gobierno, y su pródiga condescendencia abortó tan sólo ingratitudes y desabrimientos. Fue cundiendo la desavenencia por las provincias, juntáronse sus diputados en Medina, y los carejitas, fanáticos desaforados, holladores de toda subordinación y racionalidad, quedaron barajados con los árabes libres y solariegos, que clamaban por desagravio con el castigo de sus opresores. Acuden armados desde Cufa Basona, el Egipto y tribus del desierto, acampan como a una legua [2,22 km] de Medina, y allá envían un mensaje altanero al soberano intimándole que haga justicia o se apee del solio. Se arrepiente y se van desarmando y desaparatando los sublevados; pero las arterías de sus enemigos los ensañan de nuevo, y fraguan una falsedad por mano de un secretario alevoso para tiznar su pundonor y empujarlo al derrumbadero. Había el califa malogrado el único resguardo de sus antecesores, el aprecio y confianza de los musulmanes, atájanle el agua y los abastos en un sitio de seis semanas, y las puertas endebles de su alcázar estaban al cargo de rebeldes un

tanto escrupulosos y cobardes. Desamparado por los abusadores de su sencillez, el califa desvalido ya y venerable, está ansiando los asomos de la muerte; encabeza el hermano de Ayesha los asesinos, y un sinnúmero de heridas traspasan a Othman con el Alcorán en la falda (18 de junio de 655 d. C.). Inaugurado Alí se aplaca la desmandada anarquía, pues asomaba en el disparador la matanza que amaga por cinco días, hasta que se avino el caudillo a su nombramiento. Arrostra en el arriesgado trance las ínfulas decorosas del principal hoshemita, vocea que más bien se avasalla que se entroniza; contrarresta el arrojo de advenedizo, y requiere la anuencia formal, aunque más o menos voluntaria, de los prohombres de la nación. Jamás se le tildó de incitador del asesinato de Omar, aunque la Persia está neciamente celebrando la festividad de aquel santo mártir. Media prontamente Alí, se aplaca la contienda entre Othman y los súbditos, quienes atropellan y hieren a su primogénito al defender al califa. Queda sin embargo problemática la sinceridad y eficacia del padre en el contrarresto de los rebeldes, y en suma vino a disfrutar el logro de aquel atentado, siendo en verdad la tentación tamaña que pudiera conmover y volear el pundonor más adusto. No se vincula ya el candidato ambicioso en el cetro estéril de la Arabia, pues van venciendo los sarracenos por levante y poniente, y los riquísimos reinos de Persia, Siria y Egipto son ya patrimonio del caudillo de los fieles.

No habían los rezos y contemplaciones apocado la pujanza denodada de Alí, y en su edad ya madura, curtido en el roce del mundo, se disparaba con el ímpetu temerario de la mocedad. No cuidó de afianzar en el arranque de su reinado, con dones o con grillos el rendimiento mal seguro de Telha y Zobeir, dos de los caudillos árabes más poderosos. Huyen de Medina a la Meca y de allí a Basora; tremolan el estandarte de la rebeldía, y

usurpan el gobierno de Irak o de Asiria, que habían solicitado en vano por galardón de su servicios. Suele el disfraz de patriotismo encubrir desmanes mayores, y los enemigos, quizás también asesinos, están ahora pidiendo venganza por su sangre. Acompaña a los fugitivos Ayesha, la viuda del profeta, que siguió abrigando hasta el postrer aliento de su vida, odio implacable contra el marido y la descendencia de Fátima. Los musulmanes ajuiciados se escandalizan de que la madre de los fieles esté ostentando su persona y jerarquía en un campamento; pero la chusma supersticiosa confía en que su presencia santificaría la justicia y afianzaría el éxito de sus intentos. Acaudilla el califa veinte mil árabes leales y nueve mil auxiliares valerosos de Cufa, y embiste y derrota al número superior de los rebeldes bajo los muros de Basora. Yacen difuntos sus caudillos Telba y Zobeir en la primera refriega que mancilló con guerra civil las armas de los musulmanes. Ayesha, después de recorrer las filas para enardecer a la tropa, se coloca en medio del peligroso trance; en cuyo acaloramiento hasta setenta palafreneros de su camello habían ido quedando muertos o malheridos, y su caja o litera había resultado enrastrillada de flechas y venablos como las púas de un puerco espín. Aguantó la grandiosa cautiva con entereza la descarga de reconvenciones del vencedor, quien la envió arrebatadamente a su condigna morada que era el túmulo de Mahoma, con el acatamiento y afán que correspondía a la viuda del apóstol. Tras aquella victoria, apellidada luego la Jornada del Camello, se encaminó Alí contra un enemigo más temible, a saber Muawiya, hijo de Abu Sofian, quien se había apropiado todo un dictado de califa, sostenido con las fuerzas de Siria y los intereses de la alcurnia de Omiah. Pasado el Tapiaco, la llanura de Sifin se explaya allá[1465] por la orilla occidental del Éufrates, y en cuyo teatro llano y anchuroso

entrambos competidores se estuvieron hostilizando con guerrillas por espacio de ciento diez días. Mediaron hasta noventa lances o escaramuzas, donde el malogro de Alí se conceptuó de veinticinco mil soldados, y de cuarenta y cinco mil la pérdida de Muawiya; realzándose la lista de los muertos con los nombres de veinticinco veteranos que habían peleado en Beder bajo la bandera de Mahoma. Descolló en contienda tan sanguinaria, el califa legítimo con rasgos de valentía y de humanidad. Tenían sus tropas estrechísimas órdenes para aguardar el primer embate del enemigo, desentenderse de los hermanos fugitivos, y respetar los cadáveres y rescate de los cautivos. Propuso garbosamente el ahorrar sangre musulmana por medio de una lid personal; pero trémulo su contrario se desentendió del reto a par de sentencia de muerte. Arremete el héroe en su caballo bayo con un montante irresistible y arrolla la formación siria; en alcanzando un rebelde prorrumpe Alah Acbar «Dios es victorioso» y en los remolinos de un reencuentro nocturno sonó hasta cuatrocientas veces su exclamación triunfadora. Ya está el príncipe de Damasco cavilando en su fuga, pero la desobediencia y acaloramiento de sus tropas viene a defraudar a Alí de la victoria que ya tenía en su diestra. Les remuerde la conciencia al ver cómo apela Muawiya a la perspectiva sacrosanta del Alcorán en las primeras filas, y tiene Alí que avenirse a una tregua desairada y a las asechanzas de un convenio. Retírase airado y presuroso a Cufa, desalienta a sus parciales, su astuto competidor sojuzga o cohecha las provincias remotas de Persia, Yemen y Egipto; y el embate del fanatismo asestado contra los tres caudillos de la nación, viene a concentrarse únicamente en el primo de Mahoma. Se ponen tres carejitas o entusiastas a conversar sobre los quebrantos de la Iglesia y del Estado en el templo de la Meca, y luego concuerdan

en que la muerte de Alí de Muawiya y de su íntimo Amrú, virrey del Egipto, han de restablecer la paz y hermandad en el regazo de la religión. Escoge cada uno de los asesinos su víctima, emponzoña la daga, comprometen sus vidas y acuden reservadamente a sus respectivos paraderos. Su denuedo era igualmente incontrastable, mas el primero equivoca la persona de Amrú, y traspasa al diputado que está haciendo sus veces; el segundo malhiere al príncipe de Damasco, y el tercero descarga puñalada mortal sobre el califa legítimo en la mezquita de Cufa. Expira a los sesenta y tres años de edad y encarga compasivamente a sus hijos que quiten de en medio al matador de un solo golpe. Hubo que ocultar el sepulcro de Alí[1466] a los tiranos de la alcurnia de Omiah,[1467] pero al cuarto siglo de la hejira, túmulo, templo y ciudad vinieron a descollar junto a las ruinas de Cufa.[1468] Millares de shiítas están descansando en la tierra sagrada a los pies del vicario de Dios, y el gentío de los visitantes anuales de Persia suelen verificar el desierto, conceptuando su devoción no menos meritoria que la de una romería a la Meca.

Usurparon los perseguidores de Mahoma la herencia de sus hijos, y los campeones de la idolatría fueron los adalides supremos de su religión y su imperio. Rendido y desaforado había sido el contrarresto de Abu Sofian, tardía y violentísima fue su conversión; robustecieron la previsión y el interés su nueva fe; sirvió, peleó y tal vez creyó, y sus yerros de la temporada de ignorancia quedaron purgados con los merecimientos flamantes de la alcurnia de Omiah. (655 o 661-680 d. C.). Muawiya, hijo de Abu Sofian, se halló condecorado desde su temprana mocedad con el cargo o dictado de secretario del profeta; el tino de Omar lo colocó en el gobierno de Siria, y estuvo cuarenta años rigiendo aquella provincia ya de superior o

ya de subalterno. Atentó a merecer el concepto de valeroso y desprendido, aspiró al de comedido y afectuoso con empeño; agradecido el pueblo, le cobró afectos de agraciado, y más habiéndole proporcionado victorias y despojos en Chipre y Rodas. Su ambición se aferró al móvil de afanarse en ajusticiar a los asesinos de Othman. Ostentose en la mezquita de Damasco la camisa ensangrentada del mártir; lamentose el emir de la infausta suerte de su malogrado deudo, y hasta sesenta mil sirios se juramentaron con él en demanda de venganza. El conquistador del Egipto Amrú, por sí solo una hueste, fue el primero en saludar al monarca, y divulgó el arcano de que podía plantearse un califa dondequiera lejos de la ciudad del profeta. [1469] La maña de Muawiya fue sorteando la maestría de Alí, a cuya muerte anduvo negociando la renuncia de su hijo Hasan, incapaz o despreciador del gobierno del mundo, hasta el punto de evacuar sin un ay el alcázar de Cufa, para venir a emparedarse en una celdilla junto al túmulo de su abuelo. Ansioso más y más el califa, quedó colmado su anhelo con el trueque de una corona electiva por otra hereditaria. Prorrumpió la repugnancia de los árabes en murmullos de independencia o de fanatismo, y cuatro ciudadanos de Medina se negaron al juramento: pero Muawiya acertó a llevar adelante sus intentos con brío y habilidad, y su hijo Yenid, mancebo endeble y relajado, fue al punto proclamado caudillo de los fieles y sucesor del apóstol de Dios.

Refieren un caso muy sencillo de la afectuosidad de uno de los hijos de Alí. Un esclavo al servir en la mesa, derramó sobre su dueño una fuente con saba hirviendo, y el desventurado torpe se postró a sus plantas implorando misericordia y repitiendo un verso del Alcorán. «El paraíso es para los enfrenadores de sus propias iras». «Yo no estoy airado». «Y para los que perdonan los agravios». «Perdonado está el tuyo». «Y a

los que corresponden a los daños con beneficios». «Allá va tu libertad con cuatrocientas piezas de plata». Con iguales arranques de humanidad, Hoseim, hermano menor de Hassan heredó rasgos de su padre, y sirvió con realce contra los cristianos en el sitio de Constantinopla. Refundiose en su persona la primogenitura del linaje de Hashem y el carácter sagrado de nieto del apóstol, y quedaba a sus anchuras en esforzar su intento contra Yezid, tirano de Damasco, cuyos devaneos menospreciaba y cuyo dictado nunca se había dignado reconocer. Comunicose reservadamente de Cufa a Medina una lista de ciento cuarenta mil musulmanes que se profesaban sus allegados y prontísimos a esgrimir sus aceros en asomando él por las orillas del Éufrates. Aferrose contra el dictamen de sus amigos más atinados en confiar su persona y familia a un pueblo de suyo alevoso. Atraviesa el desierto de la Arabia con una comitiva medrosa de mujeres y niños, pero al ir llegando a la raya de Irak se estremece con la soledad y el aspecto enemigo del país, y malicia el vencimiento o el derribo de sus parciales. Fundadas eran sus zozobras, pues Obcidola, gobernador de Cufa, había logrado apagar las primeras pavesas de una rebeldía, y Hosein en la llanura de Kerbela queda acorralado por un cuerpo de cinco mil caballos, que le atajaban la ciudad y el río. Pudo todavía escudarse con una fortaleza en el desierto que había burlado el poderío del César y de Cosroes, confiándose en la lealtad de la tribu de Tai, que le aprontaba hasta diez mil guerreros; pero en una conferencia con el caudillo enemigo propone optar entre las tres propuestas decorosas de franquearle el regreso a Medina, permanecer en apostadero contra los turcos por la raya, a conducirlo a su salvo a presencia de Yezid. Mas son las providencias del califa y su teniente adustas y terminantes, y Hosein queda enterado de que se ha de avasallar

a fuer de cautivo y reo al caudillo de los fieles, o atenerse al resultado de su rebeldía. «¿Pensáis —contesta–, arredrarme con la muerte?», y en el corto plazo de una noche se aparata con resignación plácida y aseñorada para arrostrar su signo. Enfrena los lamentos de su hermana Fátima que está ya llorando el estrellón inminente de toda su alcurnia. «No hay más arrimo —dice Hosein–, que el de Dios; todo, en cielo y tierra, tiene que fenecer y volver a su Criador. Mejores eran que yo padre, madre y hermano, y todos los musulmanes tienen que espejarse en el ejemplo del profeta». Insta a los amigos para que atiendan a su salvamento con fuga oportuna: se niegan unánimes a desamparar o sobrevivir a su amado dueño; y su denuedo se enardece con plegaria fervorosa y el embeleso del Paraíso. En la madrugada de aquel día azaroso, monta a caballo con la espada en una mano y el Alcorán en la otra: la cuadrilla bizarra de los mártires se reduce a treinta y dos jinetes y cuarenta infantes, pero afianzan costados y retaguardia con el cordaje de las tiendas, y con profunda trinchera cuajada de haces reencendidas según práctica de los árabes. Adelanta el enemigo con repugnancia y desierta uno de sus caudillos con treinta secuaces, ansiosos de alternar en aquella muerte inevitable. Incontrastable es, en todo encuentro o lid parcial, la desesperación de los fatimitas, pero la muchedumbre los acorrala y asaetea desde lejos con nubes y nubes de descargas, y caballos y gente van sucesivamente feneciendo: media un rato de treguas para la hora del rezo, y se termina con la muerte del postrer compañero de Hosein. Solo, postrado y herido siéntase a la puerta de su tienda; al beber un sorbo de agua, le atraviesa un flechazo la boca, y su hijo y su sobrino, hermosísimos mancebos, yacen traspasados en sus brazos; levanta sus manos ensangrentadas al cielo y prorrumpe en una plegaria fúnebre por los vivos y los

difuntos. Sale su hermana desesperada de la tienda, y amonesta al caudillo de los cufianos para que no se avenga a matar a Hosein ante sus ojos; baña en lágrimas su barba venerable, y los soldados más aguerridos cejan a diestra y siniestra al arrojarse el héroe sobre ellos. El empedernido Shamer, nombre abominado entre los fieles, aféales su cobardía, y así el nieto de Mahoma queda traspasado con treinta y tres lanzazos o estocadas. Huellan su cuerpo, llevan su cabeza al castillo de Cufa, y el inhumano Obcídola le descarga un palo sobre la boca. «¡Ay de mí! —exclamó un musulmán anciano–, en estos labios estoy viendo los del apóstol de Dios». Acá en siglo y clima remotísimo una escena trágica con la muerte de Hosein, no puede menos de mover a simpatía al lector más yerto.[1470] Viene la festividad anual de su martirio, y en romería devota a su sepulcro, el Persa desolado allá se empapa todo en ímpetus frenéticos de ira y pesadumbre.[1471]

Llegan hermanas y niños de Alí aherrojados ante el solio de Damasco, aconsejan al califa que descarte de una vez la enemistad de una ralea popular y encontrada, habiéndola ya ultrajado hasta desahuciarla de toda reconciliación; mas Yezid se atiene a los dictámenes de la conmiseración, y despide honoríficamente a la familia llorosa para que junte sus lágrimas con las de su parentela en Medina. La gloria del martirio avasalló el derecho de primogenitura. Y los doce *imames*,[1472] o pontífices de la creencia persa, son Alí, Hosan, Hosein, y los descendientes en derechura de Hosein hasta la novena generación. Sin armas, tesoros ni súbditos, fueron más y más disfrutando la veneración de las gentes y ensalzando a los califas reinantes; y aun ahora mismo sigue la devoción de sus secuaces visitando sus túmulos en Medina y en la Meca por las orillas del Éufrates y en la provincia de Jorasán. Sediciones y guerras civiles

abortaron con su sobrescrito, mas los santos regios menospreciaban el boato mundano, se conformaban con la voluntad de Dios y la injusticia de los hombres, y concretaban allá sus vidas inocentes al estudio y la práctica de la religión. El dozavo y último de los imames, en extremo esclarecido con el dictado de *Mahadi* o el Guía, descolló en arrinconamiento y santidad sobre sus antecesores. Se empozó en una cueva junto a Bagdad: ignórase el sitio y el plazo de su fallecimiento, y sus devotos se empeñan en que está viviendo todavía; y tiene que aparecerse antes del día del juicio para derrocar la tiranía de Dejal o sea el Anticristo.[1473] Mediaron dos o tres siglos y la posteridad de Abás, tío de Mahoma, se había multiplicado hasta el número de treinta y tres mil;[1474] cundió no menos la prole de Alí; su ínfimo individuo se sobreponía al príncipe más encumbrado, y se suponía a los más eminentes allá más cabales y peregrinos que los arcángeles; mas su estrella adversa y los ámbitos del Imperio musulmán franquearon anchuroso campo a impostores arteros y denodados para entroncar con la semilla sacrosanta, el cetro de los Almahades en España y África, de los fatimitas en Egipto y Siria,[1475] de los sultanes del Yemen y de los sofies de Persia,[1476] se ha ido consagrando con este dictado hueco e inapeable. Expuestísimo era el ventilar en su reinado la legitimidad de su nacimiento, y enmudeció todo escudriñador ante el fatimita califa Moez, quien blandiendo su cimitarra, prorrumpe: «Éste es mi linaje —y tirando un puñado de oro a su soldadesca–, ésta es mi prole y mi parentela». En la vasta jerarquía de príncipes, o doctores, o nobles, o bien de traficantes y aun pordioseros, un enjambre de castizos o soñados descendientes de Mahoma y de Alí están mereciendo blasones de jeques, scherifes o emires. Sobresalen por el Imperio Otomano con su turbante verde, están pensionados por el

erario, gozan el fuero de su caudillo, y por más que la suerte o el oficio los envilezca, tremolan siempre sus ínfulas de excelsa preeminencia por su nacimiento. Una alcurnia de trescientas personas, rama castiza y acendrada del califa Hasan, se está conservando sin mancilla ni recelo en las ciudades santas de Medina y de la Meca, y tras los vaivenes de doce siglos, se hallan todavía custodiando el templo y ejerciendo la soberanía de su patria. La nombradía y los merecimientos de Mahoma hidalgarían la ralea más plebeya, y la sangre antiquísima de los koreishitas se encumbra allá sobre la majestad moderna de los reyes de la tierra.[1477]

Descollantes y envidiables campean los alcances de Mahoma; mas tras sus logros peregrinos llegan a embelesarnos con demasía. ¿Es de extrañar que tanta muchedumbre de alumnos se empapase en la doctrina y los ímpetus de un fanático elocuente? ¿Echaron el resto, por ese rumbo los heresiarcas de la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles hasta el siglo de los reformistas? ¿Se ha de traer increíble que un mero particular empuñase espada y cetro, avasallase su patria y plantease una monarquía con su diestra victoriosa? Allá en los vaivenes incesantes de las dinastías orientales, a centenares se han ido encumbrando usurpadores de ruin cuna, arrollando tropiezos mayores, y abarcando ámbitos más extensos de imperio y conquista. Siempre en igual disparador para predicar y para combatir, enlazando entrambos requisitos de suyo contrapuestos, al paso que realzaban su trascendencia, contribuían para sus logros: pujanza y persuasiva, entusiasmo y zozobra, con su flujo y reflujo, obraban más y más en los ánimos, hasta volcar por fin todas las vallas. Clama a los árabes redobladamente, libertad y victoria, armas y rapiñas, ensanche a rienda suelta para sus apetitos entrañables en el mundo actual y

en el venidero; y siendo imprescindibles algunas rémoras para conceptuar las ínfulas de profeta y arraigar la obediencia del pueblo, no quedaba más contrarresto para sus triunfos que la racionalidad de su creencia en la unidad, y en los atributos del Altísimo. Pasmémonos más bien de la permanencia que de la propagación de su fe. La idéntica mella que estampó tan cabal y acendradamente en la Meca y en Medina, se está conservando, tras doce siglos en el indio, el africano, el turco y demás alumnos del Alcorán. Si pudiesen volver los apóstoles cristianos san Pedro y san Pablo al Vaticano, andarían tal vez preguntando el nombre de la Divinidad que se reverencia con ritos tan misteriosos en aquel grandioso templo: no se pasmaran tanto en Oxford o en Ginebra; pero siempre tendrían que recorrer el catecismo de la Iglesia y estudiar ahincadamente a los comentadores católicos sobre sus propios escritos y las palabras de su Maestro. Mas el cimborio turco de Santa Sofía, aunque muy realzado en esplendor y grandiosidad, es siempre un mero remedo de aquel humilde tabernáculo levantado en Medina por mano de Mahoma. Siempre los musulmanes contrarrestaron a una la aprensión de apocar el objeto de su fe y devoción anivelándolo con la sensualidad y fantasía humana. «Creo en un Dios, y Mahoma es el apóstol de Dios», es la profesión sencillísima e inalterable del Islam. Jamás ídolo visible desautorizó la estampa allá intelectual de la Divinidad; nunca los timbres del profeta tramontaron los ámbitos de la virtud humana, y sus mandamientos expresivos enfrenaron el agradecimiento de sus discípulos en los términos de la racionalidad y de la religión. Los feligreses de Alí consagraron por cierto la memoria de su héroe, mujer y niños, y afirman doctores persas que la esencia divina se encarnó en la persona de los imames; pero los sonnitas son todos abominadores de

aquella superstición, y su demasía ha venido a ser no aviso y dispersador contra el culto de santos y de mártires. Tan disputadores han sido los musulmanes como los cristianos acerca de los atributos de Dios y la libertad del hombre, acicalando hasta lo sumo lo metafísico; mas entre aquellos nunca se trascendió a alborotar y trastornar los pueblos con sus cavilaciones, a causa de la incorporación entre ellos de la jerarquía regia con la sacerdotal. Interesaban en gran manera los califas, sucesores del profeta y caudillos de los fieles, en orillar y enfrenar toda innovación religiosa; ni la clase, ni la ambición temporal y espiritual del clero asomaron jamás entre mahometanos, y los amaestrados en la ley son los entonadores de sus conciencias y los oráculos de su fe. Desde el Atlántico hasta el Ganges impera el Alcorán como el código fundamental, no sólo en teología, sino en la jurisprudencia civil y criminal: y las leyes que pautan las gestiones y los haberes del género humano quedan escudadas con la sanción infalible y aferrada de la voluntad de Dios. Adolece esta servidumbre religiosa de tropiezos en la práctica. Desbarró aquel idiota legislador a impulsos de sus propias vulgaridades y de las de su patria, y las instituciones del desierto de la Arabia no pueden cuadrar con la opulencia y el vecindario de todo un Ispahan o un Constantinopla. En tales casos, el Cadhí se encasqueta rendidamente el volumen sacrosanto, y lo sesga con una glosa peregrina, más conforme con la equidad y con las costumbres y el régimen de estos tiempos.

Su influjo benéfico o pernicioso en la felicidad pública es la postrera pincelada en el retrato de Mahoma. Sus enemigos más avinagrados y empedernidos, ya judíos ya cristianos, le concederán sin reparo que se encargue de una comisión soñada para ir derramando una doctrina saludable y tan sólo menos

cabal que la de ellos. Dio devotamente por supuesta, como cimiento de su religión, la certeza de las revelaciones anteriores, con las virtudes y milagros de sus maestros. Yacieron a trozos los ídolos de Arabia ante el solio de Dios; la sangre de víctimas humanas quedó sustituida con plegarias, ayunos y limosnas, ejercicios inocentes y recomendables de religiosidad, retratando al vivo los premios y castigos de la vida venidera al remedo de cuanto apetecía una generación idiota y toda carnal. No alcanzaba tal vez Mahoma a idear y abarcar un sistema político y moral para el uso de sus paisanos: pero los empapó en arranques caritativos y amistosos; les amonestó la práctica de virtudes sociales, y enfrenó con sus leyes y mandamientos la sed de venganzas y las tropelías con viudas y huérfanas. Hermanáronse las tribus enemigas en su fe y obediencia, y el denuedo que se solía desperdiciar en contiendas caseras, se disparó allá contra los forasteros opuestos. Si el ímpetu amainara un tanto la Arabia, desahogada en su interior y formidable por fuera, tal vez se encumbrara floreciendo con una sucesión de monarcas solariegos; pero se anonadó su soberanía con la extensión y velocidad de sus conquistas. Cundieron sus colonias por el Oriente y el Ocaso, barajando en descendencia con la de sus convertidos o cautivos. Tras el reinado de tres califas, se trasladó el solio de Medina al valle de Damasco y las márgenes del Tigris; mancilláronse las ciudades santas con una guerra impía: la varilla de un súbdito y quizás de un advenedizo avasalló la Arabia, y los beduinos del desierto, desengañados de su soñado señorío, recobraron su antigua y solitaria independencia.[1478]

LI

CONQUISTA DE LA PERSIA, SIRIA, EGIPTO, ÁFRICA Y ESPAÑA POR LOS ÁRABES O SARRACENOS - IMPERIO DE LOS CALIFAS O SUCESORES DE MAHOMA - ESTADO DE LOS CRISTIANOS BAJO SU GOBIERNO

Perenne se mantenía la índole de los árabes tras aquella revolución, pues la muerte de Mahoma fue la señal de toda independencia, y aquel encumbramiento atropellado de tantísimo poderío se estremeció en sus cimientos. Una cuadrilla escasa, pero leal, de sus discípulos primeros le sirvió de auditorio, terció en sus desventuras, huyó con él de las tropelías de la Meca, o bien lo albergó fugitivo en el recinto de Medina. Los miles y miles que se fueron más y más acrecentando y vinieron a reconocer por monarca y profeta a Mahoma, se doblegaron a sus armas o se embelesaron con sus logros. Hollados quedaron los politeístas con el concepto sencillísimo de un Dios invisible y solitario; mas la altanería de cristianos y judíos rechazó allá el yugo de un legislador mortal y contemporáneo. Mal hallados con el ejercicio de la fe nueva y atropelladora, muchos de los recién convertidos acudían desalados a la antigüedad venerable de la ley de Moisés; a los ritos y misterios del catolicismo, o a los ídolos, sacrificios y funciones alborozadas de sus antepasados paganos. Los intereses de suyo reñidísimos y enconos hereditarios entre las tribus árabes no habían llegado a hermanarse en un sistema único y subordinado, y aquellos bárbaros se desentendían disparados de

leyes cariñosas y saludables que enfrenaban sus ímpetus y desdecían sus costumbres. Hacíanseles muy cuesta arriba aquellos preceptos religiosos del Alcorán, como la abstinencia del vino, el ayuno del Ramadán, y la repetición diaria de cinco rogativas; y luego los diezmos agolpados para tesoro de Medina, tan sólo en el nombre se diferenciaban del pago de un tributo perpetuo y afrentoso. Hervía todo, al remedo de Mahoma, en fanatismo e impostura, y varios competidores se arrojaban, aun en vida del profeta a seguir sus huellas y contrarrestar su predominio. El primer califa, capitaneando los *fugitivos* y *auxiliares*, quedó reducido a las ciudades de la Meca, Medina y Tayef, y aun quizá repusieron los koreishitas los ídolos de la Caaba, a no atajarlos la liviandad una reconvención terminante. «¿Cómo, vecindario de la Meca, con que has de ser el último en seguir, y el primero en orillar la religión del Islam?» Después de robustecer a los musulmanes su confianza en el amparo de Dios y de su apóstol, acordó Abubeker precaver ejecutivamente la incorporación de los rebeldes. Pónense mujeres y niños a buen recaudo por las escabrosidades de los riscos: tremolan los guerreros once banderas; aterran con sus armas, y escuadronadas las fuerzas restablecen y afianzan la lealtad de los fieles; las tribus, siempre volubles, se arrepienten, se humillan y se avienen a la plegaria, al ayuno y a las limosnas, y tras sonados y victoriosos escarmientos, los apóstatas más desmandados se postran ante el alfanje del Señor y de Caled. En la provincia pingüe de Yemanah,[1479] entre el Mar Rojo y el Golfo de Persia, en una ciudad igual a Medina, un caudillo poderoso, llamado Moscilama, ostentó también sus ínfulas de profeta, descollando bajo este predicamento en la tribu de Hanifa. Acudió a su nombradía una profetisa, y aquella pareja celestial, desentendiéndose de todo decoro y miramiento,[1480] se explayó

por largos días en sus mutuas hablas y amoríos. Consérvase todavía allá una sentencia enmarañada[1481] de su libro o Alcorán, y en medio de las alas que les infundía su incumbencia, se allanó Moscilama a promediar la tierra. Menosprecio sumo mereció la propuesta a Mahoma, pero los medios ejecutivos del impostor causaron al sucesor suma zozobra. Junta Caled hasta cuarenta mil guerreros, que cifran toda su fe en un solo trance, rechazados al pronto con pérdida de más de mil hombres; pero luego prepondera la maestría venturosa del caudillo, y se desagravia del primer contraste con la matanza de diez mil infieles, y un esclavo etíope traspasa a Moscilama con el mismo venablo que había herido mortalmente al tío de Mahoma. El auge de la monarquía arrolla más y más a los rebeldes árabes sin capitán y sin objeto, y la nación entera volvió a profesar más aferradamente la religión del Alcorán. La ambición de los califas franqueó nuevo campo al denodado desasosiego de los sarracenos; hermanáronse para su guerra sacrosanta, y su entusiasmo ardió y se disparó igualmente con la victoria y el contrarresto.

Al presenciar aquel arrebato de conquistas en los sarracenos, se hace muy obvio el conceptuar que los califas acaudillaban personalmente sus fieles, desalados adalides tras la corona del martirio en la refriega. Acuchillado estaba con efecto el denuedo de Abubeker,[1482] Omar[1483] y Othman[1484] guerreando con el profeta, y aquella viva voz, afianzadora del Paraíso, no podía menos de amaestrarlos en el menosprecio de todo deleite y peligro en este mundo. Mas treparon al trono en edad ya madura y venerable, y antepusieron el afán casero de la religión y de la justicia, como el desempeño más urgente de un soberano, a todas las expediciones que, excepto la del sitio de Jerusalén por Omar, solían reducirse a romerías de Medina a la

Meca, recibiendo inalterablemente los noticiones victoriosos, mientras seguían orando o predicando ante el sepulcro del profeta. Su método frugal y austero de vida era parte del pundonor y de la costumbre, y el engreimiento de tantísima sencillez afeaba el boato disparatado de los reyes de la tierra. Al posesionarse Abubeker del cargo de califa, dispuso que su hija Ayesha inventariase por menor el patrimonio solariego, para que se evidenciase si se había acaudalado o empobrecido sirviendo al Estado. Considerose acreedor al estipendio de tres piezas de oro y al mantenimiento suficiente de un camello y un esclavo negro; pero todos los viernes repartía el sobrante de su dinero particular y del público, primero a los más dignos, y luego a los más menesterosos de los musulmanes. El residuo de sus haberes, un vestido tosco y cinco piezas de oro pararon en manos del sucesor, que se lamentó suspirando modestamente de su torpeza para ser el remedo de tan sumo dechado. Sin embargo, el miramiento y la humildad de Omar corrían parejas con las virtudes de Abubeker, reduciendo su alimento a pan de cebada o dátiles; era agudo y solía predicar con una bata agujereada en doce partes, y un sátrapa persa que rendía su acatamiento al conquistador lo halló durmiendo con los mendigos en la gradería de la mezquita de Medina. La economía es madre de la liberalidad, y el auge de sus rentas proporcionó a Omar el plantear un galardón condigno para los servicios pasados y presentes de los fieles. Desentendiéndose de sus propios sueldos, señaló a Abás, tío del profeta, el situado primero y grandioso de veinticinco mil dracmas o piezas de plata. Cupieron cinco mil a cada veterano; residuos del campo de Beler, y los compañeros últimos e ínfimos de Mahoma disfrutaron la renta anual de tres mil piezas. Mil era el haber de los veteranos que habían peleado en las primeras batallas contra griegos y persas, y la paga menor

hasta la reducción de cincuenta piezas, se iba adecuando al mérito respectivo y la antigüedad de los guerreros de Omar. En su reinado y el de su antecesor, los conquistadores de Oriente fueron los sirvientes leales de Dios y del pueblo: la masa del grande erario estaba vinculada en los desembolsos de paz y guerra, y un sistema entre justiciero y bondadoso fue conservando la disciplina de los sarracenos, hermanando peregrinamente la brevedad ejecutiva del despotismo con la igualdad comedida de un gobierno republicano. El denuedo heroico de Alí[1485] como la cordura consumada de Muawiyá,[1486] estimulaban la emulación de los súbditos, y la sabiduría ejercitada en la escuela de sus discordias civiles, se abocó más provechosamente a propagar la fe y el señorío del profeta. Los príncipes sucesores de la casa de Ommiyan, apoltronados vanagloriosamente en el alcázar de Damasco, yacieron igualmente destituidos del desempeño de estadistas y de místicos.[1487] Agolpábanse, sin embargo, a sus plantas despojos sin fin de naciones desconocidas, empapábanse en mirarlos como tarimas de su solio; y así el auge y la sobrepujanza del encumbramiento arábigo fue parte del ímpetu de los naturales y no del adocenado desempeño de sus caudillos. La endeblez de los enemigos tiene que entrar crecidamente en cuenta, pues el nacimiento de Mahoma acaeció en la temporada más revuelta y afeminada de persas, romanos y bárbaros de Europa. Rechazaron los imperios de Trajano, y aun de Constantino y Carlomagno, el embate de los desnudos sarracenos; y allá yaciera desconocido el raudal del fanatismo por los arenales de la Arabia.

Allá en los días victoriosos de la República Romana, asestaba el Senado vinculadamente sus intentos y sus legiones a una guerra, rematando de todo punto a un enemigo antes de

enconarse en hostilidades con otro alguno; pero los califas árabes, a impulsos de su magnanimidad o de su entusiasmo, orillaban disparadamente máximas tan apocadas, embistiendo con la misma pujanza y prevalencia a los sucesores de Augusto y de Artajerjes, pues entrambas monarquías en un mismo trance, yacieron rendidas a un enemigo que en tantísimo grado habían estado siempre menospreciando. En los diez años del régimen de Omar lograron los sarracenos avasallar treinta y seis mil ciudades o castillos, volcar hasta cuatro mil iglesias o templos de incrédulos, y plantear mil cuatrocientas mezquitas para el culto de la religión mahometana. A los cien años de la huida del profeta, las armas de sus varios sucesores abarcaban desde la India hasta el océano Atlántico las dilatadísimas provincias que pueden comprenderse bajo los nombres de: I. Persia; II. Siria; III. Egipto; IV. África, y V. España. Bajo esta división general voy a ir historiando aquellos acontecimientos memorables; ciñendo con estrechez las conquistas lejanas y menos interesantes del Oriente, y explayándome luego por comarcas ya caseras, encajonadas en los ámbitos del Imperio Romano; mas tengo que sincerar mi escaso desempeño con la ceguedad e insuficiencia de mis guías. Los griegos tan decidores en sus contiendas, poquísimo afán dedicaron a decantar triunfos enemigos;[1488] y tras todo un siglo de idiotez, los primeros anales del mahometismo allá se fueron cuajando en gran parte con el eco de la tradicion.[1489] Entre los crecidos partos de la literatura persa y arábiga,[1490] nuestros intérpretes han ido entresacando los meros rasguños de temporadas más recientes,[1491] pues nunca los asiáticos alcanzaron el primor y el numen de la historia,[1492] ignorando todo asomo de criterio, y las crónicas monásticas de aquel mismo plazo pueden parangonarse a sus escritos más apreciados que carecen yertos de todo desahogo y filosofía. La

librería oriental de un francés[1493] instruiría al mufti más aventajado, y quizás no hallarán los árabes en uno sólo de sus historiadores el pormenor de sus propias hazañas con el despejo y el ensanche que irán asomando por las páginas siguientes.

I. Al mando del primer califa, su lugarteniente Caled, el alfanje de Dios y el azote de los infieles, se asomó ya a las orillas del Éufrates (632 d. C.), y allanó las ciudades de Ambar y de Hira. Al poniente de las ruinas de Babilonia, una tribu de árabes fijos se había avecindado sobre el confín del desierto, siendo Hira el solar de una casta de reyes cristianos, que imperaron por setecientos años, a la sombra del solio de Persia.[1494] Derrotó Caled y dio muerte al postrer Mondas, enviando al hijo cautivo a Medina; doblegáronse los nobles ante los sucesores del profeta; siguió el pueblo en todo el ejemplar de sus paisanos; y aceptó el califa por primer fruto de una conquista extranjera el tributo anual de setenta mil piezas de oro. Atónitos quedaron los guerreros, y aun sus historiadores, con aquel albor de su encumbramiento venidero. «En un mismo año —dice Elmacín–, trabó Caled varias refriegas señaladas, matando inmensidad de infieles, y atesorando los victoriosos musulmanes innumerables despojos».[1495] Pero trasladaron luego al invicto Caled a la guerra de Siria; caudillos no tan eficaces o atinados capitanearon la invasión de la raya persiana, pues quedaron los sarracenos rechazados con quebranto en el tránsito del Éufrates; y aunque escarmentaron a los persas en su alcance indirecto, las fuerzas restantes permanecieron vagando por el desierto de Babilonia.

La ira y la zozobra de los persas enfrenó por una temporada sus desavenencias; y sentencia unánime de sacerdotes y nobles depuso a la reina Arzema, usurpadora sexta y transitoria de tantas cabezas como habían descollado en dos, tres o cuatro años

que mediaron desde la muerte de Cosroes y la retirada de Heraclio (636 d. C.). Ciñeron su tiara en la sien de Yezdegerd, nieto de Cosroes, y la misma temporada que viene a coincidir con un período astronómico,[1496] recuerda el vuelco de la dinastía Safania y de la religión de Zoroastro.[1497] La mocedad y bisoñez del príncipe, pues era de quince años le hizo sortear un tránsito arriesgado; puso el estandarte regio en manos de Rustam, y un residuo de treinta mil hombres de tropa arreglada se robusteció hasta el número, efectivo o supuesto, de cien mil súbditos o aliados del gran rey. Los musulmanes, cuyo número había crecido desde doce hasta treinta mil, sentaron sus reales en las llanuras de Cadesia,[1498] y su frente aunque ofrecía menos *hombres*, encerraba más *soldados* que la hueste revuelta de los infieles. Apuntaré desde ahora y tendré que repetirlo otras veces, que la embestida de los árabes no era, como la de griegos y romanos, el empuje de una infantería cerrada e incontrastable; pues sus fuerzas militares se cifraban principalmente en caballería y flecheros, y así la refriega ya interrumpida ya renovada con peleas particulares y escaramuzas volanderas, podía irse dilatando por varios días, sin trance decisivo. En la batalla de Cadesia mediaron plazos que se fueron apellidando respectivamente. El primero con el asomo oportunísimo de seis mil hermanos sirios, se llamó el día del *socorro*. El del *estrellón* pudo expresar el desconcierto de un ejército, o tal vez de entrambos; el tercero, alboroto nocturno, se llamó disparatadamente la noche *ladradora*, por los alaridos disonantes, que pudieron parangonarse con los sonidos descompasados de horrendas alimañas; pero la madrugada siguiente redondeó la suerte de la Persia, con una ventura favorable que arrolló nubes y nubes de polvareda sobre los rostros incrédulos. Retumba el estruendo de las armas en la

tienda de Rustam, quien, muy diverso del héroe antiguo del mismo nombre, estaba regaladamente recostado en una sombra sosegada y fresca, entre el pasaje de su campamento y en medio de infinitas acémilas cargadas de oro y plata. Se sobresalta al eco de tamaño peligro; huye, pero le alcanza y le ase por el pie un árabe esforzado, le cercena la cabeza, la tremola con el bote de su lanza, y volviendo ejecutivamente al campo de batalla, amedrenta y desbarata los tercios redoblados de la Persia. Confiesan los sarracenos una pérdida de siete mil quinientos hombres, y describen la refriega de Cadesia con los adjetivos de porfiada y honrosa.[1499] Yace el estandarte de la monarquía, y lo afianza en el mismo campo el delantal de un herrero, que allá en otro tiempo se encumbró a libertador de la Persia; pero aquella prenda de pobreza heroica estaba disfrazada con un sinnúmero de pedrería que cuasi la cuajaba por entero.[1500] Tras aquella victoria, las provincias riquísimas de Irak y de Asiria se rindieron al califa, afianzando ya sus conquistas con la fundación ejecutiva de Basora,[1501] plaza que está más y más señoreando el comercio y la navegación de los persas. A cinco leguas [11,11 km] del Golfo, se incorporan el Tigris y el Éufrates con corriente plácida y recia, nombrándose adecuadamente el río de los árabes. Al comedio de la confluencia y el desembocadero de aquellos ríos afamados, se planteó por la orilla occidental el nuevo establecimiento. Constaba la primera colonia de ochocientos musulmanes; pero el llamamiento de la situación agolpó en breve un vecindario populoso y floreciente. El ambiente, aunque en extremo cálido, es puro y saludable; retozan los ganados por las praderías a la sombra de las palmeras, y uno de los valles inmediatos se celebra como uno de los cuatro paraísos o jardines del Asia. Abarcaba con los califas la colonia arábiga las provincias meridionales de la Persia bajo su jurisdicción,

túmulos de compañeros y de mártires han santificado la ciudad, y los bajeles de Europa están todavía frecuentando de arribada al puerto de Basora para el comercio de la India.

Tras la derrota de Cadesia, un territorio sajado todo con ríos y acequias, podía contrarrestar incontrastablemente la caballería victoriosa, y los murallones de Ctesifonte y de Madayo, que habían resistido a los arietes romanos, mal se allanarían con los flechazos del sarraceno; pero los persas en su fuga se postraron con la creencia de que era venido el día postrero de su religión y su imperio; traición y cobardía dejaron en total desamparo los puntos más inexpugnables, y el rey, con parte de su familia y tesoro, huyó a Holwan, a la falda de los cerros de la Media. A los tres meses de la batalla, Said, lugarteniente de Omar, atraviesa el Tigris sin contrarresto; toma la capital por asalto, y la resistencia desconcertada del vecindario afila más agudamente los alfanjes de los musulmanes, quienes prorrumpen con religioso arrebato: «Éste es el alcázar blanco de Cosroes, ésta es la promesa del apóstol de Dios…». Los salteadores en carnes del desierto se enriquecen repentinamente, sobrepujando la realidad a sus noticias y a sus esperanzas, pues a cada estancia salía a luz un nuevo tesoro, ya estudiadamente recóndito, ya patente en ostentoso alarde: oro y plata, alhajas y preseas se aventajaban, dice Abulfeda, a los alcances de la fantasía y del guarismo, y otro historiador regula aquella indecible y casi infinita mole por el cómputo fabuloso de tres mil millares de piezas de oro.[1502] Algunos hechos, aunque mínimos en sí, manifiestan curiosamente el extremo contrapuesto de riqueza y de ignorancia. Un acopio cuantioso de alcanfor[1503] se había traído de las islas lejos del océano Indio para mezclarlo con cera e iluminar los palacios del Oriente: ajenísimos del nombre y propiedades de aquella goma olorosa, y teniéndola por sal, la

mezclaron con el pan y se pasmaron de su amargura. Una de las estancias del alcázar estaba realzada con una alfombra de seda de sesenta codos de larga y otros tantos de ancha; retrataba el suelo un jardín o paraíso; sus figuras en realce remedaban al vivo flores, frutas y matorrales de oro y hasta el matiz de piedras preciosas, abarcando una cerca verde y lozana todo el anchuroso recinto. La persuasiva del caudillo arábigo recabó de la soldadesca que se reservase tantísimo primor para regalar la vista del califa con aquel milagro de la naturaleza y el arte. El adusto Omar, desentendiéndose de todo su atractivo y del sumo boato regio, fue repartiendo la presa entre sus hermanos de Medina: se inutilizaron las labores, pero su valor intrínseco era tan subido, que Alí vendió su cupo en veinte mil dracmas. Cogieron en el alcance una acémila portadora de la tiara, coraza, tahalí y ajorcas de Cosroes y presentando el riquísimo trofeo al caudillo de los fieles, y hasta los hermanos más circunspectos prorrumpieron allá en una sonrisa, al mirar la barba cenicienta, brazos velludos y zompo figurón del veterano, revestido con los despojos del gran rey.[1504] Desalado Ctesifonte tras el saqueo, vino a menoscabarse en gran manera, pues los sarracenos, mal hallados con su ambiente y su situación, aconsejaron a Omar que trasladase el solar de aquel gobierno a la margen occidental de Éufrates. Facilísima ha sido en todos tiempos así la fundación como la ruina de las ciudades asirias, pues careciendo el país de sillares y de madera, y construyendo por suma solidez[1505] con adobes, se reduce la obra a irlas pegando con el betún solariego por todo el país. El nombre de *Cufa*[1506] está retratando una vivienda de cañizo y tierra; pero los auges de la nueva capital fueron siempre a más con el número, haberes y brío de una colonia de veteranos, a cuyo desenfreno se avenían los califas más advertidos con la zozobra que infundían las ínfulas de cien

mil alfanjes, «Vecindario de Cufa —decía Alí ansioso de su arrimo–, siempre descollaste con vuestro denuedo; tú arrollaste al gran rey, aventando sus fuerzas y posesionándote de su herencia». Redondeose tan grandiosa conquista con las batallas de Jalula y de Nebavend. Tras el descalabro de la primera, Yezdegerd huyó de Holwan para emboscar su afrenta y su desesperación por los riscos de Farsistan, de donde allá Ciro se había descolgado con sus compañeros iguales y valerosos. Sobrevivió el espíritu de la nación al del monarca, y por las serranías al sur de Ecbátana o Hamadán, ciento cincuenta mil persas, se aferraron terca y rematadamente en defensa de patria y religión, y los árabes apellidaron la refriega decisiva de Nehavend, la victoria de las victorias. Si es cierto que una recua de acémilas y camellos cargada de miel se detuvo hasta alcanzarle el enemigo al general persa, el caso aunque trivial y extrañísimo está denotando la lujosa barahúnda de una hueste oriental.[1507]

Enmarañadamente apuntan griegos y latinos la geografía de la Persia, pero su ciudad más descollante aparece anterior a la invasión de los árabes. Tomando a Hamadán, Ispahán, Caswin, Tauris y Rei se fueron asomando a las playas del mar Caspio, y los oradores de la Meca encarecían más y más el denuedo y los avances de los fieles, quienes habían llegado a perder de vista la Osa septentrional, y casi traspuesto el lindero del orbe habitable.[1508] Revolviendo luego hacia el Occidente y el Imperio Romano, despasaron luego el Tigris por el puente de Mozul, y en las provincias ya rendidas de Armenia y Mesopotamia se abrazaron con sus hermanos victoriosos del ejército sirio. El avance oriental no fue menos ejecutivo y dilatado desde el palacio de Madayo. Se fueron adelantando por las orillas del Tigris y del Golfo; calaron por las gargantas de los riscos hasta el

valle de Estachar o Persépolis, y allí profanaron hasta el postrer santuario del imperio de los magos; y aun estuvieron a pique de sobrecoger al nieto de Cosroes entre las columnas caedizas y efigies desfiguradas, que estaban simbolizando la estrella antigua y presente de la Persia;[1509] huyó atropelladamente por el desierto de Kirman, imploró el arrimo de los sejestanes belicosos, y se acogió a humildísima guarida en el confín del dominio turco y chino. Pero es de suyo incansable toda hueste victoriosa; dividen los árabes su alcance en pos de un enemigo amedrentado, y el califa Othman brinda con el gobierno de Jorasán al primer caudillo que se interne por aquel país dilatado y populoso, el reino antiguo de Bactriana. Admítese el brindis, y queda el galardón devengado; tremola el estandarte de Mahoma en las almenas de Herãt, Meru y Balch, y el campeón triunfador ni para, ni sosiega hasta abrevar su caballería hijadeante en los raudales del Oxo. En aquella anarquía rematada, independientes ya los gobernadores de ciudades y castillos, van logrando sus respectivas capitulaciones, cuyos términos se otorgan e imponen a fuer del aprecio, cordura o lástima de los vencedores, y una mera profesión de fe deslinda al hermano del esclavo. Harmozan, príncipe o sátrapa de Ahwaz y Susa, tras gallardísima defensa, tiene que rendir persona y estados a discreción del califa, y su avistamiento está al vivo retratando las costumbres arábigas. El bárbaro galano, a presencia y de orden de Omar queda despojado de su ropaje de seda recamado de oro, y de su tiara tachonada toda de rubíes y esmeraldas. «¿Acabas de hacerte cargo —dice el vencedor a su cautivo desnudo–, de los juicios de Dios, y de la recompensa diversísima de la infidelidad y la obediencia?». - «¡Ay de mí! —contesta Harmozan–, harto lo estoy viendo. En los días de nuestra ignorancia general, peleábamos con las armas de la carne, mi nación prevalecía.

Neutral era Dios a la sazón; pero después que se abanderizó con vosotros, habéis dado al través con nuestro reino y nuestra religión». Acongojado con tan doloroso diálogo, se queja el Persa de su sed insufrible, pero manifiesta recelos de que lo degüellen al sorber un poquillo de agua. «Buen ánimo —prorrumpe el califa–, en salvo tienes la vida hasta que hayas bebido el agua» admite el sátrapa sagaz aquel resguardo y estrella la vasija contra el suelo. Trata Omar de vengar el engaño, pero los compañeros le hacen cargo de que está juramentado, pero Harmozan se convierte y logra no sólo indulto, sino una pensión de dos mil piezas de oro. Se formalizó reseña del gentío, ganados y productos de toda la Persia[1510] que evidenciando el desvele de los califas, pudiera estar instruyendo a los filósofos de todos los siglos[1511] (651 d. C.).

Traspuso Yezdegerd, en alas de su pavor, el Oxo y llegó al Yaxartes, ríos ambos de nombradía en lo antiguo y en lo moderno,[1512] que despeñándose de las cumbres de la India van a parar al Caspio. Agasajole Tarkhan, príncipe de Fargana,[1513] provincia feraz sobre el Yaxartes; lamentos y promesas del monarca destronado, movieron al rey de Samarcanda con las tribus turcas de Sogdiana y Escitia, y luego con embajada rendidísima solicitó el arrimo más poderoso y fundamental del emperador de la China.[1514] El virtuoso Taitsong[1515] de la dinastía de los Tangres, puede cabalísimamente parangonarse con los Antoninos de Roma, pues disfrutaba su pueblo todo las dichas y prosperidades de la paz, y hasta cuarenta y cuatro rancherías de los bárbaros de Tartaria estaban reconociendo su señorío. Sus guarniciones fronterizas de Cashgar y Khoten, vivían relacionadas con sus vecinos del Yaxartes y el Oxo; una colonia reciente de persas había introducido en la China la astronomía de los magos, y pudo Taitsong asustarse con el

avance disparado y la vecindad azarosa de los árabes. El influjo, y aun quizá los auxilios, de la China, resucitó las esperanzas y el afán de los adoradores del fuego, y volvió con una hueste turca a reconquistar la herencia de sus padres, pero venturosos en todo los musulmanes, sin desenvainar sus alfanjes estuvieron presenciando su exterminio y muerte. Vendió un sirviente y el vecindario desmandado de Meca insultó al nieto de Cosroes, hollado luego, derrotado y perseguido por sus aliados bárbaros. Llega el desventurado a un río, ofrece anillos y brazaletes por su tránsito ejecutivo en la barquilla de un molinero, quien ajeno de toda noticia o lástima del conflicto regio, contesta que el producto diario de su molino era de cuatro dracmas y no aprontándoselas le era imposible suspender su faena. En aquel trance del coloquio y la tardanza, sobreviene la caballería turca y degüella al último rey Sasán, a los diecinueve años de su infausto reinado.[1516] Su hijo Firuz, rendido ahijado del emperador chino, aceptó el cargo de capitán de su guardia, conservando allá una colonia de leales desterrados en culto de los magos en la provincia de Buhara. Heredó el nieto su regio nombre; pero tras endeble y malogrado intento, se volvió a la China y acabó sus días en el palacio de Sigan. Extinguiose la línea varonil de los sasánides; pero las cautivas, hijas de la Persia, pararon como siervas o esposas en manos de los vencedores, y así madres reales vinieron a ennoblecer con su sangre la alcurnia de los califas e imames.[1517] Tras el vuelco del reino persa, quedó el río Oxo por deslinde entre turcos y sarracenos; pero el denuedo arábigo traspuso luego aquella estrechez, pues los gobernadores del Jorasán fueron ensanchando más y más sus correrías, adornando uno de sus triunfos con el borceguí de una reina turca (710 d. C.), desprendiéndosele en su fuga atropellada allende la serranía de Buhara,[1518] pero la conquista cabal de la Transoxiana,[1519]

como también la de España, se reservaba para el reinado esclarecido del apoltronado Walid; y el nombre de Catibah, el arriero de camellos, está patentizando el origen y merecimientos de su venturoso lugarteniente. Mientras uno de sus compañeros estaba tremolando el primer pendón mahometano por las orillas del Indo, las armas de Catibah fueron avasallando el ámbito anchuroso comprendido entre el Oxo, el Yaxartes y el mar Caspio, a la obediencia del profeta y del califa.[1520] Impuso un tributo de dos millones de piezas de oro a los infieles; quemó o estrelló sus ídolos; pronunció un sermón en la nueva mezquita de Carizmio; mediaron batallas y las rancherías turcas fueron arrolladas sobre el desierto, y los emperadores de la China solicitaron la amistad de los árabes victoriosos. Prosperó a su impulso en gran parte aquella provincia, la Sogdiana de los antiguos; pero ya los reyes macedonios se hicieron cargo de las ventajas de suelo y clima, y así antes de la invasión de los sarracenos, Carizmio, Buhara y Samarcanda florecían ricas y populosas bajo el yugo de los mayorales del Norte. Murallas cercaban el recinto, y la fortificación exterior abarcaba, con mucho mayor ámbito, las campiñas y huertas del distrito contiguo. Acudía la eficacia de los tratantes sogdianos a las urgencias mutuas de la India y de la Europa, y el arte imponderable de transformar el lienzo en papel, se fue extendiendo desde las fábricas de Samarcanda por todo el orbe occidental.[1521]

II. No bien logra Abubeker consolidar la unidad en la fe y en el gobierno, cuando expide una circular (632 d. C.) a las tribus árabes. «En el nombre de todo un Dios misericordioso, a los demás verdaderos creyentes. Salud, felicidad, cariño y bendición de Dios sea con vosotros. Alabado sea el Altísimo y roguemos por su profeta Mahoma. Ésta se reduce a participaros

cómo voy a enviar los verdaderos creyentes a la Siria,[1522] para arrebatarla de manos de los infieles; y habéis de tener entendido, como el pelear por la religión es un acto de obediencia a Dios». Vuelven los mensajeros con la nueva del afán devoto y guerrero recién inflamado por todas las provincias, y allá se van agolpando en el campamento de Medina bandadas y remolinos de sarracenos, desalados por los trances y quejosísimos del ardor de la estación y de la escasez de abastos, reconviniendo más y más a voz en grito al califa por sus demoras. Se acabala su número, trepa Abubeker al cerro, va oteando gente, caballos y armas, y dispara el raudal de su plegaria fervorosa por el logro de la empresa. Marcha al pronto en persona y a pie, y si tal vez algún caudillo avergonzado trataba de apearse, avenía el califa sus escrupulillos voceando que jinetes e infantes se hacían igualmente merecedores en servicio de la religión. Sus instrucciones[1523] a los caudillos de la hueste siria, son parto de un fanatismo guerrero que se abalanza desaladamente a los objetos de ambición terrena que está aparentando menospreciar altísimamente. «Recordad —exclama el sucesor del profeta–, que os halláis a toda hora en presencia de Dios, asomados a la muerte, a la seguridad del juicio y a la puerta del Paraíso. Nada de injusticias ni tropelías; contad con vuestros hermanos, y esmeraos en afianzar el cariño y el concepto de la tropa. Al pelear en las refriegas del Señor, portaos varonilmente sin jamás volver la espalda; mas no hay que mancillar la victoria con sangre de mujeres o niños. No derribéis palmeras, ni queméis mieses, ni taléis frutales, ni dañéis al ganado, matando tan sólo el preciso para el mantenimiento. En ajustando algún convenio o pacto, conservadlo aferradamente, y cumplid siempre vuestra palabra. En vuestros avances vendréis a tropezar con varones religiosos que viven allá retirados en monasterios, dedicados a

servir únicamente a Dios por aquel rumbo: dejadlos en paz, y no hay que matarlos ni derribar sus albergues.[1524] Hallaréis también otra ralea de gente que corresponde a la sinagoga de Satanás, con sus cabezas afeitadas en corona, rajadles sin falta los cascos[1525] sin darles jamás cuartel hasta que se hagan mahometanos, o paguen tributo.» Toda conversación profana e insustancial, y toda especie rencorosa de enemistad antigua estaban severísimamente vedadas entre los árabes; en medio del tráfago de un campamento se practicaban esmeradamente todos los ejercicios religiosos, y todos los intermedios de refriegas se dedicaban al rezo, a la meditación y al estudio del Alcorán. El exceso y aun el uso del vino se castigaba con ochenta palos en las plantas de los pies; y allá en los arranques del fervor primitivo, muchos pecadores recónditos revelaban su culpa y ansiaban su castigo. Tras alguna premeditación recayó el mando del ejército sirio en Abu Obeidah, uno de los fugitivos de la Meca y compañeros de Mahoma, cuyo afán y devoción amainaba, sin amortiguarse, con la templanza de su índole en extremo bondadosa; mas en asomando el trance clamaba la soldadesca por el numen descollante de Caled, y prescindiendo de la elección del príncipe el *Alfanje de Dios*, era en realidad y en nombradía el Adalid de los sarracenos. Obedecía sin repugnancia y se le consultaba sin emulación, y tal era su temple, o más bien el de aquella temporada, que Caled estaba siempre en ademán de pelear bajo las banderas de la fe, aun cuando tremolase en manos de un niño, o de algún contrario. Gloria, riquezas y señorío sonaban en los oídos del musulmán victorioso, mas estaba entrañablemente imbuido en el concepto, de que no mediando más incitativo que el de los bienes mundanos, tampoco le cabría otro galardón.

Encumbró la vanagloria romana al dictado de Arabia[1526] a

una de las quince provincias de la Siria al oriente del Jordán, y así aquel equívoco de cierto viso o desecho nacional vino a sincerar los primeros conatos de los sarracenos. Fomentaba grandiosamente el comercio todo el país, acordonado ya por el afán de los emperadores con una línea de fortalezas, y los murallones de las ciudades de Jerasa, Filadelfia y Bosra,[1527] resguardaban su crecido vecindario por lo menos contra toda sorpresa. Asomaba la última a diez y ocho jornadas de Medina, derrota muy trillada por las caravanas de Irak y Hejaz, que solían frecuentar anualmente aquel mercado pingüe de la provincia y de todo el desierto. Los celos perpetuos de los árabes habían aguerrido a los habitantes, y hasta doce mil caballos podían desembocar por las puertas de Bosra, nombre que en sirio significa torreón de defensa. En alas de sus primeros logros contra los pueblos abiertos y las partidas fugitivas de la raya, un destacamento de cuatro mil musulmanes se arrojó a intimar y embestir la fortaleza de Bosra, y arrollados por el número de los sirios, debieron su salvamento a la presencia de Caled con mil quinientos caballos: vituperó la empresa, rehízo la batalla y rescató a su amigo, el venerable Serjabil, que en vano había estado invocando la unidad de Dios y las promesas del apóstol. Tras breve descanso practican los musulmanes sus abluciones con arena, por falta de agua,[1528] y entona Caled la plegaria de la mañana, antes de montar a caballo. El vecindario de Bosra, engreído con sus fuerzas, abre las puertas, se arroja a la llanura y jura morir en defensa de su religión; mas una religión de paz no alcanza a contrarrestar el alarido fanático de «Guerra, Guerra; Paraíso, Paraíso», que va resonando por las filas sarracenas; y luego el alboroto de la ciudad, el clamoreo de las campanas[1529] y las exclamaciones de clérigos y de monjes, aumentan el quebranto y el trastorno de los cristianos. Quedan los árabes,

con la pérdida de doscientos treinta hombres, dueños del campo, y las almenas de Bosra, cuajadas de cruces sacrosantas y de pendones consagrados, están esperando el auxilio divino o humano. Aboga el gobernador Romano por una rendición pronta; pero menospreciado por el vecindario y apeado de su cargo, abriga en acecho el afán de la venganza. Se avista de noche con el enemigo y le manifiesta un tránsito subterráneo desde su morada por debajo de la muralla; el hijo del califa con cien voluntarios se confía en manos del nuevo aliado, y su arrojo venturoso franquea entrada expedita a los compañeros. Después que Caled impone la ley de tributo y servidumbre, el renegado o convertido ostenta ante el consejo su traición como meritoria. «Renuncio a vuestra asociación —dice Romano–, tanto en este mundo como en el venidero, y reniego del crucificado y de cuantos le adoran; escojo a Dios por mi dueño y Señor, el Islam por mi fe, la Meca por templo, los musulmanes por hermanos, y Mahoma por mi profeta, enviado para encaminarnos por el rumbo derecho y para ensalzar la religión verdadera, a pesar de cuantos quieren igualarse con el mismo Dios».

La conquista de Bosra a cuatro jornadas de Damasco,[1530] enardece a los árabes para sitiar aquella capital de la Siria,[1531] (633 d. C.) y acampando a corta distancia de sus murallas, entre las arboledas y manantiales de aquel terreno delicioso,[1532] proponen la alternativa de tabla en el sistema musulmán, de tributo o guerra, el vecindario resuelto y recién reforzado con cinco mil griegos. En la caduquez, como en el embrión del arte militar, solían mediar con frecuencia retos entre los mismos caudillos;[1533] quebráronse repetidamente lanzas por la llanura de Damasco, y descolló la bizarría de Caled desde la primera salida de los sitiados. Tras lid reñidísima vuelca por fin y rinde a un caudillo cristiano, agigantado y digno contrincante. Muda

ejecutivamente de caballo, que era regalo del gobernador de Palmira, y encabeza la vanguardia. «Descansa un tanto —le vocea el amigo Derar–, y déjame reemplazarte por ahora, pues cansadísimo has de estar por la lid con aquel can». «¡Ha, Derar! —lo replica el sarraceno incansable–, ¡allá lograremos reposo en el mundo venidero! Quien hoy se afane, descansará mañana». Caled, más y más denodado, acude, lidia y vence a segundo campeón, arrojando luego a la ciudad las cabezas de entrambos cautivos que se aferraron en conservar su religión. Sobrevienen peleas más o menos considerables que van siempre estrechando a los damascenos; mas un mensajero descolgado de las almenas vuelve con el aviso de socorro pronto y poderoso, y la gozosa algazara comunica la noticia al campamento de los árabes. Deliberan un rato y acuerdan los caudillos levantar, o más bien suspender, el sitio de Damasco, hasta después de batallar con las fuerzas del emperador. Ansía Caled, en la retirada, el punto más arriesgado de retaguardia, pero se aviene modestamente a los deseos de Abu Obeidah. Pero sobreviene el trance y vuela al rescate de su compañero acosado en una salida de seis mil caballos y diez mil infantes, y poquísimos son los cristianos que llegan a Damasco para individualizar las circunstancias de su derrota. La suma entidad del trance estaba requiriendo la incorporación de cuantos sarracenos andaban dispersos por la raya de Siria y Palestina, y voy a trasladar uno de los mandatos circulares enviado a Amrú, el conquistador venidero del Egipto. «En el nombre de Dios todo misericordioso, de Caled a Amrú, salud y felicidades. Sabe cómo tus hermanos los musulmanes tratan de marchar a Aiznadin, donde hay una hueste de setenta mil griegos, que intentan venir sobre nosotros, *a fin de apagar la luz de Dios con sus bocas; pero Dios está conservando su luz, a pesar de los infieles*.[1534] Por tanto, apenas ésta mi carta llegue a tus

manos, acude con cuantos estén contigo a Aiznadin, donde nos hallarás, si place así al Altísimo». Obedécese gozosamente el llamamiento, y los cuarenta y cinco mil musulmanes, que se agolpan en un mismo día y sitio, atribuyen a las bendiciones de la Providencia el efecto de su afán y actividad.

A los cuatro años de los triunfos de la guerra pérsica, padecen Heraclio y el Imperio todo nuevos vaivenes por un enemigo, cuyo poderío religioso atropella de todo punto a los cristianos, sin que acaben de alcanzar en todo el Oriente su aciaga trascendencia. La invasión de Siria, la pérdida de Bosra y el peligro le sobresaltan en su palacio de Constantinopla o de Antioquía. Junta una hueste de setenta mil veteranos, o reclutas, en Hems o Emesa, al mando de su general Werdan,[1535] y consistiendo aquellas fuerzas principalmente en caballería, pudieran igualmente apellidarse sirias, griegas o romanas; *sirias* por su naturaleza y el teatro de la guerra, *griegas* por la religión y el idioma de su soberano y *romanas* por el dictado grandioso que estaban todavía profanando los sucesores de Constantino. Al andar Werdan por las llanuras de Aiznadin, cabalgando en una mula tordilla, condecorado con cadenas de oro y cercado de insignias y pendones, quedó atónito con el encuentro de un guerrero desnudo y adusto que había tomado a su cargo el reconocer al enemigo. El entusiasmo de su país y de su siglo enardeció, o tal vez recargó, el denuedo anovelado de Derar. El osado sarraceno era todo codicia, todo ojeriza a los cristianos y menosprecio de los peligros; y al presenciar la muerte no decayó un punto su confianza religiosa, ni su sosegado arrojo, ni aun la jocosidad marcial de su temple. En el trance más desahuciado descollaban su atrevimiento, su tino, y su ventura; tras innumerables trances, después de hallarse tres veces prisionero en manos de los infieles, sobrevivió todavía para andar

historiando las proezas y disfrutar las recompensas de la conquista de Siria. En aquel encuentro su lanza sola sostuvo una pelea de escape contra treinta romanos destacados por Werdan, y después de matar o desmontar a diecisiete, llegó Derar sano y salvo a recibir los aplausos de sus hermanos. Al reconvenirle el general cariñosamente por su temeridad, se disculpó con sencillez soldadesca: «En verdad que no fui el agresor, pero viniendo a cogerme temí que Dios me viese volver la espalda, y eché seguramente el resto en la pelea, y por tanto me ayudó Dios contra ellos; y a no recelar el cargo de mi desobediencia a tres órdenes, no me retirara como lo hice: pero desde ahora estoy viendo que han de caer en nuestras manos». Al encararse los ejércitos se adelanta un griego venerable con ofrecimientos garbosos de paz, y se feriaba el desvío de los sarracenos con un regalo a cada soldado de un turbante, un ropaje y una pieza de oro; diez ropas y cien piezas de oro al caudillo, cien ropajes y mil piezas al califa. En la sonrisa airada de Caled va cifrado su desvío. «Ea, perros cristianos, sabida es la alternativa, el Alcorán, el tributo o la espada. Somos gente que nos saboreamos con la guerra más que con la paz; menospreciamos allá esas limosnillas baladíes, puesto que luego va a ser dueño de vuestras riquezas, familias y personas». En medio de aquel desprecio aparente se hacía muy bien cargo del sumo peligro, pues cuantos habían estado en Persia y presenciado los ejércitos de Cosroes confesaban que jamás habían visto formación más formidable. Aquella superioridad del enemigo fogueaba más y más el denuedo del astuto sarraceno. «Ahí tenéis —prorrumpe–, a los romanos todos; no hay arbitrio ya para sortearlos; pero también podéis en un solo día avasallar la Siria y el éxito se cifra todo en vuestra disciplina y sufrimiento. Reservaos; por la tarde solía vencer el profeta». Aguanta su tesón reportado los dos embates

sucesivos acosado por las arrojadizas del enemigo y el susurro de los suyos. Por fin exhaustos ya los ímpetus y las aljavas de la línea contraria, tremola Caled la señal del trance y de la victoria. Huyen los restos de la hueste imperial a Antioquía, Cesárea y Damasco, y la muerte de cuatrocientos setenta musulmanes queda más que compensada con el concepto de haber internado más de cincuenta mil infieles. Inestimable es el despojo de banderas y cruces de plata y oro, cadenas de lo mismo, pedrería y repuestos interminables de armaduras y galas peregrinas. Se dilata su reparto hasta después de la toma de Damasco, pero el surtimiento oportunísimo de armas proporciona nuevas victorias. Vuela el notición esclarecido al solio del califa y aun aquellas tribus árabes más tibias y aun contrapuestas al profeta son ya las más sedientas y desaladas tras los productos de la Siria (15 de julio de 633 d. C.).

Llega la infausta nueva a Damasco en alas del pavor y el desconsuelo, y el vecindario está ya presenciando desde las almenas el regreso de los héroes de Aiznadin. Amrú, el adalid de la vanguardia, asoma con nueve mil caballos; redóblanse en pos bandadas formidables de sarracenos, cerrando allá personalmente la retaguardia y tremolando el estandarte del águila negra. Acaudilla Derar desveladamente dos mil caballos, que patrullan, despejan y atajan las llanuras, desahuciando a la ciudad de todo auxilio y comunicación; y los demás jefes árabes se acuartelan respectivamente contra las siete puertas de Damasco, renovando el sitio con desalado ahínco y gallarda confianza. El arte, el afán y la maquinaria militar de griegos y romanos, por maravilla vienen a aparecer en las faenas sencillas pero acertadas de los sarracenos; bastábales el cercar una ciudad pero sin trincheras, el rechazar las salidas de los sitiados, el entablar un ardid o un asalto o estarse aguardando las resultas

del hambre o del alboroto. Allanárase Damasco al trance de Aiznadin como sentencia final y terminante entre el emperador y el califa, a no enardecer sus ánimos el ejemplo y el predominio de Tomás, griego de suyo esclarecido y más por su entronque con el mismo Heraclio.[1536] El bullicio y las luminarias de la noche están pregonando el intento de salida a la madrugada y el héroe cristiano despreciador del entusiasmo arábigo acude al recurso de otra superstición parecida. Encumbra sobre la puerta principal y a la vista de entrambas huestes allá un grandioso crucifijo, acompañan la marcha obispo y clero depositando el Nuevo Testamento ante la imagen de Jesús y las partes contrapuestas quedan escandalizadas o edificadas con la rogativa para que el Hijo de Dios amparase a sus sirvientes y desagraviase a la verdad. Se batalla rabiosa y aferradamente y la maestría de Tomás,[1537] flechero sin igual, es harto aciaga para los prohombres sarracenos hasta que su muerte queda vengada por una heroína. La esposa de Abán, siguiendo al marido en la guerra santa, lo abraza al expirar. «¡Dichoso, dichosísimo! —prorrumpe–, pues vuelas al Señor que nos había juntado y que ahora nos desvía. Voy a vengar tu muerte y echar el resto de mis alcances para acudir al sitio donde te hallas. Ya no ha de haber hombre que me toque pues me vinculo toda en el servicio de Dios». No llora ni suspira pero lava y relava el cadáver y luego lo entierra con los debidos ritos. Empuña luego las armas varoniles, que estaba hecha en manejar desde su patria, corre denodadamente en pos del sitio, donde en medio de lo más empeñado de la refriega está peleando el matador. Su primer flechazo traspasa la diestra del alférez, el segundo mal hiere un ojo a Tomás, y desmayan los cristianos careciendo de la insignia de su caudillo. No se aviene el bizarro campeón de Damasco a emparedarse en palacio; le vendan la herida en la muralla;

anochece peleando y permanecen los sirios sobre las armas. A deshora la campana mayor suena con un golpe en señal de abrir las puertas, y cada una desemboca y dispara su columna sobre el campamento adormecido de los sarracenos. Ya está armado Caled, capitanea cuatrocientos caballos, se abalanza al arriesgado trance, y baña con lágrimas su rostro atesado al exhalar su jaculatoria fervorosa. «Oh Dios que nunca duermes, mira a tus siervos y no los entregues a manos de sus enemigos». El *alfanje* de Dios ataja el denuedo y la victoria de Tomás; los musulmanes enterados ya del peligro acuden a sus filas y embisten a sus asaltadores por costado y retaguardia. Gime y se desespera el caudillo cristiano, y tras la pérdida de miles, tiene que retirarse alejando a los sarracenos con las máquinas de la muralla.

Alárgase el sitio hasta setenta días,[1538] se apuran el sufrimiento y acaso los abastos doblegándose ya sus caudillos más esforzados al crudo imperio de las necesidades (634 d. C.). En los vaivenes de paz y guerra, habían estado experimentando los ímpetus desaforados de Caled y las prendas halagüeñas de Abu Obeidah. Llegan a deshora cien diputados escogidos del clero y del vecindario a la tienda del caudillo venerable; los recibe y despide cortésmente y vuelven con un convenio por escrito sobre la fe de un compañero de Mahoma, diciendo que cese toda hostilidad; que los emigrados voluntarios se retirarán a su salvo, cargando con cuanto puedan llevar consigo de sus pertenencias, y que los súbditos tributarios disfrutarán sus casas y haciendas con el uso y posesión de siete iglesias. Bajo estos pactos se le entregan esclarecidos rehenes franqueándole la puerta más inmediata a su campamento, muéstrase al par comedida la soldadesca, y logra paladear el agradecimiento rendido de un vecindario que acaba de rescatar de su

exterminio. Pero al irse ya disponiendo el tratado amaina la vigilancia, y asaltan entretanto y afianzan el barrio contrapuesto de la ciudad y luego una partida de cien árabes abre la puerta oriental a otro enemigo más inexorable. «Nada de cuartel —clama el robador y sanguinario Caled–, no hay cuartel para los enemigos del Señor». Suenan sus clarines y corre la sangre cristiana a ríos por las calles de Damasco. Llega a la iglesia de Santa María, ve el sosegado ademán de sus compañeros y se enfurece; una muchedumbre de clérigos y monjes anda entre la tropa que tiene envainados los alfanjes. Saluda Abu Obeidah al caudillo y dice: «Dios ha puesto la ciudad rendida en mis manos y excusa a los creyentes el afán de la pelea». «¿Por ventura no soy yo —replica airado Caled–, el lugarteniente del comandante de los fieles? ¿No he tomado la ciudad por asalto? Mueran los infieles a los filos de este alfanje. Allá va». Los árabes hambrientos e inhumanos están ya obedeciendo el halagüeño mandato, y Damasco yaciera a no acompañar Abu Obeidah su bondad entrañable con entereza decorosa y entonada. Arrójase entre el vecindario trémulo y los bárbaros más desaforados, les amonesta en el nombre sacrosanto de Dios para que respeten la promesa que les tiene ya hecha, enfrenen su saña y esperen el acuerdo de los superiores. Se juntan los caudillos en la iglesia de Santa María y tras recios debates, se allana Caled al talento y predominio de su compañero, quien le hace cargo de la santidad de un convenio, de las ventajas y blasones que han de redundar a los musulmanes del cumplimiento puntualísimo de su palabra y de la resistencia pertinaz que van a experimentar luego con la desconfianza y desesperación de las demás ciudades sirias. Es el acuerdo, que se envainen los aceros, que la parte de Damasco rendida a Abu Obeidah es desde luego acreedora a los términos de la capitulación y que la disposición definitiva se reservase a la

equidad y sabiduría del califa.[1539] Una mayoría crecida del vecindario se avino a los pactos de la tolerancia y el tributo, y subsisten todavía hasta veinte mil cristianos en Damasco. Pero el valeroso Tomás y los patriotas voluntariosos que habían peleado bajo su bandera, anteponen la escasez y el destierro al extremo contrapuesto; y en la pradera inmediata se forma un campamento de clérigos y seglares, de soldados y vecinos, de mujeres y niños; van recogiendo atropellada y despavoridamente sus alhajas más preciosas y desamparan con agudos alaridos o congojoso silencio sus albergues solariegos y las márgenes placenteras del Farfor. El alma empedernida de Caled prescinde allá de tan lastimero conflicto: alterca con los damascenos sobre un almacén de trigo y se empeña en excluir la guarnición del beneficio del ajuste; se aviene con repugnancia a que cada fugitivo se arme con espada, lanza o arco, y prorrumpe ferozmente en que a los tres días de tregua se les ha de perseguir y acosar como enemigos de los musulmanes.

La pasión de un mancebo sirio atropella el exterminio de los desterrados de Damasco. Un noble de aquella ciudad, llamado Jonás,[1540] estaba apalabrado con una señorita acaudalada, pero los padres iban dilatando el desposorio, y el novio recabó de la niña que se fugase con él. Sobornan al vigilante de la puerta Keisan: marcha delante el galán y lo cerca una partida de árabes, y entonces prorrumpe en griego, «El pájaro está preso», para avisar a su querida que al punto se vuelva atrás. En presencia de Caled y la muerte, el amante desventurado confiesa su creencia en un solo Dios y su apóstol Mahoma, y sigue, hasta el paradero de su martirio, desempeñando las incumbencias de un musulmán gallardo y entrañable. A la toma de la ciudad huye al monasterio donde Eudoxia se había retirado, pero queda el enamorado pospuesto y menospreciado el apóstata, pues la

dama antepone la religión a su patria, y Caled como justiciero, aunque ajeno de compasión, se niega a detener a viva fuerza varón ni mujer del vecindario de Damasco. Afánase cuatro días en acudir a los quehaceres de la ciudad en cumplimiento del tratado; y aunque sediento de sangre y robo, amainan aquellos ímpetus regulando ya desahuciadamente el tiempo y la distancia, mas quiere dar oídos a las amonestaciones encarecidas de Jonás, quien le asegura que los fugitivos cansadísimos son todavía asequibles en el alcance, y así Caled lo emprende capitaneando cuatro mil jinetes disfrazados de árabes cristianos. No se hace más alto que el de la plegaria, y el guía estaba muy enterado de todo el país. Por larga tirada van rastreando a las claras a los damascenos, mas de repente desaparecen sus huellas, mas aseguran a los sarracenos que la caravana se ha ladeado para encumbrarse por los riscos, y que en breve va a caer en sus manos. Imponderables fueron sus penalidades al tramontar los despeñaderos del Líbano, pero el enardecimiento del amante foguea más y más el afán ya quebrantado de los veteranos fanáticos. Un campesino les participa cómo el emperador ha enviado orden a la colonia de los desterrados para que se adelanten por las playas del mar hasta Constantinopla; tal vez con la zozobra de que la guarnición y el vecindario de Antioquía desmayasen al presenciar y oír el extremo de sus padecimientos. Atraviesan los sarracenos el territorio de Gabala[1541] y de Laodicea, recatándose siempre de las ciudades; incesante es la lluvia, lóbrega la noche; una sola cumbre los está separando del ejército romano, y Caled más y más desatado por el salvamento de sus hermanos, secretea con su compañero un sueño infausto que acaba de tener. Amanece, despeja y están viendo en un valle ameno las tiendas de los damascenos. Descansan un rato y rezan, y divide Caled su caballería en cuatro porciones,

encargando la primera a su fiel Derar y reservándose la última. Allá se van sucesivamente abalanzando a la muchedumbre revuelta, rendida ya de cansancio y desconsuelo. Excepto un cautivo, a quien perdonan y despiden, se empapan los árabes en el regalo de pasar a degüello por entero a los cristianos. Oro y plata, todo yace desparramado por el suelo, y un repuesto regio de trescientas cargas de seda alcanza a vestir una hueste de bárbaros desnudos, Jonás en la barahúnda del trance corre acá y acullá en pos del objeto de sus ansias, quien está ahora más horrorizado con los últimos pasos de su alevosía, y forcejeando Eudoxia contra sus odiosísimos extremos, se traspasa el corazón con una daga; conservan y devuelven sin rescate a otra dama, la viuda de Tomás, mas aquel rasgo de Caled es un aborto de su menosprecio, y el engreído sarraceno insulta con un reto al solio de los Césares. Cincuenta leguas [111,1 km] está Caled internado por la provincia romana, y regresa a Damasco en igual diligencia y con la misma reserva. Remueve Omar en su ensalzamiento al *Alfanje de Dios*, de todo mando, pero vituperando la temeridad tiene que encarecer su denuedo y desempeño en la empresa.

Descuella igualmente en otra expedición el afán y el menosprecio de riquezas mundanas. Saben que el producto de las manufacturas del país se está anualmente agolpando en la feria de Abyla,[1542] a diez leguas [22,2 km] de la ciudad, que con aquel motivo, muchedumbre de peregrinos acude a la celdilla de un ermitaño devotísimo, y que la festividad comercial y superticiosa va a realzarse con los desposorios de la hija del gobernador de Trípoli. Toma Abdalah, hijo de Jaafar, a su cargo la incumbencia mística y provechosa de saltear a los infieles. Al irse acercando a la gran feria queda atónito al presenciar la atropellada concurrencia de judíos y cristianos, de griegos y

armenios, de naturales de la Siria y de extranjeros de Egipto, hasta el número de diez mil, fuera de la guardia de quinientos caballos que van escoltando a la novia. Hacen alto los sarracenos: «Por mi parte —exclama Abdalah–, no me atrevo a cejar: muchísimos son los enemigos y sumo es el peligro, pero también es el galardón esplendoroso en esta vida o en la venidera, y así cada cual, según su inclinación, es árbitro de seguir o de retirarse». Ni un musulmán desampara su estandarte. «Guíanos —dice Abdalah a su conductor cristiano–, y verás cuánto pueden ejecutar los compañeros del profeta». Se abalanzan en cinco escuadrones, pero tras la primera ventaja del sobrecogimiento, quedan acorralados y casi hundidos con la muchedumbre de los enemigos parangonando allá idealmente la valerosa bandada a una pinta blanca sobre la piel negra de un camello negro.[1543] Al trasponerse el sol, cuando ya las armas se les desprenden de las manos, cuando se asoman ya palpitantes a la orilla de la eternidad, divisan una gran polvareda que se va acercando, oyen el eco halagüeño del *techir*,[1544] y al fin distinguen el estandarte de Caled, quien acude a escape a socorrerlos. Arrolla aquel avance a los cristianos, y los siguen matando en su fuga hasta el río de Trípoli. Van dejando a la espalda toda la riqueza de la feria; las mercancías patentes para su venta, el caudal traído para las compras, las galas rozagantes para el desposorio, y la hija del gobernador con cuarenta sirvientes. Cargan los devotos salteadores solícitamente frutos, abastos, alhajas, dinero, vajilla y joyas sobre sus acémilas, y se vuelven triunfantes a Damasco. El ermitaño, tras breve y colérica contienda con Caled, se desentiende allá de la corona del martirio, y se queda vivo en aquel campo solitario de sangre y asolación.

La Siria,[1545] uno de los países más tempranos en punto a

civilización y cultivo, se hace muy acreedora a toda preferencia.[1546] Su cercanía a la marina y a las serranías, y la abundancia de aguas y arbolados templan los ardores del ambiente, y la feracidad del suelo apronta la subsistencia y favorece la cría de hombres y de ganados. Ciudades populosas descollaron por sus vegas desde el siglo de David hasta el de Heraclio: hervía de habitantes y riquezas, y tras los estragos pausados de la superstición y el despotismo, y tras los quebrantos recientes de la guerra pérsica, podía aun la Siria atraer y galardonar a las tribus salteadoras del desierto. Va el Orontes sesgando y bañando toda una llanura de diez jornadas por la orilla occidental desde Damasco hasta Alepo y Antioquía. Corre de norte a sur la serranía del Líbano y Ante-Líbano, entre el Orontes y el Mediterráneo; y apellidaron *hueco* (Celesiria) a un valle pingüe y dilatado, encajonado sobre el mismo rumbo entre dos riscos nevados.[1547] Suenan entre las ciudades conquistadas nombres griegos y orientales de la geografía contemporánea; es con sobresalencia Emesa, o Hems, y Heliópolis o Balbec, la primera como metrópoli de la llanura; y la segunda por capital del valle. Descollaron con los Césares; centellaban a lo lejos sus torreones; cuajaban su anchuroso recinto edificios públicos y privados, y resplandecía su vecindario con su gallardía, o por lo menos su soberbia, y con sus riquezas, o a lo menos con su lujo. Allá con el paganismo, al par Emesa y Heliópolis eran afectísimas al culto de Baal, o del Sol; pero acompañaron extraños vaivenes de bien o mal estar a la decadencia de su esplendorosa superstición. No asoma rastro del templo de Emesa, parangonado poéticamente con las cumbres del Líbano,[1548] al paso que los escombros de Balbec, desconocidos a los escritores de la Antigüedad, están todavía asombrando al viajante europeo.[1549] La tirada del templo es de doscientos pies, y su anchura la mitad; un pórtico

doble de ocho columnas realza la fachada; por cada costado se cuentan hasta catorce, y cada columna de cuarenta y cinco pies de altura se compone de tres sillares grandiosos berroqueños o de mármol. Se patentiza la arquitectura griega con sus proporciones y adornos de orden corintio, y como nunca fue Balbec solar de algún monarca, no se alcanza como el rasgo de algún particular, o los fondos de su ayuntamiento pudieron aprontar tamaños desembolsos.[1550] Los sarracenos tras la conquista de Damasco, se arrojan a Heliópolis y Emesa, pero voy a omitir toda repetición de salidas y peleas que se han historiado ya muy por extenso. No menos sistemáticos que batalladores para la guerra, con treguas breves y separadas van deshermanando al enemigo; acostumbran los sirios a cotejar su alianza con su enemistad; los familiarizan con la traza de su idioma, religión y costumbres, y desabastecen y desarman por medio de compras encubiertas, las ciudades que luego se abalanzan a sitiar. Recargan más y más el rescate del pudiente o del reacio cabiéndole a sólo Calcis cinco mil onzas [143,5 kg] de oro y otras tantas de plata, dos mil alcaiceles de seda y luego cuantos higos y aceitunas se podían cargar en cinco mil asnos. Cúmplense por ápices los tratados, y el lugarteniente del califa, que ha ofrecido no atravesar los umbrales de Balbec rendida, se mantiene inmoble en su tienda hasta que los estrellones de los bandos precisan al vecindario a acudir a una potencia extraña. Redondean la conquista de la llanura y el valle de Siria en dos años, pero el caudillo de los fieles zahiere la pausa en sus adelantos, y los sarracenos llorosos se arrepienten rabiosamente, clamando con alaridos descompasados por que los lleven atropelladamente a batallar por el Señor. En una refriega reciente bajo los muros de Emesa, prorrumpe un mancebo árabe, primo de Caled. «Ya estoy viendo a las lindas oji-negras

que me clavan sus miradas, y si una sola asomase acá por el mundo, todo el linaje humano ardería en pasión por ella; ya estoy viendo en la diestra de una de ellas un pañuelito de seda verde, y un sombrerito cuajado de pedrería que me seña y me vocea»: «Ven acá al vuelo porque estoy prendada de ti». Dice, embiste a los cristianos, los arrolla a diestro y siniestro, hasta que lo acecha y lo traspasa con su venablo el gobernador de la ciudad.

No pueden menos ya los árabes de echar el resto de su denuedo y entusiasmo en contrarresto de las fuerzas del emperador, quien por fin con tantísimo descalabro está palpando que los salteadores del desierto han emprendido y se hallan en ademán de redondear en breve una conquista premeditada y permanente. Hasta ochenta mil soldados se agolpan desde las provincias de Europa o de Asia por mar y por tierra a Cesárea y Antioquía, llevando una hueste de sesenta mil guerrilleros árabes cristianos de la tribu de Gasan. Iban a vanguardia bajo las banderas de Jabalah, su último príncipe; y llevan los griegos por máxima que para cortar un diamante, era otro diamante el más ejecutivo. Retrae su persona Heraclio de las contingencias de la guerra, pero su engreimiento o quizás su desconfianza le hace prorrumpir en la disposición terminante de que en una sola lid se ha de tranzar la suerte de toda la contienda. Afectos eran de suyo los sirios al estandarte de Roma y a su cruz; pero nobles, ciudadanos y campesinos se enconan con las tropelías y crueldades de una hueste que los desangra como súbditos y los menosprecia como extraños.[1551] Llega el eco de tan grandioso preparativo a los sarracenos en el campamento de Emesa, y los caudillos, aunque desde luego prontos a pelear, juntan su consejo; quisiera la fe de Abu Obeidah esperar allí mismo la gloria del martirio: la maestría de

Caled opina por una retirada decorosa a las faldas de la Palestina y la Arabia, donde les cabe esperar los auxilios de sus amigos y contrarrestar el embate de los incrédulos. Vuelve por la posta un mensajero del solio de Medina, con las bendiciones de Omar y de Alí, con las rogativas de las viudas del profeta y un refuerzo de ocho mil musulmanes. Vuelcan sobre su marcha un destacamento de griegos; y al incorporarse en Yermuk con el campamento de sus hermanos, se regocijan con la noticia de que Caled tiene ya vencidos y aventados a los árabes cristianos de la tribu de Gasan. Despéñanse, por las cercanías de Bosra, los manantiales del monte Hermon en un raudal sobre la llanura de Decápolis, o diez ciudades; y el Hieromejo, nombre que ha parado estragadamente en el de Yermuk, se empoza tras breve carrera en el lago de Tiberias.[1552] Refriega reñida y sangrienta realzó las orillas de aquel arrinconado riachuelo (noviembre de 636 d. C.). En aquel sumo trance la voz pública y la modestia de Obeidah devuelven el mando al más acreedor de todos los musulmanes. Va Caled como adalid a vanguardia, su compañero a la zaga, para que todo fugitivo desmandado quede atajado al golpe con su aspecto venerable y la vista del pendón amarillo que tremoló Mahoma ante los muros de Chaibar. Cierra las últimas líneas la hermana de Derar con las arábigas alistadas para la guerra santa, amaestradas en manejar el arco y la lanza, y que en un trance de cautiverio habían ofendido su recato y cautiverio contra los atropelladores incircuncisos.[1553] Lacónico y pujante es el exhorto de los caudillos: «Ahí delante estáis viendo el paraíso, y Luzbel con su infierno queda a la espalda». Pero el empuje de la caballería romana aportilla la derecha de los árabes y desvía toda el ala del cuerpo principal; retíranse por tres veces atropelladamente, y otras tantas tienen que volver sobre el enemigo arrojados por los baldones y aun

palos de sus mujeres. En los intermedios de la refriega va Abu Obeidah visitando las tiendas de sus hermanos, dilata su descanso repitiendo de una vez el rezo de dos horas diferentes; les venda las heridas con sus propias manos y los iba confortando con la reflexión entrañable de que el enemigo alterna en los quebrantos sin terciar con ellos en el galardón. Yacen cuatro mil treinta musulmanes en el campo de batalla, y la maestría de los flecheros armenios proporciona a setecientos el lauro de haber perdido un ojo en aquel servicio tan recomendable. Los veteranos de la guerra de Siria están reconociendo que el trance es el más arduo y azaroso de cuantos han presenciado; mas también es el más decisivo, pues guadañan los alfanjes arábigos largos miles de griegos y sirios, degüellan a muchos tras la derrota por los bosques y cerros: muchos equivocan el vado y se ahogan en el raudal del Yermuk, y por muchísimo que se abulte la pérdida,[1554] confiesan los escritores cristianos y lamentan el castigo sangriento de sus pecados.[1555] El general romano Manuel o fenece en Damasco, o se refugia en el monasterio del monte Sinaí. Jabala, desterrado en la corte bizantina, lloraba las costumbres de Arabia, y su aciaga preferencia del bando cristiano[1556] tuvo sus arranques a favor del Islam, pero en su romería a la Meca descargó provocado un golpe a uno de sus hermanos, y huyó asombrado del ceñudo y justiciero califa. Victoriosos, los sarracenos paladean por un mes el descanso y regalo de Damasco, y Obeidah va repartiendo discreta y equitativamente los despojos, agraciando igualmente al caballo y al jinete, y duplica la porción a los alazanes castizos de la Arabia.

Tras la batalla de Yermuk ya no asoma hueste romana en campaña, escogiendo los sarracenos a su salvo entre las ciudades fortificadas de Siria para su embate la que más les conviniera

(637 d. C.). Consultan con el califa, si se han de encaminar a Cesárea o a Jerusalén, y el dictamen de Alí fijó su rumbo para la última. Jerusalén es para todo profano la capital primera o segunda de Palestina, pero tras la Meca y Medina logra ser visitada y reverenciada, como templo de la Tierra Santa, consagrado con la revelación de Moisés, de Jesús y del mismo Mahoma. Llega el hijo de Abu Sofian con cinco mil árabes y entabla tratos después de intentar una sorpresa, pero a los once días se agolpan sobre la plaza las fuerzas todas de Abu Obeidah. Envía su intimación acostumbrada al jefe supremo y al vecindario de Ælia.[1557] «Salud y felicidad a cuantos siguen el acertado rumbo. Os requiero que atestigüéis como no hay más que un Dios y que Mahoma es su apóstol; no mediando esto, tenéis que allanaros a pagar tributo y vivir en lo sucesivo bajo nuestro mando. Si os desentendéis, traeré contra vosotros quien apetece la muerte aun más que vosotros ansiáis el empinar copas y comer cerdo; ni me moveré de acá, queriéndolo Dios, hasta que acabe con cuantos pelean por vosotros y esclavice a vuestros hijos». Resguardaban no obstante la ciudad por donde quiera barrancos y cerros cubiertos; se habían restablecido desaladamente murallas y torreones desde la invasión de Siria; los fugitivos más esforzados de Yermuk habían acudido al primer apeadero, y en defensa del sepulcro de Cristo naturales y advenedizos podían abrigar en sus pechos tal cual chispazo de aquel entusiasmo que estaba abrasando el interior de los sarracenos. Cuatro meses dura el sitio de Jerusalén; no amanece día sin refriega de asalto o de salida; estalla la maquinaria con disparos incesantes desde las almenas; y la intemperie del invierno causa todavía mayor angustia y estrago en los árabes; pero su tesón doblega por fin a los cristianos. Asoma sobre la muralla el patriarca Safronio, y pide, por boca de un intérprete,

una conferencia. Se aferra sin fruto en disuadir al lugarteniente del califa de aquel intento impío, y luego propone, en nombre del vecindario, una capitulación decorosa con la cláusula extraña de que el mismo califa Omar con su autoridad y presencia ha de afianzar el cumplimiento de los artículos. Ventilase al punto en el consejo de Medina, y la santidad del sitio y el dictamen de Alí persuaden al califa que se avenga a los anhelos del enemigo y de su soldadesca y la sencillez de su viaje se hace más esclarecida que todo el boato regio de la vanagloria y el atropellamiento. El conquistador de la Persia y la Siria cabalga un camello rojo con un costal de trigo, otro de dátiles, un plato de madera y un pellejillo de agua. En haciendo alto iba brindando a todos los presentes sin distinción para terciar con él en su parquísimo sustento; consagrando luego el banquete con el rezo y la exhortación del caudillo de los fieles.[1558] Pero en aquella expedición o romería va también ejerciendo su poderío justiciero, pues reforma la poligamia desenfrenada de los árabes, resguarda a los tributarios contra toda crueldad o tropelía y castiga el lujo de todos quitándoles sus ropajes de seda, y metiéndolos a su presencia en un lodazal. Al avistar a Jerusalén, prorrumpe el califa a voces. «Dios es victorioso, oh Señor, franqueadnos una conquista llana»; planta su tienda de pelo burdo, y se sienta sosegadamente en el suelo. Firma la capitulación, entra en la ciudad sin zozobra ni cautela, y razona cortésmente con el patriarca acerca de sus antigüedades religiosas.[1559] Sofronio rinde su acatamiento al nuevo dueño, y reservadamente está allá rumiando las palabras de Daniel. «La abominación del exterminio está plagando el lugar santo».[1560] A la hora del rezo, se hallan juntos en la iglesia de la Resurrección, pero el califa no quiere cumplir con sus devociones, contentándose con rezar en la gradería de la iglesia de

Constantino. Manifiesta en seguida al patriarca su motivo cuerdo y decoroso, diciéndole: «Si cediera yo a tus instancias, los musulmanes de siglos venideros quebrantarán el tratado, socolor de seguir mi ejemplo. Dispone que se habilite el solar del templo de Salomón para fundar una mezquita,[1561] y en su residencia de diez días arregla el estado actual y posterior de la conquista de Siria. Se estaba acaso encelando Medina de que el califa endiosado con la santidad de Jerusalén y los primeros de Damasco quedase propuesto, mas el regreso voluntario y ejecutivo al túmulo del apóstol aventó desde luego toda zozobra.[1562] El califa para coronar aquella conquista divide el ejército en dos cuerpos, el uno más selecto queda con Amrú y Yecid en el campamento de Palestina, al paso que el mayor (638 d. C.) bajo las banderas de Abu Obeidah y Caled, se interna hacia el Norte en pos de Antioquía y Alepo. No descollaba la última, la Berœa de los griegos, como capital de provincia o reino, y su vecindario, brindando con rendimiento y alegando escaseces logran un convenio conservando sus vidas y su religión; pero el castillo de Alepo,[1563] inconexo con el recinto se encumbra allá sobre un erguido malecón artificial. Despeñaderos son sus costados revestidos de mampostería, con foso anchísimo que se llena con el agua de manantiales inmediatos. La guarnición, tras la pérdida de tres mil hombres, acude adecuadamente a la defensa, y su caudillo valeroso y hereditario, deja sin vida a un hermano suyo, monje virtuoso, por tener la osadía de articular el nombre de paz. Fenece un sin número de sarracenos, sin los muchísimos heridos, en aquellos cuatro o cinco meses del sitio más trabajoso de toda la guerra siria; retíranse a media legua, mas no se adormece Yukina, ni la ejecución de trescientos cautivos degollados ante los muros del castillo amedrenta a los cristianos. El silencio y luego las lamentaciones de Abu Obeida

enteran al califa de que yacen aburridos y desahuciados al pie de aquella fortaleza inexpugnable». «Me conduelo más o menos —contesta Omar–, según el mayor o menor costo de vuestros logros; pero no hay que levantar el sitio de ese castillo; pues con esa retirada menguará la nombradía de nuestras armas, y brindará a los infieles para embestiros por diestro y siniestro. Permaneced sobre Alepo hasta que Dios disponga del acontecimiento, y forrajead con la caballería por toda la comarca». Robustece el caudillo de los fieles su exhorto con un refuerzo de voluntarios de todas las tribus de Arabia, que van acudiendo al campamento en caballos o en camellos; descuella entre todos Damés, de nacimiento ruin, pero de corpulencia agigantada y de incontrastable denuedo. Al mes y medio de su llegada propone hacer, con solos treinta hombres, una tentativa sobre el castillo. Caled, aguerrido y oficioso, recomienda aquel arranque, y Abu Obeidah amonesta a sus hermanos para que no menosprecien la humilde cuna de Damés, puesto que él mismo tan sólo por no desatender el desempeño público, deja de seguir la bandera del esclavo. Aparentan, para encubrir su intento, ir de retirada y plantear su campamento a una legua [2,22 km] de Alepo. Los treinta aventureros se emboscan por la maleza al pie del cerro, y por fin Damés sale certero con sus pesquisas, aunque desesperado con la torpeza de los cautivos griegos: «¡Malhayan —prorrumpe–, estos canes, qué habla tan extraña y bárbara están usando!». Muy a deshora de la noche trepa por la parte más accesible que tenía estudiadamente registrada, paraje por donde la fábrica está menos cabal, o el pendiente menos empinado y la guardia no tan vigilante. Hasta siete sarracenos membrudos se van encaramando mutuamente sobre los hombros, y la espalda maciza del agigantado esclavo está sosteniendo la mole de aquella columna. Alcanza el más

encumbrado a afianzarse en la almena inferior, van calladamente degollando y derribando centinelas, y los treinta hermanos repitiendo su jaculatoria devota: «Oh apóstol de Dios, ven, acude a ayudarnos»; van subiendo sucesivamente colgados de los tiros de sus turbantes desceñidos, Damés arrojado y cauto logra descubrir la morada del gobernador que está solemnizando con festejo plancentero su ansiado rescate. Ceja a sus compañeros y asaltan la entrada en el castillo por el interior; se apoderan de la guardia, franquean la puerta, apean el puente levadizo, y defienden el tránsito angosto hasta la llegada de Caled que al amanecer, los liberta del peligro y afianza la conquista. Yukino, antes enemigo formidable, para en celosísimo y provechoso alumno, y el general de los sarracenos, manifestando su aprecio del más ínfimo merecedor; detiene el ejército en Alepo hasta quedar Damés cabalmente restablecido de sus honoríficas heridas. El castillo de Aazaz y el puente de hierro sobre el Orontes, siguen todavía cubriendo la capital de Siria. Perdidos luego aquellos dos puntos importantes, y derrotada la última hueste romana, tiembla la lujosa Antioquía,[1564] y se avasalla. Rescata su exterminio con trescientas mil piezas de oro; pero el solio de los sucesores de Alejandro, el solar del gobierno romano en Oriente, condecorado allá por César con los dictados de libre, sagrada e inviolable, queda apeado bajo el yugo de los califas a la jerarquía de segunda ciudad de provincia.[1565]

El asomo y el rescate de Heraclio anublan los timbres de su guerra pérsica, pues al desenvainar los sucesores de Mahoma sus alfanjes guerreros y religiosos, otea despavorido allá la perspectiva descomunal de afán y de peligro, y más para un emperador de suyo apoltronado, y como yerto con la edad para reentablar tamañas empresas (638 d. C.). Ruboroso no obstante y acosado por los sirios permanece casi a viva fuerza en el teatro

de los acontecimientos; mas ya no hay héroe, los malogros sangrientos de Damasco, Jerusalén, Aiznadia y Yormuk deben hasta cierto punto achacarse a la ausencia y desgobierno del soberano. En vez de escudar el sepulcro de Cristo, engolfa la Iglesia y el Estado en una contienda metafísica sobre la unidad de su albedrío, y mientras Heraclio está coronando la prole de su segundo desposorio, queda rendidamente despojado de lo más pingüe de su herencia. En la catedral de Antioquía, a presencia de los obispos y al pie del Crucifijo está llorando los pecados del príncipe y del pueblo, pero aquella confesión pregona al mismo tiempo cuán infructuoso y aun impío es todo contrarresto a los juicios de Dios. Invencibles ya los sarracenos en la aprensión, lo habían de ser en el hecho, y deserción de Yukina; su mentido arrepentimiento y redoblada alevosía, parece que está sincerando el recelo del emperador, conceptuándose acorralado por traidores y apóstatas, conjurados todos para entregar su persona y la patria a los enemigos de Cristo. En el terremoto de la adversidad, agüeros y sueños de una corona al caer están acibarando más y más su destemple supersticioso, y despidiéndose para siempre de Siria, se embarca reservadamente con escasa comitiva y descarga a los súbditos de toda obligación de lealtad.[1566] Hállase acuartelado su primógenito Constantino con cuarenta mil hombres en Cesárea, capital civil de las tres provincias de Palestina, pero intereses privados le están llamando a la corte bizantina, y tras la fuga del padre se conceptúa un adalid muy desproporcionado contra las fuerzas agolpadas del califa. Embisten denodadamente a su vanguardia trescientos árabes y mil esclavos negros quienes trepando en la crudeza del invierno por los riscos nevados del Líbano, encabezan los escuadrones victoriosos del mismo Caled. Adelántanse por el Norte y el Sur las tropas de Antioquía y de

Jerusalén, asombrando las playas marítimas, para tremolar luego al par sus banderas bajo los muros de las ciudades fenicias: traidores venden a Tiro y Trípoli, y una escuadra de cincuenta velas apostando sin zozobra por las bahías rendidas, pertrecha oportunísimamente y abastece el campamento sarraceno. La entrega inesperada de Cesárea corona su carrera: embárcase de noche el príncipe romano,[1567] y el vecindario indefenso implora su indulto con la oferta de doscientas mil piezas de oro. Lo restante de la provincia, Tolemaida o Acre, Siquem o Nápoles, Gaza, Ascalón, Berito, Sidon, Gabala, Laodicea, Apamea, Hierápolis no intentan ya contrastar el albedrío del conquistador, y la Siria se doblega al cetro de los califas, a los siete siglos de haber Pompeyo apeado del solio al último rey Macedonio.[1568]

Fenecieron largos miles de musulmanes en los sitios y refriegas de seis campañas; pero morían todos con la nombradía y el júbilo de mártires, y la sencillez de su fe se patentiza en las palabras de un mancebo árabe, al abrazar por despedida a su madre y hermana: «No son —les dice–, los primores de la Siria, ni los deleites deleznables de este mundo, los estímulos que me hacen sacrificar la vida por mi religión, pues ando en pos de las finezas de Dios y de su apóstol, y he oído de boca de un compañero del profeta que el espíritu de los mártires se ha de albergar en el camarín de los pajarillos verdes empapados en los frutos y los arroyos del paraíso. A Dios mil veces, que ya nos veremos allá por las arboledas y manantiales que Dios tiene dispuestos para sus escogidos». Los cautivos fieles tenían que arrostrar conflictos más arduos y trabajosos, y se elogió a un primo de Mahoma por desentenderse después de tres días de ayuno del vino y el cerdo con que únicamente le brindaba la malignidad de los infieles. La fragilidad de tal cual hermano

endeble enconaba más y más los ímpetus del fanatismo, y el padre de Amer estuvo llorando en lamentaciones entrañables el malogro y la condenación de un hijo apóstata, que orillaba las promesas de Dios y la intercesión del profeta para empozarse en las mazmorras ínfimas del infierno, con presbíteros y diáconos. Ni aun cabía a los árabes bienhadados que perseverando en la fe sobrevivían a la guerra, el soltar la rienda a sus ínfulas de prosperidad, enfrenándolos siempre su observantísimo caudillo. Abu Obeidah a los tres días de ensanche arrebata su tropa del contagioso lujo y devaneo de Antioquía, asegurando al califa que su virtud y religión podían sólo conservarse con la adusta disciplina, el afán y la pobreza; pero la entereza de Omar, severísima para sí mismo, se ablandaba graciablemente con sus hermanos. Prorrumpe en alabanzas y aun gracias, pero se enternece compasivamente, y sentado en el suelo extiende una contestación en que reconviene cariñosamente a su lugarteniente por su excesiva tirantez. «No vedó allá Dios —dice el sucesor del profeta–, el uso de lo bueno en este mundo a los fieles y a cuantos han obrado honradamente, por tanto debieras franquearles el goce de algún descanso y de cuanto exquisito apronta el país. El sarraceno soltero puede casarse en la Siria, y quien apetezca esclavas es árbitro de feriarse cuantas se le rodeen». Tratan los conquistadores de disfrutar aquel ensanche con desenfreno; pero reina en el mismo año de su triunfo mortandad horrorosa de gente y de irracionales, y hasta veinticinco mil sarracenos yacen de improviso en la huesa. Muere Abu Obeidah y se conduelen los cristianos, pero sus hermanos recuerdan que es uno de los diez escogidos por el profeta para herederos del Paraíso.[1569] Sobrevive Caled tres años a sus hermanos, y se está todavía viendo en Emesa el túmulo del *Alfanje de Dios*. Su denuedo, fundador del Imperio de los califas

en Arabia y Siria, se enardecía con el concepto de una providencia especialísima, y en llevando el sombrero bendecido por Mahoma se daba por invulnerable, en medio de las descargas de los infieles.

Reemplazan a los conquistadores nuevas generaciones de hijos y de paisanos; es ya la Siria el solar y la columna de la casa de Omiyah; y rentas, soldadesca y naves de aquel reino poderoso se abocan por dondequiera en el Imperio de los califas; pero menosprecian los sarracenos el aura de la nombradía y apenas se allanan sus historiadores a mentar las conquistas subalternas traspuestas, al esplendor y atropellamiento de su victoriosa carrera. Por el *Norte* de Siria tramontan las cumbres del Tauro y avasallan la provincia de Cilicia, con Tarso, su capital, monumento antiquísimo de los reyes asirios. Tras la segunda cordillera de los propios montes, abrasan con la guerra más bien que iluminan con su religión, hasta las playas del Euxino y las cercanías de Constantinopla. Por el *Oriente* se adelantan a las orillas y manantiales del Tigris y del Éufrates;[1570] el deslinde tan batallado de Roma y Persia queda allanado; los murallones de Edesa y Amida, de Dara y Nisibis, que habían burlado las armas y la maquinaria de Sapor o Nushirvan yacen por el suelo, y la ciudad sagrada de Abgaro ostenta en vano la carta o imagen de Cristo a un conquistador incrédulo. Ciñe el mar al *Ocaso* el reino de Siria, y el exterminio de Arado, islilla o península de la costa, queda rezagado por diez años. Pero las cumbres del Líbano rebosan de madera y el tráfico fenicio hierve de marinería, y los naturales del desierto habilitan una escuadra de mil setecientos leños. Huye de ellos la armada imperial desde los peñascos de Pamfilia hasta el mismo Helesponto; pero un sueño y un equivoquillo habían dado al través con el ánimo del emperador, nieto de Heraclio, sin pelea.[1571] Surcan y señorean

el piélago los sarracenos, salteando las islas de Chipre, Rodas y las Cícladas. Tres siglos antes de la era cristiana, el sitio memorable aunque infructuoso de Rodas por Demetrio,[1572] había suministrado a aquella república marítima los materiales y el motivo de un triunfo. Una estatua agigantada de Apolo, o el Sol, de setenta codos de altura, descollaba al emboque del fondeadero, monumento de la libertad y de las artes de la Grecia. Un terremoto vuelca el coloso de Rodas a los cincuenta y seis años de su construcción, pero la mole de su tronco y los trozos descomunales yacen ocho siglos por el suelo, y se describen con asombro como una de las maravillas del mundo antiguo. Recógelos la diligencia de los sarracenos, cargando, dicen, con su bronce hasta novecientos camellos: enormísimo peso; aun comprendiendo las cien figuras colosales,[1573] y las tres mil estatuas que estaban pregonando la prosperidad del pueblo y del Sol.

II. Queda descifrada la conquista de Egipto con la estampa del sarraceno victorioso, uno de los más descollantes de su nación, aun en aquel siglo cuando el ínfimo de los hermanos dejaba allá en zaga a la naturaleza entera en alas de su entusiasmo. Esclarecida y ruin asoma a un mismo tiempo la cuna de Amrú, pues su madre, ramera de profesión, no acertó a sentenciar entre cinco koreishitas; pero ateniéndose a la semejanza se prohijó el niño a Alí, el decano de sus galanes.[1574] La parentela de Amrú le traspasó sus ímpetus y sus vulgaridades; explayose su numen poético en satíricos partos contra la persona y doctrina de Mahoma, y la facción dominante se valió de su maestría para acosar a los desterrados religiosos guarecidos en la corte del rey de Etiopía.[1575] Pero al volver de su embajada es ya alumno encubierto; su racionalidad o su interés le retraen del culto de los ídolos; huye de la Meca con su amigo Caled, y logra

el profeta de Medina la complacencia de estrechar en un mismo abrazo a entrambos campeones más desalados por su causa. Ataja Omar los ímpetus de Amrú por acaudillar huestes de los fieles con la reconvención de recordarle no aspire al mando y señorío pues el súbdito de hoy puede ser un príncipe mañana; mas no se trasponen sus merecimientos a los dos primeros sucesores de Mahoma; sus armas fueron las conquistadoras de Palestina, y en todas las refriegas de la Siria hermanó la templanza de un caudillo con el denuedo de un aventurero. En una visita de Medina apeteció el califa mirar la espada degolladora de tantísimos guerreros cristianos; desenvaina el hijo de Aasi un alfanje corto y adocenado, y al ver la extrañeza de Omar, «¡Ay de mí! —prorrumpe el vergonzoso sarraceno–, el alfanje de suyo, sin el brazo de su dueño, no es ni más agudo ni más pesado que el espadín de Farezdak el poeta».[1576] Los celos del califa Othman lo retiraron de Egipto después de su conquista, pero en las turbulencias inmediatas la ambición de un soldado, un estadista y un orador se encumbró sobre la esfera vulgar. Su arrimo poderoso en el consejo y en campaña planteó el solio de los Omíades; el agradecimiento de Muawiyá con un amigo y ensalzador sobre su estado llano le devolvió el régimen y los productos del Egipto; y Amrú acabó sus días en la ciudad y el alcázar que había fundado sobre la orilla del Nilo. Encarecen los árabes como dechado de elocuencia y sabiduría su despedida moribunda a los hijos; mas si el arrepentido estaba todavía adoleciendo de vanagloria poética, abultaba tal vez la trascendencia ponzoñosa y voleadora de sus composiciones impías.[1577]

Amrú, desde su campamento en Palestina, arrebata o presupone la anuencia del califa para la invasión del Egipto (junio de 638 d. C.).[1578] Confía magnánimamente Omar en

Dios y en su alfanje voleador de solios ya de Cosroes, ya de los Césares, mas al parangonar la escasa fuerza musulmana con la grandiosidad de la empresa, culpa su propia temeridad, y da oídos a sus apocados compañeros. Están leyendo en el Alcorán el boato orgulloso de faraón, y un redoble incesante de portentos había apenas bastado para realizar, no la victoria, sino la huida de seiscientos mil hijos de Israel; populosas y muchísimas son las ciudades de Egipto; su arquitectura es sólida y maciza; el Nilo, con sus crecidos brazos, es de suyo una valla incontrastable, y el poderío romano echaría el resto en resguardar el granero de la ciudad imperial. En este vaivén de impulsos, el caudillo de los fieles, se pone en manos del acaso, y en su concepto, de la Providencia. El mensajero de Omar alcanza al denodado Amrú, salido de su apostadero de Gaza capitaneando tan sólo cuatro mil árabes. «Si te hallas todavía en Siria —dice la orden ambigua–, alto y en retirada; pero si al recibo de este pliego estás ya sobre la raya de Egipto, adelanta sin zozobra y cuenta con el arrimo de Dios y de tus hermanos». La práctica, o el tino natural de Amrú, le habían enseñado a maliciar la insubsistencia de las cortes, y sigue marchando hasta plantar indudablemente sus reales en territorio egipcio. Junta allí su oficialidad, rompe el sello, lee la carta, se entera con toda formalidad del nombre y situación del paraje, y pregona su obediencia prontísima a las órdenes del califa. A los treinta días de sitio, se posesiona de Farmah o Pelusio, y aquella gran llave del Egipto, como adecuadamente se apellida, le franquea la entrada en el país, hasta las ruinas de Heliópolis y las cercanías del actual Cairo.

Sobre la orilla occidental del Nilo, a levante y a corta distancia de las pirámides, hacia el Sur, no lejos del Delta, Memfis, con su recinto de cinco o seis leguas [11,11-13,33 km],

está todavía ostentando la magnificencia de los reyes antiguos. Trasladaron los Tolomeos y los Césares el solar del gobierno a la costa; Alejandría con sus artes y opulencia desbancó a la capital decantada; cuyos palacios y luego los templos desfallecían desatendidos y ruinosos, pero en el mismo siglo de Augusto, y aun en el de Constantino, sonó siempre Memfis entre las ciudades de provincia más crecidas y populosas.[1579] Las orillas del Nilo, ancho allí de más de mil varas, se enlazaban con dos puentes de treinta y de sesenta barcas, estribando en el centro sobre la islilla de Roda, cuajada toda de viviendas y jardines.[1580] El extremo oriental del puente desembocaba sobre el pueblo de Babilonia, y el campamento de una legión romana, resguardando el tránsito del río y la segunda capital de Egipto. Aquella fortaleza grandiosa, que venía a ser parte de Memfis o *Misrah*, queda sitiada por las armas del lugarteniente del califa: refuérzanle luego cuatro mil sarracenos, y las máquinas militares que están batiendo las murallas pueden achacarse al afán y al ingenio de los aliados sirios. Dilátase no obstante el sitio hasta siete meses, y la inundación del Nilo acorrala y amaga a los invasores temerarios.[1581] Arrójanse acertadamente al último asalto: atraviesan el foso salpicado de chuzos, arriman las escalas; entran en la fortaleza con el alarido: «Dios es victorioso», y arrollan el residuo de los griegos sobre sus barcos y la isla de Roda. Luego el vencedor se hace cargo de la ventaja del sitio para la comunicación expedita con el golfo y la península de Arabia; pero Memfis queda yerma, y los árabes plantean de asiento sus aduares, realzando la presencia de ochenta compañeros de Mahoma la primera mezquita.[1582] Asoma con su campamento ciudad nueva a la orilla oriental del Nilo, y los barrios inmediatos de Babilonia y Fostal se equivocan en su actual menoscabo con el nombre del antiguo Misrah o Cairo,

formando en él un arrabal dilatado. Pero la denominación del Cairo, ciudad de la victoria, corresponde propiamente a la capital moderna, fundada en el siglo X por los califas fatimitas.[1583] Se ha ido después desviando del río; pero toda vista perspicaz puede ir rastreando la seguida de los edificios desde los monumentos de Sesostris hasta los de Saladino.[1584]

Mas tuvieran los árabes que reengolfarse en su desierto, tras aquella empresa esclarecida y provechosa un arrimo poderoso en el mismo corazón del reino (638 d. C.). Favoreció para la conquista velocísima de Alejandro la superstición y la rebeldía de los naturales; pues abominaban de sus opresores persas, discípulos de los magos, abrasadores de los templos de Egipto, regalándose en sacrílego banquete con las lonjas del dios Apis.[1585] A los diez siglos se repite la misma revolución por un móvil idéntico; pues el afán de los cristianos coptos es igualmente desalado por una creencia inapeable. Tengo ya desentrañados el origen y progresos de la contienda monofisita, con la persecución del emperador que trocó en nación una mera secta y malquistó el Egipto con su religión y gobierno. La iglesia jacobita recibe los árabes a fuer de libertadores, y durante el sitio de Memfis se entabla y ajusta reservadamente un tratado efectivo entre una hueste victoriosa y un pueblo esclavo. Un egipcio noble y acaudalado, cuyo nombre es Mokawkas, encubre su creencia para lograr el manejo de una provincia: aspira, con los trastornos de la guerra pérsica, a constituirse independiente: la embajada de Mahoma lo encumbra a la jerarquía de príncipe; mas con regalos y agasajos enmarañados se desentiende allá de toda propuesta de nueva religión.[1586] Su alevosía le acarrea el encono de Heraclio; engreimiento y zozobra le retraen de todo rendimiento y allá se arroja interesada y entrañablemente al partido de su nación y de los sarracenos.

En su conferencia primera con Amrú oye sosegadamente la alternativa corriente del Alcorán, tributo o refriega. «Los griegos —replica Mokawkas–, están aguardando el trance de la espada; pero no apetezco hermandad con ellos ni para este mundo ni para el otro, y reniego desde ahora del tirano bizantino, de su sínodo de Calcedonia y de sus esclavos melquitas». «Tanto yo como mis hermanos estamos resueltos a vivir y morir profesando el Evangelio y la unidad de Cristo. No cabe en nosotros el avenirnos a las revelaciones de vuestro profeta, pero ansiamos la paz y nos allanamos a pagar tributo y obediencia a sus sucesores temporales». El pago convenido es de dos piezas de oro por cabeza cristiana; pero se exceptúan monjes, ancianos, mujeres, individuos de ambos sexos de menos de dieciséis años; los coptos de encima y debajo de Memfis juran acatamiento al califa y ofrecen hospedaje decoroso por tres días a todo viandante musulmán por su país. Con aquel fuero queda exterminada la tiranía civil y eclesiástica de los melquitas;[1587] todos los púlpitos fulminan los anatemas de san Cirilo, devolviendo los edificios sagrados con el patrimonio de la iglesia al gremio nacional de los jacobitas, que ostentaron descomedidamente su triunfo y venganza. Amrú intima ejecutivamente a su patriarca Benjamín a que salga a luz de su desierto, y tras breve avistamiento, cortesano el árabe aparentó manifestar que jamás había conversado con sacerdote cristiano de aspecto más venerable y de modales más candorosos.[1588] Marcha el teniente de Omar de Memfis a Alejandría entregado al agradecimiento y finezas de los egipcios; restablécense con eficacia puentes y caminos, y a cada paso va logrando más y más abastos y noticias. Los griegos de Egipto, cuyo número no llega al décimo de la casta nacional, quedan abrumados con aquel desvío incontrastable; se les odió siempre y ya no se les teme;

huye el magistrado de su tribunal, el obispo de su silla, y las guaniciones descarriadas fenecen por sorpresa, o bien por hambre cercadas de infinita muchedumbre. A no proporcionar el Nilo escape obvio y seguro hacia el mar, ni se salvara un solo individuo que por naturaleza, nacimiento, idioma, empleo o religión tuviera el menor enlace con tan odiosa ralea.

Agólpanse los griegos, con su retirada del alto Egipto, en la isla de Delta, y los cauces ya nativos ya artificiales del Nilo van proporcionando una línea de puntos fuertes y defendibles, y los sarracenos siguen despejando su marcha trabajosamente con veintidós peleas parciales o completas. El sitio de Alejandría es quizás la empresa más ardua y grandiosa de sus anales de conquista.[1589] Rebosa aquel primer emporio del orbe en abastos y defensas. Pelea el crecido vecindario por los derechos más entrañables de la humanidad, haberes y religión, y la enemistad de los naturales los está al parecer excluyendo del beneficio universal de la paz y la tolerancia. Patente está la marina; y a estar Heraclio alerta sobre los conflictos públicos, huestes y huestes romanas y bárbaras desembocaran en aquella bahía, tras la salvación de la segunda capital del Imperio. Más de tres leguas [6,67 km] de recinto debían desparramar las fuerzas de los griegos, y abrigar los ardides de un enemigo travieso; pero el mar y el lago Marcotis ciñen dos costados del cuadrilongo, y cada uno de los dos extremos tan sólo ofrece como escasa media legua de frente. Proporciona el árabe su pujante conato a lo arduo del intento, y al valor de la recompensa. Clava Omar desde el solio de Medina sus ojos en el campamento y la ciudad; su voz clama por armas a las tribus árabes y a los veteranos de Siria, realzando allá los merecimientos de una guerra santa con la fertilidad y nombradía peculiar del Egipto. Ansiosos los naturales por el total exterminio de sus tiranos, extreman a

porfía su afán en servicio de Amrú; inflámanse chispazos de bizarría con el ejemplo de sus aliados, y Mokawkas está denodadamente esperanzado de lograr su sepulcro en la iglesia de san Juan de Alejandría. Expresa el patriarca Eutiquio que los sarracenos pelean con el arrojo de leones; rechazan las salidas frecuentes y casi diarias de los sitiados, y asaltan luego en cambio muros y torres de la ciudad. El alfanje de Amrú centellea en todos los trances al par de su bandera, a vanguardia de los musulmanes. Su denuedo imprudente lo compromete en un día memorable; entra su comitiva en la ciudadela, de donde la arrojan; y el general, con un amigo y un esclavo cae prisionero en manos de los enemigos. Presentado Amrú ante el prefecto, recuerda su señorío y desatiende su situación; su ademán erguido y su habla impetuosa están retratando a todo un lugarteniente del califa, tanto que un soldado enarbola ya su arma para cercenar de un hachazo la cabeza al osado cautivo. Le salva la vida la travesura de su esclavo, descargando un bofetón a su amo y mandándole con desentono que enmudezca en presencia de los superiores. Cae en la trampa el griego inadvertido; da oídos a la oferta de un tratado; despiden a los prisioneros con la esperanza de mensajeros más condecorados, hasta que la algazara del campamento está pregonando el regreso de su general, y escarnece la torpeza de los infieles. Por fin, tras un sitio de catorce meses,[1590] y la pérdida de veintitrés mil hombres, campean los sarracenos, embarcan los griegos su gente escasa y acobardada, y tremola el estandarte de Mahoma sobre las almenas de la capital de Egipto. «Cayó en mis manos —dice Amrú al califa–, la gran ciudad del Occidente. No me cabe el ir apuntando sus muchas riquezas y primores, contentándome con expresar que abarca cuatro mil palacios, cuatro mil baños, cuatrocientos teatros o parajes de recreo, doce mil tiendas de

comestibles, y cuarenta mil judíos tributarios. Las armas han avasallado el pueblo, sin mediar tratado o capitulación, y los musulmanes se muestran desalados por saborear los frutos de su victoria».[1591] Con entereza desecha el caudillo de los fieles todo asomo de saqueo, encargando a su lugarteniente que reserve los caudales y rentas de Alejandría para el servicio público y la propagación de la fe; empadronan y cargan tributo al vecindario; enfrenan el encono y afán de los jacobitas, franqueando a los melquitas que se doblegan al yugo arábigo el ejercicio arrinconado y pacífico de su culto. La nueva de aquel fracaso tan afrentoso atropella la salud quebrantada del emperador, y Heraclio fallece de hidropesía a las siete semanas de la pérdida de Alejandría.[1592] Clama el vecindario desabastecido, y en la minoría del nieto precisa a la corte bizantina a emprender el recobro de la capital de Egipto. En cuatro años escuadra y ejército romano se posesionan por dos veces del puerto y fortificaciones de Alejandría, y otras tantas los arroja el denuedo de Amrú, llamado por aquel peligro urgentísimo desde las guerras remotas de Trípoli y de Nubia. Pero la facilidad del intento, la repetición de tal desacato y el tesón de la resistencia, le incitan a jurar que si llega a lanzar por tercera vez al piélago a los infieles, ha de quedar Alejandría tan expedita como la casa de una ramera. En desempeño de su promesa, va en parte volcando murallas y torreones, pero indulta al vecindario en el escarmiento de la ciudad, y edifica la mezquita de la *Compasión* en el paraje donde el general victorioso atajó el ímpetu de su tropa.

Chasqueado quedaría el lector, si callase el paradero de la biblioteca Alejandrina, cual lo describe el sabio Abulfeda. Era más curioso y culto de suyo Amrú que todos sus hermanos, y en los ratos sobrantes se desahogaba conversando con Juan, el

postrer discípulo de Amon, apellidado *Filopono* por su laboriosidad en los estudios de gramática y filosofía.[1593] con las alas de aquella continuada llaneza, se arroja Filopono a pedirle un don, inestimable en su opinión, y baladí para los bárbaros, a saber, la biblioteca real, exenta todavía del sello y visita del vencedor. Propenso se muestra éste a los anhelos del Gramático, pues su entereza justiciera le retrae de todo enajenamiento sin anuencia del califa; y sabida es la contestación de Omar, aborto de su idiotez fanática. «Si esos escritos griegos van acordes con el libro de Dios, se hacen inservibles y no hay para qué conservarlos; si van encontrados, son perniciosos y deben anonadarse». Ejecútase a ciegas la sentencia; repártense los pliegos o pergaminos por los cuatro mil barrios de la ciudad, y era tal su cúmulo, que apenas bastaron seis meses para el consumo de tan precioso combustible. Como las *Dinastías* de Abulfeda[1594] han cundido en una traducción latina, se ha ido repitiendo la patraña, y todos los eruditos están llorando airadamente aquel malogro y naufragio literario de los tesoros de la Antigüedad. Por mi parte me siento muy propenso a negar, tanto el hecho como las consecuencias, pues en efecto el trance es portentoso. «Lee y pásmate», dice el mismo historiador; y la relación aislada de un extraño, que a los seis siglos estaba escribiendo por los confines de la Media, queda preponderado con el silencio de dos analistas, que escribieron muy posteriormente, y entrambos cristianos y egipcios, el más antiguo, el patriarca Eutiquio refirió extensamente la conquista de Alejandría.[1595] El fallo tremendo de Omar se contrapone al precepto castizo y fundamental de los moralistas mahometanos; quienes pregonan expresamente que los libros religiosos de judíos y cristianos, deparados por el derecho de la guerra, jamás deben arrojarse a las llamas, y que los partos profanos de

historiadores o poetas, de médicos y filósofos, pueden provechosamente avalorarse por los fieles.[1596] Mas asoladores se mostraron con efecto los primeros sucesores de Mahoma; mas en este lance muy en breve quedarán abrasados los materiales. No voy a reseñar los fracasos de la libertad Alejandrina, la quema involuntaria de César para su defensa,[1597] ni la aciaga mistiquez de los cristianos, empeñadísimos en acabar con todo rastro de idolatría;[1598] mas si vamos descendiendo desde el siglo de los Antoninos hasta el de Teodosio, nos enteraremos, eslabonando testigos contemporáneos, que ni el alcázar regio ni el templo de Serapis atesoraban ya los cuatro o setecientos mil volúmenes, reunidos por el afán y la magnificencia de los Tolomeos.[1599] Tal vez la iglesia y el solar del patriarca, tendrían su repuesto de libros: pero la mole crecidísima de la contienda arriana y monofisita, se abrasó realmente en los baños públicos, [1600] se sonreirá un filósofo graduándola de provechosa en su postrer paradero. Me apesadumbro entrañablemente con las bibliotecas más apreciables que allá yacieron en los escombros del Imperio Romano; mas al recapacitar con ahínco el dilatado plazo, los estragos de la idiotez y las plagas de la guerra, extraño todavía más nuestros tesoros que tantísimos malogros. ¿Cuántos hechos curiosísimos yacen para siempre en el olvido?

Cercenadísimos han llegado a nuestras manos los tres grandes historiadores de Roma, y carecemos de infinitos partos griegos en la poesía lírica, yámbica y dramática; pero tenemos que recordar agradecidos que a tan repetidos fracasos del tiempo y la fatalidad, se sobrepusieron siempre las obras clásicas que merecieron ya en la Antigüedad[1601] remontarse a la cumbre del ingenio y de la gloria. Los maestros de la sabiduría antigua que todavía disfrutamos, habían ido estudiando y encareciendo los escritos de sus antecesores, ni cabe conceptuar que nos hallemos

defraudados en lo moderno de verdades trascendentales, o descubrimientos provechosos del arte o la naturaleza.[1602]

Manejó Amrú el Egipto sabia y justicieramente,[1603] acudiendo a los intereses del pueblo escudado por la ley y por su Dios, y los de la gente allegada que debía apadrinarse por los hombres. En el vaivén de la conquista y del rescate el idioma de los coptos y el alfanje sarraceno eran apuestísimos al sosiego de la provincia. Manifestó a los primeros el caudillo que todo banderizo y alevoso sería ejemplarmente escarmentado, castigando a los acusadores como enemigos personales y diabólicos, y ensalzando a sus hermanos, perseguidos vilmente por la envidia, para desbancarlos. Estimuló a los suyos con los móviles de la religión y el pundonor para portarse caballerosamente, realzarse para con Dios y con el califa por medio de una conducta decorosa y ajusticiada, bienquistarse con un pueblo que había confiado en su buena fe, y contentarse con el galardón legítimo y esplendoroso de la victoria. En el sistema de hacienda desaprobó el método sencillo pero atropellador del personal, y antepuso fundadamente un impuesto proporcionado en todos los ramos sobre el producto líquido de la labranza y el comercio. Aprontó un tercio del tributo a los reparos anuales de los malecones y acequias, tan indispensables para el bienestar general. Con su régimen la feracidad del Egipto rebosaba sobre la aridez de la Arabia; y allá una recua interesante de camellos, cargados de trigo y demás abastos, estaba cuajando la distancia larguísima de Memfis a Medina.[1604] Mas el numen de Amrú renovó muy en breve la comunicación marítima ideada o concluida por los faraones, los Tolomeos y los Césares, abrió un canal de treinta leguas [66,7 km] de largo desde el Nilo hasta el Mar Rojo. La navegación interior para enlazar el Mediterráneo con el océano Índico, se desechó luego por inservible y expuesta;

trasladose el solio de Medina a Damasco, y las escuadras griegas pudieron escudriñar un tránsito a las ciudades santas de la Arabia.[1605]

A ciegas estaba el califa Omar en cuanto a la nueva conquista por el eco de la nombradía y los apuntes del Alcorán. Encargó a su lugarteniente que le retratase al vivo el reino de Faraón y de los Amalecitas, y la contestación de Amrú está ofreciendo un cuadro expresivo y harto puntual de aquel país peregrino.[1606] «¡Oh caudillo de los fieles!, es el Egipto un conjunto de tierra negra y plantas verdosas, entre peñascales corridos y arenilla roja. La distancia de Siena al mar es el viaje de un mes a caballo. Allá se tiende por todo el valle un río, sobre el cual están mañana y tarde recayendo las bendiciones del Altísimo, y que sube y baja con los vaivenes del sol y de la luna. Cuando las finezas anuales de la Providencia franquean los manantiales y fuentes que están alimentando la tierra va el Nilo desarrollando sus majestuosos y sonoros raudales por el reino de Egipto; abarca la inundación benéfica las campiñas, y las aldeas se comunican mutuamente en sus barquillas pintadas. Retírase la riada y va depositando un légamo feraz para todo género de semillas: el tropel de labriegos que cuajan y ennegrecen los campos, son un símil de enjambres de hormigas industriosas, y el azote del capataz va desadormeciendo su poltronería, prometiéndoles flores y frutos en cosechón colmado. No queda burlada su esperanza, mas la riqueza del esquilmo de centeno, cebada, legumbres, arroz, frutales y rebaños, se reparte con desigualdad entre los operarios y los poseedores. Van y vienen las estaciones, y el país campea con *plateadas* olas, *esmeralda* verdosa y el amarillo vistoso de la mies *dorada*.[1607]». «Suele, sin embargo, alterarse aquel orden benéfico, y el rezago y la subida ejecutiva del río en el primer año de la conquista, pudiera, en

cierto modo corroborar una fábula edificativa. Se cuenta que el sacro oficio anual de una virgen[1608] había sido vedado por la religiosidad de Omar, y que yacía el Nilo enojado y como yerto en su cauce superficial, hasta que la disposición del califa fue arrojada al raudal obediente, que subió en una noche hasta la altura de dieciséis codos. El embeleso de los árabes con su nueva conquista soltó la rienda a su anovelado temple. Estamos leyendo en autores muy formales, que veinte mil ciudades o aldeas cuajaban el Egipto;[1609] *que* fuera de los griegos y árabes, resultaron por el empadronamiento de coptos solos tributarios hasta seis millones o veinte millones de toda edad y sexo,[1610] y *que* ingresaban anualmente en el erario del califa trescientos millones entre oro y plata.[1611] La racionalidad se destempla con tamaños apuntes, y asoman todavía más disparatados tomando en cuenta la estrechez del solar habitable; un valle desde el trópico hasta Memfis, por lo más de cuatro leguas [8,89 km] de anchura, y el triángulo del Delta, un territorio llano de dos mil cien leguas [10265 km^2] cuadradas, que vienen a componer el dozavo de la extensión de la Francia.[1612] Un cómputo esmerado aprontará un tanteo más atinado y terminante. Los trescientos millones fraguados por el yerro del amanuense se apocan hasta el rédito decoroso de cuatro millones y trescientas mil piezas de oro, de las cuales novecientos mil se abocaban al pago de la tropa.[1613] Hay dos estados uno del siglo actual y otro del siglo XII, que expresan el conjunto muy razonable de dos mil setecientas aldeas o poblaciones.[1614] Un cónsul francés tras su residencia de veinte años en el Cairo, se atreve a fijar unos cuatro millones de musulmanes, cristianos y judíos, para la suma grandiosa, mas no inverosímil, de la población de Egipto.[1615]»

IV. El califa Othman fue el emprendedor de la conquista de

África desde el Nilo hasta el océano Atlántico.[1616] Caudillos de las tribus y compañeros de Mahoma encarecen al par el devoto intento, y allá se arrojan veinte mil árabes desde Medina, con los agasajos y bendiciones del jefe de los fieles (647 d. C.). Incorpóranseles otros veinte mil paisanos en la campiña de Memfis, y encabeza las operaciones Abdalah,[1617] hijo de Sair y hermano de leche del califa, desbancador del lugarteniente y conquistador de Egipto; pero ni sus merecimientos, ni su privanza con el príncipe, alcanzan a borrar el tiznón de su apostasía. Abdalah, convertido pronto, y luego pendolista primoroso, logró el cargo grandioso de copiante de las hojillas del Alcorán, pero estragó alevosamente el texto, se chanceó de sus propios desbarros, y huyó a la Meca para sortear la justicia y cacarear la idiotez del apóstol. Conquistada la Meca, se postra a las plantas de Mahoma, y sus lágrimas y las súplicas de Othman recaban el trabajoso indulto, pero manifestando el profeta que se había resistido tanto para dar campo a algún devoto de por fin desagraviarle con la sangre del apóstata. Aparenta lealtad, echa el resto de su ahínco, y sirve a la religión que le está ya interesando, nacimiento y desempeño lo encumbra entre los koreishitas, y en medio de aquella nación cabalgante descuella Abdalah en jinetear con maestría sobre toda la Arabia. Acaudilla cuarenta mil musulmanes y se interna desde el Egipto por las ignoradas regiones del Occidente. Intransitables son los arenales de Rarca para las legiones romanas, pero el árabe se acompaña con su fiel camello, y los naturales de un desierto están viendo sin pavor, igual suelo y clima. Trabajosa es su marcha, pero al fin plantan sus tiendas ante las murallas de Trípoli;[1618] ciudad marítima en la cual *nombre*, caudales y moradores de la provincia se habían ido consumando, y que conserva todavía su tercera clase entre los estados de Berbería. Sorprenden y

destrozan un refuerzo de griegos en la misma playa; pero las fortificaciones de Trípoli contrastan sus conatos, y los sarracenos, al asomar el prefecto Gregorio,[1619] se avienen a levantar el sitio tras el peligro y la esperanza de una refriega decisiva. En el conjunto de ciento veinte mil hombres, los cuerpos arreglados del Imperio quedan allá traspuestos en el tropel desmandado de africanos y moros que constituyen la fuerza, o más bien el número de su hueste. Desecha airado Gregorio la alternativa del Alcorán o el tributo: y por varios días ambos ejércitos están batallando desde el amanecer hasta mediodía, en que el cansancio y el calor irresistible, los precisan a ir en busca de resguardo y refresco en sus reales respectivos. Cuentan que la hija de Gregorio, dama bizarra y lindísima, peleó junto al padre, pues se amaestró desde niña en jinetear, flechar y blandir el alfanje; y sobresalía entre las avanzadas por su vistoso y marcial arreo. Su diestra y cien mil piezas de oro, se ofrecen por la cabeza de caudillo árabe, y toda la juventud africana echa el resto en pos de galardón tan esclarecido. Cede Abdalah al encarecido empeño de sus hermanos, y se pone a buen recaudo; pero su retirada descorazona a los sarracenos, más y más acosados con el malogro de tantísima pelea.

Descolló ya en Egipto un árabe ilustre, que luego vino a ser el competidor de Alí, y padre de un califa, y aquel Zobeir[1620] había arrimado el primero su escala a las murallas de Babilonia. Milita allá destacado en la guerra africana; pero al eco de la batalla acude con doce compañeros, rompe por el campamento griego, y allá se arroja más y más sin tomar alimento ni descanso a terciar en las contingencias de sus hermanos. Tiende la vista por la línea. «¿Dónde para el general?», pregunta. «En su tienda». «¿Es por ventura la tienda el puesto de un caudillo de musulmanes?». Manifiéstale Abdalah sonrojado la trascendencia

de su propia vida, y el cebo que está ostentando el prefecto romano. «Revuelve —exclama Zobeir–, sobre los infieles su ruin intento, y pregona por las filas que la cabeza de Gregorio se ha de galardonar con su muchacha cautiva, la cantidad igual de cien mil piezas de oro». Media un ardid a cargo del advertido y denodado Zobeir, y se tuerce el trance a favor de los sarracenos. Supliendo con la eficacia y la artería su desproporción en el número, permanece parte de las tropas retraída en sus tiendas, y las demás van escaramuzando larga y revueltamente con el enemigo, hasta muy subido ya el sol en su carrera. Retíranse por entrambas partes a pasos desmayados; desembridan los caballos; se desarman y tratan unos y otros, o aparentan acudir al desahogo de la tarde para reencontrarse a la madrugada. De repente suena el clarín, desemboca el campamento arábigo un enjambre de nuevos y desaforados guerreros, que sobrecogen asaltan y arrollan, con otros escuadrones de los fieles (ángeles recién apeados del cielo para su fanatismo) la dilatada línea de los griegos y africanos. Mata Zobeir con su mano al mismo prefecto, cercan y rinden a su hija, empeñada en intentos vengativos y mortales, y los fugitivos acarrean igual fracaso a Sufetula por guarecerse de los alfanjes y lanzas de los árabes. Cae Sufetula a cincuenta leguas [111,1 km] al sur de Cartago; baña un riachuelo la pendiente suave a la sombra de un enebral, y los curiosos pueden todavía encarecer la magnificencia romana en un arco triunfal, un pórtico y tres templos de orden corintio. [1621] Tras el vuelco de ciudad tan grandiosa, bárbaros y provinciales imploran por dondequiera la conmiseración del vencedor. Ofrecimiento de tributos y protestas de fe halagan su vanagloria y su religiosidad; pero sus menoscabos, sus afanes y los estragos de una epidemia imposibilitan todo establecimiento permanente, y los sarracenos, tras su campaña de quince meses

tienen que retirarse al confín del Egipto, con los cautivos y las riquezas de la expedición africana. El califa traspasa su quinto a un privado, bajo el pago nominal de quinientas mil piezas de oro,[1622] pero es sumo el quebranto del estado en aquel convenio, habiendo cabido en el reparto efectivo de la presa, mil piezas a cada infante y tres mil a cada jinete. Conceptúase al matador de Gregorio acreedor a lo más selecto de la victoria: calla y se le supone caído en la batalla, hasta que los lloros y clamores de la hija del prefecto en presencia de Zobeir patentizan el denuedo y el recato del garboso guerrero. Ofrece y casi desecha como esclava el matador del padre a la doncella desventurada, expresando tibiamente que su alfanje se consagra al servicio de la religión, y que está afinando por otro galardón de mayor embeleso que toda beldad mortal y que los caudales de esta vida pasajera. Premio más genial para su índole es el encargo honorífico de participar al califa Othman los lauros de sus armas. Júntanse compañeros, caudillos y vecindario en la mezquita de Medina para oír el pormenor interesantísimo de Zobeir, y al expresarlo todo el orador excepto sus propios merecimientos en consejos y gestiones, los árabes aclaman el nombre de Abdalah al par de los nombres heroicos de Caled y de Amrú.[1623]

Medió plazo entre las conquistas de Occidente por veinte años, hasta que se ajustaron las desavenencias de los sarracenos con la plantificación de la alcurnia de los Omíades, y los africanos mismos estuvieron brindando a voces al califa Moawiyah (665-689 d. C.). Enterados los sucesores de Heraclio del tributo convenido a viva fuerza con los árabes, y en vez de condolerse y descargar sus impuestos, exigieron por equivalente o multa, segundo tributo de igual importe. Ensordecieron los ministros bizantinos a los lamentos por su desamparo y

exterminio; y desesperados antepusieron el señorío de un solo dueño; y más con las tropelías del patriarca de Cartago, revestido de potestad civil y militar que redujo los sectarios y aun los católicos de la provincia a hollar la religión y la autoridad de sus tiranos. El primer lugarteniente de Moawiyah se granjeó suma nombradía, derrotó un ejército de treinta mil griegos, arrebató ochenta mil cautivos y enriqueció con despojos a los arrojados aventureros de Siria y Egipto.[1624] Pero el dictado de conquistador del África, corresponde más adecuadamente a su sucesor Akbah. Sale de Damasco acaudillando diez mil árabes sobresalientes, y aquella fuerza castiza de mahometanos se robustece con el auxilio, aunque mal seguro, y la conversión de largos miles de bárbaros. Arduo, fuera sin ser tampoco preciso, el andar despejando el rumbo y los adelantos de Akbah, pues los orientales han ido poblando las regiones interiores con ejércitos fingidos y ciudadelas sobadas. Hasta ochenta mil se juntan con armas en la provincia belicosa de Zab o de Numidia, pero el número de trescientas sesenta ciudades desdice del atraso o menoscabo de su labranza,[1625] y los escombros de Erba o Lambesa, la antigua capital de aquel país recóndito, no corresponden a las tres leguas [6,67 km] de su recinto. Sobre la marina, las ciudades ya sabidas de Bujía,[1626] y Tánger[1627] deslindan mejor las victorias sarracenas. Algún género de tráfico avalora todavía el fondeadero comodísimo de Bujía, que en temporadas más florecientes, dicen llegó a contener hasta veinte mil casas; y la abundancia de hierro que se extrae de las serranías inmediatas, debe haber suministrado a un pueblo valeroso hartos instrumentos para su defensa. Patrañas griegas y arábigas han ido engalanando la situación lejana y antigüedad venerable de Tinji o Tánger, pero las expresiones figuradas de los últimos sobre sus murallas de bronce, y sus artesonados de oro y plata,

pueden interpretarse como simbolizando su fortaleza y sus tesoros. Los romanos descubrieron allá, y poblaron escasamente, la provincia de la Mauritania Tinjitana,[1628] que tomó el nombre de su capital, siendo reducido el ámbito de sus cinco colonias, muy retraídas de la parte meridional, a donde tan sólo acudía algún traficante de lujo en busca de marfil o de madera[1629] de citro y a las playas del océano tras las conchas de púrpura. El arrojado Akbah se engolfa allá por el corazón del país, atraviesa los yermos, donde luego los sucesores han de encumbrar las capitales esplendorosas de Fez y de Marruecos, [1630] y cala por fin hasta el extremo del gran desierto sobre el mar Atlántico. Despéñase el río Sus por las faldas occidentales del monte Atlas, va fertilizando como el Nilo el suelo inmediato y desagua en el piélago a cierta distancia de las Canarias o islas afortunadas. Moraban en sus orillas los postreros moros, ralea de bozales, sin leyes, disciplina ni religión; atónitos se quedan a la prepotencia extraña e irresistible de las armas orientales, y careciendo de oro y plata, el despojo principal se reduce a la lindeza de algunas cautivas, vendidas algunas luego hasta en mil piezas de oro. Aquel océano sin límites ataja la carrera mas no el afán de Akbah; aguija su caballo por las olas, alza los ojos al cielo, y exclama con el desentono de un fanático: «Gran Dios, si este piélago no zanjase mi rumbo, seguiría más y más a los ignorados reinos del Occidente, pregonando la unidad de tu sacrosanto nombre, y pasando a degüello a cuantas naciones rebeldes están adorando a otros dioses muy diversos de ti».[1631] Mas aquel Alejandro Mahometano que está suspirando por nuevos mundos, no acierta a conservar su conquista flamante. Se le alborotan griegos y africanos, y desde las playas del Atlántico, tiene que acudir adonde, acorralado por la muchedumbre, fenece decorosamente, realzando el trance

postrero con un rasgo de garbosidad nacional. Osa un caudillo ambicioso competirle el mando, y tras el malogro de su intento, sigue preso en el campamento arábigo. Habían los sublevados confiádole sus miras de venganza, mas no aviniéndose a ellas las pone de manifiesto; llega el momento crítico, Akbah, agradecido, le quita los grillos y le encarga que se retire; pero el agraviado antepone el fenecer bajo las banderas de su competidor. Abrázanse como amigos y mártires, blanden sus alfanjes, rompen las vainas, sostienen la lid aferradamente y mueren de pareja con los últimos combatientes. Zubeir, caudillo o gobernador tercero del África, se empeña en vengar a su antecesor y le cabe la misma suerte; vence a los naturales en repetidos encuentros, pero lo vuelca un ejército poderoso enviado de Constantinopla en socorro de Cartago.

Solían las tribus moriscas incorporarse con los advenedizos, terciar en la presa, profesar la misma fe y sublevarse en pos de su estado bravío de independencia e idolatría, tras la primera retirada o fracaso de los musulmanes. Propone atinadamente Akbar el plantear una colonia arábiga en el corazón del África; ciudadela enfrenadora de la liviandad berberisca, y un arrimo o resguardo, contra los azares de la guerra, para las riquezas y familias de los sarracenos (670-675 d. C.). Con este intento y bajo el dictado modesto de parador de una caravana, funda su colonia a los cincuenta años de la Hégira; y aun en su actual menoscabo Cairuán,[1632] conserva todavía su segundo lugar en el reino de Túnez, de donde viene a distar veinte leguas [44,44 km] al Mediodía,[1633] y su situación interior a cuatro leguas de la marina, ha resguardado su recinto contra las escuadras griegas o sicilianas. Aventadas las fieras y serpientes, y despejada la maleza, asoman los rastros de ciudad romana en medio de un arenal; hay que abastecer de vegetales a Cairuán desde lejos, y el

vecindario tiene que recoger y guardar en aljibes o cisternas el agua de lluvia a falta de manantiales y corrientes. Afánase Akbah y allana estos tropiezos; delinea un recinto de tres mil seiscientos pasos y lo amuralla de ladrillo; a los cinco años cercan el palacio del gobernador los albergues de un vecindario suficiente; hasta quinientas columnas berroqueñas, o de pórfido y mármol de Numidia, y entonces descuella Cairuán como solar de los estudios y del Imperio. Pero son posteriores tales timbres, pues la nueva colonia padece mil embates con las derrotas de Akbah y de Zabeir y las desavenencias civiles de la monarquía arábiga. Sostiene el hijo del esforzado Zobeir una guerra de doce años, y un sitio de siete meses contra la alcurnia de los Omíades; y dícese que hermanaba Abdalah con la braveza de un león la astucia de una zorra, mas heredando el denuedo careció de la generosidad de su padre.[1634] Remanece la paz interior y el califa Abdalmalek acude a la conquista de África (692-698 d. C.); tremola Hosan, el gobernador de Egipto, el estandarte y se abocan las rentas de aquel reino con cuarenta mil hombres a tan grandioso empeño. Las provincias internas, con los vaivenes de la guerra paran alternativamente en manos de sarracenos o de sus contrarios; pero siempre los griegos señorean la marina; siempre los antecesores habían respetado el nombre y los antemurales de Cartago, cuyos defensores se habían aumentado con los fugitivos de Cabes y de Trípoli.

Más osadas y certeras son los armas de Hosan, pues avasalla y saquea la capital de África, y sonando el nombre de escala se infiere que un asalto repentino zanjó las formalidades pausadas de un sitio arreglado; pero asoman auxilios cristianos y acibaran el júbilo de los vencedores. El prefecto y patricio Juan, general de experiencia y nombradía, embarca en Constantinopla las fuerzas del Imperio oriental;[1635] se le incorporan las naves y

soldados de Sicilia y el monarca español medroso y devoto, apronta un refuerzo poderoso de godos.[1636] El empuje de la armada reunida destroza la cadena que cierra la entrada del puerto; retíranse los árabes a Cairuán o Trípoli; desembarcan los cristianos, el vecindario enarbola la insignia de la cruz y desperdician desatinadamente el invierno con soñados logros de victoria y de rescate. Mas perdiose irreparablemente el África: el afán y el enojo del caudillo de los fieles[1637] aparata la primavera siguiente armamento más grandioso de mar y tierra, y luego el patricio tiene también que evacuar el apostadero y fortificaciones de Cartago. Se traba segunda batalla junto a Utica; y quedando otra vez derrotados griegos y godos, se reembarcan y sortean el alfanje de Hosan, que allana el endeblillo parapeto de sus reales. Cuanto quedaba de Cartago, es pábulo de las llamas, y la colonia de Dido y César[1638] yace desamparada por más de dos siglos, hasta que una porción, quizás la veintena de su antiguo recinto, se repuebla por el califa primero de los fatimitas.

La segunda capital del Occidente se reducía en el siglo VI a una mezquita, a un colegio sin estudiantes, a veinticinco o treinta tendezuelas y un aduar de quinientos campesinos, quienes en medio de su rastrero desamparo, ostentaban la arrogancia de los senadores cartagineses; y hasta la ruin aldea desapareció a manos de los españoles, aposentados por Carlos V en la fortaleza de la Goleta. Fenecieron las mismas ruinas de Cartago, y aún se ignoraría su solar a no guiar los trozos desmoronados de un acueducto al viandante averiguador y desolado.[1639]

Arrojados los griegos, no señorean todavía los árabes el territorio. En las provincias interiores los moros o *bereberes*,[1640] tan baladíes para los primeros Césares, como formidables para

los príncipes bizantinos, estuvieron contrarrestando desconcertadamente a la religión y sucesores de Mahoma. Reuniolos hasta cierto punto con asomos de arreglo su reina Cabina, y por cuanto la morisma acata a las hembras con ínfulas de profetisas se arrojaron de igual a igual por el entusiasmo sobre sus enemigos. No alcanzan las escuadras veteranas de Hosan a resguardar el África, perdiéndose en un solo día las conquistas de un siglo, y el caudillo árabe, arrollado por tanto raudal, va a parar a la raya de Egipto, y está esperando hasta cinco años los auxilios prometidos por el califa. Desviados los sarracenos, la profetisa victoriosa junta a los caudillos moros y les encarga una disposición política tan extraña como bravía. «Nuestras ciudades —prorrumpe–, con el oro y plata que atesoran, son el cebo incesante de los árabes; metales tan viles no corresponden a nuestra ambición, contentándonos con los meros productos de la tierra. Fuera pues esas ciudades, y allá yazcan bajo sus escombros tesoros tan perniciosos, pues en careciendo la codicia enemiga de tales alicientes quizá dejará ya sosegar a este pueblo belicoso». Vitorean unánimes la propuesta, y desde Tánger a Trípoli se demuelen los edificios o por lo menos las fortificaciones, se arrasan los frutales, desaparecen los abastos, y un vergel feraz y populoso queda yermo, rastreándose en los historiadores modernos las muestras de la prosperidad y asolación de sus antepasados. Así lo novelan los árabes; mas yo malicio con grandes veras que su ignorancia de la antigüedad, el afán de los portentos y el flujo de encarecer la filosofía de los bárbaros, los indujo a describir como disposición voluntaria las desdichas de tres siglos desde el primer ímpetu de vándalos y donatistas. Luego la sublevación de Cabina fomentaría más y más el estrago, y el sobresalto de ruina universal debió aterrar e indisponer a las ciudades que se habían doblegado con

repugnancia a un yugo indecoroso. Ni esperanzaban ya, ni tal vez apetecían, la vuelta de los soberanos bizantinos; ni sistema de arreglo y de justicia desamargaba la actual servidumbre, y así el católico más desalado antepondría las escasas verdades del Alcorán a la idolatría ciega y bozal de los moros. Reciben de nuevo al general sarraceno a fuer de salvador de la provincia: los amantes de la sociedad civil se hermanan contra los bravíos del país, y la profetisa regia fenece en la primera refriega, y queda por el suelo el desquiciado edificio de su imperio y superstición. Revive aquel destemple contra el sucesor de Hosan; pero la eficacia de Muza y sus dos hijos lo exterminan; pero el número de los rebeldes se colige por sus trescientos mil cautivos, cabiendo al califa por su quinto hasta sesenta mil, vendidos todos en beneficio del erario. Se alistan treinta mil moros de los bárbaros en la tropa, y el afán devoto de Muza, para empaparlos en el conocimiento y práctica del Alcorán, va acostumbrando los africanos a obedecer al apóstol de Dios y al caudillo de los fieles. Hermánanse los moros vagarosos con los beduinos del desierto, en clima, gobierno, vivienda y alimento, y se afanan en prohijar creencia, idioma, nombre y origen de los árabes; revuélvese la sangre de advenedizos y naturales, y la misma nación parece que se está tendiendo desde el Éufrates hasta el Atlántico, por las arenales dilatados de Asia, y África. No negaré, sin embargo que se trasladarían hasta cincuenta mil tiendas de árabes castizos sobre el Nilo para irse desparramando por los desiertos de Libia, y me consta que cinco tribus moriscas están todavía conservando su habla *bozal*, apellidándose y apareciendo africanos *blancos*.[1641]

V. Godos y sarracenos conquistando más y más siempre, desde el norte y el sur, vinieron a tropezarse al confín de Europa y África. Para los sarracenos en diferenciándose de religión ya

hay harto cimiento para enemistarse y guerrear a todo trance.[1642] Desde el tiempo allá de Othman,[1643] sus cuadrillas anduvieron pirateando por las costas de Andalucía,[1644] teniendo muy presente el socorro de Cartago por los godos. Poseían desde entonces, como ahora, los reyes de España la fortaleza de Ceuta, una de las columnas de Hércules zanjada de la otra al pilar contrapuesto, o punta de Europa. Quedaba por conquistar en África una porcioncilla de la Mauritania; pero Muza, en medio de su ufanía victoriosa, fue rechazado de las almenas de Ceuta por la vigilancia y denuedo del conde don Julián, general de los godos. Yace confuso con aquel malogro, cuando inesperadamente se rehace con un mensaje del caudillo cristiano, brindándole con su plaza, su persona y su espada: y solicitando el blasón afrentoso de entrometer sus armas en el corazón de España.[1645] Al indagar el móvil de tamaña alevosía, repiten los españoles la historia popular de su hija Cava[1646] de una doncella seducida o atropellada por su soberano y de un padre, que sediento de venganza le sacrifica patria y religión. Suelen ser los ímpetus de príncipes desbocados y arruinadores, mas esta conseja, tan sabida y de suyo anovelada carece del arrimo de testimonios externos, y la historia de España está suministrando motivos de interés y de política más geniales para el pecho del estadista veterano.[1647] Al fallecimiento o sea deposición de Witiza, Rodrigo, ilustre y ambicioso godo, desbanca a entrambos hijos de aquel tirano matador del padre de Rodrigo siendo duque o gobernador de una provincia. La monarquía sigue siempre electiva; pero los hijos de Witiza, criados en las gradas del solio están mal hallados con su esfera privada. El embozo cortesano encona más y más su ojeriza, aguijando a sus secuaces con recuerdos de finezas y promesas de una revolución mientras su tío Opas, arzobispo de Toledo y

Sevilla, es el primer personaje en la Iglesia y el segundo en el Estado. Se hace probable que Julián quedó arrollado en el tropel del bando inferior viviendo desesperanzado y medroso en el nuevo reinado, y que desatentado el monarca no acertó a trascordar y encubrir los agravios de Rodrigo y su familia (709 d. C.). El conde con sus méritos y su influjo descuella para el daño o beneficio de todos: grandiosas son sus haciendas, sus secuaces audaces y muchísimos, y luego quedó patente para la desventura común, que con su mando en Andalucía y Mauritania tiene en su diestra las llaves de la monarquía española. No alcanza sin embargo a habérselas de mano armada con su soberano, y acude al arrimo advenedizo de moros y árabes, y su brindis acarrea un mundo de fatalidades por espacio de ocho siglos. Manifiesta por escrito o de palabra la opulencia y el desabrigo de su patria, la endeblez de un príncipe malquisto, y la bastardía de un pueblo afeminado. No son ya los godos aquellos bárbaros victoriosos ajadores del orgullo de Roma, saqueadores de la reina de las naciones, y abarcadores desde el Danubio hasta el océano Atlántico. Desviados del orbe con las cumbres del Pirineo, los sucesores de Alarico se adormecen en una paz dilatada; los muros de las ciudades se desmoronan; la juventud depone las armas, y el engreimiento de su nombradía antigua los expusiera en el campo de batalla al primer embate de un enemigo. Enardécese el sarraceno ambicioso con la facilidad y la trascendencia de la empresa, pero dilata la ejecución hasta consultar con el caudillo de los fieles; y al fin vuelven los mensajeros con la anuencia de Walid para encargar los reinos desconocidos de Occidente con la religión y el solio de los califas. Reside Muza en Tánger y sigue encubierta y cautelosamente su correspondencia, adelantando más y más sus preparativos; y entretanto embota los remordimientos de los

conjurados con la seguridad engañosa de aspirar únicamente a la gloria y los trofeos, sin asomo de plantear musulmanes allende el mar que deslinda el África, de Europa.[1648]

Muza, antes de aventurar un ejército de fieles en manos de traidores y desleales en territorio extraño, hace un ensayo menos azaroso de sus fuerzas y su veracidad. Cien árabes y cuatrocientos africanos transitan en cuatro naves de Tánger a Ceuta (julio de 740 d. C.); desembarcan en el punto apellidado todavía por su caudillo Tarif, y la fecha de acontecimiento tan memorable[1649] consta que fue en el mes de Ramadán, a los noventa y un años de la Hégira, esto es en julio de setecientos cuarenta y ocho de la era española de César,[1650] y a los setecientos diez del nacimiento de Cristo. Desde su apeadero, siguen seis leguas [13,3 km] por una serranía hasta el castillo y pueblo de Juliano[1651] al cual imponen (se llama todavía Algeciras) el nombre de Isla Verde, por un promontorio verdoso que se interna en el mar. El agasajo que logran, los cristianos que van acudiendo a sus pendones, sus avances por una provincia pingüe y desprevenida, lo rico de su presa, y el desahogo de su regreso, están mostrando a sus hermanos los plausibles anuncios de victoria. La primavera siguiente se embarcan cinco mil veteranos o voluntarios a las órdenes de Tarik, denodado y habilísimo guerrero, que sobrepujó a la expectativa de su caudillo, aprontándoles los bajeles competentes la diligencia de su harto fino aliado. Aportan los sarracenos,[1652] en la columna o punta de Europa (abril de 711 d. C.), pues el nombre estragado y corriente de Gibraltar (*Gebel al Tarik*) está diciendo la montaña o cumbre de Tarik, y el parapeto de su campamento es el primer bosquejillo de aquellas fortificaciones, que en manos de los nuestros, han venido a burlar el arte y el poderío de la casa de Borbón. Participan los

gobernadores cercanos a la corte de Toledo, el desembarco y los adelantos de los árabes, y la derrota de su lugarteniente Edecon, encargado de prender y aherrojar a los engreídos advenedizos, advierte desde luego a Rodrigo lo sumo del trance. Acuden a la orden superior duques, condes, obispos y nobles de la monarquía goda, acaudillando a sus secuaces, y el dictado de rey de los romanos que usa un historiador arábigo merece disculparse, por la hermandad en idioma, religión, y costumbres entre las naciones de España. Compónese su hueste de noventa o cien mil hombres, tremenda mole si su lealtad y disciplina correspondiesen al número. Refuérzase Tarik hasta juntar doce mil sarracenos, pero el influjo de Julián atrae a los cristianos malcontentos, y un tropel de africanos se abalanza a paladear los beneficios temporales del Alcorán. Suena Jerez,[1653] a las cercanías de Cádiz, por el estrellón que tranzó la suerte del reino; deslinda el riachuelo Guadalete, que desagua en la bahía, entrambos campamentos, y por tres días sucesivos y sangrientísimos, ya avanzan, ya cejan unos y otros con sus escaramuzas (19-26 de julio). Al cuarto día se estrechan las huestes y formalizan el empeño; pero se sonrojara Alarico si presenciara a su indecoroso sucesor, ostentando en su sien la diadema perlada, embarazado allá con las oleadas de un manto grandioso y recamado de oro y seda, y recostado sobre una litera o carruaje de marfil, tirado por dos mulas tordillas. Arrolla la muchedumbre a los denodados sarracenos, cubriendo ya con diez y seis mil cadáveres las llanuras jerezanas. «Hermanos —clama Tarik a los compañeros restantes–, el enemigo está al frente, el mar a la espalda; ¿a dónde queréis huir? Seguid a vuestro caudillo, pues yo estoy resuelto a perder la vida, u hollar la cerviz al rey de los romanos». Además del ímpetu de su desesperación, confía en la correspondencia reservada y

avistamientos nocturnos del conde Julián con los hijos y el hermano de Witiza. Ambos príncipes y el arzobispo de Toledo son los personajes más encumbrados: se pasan oportunamente, y aportillan la línea de los cristianos; el recelo y la zozobra arrebatan acá y allá a los guerreros fugitivos, y en los tres días siguientes queda la hueste goda dispersa y destrozada en la huida y el alcance. En medio de tantísimo descalabro, se arroja Rodrigo de su carro y cabalga el Orelia, su alazán más veloz, pero costea la muerte de un soldado para fenecer en las aguas del Betis o Guadalquivir. Su diadema, ropaje y alazán, se hallan a la orilla, mas como el cadáver del príncipe godo desaparece en los raudales, el orgullo y la torpeza del califa tuvo que pagarse con alguna cabeza vulgar, que se colocó triunfalmente ante el palacio de Damasco. «Y éste —continúa un historiador esforzado de los árabes–, viene a ser el paradero de todo rey que se aleja del campo de batalla».[1654]

Está ya el conde Julián tan engolfado en su maldad y afrenta, que cifra todas sus esperanzas en el exterminio de su patria. Tras la batalla de Jerez, sigue estrechando más y más a los sarracenos victoriosos, diciéndoles. «Falleció el rey godo, huyen los príncipes a vuestra presencia, el ejército queda derrotado, la nación yace despavorida; afianzad con destacamentos suficientes la Bética; pero marchad personal y ejecutivamente a la ciudad regia de Toledo, sin dar tregua ni sosiego a los cristianos desencajados para la elección de nuevo monarca». Tarik sigue su dictamen; un romano cautivo y luego renegado, libre por el mismo califa, se arroja sobre Córdoba con setecientos caballos, atraviesa el río a nado, sorprende la ciudad y encierra a los cristianos en la iglesia mayor, donde se están defendiendo más de tres meses; otro destacamento va sujetando las costas de la Bética, que en el postrer plazo del señorío morisco, ha venido a

formar por una tirada angosta el reino populoso de Granada. Marcha Tarik del Betis al Tajo por Sierra Morena,[1655] que deslinda la Andalucía de la Castilla, hasta que se aparece escuadronado sobre Toledo.[1656] Los católicos más fervorosos están ya en salvo con las reliquias de sus santos; pero si se cierran las puertas al vencedor, es tan sólo hasta que firma una capitulación razonable y decorosa. Árbitro es todo desterrado voluntario de cargar con sus haberes; quedan siete iglesias para continuar el culto cristiano; el arzobispo y su clero son dueños de acudir a sus funciones, y los monjes de observar o desentenderse de sus reglas; siguiendo godos y romanos en los puntos civiles y criminales bajo la jurisdicción de sus propias leyes y magistrados. Resguarda Tarik por justicia a los cristianos, pero premia por agradecimiento y política a los judíos, a cuyo auxilio encubierto o patente es deudor de sus principales logros. Acosados por los reyes y concilios de España, que solían encajonarlos en la alternativa de bautismo o destierro, aquella nación aventada se arroja a la primera coyuntura de venganza; cotejan su estado actual con el anterior y se aferran en su fidelidad, y la hermandad entre los discípulos de Moisés, vino a conservarse hasta el trance de la expulsión de unos y otros. El caudillo arábigo desde el alcázar de Toledo va tendiendo la oleada de sus conquistas hacia el norte por los reinos modernos de León y de Castilla; y es por demás el ir expresando las ciudades avasalladas a su primer asomo, y pararse a describir la mesa de esmeralda,[1657] traída desde el Oriente por los romanos, adquirida por los godos en el saqueo de Roma, y presentada por los árabes ante el solio de Damasco. Tramonta el lugarteniente de Muza las cumbres asturianas hasta el pueblo marítimo de Jijón,[1658] y va ejecutando su marcha victoriosa, con la diligencia de un viandante, de más de doscientas leguas [444,4 km] desde

el peñón de Gibraltar hasta la bahía de Vizcaya. Tiene que retirarse ya por falta de tierra, cuanto más que ha de acudir a Toledo para disculpar su arrojo de avasallar un reino en ausencia de su general. Aquella España, que en su estado bravío y revuelto, estuvo contrastando por dos siglos a las armas romanas, se deja recorrer en cortos meses por los sarracenos, y es tantísimo el afán de rendimiento y contratación, que tan sólo se cita al gobernador de Córdoba como caído prisionero en manos del enemigo, sin condición alguna. Queda irrevocablemente sentenciada la causa de los godos en las campiñas de Jerez, y en aquel abatimiento nacional, cada porción de la monarquía se va soslayando de una contienda con el batallador que arrolló las fuerzas agolpadas de todo el conjunto.[1659] Queda aún aquella fuerza menoscabada, con dos temporadas seguidas de epidemia y hambre, y los gobernadores ansiosos de rendirse, abultarían sus apuros para abastecer la plaza. Hasta la superstición aterradora contribuye para desarmar a los cristianos, y el árabe astuto fomenta hablillas de sueños, agüeros y profecías, y de retratos de los conquistadores de España, aparecidos al descerrajar una estancia del alcázar. Quedan sin embargo pavesas de la llama vividora, pues hay fugitivos invictos que anteponen a todo una vida desamparada y libre por los riscos asturianos; los montañeses adustos rechazan a los esclavos del califa, y la espada de Pelayo viene a trocarse en cetro de los reyes católicos.[1660]

Al eco de logros tan ejecutivos los aplausos de Muza degeneran en amargos celos, y su bastardía no se queja pero teme que nada le deje Tarik por avasallar. Acaudilla diez mil árabes y ocho mil africanos; vuela de Mauritania a España, encabeza ante todo a los koreishitas más esclarecidos; deja a su primogénito de comandante en África y los hermanillos

menores gallardean con las ínfulas del padre. El conde Julián lo agasaja al desembarcar en Algeciras y abogando allá sus remordimientos acredita con palabra y obras que la victoria de los árabes no ha redundado en desafecto por su causa. Aún quedan enemigos para el alfanje de Muza, pues el arrepentimiento tardío de los godos ha ido cotejando su propio número con el de los advenedizos; las ciudades allá desviadas del rumbo de Tarik se conceptúan inexpugnables; y patriotas bizarros están defendiendo las almenas de Mérida y Sevilla. El ahínco de Muza las sitia y las rinde, trasladando sus reales del Betis al Anas, del Guadalquivir al Guadiana. Al presenciar aquellas moles de la magnificencia romana —puente, acueductos, arcos triunfales y teatro de la antigua capital de Lusitania–: «Estoy recapacitando —dice a sus cuatro compañeros–, que el linaje humano echó el resto de su arte y poderío fabricando esta ciudad ¡venturoso mil veces quien llegue a señorearla!». Aspira a tamaña felicidad, pero los *meridanos* vuelven por el pundonor de unos descendientes de las legiones veteranas de Augusto.[1661] Se desentienden bizarramente del encierro de sus antemurales y presentan batalla campal a los árabes; pero una calada oculta en unas centeras o escombros, escarmienta su indiscreción y les ataja la espalda. Arriman sus torres de madera al asalto de las almenas, pero se aferra y dilata la defensa de Mérida, y *el castillo de los mártires* permanece por testimonio perpetuo de las pérdidas de los musulmanes. Hambre y desesperación doblegan por fin el tesón de los sitiados, y cuerdo el vencedor encubre sus ímpetus con visos de clemencia y aprecio. Otórgase la alternativa de tributo o destierro; se promedian las iglesias entre ambas religiones confiscando los haberes de los fallecidos en el sitio o retirados a Galicia para premio de los fieles. En el comedio de Mérida y

Toledo acude el segundo de Muza a saludarle como lugarteniente del califa, y luego lo aposenta en el palacio de los reyes godos. Tibio y despegado es el primer avistamiento tras de residenciarle por ápices sobre los tesoros de España, median sospechas y hablillas contra el pundonor de Tarik, y la pronta mano o la disposición de Muza encarcela con improperio y luego azota afrentosamente al héroe; pero es tan tirante la disciplina, tan acendrado el fervor, y tan rendido el temple de los musulmanes primitivos, que Tarik, tras aquel baldón horroroso sigue sirviendo, y se le confía el allanamiento de la provincia tarraconense. Los koreishitas con sus larguezas levantan una mezquita en Zaragoza, se franquea el puerto de Barcelona a las naves de Siria, y allá van aventados los godos por el Pirineo a parar a la provincia gálica de Septimania o Languerod.[1662] Halla Muza en la iglesia de Santa María de Carcasona hasta siete estatuas ecuestres de plata maciza que no cabe deje en su sitio; y desde el *término* o columna de Narbona revuelve sobre las playas gallegas o lusitanas del océano. Su hijo Abdelaziz, en ausencia del padre escarmienta a los sublevados de Sevilla, y va luego sojuzgando las costas del Mediterráneo desde Málaga hasta Valencia, y su tratado original con el valeroso Teodomiro,[1663] está retratando al vivo las costumbres y la política de aquel tiempo. *Condiciones de paz convenidas y juramentadas entre Abdelaziz, hijo de Muza, hijo de Nassir, y Teodomiro, príncipe de los godos*. En nombre de Dios todo misericordioso Abdelaziz ajusta la paz bajo los pactos siguientes: *que* no se incomodará a Teodomiro en su principado, ni se cometerá desafuero contra las vidas, haciendas, mujeres, niños, religión y templos de los cristianos: *que* Teodomiro entregará desde luego sus siete ciudades de Orihuela, Valentola, Alicante, Mola, Vacasora, Bijerra (ahora Béjar), Ora (u Opta) y Lorca:

que no auxiliará ni abastecerá a los enemigos del califa, sino que antes bien participará lealmente cuanto sepa acerca de sus intentos encontrados: *que* tanto él mismo como cada noble godo pagará una pieza de oro, cuatro medidas de centeno, y otras tantas de cebada con cierta cuota de miel, aceite y vinagre, cargando a todos sus vasallos una mitad del mismo impuesto. Dado a cuatro de Rejeb, en el año de noventa y cuatro de la Hégira y firmado con los nombres de cuatro testigos musulmanes.[1664] Tratan a Teodomiro y a los súbditos con suma blandura, mas parece que la cuota del tributo subió o bajó del décimo al quinto según el rendimiento o la terquedad de los cristianos.[1665] En tamaña revolución los ímpetus carnales o religiosos de aquellos entusiastas se propasan con tropelías particulares profanando iglesias con el nuevo culto; equivocando reliquias e imágenes con ídolos, degollando rebeldes; y hay pueblo (lugar desconocido) entre Córdoba y Sevilla absolutamente arrasado. Mas si reparáramos la invasión de España por los godos o su recobro por los reyes de Castilla y Aragón, tendremos que encarecer la disciplina y el comedimiento de los conquistadores árabes.

Descuella Muza con sus hazañas en la otoñada de su vida, por más que aparenta mocedad arrebolando su barba canísima; pero en el afán de empresas y timbres, hierve todavía su pecho con ímpetus juveniles, conceptuando la posesión de España como el primer escalón para el solio de la Europa entera (714 d. C.). Aparata grandioso armamento de mar y tierra para tramontar de nuevo el Pirineo, acabar en la Galia e Italia con los reinos ya menoscabados de francos y lombardos, y pregonar la unidad de Dios desde las aras del Vaticano. Desde allí, avasallando a los bárbaros de Germania, ha de ir siguiendo el cauce del Danubio, desde sus manantiales hasta el mar Euxino,

ha de volcar el Imperio Griego o Romano, y revolviendo de Europa al Asia, enlazar sus nuevas posesiones con Antioquía y las provincias de Siria.[1666] Pero aquella empresa descomunal, pero llana tal vez en su ejecución, debía parecer disparatada a los ánimos vulgares, y el proyectista soñador, tiene luego que reconocer su dependencia y servidumbre. Los amigos de Tarik han despejado la reseña de sus servicios y agravios; vitupéranse los pasos de Muza en la corte de Damasco, se malician sus intentos, y tardando en cumplir el primer encargo se le castiga con intimación áspera y ejecutiva. Entrométese un mensajero denodado del Califa por sus reales de Lugo en Galicia, y a la vista de sarracenos y cristianos, afianza las riendas de su caballo. Tiene que obedecer por lealtad propia o ajena; pero se le alivia un tanto el sonrojo retirando también a su competidor y prometiéndole revestir de entrambos gobiernos a sus dos hijos Abdalah y Abdelaziz. Va luego ostentando triunfal y dilatadamente desde Ceuta a Damasco los despojos del África y los tesoros de España; descuellan cuatrocientos nobles godos ceñidos y coronados de oro, regulándose el número de cautivos y cautivas, entresacados por su hermosura o nacimiento, en dieciocho y aun en treinta mil individuos. A su llegada a Tiberios en Palestina le participan la dolencia y peligro del califa, por un mensajero directo de Solimán, su hermano y heredero presumptivo, quien está ansiando para su reinado la función de tamaña victoria. Su detención si Walid convalece, le acrimina, y así continua su rumbo y halla un enemigo en el solio. Se le procesa ante un juez parcial, contra una parte más popular, y queda convicto de vanagloria y falsedad, y una multa de doscientas mil piezas de oro, o le reducen al desamparo, o comprueban sus robos. Desagraviado queda Tarik de su indigna tropelía con otra de igual afrenta, pues azotan públicamente al

caudillo veterano, lo caldean al sol por todo un día ante la puerta del palacio, hasta que alcanza un destierro decoroso bajo el nombre devoto de romería a la Meca. Arrinconado Muza, debía saciarse el encono del califa; pero sus zozobras claman por el exterminio de una alcurnia poderosa y agraviada. Encarga una sentencia de muerte con reserva y diligencia a los sirvientes leales del solio en África y España, y se ejecuta puntualmente, prescindiendo de formalidades. El alfanje de los confidentes degüella a Abdelaziz en la mezquita o el alcázar de Córdoba, acusándolo de aspirar a la soberanía y mostrándose escandalizados, al par de los cristianos, por su enlace con Egilona viuda de Rodrigo. Extreman la crueldad hasta el punto de presentar al padre la cabeza del hijo con la insultante pregunta de si conoce el rostro del rebelde. «Me hago cargo de sus facciones —prorrumpe indignado–, afirmo su inocencia, y ruego ¡ay Dios!, por igual, pero más justa suerte contra sus matadores». La edad y desesperación de Muza lo sobreponen a los reyes, y fallece en la Meca con agonías de un pecho traspasado. Tratan más propiciamente a su competidor, pues le perdonan sus servicios, y queda allá barajado con la chusma de la servidumbre.[1667] No me consta si cupo o no al conde Julián el premio tan debido del cadalso (aunque no por parte de los sarracenos); mas la patraña de mostrarse ingratos con los hijos de Witiza, queda desmentida con testimonios innegables; pues siguieron disfrutando el patrimonio peculiar del padre, pero muerto Eba el primogénito, Sisebuto su hermano usurpó a la sobrina sus pertenencias; aunque acudiendo al califa Hasshem le fueron devueltas, pero se enlazó con un árabe esclarecido, y sus dos hijos Isaac e Ibrahim merecieron en España el aprecio correspondiente a su cuna y haberes.

Tiene toda provincia que irse asemejando al estado

victorioso, ya por los advenedizos ya por el remedo de los naturales, y la España, salpicada ya por la sangre cartaginesa, romana y goda, se fue en pocas generaciones empapando en relaciones y costumbres arábigas. En pos de los conquistadores y de los veinte lugartenientes sucesivos del califa, se fueron agolpando un sinnúmero de secuaces civiles y militares, que ansiaban fortuna, aunque lejana; se plantearon colonias y se fomentaron intereses públicos y privados, y las ciudades de España se engrieron ensalzando la tribu o el país de sus antepasados orientales. Las tropas victoriosas y revueltas de Tarik y Muza, alegaron bajo el nombre de españoles su derecho fundamental de conquistadores, franqueando a sus hermanos egipcios el plantear sus vecindades en Murcia y en Lisboa. Arraigose en Córdoba la legión regia de Damasco; la de Emesa en Sevilla; la de Kinniarin o Calcis en Jaén; la de Palestina en Algeciras y Medina Sidonia. Los naturales de Yemen y Persia se fueron desparramando por Toledo y las comarcas interiores, concediendo las vegas pingües de Granada a los diez mil jinetes de Siria y de Irak, hijos de las tribus más castizas y nobles de la Arabia.[1668] Aquellos bandos hereditarios abrigaban competencias a veces provechosas, por lo más aciagas, y a los diez años de la conquista presentaron al califa un mapa de la provincia, con expresión de mares, ríos, bahías, pueblos, vecindarios, climas, suelo y productos minerales del país.[1669] Su labranza fue realzando en el término de dos siglos los dones naturales,[1670] con manufacturas, industria y comercio; pero su fantasía vaga y soñadora ha ido abultando los partos de sus afanes. El primer Omíade que reinó en España acudió al arrimo de los cristianos, y en su bando de paz y padrinazgo se contenta con el corto impuesto de diez mil onzas [287 kg] de oro, diez mil libras [4590 kg] de plata, diez mil caballos, otras tantas

mulas, mil corazas e igual número de celadas de lanzas.[1671] Después el sucesor más poderoso llegó a cobrar del mismo reino, el tributo anual de doce millones cuarenta y cinco mil dinares o piezas de oro, unos treinta millones de duros;[1672] suma que en el siglo X sobrepujaba al total de las rentas de los monarcas cristianos. Su solar regio de Córdoba contenía seiscientas mezquitas, novecientos baños y doscientas mil casas; estaba mandando a ochenta ciudades de primer orden y a trescientas de segundo y tercero; y doce mil aldeas o cortijadas realzaban las fértiles orillas del Guadalquivir. Cabe que los árabes abulten, pero fraguaron y describen la temporada más venturosa de las riquezas, cultivo y población de España.[1673]

Santifica el profeta las guerras musulmanas, pero entre los varios preceptos y ejemplos de su vida, entresacaron los califas las doctrinas de tolerancia conducentes a desarmar el contrarresto de los incrédulos. El templo y patrimonio del Dios de Mahoma se hallan en la Arabia, y mira con más tibieza y desvío las naciones de la tierra. Sus rendidos exterminan legalmente a los politeístas e idólatras que ignoran hasta su nombre,[1674] pero una política cuerda acudía a los vacíos de la justicia, y tras aquellos ímpetus de disparada intolerancia, los conquistadores mahometanos del Indostán se desentienden de las pagodas de aquel país devoto y populoso. La revelación más *cabal* de Mahoma fue brindando a los discípulos de Abraham, de Moisés y de Jesús, pero si anteponían el pago de un tributo equitativo, quedaban árbitros de su conciencia y culto.[1675] En el campo de batalla el profano rescataba su vida ya enajenada profesando el *islam*; las mujeres tenían que seguir la religión de sus dueños, y alumnas entrañables fueron encartando en manos de los cautivos. Pero aquellos millones de convertidos asiáticos y africanos, que tantísimo acrecieron las cuadrillas nativas de los

fieles árabes, por halago, más que a viva fuerza, fueron pregonando su creencia en un sólo Dios y en su apóstol. En repitiendo alguna sentencia y cercenándose el prepucio, súbdito o esclavo, cautivo o reo; al golpe se erguía como compañero e igual a los mahometanos victoriosos. Todo pecado quedaba corriente, todo contrato disuelto; el voto del celibato se trasponía al impulso de la naturaleza; los ánimos briosos que yacían por los claustros se enardecían al clarín de los sarracenos, y en aquel vaivén universal, todo individuo de la nueva sociedad se encumbraba al temple natural de sus alcances y su denuedo. Las dichas invisibles y las temporales del profeta arábigo arrebataban al par los pechos de la muchedumbre, y se deja suponer que muchos de sus alumnos abrigaban un convencimiento cabal de la verdad y pureza de su revelación. Para un politeísta indagador debía aparecerse allá de una excelencia sobrehumana, pues más acendrada que el sistema de Zoroastro, más grandiosa que la ley de Moisés, la religión de Mahoma debe parecer más avenible con la racionalidad que la creencia monstruosa y fanática que en el siglo VII mancilló la sencillez del Evangelio.

La fe mahometana aventó la religión nacional en las provincias dilatadísimas de Persia y de África. Sola se erguía la teología allá inapeable de los magos entre las sectas del Oriente; pero los escritos profanos de Zoroastro[1676] venían a hermanarse bajo el nombre respetable de Abraham, eslabonados mañosamente con la revelación divina. El principio malvado, el diablo Ahiman, podía muy bien conceptuarse como competidor, o bien hechura, del Dios de la luz. Carecían de imágenes los templos de Persia: mas cabía el tildar de idolatría torpe y criminal el culto del sol y del fuego.[1677] La práctica de Mahoma y la cordura de los califas[1678] estuvieron siempre por la

mansedumbre: alistaron a los magos o guebros con los judíos y los cristianos entre las gentes de la ley escrita[1679] y aun el siglo III de la Hégira la ciudad de Herāt está aprontando una contraposición extremada entre el desafuero privado y la tolerancia pública.[1680] En pagando su tributo anual quedaban afianzados los guebros de Herāt, bajo el resguardo de la ley mahometana, en sus libertades civiles y religiosas, pero la nueva y humilde mezquita yace allá como arrinconada junto al antiguo y esplendoroso templo del fuego. Laméntase un imam en sus sermones de vecindad tan escandalosa y acrimina a los fieles por su tibieza y apocamiento, y el vecindario a los estallidos de su voz se alborota y se arremolina, y abrasando entrambos edificios, para luego echar sobre el solar y plantear los cimientos de una nueva mezquita. Apelan los magos agraviados al soberano de Jorasán, ofrece justicia y desagravio, cuando ¡ay Dios!, cuatro mil vecinos de Herāt, de edad madura y de aspecto formal, juran a una voz que el idólatra santuario *jamás* existió; toda pesquisa queda atajada y sus conciencias satisfechas (dice el historiador Mirchond)[1681] con aquel perjurio sacrosanto y meritorio.[1682] Pero desiertan los devotos empedernidos y sus templos de Persia yacen por la mayor parte en el suelo; imperceptible sería aquel menoscabo; puesto que no suena acontecimiento ni persecución por aquella larga temporada y sería también general, ya que todo el reino desde Shira a Samarcanda se empapó en la fe del Alcorán; y la conservación del idioma antiguo está manifestando la descendencia de los mahometanos de Persia.[1683] Por los yermos y las serranías una ralea pertinaz de incrédulos se atuvo más y más a la superstición solariega, y asoma todavía una tradicioncilla de la teología maga en la provincia de Kirvan por las orillas del Indo entre los desterrados de Surate, y en la colonia planteada por Shaw Abás

en el siglo anterior, a las puertas de Ispahán. Retirose el Sumo Pontífice al monte Erbuz, a dieciocho leguas [40 km] de la ciudad de Yerd; el fuego perpetuo (si es que sigue ardiendo) está inaccesible a los profanos; pero es su residencia la escuela, el oráculo y la romería de los guebros, cuyas fisonomías broncas y uniformes pregonan la castiza igualdad de su sangre. Los prohombres manejan ochocientas mil familias industriosas y vividoras, manteniéndose con ciertas manufacturas delicadas y un tráfico menudo, y cultivando la tierra con el afán de un ejercicio religioso. Contrastó su idiotez el despotismo de Shaw Abás, quien estuvo requiriendo con amagos y tormentos los libros de Zoroastro, y aquellos residuos arrinconados de los magos van subsistiendo con la moderación o el menosprecio de sus soberanos actuales.[1684]

La costa septentrional de África es el último territorio donde la luz del Evangelio, después de cabal y dilatado asiento, ha venido a apagarse por entero. Nubláronse las artes enseñadas por Cartago y Roma sin rastro ya de las doctrinas de Agustín y de Cipriano. El enfurecimiento de donatistas, vándalos y moros echó por tierra hasta quinientas sillas episcopales. Menguó el clero y amainó su fervor, y el pueblo, sin arreglo, luz, ni esperanza, se doblegó al yugo del profeta arábigo. A los cincuenta años de arrojados los griegos (743 d. C.), un lugarteniente de África participó al califa cómo el tributo de los infieles quedaba abolido con su conversión,[1685] y aunque trató de encubrir su engaño y rebeldía, fundó con boato su pretexto en los progresos rapídisimos e inmensos de la fe mahometana. Destacose al siglo siguiente una misión extraordinaria de cinco obispos desde Alejandría al Cairuán, pues el patriarca jacobita les encargó que avivasen las brasas moribundas del cristianismo; [1686] pero el entrometimiento de un prelado advenedizo, extraño

para los latinos y enemigo del catolicismo, da por supuesto el menoscabo y vuelco de la clerecía africana. No era ya aquel tiempo en que un sucesor de Cipriano contrarrestaba de igual a igual a la ambición del pontífice romano. En el siglo XI el sacerdote desventurado sentándose sobre los escombros de Cartago estaba implorando las limosnas y el amparo del Vaticano, y lamentándose amargamente de que los sarracenos le habían azotado su cuerpo desnudo, y de que cuatro sufragáneos le disputaban los pilarcillos vacilantes de su solio. Encamínanse dos epístolas de Gregorio VII a embalsamar[1687] el quebranto de los católicos y halagar el engreimiento de un príncipe moro. Asegura el papa al sultán que entrambos están adorando el mismo Dios y viven esperanzados de juntarse en el seno de Abraham; mas la queja de no hallarse ya tres obispos para consagrar a un hermano está anunciando el vuelco atropellado e inevitable del orden episcopal (1053-1076-1146 d. C.). Hacía tiempo que los cristianos de África y España se habían allanado a practicar la circuncisión y abstenerse legalmente de vino y cerdo, y el nombre de *mozárabe*[1688] (árabes adoptivos) se aplicaba a los conformistas civiles y religiosos.[1689] Quedó abolido a mediados del siglo XII el culto de Cristo con la sucesión de los pastores por toda la costa de Berbería, y en los reinos de Córdoba y Sevilla, Valencia y Granada.[1690] El solio de los almohavides o unitarios estribaba en fanatismo rematado y su atropellamiento violentísimo era un contrarresto de las victorias recientes, y el afán intolerante de los príncipes de Castilla y de Sicilia, de Aragón y Portugal. El misionero del papa iba reviviendo la fe de los mozárabes, y con el desembarco de Carlos V (1535 d. C.) hubo familias cristiano-latinas que osaron alzar la cabeza en Argel y en Túnez. Mas la semilla del Evangelio quedó luego aventada, y la provincia larguísima desde

Trípoli hasta el Atlántico perdió allá todo recuerdo del idioma y religión de Roma.[1691]

Mediaron once siglos, y judíos y cristianos están disfrutando en el Imperio turco la misma libertad de conciencia concedida por los califas arábigos. En la primera temporada de su conquista estuvieron recelosos contra la lealtad de los católicos, en cuyo nombre de melquitas se estaba rastreando su propensión al emperador griego; al paso que los nestorianos y jacobitas se estaban acreditando como enemigos mortales de los otros amigos entrañables y voluntarios del gobierno mahometano.[1692] Pero el tiempo fue embalsamando esta ojeriza parcial y a fuer de su rendimiento, participaron los católicos de las iglesias de Egipto[1693] y todas las sectas orientales. El magistrado civil estaba apadrinando la jerarquía; las inmunidades y la jurisdicción propia de los patriarcas, de los obispos y de todo el clero; con la ciencia se realzaban para los cargos de secretarios y de médicos; se enriquecían con la recaudación gananciosa de las rentas, y sus merecimientos solían ensalzarlos hasta el mando de ciudades y provincias. Un califa de la alcurnia de Abás llegó a manifestar que los cristianos se hacían muy acreedores por su desempeño al régimen de la Persia. «Los musulmanes —decía–, abusarán de su actual engrandecimiento: los magos echarán menos su predominio anterior y los judíos se muestran ansiosísimos por su redención inmediata».[1694] Mas todo esclavo se remonta o se postra con la privanza o el desvío del despotismo. Los árbitros del Oriente, a impulsos de su avaricia o devoción, han estado atropellando las Iglesias en todos los siglos, y el fervor o el engreimiento de los cristianos se lastimaba de las cortapisas más legales y corrientes.[1695] Como dos siglos después de Mahoma se deslindaban de los demás súbditos con un turbante o ceñidor de matiz más

desairado, y en vez de caballos o mulas, tenían que cabalgar borricos a la mujeriega; ceñían escasa dimensión sus edificios públicos y privados; en las calles o baños tenían que ladearse o doblegarse ante el ínfimo del populacho, y quedaba desechado su testimonio en pudiendo parar perjuicio a algún verdadero creyente. Vedábanles todo boato en las procesiones, el clamoreo de las campanas, y hasta la canturia de los salmos para su culto; imponíaseles siempre decoroso miramiento en sermones y en conversación para con la fe nacional, castigando ejemplarmente el intento sacrílego de entrar en una mezquita o seducir a un musulmán. Sin embargo, en las temporadas de sosiego y equidad, jamás se precisó al cristiano a renegar del Evangelio y profesar el Alcorán; pero se castigaba de muerte a todo apóstata que abrazó y luego orilló la ley de Mahoma. Los mártires de Córdoba estuvieron provocando al Cadhi con su confesión pública y sus disparos violentos contra la persona y religión del profeta para sentenciarlos a la cuchilla.[1696]

A fines del primer siglo de la Hégira, son los califas los monarcas más poderosos y absolutos del globo (718 d. C.). De derecho y de hecho no había coto para los ámbitos de su albedrío, sin potestad en los nobles, sin ensanches para la plebe, sin privilegios en las iglesias, ni recuerdo de constitución alguna. El predominio de los compañeros de Mahoma falleció con ellos; y los caudillos, o emires de las tribus árabes, fueron dejando a la espalda por el desierto los arranques de su igualdad e independencia. Los sucesores de Mahoma tremolaron al par sus ínfulas regias y sacerdotales; y si era el Alcorán la norma de sus gestiones, también se erguían ellos como jueces supremos e intérpretes irreplicables de su libro divino. Estaban reinando por derecho de conquista en las naciones del Oriente, ajenísimas aun del mero nombre de libertad, y avezadas a vitorear en sus

tiranos las tropelías irracionales que estaban ejercitando contra ellos. Con el último Omíade, el Imperio arábigo se explayaba por el ámbito de doscientas jornadas de levante a poniente, desde el confín de la Tartaria y la India hasta las playas del océano Atlántico; y en cercenando la manga del ropaje, como lo apellidan sus escritores, el señorio fundamental y populoso desde Fargana hasta Adén, desde Tarso a Surate, se va extendiendo a diestro y siniestro hasta la línea de cuatro o cinco meses de marcha para una caravana.[1697] No caben el enlace estrecho ni la obediencia rendida y arraigada en el gobierno de Augusto y de los Antoninos; mas el predominio de la religión mahometana fue derramando por tan anchurosos ámbitos cierta semejanza general en costumbres y opiniones. Desde Samarcanda hasta Sevilla, se estaban estudiando al par desaladamente el idioma y las leyes del Alcorán; abrazábanse como hermanos y compatricios el moro y el judío en su romería a la Meca, y prevaleció el habla arábiga, a fuer ya de popular en todas las provincias al poniente del Tigris.[1698]

LII

LOS DOS SITIOS DE CONSTANTINOPLA POR LOS ÁRABES - SU INVASIÓN DE FRANCIA Y DERROTA POR CARLOS MARTEL - GUERRA CIVIL ENTRE OMÍADES Y ABASÍES - LITERATURA ARÁBIGA - LUJO DE LOS CALIFAS - EMPRESAS NAVALES CONTRA CRETA, SICILIA Y ROMA - MENOSCABO Y DIVISIÓN DEL IMPERIO DE LOS CALIFAS - DERROTAS Y VICTORIAS DE LOS EMPERADORES GRIEGOS

Al desembocar los árabes de su desierto, no pudieron menos de pasmarse con la prontitud y facilidad de sus logros; mas al asomar en su carrera victoriosa a las orillas del Indo y a las cumbres del Pirineo, enterados ya repetidamente de los filos de sus alfanjes y de la pujanza de su fe, ya se admirarían igualmente de que nación alguna contrarrestase a sus armas, ni que se atravesasen límites que hubiesen de atajar el señorío del sucesor del profeta. Disculpable es la confianza de una soldadesca fanática, puesto que el historiador que se afana desde el sosiego de su escritorio para ir ahora mismo siguiendo las corridas disparadas del sarraceno, tiene que ahincar su conato para desentrañar los móviles que pusieron la Iglesia y el Estado en salvamento, sorteando aquella catástrofe tan inminente y al parecer inevitable. Pastorean allá los septentrionales, y extensión, clima, desamparo y valentía resguardan los yerros de Escitia y de Sarmacia; lejana e inaccesible yace la China; pero el conquistador mahometano está ya avasallando la mayor parte de la zona templada, desfallecen los griegos con las desdichas de la guerra y el malogro de las provincias más pingües, y temblar

debían fundadamente los bárbaros de Europa con el vuelco repentino de la monarquía goda. Voy a echar el resto de mi ahínco en despejar los acontecimientos que rescataron nuestros antepasados de Bretaña y los vecinos de la Galia, del yugo del Alcorán; que apadrinaron la majestad de Roma y dilataron la servidumbre de Constantinopla, y que robustecieron la defensa de los cristianos, sembrando entre los enemigos las semillas de sus desavenencias y su menoscabo.

A los cuarenta y seis años de la huida de Mahoma de la Meca, asoman sus discípulos armados bajo los muros de Constantinopla[1699] (668-675 d. C.). Enardécelos un dicho allá fundamental; aunque soñado, del profeta, de que la primera hueste sitiadora de la ciudad de los Césares lograría el perdón de sus pecados, y que el cúmulo inmenso de triunfos romanos se trasladaría debidamente a los vencedores de la Nueva Roma; y así las preciosidades de mil naciones permanecerían atesoradas en aquel solar selecto del comercio y la soberanía. Derrumba el califa Muawiya a sus competidores, fundamenta su solio y se afana en purgar el delito de la sangre civil con el logro y la nombradía de aquella expedición sacrosanta;[1700] se aparata dignamente por mar y por tierra para tan esclarecido objeto; enarbola Sofián, guerrero veterano, el estandarte, pero enardece las tropas con su presencia y ejemplo el mismo Yezid, hijo y heredero presuntivo del caudillo de los fieles. Nada esperanzan los griegos, y nada temen sus enemigos, por el denuedo y los desvelos del emperador reinante, que está afrentando el nombre de Constantino, y remedando únicamente los años indecorosos de su abuelo Heraclio. Transitan los sarracenos sin demora ni contrarresto el canal desamparado del Helesponto, que, aun en el día, bajo el desgobierno turco se está resguardando como el antemural nativo de la capital.[1701] Fondea la armada arábiga, y

desembarca junto al palacio Hebdomon a dos leguas [4,44 km] de la ciudad. Por largos días asaltos y asaltos se están repitiendo desde el amanecer hasta la noche, por toda la línea que corre y abarca desde la puerta Dorada al promontorio oriental, y los asaltadores delanteros tienen que ceder al empuje de los arrolladores de retaguardia. Mas conceptúan los sitiadores equivocadamente las fuerzas y recursos de Constantinopla. Cuerpos crecidos y disciplinados están guardando los encumbrados murallones; se retempla el denuedo romano con el peligro postrero de la religión y el Imperio; los fugitivos de las provincias avasalladas renuevan aceitadamente las defensas de Damasco y de Alejandría, y quedan los sarracenos despavoridos con el estrago horroroso de los fuegos artificiales. El tesón eficacísimo de aquella resistencia retrae las armas de intentos más practicables por las costas asiáticas y europeas de la Propóntida, y después de aguantarse en el mar desde abril a setiembre, a los asomos del invierno se retiran a más de veinticinco leguas [55,6 km] de la capital, a la isla de Císico, donde tienen almacenados sus despojos, pertrechos y abastos. Tan aferrado fue su tesón, y tan desvalidas sus operaciones, que siguieron por seis veranos repitiendo el avance y la retirada, menoscabando más y más su brío y sus esperanzas; hasta que el estrago redoblado de naufragios y dolencias, del acero y del fuego, les precisaron a orillar su empresa infructuosa. Cúpoles llorar el malogro y encarecer el martirio de treinta mil musulmanes, que yacieron en el sitio de Constantinopla, y las exequias solemnísimas de Abu Ayub, o Job, merecieron la curiosidad de los mismos cristianos. Aquel árabe reverendo, uno de los últimos compañeros de Mahoma, era de los *ansares* o auxiliares de Medina que abroquelaron la cerviz del Profeta fugitivo. Peleó de mozo en Bender y Ohud, bajo el estandarte

sagrado; fue en su madurez amigo y secuaz de Alí, y dedicó las postrimerías de su pujanza y vida o una guerra lejana y azarosa contra los enemigos del Alcorán. Reverenciaban su memoria, mas quedó su sepulcro por cerca de ocho siglos desatendido e ignorado, hasta la conquista de Constantinopla por Mahometo II. Una visión oportunísima (como las que suelen fraguarse en todas las religiones) reveló el solar sagrado, al pie de las murallas y al extremo de la bahía, y la mezquita de Ayub ha merecido ser la escogida para la inauguración sencilla y marcial de los sultanes turcos.[1702]

Revive, con el paradero del sitio, en levante y poniente el concepto de las armas romanas, y empaña algún tanto los timbres sarracenos. Reciben halagüeñamente en Damasco los emires o koreishitas al embajador griego (677 d. C.); se ajusta paz, o tregua por treinta años, y luego se ratifica, entre los dos imperios, y el pacto de un tributo anual de cincuenta caballos castizos, cincuenta esclavos y tres mil piezas de oro, viene a desdorar el señorío del caudillo de los fieles.[1703] Ansiaba el califa anciano el goce de sus dominios, acabando sus días con bonanza y desahogo; mientras moros e indios se estremecen a su nombre, los marduitas o maronitas del monte Líbano, están insultando su palacio y ciudad de Damasco, hasta que la política asombradiza de los griegos desarma y traslada aquel antemural incontrastable del Imperio.[1704] Rebeladas la Arabia y la Persia, la alcurnia de Omiyah[1705] queda reducida a los reinos de Siria y Egipto; su conflicto y sus zozobras les precisan a acudir a las demandas encarecidas de los cristianos, acrecentándose el tributo de un caballo, un esclavo y mil piezas de oro por cada uno de los trescientos y sesenta y cinco días del año solar. Mas apenas se hermana y acabala con las formas y la política de Abdalmalek, se desentiende allá de aquella prenda de

servidumbre, no menos amarga para su conciencia que para su orgullo, y el enojo de los griegos yace imposibilitado con la desatinada tiranía de Justiniano Segundo, la rebeldía legítima de los súbditos y el vaivén incesante de sus contrarios y sucesores. Habíanse contentado los sarracenos, hasta el reinado de Abdalmalek, con la posesión anchurosa de los tesoros persa y romano, y el cuño de Cosroes o de César; pero aquel califa plantea su moneda nacional de plata y oro, y el rótulo del Dinar, por más que lo tilden moralistas timoratos, está pregonando la unidad del Dios de Mahoma;[1706] y luego con el califa Walid la leyenda griega quedó excluida de la cuenta y razón en la hacienda pública.[1707] Si resultó de aquella mudanza el uso corriente de nuestros guarismos actuales, apellidados arábigos o indios, aquella disposición cancilleresca ha venido a proporcionar los descubrimientos más grandiosos de la aritmética, el álgebra y las ciencias matemáticas.[1708]

Mientras el califa Walid se tiende apoltronado en su solio de Damasco, y sus lugartenientes redondean la conquista de España y de la Transoxiana, allá se desparrama un tercer ejército sarraceno por las provincias del Asia Menor (716-718 d. C.), asomándose a la misma capital bizantina; pero el empeño y baldón del segundo sitio queda reservado para su hermano Solimán, cuyos impulsos ambiciosos aparecen más ardientes y denodados. En los vaivenes del Imperio griego, tras el castigo y venganza del tiranillo Justiniano, un mero secretario, Anastasio o Artemio, por acaso o por mérito, se engalanó con la púrpura. Le sobresalta el estruendo de la guerra, llegando un embajador de Damasco portador de nuevas pavorosas con el armamento que están los sarracenos aparatando por mar y tierra, sobrepujando a todos los anteriores y haciéndose en el día increíble. Se esmera y se precave Anastasio para contrarrestar el

amago, pregona un bando para que salgan de la ciudad ejecutivamente cuantos carezcan de los abastos necesarios para mantenerse por espacio de tres años; rebosan de acopios los graneros y arsenales públicos; se reparan y robustecen las murallas; se van colocando por toda su extensión máquinas para arrojar piedras, dardos o fuego, guarneciendo también los bergantines de guerra y aumentando su número. Mas acertado y decoroso es el precaver que el rechazar todo peligro, y se ideó el intento, harto superior a la flaqueza griega, de abrasar los artilleros del enemigo y cuanta madera de ciprés cortada en el monte Líbano está hacinada por las playas de la Fenicia, para el servicio de la escuadra egipcia. Gallardísima empresa, frustrada por la cobardía o traición de las tropas que en el lenguaje nuevo del Imperio, se apellidaban del Tema *Obsequioso*.[1709] Degüellan a su general, desiertan de sus banderas en la isla de Rodas, se dispersan por el continente inmediato, y logran indulto o premio, revistiendo a un mero dependiente de rentas con la púrpura. Pudiera recomendarle su nombre de Teodosio al Senado y al pueblo; pero a pocos meses se empoza en un claustro, y pone en las manos más briosas de León Isáurico, la defensa urgentísima de la capital y el Imperio. El sarraceno más pavoroso, Moslemah, hermano del califa, está ya en las cercanías acaudillando ciento veinte mil árabes o persas cabalgando sus alazanes o camellos la mayor parte, y los sitios certeros de Tiana, Amorio y Pérgamo fueron de duración suficiente para amaestrarse y engrandecer sus esperanzas. Trasládanse por la vez primera del Asia a la Europa las armas musulmanas por el tránsito tan sonado de Abido en el Helesponto. Desde allí Moslemah, revolviendo por las ciudades tracias de la Propóntida, cerca a Constantinopla por la parte de tierra, resguarda sus reales con foso y parapeto, aparata y coloca su

maquinaria para el asalto, y manifiesta de palabra y obra su ánimo aferrado de mantenerse esperando la vuelta de la sementera y de la siega, si la pertinacia de los sitiados venía a igualarse con la suya. Gustosos rescataran los griegos su religión e Imperio por medio de una multa o reparto de una pieza de oro por cabeza de cada vecino; pero no tiene cabida el grandioso ofrecimiento, y el desdeñoso Moslemah se engríe más y más con el asomo cercano de las armadas incontrastables de Egipto y Siria. Se dice que ascendían a mil ochocientas naves; pero este número está manifestando su cortísimo buque, y aun los bajeles mayores y empinados, torpísimos en los movimientos por sus moles, no traían más que cien hombres bien armados. Aquel aborto de armada va surcando con mar y viento bonancible hacia la embocadura del Bósforo; la haz del estrecho queda toda emboscada en lenguaje de los griegos con una selva movediza; y el caudillo sarraceno tiene aplazado el asalto general para la idéntica aciaga noche por mar y por tierra. Para cebar más y más el anhelo del enemigo, había el emperador desviado la cadena que suele atajar la entrada del puerto, y al titubear entre el afán de abalanzarse, y la zozobra de alguna asechanza están los monstruos asoladores a la mano. Lanzan los griegos sus brulotes contra los advenedizos; árabes, armas, naves, todo se arremolina en las llamas; los fugitivos, desbandados, se estrellan mutuamente o se hunden bajo las oleadas, y no asoma ya rastro alguno de aquella escuadra exterminadora hasta del nombre Romano. Pérdida más aciaga e irreparable es la del califa Solimán, muerto de una indigestión[1710] en sus reales junto a Kinisrin o Calcisen Siria, cuando se estaba aparatando para acaudillar sobre Constantinopla las fuerzas restantes del Oriente. Sucede al hermano de Moslemah un deudo y enemigo, y las virtudes inservibles, y aun perniciosas, de un santón vienen a

desdorar el solio de un príncipe activo e inteligente. Mientras escrupuliza o despeja a ciegas su conciencia, va siguiendo el sitio en el invierno, más por el abandono que por las disposiciones del califa Omar.[1711] Crudísimo sobreviene el invierno, pues nieve densa está cuajando por más de cien días la tierra, y los naturales de aquellos climas abrasadores de Egipto y Arabia yacen allá entumecidos y como exánimes en el helado campamento. Raya la primavera y reviven; se había echado de nuevo el resto para socorrerles; les llegan dos escuadras cargadas de trigo, armas y tropa, la una de Alejandría, con cuatrocientos transportes y galeras, y la otra de los puertos de África con trescientos sesenta bajeles; pero arde el fuego griego, y si el exterminio es menos rematado, consiste en que el sarraceno, ya ducho sortea el peligro con la distancia, y luego los marinos egipcios desiertan alevosamente con sus naves al emperador de los cristianos. Restablécese la navegación y el comercio de la capital, y la pesca acude a las necesidades, y aun al lujo, del vecindario. La tropa de Moslemah es la que adolece de hambre y enfermedades, y aunque se alivia la necesidad, la epidemia cunde más y más siempre, con los abastos perniciosos y aun inmundos a que se tuvo que acudir en las sumas escaseces. Yerto yace el ímpetu conquistador y religioso, pues no pueden los sarracenos desviarse de su recinto, ni en particular, ni tampoco en partidillas, sin exponerse al encuentro implacablemente matador del paisanaje de Tracia. Recaba León con sus dádivas y promesas una hueste de búlgaros del Danubio, y aquellos auxiliares bravíos vinieron en parte a compensar sus estragos en el Imperio, con la derrota y matanza de veintidós mil asiáticos. Cunde estudiadamente la hablilla de que los francos y las naciones desconocidas del orbe latino, están en el disparador para acudir a la defensa de la causa cristiana por mar y por

tierra, y su auxilio pavoroso se está esperando con diversísimos afectos en el campamento y en la ciudad. Desahuciado por fin Moslemah, tras un sitio de trece meses,[1712] recibe el anhelado permiso para retirarse. Marcha la caballería arábiga sobre el Helesponto y por las provincias de Asia, sin demora ni tropiezo; pero un ejército de sus hermanos queda destrozado por la parte de Bitinia, y los residuos de su armada padecen tantísimo con el fuego y las tormentas, que tan sólo cinco galeras logran aportar en Alejandría para ir contando la relación de sus varios y casi increíbles fracasos.[1713]

El rescate de Constantinopla en ambos sitios, debe principalmente atribuirse a la novedad, el pavor y el estrago positivo del *fuego griego*.[1714] Calínico, natural de Heliópolis en Siria, pasándose del servicio del califa al del emperador, trajo el arcano importantísimo de componer y disparar aquel incendio.[1715] Equivalió la maestría del químico y artillero al auxilio de escuadras y ejércitos, y aquel descubrimiento, y mejora en el arte militar cuadró venturosamente con el plazo infausto en que la bastardía de los romanos orientales no alcanzaba a contrarrestar el entusiasmo guerrero y el empuje sarraceno en toda su lozanía. El historiador que se empeña en desentrañar aquel artefacto, tiene que desconfiar de su propia inteligencia, cuanto más de la de sus originales bizantinos, tan propensos a todo lo portentoso, tan inadvertidos, y en esta ocasión tan malquistos con la verdad. Por sus apuntes allá enmarañados, y tal vez engañosos, aparece que el ingrediente principal era la *nafta*,[1716] o betún líquido, especie de aceite claro, pegajoso e inflamable,[1717] que brota de la tierra y se enciende con el contacto del ambiente. Mezclábase la nafta, no sé con que arbitrios y en qué proporciones con azufre y pez sacada de los pinos albares.[1718] De aquel amasijo humoso se disparaba una llamarada horrorosa y tenaz, que no

sólo cundía en alto sino también por debajo y al derredor con igual ímpetu y rapidez; el agua en vez de apagarla aumentaba su rabiosa actividad; siendo únicamente la arena, los orines y el vinagre, los contrarrestos de aquel agente poderosísimo, que los griegos apellidaban con toda propiedad, *líquido o marítimo*. Causaba igual exterminio en el enemigo por mar y por tierra, en sitios y en batallas; ya lo vaciaban a calderadas desde las almenas, ya lo arrojaban en bolas caldeadas de piedra o hierro, o lo flechaban en dardos y venablos, con cáñamo o borra empapada toda en aceite inflamable: a veces lo llevaban metido en los brulotes, máquinas de mayor ejecución y trascendencia y solían aventarlo por un cañón largo de cobre, que abría un boquerón disparatado como de algún monstruo ideal, vomitando a raudales un fuego líquido y abrasador. Conservose en Constantinopla el importantísimo invento, como el paladio afianzador del Estado: tal vez se llegaron a franquear las galeras y aun la *artillería* a los amigos de Roma; pero la composición del fuego griego se reservaba escrupulosísimamente, y el enemigo quedaba más y más despavorido con su ignorancia y sobresalto. El autor allá regio del tratado sobre el régimen del Imperio,[1719] va apuntando las contestaciones y excusas más propias para burlar el ahínco desaforado y las preguntas importunas de los bárbaros. Dígaseles, encarga, que el fuego misterioso es revelación de un ángel, al primero y mayor de los Constantinos, con el mandamiento sagrado, de que tan sumo don del cielo, fineza vinculada en los romanos, jamás debía franquearse a nación extraña; pero príncipe y súbdito, tenían que enmudecer so pena de traición y sacrilegio, y así sobre el escarmiento temporal, aquel desliz impío se acarreaba la venganza del Dios de los cristianos. Tan suma cautela aprisionó el secreto en el pecho de los romanos orientales por más de cuatro siglos; y aun

a fines del siglo XI, los pisanos, árbitros del mar y amaestrados en todas las artes, padecieron el estrago, sin calar el invento de aquel fuego. Lo descubrieron por fin, o lo agenciaron, los mahometanos; y en las guerras sagradas de Siria y Egipto, revolvieron el artificio inventado contra ellos sobre los mismos cristianos. Refiere un caballero, despreciador de alfanjes y lanzas sarracenas, con desahogo entrañable su propio susto, y el de sus compañeros, a la vista y al estruendo del aciago disparo con un raudal del *fuego griego*, llamado ya así por los primeros escritores franceses. Venía volando por los aires, dice Joinville,[1720] a manera de dragón alado y coli-largo, del macizo de media fanega, con el retumbo del trueno y la rapidez del rayo, ahuyentando la lobreguez de la noche con su pavorosa luminaria. Siguió la práctica del fuego griego, y ya sarraceno, hasta mediados del siglo XIV,[1721] cuando un compuesto de nitro, azufre y carbón, causó una nueva revolución en el arte de la guerra y en la historia del género humano.[1722]

Constantinopla y el fuego griego atajan a los árabes la entrada oriental en Europa; por acá al Occidente los conquistadores de España, tramontan el Pirineo y amagan, y aun invaden, las provincias de la Galia[1723] (753 d. C., etc.). El menoscabo de la monarquía francesa está brindando al avance a tan insaciables fanáticos. Desheredados yacen los descendientes de Clodoveo de su bizarría marcial y desaforada, y la desventura o el demérito acarreó el apodo de perezosos a los últimos reyes de la estirpe merovingia,[1724] pues subían al solio desvalidos y pasaban ignorados al sepulcro. Un palacio aislado, a las cercanías de Compiegne,[1725] les cupo allá por resistencia o cárcel; pero iban todos los años encaramados en una carreta de bueyes por marzo o por mayo, al consejo de los francos para dar audiencia a los embajadores y revalidar las actas de sus mayordomos, pues el

palaciego había parado en ministro de la nación y dueño del príncipe, y un empleo público se había trocado en patrimonio de una alcurnia privada: dejó Pipino el mayor un rey de edad madura bajo la tutela de su propia viuda y de su niño, mas quedaron luego desposeídos tan endebles regentes con la eficacia del bastardo. Desquiciose un gobierno estragado y bravío, y los duques tributarios, los condes provinciales y los señorones hacendados, vinieron luego a menospreciar la flaqueza del monarca y a remedar la ambición de los mayordomos. Entre estos caudillos independientes, uno de los más arrojados y venturosos fue Eudes, duque de Aquitania, que en las provincias meridionales de la Galia usurpó la autoridad, y aun el título, de rey. Godos, gascones y francos acuden al pendón del héroe cristiano: rechaza el primer avance de las sarracenos, y Zama, lugarteniente del califa, pierde ejército y vida bajo los muros de Tolosa. El afán de la venganza da nuevas alas a la ambición de los sucesores, quienes se encumbran otra vez al Pirineo con ínfulas y denuedo de conquistadores. Vuelven los musulmanes a aposentarse en Narbona, por la situación aventajada que les mereció el asiento de una colonia romana:[1726] están pidiendo la provincia de Septimania, o Languedoc, por dependiente de la monarquía española; pues el soberano de Damasco y Samarcanda se halla poseedor de los viñedos de Gascuña y de la ciudad de Burdeos, y el mediodía de Francia, desde la desembocadura del Garona hasta la del Ródano, se avino a las costumbres y la religión de la Arabia.

Menosprecia tan estrechos linderos la gallardía de Abderramen, devuelto por el califa Hasshem a los anhelos de la soldadesca y el pueblo de España (751 d. C.). Aquel caudillo veterano y denodado doblega a la obediencia del Profeta cuanto faltaba de Francia o de Europa, y se aparata a ejecutar la

sentencia, acaudillando una hueste pavorosa, plenamente confiado de arrollar todo tropiezo de la naturaleza o de los hombres. Se esmera ante todo en dar al través con un pueblo casero que estaba aposentado en los tránsitos principales del Pirineo; pues Munuza, caudillo moro, se había amistado con el duque de Aquitania, quien por motivos de interés público o privado sacrificó su hija hermosísima al tálamo de un feroz africano. Fuerzas irresistibles arrollan la Cerdeña con todas sus empinadas fortalezas; alcanzan y matan al rebelde por los despeñaderos, enviando cautiva su viuda a Damasco, para saciar el apetito y más probablemente la vanagloria, del caudillo de los fieles. Se descuelga Abderramen del Pirineo, y se adelanta al tránsito del Ródano para sitiar a Arles. Intenta una hueste cristiana socorrer la ciudad; pero los sepulcros de sus mandarinos se estaban todavía viendo en el siglo XIII, y el raudal arrebató a millares los cadáveres hasta el Mediterráneo. Prospera más y más con sus armas Abderramen por la parte del Océano, pues atraviesa sin contraste el Garona y el Dordoña, que juntan sus aguas en el golfo de Burdeos; pero tropieza luego con los reales de Eudes, quien formando nuevo ejército padece otro descalabro, tan infausto para los cristianos, que según su misma confesión dolorosa, tan sólo Dios podía contar los muertos. Victorioso el sarraceno, va recorriendo las provincias de Aquitania, cuyos nombres galos están todavía mal encubiertos con los de Perigord, Santonja y Poitú; tremolan sus pendones sobre las almenas, o por lo menos ante las puertas, de Tours y de Sens; y sus destacamentos se desparraman allá por la Borgoña hasta las ciudades notables de Lion y de Besanzón. Sonó por largos años el recuerdo de tanta asolación, pues Abderramen iba al par destrozando campiñas y vecindarios; y la invasión de Francia por moros o mahometanos dio campo a tantísima

patraña, como se fue rematadamente desfigurando en las novelas caballerescas, tan primorosamente engalanadas por las musas italianas. En aquel menoscabo de la sociedad y de las artes, yermas las ciudades, podían cebar poquísimo la codicia de los sarracenos, y sus despojos más aventajados salían de las iglesias y monasterios, desnudándolos de sus ornamentos y entregándolos a las llamas; y aun aquellos santos titulares como san Hilario de Poitiers y san Martín de Tours se mostraron olvidadizos de su potestad milagrosa, en defensa de sus propios sepulcros.[1727] Por más de trescientas leguas [667 km] iba allá corriendo la línea victoriosa desde el peñón de Gibraltar hasta las orillas del Loira, y redoblando aquella marcha, se aposentaban los sarracenos en el confín de Polonia y en los riscos de Escocia; pues no es el Río más intransitable que el Nilo o el Éufrates, y a sus anchuras y sin choque naval pudo surcar una escuadra arábiga la desembocadura del Támesis. Acaso se estuviera en el día enseñando la interpretación del Alcorán en las escuelas de Oxford, y en sus púlpitos se estuviera igualmente demostrando a un auditorio circuncidado la santidad y la certeza de la revelación de Mahoma.[1728]

El numen y la dicha de un hombre libertan la cristiandad de tamaño fracaso (732 d. C.). Carlos, hijo natural de Pipino el Mayor, se contentaba con los dictados de mayordomo, o duque de los francos; mas vino a encabezar una alcurnia de reyes. Afánase por veinticuatro años en su desempeño; restablece y sostiene el señorío del solio, y los rebeldes de Germania y Galia van quedando soterrados con el ahínco arrollador de un guerrero que en una misma campaña va tremolando sus banderas por el Elba, el Ródano y las playas del océano. Amagada la patria de tan sumo peligro, está clamando por su diestra, y el duque de Aquitania, su competidor, tiene que

asomar en la comitiva de sus rendidos o fugitivos, «¡Ay Dios! —prorrumpen los francos—; ¡qué desventura!, ¡qué baldón! Estuvimos oyendo allí el nombre y las conquistas de los árabes; por levante nos acosaba la zozobra de su avance; tienen conquistada la España, y están ya invadiendo nuestro país por la parte de poniente. Pues en número y (puesto que vienen desabroquelados) en armas nos son muy inferiores». «Si os atenéis a mi dictamen —contesta el mayordomo cuerdamente— no hay que atajarles la marcha, ni atropellar nuestro avance. Son como el raudal, pavoroso en el ímpetu de su carrera; sedientos de presa y engreídos con tanto logro, se envalentonan más y más, y el denuedo se sobrepone al gentío y a las armas. Aguantemos hasta que los abrume la mole de sus despojos; siendo ricos, todo se les volverá desavenencias, y ya son nuestros». Quizás los escritores arábigos soñaron política tan refinada, y aquellas largas de Carlos se motivan con los apuros de su situación y el anhelo ruin de doblegar las ínfulas del rebelde duque de Aquitania con la asolación de sus provincias; pero se hace todavía más probable que tanta demora le fue repugnante, pero inevitable. Ni la primera ni la segunda casta tuvieron ejército de planta, y luego más de la mitad del reino paraba en manos de los sarracenos: según sus respectivas situaciones, los francos de Neustria y de Austrasia se desentendían o se horrorizaban con el peligro inminente; y allá el auxilio voluntario de gépidas y germanos caía muy desviado de los estandartes del general cristiano. Agolpadas por fin sus fuerzas, busca y halla el enemigo en el corazón de Francia entre Tours, y Poitiers. Resguardan cordilleras de cerros su atinada marcha, y parece que su inesperada presencia sobrecoge a Abderramen. Las naciones de Asia, África y Europa se adelantan con igual denuedo al encontrón de una refriega, que debía variar

la historia del orbe. Por los seis días primeros en los trances de guerrilla, los jinetes y flecheros orientales salen por lo más airosos; mas en el día séptimo, al estrechar el encuentro, se postran los levantinos al brío y estatura de los germanos, quienes con pechos forzudos y manos *de hierro*,[1729] afianzan la libertad civil y religiosa de su posteridad. El adjetivo de *Martel* o *Martillo*, añadido al nombre de Carlos, está retratando sus tremendos e irresistibles *martillazos*; el desagravio y la emulación estimulan el valor de Eudes, y sus compañeros asoman para el historiador como los verdaderos Pares o Paladines de la caballería francesa. Tras batalla sangrientísima, en que fenece Abderramen, y después de anochecido, se acogen los sarracenos a su campamento, y en el desconcierto y desesperación, las diversas tribus del Yemen, de Damasco, África y España se provocan y traban mutuamente contienda; los residuos de la hueste se descarrían, y cada caudillo procura su salvamento retirándose atropellada y arbitrariamente. Amanece, y los cristianos victoriosos malician doblez en aquel sosiego que están presenciando; informados por los escuchas, se arrojan a escudriñar las preciosidades de las tiendas vacías; pero exceptuando tal cual reliquia afamada, cortísimo es el despojo que se devuelve a sus legítimos dueños. Cunde repentinamente el notición por todo el orbe católico, y los monjes de Italia se atreven a afirmar y creer, que trescientos cincuenta mil, o trescientos setenta y cinco mil mahometanos, quedaron machacados con el martillo de Carlos,[1730] al paso que fenecieron tan sólo mil quinientos cristianos en las campiñas de Tours. Mas no cabe desproporción tan increíble con la suma cautela del caudillo francés, en extremo aprensivo con los ardides y añagazas que se receló en el alcance, y así despidió los germanos a sus acostumbrados bosques. Vencedor sosegado, está

denotando crecida mengua en fuerzas y sangre, pues el escarmiento más atroz suele practicarse no tanto en la línea de batalla, como sobre las espaldas del vencido. Fue sin embargo la victoria de los francos cabal y terminante, pues las armas de Eudes recobran la Aquitania; los árabes ya nunca entablan la conquista de la Galia, y Carlos Martel y su valeroso linaje los aventan luego allende el Pirineo.[1731] Parecía que el clero había de canonizar, o vitorear por lo menos entrañablemente, al redentor de la cristiandad, debiéndole la existencia; pero había tenido el mayordomo del palacio que acudir en aquel conflicto a las riquezas, o bien a las rentas de obispos y abades, para sostener el estado y premiar su soldadesca. Se olvidan sus merecimientos; pero se tiene su sacrilegio muy presente, y un sínodo galo se arroja a decir por escrito a un príncipe carolingio que su antecesor está condenado, pues al abrir su tumba quedó atónita la concurrencia con hedor o fuego y el aspecto de un dragón pavoroso, y que un santo de aquel tiempo se había estado regalando con la visión halagüeña de Carlos Martel ardiendo y revolcándose en cuerpo y alma por toda una eternidad en los abismos infernales.[1732]

El malogro de un ejército o de una provincia allá por el orbe occidental, se hizo menos doloroso a la corte de Damasco que el asomo y engrandecimiento de un competidor casero (746-750 d. C.). Nunca la alcurnia de Omiyah había merecido privanza en el concepto público, pues la vida de Mahoma estaba recordando su perseverancia en la idolatría y la rebelión; había sido su conversión forzada, y su encumbramiento desconcertado y banderizo, cimentando su solio sobre la sangre más esclarecida y sacrosanta de toda la Arabia. Omar todo religioso, el mejor de la alcurnia, estaba mal hallado con su propio título, y las prendas de todos eran escasísimas; para sincerar aquel desvío del

orden de la sucesión, clavando los fieles a porfía sus ojos y sus anhelos sobre el linaje de Hashem y la parentela del Apóstol de Dios. Eran en esto los fatimitas ya temerarios y ya pusilánimes pero los descendientes de Abás estaban halagando con denuedo y advertencia las esperanzas de su declarado encumbramiento. Arrinconados en Siria, destacan allá reservadamente sus agentes y misioneros para pregonar por las provincias orientales su derecho hereditario e incontrastable, y Mahomed, hijo de Alí, hijo de Abdalah, hijo de Abás, tío del Profeta, da su audiencia a los diputados de Jorasán, y acepta el regalo de cuatrocientas mil piezas de oro. Muerto Mahomed, se juramenta con Ibrahim rendido, y desaladamente un sinnúmero de sus afectos puestos en el disparador para la primera señal con su competente caudillo, y el gobernador de Jorasán sigue lamentándose de sus advertencias infructuosas, y del aletargamiento mortal de los califas de Damasco, hasta que él mismo y todos sus allegados quedan excluidos del palacio y ciudad de Meru por las armas del rebelde Abu Moslem.[1733] Aquel fraguador de reyes, y autor, como se le apellida, del *llamamiento* de los abasíes, cargó al fin, por su mérito supuesto, con el galardón corriente en las cortes; pues una ralea ruin, y tal vez advenediza, no alcanzó a contrarrestar la pujanza lozana de Abu Moslem. Amantísimo de sus mujeres, dadivoso de sus caudales y pródigo de la sangre propia y ajena, blasonó ufana y tal vez verdaderamente de haber soterrado a seiscientos mil enemigos; y era tan denodada la entereza de su espíritu y semblante, que nadie le vio risueño, sino en un día de batalla. Se abanderizan los fatimitas con el distintivo *verde*, los Omíades con el *blanco* y los abasíes prohijan el *negro*, como más contrapuesto. Aquel color lóbrego cuaja sus turbantes y ropajes; dos estandartes negros con sus astas de nueve codos de largo, se enarbolan en la vanguardia de Abu

Moslem, y sus apellidos alegóricos de *noche* y *sombra* simbolizan enmarañadamente el enlace indisoluble y la sucesión perpetua de la alcurnia de Hashem. Estremécese el Oriente desde el Indo hasta el Éufrates con la reñida contienda entre los bandos blanco y negro: por lo más vencen los abasíes, pero queda nublado tanto logro con la desventura personal de su caudillo. La corte de Damasco se desaletarga al fin, y dispone precaver la romería a la Meca emprendida con esplendorosa comitiva por Ibrahim, para granjearse al mismo tiempo su privanza con el Profeta y con el pueblo. Ataja un destacamento de caballería su marcha y afianza su persona, y el desventurado Ibrahim, al ir a empaparse en el embeleso de la soberanía, fenece aherrojado en las mazmorras de Haran. Sus hermanos menores Safah y Almanzor, burlando las pesquisas del tirano, permanecen ocultos en Cufa, hasta que el afán general y el asomo de sus amigos del Oriente les facilitan el exponerse ante el ansioso pueblo. Llega el viernes, y Safah, con los atavíos de califa y los matices de su secta, se encamina con boato religioso y militar a la mezquita; trepa al púlpito, reza y predica a fuer de sucesor legítimo de Mahoma; parte, y el vecindario se juramenta con su parentela para seguirle con lealtad. Mas la gran contienda se zanja, no en la mezquita de Cufa, sino en las márgenes de Zab, donde todo redunda en ventaja de la facción blanca: con la autoridad del gobierno ya establecido, un ejército de ciento veinte mil hombres, contra la sexta parte de aquel gentío, y la presencia y merecimientos del Califa Mervan, el catorceno y último de la alcurnia de los Omíades. Antes de encumbrarse al solio, había logrado por su desempeño guerrero en Georgia, el dictado relevante de jumento de Mesopotamia;[1734] y se colocara allá entre los mayores príncipes, a no mediar, dice Abulfeda, el decreto sempiterno de aquel trance para el exterminio de su alcurnia,

disposición incontrastable para toda cordura y fortaleza humana. Se equivocan o se desobedecen los mandatos de Mervan; con la vuelta de su caballo, del cual se acaba de apear por una urgencia, cunde la aprensión de su muerte, y Abdalah, tío de su competidor, enardece y escuadrona con maestría la milicia negra. Huye el califa, tras su descalabro irreparable a Mozul; pero asoma sobre las almenas el color de los abasíes; atraviesa repentinamente el Tigris, tiende una mirada melancólica sobre su palacio de Haran, atraviesa también el Éufrates, se desentiende allá de las fortificaciones de Damasco, y sin detenerse en Palestina, planta sus reales aciagos y postreros en Busir sobre las orillas del Nilo.[1735] Atropella su escape por el eficacísimo alcance de Abdalah, que se va reforzando y afamando más y más a cada paso; quedan por fin vencidos de remate los residuos de la facción blanca en Egipto, y el lanzazo que acabó con la vida y las congojas de Mervan, fue quizá no menos apetecible para el caudillo desventurado que para el victorioso (10 de febrero de 750 d. C.). La pesquisa despiadada de éste desarraigó hasta los vástagos más lejanos de la ralea enemiga: aventaron sus osamentas, maldijeron su memoria, y quedó desagraviado de sobras el martirio de Hosein en la posteridad de sus tiranos. Convidan a ochenta omíades, confiados en la clemencia y palabra de los vencedores, a un banquete espléndido, y atropellan las leyes del hospedaje matándolos indistintamente; cubren luego la mesa sobre sus cadáveres, y sus gemidos moribundos sirven de contrapunto a la algazara de la beodez. Afiánzase, con aquel paradero de la guerra, la dinastía de los abasíes; pero a los cristianos tan sólo era dado triunfar con los mutuos enconos y descalabros generales de los discípulos de Mahoma.[1736]

Pero tantos millares como guadañó la guerra se repusieran

muy pronto con nuevas generaciones, si de resultas de la revolución no se fuesen ya disolviendo la unidad y el poderío del Imperio sarraceno. Proscritos los omíades, un mancebo regio llamado Abdalrahman se salva a solas de la saña del enemigo que sigue cazando al desterrado vagaroso desde las orillas del Éufrates hasta las cañadas del monte Atlas. Al presentarse por las cercanías de España revive el afán de la parcialidad blanca (757 d. C.). Son los Persas los primeros desagraviadores de los abasíes; no alcanza al Occidente la plaga de armas civiles y los sirvientes de la familia apeada siguen poseyendo como feudo arbitrario la herencia de haciendas y destinos del gobierno. Rebosan sus pechos de agradecimiento, de ira y de zozobra, y brindan al nieto del califa Heschem con el solio de sus mayores, y en aquel sumo trance los extremos de la temeridad y de la cordura vienen a darse la mano. Vitoréanle al aportar en Andalucía, se afana, batalla y vence, y plantea por fin Abderramen el trono de Córdoba, encabezando los Omíades de España, que estuvieron imperando por más de dos siglos y medio desde el Atlántico hasta el Pirineo.[1737] Mata en batalla a un lugarteniente de los abasíes, que con un ejército y escuadra invade su señorío; y la cabeza de Alá, embebida en sal y alcanfor, amanece colgada por un mensajero denodado ante el palacio de la Meca, y el califa queda allí paladeando su resguardo, por mediar tierras y mares desde el alcance de contrario tan pavoroso. Guerras se aparatan y declaran mutuamente sin resultas, pero ya la España, en vez de ser el embocadero para la conquista de Europa, queda desgajada del tronco de la monarquía, comprometida en hostilidad perpetua contra el Oriente, y propensa a entablar paz y amistad con los príncipes cristianos de Constantinopla y de Francia. La alcurnia castiza o supuesta de Alí, los edrisitas de África y los fatimitas más

poderosos de la misma y del Egipto: tres califas batallan en el siglo X por el solio de Mahoma, reinando en Bagdad, en Cairuán y en Córdoba, excomulgándose mutuamente y acordes tan sólo en un principio de encono a saber que un sectario es más abominable y más criminal que un incrédulo.[1738]

Era la Meca el patrimonio del linaje de Haschem, mas nunca trataron los abasíes de residir en la patria o ciudad del Profeta. Mancillado quedó Damasco, no sólo por la preferencia, sino también con la sangre de los omíades; y tras alguna suspensión, Almanzor, hermano y sucesor de Safah, plantea a Bagdad[1739] para asiento imperial de su posteridad por espacio de cinco siglos.[1740] El solar escogido cae a la orilla oriental del Tigris, como a quinientas leguas [1111 km] más arriba de las ruinas de Modain, era el recinto circular y dos veces amurallado; y creció tan arrebatadamente aquella capital, reducida hoy a un pueblecillo de provincia, que ochocientos mil hombres y sesenta mil mujeres asistieron a las exequias de un santón afamado, siendo todos de Bagdad y sus aldeas cercanas. Los abasíes en *aquella ciudad de paz*,[1741] en alas de su opulencia oriental, esquivaron allá los ayunos y estrecheces de los primeros califas, aspirando a competir en boato con los monarcas persas. Tras tantísimo desembolso en guerras y edificios, deja Almanzor en oro y plata más de cien millones de duros,[1742] y los rasgos o devaneos de sus hijos apuran aquel tesoro en pocos años. Su hijo Mahadi, en una sola romería a la Meca, derrocha hasta cien millones de dinares de oro. Cabe en un impulso religioso o caritativo santificar la fundación de cisternas y caravanzeras o paradores, que va repartiendo con medida cabal por una carretera o rumbo de más de doscientas leguas [444,4 km]; pero sus recuas de camellos cargados de nieve, tan sólo conducen para pasmar a los naturales de la Arabia y refrescar la fruta y los

licores del banquete regio.[1743] Encarecían los palaciegos las larguezas del nieto Almanzor que expende cuatro quintos de las rentas de una provincia; esto es, dos millones y medio de dinares de oro, antes de sacar el pie del estribo; y mas cuando el mismo príncipe en sus desposorios diluvia perlas crecidas a puñados sobre la cabeza de la novia,[1744] para luego holgarse con los caprichos o finezas de la suerte en una lotería de casas y haciendas. Se menoscaba el Imperio y crece más y más el boato de la corte cabiendo a un embajador griego el admirarse o condolerse de la magnificencia del apocado Moctader. «El ejército entero del califa —dice el historiador Abulfeda–, tanto de caballería como de infantería, estaba sobre las armas componiendo hasta ciento sesenta mil hombres. Sus palaciegos y esclavos predilectos estaban junto a él todos engalanados con sus tabalíes cuajados de oro y pedrerías; seguían siete mil eunucos, blancos cuatro mil, y los restantes negros, y luego setecientos porteros. Surcaban el Tigris falúas y barquillas con exquisitos adornos y realces. No era menos esplendorosa la suntuosidad del palacio, con treinta y ocho mil colgaduras, de las cuales doce mil quinientas eran de seda y recamadas de oro; y eran veinte y dos mil las alfombras tendidas por los suelos. Se presentaron hasta cien leones, cada cual con su respectivo leonero;[1745] y entre otras preciosidades portentosas, había un árbol de oro y plata que desparramaba sus diez y ocho ramas grandiosas, sobre las cuales y por sus pimpollos se paraban sin número de pajarillos de los mismos metales, como también las hojas. Al ir meneando arbitrariamente cierto mecanismo, las varias aves se ponían a gorjear sus melodías respectivas; y tras este vistosísimo aparato condujo el visir al embajador griego a las gradas del solio del califa».[1746] Por el Occidente los omíades de España están ostentando con igual boato el dictado de

caudillo de los fieles. El tercero y más descollante de los abdalrahmanes construye en honor de su predilecta sultana, a una legua [2,22 km] de Córdoba la ciudad, el alcázar, los pensiles de Zahra, dedicándoles el fundador veinte años y quince millones de duros: su finura grandiosa brinda a los artistas de Constantinopla y a los arquitectos y escultores preeminentes de su tiempo, sosteniendo y realzando los edificios hasta mil doscientas columnas de mármol de España, de África, Italia y Grecia. El salón de audiencia está revestido de oro y pedrería, y un estanque anchuroso en el centro está cercado de figuras lindas y costosísimas de aves y de cuadrúpedos. Empínase allá un pabellón en medio de los jardines; y uno de aquellos estanques y fuentes tan deleitosas en un clima ardiente reverbera, no con agua, sino con purísimo azogue. Asciende el serrallo de Abdalrahman con esposas, mancebas, y eunucos negros, a seis mil trescientas personas, y su guardia en campaña es de doce mil jinetes con tahalíes y alfanjes guarnecidos de oro. [1747]

Tenemos los particulares que enfrenar nuestros anhelos por escaseces y sujeción; pero vidas y afanes de millones se abocan al servicio de un déspota cuyas disposiciones se obedecen a ciegas, y cuyos consejos se cumplen instantáneamente. Aquel embeleso nos embarga la fantasía, y pese a nuestra racionalidad pocos se desentenderían aferradamente de un ensayo en los regalos y afanes de la soberanía. Podrá por tanto redundarnos en algún provecho el desengaño de Abdalrahman, cuya magnificencia nos pasma y tal vez nos encela, trasladando un apunte auténtico, hallado en el escritorio del monarca difunto: «He estado ya reinando más de medio siglo empapado todo en victorias y en paz; amado de mis súbditos, temido de mis enemigos y bien quisto con mis aliados. Riquezas y timbres, poderío y deleites han rebosado a mi albedrío; ni hubo dicha terrena que no se

agolpase a halagarme: en tan sumos logros, he ido recapacitando los días en que vine a paladear acendrada y cabal felicidad, y ascienden a catorce». ¡Oh hombre, no cifres tu cariño en el mundo actual![1748] El gran lujo de los califas, inservible para su dicha personal, relajó la pujanza y atajó los vuelos de su imperio. Los primeros sucesores de Mahoma se vincularon allá en su conquista temporal y espiritual, y acudiendo a las urgencias de la vida abocaban escrupulosísimamente sus rentas todas al grandioso intento: pobrean los abasíes con un sinnúmero de apetitos y con su menosprecio de la economía; pues orillando el hito de su ambición encumbrada se están desalando y desviviendo a todo trance por el boato y los deleites; mujeres y eunucos cargan con los galardones de la valentía, y un lujo palaciego está empachando los reales de la milicia. Cunde el desbarro por los súbditos del califa, pues el tiempo y la prosperidad van quebrantando su adusto entusiasmo, ansiando ya caudales por el rumbo de la industria, nombradía con las tareas literarias y felicidad en el sosiego de la vida casera. Ya no se abalanza el sarraceno a la guerra, y ni aumento de paga, ni redoble de donativos alcanzan a cebar la posteridad de aquellos campeones voluntarios que se arremolinaban tras los pendones de Omar o de Abubeker esperanzados con los despojos y el Paraíso.

Vinculáronse los estudios mahometanos bajo el reinado de los omíades, en la interpretación del Alcorán y la elocuencia y poesía de su idioma nativo (754-813 d. C., etc). Un pueblo guerreando y peligrando a toda hora no podía menos de apreciar la trascendencia benéfica de la medicina, o más bien de la cirujía; pero hambreaban los médicos arábigos susurrando lamentos de que el ejercicio y la templanza los iba en gran parte defraudando de su desempeño.[1749] Tras las guerras civiles e

internas, se desaletargan los súbditos de los abasíes y se dedican fina y ahincadamente a las ciencias profanas. El califa Almamon es el adalid en aquel afán, siendo, además de letrado, astrónomo sobresaliente; pero al empañar Almamon VII de los Abasíes el cetro, acabala al punto los intentos de su abuelo y galantea a las musas en su antiguas aras. Sus embajadores en Constantinopla y sus agentes en Armenia, Siria y Egipto, andan en pos de la sabiduría griega; dispone el traslado de sus escritos por los literatos más consumados en la lengua arábiga; encarga a los súbditos que se atareen estudiando tan instructivos partos, el sucesor de Mahoma acude todo comedido y placentero a la enseñanza y las conferencias de los sabios. «Constábale —dice Abulfaragio–, que *son* los escogidos de Dios sus sirvientes mejores y más provechosos vinculando su vida toda en el realce de la racionalidad. La ruin ambición del chino y del turco blasona del primor de sus manos y de los regalos de la sensualidad; pero aquellos mañosos artífices tendrán que estar mirando desahuciadamente los hexágonos y pirámides de las celdillas de una colmena;[1750] estos héroes bizarros se estremecen con la fiereza de un león o de un tigre; y en sus goces amorosos desmerecen respecto a los irracionales más torpes e inmundos. Los maestros de la sabiduría son las lumbreras y los legisladores del orbe, sin cuyo auxilio todo se empoza en la idiotez y la barbarie».[1751] Remedan el afán y despejo de Almamon los príncipes posteriores de la alcurnia de Abás, sus competidores los fatimitas en África, y los omíades en España, apadrinan a los literatos al par que acaudillan a los fieles; los emires independientes de las provincias están clamando por igual prerrogativa regia y con su emulación cunde más y más el gusto y el galardón de la ciencia desde Samarcanda hasta Bujara, hasta Fez y hasta Córdoba. El visir de un sultán tributa hasta

doscientas mil piezas de oro a la fundación de un colegio en Bagdad, dotándolo con la renta anual de quinientos mil dinares. Revertíase la semilla de la instrucción quizá en diversos plazos, a seis mil discípulos de varias clases desde el hijo de un noble hasta el de un menestral, había su situado competente para los estudiantes menesterosos, y se correspondía debidamente al merecimiento y a la aplicación de los catedráticos. Copiábanse por todas las ciudades los partos de la literatura arábiga por el ansia de los estudiosos o la vanagloria de los pudientes. Rehusó un doctor particular de Buhara el brindis de un sultán por cuanto el transporte de sus libros necesitaba cuatrocientos camellos. Constaba la biblioteca real de los fatimitas de cien mil manuscritos primorosamente copiados y encuadernados lujosamente, que se franqueaban sin rédito y sin reparo a los estudiantes del Cairo. Pero no es abultada esta colección, si creemos que los omíades de España llegaron a componer una biblioteca de seiscientos mil volúmenes, empleando hasta cuarenta y cuatro en solo el catálogo. Su capital Córdoba, y las ciudades de Málaga, Almería y Murcia, habían dado a luz más de trescientos escritores, y en los varios pueblos de la Andalucía y su reino se abrieron más de setenta bibliotecas públicas. Continuó floreciendo la literatura arábiga por quinientos años hasta la irrupción descomunal de los mongoles, contemporánea de la temporada más yerta y lóbrega de los anales europeos mas desde el punto de rayar las ciencias en el Occidente fueron ya los estudios orientales amainando y desfalleciendo.[1752]

En las bibliotecas arábigas, así como en las europeas, lo más abultado de tantísimo volumen atesoraba tan sólo partos locales y de mérito señalado.[1753] Cuajaban sus estantes oradores y poetas, cuyo estilo congeniaba con el gusto y las costumbres de sus compatricios; historias generales o particulares, acompañadas

luego con otras en cosecha abundante de nuevos personajes y acontecimientos; códigos y comentarios de jurisprudencia, cuya autoridad estribaba en la ley del Profeta, intérpretes del Alcorán, tradiciones peregrinas, y la muchedumbre de teólogos, disputadores, místicos, escolásticos y moralistas, lo sumo de la excelencia, o lo ínfimo de la ridiculez, según el concepto de los creyentes o los incrédulos. Las obras de trascendencia científica, se reducían a los cuatro ramos de filosofía, matemáticas, astronomía y medicina. Se tradujeron los sabios de Grecia y se ilustraron en arábigo, y tratados, perdidos ya en sus originales, han asomado luego en las versiones del Oriente,[1754] que estaba poseyendo y estudiando los escritos de Aristóteles y de Platón, de Euclides y de Apolonio, de Tolomeo, Hipócrates y Galeno. [1755] Entre los sistemas ideales que han ido variando con la moda por temporadas, prohijaron los árabes la filosofía del Estagirita, igualmente ininteligible, o enmarañada por igual, para los lectores de todos los siglos. Escribió Platón para los griegos, y su numen alegórico aparece empapado en el idioma y la religión de la Grecia. Tras el vuelco de aquella creencia, se desarrinconan los peripatéticos, campean en las contiendas de las sectas orientales, y los mahometanos de España lo reponen mucho después en las escuelas latinas.[1756] La física, tanto del Liceo, como de la Academia, planteada toda, no sobre observaciones sino en argumentos, ha venido a rezagar los conocimientos. La metafísica de lo limitado y lo infinito engolfada allá en la divinidad, ha venido a dar alas a la inapeable superstición. Pero el artificio y la práctica de la lógica fortalece las potencias, y los diez predicamentos de Aristóteles, reuniendo y hermanando los conceptos,[1757] disparan el flechazo agudo del silogismo en el vaivén de la contienda. Los sarracenos se amaestraron en su manejo, pero como cuadra mejor para atajar el desbarro que

para desentrañar la verdad, no se hace extraño que nuevas generaciones de maestros y discípulos estén todavía dando vueltas y revueltas en la idéntica estrechez de la lógica recóndita. Descuellan las matemáticas con su privilegio indisputable, de ir siempre y de siglo en siglo adelantando más y más, sin cejar un ápice; pero la geometría antigua, si no estoy mal enterado, yacía en el mismo atraso, cuando la recibieron los italianos en el siglo XV; y el álgebra, sea cual fuere el origen de su nombre, fue parto del griego Diofanto, según atestiguan modestamente los mismos árabes.[1758] Se encumbraron más en la ciencia sublime de la astronomía, elevadora del entendimiento, y despreciadora de este menguadillo planeta y de nuestra existencia volandera. Suministraba el califa Almamon los instrumentos costosísimos para las observaciones y el territorio de la Caldea, seguía siempre brindando con el mismo ensanche de llanura y el idéntico y despejadísimo horizonte. Por los páramos de Senaar, y por segunda vez en los de Cufa, estuvieron sus matemáticos midiendo esmeradamente un grado del gran círculo de la Tierra, y computaron en ocho mil leguas [17776 km] la redondez cabal de nuestro globo.[1759] Desde el reinado de los abasíes hasta el de los nietos de Tamerlan, se estuvieron observando los astros sin anteojos; pero con sumo ahínco, y las tablas astronómicas de Bagdad, España y Samarcanda,[1760] enmiendan tal cual yerro menor, sin osar desentenderse de la hipótesis de Tolomeo, adelantar un paso para descubrir el sistema solar. Idiotez y devaneo eran los promovedores únicos de las verdades científicas en las cortes orientales y desatendido quedara el astrónomo a no envilecer su sabiduría con las predicciones disparatadas de la astrología.[1761] Pero los árabes lograron merecido aplauso en las ciencias médicas. Los nombres de Mesué y de Jeber, de Rasis y de Avicena, están aún sonando con los de muchos maestros de

la Grecia, y en la ciudad de Bagdad se facultó a ochocientos setenta médicos para ejercer su profesión harto productiva.[1762] En España se solía cifrar la vida de príncipes católicos en el desempeño de los sarracenos,[1763] y la escuela de Salerno, parto suyo legítimo, resucitó en Italia y Europa la enseñanza médica.[1764] Causas extrañas o personales daban más o menos realce a sus catedráticos, pero nos cabe deslindar más fundadamente sus conocimientos en anatomía,[1765] botánica[1766] y química,[1767] el triple cimiento de la práctica y la especulativa. Reverenciando griegos y árabes supersticiosamente los cadáveres, tenían que disecar únicamente irracionales; describiéronse en tiempo de Galeno las partes sólidas y patentes; pero el desentrañar por ápices las interioridades humanas, quedaba reservado para el microscopio y las inyecciones modernas. Actividad requiere la botánica, y la zona tórrida alcanzó a enriquecer el herbario de Dioscórides con millares de plantas. Se sacramentaban allá noticias tradicionales en los templos y monasterios de Egipto, habían progresado muy provechosamente en artes y en manufacturas, pero la ciencia química es deudora de su origen y adelantamientos a la ingeniosidad de los sarracenos. Inventaron y apellidaron así el alambique para las destilaciones; analizaron las sustancias de los tres reinos de la naturaleza; deslindaron las afinidades de los ácidos y álcalis, y trocaron los minerales ponzoñosos en medicamentos halagüeños y saludables. Pero el afán desalado de la química arábiga se aferró en la trasmutación de los metales y el elixir de sanidad inmortal; la racionalidad y los haberes de infinitos se fueron evaporizando en las retortas de la alquimia, y el recóndito misterio, la patraña y la superstición se agolparon para la consumación de la obra de las obras.

Mas quedaron defraudados los musulmanes de sus principales logros, cifrados en el trato íntimo con Grecia y

Roma, el conocimiento de la Antigüedad, el gusto acendrado y el desahogo del pensamiento; pues engreídos con el caudal de su propio idioma esquivaron el estudio de los demás. Entresacábanse los intérpretes griegos de los súbditos cristianos: quienes trasladaban ya el texto original o ya la versión siria, y con el cúmulo de astrónomos y médicos, no asoma orador, poeta o historiador que se dedicase a la lengua sarracena.[1768] La mitología de Homero no podía menos de estomagar enconadamente a fanáticos tan adustos; estuvieron poseyendo con idiotez apoltronada las colonias de los macedonios y las provincias de Cartago y Roma; olvidados yacían los héroes de Plutarco y de Tito Livio, y la historia del mundo anterior a Mahoma se reducía a un compendillo de los patriarcas, los profetas y los reyes persas. Quizás nuestra educación en las escuelas griegas y latinas, nos clavó ya en el interior una norma de gusto exclusivo, y no me propaso a menospreciar la literatura y los dictámenes de naciones, cuyos idiomas ignoro; pero me consta que los clásicos tienen muchísimo que enseñar, y estoy *creído* de que en los orientales hay poquísimo que aprender; el señorío entonado en el estilo, las proporciones donosas en el arte, la estampa de la beldad visible o ideada, el retrato cabal de índoles y de afectos, la gala en la narración y en la oratoria, y la planta garbosa de la poesía épica y dramática.[1769] El predominio del tino y de la verdad tienen más deslindada su traza, y los filósofos de Atenas y de Roma disfrutaron la dicha y plantearon los derechos de la libertad civil y religiosa. Sus escritos morales y políticos pudieran haber ido descerrajando los grillos del despotismo oriental, para luego entonar el temple de las investigaciones y de la tolerancia, y hacer al fin que los sabios árabes maliciasen que su califa era un tirano y un impostor su Profeta.[1770] El instinto de la superstición se sobresaltó ya al

asomo de las ciencias abstractas, y los doctores más asombradizos de la ley, abominaron de los afanes de Almamon.[1771] Sedientos del martirio, empapados en el Paraíso, y creídos de la predestinación, príncipes y pueblos se disparan con entusiasmo incontrastable, y el alfanje sarraceno se fue ya embotando, al desviarse la juventud del campamento al colegio, y al dedicarse las huestes de los fieles a la lectura y la crítica. Pero la vanagloria desatinada de los griegos se encolaba con sus estudios, y comunicaba muy a su pesar el fuego sagrado a los bárbaros del Oriente.[1772]

Pelean de muerte omíades y abasíes, y acuden los griegos a la oportunidad de al fin desagraviarse y rehacerse (781-805 d. C.), pero Mohadi extrema su despique, aquel tercer califa de la nueva dinastía que por su parte afianza la coyuntura de hallarse una mujer y un niño; Irene y Constantino, aposentados en el solio de Constantinopla. Marcha una hueste de cerca de cien mil persas y árabes, desde el Tigris hasta el Bósforo de Tracia, a las órdenes de Harun[1773] o Aaron, hijo segundo del caudillo de los fieles. Sus reales en los cerros contrapuestos de Crisópolis o Scútari, participa a Irene en su mismo palacio la pérdida de sus tropas y provincias. Firman los ministros con su anuencia una paz afrentosa, y el trueque de algunos agasajos regios no encubre el tributo anual de setenta mil dinares de oro, impuesto sobre el Imperio Romano. Internado el sarraceno temerariamente en territorio remoto y enemigo, prométenle para su retirada apetecida guías fieles y mercados abundantes, y no hay un griego que se atreva a boquear la especie de que tanta fuerza ya postrada pudiera muy obviamente acorralarse y destruirse en su tránsito imprescindible entre unos riscos resbaladizos y el río Sangario. Cinco años después de esta expedición, Harun asciende al solio de su padre y su hermano mayor como el más

esforzado y poderoso de los monarcas, cual ninguno de su alcurnia, conocido incluso en el Occidente como aliado de Carlomagno y perpetuado como héroe también para los niños en los cuentos árabes. Mancilló su dietado de *Al Rashed (el Justiciero)* con el exterminio de la alcurnia bizarra, y tal vez inocente de los barmesidas, pero escuchó la queja de una viuda desamparada, a quien sus tropas habían saqueado, y entonando un paso del Alcorán se arrojó a amenazar al déspota inadvertido con el juicio de Dios y de la posteridad. Boato y ciencia realzan su corte; pero en un reinado de veintitrés años, va repetidamente visitando sus provincias desde Jorasán a Egipto; peregrina nueve veces a la Meca; asalta ocho el territorio romano, y habiendo un rezago en el tributo tienen que palpar al punto cómo un mes de correrías les resulta más costoso que un año de rendimiento; mas una vez depuesta y desterrada la madre desaforada de Constantino, el sucesor de Nicéforo se empeña en aventar aquella prenda de baldón y servidumbre. Alude agudamente el emperador, en su carta al califa, al juego del ajedrez que había cundido ya desde Persia por la Grecia. «La reina (hablando de Irene) os tuvo por un alfil, siendo ella un peón. Apocadilla la mujer se avino a pagaros un tributo doble del que debía imponer a unos bárbaros. Devolved por tanto el producto de esas tropelías, o aveníos al trance del acero». Y tras estas palabras arrojan los embajadores un lío de espadas sobre las gradas del solio. Sonriose el califa al amago, y desenvainando su *alfanje*, arma de nombradía histórica y anovelada, destroza los espadines griegos sin aportillar el filo, ni destemplar la hoja. Dicta luego una cartita de pavoroso laconismo. «En nombre de Dios todo misericordioso, Harun Al-Rashid, caudillo de los fieles, al can romano. Leí tu carta, hijo de madre incrédula. No has de oír, pero sí has de ver mi contestación». Escríbela en

letras de sangre y fuego por las llanuras de la Frigia, y el ímpetu guerrero de los árabes tan sólo amaina con engaños y muestras de arrepentimiento. Retírase triunfante el califa, tras el afán de la campaña, a su alcázar predilecto de Raca, sobre el Éufrates, [1774] pero la distancia de más de doscientas leguas [444,4 km] y la crudeza de la estación, incitan a su contrario para quebrantar la paz. Atónito se muestra Nicéforo con la marcha osada y rapidísima del caudillo de los fieles, quien tramonta en el rigor del invierno el nevado Tauro; echa el resto de sus ardides políticos y militares; y el griego alevoso tiene que huir del campo de batalla con tres heridas, y dejando allá tendidos hasta cuarenta mil súbditos. Avergüénzase sin embargo el emperador de todo rendimiento, y se afana el califa en pos de la victoria. Se alistan y se pagan ciento treinta y cinco mil soldados, y marchan hasta trescientos mil individuos de todas clases bajo el estandarte negro de los abasíes. Barriendo van la faz del Asia Menor muy allende Tiana y Ancira, y cercan a la Heraclea Póntica,[1775] floreciente allá en su tiempo y en el día población ruincilla; capaz a la sazón de contrarrestar con sus murallones antiguos las fuerzas del Oriente. Total es su exterminio y colmado el despojo, pero a estar versado Harun en la historia griega, se condoliera de la estatua de Hércules, cuyos atributos, masa, arco, aljava y piel del león estaban cincelados sobre oro macizo. Con la asolación de mar y tierra, desde el Euxino hasta la isla de Chipre, tiene el emperador Nicéforo que desdecirse de su altanero reto. Quedan por el nuevo tratado para siempre los escombros de Heraclea, como lección y trofeo, y se acuña el tributo con la estampa y el rótulo de Harun y sus tres hijos.[1776] Pero aquel redoble de señores redunda en menor baldón del nombre Romano, pues muerto el padre, se disparan sus herederos en destempladas desavenencias; el vencedor, el

garboso Almamon vive harto atareado en restablecer la paz casera e introduir la ciencia advenediza.

Bajo el reinado de Almamon en Bagdad y de Miguel el Balbuciente en Constantinopla, quedan sojuzgadas la islas de Creta[1777] y de Sicilia (823 d. C.) por los árabes. Callan la conquista de aquella sus propios escritores, ajenísimos de la nombradía de todo un Júpiter y un Minos; pero la mencionan muy cabalmente los historiadores bizantinos, que van empezando a despejar algún tanto sus negocios contemporáneos.[1778] Una porción de andaluces voluntarios, mal hallados con el clima y el gobierno de España, se engolfan allá en aventuras marítimas; pero navegando con una decena, o cuando más veintena, de galeras, vinieron desairadamente a piratear. Como banderizos del partido *blanco*, les correspondía guerrear contra califas negros. Una facción rebelde los entromete en Alejandría;[1779] degüellan a diestro y siniestro, prescindiendo de partidos, saquean iglesias y mezquitas, venden más de seis mil cristianos cautivos, y se afianzan en la capital de Egipto, hasta que las fuerzas y la presencia misma de Almanzor los avasallan. Siguen pirateando desde el Nilo al Helesponto por las islas y costas de griegos y musulmanes; ven y envidian y saborean la fertilidad de Creta, y vuelven luego con cuarenta galeras y formalizan su embestida. Andan los andaluces recorriendo las campiñas, pero al acudir con su presa a la playa, ven su bajeles ardiendo, y su caudillo Abu Caab se manifiesta él mismo como autor del fracaso. Claman contra su desvarío y su traición. «¿De qué os estáis ahí lamentando? —les contesta el taimado emir—. Os he traído a un país rebosante de leche y miel. Ésta es vuestra verdadera patria, descansad de tantísima fatiga, y olvidad el paraje de vuestro nacimiento». «¿Y nuestras mujeres y niños?» «Vuestras hermosas cautivas harán veces de

esposas, y en vuestra coyunda luego seréis padres de nueva prole». El campamento fue su primera vivienda, con su parapeto y foso en la bahía de Lada; pero un monje apóstata los conduce a otro sitio preferente hacia levante, y el nombre de Candax, su fortaleza y colonia, se ha ido extendiendo a toda la isla bajo la denominación estragada y moderna de *Candía*. Las cien ciudades del tiempo de Minos habían menguado hasta treinta, y de estas una sola acaso, Cidonia, tuvo aliento para conservar en lo esencial su libertad, y la profesión del cristianismo. Los sarracenos cretenses en breve se rehicieron del malogro de sus naves, lanzando los leños del monte Ida a su golfo, y por cerca de ciento cuarenta años anduvieron los príncipes de Constantinopla hostilizando a tan desaforados corsarios, con cruceros infructuosos y armas desvalidas.

Una tropelía supersticiosa acarrea la pérdida de Sicilia.[1780] Un mancebo enamorado roba una monja de su convento, y el emperador lo sentencia a que le corten la lengua (827-878 d. C.). Apela Eufemio a la racionalidad y política de los sarracenos de África, y vuelve luego con su púrpura imperial, una escuadra de cien naves y un ejército, de setecientos caballos y diez mil infantes. Apostan en Mazara junto a las ruinas del antiguo Selino; y tras algunas ventajillas libertan los griegos a Siracusa.[1781] Yace difunto el apóstata bajo sus muros, y sus amigos los africanos tienen que alimentarse con la carne de sus caballos. Acuden luego a libertarlos sus hermanos andaluces; la parte mayor y occidental de la isla va quedando sucesivamente reducida, y escogen el fondeadero comodísimo de Palermo para el solar del poderío naval y militar de los sarracenos. Sigue conservando Siracusa por medio siglo su fe jurada a Jesucristo y al César, y en el sitio postrero y azaroso, descuella todavía su vecindario con asomos de aquella bizarría con que arrostraron la

potestad de Atenas y de Cartago. Contrastan por más de veinte días arietes y catapultas, minas y conchas de los sitiadores; pudiera socorrerse la plaza, a no emplearse los marineros de la escuadra imperial allá en Constantinopla, edificando una iglesia a la Virgen María. Arrebatan del altar, aherrojan y arrastran hasta Palermo al diácono Teodosio y al obispo y clero, para luego empozarlos en una mazmorra, y tenerlos sin cesar como colgados entre la muerte y la apostasía. Sus lamentos patéticos y aun elegantes pueden conceptuarse como el epitafio de su patria.[1782] Desde la conquista romana hasta la catástrofe postrera, Siracusa muy mermada y embatida en la isla de Ortijea, se había ido siempre menoscabando; pero atesoraba aún restos preciosísimos; pues pesó la plata de la catedral cinco mil libras, y todo el despojo se reguló en un millón de piezas de oro (dos millones de duros), y los cautivos no pudieron menos de sobrepujar a los diecisiete mil cristianos, trasladados del saqueo de Tauromenio a la servidumbre africana. Idioma y religión de los griegos quedaron descartados en Sicilia, y a tal extremo llegó la docilidad de la nueva generación que hasta quince mil niños quedaron circuncidados en un solo día con el hijo del califa fatimita y con el idéntico ropaje. Las bahías de Palermo, Biserta y Túnez desembocan escuadras arábigas sobre ciento cincuenta pueblos de Calabria y Campania destruidas y saqueadas; ni el nombre de César y de los apóstoles alcanza a escudar los arrabales de Roma; y si anduvieran acordes los mahometanos, la Italia toda paraba fácilmente en ramillete esclarecido del Imperio de su Profeta. Mas carecen ya los califas de Bagdad de todo predominio en el Occidente, pues los aglabitas y fatimitas tienen usurpadas las provincias del África, los enemigos de Sicilia ostentan ínfulas de independientes, y el intento de conquistas y señorío bastardeó más y más con redobladas

piraterías.[1783]

Entre los ayes de la Italia exánime, el nombre de Roma despierta recuerdos grandiosos y lamentables. Una escuadra sarracena de la costa africana osa entrometerse por la desembocadura del Tíber (846 d. C.), y asomar sobre la ciudad que, aun en medio de su postración, se está todavía reverenciando como la metrópoli del mundo cristiano. Trémulo el vecindario acude a guardar puertas y almenas, poniendo de manifiesto los túmulos y templos de san Pedro y san Pablo en los arrabales del Vaticano y de la carretera de Ostia. Habíalos escudado su santidad invisible contra godos, vándalos, y lombardos; pero el árabe se desentiende de Evangelios y leyendas, y los mandamientos del Alcorán aprueban y enardecen su destemple siempre robador. Quedan las imágenes cristianas despojadas de sus costosísimas ofrendas, arrebatan un altar de plata del sagrario de san Pedro; y aunque en nada escrupulizan, dejan intactos los cuerpos y edificios, merced a su atropellamiento, pues siguiendo el rumbo de la carretera Apia, saquean a Yundi, sitian a Gaeta: mas cejan de las murallas de Roma, y con sus desavenencias se salva el Capitolio del yugo del Profeta de la Meca. Sigue el peligro amagando a la cerviz romana, y sus fuerzas propias no alcanzan a contrarrestar a un emir africano. Claman todos por el amparo de su soberano latino; pero un destacamento de bárbaros atropella el estandarte carolingio: tratan de reponer los emperadores griegos, mas era alevoso el intento, y el auxilio lejano y contingente.[1784] Agrávase su conflicto con el fallecimiento de su caudillo temporal y espiritual, pero el trance insta y arrolla formalidades y amaños para la elección, y el nombramiento unánime del papa León IV[1785] es el salvamento de la iglesia y de la ciudad. Este pontífice es todo un romano; arde en su pecho el denuedo de los

primeros tiempos de la república, y se irgue en medio de las ruinas de su patria, como una de aquellas columnas grandiosas y empinadas que encumbran sus cabezas sobre los trozos del foro romano. Dedica los primeros días de su reinado a purificar y retraer las reliquias con plegarias, procesiones y demás ejercicios religiosos que embelesaron los ánimos y esperanzaron a la muchedumbre. Desatendida yacía la defensa pública, no ya por confianzas pacíficas, sino por el desamparo y conflicto de los tiempos. Manda León y asomando las murallas antiguas con sus reparos, en cuanto cabe con la escasez de medios y de tiempo; edifica o renueva hasta quince torreones en los parajes más expuestos, dos en una y otra orilla del Tíber, y cruza una cadena de hierro en el raudal para atajar la subida de toda armada enemiga. Algún desahogo cabe a los romanos con la nueva de estar levantado el sitio de Gaeta, y de que parte de los robadores, con su sacrílega presa, ha fenecido en el golfo.

Mas si abonanzó la tormenta, estalla luego con redoblada saña (849 d. C.); pues el Aglahita reinante en África[1786] hereda de su padre un tesoro y una escuadra; y esta, cargada de árabes y moros, tras una arribada de refresco por las bahías de Cerdeña, fondea sobre la desembocadura del Tíber, a cinco leguas [11,1 km] de la ciudad, y con su disciplina y gentío amaga, no una correría relámpago, sino un intento formal de conquista y señorío. Pero los desvelos de León tienen fraguada alianza con los súbditos del Imperio griego, y con los estados libres y marítimos de Gaeta, Nápoles y Amalfi; y sus galeras acuden al peligro, aportando en Ostia a las órdenes de Cesario, hijo del duque napolitano, mozo ilustre y valeroso, vencedor ya de escuadras sarracenas. Convidan a Cesario y a sus principales compañeros al palacio Lateranense, y aparenta el mañoso pontífice informarse de aquella incumbencia, y aceptar

gozosísimo aquel socorro sobrehumano. Las compañías ciudadanas acompañan al padre hasta Ostia, donde va revistando y bendiciendo a sus libertadores generosos, quienes le besan los pies, comulgan con ademán guerrero y devoto, y escuchan la plegaria de León entonando, como aquel mismo Dios, que fue sosteniendo a san Pedro y san Pablo sobre las aguas del piélago, va a robustecer las manos de sus campeones contra los enemigos de su santo nombre. Con plegaria muy semejante, y con igual denuedo, se abalanzan los musulmanes sobre las galeras cristianas, que se mantienen aventajadamente puestas por la playa. Ya la victoria se está inclinando hacia la parte de los aliados, cuando se decide a su favor con una tormenta repentina, que frustra la maestría y el denuedo de los marineros más esforzados. Abríganse los cristianos en su bahía amistosa, al paso que los africanos se van estrellando y sumergiendo por los islotes y peñascos de una costa enemiga. Los que se van salvando del naufragio y del hambre, ni logran, ni merecen conmiseración de mano de sus perseguidores implacables; pues el acero y la horca merman la muchedumbre azarosa de los cautivos, y los restantes se emplean más provechosamente en perfeccionar los edificios sagrados que intentaban derribar. Encabeza el pontífice ciudadanos y aliados al tributar agradecido acatamiento a los sagrarios de los apóstoles, y entre los despojos de la victoria naval, se cuelgan trece arcos arábigos, de plata fina y maciza sobre el altar del Pescador de Galilea. Emplea León su reinado en defender y realzar el estado romano; se renuevan y hermosean las iglesias; se dedican cerca de cuatro mil libras de plata a reparar los quebrantos de san Pedro, y se condecora el santuario con un ornamento de oro de doscientas dieciséis libras [99,1 kg], realzado con los retratos del papa y del emperador, y orlado de

perlas. Pero esta magnificencia vanidosa redunda en menos timbre a las glorias de León, que el esmero paternal con que reedifica los muros de Horta y Amería, y traslada el vecindario descarriado de Centumcella a su nueva fundación de Leópolis, a cuatro leguas [4,9 km] de la costa.[1787] Plantea su largueza en el apostadero de Porto, sobre la desembocadura del Tíber, una colonia de corsos, restableciendo para su vivienda la ciudad ruinosa, repartiendo su campiña y viñedo en el nuevo vecindario, y aun le auxilia con caballos y rebaños; y aquellos desterrados, exhalando venganza contra los sarracenos, juran vivir y morir bajo las banderas de san Pedro. Cuantas naciones acudían del norte y del poniente a visitar el umbral de los Apóstoles, habían ido formando el arrabal crecido y populoso del Vaticano, y sus barrios diversos se diferenciaban, según el habla de aquel tiempo, en *escuela* de griegos y godos, de lombardos y de sajones. Mas aquel solar venerable yace siempre expuesto a desacatos sacrílegos: el empeño de amurallarlo y cerrarlo apura cuanto la autoridad puede disponer o franquear; la caridad y el afán fervoroso de cuatro años se enardece más y más a toda estación y a toda hora con la presencia del pontífice infatigable. El apego a la nombradía, arranque grandioso, pero mundano, asoma en el nombre de la *ciudad Leonina* con que apellida al Vaticano (852 d. C.); pero la humildad y las penitencias cristianas doblegan el orgullo de su dedicatoria. Obispo y clero, descalzos, con saco y cenizas, van hollando el recinto; rocían los muros con agua bendita, y se termina la ceremonia con una plegaria, para que bajo el ahincado desvelo de los apóstoles y de la hueste angelical, la antigua y moderna Roma se conserve acendrada, próspera e inexpugnable.[1788]

Descuella el emperador Teófilo, hijo de Miguel el Balbuciente, como uno de los príncipes más ejecutivos y

eminentes que reinaron en Constantinopla. Por cinco veces marchó personalmente en guerra defensiva y ofensiva contra los sarracenos, denodado en el avance, merecía el aprecio del enemigo, aun en medio de sus quebrantos y derrotas (838 d. C.). Se interna en su expedición postrera por la Siria, y sitia el pueblecillo arrinconado de Sozopetra, patria casual del califa Motazem, cuyo padre Harun en paz y en guerra iba siempre acompañado de su esposa y mancebas predilectas. Embargado se hallaba a la sazón con todas sus armas en la rebeldía de un impostor persa, y tan sólo le cupo interceder por un sitio, que le merecía allá cierto cariño filial; pero aquellas instancias estimulan al emperador para lastimarle cabalmente en lo más vivo. Arrasa a Sozopetra; va marcando o lisiando con afrentosa crueldad a los prisioneros sirios, y arrebata de aquel territorio hasta mil cautivas. Entre ellas, una matrona de la alcurnia de Abas está invocando, en el trance de su desesperación, el nombre de Motazem; y el desacato de los griegos compromete el pundonor de su deudo para vengar la tropelía, y contestar a su llamamiento. En el reinado de los dos hermanos mayores, la herencia del menor se redujo a la Anatolia, Armenia, Georgia, y Circasia; aquel apostadero fronterizo había sacado a luz su desempeño militar, y entre sus varios realces para apellidarse *Octonario*,[1789] el más esclarecido era el de las ocho batallas ganadas o tenidas contra los enemigos del Alcorán. Para esta contienda personal, se reclutaron las tropas de Irak, Siria y Egipto con tribus de Arabia y rancherías turcas: numerosísima había de ser su caballería, aunque cabe rebajar largos miles de los ciento treinta mil caballos de las caballerías reales, valuándose el costo del armamento en veinte millones de duros, o cien mil libras de oro. Los sarracenos se adelantan desde Tarso, punto de reunión, en tres divisiones por la carretera de Constantinopla;

manda Motazem mismo el centro, y encarga la vanguardia a su hijo Abas, el cual en el extremo de sus proezas pudiera descollar con mayor timbre o desacertar con menos desaire. El califa lleva el desagravio por el mismo rumbo que el desacato. Era el padre de Teófilo natural de Amorio[1790] en Frigia; y como solar de la alcurnia imperial, mereció el blasón de privilegios y monumentos; y prescindiendo del vecindario, competía con la misma Constantinopla, a los ojos del soberano y de su corte. Todo sarraceno ostenta en su escudo el nombre de *Amorio*, y los tres ejércitos se agolpan bajo sus muros. Pero consejeros más atinados opinaron por la evacuación de Amorio, la traslación de su vecindario y el desamparo de sus edificios vacíos, a los embates enconados de los bárbaros; mas el emperador se atuvo al dictamen más airoso de resguardar con sitio y batalla la patria de sus antepasados. Al arrostrarse las huestes, la línea mahometana aparece a los romanos como una espesura de lanzas y venablos; mas el éxito del trance no favorece, por una ni otra parte, a las tropas nacionales. Quedan los árabes arrollados; mas es por los alfanjes de treinta mil persas, avecindados y asalariados por el Imperio Bizantino. Salen los griegos rechazados y vencidos, pero es por los flechazos de la caballería turca; y a no sobrevenir luego lluvia que empapa y afloja sus arcos, poquísimos cristianos se salvaran con el emperador del campo de batalla. Respiran en Dorileo, a tres jornadas; y Teófilo, al revistar sus trémulas legiones, tiene que indultarlos por la huida propia y ajena. Patente ya su flaqueza, mal puede esperanzar alivio por la suerte de Amorio; y desecha el califa inexorable con menosprecio sus ruegos y promesas, deteniendo a los embajadores romanos para que presencien su ejemplarísima venganza, después de haber casi presenciado su desdoro. Gobernador leal, guarnición veterana y vecindario

desesperado contrarrestan los recios asaltos de cincuenta y cinco días, y tienen ya los sarracenos que levantar el sitio; cuando un traidor casero les muestra el paraje más endeble de la muralla realzado con las estatuas de un león y de un toro. Logra Motazem su anhelo con empedernida saña; cansado y no saciado de asolaciones, regresa a su nuevo palacio de Samara, en la cercanía de Bagdad, mientras el *desventurado*[1791] Teófilo está implorando el auxilio tardío y dudoso de su competidor occidental, el emperador de los francos. Mas habían fenecido en el sitio de Amorio más de setenta mil musulmanes, cuyo malogro queda vengado con la matanza de treinta mil cristianos, y los padecimientos de igual número de cautivos, tratados como reos infames. La necesidad recíproca solía a veces acarrear canjes o rescates imprescindibles de prisioneros;[1792] pero en aquel guerrear nacional y religioso de ambos imperios la paz es mal seguro e implacable la contienda. Por maravilla se da cuartel en el campo, y aun los exentos ya del filo del acero, quedan condenados a servidumbre desahuciada y tormentos extremados; y un emperador católico refiere, con manifiesta complacencia, cómo ajustició a los sarracenos de Creta, desollándolos vivos o chapuzándolos en calderas de aceite hirviendo.[1793] Había Motazem sacrificado a un puntillo de honor una ciudad floreciente, doscientas mil vidas y los haberes de millones. El mismo califa se apea de su caballo y se quita el manto por acudir al apuro de un anciano caduco, y caído con su asnillo cargado en una acequia. ¿En cuál de estas gestiones cavilaría con más complacencia al estarle llamando el Ángel de la muerte?[1794]

Se extingue con Motazem, octavo de los abasíes, el timbre de su alcurnia y de su nación; pues tendidos ya los conquistadores arábigos por el Oriente, y revueltos con la

chusma servil de Persia, Siria, y Egipto, van perdiendo la gallardía y el engreimiento batallador de su desierto (848-870 d. C.). Parte de la disciplina y de la preocupación es el denuedo artificial del mediodía; amaina el entusiasmo, y los califas van ya reclutando su gente asalariada por aquellos climas del norte, donde el valor brota de suyo con toda pujanza: alista turcos,[1795] habitantes robustísimos de allende el Oxo y el Yaxartes, apresados en la guerra, o feriados en el tráfico, y criados en el ejercicio de las armas y en la profesión mahometana. Escuda la guardia turca el solio de su bienhechor, y sus caudillos van usurpando el predominio del palacio y de las provincias. Introduce Motazem, autor de ejemplar tan azaroso, en la capital, hasta cincuenta mil turcos: se desmandan y enfurecen a los naturales; y sus contiendas inducen al califa a desviarse de Bagdad, y plantear su residencia y campamento con los bárbaros predilectos en Samara sobre el Tigris, como a doce leguas [26,7 km] más arriba de la ciudad de la Paz.[1796] Su hijo Motawakel es un tirano asombradizo y cruel, y como malquisto con los suyos allá se enajena en manos de los advenedizos; quienes, a fuer de ambiciosos y desconfiados, se ceban con las promesas grandiosas de una revolución. A impulsos, o al menos por interés, de su hijo, se agolpan a su estancia mientras está cenando y lo descuartizan en siete trozos con los idénticos alfanjes recién repartidos a la guardia de su vida y solio; y colocan en él, bañado aún todo con sangre del padre, al triunfante Montaser para agonizar seis meses con las ansias de una conciencia traspasada. Si llora al presenciar en una alfombra el atentado y castigo del hijo de Cosroes, si el pesar y el arrepentimiento le acortan la vida, condolámonos algún tanto de un parricida, que prorrumpe, al espirar atenaceado por el remordimiento, que ha perdido este mundo y el venidero. Tras el rapto de su traición

los mercenarios advenedizos van confiriendo y arrebatando las insignias de la soberanía, el manto y el bastón de Mahoma, hasta el punto de encumbrar, deponer y degollar en cuatro años a tres caudillos de los fieles. En acalorándose los turcos por zozobra, saña o codicia, arrastran por los pies a sus califas, los cuelgan desnudos al sol abrasador, los magullan con mazos de hierro, precisándolos a desear un breve plazo de su inevitable suerte, con la renuncia de su señorío.[1797] Se desvía por fin o desembravece la tormenta; los abasíes vuelven a Bagdad; una diestra más pujante y certera doblega el desenfreno turco, que mengua o se desparrama con guerras lejanas. Mas están ya las naciones de Oriente enseñadas a hollar los sucesores del Profeta, y logran por fin la dicha del sosiego casero, amainando en su brío; pues la tiranía de su disciplina, y los desafueros del militar despotismo se dan tantísimo la mano, que estoy como repitiendo el pormenor de los pretorianos de Roma.[1798]

Amortiguada más y más la llamarada del entusiasmo con los negocios, recreos y estudios del siglo, seguía ardiendo, reconcentrada en los pocos pechos sobresalientes que ansiaban a competencia el reinar en este mundo o en el venidero. Sin embargo, por más esmeradamente que el Apóstol de la Meca sellara el libro de las profecías, los anhelos, y aun (si cabe profanar este nombre) la racionalidad del fanatismo, podía creer que tras aquellos misioneros, Adán, Noé, Abraham, Jesús y Mahoma, el mismo Dios con el tiempo había de revelar otra ley más cabal y permanente. A los doscientos setenta y siete años de la Hégira, por las cercanías de Cufa (890-954 d. C.), un predicador árabe llamado Carmath entona allá los dictados altisonantes e inapeables de Guión, Director, Demostración, Palabra, Espíritu Santo, Camello y Heraldo del Mesías, quien había conversado con él en figura humana; como representante

de Mahoma, hijo de Alí de san Juan Bautista y del ángel Gabriel. Robustece, acrisola y realza en su librito místico los mandamientos del Alcorán; desahoga las obligaciones de lavatorios, ayunos y romerías; franquea a discreción el uso del vino y de alimentos vedados, y reenfervoriza más y más a sus discípulos con la repetición diaria de cincuenta plegarias. El ocio y la fermentación de la chusma montaraz embarga la atención de los magistrados de Cufa; pero su persecución medrosa da alas a la nueva secta, que reverencia con mayor ahínco a su Profeta al verle dejar este mundo. Sus doce apóstoles se dispersan por los beduinos, «ralea de gente», dice Abulfeda, igualmente destituida de racionalidad y de religión, y la bulla de sus predicaciones amaga a la Arabia entera con nueva revolución. Están ya los carmatas en el disparador, puesto que se desentienden allá de la alcurnia de Abas, y aborrecen de muerte el boato pomposo de los califas de Bagdad; y aparecen pronto a disciplinarse puesto que juran rendimiento ciego y absoluto a su imán, encargado del ejercicio profético por el voto de Dios y del pueblo. En vez del diezmo legal, les requiere el quinto de sus productos y trofeos; los pecados más horrendos quedan en gestiones desobedientes, y los hermanos se enlazan y se ocultan con juramento de sigilo. Traban la más sangrienta batalla, y vencen por la provincia de Bahrein hasta el Golfo Pérsico; el cetro, o más bien el alfanje de Abu Said y su hijo Abu Taher avasallan a diestra y siniestra las tribus del desierto; y aquellos imanes rebeldes llegan a contar en campaña con ciento siete mil fanáticos (900 d. C., etc.). Desfallecen los asalariados del califa al asomo de un enemigo, que ni da ni admite cuartel, y la suma diferencia que media entre ellos está demostrando la mengua de fortaleza y aguante que en tres siglos de prosperidad ha padecido la índole de los árabes. Ya para ellos toda refriega es descalabro;

les saquean las ciudades de Baca y de Balber, de Cufa y de Basora; Bagdad está despavorida, y tiemblan allá los califas tras los velos de su alcázar. Con sólo cinco mil caballos se adelanta Abu Taher en un avance osado allende el Tigris hasta las puertas de la capital. Manda Moctader terminantemente que caigan los puentes, y como caudillo de los fieles, está por puntos esperando que le lleven la persona o la cabeza del rebelde. El lugarteniente, por compasión o por temor, participa a Abu Taher su peligro, encargándole su salvamento ejecutivo: «Vuestro amo —dice el denodado carmata al mensajero–, está acaudillando a treinta mil soldados, pero le faltan tres en toda su hueste». Vuélvese a tres de sus compañeros manda al primero traspasarse el pecho con una daga, al segundo arrojarse al Tigris y al tercero derrumbarse por un despeñadero; obedecen sin chistar. «Referid —continúa el imán–, cuanto habéis visto: antes de la noche vuestro general ha de estar aquí atrahillado con mis perros». Antes del anochecer quedan asaltados los reales y ejecutada la amenaza. Santifican los carmatas sus rapiñas con la antipatía al culto de la Meca, roban una caravana de peregrinos y desamparan allá veinte mil musulmanes devotos exhaustos de hambre y abrasados de sed en los arenales. Otro año dejan transitar sin tropiezo a los peregrinos, y en medio de la festividad fervorosa asaltan la ciudad sagrada, huellan las reliquias (929 d. C.) más venerables de la fe mahometana, degüellan a treinta mil ciudadanos o forasteros, mancillan el recinto sacrosanto enterrando a tres mil cadáveres, cuajan de sangre el paso de Zennem, desencajan de su sitio el grifo dorado; los sectarios impíos se reparten el velo de la Caaba, y se llevan triunfalmente a su capital la piedra negra, el monumento fundamental de la nación. Tras aquel aborto de sacrilegio y de crueldad, siguen infestando el confín de Irak, de Siria, de Egipto; pero el arranque vividor de su entusiasmo se

agosta en su raíz; sus escrúpulos o su codicia franquean de nuevo la peregrinación de la Meca, reponen la piedra negra en la Caaba, y es de más el pararse a escudriñar sus muchas subdivisiones, y los alfanjes que acaban de exterminarlos. Aquella secta puede conceptuarse como la segunda causa patente del menoscabo de los califas.[1799]

La causa tercera y más obvia es la mole misma y grandiosidad del Imperio. Podía el califa Almamon blasonar engreídamente de que le era más llano el señorear el Oriente y el Ocaso que el manejar una tabla de ajedrez de dos pies en cuadro.[1800] Pero yo malicio que al par por entrambos juegos estuvo desbarrando por varios deslices, pues se echa de ver que allá en las provincias remotas la autoridad del primero y más poderoso de los abasíes se iba ya desmoronando (800-809 d. C.). La traza del despotismo va revistiendo al representante con la majestad cabal del mismo príncipe; aquel desvío y contraposición de potestad viene a desatender el ejercicio de la obediencia y tal vez estimula al súbdito atropellado a enterarse del origen y el régimen del gobierno civil. Por maravilla, quien nació en la púrpura se hace acreedor a vestirla; pero el encumbramiento de un particular, acaso labriego o esclavo inclina a suponerle arrojo y desempeño. El virrey de un reino lejano se esmera en afianzarse el asiento y herencia de aquel encargo volandero; las naciones se complacen con la presencia de su soberano y el mando de ejércitos y de tesoros viene a pasar en objeto a un tiempo e instrumento de su ambición. Mudanza imperceptible sobrevenía mientras un lugarteniente del califa se hallaba satisfecho con este dictado mal seguro, y en tanto que instaba por la renovación para sí o para sus hijos del otorgamiento imperial, y seguir conservando en la moneda y en el rezo público el nombre y prerrogativas del caudillo de los

fieles. Mas ejercitando dilatada y hereditariamente su potestad ostentaban las ínfulas y atributos de la soberanía, pues la alternativa de paz o guerra estaba pendiente de su albedrío, al par de los premios y castigos, reservando las rentas de su gobierno para destino, locales y magnificencia propia. En vez del apronto arreglado de gente y dinero, los sucesores del Profeta se pagaban del regalo ostentoso de un elefante, de unos baleones peregrinos, de un juego de colgaduras, o de algunas libras de ámbar o de almizcle.[1801]

Rebelada ya la España contra la supremacía temporal y espiritual de los abasíes, estallan por la provincia de África los primeros asomos de inobediencia. Ibrain, hijo de Aglab, lugarteniente del vigilante y rígido Harun, deja a la dinastía de los Aglabitas la herencia de su nombre y poderío (600-941 d. C.). El apoltronamiento o la política de los califas se desentienden del malogro y desacato, persiguiendo tan sólo con envenenamiento al fundador de los Edrisitas,[1802] quienes plantean el reino y la ciudad de Fez en las playas del piélago occidental.[1803] En el Oriente la primera dinastía es la de los Taheritas[1804] (815-872 d. C.); posteridad del valeroso Taher, el cual en las guerras civiles de los hijos de Harun había servido con excesiva pujanza y acierto en la demanda del hermano menor Almamon. Envíanle en destierro decoroso al mando de las orillas del Oxo, cohonestando la independencia de sus sucesores, quienes vienen a reinar en el Jorasán hasta la cuarta generación, con su desempeño comedido y atento con el bienestar de los súbditos y con el resguardo de la raya. Derrócalos uno de aquellos aventureros tan continuos en el Oriente quien deja su ejercicio de cervecero (apellidándose de allí los *Sofarides*) por el de salteador. Va de noche a la tesorería del príncipe de Sirtan, Jacob hijo de Leith, tropieza en un gran

terrón de sal, y la prueba inadvertidamente con su lengua. Simboliza la sal entre los orientales el hospedaje, y el salteador timorato se retira sin presa ni daño (872-902 d. C.). Se descubre aquel arranque pundonoroso y en pago indultan y favorecen a Jacob, quien campea acaudillando una hueste al pronto para su bienhechor, después para sí, con la cual avasalla la Persia y amaga la residencia de los abasíes; pero enferma en su marcha para Bagdad, recibe en cama al embajador del califa y a su lado, sobre una mesita, se manifiestan un alfanje desenvainado, un mendrugo de pan moreno y un manojillo de cebolla. «Si muero —prorrumpe–, sale vuestro amo de zozobra; si vivo *éste* decidirá el trance; y si quedo vencido me avendré de nuevo al ejercicio de mi mocedad». El vuelco desde su encumbramiento no podía ser tan blando y volandero: fallece y queda afianzado su sosiego y el del califa, quien paga con cuantiosos dones la retirada de su hermano Amrú a los palacios de Shiraz y de Ispahán. Demasiado endebles para batallar, y en extremo altaneros para desentenderse, los abasíes acuden a la dinastía poderosa de los Samanides quienes atraviesan el Oxo con diez mil caballos (874-999 d. C.) tan menesterosos que traen los estribos de madera, pero tan valientes que arrollan la hueste de los Sofarides, ocho veces mayor. Aherrojado llega Amrú en ofrenda halagüeña a la corte de Bagdad, y contentándose el vencedor con la herencia de la Transoxiana y el Jorasán, quedan devueltos los reinos de Persia por algún tiempo a manos de los califas; pero los esclavos turcos de la ralea de *Tulun* y de *Ikshid*,[1805] les desmembran por dos veces las provincias de Siria y Egipto. Aquellos bárbaros, compatricios de Mahoma en religión y en costumbres se descuelgan de sus sangrientos vaivenes en el interior del palacio, a mandos lejanos y solios independientes (864-968 d. C.); suenan por entonces con pavor sus nombres, mas los fundadores

de entrambas dinastías manifiestan en palabras y obras el devaneo de la ambición. El primero está implorando al morir la conmiseración de Dios para un pecador, atropellador de los límites de su poderío; el segundo en medio de cuatro mil soldados y ocho mil esclavos, encubre a los palaciegos las estancias en donde trata de acostarse. Sus hijos se vestían como hijos de reyes, y a los treinta años recaban y poseen los abasíes tanto el Egipto como la Siria; pero van decayendo, y los príncipes árabes de la tribu de *Hamadan* se apoderan de las ciudades grandiosas de Mosul y Alepo, con toda la Mesopotamia (831-1001 d. C.). Podían los poetas cortesanos entonar sin rubor que sus rostros se crían para la hermosura, sus labios para la elocuencia, y sus manos para la liberalidad y el denuedo; pero la relación positiva del ensalzamiento y reinado de los Hamadanitas es un cuadro de traiciones, matanzas y parricidios. En aquel aciago plazo usurpan el reino de Persia los bowides (955-1055 d. C.), con el alfanje de tres hermanos apellidados bajo diversos nombres arrimos o columnas del estado, quienes desde el mar Caspio hasta el océano ningún tirano toleran más que ellos mismos. Resucitan en su reinado el idioma y el numen de la Persia, y a los trescientos cuatro años de la muerte de Mahoma, quedan defraudados del cetro del Oriente.

Rahdi el vigésimo de los abasíes y el trigesimonono sucesor de Mahoma (336 d. C., etc.) es el postrero que merece el dictado de caudillo de los fieles,[1806] el último, según Abulfeda, que habló al pueblo o conversó con los eruditos; y el último que en el aparato palaciego está remedando la riqueza y el boato de los antiguos califas. Tras él los dueños del mundo oriental yacen sumidos en sumo desamparo, y expuestos a los golpes y desacatos de una esfera servil. Rebélanse las provincias y queda

su señorío reducido al recinto de Bagdad; mas era aún crecidísimo su vecindario y engreído con su grandeza pasada, mal hallado con su situación actual, y acosado con las demandas de un erario, antes colmado con los despojos y tributos de mil naciones. Ocioso, disputador y pendenciero abriga a los secuaces de Hanbul,[1807] quienes se entrometen por las casas plebeyas y principales, derraman el vino, apalean a los músicos, les destrozan los instrumentos y afrentan con sospechas infames a los asociados con hermosos mancebos. En siendo tan solos dos individuos de una profesión, el uno era apasionado y el otro opuestísimo de Alí; y clamando los sectarios agobiados sobresaltan a los abasíes, negándoles todo título y maldiciendo a sus mayores. Tan sóla la faena militar alcanza a frenar un vecindario desmandado; mas ¿quién saciará la codicia y disciplinará los mismos asalariados? La guardia turca y la africana desenvainan y cruzan sus alfanjes; y los caudillos principales, los emires en Omia[1808] encarcelan o apean a sus soberanos, atropellando el santuario de la mezquita y del serrallo. En huyendo los califas al campamento o corte de algún príncipe vecino, su salvamento era una mudanza de servidumbre, hasta que, a impulsos de su desesperación, acuden los bowides sultanes de Persia cuyas armas irresistibles aplanan los bandos a su albedrío. Moczaldaulat se apropia la potestad civil y militar; aunque el segundo de los hermanos y su generosidad señala un estipendio de cerca de sesenta mil libras esterlinas para el gasto particular del caudillo de los fieles; pero a los quince días en la audiencia de los embajadores de Jorasán y en presencia de la trémula muchedumbre derrumban al califa de su solio y lo empozan en una mazmorra por disposición del advenedizo, y con las manos violentas de sus dilenitas. Le saquean el palacio, le arrancan los ojos, y aún la ambición ruin

de los abasíes aspira a la colocación vacante, pero expuesta y afrentosa. Aquellos califas lujosos, amaestrados con la adversidad, recobran las virtudes circunspectas y frugales de sus primitivos tiempos. Sin armas y sin ropajes, ayunan, rezan, estudian el Alcorán y la tradición de los sonitas; desempeñando con afán y acierto las funciones de su cargo eclesiástico. Acatan todavía las naciones a los sucesores del Apóstol, como oráculos de la ley de la conciencia de los fieles, y la flaqueza o las desavenencias de sus tiranos restablecían a temporadas los abasíes en la soberanía de Bagdad. Pero el triunfo de los fatimitas, descendencia castiza o bastarda de Alí, acibara más y más sus desconsuelos. Venturosos competidores que descuellan por los extremos del África y anonadan en Siria y en Egipto la autoridad temporal y espiritual de los abasíes, y el monarca del Nilo está insultando al apocado pontífice de las orillas del Tigris.

Van a menos todos los califas por todo aquel siglo que media después de la guerra de Teófilo con Motacem (960 d. C.), y cuantas ocurrencias militares sobrevienen se reducen a tal cual correría por mar y por tierra, parto de la vecindad y de su encono implacable. Mas al yacer quebrantado y exánime el orbe oriental, se desaletargan los griegos, esperanzados de venganzas y conquistas. Adormecíase el Imperio Bizantino en paz decorosa, desde el ascenso de la alcurnia Basilia, pudiendo sostener algún emir menguadillo, mientras los enemigos nacionales de su misma fe mahometana los estaban sin cesar amagando y maltrayendo. Los dictados altisonantes de lucero del alba y muerte de los sarracenos[1809] se aplicaban en las aclamaciones públicas a Nicéforo Focas, afamado en sus reales y malquisto en la capital. En su alta esfera de gran doméstico, o general del Oriente, avasalla la isla de Creta, exterminando aquel nido de

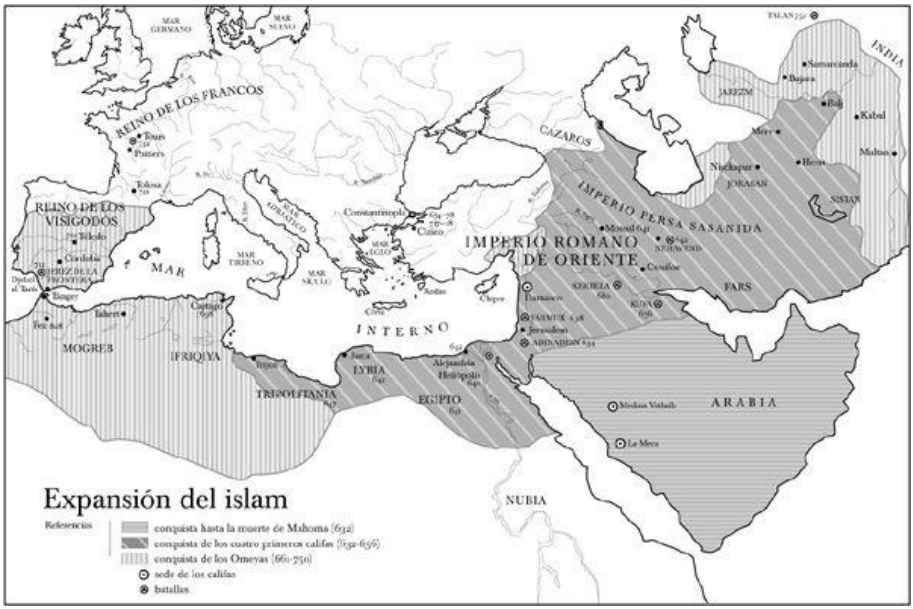
piratas, que por tan largo plazo había estado retando a su salvo la majestad del Imperio.[1810] Descuella su numen militar en el desempeño y logro de aquella empresa, que solía acarrear quebranto y desdoro. Atónitos quedan los sarracenos al desembarco de la tropa por puentes llanos y firmísimos, que va colocando desde los bajeles a la playa; emplea siete meses en el sitio de Candia; enardecen la desesperación de los cretenses auxilios frecuentes, que reciben de sus hermanos de África y España, y aun después de allanados el macizo murallón y los dos fosos, pelean todavía desahuciadamente contra los griegos por las calles y casas de la ciudad. Ríndese con la capital toda la isla y el pueblo sumiso recibe el bautismo del vencedor.[1811] Vitorea Constantinopla el olvidado boato de un triunfo, pero la diadema imperial es el galardón único que alcanza a pagar los servicios y saciar la ambición de Nicéforo.

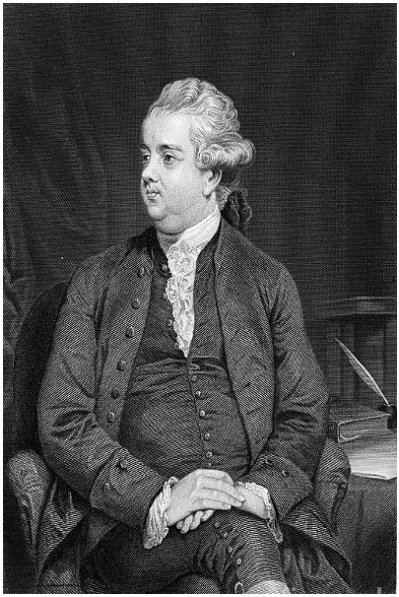
Muerto Romano, el menor y el cuarto de la alcurnia basilia, su viuda Teofania vino sucesivamente a desposarse con Nicéforo Focas y con su asesino Zimirces, los dos héroes del siglo. Reinaron como ayos y compañeros de sus niñas tiernas, y los doce años de su mando militar forman la temporada más esplendorosa de los anales bizantinos (963-975 d. C.). Acaudillaron entre súbditos y confederados, por lo menos para la vista del enemigo hasta doscientos mil hombres, y de ellos hasta treinta mil pertrechados de corazas:[1812] con una brigada de cuatro mil mulos, y solían fortificar sus reales con parapeto y una empalizada de chuzos. Una continuación de refriegas sangrientas pero inconsiguientes abultan únicamente como floreo o anuncio de la que naturalmente debía resultar en pocos años: y así voy a compendiar las conquistas de entrambos emperadores desde los cerros de Capadocia hasta el desierto de Bagdad. Descuellan desde luego con su tesón y maestría las

tropas en los sitios de Mopsuestia y Tarso en Cilicia, acreditándose sin disputa de acreedoras al dictado romanas. En la ciudad como duplicada de Mopsuestia, dividiéndola el río Saro, se agolpan hasta doscientos mil musulmanes, predestinados a la muerte o la esclavitud,[1813] vecindario asombrosamente crecido, que incluiría al menos a los moradores de sus dependencias. Lo cercan y cogen todo por asalto pero Tarso tiene a la larga que rendirse por hambre, y al entregarse en términos decorosos presencian desconsoladamente allá distantes los auxilios navales y ya infructuosos del Egipto. Despídenlos con su salvoconducto al confín de la Siria; parte de los antiguos cristianos había vivido sosegadamente bajo su mando, y las viviendas vacantes se pueblan con una nueva colonia. Truecan la mezquita en establo, abrasan el púlpito: varias cruces riquísimas de oro y pedrería, despojos de las ciudades asiáticas, sirven de ofrenda halagüeña a la religiosidad o a la codicia del emperador, trasportando las puertas de Mopsuestia y de Tarso, que se clavan en los muros de Constantinopla como un monumento sempiterno de la victoria. Fuerzan y afianzan las angosturas del monte Amano para internarse repetidamente con la guerra hasta el corazón de la Siria. Pero en vez de asaltar las almenas de Antioquía, la humanidad o la superstición de Nicéforo quiere acatar la antigua metrópoli del Oriente, pues se contenta con circunvalar la ciudad y encarga a su lugarteniente que esté sufridamente esperando el asomo de la primavera. Pero en medio del invierno y en noche lóbrega y lluviosa, un arrojado subalterno con trescientos soldados, se acerca a la muralla, arrima las escalas se apodera de dos torreones inmediatos, contrarresta el turbión de la muchedumbre, y mantiene gallardamente su puesto, hasta que su caudillo acude tardíamente y con repugnancia, pero aún a tiempo a sostenerlos.

Amaina el primer desconcierto de saqueo y matanza; se restablece el reinado del César y de Jesucristo; y el embate de cien mil sarracenos de ejércitos de Siria y de escuadras de África se estrella en las murallas de Antioquía. Manda Sofeidorolat en la regia ciudad de Alepo, y aunque de la dinastía de Hamadan, nubla todos sus timbres con el desamparo atropellado de su capital y reino a manos de los invasores romanos. En su grandioso alcázar por elegido de Alepo, apresan ufanos grandes acopios de armas, mil quinientos mulos en las caballerías y trescientos saquillos de plata y oro; pero sus murallones burlan el disparo de los arietes, y los sitiadores acampan por los cerros vecinos de Faushan. Con su desvío se enconan los odios de la tropa y el vecindario; desamparan la guardia de puertas y muros, y mientras pelean sañudamente en el mercado, los sobrecogen y destrozan sus enemigos comunes. Degüella el acero a los varones; llevándose cautivos diez mil jóvenes; no alcanzan las acémilas a cargar con todo el despojo, y queman el sobrante; y tras su goce de diez días se ausentan los romanos de aquella ciudad desnuda y ensagrentada. En sus correrías por la Siria mandan a los campesinos que sigan cultivando sus campiñas para luego esquilmarlas, avasallan a más de cien ciudades, y abrasan dieciocho púlpitos de mezquitas principales, para aventar el sacrilegio de los alumnos de Mahoma. Reverberan instantáneamente en el raudal de las conquistas los nombres clásicos de Hierápolis, Apamea y Emesa; acampa el emperador Zimisces en el paraíso de Damasco y acepta el rescate de un rendido vecindario, sin que lo ataje la carrera sino la fortaleza inexpugnable de Trípoli en la costa de Fenicia. Yace el Éufrates desde el tiempo de Heraclio allende el Tauro intransitable, y aun casi invisible para los griegos; pero franquea ya indefenso su tránsito al victorioso, Zimisces, y el historiador tiene que

remedar el arrebato con que recorre las tan afamadas ciudades de Samorata, Edesa, Martirópolis, Amida[1814] y Nisibis, lindero antiguo del Imperio por las cercanías del Tigris. Arde en el ansia de abalanzarse a los tesoros virginales de Cebatania,[1815] nombre muy sonado, bajo el cual el escritor bizantino encubre la capital de los abasíes. Despavoridos los fugitivos, van más y más dilatando el susto de su nombre; mas la codicia y profusión de tiranos caseros había ya desvanecido las soñadas preciosidades de Bagdad. Insta el vecindario, y requiere con adustez el lugarteniente de los bowides al califa que acuda al resguardo de la capital: pero el desvalido Mothi contesta que le han arrebatado de las manos armas, rentas y provincias, y está pronto a traspasar un señorío que no alcanza a sostener. Sigue inexorable el emir, véndese el ajuar de palacio; y el cortísimo producto de cuarenta mil piezas de oro desaparece instantáneamente en lujosos devaneos. Mas cesan las zozobras de Bagdad con la retirada de los griegos; la sed y el hambre, son los antemurales del desierto de Mesopotamia, y el emperador, rebosando de gloria y cargado con los despojos orientales, regresa a Constantinopla ostentando en su triunfo sedas, aromas y treinta millones de plata y oro. Pero doblegó no más el huracán pasajero el poderío del Oriente sin quebrantarlo. Vanse los griegos, y los príncipes fugitivos acuden a sus capitales; los súbditos se desentienden allá de sus forzados juramentos de vasallaje; purifican los musulmanes de nuevo sus templos y derrumban los ídolos de santos y de mártires; los nestorianos y jacobitas anteponen un dueño sarraceno a otro católico, y ni el número ni el brío de melquitas alcanzan a sostener la iglesia y el estado, y al fin de tan dilatadas conquistas tan sólo Antioquía con las ciudades de Cilicia y la isla de Chipre quedan recobradas y en aumento permanente y provechoso del Imperio Romano.[1816]


Expansión del islam
Referencias
conquista hasta la muerte de Mahoma (632)
conquista de los cuatro primeros califas (632-656)
conquista de los Omeyas (661-750)
sede de los califas
batallas
REINO DE LOS FRANCOS
REINO DE LOS VISIGODOS
IMPERIO ROMANO DE ORIENTE
IMPERIO PERSA SASANIDA
CAZAROS
INDIA
ARABIA
NUBIA
MOGREB
IFRIQYA
EGIPTO
FARS
INTERNO
MAR



EDWARD GIBBON. (Putney, Gran Bretaña, 1737-Londres, 1794) Historiador británico. Hijo de una familia de holgada posición económica, cursó estudios en la Westminster School y en el Magdalen College, tras los cuales fue enviado a Lausana, en parte debido a su inclinación hacia el catolicismo, religión de la que posteriormente renegó.

En 1763 emprendió un viaje que lo llevó a París, donde estudió a Diderot y a D'Alembert, y a Roma, donde pudo conocer in situ las ruinas del Imperio Romano, que posteriormente estudiaría. En 1770 regresó a Londres, ciudad en la que publicó varios escritos que le dieron cierta fama. Esa popularidad se incrementó notablemente tras la publicación, en 1776, de los primeros volúmenes de *Historia del ocaso y caída del Imperio Romano*, su obra magna, en la que estuvo ocupado hasta 1788 y en la cual trazó un pormenorizado estudio del Imperio Romano desde el siglo II a. C. hasta la caída de Constantinopla en 1453. Esta obra, así como los demás libros que escribió, lo convirtieron en el más importante historiador británico de la

época.

Notas

[1] Jornandes (de *Rebus Geticis*, c. 13, 14, pp. 629-630, edic. Grot.) derivó de Gapt la genealogía de Teodorico, uno de los Anses o semidioses, que vivían en tiempo de Domiciano. Casiodoro, el primero que alabó la raza real de los Ámalos (*Variar*., VIII, 5; IX, 25; X, 2; XI, 1), considera al nieto de Teodorico como el decimoséptimo descendiente. Peringsciold (el comentador sueco de Cochlæus, *Vit. Theodoric*., p. 274, etc., Estocolmo, 1699) relacionó esta genealogía con las leyendas y tradiciones de su país. <<

[2] Más correctamente, en las orillas del lago Pelso (actual Neusiedler), cerca de Carnuntum, casi en el mismo sitio en que Marco Antonio compuso sus meditaciones (Jornandes, c. 52, p. 659; Severin, *Pannonia Illustrata*, p. 22; Cellario, *Geograph. Antig*., t. I, p. 350). <<

[3] Las cuatro primeras letras de su nombre (ΘΕΟΔ) estaban caladas en una plancha de oro, que se fijaba sobre papel, y el rey recorría el contorno con la pluma (*Anony. Valesian. ad calcem Amm. Marcellin*., p. 722). El hecho auténtico, con el testimonio de Procopio o, al menos, el de los godos contemporáneos (*Gothic*, l. I, c. 2. p. 311), es más que suficiente para contrapesar las alabanzas vagas de Enodio (Sirmond, *Opera*, t. I, p. 1596) y Teófanes (*Chronograph*, p. 112). <<

[4] *Statura est quæ resignet proceritate reguantem* (Enodio, p. 1614). El obispo de Pavía (quiero decir, el eclesiástico que

aspiraba a ser obispo) sigue luego ensalzando la complexión, los ojos, las manos, etcétera, de su soberano. <<

[5] El estado de los ostrogodos y los primeros años de Teodorico se hallan en Jornandes (c. 52-56. pp. 689-696) y Malco (*Excerpta Legat.*, pp. 78-80), quien lo llama erróneamente el hijo de Walamiro. <<

[6] Teófanes (p. 111) inserta una copia de sus cartas sagradas a las provincias: ’ίστε ὅτι τὸ βασίλειον ἡμέτερόν ἐστι… καὶ ὅτι προχειρησάμεθα βασιλέα Τρασκαλλισαῖον, etc. Semejantes pretensiones de una mujer hubieran pasmado a los esclavos de los primeros césares. <<

[7] V. IV, pp. 204-209. <<

[8] Suidas, t. I, pp. 332-333, edic. Kuster. <<

[9] Ya no existen las historias contemporáneas de Malco y Candido, pero se han salvado algunos fragmentos gracias a Focio (LXXVIII, LXXIX, pp. 100-102), Constantino Porfirogenito (*Excerpt. Leg.*, pp. 78-97) y en varios artículos del *Lexicon* de Suidas. Las *Crónicas* de Marcelino (*Imago Historiæ*) son originales de los reinados de Zenón y Anastasio; y debo manifestar mi agradecimiento, al menos por la última época, a las extensas y esmeradas colecciones de Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. VI, pp. 472-652). <<

[10] *In ipsis congressionis tuæ foribus cessit invasor, cum profugo per te sceptra redderentur de salute dubitanti*. Enodio, entonces (Sirmond, t. I, pp. 1596-1597), transporta su héroe (¿en un dragón alado?) a Etiopía, más allá del trópico de Cáncer. El testimonio del *Anónimo Valesiano* (p. 717), Liberato (*Breu. Eutych.*, c. 25, p. 118), y Teófanes (p. 112) es más natural. <<

[11] Esta costumbre cruel se imputa a los godos triarianos, menos bárbaros, según parece, que los Walamiros, pero al hijo de

Teodomiro se le achaca la ruina de muchas ciudades romanas (Malco, *Excerpt. Leg.*, p. 95). <<

[12] Jornandes (c. 56-57, p. 696) relata los servicios de Teodorico, confiesa sus recompensas, pero desfigura su revolución, de la que Malco (*Excerpt. Legal.*, pp. 78-97) nos ha conservado los detalles más interesantes. Marcelino, un sirviente de Justiniano, bajo cuyo cuarto consulado (534) compuso su crónica (Escalígero, *Thesaurus Temporum*, t. II, pp. 34-57), descubre su agravio y enojo: *in Græciam debacchan debacchantem* [...] *Zenonis munificentia pene pacatu beneficiis nunquam satiatus*, etcétera. <<

[13] Cabalgaba en su mismo campamento, cuando un caballo indómito lo arrojó contra la punta de una lanza que colgaba de la puerta de una tienda o estaba atada a un carro (Marcelino, en *Chron.*, Evagrio, l. III, c. 25). <<

[14] Véase Malco (p. 91) y Evagrio (l. III, c. 35). <<

[15] Malco, p. 85. En una sola acción definida por la habilidad y la disciplina de Sabiniano, Teodorico perdió cinco mil hombres. <<

[16] Jornandes (c. 57, pp. 696-697) compendió la gran historia de Casiodoro. Véase y compárese Procopio (*Gothic.*, l. I, c. 1), el *Anónimo Valesiano* (p. 718), Teófanes (p. 113) y Marcelino (en *Chron.*). <<

[17] Enodio narra la marcha de Teodorico (pp. 1598-1602), una vez traducida su pomposa oración en el lenguaje del sentido común. <<

[18] *Tot reges*, etcétera (Enodio, p. 1602). Debemos tener presente lo degradado y común que era este título real, y que los mercenarios de Italia eran fragmentos de muchas tribus y naciones. <<

[19] Véase Enodio, pp. 1603-1604. Puesto que el orador podía mencionar y alabar a su madre en presencia del rey, podemos deducir que la magnanimidad de Teodorico no se ofendía por las reconvenciones comunes de concubina y bastarda. <<

[20] Esta anécdota se refiere en el moderno, aunque respetable, testimonio de Sigonio (*Op*. t. I, p. 580. *De Occident. Imp*., L. XV): sus palabras son curiosas: «¿Queréis volver?», etcétera. Desplegó aquí toda su energía. <<

[21] *Hist. Miscell*., L. XV, una historia romana desde Jano hasta el siglo IX, un *Epítome* de Eutropio, Paulo Diacono y Teófanes, que publicó Muratori de un manuscrito de la Biblioteca Ambrosiana (*Script. Rerum Italicarum*, t. I, p. 100). <<

[22] Procopio (*Gothic*. 1., t. I, c.1) se acredita como escéptico imparcial; φασὶ… δολερῷ τρόπ ἑκτεινε. Casiodoro (en *Chron*.) y Enodio (p. 718) son francos y crédulos, y el testimonio del *Anónimo Valesiano* (p. 1604) justifica su creencia. Marcelino vomita el veneno de un súbdito griego *perjuriis illectus, interfectusque est* (en *Chron*.). <<

[23] El discurso sonoro y adulador de Enodio se pronunció en Milán o Rávena en el año 507 ó 508 d. C. (Sirmond, t. I, p. 1615). Dos o tres años después recompensaron al orador con el obispado de Pavía, que conservó hasta su muerte en 521 d. C. (*Dupin Bibliot. Ecclés*., t. V, pp. 11-14. Véase *Saxii Onomasticon*, t. II, p. 12). <<

[24] Nuestros mejores materiales son apuntes sacados de Procopio y del *Anónimo Valesiano*, descubierto por Sirmond, publicado al fin de Amiano Marcelino. El nombre del autor es desconocido, y su estilo, bárbaro, pero en los distintos hechos manifiesta la verdad, sin la parcialidad del contemporáneo. El presidente Montesquieu formó un plan de una historia de Teodorico, que

de lejos parece un asunto interesante. <<

[25] La mejor edición del *Variarum Librii XII* es la de Juan Garrecio (Rotomagi, 1679, en *Opp. Cassiodor*, 2 V. en fol.), pero merecía y requería un editor como el marqués de Maffei, que pensó en publicarla en Verona. El *Barbara Eleganza* (como la llama ingeniosamente Tiraboschi) no es nunca sencillo y rara vez claro. <<

[26] Procopio, *Gothic*., t. I, c. 1. *Variarum*, II. Maffei (*Verona Illustrata*, p. 1, p. 228) exagera la injusticia de los godos, a quienes aborrecía como noble italiano. El plebeyo Muratori se arrastra bajo su expresión. <<

[27] Procopio, *Gothic*., t. III, cc. 4, 21. Enodio describe (pp. 1612-1613) el arte militar y el número progresivo de los godos. <<

[28] Cuando Teodorico dio a su hermana al rey de los vándalos, ella navegó hacia África con una guardia de mil nobles godos, y cada uno llevaba cinco criados armados (Procop., *Vandal*., t. I, c. 8). La nobleza goda debió de ser tan numerosa como valiente. <<

[29] Véase el reconocimiento de la libertad goda (*Var*., V, 30). <<

[30] Procopio, *Gothic*., t. I, c. 2. Los niños romanos aprendían el idioma (*Var*., VIII, 21) de los godos. Su ignorancia general no se invalida por las excepciones de Amalasunta, una mujer que podía estudiar con aprovechamiento, o la de Teodato, cuya sabiduría provocó la indignación y el desprecio de sus conciudadanos <<

[31] Un dicho de Teodorico estaba fundado en la experiencia: «Romanus miser imitatur Gothum; et utilis (dives) Gothus imitatur Romanum» (véase el *Anónimo Valesiano*, p. 719). <<

[32] La idea de un establecimiento militar de los godos en Italia

está tomada de las *Epístolas* de Casiodoro (*Var*. I, 24, 40; III, 3, 24, 48; IV, 13-14; V, 26-27; VIII, 3, 4, 25). Están ilustradas por el instruido Mascou (*Hist de los Germanos*, t. XI, 40-44, anotación XIV). <<

[33] Véase la claridad y la energía de sus negociaciones en Enodio (p. 1607), y Casiodoro (*Var.*, III, 1-4; IV, 13; V, 43-44), quien le da las diferentes denominaciones de amistad, consejo, razonamiento, etcétera. <<

[34] Incluso de su mesa (*Var.*, VI, 9) y su palacio (VII, 5). La admiración de los extranjeros se ve como la causa racional para justificar estos gastos superfluos y para estimular la actividad de los oficiales a quienes estaban confiadas aquellas provincias. <<

[35] Véanse las alianzas públicas y privadas del monarca godo, con los borgoñones (*Var.*, I, 45-46), con los francos (II, 40), con los turingios (IV, L) y con los vándalos (V, 1). Cada una de estas epístolas suministra algunos curiosos apuntes sobre la política y las costumbres de los bárbaros. <<

[36] Su sistema político puede verse en Casiodoro (*Var.*, IV, 1; IX, 1), Jornandes (c. 58, pp. 698-699) y el *Anónimo Valesiano* (pp. 720-721). Paz, paz honorable, era el constante deseo de Teodorico. <<

[37] El lector curioso puede contemplar los hérulos de Procopio (*Gothic.*, l. II, c. 14), y el lector paciente puede sumergirse en las oscuras y minuciosas investigaciones de De Buat (*Hist. des Peuples Anciens*, t. IX, pp. 348-396). <<

[38] *Variarum*, IV, 2. Casiodoro comenta el objeto y las formas de esta institución marcial, pero parece haber traducido únicamente los sentimientos del rey godo en el idioma de la elocuencia romana. <<

[39] Casiodoro, que cita a Tácito sobre los estianos, salvajes

ignorantes del Báltico (*Var.*, V, 2), describe el ámbar que ha hecho célebres aquellas playas como la goma de un árbol endurecida por el sol, purificada y arrojada a la playa por las olas. Cuando los químicos analizan esta extraña sustancia, da un aceite vegetal y un ácido mineral. <<

[40] Escanzia o Tule está descrita por Jornandes (c. 5, pp. 610-613) y Procopio (*Gothic.*, l. II, c. 15). Ni el godo ni el griego habían visitado el país, pero habían conversado con los nativos en su destierro en Rávena o Constantinopla. <<

[41] *Sapherinas pelles*. Aquella hermosa raza de animales ha sido poco a poco arrojada a la parte oriental de Siberia. Véase Buffon (*Hist. Nat.*, t. XIII, pp. 309-313, 4 ed.), Pennant (*System of Quadrupeds*, v. 1, pp. 322-328), Gmelin (*Hist. Gen. des Voyages*, t. XVIII, 257-258) y Levesque (*Hist. de Russie*, t. V, pp. 165-166, 514-515). En tiempo de Jornandes, los suiones habitaban la actual Suecia. <<

[42] En el sistema o novela de Bailly (*Letres sur les Sciences et sur l'Atlantide*, t. I, pp. 249-256, t. II, pp. 114-139), el fénix del Edda y la muerte y la resurrección anual de Adonis y Osiris son los símbolos alegóricos de la ausencia y vuelta del sol en las regiones árticas. El ingenioso escritor es un apreciable discípulo del gran Buffon, y no es fácil para el razonamiento más frío contrarrestar la magia de su filosofía. <<

[43] Αὕτη τε θουλίταις ἡ μεγίστη ιῶν ἑοπτῶν ἑστι, dice Procopio. Hoy reina un rudo maniqueísmo (bastante generoso) entre los samoyedos en Groenlandia y en Laponia (*Hist. des Voyages*, t. XVIII, pp. 108-109, t. XIX, pp. 105-106, 527-528). Con todo, según Grocio, *Sainojutæ cælum atque astra adorant, numina haud aliis iniquiora* (de *Rebus Belgicis*, l. IV, p.338, ed. en folio), sentencia que Tácito no hubiera negado. <<

[44] Véase *Hist. des peuples Anciens*, t. IX, pp. 255-273, 396-501. El conde de Buat, ministro francés en la corte de Baviera, se dedicó a investigar las antigüedades del país, y el resultado fue el germen de doce gruesos volúmenes. <<

[45] Véanse las transacciones godas sobre el Danubio y el mar Ilírico en Jornandes (c. 58, p. 699) Enodio (pp. 1607-1610), Marcelino (en *Chron*., pp. 44, 47-48) y Casidoro (en *Chron*. y en *Var*., III, 2-3, 50; IV, 3; VII, 4, 24; VIII, 9-11, 21; IX, 8-9). <<

[46] No puedo menos que copiar el estilo clásico y liberal del conde Marcelino: *Romanus comes domesticorum, et Rusticus comes scholariorum cum centum armatis navibus, totidemque dromonibus, octo millia millitum armatorum secum ferentibus, ad devastanda Italiæ littera processerunt, et usque ad Tarentum antiquissimam civitatem aggressi unt, remensoque mari inhonestam victoriam quam piratico ausu Romani ex Romanis rapuerunt, Anastasio Cæsari reportarunt* (en *Chron*., p. 48). Véase *Variar*., I, 16; II, 38. <<

[47] Véanse las órdenes e instrucciones reales (*Var*., IV, 15; V, 16, 20). Estos botes armados debían de ser aun menores que los mil buques de Agamenón en el sitio de Troya (Manso, p. 121). <<

[48] *Var*., IV, pp. 303-306. <<

[49] Enodio (p. 1610) y Casiodoro, en nombre del rey (*Var*., II, 41), recuerdan su útil protección a los alamanes. <<

[50] Las transacciones godas en Galia y España se hallan descritas con alguna perplejidad en Casiodoro (*Var*., III, 32, 38, 41, 43-44; V, 39), Jornandes (c. 58, pp. 698-699), y Procopio (*Gothic*., l. I, c. 12). No quiero oír ni aun hermanar los largos y contradictorios argumentos del abate Dubos y del conde Buat sobre las guerras de Borgoña. <<

[51] Teófanes, p. 113. <<

[52] Procopio afirma que no se promulgó ninguna ley durante el reinado de Teodorico y los reyes sucesivos de Italia (*Gothic.*, l. II, c. 6). Querrá decir en idioma godo. Aún existe un edicto latino de Teodorico, de ciento cincuenta artículos. <<

[53] La imagen de Teodorico está estampada en las monedas: sus modestos sucesores se contentaron con añadir su nombre al busto del emperador (Muratori, *Antiquitat Italicæ medii ævi*, t. II, d. XXVII, pp. 577-579; Giannone, *Istoria Civile di Napoli*, t. I, p. 166). <<

[54] La alianza entre el emperador y el rey de Italia se halla descrita por Casiodoro (*Var.* I, l. II, 1-2, 5; IV, 1) y Procopio (*Gothic.*, l. II, c. 6; l. III, c. 21), que celebran la amistad de Atanasio y Teodorico, pero el estilo figurado de cumplimiento se interpretó de modo bien diferente en Rávena y Constantinopla. <<

[55] A las diecisiete provincias de la Noticia, el diácono Pablo Warnefrido (*De Reb. Longobard.*, l. II, c. 14-22) ha añadido otra, el Apenino (MURATORI, *Script. Rerum Italicarum*, t. I, pp. 431-433). Pero de éstas, Cerdeña y Córcega estaban en poder de los vándalos, y las dos Recias, así como los Alpes Cotianos, han sido entregados a un gobierno militar. El estado de estas cuatro provincias que ahora forman el reino de Nápoles, se halla descrito por Giannone (t. I, pp. 172, 178) con un esmero digno de elogio. <<

[56] Véase la historia goda de Procopio (l. I, c. 1; l. II, c. 6.), las epístolas de Casiodoro (*passim*, pero particularmente los libros V y VI, que contienen las *formulæ*, o patentes de oficios) y la *Historia civil* de Giannone (t. I, l. II-III). A los condes godos, que dice había en todas las ciudades de Italia, los anula, con todo,

Maffei (*Verona Illustrata*, p. 1, l. VIII, p. 227); porque los de Siracusa y Nápoles (*Var*. VI, 22-23) eran comisiones especiales y temporales. <<

[57] Dos italianos con el nombre de Casiodoro, padre (*Var*. I, 24, 40) e hijo (IX, 24-25), fueron empleados sucesivamente en la administración de Teodorico. El hijo nació en el año 479 d. C.; sus varias epístolas como cuestor, maestre de oficios y prefecto pretoriano alcanzan desde 509 hasta 559, y vivió treinta años como fraile (Tiraboschi, *Storia della Letteratura Italiana*, t. III, pp. 7-24; Fabricio, *Bibliot. Lat. Med. Ævi*, t. 1, pp. 557-558, ed. Mansi). <<

[58] Véase su miramiento por el Senado en Cochlœus (*Vit. Theod*., VIII, pp. 72-80). <<

[59] No más que ciento veinte mil modios o treinta y dos mil fanegas (3312 t) (*Anónim. Valesian*., p. 721, y *Var*., I, 35; VI, 18; XI, 5, 39). <<

[60] Véase su miramiento e indulgencia por los espectáculos del circo, el anfiteatro y el teatro en la *Crónica* y *Epístolas* de Casiodoro (*Var*., I, 20, 27, 30-32; III, 51; IV, 51, ilustrado por la anotación catorce de la historia de Mascou), quien ha manejado el asunto con ostentoso, aunque agradable, talento. <<

[61] *Anónim. Vales*., p. 721; Mario Aventicensis en *Chron*. En la escala del mérito público y personal, el conquistador godo es al menos tan superior a Valentiniano como parece inferior a Trajano. <<

[62] *Vit. Fulgentii*, en *Baron. Annal. Eccles*., 500 d. C., núm. 10. <<

[63] Casiodoro, en su estilo pomposo, describe el foro de Trajano (*Var*., VII, 6), el teatro de Marcelo (IV, 51) y el anfiteatro de

Tito (V, 42); y vale la pena leer sus descripciones. Según los precios modernos, el abate Barthelemy computa que la parte de albañilería del Coliseo costaría ahora veinte millones de libras francesas (*Mém. de l'Academie des inscriptions*, t. XXVIII, pp. 585-586). ¡Qué pequeña parte de ese estupendo edificio! <<

[64] En cuanto a los acueductos y cloacas, véase Estrabon (l. V, p. 360), Plinio (*Hist. Nat*. XXXVI, 24), Casiodoro (*Var*. III, 30-31. VI, 6), Procopio (*Gothic*., l. I, c. 14) y Nardini (*Roma Antica*, pp. 514-522). Es todavía un interrogante cómo podía un rey de Roma ejecutar tales obras. <<

[65] Sobre la conservación gótica de edificios y estatuas, véase Casiodoro (*Var*., I, 21, 25; II, 34; IV, 30; VII, 6, 13, 15) y el *Anónimo Valesiano* (p. 721). <<

[66] *Var*., VII, 15. Estos caballos de Monte Cavallo habían sido trasportados de Alejandría a los baños de Constantino (Nardini, p. 188). Desdeña su escultura el abate Dubos (*Reflexiones sobre la poesía y la pintura*, t. I, s. 39), y la admira Winkelman (*Hist. del Arte*, t. II, p. 159). <<

[67] *Var*., X, 10. Eran probablemente un fragmento de algún carro triunfal (*Cuper de Elephantis*, II, 10). <<

[68] Procopio (*Gothic*., IV, c. 21) refiere un cuento tonto de la vaca de Mirón, celebrado con poca agudeza por treinta y seis epigramas griegos (*Anthолog*., l. IV, pp. 302-306, ed. Hen. Steph.; Ausan, *Epigram*., LVIII-LXVIII). <<

[69] Véase un epigrama de Enodio (II, 3, pp. 1893-1894) sobre este jardín y su real jardinero. <<

[70] El epíteto de *Verona tua* y la leyenda del héroe prueban su cariño por aquella ciudad; Maffei (l. IX, pp. 230-236) la retrata con sabiduría y placer en su país nativo bajo el nombre bárbaro de Dietrich de Bern (Peringsciold y Cochlœum, p. 240). <<

[71] Véase Maffei (*Verona Illustrata*, I, pp. 231-232, 308, etc.). Achaca la corrupción de la arquitectura gótica, del idioma, de la escritura, etcétera, no a los bárbaros, sino a los mismos italianos. Compárense sus ideas con las de Tiraboschi (t. III, p. 61). <<

[72] Las villas, el clima y la campiña de Bayas (*Var*., IX, 6. Véase Cluverio, *Italia Antig*., l. IV, c. 2, p. 1119, etc.), Istria (*Var*., XII, 22, 26) y Como (*Var*. XI, 14, compárese con las dos villas de Plinio, IX, 7), se hallan agradablemente descritas en las *Epístolas* de Casiodoro. <<

[73] En *Liguria numerosa agricolarum progenies* (Enodio, pp. 1678-1680). San Epifanio de Pavía redimió de los borgoñones de Lyon y Saboya a seis mil cautivos por medio de oraciones o rescate. Semejantes hechos son los mejores milagros. <<

[74] La economía política de Teodorico (véase *Anónim. Vales*., p. 721, y Casiodoro, en *Chron*.) puede delinearse distintamente bajo los siguientes títulos: mina de hierro (*Var*., III, 25); mina de oro (IX, 3); pantanos Pontinos (II, 32-33); Espoleto (II, 21); grano (I, 34; X, 27-28; XI, 11-12); comercio (VI, 7; VII, 9, 23); feria de Lencothoe o San Ciprián en Lucania (VIII, 33); abundancia (XII, 4); el curso o puesto público (I, 29; II, 31; IV, 47; V, 5; VI, 6; VII, 33); el camino Flaminio (XII, 18). <<

[75] *LX modii tritici in solidum ipsius tempore fuerunt, et vinum XXX amphoras in solidum* (*Frag. Vales*.). El grano se distribuía de los graneros a XV o XXV modios por una moneda de oro, y el precio era aún moderado. <<

[76] Véase la vida de san Cesáreo en Baronio (508 d. C., núms. 12-14). El rey le regaló trescientos sólidos de oro y un disco de plata del peso de sesenta libras [27,600 kg]. <<

[77] Enodio, *Vit. Sant. Epiphanii*, en Sirmond, *Op*., t. I, pp. 1672-1690. Teodorico hizo algunos favores a este obispo, quien

hacía las veces de consultor tanto en tiempos de paz como de guerra. <<

[78] *Devotissimus ac si Catholicus* (*Anónim. Vales.*, p. 720), con todo, su oferta no fue más que de dos candeleros de plata *(cerostrata)* del peso de setenta libras [32,200 kg], muy inferior al oro y la pedrería de Constantinopla y Francia (Anastasio, *Vit. pont.*, en *Hormisda*, p. 34, ed. París). <<

[79] El sistema tolerante de su reinado (Enodio, p. 1612; *Anónim. Vales.*, p. 719; Procop., *Gothic.*, l. I, c. 1; l. II, c. 6) puede estudiarse en las epístolas de Casiodoro, bajo los siguientes títulos: «Obispos» (*Var*, I, 9; VIII, 15, 24; XI, 25); «Inmunidades» (I, 26; II, 29-30); «Tierras de la Iglesia» (IV, 17, 20); «Santuarios» (II, 11; III, 47); «Plata de la Iglesia» (XII, 20); «Disciplina» (IV, 44); lo que al mismo tiempo prueba que era la cabeza de la Iglesia, así como la del Estado. <<

[80] Debemos desechar la historia de que hizo decapitar a un diácono católico que se había vuelto arriano (*Theodor. Lector*, núm. 17). ¿Por qué es Teodorico llamado *Afer?* ¿De *Vafer?* (*Vales. ad loc.*). Conjetura muy poco fundada. <<

[81] Enodio, pp. 1621-1622, 1636, 1638. Su *libelo* fue aprobado y registrado (*synodaliter*) por un concilio romano (Baronio, 503 d. C., núm. 6; Francisco Pagi, en *Breviar. Pont. Rom.*, t. I, p. 242). <<

[82] Véase Casiodoro (*Var.*, VIII, 15; IX, 15-16), Anastasio (en *Símaco*, p. 31) y la anotación diecisiete de Mascou. Baronio, Pagi y la mayor parte de los doctores católicos confiesan con enfado esta usurpación goda. <<

[83] Los inhabilitaba a *licentia testandi*; y toda Italia se afligía —*lamentabili justitio*—. Supongo que estas penas sólo se imponían a los rebeldes que habían faltado a su juramento de

fidelidad; pero el testimonio de Enodio (pp. 1675-1678) es de mayor peso, pues vivió y murió en el reinado de Teodorico. <<

[84] Enodio, en *Vit. Epiphan.*, pp. 1689-1690; Boecio, de *Consolatione Philosophiæ*, l. I, p. IV, pp. 45-47. Respeta, pero examina las pasiones del santo y del senador, y fortifica o suaviza sus quejas por los varios apuntes de Casiodoro (II, 8; IV, 36; VIII, 5). <<

[85] *Immanium expensarum pondus… pro ipsorum salute*, etcétera; con todo, éstas no son más que palabras. <<

[86] Los judíos estaban establecidos en Nápoles (Procopio, *Gothic.*, l. I, c. 8), Génova (*Var.*, II, 28; IV, 33), Milán (V. 37), Roma (IV, 43). Véase también Basnage, *Hist. des Juifs*, t. VII, c. 7, p. 254. <<

[87] *Rex avidus communis exitii*, etc. (Boecio, l. I, p. 59)*: rex dolum Romanis tendebat* (*Anónim. Vales.* p. 723). Estas palabras son duras: expresan las pasiones de los italianos y, me temo, las de Teodorico. <<

[88] He trabajado para formar una narración de los varios apuntes oscuros y concisos del *Anónimo Valesiano* (pp. 722-724), Teófanes (p. 145), Anastasio (*Johanne*, p. 35) y la *Hist. Miscella* (p. 403, ed. Muratori). Una presión suave y una paráfrasis de sus palabras no es violencia. Consúltese también Muratori (*Annali d'Italia*, t. IV, pp. 471-478), con los *Anales y Breviario* (t. I, pp. 259-263) de los dos Pagi, tío y sobrino. <<

[89] Le Clerc compuso una vida crítica y filosófica de Anicio Manlio Severino Boecio (*Bibliot. Choisie*, t. XVI, pp. 168-275), y puede ser útil consultar Tiraboschi (t. III) y Fabricio (*Bibliot. Latin*). La fecha de su nacimiento puede fijarse en el año 470 y su muerte en 524, con una prematura vejez (*Consol. Phil.*, «Metrica», I, p. 5). <<

[90] En cuanto a la edad y el valor de este manuscrito, véase hoy en la Biblioteca Médica de Florencia la *Cenotafia Pisana* (pp. 430-447) del cardenal Noris. <<

[91] Los estudios atenienses de Boecio son dudosos (Baronio, 510 d. C., núm. 3, de un tratado espurio: *De Disciplina Scholarum*), y el término de dieciocho años es demasiado largo, pero el simple hecho de una visita a Atenas está confirmado por una autoridad más fidedigna (Brucker, *Hist. Crit. Philosoph.*, t. III, pp. 524-527) y por una expresión —aunque vaga y ambigua— de su amigo Casiodoro (*Var.*, I, 45): «*longe positas Athenas introisti*». <<

[92] *Bibliothecæ comptos ebore ac vitro parietes*, etcétera (*Consol. Phil.*, l. I, pr. V, p. 74). Las epístolas de Enodio (VI, 6; VII, 13; VIII, 1, 31, 37, 40) y Casiodoro (*Var.*, I, 39; IV, 6; IX, 21) suministran muchas pruebas de la gran reputación de que gozaba en aquellos tiempos. Verdad es que el obispo de Pavía le compró una casa vieja en Milán, y que, quizá, las alabanzas fueron prodigadas y aceptadas como parte del pago. <<

[93] Pagi, Muratori, etcétera. concuerdan en que Boecio fue cónsul en el año 510; sus dos hijos, en 522, y en 487, quizá su padre. El deseo de atribuir este último consulado al filosófo hace dudosa la cronología de su vida. En sus honores, alianzas e hijos, celebra su propia felicidad, su pasada felicidad (pp. 109-110). <<

[94] *Si ego scissem ta nescisses*. Boecio adopta esta contestación (l. I, pr. 4, p. 53) de Julio Cano, cuya muerte filosófica describe Séneca (*De Tranquillitate Animi*, c. 14). <<

[95] El carácter de sus dos delatores, Basilio (*Var.*, II, 10-11, IV, 22) y Opilio (V, 41; VIII, 16), está descrito no muy ventajosamente en las *Epístolas* de Casiodoro, quien menciona

también a Decorato (V, 31), el despreciable colega de Boecio (l. III, pr. 4, p. 193). <<

[96] Se hacía una escrupulosa investigación del crimen de magia (*Var.*, IV, 22-23; IX, 18), y se creía que muchos nigrománticos se habían escapado volviendo locos a los carceleros: por loco, leería *ebrio*. <<

[97] Boecio había compuesto su propia apología (p. 53), quizá más interesante que su *Consolación*. Debemos quedar satisfechos con la relación de sus honores, principios, persecución… (l. I, pr. 4. pp. 42-62), que pueden compararse con las palabras breves y auténticas del *Anónimo Valesiano* (p. 723). Un escritor anónimo (Sinner, *Catalog. manuscrito Bibliot. Bern.*, t. I, p. 287) le imputa traición honrosa y patriótica. <<

[98] Fue ejecutado en Agro Calventiano, Calvenzano, entre Mariñano y Pavía (*Anónim. Vales*, p. 723), por orden de Eusebio, conde de Ticino o Pavía. El sitio de su destierro se llama el *bautisterio*, edificio y nombre peculiar de las catedrales. La tradición perpetua de la iglesia de Pavía lo reclama. La torre de Boecio subsistió hasta 1584, y el diseño aún se conserva (Tiraboschi, t. III, pp. 47-48). <<

[99] Véase Alfredo (*Biographia Britannica*, t. I, p. 80, 2 ed.). La obra tiene aun más mérito si se ejecutó bajo la inspección de Alfredo por sus doctores extranjeros. Sobre la reputación de Boecio en la Edad Media, consúltese Brucker (*Hist. Crit. Philosoph.*, t. III, pp. 565-566). <<

[100] La inscripción de su nueva tumba fue compuesta por el preceptor de Otón III, el erudito papa Silvestre II, quien, como Boecio, fue tenido por mago debido a la ignorancia de la época. El mártir católico había llevado su cabeza en las manos un trecho considerable (Baronio, 526 d. C., núms. 17-18). Con

todo, una señora conocida mía dijo respecto de un cuento semejante: «La distance n'y fait rien; il n'y a que le premier pas qui coûte». <<

[101] Boecio ensalza las virtudes de su suegro (l. I, pr. 4, p. 59; l. II, pr. 4, p. 118). Procopio (*Gothic.*, l. I, c. 1), el *Anónimo Valesiano* (p. 724) y la *Historia Miscella* (l. XV, p. 105) concuerdan en elogiar la inocencia o santidad de Símaco, y, según la leyenda, el crimen de su asesinato es igual al encarcelamiento de un papa. <<

[102] En la ideal elocuencia de Casiodoro, la variedad de los pescados de mar y de río atestiguan la gran extensión del dominio, y en la mesa de Teodorico se servían pescados del Rin, de Sicilia y del Danubio (*Var.*, XII, 14). El gigantesco rodaballo de Domiciano (Juvenal, *Satir.*, III, 39) había sido cogido en las orillas del Adriático. <<

[103] Procopio, *Gothic.*, l. I, c. 1. Pero podía habernos informado si esta curiosa anécdota la sabía por la voz pública o de boca del médico real. <<

[104] Procopio, *Gothic.*, l. I, c. 1-2, 12-13. Esta partición había sido arreglada por Teodorico, aunque no se llevó a cabo hasta después de su muerte. *Regni hereditatem superstes reliquit* (Isidor. *Chron.*, p. 721, ed. Grot.). <<

[105] Berimundo, el tercer descendiente de Hermanrico, rey de los ostrogodos, se había retirado a España, donde vivió y murió en la oscuridad (Jornandes, c. 33, p. 202, ed. Muratori). Véanse el descubrimiento, las bodas y la muerte de su nieto Eutarico (c. 58, p. 220). Sus juegos romanos podrían haberlo hecho popular (Casiodoro, en *Chron.*), pero Eutarico era *asper in religione* (*Anónim. Vales.*, pp. 722-723). <<

[106] Véanse los consejos de Teodorico y las profesiones de su

sucesor en Procopio (*Gothic.*, l. I, c. 1-2), Jornandes (c. 59, pp. 220-221) y Casiodoro (*Var.*, VIII, 1-7). <<

[107] *Anónim. Vales.*, p. 724; Agnellus, de *Vitis. Pont. Rayen*, en Muratori, *Scrip. Rerum Ital.*, t. II, p. I, p. 67; Alberti, *Descrizione d'Italia*, p. 311. <<

[108] La leyenda está referida por Gregorio I (*Diálog.*, IV, 36) y aprobada por Baronio (526 d. C., núm. 28); ambos, papa y cardenal, son doctores instruidos, y es bastante para establecer una opinión *probable*. <<

[109] Teodorico o, más bien, Casiodoro, describió en estilo trágico el volcán de Lípari (Cluver, *Sicilia*, pp. 406-410) y el Vesubio (IV, 50). <<

[110] Hay algunas dudas sobre la fecha de su nacimiento (Ludewijio, en *Vit. Justiniani*, p. 125), pero ninguna sobre el sitio —el distrito Bederiana—, la aldea Tauresio, que luego decoró con su nombre y esplendor (D'Anville, *Hist. de l'Académie*, etcétera, t. XXXI, pp. 287-292). <<

[111] Los nombres de estos aldeanos dárdanos son góticos y casi ingleses: Justiniano es una traducción de *uprauda* (*upright*, íntegro); su padre Sabacio (en griego bárbaro, *stipes*) es denominado en su aldea *Istoch* (*Stock*, proveer); el nombre de su madre Bigleniza se suavizó en Vigilancia. <<

[112] Ludewijio (pp. 127-135) trata de justificar el nombre aniciano de Justiniano y Teodora, y relacionarlo con una familia de la cual desciende la casa de Austria. <<

[113] Véanse las anécdotas de Procopio (c. 6.) con las notas de N. Alemanus. El escritor satírico no hubiera querido admitir la denominación vaga de γέωργος, βούκολος y σύκφορβος, de Zonaras. Con todo, ¿por qué son estos nombres vergonzosos?; y ¿¡qué barón germano no se hubiera

envanecido de descender del Eumeo de la Odisea!? <<

[114] Procopio alaba sus virtudes (*Persic.*, l. I, c. 11). El cuestor Proclo era amigo de Justiniano y enemigo de cualquier otra adopción. <<

[115] Maniqueo significa Eutiquiano. Oíganse las furiosas aclamaciones de Constantinopla y Tiro; la primera, a los seis días de la muerte de Anastasio. Ésta causó la muerte del eunuco; la segunda, la elogió (Baronio, 518 d. C., part. II, núm. 15; Fleury, *Hist. Ecles.*, t. VII, pp. 200, 205, de los *Concilios*, t. V, p. 182, 207). <<

[116] Su poder, su carácter y sus intenciones están perfectamente explicados por el conde de Buat (t. IX, p. 54-81). Era biznieto de Aspar, príncipe hereditario de la Escitia Menor, y conde de la federación gótica de Tracia. Los besios, sobre los que tenía influencia, son los godos menores de Jornandes (c. 51). <<

[117] «Justiniani patricii factione dicitur interfectus fuisse» (Victor Turunensis, «Chron.» en *Thesaur. Temp. Scaliger*, part. II, p. 7); Procopio (*Anécdot.*, c. 7) lo denomina tirano, pero confiesa el ἀδελφοπίστσια, que está bien explicado por Alemanus. <<

[118] En su juventud *(plane adolescens)*, había estado algún tiempo como huésped de Teodorico. Sobre este hecho curioso cita Alemanus (ad. Procop., *Anecdot.*, c. 9, p. 34 de la primera edición) una historia manuscrita de Justiniano, por su preceptor Teófilo. Ludewijio (p. 143) desea que sea soldado. <<

[119] La historia eclesiástica de Justiniano se enseñará más adelante. Véanse Baronio, 548-521 d. C. y el extenso artículo *Justinianus* en el índice del t. VII de sus anales. <<

[120] El reinado de Justino el Mayor puede hallarse en las tres crónicas de Marcelino, Víctor y Juan Malala (t. II, pp. 130-150), el último de los cuales (a despecho de Hody, *Prolegom.*, núms.

14, 39, ed. Oxon.) vivió poco después de Justiniano (Observaciones de Jortin, etc., vol. IV, p. 383) en la *Historia Eclesiástica* de Evagrio (l. IV, c. 1, 2, 3, 9) y el Excerpta de Teodoro Lector (núm. 57), y en Cedreno (pp. 362-366) y Zonara (l. XIV, pp. 58-61), que puede mirarse como original. <<

[121] Véanse los caracteres de Procopio y Agatias en *La Mothe le Vayer* (t. VIII, pp. 144-174), Vosio (de *Historicis Græcis*, l. II, c. 22) y Fabricio (*Bibliot. Græcis*, l. V, c. 5., t. VI, pp. 248-278). Su religión, un honroso problema, traiciona la conformidad ocasional con una secreta afición al paganismo y a la filosofía. <<

[122] En los siete primeros libros, dos persas, dos vándalos y tres góticos, Procopio tomó de Apiano la división de las provincias y las guerras: el libro VIII, aunque lleva el nombre de gótico, es una miscelánea y suplemento hasta la primavera del año 553, desde el cual lo continúa Agatias hasta 559 (Pagi, *Crítica*, 579 d. C., núm. 5). <<

[123] La fama literaria de Procopio ha sido algo desgraciada. 1. Sus libros de *Bello Gothico* se los robó Leonardo Aretin y los publicó (Fulginii, 1470-Venet., 1471, apud Janson. Mattaire, *Annal. Typograph.*, t. I. ed. posterior, pp. 290, 304, 279, 299) en su propio nombre (véanse Vosio de *Hist. Lat.*, l. III, c. 5 y la débil defensa de la *Venica Giornale d'Letterati*, t. XIX, p. 207.) 2. Sus obras fueron mutiladas por los primeros traductores latinos Crisóstomo Persona (*Giornale*, t. XIX, pp. 340-548) y Rafael de Volaterra (*Huet.* de *Clari-Interpretibus*, p. 166), quienes ni siquiera consultaron el manuscrito de la biblioteca vaticana, de la que eran prefectos (Aleman. en *Præfat. Anecdot.*) 3. El texto griego no fue impreso hasta 1607, por Hoesquelio de Augsburgo (*Diccionario* de Bayle, t. II, p. 782). 4. La edición de París fue ejecutada con imperfecciones por Claudio Maltret,

jesuita de Tolosa (en 1663) muy inferior a la prensa de Louvre y del manuscrito del Vaticano, del cual, no obstante, obtuvo algunos suplementos. Sus prometidos comentarios, etcétera, nunca vieron la luz. El *Agatias* de Leyden (1594) ha sido esmeradamente reimpreso por el editor de París, con la versión latina de Buenaventura Vulcanio, instruido intérprete (*Huet*, p. 176). <<

[124] Agatias en *Præfat.*, pp. 7, 8, l. IV, p. 137; Evagrio, l. IV, c. 12. Véase tambien Focio, cod. LXIII, p. 65. <<

[125] Κύρον παιδεία dice, *Præfat.* ad. 1, de Ædificiis περί κτισμάτων no es más que Κύρου παιδία, un equívoco. En estos cinco libros, Procopio afecta un estilo cortés y cristiano. <<

[126] Procopio se manifiesta (*Præfat.* ad. *Anecdot.*, c. 1, 2, 5), y las anécdotas están referidas en el libro 9 por Suidas (t. III. p. 186, ed. Kuster). El silencio de Evagrio es una pobre objeción. Baronio (548 d. C., núm. 24) siente la pérdida de esta historia secreta: estaba entonces en la biblioteca vaticana, bajo su custodia, y se publicó por primera vez dieciséis años después de su muerte, con las notas eruditas y parciales de Nicolás Alemanus (Lugd., 1623). <<

[127] Justiniano un asno —la imagen perfecta de Domiciano—, Anécdot., c. 8. Los amantes de Teodora arrojados de su lecho por los demonios de sus rivales; su casamiento predicho con un gran demonio; un fraile vio al príncipe de los demonios en el trono en lugar de Justiniano; los criados que velaban vieron un rostro con otras facciones, un cuerpo sin cabeza que se paseaba, etcétera. Procopio declara su opinión y la de sus amigos sobre estos cuentos diabólicos (c. 12.). <<

[128] Montesquieu (*Considérations sur la Grandeur et la Décadence des Romains*, c. XX) da crédito a estas anécdotas, por hallarse en relación, primero, con la debilidad del Imperio y, segundo, con

la inestabilidad de las leyes de Justiniano. <<

[129] En cuanto a la vida y las costumbres de la emperatriz Teodora, véanse las anécdotas; particularmente c. 1, 5, 9, 10, 15, 16, 17 con las instruidas notas de Alemanus, referencia que siempre se infiere. <<

[130] Comito se casó luego con Sitas, duque de Armenia, el padre, quizá —al menos ella podría ser la madre—, de la emperatriz Sofía. Dos sobrinos de Teodora debían de ser los hijos de Anastasia (Aleman., pp. 30, 31). <<

[131] Su estatua se colocó sobre una columna de pórfiro en Constantinopla. Véase Procopio (de *Edif.*, l. I, c. 11), que hace su retrato en las anécdotas (c. 10). Aleman. (p. 47) copia uno de un mosaico de Rávena, adornado con perlas y alhajas, y aún hermoso. <<

[132] Alemanus suprimió un fragmento de las anécdotas (c. 9.), algo desnudo, aunque está en el manuscrito vaticano; y en las ediciones de París y Venecia no se ha corregido este defecto. La Motte le Vayer (t. VIII, p. 155) fue el primero que habló de este pasaje curioso y original (observaciones de Jortin, vol. IV, p. 336), que recibió de Roma, y desde entonces se ha publicado en la *Menajiana* (t. III, pp. 254-259) con una versión latina. <<

[133] Procopio, después de mencionar un estrecho cinturón (pues ninguno podía presentarse enteramente desnudo en el teatro), prosigue así: ἀναπεπτωκυῖά τε ἦν ἥ‘ ἥδάφει ὥπτία ἦκειτο. Θῆτες δέ τινες […] κριθὰς αὐτή ὑπερθεν τῶν αἰδοίων ἐῤῥίπτουν, ἃς δὴ οἱ χῆνες, οἳ ἐς τοῦτο παεσκευασμένοι ἐτύγχανον, τοῖς στόμασιν ἐνθένδε κατά μίαν ἀνελόμενοι ἦσθιον. He oído que un prelado instruido, ahora difunto, se complacía en citar este pasaje en su conversación. <<

[134] Teodora aventajaba la Crispa de Ausonio (Epígram. LXXI), quien imitaba el *capitalis luxus* de las hembras de Nola. Véanse Quintiliano Institut., VIII, 6, y Torrencio ad. Horat. Sermon., l. I. sát. 2, vol. 101. En una cena célebre, treinta esclavos servían la mesa; diez jóvenes se regocijaban con Teodora. Su caridad era universal. «Et lassata viris, necdum satiata, recessit.» <<

[135] Ἡ δε κἀκ τῶν τριῶν τρυπημάτων ἐργαζομένη ἐνεκάλει τη φύσει, δυσφουμένη ὃτι δὴ μὴ καὶ τοὺ ς τιτθοὺς αὐτῇ εὐρὐύτερΟν ἥ νῦν ἐίσι τρυπῷη, ὅπως δυατὴ εἵη καὶ ἐκείνῃ ἐργάζεσθαι. Deseaba un cuarto altar en el que pudiera hacer sus libaciones al dios del amor. <<

[136] Anonym. de Antiquitat. *C. P.*, l. III, 132, en *Banduri Imperium Orient.*, t. 1, p. 48. Ludewijio (p. 154) dice que Teodora no hubiera inmortalizado un burdel; pero yo aplico este hecho a su segunda y más casta residencia en Constantinopla. <<

[137] Véase la antigua ley en el Código Justiniano (l. V, tít. 5, ley 7, tít. XXVII, ley 1) en los años 336 a 454. El nuevo edicto (sobre el año 521 o 522 d. C., Aleman., pp. 38-96) rechaza torpemente nada más que la cláusula de *mulieres scenicæ, libertinæ, tabernariæ*. Véanse las novelas 89 y 117 en un rescrito griego de Justiniano a los obispos (Aleman., p. 41). <<

[138] Juro por el Padre, […] por la virgen María y por los cuatro Evangelios, *quæ in manibus teneo*, y por los santos arcángeles Miguel y Gabriel, *puram conscientiam germanumque servitium me servaturum, sacratissimis DD NN. Justiniano et Theodoræ conjugi ejus* (Novell., VIII, tít. 3). ¿El juramento habría servido en favor de la viuda? *Communes tituli et triumphi*, etcétera (Aleman. pp. 47, 48). <<

[139] «Let greatness own her, and she's mean no more […].» Sin el telescopio crítico de Warburton, nunca habría visto, en la pintura general del vicio triunfante, ninguna alusión personal a Teodora. <<

[140] Sus prisiones, un laberinto, un Tártaro (*Anecdot.*, c. 4), estaban debajo del palacio. La oscuridad es propicia para la crueldad; pero también es favorable a la calumnia y la ficción. <<

[141] Saturnino fue azotado por suponerse que había dicho que su mujer, favorita de la emperatriz, no se había hallado ἄ τρητος (*Anecdot.*, c. 17.) <<

[142] «Per viventem in sæcula excoriari te faciam.» Anastasio de *Vitis Pont. Roman*. en Virgilio, p. 40. <<

[143] Ludewijio, pp. 161-166. Le doy crédito por su tentativa caritativa, aunque su genio no lo era. <<

[144] Compárense las *Anécdotas* (c. 17) con el *Edifices* (l. I, c. 9); ¡de qué modo tan diferente puede sentarse el hecho! Juan Malala (t. II, pp. 174, 175) dice que en esta ocasión o en otra semejante, ella liberó y vistió a las muchachas que había comprado en el burdel a cinco áureos (22,5 g de oro) cada una. <<

[145] Novel. VIII, 1. Una alusión a Teodora. Sus enemigos leían el nombre Dœmonodora (Aleman., p. 66). <<

[146] San Sabas rehusó rogar por un hijo de Teodora, a menos que señalase un hereje mayor que Anastasio (Cyril. en *Vit. S. Sabbæ*, apud Aleman., pp. 70, 109). <<

[147] Véase Juan Malala, t. II, p. 174; Teófanes, p. l.58; Procopio de *Edific.*, l. V, c. 3. <<

[148] «Theodora Chalcedonensis synodi inimica canceris plaga toto corpore perjura vitam prodigiose finivit» (Victor

Turanensis en *Chron.*) En semejantes ocasiones, un entendimiento ortodoxo se endurece contra la piedad. Alemanus (pp. 12, 13) entiende el εὐσεβῶς ἐκοιμήθη de Teófanes como lenguaje civil, que no encierra ni piedad ni arrepentimiento; con todo, dos años después de su muerte se celebró santa Teodora por Pablo Silenciario (en «Proem.» v. 58-62). <<

[149] Como había perseguido a los papas y desechado un concilio, Baronio agota los nombres de Eva, Dalila, Herodias, etcétera, tras los cuales recurre a su diccionario infernal, *civis inferni, alumna dæmonum, satanico agitata spiritu, æstro percita diabolico*, etcétera (548 d. C., núm. 24). <<

[150] Léase el libro XXIII de la *Ilíada*, donde hay un vivo retrato de las costumbres, las pasiones y la forma y el carácter de la raza de los carros. La disertación de West sobre los Juegos Olímpicos (sect. XII-XVII) suministra muchos apuntes curiosos y auténticos. <<

[151] Los cuatro colores —*albati, russati, prasini, veneti*— representan las cuatro estaciones, según Casiodoro (Bar., III, 51), quien abunda en talento y elocuencia sobre este misterio teatral. Los tres primeros colores pueden traducirse *blanco, encarnado y verde. Venetus* se explica por *cæruleus*, palabra variada y vaga; es propiamente el celaje reflejado en el mar, pero el uso y la conveniencia han adoptado el *azul* como un equivalente (Robert. Stephan. sub voce. *Polymetis* de Spence, p. 228). <<

[152] Véase *Onufrio Panvinio* de Ludis Circensibus, l. I, c. 10, 11; la anotación XVII sobre la historia de los germanos por Mascou; y Aleman. ad. c. VII. <<

[153] Marcellin en *Chron.*, p. 47. En vez de la palabra vulgar *veneta*, echa mano del término más escogido *cærulea* y *cærealis*.

Baronio (501 d. C., núms. 4, 5, 6) está contento porque los azules eran ortodoxos, pero Tillemont se irrita por esta suposición y no quiere conceder ningún mártir en un teatro (*Hist. des Emp.*, t. VI, p. 554). <<

[154] Véase Procopio (*Perisic.*, l. I, c. 24). Al describir los vicios de las facciones y del gobierno, el público no se muestra más favorable que el secreto historiador. Aleman. (p. 26) cita un hermoso pasaje de Gregorio de Nazianzeno que prueba lo inveterado del mal. <<

[155] La parcialidad de Justiniano por los azules (*Anécdot.*, c. 7) está confirmada por Evagrio (*Hist. Ecles.*, l. IV, c. 32), Juan Malala (t. II, pp. 138; 139), especialmente por Antíoco, y Teófanes (p. 142). <<

[156] Una mujer (dice Procopio), que fue cogida y casi arrebatada por un azul, se arrojó en el Bósforo. Los obispos de la segunda Siria (Aleman., p. 26) deploran un suicidio semejante, el crimen o gloria de la castidad femenina, y la nombran la heroína. <<

[157] El crédito dudoso de Procopio (*Anecdot.*, c. 47) está sostenido por el menos parcial de Evagrio, quien confirma el hecho y especifica los nombres. Juan Malala (t. II, p. 139) refiere el trágico fin del prefecto de Constantinopla. <<

[158] Véase Juan Malala (t. II, p. 447) quien, con todo, confiesa que Justiniano estaba unido a los azules. Procopio (*Anécdot.*, c. 40) mira quizá con demasiado celo a la aparente desavenencia entre el emperador y Teodora. Véase Aleman., *Prefat.*, p. 6. <<

[159] Este diálogo, conservado por Teófanes, manifiesta el lenguaje popular así como las costumbres de Constantinopla en el siglo VI. Su griego está mezclado con muchas palabras bárbaras y extrañas, a las cuales Ducange no siempre halla un significado o etimología. <<

[160] Véase esta iglesia y monasterio en Ducange, *C. P. Christiana*, l. IV, p. 182. <<

[161] La historia de la sedición de *Nika* está extractada de Marcelino (en *Chron.*); Procopio (Persic., l. I, c. 26); Juan Malala (t. II, pp. 213-218); *Chron. Paschal.* (pp. 336-340); Teófanes (*Chronograph.*, pp. 154-158), y Zonaras (l. XIV, pp. 61-63). <<

[162] Marcelino dice en términos generales: «innumeris populis in circo trucidatis». Procopio enumera treinta mil víctimas, y las treinta y cinco mil de Teófanes se aumentan hasta cuarenta mil en el más reciente Zonaras. Tal es el progreso usual de la exageración. <<

[163] Hiérocles, contemporáneo de Justiniano, compuso su Συνέκδημος (*Itineraria*, p. 631) o revista de las provincias y ciudades orientales, antes del 535 d. C. (Wesseling., en *Præfat.* y not. ad. p. 623, etc.) <<

[164] Véase el libro del Génesis (XII, 10) y la administración de Josefo. Los anales de los griegos y hebreos concuerdan sobre las artes y la abundancia de Egipto, pero esta antigüedad supone una larga serie de adelantos; y Warburton, que se halla casi ahogado por el hebreo, llama a gritos por la cronología samaritana (*Divine Legation*, vol. III, p. 29, etcétera). <<

[165] Ocho millones de modios romanos, además de una contribución de ochenta mil áureos [360 kg] para los gastos de la conducción del agua, de la que el súbdito estaba exento. Véase el edicto XIII de Justiniano: los números están verificados por la concordancia de los textos griego y latino. <<

[166] *Ilíada* de Homero, VI, 289. Estos velos πέπλοι ποικίλοι, estaban hechos por las mujeres de Sidonia, y este pasaje hace más honor a las manufacturas que a la navegación de

Fenicia, de donde habían sido introducidos en Troya por barcos frigios. <<

[167] Véase en Ovidio (de *Arte Amandi*, III, 269, etc.) una lista poética de doce colores tomados de las flores, los elementos… Pero es casi imposible diferenciar con palabras los varios matices tanto del arte como de la naturaleza. <<

[168] Con el descubrimiento de la cochinilla, etcétera, superamos los colores de la Antigüedad. Su púrpura real tenía un olor muy fuerte y un color oscuro como sangre de toro. Casiodoro, *Var.*, 1, 2, dice: «obscuritas rubens nigredo sanguinea». El presidente Goguet (*Origine des Loix et des Arts*, part. II, l. II, c. 2, pp. 184-215) entretiene y satisface al lector. Dudo que este libro, particularmente en Inglaterra, sea tan conocido como merece. <<

[169] Se han producido pruebas históricas de estos celos y podrían añadirse otras muchas; pero los actos arbitrarios de despotismo se justificaban por las declaraciones moderadas y generales de la ley (*Codex Theodosian.*, l. X, tít. 21, leg. 3; *Codex Justinian.*, l. XI, tít. 8, leg. 5). Había una restricción necesaria para conceder el permiso vergonzoso a las bailarinas (*Cod. Theodos.*, l. XV, tít. 7, leg. 11). <<

[170] En la historia de los insectos (mucho más maravillosa que las metamorfosis de Ovidio), el gusano de seda ocupa un lugar llamativo. El *Bombyx* de la isla de Ceos, como lo describe Plinio (*Hist. Natur.*, XI, 26, 27, con las notas de dos instruidos jesuitas, Hardouin y Brotier) puede ilustrarse con especies semejantes de la China (*Memoires sur les Chinois*, t. II, pp. 575-579); pero nuestro gusano de seda y la morera blanca eran desconocidos para Teofrasto y Plinio. <<

[171] *Georgic.* II, 121. «Serica quando venerint in usum planissime non scio: suspicor tamen in Julii Cæsaris ævo, nam ante non

invenio», dice Justo Lipsio (*Excursus* I, ad. *Facit. Annal.*, II, 32). Véanse Dion Casio (l. XLIII, p. 358, ed. Reimar) y Pausanias (l. VI, p. 519), el primero que describió, aunque de un modo extraño, el gusano de seda. <<

[172] «Tam loginœ orbe petitur, ut in publico matrona transluceat…. ut denudet fœminas vestis» (*Plin*, VI, 20, XI, 21). Varron y Publio Siro habían representado en el «Toga vitrea, ventus textilis, y nebula linean» (*Horat. Sermon*. I, 2, 101, con notas de Florencio y Dacier). <<

[173] Sobre el tejido, los colores, los nombres y el uso de las vestimentas de seda y lino de la Antigüedad, véanse las profundas, difusas y oscuras investigaciones del gran Salmacio (en *Hist. August.*, pp. 127, 309, 310, 339, 341, 342, 344, 388-391, 395, 513), que ignoraba el comercio más usual de Dijon o Leyden. <<

[174] Flavio Vopisco en *Aurelian.*, c. 45, en *Hist. August.*, p. 224. Véanse Salmasio ad. *Hist. Aug.*, p. 392 y *Plinian. Exercitat*. en Solinum, pp. 694, 695. Las anécdotas de Procopio (c. 25) establecen de un modo imperfecto y parcial el precio de la seda en tiempo de Justiniano. <<

[175] Procopio de Edifi., l. III, c. 1. Estas *pinnes de mer* se hallan cerca de Esmirna, Sicilia, Córcega y Menorca; y al papa Benedicto XIV le regalaron un par de guantes de su seda. <<

[176] Procopio, *Persic*, l. I; c. 20, l. II, c. 25; *Gothic.*, l. IV, c. 17; Meneandro en *Exerpt. Legat.*, p. 107; Isidoro de Charax (en *Stathmis Parthicis*, p. 7, 8, en Hudson, *Geograph. Minor*, t. II) marcó los caminos del Imperio pártico o persa, Aniano Marcelino (l. XXIII, c. 6, p. 400) enumera las provincias. <<

[177] La ciega admiración de los jesuitas confunde los diferentes períodos de la historia china. M. Guigues (*Hist. des Huns*, t. I,

part. I en las tablas, part. II, en la Jeografía; *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. XXXII, XXXVI, XLII, XLIII) los distingue más críticamente y descubre los progresos graduales de la verdad de los Anales y la extensión de la monarquía hasta la era cristiana. Ha investigado con curiosidad las conexiones de la China con las naciones de Occidente, pero estas conexiones son ligeras, casuales y oscuras; ni los romanos sospecharon que los seres o *sinae* poseían un Imperio de ningún modo inferior al suyo. <<

[178] Los caminos de China a Persia e Indostán pueden investigarse en los relatos de Hackluyt y Thevenot (los embajadores de Sharekh, Antonio Jenkinson, el padre Greuber, etcétera. Véanse también los Viajes de Hamvay, vol. I, pp. 345-357). Últimamente los soberanos ingleses de Bengala han explorado una comunicación por el Tíbet. <<

[179] Sobre la navegación china a Malaca y Aquin, quizá a Ceilán (actual Sri Lanka), véanse Renaudot (sobre los dos viajeros mahometanos, pp. 8-11, 13-17, 141-157), Dampier (vol. II, p. 136), la *Hist. Philosophique des deux Indes* (t. I, p. 98) e *Hist. Générale des Voyages* (t. VI, p. 201). <<

[180] El conocimiento o, más bien, la ignorancia de Estrabon, Plinio, Tolomeo, Arriano, Marciano, etcétera, de los países orientales del cabo Comorín está esmeradamente ilustrado por D. Anville (*Antiquité Géographique de l'Inde*, particularmente pp. 161-198). Nuestra geografía de la India se ha mejorado por el comercio y las conquistas; y ha sido ilustrada por los excelentes mapas y memorias del mayor Renuel. Si extiende la esfera de sus investigaciones con el mismo talento y sagacidad, alcanzará y aun aventajará al primer geógrafo moderno. <<

[181] La Taprobana de Plinio (VI, 24); Solino (c. 53); y Salmas, *Pliniana Exercitat.* (pp. 781, 782), y la mayor parte de los

antiguos, que a menudo confunden las islas de Ceilán y Sumatra, está más claramente descrita por *Cosmas Indicopleustes*; y aun el topógrafo cristiano ha exagerado sus dimensiones. Su informe sobre el comercio indio y chino es raro y curioso (l. II, p. 138, l. II, pp. 337, 338, ed. Montfaucon). <<

[182] Véase Procopio, *Persic*. (l. II, c. 20). *Cosmas* nos suministra algunos conocimientos interesantes del puerto y la inscripción de Adulis (*Topograph. Christ*., l. II, pp. 138, 140-143) y del comercio de los axumitas a lo largo de la costa africana de Barbaria o Zinji (pp. 138, 139), y hasta Taprobana (l. XI, p. 339). <<

[183] Véanse las misiones cristianas en la India en *Cosmas* (l. III, pp. 178, 179, l. XI, p. 337), y consúltese Asseman, *Bibliot. Orient*. (t. IV, pp. 413-548). <<

[184] La invención, la manufactura y el uso general de la seda en China pueden verse en Duhalde (*Description générale de la Chine*, t. II, p, 165, 205-223). La provincia de Chekian es la más nombrada tanto en cantidad como en calidad.

[76] Procopio (l. VIII, *Gotich*. IV, c. 17; Teófanes, *Byzant*. apud *Phot. Cod*., LXXXIV, p. 38; Zonaras, t. II, l. XIV, p. 69); Pagi (t. II, p. 602) asigna al año 552 d. C. esta memorable importación. Meneandro (en *Excerpt. Legat*., p. 107) menciona la admiración de los sogdoítas; y Teofilacto Simocatta (l. VII, c. 9) representa confusamente los dos reinos rivales en el país de la seda (China). <<

[185] Cosmas, llamado el Indicopleustes o el navegante indio, verificó su viaje por el año 522 d. C. y compuso en Alejandría entre los años 535 y 547 la *Topografía cristiana* (Montfaucon, Præfat., c. 1), en la que refuta la impía opinión de que la Tierra es un globo; y Focio leyó esta obra (Cod.XXXVI, pp. 9, 10),

que expone las preocupaciones de un fraile, con el talento de un comerciante. Melchisedec Thevenot (*Relations Curieuses*, part. V) ha brindado la parte más apreciable en francés y en griego, y desde entonces la ha publicado el padre Montfaucon en su totalidad, en una hermosa edición (Nova Collectio Patrum, París, 1707, 2 vols. en folio, t. II, pp. 113-346). Pero el editor, un teólogo, podría sonrojarse por no haber descubierto la herejía nestoriana de Cosmas, que ha sido revelada por La Croze (*Christianisme des Indes*, t. I, pp. 40-56). <<

[186] Evagrio (l. III, c. 39, 40) es minucioso y agradecido, pero se enoja con Zósimo porque calumnia al gran Constantino. La humanidad de Anastasio era activa y astuta para recaudar todas las obligaciones y los registros de las contribuciones; los padres a veces se veían obligados a prostituir a sus hijas (Zósimo, *Hist.*, l. II, c. 38, pp. 165, 166, Lipsiæ, 1784). Timoteo de Gaza escogió este pasaje como tema de una tragedia (*Suidas*, t. III, p. 475), lo que favoreció la abolición de la contribución (Cedreno, p. 35), un ejemplo afortunado (si es verdad) para el teatro. <<

[187] Véase Josua Stylites, en la Biblioteca Orientalis de Asseman (t. I, p. 268). La crónica de Edesa menciona muy por encima este derecho de capitación. <<

[188] Procopio (*Anecdot.* c. 19) fija esta suma del registro de los mismos tesoreros. Tiberio tenía *vicies ter millies*, pero su Imperio era muy diferente del de Anastasio. <<

[189] Evagrio (l. IV, c. 30), en la generación siguiente, era moderado y estaba bien informado; Zonaras (l. XIV, c. 61), en el siglo XII, había leído con cuidado y aun sin prejuicios, pero todos sus colores son tan oscuros como los de las *Anécdotas*. <<

[190] Procopio (*Anecdot.*, c. 30) refiere las conjeturas de la época. La muerte de Justiniano, según el historiador secreto, expondría

su riqueza o pobreza. <<

[191] Véase Coripo de *Laudibus Justini Aug*. l. II, 260, 384, etcétera. «Plurima sunt vivo nimium neglecta parente, Unde tot exhaustus contraxit debita fiscus.» Brazos robustos llevaron grandes cantidades de oro al hipódromo: «Debita persolvit genitoris, cauta recepit». <<

[192] Las *Anécdotas* (c. 11-14, 18, 20-30) suministran muchos hechos y más quejas. <<

[193] Uno para Escitópolis, capital de la segunda Palestina, y doce para el resto de la provincia. Aleman. (p. 59) copia este hecho de un manuscrito de la vida de san Sabas, de su discípulo Cirilo, en la biblioteca vaticana y publicado desde entonces por Cotelerio. <<

[194] Juan Malala (t. II, p. 232) menciona la carencia de pan, y Zonaras (l. XIV p. 63) las cañerías de plomo, que Justiniano o sus sirvientes robaron de los acueductos. <<

[195] Por un áureo [4,5 g], la sexta parte de una onza de oro [27 g], en vez de doscientos diez, no daba más que ciento ochenta folles u onzas de cobre. Una desproporción en la moneda, por debajo del precio del mercado, pronto debe de haber producido la escasez de la moneda menuda. En Inglaterra, doce peniques de cobre se venderían a no más de siete peniques (*Investigaciones sobre la riqueza de las naciones*, de Smith (vol. 1, p. 49). Sobre la moneda de oro de Justiniano, véase Evagrio (l. IV, c. 30). <<

[196] El juramento está concebido en los términos más formidables (Novell., VIII, tít. 3). Los perjuros imprecaban sobre sí mismos, «quicquid habent telorum armamentaria cœli»: la parte de Judas, la lepra de Gieza, el temblor de Caín, etcétera, además de los sufrimientos temporales. <<

[197] Luciano de Eudamidas de Corinto refiere un acto de

amistad semejante o aun más generoso (en *Toxare*, c. 22, 23, t. II, p. 530), y la historia produjo una comedia de Fontenelle, ingeniosa, aunque sin energía. <<

[198] Juan Malala, t. II, pp. 101, 102, 103. <<

[199] Uno de ellos, Anatolio, pereció en un terremoto, sin duda alguna ¡un castigo! Las quejas y clamores del pueblo en Agatias (l. V, pp. 146, 147) son casi el eco de la anécdota. El *aliena pecunia reddenda* de Coripo (l. II, p. 384, etc.) no hace mucho honor a la memoria de Justiniano. <<

[200] Véase la historia y el carácter de Juan de Capadoria en Procopio, *Persic*., l. I, c. 24, 25, l. II, c. 30; Vandal., l. I, c. 13; *Anecdot*., c. 2, 17, 22). El acuerdo de la historia y las anécdotas son una herida mortal para la reputación del prefecto. <<

[201] Οὐ γὰρ ἄλλο οὐδὲν ἐς γραμματιστοῦ φοιτῶν ἔμαθεν, ὅτι μή γράμματα, καὶ ταῦτα κακά κακῶς γράψαι. <<

[202] La cronología de Procopio es dispersa y confusa; pero con ayuda de Pagi veo que Juan fue nombrado prefecto pretoriano de Oriente en el año 530 d. C., fue destituido en enero de 522, repuesto antes de junio de 533, desterrado en 541 y vuelto a llamar entre junio de 548 y abril de 549. Aleman. (pp. 96, 97) da la lista de sus diez sucesores, una serie rápida en una parte de un mismo reinado. <<

[203] Luciano (en *Hippia*, c. 2) y Galeno (l. III de *Temperamentis*; t. I, p. 81, ed. Basil.) colocan este incendio en el siglo II. Mil años después es afirmada positivamente Zonaras (l. IX, c. 424), apoyándose en la autoridad de Dion Casio, por Tzetzes (*Chiliad*, II, 119, etc.), Eustaquio (ad. *Ilíada*, E, p. 338) y el escolástico de Luciano. Véase Fabricio (*Bibliot. Graec*., l. III, c. 22, t. II, pp. 551, 552) con quien estoy, de algún modo, en

deuda por varias de estas citas. <<

[204] Zonaras (l. XIV, p. 55) afirma el hecho, sin citar ningún testimonio. <<

[205] Tzetzes describe el artificio de estos cristales ardientes, que había leído, quizá sin mucha inteligencia, en un tratado de matemáticas de Antemio. Este tratado, περὶ παραδόξων μηχανημάτων, ha sido publicado últimamente traducido e ilustrado por M. Dupuys, estudioso y matemático (*Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. XII, pp. 392-451). <<

[206] En el sitio de Siracusa, por el silencio de Polibio, Plutarco y Livio; en el sitio de Constantinopla, por el de Marcelino y todos los contemporáneos del siglo VI. <<

[207] Sin previo conocimiento de Tzetzes o Antemio, el inmortal Buffon había ideado y compuesto una porción de cristales ardientes, con los que podía incendiar tablones a la distancia de doscientos pies [61 m] (*Supplement a l'Hist. Naturelle*, t. I, pp. 399-4853, 4 ed.). ¿Qué milagros no hubiera obrado su genio en beneficio del público, con el patrocinio real, y bajo la influencia del ardiente sol de Constantinopla o Siracusa? <<

[208] Juan Malala (t. II, pp. 120-124) refiere el hecho, pero parece confundir los nombres de Proclo y Marino. <<

[209] Agatias, l. V, pp. 149-152. Procopio (de *Edif.*, l. I, c. 1) y Paulo Silenciario (part. I, 134, etc.) elogian con orgullo a Antemio como arquitecto. <<

[210] Véase Procopio (de *Edificiis*, l. I, c. 1, 2, l. II, c. 3). Refiere una coincidencia de sueños que hace sospechar algún fraude en Justiniano o su arquitecto. En una visión, ambos concibieron el mismo plan para contener una inundación en Dara. Se le reveló al emperador una cantera cerca de Jerusalén (l. V, c. 6), se engañó a un ángel con la custodia perpetua de Santa Sofía

(Anonym. de Antig., *C. P.*, l. IV, p. 70). <<

[211] Entre el sinnúmero de antiguos y modernos que han elogiado el edificio de Santa Sofía, distinguiré algunos. 1. Cuatro espectadores e historiadores originales: Procopio (de *Edific.*, l. I, c. 1), Agatias (l. V, pp. 152, 153), Pablo Silenciario (en un poema de 1026 hexámetros, ad. *calcem Annæ Comnen. Alexiad.*) y Evagrio (l. IV, c. 51). 2. Dos leyendistas griegos de un período más moderno: Jorje Codino (de *Origin. C. P.*, pp. 64-74) y el escritor anónimo de Banduri (*Imp. Orient.* t. I, l. IV, pp. 65-80). 3. El gran anticuario bizantino, Ducange (*Comnent.* ad. Paul Silentiar., pp. 525-598 y *C. P. Christ.*, l. III, pp. 5-78). 4. Dos viajeros franceses: el uno, Pedro Gilio (de *Topographie C. P.*, l. II, c. 3, 4) en el siglo XVI; el otro, Grelot (*Voyage de C. P.*, pp. 95-164, París, 1680, en 4°), que ha dado planos, perspectivas y vistas interiores de Santa Sofía; sus planos, aunque en escala menor, parecen más correctos que los de Ducange. He adoptado y reducido las medidas de Grelot; pero como ningún cristiano puede hoy día subir a la cúpula, la altura está tomada de Evagrio, comparada con Gilio, Greaves y el geógrafo oriental. <<

[212] El templo de Salomón estaba rodeado de patios, pórticos, etcétera, pero la verdadera estructura de la casa de Dios no tenía más de (si tomamos el cúbito egipcio o hebreo de 22 pulgadas [56 cm] cincuenta y cinco pies de alto [17 m], treinta y seis y dos tercios [18 m] de ancho y ciento diez [34 m] de largo) una pequeña iglesia parroquial, dice Prideaux (*Conexion*, vol. 1, p. 144, folio); ¡pero pocos santuarios podrían valuarse en cuatro o cinco millones de duros! <<

[213] Pablo Silenciario, en lenguaje oscuro y poético, describe las varias piedras y mármoles empleados en el edificio de Santa Sofía (pp. 11, 129, 133, etc.): 1. El mármol cipolino, pálido,

con vetas de hierro. 2. El mármol frigio, de dos clases, ambos de un fondo rosa; uno con toques blancos, el otro púrpura, con flores plateadas. 3. El pórfido de Egipto, con estrellas pequeñas. 4. El mármol verde de Laconia. 5. El de Caria, del monte Iasis, con vetas oblicuas blancas y encarnadas. 6. El de Lidia, pálido con flor encarnada. 7. El africano o mauritano, con un tono de oro o azafrán. 8. El céltico, negro con venas blancas. 9. El de Bósforo, blanco con cantos negros. Además del proconesiano, que formaba el pavimento, el tesaliano y el molosiano, etcétera, que no están tan notablemente pintados. <<

[214] Los seis libros de *Edifices* de Procopio están distribuidos así: el primero se limita a Constantinopla; el segundo incluye Mesopotamia y Siria; el tercero, Armenia y el Euxino; el cuarto, Europa; el quinto, Asia Menor y Palestina; el sexto, Egipto y África. Italia queda olvidada por el emperador o el historiador, que publicó esta obra de adulación antes de la fecha de su conquista final (555 d. C.). <<

[215] Justiniano dio una vez cuarenta y cinco centenarios de oro (180000 libras) para reparar los daños causados en Antioquía por un terremoto (Juan Malala, t. II, pp. 146-149). <<

[216] Sobre el Hereo, el palacio de Teodora, véase Gilio (de *Bósphoro Thracio*, l. III, c. XI), Aleman. (n. ad. *Anec*. pp. 80, 81, quien cita varias epigramas de la *Antología*) y Ducange (*C. P. Christ*., l. IV, c. 13, pp. 175, 176). <<

[217] Compárense, en el *Edifices* (l. I, c. 11) y en las *Anécdotas* (c. 8, 13), los diferentes estilos de adulación y malevolencia: despojado de la pintura o limpio de la suciedad, el hecho me parece que viene a ser el mismo. <<

[218] Procopio, l. VIII, 29; probablemente un extranjero y viandante, ya que en el Mediterráneo no se crían las ballenas.

«Balænæ quoque in nostra maria penetrant» (Plin., *Hist. Natur.*, IX, 2). Entre el círculo polar y el trópico, los animales cetáceos del océano tienen cincuenta, ochenta o cien pies [15, 24 o 30 m] de largo (*Hist. des Voyages*, t. XV, p. 289; *Zoología británica* de Pennant, vol. III, p. 35). <<

[219] Montesquieu observa (*Considérations sur la Grandeur et la Décadence des Romains*, t. III, c. XX, p. 503) que el Imperio de Justiniano era como la Francia en la época de las incursiones de los normandos, nunca tan débil como cuando todas las aldeas estaban fortificadas. <<

[220] Procopio afirma (l. IV, c. 6) que las ruinas del puente interrumpieron el curso del Danubio. Si Apolodoro, el arquitecto, hubiese dejado una descripción de su propia obra, las fábulas maravillosas de Dion Casio (l. XVIII, p. 1129) habrían sido rectificadas por la reseña genuina del puente de Trajano, que constaba de veinte o veintidós pilares de piedra con arcos de madera. El río es poco profundo; la corriente, mansa, y todo el trecho no mide más de cuatrocientas cuarenta y tres toesas [862 m] (Reimar ad. Dion, de *Marsigli*) o 515 [1,2 km] (D'Anville, *Geographie Ancienne*, t. I, p. 305). <<

[221] De las dos Dacias, Mediterránea y Ripense, Dardania, Prevalitana, la segunda Mesa y la segunda Macedonia. Véase Justiniano (*Novell.*, XI), quien habla de su castillo más allá del Danubio y de «homines semper bellicis sudoribus inhærentes». <<

[222] Véanse D'Anville (*Mémoires de l'Académie*, etc., t. XXXI, pp. 289, 290), Rycaut (*Actual Estado del Imperio Turco*, pp. 97, 316) y Marsigli (*Stato Militare del Imperio Ottomano*, p. 130). El sanjaco de Jiustendil es uno de los veinte bajo el *beglerbeg* de Rumelia, y su distrito sostiene cuarenta y ocho *zainis* y quinientos ochenta y ocho *timariots*. <<

[223] Estas fortificaciones pueden compararse a los castillos en Mingrelia (Chardin, *Voyages en Perse*, t. I, pp. 60, 131), una pintura natural. <<

[224] El valle de Tempe está situado a lo largo del río Peneo, entre los montes de Osa y Olimpo, tiene sólo cinco millas [8 km] de largo y en algunos puntos, no más de 120 pies [37 m] de ancho. Plinio (*Hist. Natur.*, l. IV, 15) describe elegantemente las bellezas de los campos, y Eliano (*Hist. Var.*, l. III, c. 1), lo hace aun más minuciosamente. <<

[225] *Jenofonte Hellenic.*, l. III, c. 2. Tras la larga y tediosa conversación con los declamadores bizantinos, ¡cuán grata es la verdad, la sencillez y la elegancia de un escrito ático! <<

[226] Véase el extenso muro en Evagrio (l. IV, c. 58). Todo este artículo está sacado del libro IV del *Edifices*, excepto Anquialo (l. III, c. 7). <<

[227] Vuélvase al vol. I, p. 476. En el curso de esta historia, he mencionado algunas veces, y a menudo, insinuado, las correrías de los isaurios, que no tuvieron ningún éxito. <<

[228] Trebelio Polio en *Hist. August.*, p. 107, que vivió bajo Diocleciano o Constantino. Véase también Pancirolo ad. *Notit. Imp. Orient*. c. 115, 141. Véase *Cod. Theod*. l. IX, tít. 35, leg. 37, con una abundante anotación colectiva de Gofredo; t. III, pp. 256, 257. <<

[229] Véase toda la extensión de sus correrías en Filostorgio (*Hist. Escles.*, l. XI, c. 8), con las instruidas disertaciones de Gofredo. <<

[230] *Cod. Justinian.*, l. IX, tít. 12, leg. 10. Los castigos son severos: una multa de cien libras de oro, degradación y aun la muerte. La paz pública ofrecía un pretexto, pero Zenón deseaba monopolizar el valor y los servicios de los isaurios. <<

[231] La guerra isauria y el triunfo de Anastasio están concisa y oscuramente descritos por Juan Malala (t. II, pp. 106, 107), Evagrio (l. III, c. 35), Teófanes (pp. 118-120) y la crónica de Marcelino. <<

[232] «Fortes ea regio —dice Justiniano— viros habet, nec in ullo differt ab Isauria», aunque Procopio (*Persic.*, l. I, c. 18) señala una diferencia notable entre su carácter militar; con todo, en los tiempos primitivos los licaonianos y pisidianos habían defendido su libertad contra el gran rey (Jenofonte, Anabasis, l. III, c. 2). Justiniano presenta alguna erudición falsa y ridícula del antiguo Imperio de los pisidianos y de Licaón quien, tras visitar Roma (mucho antes de Eneas), dio un nombre y un pueblo a Licaonia (*Novell.*, 24, 25, 27, 30). <<

[233] Véase Procopio, *Persic.*, l. I, c, 19. El altar de la concordia nacional, en el que se hacían sacrificios anuales y se renovaban los juramentos, que Diocleciano había hecho erigir en la isla Elefantina, fue demolido por Justiniano con menos política que celo. <<

[234] Procopio, *Edifices*, l. III, c. 7; *Hist.*, l. VIII c. 3, 4. Estos godos sin ambición habían rehusado seguir el estandarte de Teodorico. Por los siglos XV y XVI, el nombre y la nación podían hallarse entre Caffa y el estrecho de Azof (D'Anville, *Mémoires de l'Academie*, t. XXX, p. 240). Merecían la curiosidad de Busbequio (pp. 321-326), pero parece que han sido suprimidas de la relación posterior de las *Misiones del Levante* (t. I), Tott, Peysonnel, etcétera. <<

[235] En cuanto a la geografía y la arquitectura de esta frontera armenia, véanse las *Guerras Persas* y *Edifices* (l. II, c. 4-7, l. III, c. 2-7) de Procopio. <<

[236] El país está descrito por Tournefort (*Voyage au Levant*, t. III,

lettres XVII, XVIII). Aquel hábil botánico pronto descubrió la planta que infecta la miel; Plin., XXI, 44, 45, observa que los soldados de Lúculo bien podían asombrarse del frío, puesto que, aun en la llanura de Erzero, en junio a veces nevaba, y era difícil que la cosecha se recogiera antes de septiembre. Los montes de Armenia están por debajo de los cuarenta grados de latitud; pero en el país montañoso en que vivo, es bien sabido que algunas horas de ascensión conducen al viajero del clima de Languedoc al de Norway; y se ha establecido como una teoría general que, bajo la línea, una elevación de dos mil cuatrocientas toesas [4670 m] es equivalente al frío del círculo polar (Remond, *Observations sur les Voyages de Coxe dans la Suisse*, t. II, p. 104). <<

[237] La identidad o proximidad de los calibianos o caldeos puede verse en Estrabon (l. XII, pp. 825, 826), Celario (*Geografía antigua*, t. II, pp. 202-204) y Freret (*Mém. de l'Académie*, t. IV, p. 594. Jenofonte supone, en su romance (*Cyropæd.*, l. III), los mismos bárbaros contra quienes había peleado en su retirada (Anabasis, 1, IV). <<

[238] Procopio, *Persic.*, l. I, c. 15; de *Edific.* l. III, c. 6. <<

[239] «Ni Taurus obstet in nostra maria venturus» (Pomponio Mela, III, 8). Plinio, poeta así como naturalista (v. 20), personifica el río y la montaña, y describe su combate. Véase el curso del Tigris y el Éufrates en el excelente tratado de D'Anville. <<

[240] Procopio (*Persic.*, l. II, c. 12) refiere la historia con el tono medio escéptico y medio supersticioso de Herodoto. La promesa no estaba en la primitiva mentira de Eusebio, sino que data al menos desde el año 400 d. C., y una tercera mentira, la Verónica, se levantó luego sobre las dos primeras (Evagrio, l. IV,

c. 27). Como Edesa fue tomada, Tillemont debe negar la promesa (*Mém. Ecclés.*, t. I, pp. 362, 383, 617). <<

[241] Se compraban a los mercaderes de Adulis que comerciaban con la India (Cosmas, *Topograph. Crist.*, l. XI, p. 339), con todo, de las piedras preciosas, la esmeralda escitia era la más valorada; la bactriana, la segunda, y la etíope apenas la tercera (Teofrasto de *Hill*, p. 61, 92, etc.). La producción, minas, etcétera, de esmeraldas están envueltas en la oscuridad; y es dudoso que poseamos alguna de las doce clases conocidas de los antiguos (Goguet, *Origine des Loix*, etc., part. II, l. II, c. 2, art. 3). En esta guerra, los hunos ganaron, o al menos Perozes perdió, la perla más fina del mundo, sobre la cual Procopio refiere un cuento ridículo. <<

[242] Los indoescitas reinaron desde el tiempo de Augusto (Dionisio Perieget., 1088, con el Comentario de Eustacio, en Rudson, *Geograph. Minor*, t. IV) hasta el de Justino el Mayor (Cosmas, *Topograph. Christ.*, l. XI, pp. 338, 339). Sobre su origen y conquistas, véase D'Anville (*Sur l'Inde*, pp. 18, 45, 69, 85, 89, etc.). En el siglo II eran dueños de Laria o Guzerat. <<

[243] Véase la suerte de Firuz o Perozes y sus consecuencias en Procopio (*Persic.*, l. I, c. 3-6), que puede compararse con los fragmentos de la historia oriental (D'Herbelot, *Bibliot. Orient.*, p. 351; y Texeira, *Historia de Persia*, traducida y abreviada por Stephens, l. I, c. 32, pp. 132-138). La cronología está hábilmente rectificada por Asseman (Bibliot. Orient., t. III, pp. 396-427). <<

[244] La guerra persa bajo los reinados de Anastasio y Justino puede verse en Procopio (*Persic.* l. I, c. 7, 8, 9,), Teófanes (en *Chronograph.* pp. 124-127), Evagrio (l. III, c. 37), Marcelino (en *Chron.*, p. 47.) y Josué Stylites (apud Asseam, t. I, pp. 272-281).

<<

[245] Procopio (*Persic.*, l. I, c. 10, l. II, c. 13; de *Edific.*, l. II, c. 1, 2, 3, l. III, c. 5); hace una descripción amplia y correcta de Dara. Véase la situación en D'Anville (*L'Euphrate et le Tigre*, p, 53, 54, 55), aunque parece duplicar el intervalo entre Dara y Nisibis. <<

[246] Sobre la ciudad y paso de Derbend, véase D'Herbelot (Bibliot. Orient., pp. 157, 291, 807), Petit de la Croix (*Hist. de Genjiscan*, l. IV, c. 9), *Historia genealógica de los tártaros* (t. I, p. 120), Oleario (*Voyage en Perse*, pp. 1039-1041) y Corticille le Bruyn (*Voyages*, t. I, pp. 146, 147). La descripción del último puede compararse con el plan de Oleario, que supone que el muro estaba hecho de conchas y arena endurecida por el tiempo. <<

[247] Procopio, aunque con alguna confusión, los denomina siempre caspios (*Persic.*, l. I, c. 10). El paso se llama ahora *Tartar-topa*, la Puerta Tártara (D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. II, pp. 119, 120). <<

[248] La fortificación imaginaria de Gog y Magog, que un califa del siglo IX creyó verdadera y mandó investigar, parece derivar de las puertas del monte Cáucaso y de un relato vago de la muralla de la China (*Geograph. Nubiensis*, pp. 267-270; *Mémoires de l'Académie*, t. XXXI, pp. 210-219). <<

[249] Véase una disertación erudita de Baier, de *muro Caucaseo*, en *Comment. Acad. Petropol.*, año 1726, t. I, pp. 425-465; pero carece de mapa o plan. Cuando el zar Pedro I se apoderó de Derbend, en el año 1722, se halló que el muro tenía 3285 *orgyiæ* rusas o brazas, cada una de siete pies [2,13 m]; en total, más de cuatro millas [6,4 km] de largo. <<

[250] Véanse las fortificaciones y tratados de Cosroes y

Nushirwan, en Procopio (*Persic.*, l. I, c. 16, 22, l. II) y D'Herbelot (p. 682). <<

[251] La vida de Isócrates se extiende desde *Olymp.*, LXXXVI, 1, hasta CX, 3 (436-438 a. C.). Véase Dionisio Halicarn., t. II, pp. 149, 150, ed. Hudson, Plutarch (sive anonymus), en *Vit.* X, «Oratorum», pp. 1538-1543, ed. H. Heph. Phot., cod. CCLIX, p. 1453. <<

[252] Las escuelas de Atenas están copiosa aunque concisamente representadas en el *Fortuna Attica de Meursious* (c. VIII, pp. 59-73, en t. I, opp.). Sobre el Estado y las artes de la ciudad, véanse el libro I de Pausanias y un pequeño tratado de Dicearco en el vol. II de los *Geógrafos* de Hudson), que escribió sobre Olymp. CXVII (*Disertaciones* de Dodivell secc. 4). <<

[253] Diogen. Laert. de *Vit. Philosoph.*, l. V, seg. 37, p. 289. <<

[254] Véase el *Testamento de Epicuro* en Diogen. Laert., l. X, seg. 16-20, pp. 611, 612. Una sola epístola (ad. *Familiares*, XIII, 1) manifiesta la injusticia del Areópago, la fidelidad de los epicúreos, la sagaz política de Cicerón y la mezcla de aprecio y desprecio con que los senadores romanos consideraban la filosofía y a los filósofos de Grecia. <<

[255] Damascio, en *Vit. Isidor.* apud Phostium, cod. CCXLII, p. 1034. <<

[256] Véase Luciano (en *Eunuch*, t. II, pp. 350-359, ed. Reitz), Filostrato (en *Vit. Sophist.*, l. II, c. 2) y Dion Casio o Xifilino (l. LXXI, p. 1195) con sus editores Du Soul, Oleario, Reimar y, sobre todo, Salmasio (ad. *Hist. August.*, p. 72). Un juicioso filósofo (*Riqueza de las naciones* de Smith, vol. II, pp. 340-374) prefiere el donativo voluntario de los estudiantes al estipendio fijo del profesor. <<

[257] Brucher, *Hist. Crit. Philosoph.*, t. II, p. 310, etcétera. <<

[258] El nacimiento de Epicuro está fijado en el año 342 a. C. (Bayle) Olympiad, CIX, 3; y abrió su escuela en Atenas, Olymp., CXVIII, 3, 306 años antes de la misma era. Esta ley intolerante (*Athenæus*, l. XIII, p. 610, Diogen. Laert., l. V, seg. 38, p. 290. Julio Pollux, IX, 5) fue decretada en el mismo año o en el siguiente (Sigonio Opp., t. V, p. 62; Menagio ad. Diogen. Laert., p. 204; Corsini, *Fasti Attici*, t. IV, pp. 67, 68). Teofrasto, jefe de los peripatéticos y discípulo de Aristóteles, fue incluido en el mismo destierro. <<

[259] Ésta no es una era imaginaria: los paganos cuentan sus calamidades desde el reinado de su héroe. Proclo, cuyo nacimiento está señalado en su horóscopo (8 de febrero de 412 d. C. en C. P.), murió ciento veinticuatro años ἀπὸ Ἰουλιανοῦ βασιλέως, 485 d. C. (Marino en *Vita Procli*, c. 36). <<

[260] La vida de Proclo, por Marino, la publicó Fabricio (Hamburgo, 1700, et ad calcem Bibliot. Latin. Lond., 1705). Véanse Suidas (t. III, pp. 185, 186), Fabricio (Bibliot. Græc., l. V, c. 26. pp. 449-552) y Brucher (*Hist. Crit. Philosoph.*, t. II, pp. 319-526). <<

[261] La vida de Isidoro fue compuesta por Damacio (apud Photium, Cod. CCXLII, pp. 1028-1076). Véase la última época de los filósofos paganos en Brucher (t. II, pp. 541-551). <<

[262] Juan Malala (t. II, pp. 187, sub *Decio Cos. Sol*) menciona la supresión de las escuelas de Atenas y una crónica anónima en la biblioteca vaticana (apud Aleman., p. 106). <<

[263] Agatias (l. II, pp. 69, 70, 71) refiere esta historia curiosa: Cosroes ascendió al trono en el año 531 d. C. e hizo el primer tratado de paz con los romanos a principios de 553, fecha más compatible con su reciente fama y la edad avanzada de Isidoro

(Asseman, Bibliot. Orient., t. III, p. 404; Pagi, t. II, pp. 545, 550). <<

[264] Casiodoro, *Variarum Epist.*, l. VI; Jornandes, c. 57, p. 696, ed. Grot. «Quod summum bonum primumque in mundo decus edicitur.» <<

[265] Véanse las regulaciones de Justiniano (*Novell.*, CV) fechadas en Constantinopla el 5 de julio y dirigidas a Estrategio, tesorero del Imperio. <<

[266] Procopio, en *Anecdot.* p. 26; Aleman., p. 106. Dieciocho años después del consulado de Basilio, según Marcelino, Víctor, Mario, etcétera, se compuso la historia secreta, y en tiempo de Procopio, se abolió finalmente el consulado. <<

[267] Por León, el filósofo (Novell., XCIV, 886-911 d. C.). Véanse Pagi (*Dissertat. Hypatica*, pp. 325-362) y Ducange (*Gloss. Græc.*, pp. 1635, 1636). Hasta el título fue vilipediado: «consulatus codicilli […] vilescunt», dice el mismo emperador. <<

[268] Según Julio Africano, etcétera, el mundo fue creado el primero de septiembre, cinco mil quinientos ocho años, tres meses y veinticinco días antes del nacimiento de Cristo (véase Pezron, *Antiquité des Temps défendue*, pp. 20-28), y de esta era se sirvieron los griegos, los cristianos orientales y aun los rusos hasta el reinado de Pedro I. Este período, aunque arbitrario, es claro y conveniente. De los siete mil doscientos noventa y seis años que se suponen trascurridos desde la creación, hallamos tres mil de ignorancia y oscuridad; dos mil fabulosos o dudosos; mil de historia antigua, que empieza en el Imperio Persa y las repúblicas de Roma y Atenas; mil desde la caída del Imperio Romano en Occidente hasta el descubrimiento de América; y los doscientos noventa y seis restantes casi completan tres siglos del Estado moderno de Europa y del género humano. Siento

que no se use esta cronología, preferible a nuestro método de contar los años antes y después de la era cristiana. <<

[269] La era del mundo ha prevalecido en Oriente desde el VI Concilio general (681 d. C.). La era cristiana se creó primero en Occidente, en el siglo VI, se propagó en el VIII por medio de la autoridad y los escritos del venerable Beda, pero hasta el X no se hizo legal y popular. Véase *L'Art de vérifier les Dates*, Dissert., Preliminaire, pp. III, XII;*Dictionnaire Diplomatique*, t. I; pp. 329-337; las obras de una laboriosa sociedad de monjes benedictinos. <<

[270] Procopio refiere la serie completa de la guerra vándala en una narración arreglada y elegante (l. I, c. 9-25, l. II, c. 1-15); afortunado sería si pudiese seguir siempre las huellas de semejante guía. La investigación del texto griego me da derecho para decir que no se puede fiar mucho en las versiones francesa y latina de Grocio y Cousin; con todo, el presidente Cousin ha sido a menudo alabado, y Hugo Grocio es el primer estudiante de una época esclarecida. <<

[271] Véase Ruinart, *Hist. Persecut. Vandal.* c. XII, p. 589. El mejor testimonio está sacado de la *Vida de San Fulgencio*, compuesta por uno de sus discípulos, copiada en los anales de Baronio, e impresa en varias colecciones (*Catalog. Bibliot. Bunavianæ*, t. I, vol. II, p. 1258). <<

[272] ¿Por qué cualidad del cuerpo o del entendimiento? ¿Por su actividad, hermosura, o valor? ¿En qué idioma habían leído los vándalos a Homero? ¿Hablaba alemán? Había cuatro traducciones en latín (Fabric. t. I, l. II, c. 3, p. 297): con todo, a pesar de las alabanzas de Séneca (*Consol.* c. 26), parece que fueron más afortunados en imitar que en traducir los poetas griegos. Pero el nombre de Aquiles podía ser célebre y popular

hasta entre los bárbaros iletrados. <<

[273] *Un año*, absurda exageración. La conquista de África puede fecharse el 14 de septiembre del año 533 d. C. Justiniano la celebra en el prefacio de sus *Institutes*, que se publicaron el 21 de noviembre del mismo año. Contando el viaje de ida y vuelta, semejante cómputo puede muy bien aplicarse a *nuestro* Imperio indio. <<

[274] Ὥρμητο δὲ ὁ Βελισάριος ἐκ Γερμανίας,ἢ Θρακῶητε καί Ἰλλυριῶν μεταξύ κεῖται (Procop. *Vándal*. l. I, c. 11). Aleman. (*Not. ad Anecdot*. p. 5), un italiano, podía muy bien desechar la vanidad germana de Gifanio y Velsero, que desean reclamar al héroe; pero en las listas civiles o eclesiásticas de las provincias y ciudades, no he podido hallar su Germania, metrópoli de Tracia. <<

[275] Las dos primeras campañas persas de Belisario están bella y extensamente referidas por su secretario (*Persic*. l. I, c. 12-18). <<

[276] Véase el nacimiento y carácter de Antonina en las *Anécdotas*, c. l, y las notas de Aleman., p. 3. <<

[277] Véase el Prefacio de Procopio. Los enemigos de la arquería pueden citar las reconvenciones de Diodeme (*Iliad*. L, 385, etc.) y el *permittere vulnera ventis* de Lucano (VIII, 384); con todo, los romanos no podían despreciar las flechas de los partos; y en el sitio de Troya, Pandaro, Paris y Teuses, traspasaron a aquellos orgullosos guerreros que los insultaban como mujeres o niños. <<

[278] Νευρὴν μὲν μαζῷ πέλασεν,τόξῳ δέ σίδηρον (*Iliad*. Δ, 123). ¡Qué concisa, qué exacta, qué hermosa es toda la descripción! Veo las actitudes del arquero, oigo resonar el arco. Λίγξε βιὸς, νευρή δὲ μέγ' ἴαχεν, ἆλτο δ'ὀϊστός. <<

[279] El texto parece conceder a los buques mayores, cincuenta mil *medimnos*, tres mil toneladas (puesto que el *medimno* pesaba ciento sesenta libras romanas, o ciento veinte de dieciséis onzas [551,04 kg]). Le he dado una interpretación más racional, suponiendo que el estilo ático de Procopio oculta el *modio* legal y popular, la sexta parte del *medimno* (Hooper, *Ancient Measures*, pp. 1512 y ss.) Una extraña y contradictoria equivocación se ha entrometido en una oración de Dinareo (contra Demosthenem, en *Reiske Orator. Græc*. t. IV, p. 11, p. 34). Reduciendo el *número* de buques de quinientos a cincuenta, y traduciendo μεδὶμνοι por *mines* o libras, Cousin concede generosamente quinientas toneladas para toda la flota imperial. ¿Pensó alguna vez? <<

[280] He leído que un legislador griego imponía doble pena a los crímenes cometidos en un momento de acaloramiento; pero parece que ésta era más bien una ley política que moral. <<

[281] Y aun en tres días, puesto que la primera noche andaban en la isla vecina de Tenedos, el segundo día se dirigían a Lesbos, el tercero al promontorio de Eubea, y el cuarto llegaban a Argos (Homero, *Odyss*. L 130-183. Wood, *Essay on Homer*, pp. 56-40). Un pirata hizo la travesía del Helesponto a un puerto de Esparta en tres días (Zenophon, *Hellen*. l. II, c. 1). <<

[282] Caucana, cerca de Camarina, está al menos a cincuenta millas (350 o 400 estadios) [80,46 km] de Siracusa (Cluver. *Sicilia Antiqua*, p. 191). <<

[283] Procopio, *Gothic*. l. I, c. 3. *Tibi tollit hinntum apta quadrigis equa*, en los pastos sicilianos de Grosfo (*Horat. Carm*. II, 16). «Acragas magnamimum quondam generator equorum» (Virgil. *Eneid*. III, 704). <<

[284] El Caput Vada de Procopio (donde después Justiniano fundó una ciudad, *Edifici*, l. VI, c. 6) es el promontorio de

Amón de Estrabón, el Barchodes de Ptolomeo, el Capaudia de los modernos, una lengua estrecha de tierra que se adelanta en el mar (Shaw, *Travels*, p. 111). <<

[285] Un centurión de Marco Antonio manifestó, aunque de un modo más comedido, la misma aversión a la mar y a los combates navales (Plutarco, en Antonio, p. 1750, ed. Hen. Steph). <<

[286] *Sallecte* es quizás el *Turris Annibalis*, un antiguo edificio, hoy día tan extenso como la Torre de Londres. La marcha de Belisario a Leptis, Adrumeto, etc., está ilustrada por la campaña de César (Hircio, de *Bello Africano*, con el Análisis de Guichardt) y los *Viajes* de Shaw (pp. 105-113) en el mismo país. <<

[287] Παράδεισος κάλλιστος ἁπάντων ὧν ἡμεὶς ῎ισμεν. Los paraísos, nombre y moda tomada de Persia, pueden representarse por el jardín real de Ispahán (*Voyage d'Olearius*, p. 774). Véase, en los romances griegos, su modelo más perfecto (Longo, *Pastoral*, IV, pp. 99-101. Aquiles Tacio, l. I, pp. 22, 23). <<

[288] El mar, la tierra y los ríos de las cercanías de Cartago han variado casi tanto como las obras del hombre. El istmo de la ciudad está hoy día confundido con el continente; el puerto es una llanura enjuta; y el lago o *stagnum*, un pantano, en cuyo centro no hay más que seis o siete pies de agua. Véase D'Anville (*Géographie Ancienne*, t. III, p. 82), Shaw (*Travels*, pp. 77-84), Mármol (*Description de l'Afrique*, t. II, p. 465), y Tuano (LVIII, 12, t. III, p. 334). <<

[289] De Delfi, se dio el nombre de Délfico, tanto en griego como en latín, a una trípode; y por analogía esta denominación se extendió en Roma, Constantinopla y Cartago, a los salones

destinados a celebrar los banquetes reales (Procopio, *Vandal*. l. I, c. 21. Ducange, *Gloss. Græc*. p. 277- Δέλφικον, y *Alexiad*. p. 412). <<

[290] Estas oraciones expresan siempre el sentido de las épocas y a veces el de los actores. He tomado este sentido y puesto a un lado la declamación. <<

[291] Los obispos africanos llevaron consigo a su destierro sardo las reliquias de san Agustín (500 d. C.); y se supone, que Liutprando, rey de los lombardos, las trasportó en el siglo VIII (721 d. C.) de Cerdeña a Pavía. En el año 1695, los frailes agustinos de aquella ciudad *encontraron* un arco de ladrillo, un sepulcro de mármol, una caja de plata, una cubierta de seda, huesos, sangre, etc., y quizá una inscripción de Agustín, en letras góticas. Pero este útil descubrimiento ha sido disputado por la razón y la envidia (Baronio, *Annal*. 725 d. C., núms. 2-9. Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. XIII, p. 944. Montfaucon, *Diarium Ital*. pp. 26-30. Muratori, *Antiq. Ital, Medii Ævi*, t. V, dissert. LVIII, p. 9; quien había compuesto un tratado por separado antes del decreto del obispo de Pavía y el papa Benedicto XIII). <<

[292] Τὰ τῆς πολιτείας προοίμια, es la expresión de Procopio (de *Edific*. l. VI, c. 7). Ceuta, que ha sido arruinada por los portugueses, florecía en nobles, palacios, agricultura y manufacturas, bajo el próspero reino de los árabes (Mármol, *L'Afrique*, t. II, p. 236). <<

[293] Véase el segundo y tercer preámbulo del Digesto o Pandectas, promulgado el 16 de diciembre del año 533 d. C. Justiniano, o más bien Belisario, había adquirido un justo derecho a los títulos de *Vandalicus* y *Africanus*: *Gothicus* era prematuro y *Franciscus*, falso y ofensivo a una gran nación. <<

[294] Véanse las actas originales en Baronio (535 d. C., núms. 21-

54). El emperador alaba su propia clemencia con los herejes, *cum sufficiat eis vivere*. <<

[295] Dupin (*Geograph. Sacra Áfricana*, p. LIX, *ad* Optat. Mileo.) habla de este decaimiento episcopal y lo siente. En la época más próspera de la Iglesia, había contado seiscientos noventa obispados; pero por arregladas que estuviesen las diócesis, no es probable que existiesen todos a un mismo tiempo. <<

[296] Las leyes africanas de Justiniano están ilustradas por su biógrafo germano (*Cod*. l. I, tít, 27. *Novell*. 36, 37, 131. *Vit. Justinian*. pp. 349-377). <<

[297] D'Anville (t. III, p. 92 y Tabul. *Imp. Rom. Occiden*.) coloca el monte Pasma cerca de Hipo Regio y el mar; con todo esta posición no concuerda con la larga persecución más allá de Hipo y las palabras de Procopio (l. II, c. 4), ἐν τοῖς Νουμιδίας ἐσχάτοις. <<

[298] Shaw (*Travels*, p. 220) refiere esmeradamente las costumbres de los beduinos y hábiles, los últimos de los cuales por su idioma, son el residuo de los moros: con todo cuan mudados —¡cuán civilizados son estos salvajes modernos!— abundan entre ellos las provisiones, y el pan es muy común. <<

[299] Procopio le llama una lira; quizás *arpa* hubiera sido más nacional. Venancio Fortunato distingue así los instrumentos: *Romanusque* lyra *tibi plaudat, Barbarus* harpa. <<

[300] Herodoto describe elegantemente los extraños efectos del dolor en otro cautivo real, Psamético de Egipto, que lloraba por el menor contratiempo, y guardaba un profundo silencio en las grandes calamidades (l. III, c. 14). En la entrevista de Paulo Emilio y Perses, Belisario habría estudiado su papel, pues es probable que nunca hubiera leído a Livio ni a Plutarco, y es indudable que su generosidad no necesitaba de guía. <<

[301] Después que el título de *imperator* había perdido su antiguo sentido militar, y que los *aruspices* romanos habían sido abolidos por la cristiandad (véase la Bleterie, *Mém. de l'Académie*, t. XXI, pp. 302-332) podía concederse un triunfo con más seguridad a un general particular. <<

[302] Si el Eclesiastés es verdaderamente obra de Salomón y no, según el poema de Prior, una composición piadosa y moral de una época más reciente, en su nombre y sobre el asunto de su arrepentimiento. El instruido y despreocupado Grocio (*Opp. Theolog*. t. I, p. 258) es de esta última opinión, y en verdad que el Eclesiastés y los Proverbios patentizan una experiencia e inteligencia más extensa de la que corresponde a un judío o un rey. <<

[303] En el *Belisario* de Marmontel, el rey y el conquistador de África se encuentran, cenan y conversan juntos sin reconocerse uno a otro. Ésta es seguramente una gran nulidad en aquella novela, pues no sólo el héroe, sino todos los demás de quienes era bien conocido, parecen haber perdido la vista y la memoria. <<

[304] Shaw, p. 59. Con todo, desde entonces Procopio (l. II, c. 13) habla de unos habitantes del Monte Atlas, distinguidos por su color blanco y cabellos rubios, este fenómeno (que se observa también en los Andes del Perú, Buffon, t. III, p. 504) puede atribuirse naturalmente a la elevación del terreno y a la temperatura. <<

[305] El geógrafo de Rávena (l. III, c. XI, pp. 129, 130, 131. París 1688) describe la Mauritania *Gaditana* (frente a Cádiz) «ubi gens Vandalorum, a Belisaria devicta in Africa, fugit, et nunquam comparuit.» <<

[306] Una sola voz protestó, y Genserico despidió a los vándalos

de Germania, sin una contestación formal; pero los de África se burlaron de su prudencia, y afectaron despreciar la pobreza de sus bosques (Procopio, *Vandal*. l. I, c. 22). <<

[307] Tolio describe, de boca de gran elector (en 1687), la soberanía secreta y el espíritu rebelde de los vándalos de Brandenburgo, que podían pasar revista a cinco o seis mil soldados, que se habían agenciado cañones, etc. (*Itinerar. Hungar*. p. 12 *apud* Dubos, *Hist. de la Monarchie Francoise*, t. I, pp. 182, 183). La veracidad, no del elector, sino de Tolio, puede con fundamento ser sospechosa. <<

[308] Procopio (l. I, c. 22) estaba en una total oscuridad —οὐτε μνήμη τις οὐτε ὂνομα ἐς ἐμὲ σωζέται. Bajo el reinado de Dagoberto (630 d. C.), las tribus eslavonas de los sorbas y venedos se establecieron en las fronteras de la Turingia (Mascou, *Hist. of the Germans*, XV, 5, 4, 5). <<

[309] Salustio representa a los moros como los restos del ejército de Hércules (de *Bell. Jugurth*. c. 21) y Procopio (*Vandal*. l. II, c. 10) como la posteridad de los cananeos que escaparon del ladrón Josué (ληστής). Cita dos columnas con una inscripción fenicia. Doy crédito a las columnas, dudo de la inscripción, y desecho la genealogía. <<

[310] Virgilio (*Georgic*. III, 359) y Pomponio Mela (I, 8) describen la vida vagabunda de los pastores africanos, por el estilo de la de los árabes y tártaros; y Shaw (p. 222) es el mejor comentador del poeta y del geógrafo. <<

[311] Las dádivas de costumbre eran un cetro, una corona o gorro, una capa blanca, una túnica elegante y zapatos, todo adornado con oro y plata; pero también aceptaban estos preciosos metales acuñados (Procop. *Vandal*. l. I, c. 25). <<

[312] Véanse el gobierno africano y la vida militar de Salomón en

Procopio (*Vandal*. l. II, c. 10, 11, 12, 13, 19, 20). Fue llamado y repuesto otra vez; y su última victoria es del año XIII de Justiniano (539 d. C.). Un descuido en su infancia le había hecho eunuco (l. I, c. 11); los otros generales romanos estaban provistos de pobladas barbas, πώγωνος ἐμπιπλάμενοι (l. II, c. 8). <<

[313] Los antiguos afirman esta antipatía natural del caballo al camello (Jenofonte, *Cyropæd*. l. VI, pp. 438, 492, ed. Hutchinson; *Polyæn*. *Stratagem*. VII, 6, Plinio, *Hist. Nat*. VIII, 26. Ælian de *Natur. Animal*. l. III, c. 7); pero la experiencia diaria lo desaprueba, los orientales como los mejores jueces se burlan de ello (*Voyage d'Oleario*, p. 553). <<

[314] Procopio es el primero que describe el monte Auras (*Vandal*. 11, c. 13. *De Ædific*. l. VI, c. 7). Puede comparársele con León Africano (*dell'Africa*, parte V, en Ramusio, t. I, fol. 77 recto), Mármol (t. II, p. 430) y Shaw (p. 56-59). <<

[315] Isidor. *Chron*. p. 722, ed. Grot. Mariana, *Hist. Hispan*. l. V, c. 8, p. 173. Con todo, según Isidoro, el sitio de Ceuta, y la muerte de Teudes, acaeció en el A. Æ. H. 586-548 d. C.; y la ciudad fue defendida no por los vándalos, sino por los romanos. <<

[316] Procopio, *Vandal*. l. I, c. 24. <<

[317] Véase la crónica original de Isidoro y los libros V y VI de la *Historia de España* por Mariana. Los romanos fueron totalmente expulsados por Suintila, rey de los visigodos (621-626 d. C.), tras su unión a la Iglesia católica. <<

[318] Véanse el casamiento y la suerte de Amalafrida en Procopio (*Vandal*. l. I, c. 8, 9), y en Casiodoro (*Var*. IX, 1) la queja de su real hermano. Compárese también la *Crónica* de Víctor Turunensis. <<

[319] Lilibeo fue construida por los cartagineses, *Olimp*. XCV, 4; y en la Primera Guerra Púnica su fuerte posición y su excelente puerto hicieron que esta plaza fuese un punto interesante para ambas naciones. <<

[320] Compárense los diferentes pasajes de Procopio (*Vandal*. l. II, c. 5, *Gothic*. l. I, c. 5). <<

[321] Sobre el reinado y el carácter de Amalasunta, véase Procopio (*Gothic*. l. I, c. 2, 3, 4 y *Anecdot*. c. 16 con las notas de Alemano), Casiodoro (*Var*. VIII, IX, X y XI, 1) y Jornandes (de *Rebus Geticis*, c. 59 y *De Successione Regnorum*, en Muratori, t. I, p. 241). <<

[322] El casamiento de Teodorico con Audefleda, hermana de Clodoveo, puede ubicarse en el año 495 d. C., tras la conquista de Italia (De Buat, *Hist. des Peuples*, t. XI, p. 213). Los desposorios de Eutarico y Amalasunta se celebraron en 515 d. C. (Casiodor. en *Chron*. p. 453). <<

[323] A la muerte de Teodorico, su nieto Atalarico, según Procopio, era un muchacho de unos ocho años —ὀκτὼ γεγονὼς ἔτη. Casiodoro con fundamento añade dos años más a esta edad, *infantulum adhuc VIX decennem*. <<

[324] El lago, en las cercanías de las ciudades de Etruria, se llamaba o bien Vulsiniensis (hoy día Bolsena) o Tarquiniensis. Está rodeado de peñas blanquecinas y cuajado de peces y aves silvestres. Plinio el Menor (*Ep*. II, 96) pondera dos islas de madera que fluctúan en sus aguas: si es falso ¡cuán crédulos eran los antiguos!, y si cierto ¡cuán descuidados los modernos! Con todo, después de Plinio puede haberse plantado la isla gradualmente. <<

[325] Procopio desacredita su propio testimonio (*Anecdot*. c. 46) confesando que en su historia pública no había dicho la verdad.

Véanse las epístolas de la reina Gundelina a la emperatriz Teodora (*Var*.X, 20, 21, 25 y obsérvese una palabra sospechosa: *de illa persona*, etc.) con el excelente comentario de Buat (t. X, pp. 177-185). <<

[326] Sobre la conquista de Sicilia, compárese la narración de Procopio con las quejas de Totila (*Gothic*. l. I, c. 5, l. III, c. 16). La reina gótica había últimamente aliviado a esta isla ingrata (*Var*. IX, 10, 11). <<

[327] La antigua extensión y magnificencia de los cinco cuarteles de Siracusa están descritas por Cicerón (en *Verrem*., actio II, l. IV, c. 52, 53), Estrabón (l. VI, p. 415), y D'Orville, Sicula (t. II, p. 174-202). La nueva ciudad, restablecida por Augusto, se hundió del lado de la isla. <<

[328] Procopio (*Vandal*., l. II, c. 14, 15) refiere tan claramente el regreso de Belisario a Sicilia (p. 146, ed. Hœschelii) que extraño la mala inteligencia y las reconvenciones de un crítico instruido (*Œuvres de la Mothe le Vayer*, t. VIII, p. 162, 163). <<

[329] La antigua Alba se arruinó en la primera época de Roma. En el mismo sitio, o al menos en sus cercanías, se levantaron sucesivamente: 1. La ciudad de Pompeya. 2. Un campamento de las cohortes pretorianas. 3. La moderna ciudad episcopal de Albanum o Albano (Procop. *Goth*., l. II, c. 4. Cluver. *Ital. Antiq*., t. II, p. 914). <<

[330] Un oráculo sibilino estaba siempre dispuesto a pronunciar «Africa capta *mundus* cum nato peribit»; sentencia de portentosa ambigüedad (*Gothic*., l. I, c. 7), que se publicó en caracteres desconocidos por Opsopeo, editor de los oráculos. El padre Maltret prometió un comentario, pero todas sus promesas fueron vanas. <<

[331] Procopio en su cronología, igual en parte a la de Tucídides,

renueva cada primavera los años de Justiniano y de la guerra gótica; y su primera era coincide con el 1 de abril de 535, y no 536, según los *Anales* de Baronio (Pagi, *Critica*, t. II, p. 555, a quien imita Muratori y los editores de Sigonio). Con todo, en algunos parajes no sabemos cómo conciliar las fechas de Procopio con él mismo, y con la *Crónica* de Marcelino. <<

[332] Procopio (l. I, c. 5-29; l. II, c. 1 30; l. III, c. 1) refiere las series de la primera guerra gótica hasta la cautividad de Vitiges. Con ayuda de Sigonio (*Opp*. t. I, de *Imp. Occident*. l. XVII, XVIII) y Muratori (*Annali d'Italia*, t. V), he recogido algunos hechos adicionales. <<

[333] Jornandes, de *Rebus Geticis*, c. 60, p. 702, ed. Grot. y t. I, p. 221. Muratori, de *Success. Regn*., p. 241. <<

[334] «Nero», dice Tácito (*Annal*. XV, 35), «Neapolim quasi Græcam urhem delegit». Ciento cincuenta años después, en tiempo de Septimio Severo, Filostrato ensalza el helenismo de los napolitanos: γένος ῞Ελληνες καὶ ἀστυκοὶ, ὅθεν καὶ τὰς σπουδὰς τῶν λόγων ᾽Ελληνικοὶ ε᾽ισι (*Icon*. l. I, p. 765, ed. Olear). <<

[335] Los poetas romanos Virgilio, Horacio, Sitio ltalico y Estacio celebran el ocio de Nápoles (Cluver. *Ital. Antiq*. l. IV, pp. 1149, 1150). Estacio en una elegante epístola (*Sylv*. t. III, 5, p. 94-98, ed. Marklaud) emprende la difícil tarea de separar a su mujer de los placeres de Roma, y conducirla a aquel pacífico retiro. <<

[336] Esta providencia la tomó Roger I tras la conquista de Nápoles (1139 d. C.), que creó capital de su nuevo reino (Giannone, *Istoria Civile*, t. II, p. 169). Aquella ciudad, la tercera en la Europa cristiana, tiene hoy en día al menos doce millas de circunferencia [19,31 km] (Jul. Cæsar, *Capaccii Hist. Neapol*. l. I, p. 47), y contiene más habitantes (350000) en un

espacio dado que en ningún otro punto del mundo conocido. <<

[337] No pasos geómetricos, sino comunes de veintidós pulgadas francesas [55 cm] (D'Anville, *Mesures Itinéraires*, p. 7, 8): los dos mil trescientos sesenta y tres no hacen la milla inglesa [1,29 km]. <<

[338] El papa Silverio reprobó a Belisario la matanza. Repobló Nápoles, y trajo colonias de cautivos africanos a Sicilia, Calabria y Apulia (*Hist. Miscell.*, l. XVI, en Muratori, t. I, pp. 106, 107). <<

[339] Benevento fue construida por Diodemo, sobrino de Meleagro (Cluver. t. II, p. 1195-1196). La caza caledonia es un retrato de la vida bravía (Ovid. *Metamorph*. l. VIII). Treinta o cuarenta héroes se ligan contra un cerdo: los brutos (no el cerdo) pelearon con una señora por la cabeza. <<

[340] Cluverio (t. II, p. 1007) confunde el *Decennovium* con el río Ufenes. Era verdaderamente un canal de diecinueve millas [30,57 km], desde Forum Appii a Terracina, en el que Horacio se embarcó de noche. El Decennovium, mencionado por Lucano, Dion Casio y Casiodoro, se arruinó, fue recompuesto y olvidado (D'Anville, *Analyse d'Italie*, pp. 185 y ss.). <<

[341] Un judío manifestaba su desprecio y odio a todos los cristianos encerrando tres piaras de cerdos, cada una de diez, distinguiéndolos con los nombres de Godos, Griegos y Romanos. Los de la primera se hallaron casi todos muertos, los de la segunda casi todos vivos, y los de la tercera la mitad muertos y el resto sin cerdas. Emblema bastante apropiado al acontecimiento. <<

[342] Bergier (*Hist. des Grands Chemins des Romains*, t. I, pp. 211-228. 440-444) examina la estructura y los materiales en tanto

que D'Anville (*Analyse d'Italie*, pp. 200-213) define la línea geográfica. <<

[343] Es seguro que el primer recobro de Roma fue en el año 536, más bien por la serie de acontecimientos que por el texto corrompido e interpolado de Procopio: el mes (diciembre) está confirmado por Evagrio (l. IV, c. 19); y el día (el 10) puede admitirse por el ligero testimonio de Nicéforo Calisto (l. XVII, c. 13). Esta esmerada cronología la debemos a la actividad y el criterio de Pagi (t. III, pp. 559, 560). <<

[344] A un caballo bayo o rojo los griegos lo denominaban φάλιος los bárbaros *balan* y los romanos *spadix*. *Honesti spadices*, dice Virgilio (*Georgic.*, l. III, 72, con las Observaciones de Martin y Heyne). Σπαδίξ o βαίον significa una rama de palmera, cuyo nombre (`φοινίξ, es sinónimo de *encarnado* (Aulio Gelio, II, 26). <<

[345] Interpreto βανδαλάριος no como un nombre propio, sino un empleo, portaestandarte, de *bandum (vexillum)*, palabra bárbara adoptada por los griegos y los romanos (Pablo Diacon. l. I, c. 20, p. 760, Grot. *Nomina Gothica*, p. 575. Ducange, *Gloss. Latin*. t. I, pp. 539, 540). <<

[346] D'Anville, en las *Memorias de la Academia* para el año 1756 (t. XXX, pp. 198-236), da un plano de Roma en una escala menor pero mucho más exacto que el que delineó en 1758 para la historia de Bollin. La experiencia le había enseñado; y en vez de valerse de la topografía de Rossi, echó mano del nuevo y excelente mapa de Nolli. La antigua medida de Plinio de XIII millas [20,92 km] debe reducirse a VIII [12,87 km]. Es más fácil alterar el texto que remover montes o edificios. <<

[347] En el año 1709, Labat (*Voyages en Italie*, t. III, p. 218) calcula ciento treinta y ocho; quinientas sesenta y ocho almas

cristianas, además de ocho mil o diez mil judíos —¿sin almas?—. En el año 1763 pasaban de ciento sesenta mil. <<

[348] La vista perspicaz de Nardini (*Roma Antica*, l. I, c. VIII, p. 91) podía distinguir el *tumultuarie opere di Belisario*. <<

[349] La hendidura e inclinación de la parte superior de la muralla de que habla Procopio (*Goth*. l. I, c. 13) está patente aun hoy día (Donat. *Roma Vetus*, l. I, c. 17, pp. 53, 54). <<

[350] Lipsio (*Opp*. t. III, Poliorcet. l. III) ignoraba este pasaje notable de Procopio (*Goth*. l. I, c. 21). La máquina se llamaba ὀναγρος, a calcitrando (*Hen. Steph. Thesaur. Linguæ Græc*. t. II, pp. 1340, 1341, t. III, p. 877). He visto un ingenioso modelo, ejecutado por el general Melville, que igualaba o sobrepasaba el arte de la Antigüedad. <<

[351] La descripción de este mausoleo, o mole, en Procopio (l. I, c. 22) es la primera y más perfecta. La altura sobre las murallas σχεδόν τι ές λίθου βολὴν. En el gran plano de Nolli, los costados tenían doscientos sesenta pies ingleses [79,24 m]. <<

[352] Praxíteles sobresalía en Faunos, y el de Atenas era su obra maestra. Hoy día Roma tiene más de treinta de la misma clase. Cuando en tiempo de Urbano VIII se limpió el foso de San Ángelo; los trabajadores hallaron el Fauno durmiente del palacio Barberini; pero esta hermosa estatua tenía rota una pierna y el brazo derecho (Winkelman, *Hist. de l'Art*., t. II, p. 52, 53, t. III, p. 265). <<

[353] Procopio dio la mejor descripción del templo de Jano, deidad nacional de Lacio (Heyne, *Excurs*. V, *ad*. I, VII *Æneid*.). Había sido una puerta de la ciudad primitiva de Rómulo y Numa (Nardini, pp. 13, 256, 329). Virgilio describió el antiguo rito, como poeta y anticuario. <<

[354] *Vivarium* era un ángulo en el nuevo muro cerrado para tener

las fieras (Procopio, *Goth*. l. I, c. 23). Este sitio se ve palpablemente en Nardini (l. IV, c. 2, pp. 159, 160) y en el gran plano de Roma por Nolli. <<

[355] Sobre la trompeta romana y sus varios tonos, consúltese a Lipsio, de *Militia Romana* (*Opp*. t. III, l. IV; Dialog. X, pp. 125-129). Procopio recomienda el modo de distinguir la *carga* por medio del clarín de cobre sólido, y la *retirada* con la corneta de cuero y madera ligera, y Belisario lo había adoptado (*Goth*. l. II, c. 23). <<

[356] Procopio (*Goth*. l. II, c. 3) olvidó citar estos acueductos, ni puede fijarse esta doble intersección, a semejante distancia de Roma, de los escritos de Frontino, Fabreth y Esquinardo, de Aquis y de Agro Romano, o de los mapas locales de Lameti y Cingolani. A siete u ocho millas de la ciudad (50 estadios) [11,26 o 12,87 km], en el camino de Albano, entre las vías latina y apiana, distingo los restos de un acueducto (probablemente el Septimanio), una serie (630 pasos) de arcos de veinticinco pies [7,61 m] de alto (ὑψηλὼ ές ἄγαν). <<

[357] Hacían salchichas, ἀλλᾶντας de carne de mula, muy malsanas si los animales habían muerto de la peste. Por lo demás, las famosas salchichas de Bolonia se dice que están hechas de carne de asno (*Voyages de Labat*, t. II, p. 218). <<

[358] El nombre del palacio, del monte y de la puerta que estaba cerca se derivan del senador Pincio. Se han hecho desaparecer los vestigios recientes de templos e iglesias en el jardín de los Mínimos de Trinidad del monte (Nardini, l. IV, c. 7, p. 196. Esquinardo, pp. 209, 210, el antiguo plano de Buffalino, y el grande de Nolli). Belisario había fijado su residencia entre el Pinciano y las puertas salarias (Procop. *Goth*., l. I, c. 15). <<

[359] El citar el *primum et secundum velum* da a entender que

Belisario, hasta en un sitio, representaba al emperador, y conservaba el orgulloso ceremonial del palacio bizantino. <<

[360] En este acto sacrílego, Procopio (*Goth*. l. I, c. 25) es un testigo muy conciso. Las narraciones de Liberato (*Breviarium*, c. 22) y Anastasio (de *Vit. Pont*. p. 39) son características, pero acaloradas. Prestad atención a las execraciones del cardenal Baronio (536 d. C., núm. 123; 538 d. C., núm. 4-20): *portentum, facinus omni execratione dignum*. <<

[361] La antigua Capena fue removida por Aureliano a la puerta moderna de San Sebastián, o cerca (véase el plano de Nolli). Aquel sitio memorable ha sido consagrado por el bosque Egeriano, la memoria de Numa, arcos triunfales, los sepulcros de los Escipiones, Metelos, etcétera. <<

[362] La expresión de Procopio propende a la envidia —τύχην ἐκ τοῦ ἀσφῆλοῦς τῆν σφὶσι ξυμβησομένηυ καραδοκέῖυ (*Goth*. l. II, c. 4). Con todo, habla de una mujer. <<

[363] Anastasio (p. 40) conservó este epíteto de Sanguinarius, que pudiera honrar a un tigre. <<

[364] Este trance está referido en la historia pública (*Goth*. l. II, c. 8) con sencillez o precaución; en las anécdotas (c. 7) con malevolencia o libertad; pero Marcelino, o más bien su continuador (en *Chron*.), habla de la muerte de Constantino como de un asesinato premeditado. Había hecho grandes servicios en Roma y Espoleto (Procop. *Goth*. l. I, c. 7, 14); pero Alemano lo confunde con un *Constantinus comes stabuli*. <<

[365] Tras su partida rehusaron servir, vendieron sus cautivos y ganado a los godos, y juraron no pelear nunca más contra ellos. Procopio estampa una curiosa digresión sobre las costumbres y aventuras de esta nación errante, una parte de la cual emigró al

fin para Tule o Escandinavia (*Goth*. l. II, c. 14, 15). <<

[366] Esta reconvención nacional de alevosía (Procop. *Goth*. l. II, c. 25) ofende al oído de la Mothe le Vayer (t. VIII, p. 163-165), quien critica, como si no hubiese leído al historiador griego. <<

[367] Baronio aplaude su traición, y justifica a los obispos católicos —*quine sub heretico principe degant omnem lapidem movent*–, útil precaución. Muratori (*Annali d'Italia*, t. V, p. 54), más racional, afea el crimen de perjurio, y condena al menos la imprudencia de Dacio. <<

[368] San Dacio fue más afortunado contra los demonios que contra los bárbaros. Viajó con numeroso séquito, y en Corinto habitaba una gran casa (Baronio, 538 d. C., núm. 89; 539 d. C., núm. 20). <<

[369] Μυριάδες τριάκοντα (compárese Procopio, *Goth*. l. II, C. 7, 21). Con todo, semejante población se hace increíble; y la segunda o tercera ciudad de Italia excusa censurar si adicionamos solamente los números del presente texto. Tanto Milán como Génova revivieron en menos de treinta años (Pablo Diácono, de *Gestis Longobard*. l. II, c. 38). <<

[370] Además de Procopio, quizá muy romano, véanse las *Crónicas* de Mario Marcelino, Jornandes (en *Success. Regn*. en Muratori, t. I, p. 241), y Gregorio de Tours (l. III, c. 32, en t. II, de los *Historiadores de Francia*). Gregorio supone que Belisario fue derrotado en Aimoin (de *Gestis Franc*. l. II, c. 23, en t. III, p. 59), en donde los francos lo mataron. <<

[371] Agatias, l. I, pp. 14, 15. Si hubiese podido seducir, o sujetar, a los gépidos o lombardos de Panonia, el historiador griego está seguro de que hubiera sido destruido en Francia. <<

[372] El rey enristró su lanza —el toro derribó un árbol que cayó sobre su cabeza— y expiró el mismo día. Tal es la historia de

Agatias; pero los historiadores originales de Francia (t. II, pp. 202, 403, 558, 667) achacan su muerte a una fiebre. <<

[373] Sin meterme en el intrincado laberinto de nombres y especies —los aurocos, uros, bisontes, búbalos, bonasos, búfalos, etc. (Buffon, *Hist. Nat.* t. XI y *Suplement.* t. III, VI)—, es cierto que en el siglo VI se cazó gran número de ganado bravío en las selvas de los Vosgos, en Lorena, y en las Ardenas (Greg. Turon. t. II, l. X, c. 10, p. 369). <<

[374] En el sitio de Auximo, trató primero de demoler un antiguo acueducto, y luego arrojar en el arroyo: 1. cadáveres; 2. yerbas venenosas, y 3. cal viva, llamada (dice Procopio, l. II, c. 27) τίταυος por los antiguos; por los modernos ἄσβεστος. Con todo, ambas palabras las usan como sinónimos Galeno, Dioscórides y Luciano (*Hen. Steph. Thesaur. Ling. Græc.* t. III, p. 748). <<

[375] Los godos maliciaban que Matasunta era cómplice en este crimen, ocasionado quizá por un incendio accidental. <<

[376] En exacta filosofía, limitar los derechos de la guerra parece tonto y contradictorio. Grocio pierde inútilmente el tiempo en hacer una distinción entre el *jus naturæ* y el *jus gentium*, entre el veneno y la infección. Coloca en una balanza los pasajes de Homero (*Odyss.* ¢ 239 y ss.) y Floro (l. II, c. 20, núm. 7, últ.); y en la otra, los ejemplos de Solón (Pausanias, l. X, c. 37) y Belisario. Véase la grande obra: *De Jure Belli et Pacis*, l. III, c. 4, s. 15, 16, 17 y en la versión de Barbeyrac, t. II, p. 257 y ss. Con todo, no puedo comprender el beneficio y la validez de un convenio, tácito o expreso, mutuo para abstenerse de ciertas especies de hostilidad. Véase el juramento Amfictionico en Eschines, de *Falsa Legatione*. <<

[377] Rávena fue tomada, no en el año 540, sino a fines del 539; y

Pagi (t. II, p. 569) está rectificado por Muratori (*Annali d'Italia*, t. V, p. 62), quien prueba de un acta original en papiro (*Antiquit. Italiæ Medii Ævi*, t. II, dissert. XXXII, pp. 999-1007; Maffei, *Istoria Diplomat*. pp. 155-160) que antes del 3 de enero de 540 estaba restablecida la paz y el libre tráfico entre Rávena y Faenza. <<

[378] Fue atrapado por Juan el Sanguinario; pero se prestó un juramento o sacramento para su seguridad en la basílica Julii (*Hist. Miscell.*, l. XVII, en Muratori, t. I, p. 107). Anastasio (en *Vit. Pont.*, p. 40) da una relación oscura, pero probable. Mascow (*Hist. of the Germans*, XII, 21) cita a Montfaucon por un escudo votivo representando la cautividad de Vitiges, hoy día en la colección del Signor Landi de Roma. <<

[379] Vitiges vivió dos años en Constantinopla, e «imperatoris in afectu *convictus* (o conjunctus) rebus excessit humanis». Su viuda, *Malasuinta*, la esposa y madre de los patricios, el Germano mayor y menor, unieron la sangre de Aniciano y Amali (Jornandes, c. 60, p. 221, en Muratori, t. I). <<

[380] Procopio, *Goth*. l. III, c. 1. Aimoin, fraile francés del siglo XI, que obtuvo, y desfiguró, un informe auténtico de Belisario, menciona, en su nombre, doce mil *pueri* o esclavos —*quos propriis alimus stipendiis*— además de dieciocho mil soldados (*Historians of France*, t. III.*De Gestis Franc*. l. II, c. 6, p. 48). <<

[381] La actividad de Alemano podía añadir muy poco a los cuatro primeros capítulos. Los más interesantes de las *Anécdotas*. Una parte de estas extrañas *Anécdotas* puede ser verdad, porque es probable, y otra parte verdad, porque es improbable. Procopio debió *saber* la primera, y la última apenas podía *inventarla*. <<

[382] Procopio dice (*Anecdot*. c. 4) que, cuando Belisario regresó a

Italia (543 d. C.), Antonina tenía sesenta años. Una construcción violenta, pero más política, que hace concordar aquella fecha con el momento en que escribía (539 d. C.), sería compatible con la mocedad de Focio (*Gothic*, l. I, c. 10) en 536 d. C. <<

[383] Compárese la *Guerra Vandálica* (l. I, c. 12) con las *Anécdotas* (c. 1) y Alemano (p. 2, 3). León el filósofo renovó la fórmula de la adopción bautismal. <<

[384] En noviembre de 537, Focio detuvo al papa (*Liberat. Brev*. c. 22; Pagi, t. II, p. 562). A fines del año 539, Belisario envió a Teodosio —τὸν τῇ σικία τῇ αύτού έφέστωτα— a Rávena con una comisión importante y lucrativa (*Goth*. l. II, c. 18). <<

[385] Teófanes (*Chronograph*. p. 204) le llama *Tocino*, yerno de Belisario; y está copiado por la *Historia Miscella* y Anastasio. <<

[386] El continuador de la *Crónica* de Marcelino da en cortas y decentes expresiones la sustancia de las *Anécdotas*: «Belisarius de Oriente evocatus, in offensam periculumque incurrens grave, et invidiæ subjacens rursus remittitur in Italiam» (p. 54). <<

[387] Es un recreo y no un trabajo leer a Herodoto (l. VII, c. 104, 134, pp. 550, 615). La conversación de Jerjes y Damarato en Termópilas es una de las escenas más interesantes y morales en la historia. Era un tormento para el real espartano ver, con angustia y remordimiento, la virtud de su país. <<

[388] Véase esta orgullosa inscripción en Plinio (*Hist. Natur*. VII, 27). Pocos hombres habían experimentado tanto la gloria y la desgracia; ni podía Juvenal (*Satir*. X) presentar un ejemplo más adecuado de las vicisitudes de la suerte y de la vanidad de los deseos humanos. <<

[389] Γραικούς… ἐξ ὧν τὰ πρότερα οὐδένα ἐς Ἰταλιαν

ἥκουτα εἶδον, ὅτι μὴ τραγῳδοὺς, καὶ ναύτας λωποδύτας. Este último epíteto de Procopio está demasiado noblemente traducido por piratas; la verdadera expresión es ladrones navales; destrozadores de prendas, bien para insultar o injuriar (Demóstenes contra Conon. en Reiske, *Orator. Græc*. t. II, p. 1264). <<

[390] Véanse los libros tercero y cuarto de la *Guerra Gótica*: el escritor de las *Anécdotas* no puede agravar estos abusos. <<

[391] Agatias, l. V, pp. 157, 158, atribuye esta debilidad del emperador y el Imperio a la edad avanzada de Justiniano, pero ¡ay de mí!, nunca fue joven. <<

[392] Esta policía perniciosa, que Procopio (*Anecdot*. c. 49) imputa al emperador, está revelada en su carta a un príncipe escita, que era capaz de entenderlo. Ἄγαν προμηθῆ καὶ ἀγχινούστατον, dice Agatias (l. V, pp. 170, 171). <<

[393] «Gens Germana feritate ferocior», dice Veleyo Patérculo de los lombardos (II, 106). «Langobardos paucitas nobilitat. Plurimis ac valentissimis nationibus cincti, non per obseqium, sed prœliis et periclitando, tuti sunt» (Tacit. de *Moribus German*. c. 40). Véase también Estrabón (l. VII, p. 446). Los mejores geógrafos los colocan más allá del Elba, en el obispado de Magdeburgo y en el centro de la Marca de Brandeburgo; y su situación se avendrá con observaciones patrióticas del conde de Hertzeberg, que la mayor parte de los conquistadores bárbaros salieron de los mismos países que hoy en día produce los ejércitos de Prusia. <<

[394] Pablo Warnefrido, llamado el Diácono, manifiesta el origen escandinavo de los godos y lombardos. Cluverio (*Germania Antiq*. l. III, c. 26, pp. 102 y ss.), natural de Prusia, lo contradice, y Grocio (Prolegom. *ad Hist. Goth*. pp. 28 y ss.),

embajador sueco, lo defiende. <<

[395] Dos hechos hay en la narración de Pablo el Diácono (l. I, c. 20) que expresan las costumbres nacionales: 1. «Dum *ad tabulam* luderet», mientras jugaba a las damas. 2. «Camporum viridantia *lina*.» El cultivo del lino supone propiedad, comercio, agricultura y manufacturas. <<

[396] He echado mano de los pasajes de Procopio (*Goth*. l. II, c. 14; l. III, c. 33, 34; l. IV, c. 18, 25), sin tratar de avenir a Pablo el Diácono (de *Gestis Longobard*. l. I, c. 1-23, en Muratori, *Script. Rerum. Italicarum*, t. I, pp. 405-419) y Jornandes (de *Success. Regnorum*, p. 242). El lector curioso puede sacar algún provecho de Mascou (*Hist. of the Germans* y *Annotat*. XXIII) y De Buat (*Hist. des Peuples*... t. IX, X, XI). <<

[397] He adoptado esta denominación de búlgaros, de Enodio (en *Panegyr. Theodorici*, *Opp*. Sirmond, t. I, Pp. 1598, 1599), Jornandes (de *Rebus Geticis*, c. 5, p. 194 y de *Regn. Successione*, p. 242), Teófanes (p. 185) y las *Crónicas* de Casiodoro y Marcelino. El nombre de hunos es demasiado vago; las tribus de los cutturgurianos y utturgurianos son demasiado minuciosas y rudas. <<

[398] Procopio (*Goth*. l. IV, c. 19). Su mensaje verbal (confiesa que es un bárbaro sin conocimientos literarios) está arreglado en forma de epístola. El estilo es grotesco, figurado y original. <<

[399] Esta suma es el resultado de una lista particular hallada en la biblioteca de Milán, en un curioso fragmento de manuscrito del año 550. La oscura geografía de aquella época provoca y pone a prueba la paciencia del conde de Buat (t. XI, pp. 69-189). El ministro francés con frecuencia se pierde en tales laberintos, que requiere un guía sajón o polaco. <<

[400] «Panicum, *milium*». Véase Columela, l. II, c. 9, p. 430, ed.

Gerner.; Plin. *Hist. Natur*. XVIII, 24, 25. Los sármatas hacían una papilla de mijo, mezclado con leche de yegua o sangre. Hoy en día en el gobierno doméstico el mijo sirve para alimentar a las aves, y no a los héroes. Véanse los diccionarios de Bomare y Miller. <<

[401] Sobre el nombre, la nación, la situación y las costumbres de los eslavones, véase el testimonio originaI del siglo VI, en Procopio (*Goth*. l. II, c. 26; l. III, c. 14), y el emperador Mauricio (*Stratagemat*. l. II, c. 5, *apud* Mascou, *Annotat*. XXXI). Las estratagemas de Mauricio no se han impreso, según creo, más que al fin de las *Tácticas Arrianas* en la edición de Scheffer, en Upsal, 1664 (Fabric. *Bibliot. Græc*. l. IV, c. 8, t. III, p. 278), obra para mí casi inaccesible. <<

[402] «Antes corum fortissimi […] Taysis qui rapidus et verticosus in Histri fluenta furens devolvitur» (Jornandes, c. 5, p. 194, ed. Muratori; Procopio, *Goth*. l. III, c. 14 *et* de *Edific*. l. IV, c. 7). Con todo, el mismo Procopio habla de los godos y hunos como vecinos, γειτονοῦντα, al Danubio (de *Edific*. l. IV, c. 1.) <<

[403] El título nacional de *Anticus*, en las leyes e inscripciones de Justiniano, fue adoptado por sus sucesores, y sincerado por el piadoso Ludevigio (en *Vit. Justinian*. p. 515). Había puesto en gran confusión a los jurisconsultos de la Edad Media. <<

[404] Procopio, *Goth*. l. IV, c. 25. <<

[405] Procopio pone en relación una correría de los hunos, con un cometa, quizás el de 531 (*Persic*. l. II, c. 4). Agatias (l. V, 154, 155) toma de su predecesor algunos hechos. <<

[406] Procopio (*Goth*. l. III, c. 29, 38) refiere y abulta las crueldades de los eslavones. Sobre su conducta moderada con los prisioneros, debemos acudir a un testimonio algo más reciente, el del emperador Mauricio (*Stratagem*. l. II, c. 5). <<

[407] Topiro estaba situado cerca de Filipos, en Tracia, o Macedonia a la parte opuesta de la isla de Tasos, a doce días de Constantinopla (Celario, t. I, pp. 676, 840). <<

[408] Según el malévolo testimonio de las *Anécdotas* (c. 18), estas incursiones habían reducido las provincias del sur del Danubio al estado de fiereza escita. <<

[409] Desde Caf a Caf; lo que una geografía más racional hubiera interpretado, desde el Imao, quizás, al Monte Atlas. Según la filosofía religiosa de los mahometanos, la base del monte Caf es una esmeralda, cuyo reflejo produce el azul del celaje. La montaña está dotada de una gran sensibilidad en sus raíces o nervios, y su vibración, a la voluntad de Dios, produce los terremotos (D'Herbelot, pp. 230, 231). <<

[410] El hierro de Siberia es el mejor y el que más abunda en el mundo; y en la parte del sur hoy día los rusos se están beneficiando con sesenta minas (Strahlenberg, *Hist. of Siberia*, pp. 342-387. *Voyage en Sibérie par l'Abbé Chappe d'Auteroche*, pp. 603-608, ed. en 12o, Amsterdam, 1770). Los turcos ofrecían hierro en venta; pero los embajadores romanos se empeñaban en creer que era una burla, y que su país no lo producía (Menandro en *Excerpt. Leg.* p. 152). <<

[411] De Irgana-kon (Abulghazi Khan, *Hist. Généalogique des Tatars*, p. II, c. 5, pp. 71-77, c. 15, p. 155.) La tradición de los mogoles, que dice pasaron en las montañas cuatrocientos cincuenta años, concuerda con los períodos chinos de la historia de los hunos y turcos (De Guignes, t. I, part. II, p. 376), y las veinte generaciones, desde su restauración hasta Gengis. <<

[412] El país de los turcos, hoy día de los calmucos, está perfectamente descrito en la historia de la *Genealogía*, pp. 521-562. Las curiosas notas del traductor francés están aumentadas y corregidas en el segundo tomo de la versión inglesa. <<

[413] Visdelou, pp. 141, 151. El hecho, aunque pertenece exclusivamente a una tribu subordinada y sucesora, puede colocarse aquí. <<

[414] Procopio, *Persic*. l. I, c. 12; l. II, c. 3. Peyssonel (*Observations sur les Peuples Barbares*, pp. 99-100) define la distancia entre Caffa y el antiguo Bósforo en largas dieciséis leguas [89,15 km] tártaras. <<

[415] Véase, en una memoria de Boze (*Mém. de l'Académie des Inscriptions*, t. VI, pp. 549-565), los antiguos reyes y medallas del Bósforo cimeriano; y la gratitud de Atenas, en la oración de Demóstenes contra Leptines (en Reiske, *Orator. Græc*. t. I, pp. 466, 467). <<

[416] Los pormenores chinescos sobre el origen y las revoluciones del primer Imperio turco están tomados de De Guignes (*Hist. des Huns*, t. 1, p. 11, pp. 367-462) y Visdelou (*Supplément a la Bibliothèque Orient*. D'Herbelot, pp. 82-114). Los apuntes griegos y romanos están recopilados en Menandro (pp. 108-164) y Teofilacto Simocatta (lib. VII, c. 7, 8). <<

[417] El río Til o Tula, según la geografía de De Guignes (t. I, p. II, p. LVIII y 352), es un pequeño y agradable riachuelo del desierto, que desagua en el Orhon, Selinga, etc. Véase Bell, *Viaje de Petersburgo a Pekín* (vol. II, p. 124); con todo, su descripción del Keat, por el cual desembocó en el Oby, representa el nombre y los atributos del río *negro* (p. 139). <<

[418] Teofilacto, l. VII, c. 7, 8. Y aun *sus verdaderos* avares están invisibles a la vista de De Guignes; y ¿qué puede ser más célebre que lo falso? El derecho del fugitivo Ogores a aquella denominación nacional lo confiesan los mismos turcos (Menandro, p. 108). <<

[419] Los alanos se hallan aun en la *Historia genealógica de los*

tártaros (p. 617), y en los mapas de D'Anville. Opusiéronse a la marcha de los generales de Gengis en derredor del Mar Caspio, y fueron derrotados en una gran batalla (*Hist. de Gengiscan*, l. IV, c. 9, p. 447). <<

[420] Las embajadas y primeras conquistas de los avares se hallan en Menandro (*Excerpt. Legat*. pp. 99, 100, 154, 155), Teófanes (p. 196), la Historia Miscella (l. XVI, p. 109), y Gregorio de Tours (l. IV, c. 23, 29 en los *Historiadores de Francia*, t. II, pp. 214, 217). <<

[421] Teófanes (*Chron*. p. 204) y la *Historia Miscella* (l. XVI, p. 110), según lo entiende De Guignes (t. I, part. II, p. 354), parece hablar de una embajada turca a Justiniano; pero la de Maniaco, en el año cuarto de su sucesor Justino, es verdaderamente la primera que llegó a Constantinopla (Menandro, p. 108). <<

[422] Los rusos han hallado caracteres, toscos jeroglíficos, en el Irtio y Yenisea, en medallas, sepulcros, ídolos, peñascos, obeliscos, etc. (Strahlenherg, *Hist. de Siberia*, pp. 324, 346, 429). Hyde (de *Religione Veterum Persarum*, p. 521 y ss.) ha dado dos alfabetos de Tíbet y de los eigures. Hace tiempo que abrigo una aprensión, que *toda* la ciencia escita, *y parte*, quizá *mucha* de la India, está tomada de los griegos de Bactriana. <<

[423] Todo el pormenor de estas embajadas turcas y romanas, tan interesantes en las historias de las costumbres humanas, están sacados de los extractos de Menandro (pp. 106-110, 151-154, 161-164), en los que a menudo echamos de menos la debida coordinación. <<

[424] Véase D'Herbelot (*Bibliot. Orient*. pp. 568, 929); Hyde (de *Religione Vet. Persarum*, c. 21, pp. 290, 291); Pocock (*Specimen Hist. Arab*. pp. 70, 71); Eutiquio (*Annal*. t. II, p. 176); Texeira

(en Stevens, *Hist. de Persia*, l. I, c. 34). <<

[425] La celebridad de la nueva ley para la comunidad de las mujeres se extendió muy luego en Siria (Asseman, *Bibliot. Orient*. t. III, p. 402) y Grecia (Procop. *Persic*. l. I, c. 5). <<

[426] Ofreció al profeta a su mujer y su hermano; pero los ruegos de Nushirvan salvaron a su madre; y el monarca, indignado, nunca perdonó la humillación que su piedad filial le había hecho sufrir: «pedes tuos deosculatus», dice a Mazdak, «cujus fœtor adhuc nares occupat» (Pocock, *Specimen Hist. Arab*. p. 71). <<

[427] Procopio, *Persic*. l. I, c. 11. ¿No era Proclo sabio en demasía? ¿No era el peligro imaginario? La excusa, al menos, era injuriosa a una nación que no desconocía la literatura; οὐ γράμμασιν οἱ βάρβαροι τοὺς παῖδας ποιοῦνται ἀλλ' ὅπλων σκευῇ. Dudo mucho que en Persia se usase ninguna forma de adopción. <<

[428] Pagi (t. II, pp. 543, 626), según Procopio y Agatias, probó que Cosroes Nushirvan ascendió al trono el año quinto de Justiniano (1 de abril de 531 d. C.-1 de abril de 532 d. C.). Pero la verdadera cronología, que está en armonía con los griegos y orientales, la confirma Juan Malala (t. II, 211). Cabades, o Kobad, tras un reinado de cuarenta y tres años y dos meses, enfermó el 8 y murió el 15 de septiembre, 531 d. C., a la edad de ochenta y dos años. Según los anales de Eutiquio, Nushirvan reinó cuarenta y siete años y seis meses; y su muerte por consiguiente debe fecharse en marzo, 579 d. C. <<

[429] Procopio, *Persic*. l. I, c. 23. Brisson, de *Reng. Pers*. p. 494. La puerta del palacio de Ispahán es, o era, el sitio fatal de la desgracia o la muerte (Chardin, *Voyage en Perse*, t. IV, pp. 312, 313). <<

[430] En Persia, el príncipe de las aguas es un empleado del gobierno. El número de pozos y canales subterráneos ha disminuido mucho, y con él la fertilidad del terreno: cuatrocientos pozos se agotaron últimamente en las cercanías de Tauris, y en la provincia del Khorasán se contaban cuarenta y dos mil (Chardin, t. III, pp. 99, 100; Tavernier, t. I, p. 416.) <<

[431] El carácter y gobierno de Nushirvan se halla representado a veces en las palabras de D'Herbelot (*Bibliot. Orient*. p. 680 y ss. de Khondemiro), Eutiquio (*Annal*. t. II, pp. 179, 180, muy abundante), Abulfaragio (*Dynast*. VII, pp. 94. 95, muy pobre), Tarikh Schikard (pp. 144-150), Texeira (en Steven, l. I, c. 35), Asseman (*Bibliot. Orient*. t. III, pp. 404-410), y el abate Fourmont (*Hist. de l'Académie des Inscriptions*, t. VII, pp. 325-334), quien tradujo un testamento espurio o genuino de Nushirvan. <<

[432] Mil años antes de su nacimiento, los jueces de Persia habían dado una solemne opinión —τῷ βασιλεύοντι Περσέων ἐξεῖναι ποιέειν τὸ ἄν βούληται (Herodoto, l. III, c. 31, pp. 9-10, ed. Wesseling). Esta máxima constitucional no se despreció como una teoría inútil y desnuda. <<

[433] Agatias (l. II, c. 66, 71) presenta muchos informes y fuertes preocupaciones sobre el estado literario de Persia, las versiones griegas, los filósofos, los sofistas y la sabiduría o ignorancia de Cosroes.. <<

[434] Asseman, *Bibliot. Orient*. t. IV, p. DCCXLV, VI, VII. <<

[435] El *Shah Nameh*, o *Libro de los Reyes*, es quizás el recuerdo original de la historia que fue traducido al griego por el intérprete Sergio (Agatias, l. V, p. 141), conservado tras la conquista mahometana, y puesto en verso, en el año 994, por el poeta nacional Ferdousi. Véase D'Anquetil (*Mém. de*

l'Académie, t. XXXI, p. 379), y Sir William Jones (*Hist. de Nadir Shah*, p. 161). <<

[436] En el siglo V, era familiar entre los armenios el nombre de Restom, o Rostam, héroe cuya fuerza equivalía a la de doce elefantes (Moses Chorenensis, *Hist. Armen*. l. II, c. 7, p. 96, ed. Whiston). A principios del siglo VII fue aplaudido en la Meca el romance persa de Rostant e Isfendiar (*Sale's Koran*, c. XXXI, p. 335). Con todo, esta exposición de *ludicrum novæ historiæ* no se halla en Maracci (*Refutat. Alcoran*, pp. 544-548). <<

[437] Procop. (*Goth*. l. IV, c. 10). Kobad tenía por privado a un médico griego, Esteban de Edessa (*Persic*. l. II, c. 26). La costumbre era antigua, y Herodoto refiere las aventuras de Democedes de Crotona (l. III, c. 125-137). <<

[438] Véase Pagi, t. II, p. 626. En uno de los tratados se insertó un honroso artículo sobre la tolerancia y el entierro de los católicos (Menandro, en *Excerpt. Legat*. p. 142). Nushizad, hijo de Nushirvan, era cristiano, rebelde, y ¿mártir? (D'Herbelot, p. 681). <<

[439] Sobre el idioma persa, y sus tres dialectos, consúltese D'Anquetil (pp. 339-343) y Jones (pp. 153-185): ἀγρίᾳ τινὶ γλώτιῃ καὶ ἀμουσοτάτῃ, es el carácter que Agatias (l. II, p. 66) atribuye a un idioma célebre en Oriente por su suavidad poética. <<

[440] Agatias especifica el *Gorgias*, *Fedón*, *Parménides* y *Timeo*. Renaudot (Fabricio, *Bibliot. Græc*. t. XII, pp. 246-261) no menciona esta versión bárbara de Aristóteles. <<

[441] De estas fábulas he visto tres copias en diferentes idiomas: 1. En *griego*, traducidas del árabe por Simeón Seth (1100 d. C.), y publicadas por Starck en Berlín en 1697, en 12o. 2. En *latín*, versión del griego, Sapientia Indorum, inserta por el padre

Poussin al fin de su edición de Paquimero (pp. 547-620, ed. Roman). 3. En *francés*, del turco, dedicada, en 1540, al sultán Solimán. *Contes et Fables Indiennes de Bidpai et de Lokman, par M. M. Galland et Cardonne*, París, 1778, 3 vols. en 12o. Warton (*History of English Poetry*, vol. I, pp. 129-131) toma un término más largo. <<

[442] Véase la *Historia Shahiludii* de Hyde (*Syntagm. Disertat*. t. II, pp. 61-69). <<

[443] La paz eterna (Procopio, *Persic*. l. I, c. 21) se firmó o ratificó en el año sexto y tercer consulado de Justiniano (entre el 1 de enero y el 1 de abril de 533 d. C. Pagi, t. II, p. 550). Marcelino, en su *Crónica*, los denomina medos o persas. <<

[444] Procopio, *Persic*. l. I, c. 26. <<

[445] Almondar, rey de Ilira, fue depuesto por Kobad, y repuesto por Nushirvan. A su madre, por su extraordinaria hermosura, se la llamó Agua Celestial, y su sobrenombre se hizo hereditario y se extendió, por una causa más noble (liberalidad en la escasez), a los príncipes árabes de Siria (Pocock, *Specimen Hist. Arab*. pp. 69, 70). <<

[446] Procopio, *Persic*. l. II, c. 1. Ignoramos el origen de esta *strata* o camino empedrado, de diez jornadas desde Auranitis a Babilonia (véase una nota latina en el *Map. Imp. Orient*. de Delisle). Wesseling y D'Anville guardan silencio. <<

[447] He entretejido en un corto razonamiento las dos oraciones de Arsácides de Armenia y de los embajadores góticos. Procopio, en su historia pública, cree, y nos hace creer, que Justiniano fue el verdadero autor de la guerra (*Persic*. l. II, c. 2, 3). <<

[448] La invasión de Siria, la ruina de Antíoco, etc., se hallan referidas por series regulares en Procopio (*Persic*. l. II, c. 5-14). Pocas luces pueden sacarse de los orientales; con todo,

D'Herbelot (p. 680) debería avergonzarse, cuando los culpa porque consideran a Justiniano y Nushirvan contemporáneos. Sobre la geografía del sitio de la guerra, D'Anville (el Éufrates y el Tigris) se extiende bastante y satisfactoriamente. <<

[449] En la historia pública de Procopio (*Persic*. l. II, c. 16, 18, 19, 20, 21, 24, 25, 26, 27, 28), y con algunas ligeras excepciones, no debemos dar oídos al malévolo razonamiento de las *Anécdotas* (c. 2, 3, con las notas, según costumbre, de Alemano). <<

[450] La guerra lázica, y las contiendas de Roma y Persia sobre el Fasis, están redactadas de una manera cansada por Procopio (*Persic*. l. II, c. 15, 17, 28, 29, 30; *Gothic*. l. IV, c. 7-16) y Agatias (l. II, III y IV, pp. 55-132, 141). <<

[451] El *Periplo*, o navegación del mar Euxino, lo describió Salustio en latín, y Arriano en griego: 1. La primera obra, que ya no existe, ha sido renovada por el *original* Brosses, primer presidente del parlamento de Dijon (*Hist. de la République Romaine*, t. II, l. III, pp. 199-298), quien se atreve a apropiarse del carácter de un historiador romano. Su descripción del Euxino está ingeniosamente formada de *todos* los fragmentos del original, y de *todos* los griegos y latinos que Salustio pudo copiar, o por quienes pudo ser copiado, y el mérito de la ejecución basta para disculpar la extravagancia de la idea. 2. El Periplo de Arriano está dedicado al emperador Adriano (en Hudson, *Geograph. Minor*. t. I), y contiene todo lo que vio el gobernador del Ponto desde Trebisonda a Dioscurias, todo lo que había oído de Dioscurias al Danubio, y todo lo que alcanzaba desde el Danubio a Trebisonda. <<

[452] Además de los muchos apuntes de los poetas, historiadores, etc., de la Antigüedad, podemos consultar las descripciones geográficas de Colcos, por Estrabón (l. XI, pp. 760-765) y Plinio

(*Hist. Natur*. VI, 5, 19 y ss.). <<

[453] Citaré tres descripciones modernas de Mingrelia y los países adyacentes. 1. La del padre Archangeli Lamberti (*Relations de Thevenot*, part. I, pp. 31-52, con un mapa), que tiene toda la sabiduría y preocupaciones de un misionero. 2. La de Chardino (*Voyages en Perse*, t. I, pp. 54, 68-168): sus observaciones son juiciosas; y sus propias aventuras en el país son aun más instructivas que sus observaciones. 5. La de Peyssonel (*Observation sur les Peuples Barbares*, pp. 49, 50, 51, 58, 62, 64, 65, 71 y ss.; y un tratado más reciente, *Sur le Commerce de la Mer Noire*, t. II, pp. 4-55); residió mucho tiempo en Caffa, como cónsul de Francia; y su erudición es de menos valor que su experiencia. <<

[454] Plinio, *Hist. Natur.*, l. XXXIII, 15. Las minas de oro y plata de Colcos atrajeron a los Argonautas (Estrabón, l. I, p. 77). El eficaz Chardino no pudo hallar oro en minas, ríos, ni en ninguna otra parte. Con todo, un mingreliano perdió la mano y el pie por haber enseñado algunas muestras de oro nativo en Constantinopla. <<

[455] Herodoto, l. II, c. 104, 105, pp. 150, 151. Diodor. Sicul. l. I, p. 33, ed. Wesseling, Dionys. *Perieget*. 689, y Eustath. *ad loc. Scholiast. ad Apollonium Argonaut.*, l. IV, 280-291. <<

[456] Montesquieu, *Esprit des Loix*, l. XXI, c. 6. «L'Isthme […] couvert de villes et nations qui ne sont plus.» <<

[457] Bougainville, *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. XXVI, p. 35, sobre el viaje africano de Hanon y el comercio de la Antigüedad, y Campomanes. <<

[458] Un historiador griego, Timóstenes, afirmó: «in eam CCC nations dissimilibus linguis descendere»; y el modesto Plinio se contenta con añadir: «et postea a nostris CXXX interpretibus

negotia ibi gesta» (VI, 5); pero las palabras *nunc deserta* encubren una multitud de ficciones pasadas. <<

[459] Buffon (*Hist. Natur.* t. III, pp. 433-437) recoge los dictámenes unánimes de los naturalistas y viajeros. Si, en el tiempo de Herodoto, eran verdaderamente μελάγχροες y οὐλότριχες (y los había observado con esmero), este hecho precioso es un ejemplo de la influencia del clima en una colonia extranjera. <<

[460] El embajador mingreliano llegó a Constantinopla con doscientas personas; pero las vendió una tras otra, hasta que su séquito quedó reducido a un secretario y dos criados (Tavernier, t. I, p. 365). Un caballero mingreliano, para recobrar su querida, vendió a los turcos doce sacerdotes y su mujer (Chardino, t. I, p. 66). <<

[461] Estrabón, l. XI, p. 765. Lamberti, *Relation de la Mingrelie*. Debemos con todo evitar el extremo opuesto de Chardino, quien no concede más que veinte mil habitantes para suplir una exportación anual de doce mil esclavos: desatino impropio de aquel juicioso viajero. <<

[462] Herodoto, l. III, c. 97. Véase en l. VII, c. 79 sus armas y servicio, en la expedición de Jerjes contra Grecia. <<

[463] Jenofonte, que encontró a los colcos en su retirada (*Anábasis*, l. IV, pp. 320, 343, 348, ed. Hutchinson; y la Disertación de Foster, pp. LIII-LVIII, en la versión inglesa de Spelman, vol. II), los llama αὐτόνομοι. Antes de la conquista de Mitrídates, Apiano los denomina ἔθνος ἀρειμάνες (*Bell. Mithridatico*, c. 15, t. I, p. 661, de la última y mejor edición, por John Schweighæuser, Lipsiæ, 1785, 8 vols. octavo mayor). <<

[464] La conquista de Colcos por Mitrídates y Pompeyo está

señalada por Apiano (de *Bell. Mithridat*) y Plutarco (en *Vit. Pomp*). <<

[465] Podemos seguir el encumbramiento y la decadencia de la familia de Polemón, en Estrabón (l. XI, p. 755; l. XII, p. 867), Dion Casio o Jifilino (pp. 588, 593, 601, 719, 754, 915, 946, ed. Reimar), Suetonio (en *Neron*. c. 18, en *Vespasian*. c. 8), Eutropio (VII, 14), Josefo (*Antiq. Judaic*. l. XX, c. 7, p. 970, ed. Havercamp), y Eusebio (Chron. con Escalígero, *Animadvers*. p. 196). <<

[466] En tiempo de Procopio no había fuertes romanos en el Fasis. Pitio y Sebastópolis quedaron evacuadas al saberse la llegada de los persas (*Goth*. l. IV, c. 4); pero la última fue luego devuelta por Justiniano (de *Edific*. l. IV, c. 7). <<

[467] En tiempo de Plinio, Arriano y Tolomeo, los lazios eran una tribu particular, establecida en los confines al norte de Colcos (Celario, *Geograph. Antiq*. t. II, p. 222). Bajo Justiniano se extendieron, o al menos reinaron, sobre todo el país. En el día han emigrado por lo largo de la costa hacia Trebisonda, y forman una colonia de toscos pescadores, con su dialecto particular (Chardino, p. 149; Peyssonel, p. 64). <<

[468] Juan Malala, *Chron*. t. II, pp. 134, 157. Teófanes, p. 144. *Hist. Miscell*. l. XV, p. 105. El hecho es auténtico; pero la fecha parece demasiado reciente. Hablando de su alianza persa, los lazios contemporáneos de Justiniano emplean las voces más anticuadas —ἐν γράμμασι μνημεῖα, πρόγονοι, etc. ¿Pertenecerían a un enlace que no había sido disuelto hace veinte años? <<

[469] El único vestigio que queda de Petra está en los escritos de Procopio y Agatias. La mayor parte de las ciudades y castillos de Lazica pueden hallarse, comparando sus nombres y posición con

el mapa de Mingrelia, en Lamberti. <<

[470] Véanse las cartas jocosas de Pietro della Valle, el viajero romano (*Viaggi*, t. II, pp. 207, 209, 213, 215, 266, 286, 300; t. III, pp. 54, 127). En los años 1618, 1619 y 1620, conversó con Shah Abbas, y apoyó eficazmente un proyecto que hubiera podido unir Persia y Europa contra Turquía, su enemigo común. <<

[471] Véase Herodoto (l. I, c. 140, p. 69), quien habla con desconfianza, Larcher (t. I, pp. 399-401. Notas sobre Herodoto), Procopio (*Persic*. l. I, c. 11), y Agatias (l. II, pp. 61, 62). Esta costumbre, en armonía con el Zendavesta (Hyde, de *Relig. Pers*. c. 34, pp. 414-421), da a conocer que el entierro de los reyes persas (Jenofonte, *Cyropæd*. l. VIII, p. 658), τί γὰρ τούτου μακαρίωτερον τοῦ τῇ γῇ μιχθῆναι, es una ficción griega, y que sus sepulcros no podían ser otra cosa que cenotafios. <<

[472] El castigo de desollar vivo no puede haberse introducido en Persia por Sapor (Brinsson, de *Regn. Pers*. l. II, p. 578), ni haberse copiado del necio cuento de Marsyas, el flautista frigio, y aun más neciamente citado como un antecedente por Agatias (l. IV, pp. 132, 133). <<

[473] En el palacio de Constantinopla había treinta silencieros, que se llamaban *hastati ante fores cubiculi*, τῆς [ἀμφὶ τὸν βασιλέα] σιγῆς ἐπιστάται, título honroso, que confería los honores de senador sin los cargos de su desempeño (*Cod. Theod*. l. VI, tít. 23. Godofredo, *Coment*. t. II, p. 129). <<

[474] Sobre estas oraciones judiciales, Agatias (l. III, pp. 81-89; l. IV, p. 108-119) llena dieciocho o veinte páginas de falsa y florida retórica. Su ignorancia o abandono pasa por alto el argumento más fuerte contra el rey de Lazica: su sublevación

primera. <<

[475] Procopio manifiesta la costumbre de la corte gótica de Rávena (*Goth*. l. I, c. 7); y embajadores extranjeros han sido tratados con el mismo rigor en Turquía (Busbequio, *Ep*. 114, pp. 149, 242 y ss.), Rusia (*Voyage d'Olearius*) y China (Narración de Lange en *Bell's Travels*, vol. II, pp. 189 -311). <<

[476] Las negociaciones y los tratados entre Justiniano y Cosroes están extensamente explicados por Procopio (*Persic*. l. II, c. 10, 13, 26, 27, 28; *Gothic*. l. II, c. 11, 15), Agatias (l. IV, pp. 141, 142) y Menandro (en *Excerpt. Legat*. pp. 132-147). Consúltese Barbeyrac, *Hist. des Anciens Traités*, t. II, pp. 154, 181-184, 193-200. <<

[477] D'Herbelot, *Bibliot. Orient*. pp. 680, 681, 294, 295. <<

[478] Véase Buffon, *Hist. Nat*. t. III, p. 449. Las facciones y tez arábiga, que se han conservado tres mil cuatrocientos años (Ludolf. *Hist. et Comment. Æthiopic*. l. I, c. 4) en la colonia de Abisinia, abonan el concepto de que así la raza como el clima deben haber contribuido a formar los negros de las regiones parecidas y adyacentes. <<

[479] Los misioneros portugueses Álvarez (Ramusio, t. I, fol. 204, rect. 274, vers.), Bermúdez (*Purcha's Pilgrims*, vol. II, l. V, c. 7, pp. 1149-1188), Lobo (*Relación*… por Le Grand, con XV Disertaciones, París, 1728), y Tellez (*Relation de Thevenot*, part. IV) no podían referir más de la moderna Abisinia que lo que habían visto o inventado. La erudición de Ludolfo (*Hist. Æthiopica*, Francofurt, 1681. Comentario, 1691, Apéndice, 1694), en veinticinco idiomas, podía añadir muy poco con respecto a su historia antigua. Con todo, la fama de Caled, o Elisteo, el conquistador del Yemen, está celebrada en cantares y leyendas nacionales. <<

[480] Las negociaciones de Justiniano con los axumitas o etíopes, las recuerdan Procopio (*Persic*. l.I, c. 19, 20) y Juan Malala (t. II, pp. 163-165, 193-196). El historiador de Antíoco cita una narración original del embajador Nonoso, de la que Focio (*Bibliot. Cod*. III) conservó un extracto curioso. <<

[481] El comercio de los axumitas con la costa de la India, África, y la isla de Ceilán, se halla extensamente especificado por Cosmas Indicopleustes (*Topograph. Christian*. l. II, pp. 132, 138, 139, 140; l. XI, pp. 338, 339). <<

[482] Ludolfo, *Hist. et Comment. Æthiop*. l. II, c. 3. <<

[483] La ciudad de Negra, o Nag'ran, en el Yemen, está rodeada de palmeras, y situada en el camino entre Saana, la capital, y Meca; la primera a diez jornadas, la segunda a veinte de una caravana de camellos (Abulfeda, *Description Arabiæ*, p. 52). <<

[484] El martirio de san Aretas, príncipe de Negra, y sus trescientos cuarenta compañeros, está adornado con las leyendas de Metafrastes y Nicéforo Calisto, copiadas por Baronio (523 d. C. núm. 22-66; 523 d. C. núm. 16-29), refutadas, con muy poca claridad, por Basnage (*Hist. des Juifs*, t. XII, l. VIII, c. II, pp. 333-348), quien investiga el estado de los judíos en Arabia y Etiopía. <<

[485] Álvarez (en Ramusio, t. I, fol. 219, vers. 221, vers.) vio el estado floreciente de Axume en el año 1520, *lungo molto buono e grande*. Fue destruido en aquel mismo siglo por la invasión turca. Hoy en día no existen más que unas cien casas; pero aún se conserva el recuerdo de su pasada grandeza por la coronación regia (Ludolfo, *Hist. et Comment*. l. II, c. 11). <<

[486] Las revoluciones del Yemen en el siglo VI pueden tomarse de Procopio (*Persic*. l. I, c. 19, 20), Teófanes Bizant. (*apud Phot. cod*. LXII, p. 80), san Teófanes (en *Chronograph*. pp. 144, 145,

188, 189, 206, 207, quien está lleno de mentiras), Procock (*Specimen Hist. Arab*. pp. 62, 65), D'Herbelot (*Bibliot. Orientale*, pp. 12, 477), y *Alcorán y Discurso preliminar* de Sale (c. 105). La sublevación de Abrahá está mencionada en Procopio; y su vuelco, aunque enmarañado con milagros, es un hecho histórico. <<

[487] Sobre las revueltas del África, no necesito ni deseo otro guía que Procopio, cuya vista contempló el cuadro, y cuyos oídos recogieron todos los dichos de los acontecimientos memorables de su época. En el segundo libro de la *Guerra vandálica* refiere la sublevación de Estoza (c. 14-24), la vuelta de Belisario (c. 15), la victoria de Germano (c. 16, l7, 18), la segunda administración de Solomón (c. 19, 20, 21), el gobierno de Sergio (c. 22, 23), de Areobindo (c. 24), la tiranía y la muerte de Gontario (c. 25, 26, 27, 28), y en todas sus descripciones no echo de ver ningún asomo de adulación o malevolencia. <<

[488] Con todo no debo negarle el mérito de retratar, con vivos colores, el asesinato de Gontario. Uno de los asesinos manifestó un arranque digno de un patriota romano. «Si yerro el primer golpe», dijo Artasires, «matadme en el mismo sitio, porque el tormento pudiera obligarme a descubrir a mis cómplices». <<

[489] Las guerras moras están casualmente introducidas en la narración de Procopio (*Vandal*. l. II, c. 19-23, 25, 27, 28. *Gothic*. l. IV, c. 17); y Teófanes añade algunos sucesos prósperos y adversos en los últimos años de Justiniano. <<

[490] Hoy día Tibesh, en el reino de Argel. Está regada por un río, el Sujeras, que desagua en el Mejerda (*Bagradas*). Tibesh es aún notable por sus grandiosas murallas de piedra (como el Coliseo de Roma), una fuente y un bosque de avellanos; el país abunda en fruta, y los vecinos bereberes son guerreros. Según se ve por una inscripción, bajo el reinado de Adriano, la tercera legión

construyó el camino de Cartago a Tebeste (Mármol, *Description de l'Afrique*, t. II, pp. 442, 443. Shaw, *Travels*, pp. 64, 65, 66). <<

[491] Procopio, *Anecdot*. c. 18. Las series de la historia africana confirman esta triste verdad. <<

[492] En los libros segundo (c. 50) y tercero (c. 1-40), Procopio continúa la historia de la guerra gótica, desde el año quinto hasta el décimo quinto de Justiniano. Como los sucesos son menos interesantes que en el primer período, no emplea más que la mitad del espacio para doble tiempo. Jornandes, y las *Crónicas* de Marcelino, suministran algunos apuntes. Sigonio, Pagi, Muratori, Mascon, y De Buat, son muy útiles, y se ha echado mano de ellos. <<

[493] Silverio, obispo de Roma, fue transportado primero a Patara, en Licia, y al fin muerto de hambre (*sub eorum custodia inedia confectus*) en la isla de Palmaria 20 de junio del año 538 d. C. (Liberat. en *Breviar*. c. 22; Anastasio, en Silverio: Baronio, 540 d. C., núm. 2, 3; Pagi, en *Vist. Pont*. t. I, pp. 285, 286). Procopio (*Anécdot*. c. 1) acusa únicamente a la emperatriz y Antonina. <<

[494] Palmaria, una pequeña isla en la parte opuesta a Terracina y las costas de los Volcos (Cluver. *Ital. Antiq*. l. III, c. 7, p. 1014). <<

[495] Como el Logotete Alejandro y la mayor parte de los colegas civiles y militares, eran despreciados o caían en desgracia, la tinta de las *Anécdotas* (c. 4, 15, 18) no es mucho más negra que la de la *Historia Gótica* (l. III, c. 1, 3, 4, 9, 20, 21 y ss.). <<

[496] Procopio (l. III, c. 2, 8 y ss.) hace voluntaria justicia al mérito de Totila. Los historiadores romanos, de Salustio y Tácito, olvidan dichosamente los vicios de sus conciudadanos,

en la contemplación de la virtud bárbara. <<

[497] Procopio, l. III, c. 12. El alma de un héroe está profundamente retratada en la carta; no podemos confundir semejantes hechos genuinos y originales con los discursos esmerados y a menudo faltos de sentido de los historiadores bizantinos. <<

[498] La avaricia de Besas no la disimula Procopio (l. III, c. 17, 20). Expidió la pérdida de Roma con la gloriosa conquista de Petrea (*Goth*. l. IV, c. 12); pero los mismos vicios le siguieron desde el Tíber al Fasis (c. 13); y el historiador es completamente verídico sobre el mérito y los defectos de su carácter. El castigo que impuso el autor de la novela de *Belisario* al opresor de Roma cuadra más bien con la justicia que con la historia. <<

[499] Durante el largo destierro, y tras la muerte de Vigilio, la Iglesia romana fue gobernada, al principio por el archidiácono, y al fin (555 d. C.) por el papa Pelagio, a quien no se miró como cómplice de los padecimientos de su predecesor. Véanse las vidas originales de los papas, bajo el nombre de Anastasio (Muratori, *Script. Rer. Italicarum*, t. III, p. I, pp. 130, 131), quien refiere varios incidentes curiosos de los sitios de Roma y las guerras de Italia. <<

[500] El monte Gárgano, hoy día monte San Ángelo, en el reino de Nápoles, se adelanta trescientos estadios [60,33 km] en el mar Adriático (Estrabón, l. VI, p. 436) y en épocas más oscuras fue ilustrado con la aparición, milagros e iglesia de san Miguel Arcángel. Horacio, natural de Apuleya o Lucania, había visto los olmos y las cocinas del Gárgano meciéndose con el viento norte, que sopla en aquella elevada costa (*Carm*. II, p. *Ep*. II, 1, 202). <<

[501] No puedo puntualizar el campamento de Aníbal; pero los reales púnicos estuvieron bastante tiempo y a menudo en las cercanías de Arpi (T. LIV. XXII, pp. 9, 42; XXIV, pp. 3 y ss.) <<

[502] «Totila […] Romam ingreditur […] ac evertit muros, domos aliquantas igni comburens, ac omnes Romanorum res in prædam accepit, hos ipsos Romanos in Campaniam captivos abduxit. Post quam devastatiotiem, XL aut amplius dies, Roma fuit ita desolata, ut nemo ibi hominum nisi (*nullae*?) bestiæ morarentur» (Marcellin, en *Chron*. p. 54). <<

[503] El *tribuli* son pequeñas máquinas con cuatro puntas, una fija en el suelo, las otras tres derechas o atravesadas (Procopio, *Gothic*. l. III, c. 24. Just. Lipsio, *Poliorcet*. l. V, c. 3). La metáfora está tomada del trébol, hierba con un fruto espinoso, común en Italia (Martin, *ad* Virgil. *Georgic*. I, 153, vol. II, p. 35). <<

[504] Ruscia, el *navale Thuriorum*, se transportó a la distancia de sesenta estadios [12,06 km] de Rusciano, Rosano, un arzobispado sin sufragáneos. La república de Síbaris es ahora el estado del duque de Corigliano (Riedesel, *Travels into Magna Græcia and Sicily*, pp. 166-171). <<

[505] Esta conspiración la refiere Procopio (*Gothic*., l. III, c. 31, 32) con tal independencia y ardor que nada le queda que añadir para igualar la libertad de las *Anécdotas*. <<

[506] Los honores de Belisario están alegremente celebrados por su secretario (Procopio, *Gothic*., l. III, c. 35, l. IV, c. 21). El título de Στράτηγος está mal traducido, al menos en esta ocasión, por *præfectus prætorio*, y con respecto al carácter militar, *magister militum* es más propio y adecuado (Ducange, *Gloss. Græc*. pp. 1458, 1459). <<

[507] Alemano (ad *Hist. Arcanam*, p. 68), Ducange (*Familiæ Bizant*. p. 98) Heinecio (*Hist. Juris Civilis*, p. 434), los tres

representan a Anastasio como hijo de la hija de Teodora; y su opinión se apoya en el ambiguo testimonio de Procopio (*Anécdotas*, c. 4, 5 —θυγατρίδῳ repetido dos veces). Con todo observaré, 1. que en el año 547, Teodora apenas podía tener un nieto en el estado de la pubertad; 2. que esta hija y su marido nos son enteramente desconocidos; y 3. que Teodora ocultaba a sus bastardos, y que su nieto por Justiniano hubiera sido heredero presunto del Imperio. <<

[508] Las ἁμαρτήματα, o faltas del héroe en Italia, y después de su regreso, están referidas ἀπαρακαλύπτως, y probablemente abultadas por el autor de las *Anécdotas* (c. 4, 5). La jurisprudencia fluctuante de Justiniano favorecía los proyectos de Antonina. Sobre la ley de casamientos y divorcios, aquel emperador era *trocho versatilior* (Heinecio, *Element. Juris Civilis ad Ordinem Pandect*. p. IV, núm. 233). <<

[509] Los romanos eran aún apasionados de los monumentos de sus antecesores; y según Procopio (*Goth*. l. IV, c. 22), la galera de Eneas, de un solo orden de remos, veinticinco pies de ancho [7,61 m], ciento veinte de largo [36,57], se conservó entera en el *navalia*, cerca del monte Testaceo, al pie del Aventino (Nardini, *Roma Antica*, l. VII, c. 9, p. 466; Donato, *Roma Antiqua*, l. IV, c. 15, p. 334). Pero esta reliquia es desconocida a la Antigüedad. <<

[510] En estos mares, Procopio buscó inútilmente la isla de Calipso. En Feacia o Corcira, le enseñaron el buque petrificado de Ulises (*Odyss*. XIII, 163), pero halló que era de construcción moderna de muchas piezas, dedicado por un comerciante a Júpiter Casio (l. IV, c. 22). Eustacio supuso que era la imitación ideal de una peña. <<

[511] D'Anville (*Mémoires de l'Académ*. t. XXXII, pp. 513-528) ilustra el golfo de Ambracia; pero no puede fijar la situación de

Dodona. Un país a la vista de Italia es menos conocido que las asperezas de América. <<

[512] Véanse los hechos de Germano en la historia pública (*Vandal*. l. II, c. 16, 17, 18; *Goth*. l. III, c. 31, 32), y privada (*Anecdot*. c. 5) y de los de su hijo Justiniano, en Agatias (l. IV, pp. 130, 131). A pesar de una expresión ambigua de Jornandes, *fratri suo*, Alemano probó que era hijo del hermano del emperador. <<

[513] «Conjuncta Aniciorum gens cum Amala stirpe spem adhuc utriusque generis promittit» (Jornandes, c. 60, p. 703), escribió en Rávena antes de la muerte de Totila. <<

[514] El tercer libro de Procopio termina con la muerte de Germano (Add. l. IV, c. 23, 24, 25, 26). <<

[515] Procopio refiere todas las series de esta segunda guerra gótica, y la victoria de Narsés (l. IV, c. 21, 26-35). ¡Escena esplendorosa! Entre los seis asuntos de poesía épica que Taso revolvió en su mente, titubeó entre las conquistas de Italia por Belisario y Narsés (Hayley, *Works*, vol. IV, p. 70). <<

[516] El país de Narsés es desconocido, puesto que no debe confundírselo con el Persarmenio. Procopio le llama (*Goth*., l. II, c. 13) βασιλικῶν χρημάτων ταμίας; Pablo Warmefrido (l. II, c. 3, p. 776), Cartulario; Marcelino añade el de Cubiculario. En una inscripción que está en el puente Salario se le titula ex cónsul, *ex-præpositus*, *cubiculi patricius* (Mascou, *Hist. of the Germans*, l. XIII, c. 25). La ley de Teodosio contra los eunucos se echó en olvido o se abolió (Anotación XX), pero la profecía mentecata de los romanos se conservó en todo su vigor (Procopio, l. IV, c. 21). <<

[517] Pablo Warmefrido, el lombardo, recuerda con complacencia el socorro, el servicio, y la honrosa despedida de sus

compatricios: «Romanæ reipublicæ adversus æmulos adjutores fuerunt» (l. II, c. 1, p. 774, ed. Grot.). Extraño que Alboin, el rey guerrero, no mandase en persona a sus súbditos. <<

[518] Era, si no un impostor, el hijo del ciego Zames, salvado por compasión y educado en la corte bizantina, por varios motivos de política, orgullo y generosidad (Procopio, *Persic*. l. I, c. 23). <<

[519] En tiempo de Augusto y en la Edad Media, toda la extensión de Aquileia a Rávena estaba cubierta de bosques, lagos y pantanos. El hombre subyugó la naturaleza, y desde entonces la tierra ha sido cultivada, una vez recogidas las aguas. Véanse las instruidas investigaciones de Muratori (*Antiquitat. Italia medii Ævi*, t. I, dissert. XXI, p. 253, 254), de Vitruvio, Estrabón, Herodiano, antiguas cartas y sabiduría local. <<

[520] La vía Flaminia, corregida del *Itinerario*, y los mejores mapas modernos, por D'Anville (*Analyse del'Italic*, pp. 147-162), puede establecerse así: Roma a Narni, treinta y un millas romanas [45,69 km]; Terni, cincuenta y siete [84,01 km]; Spoleto, setenta y cinco [110,55 km]; Foligno, ochenta y ocho [129,71 km]; Nocera, ciento tres [151,82 km]; Cagli, ciento cuarenta y dos [209,30 km]; Intercisa, ciento cincuenta y siete [231,41 km]; Fosombrone, ciento sesenta [235,84 km]; Fano, ciento setenta y seis [259,42 km]; Pesaro, ciento ochenta y cuatro [271,21 km]; Rímini, doscientos ocho [306,59 km] — alrededor de ciento ochenta y nueve millas inglesas [304,15 km]. No menciona la muerte de Totila; pero Wesseling (*Itinerar*. p. 614) cambia, por el campo de *Taginas*, la denominación desconocida *Ptanias*, a ocho millas [12,87 km] de Nocera. <<

[521] Plinio menciona a *Taginæ*, o más bien *Tadinæ*; pero en el año 1007, el obispado de una ciudad arrinconada, a una milla

[1,60 km] de Gualdo, en la llanura, se unió con el de Nocera. Las señales de la Antigüedad se conservan en las denominaciones locales, *Fossato*, el campo; *Capraca*, Caprea, Bastia, Busta Gallorum. Véase Cluverio (*Italia Antiqua*, l. II, c. 6, pp. 615, 616, 617), Lucas Holstenio (Anotat. *ad* Cluver. pp. 85, 86), Guazzesi (*Dissertat*. pp. 177-217, una investigación declarada), y los mapas del estado eclesiástico y la marca de Ancona, por Le Maire y Magini. <<

[522] La batalla se dio en el año 458 de Roma; y el cónsul Decio, sacrificando su vida, aseguró el triunfo de su país y el de su colega Fabio (t. LIV. X, 28, 29). Procopio atribuye a Camilo la victoria del *Busta Gallorum*; y Cluverio refuta este error con la reconvención nacional de *Græcorum nugamenta*. <<

[523] Teófanes, *Chron*. p. 193. *Hist. Miscell*. l. XVI, p. 108. <<

[524] Evagrio, l. IV, c. 24. La inspiración de la Virgen reveló a Narsés el día, y la palabra, de la batalla (Pablo Diácono, l. II, c. 3, p. 776). <<

[525] Ἐπὶ τούτου βασιλεύοντος τὸ πέμπτον ἑάλω (Procopio, *Goth*. lib. IV, p. 53). En el año 536 por Belisario, en 546 por Totila, en 547 por Belisario, en 549 por Totila y en 552 por Narsés. Matreto tradujo inadvertidamente *sextum*; equivocación que luego rectificó, pero el mal ya estaba hecho, y Cousin y una porción de lectores franceses y latinos han caído en el lazo. <<

[526] Compárense dos pasajes de Procopio (l. III, c. 26, l. IV, c. 24), los que con algunos apuntes de Marcelino y Jornandes ilustran el estado del Senado caduco. <<

[527] Véase en el ejemplo de Prusias, según está en los fragmentos de Polibio (*Exerpt. Legat*. XCVII, pp. 927, 928), un cuadro curioso de un esclavo real. <<

[528] El Δράκων de Procopio (*Goth*. l. IV, c. 35) es claramente el Sarno. El texto está alterado por la violencia de Cluverio (l. IV, c. 3, p. 1156): pero Camillo Pellegrini de Nápoles (*Discorsi sopra la campania Felice*, pp. 330, 331) probó con algunos apuntes antiguos que en el año 822 aquel río se llamaba el Dracontio, o Draconcello. <<

[529] Galeno (de *Method. Medendi*, l. V, *apud* Cluver. l. IV, c. 3, pp. 1139, 1160, describe la posición elevada, aire puro, y exquisita leche, del monte Lactario, cuyas virtudes medicinales eran conocidas y ansiadas en tiempo de Símaco (l. VI, *Ep*. 18) y Casiodoro (*Var*. XI, 10). Hoy en día no queda más que el nombre de la torre de *Lettere*. <<

[530] Buat (t. XI, pp. 2 y ss.) conduce a su predilecta Baviera este resto de los godos, el que otros entierran en el monte Uri, o devuelven a su isla nativa de Gotlandia (Mascou, Anot. XXI). <<

[531] Dejo a Escalígero (*Animad*. en Eusebio, p. 59) y Salmasio (*Exercitat. Plinian*. pp. 51, 52) que disputen sobre el origen de Cumas, antigua colonia griega en Italia (Estrabón, l. V, p. 372; Veleyo Patérculo, l. I, c. 4), abandonada ya en tiempo de Juvenal (*Satir*. III), y hoy en día arruinada. <<

[532] Agatias (l. I, c. 21) coloca la cueva de la Sibila bajo los muros de Cumas: concuerda con Sergio (ad l. VI, *Æneid*.); pero no sé por qué desecha su opinión Heyne, el excelente editor de Virgilio (t. II, pp. 650, 651). *¡In urbe media secreta religio*! Pero Cumas no estaba aún construida y las líneas (l. VI, 96, 97) serían aun más ridículas si Eneas estuviese ahora en una ciudad griega. <<

[533] Algo difícil es concordar el capítulo 35 del libro cuarto de la *Guerra gótica* de Procopio con el libro primero de la historia de Agatias. No debemos dejar de lado a un político y soldado para

seguir los pasos de un poeta y retórico (l. I, p. 11; l. II, p. 51, ed. Louore). <<

[534] Entre los hechos fabulosos de Bucelino, derrotó y dio muerte a Belisario, conquistó Italia y Sicilia, etc. Véanse los historiadores de Francia, Gregorio de Tours (t. II, l. III, c. 322, p. 203) y Aimoin (t. III, l. II, de *Gestis Francorum*, c. 23, p. 59). <<

[535] Agatias habla de su superstición en un tono filosófico (l. I, p. 18). En el año 613 aún prevalecía la idolatría en Zug, en Suiza: san Columbano y san Gall eran los apóstoles de aquel bárbaro país; y el último fundó una ermita que se extendió a un principado eclesiástico, y a una ciudad populosa; la residencia de la libertad y el comercio. <<

[536] Véase la muerte de Lotario en Agatias (l. II, p. 38) y Pablo Warmefrido, llamado el Diácono (l. II, c. 3, p. 775). El griego dice que estaba desesperado. Había saqueado las iglesias. <<

[537] El padre Daniel (*Hist. de la Milice Françoise*, t. I, pp. 17-21) dio una descripción ideal de esta batalla, algo semejante a la del caballero Folard, el célebre editor de Polibio, que acomodaba a sus opiniones y costumbres todas las operaciones militares de la Antigüedad. <<

[538] Agatias (l. II, p. 37) compuso un epigrama griego de seis líneas sobre esta victoria de Narsés, que está ventajosamente comparada a las batallas de Maratón y Platea. La diferencia principal está verdaderamente en sus consecuencias, tan triviales en el primer caso, tan permanentes y gloriosas en el segundo. <<

[539] El Bercia y Brincas de Teófanes o su copista (p. 201) deben leerse o entenderse Verona y Brixia. <<

[540] Ἐλείπετο γὰρ, οἶμαι, αὐτοῖς ὑπὸ ἀβελτερίας τὰς ἀσπίδας τυχὸν καὶ τὰ κράνη ἀμφορέως οἴνου ἢ καὶ

βαρβίτου ἀποδόσθαι (Agatias, l. II, p. 48). En la primera escena de Ricardo III, nuestro poeta inglés ha hermoseado y explayado este arranque, por el que, con todo, nada tiene que agradecer al historiador bizantino. <<

[541] Maffei probó (*Verona Illustrata*, p. I, l. X, pp. 257, 289), contra la opinión general, que los duques de Italia habían sido instituidos por Narsés, antes de la conquista de los lombardos. En la pragmática sanción (núm. 23), Justiniano restringió los judices militares. <<

[542] Véase Pablo Diácono, l. III, c. 2, p. 776. Menandro (en *Excerpt. Legat*. p. 133) menciona algunos levantamientos en Italia por los francos, y Teófanes (p. 201) apunta algunas rebeliones góticas. <<

[543] La Pragmática Sanción de Justiniano, que restablece y regula el estado civil de Italia, consta de XXVII artículos: está fechada el 15 de agosto (554 d. C.), dirigida a Narsés, *V. J. Præpositus Sacri Cubiculi*, y a Antíoco, *Præfectus Prætorio Italiæ*; y ha sido conservada por Juliano Antecesor, y en el *Corpus Juris Civilis*, tras las innovaciones y edictos de Justiniano, Justino y Tiberio. <<

[544] «Quinta regio Piceni est; quondam uberrimæ multitudinis, CCCXI, millia Picentium in fidem P. R. venere» (Plin. *Hist. Natur*. III, 18). En tiempo de Vespasiano, esta antigua población estaba muy disminuida. <<

[545] Mayor número aún pereció de hambre en las provincias occidentales, sin contar (ἔκτος) el golfo jonio. Las bellotas se comían en lugar del pan. Procopio vio a un huérfano desamparado chupado por una cabra. Diecisiete pasajeros fueron hospedados por dos mujeres, que los asesinaron y comieron; pero el decimoctavo las mató, etcétera. <<

[546] Quizás quince o dieciséis millones. Procopio (*Anecdot*. c. 18) calcula que el África perdió cinco millones, que Italia era tres veces más extensa, y que la despoblación era mucho mayor en proporción. Pero su cómputo es parcial y está envuelto en dudas. <<

[547] En la decadencia de estas escuelas militares, la sátira de Procopio (*Anecdot*. c. 24; Alemano, pp. 102, 103), la confirma e ilustra Agatias (l. V, p. 159), a quien no puede mirarse como un testigo sospechoso. <<

[548] La distancia entre Constantinopla y Melantias, quinta cesariana (Amian. Marcelin. XXX, 11) está fijada diferentemente en ciento dos o ciento cuarenta estadios [20,51 o 28,15 km] (Suidas, t. II, pp. 522, 523; Agatias, l. V, p. 158) o dieciocho o diecinueve millas [28,96 o 30,57 km] (*Itineraria*, pp. 138, 230, 323, 332, y Wesseling, *Observations*). Las doce primeras millas [19,31 km], hasta Regio, estaban empedradas por orden de Justiniano, quien mandó construir un puente sobre un pantano, entre un lago y el mar (Procop. de *Edif*. l. IV, c. 8). <<

[549] El Atiras (Pompon. Mela, l. II, c. 2, p. 169, ed. Voss). A la embocadura del río, una ciudad o castillo del mismo nombre fue fortificado por Justiniano (Procop. de *Ædif*. l. IV, c. 2; *Itinerar*. p. 570, y Wesseling). <<

[550] La guerra búlgara, y la última victoria de Belisario, están imperfectamente descriptas en la prolija declamación de Agatias (l. V, pp. 154-174) y la adusta crónica de Teófanes (pp. 197, 198). <<

[551] «Ινδους». Casi no podían ser verdaderos indios; y los etíopes conocidos a veces con este nombre, los antiguos nunca los emplearon en su guardia o séquito; y eran únicamente

objeto, aunque costoso, del lujo femenino o real (Terent.*Eunuch*. act. 1, escena II; Sueton. en August. c. 85, con una nota útil de Casaubon, en Calígula, c. 57). <<

[552] Los Sergios (*Vandal*., l. II, c. 21, 22; *Anecdot*. c. 5) y Marcelos (*Goth*. l. III, c. 32) los menciona Procopio. Véase Teófanes, pp. 197, 201. <<

[553] Alemano (p. 3) cita un antiguo manuscrito bizantino que ha sido impreso en el *Imperium Orientale* de Bauduri. <<

[554] Sobre la desgracia y restauración de Belisario, se conserva el apunte original en el fragmento de Juan Malala (t. II, pp. 234-243) y la exacta crónica de Teófanes (pp. 194-204). Cedreno (*Compend*. pp. 387, 388) y Zonaras (t. II, l. XIV, p. 69) parecen titubear entre la verdad anticuada y la asomante mentira. <<

[555] El origen de esta fábula puede derivarse de una obra miscelánea del siglo XII, las *Chiliads* de Juan Tzetzes, fraile (Basil. 1546, *ad calcem* Lycophront. Colon, Allobrog. 1614. en *Corp. Poet. Græc*.). Refiere la guerra y mendicidad de Belisario en diez versos vulgares (*Chiliads* III, núm. 88, 339-348 en *Corp, Poet. Græc*. t. II, p. 311).

Ἔκπωμα ξύλινον κρατῶν, ἐβόα τῳ μιλίῳ,
Βελισαρίῳ ὀβολὸν δότε τῶ στρατηλάτῃ
Ὃν τύχη μὲν ἐδόξασεν, ἀποτυφλοῖ δ' ὁ φθόνος.

Este cuento moral o romántico fue introducido en Italia con el idioma y los manuscritos griegos, repetido a fines del siglo XV por Critino, Pontano, y Volaterrano, refutado por Alciato, en honor de la ley, y defendido por Baronio (561 d. C., núm. 2, etc.) en honor de la Iglesia. Con todo, Tzetzes leyó en otras crónicas que Belisario no había perdido la vista, y que había recobrado su fama y fortuna. <<

[556] La estatua en la quinta Borghesa en Roma, sentada, con la

mano abierta, que se dice vulgarmente extenderse a Belisario, puede atribuirse con más dignidad a Augusto en el acto de posesionarse de Némesis (Winkelman, *Hist. de l'Art*. t. III, p. 266). «Ex nocturno visu etiam stipem, quotannis, die certo, emendicabat a populo, cavam manum asses porrigentibus præbens» (Sueton en August. c. 91, con una excelente nota de Casaubon). <<

[557] El *rubor* de Domiciano está bastante denigrado por la pluma de Tácito (en *Vit. Agricol*. c. 45); y también han hablado de él Plinio el Menor (*Panegyr*. c. 48) y Suetonio (en *Domitian*, c. 18, y Casaubon *ad locum*). Procopio (*Anecdot*. c. 8) cree neciamente que sólo un busto de Domiciano alcanzó al siglo VI. <<

[558] Los estudios y la ciencia de Justiniano están atestiguados por la confesión (*Anecdot*., c. 8, 13) aun más que por las alabanzas (*Gothic*. l. III, c. 51, de *Edif*. l. I, Proem. c. 7) de Procopio. Consúltese el extenso índice de Alemano, y léase la vida de Justiniano por Ludewig (pp. 135-142). <<

[559] Véase en el C. P. Christiana de Ducange (l. I, c. 24, núm. 1), una cadena de testimonios originales, desde Procopio en el siglo VI, a Gyllius en el XVI. <<

[560] El primer cometa lo menciona Juan Malala (t. II, pp. 190, 219) y Teófanes (p. 154); el segundo, Procopio (*Persic*. l. II, c. 4), Con todo, sospecho su identidad. La palidez del sol (*Vandal*. l. II, c. 14) la aplica Teófanes (p. 158) a otro año. <<

[561] El libro VII de Séneca de las *Cuestiones naturales* patentiza, en la teoría de los cometas, un entendimiento filosófico. Con todo, no debemos muy cándidamente confundir una predicción vaga, *a veniet tempus*, etc., con el mérito de los verdaderos descubrimientos. <<

[562] Los astrónomos pueden estudiar a Newton y Halley. Saco

mi humilde ciencia del artículo «Comète», en la *Enciclopedia francesa*, por D'Alembert. <<

[563] Whiston, el honrado, piadoso y soñador Whiston, había pensado, para la era del diluvio de Noé (2242 a. C.), una aparición anterior del mismo cometa que inundó la tierra con su cola. <<

[564] Una disertación de Fréret (*Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. X, pp. 357-377) suministra un conjunto de erudición y filosofía. El fenómeno del tiempo de Ogiges fue conservado por Varrón (*apud* Augustín de *Civitate Dei*, XXI, 8), quien cita a Castor, Dion de Nápoles, y Adrasto de Cízico, *nobiles mathematici*. Los dos períodos subsiguientes están conservados por los mitologistas griegos y los libros espurios de versos sibilinos. <<

[565] Plinio (*Hist. Nat*. II, 23) copió el memorial original de Augusto. Mairan en sus eruditas cartas al padre Parennin, misionero en la China, traslada los juegos y el cometa de septiembre, del año 44 al 43, antes de la era cristiana; pero no me convence enteramente la crítica del astrónomo (*Opúsculos*, pp. 275-351). <<

[566] Este último cometa fue visible en el mes de diciembre de 1680. Baile, que empezó sus *Pensées sur la Comète* en enero, 1881 (Œuvres, t. III), tuvo que deducir que un cometa *sobrenatural* hubiera confirmado a los antiguos en su idolatría. Bernoulli (véase su *Eloge*, en Fontenelle, t. V, p. 99) confesó que la cola, aunque no la cabeza, era una *señal* de la cólera de Dios. <<

[567] *El Paraíso Perdido* publicado en el año 1667, y las célebres líneas (l. II, 708 y ss.) que sorprendieron al censor, pueden aludir al último cometa de 1664, observado por Cassini en Roma, en presencia de la reina Cristina (Fontenelle, en *su Eloge*,

t. V, p. 338). ¿Había Carlos II dado algunos indicios de curiosidad o miedo? <<

[568] Sobre los terremotos, véase Buffon (t. I, pp. 502-563, *Supplément a l'Hist. Naturelle*, t. V, pp. 382-390, edición en 4°), Valmont de Bomare (*Dictionnaire d'Histoire Naturelle*, Tremblemens de Terre, Pyrites), Watson (*Chemical Essays*, t. I, pp. 181-209). <<

[569] Los terremotos que conmovieron el mundo romano en el reinado de Justiniano están descritos o mencionados por Procopio (*Goth*. l. IV, c. 25; *Anecdot*. c. 18), Agatias (l. V, pp. 52, 53, 54; l. V, 145-152) Juan Malala (*Chron*. t. II, pp. 140-146, 176, 177, 183, 193, 220, 229, 231, 233, 234) y Teófanes (pp. 151, 185, 189, 191-196). <<

[570] Una elevación empinada, un cabo perpendicular, entre Arado y Botris, llamado por los griegos θεῶν πρόσωπον, y εὐπρόσωπον o λιθοπρόσωπον por los escrupulosos cristianos (Polibio, l. V, p. 411. Pomponio Mela, l. I, c. 12, p. 87, *cum* Isaac Voss. *Observat. Maundrell Jornada*, pp. 32, 33; Pocock, *Description*, vol. II, p. 99). <<

[571] Botris fue fundada (935-903 a. C.) por Itobal, rey de Tiro (Marsham, *Canon Chron*., pp. 387, 388). Su mezquina suplente, la villa de Patrono, carece de puerto. <<

[572] La universidad, el esplendor y la ruina de Berito han sido celebrados por Heinecio (pp. 351-356) como una parte esencial de la historia de la ley romana. Fue derribada en el año XXV de Justiniano, 9 de julio de 551 d. C. (Teófanes, p. 192); pero Agatias (l. II, pp. 51-52) suspende el terremoto hasta haber terminado la guerra italiana. <<

[573] He leído con gusto el corto pero elegante tratado de Mead sobre las *Dolencias Pestilentes*, VIII edición, Londres, 1722. <<

[574] La gran plaga que reinó en 542 y en los años siguientes (Pagi, *Crítica*, t. II, p. 518) puede verse descrita en Procopio (*Persic*. l. II, c. 22, 23), Agatias (l. V, pp. 153, 154), Evagrio (l. IV, c. 29), Pablo Diácono (l. II, c. 4, pp. 776, 777), Gregorio de Tours (t. II, l. IV, c. 5, p. 205), quien lo llama *Lues Inguinaria*, y las *Crónicas* de Victor Tununensis (p. 9, en *Thesaur. Temporum*), de Marcelino (p. 54) y de Teófanes (p. 153). <<

[575] Freind (*Hist. Medicin*. en *Opp*. pp. 416-420, Loud 1733) supone que Procopio debía haber estudiado medicina, por su conocimiento y uso de las voces técnicas. Con todo, muchas de las voces que hoy en día son científicas, eran comunes y populares en el idioma griego. <<

[576] Véase Tucídides, l. II, c. 47-54, pp. 127-133, ed. Duker, y la descripción poética de la misma plaga por Lucrecio (l. VI, 1136, 1284). Tengo que agradecer a Hunter un trabajo documentario sobre esta parte de Tucídides, un tomo en cuarto de seiscientas páginas (Venet. 1603, *apud* Juntas), que fue pronunciado en la librería de San Marcos por Fabio Paulino Utinensis, médico y filósofo. <<

[577] Tucídides (c. 54) afirma que la infección sólo se tenía una vez; pero Evagrio que conocía por experiencia la plaga, dice que algunas personas que se habían salvado del primer ataque yacieron al segundo; y Fabio Paulino (p. 588) confirma esta repetición. Voto que sobre este punto los médicos no están acordes; y la clase y los efectos de este mal pueden no ser siempre idénticos. <<

[578] Así se salvó Sócrates de la plaga de Atenas por su sobriedad (Aul. Gelluis, *Noct. Athic*. II, 1). Mead atribuye la salubridad particular de las casas religiosas a las dos ventajas de aislamiento y abstinencia (pp. 18, 19). <<

[579] Mead prueba que la plaga era contagiosa, apoyándose en Tucídides, Lucrecio, Aristóteles, Galeno, y la experiencia (pp. 10-20), y refuta (Prefacio, pp. II-XIII) la opinión contraria de los médicos franceses que visitaron Marsella en el año 1720. Con todo, eran los espectadores de una plaga que en pocos meses había arrebatado cincuenta mil habitantes (*sur la Peste de Marseille*, París, 1786) de una ciudad que hoy en día, en medio de la prosperidad y el comercio, encierra más de noventa mil almas (Necker, *sur les Finances*, t. I, p. 234). <<

[580] Las fuertes aserciones de Procopio —οὔτε γὰρ ἰστρῷ οὔτε ἰδιώτῃ— quedan deshechas por la experiencia de Evagrio. <<

[581] Tras algunas figuras de retórica, las arenas del mar, etc., Procopio (*Anecdot.* c. 18) trata de dar una relación más circunstanciada: que μυριάδας μυριάδων μυρίας habían sido exterminados bajo el reinado del demonio imperial. La expresión es ambigua, tanto en gramática como en aritmética, y una interpretación literal produciría muchos millones de millones. Alemano (p. 80) y Cousin (t. III, p. 178) traducen este pasaje «doscientos millones», pero ignoro los motivos. Si separamos el μυριάδας, el restante μυριάδων μυριάς, una miríada de miríadas, producirá cien millones, número que es admisible. <<

[582] Los jurisconsultos de los tiempos casi desconocidos han establecido un absurdo y un modo incomprensible de citación, que está apoyado por la autoridad y la costumbre. En sus referencias al *Código*, las *Pandectas* y la *Instituta* citan el número, no del *libro*, sino el de la ley; y se contentan con recitar las primeras palabras del *título* a que pertenece; y de estos títulos hay más de mil. Ludewig (*Vit. Justiniani*, p. 268) desea sacudir este yugo pedantesco, y yo me he atrevido a adoptar el método

más sencillo y natural de numerar el libro, el título y la ley. <<

[583] Germania, Bohemia, Hungría, Polonia y Escocia las admitieron como ley usual; en Francia, Italia, etc., tenían una influencia directa o indirecta; y en Inglaterra fueron respetadas desde Estefano hasta Eduardo I, nuestro Justiniano nacional (Dack, de *Usu et Auctoritate Juris Civilis*, l. II, c. 1, 8-15. Heinecio, *Hist. Juris Germanici*, c. 3, 4. núms. 55-124 y la historia legal de cada país). <<

[584] Francisco Hottoman, un instruido abogado del siglo XVI, trató de enojar a Cuyas y complacer al canciller de l'Hospital. Su Anti-Tribonianus (que nunca he podido agenciarme) se publicó en francés en 1609, y su secta se propagó en Germania (Heinecio, *Op*. t. III, syllog. III, pp. 171-183). <<

[585] A la cabeza de estos guías, colocaré respetuosamente al instruido Heinecio, profesor alemán, que murió en Halle en el año 1741 (véase su Elogio en la *Nouvelle Bibliothèque Germanique*, t. II, pp. 51-64). Sus extensas obras han sido recopiladas en ocho volúmenes en 4O, Ginebra, 1743-1748. Los tratados de que me he valido son: 1. *Historia Juris Romani et Germanici*, Lugd. Bataw. 1740, en 8O. 2. *Syntagma Antiquitatum Romanam Jurisprudentiam illustrantium*, 2 vols. en 8O Traject. ad Rhenum. 3. *Elementa Juris Civilis secundum Ordinem Institutionum*, Lugd., Bat. 1751 en 8O. 4. *Elementa J. C. secundum Ordinem Pandectarum*, Traject. 1772, en 8O 2 vols. <<

[586] Nuestro texto original es un fragmento del *Origine Juris* (*Pandect*. l. I, tít. II) de Pomponio, un abogado romano que vivió bajo los Antoninos (Heinecio, t. III, syllog. III, pp. 66-126). Ha sido abreviada y probablemente adulterada, por Triboniano, y desde entonces restablecida por Bynkershoek (*Opp*. t. I, pp.

279-304). <<

[587] La historia constitucional de los reyes de Roma puede estudiarse en el libro primero de Livio, y aun más extensamente en Dionisio Halicarnaso (l. II, pp. 80-96, 119-130; l. IV, pp. 198-220), quien a veces descubre el carácter de retórico y de griego. <<

[588] Esta triple división de la ley la aplicó Justo Lipsio (*Opp*. t. IV, p. 279) a los tres reyes romanos; la adoptó Gravina (*Origines Juris Civilis*, p. 28, ed. Lips. 1737), y Mascou, editor alemán, la admitió con repugnancia. <<

[589] El código más antiguo, o *Digesto*, se llamaba *Jus Papirianum*, del primer compilador, Papirio, que floreció algún tiempo antes o después del *Regifugium* (*Pandect*. l. I, tít. II). Los mejores críticos judiciales, aun Bynkershoek (t. I, pp. 284, 285) y Heinecio (*Hist. J. C. R*. l. I, c. 16, 17 y *Opp*. t. III, syllog. IV, pp. 1-8), dan crédito a este cuento de Pomponio, sin detenerse bastante en el valor y la rareza de semejante monumento, en el siglo III de una ciudad *iletrada*. Sospecho que Cayo Papirio, el pontífice Máximo, que restableció las leyes de Numa (Dionisio Halicarnaso, l. III, p. 171), no dejó más que una tradición verbal; y que el *Jus Papinianum de Granio Flaco* (*Pandect*. l. L, tít. XVI, leg. 144) no era un comentario, sino una obra original compilada en tiempo de César (Censorino, de *Die Natali*, l. III, p. 13; *Duker de Latinitate J. C*. p. 157). <<

[590] Una prueba pomposa, aunque débil, para restablecer el original se halla en la *Historia de la Jurisprudencia Romana* de Terrasson, pp. 22-72, París, 1750, en folio; obra que promete más de lo que es en sí. <<

[591] En el año 1444 se desenterraron siete u ocho tablas de cobre entre Cortona y Gubio. Una parte de ellas, porque las demás

son etruscas, representan el estado primitivo de las letras y el idioma pelásgico, que Herodoto atribuye a aquel distrito de Italia (l. I, c. 56, 57, 58): aunque este pasaje difícil puede explicarse de una Crestona en Tracia (*Notas de Larcher*, t. I, pp. 256-261). El dialecto salvaje de las Tablas Eugubinas ha ejercitado, y puede aun eludir, la adivinación de la crítica; pero la raíz es indudablemente latina, de la misma época y carácter que el Saliare Carmen que, en tiempo de Horacio, ninguno podía entender. El idioma romano, con una tintura del dórico y griego eólico, fue gradualmente formándose en el estilo de las Doce Tablas, de la columna de Duilliano, de Enio, de Terencio y de Cicerón (Grutero, *Inscript*. t. I, p. CXLII; Escipion Maffei, *Istoria Diplomatica*, pp. 241-258; *Bibliothéque Italique*, t. III, pp. 30-41, 174-205; t. XIV, pp. 1-52). <<

[592] Compárese Livio (l. III, c. 31-59) con Dionisio Halicarnaso (l. X, p. 644; XI, p. 691). ¡Cuán conciso y animado es el romano! ¡Cuán prolijo e insulso el griego! Con todo ha juzgado admirablemente los dueños, y definido las reglas, de la composición histórica. <<

[593] De los historiadores, Heinecio (*Hist. J. R.* l. I, núm. 26) sostiene que las Doce Tablas eran de cobre (*æreas*) en el texto de Pomponio se lee *eboreas*, por lo que Escalígero sustituyó *roboreas* (Bynkershoek, p. 286). Podía haber empleado madera, cobre y marfil. <<

[594] Su destierro lo menciona Cicerón (*Tusculan. Quæstion*. V, 36); su estatua, Plinio (*Hist. Nat*. XXXIV, 11). La carta, el sueño y la profecía de Heráclito son también espurios (*Epistolæ Græc. Divers*. p. 337). <<

[595] Este intrincado asunto de la moneda siciliana y romana está hábilmente discutido por Rentley (*Dissertation on the Epistles of*

Phalaris, pp. 427-479), cuyos impulsos, en esta controversia, van guiados por el honor y el resentimiento. <<

[596] Los romanos, o sus aliados, navegaron hasta el promontorio de África (Polyb. l. III, p. 177, ed. Casaubon, en folio). Livio y Dionisio mencionan sus viajes a Cumas, etcétera. <<

[597] Esta circunstancia probaría únicamente la antigüedad del Charondas, el legislador de Regio y Catana, quien, por un extraño yerro de Diodoro de Sicilia (t. I, L. XII, pp. 485-492), fue mucho tiempo después ensalzado como el autor de la policía de Turio. <<

[598] Zaleuco, cuya existencia ha sido fuertemente atacada, tenía el mérito y la gloria de haber convertido una cuadrilla de rebeldes (los locrios) en los súbditos más virtuosos y sumisos de las repúblicas griegas (véanse dos memorias del Barón de Saint Croix, *sur la Legislation de la Grande Gréce*; *Mém. de l'Académie*, t. XLII, pp. 276-333). Pero las leyes de Zaleuco y Charondas, que engañaron a Diodoro y Estobeo, eran la composición espuria de un sofista pitagórico, cuyo fraude fue descubierto por la sagacidad crítica de Betley, pp. 335-377. <<

[599] Aprovecho la ocasión para describir el progreso de esta correspondencia nacional: 1. Herodoto y Tucídides (300-350 A.U.C.) parecen ignorar el nombre y la existencia de Roma (Joseph. contra Apion. t. II, l. I, c. 12, p. 444, ed. Havercamp). 2. Teopompo (400 A.U.C., Plin. III, 9) menciona la invasión de los galos, que se halla referida en términos más vagos por Heráclides Pontico (Plutarch. en *Camillo*, p. 292, ed. H. Stephan). 3. La embajada supuesta o verdadera de los romanos a Alejandro (430 A.U.C.) se halla confirmada por Clitarco (Plin. III, 9), por Aristo y Asclepiadeo (*Arrian*. l. VII, pp. 294, 295), y por Memnon de Heraclea (*apud* Photium, cod. CCXXIV, p. 725), aunque negada tácitamente por Livio. 4. Teofrasto (440

A.U.C.) *primus externorum aliqua de Romanis diligentius scripsit* (Plin. III, 9). 5. Licofron (480-500 A.U.C.) sembró la primera semilla de una colonia troyana y la fábula de la *Eneida* (*Casandra*, 1226-1280):

Γῆς καὶ θαλάσσης σκῆπτρα καὶ μοναρχίαν
Λαβόντες.

¡Predición osada antes del fin de la primera guerra púnica! <<

[600] La tabla doce, de modo *sepulturæ*, fue tomada de Solón (Cicerón, de *Legibus*, II, 23-26): el *furtem per lancem et licium conceptum* está derivado por Heinecio de las costumbres de Atenas (*Antiquitat. Rom.* t. II, pp. 167-175). El derecho de matar a un ladrón nocturno está declarado por Moisés, Solón, y los decemviros (*Exodus*, XXII, 3; Demóstenes contra Timocratem, t. I, p. 736, ed. Reiske; Macrob. *Saturnalia*, l. I, c. 4; *Collatio Legum Mosaicarum et Romanarum*, tít. VII, núm. 1, p. 218, ed. Cannegieter). <<

[601] Βραχέως καὶ ἀπερίττως es la alabanza de Diodoro (t. I, l. XII p. 494) que puede traducirse muy bien por el *eleganti atque absoluta brevitate verborum* de Aulio Gelio (*Noct. Attic.* XXI, 1). <<

[602] Óigase a Cicerón (de *Legibus*, II, 23) y su representante Craso (de *Oratore*, I, 43, 44). <<

[603] Véase Heinecio (*Hist. J. R.* núms. 29-33). He seguido la restauración de las Doce Tablas por Gravina (*Origines J. C.* pp. 280-307) y Terrassota (*Hist. de la Jurisprudence Romaine*, pp. 94-205). <<

[604] *Finis æqui juris* (Tacit. *Annal.* III, 27). *Fons omnis publici et privati juris* (T. LIV. III, 34). <<

[605] «De principiis juris, et quibus modis ad hanc multitudinem infinitam ac varietatem legum perventum sit *altius* disseram»

(Tacit. *Annal*. III, 25). Esta profunda investigación no ocupa más que dos páginas; pero son de las de Tácito. Con el mismo sentido, aunque con menos energía, Livio (III, 34) se había quejado, «in hoc inmenso aliarum super alias acerbaturum legum cumulo», etcétera. <<

[606] Suetonio en Vespasiano, c. 8. <<

[607] Cicerón, *ad Familiares*, VIII, 8. <<

[608] Dionisio con Arbuthnot, y la mayor parte de los modernos (excepto Eisenschmidt de *Ponderibus*… pp. 137-140), representan los cien mil *asses* por diez mil dracmas áticas o algo más de trescientas libras esterlinas. Pero su cálculo puede aplicarse únicamente a los últimos tiempos, cuando el as se redujo a 1/24 de su antiguo peso; no puedo creer que en los tiempos primitivos, por mucho que escaseasen los metales preciosos, una sola onza [28,7 g] de plata se cambiase por setenta libras [32,2 kg] de cobre. El método más sencillo y racional es valorar el cobre por sí solo con arreglo a la tarifa actual, y luego comparar la acuñación y el precio del mercado; el *as* primitivo, o libra romana, de cobre, puede justipreciarse en un chelín inglés, y los cien mil *asses* de la primera clase ascendían a cinco mil libras esterlinas. Resulta de este mismo cálculo que un buey se vendía en Roma por cinco libras, un carnero por diez chelines y una fanega de trigo por una libra y diez chelines (Feisto, p. 330, ed. Dacier; Plin. *Hist. Natur*. XVIII, 4): no veo razón alguna para desechar estas conclusiones, que moderan nuestras ideas de la pobreza de los primeros romanos. <<

[609] Consúltense los escritores sobre el Roman Comitia, particularmente Sigonio y Beaufort. Spanheim (de *Præstantia et Usu Numismatum* t. II, dissert. X, pp. 192, 193) enseña una medalla curiosa, el *Cista Pontes*, *Septa*, *Diribitor*, etcétera. <<

[610] Cicerón (de *Legibus*, III, 16, 17, 18) ventila esta cuestión

constitucional, y asigna a su hermano quinto la parte más impopular. <<

[611] «Præ tumultu recusantium, perferre non potuit» (Sueton. en *August*. c. 34). Véase Propercio, l. II, eleg. 6. Heinecio, en una historia separada, apuró el asunto de las leyes de Juliano y PapianoPoppæan (*Opp*. t. VII, p. I, pp. 1 -479). <<

[612] Tácit. *Annal*. I, 15. Lipsio, *Excursus E*, en Tacitum. <<

[613] «Non ambigitur senatum jus facere posse» es la decisión de Ulpiano (l. XVI, ad Edict. en *Pandect*. l. I, tít. III, leg. 9). Pomponio trata el *comitia* del pueblo como una *turba hominum* (*Pandect*. l. I, tít. II, leg. 9). <<

[614] El *jus honorarium* de los pretores y otros magistrados está exactamente definido en el texto latino de la *Instituta* (l. I, tít. II, núm. 7) y explicado más extensamente en la paráfrasis griega de Teófilo (pp. 33-38, ed. Reitz), quien añade la importante palabra *honorarium*. <<

[615] Dion Casio (t. I, l. XXXVI, p. 100) fija los edictos perpetuos en el año de Roma 686. Con todo, esta institución se atribuye al año 585 en el Acta Diurna, que se ha publicado por los papeles de Ludovico Vives. Su autenticidad está apoyada o consentida por Pigio (*Annal. Roman*. t. II, pp. 377, 378), Grevio (*ad* Sueton. p. 778), Dodwell (*Prælection Cambden*, p. 665), y Heinecio: pero una sola palabra, Scutum *Cimbricum*, descubre la superchería (*Moyle's Works*, vol. I, p. 303). <<

[616] La historia de los edictos está compuesta, y el texto del edicto perpetuo renovado, por la mano maestra de Heinecio (*Opp*. t. VII, p. II, pp. 1-564), en cuyas investigaciones puedo descansar con toda seguridad. Bouchaud, en la *Academia de Inscripciones*, ha dado una serie de memorias sobre este interesante asunto de ley y literatura. <<

[617] Sus leyes son las primeras en el *Código*. Véase Dodwell (*Prælect. Cambden*, pp. 319-340), quien se extravía sobre este asunto en una lectura confusa y una paradoja débil. <<

[618] «Totam illam veterem et squallentem sylvam legum novis principalium rescriptorum et edictorum securibus truncatis et cæditis» (*Apologet*, c. 4, p. 50, ed. Havercamp). Sigue alabando el tesón reciente de Severo, que rechazó las leyes inútiles o perniciosas sin miramiento a su antigüedad o autoridad. <<

[619] La denominación constitucional de *Legibus solutus* está mal interpretada por la malicia o ignorancia de Dion Casio (t. I, l. LIII, p. 713). En esta ocasión su autor, Reimar, añade la censura universal que la independencia y la crítica han pronunciado contra este historiador esclavo. <<

[620] La *palabra (Lex Regia)* era aun más reciente que la *cosa*. Los esclavos de Cómodo o Caracalla se hubieran pasmado al oír el nombre regio. <<

[621] Véase Gravina (*Opp*. pp. 501-512) y Beaufort (*Republique Romaine*, t. I, pp. 255-274), quien ha hecho un uso adecuado de dos disertaciones por Juan Federico Gronovio y Nodt, ambas traducidas, con notas apreciables, por Barbeyrac, 2 vols. 12o 1731. <<

[622] *Institut*. l. I, tít. II, núm. 6; *Pandect*. l. I, tít. XVII, leg. I, núm. 7. En sus *Antigüedades* y *Elementos*, Heinecio habló extensamente de *constitutionibus principum*, que están ilustrados por Godofredo (*Comment. ad. C.d. Teodos*., l. I, tít. I, II, III) y Gravina (pp. 87-90). <<

[623] Teófilo, en *Paraphras. Græc. Institut*., p. 34, ed. Reitz. En cuanto a su persona, época y escritos, véase el *Teófilo* de J. H. Mylius, Excurs. III, pp. 1034-1073. <<

[624] Encierra más envidia que razón la queja de Macrino (*Jul.*

Capitolin. c. 13): «Nefas esse leges videri Commodi et Caracallæ et hominum imperitorum voluntates». Cómodo fue hecho Divo por Severo (Dodwell, *Prælect*. VIII, pp. 324, 325). Con todo, no ocurre más que dos veces en las *Pandectas*. <<

[625] Sólo de Antonino Caracalla hay en el *Código* doscientas constituciones y con su padre ciento sesenta. Estos dos príncipes están citados cincuenta veces en las *Pandectas*, y ocho en la *Instituta* (Terrasson, p. 265). <<

[626] Plin. *Secund. Ep*. X, 66. Sueton. en *Domitian*. c. 23. <<

[627] Era una máxima de Constantino, «contra jus rescripta non valeant» (*Cod. Theodos*. l. I, tít. II, leg. L). Los emperadores concedieron con repugnancia algún escrutinio en la ley y el hecho, alguna prórroga, petición, etc., pero estos remedios insuficientes están demasiado a discreción y en perjuicio del juez. <<

[628] Una composición de bermellón y cinabrio, con la que marcaban los diplomas imperiales desde León I (470 d. C.) hasta la caída del Imperio griego (*Bibliothèque Raisonnée de la Diplomatique*, t. I, pp. 509-514; Lami, de *Eruditione Apostolorum*, t. II, pp. 720-726). <<

[629] Schulting, *Jurisprudentia Ante-Justinianea*, pp. 681-718. Cuyas atribuye a Gregorio los reinados desde Adriano hasta Galieno; y la continuación a su compañero de tareas Hermógenes. Esta división general puede ser exacta; pero con frecuencia el uno se introduce en el terreno del otro. <<

[630] Escévola, probablemente Q. Cervidio Escévola, el amo de Papiniano, considera esta aceptación del fuego y el agua como la ceremonia esencial del casamiento (*Pandect*. l. XXIV, tít. 1, leg. 66. Véase Heinecio, *Hist. J. R.* núm. 317). <<

[631] Cicerón (de *Officiis*, III, 19) puede hablar de un caso ideal,

pero san Ambrosio (de *Officiis*, III, 2) acude al uso de su tiempo, que entendía como abogado y magistrado (Schulting *ad Ulpian. Fragment*. tít. XXII, núm. 213, pp. 643, 644). <<

[632] El *furtum lance licioque conceptum* ya no se entendía en tiempo de los Antoninos (Aulio Gelio, XVI, 10). La derivación ática de Heinecio (*Antiquitat. Rom*. l. VI, tít. 1, núms. 13-21) está apoyada por el testimonio de Aristófanes, su escoliasta, y Pólux. <<

[633] En su oración para Murena (c. 9-13) Cicerón ridiculiza las fórmulas y los misterios de los jurisconsultos, que están descritos con mucha sencillez por Aulio Gelio (*Noct. Attic*. XX, 10), Gravina (*Opp*. pp. 265, 266, 267), y Heinecio (*Antiquitat*. l. IV, tít. VI). <<

[634] Las series de los abogados civiles se deducen por Pomponio (de *Origine Juris Pandect*. l. I, tít. II). Los modernos han despejado, con erudición y criterio, esta rama de historia literaria, y entre ellos he seguido únicamente a Gravina (pp. 41-79) y Heinecio (*Hist. J. R.* núms. 113-351). Cicerón, particularmente en su libro de *Oratore*, de *Claris Oratoribus*, y *Legibus*, y del *Clavis Ciceroniana* de Ernesto (bajo los nombres de Mucio, etc.), suministra muchos informes originales y agradables. Horacio alude a menudo a los afanes matinales de los jurisconsultos (*Serm*. l. I, 10, *Ep*. 2. I,103, etc.).

Agricolam laudat juris legumque peritus
Sub galli cantum, consultor ubi ostia pulsat.
[…]
Romæ dulce diu fuit et solemne, reclusa
Mane domo vigilare, clienti promere jura. <<

[635] Craso, o más bien Cicerón, propone (de *Oratore*, I, 41, 42) una idea del arte o ciencia de la jurisprudencia, de la que el

elocuente, pero lego, Antonio (I, 58) parece burlarse. Fue en parte ejecutado por Servio Sulpicio (en *Bruto*, c. 41), cuyas alabanzas están elegantemente variadas en la latinidad clásica del romano Gravina (p. 60). <<

[636] «Perturbatricem autem omnium harum rerum academiam, hanc ad Arcesila et Carneade recentem, exoremus ut sileat, nam si invaserit in hæc, quæ satis scite instructa et composita videntur, nimias edet ruinas, quam quidem ego placare cupio, submovere non audeo» (de *Legibus*, I, 13). De este solo paso puede Bentley (*Remarks on Freethinking*, p. 250) haber conocido cuán firmemente creía Cicerón en las doctrinas vistosas que ha ido engalanando. <<

[637] La filosofía estoica se enseñó al principio en Roma por Panecio, el amigo de Escipión el Menor (véase su vida en las *Mém. de l'Académie des Inscriptions*, t. X, pp. 75-89). <<

[638] Según está citado por Ulpiano (leg. 40, *ad* Sabinum en *Pandect*. l. XLVII, tít. II, leg. 21). Con todo, Trebacio, después de ser un campeón jurisconsulto, *qui familiam duxit*, se hizo epicúreo (Cicerón *ad Fam*. VII, 5). Quizás no era constante o sincero en su nueva secta. <<

[639] Véase Gravina (pp. 45-51) y las cavilaciones ineficaces de Mascou. Heinecio (*Hist. J. R.* núm. 125) cita y aprueba una disertación de Everardo Oton, de *Stoica Jurisconsultorum Philosophia*. <<

[640] Hemos oído hablar de la regla catoniana, la estipulación aquilia, y las fórmulas manilianas, de doscientas once máximas y de doscientas cuarenta y siete definiciones (*Pandect*. l. L, tít. XVI, XVII). <<

[641] Léase Cicerón, l. I, de *Orotore*, Topica, pro Murena. <<

[642] Véase Pomponio (de *Origine Juris Pandect*. l. I, tít. II, leg. 2,

núm. 47), Heinecio (*ad Institut*. l. I, tít. II, núm. 8, l. II, tít. XXV, en *Element. et Antiquitat*.), y Gravina (pp. 41-45). Con todo, el monopolio de Augusto, una providencia dura, aparecería algo más suave en el testimonio contemporáneo, y probablemente estaba autorizado por un decreto del Senado. <<

[643] He recorrido la Diatriba de Gotfrido Mascovio, el instruido Mascou, de *Sectis Jurisconsultorum* (Lipsiæ, 1728, en 12o, p. 276), un erudito tratado sobre un terreno estrecho e inculto. <<

[644] Véase el carácter de Antistio Labeón en Tácito (*Annal*. III, 75) y en una epístola de Ateyo Capitón (Aulio Gelio, XIII, 12), quien acusa a su contrario de «libertas nimia et *vecors*». Sin embargo, Horacio no hubiera azotado a un virtuoso y respetable senador, y debo adoptar la enmienda de Bentley, quien lee *Labieno insanior* (*Serm*. 1, III, 82). Véase Mascou, de *Sectis* (c. 1, pp. 1-24). <<

[645] Justiniano (*Institut*. l. III, tít. 23 y Teofil. *Vers Græc*. pp. 677, 680) ha celebrado esta disputa, y los versos de Homero citados por ambas partes son autoridades legales. Paulo decidió (leg. 33, *ad* ed. en *Pandect*. l. XVIII, tít. I, leg. 1), puesto que, en un mero cambio, el comprador no podía ser distinguido del vendedor. <<

[646] Esta controversia quedó también abandonada a los proculianos, para evitar la indecencia de una indagación, y avenirse con el aforismo de Hipócrates, que era adicto al número septenario de semanas, de años o setecientos días (*Institut*. l. I, tít. XXII). Plutarco y los estoicos (de *Placit. Philosoph*. l. V, c. 24) apuntan una razón más natural. Catorce años es la edad —περὶ ἣν ὁ σπερματικὸς κρίνεται ἀῤῥός. Véase el *vestigia* de las sectas en Mascou, c. IX, pp. 145-276. <<

[647] Las series y la conclusión de las sectas están descritas por Mascou (c. II, VII, pp. 24-120) y será casi ridículo ensalzar su justicia, igual a estas sectas anticuadas. <<

[648] A los primeros avisos vuela al consejo del rodaballo; con todo, Juvenal (*Satir*. IV, 75-81) llama al prefecto de Roma *sanctissimus legum interpres*. Por su ciencia, dice el antiguo escolástico, se lo llamaba no hombre, sino libro. Derivó el nombre singular de Pegaso de la galera que mandaba su padre. <<

[649] Tacit. *Annal*. XVII, 7. Sueton. en *Nerone*, c. XXXVII. <<

[650] Mascou, de *Sectis*, c. VIII, pp. 120-144, de *Herciscundis*, un término legal que se aplicó a los abogados eclécticos: *herciscere* es sinónimo de *dividere*. <<

[651] Véase el *Código Teodosiano*, l. I, tít. IV, con el Comentario de Godofredo, t. I, pp. 30-35. Este decreto podría ocasionar disputas jesuíticas, como las de las Cartas Provinciales, sobre si un juez estaba obligado a seguir la opinión de Papiniano, o de una mayoría, en oposición a su parecer, su conciencia, etc. Con todo, un legislador pudiera dar a esta opinión, aunque falsa, la validez, no de verdad, pero de ley. <<

[652] Para los afanes legales de Justiniano he estudiado el prefacio de la *Instituta*, el prólogo 1, 2 y 3 de las *Pandectas*; el 1 y 2 del *Código*; y el mismo *Código* (l. I, tít. XVII de *Veteri Jure enucleando*). Después de estos testimonios originales, he consultado entre los modernos, Heinecio (*Hist. J. R.* núm. 383-404), Terrason (*Hist. de la Jurisprudence Romaine*, pp. 295-356), Gravina (*Opp*. pp. 93-100) y Ludewig, en su *Vida de Justiniano* (pp. 19-123, 318-321; para el *Código* y las *Novelas*, pp. 209-261; para el *Digesto* o *Pandectas*, pp. 262-317). <<

[653] Sobre el carácter de Triboniano, véanse los testimonios de

Procopio (*Persic*. l. I, c. 23, 24; *Anecdot*. c. 13, 20) y Suidas (t. III, p. 501, ed. Kuster). Ludewig (en *Vit. Justinian*. pp. 175-209) trabaja con afán, con mucho afán, para blanquear al moro negro. <<

[654] Aplico los dos pasos de Suidas al mismo sujeto; le cuadra muy bien cada circunstancia. Con todo, los abogados parecen ignorarlo; y Fabricio se inclina a separar los dos caracteres (*Bibliot. Græc*. t. I, p. 341; II, p. 518; III, p. 418; XII, pp. 346, 353, 474). <<

[655] Este cuento lo refieren Hesiquio (de *Viris Illustribus*), Procopio (*Anecdot*. c. 13) y Suidas (t. III, p. 501). Semejante adulación parece increíble.

—Nihil est quod credere de se

Non possit, cum laudatur Diis æqua potestas.

Fontenelle (t. I, pp. 32-39) ha ridiculizado el descaro del modesto Virgilio. Pero el mismo Fontenelle coloca a su rey mucho más alto que el divino Augusto, y el sabio Boileau no se avergonzó de decir «le destin à ses yeux n'oserait balancer». Con todo, ni Augusto ni Luis XIV eran locos. <<

[656] Πάνδεκται (recibidores generales) era un título común de las misceláneas griegas (Plin. Præf. *ad Hist. Natur*.). El *Digesta* de Escévola, Marcelino, Celso, era ya familiar a los jurisconsultos; pero Justiniano cometió un yerro usando las dos denominaciones como sinónimas. ¿La palabra *Pandectas* es griega o latina?, ¿masculina o femenina? El diligente Brenckman no presumirá de decidir estas controversias importantes (*Hist. Pandect. Florentin*. pp. 300-304). <<

[657] Ángelo Policiano (l. V, *Ep*. últ.) calcula en treinta y siete (pp. 192-200) los jurisconsultos citados en las *Pandectas* —lista extraordinaria de sabios para su tiempo. El índice griego de las

Pandectas enumera treinta y nueve, y el infatigable Fabricio cuenta hasta cuarenta (*Bibliot. Græc.* t. III, pp. 488-502). Dicen que Antonino Augusto (de *Nominibus Propriis Pandect. apud* Ludewig p. 283) añadió cincuenta y cuatro nombres, pero deben ser vagas referencias, o de segunda mano. <<

[658] El Στιχοὶ del antiguo manuscrito puede definirse exactamente como sentencias o período de un sentido completo, que, en lo ancho de los rollos de pergamino o volúmenes, componían otras tantas líneas de longitud desigual. El número de Στιχοι en cada libro servía para salvar las erratas de los escribientes (Ludewig, pp. 211-215; y su autor original Suicer., *Thesaur. Ecclesiast.*, t. I, pp. 1021-1036). <<

[659] Una oración erudita e ingeniosa de Escultingio (*Jurisprudentia Ante-Justinianea* pp. 883-907) sincera la elección de Triboniano, contra los cargos apasionados de Francisco Hottoman y sus sectarios. <<

[660] Arránquese la corteza de Triboniano, y concédase el uso de voces técnicas, y se hallará que el latín de las *Pandectas* no desmerece del de la Edad de Oro. Ha sido atacado con vehemencia por Lorenzo Valla, un gramático fastidioso del siglo XV, y por su apologista Florido Sabino. Alciato lo defendió, y un abogado desconocido (probablemente Jaime Capelo). Sus varios tratados están recopilados por Duker (*Opuscula de Latinitate veterum Jurisconsultorum*, Lugd. Bat. 1721, en 12º). <<

[661] «Nomina quidem veteribus servavimus, legum autem veritatem nostram fecimus. Itaque siquid erat in illis *seditiosum*, multa autem talia erant ibi reposita, hoc decisum est et definitum, et in perspicuum finem deducta est quæque lex» (*Cod. Justinian.* l. I, tít. XVII, leg. 3, núm. 10), ¡franca confesión! <<

[662] El número de estas *emblemata* (un nombre político para

falsedades) está muy reducido por Bynkershoek (en los cuatro últimos libros de sus *Observaciones*), quien sostiene muy débilmente el derecho de Justiniano y el deber de Triboniano. <<

[663] Las *antinomias* o leyes opuestas del *Código* y las *Pandectas* son a veces la causa, y con frecuencia la disculpa, de la gloriosa duda de la ley civil, que tan a menudo suministra lo que Montaigne llama *questions pour l'ami*. Véase un hermoso paso de Francisco Balduino en *Justiniano* (l. II, p. 259 y ss. *apud* Ludewig, pp. 305, 306). <<

[664] Cuando Fust, o Fausto, vendió en París sus primeras biblias impresas como manuscritos, el precio de cada copia en pergamino se redujo de cuatrocientas o quinientas coronas a sesenta, cincuenta o cuarenta. El público al principio estaba muy contento de su baratura, y al fin enfadado con el descubrimiento del engaño (Mattaire, *Annal. Tipograph*. t. I, p. 112; primera edición). <<

[665] Esta costumbre execrable prevaleció desde el siglo VIII, y particularmente desde el XII, cuando se hizo casi universal (Montfaucon, en las *Mémoires de l'Académie*, t. VI, p. 606 y ss.; *Bibliothèque Raisonnée de la Diplomatique*, t. I, p. 476). <<

[666] Pomponio (*Pandect*. l. I, tít. II, leg. 2) dice que de los tres fundadores de la ley civil, Mucio, Bruto y Manilio, «extant volumina, scripta Manilii monumenta», que algunos antiguos abogados, republicanos, «hæc versantur corum scripta inter manus hominum». Ocho de los sabios augustos quedaron reducidos a un compendio: de Cascelio, «scripta non extant sed unus liber», etc.; de Trebacio, «minus frecuentatur»; de Tuberón, «libri parum grati sunt». Muchas citas de las *Pandectas* están sacadas de libros que Triboniano nunca vio; y en el largo

período del siglo VII al XIII de Roma, la lectura *aparente* de los modernos depende sucesivamente de la sabiduría y la veracidad de sus predecesores. <<

[667] Todos, en varios ejemplos, repiten las erratas del escribiente y la trasposición de algunas hojas en las *Pandectas Florentinas*. Este hecho, si es verdadero, es decisivo. Con todo, las *Pandectas* están citadas por Ivo de Chartres (que murió en 1117), por Teobaldo, arzobispo de Canterbury, y por Vacario, nuestro primer profesor, en el año 1140 (*Selden ad Fletam*, c. 7, t. II, pp. 1080-1085) ¿Han sido recopilados nuestros manuscritos ingleses de las *Pandectas*?

87 Véase la descripción de este original en Brenckman (*Hist. Pandect. Florent*. l. I, c. 2, 5, pp. 4-17 y l. II). Policieno, un entusiasta, lo reverenciaba como el verdadero estandarte del mismo Justiniano (pp. 407, 488); pero esta paradoja está refutada por las abreviaciones del manuscrito florentino (l. II, c. 5, pp. 117-130). Se compone de dos volúmenes en cuarta, con grandes márgenes, en pergamino fino, y los caracteres latinos descubren la mano de un escribiente griego. <<

[668] Brenckman, al fin de su historia, insertó dos disertaciones sobre la república de Amalfi y la guerra pisana en el año 1135, etcétera. <<

[669] El descubrimiento de las *Pandectas* en Amalfi (1137 d. C.) está notado primero (en 1501) por Ludovico Bolognino (Brenckman, l. I, c. 11, pp. 73, 74; l. IV, c. 2, pp. 417-425), apoyándose en la autoridad de una crónica pisana (pp. 409, 410), sin nombre ni fecha. Todo el cuento, aunque desconocido en el siglo XII, engalanado en las épocas ignorantes, y sospechoso a la rígida crítica, no carece enteramente de probabilidad (l. I, c. 4-8, pp. 17-50). El *Liber Pandectarum* de Pisa fue

indudablemente consultado en el siglo XIV por el gran Bartolo (pp. 406, 407. Véase l. I, c. 9, pp. 50-62). <<

[670] Pisa fue tomada por los florentinos en el año 1406; y en 1411 las *Pandectas* se trasportaron a la capital. Estos sucesos son auténticos y célebres. <<

[671] Estaban encuadernadas en púrpura, depositadas en una rica caja, y se mostraban a los viajeros curiosos, por los frailes y magistrados, con la cabeza descubierta, y con hachas encendidas (Brenckman, l. I, c. 10, 11, 12, pp. 62-93). <<

[672] Después de las recopilaciones de Policiano, Bolognino y Antonio Agustín, y la magnífica edición de las *Pandectas* por Taurelo (en 1551), Henry Brenckman, un sueco, emprendió una peregrinación a Florencia, en donde empleó varios años en el estudio de un solo manuscrito. Su *Historia Pandectarum Florentinarum* (Utrecht, 1722, en 4º), aunque un monumento de industria no es más que una pequeña parte de su primitivo plan. <<

[673] Χρύσεα χαλκείων, ἑκατὸμβοι ἐννεαβοίων,«apud Homerum patrem omnis virtutis» (1º Præfat. *ad Pandec.*). Una línea de Milton o de Taso nos hubiera admirado en un acta del parlamento. «Quæ omnia obtinere sancimus in omne ævum». Del primer código, dice (2º Præfat.) «in æternum valiturum». ¡Hombre y para siempre! <<

[674] *Novellæ* es un adjetivo clásico; pero un sustantivo bárbaro (Ludewig, p. 245). Justiniano nunca las recopiló él mismo; las nueve colaciones, el modelo legal de los tribunales modernos, se componen de noventa y ocho *Novelas*; pero su número se alimentó por la actividad de Juliano, Haloander y Concio (Ludewig, pp. 249, 258. Aleman. *Not.* en *Anecdot.* p. 98). <<

[675] Montesquieu, *Considérations sur la Grandeur et la Décadence*

des Romains, c. 20 t. III, p. 501, en 4º. En esta ocasión arroja a un lado la bata y el gorro de presidente a Mortier. <<

[676] Procopio, *Ancedot*. c. 28. Un privilegio semejante se concedió a la Iglesia de Roma (*Novel*. IX). Sobre la abolición general de estas dañosas indulgencias, véase *Novel*. CXI y Edict. V. <<

[677] Lactancio, en sus *Instituciones de la cristiandad*, obra elegante y brillante, propone imitar el título y método de los jurisconsultos. «Quidam prudentes et arbitri æquitatis Institutiones Civilis Juris compositas ediderunt» (*Institut. Divin*., l. I, c. 1). Tal como Ulpiano, Pablo, Florentino y Marciano. <<

[678] El emperador Justiniano las llama *suum*, aunque murió antes del fin del segundo siglo. Sus *Institutas* están citadas por Servio, Boecio, Prisciano, etc., y aún existe el Epítome por Arriano (Véase el Prolegomena y notas a la edición de Schulting, en la *Jurisprudentia Ante-Justinianea*, Lugd. Bat. 1717; Heinecio, *Hist J. R.* núm. 313; Ludewig, en *Vit. Just*. p. 199). <<

[679] Véanse los *Annales Politiques de l'Abbé de Saint Pierre*, t. I, p. 25, que traen la fecha del año 1735. Las familias más antiguas reclaman la posesión inmemorial de armas y vasallos. Desde las Cruzadas, algunas de las más respetables han sido creadas por el rey, por méritos y servicios. La muchedumbre vulgar y reciente dimana de la multitud de oficios venales, sin cargo ni dignidad, que ennoblecen continuamente a los plebeyos ricos. <<

[680] Si la opción de un esclavo estaba cedida en varios legados, se sacaban suertes; y los que perdían tenían derecho a la parte que les correspondía de su valor: diez piezas de oro por un criado común o una joven menor de diez años; si era mayor, veinte; si

sabían algún oficio, treinta; notarios o escritores, cincuenta; parteras o médicos, sesenta; eunucos menores de diez años, treinta; mayores, cincuenta; comerciantes, setenta (*Cod*. l. VI, tít. XLIII, leg. 3). Estos precios legales son generalmente más bajos que los del mercado. <<

[681] Sobre el estado de los esclavos y los hombres libres, véase la *Instituta*, l. I, tít. III-VIII; l. II, tít. IX; l. III, tít. VIII, IX; *Pandectas* o *Digesto*, l. I, tít. V, VI; l. XXXVIII, tít. I-IV, y todo el libro XL; *Código*, l. VI, tít. IV, V; l. VII, tít. I-XXIII. Entiéndase de aquí en adelante que, con el texto original de la *Instituta* y *Pandectas*, los artículos correspondientes en las *Antigüedades* y *Elementos* de Heinecio van implícitamente citados; y con los veintisiete primeros libros de las *Pandectas*, los instruidos y racionales *Comentarios* de Gerardo Noodt (*Opera*, t. II, pp. 1-590, el fin, Lugd. Bat. 1724). <<

[682] Véase el *patria potestas*, en la *Instituta* (l. I, tít. IX), las *Pandectas* (l. I, tít. VI, VII) y el *Código* (l. VIII, tít. XLVII, XLVIII, XLIX). «Jus potestatis quod in liberos habemus proprium est civium Romanorum. Nulli enim alii sunt homines, qui talem in liberos habeant potestatem qualem nos habemus.» <<

[683] Dionisio Hal. l. II, pp. 94, 95. Gravina (*Opp*. p. 286) reproduce las palabras de las Doce Tablas. Papiniano (en *Collatione Legum Roman. et Mosaicarum*, tít IV, p. 204) llama esta *patria potestas, lex regia*: Ulpiano (*ad Sabin*. l. XXVI, en *Pandect*. l. I, tít. VI, leg. 8) dice, «jus potestatis moribus receptum; y furiosus filium in potestate habetit». ¡Cuán sagrado!, o más bien, ¡cuán absurdo! <<

[684] *Pandect*. l. XLVII, tít. II, leg. 14; núm. 13, leg. 38; núm. 1. Tal era la decisión de Ulpiano y Pablo. <<

[685] El *trina mancipatio* está claramente definido por Ulpiano

(*Fragment*. X, pp. 591, 592, ed. Schulting), y mejor ilustrado en las *Antigüedades* de Heinecio. <<

[686] Justiniano habla y reprueba la antigua ley, el *jus necis* del padre romano (*Institut*. l. IV, tít. IX, núm. 7). Aún quedan algunos vestigios legales en las *Pandectas* (l. XLIII, tít. XXIX, leg. 5, núm. 4) y el *Collatio Legum Romanarum et Mosaicarum* (tít. II, núm. 3, p. 189). <<

[687] Excepto en ocasiones públicas, y en el actual ejercicio de su oficio. «In publicis locis atque muneribus, atque actionibus patrum, jura cum filiorum qui in magistratu sunt, potestatibus collata, interquiescere paullulum et connivere», etc. (Aulio Gelio, *Noctes Atticæ*, II, 2). Las lecciones del filósofo Tauro quedan abonadas con el antiguo y memorable ejemplo de Fabio; y podemos ver el mismo cuento en el estilo de Livio (XXIV, 44) y el idioma grosero de Claudio Quadrigario el analista. <<

[688] Véase la gradual extensión y seguridad del filial *peculium* en la *Instituta* (l. II, tít. IX), las *Pandectas* (l. XV, tít. I; l. XLI, tít. I) y el *Código* (l. IV, tít. XXVI, XXVII). <<

[689] Los ejemplos de Erixo y Ario están referidos por Séneca (de *Clementia*, I, 14, 15), el primero con horror, el segundo con aplauso. <<

[690] «Quod latronis magis quam patris jure cum interfecisset, nam patria potestas in pietate debet non in atrocitate consistere» (Marciano, *Institut*. l. XIV, en *Pandect*. l. XLVIII, tít. IX, leg. 5). <<

[691] Las leyes Pompeya y Cornelia de *sicariis* y *parricidis* están repetidas, o más bien compendiadas, con los últimos suplementos de Alejandro Severo, Constantino y Valentiniano, en las *Pandectas* (l. XLVIII, tít. VIII, IX) y el *Código* (l. IX, tít. XVI, XVII). Véase también el *Código Teodosiano* (l. IX, tít. XIV, XV) con el comentario de Godofredo (t. III, pp. 84, 113), que suministra

abundantes conocimientos antiguos y modernos sobre las leyes penales. <<

[692] Cuando el Cremes de Terencio reconviene a su mujer porque no obedece sus órdenes, exponiendo a su hijo, habla como padre y como dueño, y acalla los escrúpulos de una mujer loca. Véase Apuleyo (*Metamorph*. l. X, p. 337, ed. Delfin). <<

[693] La opinión de los abogados, y la discreción de los magistrados, introdujo, en tiempo de Tácito, algunas restricciones legales que pudiesen resistir el contrarresto de los *boni mores* de los germanos, con el *bonæ leges alibi*, esto es, en Roma (de *Moribus Germanorum*, c. 49) Tertuliano (*ad Nationes*, l. I, c. 15) refuta sus propios cargos, y los de sus hermanos contra la jurisprudencia pagana. <<

[694] La sabia y humana sentencia del jurisconsulto Paulo (l. II, *Sententiarum* en *Pandect*. l. XXV, tít. III, leg. 4) está considerada como un precepto moral por Gerardo Noodt (*Opp*. t. I, en *Julius Paulus*, pp. 567-588, y *Amica Responsio*, pp. 591-606), quien sostiene la opinión de Justo Lipsio (*Opp*. t. II, p. 409, *ad* Belgas, cent. I, *Ep*. 85), y como una verdadera ley obligatoria por Bynkersboek (de *Jure Occidendi Liberos*, *Opp*. t. I, pp. 318-340. *Curæ Secundæ*, pp. 391-427). En una controversia instruida, pero acalorada, los dos amigos se desvían en los extremos opuestos. <<

[695] Dionisio Hal. l. II, pp. 92, 93. Plutarco, en *Numa*, pp. 140, 141. Τὸ σῶμα καὶ τὸ ἦθος κάθαρον καὶ ἄθικτον ἐπὶ τῷ γαμοῦντι γένεσθαι. <<

[696] En el invierno *frumenta*, el *triticum* o trigo barbudo; el *siligo* o sin barbas; el *far adorea, oryza*; cuya descripción se aviene tanto con el arroz de España e Italia. Prohíjo esta identidad, apoyándome en el testimonio de Paucton en su útil y laboriosa

Métrologie (pp. 517-529). <<

[697] Aulio Gelio (*Noctes Atticæ*, XVIII, 6) da una ridícula definición de Elio Meliso, «Matrona, quæ semel, *materfamilias*, quæ sæpius peperit», como *porcetra* y *scropha* en el género de semilla. Luego añade el verdadero significado: «quæ in matrimonium vel in manum convenisset.» <<

[698] Bastaba el haber probado vino, o robado la llave de la bodega (Plin. *Hist. Nat*. XIV, 14). <<

[699] Solón exigía tres pagos por mes. Según el Misna, a un marido joven, robusto y holgazán se le imponía una contribución diaria; dos veces por semana a un ciudadano, una a un labrador; una al mes al trajinante; y cada seis meses a un marino. Pero el estudiante y el doctor estaban libres de este tributo; y ninguna mujer, si se la satisfacía *semanalmente*, podía solicitar el divorcio: se concedía un voto de abstinencia por una semana. La poligamia dividía, sin multiplicar, los deberes del marido (Selden, *Uxor Ebraica*, l. III, c. 6, en sus obras, vol. II, pp. 717-720). <<

[700] En la ley Oppia, se puede ver el discurso suavizador de Valerio Flaco, y la oración severa y censurante de Catón el Mayor (Liv. XXXIV, 1-8). Pero más bien oiremos al pulido historiador del siglo VIII, que a los oradores ásperos del sexto de Roma. Los principios, y hasta el estilo, de Catón están más esmeradamente conservados por Aulio Gelio (X, 23). <<

[701] Sobre el sistema del matrimonio católico y judío, véase Selden (*Uxor Ebraica*, *Opp*. vol. II, pp. 529-860), Biginham (*Christian Antiquities*, l. XXII), y Chardon (*Hist. des Sacremens*, t. VI). <<

[702] Las leyes civiles del casamiento están expuestas en la *Instituta* (l. I, tít. X), las *Pandectas* (l. XXIII, XXIV, XXV) y el *Código*

(l. V); pero como el título de *ritu nuptiarum* está imperfecto, tenemos que escudriñar los *Fragmentos* de Ulpiano (tít. IX, pp. 590, 591) y el *Collatio Legum Mosaicarum* (tít. XVI, pp. 790, 791) con las notas de Piteo y Schulting. Hallan en el *Comentario* de Servio (en la 1 *Geórgica* y la 4 *Eneida*) dos pasos curiosos. <<

[703] Según Plutarco (p. 57), Rómulo no admitía más que tres causas para el divorcio: embriaguez, adulterio y llaves falsas. De cualquier otro modo, el marido que abusaba de su supremacía tenía que entregar la mitad de sus bienes a su mujer, la mitad a la diosa Ceres, y ofrecer un sacrificio (¿con lo restante?) a las deidades terrestres. Esta extraña ley fue, o bien imaginaria, o bien transitoria. <<

[704] En el año de Roma 5123, Espurio Carvilio Ruga repudió a una mujer hermosa, buena, pero estéril (Dionisio Hal. l. II, p. 93; Plutarco, en *Numa*, p. 141; Valerio Máximo, l. II, c. 1; Aulio Gelio, IV, 3). Fue interrogado por los censores, y aborrecido por el pueblo; pero su divorcio se apoyaba en la ley. <<

[705]

—*Sic fiunt octo mariti*>,

Quinque per autumnos.

(Juvenal, *Sátira* VI, 20)

Una rápida sucesión, que todavía puede creerse, así como el *non consulum numero, sed maritorum annos suos computant*, de Séneca (de *Beneficiis*, III, 16). Jerónimo vio en Roma a un marido triunfante enterrar a su vigésima prima mujer, quien había hecho otro tanto con veintidós de sus predecesores, menos robustos (*Opp*. t. I, p. 90, *ad Gerontiam*). Pero los diez maridos en un mes del poeta Marcial es una extravagante hipérbole (l. VI,

epigrama 7). <<

[706] *Sacellum Viriplacæ* (Valerio Máximo, l. II, c. 1), en la región palatina, aparece en el tiempo de Teodosio, en la descripción de Roma por Publio Víctor. <<

[707] Valerio Máximo, l. II, c. 9, con fundamento juzga el divorcio más criminal que el celibato: «illo namque conjugalia sacra spreta tantum, hoc etiam injuriose tractata.» <<

[708] Véanse las leyes de Augusto y sus sucesores en Heinecio, *ad Legem Papiam-Poppæam*, c. 19 en *Opp*. t. VI, p. I, pp. 323-335. <<

[709] «Aliæ sunt leges Cæsarum, aliæ Christi; aliud Papinianus, aliud Paulus *noster* præcipit» (Jerom. t. I, p. 198; Selden, *Uxor Ebraica*, III, c. 51, pp. 847-853). <<

[710] La *Instituta* guarda silencio; pero podemos consultar los códigos de Teodosio (l. III, tít. XVI, con el *Comentario* de Godofredo, t. I, pp. 310-315) y Justiniano (l. V, tít. XVII), las *Pandectas* (l. XXIV) y las *Novelas* (XXII, CXVII, CXXVII, CXXXIV, CXL). Justiniano hasta el fin fluctuó entre la ley civil y la eclesiástica. <<

[711] En griego puro, πορνεία no es una palabra común, ni su verdadero significado, fornicación, puede aplicarse exactamente al pecado matrimonial. En sentido figurado, ¿cuán lejos, y a qué ofensas, no podría extenderse? ¿Hablaba Cristo el idioma árabe o sirio? ¿De qué palabra original es πορνεία la traducción? ¡Cuán varia es aquella palabra griega traducida en las versiones antigua y moderna! Son dos (Marcos, X, 11; Lucas, XVI, 18) para uno (Mateo, XIX, 9) que semejante punto de divorcio no fue exceptuado por Jesús. Algunos críticos han creído que por medio de una contestación evasiva evitaba ofender tanto a la esencia de Sammai como a la de Hillel (Selden, *Uxor Ebraica*, l.

III, c. 18-22, 28, 31). <<

[712] Los principios de la jurisprudencia romana están expuestos por Justiniano (*Institut.*, l. I, tít. X); y las leyes y costumbres de las diferentes naciones de la Antigüedad, respecto de los grados prohibidos, etc., están extensamente explicados por Taylor en sus *Elementos de la Ley Civil* (pp. 108, 314-339), una obra de entretenimiento, con lectura variada, pero que no puede ensalzarse por su precisión filosófica. <<

[713] Cuando su padre Agripa murió (44 d. C.), Berenice no tenía más que dieciséis años (Joseph. t. I, *Antiquit. Judaic*. l. XIX, c. 9, p. 952, ed. Havercamp). Tenía pues más de cincuenta años, cuando Tito (79 d. C.) *invitus invitam invisit*. Esta fecha no hubiera adornado la tragedia o pastoral del tierno Racine. <<

[714] El *Ægyptia conjux* de Virgilio (*Æneid*. VIII, 688) parece contarse entre los monstruos que batallaron con Marco Antonio contra Augusto, el Senado y los dioses de Italia. <<

[715] Los derechos humildes, pero legales, de las concubinas e hijos naturales están deslindados en la *Instituta* (l. I, tít. X), las *Pandectas* (l. I, tít. VII), el *Código* (l. V, tít. XXV) y las *Novelas* (LXXIV, LXXXIX). Las investigaciones de Heinecio y Guiannone (*ad Legem Juliam et Papiam-Poppæam*, c. IV, pp. 164-175; *Opere Posthume*, pp. 108-158) ilustran este asunto interesante y doméstico. <<

[716] Véase el artículo de guardias y gobernadores en la *Instituta* (l. I, tít. XIII-XVI), las *Pandectas* (l. XXVII, XXVI) y el *Código* (l. V, tít. XXVIII-LXX). <<

[717] *Institut*. l. II, tít. I, II. Compárese el raciocinio puro y cabal de Cayo y Heinecio (l. II, tít. I, pp. 69-91) con la prolijidad de Teófilo (pp. 207, 265). La opinión de Ulpiano se conserva en las *Pandectas* (l. I, tít. VIII, leg. 41, núm. 1). <<

[718] El *heredium* de los primeros romanos está definido por Varrón (de *Re Rustica*, l. I, c. II, p. 141, c. X, p. 160, 161, ed. Gesner) y oscurecido por la declamación de Plinio (*Hist. Natur*. XVIII, 2). Se ha dado un comentario exacto e instruido de la *Administration des Terres chez les Romains* (pp. 12-66). <<

[719] El *res mancipi* está explicado por apuntes débiles y remotos por Ulpiano (*Fragment*. tít. XVIII, pp. 618, 619) y Bynkershoek (*Opp*. t. I, pp. 306-315). La definición es algo arbitraria; y como ninguno, excepto yo, ha dado una razón, quedo desconfiado. <<

[720] De esta corta prescripción Hume (*Essays*, vol. I, p. 425) infiere que no podía entonces haber más orden y estabilidad en Italia que ahora entre los tártaros. Reconviénelo el letrado de su contrario Wallace, y no sin fundamento, por pasar por alto las condiciones (*Institut*. l. II, tít. VI). <<

[721] Véase la *Instituta* (l. I, tít. IV, V) y las *Pandectas* (l. VII). Noodt compuso un tratado claro e instructivo, de *Usufructu* (*Opp*. t. I, pp. 387-478). <<

[722] Las cuestiones de *Servitutibus* están ventiladas en la *Instituta* (l. II, tít. III) y *Pandectas* (l. VIII). Cicerón (*pro Murena*, c. 9) y Lactancio (*Institut. Divin*. l. I, c. 1) afectan reírse de la doctrina baladí de *aqua pluvia arcenda*, etc. Con todo, puede ser de alguna utilidad entre vecinos litigantes, tanto en las ciudades como en el campo. <<

[723] Entre los patriarcas, el que había nacido primero disfrutaba una primogenitura mística y espiritual (Génesis, XXV, 31). En la tierra de Canaan tenía derecho a una doble porción de herencia (Deuteronomio, XXI, 17, con el juicioso comentario de Le Clerc). <<

[724] En Atenas los hijos eran todos iguales; pero las pobres hijas quedaban dotadas según la voluntad de sus hermanos. Véase el

κληρικοί pleitos de Iseo (en el vol. VII de los *Oradores Griegos*), ilustrados por la versión y el comentario de Sir William Jones, estudiante, abogado y hombre de talento. <<

[725] En Inglaterra sólo el hijo mayor hereda *todas* las tierras; una ley, dice el ortodoxo juez Blackstone (*Commentaries on the Laws of England*, vol. II, p. 215), injusta únicamente en concepto de los hermanos menores. Puede ser de alguna utilidad política aguzando su industria. <<

[726] Las tablas de Blackstone (vol. II, p. 202) copian y comparan los decretos de la ley civil con los del canon o ley común. Un tratado separado de Julio Paulo, de *gradibus et affinibus*, está inserto o compendiado en las *Pandectas* (l. XXXVIII, tít. X). En el séptimo grado calcula (núm. 18) mil veinticuatro personas. <<

[727] La ley Voconia se publicó en el año 584 de Roma. El joven Escipión, que tenía entonces diecisiete años (Frenshemio, *Supplement. Livian*. XLVI, 40), halló una ocasión de ejercitar su generosidad con su madre y sus hermanos, etc. (Polibio, t. II, l. XXXI, pp. 1453-1464, ed. Gronov, un testigo doméstico). <<

[728] «Legem Voconiam» (Ernesto, *Clavis Ciceroniana*) «magna voce bonis lateribus» (a los sesenta y cinco años) «suasissem», dice el antiguo Catón (de *Senectute*, c. 5). Aulio Gelio (VII, 13; XVII, 6) ha salvado algunos pasajes. <<

[729] Véase la ley de sucesión en la *Instituta* de Cayo (l. II, tít. VIII, pp. 130-144), y Justiniano (l. III, tít. I-VI con la versión griega de Teófilo, pp. 515-575, 588-600), las *Pandectas* (l. XXXVIII, tít. VI-XVII), el *Código* (l. VI, tít. LV-LX) y las *Novelas* (CXVIII). <<

[730] Aquella sucesión era la regla, el testamento la *excepción* está probado por Taylor (*Elements of Civil Law*, pp. 519-527), un escritor instruido y de numen. En los libros segundo y tercero,

el método de la *Instituta* está indudablemente mal colocado; y el canciller Daguesseau (*Œuvres*, t. I, p. 275) desea ver a su compatricio Domat en lugar de Triboniano. Con todo, *contratos* antes de *sucesiones* no es seguramente *el orden natural de las leyes civiles*. <<

[731] Los ejemplos anteriores de los testamentos son quizá fabulosos. En Atenas, un padre sin *hijos* no podía hacer más que un solo legado (Plutarch., en *Solone*, t. I, p. 164. Véase Iseo y Jones). <<

[732] El testamento de Augusto está especificado por Suetonio (en *August*. c. 101; en *Nerón*, c. 4), a quien puede estudiarse como un código de antigüedades romanas. Plutarco (*Opuscul*. t. II, p. 976) se pasma ὅταν δὲ διαθήκας γράφουσιν, ἑτέροι μὲν ἀπολείπουσι κληρονόμους, ἕτεροι δὲ πωλοῦσι τάς οὐσίας. El lenguaje de Ulpiano (*Fragment*. tít. XX, p. 627. ed. Schulting) es casi demasiado exclusivo: *solum in usu est*. <<

[733] Justiniano (*Novell*. CXV, núm. 3, 4) enumera únicamente los crímenes públicos y privados, por los que un hijo puede también desheredar a su padre. <<

[734] La *substitutions fidei-commissaires* de la ley civil moderna es una idea feudal, basada en la jurisprudencia romana, y que apenas guarda ninguna semejanza con la antigua *fidei-commissa* (*Institutions du Droit Français*, t. I, pp. 347-383. Denissart, *Decisions de Jurisprudence*, t. IV, pp. 577-604). Se extendían hasta el cuarto grado por un abuso de la *Novela* CLIX; una ley parcial, perpleja y declamatoria. <<

[735] Dion Casio (t. II, l. LVI, p. 814, con las notas de Reimar) especifica en moneda griega la suma de veinticinco mil dracmas. <<

[736] Las revoluciones de las leyes romanas sobre herencias están muy bien deducidas, aunque algunas veces imaginariamente, por Montesquieu (*Esprit des Loix*, l. XXVII). <<

[737] Sobre la jurisprudencia civil de las sucesiones, testamentos, codicilos y legados, los principios están fijados en la *Instituta* de Cayo (l. II, tít. II-IX, pp. 91-144), Justiniano (l. II, tít. X-XXV) y Teófanes (pp. 328-514); y el extenso pormenor cuaja hasta doce libros (XXVIII-XXXIX) de las *Pandectas*. <<

[738] Las *Instituta* de Cayo (l. II, tít. IX, X, pp. 144-214), de Justiniano (l. III, tít. XIV-XXX; l. IV, tít. IVI) y de Teófilo (pp. 616-837) distinguen cuatro clases de obligaciones: aut *re*, aut *verbis*, aut *litteris*, aut *consensu*, pero confieso que soy parcial de mi propia división. <<

[739] Cuán superior es el frío y racional testimonio de Polibio (l. VI, p. 693; l. XXXI, pp. 1459-1460) al aplauso confuso y vago —*omnium maxime et præcipue fidem coluit* (A. Gelio, XX, 1). <<

[740] El *Jus Prætorium de Pactis et Transactionibus* es un tratado separado y satisfactorio de Gerardo Noodt (*Opp*. t. I, pp. 483-564). Haré aquí notar que en las universidades de Holanda y Brandeburgo, a principios del siglo presente, parece haberse estudiado la ley civil bajo los principios más justos y liberales. <<

[741] El asunto hermoso y variado de los contratos por consentimiento está desparramado por cuatro libros de las *Pandectas* (XVII-XX) y es una de las partes que deben llamar más la atención de un estudiante inglés. <<

[742] Los contratos de renta están definidos en las *Pandectas* (l. XIX) y el *Código* (l. IV, tít. LXV). El *quinquennium* parece más bien haber sido una costumbre que una ley; pero en Francia todos los arriendos de tierras se terminaban a los nueve años. Esta traba se quitó únicamente en el año 1775 (*Encyclopédie*

Méthodique, t. I, de la Jurisprudence, pp. 668, 669); siento tener que decir que aún se observa en el hermoso y dichoso país en que me es dado residir. <<

[743] Pudiera conformarme implícitamente con el sentido y la erudición de los tres libros de G. Noodt; *de fœnore et usuris* (*Opp*. t. I, pp. 175-268). La interpretación de *los asses o centecimæ usuræ* por doce, el *unciariæ* por uno por ciento, está sostenida por los mejores críticos y letrados: Noodt (l. II, c. 2, p. 207), Gravina (*Opp*. pp. 205 y ss., 210), Heinecio (*Antiquitat. ad Institut*., l. III, tít. XV), Montesquieu (*Esprit des Loix*, l. XXII, c. 22; t. II, p. 36. *Défense de l'Esprit des Loix*, t. III, pp. 478 y ss.) y sobre todo Juan Federico Gronovio (de *Pecunia Vetere*, l. III, c. 13, pp. 213-227 y sus tres *Antexegeses*, pp. 455-655), el fundador, o al menos el campeón, de esta opinión probable, que, con todo, sorprende con algunas dificultades. <<

[744] «Primo XII Tabulis sancitum est ne quis unciario fœnore amplius exerceret» (Tácit. *Annal*. VI, 16) «Pour peu», dice Montesquieu (*Esprit des Loix*, l. XXII, c. 22) «qu' on soit versé dans l'histoire de Rome, on verra qu' une pareille loi ne doit pas étre l'ouvrage des décemvirs». ¿Era Tácito ignorante o mentecato? Pero los patricios más sabios y virtuosos podían sacrificar su avaricia a su ambición, y probar de reprimir la costumbre odiosa, por un interés que no aceptase ningún prestamista, y tales penas que ningún deudor incurriese en ellas. <<

[745] Justiniano no quiso avenirse a colocar la usura en su *Instituta*; pero las reglas y restricciones necesarias se hallan en las *Pandectas* (l. XXII, tít. I, II) y el *Código* (l. IV, tít. XXXII, XXXIII). <<

[746] Los padres son unánimes (Barbeyrac, *Morale des Pères*, pp. 144 y ss.); Cipriano, Lactancio, Basilio, Crisóstomo (véanse su

frívolos argumentos en Noodt, l. I, c. 7, p. 188), Gregorio Niseno, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, y una caterva de concilios y casuistas. <<

[747] Catón, Séneca y Plutarco han clamado contra la costumbre o abuso de la usura. Según la etimología de *fœnus* y τοκός, el principal se supone haber *producido* el interés: una cría de estéril metal, exclama Shakespeare; y el escenario es el eco de la voz pública. <<

[748] Sir William Jones ha dado un ensayo ingenioso y racional sobre la ley de fianzas (Londres, 1781, pp. 127, en 8º). Quizás es el único letrado igualmente versado, con los libros anuales de Westminster, los *Comentarios* de Ulpiano, los pleitos áticos de Iseo, y las sentencias de los cadíes árabes y persas. <<

[749] Noodt (*Opp*. t. I, pp. 137-172) ha compuesto un tratado separado, *ad Legem Aquiliam* (*Pandect*. l. IX, tít. II). <<

[750] Aulio Gelio (*Noct. Attic*. XX, I) tomó este cuento de los *Comeritarios* de Q. Labeón sobre las Doce Tablas. <<

[751] La narración de Livio (I, 28) es fundada y solemne. *At tu dictis, Albane, maneres*, es una osada reflexión, impropia de la humanidad de Virgilio (*Æneid*. VIII, 643). Heyne, con su usual criterio, dice que el asunto era demasiado horrible para el escudo de Eneas (t. III, p. 229). <<

[752] La edad de Dracón (*Olympiad*. XXXIX, 1) está fijada por Juan Marsham (*Canon Chronicus*, pp. 593-596) y Corsini (*Fasti Attici*, t. III, p. 62). Para sus leyes, véanse los escritores sobre el gobierno de Atenas, Sigonio, Meursio, Potter, etcétera. <<

[753] La séptima, de *delictis*, de las Doce Tablas está descrita por Gravina (*Opp*. pp. 292, 293 con un comentario, pp. 214-230). Aulio Gelio (XX, 1) y el *Collatio Legum Mossaicarum et Rontanorum* suministran muchas especies originales. <<

[754] Livio menciona dos eras malas y notables, de tres mil personas acusadas, y ciento noventa matronas nobles convictas del crimen de envenenamiento (XL, 48; VIII, 18). Hume distingue las épocas de virtudes públicas y privadas (*Essays*, vol. 1, pp. 22, 25). Más bien diría que semejantes arrebatos de maldad (como en Francia en el año 1680) son acaecimientos y prodigios que no dejan ningún rastro en una nación. <<

[755] Las Doce Tablas y Cicerón (*pro Roscio Anterino*, c. 25, 26) se contentan con el saco; Séneca (*Excerpt. Controvers*. v, 4) lo adorna con serpientes; Juvenal compadece al simio inocente —*innoxia simia*— (*Satir*. XIII, 156), Adriano (*apud Dositheum Magistrum*, l. III, c. 16, pp. 874-876, con la nota de Schulting), Modestino (*Pandect*. XLVIII, tít. IX, leg. 9), Constantino (*Cod*. l. IX, tít. XVII) y Justiniano (*Institut*. l. IV, tít. XVIII) enumeran todos los compañeros del parricida. Pero esta ejecución imaginaria se simplificó en la práctica. «Hodie tamen VIVI exuruntur vel ad bestias dantur» (Paul. *Sentent. Recept*. l. V, tít. XXIV, p. 512, ed. Schulting). <<

[756] El primer parricida en Roma fue L. Ostio, después de la segunda Guerra Púnica (Plutarco, en *Romulo*, t. I, p. 57). Durante la Címbrica, Maleolo fue el primer matricida (Liv. *Epitom*. l. LXVIII). <<

[757] Horacio habla del *formidine fustis* (l. II, *Ep*. II, 154); pero Cicerón (de *República*, l. IV, *apud* Augustín, de *Civitat. Dei*, IX, 6, en *Fragment. Philosoph*. t. III, p. 393, ed. Olivet) afirma que los decemviros hacían libelos en alto grado ofensivos: «cum perpaucas res capite sanxissent» ¡ *perpaucas*! <<

[758] Bynkershoek (*Observat. Juris Rom*. l. I, c. 1, en *Opp*. t. I, pp. 9, 10, 11) se afana en probar que los acreedores dividían no el *cuerpo*, sino el *precio*, del deudor insolvente. Con todo, su

interpretación es una metáfora violenta y perpetua; ni puede tampoco sobreponerse a la autoridad romana de Quintiliano, Cecilio, Favonio y Tertuliano. Véase Aulio Gelio, *Noct. Attic*. XXI. <<

[759] El primer discurso de Lisias (Reiske, *Orator. Græc.*, t. V, pp. 2-48) es en defensa de un marido que había matado al adúltero. El derecho de los maridos y padres, en Roma y Atenas, está deslindado con mucha erudición por Taylor (*Lectiones Lysiacæ*, c. XI, en Reiske, t. VI, pp. 301-308). <<

[760] Véase Casaubon *ad Athenæum*, l. I, c. 5, p. 19. «Percurrent raphanique mugilesque» (Catull. pp. 41, 42, ed. Vossian.). «Hunc mugilis intrat» (Juvenal, *Satir*. X, 317). «Hunc perminxere calones» (Horat. l. I, *Satir*. II, 44). «Familiæ stuprandum dedit […] fraudi non fuit». (Val. Maxim. l. VI, c. 1, núm. 13). <<

[761] Esta ley la menciona Livio (II, 8) y Plutarco (en *Publicola*, t. I, p. 187) y abona plenamente la opinión pública sobre la muerte de César, que Suetonio podía publicar bajo el gobierno imperial. «Jure cæsus existimatur» (en Julio, c. 76). Léanse las cartas entre Cicerón y Macio, pocos meses después de los idus de marzo (*ad Fam*. XI, 27, 28). <<

[762] Πρῶτοι δὲ Αθηναῖοι τόν τε σίδηρον κατέθεντο. Tucídides, l. I, c. 6. El historiador, que considera esta circunstancia como el modelo de la civilización, despreciaría el barbarismo de una corte europea. <<

[763] Al principio fija en *millies* (800000 liras) los daños de Sicilia (*Divinatio* en *Cæcilium*, c. 5), que luego reduce a *quadringenties* (320000 liras - I Actio en *Verrem*, c. 18) y al fin se contentó con *tricies* (24000 liras). Plutarco (en Cicerón, t. III, 1584) no ha desfigurado la tradición, o la conceptúa popular. <<

[764] Verres vivió cerca de treinta años después de su prueba, hasta el segundo triunvirato, cuando fue proscrito por el afán de Marco Antonio, en consideración a su vajilla corintia (Plin. *Hist. Natur*. XXXIV, 3). <<

[765] Tal es el número asignado por Valerio Máximo (l. IX, c. 2, núm. L). Floro (IV, 21) distingue dos mil senadores y caballeros. Apiano (de *Bell. Civil*. l. I, c. 95, t. II, p. 133 ed. Schweighauser) más exactamente computa en cuarenta las víctimas de la clase senatorial y mil seiscientos del orden ecuestre. <<

[766] Sobre las leyes penales (*Leges Corneliæ, Pompeiæ, Juliæ*, de Sila, Pompeyo y los Césares) véanse las sentencias de Paulo (l. IV, tít. XVIII, XXX, pp. 497-528 ed. Schulting), el *Código Gregoriano* (Fragment. l. XIX, pp. 705, 706 en Schulting), el *Collatio Legum Mosaicarum et Romanorum* (tít. I-XV), el *Código Teodosiano* (l. IX), el *Código Justiniano* (l. IX), las *Pandectas* (XLVIII), la *Instituta* (l. IV, tít. XVIII) y la versión griega de Teófilo (pp. 917-926). <<

[767] Era un guardián que había envenenado a su pupilo. El crimen fue atroz; con todo, el castigo lo coloca Suetonio (c. 9) entre los actos en que Galba se mostró enérgico, «vehemens, et in delictis coercendis immodicus.» <<

[768] Los abactores o abigeatores, que conducían un caballo, o dos yeguas o bueyes, o cinco cerdos, o diez cabras, estaban sujetos a la pena capital (Paul. *Sentent. Recept*. l. IV, tít. XVIII, pp. 497, 498). Adriano (*ad. C.ncil. Bæticæ*), más severo en donde la ofensa es más frecuente, condena a los criminales, *ad gladium, ludi damnationem* (Ulpiano, de Officio Proconsulis, l. VIII, en *Collatione Legum Mossaic. et Rom*. tít. XI, p. 235). <<

[769] Hasta la publicación de Julio Paulo de Schulting (l. II, tít. XXVI, pp. 317-323) se había asegurado y se creía que las leyes de

Juliano castigaban el adulterio con la muerte; y la equivocación provino del fraude o el error del Triboniano. Con todo, Lipsio había sospechado la verdad por las narraciones de Tácito (*Annal*. II, 50, III, 24, IV, 42) y aun por la práctica de Augusto, que distinguió las fragilidades *traidoras* de sus parientas. <<

[770] En caso de adulterio, Severo confería al marido el derecho de acusación pública (*Cod. Justinian*. l. IX, tít. IX, leg. 1). Este privilegio no es injusto —tan diferentes son los efectos de las infidelidades de los hombres, o de las mujeres. <<

[771] Timon (l. I) y Teopompo (l. XLIII, *apud Athenæum*, l. XII, p. 517) describen la lujuria y concupiscencia de los etruscos: πολὺ μέν τοι γε χαίρουσι συνόντες τοῖς παισὶ καὶ τοῖς μειρακίοις. Sobre el mismo período (445 A.U.C.), la juventud romana estudiaba en Etruria (Liv. IX, 36). <<

[772] Los persas habían sido corrompidos en la misma escuela: ἢΕλλήνων μαθόντες παισὶ μίσγονται (Herodot. l. I, c. 135). Pudiera formarse una curiosa disertación sobre la introducción de la sodomía después del tiempo de Homero, sus progresos entre los griegos de Asia y Europa, la vehemencia de sus pasiones, y la sutil invención de virtud y amistad que divertía a los filósofos de Atenas, pero «scelera ostendi oportet dum puniuntur, abscondi flagitia.» <<

[773] El nombre, la fecha y las provisiones de esta ley son igualmente dudosos (Gravina, *Opp*. pp. 432, 433; Heinecio, *Hist. Jur. Rom*. núm. 108; Ernesti, *Clav. Cicerón*, en *Indice Legum*). Pero notaré, que el *nefanda* Venus del honrado germano la llama *aversa* por el italiano más político. <<

[774] Véase la oración de Æschines contra Timarco (en Reiske, *Orator. Græc*. t. III, pp. 21-184). <<

[775] Una multitud de pasos desairados se agolparán en la mente

de un lector clásico: le recordaré únicamente la fría declaración de Ovidio:

Odi concubitus qui non utrumque resolvunt.

Hoc est quod puerum tangar amore minus. <<

[776] Elio Lampridio, en *Vit. Heliogabal.* en *Hist. August.* p. 112. Aurelio Víctor, en Philippo, *Codex Theodos.* l. IX, tít. VII, leg. 7, y el *Comentario* de Godofredo, t. III, p. 63. Teodosio abolió los burdeles subterráneos de Roma, en los que se ejercía la prostitución de ambos sexos con impunidad. <<

[777] Véanse las leyes de Constantino y sus sucesores contra el adulterio, la sodomía, etc., en los códigos Teodosiano (l. IX, tít. VII, leg. 7; l. XI, tít. XXXVI, leg. 1, 4) y Justiniano (l. IX, tít. IX, leg. 30, 31). Estos príncipes hablan el idioma colérico, así como el de la justicia, y atribuyen fraudulentamente su propia severidad a los primeros Césares. <<

[778] Justiniano, *Novell.* LXXVII, CXXXIV, CXLI. Procopio en *Anecdot.* c. 11, 16, con las notas de Alemano. Teófanes, p. 151. Cedreno, p. 368. Zonaras, l. XIV, p. 64. <<

[779] Montesquieu, *Esprit des Loix*, l. XII, c. 6. Aquel elocuente filósofo concilia los derechos de libertad y de la naturaleza, que nunca se deben poner en oposición uno de otro. <<

[780] Para la corrupción de la Palestina, dos mil años antes de la era cristiana, véase la historia y la ley de Moisés. La antigua Galia está denigrada por Diodoro Sículo (t. I, l. V, p. 356), la China por los viajeros cristianos y mahometanos (*Ancient Relations of India and. China*, p. 34, traducidas por Renaudot, y su crítica más amarga, el Padre Premare, *Lettres Edifiantes*, t. XIX, p. 435) y la primitiva América por los historiadores españoles (Garcilaso de la Vega, l. III, c. 13, traducción de Rycaut; y *Diccionario* de Bayle, t. III, p. 88). Creo y espero que

los negros, en su propio país, estaban libres de esta enfermedad moral. <<

[781] El importante punto de las cuestiones y juicios públicos en Roma está explicado con mucha erudición, y en un estilo clásico, por Carlos Sigonio (l. III, de *Judiciis*, en *Opp*. t. III, pp. 679-864), y un buen compendio se halla en la *République Romaine* de Beaufort (t. II, l. V, pp. 1-121). Aquellos que quieran profundizar más en esta ley pueden estudiar a Noodt (de *Jurisdictione et Imperio Libri duo*, t. I, pp. 93-134), Heinecio (*ad Pandect*. l. I y II, *ad Institut*. l. IV, tít. XVII; *Element. ad Antiquitat*.) y Gravina (*Opp*. 230-251). <<

[782] El empleo, tanto en Roma como en Inglaterra, debe considerarse como un cargo momentáneo, y no una profesión o magistratura. Pero la obligación de un juicio unánime es peculiar a nuestras leyes, que condenan al juez a sufrir la pena del tormento de la que han eximido al criminal. <<

[783] Debemos este interesante hecho a un fragmento de Asconio Pediano, que vivió bajo el reinado de Tiberio. La pérdida de sus Comentarios sobre las *Oraciones de Cicerón* nos ha privado de un caudal imponderable de sabiduría histórica y legal. <<

[784] Polibio, l. VI, p. 643. La extensión del Imperio y la ciudad de Roma obligaron al desterrado a buscar un retiro más distante. <<

[785] «Qui de se statuebant, humabantur corpora, manebant testamenta; pretium festinandi». Tácit. *Annal*. VI, 25, con las notas de Lipsio. <<

[786] Julio Paulo (*Sentent. Recept*. l. V, tít. XII, p. 476), las *Pandectas* (l. XLVIII, tít. XXI), el *Código* (l. IX, tít. L), Bynkershoek (t. I, p. 59; *Observat. J. C. R*. VI, 4) y Montesquieu (*Esprit des Loix*, l. XXIX, c. 9), definen los límites civiles de la libertad y los

privilegios del suicidio. Las penalidades criminales son el aborto de una época menos civilizada y más moderna. <<

[787] Plin. *Hist. Natur*. XXXVI, 24. Después de haber cansado a sus súbditos en la construcción del Capitolio, se provocó a muchos de estos trabajadores para que se diesen la muerte: clavó sus cadáveres en cruces. <<

[788] Tan sólo la semejanza de una muerte violenta y prematura empeñó a Virgilio (*Æneid*. VI, 434-439) a confundir los suicidios con niños, amantes, y personas condenadas injustamente. Heyne, el mejor de los editores, se ve perplejo para deslindar la idea, o fijar la jurisprudencia, del poeta romano. <<

[789] Véase la familia de Justino y Justiniano en el *Familiæ Byzantinæ*, de Ducange, pp. 89-101. Los devotos jurisconsultos, Ludewig (en *Vit. Justinian*. p. 431) y Heinecio (*Hist. Juris. Roman*. p. 374) han ilustrado la genealogía de su príncipe predilecto. <<

[790] En la historia del encumbramiento de Justino, he traducido en prosa sencilla y concisa los ochocientos versos de los dos primeros libros de Coripo, *De Laudibus Justini*, Apéndice *Hist. Bizant*. pp. 401-416, Roma, 1777. <<

[791] Es muy extraño que Pagi (Critica, en *Annal. Baron*. t. II, p. 639) se dejase embelesar por cualquiera crónica, para contradecir el texto llano y decisivo de Coripo (vicina dona, l. II, 354, vicina dies, l. IV, 1), y posponer, hasta el año 567, el consulado de Justino. <<

[792] Theophan. *Chronograph*. p. 205. Está de más el citar el testimonio de Cedreno y Zonaras, cuando son meros copiantes. <<

[793] Coripo, l. III, 300. El sentido incomprensible se refiere a los

turcos, los conquistadores de los avares; pero la palabra *scultor* no tiene significado conceptuoso y el único manuscrito de Coripo, de donde se imprimió la primera edición (1581, *apud* Plantin.), ya no existe. El último editor, Foggini de Roma, insertó la enmienda conjetural de *soldan*; pero las pruebas de Ducange (Joinville, Dissert. XVI, pp. 238-240), para el temprano uso de este dictado entre los turcos y persas, son débiles o ambiguas. Yo me adhiero a la opinión de D'Herbelot (*Bibliothéque Orient*. p. 825), quien atribuye la voz a los idiomas árabe y caldeo, y la fecha a principios del siglo XI, cuando el califa de Bagdad se lo confirió a Mahamud, príncipe de Gazna, y conquistador de la India. <<

[794] Sobre estos discursos característicos, compárese el verso de Coripo (l. III, 251-401) con la prosa de Menandro (*Excerpt. Legation*. pp. 102-103). Su diversidad prueba que no se copiaron uno a otro; su semejanza, que lo tomaron de un mismo original. <<

[795] En cuanto a la guerra austrasia, véase Menandro (*Excerpt. Legat*. p. 110), Gregorio de Tours (*Hist. Franc*. l. IV, c. 29). y Pablo el Diácono (de *Gest. Langobard*. l. II, c. 10). <<

[796] Pablo Warnefrido, el diácono de Friuli, de *Gest. Langobard*. l. I, c. 23, 24. Sus descripciones de las costumbres nacionales, aunque toscamente delineadas, son más vistosas y exactas que las de Beda y Gregorio de Tours. <<

[797] El cuento lo refiere un impostor (Theophylact. Simocat. l. VI, c. 10); pero tuvo bastante ingenio para apoyar estas ficciones en hechos públicos y notorios. <<

[798] Según Estrabón, Plinio y Amiano Marcelino, parece que se observaba la misma costumbre entre las tribus escitas (Muratori, *Scriptores Rer. Italic*. t. I, p. 424). Los cráneos del norte de

América son también trofeos de valor. El de Cunimundo se conservó más de doscientos años entre los lombardos; y el mismo Pablo fue uno de los convidados a quienes el duque Ratchis presentó esta copa, en unas grandes fiestas (l. II, c. 28). <<

[799] Pablo, l. I, c. 27. Menandro, en *Excerpt. Legat*. pp. 110, 111. <<

[800] «Ut hactenus etiam tam apud Bajoariorum gentem, quam et Saxonum, sed et alios ejusdem linguæ homines […] in eorum carminibus celebretur». Pablo, l. I, c. 27. Murió en 799 d. C. (Muratori, en Præfat. t. I, p. 397). Estos cantares germanos, algunos de los que pueden ser tan antiguos como Tácito (de *Moribus Germ*. c. 2), fueron compilados y copiados por Carlomagno. «Barbara et antiquissima carmina, quibus veterum regum actus et bella canebantur scripsit memoriæque mandavit» (Eginard. en *Vit. Carol Magn*. c. 29, pp. 130, 131). Los poemas que recomienda Goldasto (*Animadvers. ad* Eginard. p. 207) parecen ser romances recientes y despreciables. <<

[801] Las otras naciones están descritas por Pablo (l. II, c. 6, 26). Muratori (*Antichita Italiane*, t. I, dissert. I, p. 4) descubrió la aldea de los bávaros, a tres millas [4,82 km] de Módena. <<

[802] Gregorio el Romano (Dialog. l. III, c. 27, 28, *apud* Baron. *Annal. Eccles*. 579 d. C., núm. 10) supone que también adoraban una cabra. No conozco más que una religión, en la que el Dios y la víctima son lo mismo. <<

[803] Los cargos que el Diácono hace a Narsés (l. II, c. 5) pueden ser infundados; pero la débil apología del cardenal (Baron. *Annal. Eccles*. 567 d. C., núms. 8-12) está desechada por los mejores críticos —Pagi (t. II, pp. 639, 640), Muratori (*Annali d'Italia*, t. V, pp. 160-163) y los últimos editores, Horacio

Blanco (*Script. Rerum. Italic*. t. I, pp. 427, 428) y Felipe Argelato (Sigon. *Opera*, t. II, p. 11, 12). El Narsés que asistió a la coronación de Justino (Coripo, l. III, 221) se comprende claramente que era una persona diferente. <<

[804] La muerte de Narsés la menciona Pablo, l. II, c. 11. Anastas. en *Vit. Johan*. III, p. 43, Agnellus, Liber Pontifical. Raven. en *Script. Rer. Italicarum*, t. II, part. 1, pp. 114, 124. Con todo, no puedo avenirme con Agnello en que Narsés tuviese noventa y cinco años. ¿Es probable que sus victorias las ganara a los cuarenta? <<

[805] Los intentos de Narsés y de los lombardos en la invasión de Italia se hallan de manifiesto en el último capítulo del primer libro, y los siete capítulos primeros del libro segundo, de Pablo el Diácono. <<

[806] La que, por esta traslación, se llamó Nueva Aquileia (*Chron. Venet*. p. 3). El patriarca de Grade luego fue el primer ciudadano de la República (pp. 9 y ss.); pero su silla no se trasladó a Venecia hasta el año 1450. Se halla hoy en día condecorado con dictado y honores; pero el rumbo de la Iglesia ha tenido que avenirse al del Estado, y el gobierno de una ciudad católica es enteramente presbiteriano. Thomassin, *Discipline de l'Église*, t. I, pp. 156, 157, 161, 165. Amelot de la Houssaye, *Gouvernement de Venise*, t. I, pp. 256-261. <<

[807] Pablo dio una descripción de Italia, como estaba a la sazón dividida, en dieciocho regiones (l. II, c. 14-24). La *Disertatio Chorographica de Italia Medii Ævi*, por el padre Beretti, monje benedictino y *regius professor* en Pavía, se ha tenido muy presente. <<

[808] Sobre la conquista de Italia, véanse los materiales originales de Pablo (l. II, c. 9-10, 12, 14, 25, 26, 27), la elocuente

narración de Sigonio (t. II, de *Regno Italiæ*, l. I, pp. 13-19), y la reseña esmerada y crítica de Muratori (*Annali d'Italia*, t. V, pp. 164-180). <<

[809] El lector clásico recordará a la mujer y el asesinato de Candaules, tan agradablemente referido en el primer libro de Herodoto. La elección de Gyges, ἀρέεται αὐτὸς περιεῖναι, puede servir de excusa a Peredeo; y esta suave insinuación de un concepto odioso ha sido imitada por los mejores escritores de la Antigüedad (Grevio, ad. C.cerón, *Orat. pro Milone*, c. 10). <<

[810] Véase la historia de Pablo, l. II, c. 28-32. He tomado algunas circunstancias interesantes del *Liber Pontificalis* de Agnello, en *Script. Rer. Ital.* t. II, p. 124. De todos los guías cronológicos, Muratori es el más seguro. <<

[811] Los autores originales para el reinado de Justino el Menor son Evagrio, *Hist. Eccles.* l. V, c. 1-12; Teófanes, en *Chronograph.* pp. 204, 210; Zonaras, t. II, l. XIV, pp. 70-72; Cedreno, en *Compend.* pp. 588-392. <<

[812]

Dispositorque novus sacræ Baduarius aulæ.

Succesor soceri mox factus Cura-palati.

Corippus

Baduario se cita entre los descendientes y aliados de la casa de Justiniano. Una familia de venecianos nobles (Casa *Badoero*) construyó iglesias, y dio duques a la República en el siglo IX; y si se admite su alcurnia, ningún rey en Europa puede presentar una genealogía tan antigua e ilustre. Ducange, *Fam. Byzantin.* p. 99. Amelot de la Houssaye, *Gouvernement de Venise*, t. II, p. 555. <<

[813] Las alabanzas tributadas a los príncipes antes de su elevación

son las más puras y apreciables. Coripo ensalzó a Tiberio en la época del encumbramiento de Justino (l. I, 212-222). Con todo, hasta un capitán de los guardias podía lograr adulación en un destierro africano. <<

[814] Evagrio (l. V, c. 13) añadió las reconvenciones a sus ministros. Aplica este discurso a la ceremonia, cuando Tiberio fue revestido con la dignidad de César. La expresión suelta, más bien que el verdadero error, de Teófanes, etc., retardó su investidura *Augusta* hasta poco antes de la muerte de Justino. <<

[815] Teofilacto Simocatta (l. III, c. 11) dice que legará a la posteridad el discurso de Justino tal cual lo pronunció, sin tratar de corregir las imperfecciones del lenguaje o de retórica. Quizá el engreído sofista hubiera sido incapaz de prorrumpir en tales arranques. <<

[816] Sobre el carácter y el reinado de Tiberio, véase Evagrio, l. V, c. 13; Teofilacto, l. III, c. 12 y ss.; Teófanes, en *Chron*. pp. 210-213; Zonaras, t. II, l. XIV, p. 72; Cedreno, p. 392; Pablo Warnefrido, de *Gestis Langobard*. l. III, c. 11, 12. El diácono del *Forum Julii* parece haber agenciado algunos hechos curiosos y auténticos. <<

[817] Es por consiguiente bastante extraño que Pablo (l. III, c. 15) lo distinguiera como el primer emperador griego —*primus ex Græcorum genere in Imperio constitutus*. Sus sucesores inmediatos habían seguramente nacido en las provincias latinas de Europa; y diferentes lectores, en *Græcorum Imperio*, aplicarían la expresión más bien al Imperio que al príncipe. <<

[818] Sobre el carácter y reinado de Mauricio, consúltense los libros quinto y sexto de Evagrio, particularmente l. VI, c. 1; los ocho libros de la historia prolija y florida por Teofilacto Simocatta; Teófanes, p. 213 y ss.; Zonaras, t. II, l. XIV, p. 73;

Cedreno, p. 594. <<

[819] Αὐτοκράτωρ οὕτως γενόμενος τὴν μὲν ὀχλοκρατείαν τῶν παθῶν ἐκ τὴς οικείας ἐξενηλάτησε ψυχης· ἀριστοκρατείαν δὲ ἐν τοῖς ἑαυτοῦ λογισμοῖς καταστησάμενος, Evagrio compuso su historia en el año doce de Mauricio, y había sido tan sabiamente indiscreto que el emperador supo y recompensó su opinión favorable (l. VI, c. 24). <<

[820] La geografia antigua menciona con frecuencia la columna Regia, en el paso más estrecho del Faro de Mesina, a cien estadios [20,11 km] del mismo Regio. Cluver. *Ital. Antiq*. t. II, p. 1295; Lucas Holsten. *Annotat. ad* Cluver. p. 301; Wesseling, *Itiner*. p. 106. <<

[821] Los historiadores griegos suministran algunos apuntes sobre las guerras de Italia (Menandro, en *Excerpt. Legat*. pp. 124, 126; Teofilacto, l. III, c. 4). Los latinos son más satisfactorios; y particularmente Pablo Warnefrido (l. III, c. 13-34), quien había leído las historias más antiguas de Secundo y Gregorio de Tours. Baronio presenta algunas cartas de los papas, etc. y las épocas están medidas con la escala puntualísima de Pagi y Muratori. <<

[822] Los abogados papales Zacagni y Fontanini podían con fundamento reclamar el valle o pantano de Comaquio como parte del exarcado. Pero la ambición de incluir Módena, Regio, Parma y Plasencia ha empeorado una cuestión geográfica algo dudosa y confusa. Aun Muratori, como dependiente de la casa de Este, no está libre de preocupación y parcialidad. <<

[823] Véase Brenckman, Dissert. 1 de *República Amalphitana*, pp. 1, 42 *ad calcem Hist. Pandect. Florent*. <<

[824] Gregor. Magn. l. III, *Ep*. 23, 25. <<

[825] He descrito el estado de Italia de la excelente disertación de Beretti. Giannone (*Istoria Civile*, t. I, pp. 374-387) ha seguido al instruido Camilo Pellegrini, en la geografía del reino de Nápoles. Tras la pérdida de la verdadera Calabria, la vanidad de los griegos sustituyó aquel nombre, en lugar de la denominación más humilde de Brucio, y el trueque parece haberse verificado antes del tiempo de Carlomagno (Eginardo, p. 75). <<

[826] Maffei (*Verona Illustrata*, part. 1, pp. 310-321) y Muratori (*Antichita Italiane*, t. II, Dissertazione XXXII, XXXIII, pp. 71, 365) han deslindado los legítimos derechos del idioma italiano; el primero con entusiasmo, el segundo con discreción, y ambos con ingenuidad, verdad y sabiduría. <<

[827] Pablo, de *Gest. Langobard*. l. III, c. 5, 6, 7. <<

[828] Pablo, l. II, c. 9, apellida a estas familias o generaciones con el nombre teutónico de *Faras*, usado también en las leyes lombardas. El humilde diácono no se desentendía de la nobleza de su casta. Véase l. IV, c. 39.

[41] Compárese núm. 3 y 177 de las leyes de Rotaris. <<

[829] Pablo, l. II, c. 31, 32, l. III, c. 16. Las leyes de Rotaris, promulgadas en 643 d. C., no contienen el menor vestigio de esta paga de tercios; pero conservan muchas circunstancias curiosas del Estado de Italia y de las costumbres de los lombardos. <<

[830] La caballeriza de Dionisio de Siracusa, y sus frecuentes victorias en los juegos olímpicos, había difundido entre los griegos la fama de los caballos venecianos; pero se perdió la cría en tiempo de Estrabón (l. V, p. 325). Gisulf logró de su tío *generosarum equarum greges*. Pablo, l. II, c. 9. Los lombardos introdujeron después *caballi sylvatici* —caballos bravíos. Pablo, l. IV, c. 11. <<

[831] «Tunc (596 d. C.) primum, *bubali* in Italiam delati Italiæ populis miracula fuere» (Pablo Warnefrido, l. IV, c. 11). Los búfalos, cuyo clima nativo parece ser la India y África, son desconocidos en Europa, excepto en Italia, en donde abundan y son muy útiles. Los antiguos no conocían estos animales, menos Aristóteles (*Hist. Animal*. l. II, c. 1, p. 58, París, 1783), que los describió como los bueyes bravíos de Aracosia. Véase Buffon, *Hist. Naturelle*, t. XI y Suplemento t. VI, *Hist. Générale des Voyages*, t. I, pp. 7, 481; II, 105; III, 291; IV, 234, 461; V, 193; VI, 491; VIII, 400; X, 666. Pennant, *Quadrupedes*, p. 24; *Dictionnaire d'Hist. Naturelle*, par Valmont de Bomare, t. II, p. 74. Sin embargo no debe encubrir el recelo de que Pablo, con yerro vulgar, puede haber aplicado el nombre de *bubalus* a los uros o toros bravíos de la antigua Germania. <<

[832] Consúltese la disertación XXI de Muratori. <<

[833] Comprueba su ignorancia el silencio, hasta de aquellos que han tratado especialmente del arte de la caza, y de la historia de los animales. Aristóteles (*Hist. Animal*. l. IX, c. 36, t. I, p. 586 y las notas de su último editor, Cames, t. II, p. 314), Plinio (*Hist. Natur*. l. X, c. 10), Eliano (de *Natur. Animal*. l. II, c. 42) y quizás Homero (*Odis*. XXII, 302-306), describen con pasmo un convenio tácito y una cacería común entre los halcones y los cazadores tracios. <<

[834] Particularmente el gerifalte, del tamaño de una pequeña aguililla. Véase la briosa descripción de Buffon, *Hist. Naturelle*, t. XVI, p. 239 y ss. <<

[835] *Script. Rerum Italicarum*, t. I, part. II, p. 129. Ésta es la ley XVI del emperador Luis el Piadoso. Su padre, Carlomagno, tenía en su servicio halconeros y cazadores (*Mémoires sur l'ancienne Chevalerie*, par St. Palaye, t. III, p. 175). Noto en las leyes de

Rotaris una mención anterior del arte de la caza (núm. 322); y en la Galia, en el siglo V, Sidonio Apolinar la ensalza entre los talentos de Avito (202-207). <<

[836] El epitafio de Droctulft (Pablo, l. III, c. 19) puede aplicarse a muchos de sus compatricios:

Terribilis visu facies, sed mente benignus
Longaque robusto pectore barba fuit.

Los retratos de los antiguos lombardos pueden verse aún en el palacio de Monza, a doce millas [19,31 km] de Milán, que había sido fundado, o restaurado, por la reina Teudelinda (l. IV, 22, 23). Véase Muratori, t. I, dissert. XXIII, p. 300. <<

[837] Pablo, l. III, c. 29, 54, refiere el cuento de Autaris y Teudelinda; y ningún fragmento de la antigüedad bávara excitó tanto la infatigable actividad del conde de Buat, *Hist. des Peuples de l'Europe*, t. XI, pp. 595-635; t. XII, pp. 1-53. <<

[838] Giannone (*Istoria Civile di Napoli*, t. I, p. 263) ha censurado con fundamento el desacato de Boccaccio (Gio. III, Novel. 2) quien, sin derecho ni verdad, ha encenagado a la piadosa reina Teudelinda en brazos de un arriero. <<

[839] Pablo, l. III, c. 16. Sobre el estado del reino en Italia, pueden consultarse las primeras disertaciones de Muratori, y el volumen primero de la historia de Giannone. <<

[840] La edición más esmerada de las leyes de los lombardos se halla en el *Scriptores Rerum Italicarum*, t. I, part. II, pp. 1-181, tomadas de los manuscritos más antiguos e ilustrada por las notas críticas de Muratori. <<

[841] Montesquieu, *Esprit des Loix*, l. XXVIII, c. 1. «Les loix des Bourguignons sont assez judicieuses; celles de Rotharis et des autres princes lombards, le son encore plus.» <<

[842] Véase *Leges Rotharis*, núm. 379, p. 47. Striga se emplea como el nombre de una bruja. Es del origen más puro y clásico (Horat. epod. v. 20. Petron. c. 134); y de las palabras de Petronio (¿*quæ striges comederunt nervos tuos*?) puede inferirse que la preocupación era más bien de extracción italiana que bárbara. <<

[843] «Quia incerti sumus de judicio Dei, et multos audivimus per pugnam sine justa causa suam causam perdere. Sed propter consuetudinem gentem nostram Langobardorum legem impiam vetare non possumus». Véase p. 74, núm. 65 de las leyes de Liutprando, promulgadas en 724 d. C. <<

[844] Léase la historia de Pablo Warnefrido; particularmente l. III, c. 16. Baronio desecha la alabanza, que parece contradecir las invectivas del papa Gregorio el Grande; pero Muratori (*Annali d'Italia*, t. V, p. 217) insinúa que el santo podía haber borrado demasías de los enemigos y arrianos. <<

[845] Los pasos de las homilías de Gregorio representan el estado miserable de la ciudad y del país; están copiados en los *Anales* de Baronio, 590 d. C., núm. 16; 595 d. C., núm. 2 y ss. <<

[846] La inundación y la plaga las refirió un diácono a quien su obispo, Gregorio de Tours, había enviado a Roma en busca de reliquias. El ingenioso mensajero engalanó su cuento y el río con un gran dragón y un sinnúmero de sierpecillas (Greg. Turon. l. X, c. 1). <<

[847] Gregorio de Roma (Dialog. l. II, c. 15) hace referencia a una memorable predicción de san Benito: «Roma a Gentilibus non exterminabitur sed tempestatibus, corusis turbinibus ac terræ motu, in semetipse marcescet». Semejante profecía se confunde en la verdadera historia, y viene a ser el testimonio del hecho que motivó su invención. <<

[848] «Quia in uno se ore cum Jovis laudibus, Christi laudes non capiunt, et quam grave nefandumque sit episcopis canere quod nec laico religioso conveniat, ipse considera» (l. IX, *Ep*. 4). Los escritos del mismo Gregorio atestiguan su carencia de gusto clásico o literario. <<

[849] Bayle (*Dictionnaire Critique*, t. II, pp. 598, 599), en un buen artículo de *Gregorio* I, ha citado, para los edificios y estatuas, a Platina en Gregorio I; para la biblioteca palatina, Juan de Salisbury (de *Nugis Curialium*, l. II, c. 26); y para Livio, Antonino de Florencia; el más anciano de los tres vivió en el siglo XII. <<

[850] Gregor. l. III, *Ep*. 94, edict. 12 y ss. Por las epístolas de Gregorio y el volumen octavo de los *Anales* de Baronio puede el lector devoto conceptuar las partículas de hierro santo que se engastaron en llaves y cruces de oro, y se distribuyeron en Britania, Galia, España, África, Constantinopla y Egipto. El herrero pontificio que manejó la lima debía estar enterado de los milagros que estaba en su mano conceder o negar, circunstancia que rebaja mucho la superstición de Gregorio con menoscabo de su veracidad. <<

[851] Además de las epístolas de Gregorio, coordinadas por Dupin (*Bibliothèque Eccles*. t. V, pp. 103-126), tenemos tres vidas del papa; las dos primeras escritas en los siglos VIII y IX (de *Triplici Vita St. Greg*. Prefacio al volumen IV de la edición benedictina) por los diáconos Pablo (pp. 1-18) y Juan (pp. 19-188), contienen muchos testimonios originales, aunque dudosos; la tercera, una larga y trabajosa compilación de los editores benedictinos (pp. 199-303). Los *Anales* de Baronio son una historia extensa, pero parcial. Sus preocupaciones papales amainan en el criterio de Fleury (*Hist. Ecclés*. t. VIII) y su crónica queda rectificada por Pagi y Muratori. <<

[852] Juan el diácono los ha descrito, como testigo ocular (l. IV, c. 83, 84), y su relación está ilustrada por Angelo Rocca, un anticuario romano (*St. Greg. Opera*, t. IV, pp. 312-326), quien dice que algunos mosaicos de los papas del siglo VII se conservan aún en las antiguas iglesias de Roma (pp. 321-323). Las mismas paredes que representaban la familia de Gregorio están ahora adornadas con el martirio de san Andrés, el noble combate de Dominiquino y Guido. <<

[853] «Disciplinis vero liberalibus, hoc est grammatica, rhetorica, dialectica, ita a puero est institutus, ut quamvis eo tempore florerent adhuc Romæ studia literarum tamen nulli urbe ipsa secundus putaretur.» Pablo Diácono, en *Vit. S. Gregor.*, c. 2. <<

[854] Los benedictinos (*Vit. S. Gregor.*, l. I, 205-208) trabajaron para reducir los monasterios de Gregorio a la regla de su orden; pero como está admitido que la cuestión es dudosa, es claro que estos poderosos monjes tienen la culpa. Véase Butler, *Vidas de los santos*, vol. III, p. 145; obra de mérito: el sentido y la sabiduría pertenecen al autor; sus preocupaciones son las de su profesión. <<

[855] «Monasterium Gregorianum in ejusdem Beati Gregorii ædibus ad clivum Scauri prope ecclesiam S. S. Johannis et Pauli in honorem St. Andreæ» (Juan, en *Vit. Greg.* l. I, c. 6; Greg. l. VII, *Ep.* 13). Esta casa y monasterio estaban situados en la parte del monte Celio que está encarada con el Palatino; hoy en día están ocupados por los camaldulenses: san Gregorio triunfa, y san Andrés se ha retirado a una pequeña capilla. Nardini, *Roma Antica*, l. III, c. 6, p. 100; *Descrizzione di Roma*, t. I, pp. 442-446. <<

[856] La oración consiste en media docena de líneas; los sacramentarios y antifonarios de Gregorio llenan ochocientas

ochenta páginas en folio (t. III, p. 1, p. 1-880); con todo esto, no compone más que parte del *Ordo Romanus*, que Mabillon ha ilustrado y Fleury abreviado (*Hist. Ecclés*. t. VIII, pp. 139-152). <<

[857] Sé por el abate Dubos (*Reflexions sur la Poésie et la Peinture*, t. III, pp. 174, 175) que la sencillez del canto ambrosiano se reducía a cuatro tonos en tanto que el gregoriano, más armonioso, comprendía ocho tonos o quince metros de la música antigua. Dice (p. 332) que los inteligentes admiran el prefacio y muchos pasos del oficio gregoriano. <<

[858] Juan el diácono (en *Vit. Gregor*. l. II, c. 7) expresa el desprecio, ya muy antiguo, que los italianos profesaban al canto tramontano. «Alpina scilicet corpora vocum suarum tonitrius altisone perstrepentia, susceptæ modulationis dulcedinem proprie non resultant: quia bibuli gutturis barbara feritas dum inflexionibus et repercussionibus mitem nititur edere cantilenam, naturali quodam fragore, quasi plaustra per gradus confuse sonantia, rigidas voces jactat», etc. En tiempo de Carlomagno, los francos, aunque con repugnancia, admitieron la justicia de la reconvención. Muratori, Dissert. XXV. <<

[859] Un crítico francés (Petros Gussanvillus, *Opera*, t. II, pp. 105, 112) vindicó el derecho de Gregorio a los fastidiosos diálogos. Dupin (t. V, p. 138) supone que ninguno dudará de la verdad de todos estos milagros: quisiera saber *cuántos* cree él. <<

[860] Baronio no quiere extenderse sobre el cuidado de los patrimonios, por temor de descubrir que no consistían en reinos sino en *haciendas*. Los escritores franceses, los editores benedictinos (t. IV, l. III, pp. 272 y ss.) y Fleury (t. VIII, pp. 29 y ss.) se avienen a estos humildes pero realmente provechosos pormenores; y la humanidad de Fleury se vincula en las virtudes sociales de Gregorio. <<

[861] Malicio que este tributo pecuniario, en los casamientos de los campesinos, produjo el célebre derecho, y muchas veces fabulosos, *de cuissage, de marquette*, etc. Con anuencia de su marido, una novia hermosa podía conmutar el pago en brazos de un joven señor, y el favor mutuo podía servir de antecedente a una tiranía local más bien que legal. <<

[862] El reinado temporal de Gregorio I está hábilmente descrito por Sigonio, en el libro primero de *Regno Italiæ*. Véanse sus obras, t. II, pp. 44-75. <<

[863] «Missisqui […] reposcerent […] veteres Persarum ac Macedonum terminos, seque invasurum possessa Cyro et post Alexandro, per vaniloquentiam ac minas jaciebat». Tacit. *Annal*. VI, 31. Tal era el lenguaje de los *arsácides*; he demostrado repetidas veces los justos clamores de los *sasánidas*. <<

[864] Véanse las embajadas de Menandro, extractadas y conservadas en el siglo X, por orden de Constantino Porfirogénito. <<

[865] La independencia general de los árabes, que no puede admitirse sin muchas excepciones, queda ciegamente afianzada en una disertación, por separado, de los autores de la *Historia Universal*, vol. XX, pp. 196-250. Se supone que un milagro perpetuo conservó la profecía en favor de la posteridad de Ismael; y estos instruidos fanáticos no temen arriesgar la verdad del cristianismo en un fundamento tan frágil y resbaladizo. <<

[866] D'Herbelot, *Biblioth. Orient*. p. 477; Pocock, *Specimen Hist. Arabum*, pp. 64, 65. El padre Pagi (*Critica*, t. II, p. 646) ha probado que, tras diez años de paz, la guerra persa, que continuó por veinte años, se renovó en 571 d. C. Mahoma nació en 569 d. C., en el año del elefante, o la derrota de Abrahá (Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. I, pp. 89, 90, 98), y esta

cuenta concede dos años para la conquista del Yemen. <<

[867] Había vencido a los albanos, que presentaron en el campo doce mil hombres de a caballo y sesenta mil de a pie; pero temía al sinnúmero de reptiles venenosos, de cuya existencia puede dudarse, así como de la vecindad de las amazonas. Plutarco en *Pompeio*, t. II, pp. 1165, 1166. <<

[868] En la historia del mundo, sólo hallo dos navíos en el Mar Caspio: 1. De los macedonios, cuando Patrocles, el almirante de los reyes de Siria, Seleuco y Antíoco bajaron probablemente por el río Oxo, desde los confines de la India (Plinio, *Hist. Natur*. VI, 21.) 2. De los rusos, cuando Pedro Primero condujo una escuadra y ejército desde las cercanías de Moscú a la costa de Persia (Bell, *Travels*, vol. II, pp. 325-352). Bell dice con fundamento que nunca se ostentó tanta pompa en el Volga. <<

[869] Sobre estas guerras persas y tratados, véase Menandro, en *Excerpt. Legat*. pp. 113-125. Teófanes Byzant. *apud Photium*, cod. LXIV, pp. 77, 80, 81; Evagrio, l. V, c. 7-15; Teofilacto, l. III, c. 9-16; Agatias, l. IV, p. 140. <<

[870] Buzurg Mihir puede considerarse, en su carácter y situación, como el Séneca de Oriente; pero sus virtudes y quizá sus nulidades son menos conocidas que las de los romanos, quienes parecen haber sido mucho más locuaces. El sabio persa fue quien introdujo de la India el juego de ajedrez y las fábulas de Pilpay. Ha sido tal la fama de sus virtudes y sabiduría que los cristianos lo miran como un creyente del Evangelio, y los mahometanos reverencian a Buzurg como un musulmán anticipado. D'Herbelot, *Bibliotitéque Orientale*, p. 218. <<

[871] Véase la imitación de Escipión en Teofilacto, l. I, c. 14, la imagen de Cristo, l. II, c. 3. De aquí en adelante hablaré más extensamente de las *imágenes* cristianas —casi hubiera dicho

ídolos. Ésta, si no me equivoco, es la antigua efigie de construcción divina; pero en los mil años siguientes, otras muchas han salido del mismo taller. <<

[872] Ragæ o Rei, se halla mencionada en el libro apócrifo de Tobías, como floreciente, setecientos años antes de Cristo, en el Imperio asirio. Esta ciudad, quinientos estadios [100,55 km] al sur de las puertas caspias, bajo los nombres extranjeros de Europus y Arsacia, fue alternativamente realzada por los macedonios y los partos (Estrabón, l. XI, p. 796). Su grandeza y población en el siglo IX se exageró más allá de lo creíble; pero desde entonces Rei ha quedado arruinada por las guerras y la insalubridad del aire. Chardin, *Voyage en Perse*, t. I, pp. 279, 280; D'Herbelot, *Bibliothéque Orientale*, p. 714. <<

[873] Teofilacto, t. III, c. 18. El cuento de los siete persas se halla referido en el libro tercero de Herodoto; y sus nobles descendientes están a menudo citados, particularmente en los fragmentos de Ctesias. Con todo, la independencia de Otanes (Herodot. l. III, c. 83, 84) está en oposición con el espíritu de despotismo, y no parece probable que las siete familias pudiesen sobrevivir a las revoluciones de mil cien años. Sin embargo pueden quedar representadas por los siete ministros (Brisson, de *Regno Persico*, l. I, p. 190); y algunos persas nobles, como los reyes del Ponto (Polib. l. V, p. 540) y Capadocia (Diodor. Sicul. l. XXXI, t. II, p. 517) podían entroncar su alcurnia con los denodados compañeros de Darío. <<

[874] Véase una esmerada descripción de esta montaña por Oleario (*Voyage en Perse*, pp. 997, 998) quien la subió con mucha dificultad y peligro, en su vuelta de Ispahán al mar Caspio. <<

[875] Los orientales suponen que Bahram juntó esta asamblea y

proclamó a Cosroes; pero Teofilacto en este punto es más claro y verídico. <<

[876] Véanse las palabras de Teofilacto, l. IV, c. 7. Βαράμ φίλος τοῖς θεοῖς, νικητής, ἐπιφανής, τυράννων ἐχθρὸς, σατράπης μεγιστάνων, τῆς Περσικῆς ἄρχων δυνάμεως etc. En su contestación, Cosroes se titula τῇ νυκτὶ χαριζόμενος ὄμματα... ὁ τοὺς Ασωνας (el genio) μισθούμενος. Ésta es una verdadera fanfarronada oriental. <<

[877] Teofilacto (l. IV, c. 7) imputa la muerte de Hormuz a su hijo, por cuya orden fue acabado a palos. He seguido la relación más moderada de Khondemir y Eutiquio, y siempre aprovecharé el menor testimonio para atenuar el crimen de parricidio. <<

[878] Tras la batalla de Farsalia, el Pompeyo de Lucano (l. VIII, 256-455) sostiene un debate semejante. Deseaba entablar relaciones con los partos; pero sus compañeros aborrecían esta alianza; y las preocupaciones contrarias podían predominar en Cosroes y sus compañeros, quienes podían, con igual vehemencia, describir la contraposición de leyes, religión y costumbres, entre Oriente y Occidente. <<

[879] En esta época había tres guerreros con el nombre de *Narsés*, que han sido a menudo equivocados (Pagi, *Critica*, t. II, p. 640): 1. Un persarmenio, el hermano de Isaac y Armacio, quien tras un encuentro glorioso contra Belisario desertó de su soberano persa, y luego sirvió en la guerra de Italia. 2. El eunuco que conquistó Italia. 3. El restaurador de Cosroes, que suena tanto en el poema de Coripo (l. III, 220-227), como «excelsus super omnia vertice agmina […] habitu modestus […] morum probitate placens, virtute verendus; fulmineus, cautus, vigilans», etc. <<

[880] «Experimentis cognitum est barbaros malle Roma petere reges quam habere». Estos experimentos están admirablemente representados en la invitación y expulsión de Vonones (*Annal.* II, 1-3), Tirídates (*Annal.* VI, 32-44) y Meherdates (Annal. XI, 10; XII, 10-14). Parece que el ojo de Tácito había traspasado el campamento de los partos y las murallas del harén. <<

[881] Sergio y su compañero Baco, de quienes se dice que les cupo la persecución de Maximiano, lograron honores divinos en Francia, Italia, Constantinopla y Oriente. Su sepulcro en Rasafe era célebre para milagros, y la ciudad siria se granjeó el honroso nombre de Sergiópolis. Tillemont, *Mém. Eccles.* t. V, pp. 491-496; Butler, *Saints*, vol. X, p. 155. <<

[882] Evagrio (l. VI, c. 21) y Teofilacto (l. V, c. 13, 14) han conservado las cartas originales de Cosroes, escritas en griego, firmadas de su propio puño, y luego inscritas en cruces y cajas de oro que se depositaron en la iglesia de Sergiópolis. Habían sido enviadas al obispo de Antioquía, como primado de Siria. <<

[883] Los griegos no hacen más descripción de ella, que era romana de nacimiento y de religión cristiana; pero en los romances persas y turcos está calificada de hija del emperador Mauricio, y se ensalzan el cariño de Khosrou a Eschirina, y de ésta a Ferchad, el joven más hermoso de Oriente. D'Herbelot, *Biblioth. Orient.*, pp. 789, 997, 998. <<

[884] Todas las series de la tiranía de Hormuz, la sublevación de Bahram, y la huida y restauración de Cosroes están referidas por dos griegos contemporáneos —más concisamente por Evagrio (l. VI, c. 16, 17, 18, 19) y más difusamente por Teofilacto Simocatta (l. III, c. 6-18; l. IV, c. 1-16; l. V, c. 1-15); a los compiladores siguientes, Zonaras y Cedreno, no les cupo más que compendiar o copiar. Los árabes cristianos Eutiquio (*Annal.*

t. II, pp. 200-208) y Abulfaragio (*Dinast*. pp. 96, 98) parece que consultaron algunas memorias particulares. Los grandes historiadores persas del siglo XV, Mirkhond y Khondemir, sólo me son conocidos por los extractos imperfectos de Schikard (*Tarikh*, pp. 150-155). Texeira, o más bien Stevens (*Hist. of Persia*, pp. 182-186), un manuscrito turco traducido por el abate Fourmont (*Hist. de la Académie des Inscriptions*, t. VII, pp. 325-334), y D'Herbelot (*aux mots*, *Hormouz*, pp. 457-459; Bahram, p. 174; Khosrou Parviz, p. 996). Si estuviese enteramente satisfecho de su autoridad, hubiera deseado que estos materiales orientales hubiesen sido más copiosos. <<

[885] Puede formarse cierto concepto general del engreimiento y poderío del chagan en Menandro (*Except. Legat*., p. 117 y ss.) y Teofilacto (l. I, c. 3; l. VII, c. 15), cuyos ocho libros hacen más honor al príncipe avar que al romano. Los predecesores de Bayano habían participado de la liberalidad de Roma, y él sobrevivió al reinado de Mauricio (Buat, *Hist. des Peuples Barbares*, t. XI, p. 545). El chagan que invadió Italia en 611 d. C. (Muratori, *Annali*, t. V, p. 305), era entonces *juvenili ætate florentem* (Pablo Warnefrido, de *Gest. Langobard*, l. V, c. 38), quizás el hijo, o el nieto de Bayano. <<

[886] Teofilacto, l. I, c. 5, 6. <<

[887] Aun en el campamento, el chagan se deleitaba con el uso de estos aromas. Solicitó, como una prenda, ’Ινδικὰς καρυκείας, y recibió πέπερι καὶ φύλλον’Ινδῶν, κασίαν τε καὶ τόν λεγόμενον κόστον. Teofilacto, l. VII, c. 13. Los europeos de épocas menos civilizadas gastaban más especias en sus manjares y bebidas de las que son compatibles con la delicadeza del paladar moderno. *Vie privée des Français*, t. II, pp. 162, 163. <<

[888] Teofilacto, l. VI, c. 6; l. VII, c. 15. El historiador griego confiesa la verdad y justicia de su reconvención. <<

[889] Menandro (en *Excerpt. Legat.*, pp. 126-132) describe el perjurio de Bayano, la rendición de Sirmio. Hemos perdido su relación del sitio, que está comentada por Teofilacto, l. I, c. 3. Τὸ δ' ὅπως Μενάνδρῳ τῷ περιφανεῖ σαφῶς διηγόρευται. <<

[890] Véase D'Anville, en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. XXVIII, p. 412-443. El nombre eslavón de *Belgrado* lo menciona Constantino Porfirogénito, en el siglo X, la denominación latina de *Alba Græca* la usaron los francos, a principios del IX (p. 414). <<

[891] Baron. *Annal. Eccles*. 600 d. C., núm. 1. Paulo Warnefrido (l. IV, c. 38) refiere su irrupción en Friuli, y la cautividad de sus antecesores (c. 39) sobre el año 632. Los eslavones atravesaron el Adriático, *cum multitudine navium*, y bajó al territorio de Siponto (c. 47). <<

[892] Hasta el helépolis, o torre movediza. Teofilacto, l. II, 16, 17. <<

[893] Las armas y alianzas del chagan se extendieron hasta las cercanías del mar occidental, a quince meses de viaje de Constantinopla. El emperador Mauricio conversó con algunos músicos ambulantes de aquel remoto país, y sólo parece haber equivocado un comercio, con una nación. Teofilacto, l. VI, c. 2. <<

[894] Ésta es una de las conjeturas más probables y despejadoras del instruido conde de Buat (*Hist. des Peuples Barbares*, t. XI, pp. 546-568). Los tzequios y serbios se hallan juntos cerca del monte Cáucaso, en Iliria y en el bajo Elba. Hasta las tradiciones selváticas de los bohemios, etc., dan algún apoyo a su hipótesis.

<<

[895] Véase Fredegario, en los *Historiadores de Francia*, t. II, p. 432. Bayano no ocultó su orgullosa insensibilidad. Ὅτι ποιουτοῦς (no ποσουτοῦς según una enmienda disparatada) ἐπαφήσω τῇ Ῥωμαίκῃ, ὡς ε'ι καὶ συμβαίη γε σφισί θανατῷ ἁλῶναι, ἀλλ 'ἐμοί γε μὴ γένεσθαι συναίσθφησιν. <<

[896] Véanse la marcha y el regreso de Mauricio en Teofilacto, l. V, c. 16; l. VI, c. 1, 2, 3. Si fuese un escritor de gusto e ingenio, le podríamos maliciar una elegante ironía: pero Teofilacto no es temible. <<

[897] Εἶς ο'ιωνὸς ἄριστος ἀμύνεσθαι περὶ πάτρης. *Ilíada*, XII, 243.

Este noble verso, que reúne el ánimo de un héroe con la prudencia de un sabio, prueba que Homero era, a todas luces, muy superior a su época y país. <<

[898] Teofilacto, l. VII, c. 3. Apoyándose en el testimonio de este hecho, que no había ocurrido a mi memoria, el lector benévolo puede corregir y disimular una nota en el tomo II, capítulo XXXIV, de esta historia, que anticipa la decadencia de Asimo o Azimuncio: con semejante confesión, se adquiere a poca costa otro siglo de patriotismo y valor. <<

[899] Véase la vergonzosa conducta de Comentiolo en Teofilacto, l. II, c. 10-15; l. VII, c. 15, 14; l. VIII, c. 2, 4. <<

[900] Véanse las victorias de Prisco, l. VIII, 2, 3. <<

[901] El pormenor general de la guerra contra los avares puede seguirse en los libros primero, segundo, sexto, séptimo y octavo de la historia del emperador Muricio, por Teofilacto Simocatta. Como escribió en el reinado de Heraclio, no podía tentarle la adulación; pero su ningún criterio lo explaya en fruslerías y lo

estrecha en los puntos más interesantes. <<

[902] El mismo Mauricio compuso doce libros sobre el arte militar, que aún existen, y se han publicado (Upsal, 1664) por Juan Scheffer al fin de las *Tácticas* de Arriano (Fabricio, *Bibliot. Græca*, l. IV, c. 8, t. III, p. 278), quien prometió hablar más extensamente de su obra en coyuntura más propia. <<

[903] Véanse los motines bajo el reinado de Mauricio en Teofilacto, l. III, c. 1-4; l. VI, c. 7, 8, 10; l. VII, c. 1; l. VIII, c. 6 y ss. <<

[904] Teofilacto y Teófanes al parecer ignoran la conspiración y la avaricia de Mauricio. Estos cargos, tan poco honrosos para la memoria de un emperador, se hallan mencionados primero por el autor de la *Crónica de Pascal* (pp. 379, 380); desde entonces Zonaras (t. II, l. XIV pp. 77, 78) los ha copiado. Cedreno (p. 399) ha seguido otro cómputo del rescate. <<

[905] El pueblo de Constantinopla, en sus quejas contra Mauricio, lo tildó con el nombre de Marcionita o Marcionista; una herejía (dice Teofilacto, l. VIII, c. 9) μετά τινος μωρᾶς εὐλαβείας, εὐήθης τε καί καταγέλαστος. ¿Era una vaga reconvencion o había realmente el emperador dado oídos a algún instructor desconocido de aquellos antiguos gnósticos? <<

[906] La iglesia de san Autónomo (a quien no tengo el honor de conocer) estaba a ciento cincuenta estadios [30,16 km] de Constantinopla (Teofilacto, l. VIII, c. 9). El puerto de Eutropio, en donde Mauricio y sus hijos fueron asesinados, lo describe Gyllius (de *Bósfoso Tracio*, l. III, c. XI) como una de las dos bahías de Calcedonia. <<

[907] Los habitantes de Constantinopla estaban generalmente sujetos al νόσοι ἀρθρίτιδες; y Teofilacto insinúa (l. VIII, c. 9) que si se aviniese con las reglas de la historia; podría denotar

la causa médica. Con todo, semejante digresión no hubiera sido más inoportuna que su investigación (l. VII, c. 16, 17) de las inundaciones anuales del Nilo, y todas las opiniones de los filósofos griegos sobre este asunto. <<

[908] De tan generosa tentativa dedujo Corneille el intrincado tejido de su tragedia de *Heraclio*, que requiere verse más de una vez para entenderla bien (Corneille de Voltaire, t. V, p. 500); y de la que se dice que, tras un intervalo de algunos años, atajó al mismo autor (*Anécdotes Drammatiques*, t. I, p. 422). <<

[909] La revolución de Focas y la muerte de Mauricio se hallan en Teofilacto Simocatta (l. VIII, c. 7-12), la *Crónica de Pascal* (pp. 379, 380), Teófanes (*Chronograph*. pp. 238-244), Zonaras (t. II, l. XIV, pp. 77-80) y Cedreno (pp. 399-404). <<

[910] Gregor. l. XI, *Ep*. 38, indict. VI. «Benignitatem vestræ pietatis, ad Imperiale fastigium pervenisse gaudemus. Lætentur cœli et exultet terra, et de vestris benignis actibus universæ reipublicæ populus nunc usque vehementer afflictus hilarescat», etc. Esta ruin adulación, el cúmulo de la invectiva protestante, está justamente censurada por el filósofo Bayle (*Dictionnaire Critique*, Grégoire I, Not. H, t. II, pp. 597, 598). El cardenal Baronio justifica al papa a costa del destronado emperador. <<

[911] Las efigies de Focas quedaron destrozadas y la malicia de sus enemigos ni siquiera consintió en que se librase de las llamas una copia de semejante retrato o caricatura (Cedreno, p. 404). <<

[912] La familia de Mauricio está descrita por Ducange (*Familiæ Byzantinæ*, pp. 106, 107, 108): su hijo mayor Teodosio había sido coronado emperador cuando no tenía más que cuatro años y medio; y en las salutaciones de Gregorio siempre va unido a su padre. Con las hijas cristianas, Anastasia y Teocteste, extraño

mucho el hallar el nombre pagano de Cleopatra. <<

[913] Algunas de las crueldades de Focas están tildadas por Teofilacto, l. VIII, c. 12 14, 15. Jorge de Pisidia, el poeta de Heraclio, lo llama τῆς τυραννίδος ὁ δυσκάθεκτος καὶ βιοφθόρος δράκων (*Bell. Avaricum*, p. 46, Roma, 1777). El último epíteto está bien aplicado; pero el corruptor de la vida fue fácilmente vencido. <<

[914] En los escritores, y en sus copias, se titubea tanto entre los nombres de *Prisco* y *Crispo* (Ducange, *Fam. Byzant*. p. 111), que he estado tentado de identificar el hijastro de Focas con el héroe cinco veces vencedor de los avares. <<

[915] Según Teófanes, κιβώτια y ε'ικόνας [τῆς] θεομήτορος. Cedreno añade un ἀχειροποίητον εἴκονα τοῦ κυρίου, que Heraclio llevó, como una bandera, en la primera expedición persa. Véase Jorge Pisidia, *Acroas*. I, 140. La manufactura parece haber adelantado, pero Foggini, el editor romano (p. 26), se ve cortado para decidir si esta pintura era original o una copia. <<

[916] Véase la tiranía de Focas y la elevación de Heraclio, en *Chron. Paschal*, pp. 380-383; Teófanes, pp. 242-250; Nicéforo, pp. 3-7; Cedreno, pp. 401-407; Zonaras, t. II, l. XIV, pp. 80-82. <<

[917] Teofilacto, l. VIII, c. 15. La vida de Mauricio se compuso sobre el año 628 (l. VIII, c. 13) por Teofilacto Simocatta, ex prefecto y natural de Egipto. Focio, que da un extenso extracto de la obra (cod. LXV, pp. 81-100), reprueba con tino la afectación y alegoría del estilo. Su prólogo es un diálogo entre la filosofía y la historia, que se sientan juntas debajo de un árbol, y la última toca su lira. <<

[918] «Christianis nec pactum esse, nec fidem, nec fædus […]

quod si ulla illis fides fuisset, regem suum non occidissent». Eutych. *Annal*. t. II, p. 211, vers. Pocock. <<

[919] Ahora debemos, por algunas épocas, despedirnos de los historiadores contemporáneos, y descender, si es un descenso, de la afectación retórica a la ruda sencillez de las crónicas y compendios. Los de Teófanes (*Chronograph*. pp. 244-279) y Nicéforo (pp. 3-16) suplen una parte, aunque imperfectamente, de las series de la guerra de Persia; y para cualquier hecho adicional, cito mis autoridades respectivas. Teófanes, un cortesano que se hizo fraile, nació en 748 d. C.; Nicéforo, patriarca de Constantinopla, que murió en 829 d. C., era algo más joven; ambos padecieron en la causa de las imágenes. Hankius, de *Scriptoribus Byzantinis*, pp. 200-246. <<

[920] Los historiadores persas se equivocaron; pero Teófanes (p. 244) acusa a Cosroes de fraude y falsedad, y Eutiquio cree (*Annal*. t. II, p. 211) que el hijo de Mauricio, que se salvó de los asesinos, vivió y murió fraile en el monte Sinaí. <<

[921] Eutiquio fecha todas las pérdidas del Imperio bajo el reinado de Focas; yerro que salva el honor de Heraclio, a quien hace salir, no de Cartago, sino de Salónica, con una escuadra cargada con hortalizas, para socorrer a Constantinopla (*Annal*., t. II, pp. 223, 224). Los otros cristianos de Oriente, Barhebreo (*apud* Asseman, *Bibliothec. Oriental*, t. III, pp. 412, 413), Elmacin (*Hist. Sarracen*. pp. 13-16), Abulfaragio (*Dynast*. pp. 98, 99), son más sinceros y puntuales. Los años de la guerra persa están arreglados en la cronología de Pagi. <<

[922] Sobre la conquista de Jerusalén, un acontecimiento tan interesante para la Iglesia, véanse los *Anales* de Eutiquio (t. II, pp. 212-223) y las lamentaciones del fraile Antíoco (*apud* Baronium, *Annal. Ecclés*. 611 d. C. núm. 16-26), cuyas ciento veintinueve homilías aún existen, si puede decirse que existe una

producción que nadie lee. <<

[923] La vida de este apreciable santo está compuesta por Leoncio, un obispo contemporáneo; y en Baronio (*Annal. Ecclés*. 610 d. C., núm. 40 y ss.) y Fleury (t. VIII, pp. 235-242) hallo bastantes extractos de esta obra edificante. <<

[924] El yerro de Baronio y otros muchos que han llevado las armas de Cosroes hasta Cartago, en vez de Calcedonia, se funda en la mucha semejanza de las palabras griegas Καλχήδονα y Καρχήδονα, en el texto de Teófanes, etc., que algunas veces se han confundido por los copistas, y otras por los críticos. <<

[925] Los actos *genuinos* de san Anastasio se han publicado en el séptimo concilio general, de donde Baronio (*Annal. Ecclés*. 614, 626, 627 d. C.) y Butler (*Vidas de los Santos*, vol. I, pp. 242-248) han tomado su relación. El santo mártir desertó del ejército persa al romano, se hizo fraile de Jerusalén, e insultó la adoración de los magos, que estaba a la sazón planteada en Cesárea, Palestina. <<

[926] Abulfaragio, *Dynast*. p. 99. Elmacin, *Hist. Sarracen*. p. 14. <<

[927] D'Anville, *Mém. de la Académie des Inscriptions*, t. XXXII, pp. 568-571. <<

[928] La diferencia entre las dos castas consiste en una o dos prominencias; el dromedario no tiene más que una; el tamaño del verdadero camello es mayor; el país de donde vienen es Turkestán o Bactriana; el dromedario no se halla más que en Arabia y África. Buffon, *Hist. Naturelle*, t. XI, p. 211 y ss. Aristot. *Hist. Animal*. t. I, l. II, c. 1; t. II, p. 185. <<

[929] Teófanes, *Chronograph*, p. 268. D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 997. Los griegos describen la decadencia de Dastagerd, y los persas su magnificencia; pero los primeros

hablan por el modesto testimonio de vista; y los últimos por el vago de oídas. <<

[930] Los historiadores de Mahoma, Abulfeda (en *Vit Mohammed*, p. 92, 93) y Gagnier (*Vie de Mohammed*, t. II, p. 247), fechan esta embajada en el año VII de la hégira, que empieza el 11 de mayo del año 628. Su cronología es errónea, puesto que Cosroes murió en el mes de febrero del mismo año (Pagi, *Critica*, t. II, p. 779). El conde de Boulainvilliers (*Vie de Mahomed*, pp. 327, 328) coloca esta embajada sobre el año 615, poco después de la conquista de Palestina. Con todo; Mahoma apenas se hubiera aventurado a un paso tan osado y expuesto. <<

[931] Véase el capítulo XXX del *Alcorán*, titulado «Los griegos». Nuestro honrado e instruido traductor, Sale (pp. 330, 331), establece claramente esta conjetura, suposición o apuesta de Mahoma; pero Boulainvilliers (pp. 329-344), con malvada intención, se afana en evidenciar esta profecía patente de un acontecimiento venidero, que debe, según su opinión, entorpecer las contiendas cristianas. <<

[932] Paulo Warnefrido, de *Gestis Langobardorum*, l. IV, c. 38, 42; Muratori, *Annali d'Italia*, t. V, pp. 305 y ss. <<

[933] La *Crónica de Pascal*, que a veces introduce fragmentos de historia en una lista falta de nombres y fechas, da la mejor relación de la traición de los avares, pp. 389. 590. El número de cautivos está añadido por Nicéforo. <<

[934] Algunos trozos originales, tal como el discurso, o carta, de los embajadores romanos (pp. 386-388) forma también el mérito de la *Crónica de Pascal*, que fue compuesta, quizá en Alejandría, bajo el reinado de Heraclio. <<

[935] Nicéforo (pp. 10, 11), que denigra este casamiento con los nombres de ἄθεσμον, y ἀθέμιτον, dice con deleite que de

dos hijos, frutos de aquel incesto, el mayor fue señalado por la providencia con el cuello sin movimiento, y el más joven con la falta de oído. <<

[936] Jorge de Pisidia (*Acroas*. I, 112-125, p. 5), que sienta las opiniones, disculpa a los pusilánimes consejeros de toda mira siniestra. ¿Hubiera disimulado la amonestación orgullosa de Crispo? Ἐπιθωπτάζων οὐκ ἔζον βασιλεῖ ἔφασκε καταλιμπάνειν βασίλεια, καὶ τοῖς πορρὼ ἐπιχωριάζειν δυνάμεσιν. <<

[937]

ξὶ τὰς ἐπ' ἄκρον ἠρμένας εὐεξίας
ξσφαλμένας λέγουσιν οὐκ ἀπεικός τως,
Κείσθω τὸ λοιπὸν ἐν κακοῖς τὰ Πέρσιδος,
Ἀντιστρόψως δὲ, etc.

Georg. Pisit. *Acroas*. I, 51, etc., p. 4.

Los orientales no son menos aficionados a notar este extraño vaivén y me acuerdo de un cuento de Khosrou Parviz, que no dista mucho del anillo de Polícrates de Samos. <<

[938] Baronio refiere circunspectamente aquel descubrimiento, o más bien trasmutación, de barriles, no de miel sino de oro (*Annal. Ecclés*. 620 d. C., núm. 3 y ss.). Con todo, el préstamo era arbitrario, puesto que estaba recaudado por soldados, quienes tenían la orden de no dejar al patriarca de Alejandría más que cien libras [46 kg] de oro. Nicéforo (p. 41), doscientos años después, habla con enfado de esta contribución, que todavía podría sentir la Iglesia de Constantinopla. <<

[939] Teofilacto Simocatta, l. VIII, c. 12. Esta circunstancia no debe admirarnos. La lista de revista de un regimiento, aun en tiempo de paz, se renovaba en menos de veinte o veinticinco años. <<

[940] Cambió sus borceguíes de púrpura por otros negros, y los tiñó con la sangre de los persas (Georg. Pisit. *Acroas*. III, 118, 121, 122. Véanse las notas de Foggini, p. 35). <<

[941] Jorge de Pisidia (*Acroas*. II, 10, p. 8) deslindó este importante punto de las puertas sirias y cilicias. Jenofonte las describe elegantemente, quien pasó por ellas cien años antes. Un tránsito angosto de tres estadios [603 m] entre altísimos peñascos (πέτραι ἠλίβατοι) y el Mediterráneo, estaba cerrado a cada extremo por fuertes verjas; inexpugnable por tierra (παρελθεῖν οὐκ ἦνβίᾳ), inaccesible por mar (*Anabasis*, l. I, p. 35, 36, con la Disertación geográfica de Hutchinson, p. VI). Las puertas estaban a treinta y cinco parasangas, o leguas [195 km], de Tarso (*Anabasis*, l. I, pp. 33, 34) y ocho o diez [44,57 o 55,72 km] de Antioquía. Compárese con Wasseling, *Itinerar*. pp. 580, 581. Schultens, *Index Geograph. ad calcem Vit. Saladin*. p. 9; *Voyage en Turquie et en Perse, par M. Otter*, t. I, pp. 78, 79). <<

[942] Heraclio podía escribir a un amigo en los términos modestos de Cicerón: «Castra habuimus ea ipsa quæ contra Darium habuerat apud Issum Alexander, imperator, haud paulo melior, quam aut tu aut ego.» *Ad Atticum*, v. 20. Iso, una rica y floreciente ciudad en tiempo de Jenofonte, se arruinó por la prosperidad de Alejandría o Scanderoon, en la otra parte de la bahía. <<

[943] Foggini (*Annotat*. p. 31) malicia que los persas habían sido engañados por el φάλαγξ πεπληγμένη de Eliano (Tactic. c. 48), un movimiento en espiral muy intrincado del ejército. Dice (p. 28) que las descripciones militares de Jorge de Pisidia están copiadas en las *Tácticas* del emperador León. <<

[944] Jorge de Pisidia, testigo de vista (*Acroas*. II, 422 y ss.), describe, en tres *acroasis* o cantos la primera expedición de

Heraclio. El poema ha sido publicado (1777) en Roma; pero una alabanza tan vaga y declamatoria dista mucho de corresponder a los vehementes deseos de Pagi, D'Anville, etc. <<

[945] Teófanes (p. 236) lleva a Heraclio rápidamente (κατὰ ταχὸς) a Armenia. Nicéforo (p. 11), aunque confunde las dos expediciones, define la provincia de Lazica. Eutiquio (*Annal*. t. II, p. 231) ha determinado cinco mil hombres, con la situación más probable de Trebisonda. <<

[946] Desde Constantinopla a Trebisonda, con viento favorable, cuatro o cinco días; de allí a Erzerom, cinco; a Erivan, doce; a Tauris, diez; en total treinta y dos. Éste es el itinerario de Tavernier (*Voyages*, t. I, pp. 12-56), quien estaba perfectamente enterado de los caminos de Asia. Tournefort, que viajaba con un bajá, empleó diez o doce días de Trebisonda a Erzerom (*Voyage du Levant*, t. III, lettre XVIII); y Chardin (*Voyages*, t. I, p. 249-254) da la distancia más precisa de cincuenta y tres parasangas, cada una de cinco mil pasos (¿qué pasos?) entre Erivan y Tauris. <<

[947] La expedición de Heraclio a Persia está delicadamente ilustrada por D'Anville (*Mémoires de l'Academie des Inscriptions*, t. XXVIII, pp. 559-573). Descubre la situación de Gandzaca, Tebarmas, Dastagerd, etc., con admirable perspicacia e instrucción; pero pasa en silencio la confusa campaña de 624. <<

[948] *Et pontem indignatus Araxes*.

Virgili, *Æneid*, VIII, 7,28.

El río Araxes es bullicioso, rápido, arrollador, y con el derretimiento de la nieve, irresistible: los puentes más fuertes y macizos los arrebata la corriente; y atestiguan su *furia* muchas ruinas de arcos cerca de la antigua ciudad de Zulfa. Chardin,

Voyages, t. I, p. 252. <<

[949] Chardin, t. I, pp. 255-259, como los orientales (D'Herbelot, *Biblioth. Orient*. p. 834), atribuye la fundación de Tauris o Tebris a Zobeida, la esposa del célebre califa Harun Alrashid; pero parece haber sido más antigua, y los nombres de Gandzaca, Gazaca, Gaza, expresan el real tesoro. Chardin reduce a quinientos cincuenta mil el número de habitantes, que el cálculo popular subía hasta un millón cien mil. <<

[950] Abrió el Evangelio, y aplicó, o interpretó el primer pago que le deparó la casualidad, al nombre y situación de Albania. Teófanes, p. 258. <<

[951] El páramo de Mogan, entre el Ciro y el Araxes, tiene sesenta parasangas [315 km] de largo y veinte [105 km] de ancho (Oleario, pp. 1023, 1024), abundante de aguas y de prados con frutales (*Hist. de Nadir Shah*, traducida por Jones de un manuscrito persa, part. II, p. 2, 3). Véase el campamento de Timur (*Hist. par Shereffeddin Ali*, l. V, c. 37; l. VI, c. 13) y la coronación de Nadir Shah (*Hist. Persane*, pp. 3-13 y la *Vida Inglesa*, por Jones, pp. 64, 65). <<

[952] Tebarma y Ormia, cerca del lago Espauta, está probado por D'Anville que es la misma ciudad (*Mémoires de l'Académie*, t. XXVIII, pp. 564, 565). Se honra como el lugar del nacimiento de Zoroastro, según los persas (Schultens, *Index Geograph*. p. 48); y su tradición se corrobora en Perron de Anquetil (*Mém. de l'Académie des Inscriptions*, t. XXXI, p. 375); con algunos textos de su —o sus— Zendavesta. <<

[953] No puedo hallar, y (lo que es más) D'Anville no trata de indagar, el Salban, Taranto, territorio de los hunos, etc., mencionado por Teófanes (pp. 260-262). Eutiquio (*Annal*. t. II, pp. 231, 232) autor insuficiente, nombra Aspahan; y Casbin es

probablemente la ciudad de Sapor, Ispahán está a veinticuatro jornadas de Tauris, y Casbin a medio camino (*Voyages de Tavernier*, t. I, pp. 63-82). <<

[954] A diez parasangas [52,5 km] de Tarso, el ejército del joven Ciro pasó el Saro, tres pletras de ancho; el Piramo, un estadio [201 m] de ancho, corría cinco parasangas [26,25 km] más al oriente (Jenofonte, *Anabas*. l. I, pp. 33, 34). <<

[955] Jorge de Pisidia (*Bell. Abaricum*, 246-265, p. 49) ensalza de corazón en el ánimo perseverante en las tres campañas (τρεῖς περιδρόμους) contra los persas. <<

[956] Petavio (*Annotationes ad Nicephorum*, pp. 62, 63, 64) difama los nombres y acciones de cinco generales persas, que fueron enviados sucesivamente contra Heraclio. <<

[957] Este número de ocho miríadas está especificado por Jorge de Pisidia (*Bell. Abar*. 219). El poeta (50-88) indica claramente que el antiguo chagan vivió hasta el reinado de Heraclio, y que su hijo y sucesor nació de una madre extranjera. Con todo, Foggini (*Annotat*. p. 57) ha dado otra interpretación a este paso. <<

[958] Un pájaro, una rana, un ratón y cinco flechas fue el presente del rey escita a Darío (Herodot. l. IV, c. 131, l32). «Substituez une lettre a ces signes», dice Rousseau, con bastante tino, «plus elle será menaçante, moins elle effrayera: ce ne sera qu' une fanfarounade, dont Darius n'eut fait que rire» (Emile, t. III, p. 146). Con todo, debo preguntar si el Senado y pueblo de Constantinopla se burlaron de este mensaje del chagan. <<

[959] La *Crónica de Pascal* (pp. 392-397) da una relación harto minuciosa y auténtica del sitio y salvamento de Constantinopla. Teófanes (p. 264) añade algunas circunstancias, y sólo chispea una escasa luz de los leves arranques de Jorge de Pisidia, quien compuso un poema (de *Bello Abarico*, pp. 45-54) para celebrar

este feliz suceso. <<

[960] La potestad de los chozares prevalecía en los siglos VII, VIII y IX. Eran conocidos de los griegos, los árabes, y bajo el nombre de *kosa*, hasta de los mismos Chinos. De Guignes, *Hist. des Huns*, t. II, part. II, pp. 507-509. <<

[961] Epifania o Eudocia, la única hija de Heraclio y su primera mujer Eudocia, nació en Constantinopla el 7 de julio del año 611, bautizada el 15 de agosto y coronada (en palacio en el oratorio de san Esteban) el 4 de octubre del mismo año. A la sazón tenía más de quince años. Eudocia fue luego enviada a su marido turco; pero la noticia de su muerte la detuvo en su viaje, e imposibilitó la consumación (Ducange, *Familiæ Byzantin*. p. 118). <<

[962] Elmacin (*Hist. Sarracen*. p. 13-16) trae algunos hechos curiosos y probables; pero sus números son demasiado crecidos: trescientos mil romanos reunidos en Edesa, quinientos mil persas muertos en Nínive. El corte de un ciprés apenas bastaría para devolverle su sanidad. <<

[963] Ctesias (*apud* Diodor. Sicul. t. I, l. II, p. 115, ed. Wesseling) asigna cuatrocientos ochenta estadios [96,52 km] —quizás sólo treinta y dos millas [51,49 km]— a la circunferencia de Nínive. Jonás habla de tres días de viaje: las ciento veinte mil personas descritas por el profeta como incapaces de distinguir su propia derecha de su izquierda, harían ascender a setecientas mil personas de todas las edades a los habitantes de aquella antigua capital (Goguet, *Origines des Loix*… t. III, part. I, pp. 92, 93), que dejó de existir seiscientos años antes de Cristo. El arrabal occidental aún subsiste, y en la primera época de los califas árabes se menciona bajo el nombre de Mosul. <<

[964] Niebuhr (*Voyage en Arabie*… t. II, p. 286) pasó por Nínive

sin notarlo. Conceptuó una línea de montecitos la antigua muralla de ladrillo o tierra. Se dice que tenía cien pies [30,47 m] de elevación, cercada de mil quinientas torres, cada una de doscientos pies [60,94 m]. <<

[965] «Rex regia arma fero», dice Rómulo en su primera consagración «[…] bina postea», continúa Livio (I, 10), «inter tot bella, opima parta sunt spolia, adeo rara ejus fortuna decoris». Si Varron (*apud Pomp. Festum*, p. 306, ed. Dacier) pudiese sincerar su liberalidad en conceder los ópimos despojos hasta a un soldado que hubiese muerto al rey o al general enemigo, el honor hubiera sido mucho más barato y común. <<

[966] Al describir esta última expedición de Heraclio, son tan auténticos y exactos los hechos, los sitios y las fechas de Teófanes (pp. 265-271), que debe haber seguido las cartas originales del emperador, de las que la *Crónica de Pascal* ha conservado (pp. 398-402) una parte muy curiosa. <<

[967] Las palabras de Teófanes son notables: ἐισῆλθεν Χοσρόης ἐις οἶκον γεωπγοῦ μεδαμινοῦ μεῖναι, μόλις χωρηθεὶς ἐν τῃ τούτου θύρᾳ, ἣν ἰδὼν ἔσχατον Ἡράκλειος ἐθαυμασεν (p.269 [p.496, ed. Bonn]). Los jóvenes príncipes que tienen propensión a la guerra deberían copiar y traducir a menudo estas máximas saludables. <<

[968] La narración auténtica del vuelco de Cosroes se halla en la carta de Heraclio (*Chron. Paschal*, p. 398) y la historia de Teófanes (p. 271). <<

[969] Al primer rumor de la muerte de Cosroes se publicó inmediatamente en Constantinopla una Heracliada en dos cantos por Jorge de Pisidia (97-105). Un cura y poeta podía muy adecuadamente regocijarse con la condena del enemigo público (ἐμπεσών τῷ Ταρτάρῳ), pero una venganza tan mezquina no es propia de un rey y de un conquistador; y siento

tropezar con tan torpe y ruin superstición (θεομάχος Χοσρόης ἔπεσεν καὶ ἐππωματσθν εἰς τὰ καταχθόνια [...] εἰς τὸ πῦρ τὸ ἀκατάσβεστον, etc.) en la carta de Heraclio; casi vitorea el parricidio de Siroes como un acto de piedad y justicia. <<

[970] Las mejores relaciones orientales de este último período de los reyes sasánidas se hallan en Eutiquio (*Annal*. t. II, pp. 251-256), quien refiere el parricidio de Siroes, D'Herbelot (*Bibliothéque Orientale*, p. 789) y Assemann (*Bibliothec. Oriental*. t. III, pp. 415-420). <<

[971] La carta de Siroes en la *Crónica de Pascal* (p. 402) por desgracia termina antes que entre en materia. El tratado aparece puesto en ejecución en las historias de Teófanes y Nicéforo. <<

[972] El del canto de Corneille «Montrez Héraclius au peuple qui l'attend», es mucho más adecuado en esta ocasión. Véase su triunfo en Teófanes (pp. 272, 273) y Nicéforo (pp. 15, 16). La vida de la madre y la ternura del hijo están atestiguadas por Jorge de Pisidia (*Bell. Abar*. 255, etc. p. 49). La metáfora del Sabbath se usa, algo profanamente, por estos cristianos bizantinos. <<

[973] Véase Baronio (*Annal. Ecclés*. 628 d. C., núms. 1-4), Eutiquio (*Annal*. t. II, pp. 240-248), Nicéforo (*Brev*. p. 15). Los sellos de la caja nunca se habían roto; y esta conservación de la cruz se atribuye (bajo Dios) a la devoción de la reina Sira. <<

[974] Jorge de Pisidia, *Acroas*. III de *Expedit. contra Persas*, 415, etc. y *Heracleid. Acroas*. I, 65-158. Descuido los paralelos más esmerados de Daniel, Timoteo, etc. Cosroes y el chagan eran por consiguiente comparados a Belsharzar, Faraón, la antigua serpiente, etcétera. <<

[975] Suidas (en *Excerpt. Hist. Byzant*. p. 46) da este número; pero

o bien debe leerse la guerra *persa* por *isauria*, o este pasaje no pertenece al *emperador* Heraclio. <<

[976] ¿De que medios me valdré para probar esta investigación, que he tratado de reducir y compendiar? — Si me aferro en sostener cada hecho o a reflexionar con los comprobantes adecuados, toda línea irá requiriendo una colección de testimonios, y cada nota vendrá a ser una disertación crítica. Pero los repetidos pasos de la Antigüedad que he visto por mí mismo, están recopilados, arreglados e ilustrados, por Petavio y Le Clerc, por Beausobre y Mosheim. Me contentaré con robustecer mi narración con los nombres y la calificación de estos respetables guías; y en la contemplación de un objeto prolijo o remoto, no me avergüenzo de acudir al auxilio de los vidrios de mayor aumento: 1. El *Dogmata Theologica* de Petavio, es obra de un afán increíble y de grande extensión; los volúmenes que tratan únicamente de la Encarnación (dos en folio, V y VI, de 837 páginas) están divididos en dieciséis libros, los primeros de historia, los restantes de controversia y doctrina. La erudición del jesuita es extensa y esmerada, su latín castizo, su método claro, su argumento profundo y lógico; pero es esclavo de los padres, el azote de los herejes, y enemigo de la verdad y la sencillez, en cuanto se encuentran en oposición con la causa católica. 2. El armenio Le Clerc, que ha compuesto en un cuarto volumen (Amsterdan, 1716) la historia eclesiástica de los dos primeros siglos, era también libre tanto en su índole, como en su situación; su sentido es claro, pero sus pensamientos son limitados; reduce la razón o locura de las épocas, a la medida de su propio juicio; y su imparcialidad a veces arrebatada y otras descarriada, por su oposición a los padres. Véanse los herejes (cerintianos, LCXX; ebionitas, CIII; carpocratianos, CXX; valentinianos, CXX; basilidianos, CXXIII;

marcionitas, CXLI, etc.) bajo sus propias fechas. 3. La *Histoire Critique du Manichéisme* (Amsterdam, 1734, 1739, en 2 vols. en cuarto con una disertación póstuma sobre los nazarenos, Lausana, 1745) de De Beausobre, es un tesoro de filosofía y teología antigua. El erudito historiador se afana con tino finísimo tras el hilo sistemático de la opinión, y se trasforma alternativamente en un santo, un sabio o un hereje. Con todo, este acicalamiento llega a ser excesivo: descubre una parcialidad graciable a favor de la parte débil, y, mientras que se guarda contra la calumnia, no concede suficiente ensanche para la superstición y el fanatismo. Una extensa tabla de sus contenidos dirigirá al lector a cualquier punto que desee examinar. 4. El historiador Mosheim, menos profundo que Petavio, menos independiente que Le Clerc, y menos ingenioso que Beausobre, es colmado, racional, correcto y moderado. En su obra erudita, *De Rebus Christianis ante Constantinum* (Helmstadt, 1753, en cuarto), véanse los *nazarenos* y *ebionitas*, pp. 172-179, 328-332. Los gnósticos en general, p. 179, etc. *Cerintos*, pp. 196-202; Basilides, pp. 352-361; Carpócrates, pp. 363-367; Valentino, pp. 371-389; Marcion, pp. 404-410; Los maniqueos, pp. 829-837, etc. <<

[977] Καὶ γὰρ πάντες ἡμεῖς τὸν Χριστὸν ἄνθρωπον ἐξ ἀνθρώπων προσδοκῶμεν γενήσεθαι, dice el judío Trifón (*Justin. Dialog.* p. 207) en nombre de sus compatricios; y los judíos modernos, los pocos que distraen su imaginación del dinero, para dedicarse a la religión, conservan el mismo lenguaje, y alegan el sentido literal de los profetas. <<

[978] Crisóstomo (Basnage, *Hist. des Juifs*, t. V, c. 9, p. 183) y Atanasio (*Petav. Dogmat. Theolog*, t. V, l. I, c. 2, p. 3), tienen que confesar cómo la divinidad de Cristo asoma rarísima vez en boca del mismo, y de sus apóstoles. <<

[979] Los dos primeros capítulos de san Mateo no existían en las copias ebionitas (*Epiphan. Hæres*. XXX, 13); y la milagrosa concepción, es uno de los últimos artículos que el Dr. Priestley ha cercenado de su mezquino credo. <<

[980] Es bastante probable que el primero de los Evangelios para el uso de los judíos convertidos fue compuesto en idioma hebreo o sirio; el hecho está atestiguado por una caterva de padres: Papias, Ireneo, Orígenes, Jerónimo, etc. Los católicos lo creen devotamente, y está admitido por Casaubon, Grocio e Isaac Vosio, entre los protestantes críticos. Pero este Evangelio hebreo de san Mateo se ha perdido enteramente; y podemos culpar la actividad o fidelidad de las iglesias primitivas, que han preferido la versión de algún griego desconocido. Erasmo y sus secuaces, que respetan nuestro texto griego como el evangelio original, se privan del testimonio que declara ser obra de un apóstol. Véase Simón, *Hist. Critique*, etc. t. III, c. 5-9, pp. 47-101, y el Prolegomena de Mill y Wetstein al Nuevo Testamento. <<

[981] Los metafísicos del alma los saca Cicerón (*Tusculan*. l. I) y Máximo de Tiro (*Disertac*. XVI) del laberinto del diálogo, que a veces divierte, y a menudo deja perplejos a los lectores del *Fedro*, el *Fedón* y las *Leyes* de Platón. <<

[982] Los discípulos de Jesús estaban persuadidos de que un hombre podía haber pecado antes de nacer (Juan, IX, 2), y los fariseos sostenían la trasmigración de las almas virtuosas (Joseph, de *Bell. Judaico*, l. II, c. 7); y un rabino moderno asegura modestamente que Hermes, Pitágoras, Platón, etc. derivaron su metafísica de sus ilustres compatricios. <<

[983] Cuatro opiniones diferentes se han sostenido con respecto al origen de las almas humanas. 1. Que son eternas y divinas. 2. Que han sido creadas, en tal estado separado de existencia, antes de unirse al cuerpo. 3. Que se han propagado del surtido

primitivo de Adán, quien contenía en sí la semilla mental, así como la corporal, de su posteridad. 4. Que cada alma se crea y une al cuerpo en el momento de la concepción. Esta última opinión es la que ha prevalecido más entre los modernos; y nuestra historia espiritual ha seguido menos sublime, sin ser por eso más inteligible. <<

[984] Ὅ τι ἡ τοῦ Σωτῆρος ψυχὴ, ἡ τοῦ' Αδὰμ ἦν, era una de las quince herejías imputadas a Orígenes y negada por su apologista (Focio, *Bibliot. cod*. CXVII, p. 296). Algunos rabinos atribuyen un alma, y la misma a Adán, David y el Mesías. <<

[985] *Apostolis adhuc in seculo superstitibus, apud Judæam Cristi sanguine recente. PHANTASMA domini corpus asserebatur*. Hieronym. advers. Lucifer, c. 8. La epístola de Ignacio a los esmirnios, y aun el Evangelio según san Juan, están nivelados contra el yerro flamante de los docetas, que habían merecido demasiada trascendencia en el mundo (I Juan, IV, 1-5). <<

[986] Sobre el año 200 de la era cristiana, Ireneo e Hipólito, refutaron las treinta y dos sectas, τῆς ψευδωνύμου γνωσέως, que se habían multiplicado hasta cuarenta, en tiempo de Epifanio (*Phot. Bibliot. cod*. CXX, CXXI, CXXII). Los cinco libros de Ireneo no existen más que en un latín bárbaro; pero el original, pudiera quizá hallarse, en algún monasterio de Grecia. <<

[987] El peregrino Casiano, que visitó Egipto a principios del siglo V, se lamenta del reinado del antropomorfismo entre los frailes, que ignoraban estar siguiendo el sistema de Epicuros (Ciceron, de *Nat. Deorum*, I, 18, 34). *Ab universo propemodum genere monachorum, qui per totam provinciam. Egypti morabantur, pro simplicitatis errore susceptum est, ut e contrario memoratum pontificem* (Teophilus) *velut hæresi gravissimâ depravatum, pars maxima seniorum ab universo fraternitatis corpore deserneret*

detestandum (Casiano, *Collation*. X, I). Mientras que san Agustín permaneció Maniqueo, se escandalizaba del antropomorfismo de los católicos vulgares. <<

[988] *Ita est in oratione senex mente confusus, eo quod illam* ἀνθρωπόμορφον *imaginem Deitatis, quam proponere sibi in oratione consueverat, aboleri de suo corde sentiret, ut in amarissimos fletus, crebrosque singultus repente prorumpens, in terram prostratus, cum ejulatu validissimo proclamaret; «Heu me miserum!, tulerunt a me Deum meum, et quem nunc teneam non habeo, vel quem adorem, aut interpellam jam nescio»*. Casiano, *Collation*. X, 2. <<

[989] San Juan y Cerinto (año 80, Cierie. *Hist. Ecclés*. p. 493) se encontraron casualmente en el baño público de Éfeso, pero el apóstol huyó del hereje por temor de que el edificio no se aplanase sobre sus cabezas. Este cuento tonto, reprobado por el Dr. Middleton (*Obras misceláneas*, vol. II) lo refiere con todo Ireneo (III, 3), apoyándose en el testimonio de Policarpo, y era probablemente adecuado a la época y residencia de Cerinto. La lectura anticuada, no obstante probablemente la verdad, I Juan, IV, 3 —ὃ λύει τὸν Ἰησοῦν— alude a la doble naturaleza de aquel hereje primitivo. <<

[990] Los valentinianos abrazaron un sistema complejo y aun inconexo. 1. Ambos, Cristo y Jesús, eran leones, aunque de diferentes grados; el uno obrando como un alma racional, el otro como el divino espíritu del Salvador. 2. En tiempo de la pasión, entrambos se retiraron, dejando únicamente una alma sensitiva, y un cuerpo humano. 5. Aun aquel cuerpo era etéreo, y quizás aparente. Tales son las trabajosas deducciones de Mosheim. Pero dudo si el traductor latino entendió a Ireneo, y si Ireneo y los valentinianos se entendían a sí mismos. <<

[991] Los herejes abusaron de la exclamación apasionada de «Dios

mío, Dios mío, ¿porqué me has *abandonado*?» o Rousseau, que ha hecho una comparación elocuente, pero indecorosa, entre Cristo y Sócrates, olvida que el moribundo filósofo no prorrumpió en una palabra que indicase desasosiego o desesperación. En el Mesías, tales arranques no podían ser más que aparentes; y palabras tan desagradables están explicadas adecuadamente como la aplicación de un salmo y una profecía. <<

[992] Esta enérgica expresión cabe sincerarse con el lenguaje de san Pablo (1 *Tim*. III, 16); pero nos hallamos engañados por nuestras biblias modernas. La palabra ὃ (*que*) se alteró en θεὸς (Dios) en Constantinopla, a principios del siglo VI: el verdadero significado, que está patente en las versiones latina y siria, asoma todavía en el raciocinio de los padres griegos y latinos; y este fraude, con el de los *tres testimonios de san Juan*, está admirablemente descubierto por Isaac Newton (Véanse sus dos cartas traducidas por De Missy, en el *Journal Britannique*, t. XV, pp. 148-190, 351-390). He justipreciado los argumentos, y puedo adherirme a la autoridad del primero de los filósofos, que ha descollado en los estudios críticos y teológicos. <<

[993] Sobre Apolinar y su secta, véase Sócrates, l. II, c. 46, l. III, c. 16; Sozomen, l. V, c. 18, l. VI, c. 25, 27; Teodoreto, l. V, 3, 10, 11; Tillemont, *Mémoires Ecclesiastiques*, t. VII, pp. 602-638. Not. pp. 789-794, en cuarto, Venecia, 1732. Los santos contemporáneos mencionan siempre al obispo de Laodicea, como un amigo y hermano. El estilo de los historiadores más recientes es áspero y hostil; con todo Filostorgio lo compara (l. VIII, c. 11-15) a Basilia y Gregorio. <<

[994] Apelo a la confesión de dos prelados orientales, Gregorio Abulfaragio, el primado jacobita del Oriente, y Elías el nestoriano, metropolitano de Damasco (véase Asseman, *Bibliot.*

Orient., t. II, p. 291, t. III, p. 514, etc.), que los melquitas, jacobitas, nestorianos, etc. concuerdan en la *doctrina* y difieren únicamente en la expresión. Nuestros teólogos más instruidos y racionales —Basnage, Le Clerc, Beausobre, La Croze, Mosheim, Jablonski— se inclinan a favorecer este juicio caritativo; pero el celo de Petavio le hace hablar en tono enojadizo, y el comedimiento de Dupin lo hace en voz baja. <<

[995] La Croze (*Hist. du Christianisme des Indes*, t. I, p. 24) manifiesta su menosprecio con el numen y los escritos de Cirilo. *De tous les ouvrages des anciens, il y en a peu qu'on lise avec moins d'utilité*; y Dupin (*Bibliothèque Ecclésiastique*, t. IV, pp. 42-52), con palabras respetuosas, nos enseña a despreciarlas. <<

[996] De Isidoro de Pelusio (l. I, epist. 25, p. 8). Como la carta no es de las que merezcan más concierto, Tillemont, menos sincero que los bolandistas, aparenta dudar, si *este* Cirilo es el sobrino de Teófilo (*Mem. Eccles.*, t. XIV, p. 268). <<

[997] Sócrates (l. VII, c. 13) nombra a un gramático. διάπυρος δὲ ἀκροατὴς τοῦ ἐπισκόπου Κυρίλλου καθεστὼς, καὶ περὶ τὸ κρότους ἐν ταῖς διδασκαλίαις αὐτοῦ ἐγείρειν ἦν σπουδαιότατος. <<

[998] Véase la juventud y promoción de Cirilo, en Sócrates (l. VII, c. 7) y Renaudot (*Hist. Patriarc. Alexandrin.* pp. 106, 108). El abate Renaudot sacó sus materiales de la historia arábiga de Severo, obispo de Hermópolis Magna o Ashmunein en el siglo X, de quien nunca se puede fiar, a menos que se registre nuestra avenencia, por el testimonio interno de los hechos. <<

[999] El Parabolani de Alejandría, era una corporación caritativa, instituida en tiempo de la plaga de Galieno, para visitar los enfermos y enterrar los muertos. Se aumentaron gradualmente, abusaron y vendieron los privilegios de su orden. Su

desgobierno durante el reinado de Cirilo, obligó al emperador a prohibir al patriarca su nombramiento, y a reducir su número a quinientos o seiscientos. Pero esta restricción fue momentánea, y sin resultado. Véase el Código Teodosiano, l. XVI, tit, II y Tillemont, *Mém. Ecclés*. t. XIV, pp. 276-278. <<

[1000] Sobre Teon y su hija Hipacia, véase Fabricio, *Bibliot.*, t. VIII, pp. 210, 211. Su artículo en el Lexicon de Suidas, es curioso y original. Hesiquio (*Meursii Opera*, t. VII, pp. 294, 296) dice, que fue perseguida διὰ τὴν ὑπερβάλλουσαν σοφίαν; y un epígrama en la Antología Griega (l. I, c. 76, p. 159, edic. Brodæi) ensalza su sabiduría y elocuencia. Hace de ella una mención honorífica (*Epist.* 10, 15, 16, 33-80, 124, 135, 153) su amigo y discípulo el filósofo obispo Sinesio. <<

[1001] ὀστράκοις ἀνεῖλον, καὶ μεληδὸν διασπάσαντες, etc. Las conchas de ostras abundaban en el promontorio delante de Cesárea. Debo pues preferir el sentido literal, sin desechar la versión metafórica de *tegulæ*, tejas, empleada por De Volois. Ignoro, y los asesinos probablemente no repararon, si la víctima estaba aún viva. <<

[1002] Estas proezas de san Cirilo las recuerda Sócrates (l. VII, c. 13, 14, 15); y el fanatismo más acérrimo tiene que copiar a un historiador, que llama fríamente a los asesinos de Hipacia ἄνδρες τὸ φρόνημα ἔνθερμοι. Al mencionar un epíteto tan afrentoso, me complazco en notar, aun en Baronio (año 415, núm. 48) el rubor que le causa. <<

[1003] Se mantuvo sordo a los ruegos de Atico de Constantinopla, y de Isidoro de Pelusio, y sólo accedió (si hemos de dar crédito a Nicéforo, l. XIV, c. 18) a la intercesión personal de la Virgen. Con todo, en sus últimos años aún decía que Juan Crisóstomo había sido bien condenado (Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. XIV, pp. 278-282. Baronio, *Annal. Eccles.* año 412, núms. 46-64). <<

[1004] Véanse sus caracteres en la historia de Sócrates (l. VII, c. 25-28); su poder y pretensiones, en la grandiosa recopilación de Tomasin (*Discipline de l'Église*, t. I, pp. 80-91). <<

[1005] Su elevación y conducta están descritas por Sócrates (l. VII,

c. 29, 31); y Marcelino parece haber aplicado el *elocuentiæ satis, sapientiæ parum*, de Salustio. <<

[1006] *Cod. Teodos*. l. XVI, tít. V, ley 65 con las ilustraciones de Baronio (año 428, núm. 25, etc. Gofredo *ad locum*, y Pagi (*Crítica*, t. II., p. 208). <<

[1007] Isidoro de Pelusio (l. IV, *Epist*. 57). Sus palabras son recias y escandalosas τί θαυμάζεις, εἰ καὶ νῦν περὶ πρᾶγμα θεῖον καὶ λόγου κρεῖττον διαφωνεῖν προσποιοῦνται ὑπὸ φιλαρχίας ἐκβκχευόμενοι. Isidoro es santo, pero nunca fue obispo, y sospecho que el orgullo de Diógenes siguió las huellas del de Platón. <<

[1008] La Croze (*Christianisme des Indes*, t. I, pp. 44-53. *Thesaurus Epistolicus La Crozianus*, t. III, pp. 276-280) ha descubierto el uso de ὁ δεσπότης y ἁ κυρίες Ἰησεῦς, que en los siglos IV, V, y VI, distinguía la escuela de Diodoro de Tarso y sus discípulos nestorianos. <<

[1009] Θεοτόκος *Deipara*: así como en la zoología hablamos familiarmente de animales ovíparos y vivíparos. No es fácil el deslindar la invención de esta palabra, que La Croze (*Christianisme des Indes*, t. I, p. 16) atribuye a Eusebio de Cesárea y los Arrianos. Los testimonios ortodoxos los presentan Cirilo y Petavio (*Dogmat. Thelog*., t. V, l. V, c. 15, p. 254, etc.); pero la veracidad del santo es dudosa, y el epíteto de θεοτόκος, resbala fácilmente del margen al texto de un manuscrito católico. <<

[1010] Basnage, en su *Histoire de l'Église*, una obra de controversia (t. I, p. 505), sincera a la madre, por la sangre, de Dios (*Actos* XX, 28, con las varias leyendas de Mill). Pero los manuscritos griegos están muy lejos de mostrarse unánimes; y la denominación primitiva de la sangre de Cristo se conserva en la

versión siria hasta en aquellas copias de que se valieron los cristianos de santo Tomás en la costa de Malabar (La Croze, *Christianisme des Indes*, t. I, p. 347). Los celos de los nestorianos y monofisitas han conservado la pureza de su texto. <<

[1011] Los paganos de Egipto aun se ríen de la nueva Cibeles de los cristianos (Isidor. l. I, epíst. 54); se fraguó una carta en nombre de Hipacia, para ridiculizar la teología de su asesino (*Synodicon*, c. 216, en cuarto t. IV, Concil. p. 484). En el artículo de NESTORIO, Bayle ha ido filosofando por encima sobre la adoración de la Virgen María. <<

[1012] El ἀντίδοσις de los griegos, un préstamo mutuo o trasferencia de los visos o propiedades de cada clase a la otra — de infinidad al hombre, de pasibilidad a Dios, etc. Doce reglas sobre este punto, de las mejores, componen la Gramática Teológica de Petavio (*Dogmata Theolog.*, t. V, l. IV, c. 14, 15, p. 209, etc.). <<

[1013] Véase Ducange, *C. P. Christiana*, l. I, p. 30, etc. <<

[1014] Concil., t. III, p. 943. Nunca han sido aprobadas *directamente* por la Iglesia (Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. XIV, pp. 368-372). Casi compadezco la angustia de la saña y sofistería, de que Petavio al parecer adolece en el libro VI de su *Dogmata Theologica*. <<

[1015] Tal como el racional Basnage (ad t. I; *Variar. Lection. Canisii* en *Præfat.*, c. 2, pp. 11-23) y La Croze, el escolástico universal (*Christianisme des Indes*, t. I, pp. 16-20; *De l'Ethiopie*, pp. 26, 27; *Thesaur. Epíst.* pp. 176, etc. 283, 285). Su libre sentencia está confirmada por sus amigos Jablonski (*Thesaur. Epíst.*, t. I, pp. 195-201) y Mosheim (idem. p. 304. *Nestorium crimine caruisse est et mea sententia*); y otros tres jueces más respetables que no es fácil hallar. Asseman, un esclavo modesto e

instruido, *apenas* puede discernir (*Bibliot. Orient.*, t. IV, pp. 190-224) el crimen y el yerro de los nestorianos. <<

[1016] El origen y progresos de la controversia nestoriana, hasta el sínodo de Éfeso, puede hallarse en Sócrates (l. VII, c. 32), Evagrio (l. I, c. 1, 2), Liberato (*Brev.* c. 1-4), las Actas originales (*Concil.*, t. III, pp. 551-991, edic. Venecia, 1728), los Anales de Baronio y Pagi y las esmeradas colecciones de Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. XIV, pp. 283-377). <<

[1017] Los cristianos de los cuatro primeros siglos ignoraban la muerte y entierro de María. La tradición de Éfeso está confirmada por el sínodo (ἔνθα ὁ θεολόγος Ἰωάννης, καὶ ἡ θεοτόκος παρθένος ἡ ἁγία Μαριχ — *Concil.*, t. III, p. 1102); con todo, ha sido anulada por reclamo de Jerusalén; y su sepulcro vacío, según se enseñaba a los peregrinos, produjo la fábula de su resurrección y asunción; a lo que la Iglesia griega y latina se han avenido devotamente. Véase Baronio (*Annal. Eccles.* año 48, núm. 6, etc.) y Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. I, pp. 467-477). <<

[1018] Las *Actas de Calcedonia* (*Concil.*, t. IV, pp. 1405, 1408) presentan una viva pintura de la ciega y aferrada servidumbre de los obispos de Egipto para con su patriarca. <<

[1019] Los asuntos civiles o eclesiásticos retuvieron a los obispos en Antioquía hasta el 18 de mayo. Éfeso estaba a treinta jornadas; y bien pueden concederse diez días más para tropiezos y descanso. La marca de Jenofonte sobre el mismo terreno enumera unas doscientos sesenta parasanjes o leguas; y esta medida pudiera quedar ilustrada por los itinerarios antiguos y modernos, si hubiese cómo comparar la rapidez de un ejército, un sínodo y una caravana. Juan de Antioquía es absuelto con reticencia por Tillemont (*Mem. Ecclés.* t. XIV, pp. 386-389). <<

[1020] Μεμφόμενον μὴ κατὰ τὸ δὲου τὰ ἐν᾽Εφέσῳ συντεθῆναι ὑπομνήματα, πανουργία δὲ καὶ τινι ἀθέσμῳ καινοτομία Κυρίλλου τεχνάζοντος. Evagrio, l. I, c. 7. La misma imputación hizo el conde Ireneo (t. III, p. 1249); y los críticos ortodoxos no hallan una tarea fácil el defender el tema de las copias griegas y latinas de las *Actas*. <<

[1021] Ο δὲ ἐπ᾽ ὀλέθρῳ τῶυ ἐκκλησιῶυ τεχθείς καὶ τραφείς. Tras la hermandad de Juan y Cirilo, olvidáronse mutuamente estas invectivas. El estilo de la declamación nunca debe confundirse con el verdadero sentido que enemigos respetables han formado del mérito de cada uno (*Concil.*, t. III, p. 1244). <<

[1022] Véanse las *Actas del Sínodo de Éfeso* en el original griego, y en la versión latina, casi contemporánea (*Concil.* t. III, pp. 991-1339, con el *Synodicon adversus Tragœdiam Irenæi*, t. IV, pp. 235-497), las *Historias Eclesiásticas* de Sócrates (l. VII, c. 34) y Evagrio (l. I, c. 3, 4, 5), y el *Breviario* de Liberato (en Concil., t. VI, pp. 419-459, c. 5, 6), y las *Mémoires Ecclés.* de Tillemont (t. XIV, pp. 377-487). <<

[1023] Ταραχὴν (dice el emperador en lenguaje epigramático) τὸ γε ἐπὶ σαυτῷ καὶ χωρισμόν ταῖς ἐκκλησίαις ἐμβέβληκας ὡς θρασυρέρας ὁρμῆς πρεπούσης μᾶλλον ἤ ἀκριβείας ... καὶ ποικιλίας μᾶλλον τνύτωνἡμῖν ἀρκούσης ἥπερ ἀπλότητος ... παντὸς μᾶλλον ἤ ἱέρεως ... τά τε τῶν ἐκκλησιῶν τά τε τῶν βαοιλέων μέλλειν χωρίζειν βούλεσθαι, ὡς οὐκ οὔσης ἀφορμῆς ἑτέρας εὐδοκιμήσεως. Desearía saber cuánto pagó Nestorio por estas expresiones, tan amargas para su competidor. <<

[1024] Eutiques, el heresiarca Eutiques, se halla honrado por

Cirilo, con el dictado de amigo, santo y ardiente defensor de la fe. Su hermano, el abad Dalmacio, también se empleó para volear al emperador y todos sus chambelanes *terribili conjuratione*. Synodicum, c. 203, en *Concil.*, t. IV, p. 467. <<

[1025] *Clerici qui hic sunt contristantur, quod ecclesia Alexandrina nudata sit hujus causa turbelæ: et debet præter illa quæ hinc transmissa* sint auri libras mille quingentas. *Et nunc ei scriptum est ut præstet; sed de tuâ ecclesiâ præsta avaritia quorum nosti*, etc. Esta carta curiosa y original de Cirilo el archidiácono al nuevo obispo de Constantinopla ha sido extrañamente conservada por una antigua versión latina (*Synodicon*, c. 203. *Concil.*, t. IV, pp. 465-468). La máscara está casi orillada, y los santos hablan el lenguaje honrado del interés y de la unión. <<

[1026] Las cansadísimas negociaciones que siguieron al sínodo de Éfeso se hallan difusamente referidas en las Actas originales (*Concil.*, t. III, pp. 1339-1771, ad fin. vol. y el *Synodicon*, en t. IV), Sócrates (l. VII, c. 28, 35, 40, 41), Evagrio (l. I, c. 6, 7, 8, 12), Liberato (c. 7-10), Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. XIV, pp. 487-676). Aun el lector más paciente me agradecerá el haber compendiado tanta insensatez y falsedad en unos cuantos rengloncillos. <<

[1027] Αὐτοῦ, τε αὖ δεηθέντος, ἐπετράπη κατὰ τὸ οἰκεῖον ἐπαναζεῦξαι μοναστήριον. Evagrio, l. I c. 7. Las cartas originales en el *Synodicon* (c. 15, 24, 25, 26), abonan la *apariencia* de una resignación voluntaria, que está confirmada por Ebed-Jesu, un escritor nestoriano, *apud* Asseman, *Bibliot. Orient.*, t. III, pp. 299, 302. <<

[1028] Véanse las cartas imperiales en las Actas del sínodo de Éfeso (*Concil.*, t. III, pp. 1730-1735). El odioso nombre de *Simonianos*, que se dio a los discípulos de este τερατώδονς

διδασκαλίας fue designado ὡς ἄν ὀνείδεσι προβληθέντες ἀιώνιον ὑπομένοιεν τιμωρίαν τῶν ἁμαρτημάτων, καί μήτε ζῶντας τιμωρίας, μήτε θανόντας ἀ τιμίας ἐκτὸς ὑπάρχειν. ¡Con todo, éstos eran cristianos, que no se diferenciaban más que en los nombres y en sombras! <<

[1029] La metáfora de islas la aplican los graves jurisconsultos (Pandect., l. XLVIII, tít. 22, ley 7) a aquellos sitios felices que se distinguen de los arenales de la Libia por el agua y su verdor. Tres de estos bajo el nombre común de Oasis o Alvahat: 1. El templo de Júpiter Ammon. 2. El Oasis del centro, a tres jornadas al occidente de Licopolis. 3. La parte sur, adonde Nestorio fue desterrado, en el primer clima, y a algunos días de los confines de Nubia. Véase una nota erudita de Micaelis (*ad Descript. Ægypt*. Abulfeda, pp. 21-34). <<

[1030] El brindis de Nestorio al sínodo de Calcedonia lo refiere Zacarías, obispo de Melitene (Evagrio, l. II, c. 2; Asseman, *Bibliot. Orient*., t. II, p. 55) y el célebre Xenaia o Filogenos, obispo de Hierápolis (Asseman, *Bibliot. Orient*., t. II, p. 40, etc.), negado por Evagrio y Asseman, y briosamente sostenido por La Croze (*Thesaur. Epistol*., t. III, p. 181, etc.). El hecho no es inverosímil; con todo, estaba en el interés de los monofisitas el esparcir esta voz odiosa; y Eutiquio (t. II, p. 12) asegura que Nestorio murió después de un destierro de siete años, y por consiguiente diez antes del sínodo de Calcedonia. <<

[1031] Consúltese D'Anville (*Mémoire sur l'Egypte*, p. 191), Pocock (*Description del Oriente*, vol. I, p. 76), Abulfeda (*Descript. Ægypt*., p. 14) y su comentador Micaelis (*Not*. pp. 78-83), y el geógrafo nubiense (p. 42), quien menciona, en el siglo XII, las ruinas y las cañas de Akmim. <<

[1032] Eutiquio (*Anal.*, t. II, p. 12) y Gregorio Bar-Hebreo o Abulfaragio (Asseman, t. II, p. 316), representan la credulidad de los siglos X y XII. <<

[1033] Tenemos.que agradecer a Evagrio (l. I, c. 7) algunos fragmentos de las cartas de Nestorio; pero la viva pintura de sus padecimientos está delineada de un modo afrentoso por el ralio y mentecato fanático. <<

[1034] *Dixi Cyrillum dum υiυeret, auctoritate sua effecisse, ne Eutychianismus et Monophysitarum error in nervum erumperet: idque υerum puto… aliquo… honesto modo* παλινωδίαν *cecinerat*. El instruido y cauto, no siempre decía toda la verdad. *Cum Cyrillo lenius omnino egi, quam si tecum aut cum aliis rei hujus probe gnaris et æquis rerum æstimatoribus sermones privatos conferrum* (*Thesaur. Epistol. La Crozian.*, t. I, pp. 197, 198); ¡una excelente llave para sus disertaciones, sobre la controversia nestoriana! <<

[1035] ‘Ηάγία σύνοδος εἶπεν, ἄρον, καῦσον Εὐσέβίου, οὗτος ζῶν καῇ οὗτος ε’ίς δύο γένηταί, ὡς ‘εμέρίσε, μερίσθῆ … ε’ί τις λέγει δύο, ἀνάθεμα. A petición de Dióscoro, aquellos que no eran buenos para remar (βοῆσι), se les apretaban las manos. En Calcedonia los orientales niegan estas exclamaciones; pero los egipcios más conformemente declararon ταῦτα καί τότε ε‘ίπομεν καί νῦν λέγομεν (*Concil.*, t. IV, p. 1012). <<

[1036] ’’Ελεγε δὲ (Eusebio, obispo de *Dorylæum*) τὸν φλαβιανόν τε δειλαίως ἀναιρεθῆναι, πρὸς Διοσκόρουὠθούμενόν τε καὶ λακτιζόμενον y este testimonio de Evagrio (l. II, c. 2) lo amplifica el historiador Zonaras (t. II, l. XIII, p. 44), quien asegura, que Dióscoro daba coces como un asno salvaje. Pero el lenguaje de Liberato (*Brev.*

c. 12 en *Concil.*, t. VI, p. 458) es más cauto; y las *Actas de Calcedonia*, que redoblan los apodos de homicida, Caín, etc. no justifican tan grave cargo. Al fraile Barsumas se lo acusa más particularmente: ἔσφαζε τὸν μακάριον φλαυιανόν αὐτός ἔστηκε καὶ ἔλεγε, σφάζον (*Concil.*, t. IV, p. 1413). <<

[1037] Las Actas del Concilio de Calcedonia (*Concil.*, t. IV, pp. 761-2071) abraza la de Éfeso (pp. 890-1189), en la que entra también el sínodo de Constantinopla bajo Flavio (pp. 930-1072); y se requiere alguna atención para desentrañar esta doble complicación. Todo el asunto de Eutiques, Flavio y Dióscoro, está referido por Evagrio (l. I, c. 9, 12, y l. II, c. 1, 2, 3, 4) y Liberato (*Brev.* c. 11, 12, 13, 14). Una vez más, y quizá la última, apelo a la actividad de Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. XV, pp. 479-719). Los *Anales* de Baronio y Pagi me acompañarán muy lejos en mi larga y trabajosa jornada. <<

[1038] Μάλιστα ἡ περιβόητς πανσοφία, ἡ, καλουμένη Ὀρεινὴ (quizás Εἰρηνὴ), περὶ ἧς κα ὶὸπολυάνθρωπς τῆς Ἀλεζανδρέων δῆμος ἀφῆκε φωνήν, αὐτῆς τε καὶ τοῦ μεμνημένος(*Concil.*, t. IV, p. 1276). Se conserva una muestra de la agudeza y malicia del pueblo en la *Antología Griega* (l. II, c. 5, p. 188, edic. Wechel), aunque la aplicación era desconocida al editor Brodeo. El epigramista anónimo presenta un equívoco, confundiendo la salutación episcopal de «La paz sea con todos» con el nombre verdadero, o corrompido, de la concubina del obispo:

Ειρήνη πάντεσσιν, ἐπίσκοπος εἶπεν ἐπελθών.
Πῶς δύναται πᾶσιν, ἣν μόνος ἔνδον ἔχει;

Ignoro si el patriarca, que parece haber sido un amante celoso, es el Simón de un epigrama anterior, cuyo πεὸς ’εστηικός,

habría sido visto con envidia y admiración, por el mismo Príapo. <<

[1039] Aquellos que reverencian la infalibilidad de los sínodos, pueden probar a deslindar su sentido. Los obispos que encabezaban, estaban rodeados de escribientes parciales o descuidados, que derramaban sus copias por todo el mundo. Nuestros manuscritos griegos están manchados con la lectura falsa y proscrita de ἐκ τῶν φυσέων (*Concil.*, t. III, p. 1460): no parece haberse llevado a cabo la traducción auténtica del papa León I, y las antiguas versiones latinas difieren enteramente de la actual Vulgata, que fue revisada (año 550) por Rústico, un sacerdote romano, de los mejores manuscritos del Ἀκοιμητοι, en Constantinopla (Ducange, *C. P. Christiana*, l. IV, p. 151), un célebre monasterio de lacios, griegos y sirios. Véase *Concil.* t. IV, pp. 1959-2049 y Pagi, *Critica*, t. II, p. 326, etc. <<

[1040] Se halla confusamente representado en el microscopio de Petavio (t. V, lib. III, c. 5); con todo el sútil teólogo teme: *ne quis fortasse supervacaneam, et nimis anxiam putet hujus modi vocularum inquisitionem, et ab instituti theologici gravitate alienam* (p. 124). <<

[1041] Ἐβόησαν, ἢ ὁ ὅρος κρατείτω, ἢ ἀπερχόμεθα... οἱ ἀυτιλέγοντες φανεροὶ γένωνται, οἱ ἀντιλέγοντες Νεστοριανοί εἰσιν, οἱ ἀντιλέγοντες εἰς Ρώμην ἀπέλθωσιν (*Concil.*, t. IV, p. 1449) Evagrio y Liberato, no presentan más que la parte agradable del sínodo y pasan discretamente por encima de estas cenizas hurricantes, *supposito cineri doloso*. <<

[1042] Véase, en el Apéndice de los *Actas de Calcedonia*, la confirmación del sínodo por Marciano (*Concil.*, t. IV, pp. 1781, 1783); sus cartas a los frailes de Alejandría (p. 1781), del monte

Sinaí (p. 1793), de Jerusalén y Palestina (p. 1789); sus leyes contra los eutiquianos (pp. 1809, 1811, 1831); la correspondencia de León con los sínodos provinciales sobre la revolución de Alejandría (pp. 1835-1930). <<

[1043] Focio (o más bien Eulogio de Alejandría) confiesa, en un hermoso paso el colorido de este doble cargo contra el papa León y su sínodo de Calcedonia (*Bibliot. cod.* CCXXV, p. 768). Hizo una doble guerra a los enemigos de la Iglesia, e hirió a sus enemigos con los dardos de su contrario καταλλήλοις βέλεσι τοὺς ἀυτιπάλους ἐτίτρωσκε. Contra Nestorio presenta el σύγχνσις; de los monofisitas; contra Eutiques usa el ὑποστασέων διάφορα de los nestorianos. El apologista reclama una interpretación caritativa para los santos: si lo mismo se hubiese extendido a los herejes, el estruendo de la contraversia, se hubiera desvanecido por los aires. <<

[1044] Αἴλουρος, de sus expediciones nocturnas. En la oscuridad y disfrazado recorrió las celdas de sus hermanos entregados al reposo, y les comunicó en voz baja la revelación (Theodor, *Lector*, l. I). <<

[1045] Φὸνους τε τολμηθῆναι μυπίου, [καὶ] αίμάτων πλήθει μολυθῆναι μή μὲνον τήν τῆν ἀλλά καὶ αὐτὸν τὸν ἅετα. Tal es el lenguaje hiperbólico del Henoticón. <<

[1046] Véase la crónica de Victor Turunensis, en las *Lectiones Antiquæ* de Canisio, reimpresas por Basnage, t. I, p. 225. <<

[1047] El Henoticon está copiado por Evagrio (l. III, c. 13) y traducido por Liberato (*Brev.* c. 18); Pagi (*Critica*, t. II, p. 411) y Asseman (*Bibliot. Orient.*, t. I, p. 343) están satisfechos de verle libre de herejía; pero Petavio (*Dogmat. Theolog.*, t. V, l. I, c. 13, p. 40) asegura de la manera más inexplicable *Chalcedonensem ascivit*. Un contrario probaría que nunca había

leído el Henoticon. <<

[1048] Véase Renaudot (*Hist. Patriarch. Alex.*, pp. 123, 131, 145, 195, 247). Reconciliáronse por el cuidado de Marcos I (años 799-819): promovió sus jefes a los obispodos de Atribis y Talba (quizá Tava. Véase D'Anville p. 82), y suplió los sacramentos, que habían decaído por falta de ordenación episcopal. <<

[1049] *De his quos baptizavit que ordinavit Acacius, majorum traditione confectam et veram, præcipue religiosæ solicitudini congruam præbenus sine difficultate medicinam* (Gelacio, en epist. I, *ad Euphemium, concil.*, t. V, 286). El ofrecimiento de una medicina prueba la enfermedad, y crecido número debe haber perecido antes de la llegada del médico romano. Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. XVI, pp. 372, 642, etc.) extraña la índole altanera y poco satisfactoria de los papas: quedan contentos, dice, con invocar a san Flavio de Antioquía, san Elías de Jerusalén, etc. a quienes negaron en la tierra la comunión. Pero el cardenal Baronio es entero y sólido como el peñasco de san Pedro. <<

[1050] Sus nombres se borraron del díptico de la Iglesia: *ex venerabili diptycho, in quo piæ memoriæ transitum ad cœlum habentium episcoporum vocabula continentur* (*Concil.*, t. IV, p. 1846). Este registro eclesiástico era por consiguiente equivalente al libro de la vida. <<

[1051] Petavio (*Dogmat. Theolog.*, t. V, l. V, c. 2, 3, 4, pp. 217-225 y Tillemont *(Mém. Ecclés.*, t. XIV, p. 713, etc. 799) ponen de manifiesto la historia y doctrina del Trisagio. En los doce siglos que mediaron entre Isaías y el niño de san Procio, quien fue llevado al cielo ante el obispo y pueblo de Constantinopla, se mejoró mucho el canto. El niño oyó que los ángeles cantaban «¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo inmortal!». <<

[1052] Pedro Gnafeo, el *batanero* (oficio que había ejercido en su monasterio), patriarca de Antioquía. Su fastidioso cuento se halla ventilado en los *Anales* de Pagi (años 477-490) y una disertación de De Valois al fin de su *Evagrio*. <<

[1053] Los disturbios bajo el reinado de Anastasio deben tomarse de las Crónicas de Víctor, Marcelino y Teófanes. Como la última no se publicó en tiempo de Baronio, su crítico Pagi es más extenso así como más esmerado. <<

[1054] La historia general desde el concilio de Calcedonia a la muerte de Anastasio, puede hallarse en el *Breviario* de Liberato (c. 14-19), los libros II y III de Evagrio, el Extracto de los dos libros de Teodoro el *Lector*, los *Actos de los Sínodos*, y las *Epístolas de los Papas* (*Concil.*, t. V). Continúan las series algo desordenadamente en los tomos XV y XVI de las *Memoires Ecclésiastiques* de Tillemon. Y aquí debo despedirme para siempre de esta guía incomparable, cuyo fanatismo está contrapesado por los méritos de la erudición, actividad, agudeza y escrupulosa maestría. La muerte le imposibilitó el acabarla, como pensaba en el siglo VI de la Iglesia y del Imperio. <<

[1055] El estilo de las *Anécdotas* de Procopio (c. 11, 13, 18, 27, 28) con las observaciones eruditas de alemano, está confirmado más bien, que contradicho, por los *Actos de los Concilios*, el cuarto libro de Evagrio, y las quejas del Africano Facundo, en su libro XII - de *tribus capitulis*, *cum videri doctus, appetit importune… spontaneis quæstionibus ecclesiam turbat*. Véase Procop. de Bell. Goth., l. III, c. 35. <<

[1056] Procop. de Edificiis, l. I, c. 6, 7, etc, passim. <<

[1057] Ὃς δὴ κάθηται ἀφύλακτος ἐς ἀεὶ ἐπὶ λέσχης τινὸς ἀωρὶ νυκτῶν, ὁμοῦ τοῖς τῶν ἱερέων ἔσχατον γέρουσιν [ἐσχατογέρουσιν] ἀνακυκλεῖν τὰ

Χριστιανῶν λόγια σπονδὴν ἔχων Procop. de *Bell. Goth.*, l. III., c. 32. En la vida de san Eutiquio (*apud* Aleman. ad Procop. Arcan. c. 18) se le representa bajo el mismo concepto con ánimo de ensalzar a Justiniano. <<

[1058] Por estos arranques cuerdos y comedidos se denigra a Procopio (de *Bell. Goth.*, l. I, c. 5) en el prólogo de Alemano, quien lo coloca entre los cristianos *polítical —sed longe verius hæresium omnium sentinas, prorsusque Atheos*— abominables Atheos, que predicaban la imitación de la compasión de Dios para con el hombre (*ad Hist*, Arcan. c. 15). <<

[1059] Esta alternativa, preciosa circunstancia, la conserva Juan Malala t. II, p. 63, edic. Venet. 1733 quien merece más crédito cuanto más se aproxima al fin. Tras enumerar los herejes, nestorianos, eutiquianos, etc. *ne expectent*, dice Justiniano, *ut digni veniâ judicentur: jubemus enim ut… convicti et aperti hæretici justæ et idoneæ animadversioni subjiciantur*. Baronio copia y celebra este edicto del Código (año 527, núm. 39, 40). <<

[1060] Véanse la nombradía y principios de los montanistas, en Mosheim, de *Rebus Christ. ante Constantinum*, pp. 410-424. <<

[1061] Teofgan, *Oron*. p. 153. Juan, el monofisita, obispo de Asia, es un testigo más auténtico, de esta transacción; en la cual fue empleado por el emperador (Asaeman, *Bibliot. Orient.*, t. II, p. 85). <<

[1062] Compárese Procopio (*Hist. Arcan*. c. 28 y las *Notas de Alemano*) con Teófanes (Oron. p. 190). El concilio de Nicea ha enterado al patriarca, o más bien a los astrónomos, de Alejandría, con la proclamación anual del Oriente; y aún leemos, o más bien no leemos, muchas de las epístolas pascales de san Cirilo. Desde el reinado del monofitismo en Egipto, los católicos estaban perplejos con tan insensata preocupación como

la que por tanto tiempo se opuso, entre los protestantes, a la admisión del estilo gregoriano. <<

[1063] Sobre la historia y religión de los samaritanos, consúltese Basnage, *Histoire des Juifs* una obra erudita e imparcial. <<

[1064] Siquem, Neapolis, Naplus, la residencia antigua y moderna de los samaritanos, está situada en un valle entre el estéril Ebal, la montaña que corre al norte, y el arbolado Garizim, o montaña que corre al sur a diez o doce horas de Jerusalén. Véase Maundrel, *Jornada de Alepo*, etc. pp. 59-63. <<

[1065] Procop. Anecdot., c. 11. Teofan. Crón., p. 122. Juan Malala, *Cron.*, t. II, p. 62. Recuerdo una observación medio filosófica y medio supersticiosa, que la provincia que se había arruinado por el fanatisimo de Justiniano, era la misma que atravesaron los mahometanos para internarse en el Imperio. <<

[1066] La expresión de Procopio es notable: οὐ γὰρ οἱ ἐδόκει φόνος ἀνθρώπων εἶναι, ἤν γε μὴ τῆς αὐτοῦ δόξης οἱ τελευτῶντες τύχοιεν ὄντες. *Anecdot.* c. 13. <<

[1067] Véase la crónica de Víctor, p. 328 y el testimonio original de las leyes de Justiniano. Durante los cinco años de su reinado, el mismo Baronio, en extremo festivo con el emperador, quien galanteaba a los papas, hasta que los tuvo en su poder. <<

[1068] Procopio, *Anecdot.*, c. 15; Evagrio, l. IV, c. 10. Si los eclesiásticos nunca leyeron al secreto historiador, sus recelos prueban al menos el odio general. <<

[1069] Sobre el asunto de los tres capítulos, los actos originales del V concilio general de Constantinopla, suministran muchos conocimientos inútiles, aunque auténticos (*Concil.*, t. IV, pp. 1-419). El griego Evagrio es menos extenso y esmerado (l. IV, c. 38) que los tres celosos *Africanos*, Facundo (en sus doce libros, de *tribus capitulis*, que están publicados más enmendadamente

por Sirmond), Liberato (en su *Breviarum*, c. 22, 23, 24, y Víctor Turunensis en su crónica (en t. I, *Autiq. Lect. Canisii*, pp. 330-334). El *Liber pontificalis*, o Anastasio (en Vigilio, Pejio, etc.) es un testimonio original *italiano*. El lector moderno puede sacar algunos conocimientos de Dupin (*Bibliot. Ecclés.*, t. V, pp. 189-207) y Basnage (*Hist. de l'Église*, t. I, pp. 519-541), con todo el último está muy desaforado con los papas. <<

[1070] Orígenes tiene una gran propensión para imitar el πλάνη y δυσσέβεια de los antiguos filósofos (Justiniano, *ad Mennam*, en *Concil.*, t. VI, dep. 356). Sus opiniones moderadas eran repugnantes al celo de la Iglesia, y se halló que era criminal de herejía de la razón. <<

[1071] Basnage, *Præfat.*, pp. 11-14, *ad* t. I, *Antiq. Lect. Canis*. ha pesado el crimen y la inocencia de Teodoro de Mopsuestia. Si compusiese diez mil volúmenes, tantos errores sería una concesión caritativa. En todos los catálogos subsiguientes de los heresiarcas está incluso él solo, sin sus dos hermanos: y corresponde al crítico Asseman (*Bibliot. Orient.*, t. IV, 203-267) el comprobar la sentencia. <<

[1072] Véanse las quejas de Liberato y Víctor, y las exhortaciones del papa Pelagio al conquistador y exarca de Italia. *Schisma… per potestates publicas opprimatur*, etc. (*Concil.*, t. VI, p. 467, etc.). Se detuvo a un ejército, para sofocar la sedición de una ciudad ilírica. Véase Procopio (de *Bell. Goth.*, l. IV, c. 25); ὥνπερ ἕνεκα σφίσιν αὐτοῖς οἱ Χριστιανοὶ διαμάχονται. Parece prometer una historia eclesiástica. Hubiera sido curiosa e imparcial. <<

[1073] El papa Honorio reconcilió a los obispos del patriarcado de Aquileya, año 638 (Muratori, *Annali d'Italia*, t. V, p. 376); pero volvieron a enemistarse, y el cisma no se extinguió enteramente

hasta 698. Catorce años antes la Iglesia de España había mirado el V concilio general con desaprobación y silencio (XIII, *Concil. Toletan*. en *Consil*., t. VII, pp. 487-494). <<

[1074] Nirecio obispo de Tréveris (*Concil*., t. VI, pp. 511-513): él como la mayor parte de los prelados galicanos (Gregor. Epist., l. VII, ep. 5, en *Concil*., t. VI, p. 1007) fue separado de la comunión de los cuatro patriarcas, por haberse negado a condenar los tres capítulos. Baronio casi pronuncia la condena de Justiniano (año 565, núm. 6). <<

[1075] Después de referir la última herejía de Justiniano (l. IV, c. 39, 40, 41), y el edicto de su sucesor (l. V, c. 3), lo restante de la historia de Evagrio se reduce a acontecimientos civiles, en vez de eclesiásticos. <<

[1076] Esta extraordinaria, y quizás incompatible, doctrina de los nestorianos había sido observada por La Croze (*Christianisme des Indes*, t. I, pp. 19, 20), y está explicada más extensamente por Abulfaragio, *Bibliot. Orient*., t. II, p. 292. *Hist. Dinast*., p. 91, vers. Latin Pocock) y Asseman (t. IV, p. 118). Parecen estar ignorando que podían alegar la autoridad positiva de la ectesis. Ὁ μίαρος Νεστόριος καίπερ διαίρων τὴν θείαυ τοῦ Κυρίου ἐνανθρώπησιν, καὶ δύο εἰσάγων υἱοὺς (la reconvención usual de los monofisitas), δύο θελήματα τούτων εἴπειν οὐκ ἐτόλμησε, τουνάντιον δὲ τοῦτο βουλίαν τῶν… δύο πρόσωπων ἐδόξασε (*Concil*., t. VII, p, 205). <<

[1077] Véase la fe ortodoxa en Petavio (*Dogmata Theolog*. t. V, l. IX, c. 6-10, pp. 433-447): todos los puntos de esta controversia se hallan en el diálogo griego, entre Máximo y Pirro (ad calcem, t. VIII, *Annal*. Baron., pp. 755-794), que hace referencia a una verdadera conferencia, que produjo una conversión de corta

temporada. <<

[1078] *Impiissimam ecthesim… scelerosum typum* (*Concil.*, t. VII, 366) *diabolicæ operationis genimina* (fors *germina*, o de otro modo el griego γενήματα, en el original. *Concil.*, pp. 363, 364) son las expresiones del anatema XVIII. La epístola del papa Martín a Amando, obispo galicano, infama a los monotelitas y su herejía con igual desenfado (p. 392). <<

[1079] Los padecimientos de Martín y Máximo, están descritos con sencillez patética en sus cartas y actos originales (*Concil.*, tom VII, pp. 65-78. Baron. *Annal. Eccles*. año 656, núm. 2 *et annos subsecuent*). Con todo, el castigo de su desobediencia ἐξόπια y σώματος αἴκισμος había sido anunciado previamente en el Tipo de Constante (*Concil.*, t. VII, p. 240). <<

[1080] Eutiquio (*Annal.*, t. II, p. 368 supone equivocadamente que los ciento veinticuatro obispos del sínodo romano se trasladaron a Constantinopla; y agregándose a los ciento sesenta y ocho griegos compusieron el sexto concilio de doscientos noventa y dos padres. <<

[1081] El monotelita Constante era aborrecido de todos, διὰ τοι ταῦτα —dice Teófanes (*Cron*. p. 292)— ἐμισήθη σφόδρως παρὰ παντων (Cuando salió fallido el milagro del fraile monotelita el pueblo gritó ὁ λαὸς ἀγεβόησε (*Concil.*, t. VII, p. 1032). Pero esto fue un ímpetu natural y transitorio; y temo que la última sea una anticipación de ortodoxia en el buen pueblo de Constantinopla. <<

[1082] La historia del monotelitismo puede hallarse en las *Actas de los Sínodos* de Roma (t. VII, pp. 77-395, 601-608 y Constantinopla, pp. 609-1429). Baronio extracta algunos documentos originales de la librería vaticana; y su cronología está rectificada por la actividad de Pagi. Hasta Dupin

(*Bibliothèque Ecclés.*, t. VI, pp. 57-71) y Basnage (*Hist. de l'Église*, t. I, pp. 541-555) suministra un compendio regular. <<

[1083] En el sínodo de Lateran de 679, Wilfrido, un obispo anglosajón firmó *pro omni Aquilonari parte Britauniæ et Hiberniæ, quæ ab Anglorum et Brittonum, necnon Scotorum et Pictorum gentibus colebantur* (Edio, en *Vit St. Wilfrid.*, c. 31, *apud* Pagi, *Critica*, t. III, p. 88). Teodoro (*magnæ insulæ Britanicæ archiepiscopus et philosophus*) se hizo esperar por mucho tiempo en Roma (*Concil.*, t. VII, p. 714), pero se contentó con tener (año 680) su sínodo provincial de Hatfield, en el que recibió los decretos del papa Martín y el primer concilio de Lateran, contra los monotelitas (*Concil.*, t. VII, p. 597, etc.). Teodoro, un fraile de Tarso en Cilicia, había sido nombrado para la primacía de Bretaña por el papa Viteliano (año 668, véase Baronio y Pagi), cuyo aprecio por su sabiduría y religiosidad, fue apeado por alguna desconfianza, de su cáracter nacional: *ne quid contrarium veritati fidei, Græcorum more, in ecclesiam cui præsset introduceret*. Enviose al Ciciliano desde Roma a Canterbury encargado a un guía africano (*Bedæ Hist. Eccles. Anglorum*, l. IV, c. 1). Se adhirió a la doctrina romana: y el mismo credo de la encarnación se trasmitió sin alteración desde Teodoro hasta los primados modernos, cuyos profundos conocimientos se hallan quizás muy pocas veces empeñados en este intrincado misterio. <<

[1084] Este nombre, desconocido hasta el siglo X, parece ser de origen sirio. Inventáronlo los jacobitas y lo adoptaron con afán los nestorianos y mahometanos; pero los católicos lo aceptaron sin entusiasmo, y se halla con frecuencia en los Anales de Eutiquio (Asseman, *Bibliot. Orient.*, t. II, p. 507, etc. t. III, p. 355. Renaudot, *Hist. Patriarch. Alexandrin.* p. 119). Ἡμεῖς δούλοι τοῦ Βασιλέως, era el reclamo de los Padres de

Constantinopla (*Concil.* t. VII, p. 765). <<

[1085] El sirio, que los naturales revelaban como su idioma primitivo, se dividía en tres dialectos. 1. El *arameo*, según se hablaba en Edesa y las ciudades de la Mesopotamia. 2. El *Palestino*, que se estilaba en Jerusalén, Damasco y el resto de Siria. 3. El *nabateo*, el idioma cerril de las montañas de Asiria y las aldeas del Irak (Gregorio Abulfaragio, *Hist. Dynast.*, p. 11). Sobre el sirio véase a Ebed-Jesu (Asseman, t. III, p. 326, etc.), quien sólo con sonora preocupación, podía preferirse al arábigo. <<

[1086] No supliré mis cortos alcances con los despojos de Simón, Walton, Mill, Wetstein, Asseman, Ludolfo, La Croze, a quienes he consultado con atención. Aparece, 1. que de todas las versiones celebradas por los padres, es dudoso que exista ninguna en su primitivo estado; 2. que el sirio tiene más derecho; y el consentimiento de las sectas orientales comprueba que es aún más antiguo que su cisma. <<

[1087] En la relación de los monofisitas y nestorianos, debo mucho a la *Bibliothèque Orientale ClementinoVaticana* de José Simón Asseman. En el año 1715, el papa Clemente XI envió a aquel instruido maronita a visitar los monasterios de Egipto y Siria, en busca de manuscritos. Sus cuatro volúmenes en folio, publicados en Roma en 1719-1728, no contienen más que una parte, aunque quizás la más apreciable, de su grandioso proyecto. Como solariego y escolástico, conocía la literatura siria; y aunque dependía de Roma, trató de ser moderado y sincero. <<

[1088] Véanse los cánones de Nicea en la traducción de Abraham Ecchelensis, núm. 37, 38, 39, 40. *Concil.* t. II, pp. 335, 336, edic. Venec. Estos títulos vulgares de *Niceno* y *Arábigo* son ambos apócrifos. El concilio de Nicea no decretó más que veinte

cánones (Teodoreto, *Hist. Ecclés.*, l. I, c. 8); y los setenta u ochenta restantes se tomaron de los sínodos de la Iglesia griega. La erudición siria de Marutas ya no existe (Asseman, *Bibliot. Orient.*, t. I, p. 195, t. III, p. 74) y la versión arábiga está tildada con muchas interpolaciones recientes. Con todo, este código contiene muchos restos curiosos de la disciplina eclesiástica, y desde que se halla igualmente respetado por todas las sectas del Oriente, se terminó probablemente antes del cisma de los nestorianos y jacobitas (Fabric., *Bibliot. Græc.* t. XI, pp. 363-367). <<

[1089] Teodoro el lector (l. II, c. 5, 49 *ad calcem Hist. Eccless.*) ha dado a conocer esta escuela persa de Edesa. Su antiguo esplendor y las dos eras de su decadencia (año 431 y 489) se hallan claramente explicadas por Asseman (*Bibliot. Orient.*, t. II, p. 402, III, pp. 376, 378, IV, pp. 70, 924). <<

[1090] Una disertación sobre el estado de los nestorianos se ha aumentado en manos de Asseman a un volumen de 950 páginas, y sus instructivas investigaciones están coordinadas con sumo arreglo. Además del t. IV de la *Bibliotheca Orientalis*, pueden consultarse con provecho los extractos de los tres primeros tomos (t. I, p. 205; II, pp. 321-463; III, 64-70, 378-395, etc., 403-408, 580-589). <<

[1091] Véase la *Topografia Cristiana* de Cosmas, llamado *Indicopleustes*, o el navegante indio, l. III, pp. 178, 179; l. XI, p. 337. La obra entera, de la que pueden hallarse algunos extractos curiosos en Focio (cod. XXXVI, pp. 9, 10 edic. Hoeschel), Thevenot (en la 1 parte de su *Relation des Voyages*, etc.) y Fabricio (*Bibliot. Græc.* l. III, c. 25, t. II, pp. 603-617), la publicó el padre Montfaucon en París, 1707, en la Nova Collectio Patrum (t. II, pp. 113-346). El ánimo del autor es

impugnar la herejía impía de aquellos que sostienen que la tierra es un globo, y no un plano alargado, como lo representan las *Escrituras* (l. II, p. 138). Pero la ignorancia del fraile está revuelta con los conocimientos prácticos del viajero, que hizo su viaje en 522 y publicó su libro en Alejandría, en el año 547 (l. II, pp. 140, 141. Montfaucon, *Præfat*. c. 2). El nestorianismo de Cosmas, desconocido a su sabio editor, lo descubrió La Croze (*Christianisme des Indes*, t. I, pp. 40-55), y lo confirma Asseman (*Bibliot. Orient*. t. IV, pp. 605, 606). <<

[1092] En sus grandes progresos a Mozul, Jerusalén, Roma, etc., el cuento de Preste Juan se convirtió en una fábula monstruosa, tomando algunos pasos del Lama del Tibet (*Hist. Généalogique des Tartares*, p. II, p. 42. *Hist. de Gengis Khan*, p. 31, etc.), y los portugueses la transmitieron abultada al emperador de Abisinia (Ludolf. *Hist. Æthiop. Comment*. l. II, c. 1). Con todo, es probable que en los siglos XI y XII la horda de los keraitas profesaba el cristianismo nestoriano (D'Herbelot, pp. 256, 915, 959. Asseman, t. IV, pp. 468-504). <<

[1093] La concordancia de los testigos chinos, árabes, sirios y latinos prueba incontrastablemente el cristianismo de la China, entre los siglos VII y XIII (Asseman, *Bibliot. Orient*., t. IV, pp. 502-552. *Mém. de l'Académie des Inscript*. t. XXX, pp. 802-819). La inscripción de Siganfu, que atestigua las ventajas conseguidas por la Iglesia nestoriana, desde la primera misión, año 636, hasta el año corriente, de 781, la miran como una impostura La Croze, Voltaire, etc. quienes vienen a ser engañados por su misma perspicacia, en tanto que temen un fraude jesuítico. <<

[1094] *Jacobitae el Nestorianæ plures quam Græci el Latini*. Jacobo a Vitriaco, *Hist. Hierosol*., l. II, c. 76, p. 1093 en el *Gesta Dei per Francos*. El número lo trae Thomassin, *Discipline de l'Église*, t. I,

p.172. <<

[1095] La división del patriarcado se halla delineada en la *Bibliothèque Orientale* de Asseman, t. I, pp. 523-549, t. II, p. 457, etc. t. III, p. 603, pp. 621-623, t. IV, pp. 164-169, p. 423, pp. 622-629, etcétera. <<

[1096] El lenguaje pomposo de Roma, sobre la sumisión de un patriarca nestoriano, se halla elegantemente manifestado en el libro VII de Fra Paolo, Babilonia, Ninivea, Arbela y los trofeos de Alejandro, Tauro, Ecbatana, el Tigris y el Indo. <<

[1097] El misionero indio santo Tomás, apóstol, maniqueo o comerciante armenio (La Croze, *Christianisme des Indes*, t. I, pp. 57-70) era ya célebre en tiempo de Jerónimo (*ad Marcellum*, epíst. 148). Marco Polo se enteró en el mismo sitio en que padeció el martirio en la ciudad de Malabar o Meliapur, a una legua de Madras (D'Anville, *Éclaircissements sur l'Inde*, p. 125), en donde los portugueses fundaron una iglesia episcopal, bajo el nombre de santo Tomás, en la que el santo hacía un milagro anual, el cual se interrumpió por la vecindad profana de los ingleses (La Croze, t. II, pp. 7-16). <<

[1098] Ni el autor de la Crónica Sajona (año 883) ni Guillermo de Malmesbury (de *Gestis Regum Angliæ*, l. II, c. 4, p. 44) eran capaces, en el siglo XII, de inventar este hecho extraordinario; y mucho menos de explicar las causas y disposiciones de Alfredo, de modo que su breve relación, no hace más que excitar nuestra curiosidad. Guillermo de Malmesbury conoce la dificultad de la empresa, *quod quivis in hoc sæculo miretur*, y casi malicio que los embajadores ingleses se agenciaron su cargamento y la leyenda en Egipto. El autor real no ha enriquecido su Orosio (véanse las Misceláneas de Barrington) con un viaje indio, así como con uno escandinavo. <<

[1099] Con respecto a los cristianos de santo Tomás, véanse Asseman, *Bibliot. Orient.*, t. IV, pp. 391-407, 435-451; Geddes, *Historia de la Iglesia de Malabar*, y sobre todo, La Croze, *Histoire du Christianisme des Indes*, en 2 vols., 12, La Haya, 1758, una obra instructiva y agradable. Han tomado del mismo manantial, las narraciones italianas y portuguesas, y las vulgaridades de los jesuitas se hallan harto enmendadas con las de los protestantes. <<

[1100] Οἷον ε'ιπίν ψευδαλήθης es la expresión que usa Teodoro, en su tratado de la encarnación, pp. 245, 247 como lo cita La Croze (*Hist. du Christianisme d'Éthiopie et d'Arménie*, p. 35) quien exclama, quizá con demasiada precipitación, «¡Quel pitoyable raisonnement!». Renaudot ha hablado (*Hist. Patriarch. Alex.*, pp. 127-138) de los acontecimientos orientales de Severo; y su credo auténtico se halla en la epístola de Juan el jacobita, patriarca de Antioquía, en el siglo X, a su hermano Menas de Alejandría (Alemano, *Bibliot. Orient.*, t. II, pp. 132-141). <<

[1101] *Epist. Archimadritarum et Monachorum Syriæ Secundæ ad Papam Hormisdam*, *Concil.* t. V, pp. 598-602. El valor de san Sebastián, *ut leo animosus*, basta para abonar la sospecha de que las armas de estos frailes no siempre eran espirituales o defensivas (Baronio, año 513, núm. 7, etc.). <<

[1102] Asseman (*Bibliot. Orient.*, t. II, pp. 10-46) y La Croze (*Christianisme d'Éthiopie*, pp. 36-50) pueden proporcionar la historia de Jenais o Filogeno, obispo de Maburgo, o Hierápolis, en Siria. Poseía a la perfección el idioma sirio, y era el autor o editor de una versión del Nuevo Testamento. <<

[1103] Los hombres y dictados de cincuenta y cuatro obispos que fueron desterrados por Justino, se conservan en la *Crónica* de Dionisio (*apud* Asseman, t. II, p. 54). Severo fue emplazado a comparecer personalmente en Constantinopla, para su prueba,

dice Liberato (Brev. c. 19), para cortarle la lengua, dice Evagrio (l. IV, c. 4). El prudente patriarca no se paró a deslindar la diferencia. Esta revolución eclesiástica la coloca Pagi en el mes de setiembre del año 518 (*Critica*, t. II., p. 506). <<

[1104] La oscura historia de Santiago, o Jacobo, Baradeo, o Zanzalusto, puede tomarse de Eutiquio (*Anal.*, t. II, pp. 144, 147), Renaudot (*Hist. Patriarch. Alex.*, p. 153), y Asseman (*Bibliot. Orient.*, t. I, p. 424; t. II, pp. 61-69, 324-332, 414; t. III, pp. 385-388). Parece ser desconocido a los griegos. Los mismos jacobitas habían más bien derivado su nombre y preocupaciones de Santiago apóstol. <<

[1105] Las noticias de su persona y escritos componen sin duda alguna, el trozo más interesante de la Biblioteca de Asseman (t. II, pp. 244-321, bajo el nombre de *Gregorius Bar-Hebræus*). La Croze (*Christianisme d'Éthiopie*, pp. 53-63) se mofa de la preocupación de los españoles con respecto a la sangre judía que profana secretamente su Iglesia y Estado. <<

[1106] Esta terquedad *excesiva* la ridiculiza La Croze (p. 352) y hasta el sirio Asseman (t. I, p. 226, t. II, pp. 304, 805). <<

[1107] El estado de los monofisitas está perfectamente descrito en una disertación al principio del volumen II, de Asseman que contiene 142 páginas. La *Crónica Siria* de Gregorio Bar-Hebræo, o Abul-faraje (*Bibliot. Orient.*, t. II, pp. 321-463), continúa la doble serie de los nestorianos *católicos* y los *mafrianos* de los jacobitas. <<

[1108] El uso sinónimo de estas dos voces se halla probado en Eutiquio (*Anal.*, t. II, pp. 191, 267, 332); y muchos pasos semejantes que contiene la tabla metódica de Pocock. No influía en él ninguna preocupación contra los maronitas del siglo X, y bien puede darse crédito al testimonio de un melchita cuando se

halla confirmado por los jacobitas y latinos. <<

[1109] *Concil.* t. VII, p. 780. La causa monotelita la sostuvo con ardid y entereza Constantino, sacerdote sirio de Apamea (p. 1040, etc.). <<

[1110] Teófanes (*Chron.*, pp. 295, 296, 300, 302, 306) y Cedreno (pp. 437, 440) refieren las victorias de los mardaites: el nombre *(Mard* en sirio *rebellavit*) lo explica La Roque (*Voyage de la Syrie*, t. II, p. 53); las fechas las apunta Pagi (año 676, núms. 4-14, año 685, núm. 3, 4) y hasta la confusa relación del patriarca Juan Maron (Asseman, *Bibliot. Orient.*, t. I, pp. 496-520) refiere, desde el año 686 al 707, los disturbios del Monte Líbano. <<

[1111] En el último siglo todavía existían veinte corpulentos cedros (*Voyage de la Roque*, tomo I, pp. 68-76); en la actualidad no hay más que cuatro o cinco (Volney, t. I, p. 264). Estos árboles, tan célebres en la Sagrada Escritura, estaban resguardados por una excomunión: su madera no se empleaba más que para crucecitas, etc.; anualmente se celebraba una misa bajo su sombra; y los sirios les atribuían la potestad sensitiva de enderezar sus ramas para rechazar la nieve, en lo que el Monte Líbano es menos sincero de lo que lo describe Tácito: *inter ardores opacum fidumque nivibus* - una osada metamorfosis (*Hist.* v. 6). <<

[1112] El testimonio de Guillermo de Tiro (*Hist. in Gestis Dei per Francos*, l. XXII, c. 8, p.1022) lo copia o confirma Santiago de Vitra (*Hist. Hierosolym.*, l. II, c. 77, pp. 1093, 1094). Pero esta liga tan irregular espiró con el poder de los francos; y Abulfaragio (que murió en 1286) considera a los maronitas como una secta de monotelitas (*Bibliot. Orient.* t. II, p. 292). <<

[1113] Hallo una descripción e historia de los maronitas en el *Voyage de la Syrie et du Mont Liban*, *par La Roque* (2 vol., en 12

Amsterdan, 1723; particularmente t. I, pp. 42-47, pp. 174-184, t. II, pp. 10-120). En la parte antigua, copia las preocupaciones de Nairon y los otros maronitas de Roma, a las que Asseman no se atreve a rechazar y se avergüenza de apoyar. Sobre este punto puede consultarse a Jablonski (*Institut. Hist. Christ.*, t. III, p. 186), Niebuhr (*Voyage de l'Arabie*, etc. t. II, pp. 346, 370-381) y, sobre todos, al ajuiciado Volney (*Voyage en Egypte et en Syrie*, t. II, pp. 8-31, París, 1787). <<

[1114] La religión de los armenios la ha descrito brevemente La Croze (*Hist. du Christ. d'Éthiopie et d'Arménie*) de Galano (3 vol. en fol., Roma, 1650-1661), y ensalza el estado de la Armenia en el tercer volumen de las *Nouveaux Mémoires des Missions du Levant*. La obra de un jesuita debe de ser muy perfecta cuando la alaba La Croze. <<

[1115] El cisma de los armenios se coloca ochenta y cuatro años después del concilio de Calcedonia (Pagi, *Critica*, ad año 535). Se consumó al cabo de diez y siete años; y desde el año de Cristo 552 fechamos la era de los armenios (*l'Art de verifier les Dates*, p. XXXV). <<

[1116] Los dictámenes y paradero de Julián de Halicarnaso pueden verse en Liberato (*Brev*. c. 19),. Renaudot (*Hist. Patriarch. Alex*. pp. 132, 303), y Asseman (*Bibliot. Orient*. t. I, *Dissertat. de Monophysitis*, l. VIII, p. 286). <<

[1117] Véase un hecho notable del siglo XII en la Historia de Nicetas Coniates (p. 258). Con todo, trescientos años antes Focio (*Epistol*. II, p. 49, edit. Montacut) se afamó con la conversión de los armenios. λατρεύει σήμερον ὀρθοδόξες [τὴν χριστιάνων λατρείαν]. <<

[1118] Los traficantes armenios siguen el camino de los demás viajeros, y su iglesia se halla en la carretera real entre

Constantinopla e Ispahán: sobre su actual estado, véase a Fabricio (*Lux Evangelii*, etc. c. XXXVIII pp. 40-51), Oleario (l. IV, c. 40) Chardin (vol. II, p. 232), Tournefort (carta XX) y sobre todo, Tavernier (t. I, pp. 28-37, 510-518), aquel joyero ambulante que nada había leído, pero que había visto mucho, y con provecho. <<

[1119] La historia de los patriarcas alejandrinos, desde Dióscoro a Benjamin, está tomada de Renaudot (pp. 114-164) y el tomo segundo de los *Anales* de Entiquio. <<

[1120] Liberat. *Brev*. c. 20, 23; Victor *Chron*. pp. 329, 330; Procop. *Anecdot*. c. 26, 27. <<

[1121] Eulogio, que había sido fraile de Antioquía, era más bien tenido por astuto que elocuente. Probó que los enemigos de la fe, los Gaianitas y Teodosianos, no debían reconciliarse: que la misma proposición en boca de san Cirilo, podía ser ortodoxa y herética en la de Severo; que los asertos opuestos de san León eran también verdaderos, etc. Sus escritos ya no existen, a no ser en los Extractos de Focio, quien los había desentrañado con ahínco y satisfacción, cod. CCVIII, CCXXVI, CCXXVII, CCXXX, CCLXXX. <<

[1122] Véase la Vida de Juan el limosnero por su contemporáneo Leoncio, obispo de Neapolis, en Chipre, cuyo texto griego, bien que extraviado de oculto, se refleja en la versión latina de Baronio (año 610, núm. 9, año 620, núm. 8); Pagi (*Critica*, t. II, p. 763) y Fabricio (l. V, c. 11, t. VII, p. 454) han hecho algunas observaciones críticas. <<

[1123] Este número está tomado de las interesantes *Recherches sur les Egyptiens et les Chinás* (t. II, pp. 192, 193); y parece más probable que el de seiscientos mil antiguo o quince mil moderno, coptos de Gemelli Carreri, Cirilo Lucar, el patriarca

protestante de Constantinopla, se lamenta de que aquellos herejes eran diez veces más que sus griegos ortodoxos, aplicando ingeniosamente el πολλαί κεν δεκάδες δευοίατο ο'ινοχόοιο de Homero (*Iliad*. II, 428), la mejor prueba de desprecio (*Fabric. Lux. Evangelii*, 740). <<

[1124] La historia de los coptos, su religión, costumbres, etc. pueden hallarse en la obra del abate Renaudot, que ni es traducción ni original; el *Chronicon Orientale* de Pedro, un jacobita; en las dos versiones de Abraham Ecchellensis, París, 1651; y Juan Simón Asseman, Venec. 1729. Estos anales no alcanzan sino hasta el siglo XIII. Las relaciones más recientes deben buscarse en los viajeros por Egipto y las *Nouveaux Memoires des Missions du Levant*. En el último siglo, José Abudacnus, natural del Cairo, publicó en Oxford, en treinta páginas, una ligera *Historia jacobitarum*. 147, post. 150. <<

[1125] Sobre el año 737. Véase Renaudot, *Hist. Patriarch. Alex.*, pp. 221, 222. Elmacín, *Hist. Sarracen*. p. 99. <<

[1126] Ludolph. *Hist. Æhiopie et Comment*. l. I, c. 8; Renaudot, *Hist. Patriarch. Alex.*, p. 480, etc. esta especie introducida en Egipto y Europa por ardid de los coptos, el orgullo de los abisinios, y el conducto e ignorancia de los turcos y árabes, carece de todo asomo de verdad. Las lluvias de la Etiopía, en el crecimiento del Nilo, no consultan la voluntad del monarca. Si el río se extiende hasta Napata, a tres jornadas del Mar Rojo (véanse los mapas de D'Anville), el formar un canal que dirigiese su curso exigiría, y probablemente excedería, el poderío de los Césares. <<

[1127] Los abisinios que aún conservan las facciones y color aceitunado de los árabes, prueban que dos mil años no bastan a mudar el color de la casta humana. Los nubios, ralea africana, son negros castizos, tanto como los del Senegal o Congo, con

narices achatadas, labios gruesos, y cabello encrespado (Buffon, *Hist. Natural*, t. V, pp. 117, 143, 144, 466, 219, edic. en 12O, París, 1769). Los antiguos contemplaron, sin darle mucha importancia, el extraordinario fenómeno que ha embargado tanto a los filósofos y teólogos modernos. <<

[1128] Asseman, *Bibliot. Orient*. t. I, p. 329. <<

[1129] El Cristianismo de los Nubios, año 1153 lo atestigua el jerife al Edrisi, descrito equivocadamente bajo el nombre del geógrafo nubio (p. 18), quien los representa como una nación de jacobitas. Los rayos de luz que se desprenden de la historia de Renaudot (pp. 178, 220-224, 281-286, 405, 434, 451, 464) corresponden a esta era. Véase el estado moderno en las *Lettres Édifiantes* (Recueil., IV) y Busching (t. IX, pp. 152-159 por Berenger). <<

[1130] El abuna lo honran impropiamente los latinos con el dictado de patriarca. Las abisinios no reconocen más que los cuatro patriarcas, y su jefe no es más que un primado nacional o metropolitano (Ludolph. *Hist. Æthiopic. et Comment*. l. III, c. 7). Los siete obispos de Renaudot (p. 511), que había en el año 1131 son desconocidos al historiador. <<

[1131] No sé por qué Asseman (*Bibliot. Orient*. t. II, p. 384) ha de hablar aquí de las misiones probables de Teodora en Nubia y Etiopía. Las escasas noticias de Abisinia hasta el año 1500, las toma Renaudot (pp. 336-341, 381, 382, 405, 443, etc., 452, 456, 463, 475, 480, 511, 525, 559-564) de los escritores coptos. <<

[1132] Ludolph. *Hist. Æthiopic*., l. IV, c. 5. Las artes más indispensables, las desempeñan los judíos, y el comercio extranjero está en manos de los armenios. Lo que Gregorio admiró y envidió principalmente, fue la industria de Europa,

artes et opificia. <<

[1133] Juan Bermúdez, cuya relación, impresa en Lisboa, 1569 la tradujo en inglés Purchass (*Pilgrims*, l. VII, c. 7; p. 1149, etc.), y luego en francés La Croze (*Christianisme d'Ethiopie*, pp. 92-265). El trozo es interesante; pero puede maliciarse que el autor trató de engañar a Roma, Abisinia y Portugal. Su dictado de patriarca es muy dudoso (Ludolph. *Comment*. núm. 101, p. 473). <<

[1134] *Religio Romana… nec precibus patrum nec miraculis ab ipsis editis suffulciebatur*, es la incontrastable seguridad del devoto emperador Susneo a su patriarca Méndez (Ludolph. *Comment*. núm. 126, p. 529); y tales seguridades debían guardarse con esmero, como un antídoto contra cualquier leyenda maravillosa. <<

[1135] Ignoro si es muy reciente la cuestión de la circuncisión. Con todo puedo asegurar, 1. Que los etíopes tienen una causa física para verificar la circuncisión de los varones, y hasta de las hembras (*Recherches Philosophiques sur les Americains*, t. II) 2. Que estaba en uso en Etiopía mucho antes de la introducción del cristianismo o el judaísmo (Herodot., l. II, c. 104. Marsham. *Canon Chron*, pp. 72, 73). «Infantes circumcidunt ob consuetudinem non ob Judaismum», dice Gregorio el sacerdote abisinio (*apud* Fabric. *Lux Christiana*, p. 720). Con todo, en el acaloramiento de una disputa, algunas veces se motejaba a los portugueses con el apodo de *incircumcisos* (La Croze, p. 80. Ludolph. *Hist. y Comment.*, l. III, c. 1). <<

[1136] Los tres historiadores protestantes, Ludolfo (*Hist. Ætiopica*, Francfort, 1681; *Commentarius*, 1691; *Relatio Nova*, etc. 1693, en folio), Geddes (*Church History of Æthiopia*, London, 1696, en 8o), y La Croze (*Hist. du Christianisme d'Ethiopie et d'Armenie*, La Haye, 1739 en 12o), han sacado sus principales

materiales de los jesuitas, particularmente de la *Historia General* de Tellez, publicada en portugués en Coimbra, 1660. Debemos extrañar su desembozo, pero su vicio más abominable, el espíritu de persecución, era a sus ojos la virtud más meritoria. Ludolfo poseía alguna escasa ventaja con el conocimiento de la lengua etiópica, y la conversación de Gregorio, sacerdote abisinio muy despreocupado, a quien convidó a pasar, de Roma a la corte de Saxo-Gota. Véase la *Theologia Æthiopica* de Gregorio, en Fabricio, *Lux Evangelii*, pp. 716-734. <<

[1137] El instruido Selden trae la historia de la transubstanciación en una sentencia comprensiva y enérgica. «Esta opinión no es más que retórica trocada en lógica» (Sus *Obras*, vol. III, p. 2073 en su *Sobremesa*). <<

[1138] *Nec intelligunt homines ineptissimi, quôd si sentire simulacra et moveri possent*, [*ultro*] *adoratura hominem fuissent a quo sunt expolita* (*Divin. Institut.*, l. II; c. 2). Lactantio es el último, así como el más elocuente, de los apologistas latinos. Sus mofas de los ídolos atacan no solamente al objeto, sino a la forma y al asunto. <<

[1139] Véase Ireneo, Epifanio, y Agustín (Basnage, *Hist. des Églises Réformées*, t. II, p. 1313). Esta práctica gnóstica tiene una afinidad peregrina con la adoración privada de Alejandro Severo (Lampridio, c. 29. Lardner, *Testimonios Paganos*, vol. III, p. 34). <<

[1140] Véase esta *Historia*, vol. I, pp. 353-354; vol. II, p. 263. <<

[1141] Οὐ γὰρ τὸ Θεῖον ἁπλοῦν ὑπαρχον καὶ ἄληπτον μορφαῖς τισι καὶ σχήμασιν ἀπεικάζομεν, οὔτε κηρῷ καὶ ξύλοις τὴν ὑπερούσιον καὶ προάναρχον οὐσίαν τιμᾶν ἡμεις διεγνώκαμεν (*Concilium Nicenum*, II, en *Collect. Labb.*, t. VIII, p. 1025, edic. Venet.). *Il seroit peut-*

etre à propos de ne point souffrir d'images de la Trinité ou de la Divinité; les defenseurs les plus zélés des images ayant condamné celles-ci, et le concile de Trente ne parlant que des images de Jésus Christ et des Saints (Dupin, *Bibliot. Eccles.*, t. VI, p. 154). <<

[1142] Esta historia general de las imágenes está sacada del libro XXII de la *Hist. des Églises Réformées* de Basnage, t. II, pp. 1310-1337. Era protestante; pero de una índole apacible; y sobre este punto los protestantes se hallan tan puestos en razón, que se pueden aventurar a ser imparciales. Véase la incertidumbre del pobre fraile Pagi, *Crítica*, t. I, p. 42. <<

[1143] Tras remover algunos milagros y adefesios, puede concederse, que por el año 300, Paneas en Palestina quedó condecorada con una estatua de bronce, representando a un grave personaje envuelto en una capa, con una mujer agradecida o suplicante arrodillada delante de él, y que una inscripción τῷ Σῶτηρι, τῷ εὐεργέτῃ estaba quizás esculpida en el pedestal. Este grupo lo explican a ciegas los cristianos, por su fundador y la *pobre* mujer a quien había curado de un flujo de sangre (Euseb. VII, 18. Filostorj., VII, 3, etc.). De Bejusobre supone más despreocupados al filósofo Apolonio, o al emperador Vespasiano: en la última suposición, la mujer es una ciudad, una provincia, o quizás la reina Berenice (*Bibliothèque Germanique*, t. XIII, pp. 1-92). <<

[1144] Euseb. *Hist. Ecclesiást.*, l. I, c. 13. El instruido Asseman cita en su apoyo, a tres sirios, san Efrem, Josua Stylites, y Jaime, obispo de Sarug; pero no halló ningún apunte del original sirio, o los archivos de Edesa (*Bibliothèque Orientale*, t. I, p. 548, 420, 554); su creencia a bulto está sin duda sacada de los griegos. <<

[1145] El testimonio de estas epístolas está traído y desechado por el cándido Lardner (*Testimonios Paganos*, vol. I, pp. 297-309). Entre la caterva de fanáticos que han sido arrojados por fuerza

de este puesto cómodo; pero imposible de sostener, me avergüenzo con los Crabes, Caves, Tillemonts, etc. al descubrir a M. Addison, un caballero inglés (sus *Obras*, vol. I, p. 528, edición Baskerville); pero su tratado sobre la religión católica debe el concepto a su nombre, su estilo, y el aplauso interesado de nuestro clero. <<

[1146] Por el silencio de Jaime de Sarug (Asseman, *Bibliothèque Orientale*, pp. 289, 318) y el testimonio de Evagrio (*Hist. Ecclesiást.*, l. IV, c. 27), he deducido, que esta fábula se inventó entre los años 521 y 594, probablemente después del sitio de Edesa en 540 (Asseman, t. I, p. 446; Procopio de *Bell. Persic.*, l. II). Es la espada y el broquel de Gregorio II (en *Epist.* I ad León. Isaur. Concil., t. VIII, pp. 656, 657) de Juan Damasceno (*Opera*, t. I, p. 281, edic. Lequien), y del segundo *Concilio* Niceno (*Actio*, V, p. 1050). La edición más completa se halla en Cedreno (*Compend.*, pp. 175-178). <<

[1147] Ἀχειροποίητος Véase Ducange, en *Gloss. Græc. et Lat.* El asunto está tratado con igual erudición y fanatismo, por el jesuita Gretser (*Syntagma de Imaginibus non Manu factis, ad calcem Codini de Officiis*, pp. 289-330), el asno, o más bien el raposo, de Ingoldstadt (véase la *Escaligerana*); con igual razón e ingenio por el protestante Beausobre, en la irónica controversia que ha ido repartiendo por muchos volúmenes de la *Bibliothèque Germanique* (t. XVIII, pp. 1-50; XX, pp. 27-68; XXV, pp. 1-36; XXVII, pp. 85-118; XXVIII, pp. 1-33; XXXI pp. 111-148; XXXII, pp. 75-107; XXXIV, pp. 67-96). <<

[1148] Teofilacto Simocatta (l. II, c. 3, p. 34; l. III, c. 1, p. 63) ἀχειροποίητος ensalza el θεανδρικὸν εἴκασμα ἀζειροποίητον; ἀρχέτυπον γὰρ ἐκεῖνο (de Edesa) θρησκεύουσι Ῥωμαιοί τι ἄῤῥητον. Véase Pagi, t. II, 586 d. C., núm. 11. <<

[1149] Véanse las obras originales o supuestas de Juan Damasceno, dos pasos sobre la Virgen y san Lucas, de que Gretser no hace mención, y por consiguiente tampoco Beausobre (Juan Damasceno, *Opera*, t. I, pp. 618, 631). <<

[1150] «Vuestras escandalosas figuras están casi fuera del lienzo; son tan malas como un grupo de estatuas». Así la ignorancia y fanatismo de un sacerdote griego elogiaba las pinturas del Ticiano, que había mandado hacer y luego se negó a admitirlas. <<

[1151] Cedreno, Zonaras, Glicas y Manases imputan el origen de los iconoclastas al califa Yezid y a dos judíos, que prometieron el Imperio a León; y las reconvenciones de estos sectarios hostiles están trocados en una conspiración absurda, para restablecer la pureza de la adoración cristiana (véase Spanheim, *Historia Imaginum*, c. 2). <<

[1152] Véase Elmacín (*Hist. Sarracen.*, p. 267) Abulfaragio (*Dynastías*, p. 201) y Abulfeda (*Annales Moslemici*, p. 264) y la *Crítica* de Pagi (t. III, 944 d. C.). El cuerdo franciscano se desentiende allá de que la imagen de Edesa esté hoy en día en Roma o en Génova; pero su quietud es deshonrosa; y este antiguo objeto de adoración ya no suena ni es de moda. <<

[1153] Ἀρμενίοις καὶ Ἀλαμανοῖς ἐπ᾽ ἴσης ἡ τῶν ἁγίων εἰκόνων προσκύνησις ἀπηγόρευται (Nicetas, l. II, p. 258). Las iglesias armenias viven aún satisfechas con la Cruz (*Missions du Levant*, t. III, p. 148); pero verdaderamente el supersticioso griego es injusto con las preocupaciones de los germanos del siglo XII. <<

[1154] Nuestros monumentos originales; pero no imparciales de los iconoclastas, o rompe-imágenes, deben sacarse de las *Actas de los Concilios*, t. VIII y IX, Collect. Labbé, edic. Venet. y los

escritos históricos de Teófanes, Nicéforo, Manases, Cedreno, Zonaras, etc. De los católicos modernos, Baronio, Pagi, Natalio Alejandro (*Bibliot. Eccles.*, *seculum* VIII y IX), y Mimburg (*Hist. des Iconoclastes*) han tratado el asunto con erudición, credulidad y preocupación. Las tareas protestantes de Federico Spanheim (*Historia Imaginum*, restituta) y Jaime Basnage (*Hist. des Églises Réformées*, t. II, l. XXIII, pp. 1339-1385) van pautadas por el patrón de los quiebra-imágenes. Con este auxilio mutuo, y propensión opuesta, fácil nos es el equilibrar la balanza con indiferencia filosófica. <<

[1155] Algunos floreos retóricos Σύνοδον παράνομον καὶ ἄθεον, τοῖς ματαιόφροσιν, y el obispo Juan Damasceno le llama ἄκυρος καὶ ἄδεκτος (*Opera*, t. I, p. 623). La *Apología* de Spanheim para el Sínodo de Constantinopla (p. 171, etc.) está redactada con ingenuidad y esmero, por los materiales que pudo hallar en las *Actas Nicenas* (p. 1046, etc.). El ingenioso Juan de Damasco convierte en ἐπισλόπους; ἐπισκότους, los hace κοιλιοδούλους esclavos de su vientre, pancistas etc. *Opera*, t. I, p. 306. <<

[1156] Se le acusa de cercenar el dictado de santo; llamando a la Virgen, Madre de Cristo; comparándola después del parto, a una bolsa vacía; de arrianismo, nestorianismo, etc. Spanheim (c. IV, p. 207) en su defensa se halla perplejo entre el interés de un protestante, y el deber de un teólogo acendrado. <<

[1157] El santo confesor Teófanes aprueba el principio de su rebelión, θείῳ κινούμενοι ζήλῳ (p. 339). Gregorio II (en Epist. I. ad Imp. León. Concil., t. VIII, pp. 661, 664) aplaude el afán de las mujeres bizantinas que mataron a los oficiales imperiales. <<

[1158] Juan o Mansur, era un cristiano noble de Damasco, que tenía un empleo de consideración en el servicio del califa. Su

celo por la causa de las imágenes le expuso al resentimiento del emperador griego; y por sospechas de una correspondencia traidora, se le cortó la mano derecha, que le fue milagrosamente devuelta por la Virgen. Tras este recobro, hizo dimisión de su empleo, distribuyó sus bienes, y se encerró en el monasterio de san Sabas, entre Jerusalén y el Mar Muerto. La leyenda es célebre; pero este instruido editor, el padre Lequien, ha comprobado por desgracia, que san Juan Damasceno era ya fraile antes de la cuestión de los iconoclastas (*Opera*, t. I, Vit. Sanct. Joan. Damseen. pp. 10-13 y Notas ad loc). <<

[1159] Después de enviar a León al diablo, introduce su heredero τὸ μιαρὸν αὐτοῦ γέννημα, καὶ τής κακίας αὐτοῦ κληρονόμος ἐν διπλῷ γενόμενος (*Opera* Damascen., t. I, p. 625). Si la autenticidad de este paso es sospechoso; estamos seguros de que en otras obras, que no hace mucho existían, Damasceno confirió a Constantino los dictados de Μωαμὲθ, Χριστομάχον μισάγιον, (t. I, p. 306). <<

[1160] En la narración de esta persecución por Teófanes y Cedreno, Spanheim (pp. 235-238) compara afortunadamente el Draco de León con los dragones (*Dracones*) de Luis XIV; y se regocija en extremo con esta lid controversial. <<

[1161] Πρόγραμμα γὰρ ἐξεπέμψε κατὰ πᾶσαν ἐξαρχίαν τὴν ‘νπὸ τῆς χειρὸς α’ντοῦ, πάντας ‘νπογράψαι καὶ ὀμνύναι τοῦ ἀθετῆσαι τὴν προσκύνησιν τὼν σεπτῶν εἰκόνων. <<

[1162] Καὶ τὴν ᾽Ρώμην σὺν πάση [τῇ] ᾽Ιταλίᾳ τὴς βασίλειας αὐτοῦ ἀπέστησε, dice Teófanes (*Chronograph.* p. 343). Por esto Cedreno llama a Gregorio ἀνὴρ ἀποστολικός (p. 450). Zonaras describe el trueno ἀναθέματι συνοδικῷ (t. II, l. XV, pp. 104, 105). Nótese que los griegos son muy abonados para confundir las épocas y

acciones de dos Gregorios. <<

[1163] Véase Baronio, *Annal. Eccles*., 730 d. C., núm. 4, 5: *dignum exemplum*! Bellarmino, de Romano Pontífice. l. V, c. 8: *mulctavit eum parte imperii* Sigonio, de *Regno Italiæ*, l. III, Opera, t. II, p. 169. Con todo, tal es el trastrueque de Italia, que Sigonio se halla enmendado por el editor de Milán, Filipo Arjelato, un Boloñés, y súbdito del papa. <<

[1164] *Quod si Christiani olim non deposuerunt Neronem aut Julianum, id fuit quia deerant vires temporales Christianis* (el honrado Bellarmino, de Rom. Pont., l. V, c. 7). El cardenal Perron añade una distinción mucho más honrosa a los primeros cristianos, pero no más satisfactoria para los príncipes modernos: la *traición* de los herejes y apóstatas quizás quebrantaron su juramento, desecharon su cuño, y renunciaron su fidelidad a Cristo y su vicario (Perroniana, p. 89). <<

[1165] Tomad, por dechado, al cauto Basnage (*Hist. des Églises Réformées*, pp. 1350, 1351), y el vehemente Spanheim (*Historia Imaginum*), quien, con cien más, sigue las huellas de los centuriatores de Magdeburgo. <<

[1166] Véase Launoy (*Opera*, t. V, part. II, epíst. VII, 7, pp. 456-474), Natalio Alejandro (*Hist. Nov. Testamenti*, *seculum* VIII, dissert. I, pp. 92-96), Pagi (*Crítica*, t. III, pp. 215, 216), y Giannone (*Istoria Civile di Napoli*, t. I, pp. 317-320), un discípulo de la escuela galicana. En el campo de la controversia, siempre compadezco al partido moderado, que está en el medio y entre dos fuegos. <<

[1167] Apelan a Pablo Warnefrido, o el Diácono (de *Gestis Langobard*. l. VI, c. 49, pp. 506, 507, en *Scriptores Rerum Italicarum* Muratori, t. I, part. I), y el nominal Anastasio (de Vit. Pont. en Muratori, t. III, part. I; Gregorio II, p. 154; Gregorio

III, p. 158; Zacarías, p. 161; Estefano III, p. 165; Paulo p. 172; Estefano IV, p. 174; Adriano, p. 179; León III, p. 195). Con todo puedo notar, que el verdadero Anastasio (*Hist. Ecclesiást.*, p. 134, edic. Reg.) y la *Historia Miscella* (l. XXI, p. 151, en t. I, *Script. Rerum Ital.*) ambos del siglo IX, traducen y aprueban el texto griego de Teófanes. <<

[1168] Con alguna escasa diferencia, los críticos más instruidos, Lucas Holstenio, Schelestrate, Ciampini, Bianchini, Muratori (Prolegomena ad t. III, part. I), están conformes en que el Liber Pontificalis fue compuesto y continuado por los bibliotecarios y notarios apostólicos de los siglos VIII y IX; y que el último, la parte más corta, es la obra de Anastasio, cuyo nombre lleva. El estilo es bárbaro, la narración parcial, los pormenores baladíes; con todo debe leerse como un recuerdo curioso y auténtico de los tiempos. Las epístolas de los papas andan dispersas por los volúmenes de los *Concilios*. <<

[1169] Las dos epístolas de Gregorio II, se han preservado en las *Actas del Concilio* Niceno (t. VIII, pp. 651-674). Están sin fecha, la que está deslindada con suma variedad, por Baronio en el año 728, por Muratori (*Annali d'Italia*, t. VI, p. 120) en 729, y Pagi en 730. Tal es la fuerza de la preocupación, que algunos papistas han ensalzado la sensatez y moderación de estas cartas. <<

[1170] Εἴκσι τέσσαρα στάδια ὑποχωρήσει ὁ Ἀρχιερὺς Ῥώμης εἰς τὴν χώραν Καμπανίας, καὶ ὕπαγε δίωξον τοὺς ἀνέμους (Epíst. I, p. 664). Esta proximidad de los lombardos es de difícil digestión. Camilo Pellegrini (*Dissert.* IV de Ducatu Beneventi, en el *Script. Rerum Ital.*, t. V, pp. 172, 173) calcula los XXIV estadios, no de Roma, pero de los límites del ducado romano, a la primera fortaleza, quizás Sora, de los lombardos. Más bien creeré que Gregorio, con la pedantería de su tiempo, emplea *estadios* por millas, sin pararse

en la verdadera medida. <<

[1171] Ὃν αἱ πᾶσαι βασιλείαι τῆς δύσεως ὡς Θεὸν ἐπίγειον ἔχουσι. <<

[1172] Απὸ τῆς ἐσωτέρου δύσεως τοῦ λεγομένου Σεπτετοῦ (p. 665). El papa parece haber escampado la ignorancia de los griegos: vivió y murió en el Laterano; y en su tiempo todos los reinos del Occidente habían abrazado el cristianismo. ¿No podría este desconocido *Septeto* tener alguna referencia con el jefe de la *Heptarquia* sajona, con Ina rey de Wessex, quien, en el pontificado de Gregorio el Segundo, visitó a Roma, con la intención, no de recibir el bautismo, sino por mera romería (Pagi, 689 d. C., núm. 2; 726 d. C., núm. 15)? <<

[1173] Copiaré el paso importante y decisivo del Liber Pontificalis. *Respiciens ergo pius vir profanam principis jussionem, jam contra Imperatorem quasi contra hostem se armavit, renuens haeresim ejus, scribens ubique se cavere Christianos, eo quod orta fuisset impietas talis. Igitur permoti omnes Pentapolenses, atque Venetiarum exercitus contra Imperatoris jussionem restiterunt; dicentes se nunquam in ejusdem pontificis condescendere necem, sed pro ejus magis defensione viriliter decertare* (p. 156). <<

[1174] Un *censo* o feudo, dice Anastasio (p. 156); el impuesto más cruel, desconocido a los sarracenos, exclama el celoso Mainburgo (*Hist. des Iconoclastes*, l. I), y Teófanes (p. 344), quien habla del empadronamiento de Faraón, de los hijos varones de Israel. Esta clase de impuesto era familiar a los sarracenos, y desgraciadamente para el historiador, fue impuesta algunos años después en Francia por su patrono Luis XIV. <<

[1175] Véase el Liber Pontificalis de Aguelo (en el *Script. Rerum Ital.* de Muratori, t. II part. I) cuyas profundas señales de barbarismo deslindan la diferencia entre Roma y Rávena. Con todo, le debemos algunos hechos curiosos y caseros: los

acantonamientos y facciones de Rávena (p. 454), la venganza de Justiniano II (pp. 160, 161), la derrota de los griegos (pp. 170, 171), etc. <<

[1176] Sin embargo, León estaba indudablemente comprendido en el *si quis … imaginum sacrarum … destructor … extiterit, sit extorris a corpore D. N. Jesu Christi vel totius ecclesiae unitate*. Los canonistas pueden decidir si el desliz o el nombre constituyen la excomunión; y la decisión es de la mayor importancia para su seguridad; puesto que, según el oráculo (Graciano Caus. XXIII, p. 5, c. 47, *apud* Spanheim, *Historia Imaginum*, p. 112), *homicidas non esse qui excommunicatos trucidant*. <<

[1177] *Compescuit tale consilium Pontifex, sperans conversionem principis* (Anastas., p. 156) *Sed ne desisterent ab amore et fide R. J. admonebat* (p. 157). Los papas llaman a León y Constantino Copronymo, *Imperatores et Domini*, con el extraño superlativo de *Piissimi*. Un célebre mosaico del Laterano (798 d. C.) representando a Cristo que entrega las llaves a san Pedro y la bandera a Constantino V (Muratori, *Annali d'Italia*, t. VI, p. 337). <<

[1178] He delineado el ducado romano según los mapas, y éstos por la excelente disertación del padre Beretti (de *Chorographia Italiæ Medii Ævi*, sect. XX, pp. 216-232). Con todo, debo observar, que Viterbo es fundación Lombarda (p. 211), y que Terracina fue usurpada por los griegos. <<

[1179] Sobre la extensión, población, etc. del reino romano, el lector puede recorrer, con satisfacción, el Discurso preliminar a la República Romana de M. Beaufort (t. I), a quien no se le acusará de ser demasiado crédulo en cuanto a los primeros tiempos de Roma. <<

[1180] *Quos* (romanos) *nos, Longobardi scilicet, Saxones, Franci, Lotharingi, Bajoarii, Suevi, Burgundiones, tanto dedignamur ut*

inimicos nostros commoti, nil aliud contumeliarum nisi Romane, dicamus: hoc solo, id est Romanorum nomine, quicquid ignobilitatis, quicquid timiditatis, quicquid avaritiae, quicquid luxuriae, quicquid mendacii, immo quicquid vitiorum est comprehendentes (Luitprando, en *Legat. Script. Ital.*, t. II, part. I, p. 481). Por los pecados de Caton o Julio Minos pudiera haberle impuesto, como una penitencia, la lectura diaria de este paso bárbaro. <<

[1181] *Pipino regi Francorum*[*et Patricio Romanorum*] *omnis senatus atque universa populi generalitas a Deo servatae Romanae urbis. Codex Carolin*. epist. 56, en *Script. Rerum Ital.*, t. III, part. II, p. 160. Los nombres de senado y senadores se habían extinguido enteramente (*Dissert. Chorograph.*, pp. 216, 217); pero en la edad media significaban poco más que *nobiles*, *optimates*, etc. (Ducange, *Gloss. Latin*). <<

[1182] Véase Muratori, *Antiquitat. Italiæ Medii Ævi*, t. II, *Dissertat.* XXVII, p. 548. En uno de estos cuños se lee Adrianus Papa (772 d. C.): en el reverso, Vict. DDNN con la palabra *conob*, la que el padre Joubert (*Science des Médailles*, t. II, p. 42), explica por Constantinopoli officina B *(secunda)*. <<

[1183] Véase la *Disertación* de West sobre los Juegos Olímpicos (Pindar., vol. II, pp. 32-36, edición en 12º), y las juiciosas reflexiones de Polibio (t. II, l. IV, p. 466, edic. Gronov.). <<

[1184] El discurso de Gregorio a los lombardos está esmeradamente redactado por Sigonio (de *Regno Italiæ*, l. III, *Opera*, t. II, p. 173), quien remeda la independencia y la entonación de Salustio o Livio. <<

[1185] Los historiadores venecianos, Juan Sagornino (*Chron. Venet.* p. 13) y el dogo Andrés Dándolo (*Script. Rerum Ital.*, t. XII, p. 135) han preservado esta epístola de Gregorio. La pérdida

y recobro de Rávena están mencionadas por Pablo el Diácono (de *Gest. Langobard*. l. VI, c. 49, 54, en *Script. Rerum Ital.*, t. I, part. I, pp. 506, 508); pero nuestros cronologistas, Pigi, Muratori, etc. no alcanzan a deslindar la fecha o las circunstancias. <<

[1186] La elección dependerá del modo como se lea el manuscrito de Anastasio: *deceperat* o *decerpserat* (*Script. Rerum Ital.*, t. III, part. I, p. 167). <<

[1187] El Codex Carolinus es una colección de las epístolas de los papas a Carlos Martel (a quien llaman *Subregalus), Pipino* y Carlomagno, desde el año 791, en que fue formado por el último de estos príncipes. Su manuscrito original y auténtico (*Bibliothecæ Cubicularis*) está hoy día en la librería imperial de Viena, y se ha publicado por Lambecio y Muratori (*Script. Rerum Ital.*, t. III, part. II, p. 75) etc. <<

[1188] Véase esta carta extraordinaria en el Codex Carolinus, epíst. III p. 92. Los enemigos de los papas les han imputado el fraude y la blasfemia; con todo más bien querrían persuadir que engañar. Esta introducción de los muertos o de los inmortales, era familiar a los oradores antiguos, aunque en esta ocasión esté desempeñado de una manera tosca propia de la época. <<

[1189] Excepto en el divorcio de la hija de Desiderio, a quien Carlomagno repudió *sine aliquo crimine*. El papa Esteban IV se había opuesto tenazmente al entronque de un noble franco —*cum perfidâ, horridâ nec dicendâ, foetentissimâ natione Longobardorum*— a quien imputa la primera mancha de lepra (*Codex Carolin*. epíst. 45, pp. 178, 179). Otra razón contra el casamiento era la existencia de una primera mujer (Muratori, *Annali d'Italia*, t. VI, pp. 232, 233, 236, 237). Pero Carlomagno se otorgó a sí mismo la libertad de la poligamia o el

concubinaje. <<

[1190] Véase el *Annali d'Italia* de Muratori, t. VI y las tres primeras disertaciones de sus *Antiquitat. Italiæ Medii Ævi*, t. I. <<

[1191] Además de los historiadores comunes, tres críticos franceses, Launoy (*Opera*, t. V, part. II, l. VII, epíst. 9, pp. 477-487), Pagi (*Crítica*, 751 d. C., núm. 1-6; 752 d. C., núm. 1-10), y Natalio Alejandro (*Hist. Nov. Testamenti*, dissertat. II, pp. 96-107) han tratado este asunto de la deposición de Quilderico con esmero y tino, pero con una propensión suma a salvar la independencia de la corona. Sin embargo, se hallan apurados con los textos que citan de Eginhardo, Teófanes, y los antiguos *Annales*, Laures hamenses, Fuldenses y Loisielanios. <<

[1192] No absolutamente por la primera vez. En un teatro menos aparatoso, se había usado en los siglos VI y VII, por los obispos provinciales de Bretaña y España. El ungimiento real de Constantino, se tomó del Lacio en la última época del Imperio. Constantino Manasses cita la de Carlomagno como una ceremonia extranjera, judía e incomprensible. Véase Selden, *Títulos de Honor*, en sus obras, vol. III, part. I, pp. 234-249. <<

[1193] Véase Eginhardo, en *Vita Caroli Magni*, c. 1, p. 9, etc. c. III p. 24. Quilderico fue depuesto —*jussû*, los carolingios estaban establecidos— *auctoritate, Pontificis Romani*. Launoy, etc. pretenden que estas enérgicas palabras admiten interpretación templada. Así sea; con todo, Eginhardo conocía el mundo, la corte y el idioma latino. <<

[1194] Para el dictado y potestad de un patricio de Roma, véase Ducange (*Gloss. Latin.*, t. V, pp. 149-151), Pagi (*Crítica*, 740 d. C., núm. 6-11), Muratori (*Annali d'Italia*; t. VI, pp. 308-329) y san Marcos (*Abrégé Chronologique d'Italie*, t. I, pp. 379-382). De éstos el franciscano Pagi es el más propenso a hacer del patricio

un teniente de la Iglesia más bien que del Imperio. <<

[1195] Los adictos papales pueden suavizar el significado simbólico de la bandera y las llaves, pero el estilo de *ad regnum dimisimus, or direximus* (*Codex Carolin.*, epist. I, t. III, part. II, p. 76), parece que no dan cabida a ningún atemperante. En el manuscrito de la librería de Viena se lee, en vez de *regnum, rogum*, oración o plegaria (véase Ducange); y el reinado de Carlos Martel queda anulado por esta enmienda trascendental (Catalani, en sus *Prólogos Críticos* a *Annali d'Italia*, t. XVII, pp. 95-99). <<

[1196] En la narración auténtica de este recibimiento el Liber Pontificalis dice: *obviam illi ejus sanctitas dirigens venerabiles* [*venerandas*] *cruces, id est signa; sicut mos est ad exarchum, aut patricium suscipiendum, sum cum ingenti honore suscipi fecit* (t. III, part. I, p. 185). <<

[1197] Pablo el Diácono, que escribió antes del Imperio de Carlomagno, describe a Roma como su súbdita: *vestrae civitates (ad Pompeium Festum) suis addidit sceptris* (de *Metensis Ecclesiæ Episcopis*). Algunas medallas carolingias, acuñadas en Roma, han empeñado a Le Blanc a escribir una trabajosa disertación, aunque parcial, sobre su autoridad en Roma, tanto como patricios y emperadores (Amsterdam, 1692, en 4). <<

[1198] Mosheim (Institution, *Hist. Ecclesiást.*, p. 265) evalúa esta donación con atinada cordura. Nunca se ha exhibido el hecho original; pero el Liber Pontificalis representa (p. 171) y el Codex Carolinus supone, esta dádiva grandiosa. Ambos recuerdos contemporáneos; y el último es el más auténtico, puesto que se ha conservado, no en la librería papal, sino en la imperial. <<

[1199] Entre los exorbitantes reclamos y las cortas concesiones, de interés y preocupación, de que ni aun Muratori (*Antiquitat. Italiæ Medii Ævi*, t. I, pp. 63-68) está exento me ha guiado, a los linderos del Exarcado y Pentápolis, la *Dissertatio chorographica*

Italiæ Medii Ævi, t. X, pp. 160-180. <<

[1200] *Spoletini deprecati sunt, ut eos in servitio B. Petri receperet et more Romanorum tonsurari faceret* (Anastasio, p. 185). Con todo, cabe un punto de discusión, sobre si entregaron sus personas o su país. <<

[1201] La policía y donaciones de Carlomagno están esmeradamente desentrañadas por san Marc (Compendio, t. I, pp. 390-408), quien estudió bien el Codex Carolinus. Creo, como él, que eran únicamente verbales. El acta más antigua de donación que se dice existir, es la del emperador Luis el Piadoso (Sigonio, de *Regno Italiæ*, l. IV. *Opera*, t. II, pp. 267-270). Su autenticidad, o al menos su integridad, se ha controvertido con ahínco (Pagi, 817 d. C., núm. 7, etc. Muratori, *Annali d'Italia*, t. VI, p. 432, etc. *Dissertat. chorographica*, pp. 34, 35); pero no veo objeción alguna regular para que estos príncipes no dispusiesen libremente de lo que no les pertenecía. <<

[1202] Carlomagno solicitó y obtuvo del propietario Adriano I, los mosaicos del palacio de Rávena, para adornar a Aquisgran (*Codex Carolin*., epíst. 67, p. 223). <<

[1203] Los papas se quejan a menudo de las usurpaciones de León de Rávena (*Codex Carolin*. epíst. 51, 52, 53, pp. 200-205). *Si corpus St. Andreae germani St. Petri híc humasset, nequaquam nos Romani pontifices sic subjugassent* (Agnelo, *Liber Pontificalis*, en *Script. Rerum Ital*., t. II, part. I, p. 107). <<

[1204] *Piissimo Constantino magno, per ejus largitatem S. R. Ecclesia elevata et exaltata est, et potestatem in his Hesperiae partibus largiri dignatus est … Quia ecce novus Constantinus his temporibus*, etc. (*Codex Carolin*. epíst. 49, en t. III, part. II, p. 195). Pagi (*Crítica*, 324 d. C., núm. 16) los atribuye a un impostor del siglo VIII, que tomó el nombre de san Isidoro: su

humilde dictado de *Peccator* fue por ignorancia, aunque adecuadamente, trocado en *Mercator*; con efecto su mercancía era de provecho, porque unas cuantas hojas de papel, le valieron muchas riquezas y poderío. <<

[1205] Fabricio (*Bibliot. Græc*. t. VI, pp. 4-7) enumeró las varias ediciones de esta Acta, en griego y en latín. La copia que Lorenzo Valla cita y refuta, parece haberse tomado bien de las espurias Actas de san Silvestre, o del Decreto de Graciano, al cual, según él y otros, ha sido agregado subrepticiamente. <<

[1206] En el año 1059, creía (¿creíanlo?) el papa León IX, el cardenal Pedro Damian, etc. Muratori coloca (*Annali d'Italia*, t. IX, pp. 23, 24) las donaciones supuestas de Luis el Piadoso, el Otos, etc. de Donatione Constanti. Véase una disertación de Natalio Alejandro, *Hist. Nov. Testamenti*, *seculum* IV, diss. 25, pp. 335-350. <<

[1207] Véase una extensa relación de la controversia (1105 d. C.), que se suscitó; de un proceso privado, en el Chronicon Farsense (*Script. Rerum Ital*., t. II, part. II, p. 637, etc.) un copioso extracto de los archivos de la abadía benedictina. Al principio estaban visibles para los curiosos extranjeros (Le Blanc y Mabillon), y hubieran enriquecido el primer volumen de la *Historia Monástica Italiæ* de Quirini. Pero hoy en día están encerrados (Muratori, *Script. Rerum Ital*., I. t. II, part. II, p. 269) por la apocada administración de la corte de Roma; y el futuro cardenal atendía a la voz de la autoridad, y a los dictámenes de la ambición (Quirini, *Comment*. part. II, pp. 125-136). <<

[1208] He leído en la colección de Escardio (de *Potestate Imperiali Ecclesiasticâ*, pp. 734-780) este brioso razonamiento, compuesto por el autor, 1440 d. C., seis años después de la fuga del papa Eugenio IV. Es un libelo incendiario; Valla sincera y acalora la

revolución de los romanos, y aun aprueba el uso del puñal contra su tirano sacerdote. Semejante crítica debía temer la persecución del clero; con todo, hizo la paz, y se halla enterrado en el Laterano (Bayle, *Dictionnaire Critique*, *Valla*; Vosio, de *Historicis Latinis*, p. 580). <<

[1209] Véase Guicciardini, un asalariado de los papas, en aquella larga y apreciable digresión, que se ha colocado en su lugar, en la última edición, publicada con arreglo al manuscrito del autor, e impresa en cuatro volúmenes en cuarto, bajo el nombre de Friburgo, 1775 (*Istoria d'Italia*, t. I, pp. 385-395). <<

[1210] El paladín Astolfo, lo halló en la luna, entre las cosas que se habían perdido en la tierra (Orlando Furioso, XXXIV, 80).

Di vari fiore ad un grand monte passa,

Ch'ebbe giâ buono odore, or puzza forte:

Questo era il dono (se però dir lece)

Che Constantino al buon Silvestro fece.

Sin embargo este incomparable poema fue aprobado por una bula de León X. <<

[1211] Véase Baronio, 324 d. C., núm. 117-125; 1191 d. C., núm. 51, etc. El cardenal intentó persuadir que Roma fue ofrecida por Constantino, y *rehusada* por Silvestre. El acta de donación la considera, con bastante extrañeza, como un embuste de los griegos. <<

[1212] *Baronius n'en dit guères contre; encore en a-til trop dit, et l'on vouloit sans moi* (Cardinal du Perron) *qui l'empêchai, censurer cette partie de son histoire. J'en devisai un jour avec le Pape, et il ne me repondit autre chose «che volete?, I Canonici la tengono», il le disoit en riant* (Perroniana p. 77). <<

[1213] La historia de las imágenes que nos queda, de Irene a Teodora está recopilada, para los católicos, por Baronio y Pagi

(780-840 d. C.), Natalio Alejandro (*Hist. Nov. Testamenti*, *seculum* VIII. *Panoplia adversus Hæreticos*, pp. 118-178) y Dupin (*Bibliot. Eccles.*, t. VI, pp. 136-154); para los protestantes, por Spanheim (*Historia Imaginum*, pp. 305-659), Basnage (*Hist. des Églises Réformées*, t. I, pp. 556-572, t. II, pp. 1362-1385), y Mosheim (Institut. *Hist. Ecclesiást. seculum* VIII, y IX). Los protestantes, excepto Mosheim, están mal hallados con la controversia; pero los católicos, excepto Dupin, están enardecidos por la furia y la superstición de los frailes; y hasta Le Beau (*Hist. du Bas Empire*), un caballero y escolástico, se halla contagiado con tan odiosa epidemia. <<

[1214] Véanse las *Actas*, en griego y latín, del segundo concilio de Nicea, con una porción relativa de documentos, en el volumen VIII de los concilios, pp. 645-1600. Una fiel versión, con algunas notas críticas, que a ciertos lectores movería a risa, y a otros a llanto. <<

[1215] Los legados del papa eran mensajeros casuales, dos sacerdotes sin ninguna comisión especial, y que a su regreso perdían la calidad de tales. Los católicos persuadieron a algunos frailes vagabundos, a que representasen a los patriarcas orientales. Esta curiosa anécdota la revela Teodoro Estudites (epíst. 1, 38, en Sirmond. Opp., t. V, p. 1319), uno de los más acérrimos iconoclastas de la época. <<

[1216] Συμφέρει δέ σοι μὴ καταλιπεῖν ἐν τῇ πόλει ταύτῃ πορνεῖον εἰς ὁ εἰσέλθης, ἤ ἵνα ἀρνήςῃ τό προσκύνειν τὸν κύριον ἡμῶν καὶ θεὸν Ἰησοῦν χριστὸν μετὰ τῆς ἰδίας αὐτοῦ μήτρος ἐν εἴκονι. Estas visitas no podían ser inocentes, puesto que el Δαίμων πορνείας (el demonio de la lujuria) ἐπολέμει δὲ αὐτὸν … ἐν μία οἶν ὡς ἐπέκειτο αὐτῷ σφόδρα, etc., *Actio* IV, p. 901. *Actio* V, p. 1031. <<

[1217] Véase una relación de esta controversia en el Alejo de Ana Comnena (l. V, p. 129) y Mosheim (*Institut. Hist. Ecclesiást.*, pp. 371, 372). <<

[1218] El Libri Carolini (Spanheim, pp. 443-529) compuesto en el palacio o cuarteles de invierno de Carlomagno, en Worms, 790 d. C.; y enviado por Engeberto al papa Adriano I, quien le contestó con una grandiset verbosa epístola (*Concil.*, t. VIII, p. 1553). Los Carolinos proponen 120 objecciones contra el sínodo niceno, y palabras como las siguientes son los floreos de su retórica: *Dementiam… priscae Gentilitatis obsoletum errorem … argumenta insanissima et absurdissima … derisione dignas naenias*, etc. <<

[1219] Las asambleas de Carlomagno eran políticas, así como eclesiásticas; y los trescientos miembros (Natalio Alejandro, *Hist. Nov. Testamenti*, *seculum* VIII, p. 53) que tomaron asiento y votaron en Francfort, debían componerse, no sólo de obispos, sino de abades, y hasta de los principales seglares. <<

[1220] *Qui supra sanctissima patres nostri (episcopi et sacerdotes) omnimodis servitium et adorationem imaginum renuentes contempserunt, atque consentientes condemnaverunt* (Concil. t. IX, p. 101. Canon II Franckford). Una contienda debe estar muy enfurecida para no compadecerse de los esfuerzos de Baronio, Pagi, Alejandro, Mimburg, etc. para descartar esta desgraciada sentencia. <<

[1221] Teófanes (p. 343) especifica los de Sicilia y Calabria, que rendían una renta anual de tres talentos y medio de oro (quizá cincuenta y cinco mil duros). Luitprando enumera pomposamente los patrimonios de la Iglesia romana en Grecia, Judea, Persia, Mesopotamia, Babilonia, Egipto y Libia, que fueron injustamente retenidos por el emperador griego (Legat. ad Nicephorum, en *Script. Rerum Ital.*, t. II, part. I, p. 481. <<

[1222] La gran diócesis del Ilírico Oriental, con Apuleya, Calabria y Sicilia (Tomassin, *Discipline de l'Église*, t. I, p. 145), por confesión de los griegos, el patriarca de Constantinopla había separado de Roma las metrópolis de Tesalónica, Atenas, Corinto, Nicópolis y Patre (Luc. Holsten. *Geograph. Sacra*, p. 22): y sus conquistas espirituales se extendían a Nápoles y Amalfi (Giannone, *Istoria Civile di Napoli*, t. I, pp. 517-524. Pagi, 730 d. C., núm. 11). <<

[1223] *In hoc ostenditur, quia ex uno capitulo ab errore reversis, in aliis duobus, in* eodem (¿era lo mismo?) *permaneant errore … de diocessi S. R. E. seu de patrimoniis iterum increpantes commonemus, ut si ea restituere noluerit hereticum eum pro hujusmodi errore perseverantiâ decernemus* (Epist. Adrian. Papæ ad. Carolum Magnum, en *Concil.*, t. VIII, p. 1598); a lo cual añade una razón, que es enteramente opuesta a su conducta, a saber, que prefería la salvación de las almas y la regla de la fe, a todos los bienes transitorios de este mundo. <<

[1224] Fontanini considera a los emperadores nada más que como abogados de la Iglesia (advocatus et defensor SRE. Véase Ducange, *Gloss. Lat.*, t. I, p. 297). Su antagonista Muratori reduce a los papas a exarcas del emperador. En el modo de ver más equitativo de Mosheim (Institut. *Hist. Ecclesiást.*, pp. 265, 266), tenían a Roma bajo el Imperio, como la clase más honrosa de feudo o beneficio; *premuntur nocte caliginosâ*! <<

[1225] Sus méritos y esperanzas se hallan resumidos en un epitafio de treinta y ocho versos, del que Carlomagno se declara autor (*Concil.*, t. VIII, p. 520).

Post patrem lacrymans Carolus hæc carmina scripsi.

Tu mihi dulcis amor, te modo plango pater…

Nomina jungo simul titulis, clarissime, nostra

Adrianus, Carolus, rex ego, tuque pater.

La poesía puede suplirse por Alcuin; pero las lágrimas, el tributo más glorioso, pertenecen únicamente a Carlomagno. <<

[1226] A cada nuevo papa se le amonesta: «Sancte Pater, non videbis annos Petri», veinticinco años. En todas las series el cálculo resultante es sobre ocho años —corta esperanza para un cardenal ambicioso—. <<

[1227] La seguridad de Anastasio (t. III, part. I, pp. 197, 198) está sostenida por la credulidad de algunos analistas franceses; pero Eginhardo y otros escritores franceses de la misma época, son más naturales y sinceros. «Unus ei oculus paululum est læsus», dice Juan el diácono de Nápoles (*Vit. Episcop. Napol.* en *Script. Rerum Ital.*, Muratori, t. I, part. II, p. 312). Teodolfo; un obispo contemporáneo de Orleans, dice con prudencia (l. III, carm. 3).

Reddita sunt?, mirum est: mirum est auferre neqisse.

Est tamen in dubio, hinc mirer an inde magis. <<

[1228] Dos veces, a petición de Adriano, y León, se presentó en Roma —*longâ tunicâ et chlamyde amictus, et calceamentis quoque Romano more formatis.* Eginhardo (c. XXIII, p, 109-113) describe, como Suetonio, la sencillez de su traje, tan popular en la nación, que cuando Carlos el Calvo regresó a Francia vestido a la extranjera, los perros patriotas ladraban al apóstata (Gaillard, *Vie de Charlemagne*, t. IV, p. 109). <<

[1229] Véase Anastasio (p. 199) y Eginhardo (c. XXVIII, pp. 124-128). El ungimiento lo menciona Teófanes (p. 399), el juramento Sigonio (del Ordo Romanus), y la adoración del papa, *more antiquorum principum*, por los *Annales* Bertinianos (*Script. Rerum Ital.*, Muratori, t. II, part. II, p. 505). <<

[1230] Este gran acontecimiento de la traslación o restauración del Imperio está referido y ventilado por Natalio Alejandro (*Hist.*

Nov. Testamenti, *seculum* IX, disert. I, pp. 390-397), Pagi (t. III, p. 418), Muratori (*Annali d'Italia*, t. IV, pp. 339-352), Sigonio (de *Regno Italiæ*, l. IV, Opp. t. II, pp. 227-254), Spanheim (de *ficta Transtatione Imperii*) Giannone (t. I, pp. 395-405), san Mare (*Abrégé Chronologique*, t. I, pp. 438-450), Gaillard (*Hist. de Charlemagne*, t. II, pp. 386-446). Casi todos estos escritores modernos tienen algún fin religioso o nacional. <<

[1231] Por Mably (*Observation sur l'Histoire de France*), Voltaire (*Histoire génerale*) Robertson (*History of Charles V*), y Montesquieu (*Esprit des Loix*, l. XXXI, c. 18). En el año 1782, M. Gaillard publicó su *Histoire de Charlemagne* (en 4 vols. en 12º), de la que me he valido desahogadamente y con provecho. El autor es hombre de juicio y humano y su obra está desempeñada con tino y elegancia. Pero he desentrañado también los monumentos originales de los reinados de Pipino y Carlomagno, en el volumen 50 de los Historiadores de Francia. <<

[1232] La visión de Weltin, compuesta por un fraile, once años antes de la muerte de Carlomagno, lo representa en el purgatorio, con un buitre, que ahincadamente le está devorando su miembro criminal, en tanto que el resto de su cuerpo, emblema de sus virtudes, se conserva ileso (véase a Gaillard, t. II, pp. 317-360). <<

[1233] El casamiento de Eginhardo con Ima, hija de Carlomagno, queda, a mi modo de ver, harto refutado por el *probum y suspicio* que empañaba el honor de estas hermosas jóvenes, sin exceptuar su propia mujer (c. XIX, pp. 98-100 *cum Notis Schmincke*). El marido debe haber sido en extremo robusto, para el historiador. <<

[1234] Además de los asesinatos y trasmigraciones, se imponía la

pena de muerte por los crímenes siguientes: 1. El negarse al bautismo. 2. La equivocada creencia del bautismo. 3. El reincidir en idolatría. 4. El asesinato de un sacerdote u obispo. 5. Los sacrificios humanos. 6. El comer carne en Cuaresma. Pero todos los crímenes podían expiarse por medio del bautismo o la penitencia (Gaillard, t. II, pp. 241-247); y los sajones cristianos, vinieron a ser los amigos e iguales de los francos (*Struv. Corpus Hist. Germanicæ*, p. 133). <<

[1235] En esta acción fue muerto el célebre Rutland, Rolando, *Orlando-cum compluribus aliis*. Véase la verdad en Eginhardo (c. 9, pp. 51-56), y el cuento en un ingenioso suplemento de Gaillard (t. III, p. 474). Los españoles blasonan de una victoria, que la historia atribuye a los gascones, y una novela a los sarracenos. <<

[1236] Con todo, Schmidt, apoyándose en las mejores autoridades, representa los desórdenes interiores y la opresión de su reinado (*Hist. des Allemands*, t. II, pp. 45-49). <<

[1237] *Omnis homo ex suâ proprietate legitimam decimam ad ecclesiam conferat. Experimento enim didicimus, in anno, quo illa valida fames irrepsit, ebullire vacuas annonas è dæmonibus devoratas, et voces exprobationis auditas*. Tal es el decreto y aserto del gran concilio de Francfort (canon. XXV, t. IX, p. 105). Tanto Selden (*Hist. of Tithes*; Works vol. III, part. II, p. 1146) como Montesquieu, *Esprit des Loix*, l. XXXI, c. 192) representan a Carlomagno como el primer autor legal de los diezmos. Estos son los gratos recuerdos que ha dejado a los campesinos. <<

[1238] Eginhardo (c. 25, p. 119) afirma claramente: *tentabat et scribere … sed parum prospere successit labor præposterus et sero inchoatus*. Los modernos han pervertido y variado esta significación obvia, y el título de la Disertación de M. Gaillard (t. III, pp. 247-260) descubre su parcialidad. <<

[1239] Véase Gaillard, t. III, pp. 138-176, y Schmidt, t. II, pp. 121-129. <<

[1240] M. Gaillard (t. II, p. 372) fija la verdadera estatura de Carlomagno (véase una Dissertation of Marquatd Freher ad calcem Eginhart, p. 220, etc.) en cinco pies nueve pulgadas francesas, sobre seis pies y una pulgada y cuarto, medida inglesa. Los novelistas la han aumentado hasta ocho pies, y el gigante estaba dotado de una pujanza y apetito incomparables; de un solo tajo de su buena espada, *Joyeuse* dividía a un jinete y su caballo, y en una sola comida se engullía un ganso, dos patos y un cuarto de carnero, etc. <<

[1241] Véase la obra concisa; pero esmerada y original, de D'Anville (*États formés en Europe après la chute de l'Empire Romain en Occident*, París, 1771, en 4o), cuyo mapa incluye el Imperio de Carlomagno; las diferentes partes están ilustradas por Valerio (*Notitia Galliarum*) para Francia, Beretti (*Dissertatio Chronographica*) para Italia, de Marca (*Marca Hispanica*) para España. En cuanto a la geografía media de Alemania, confieso que me vengo a quedar en ayunas. <<

[1242] Tras una breve reseña de sus guerras y conquistas (Vit. Carol. c. 5-14), Eginhardo en pocas palabras hace una recapitulación (c. 15) de los países sujetos a su Imperio. Estruvio (*Corpus Hist. German.*, pp. 118-149) insertó en sus notas el texto de las antiguas crónicas. <<

[1243] De una escritura concedida al monasterio de Alaon (845 d. C.) por Carlos el Calvo, se comprueba esta prerrogativa real. Dudo si los hechos subsiguientes de los siglos IX y X son tan sólidos; no obstante todo se halla aprobado y defendido por M. Gaillard (t. II, pp. 60-81, 203-206), quien asegura, que la familia de Montesquieu (no la del presidente Montesquieu) desciende, por línea femenina, del Clotario y Clodoveo —

pretensión inocente. <<

[1244] Los gobernadores o condes de la marca española, se sublevaron contra Carlos el Sandio por el año 900; y una pobre pitanza, el Rosellon, fue recobrado en 1642 por los reyes de Francia (Longuerue, *Description de la France*, t. I, pp. 220-222). Con todo, el Rosellon cuenta ciento ochenta y ocho mil novecientos súbditos, y paga anualmente dos millones seiscientas mil libras (Necker, *Administration des Finances*, t. I, pp. 278, 279) —quizá más habitantes y sin duda alguna más productiva que la marca de Carlomagno. <<

[1245] Schmidt, *Hist. des Allemands*, t. II. p. 200, etc. <<

[1246] Véase Giannone, t. I, pp. 374, 375, y los *Annales* de Muratori. <<

[1247] *Quot prælia in eo gesta!, quantum sanguinis effusum sit! Testatur vacua omni habitatione Pannonia, et locus in quo regia Cagani fuit ita desertus, ut ne vestigium quidem humanæ habitationis appareat. Tota in hoc bello Hunnorum nobilitas periit, tota gloria decidit, omnis pecunia et congesti ex longo tempore thesauri direpti sunt. Eginhard*, CXIII. <<

[1248] La unión del Rin y el Danubio, se emprendió únicamente para el servicio de la guerra panonia (Gaillard, *Vie de Charlemagne*, t. II, pp. 312-315). El canal, que no hubiera tenido más que dos leguas [4,44 km] de largo, y del que aún se conservan algunas señales en Suabia, fue interrumpido por las lluvias excesivas, los desvíos militares y los terrores supersticiosos (Schæpflin, *Hist. de l'Académie des Inscriptions*, t. XVIII, p. 256. *Molincina fluviorum, et jungendorum*, pp. 59-62). <<

[1249] Véanse Eginhardo, c. 16, y Gaillard, t. II, pp. 361-385, quienes mencionan, en una referencia suelta, la correspondencia de Carlomagno y Egberto, la dádiva que le hizo de su propia

espada y la contestación modesta de su discípulo sajón. La anécdota, si fuese cierta, hubiera adornado nuestras historias inglesas. <<

[1250] La correspondencia sólo se halla mencionada en los *Annales* franceses, y los orientales ignoran la amistad del califa con el *perro* cristiano, denominación muy cortés, que Harun aplica al emperador de los griegos. <<

[1251] Gaillard, t. II, pp. 361-365, 471-476, 492. He tomado sus juiciosas observaciones sobre el plan de conquista de Carlomagno, y la distinción que hacía de sus enemigos, del primero y segundo reducto (t. II, pp. 184, 509, etc.). <<

[1252] Thegan, el biógrafo de Liuva, refiere esta coronación; y Baronio la copia fielmente (815 d. C., núm. 13, etc. Véase Gaillard, t. II, pp. 506, 507, 508), aunque en oposición con las pretensiones de los papas. Sobre la serie de los Carolingios, véanse los historiadores de Francia, Italia y Alemania; Pfeffel, Schmidt, Velly, Muratori, y aun Voltaire, cuyas descripciones son a veces puntuales y siempre agradables. <<

[1253] Era el hijo de Oton, el de Ludolfo, para quien se instituyó el ducado de Sajonia, 858 d. C. Rutgero, el biógrafo de san Bruno (Bibliot. Bunavianæ Catalog. t. III, vol. II, p. 679) hace una hermosa pintura de su familia. *Atavorum atavi usque ad hominum memoriam omnes nobilissimi; nullus in eorum stirpe ignotus, nullus degener facile reperitur* (*apud* Struvium, *Corp. Hist. German*, p. 216). Con todo Gundlingo (en Henrico Aucupe) no está satisfecho en descender de Witikindo. <<

[1254] Véase el tratado de Coringio (de *Finibus Imperii Germanici*, Francofurt, 1680, en 4°): desecha, como impropia y extravagante, la escala de los imperios romano y carolingio, y ventila con moderación los derechos de Germanio, sus vasallos y vecinos. <<

[1255] El impulso de la costumbre me obliga a nombrar a Conrado I y a Henrique I el Pajarero, en la lista de los emperadores, dictado que nunca se dio a los reyes de la Germania. Los italianos, Muratori por ejemplo, son más escrupulosos y apuradores, y sólo cuentan a los príncipes que han sido coronados en Roma. <<

[1256] *Invidiam tamen suscepti nominis (C. P. imperatoribus super hoc indignantibus) magnâ tulit patientiâ, vicitque eorum contumaciam … mittendo ad eos crebras legationes, et in epistolis fratres eos appellando*, Eginhardo, c. 28, p. 128. Quizá por ellos mismos, como Augusto, manifestó alguna repugnancia, en hacerse cargo del Imperio. <<

[1257] Teófanes habla de la coronación y ungimiento de Carlos Κάρουλος (*Chronograph.*, p. 399) y de sus pactos de casamiento con Irene (p. 402), lo que es desconocido a los latinos. Gaillard refiere sus trasacciones con el Imperio griego (t. II, pp. 446-468). <<

[1258] Gaillard observa muy atinadamente, que este espectáculo era una farsa propia únicamente de muchachillos; pero que en efecto se representaba en presencia, y en beneficio, de niños ya talludos. <<

[1259] Compárese, en los textos originales recopilados por Pagi (t. III, 812 d. C., núm. 7; 824 d. C., núm. 10, etc.) la contraposición de Carlomagno y su hijo: al primero los embajadores de Miguel (a quienes en verdad se desatendió) *more suo, id est linguâ Græcâ laudes dixerunt, imperatorem eum et* Βασιλέα *appellantes*; al segundo, Vocato *imperatori* Francorum, etc. <<

[1260] Véase la epístola, en Paralipomena, del escritor anónimo de Salerno (*Script. Rerum Ital.*,. t. II, part. II, pp. 243-254, c. 93-107) a quien Baronio (871 d. C., núm. 51-71) tuvo por

Eschempert, cuando lo trascribió en sus *Annales*. <<

[1261] *Ipse enim vos, non* imperatorem, *id est* Βασιλέα *suâ linguâ, sed ob indignationem* Ῥῆγα, *id est* regem *nostrâ vocabat* (Luitprand, en *Legat*. en *Script. Rerum Ital.*, t. II, part. I, p. 479). El papa exhortó a Nicéforo emperador de los griegos, a formar alianza con Oton, el augusto emperador de los romanos *quae inscriptio secundum Graecos peccatoria* [*peccatrix*]*et temeraria … imperatorem inquiunt*, universalem, *Romanorum*, Augustum, magnum, solum, Nicephorum (p. 486). <<

[1262] El origen y progresos del dictado de cardenal puede hallarse en Tomassin (*Discipline de l'Église*, t. I, pp. 1261-1298), Muratori (*Antiquitat. Italiæ Medii Ævi*, t. VI, *Disssert* LXI, pp. 159-182) y Mosheim (Institut. *Hist. Ecclesiást.*, pp. 345-347), quienes siguen por puntos las formas y variaciones de la elección. Los obispos cardenales, tan ensalzados por Pedro Damian, han descendido al nivel del resto del sagrado colegio. <<

[1263] *Firmiter jurantes, nunquam se papam electuros aut audinaturos, præter consensum et electionem Othonis et filii sui* (Luitprand, l. VI, c. 6, p. 472). Esta concesión importante, puede muy bien suplir o confirmar el decreto del clero y pueblo de Roma, tan a las claras desechado por Baronio, Pagi y Muratori (964 d. C.) y tan bien defendido y explicado por Saint Marc (*Abrégé Chronologique*, t. II, pp. 808-816, t. IV, pp. 1167-1185). Sobre la elección y confirmación de cada papa, consúltese la crítica histórica, y los *Annales* de Muratori. <<

[1264] La opresión y vicios de la Iglesia Romana en el siglo X están retratados al vivo en la historia y legación de Luitprando (véanse pp. 440, 450, 471-476, 479, etc.); y es bastante extraño el ver a Muratori suavizando las invectivas de Baronio contra los papas. Pero estos papas habían sido elegidos, no por los cardenales,

sino por seglares. <<

[1265] La época del papa Juan *(papissa Joanna* está colocada algún tiempo antes que Teodora o Marozia; y los dos años de su reinado imaginario están cabalmente colocados entre León IV y Benedicto III. Pero el contemporáneo Anastasio une indisolublemente la muerte de León y la elevación de Benedicto (illico, mox, p. 247); y la puntual cronología de Pagi, Muratori y Leibnitz, colocan ambos acontecimientos en el año 857. <<

[1266] Los abogados del papa Juan presentan ciento cincuenta testigos o más bien tradiciones de los siglos XIV, XV y XVI. Dan un testimonio en contra de sí mismo y de la leyenda, multiplicando la prueba de que un cuento tan interesante *debe* haber sido repetido por toda clase de escritores, a cuya noticia haya llegado. En los de los siglos IX y X, un acontecimiento tan reciente, se habría publicado con mucha más energía ¿No hubiera Focio evitado semejante reconvención? ¿Podía Luitprando haberse desentendido de este escándalo? No merece la pena de ventilar los varios escritos de Martin Polono, Sigeberto de Gemblurs, ni Mariano Escoto; pero aun es más visible la superchería de introducir en algunos manuscritos del romano Anastasio, el paso del papa Juan. <<

[1267] Como falso, merece este nombre; pero no diré que sea increíble. Supóngase a un célebre caballero francés de nuestros tiempos que hubiese nacido en Italia, y educado para la Iglesia, en vez, de tomar la carrera de las armas: su mérito o fortuna *podía* haberla elevado a la silla de san Pedro; sus amoríos hubieran sido muy naturales; su alumbramiento en las calles de mal agüero; pero no imposible. <<

[1268] Hasta la reforma se refería este cuento y se le daba crédito; y la estatua de la papisa ocupó por mucho tiempo su puesto entre las de los papas, en la catedral de Siena (Pagi, *Crítica*, t. III, pp.

624-626). Ha sido anonadada por dos instruidos protestantes, Blondel y Bayle (Dictionaire Critique, *Papessa, Polonus, Blondel*); pero sus hermanos se escandalizaron con esta crítica justa y generosa. Spanheim y Lenfant se ensayaron en salvar esta débil palanca de controversia; y hasta Mosheim se aviene a abrigar algunas dudas y sospechas (p. 289). <<

[1269] *Lateranense palatium … prostibulum meretricum … Testis omnium gentium, præterquam Romanorum, absentia mulierum, quæ sanctorum apostolorum limina orandi gratiâ timent visere, cum nonnullas ante dies paucos, hunc audierint conjugatas, viduas, virgines* VI *oppressisse* (Luitprand., *Hist.*, l. VI, c. 6, p. 471. Véase todo el asunto de Juan XII, pp. 471-476). <<

[1270] Una nueva prueba del mal que produce una equivocación es el *beneficium* Ducange, t. I, p. 617, etc.) que el papa confirió al emperador Federico I, puesto que la palabra latina puede significar bien un derecho legal, un mero favor, o una obligación (necesitamos la voz *bienfait*). Véase Schmidt, *Hist. des Allemands*, t. III, pp. 393-408. Pfeffel, *Abrégé Chronologique*, t. I, pp. 229, 296, 317, 324, 420, 430, 500, 505, 509, etc. <<

[1271] Sobre la historia de los emperadores de Roma e Italia, véase Sigonio, de *Regno Italiæ*, Opp. t. II con las notas de Sagio, y los *Annales* de Muratori, quien puede apurar mejor los autores de su gran colección. <<

[1272] Véase la Disertación de Le Blanc al fin de su *Tratado de Monedas* de Francia, en el cual representa algunos cuños romanos de los emperadores franceses. <<

[1273] *Romanorum aliquando servi, scilicet Burgundiones, Romanis imperent? … Romanæ urbis dignitas ad tantam est stultitiam ducta, ut meretricum etiam imperio pareat*? (Luitprand, l. III, c. 12.), p. 450). Sigonio (l. VI, p. 400) afirma positivamente la

renovación del consulado; pero en los escritores antiguos a Alberico le dan por lo regular el dictado de *princeps Romanorum*. <<

[1274] Ditmar, p. 354. *apud* Schmidt, t. III, p. 439. <<

[1275] Esta función sangrienta está descrita en versos Leoninos en el panteón de Godofredo de Viterbo (*Script. Rerum Ital.*, t. VII, pp. 436, 437), quien vivió hacia el fin del siglo XII (Fabricio, *Bibliot. Latin. med. et infimi. Ævi*, t. III, p. 69, edic. Mansi); pero este testimonio, a quien Sigonio dio crédito, es con fundamento sospechoso a Muratori (*Annali d'Italia*, t. VIII, p. 177). <<

[1276] La coronación del emperador y algunas ceremonias originales del siglo X, se conservan en el Panegírico Berengario (*Script. Rerum Ital.*, t. II, part. I, pp. 405-414), ilustrado por las notas de Adriano Valesio y Leibnitz. Sigonio refirió toda la expedición romana, en buen latín; pero con algunos yerros de fechas y hechos (l. VII, pp. 441-446). <<

[1277] En una disputa sobrevenida en la coronación de Conrado II, Muratori se toma la libertad de decir: *doveano ben essere allora, indisciplinati, barbari, e* bestiali, *Tedeschi*. *Anal.* t. VIII, p. 368. <<

[1278] Después de hacerlos hervir para separar la carne. Los calderos para este intento eran un mueble indispensable de viaje; y un alemán que lo usaba para su hermano, prometió a un amigo el dárselo cuando hubiese servido para él mismo (Schmidt, t. III, pp. 423, 424). El propio autor dice, que toda la línea sajona se extinguió en Italia (t. II, p. 440). <<

[1279] Oton, obispo de Frisinga, ha dejado un paso curioso sobre las ciudades de Italia (l. II, c. 13, en *Script. Rerum Ital.*, t. VI, pp. 707-710); y el establecimiento, progresos y gobierno de estas

repúblicas están perfectamente ilustrados por Muratori (*Antiquitat. Ital. Medii Ævi*, t. IV, disert. XLV-LII, pp. 1-675. *Anal.*, t. VIII, IX, X). <<

[1280] Sobre estos títulos, véanse Selden (*Tetles of Honour*, vol. III, part. I, p. 488), Ducange (*Gloss. Latin.*, t. II, p. 140, t. VI, p. 776) y Saint Marc (*Abrégé Chronologique*, t. II, p. 719). <<

[1281] Los lombardos inventaron el uso del *carocium*, un estandarte colocado en un carro tirado por bueyes (Ducange, t. II, pp. 194, 195 (Muratori, *Antiquitat. Italiæ Medii Ævi* t. II, diss. XXVI, p. 489-493). <<

[1282] Guntero Ligurino, l. VIII 584 et seg. aptid Schmidt, t. III, p. 399.) <<

[1283] *Solus imperator faciem suam firmavit ut petram* (Burcard. de Excidio Mediolani, *Script. Rerum Ital.*, t. VI, p. 917). Este volumen de Muratori, contiene los originales de la historia de Federico I, que debe comparse, atendidas las circunstancias y preocupaciones de cada escritor, alemán o lombardo. <<

[1284] Para la historia de Federico II y la Casa de Suabia en Nápoles, véase Giannone, Istoria Civile, t. II, l. XIV-XIX. <<

[1285] En el inmenso laberinto del *jus publicum* de Germania, o bien debo citar a un solo escritor o a miles; y creo mejor el entregarme a un guía fiel, que copiar una multitud de nombres y pasos. Este guía es M. Pfeffel, el autor de la mejor historia legal y constitucional de cualquier país, que haya llegado a mi noticia (*Nouvel Abrégé Chronologique de Histoire et du Droit Publica d'Allemague*; París, 1776, 2 vols. en 4º). Su talento y criterio han deslindado los hechos más interesantes; su sencilla concisión los expresa en pocos renglones; su orden cronológico los va distribuyendo en sus verdaderas fechas; y un esmerado índice los reúne por materias. A esta obra, en un estado menos

perfecto, debe estar muy agradecido el Dr. Robertson, por aquel cuadro magistral que delinea hasta los trueques modernos del cuerpo germánico. El *Corpus Historiæ Germanicæ* de Estruvio se ha consultado también utilísimamente, como que aquella recopilación está cada página apoyada en los textos originales. <<

[1286] Con todo, *personalmente*, no puede considerarse a Carlos IV, como bárbaro. Tras su educación en París, recobró el bohemio, que era su lengua nativa; y el emperador conversaba y escribía con igual facilidad en francés, latín, italiano y alemán (Estruvio, pp. 615, 616). Petrarca siempre lo representa como un príncipe político e instruido. <<

[1287] Además de los historiadores alemanes e italianos, la expedición de Carlos IV se halla también retratada al vivo en las interesantes *Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. III, pp. 376-430, por el abate de Sade, cuya prolijidad no ha sido nunca tachada por ningún lector inteligente. <<

[1288] Véase toda la ceremonia en Estruvio, p. 629. <<

[1289] La república de Europa, con el papa y el emperador a su cabeza, nunca se halló representada con más dignidad que en el concilio de Constanza. Véase la historia de esta asamblea por Lenfant. <<

[1290] Gravina, *Origines Juris civilis*, p. 108. <<

[1291] Seis mil urnas se han descubierto de los esclavos y hombres libres de Augusto y Livia. Tan repartidas estaban las tareas, que un esclavo no tenía otro cargo más que el de pesar la lana que hilaban las mujeres de la emperatriz, otro cuidaba de su perro faldero, etc. (Camere, *Sepolchrale por Bianchini*. Extracto de su obra, en la *Bibliothèque*, t. IV, p. 175. Su *Elogio*, por Fontenelle, t. VI, p. 556). Pero estos criados pertenecían todos a una misma

clase, y probablemente no eran en mayor número, que los de Polion y Leutulo. Esto sólo comprueba la riqueza general de la ciudad. <<

[1292] Como en este capítulo y el siguiente tendré que ir acudiendo de continuo a documentos arábigos, debo advertir que me son enteramente desconocidas las lenguas orientales, y manifestar mi gratitud a los doctos intérpretes que han trasladado su contenido en latín, francés e inglés; cuyas colecciones, versiones e historias iré dando a conocer en sus debidos lugares. <<

[1293] Los geógrafos de la Arabia deben dividirse en tres clases: 1ª Los *griegos y latinos*, cuyos conocimientos progresivos pueden verse en Agatarcides (de Mari Rubro, en Hudson, *Geograph. Minor.*, t. I), Diodoro Sículo (t. I, l. II, pp. 159-167, l. III, pp. 211-216 edic. Wesseling), Estrabón (l. XVI, pp. 1112-1114 de Eratóstenes, pp. 1122-1132, de Artemidoro, Dionisio (*Periegesis*, 927-969), Plinio (*Hist. Natur.*, V, 12, VI, 32), y Tolomeo (*Descript. et Tabulæ Urbium*, en Hudson, t. III). 2 Los *escritores arábigos*, que han tratado este asunto con afán patriótico o devoto: los extractos de Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 125-128) de la geografia del jerife Al Edrisi, hace que quedemos menos satisfechos con la versión o compendio (pp. 24-27, 44-56, 408, etc. 119 etc.) que publicaron los maronitas, bajo el título absurdo de *Geografía Nubiense* (París, 1619); pero los traductores latino y francés, Greaves (en Hudson, t. III) y Gaillaud (*Voyage de la Palestine par La Roque*, pp. 265-346), han puesto a nuestro alcance la Arabia de Abulfeda, la relación más extensa y esmerada de la Península, la que puede todavía aumentarse, con la *Bibliothèque Orientale*, de D'Herbelot, p. 120 et alibi pasim. 3ª. Los *viajeros europeos*; entre los cuales Shaw (pp. 438-455) y Niebuhr (*Description de*

l'Arabié, 1773: *Voyage en Arabie*, t. I, 1776) merecen un lugar preeminente: Busching (*Géographie par Berenger*, t. VIII, pp. 416-510) ha recopilado con tino y luego los mapas de D'Anville (*Orbis Veteribus Notus, y 1er Partie de l'Asie*) debe tenerlos el lector a la vista con su *Géographie Ancienne*, t. II, pp. 208-231. <<

[1294] Abulfeda, *Descript. Arabiæ*, p. 1. D'Anville, *l'Euphrate et le Tigre*, pp. 19-20. Fue en este paraje el paraíso o pensil de un sátrapa, en donde Jenofonte y los griegos pasaron por primera vez el Éufrates (*Anabasis*, l. I, c. 10, p. 29, edic. de Gales). <<

[1295] Reland ha probado con sobrada erudición: 1. Que nuestro Mar Rojo (el golfo Arábigo) no es más que una parte del *Mare Rubrum*, el Ἐρυθρὰ θαλάσση de los antiguos, que se extendió al espacio indefinido del Océano Indio. 2. Que las palabras sinónimas ἔρυθρος, ἀιθίοψ, aluden al color de los negros (*Dissert. Miscell.*, t. I, pp. 59-117). <<

[1296] En los treinta días o jornadas entre el Cairo y la Meca, hay quince en que se carece de agua buena. Véase la ruta de los Hadgees, en los *Viajes* de Shaw, p. 477. <<

[1297] Los aromas, particularmente el incienso de Arabia, ocupan el libro XII de Plinio. Nuestro gran poeta (Paradise Lost, l. IV), introduce, en un símil, los olores aromáticos que trae el nordeste de la costa sabea:

En más de una legua,

El antiguo Océano sonríe, con el grato olor.

(Plinio, *Hist. Natur.*, XII, 42). <<

[1298] Agatarcides asegura que se hallaron pedazos de oro puro, desde el tamaño de una aceituna hasta el de una nuez; que el hierro valía el doble del oro, y la plata diez veces más (de Mari Rubro, p. 60). Estos tesoros, verdaderos o imaginarios, han

desaparecido; y en hoy día no se conoce ninguna mina de oro en Arabia (Niebuhr, *Description de l'Arabié*, p. 124). <<

[1299] Consúltese, léase y estúdiese el *Specimen Historiæ Arabum* de Pocock (Oxon. 1650, en 4°). Las treinta páginas de texto y versión están extractadas de las *Dinastías* de Gregorio Abulfaragio, el que después Pocock tradujo (Oxon. 2663, en 4°): trescientas cincuenta y ocho notas de una obra clásica y original, sobre las antigüedades arábigas. <<

[1300] Arriano habla de los ictiófagos de la costa de Hejaz (*Periplus Maris Erythræi*, p. 12 y más allá de Adén (p. 15). Parece probable que las orillas del Mar Rojo (en su sentido más lato) estuviesen ocupadas por estos salvajes, quizás, en tiempo de Ciro; pero no puedo creer que quedase ninguno de estos cáribes entre los salvajes, en el reinado de Justiniano (Procop. de *Bell. Persic.*, l. I, c. 19). <<

[1301] Véase el *Specimen Historiæ Arabum* de Pocock, pp. 2, 5, 86, etc. La jornada de M. d'Arvieux, en 1664, al campo del emir del Monte Carmelo (*Voyage de la Palestine*, Amsterdam, 1718) presenta, una pintura agradable y original de la vida de los beduinos, que puede ampliarse con Niebuhr (*Description de l'Arabié*, pp. 327-344), y Volney (t. I, pp. 343-385), el último y el más juicioso de nuestros viajeros sirios. <<

[1302] Léanse (no es un afán desagradable) los artículos incomparables del Caballo y el Camello, en la *Historia Natural* de M. de Buffon. <<

[1303] Sobre los caballos árabes, véase D'Arvieux (pp. 159-173) y Niebuhr (pp. 142-144). A fiar del siglo XIII, los caballos de Neged se estimaban por su paso seguro, los de los colonos fuertes para las faenas, y los de Hejaz los más nobles. Los caballos de Europa, la décima y última clase, eran generalmente despreciados, por tener mucha planta y poco brío (D'Herbelot,

Bibliothèque Orientale, p. 539): se requería que su fuerza fuese suficiente para sobrellevar el peso del caballero y su armadura. <<

[1304] *Qui carnibus camelorum vesci solent odii tenaces sunt*, era la opinión de un médico árabe (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, p. 88). El mismo Mahoma, que era aficionado a la leche, antepone la vaca, y no hace mención del camello; pero el mantenimiento de la Meca y Medina, era ya entonces más lujoso (Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. III, p. 404). <<

[1305] Con todo, Marciano de Heraclea (en *Periplo*, p. 16, en t. I, Hudson, *Geograph. Minor.*) cuenta ciento sesenta y cuatro ciudades en la Arabia Feliz. El recinto de las ciudades podía ser harto reducido, pero las creederas del escritor muy anchurosas. <<

[1306] La compara Abulfeda (en Hudson, t. III, p. 54) a Damasco, y es aún la residencia del imán de Yemen (*Voyage en Arabie* de Niebuhr., t. I, pp. 331-342). Saana está a veinticuatro parasanjes de Dafar (Abulfeda, p. 51), y sesenta y ocho de Adén (p. 55). <<

[1307] Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, p. 57. *Geografía Nubiense*, p. 52. Meriaba o Merab, seis millas [9,66 km] de circunferencia, quedó asolada por las legiones de Augusto (Plinio, *Hist. Natur.*, VI, 32) y no se había restablecido en el siglo XIV (Abulfeda, *Descript. Arabiæ*, p. 58). <<

[1308] El nombre de ciudad, *Medina*, se aplicó, κατ ἐξόχην, a Yatreb el Iatrippa de los griegos la residencia del profeta. Las distancias de Medina las calcula Abulfeda en jornadas de una caravana (p. 15): a Bahrein, XV; a Bassora, XVIII; a Cufa, XX; a Damasco o Palestina XX; al Cairo, XXV; a Meca, X; de Meca a Saná (p. 52) o Adén, XXX; al Cairo, XXXI días ó 412 horas (Shaw's Travels, p. 477); lo que, según el cómputo de D'Anville

(*Mesures Itinéraires*, p. 99), cada jornada vienen a ser unas veinticinco millas inglesas [40,23 km]. Desde la tierra del incienso (Hadramaut, en Yemen, entre Adén y el cabo Fartasch) a Gaza, en Siria, Plinio (*Hist. Natur.*, XII, 32) cuenta LXV jornadas de camellos. Estas medidas pueden ayudar a la imaginación y aclarar hechos. <<

[1309] Nuestros conocimientos de la Meca deberán sacarse de los árabes (D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, pp. 368-371. Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 125-128. Abulfeda, pp. 11-40). Como no es lícito a ningún infiel el entrar en la ciudad, por eso callan nuestros viajeros; y los escasos apuntes du Thevenot (*Voyages du Levant*, part. I, p. 490) están tomados, de boca de un renegado africano. Algunos persas cuentan seis mil caballos (Chardin, t. IV, p. 167). <<

[1310] Estrabon, l. XVI, p. 1110. Véase una de estas casas de sal cerca de Bassora, en D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 6. <<

[1311] *Mirum dictû ex innumeris populis pars æqua in commerciis aut in latrociniis degit* (Plinio, *Hist. Natur.*, VI, 32). Véase *Sale's Koran*, Suro. CVI, p. 503. Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, p. 2. D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 561. Prideaux, *Vida de Mahoma*, p. 5. Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. I, pp. 72, 120, 126, etc. <<

[1312] Un doctor sin nombre (*Universal Hist.* vol. XX octava edición) ha evidenciado la verdad del Cristianismo con la independencia de los árabes. Una crítica, además de las excepciones del hecho, pudiera disputar el significado del texto (Gen. XVI, 12), la extensión de la aplicación y el fundamento de las preocupaciones. <<

[1313] Fue subyugada, 1173 d. C., por un hermano del gran Saladino, quien fundó una dinastía de Curdos o Ayubitas

(Guignes, *Hist. des Huns*, t. I, p. 425. D'Herbelot, p. 477). <<

[1314] Por el lugarteniente de Solimán I (1538 d. C.) y de Selim II (1568 d. C.). Véase la *Historia de Cantemir del Imperio Otomano*, pp. 201, 221. El bajá, que residía en Saana, mandaba veintiún *beyes*; pero nunca se remitió ninguna suma a la Puerta (Marsigli, *Stato Militare dell'1mperio Ottomano*, p. 124), y los turcos fueron expulsados sobre el año 1630 (Niebuhr, pp. 167, 168). <<

[1315] De la provincia romana, bajo el nombre de Arabia, y la tercera Palestina, las ciudades principales eran Bostra y Petra, cuya fundación se fecha en el año 105, cuando fueron subyugadas por Palma, lugarteniente de Trajano (Dion Casio, l. LXVIII). Petra era la capital de los nabateos; cuyo nombre deriva del hijo mayor de Ismael (Gen. XXV, 12, etc. con los *Comentarios* de Jerónimo, Le Clere y Calmet). Justiniano evacuó un país de diez jornadas de extensión hacia el sur de Elá (Procop. de *Bell. Persic.*, l. I, c. 19), y los romanos tenían un centurión y una aduana (*Arrian in Periplo Maris Erythræi*, p. 11 en Hudson, t. I), en un punto (λέυκη κώμη, Pagus Albus Hawara) en el territorio de Medina (D'Anville, *Memoire sur l'Egypte*, p. 243). Estas reales posesiones, y algunas correrías navales de Trajano (Peripl. pp. 14, 15), están hermoseadas por la historia y medallas en la conquista romana de Arabia. <<

[1316] Niebuhr (*Description de l'Arabié*, pp. 302, 303, 319-331) suministra los conocimientos más recientes y esmerados sobre el Imperio turco en Arabia. <<

[1317] Diodoro Sículo (t. II, l. XIX, pp. 390-393. edic. Wesseling) ha expuesto claramente la libertad de los nabateos árabes, quienes se resistieron a las armas de Antígono y de su hijo. <<

[1318] Estrabon, l. XVI, pp. 1127-1129. Plinio, *Hist. Natur.*, VI,

52. Elio Galo desembarcó cerca de Medina, y se internó cerca de mil millas [1609,3 km] en la parte del Yemen entre Mareb y el océano. El *non ante devictis Sæbæ regibus* (Od. I, 29) y el *intacti Arabum thesauri* (Od. III, 25) de Horacio, atestiguan la pureza virginal de la Arabia. <<

[1319] Véase la historia imperfecta del Yemen en Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 55-66, de Hira, pp. 66-74, de Gassan, pp. 75-78, tan extensamente como ha sido posible o conservada en el tiempo de la ignorancia. <<

[1320] El Σαρακηνικὰ φῦλα, μυριάδες ταῦτα, καὶ τὸ πλεῖστου αὐτῶυ ἐρημονόμοι καὶ ἀδέσποτοι, están descritas por Menzandro (Excerpt. Legation, p. 149) Procopio (de *Bell. Persic*., l. I, c. 17, 19, l. II, c. 10); y en colores muy vivos, por Amiano Marcelino (l. XIV, c. 4), quien había hablado de ellos, ya en el reinado de Marco. <<

[1321] El nombre, que en boca de Tolomeo y Plinio tiene un sentido muy reducido y que en la de Amiano y Procopio adquiere mayor extensión, se ha derivado, ridículamente, de Sara, la mujer de Abraham, confusamente de la aldea de *Saraka* (νερὰ τοὺς Ναβαταίονς, Stephan de Urdubis [s. V. Σάρακα]), con más probabilidad de las palabras árabes, que significan un carácter *dado al robo* o situación *Oriental* (Hottinger, *Hist. Oriental*., l. I, c. 1, pp. 7, 8. Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 33, 35. Asseman, *Bibliothèque Orientale*, t. IV, 567). Con todo, la última de estas etimologías y la más popular la rechaza Tolomeo (Arabia, pp. 2, 18 en Hudson, t. IV), quien hace observar las posiciones Oriental y Occidental de los sarracenos, entonces una tribu desconocida a orillas del río en Egipto. La denominación, pues, no alude a ningún carácter *nacional*, y ya que ha sido dada por extranjeros, no debe hallarse en el árabe, sino en los idiomas extranjeros. <<

[1322] *Saraceni … mulieres aiunt in eos regnare* (*Expositio totius Mundi*, p. 5 en Hudson, t. III). El reinado de Mavia es célebre en la *Historia eclesiástica*. Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 69, 83. <<

[1323] Ἐκ τῶν βασιλείων μὴ ἐξελθεῖν es lo que refieren Agatarcides (de Mari Rubro pp. 63, 64, en Hudson, t. I), Diodoro Sículo (t. I, l. III, c. 47, p. 215) y Estrabon (l. XVI, p. 1124). Pero sospecho que este es uno de los cuentos populares, o sucesos extraordinarios, que la credulidad de los viajeros tan frecuentemente trasforma en un hecho, una costumbre, o una ley. <<

[1324] *Non gloriabantur antiquitus Arabes, nisi gladio, hospite, et* eloquentiâ (Sephadiusa *apud* Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 161, 162). De este don del habla participaban sólo los persas; y los sentenciosos árabes probablemente habrían despreciado la sencilla y sublime lógica de Demóstenes. <<

[1325] Debo recordar al lector que D'Arvieux, D'Herbelot y Niebuhr retratan al vivo las costumbres y gobierno de los árabes, que están ilustrados por muchos lances en la *Vie de Mahomet*. <<

[1326] Nótese el capítulo primero de Job, y el gran muro de mil trescientos estadios que Sesostris construyó desde Pelusio hasta Heliópolis (Diodor. Sicul. t. I, l. I, p. 67). Bajo el nombre de *Hicsos*, los reyes pastores al principio habían subyugado el Egipto (Marsham, Canon. Chron., pp. 98-163). <<

[1327] O, según otra relación, mil quinientos (D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 75): los dos historiadores que escribieron sobre el Ayam al Arab, las batallas de los árabes, vivieron por los siglos IX y X. La célebre guerra de Dalies y Gabrá fue motivada por dos caballos, duró cuarenta años y

terminó en un proverbio (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, p 48). <<

[1328] La teoría y práctica moderna de los árabes, en la venganza de un asesinato están descritas por Niebuhr (*Description de l'Arabié*, pp. 26-31). Las violentísimas facciones de la Antigüedad pueden verse en Alcorán, c. 2, p. 20, c. 17, p. 230, con las Observaciones de Sale. <<

[1329] Procopio (de *Bell. Persic.*, l. I, c. 16) coloca los dos meses santos, cerca del solsticio de verano. Los árabes consagraban cuatro meses del año —el primero, el séptimo, el undécimo, y el duodécimo—; y pretendían, que en una larga serie de años no se había infringido la verdad sino cuatro o seis veces (Sale's *Preliminary Discourse*, pp. 147-150 y las notas del capítulo IX del Alcorán, p, 154, etc. Casiri, *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II, pp. 20, 21). <<

[1330] Arriano, en el siglo II, nota (en Periplo Maris Erythræi, p. 12) la parcial o total diferencia de los dialectos de los árabes. Su idioma y letras están extensamente explicadas por Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 150-154), Casiri (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, pp. 1, 83, 292. t. II, p. 25, etc.), y Niebuhr (*Description de l'Arabié*, pp. 72-86). Paso ligeramente, no me gusta el repetir las palabras como un loro. <<

[1331] En el Zadig de Voltaire (*le Chien et le Cheval*) se refiere un cuento familiar para comprobar la perspicacia natural de los árabes (D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, pp. 120, 121. Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. I, pp. 37-46); pero D'Arvieux, o más bien La Roque (*Voyage de Palestine*, p. 92) niega la ponderada superioridad de los beduinos. Las ciento sesenta y nueve sentencias de Alí (traducidas por Ockley, Londres, 1718) suministran una prueba favorable del talento arábigo. <<

[1332] Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 158-161) y Casiri (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, pp. 48, 84, etc. 119, t. II, p. 17, etc.) hablan de los poetas árabes antes de Mahoma. Los siete poemas de la Caaba se han publicado en inglés, por sir Guillermo Jones; pero su honroso envío a la India nos ha defraudado de sus notas, mucho más interesantes que el texto mohoso y ramplón. <<

[1333] *Discurso Preliminar* de Sale, pp. 29, 30. <<

[1334] D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 458. Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. III, p. 118 Caah y Hesmo (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 45, 46, 48) eran también eminentes por su liberalidad; y al último lo ensalza un poeta árabe: *Videbis eum cum accesseris exultantem, ac si dares illi quod ab illo petis*. <<

[1335] Cuanto se apetezca averiguar sobre la idolatría de los antiguos árabes puede hallarse en Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 89-136, 163, 164). Su profunda erudición campea más clara y concisamente, interpretada por Sale (*Discurso Preliminar*, pp. 14-24); y Asseman (*Bibliothèque Orientale*, t. IV, pp. 580-590) ha añadido algunas observaciones apreciables. <<

[1336] Ἱερὸν ἁγιώτατου ἵδρυται τιμώμενον ὑπὸ πάντων Ἀράβων περιττότερον (Diodor. Sicul. t. I, l. III, p. 211). La índole y situación aparecen tan sumamente adecuados, que es extraño cómo este interesante paso se ha leído sin llamar la atención y sin hacer uso de su contenido. No obstante, aquel célebre templo lo ha visitado Agatarcides (de Mari Rubro, p. 58, en Hudson, t. I) a quien copia Diodoro en el resto de la descripción. ¿Era de mayor desempeño el siciliano que el egipcio? ¿O fue construida la Caaba entre los años 650 y 746, las fechas de sus historias respectivas? (Dodwell, en *Dissert.* ad t. I, Hudson, p. 72. Fabricio, *Bibliot. Græc.* t. II, p. 770). <<

[1337] Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 60, 61. Desde la muerte de Mahoma se cuentan 68 años después de la era cristiana y desde su nacimiento, 129. El velo o cortina, que en el día es de seda y oro, no era más que un trozo de lienzo egipcio (Abulfeda, en *Vit. Mohammed*, c. 6, p. 14). <<

[1338] El plano original de la Caaba (que está servilmente copiado en la *Historia universal* de Sale, etc.) era un dibujo turco, que Reland (de *Religione Mohamomedica*, p 113-123) ha corregido y explicado con las mejores autoridades. Sobre la descripción y leyenda de la Caaba, consúltese a Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 115-122), la *Bibliothèque Orientale* de D'Herbelot *(Caaba, Hagir, Zemzem, etc.*) y Sale (*Discurso Preliminar*, pp. 114-122). <<

[1339] Cosa, el quinto sucesor de Mahoma, debió haber usurpado la Caaba, 440 d. C.; pero el cuento lo refieren de diferente modo Jannabi (Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. I, pp. 65, 69) y Abulfeda (en *Vit. Mohammed*, c. 6, p. 13). <<

[1340] Era el siglo II, Máximo de Tiro atribuye a los árabes la adoración de una piedra Ἀράβιοι σέβουσι μὲν, ὅντινα δὲ οὐκ οἶδα, τὸ δὲ ἄγαλμα [ὅ] εἶδον ἦν λίθος τετράγωνος (Dissert. VIII, t. I, p. 142, edic. Reiske); y la reconvención la repiten con furor los cristianos. Clemens Alex. en Protreptico, p. 40, *Arnobius contra Gentes*, l. VI, p. 246). Con todo, estas piedras no eran otra cosa que el βαίτυλα de Siria y Grecia, tan célebres en la Antigüedad sagrada y profana (Euseb. Prep. Evangel. l. I, p. 37. Marsham, *Canon Chron.*, pp. 54-56). <<

[1341] Ambos horrorosos asuntos de Ἀνδροθυσία y Παιδοθυσία están esmeradamente apurados por el instruido sir Juan Marsham (*Canon. Chron.*, pp. 76-78, 301-304). Sanchoniaton deriva los sacrificios fenicios del ejemplo de

Crono, pero ignoramos si Crono vivió antes o después de Abraham, o si llegó a existir. <<

[1342] Κατ' ἐτὸς ἕκαστον παῖδα ἔθυον, es la reconvención de Porfiro; pero también imputa a los romanos la misma costumbre bárbara, que, 657 d. C., al fin se abolió. Dumætha, Daumat al Gendal, la cita Tolomeo (*Descript. et Tabulæ Urbium*, p. 47, *Arabia*, pp. 9-29) y Abulfeda (p. 57); y puede hallarse en los mapas de D'Anville, en el semidesierto entre Chaibar y Tadmor. <<

[1343] Procopio (de *Bell. Persic.*, l. I, c. 28), Evagrio (l. VI, c. 21 y Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 72, 86), afirman los sacrificios humanos de los árabes en el siglo VI. El peligro y huida de Abdalah es más bien una tradición que un hecho (Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. I, pp. 62-84). <<

[1344] *Suillis carnibus abstinent*, dice Solino (Poly, histor. c. 33), quien copia a Plinio (l. VIII, c. 68) en la extraña suposición de que los cerdos no pueden vivir en Arabia. Los egipcios se horrorizaban de suyo y supersticiosamente con aquella sucia bestia (Marsham, *Canon*, p. 205). Los antiguos árabes practicaban también, *post coitum*, el rito de ablución (Herodot., l. I, c. 80) santificada por la ley mahometana (Reland, p. 75, etc. Chardin o más bien el *Molla* de Shah Abbas, t. IV, p. 71, etc.). <<

[1345] Los doctores mahometanos se retraten de este asunto; con todo, creen indispensable la circuncisión para salvarse, y hasta pretenden que Mahoma nació milagrosamente sin prepucio (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, 519, 320. *Discurso Preliminar* de Sale, pp. 106, 107). <<

[1346] Diodoro Sículo (t. I, l. II, pp. 142-145) ha echado sobre su religión la mirada curiosa, pero superficial, de un griego. Su

astronomía hubiera sido mucho más apreciable; habían mirado por el telescopio de la razón, puesto que podían dudar si el sol estaba en el número de los planetas o en el de las estrellas fijas. <<

[1347] Simplicio (a quien cita Porfiro), de Cœlo, l. II, com. XLVI, p. 125, lin. 18. *apud* Marsham, *Canon. Chron*. p. 474, quien duda del hecho, porque está en oposición con su sistema. La primera fecha de las observaciones caldeas es del año 2234 antes de Cristo. Tras la conquista de Babilonia por Alejandro, a petición de Aristóteles, se comunicaron al astrónomo Hiparco. ¡Qué momento en los *Annales* de la ciencia! <<

[1348] Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 138-146), Hottinger (*Hist. Orient*. pp. 162-203), Hyde (de *Religione Vet. Persarum*; pp. 124, 128, etc. D'Herbelot (Sabi, pp. 725, 726), y Sale (*Discurso Preliminar*, pp. 14, 15), excitan nuestra curiosidad, en vez de satisfacerla; y el último de estos escritores confunde el sabismo con la religión primitiva de los árabes. <<

[1349] D'Anville (*l'Euphrate et le Tigre*, pp. 130-147) fijará la posición de estos cristianos ambiguos; Asseman (*Bibliothèque Orientale*, t. IV, pp. 607-614) puede explicar sus dogmas. Pero es un trabajo muy difícil el asegurar la creencia de un pueblo, su ignorancia temerosa y avergonzada de descubrir sus tradiciones secretas. <<

[1350] Los magos residían en la provincia de Bahrein (Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. III, p. 114) mezclados con los antiguos árabes (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 146-160). <<

[1351] El estado de los judíos y cristianos en Arabia está descrito por Pocock de Sharestani, etc. (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 60, 154, etc. Hottinger (*Hist. Orient*., pp. 212-238), D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, 474-476), Basnage (*Hist des Juifs*, t. VIII, p. 185, t. VII, p. 280) y Sale (*Discurso Preliminar*, p.

22 etc. 35, etc.). <<

[1352] En sus ofrendas tenían por máxima el defraudar a Dios en beneficio del ídolo, patrón no más poderoso, pero más enfadadizo (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 108, 109). <<

[1353] Las versiones que nos quedan, ya judías o cristianas, aparecen más recientes que el Alcorán, pero debe naturalmente inferirse que media una traducción anterior, l. De la práctica perpetua de la sinagoga, de explicar la lección hebrea por una paráfrasis en la lengua vulgar del país. 2. Por la analogía de las versiones armenias, persas y etíopes, citadas ya por los padres del siglo V, quienes aseguran que las *Escrituras* estaban traducidas en todos los idiomas bárbaros (Walton, *Prolegomena ad Biblia Polyglot.*, pp. 34, 93-97, Simon, *Hist. Critique du V. et N. Testament*, t. I, pp. 180, 181, 232, 286, 293, 305, 396, t. IV, p. 206). <<

[1354] *In eo conveniunt omnes, ut plebeio vilique genere ortum*, etc. (Hottinger, *Hist. Orient.*, p. 156). Con todo Teófanes, el más antiguo de los griegos, y el padre de muchas mentiras, confiesa que Mahoma era de la alcurnia de Ismael, ἐκ μιᾶς γενικωτάτης φυλῆς (*Chronograph.*, p. 277). <<

[1355] Abulfeda (en *Vit. Mohammed*, c. 1, 2) y Gagnier (*Vie de Mahomet*, pp. 25-97) describen la genealogía popular y comprobada del Profeta. En la Meca, no hubiera disputado su autenticidad, en Lausana me atreveré decir: 1. Que desde Ismael a Mahoma, un período de dos mil quinientos años, cuentan treinta generaciones en lugar de setenta y cinco. 2. Que los beduinos modernos no conocen su historia, y no se cuidan de su genealogía (*Voyage* de D'Arvieux, pp. 100, 103). <<

[1356] La semilla de esta historia, o fábula, se halla en el capítulo CV del Alcorán; y Gagnier (en *Præfat. ad Vie de Mahomet*, p. 18,

etc.) tradujo la narración histórica de Abulfeda, que puede ilustrarse con D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, p. 12) y Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, p. 64). Prideaux (*Vida de Mahoma*, p. 48) dice que es una mentira inventada por Mahoma; pero Sale (Koran, pp. 501-503), que es medio musulmán, afea al doctor la poca consecuencia de su fe porque cree los milagros del Apolo Délfico. Marracci (Alcorán, t. I, part. II, p. 14, t. II, p. 823) atribuye el milagro al diablo, y desentraña a los mahometanos la confesión, de que Dios no hubiera defendido a los ídolos de la Caaba contra los cristianos. <<

[1357] Las eras más seguras de Abulfeda (en *Vit.* c. 1, p. 2), de Alejandro, o de los griegos (882 d. C.) de Bocht Naser, o Nabonasar (1310 d. C.), nos conducen igualmente al año 569. El antiguo calendario árabe adolece de oscuridad y poca seguridad, para servir de apoyo a los benedictinos (*Art de Vérifier les Dates*, p. 15), quienes, del día del mes y semana, deducen un nuevo modo de calcular, y mudan el nacimiento de Mahoma en el año 570 d. C., el 10 de noviembre. No obstante, esta fecha va muy acorde con el año 882 de los griegos, que trae Elmacín (*Hist. Sarracen.*, p. 5) y Abulfaragio (*Dynastías*, p. 101, y Errata, versión de Pocock). En tanto que apuramos nuestra cronología, es muy posible que el profeta leguísimo no supiese a punto fijo su propia edad. <<

[1358] Copio el honroso testimonio de Abu Taleb a su familia y sobrino. *Laus Deo, qui nos a stirpe Abrahami et semine Ismaelis constituit, et nobis regionem sacram dedit, et nos judices hominibus statuit. Porro Mohammed filius Abdollahi nepotis mei (nepos meus) quo cum ex æquo librabitur e Koraishidis quispiam cui non præponderaturus est bonitate, et excellentiâ, et intellectû et gloriâ, et acumine etsi opum inops fuerit (et certe opes umbra transiens sunt et depositum quod reddi debet,) desiderio Chadijæ filiæ Chowailedi*

tenetur, et illa vicissim ipsius, quicquid autem dotis vice petieritis, ego in me suscipiam (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, y séptima parte *libri Enn Hamduni*). <<

[1359] La vida privada de Mahoma, desde su nacimiento hasta su misión está conservada por Abulfeda (en *Vit*. c. 3-7), y los escritores árabes de la nota, verdadera o apócrifa, que están citados por Hottinger (*Hist. Orient*., pp. 204-211), Maracci (t. I, p, 10-14), y Gagnier (*Vie de Mahomet*, t. I, pp. 97-134). <<

[1360] Abulfeda, en *Vit*., c. LXV, LXVI. Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. III, pp. 272-289; las mejores tradiciones de la persona y conversación del profeta están tomadas de Ayesha, Alí, y Abu Horaira (Gagnier, t. II, p. 267. Ockley, *Hist. de los Sarracenos*, vol. II, p. 149), llamado el Padre de un Gato, quien murió en el año 59 de la Hégira. <<

[1361] Aquellos que crean que Mahoma podía leer o escribir, son incapaces de leer lo que está escrito, por otra pluma, en el Surate, o capítulos del Alcorán VII, XXIX, XCVI. Aquellos textos, y la tradición del Sona, están admitidos, sin titubear, por Abulfeda (en Vit., c. VII), Gagnier (Not. *ad* Abulfed. p. 15), Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, p. 151), Reland (de *Religione Mohamomedica*, p. 236), y Sale (*Discurso Preliminar*, p. 42). M. White, casi solo, niega la ignorancia, para patentizar la impostura, del profeta. Sus argumentos están muy lejos de ser convincentes. Dos cortas jornadas a las ferias de Siria, no eran bastantes para infundir una ciencia tan escasa entre los ciudadanos de la Meca: no es posible que en la gestión formalísima de un tratado, Mahoma se hubiese quitado la máscara; ni puede sacarse ninguna conclusión de las palabras de un enfermo y delirante. El *instruido* joven, antes de aspirar al carácter profético, debe haberse ejercitado, particularmente, en leer y escribir; y los primeros convertidos, de su propia familia,

hubieran sido los primeros en aborrecer su escandalosa hipocresía (Whites Sermons, pp. 203, 204. Notas, pp. XXXVI-XXXVIII). <<

[1362] El conde de Boulainvilliers (*Vie de Mahomet*, pp. 202-228) conduce a su pupilo árabe, como el Telémaco de Fenelon o el Ciro de Ramsay. Su viaje a la corte de Persia es probablemente una ficción, ni puedo hallar el origen de su exclamación: «Les grecs sont pourtant des homnes». Las dos jornadas sirias las citan casi todos los escritores árabes, tanto mahometanos como cristianos (Gagnier *ad* Abulfed. p. 10). <<

[1363] No me sobra el tiempo para ir siguiendo las fábulas o conjeturas de que hablan los extranjeros sospechosos a los infieles de Meca (Alcorán c. 16, p. 223, c. 35, p. 297 con las *Observaciones* de Sale. Prideaux, *Vida de Mahoma*, pp. 22, 27. Gagnier, Not. ad Abulfed. pp. 11, 74. Maracci, t. II, p. 400). Hasta Prideaux ha dicho que la transacción debe de haber sido reservada, y que la escena pasó en el corazón de la Arabia. <<

[1364] Abulfeda en Vit., c. 7, p. 15. Gagnier, t. I, pp. 133, 135. La situación del Monte Hera la expresa Abulfeda (*Geograph. Arab.*, p. 4). No obstante Mahoma nada había leído de la cueva de Egeria, *ubi nocturnæ Numa constituebat amicæ*, del monte Ideo, en Minos donde conversó con Jove, etc. <<

[1365] Alcorán, c. 9, p. 153. Al Beidawi, y los otros comentadores citados por Sale, se adhieren a este cargo; pero no entiendo lo que está salpicado con la más absurda y oscura tradición de los talmudistas. <<

[1366] Hottinger, *Hist. Orient.*, pp. 225-228. La herejía Colliridiana fue llevada de Tracia a Arabia, por algunas mujeres, y tomó su nombre del κολλυρις, o torta, que ofrecían a la diosa. Este ejemplo, el de Berillo obispo de Bostra (Euseb. *Hist. Ecclesiást.*, l. VI, c. 33) y otros muchos, pueden excusar la

reconvención, *Arabia hæresewn ferax*. <<

[1367] Los tres dioses en el Alcorán (c. 4, p. 81, c. 5, p. 92) están obviamente arrestados contra nuestro misterio católico; pero los comentadores árabes los comprenden del Padre, el Hijo y la Virgen María, una Trinidad herética, sostenida, según dicen, por algunos bárbaros en el concilio de Nicea (Eutiquio, *Annales*, t. I, p. 440). Pero la existencia de los *marianitas* la niega el sincero Beausobre (*Hist. des Manichéisme*, t. I, p. 532); y deriva la equivocación de la palabra *Rouah*, el Espíritu Santo, que en algunas lenguas orientales es del género femenino, y usado figuradamente como la Madre de Cristo, en el Evangelio de los nazarenos. <<

[1368] Este pensamiento se halla filosóficamente ejemplificado en el carácter de Abraham, quien se opuso en Caldea a la primera introducción de la idolatría (Alcorán, c. 6, p. 106. D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 13). <<

[1369] Véase el Alcorán, particularmente los capítulos II (p. 30), LVII (p. 437) y LVIII (p. 441) que proclaman la omnipotencia del Creador. <<

[1370] Los credos más ortodoxos están traducidos por Pocock (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 274, 284-292), Ockley (*Hist. de los Sarracenos*, vol. II, pp. LXXXII-XCV), Reland (de *Religione Mohamomedica*, l. I, pp. 7-13) y Chardin (*Voyages en Perse*, t. IV, pp. 4-28). La gran verdad, que Dios es sin semejanza, la critica desatinadamente Marracci (Alcorán, t. I, part. III, pp. 87-94), porque hizo al hombre como a su propia imagen. <<

[1371] Reland (de *Religione Mohamomedica*, l. I, pp. 17-47). Sale (*Discurso Preliminar*, pp. 73-76. *Voyage* de Chardin, t. IV, pp. 28-37 y 37-47) para la adición persa. «¡Alí es el vicario de Dios!». No obstante el número cabal de profetas, no es un

artículo de fe. <<

[1372] Sobre los libros apócrifos de Adán, véase a Fabricio (*Codex Pseudopigraphus* V. T. pp. 27-29; de Seth, pp. 154-157; de Enoch, pp. 160-219). Pero el libro de Enoch está consagrado, en parte, por la cita del apóstol san Judas; y un gran fragmento de una leyenda: la citan Sincelo y Escalígero. <<

[1373] Los siete preceptos de Noé los explica Marsham (*Canon. Chronicus*, pp. 154-180), quien en esta ocasión prohija la sabiduría y credulidad de Selden. <<

[1374] Los artículos de *Adán, Noé, Abraham, Moisés, etc*. en la *Bibliothèque Orientale*, de D'Herbelot, están gallardamente adornados con las leyendas imaginarias de los mahometanos, quienes han edificado en el mismo terreno de la Escritura y el Talmud. <<

[1375] Alcorán, c. 7, p. 128, etc. c. 10, p. 173, etc. D'Herbelot, p. 647, etc. <<

[1376] Alcorán, c. 3, p. 40, c. 4, p. 80. D'Herbelot, p. 399, etc. <<

[1377] Véase el Evangelio de santo Tomás, o de la niñez, en el *Codex Apocryphus* V. T. de Fabricio, quien recopiló varios testimonios concernientes (pp. 128-158). Lo publicó en griego Cotelier, y Sike en árabe, quien cree nuestra copia actual mucho más reciente que Mahoma. Con todo, sus citas concuerdan con el original sobre el discurso de Cristo en la cuna, sus pájaros de barro vivos, etc. (*Sike*, c. I, pp. 168, 169, c. 36, pp. 198, 199, c. 46, p. 206. *Cotelier*, c. 2, pp. 160, 161). <<

[1378] Está oscuramente apuntado en el Alcorán (c. 3, p. 39) y explicado con más claridad en la tradición de los sonitas (Notas de Sale, y Maracci, t. II, p. 412). En el siglo XII, san Bernardo condenó la concepción inmaculada, como una presuntuosa novedad (Fra Paolo, *Istoria del Concilio di Trento*, l. II). <<

[1379] Véase el Alcorán, c. 3, v. 53 y c. 4, v. 456 de la edición de Maracci. *Deus est præstantissimus dolose agentium* (una extraña oración) *nec crucifixerunt eum, sed objecta est eis similitudo*: expresión que cuadra muy bien con el sistema de los docetas; pero los comentadores creen (Maracci, t. II, pp. 113-115, 175. Sale, pp. 42, 43, 79), que otro hombre, su amigo o enemigo, fue crucificado en lugar de Jesús; un cuento que puede leerse en el Evangelio de san Bernabé, lo que ya se había descubierto en tiempo de lreneo, por algunos herejes abionitas (Beausobre, *Hist. des Manichéisme*, t. II, p. 25. Mosheim de *Reb. Christ.*, p. 353). <<

[1380] Este cargo está confusamente estampado en el Alcorán (c. 3, p. 45); pero ni Mahoma ni sus secuaces están harto versados en idiomas y crítica, para dar ningún peso o color a sus sospechas. Con todo, los arrianos y nestorianos podían referir algunos cuentos, y el idiota profeta dar oídos a las osadas aserciones de los maniqueos. Véase Beausobre t. I, pp. 291-305. <<

[1381] Entre las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento, que están alteradas por la mala fe o ignorancia de los musulmanes, atribuyen al profeta la promesa del *Paracleto* o Consolador, que había ya sido usurpado por los montanistas y maniqueos (Beausobre, *Hist. des Manichéisme*, t. I, p. 263, etc.); y la fácil trasposición de letras περικλυτὸς o παράκλητος suministra la etimología del nombre de Mahoma (Maracci, t. I, part. I, pp. 15-28). <<

[1382] Sobre el Alcorán, véase a D'Herbelot, pp. 85-88. Maracci, t. I, en *Vit. Mohammed*, pp. 32-45. Sale, *Discurso Preliminar*, pp. 56-70. <<

[1383] Alcorán, c. 17, v. 89. En Sale, pp. 235, 236. En Maracci, p. 410. <<

[1384] No obstante, una secta de árabes estaba persuadida que cualquier pluma humana podía igualarla y aun aventajarla (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, p. 221, etc.); y Maracci (la contienda es demasiado intrincada para el traductor) se burla de la afectación del paso más celebrado (t. I, part. II, pp. 69-75). <<

[1385] *Colloquia* (bien verdadero o fabuloso) *in mediâ Arabia atque ab Arabibus habita* (Lavth, de *Poesi Hebræorum*, XXXII, XXXIII, XXXIV, con su editor alemán Michaelis, Epimetron IV). Michaelis (pp. 671-673) ha dado a conocer muchas imágenes egipcias, *el elephantiasis, papyrus*, Nilo, cocodrilo, etc. El idioma se le llama ambiguamente, *Arábico-Hebræ*. La semejanza de los dialectos era mucho más palpable en su arranque, que en la Edad Media (Michælis, p. 682. Schultens, en *Præfat. Job*). <<

[1386] Al Bochari murió en 224 d. C. Véase D'Herbelot, pp. 208, 416, 827. Gagnier, Not. ad Abulfed. c. 19, p. 35. <<

[1387] Véase más notablemente, Alcorán. c. 2, 6, 12, 13, 17. Prideaux (*Vida de Mahoma*, pp. 18, 19) confundió al impostor. Maracci, de un modo más entendido, ha demostrado que los pasos que niegan sus milagros son claros y positivos (Alcorán, t. I, part. II, pp. 7-12) y aquellos que parecen tacharlos son ambiguos e insuficientes (pp. 12-22). <<

[1388] Véase el *Specimen Historiæ Arabum*, el texto de Abulfaragio, p. 17, las notas de Pocock, pp. 187-190. D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, pp. 76, 77. *Voyages* de Chardin, t. IV, pp. 200, 203). Maracci (Alcorán, t. I, pp. 22-64) ha recopilado afanosamente y refutado los milagros y profecías de Mahoma, las que, según algunos escritores, ascienden a tres mil. <<

[1389] La jornada nocturna está circunstanciadamente referida por Abulfeda (en *Vit. Mohammed*, c. 19, p. 33, quien desea conceptuarla como una visión; por Prideaux (pp. 31-49) que

agrava los absurdos; y por Gagnier (t. I, pp. 252-343), quien declara, del celoso Al Jannabi, que el negar esta jornada es descreer el Alcorán. No obstante el Alcorán sin nombrar ni el cielo, Jerusalén o la Meca, ha hecho una insinuación misteriosa: *Laus illi qui transtulit servum suum ab oratorio Haram ad oratorium remotissimum* (Alcorán, c. 17, v. l. en Maracci, t. II, p. 107; porque la versión de Sale es demasiado libre). Base mezquina para la estructura aérea de la tradición. <<

[1390] En el estilo profético, que usa el presente o pasado por el futuro, Mahoma dijo: *Appropinquavit hora et scissa est luna* (Alcorán, c. 54, v. 1, en Maracci, t. II, p. 688). Esta figura de retórica se ha convertido en un hecho, lo que dice estar comprobado por los testimonios más respetables (Maracci, t. II, p. 690). La festividad la celebran aún los persas (Chardin, t. IV, p. 201); y la leyenda está pesadamente redactada por Gagnier (*Vie de Mahomet*, t. I, pp. 183-234), y según parece, apoyándose en la fe del crédulo Al Jannabi. No obstante, un doctor mahometano ha colocado en su lugar los testimonios de los principales testigos (*apud* Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, p. 187); los mejores intérpretes se dan por satisfechos con el sencillo sentido del Alcorán (Al Beidawi, *apud* Hottinger, *Hist. Orient*; l. II, p. 302); y el silencio de Abulfeda es propio de un príncipe y de un filósofo. <<

[1391] Abulfaragio, en *Specimen Historiæ Arabum*, p. 17; y su escepticismo está sincerado en las notas de Pocock, pp. 190-194 de las mejores autoridades. <<

[1392] La relación más auténtica de estos preceptos, peregrinación, oración, ayunos, almas y abluciones, está extractada de los teólogos persas y árabes por Maracci (Prodrom. part. IV, pp. 9-24); Reland (en su excelente tratado de *Religione Mohamomedica*, Utrecht, 1717, pp. 67-123); y Chardin

(*Voyages en Perse*, t. IV, pp. 47-195). Maracci es un acusador parcial; pero el joyero Chardin, miraba las cosas como filósofo; y Reland, erudito juicioso, había viajado por el Oriente durante su misión en Utrecht. La carta XIV de Tournefort (*Voyages du Levant*, t. II, pp. 325-560 en 8°, describe cuanto ha visto de la religión de los turcos. <<

[1393] Mahoma (Alcorán de Sale, c. 9, p. 153) reconviene a los cristianos el considerar a los sacerdotes y frailes como sus señores, además de Dios. Con todo Maracci (*Prodromo*, part. III, pp. 69, 70) disimula la adoración, particularmente del papa, y cita, del Alcorán, el caso de Eblis o Satanás, que fue arrojado del cielo por haberse negado a adorar a Adam. <<

[1394] Alcorán, c. 5, p. 94, y la nota de Sale, que se refiere a la autoridad de Jallaloddin y Al Beidawi. D'Herbelot declara, que Mahoma condenaba *la vida religiosa*; y que las primeras cuadrillas de faquires, y dervises, etc. no aparecieron hasta después del año 300 de la Hégira (*Bibliothèque Orientale*, pp. 292, 718). <<

[1395] Véase la doble prohibición (Alcorán, c. 2, p. 25, c. 5, p. 94); la una en el estilo de un legislador, y la otra en el de un fánatico. Las causas públicas y privadas de Mahoma, las ha investigado Prideaux (*Vida de Mahoma*, pp. 62-64) y Sale (*Discurso Preliminar*, p. 124). <<

[1396] Los celos incitan a Maracci (*Prodromo*, part. IV, p. 33) a enumerar la mayor generosidad de los católicos de Roma. Hay abiertos quince grandes hospitales para muchos millares de pacientes y peregrinos; se dotan anualmente mil quinientas doncellas; se han fundado cincuenta y seis escuelas gratuitas para ambos sexos; ciento veinte cofradías alivian las necesidades de sus hermanos, etc. La benevolencia en Londres es aún más extensiva; pero mucho me temo que debe más bien atribuirse a

la humanidad del pueblo, que a la religión. <<

[1397] Véase Herodoto (l. II, c. 123) y nuestro instruido paisano Sir Juan Marsham (*Canon. Chronicus*, p. 46). El Ἅδης del mismo escritor (pp. 254-274) es una descripción esmerada de las regiones infernales, según la imaginación de los egipcios y griegos, de los poetas y filósofos de la Antigüedad. <<

[1398] El Alcorán (c. 2, p. 259, etc.) de Sale, p. 32; de Maracci, p. 97) refiere un ingenioso milagro, que satisfizo la curiosidad, y confirmó la fe, de Abraham. <<

[1399] El sencillo Reland ha demostrado que Mahoma condena a todos los descreyentes (de *Religione Mohamomedica*, pp. 128-142); que al fin los diablos no se salvarán (pp. 196-199); que el Paraíso no consistirá únicamente en los deleites corporales (pp. 199-205); y que las almas de las mujeres son inmortales (pp. 205-209). <<

[1400] Al Beidawi (*apud* Sale, Koran, c. 9, p. 164). La oposición a orar por un pariente incrédulo, queda sincerado, según Mahoma, por el deber de un profeta, y el ejemplo de Abraban, quien rechazó a su padre como enemigo de Dios. Con todo Abraban (añade c. 9, v. 116. Maracci, t. II, p. 317) *fuit sane pius, mitis*. <<

[1401] Para el Día del Juicio, Infierno, Paraíso, etc. consúltese el Alcorán (c. 2, v. 25, c. 56, 78, etc.) con la refutación avinagrada pero instructiva de Maracci (en sus notas, y en el *Prodromo*, part. IV, pp. 78, 120, 122, etc.); D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, pp. 368, 375); Reland (pp. 47-61); y Sale (pp. 76-103). Las ideas originales de los magos están oscura y dudosamente exploradas por su apologista el Dr. Hyde *Hist. Religionis Persarum*, c. 33, pp. 402-412, *Oxon*. 1760). En el artículo de Mahoma, Bayle ha demostrado cuán indiferentemente el talento y la filosofía suplen la carencia de

documentos auténticos. <<

[1402] Antes de entablar la historia del profeta, corresponde el patentizar mis testimonios. Las versiones latina, francesa e inglesa del Alcorán van precedidas por discursos históricos, y los tres traductores, Maracci (t. 1, pp. 10-32) Savary (t. I, pp. 1-248), y Sale (*Discurso Preliminar*, pp. 33-56) habían estudiado con esmero el lenguaje y carácter de su autor. Dos vidas de Mahoma compusieron el dr. Prideaux (*Vida de Mahoma*, 7 ed., Londres, 1718, en 8°) y el conde de Boulainvilliers (*Vida de Mahoma*, Londres, 1750, en 8°); pero el afán avieso de hallar un impostor o un héroe, ha influido mucho en el ingenio del doctor y en la ingenuidad del conde. El artículo en D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, pp. 598-603) está tomado de Novairi y Mirkoud; pero el mejor y más auténtico de nuestros guías es M. Gagnier, francés, y profesor de lenguas orientales en Oxford. En dos trabajadas obras (Ismael Abulfeda de *Vita et Rebus gestis Mohammedis*, etc . *Latine vertit, Præfatione et Notis illustravit Johannes Gagnier, Oxon*. 1723, en folio. *La Vie de Mahomet traduite et compilée de l'Alcoran, des Traditions Authentiques de la Sonna et des meilleurs Auteurs Arabes*; Amsterdam, 1748, 3 vols. en 12°) ha interpretado, ilustrado y suplido el texto arábigo de Abulfeda y Al Jannahi; el primero, un príncipe instruido, que reinó en Hamá, en Siria, 1340-1352 d. C. (véase Gagnier *Præfat. ad Abolfed.*); el segundo, un doctor crédulo, que visitó la Meca 1556 d. C. (D'Herbelot, p. 397, Gagnier, t. III, pp. 209, 210). Estas son mis fuentes principales, y el lector perspicaz puede ir siguiendo el orden de las épocas, y la división de los capítulos. Con todo debo observar, que tanto Abulfeda como Al Jannabi, son historiadores modernos, y que no pudieron acudir a ningún escritor del primer siglo de la Hégira. <<

[1403] Tras los griegos, Prideaux (p. 8) descubre las deudas

secretas de la esposa de Mahoma. Como si hubiese sido un consejero privado del profeta, Boulainvilliers (p. 272, etc.) explica las sublimes y patrióticas miras de Cadijá, y los primeros discípulos. <<

[1404] *Vezirus, portitor, bajulus, onus ferens*; y este nombre plebeyo se trasfirió por una metamorfosis a las columnas del Estado (Gagnier, Not. ad Abulfed. p. 19). Trato de conservar el modismo arábigo cuanto me es dado hallarlo, en la traducción latina o francesa. <<

[1405] Son repetidos y conceptuosos los pasos del Alcorán en favor de la tolerancia: c. 2, v. 257, c. 16, 129, c. 47, 54, c. 45, c. 50, 39, c. 88, 21, etc. con las notas de Maracci y Sale. Este solo intento alcanza generalmente a tranzar las dudas de los eruditos, sobre si un capítulo fue revelado en Meca o Medina. <<

[1406] Véase el Corán (passim y particularmente c. 7, pp. 123, 124, etc.), y la tradición de los árabes (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 35-37). Las cavernas de la tribu de Tamud, adecuadas para hombres de una estatura regular, se hallaban a medio camino entre Medina y Damasco (Abulfeda, *Descript. Arabiæ*, pp. 43, 44), y pueden muy bien atribuirse a los trogloditas del mundo primitivo (Michælis, *ad Locoth de Poesi Hebræorum*, pp. 131, 134. *Recherches sur les Egyptiens*, t. II, p. 48, etc.). <<

[1407] El crimen de impiedad, en tiempo de Job, se castigaba severamente por los magistrados árabes (c. 34, v. 26, 27, 28). Me avergüenzo de que un prelado respetable (de *Poesi Hebræorum*, pp. 650, 651, edic. Michælis; y la carta de un profesor moderno de la universidad de Oxford, pp. 15-53) apruebe aquella inquisición patriarcal. <<

[1408] D' Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 445. Refiere una historia particular de la huida de Mahoma. <<

[1409] La *Hégira* fue instituida por Omar, el segundo califa, a imitación de la era de los mártires de los cristianos (D'Herbelot, p. 444); y verdaderamente empezaba sesenta y ocho días antes de la huida de Mahoma, con el día primero de Moharrent o primer día del año árabe, que corresponde al viernes, 16 de julio de 622 d. C. (Abulfeda, *Vit. Mohammed*, c. 22, 23, pp. 45-50; y la edición de Greaves de *Ullug Beg Epochæ Arabum*, etc. c. 1, pp. 8, 10, etc.) <<

[1410] La vida de Mahoma, desde su misión a la Hégira, puede hallarse en Abulfeda (pp. 14-45) y Gagnier (t. I, pp. 134-251, 342-383). La leyenda desde la pp. 187-234 Al Jannabi la afirma, Abulfeda la desprecia. <<

[1411] La triple inauguración de Mahoma la describe Abulfeda (pp. 30, 33, 40, 86) y Gagnier (t. I, pp. 342, etc., 349, etc.; t. II, p. 223, etc.). <<

[1412] Prideaux (*Vida de Mahoma*, p. 44) afea la maldad del impostor que despojó a dos huérfanos, hijos de un carpintero, reconvención sacada de la Disputatio contra sarracenos, compuesta en árabe antes del año 1130; pero el honrado Gagnier (ad Abulfed. p. 53) ha demostrado que se equivocaron en la palabra *Al Nagjar*, que en este paraje significa, no un comercio ilícito, sino una noble tribu de árabes. Abulfeda describe el estado inculto del terreno; y su digno intérprete probó por medio de Al Bochari, la oferta de un precio; por Al Jannabi, la compra legal, y por Ahmed Ben Joseph, el pago en metálico por el generoso Abubeker. En esta parte debe relevarse honrosamente al profeta. <<

[1413] Al Jannabi (*apud* Gagnier, t. II, pp. 246, 324) describe el sello y púlpito, como dos venerables reliquias del apóstol de Dios; y el cuadro de su corte está sacado de Abulfeda (c. 44, p. 85). <<

[1414] Los capítulos VIII y IX del Alcorán son los más vehementes y Maracci (*Prodromo*, part. IV, pp. 59-64) ataca con más justicia que discreción el doble manejo del impostor. <<

[1415] Los capítulos X y XX del Deuteronomio, con los comentarios prácticos de Joshue, David, etc. se leen con más respeto que satisfacción por los piadosos cristianos de la época actual. Pero los obispos, así como los rabís de otros tiempos, hirieron el tambor eclesiástico con alegría y éxito (Sale, *Discurso Preliminar*, pp. 142, 143). <<

[1416] Abulfeda, en *Vit. Mohammed*, p. 156. El arsenal particular del apóstol consistía en nueve espadas, tres lanzas, siete picas, un carcaj y tres arcos, siete corazas, tres escudos y dos cascos (Gagnier, t. III, pp. 328-334), con un grande estandarte blanco, una bandera negra (p. 335), veinte caballos (p. 322), etc. La tradición conserva dos de sus dichos marciales (Gagnier, t. II, pp. 88, 337). <<

[1417] Todo el asunto *de jure belli Mohammedanorum* queda ceñido en una disertación separada por el instruido Reland (*Dissertationes Miscellaneæ*, t. III; *Dissert*. X, pp. 3-53). <<

[1418] La doctrina de absoluta predicción, de la que pocas religiones pueden echarse en cara unas a otras, se halla severamente expuesta en el Alcorán (c. 3, pp. 52, 55, c. 4, p. 70, etc. con las notas de Sale, y c. 17, p. 413, con las de Maracci). Reland (de *Religione Mohamomedica*, pp. 61-64) y Sale (*Prelim. Discurs*., p. 103) representan los pareceres de los doctores, y nuestros viajeros modernos la confianza, la citada confianza, de los turcos. <<

[1419] Al Jannahi (*apud* Gagnier, t. II, p. 9) le concede setenta u ochenta caballos; y en otras dos ocasiones, antes de la batalla de Ohud, habla de un cuerpo de treinta jinetes (p. 10), y de 500

infantes (p. 66). Con todo, los musulmanes, en el campamento de Ohad, no tenían más que dos caballos, según el verídico Abulfeda (en *Vit. Mohammed*, c. XXXI, p. 65). En la provincia *Pedregosa*, los camellos eran numerosos; pero los caballos parece que eran más escasos que en la Arabia *Feliz* o *Desierta*. <<

[1420] Bedder Huneene, veinte millas [32,2 km] de Medina y cuarenta [64,4 km] de Meca está en el camino real de la caravana de Egipto; y los peregrinos celebran anualmente la victoria del profeta con iluminaciones, fuegos artificiales etc. *Viajes* de Shaw, p. 477. <<

[1421] El sitio adonde se retiró Mahoma durante la acción la llama Gagnier (en Abulfeda, c. 27, p. 58. *Vie de Mahomet*, t. II, pp. 30, 33) *Umbraculum, une loge de bois avec une porte*. La misma palabra arábiga la da Reiske (Abulfeda, *Annales Moslemici*, p. 23) por *Solium, Suggestus editior*, y la diferencia es de la mayor entidad tanto para el honor del intérprete como para el héroe. Siento el orgullo y aspereza con que Reiske castiga a sus compañeros. *Saepi sic vertit, ut integræ paginæ nequeant nisi unâ liturâ corrigi: Arabice non satis callebat, et carebat judicio critico*. J. J. Reiske, *Prodidagmata ad Hagji Chalisae Tabulas, p. 228, ad calcero Abulfedæ Syriæ Tabulæ; Lipsiæ*, 1766, en 4 <<

[1422] Las expresiones sueltas del Alcorán (c. 3, pp. 124, 10-5, c. 8, p. 9) hacen los comentadores entre los números mil, tres mil o nueve mil ángeles; y el menor de ellos puede ser muy suficiente para la matanza de setenta del Koreish (Maracci, Alcorán, t. II, p. 131). Con todo, los mismos escolásticos confiesan que esta banda angélica no era visible para ningún mortal (Maracci, p. 297). Se apoyan en las palabras (c. 8, 16) «no tú, sino Dios», etc. (D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, pp. 600, 601). <<

[1423] *Geografía Nubiense*, p. 47. <<

[1424] En el capítulo III del Alcorán (50-53 con las notas de Sale) el profeta niega algunas disculpas baladíes por la derrota de Ohud. <<

[1425] Para el pormenor de las tres guerras Koreish, de Boder, Ohud, y de la zanja, recórrase a Abulfeda (pp. 56-51, 64-69, 73-77) Gagnier (t. II, pp. 23-45, 70-96, 120-139) con los propios artículos de D'Herbelot, y los compendios de Elmacín (*Hist. Sarracen.*, pp. 6, 7) y Abulfaragio (*Dynastías*, p. 102). <<

[1426] Las guerras de Mahoma contra las tribus judías de Kainoka, Nadhirites, Koraidha, y Chaibar, las refieren Abulfeda (pp. 61, 71, 77, 87, etc.) y Gagnier (t. II, pp. 61-65, 107-142, 139-148, 268-294). <<

[1427] Abu Rafe, el criado de Mahoma, dicen que afirmaba que él y otros siete hombres probaron después, sin éxito ninguno, el mover la misma reja del suelo (Abulfeda, p. 90). Aba Rafe era un testigo pero, ¿quién responde de Abu Rafe? <<

[1428] El destierro de los judíos lo atestigua Elmacita (*Hist. Sarracen.*, p. 9) y el gran Al Zabari (Gagnier, t. II, p. 285). Con todo, Niebuhr (*Description de l'Arabié*, p. 324) cree que la religión judía y la secta karaite, se profesan aún en la tribu de Chaibar; y que, en el robo de las caravanas, los discípulos de Moisés se acusan con los de Mahoma. <<

[1429] Los pasos sucesivos de la reducción de la Meca los refieren Abulfeda (pp. 84-87, 97-100, 102-111) y Gagnier (t. II, pp. 209-245, 309-322, t. III, pp. 1 -58); Elmacín (*Hist. Sarracen.*, pp. 8, 9, 10), Abulfaragio (*Dinastías*, p. 103). <<

[1430] Después de la conquista de la Meca, el Mahoma de Voltaire idea y comete los atentados más pavorosos. El poeta confiesa que no se apoya en la verdadera historia, y sólo puede alegar, *que celui qui fait la guerre à sa patrie au nom de Dieu, est capable*

de tout (*Œuvres* de Voltaire, t. XV, p. 282). La máxima ni es caritativa ni filosófica; y seguramente que se deben acatar la fama de los héroes y la religión de las naciones. Según me han informado, un embajador turco hallándose en París se escandalizó muchísimo con la representación de aquella tragedia. <<

[1431] Los doctores mahometanos disputan aún si la Meca fue reducida de grado o por fuerza (Abulfeda, p. 107 y Gagnier ad locum); esta controversia verbal es de tanta importancia como la nuestra sobre Guillermo el Conquistador. <<

[1432] Excluyendo los cristianos de la península de la Arabia, la provincia de Hejaz, o la navegación del Mar Rojo, Chardin (*Voyages en Perse*, t. IV, p. 166) y Reland (*Dissert. Miscell.* t. III, p. 51) son todavía más extremados aún que los musulmanes. Los cristianos son admitidos sin recelo en los puertos de Meca y hasta de Geda; y sólo la ciudad y arrabales de la Meca son inaccesibles a los profanos (Niebuhr, *Description de l'Arabié*, pp. 308, 309. *Voyage en Arabie*, t. I, pp. 205, 248, etc.). <<

[1433] Abulfeda, pp. 112-115. Gagnier, t. III, pp. 67-88. D'Herbelot, Mohammed. <<

[1434] El sitio de Tayef, reparto del botín, etc. los refieren Abulfeda (pp. 117-123) y Gagnier (t. III, pp. 88-111). Es Al Jannabi el que hace mención de las máquinas y maquinistas de la tribu de los Davos. El fértil terreno de Tayef se supuso que era un trozo de la tierra de Siria separada y desprendida en el Diluvio Universal. <<

[1435] Las últimas conquistas y peregrinación de Mahoma se hallan en Abulfeda (pp. 121, 133), Gagnier (t. III, pp. 119-219), Elmacín (pp. 10, 11), Abulfaragio (p. 103). El IV de la Hégira era el año de Embasies (Gagnier, Not. ad Abulfed., p. 121). <<

[1436] Compárese al fanático Al Jannabi (*apud* Gagnier, t. II, pp. 232-254) con los no menos desaforados griegos, Teófanes (pp. 276-278), Zonaras (t. II, l. XIV, p. 86) y Cedreno (p. 421). <<

[1437] Sobre la batalla de Muta y sus consecuencias, véase Abulfeda (pp. 100-102) y Gagnier (t. II, pp. 327-343). Χάλεδος (dice Teófanes) δυ λέγουσι μάχαιραν τοῦ Θεοῦ. <<

[1438] La expedición de Tabuco la recuerdan nuestros habituales historiadores Abulfeda (*Vit. Mohammed*, pp. 123-127) y Gagnier (*Vie de Mahomet*, t. III, pp. 147-163); pero tenemos la ventaja de apelar al testimonio original del Alcorán (c. 9, pp. 154, 165), con las notas instructivas y racionales de Sale. <<

[1439] El *Diploma securitatis Aïlensibus*, lo atestigua Ahmed ben Joseph, y el autor *Libri Splendorum* (Gagnier., Not. *ad* Abulfed., p. 125); pero el mismo Abulfeda así como Elmacín (*Hist. Sarracen*., p. 11), aunque confiesan el miramiento de Mahoma por los cristianos (p. 13), sólo mencionan par y tributo. En el año 1630 Sionita publicó en París el texto y versión de la patente de Mahoma en favor de los cristianos; la cual fue admitida y reprobada por el gusto opuesto de Salmasio y Grocio (Bayle, Mahoma, Rem. A. A.) Hottinger duda de su autenticidad (*Hist. Orient*., p. 237); Renaudot solicita el consentimiento de los mahometanos (*Hist. Patriarch. Alexand*., p. 169); pero Mosheim (*Hist. Ecclesiást*., p. 244) demuestra lo insignificante de sus opiniones, y se inclina a creerlo espurio. Con todo Abulfaragio cita el tratado del impostor con el patriarca nestoriano (Asseman, *Bibliothèque Orientale*, t. II, p. 418); pero Abulfaragio era primado de los jacobitas. <<

[1440] La alferecía o deliquios, de Mahoma, lo aseguran Teófanes, Zonaras, y el resto de los griegos; y lo cree ciegamente el gran fanático de Hottinger (*Hist. Orient*., pp. 10, 11) Prideaux (*Vida*

de Mahoma p. 12) y Maracci (t. II, Alcorán, pp. 762, 763). A los títulos *(el envuelto, el cubierto)* de dos capítulos del Alcorán (73, 74), dificilmente se les puede dar esta interpretación: el silencio, la ignorancia de los comentadores mahometanos, es más concluyente que la negativa más formal; y la parte caritativa la adoptan Ockley (*Hist. de los Sarracenos*, t. I, p. 301), Gagnier (*ad* Abulfeda, p. 9. *Vie de Mahomet*, t. I, p. 118), y Sale (Alcorán, pp. 469-474). <<

[1441] Este veneno (más ignominioso desde que se presentó con texto de su sabiduría profética) lo confiesan sin rebozo sus celosos partidarios, Abulfeda (p. 92) y Al Jannabi (*apud* Gagnier, t. II, pp. 286-288). <<

[1442] Los griegos y latinos inventaron y propagaron el cuento ridículo y vulgar, de que la tumba de hierro de Mahoma está en Meca (σῆμα μετεωριζόμενον. *Laonicus Chalcondyles, de Rebus Turcicis*, l. III, p. 66) suspendida en el aire por la acción igual y poderosa de enormes piedras imán (Dictionaire de Bayle, Mahomet, Reul. EE.FF.). Sin necesidad de investigaciones filosóficas, basta decir, 1. Que el profeta no fue enterrado en la Meca; y 2. Que su tumba en Medina, visitada por millones de personas, está colocada en el suelo (Reland, de *Religione Mohamomedica*, l. II, c. 19, pp. 209-211), Gagnier (*Vie de Mahomet*, t. III, pp. 263-268). <<

[1443] Al Jannabi enumera (*Vie de Mahomet*, t. III, pp. 372-391 los numerosos deberes de un peregrino que visita los sepulcros del profeta y sus compañeros, y los casuistas instruidos deciden que este acto de devoción es casi una obligación y mérito con arreglo a un precepto divino. Los doctores discuten sobre cuál de los dos es mejor, si Meca o Medina (pp. 391-394). <<

[1444] La última enfermedad, muerte y entierro de Mahoma, los

describe Abulfeda y Gagnier (*Vit. Mohammed*, pp. 133-142. *Vie de Mahomet*, t. III, pp. 220-271). Las circunstancias más interesantes y particulares se recogieron de Ayesa, Alí, los hijos de Abás, etc.; y como vivían en Medina, y sobrevinieron muchos años del profeta, pudieron repetir el cuento piadoso a una segunda o tercera generación de peregrinos. <<

[1445] Los cristianos, con bastante atrevimiento, han asignado a Mahoma un palomo manso, que según parece bajaba del cielo y le hablaba al oído. Como este supuesto milagro lo asegura Grocio (de *Veritate Religionis Christianæ*) su traductor arábigo, el instruido Pocock, le pregunta los nombres de sus autores; y Grocio confiesa que hasta los mismos mahometanos lo ignoran. A no ser que provocase su indignación o irrisión; la piadosa *mentira* se halla suprimida en la versión arábiga; pero ha conservado un lugar edificante en las numerosas ediciones del texto latino (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 186, 187. Reland, de *Religione Mohamomedica*, l. II, c. 39, pp. 259-262). <<

[1446] Ἐμοὶ δὲ τοῦτό ἐστιν ἐκ παιδὸς ἀρξάμενον, φωνή τις γιγνομένη· ἥ ὅταν γέηται ἀεὶ ἀποτρέπει με τούτον ὅ ἂν μέλλω πραττειν, προτρέπει δέ οὔποτε (Plato, en Apolog. Socrat., c. 19, pp. 121, 122, edic. Ficher). Los ejemplos familiares que Sócrates cita en sus *Diálogos con Theages* (Platón, *Opera*, t. I, pp. 128; 129 edic. Hen. Stephan.) no se hallan al alcance de la vista humana; y la divina inspiración (el Daimonion) del filósofo, se enseña claramente en el *Memorabilia* de Jenofonte. Las ideas de los platonistas más racionales las expresa Cicerón (de *Dívinat*. I, 54) y en las *Disertaciones* XIV y XV de Máxima de Tino (pp. 153-172 edic. Davis). <<

[1447] Voltaire, en alguno de sus numerosos escritos, compara al

profeta en su edad avanzada, con un faquir «qui détache la chaîne de son cou pour en donner sur les oreilles à ses confrères». <<

[1448] Gagnier refiere, con imparcialidad, esta ley humana del profeta y los asesinatos de Caal y Sofian, que promovió y aprobó (*Vie de Mahomet*, t. II, pp. 69, 97, 208). <<

[1449] Sobre la vida doméstica de Mahoma, consúltese Gagnier, y los correspondientes capítulos de Abulfeda; sobre su régimen (t. III, pp. 285-288), sus hijos (pp. 189, 289), sus mujeres (pp. 290-303), su casamiento con Zeineb (t. II, pp. 152-160), su amor con María (pp. 303, 309), la falsa acusación de Ayesha (pp. 186-199). El testimonio más original de las tres últimas transacciones se halla en los capítulos XXIV, XXXIII y LXVI del Alcorán, con el *Comentario* de Sale. Prideaux (*Vida de Mahoma*, pp. 80-90) y Maracci (*Prodom*. Alcorán, part. IV, pp. 49-59) han exagerado maliciosamente las flaquezas de Mahoma. <<

[1450] *Incredibile est quo ardore apud eos in Venerem uterque solvitur sexus* (Ammian. Marcellin., l. XIV, c. 4). <<

[1451] Sale (*Discurso Preliminar*, pp. 133-137) recapitula las leyes del casamiento, divorcio, etc.; y el curioso lector del Uxor Hebraica de Selden reconocerá muchas reglas judías. <<

[1452] En un caso memorable, el califa Omar decidió que cualquier testimonio presuntivo de nada servía; y que los cuatro testigos debían ver en la actualidad *stylum in pyxide* (Abulfeda, *Annales Moslemici*, p. 71, vers. Reiske). <<

[1453] *Sibi robur ad generationem, quantum triginta viri habent, inesse jacteret: ita ut unicà horà posset undecim fœminis* satisfacere, *ut ex Arabum libris refert Stus. Petrus Paschasius*, c. 2 (Maracci, *Prodromus* Alcorán, p. IV, 55. Véanse también las *Observaciones* de Belon (l. III, c. 10, fol. 179 recto). Al Jannabi (Gagnier, t. III, p. 287) hace presente su mismo testimonio, que sobrepujaba a los demás hombres en vigor conyugal; y Abulfeda menciona la exclamación de Alí, que lavó su cuerpo después de su muerte, «O propheta, certa penis tuus coelum versus erectus est» (en *Vit. Mohammed*, p. 140). <<

[1454] Tomo este estilo de un padre de la Iglesia, ἐναθλεύων Ἡρακλῆς τρισκαιδέκατον ἆθλον (Greig. Nazianzen, *Orat*. III, p. 108). <<

[1455] La leyenda común y muy gloriosa refiere, que en una sola noche, consiguió Hércules cincuenta triunfos de las hijas vírgenes de Testis (Diodor. Sicul. t. I, l. IV, p. 274. *Pausanias*, l. IX, p. 763. Statius Sylv. l. I, eleg. III, v. 42). Mas Ateneo concede siete noches (Deipnosophist., l. XIII, p. 556) y Apollodoro cincuenta para el ardoroso hecho de Hércules, que no tenía entonces más que diez y ocho años (*Bibliot*., l. II, c. 4, p. 111 *enm notis Heyne* part. I, p. 332). <<

[1456] Abulfeda en *Vit. Mohammed*, pp. 12, 15, 16, 17, *cum notis Gagnier*. <<

[1457] Este bosquejo de la historia árabe está tomado de la *Bibliothèque Orientale*, de D'Herbelot (bajo los nombres de *Abubeker, Omar, Otman, Alí*, etc.); de los *Annales* de Abulfeda, Abulfaragio, y Elmacín (bajo los mismos años de la Hégira) *y* particularmente de la *Hist. de los Sarracenos* de Ockley (vol. I, pp. 1-10, 115-122, 249, 363-372, 378-391, y casi todo el t. II). Con todo, debiéramos mirar con precaución las tradiciones de las sectas hostiles; arroyo que se enturbia a medida que se aleja del manantial. Sir Juan Chardin, ha copiado con demasiada exactitud los cuentos y errores de los persas modernos (*Viajes*, t. II, pp. 235-250, etc). <<

[1458] Ockley (al fin de su tomo segundo) ha dado una versión inglesa de ciento sesenta y nueve sentencias, que atribuye, sin asegurarlo, a Alí, el hijo de Abu Taleb. Su prólogo está animado por el entusiasmo del traductor; con todo, estas sentencias, aunque algo confusamente, delinean una pintura característica de la vida humana. <<

[1459] Ockley (*Hist. de los Sarracenos*, vol. I, pp. 5, 6), de un manuscrito árabe representa a Ayesha opuesta a que su padre desempeñe el puesto del apóstol. Este hecho tan improbable, lo pasan por alto Abulfeda, Al Jannahi, y Al Bochari, y este último cita la tradición de Ayesha (*Vit. Mohammed*, p. 136. *Vie de Mahomet*, t. III, p. 236). <<

[1460] Particularmente por su amigo, y primo Abdalah, el hijo de Abbas, que murió en el año 687, con el título de gran doctor de los musulmanes. En Abulfeda recapitula las ocasiones importantes en que Alí despreció sus consejos saludables (p. 76 vers. Reiske); y concluye (p. 85): *O princeps fidelium, absque controversia tu quidem vere fortis es, at inops boni consilii, et rerum gerendarum parum callens* <<

[1461] Malicio que los dos señores (Abulfaragio, p. 115; Ockley, t.

I, p. 371) pueden aludir, no a los dos consejeros actuales, sino a sus predecesores, Abubeker y Omar. <<

[1462] El cisma de los persas se halla explicado por todos los viajeros del siglo último, particularmente en el t. II y IV de su jefe, Chardin. Niebuhr, aunque de mérito muy inferior, tiene la ventaja de escribir en el año 1764 (*Voyage en Arabie*, etc. t. II, pp. 208-233) desde la tentación infructuosa de Nadir Shah para cambiar la religión del país (véase su *Historia Persa* traducida en francés por sir William Jones, t. II, pp. 5, 6, 47; 144-155). <<

[1463] Omar, es el nombre del diablo; su asesino es santo. Cuando los persas disparan el arco, gritan por lo regular: «¡Pueda esta flecha herir el corazón de Omar!». (*Voyages* de Chardin, t. II, pp. 239, 240, 259, etc.). <<

[1464] Esta gradación del mérito se halla claramente marcada en el credo ilustrado por Reland (de *Religione Mohamomedica*, l. I, p. 37); y un argumento sonita inserto por Ockley (*Hist. de los Sarracenos*, t. II, p. 230). La costumbre de maldecir la memoria de Alí se abolió tras cuarenta años, por los Omíades (D'Herbelot, p. 690), y hay pocos turcos que crean deberle injuriar como a un infiel (*Voyages* de Chardin, t. IV, p. 46). <<

[1465] La llanura de Siffin declara D'Anville *(l'Euphrate et le Tigre*, p. 29) que es el *Campus Barbariens* de Procopio. <<

[1466] Abulfeda, un moderado sonita, refiere las diferentes opiniones acerca el entierro de Alí, pero adopta el sepulcro de Cufa *hodie famâ numeroque religiose frequentantium celebratum*. Este número calcula Niebuhr que asciende anualmente a dos mil muertos y cinco mil vivos (t. II, pp. 208, 209). <<

[1467] Todos los tiranos de Persia, desde Adhad el Doulat (977 d. C., D'Herbelot, pp. 58, 59, 95) a Nadir Shah (1743 d. C., *Hist. de Nadir Shah*, t. II, p. 155) enriquecieron el sepulcro de Alí con

los despojos del pueblo. La cúpula es de cobre con macizos y brillantes dorados, que reflejan con el sol a muchas millas. <<

[1468] La ciudad de Meshed Alí, cinco o seis millas [8-9,6 km] de las ruinas de Cufa, y ciento veinte al sur de Bagdad, tiene la misma extensión y forma que la moderna Jerusalén; Meshed Hosein, mayor y más poblada, se halla a la distancia de treinta millas [48,3 km]. <<

[1469] Tomo en esta ocasión, la expresión y fuerte sentido de Tácito, *Hist*. I, 4): *Evulgato imperii arcano posse imperatorem alibi quam Romæ fieri*. <<

[1470] He abreviado la interesante narración de Ockley (t. II, pp. 170-231). Es larga y minuciosa; pero lo pátetico consiste por lo regular en pormenores baladíes. <<

[1471] El danés Niebuhr (*Voyage en Arabie*, etc. t. II, p. 208, etc.) es quizá el único viajero europeo que se haya atrevido a visitar a Meshed Alí y Meshed Hosein. Los dos sepulcros se hallan en poder de los turcos, quienes toleran y exigen una retribución de los heréticos persas. El aniversario de la muerte de Hosein se halla extensamente descrito por sir Juan Chardin, viajero a quien he ensalzado con frecuencia. <<

[1472] El artículo general del *Imán*, con la *Bibliothèque Orientale*, de D'Herbelot indicará la sucesión; y la vida de *los doce* se halla bajo sus nombres respectivos. <<

[1473] El nombre de *Anticristo* puede parecer ridículo, pero los mahometanos han tomado todas las fábulas de cada religión (*Discurso Preliminar* de Sale, pp. 80, 82). En la caballeriza real de Kpahan había siempre dos caballos ensillados, uno para el mismo Mahadi, el otro para su ayudante, Jesús el hijo de María. <<

[1474] En el año de la Hégira 200 (815 d. C.). Véase D'Herhelot,

p. 546. <<

[1475] D'Herbelot, p. 342. Los enemigos de los fatimitas les atribuían un origen judío; con todo, deslindaban fundadamente su genealogía de Yafar, el sexto iman, y el imparcial Abulfeda dice (*Annales Moslemici*, p. 230) que muchos lo reconocían así: *qui absque controversiâ genuini sunt Alidarum, homines propaginum suæ gentis exacte callentes*. Cita algunas líneas del célebre *Scherif o Rahdi, Egone humilitatem induam in terris hostium*? (Conceptúo que sea un edrisita de Sicilia) *cum in Ægypto sit Chalifa de gente Alii, quocum ego communem habeo patrem et vindicem*. <<

[1476] Los reyes de Persia de la última dinastía descienden de Sheik Sefi, un santo del siglo XIV, y, por él, de Musa Casem, el hijo de Hosein, el hijo de Alí (*Oleario*, p. 957. Chardin, t. III, p. 288). Pero no puedo marcar los grados intermedios de ninguna línea fabulosa o verdadera. Si eran verdaderamente fatimitas, deberíase derivar su origen de los príncipes de Marendaran, que reinaron en el siglo IX (D'Herbelot, p. 96). <<

[1477] El estado actual de la familia de Mahoma y Alí se halla exactamente descrito por Demetrio Cantemir (*Historia del Imperio Otomano*, p. 94), y Niebuhr (*Description de l'Arabié*, pp. 9-16, 317, etc.). Es sensible que el viajero danés no se pudiese procurar las crónicas de Arabia. <<

[1478] Los escritores de la *Historia moderna universal* (toms. I y II), han compilado, en 850 páginas en folio la vida de Mahoma y los *Annales* de los califas. Tenían la ventaja de leer, y muchas veces corregir, el texto arábigo; mas, a pesar de sus campanudas alabanzas, no hallo, después de haber terminado mi obra, que me hayan suministrado muchos informes. La insulsa relación se halla animada por ninguna chispa de filosofía o gusto; y los compiladores emplean la crítica del fanatismo contra

Boulainvilliers, Sale, Gagnier, y todos los que han hablado de Mahoma haciéndole favor o aun justicia. <<

[1479] Véase la descripción de la ciudad y país de Al Yamaná, en Abulfeda, *Descript. Arabiæ*, pp. 60, 61. En el siglo XIII, había algunas ruinas y varias palmeras, pero en el siglo actual, el mismo terreno está ocupado por las visiones y arenas de un profeta moderno, cuyos dogmas no son muy conocidos (Niebuhr, *Description de l'Arabié*, pp. 296-302). <<

[1480] Su primer saludo puede transcribirse; pero no traducirse. Así decía o cantaba Moseilama:

Surge tandem itaque strenue permolenda; nam stratus tibi thorus est.

Aut in propatulo tentorio si velis, aut in abditiore cubiculo si malis;

Aut supinam te humi exporrectam fustigabo, si velis, aut si malis manibus pedibusque nixam.

Aut si velis ejus (Priapi) gemino triente aut si malis totus veniam.

Imo, totus venito, O Apostole Dei, clamabat fœmina. Id ipsum, dicebat

Moseilama, mihi quoque suggessit Deus.

La profetisa Segjá, tras la caída de su amante, volvió a la idolatría, pero bajo el reinado de Muawiya volvió a ser musulmana, y murió en Bassora (Abulfeda, *Annales Moslemici*,. vers. Reiske, p. 63). <<

[1481] Véase este texto, que demuestra un Dios desde la obra de la generación, en Abulfaragio (*Specimen Historiæ Arabum*, p. 13 y *Dynastías*, p. 103) y Abulfeda (*Annales Moslemici*, p. 63). <<

[1482] Su reinado en Eutiquio, t. II, p. 251, Elmacín, p. 18, Abulfaragio, p. 108, Abulfeda, p. 60, D'Herbelot, p. 58. <<

[1483] Su reinado en Eutiquio, p. 264, Elmacín, p. 24,

Abulfaragio, p. 110, Abulfeda, p. 66, D'Herbelot, p. 686. <<

[1484] Su reinado en Eutiquio, p. 323, Elmacín, p. 36, Abulfaragio, p. 115, Abulfeda, p. 75, D'Herbelot, p. 695. <<

[1485] Su reinado en Eutiquio, p. 345. Elmacín, p. 51. Abulfaragio, p. 117. Abulfeda, p. 93. D'Herbelot, p. 89. <<

[1486] Su reinado en Eutiquio, p. 344; Elmacín, p. 51; Abulfaragio, p. 123; Abulfeda, p. 101; D'Herbelot, p. 586. <<

[1487] Sus reinados en Eutiquio, t. II, pp. 360-395. Elmacín, pp. 59-108, Abulfaragio, *Dynastías*, IX, pp. 124-439. Abulfeda, 111-141, D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 691 y los artículos particulares de los Omíades. <<

[1488] Sobre el siglo VII y VIII no tenemos ningún testigo original de los historiadores bizantinos, excepto las *Crónicas* de Teófanes (*Theophanis Confessoris Chronographia*, *Gr. et Lat. cum notis Jacobi Goar.*, París, 1665, en folio) y el *Compendio* de Nicéforo (*Nicephori Patriarchæ C. P. Breviarium Historicum*, *Gr. et Lat.* París, 1648, en folio), que ambos vivieron a principios del siglo IX (véase *Hanckius* de *Scriptor. Byzant.* pp. 200-246). Su contemporáneo Focio, no parece más rico. Tras ensalzar el estilo de Nicéforo, añade, Καὶ ὅλως πολλούς ἐστι τῶν πρὸ αὐτοῦ ἀποκρυπτόμενος τῇδε τῆς ἱστορίας τῇ συγγραφῇ, y sólo se queja de su suma brevedad (*Phot. Bibliot.* Cod. LXVI, p. 100). Algunas adiciones pueden sacarse de las historias más recientes de Cedreno y Zonaras del siglo XII. <<

[1489] Tabarí o Al Tabarí, Tabaristán, un célebre imán de Bagdad, y la Vida de los árabes, termina su historia general en el año de la Hégira 302 (914 d. C.). A petición de sus amigos, redujo una obra de tres mil pliegos a un número más razonable. Pero su original árabe es conocido únicamente por las tradiciones turcas y persas. La *Historia Sarracena* de Ebu Amid, o Elmacín, dicen

que es un compendio del grande Tabarí (Ockley, *Hist. de los Sarracenos*, vol. II, prefacio, p. XXXIX y lista de autores, D'Herbelot, pp. 866, 870, 1014). <<

[1490] Además de las listas de autores arregladas por Prideaux (*Vida de Mahoma*, pp. 179-189), Ockley (al fin de su segundo t.), y Petit de la Croix (*Hist. de Gengis Khan*, pp. 525-550), hallamos en la *Bibliothèque Orientale*, *Tarikh*, un catálogo de doscientas o trescientas historias, o crónicas del Oriente, de las cuales sólo dos o tres son más antiguas que el Tabarí. Una pintura viva de la literatura oriental se halla en Reiske (en su *Prodidagmata ad Hagji Chalifæ librum memorialem ad calcem Abulfedæ Syriæ Tabulæ*, *Lipsiæ*, 1776); pero su proyecto y la traducción francesa de Petit de la Croix (*Hist. de Gengis Khan*, t. I, prefacio, p. XLV) se han desacreditado. <<

[1491] Los historiadores y geógrafos particulares se introducirán a su tiempo. Los cuatro títulos siguientes representan los *Annales* que me han guiado en esta narración general. 1. *Annales Eutychii, Patriarchæ Alexandrini*, *ab Edwardo Pocockio*, *Oxon*. 1656, 2 vols. en 4°. Una pomposa edición de un autor indiferente, traducida por Pocock para halagar las preocupaciones presbiterianas de su amigo Selden. 2. *Historia Saracenica Georgii Elmacini, operâ et studio Thomæ Erpenii*, en 4° *Lugd. Batavorum*, 1625. Se dice que tradujo apresuradamente un manuscrito corrompido, y su versión es muchas veces defectuosa en estilo y sentido. 3. *Historia compendiosa Dynastiarum a Gregorio Abulpharagio, interprete Edwardo Pocockio*, en 4°, *Oxon* 1663. Mucho más útil para la historia literaria del Oriente que para la civil. 4. Abulfeda, *Annales Moslemici ad ann. Hegiræ CCCVI. a Jo. Jac. Reiske*, en 4° *Lipsiæ*, 1754. Lo mejor de nuestras crónicas, tanto originales como traducciones, pero con todo muy inferiores al nombre de

Abulfeda. Sabemos que escribió en Hamá, en el siglo XIV. Los tres primeros eran cristianos de los siglos X, XII y XIII, los dos, naturales de Egipto; un patriarca melchita y un escriba jacobita. <<

[1492] Guignes (*Hist. des Huns*, t. I, pref. pp. XIX, XX) caracterizó con acierto y sabiduría las dos especies de historiadores árabes: el adusto analista y el orador pomposo y florido. <<

[1493] *Bibliothèque Orientale*, por D'Herbelot, en folio, París, 1697. Sobre el carácter del respetable autor, consúltese su amigo Thevenot (*Voyages du Levant*, part. I, cap. I). Su obra es una miscelánea agradable, que debe satisfacer todos los gustos; pero nunca he podido ver el orden alfabético, y le hallo más satisfactorio en la historia persa que en la arábiga. El suplemento reciente de los papeles de los señores Visdelou y Gallan (en folio, La Haya, 1799) son de un estilo muy diferente, una mezcla de cuentos, proverbios, y antigüedades chinas. <<

[1494] Pocock explicará la cronología (*Specimen Historiæ Arabum*, pp. 66-74) y D'Ativille *La geografía* (*l'Eufrate et le Tigre*, p. 125), de los Almondares. El estudiante inglés entendía mejor el árabe que el mufti de Alepo (Ockley, vol. II, p. 34); el geógrafo francés se halla en su centro en todos tiempos y climas del mundo. <<

[1495] *Fecit et Chaled plurima in hoc anno prælia, in quibus vicerunt Muslimi, et* infidelium *immensâ multitudine occisâ spolia infinita et innumera sunt nacti* (*Hist. Sarracen.*, p. 20). El analista cristiano introduce la expresión nacional y breve de *infieles*, y muchas veces adopto (supongo que sin escandalizar) yo el mismo modo característico de expresión. <<

[1496] Anciclo de ciento veinte años, a cuyo fin con un mes intercalado de treinta días suplía nuestro bisiesto, y devolvía su

integridad el año solar. En una gran revolución de mil cuatrocientos cuarenta años esta intercalación se movió sucesivamente desde el primero hasta el dozavo mes; pero Hyde y Freret se enredan en una profunda controversia sobre si doce o sólo ocho de estos cambios se verificaron antes de la era de Yezdegerd, que se fijó unánimemente el 16 de junio del 632 d. C. ¡Cuán trabajosamente el espíritu curioso de Europa explora las lobregueces de las antigüedades más remotas! (Hyde, de *Religione Persarum*, c. 14-18, pp. 181-211. Freret en las *Mém. de l'Académie des Inscriptions*, t. XVI, pp. 233-267). <<

[1497] Nueve días después de la muerte de Mahoma (7 de junio de 632 d. C.) hallamos la era de Yezdegerd (16 de junio de 632 d. C.) y su accesión no puede posponerse más allá del fin del primer año. Sus predecesores por consiguiente no pudieron resistir a las armas del califa Omar; y dichas fechas inaveriguables destruyen la imaginaria cronología de Abulfaragio. Véase la *Hist. de los Sarracenos* por Ockley, vol. I, p. 130. <<

[1498] Cadesia, dice el geógrafo nubiano (p. 121) está, *in margine solitudinis*, 61 leguas [135,5 km] de Bagdad, y dos jornadas de Cufa. Otter (*Viaje*, t. I, p. 63) calcula 15 leguas [33,3 km], y observa, que el sitio está provisto de agua. <<

[1499] *Atrox, contumax, plus semel renovatum*, son las expresiones escogidas del traductor de Abulfeda (Reiske, p. 69). <<

[1500] D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, pp. 297, 348. <<

[1501] El lector puede satisfacer su curiosidad sobre Bassora consultando los escritores siguientes: *Geografía Nubiense*, p. 121; D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 192; D'Anville, *L'Euphrate et le Tigre*, p. 130, 435, 145; Raynal, *Hist. philosophique des deux Indes*, t. II, pp. 92-100; *Voyages*: di Pietro

della Valle, t. IV, pp. 370-391; de Tavernier, t. I, pp. 240-247; de Thevenot, t. II, pp. 545-584; D'Otter, t. II, pp. 45-70; de Niebuhr, t. II, pp. 172-199. <<

[1502] *Mente VIX potest numerove comprehendi quanta spolia… nostris cesserint*. Abulfeda, p. 69. Con todo sospecho, que el número extravagante de Elmacín puede ser, no error del texto, sino de la traducción. Los mejores traductores griegos, por ejemplo, hallo que son muy poco inteligentes en aritmética. <<

[1503] El árbol del alcanfor crece en China y el Japón; pero muchos quintales de las clases inferiores se cambian por una sola libra de la preciosa goma de Borneo y Sumatra (Raynal, *Hist. Philosoph*. t. I, pp. 362-365. *Dictionnaire d'Histoire Naturelle par Bomare*. Miller, *Diccionario del jardinero*). Éstas pueden ser las islas del primer clima de donde importaron los árabes su alcanfor (*Geografía Nubiense*, pp. 34, 35. D'Herbelot, p. 232). <<

[1504] Véase Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. I, pp. 376, 277. Puedo dar crédito al hecho, sin creer la profecía. <<

[1505] Las ruinas de mayor importancia en Asiria son la torre de Belo, en Babilonia, y la muralla de Cosroes, en Tesifón; fueron visitadas por aquel vano y curioso viajero Pietra della Valle (t. I, pp. 713-718, 731-735). <<

[1506] Consúltese el artículo de Cufa en la *Bibliothèque Orientale*, de D'Herbelot. pp. 277, 278 y el segundo t. de la *Hist. de los Sarracenos* de Ockley, particularmente pp. 40 y 153. <<

[1507] Véase el artículo de *Nehavend*, en D'Herbelot, pp. 667, 668; y *Viajes a Turquía y Persia*, por Otter, t. I, p. 191. <<

[1508] Con ímpetus de ignorancia y pasmo describe el orador ateniense, las conquistas septentrionales de Alejandro, quien jamás traspasó los linderos del mar Caspio. Ἀλέξανδρος

ἔξω τῆς ἄρκτου καὶ τῆς οἰκουμένης, ὀλίγου δεῖν, πάσης μεθειστήκει. *Æcquines contra Ctesiphontem*, t. III, p. 554. edit. Græc. Orat. Reiske. Aquel pleito memorable se litigó en Atenas, Olymp. CXII. 3 (330 a. C.), por otoño (Taylor, *præfat*. p. 370, etc.), como un año tras la batalla de Arbela; mientras Alejandro, en el alcance de Darío, iba marchando hacia Hircania y Bactriana. <<

[1509] Debemos esta particularidad curiosa, a las *Dinastías* de Abulfaragio, p. 116, pero se han excusado el comprobar la identidad de Estachar y Persépolis (D'Herbelot, p. 327) y todavía más ocioso el ir copiando los dibujos y descripciones de Juan Chardin, y Corneille le Bruyu. <<

[1510] Tras la conquista de Persia, añade Teófanes αὐτῷ δέ τῷ χρόνῳ ἐκέλευσεν Οὔμαρος ἀναγραφὴναι πᾶσαν τὴν ὑπ' αὐτὸν σικουμένην. ἐγένετο δέ ἡ ἀναγραθὴ καὶ ἀνθρώπων καὶ κτηνῶν καὶ θυτῶν (*Chronograph*, p. 288). <<

[1511] En medio de nuestras mezquinas relaciones, no puedo menos de condolerme de que D'Herbelot no haya podido hablar y disputar la traducción persa de Tabarí, realzada, como dice, con varios extractos de los historiadores nativos de los ghebers o magi (*Bibliothèque Orientale*, p. 1014). <<

[1512] El pormenor más auténtico de ambos ríos, el Sihon (Saxartes) y el Gihon (Oxo) se hallan en el Sherif el Edrisi (*Geografía Nubiense*, p. 138), Abulfeda (*Desc. del Jorasán* en Hudson t. III, p. 23). Abulghazi Khan, que reinó en su orilla (*Hist. Genealogique de Tatars*, pp. 32, 37, 766), y el geógrafo turco, manuscrito en la librería del rey de Francia (*Examen Critique des historiens D'Alexandre*, pp. 194-360). <<

[1513] Abulfeda describe el territorio de Fergana, pp. 76 y 77. <<

[1514] *Eo redegit angustiarum eundem regem exsulem, ut Turcici regis, et Sogdiani, et Sinensis, auxilia missis literis imploraret* (Abulfeda, *Annales Moslemici*, p. 74). El enlace de la historia persa y china queda despejado por Freret (*Mém. de l'Académie*, t. XVI, pp. 245-255) y de Guignes (*Hist. des Huns*, t. I, pp. 52-53) y en cuanto a la geografía de los linderos, t. II, pp. 1-53. <<

[1515] *Hist. Sinica*, pp. 41-46, en la III parte de las Relaciones curiosas de Thevenot. <<

[1516] He tenido que hermanar las diversas narraciones de Elmacín (*Hist. Sarracen.*, p. 37), Albulfaragio (*Dinastías*, p. 116), Abulfeda (*Annales Moslemici*, pp. 74, 79), y D'Herbelot (p. 485). El final del Yetzegerd, no sólo es fatal sino confuso. <<

[1517] Las dos hijas de Yezdegerd se casaron con Hassan, hijo de Alí y Mohammed, hijo de Abubeker, y el primero tuvo dilatada prosapia. La hija de Firuz paró en esposa del califa Walid, y su hijo Yezid, entroncaba su alcurnia efectiva o mentirosa con Cosroes de Persia, los Césares de Roma, y los Chaganes de turcos y avaros (D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, pp. 96, 487). <<

[1518] Se valuó en dos mil piezas de oro, y cupó en galardón a Obeidolah —hijo de Ziyad— nombre luego afamado con la muerte de Osein (Ockley, *Hist. de los Sarracenos*, vol. II, pp. 142, 143). Su hermana Salem andaba con su esposa, la primera mujer árabe (680 d. C.) que pasó el Oxo, y tomó o robó la corona de perlas de los príncipes sogdianos (pp. 231, 252). <<

[1519] Tradujo Greaves parte de la *Geograph. Arab.* de Abulfeda concertada en la colección de Hudson, de los geógrafos menores (t. III) e intitulada *Descriptio Chorasmiæ* et *Mawaralnahræ*, id est, regionum extra fluvium Olum, p. 80. El nombre de *Transoxiana*, de sonido más suave, y equivalente en el sentido,

se halla usado adecuadamente por Petit de la Croix (*Hist. de Gengis Khan* etc.) y en algunos orientalistas modernos; pero se equivocan en apropiarlo a los escritores antiguos. <<

[1520] Elmacín apuntó escasamente las conquistas de Catibah (*Hist. Sarracen.*, p. 84), D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, *Catbah*, *Samarcand Valid) y* de Guignes (*Hist. des Huns*, t. I, pp. 58 y 59). <<

[1521] Se inserta una descripción curiosa de Samarcand en la *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, p. 208 etc. El bibliotecario Casiri (t. II, 9) refiere por testimonio fidedigno, que el papel se trajo por primera vez de la China a Samarcand, A. H. 30 y se *inventó*, o más bien se introdujo en la Meca, A. H. 88. La biblioteca del Escorial encierra manuscritos de papel de antigüedad del cuarto o quinto siglo de la Hégira. <<

[1522] Al Wakidi compuso una historia peculiar de la conquista de Siria. Era Cadi de Bagdad y nació en 748 d. C.; escribió también la conquista de Egipto, del Diarbekir etc. Se aventaja a las crónicas descarnadas y recientes de los árabes por antiguo y extenso, y sus pormenores y tradiciones muestran un retrato vivo de personas y acciones; pero suele degenerar en frívolo, inverosímil y escaso. Hasta tanto que asome descubrimiento más aventajado, su docto y brioso intérprete (Ockley en su *Hist. de los Sarracenos*, t. I, pp. 21 y 342) no merece el desentonado asalto de Reiske (*Prodidagmata ad Magji Chalifae Tabulas*, p. 236). Me desconsuela el que los afanes de Ockley viniesen a redondearse en una cárcel (véanse entrambos prólogos al I tomo, 1708 d. C., al 2°, 1718 d. C., con la lista de sus autores al fin). <<

[1523] Las instrucciones etc. de la guerra siria, se hallan en Al Wakidi y Ockley, t. I, pp. 22-27, etc. En adelante hay que compendiar, y excusar las citas, para autorizar los pormenores,

pues se expresarán cuantas especies deba a los demás. <<

[1524] A pesar de este precepto, M. Pauw (*Recherches sur les Egyptiens*, t. II, p. 192, el de Laussane, retrata a los beduinos como enemigos implacables de los monjes cristianos; yo malicio más bien la codicia arábiga que las preocupaciones del filósofo alemán. <<

[1525] Aun en el siglo VII, solían ser legos los monjes, pues usaban el pelo largo, y sólo se afeitaban la cabeza al ordenarse. La tonsura circular era sagrada y misteriosa, siendo la corona de espinas; pero también era una diadema regia, y todo clérigo venía a ser un rey etc. (Thomassin, *Discipline de l'Église*, t. I, pp. 721-758, y en especial en las 37 y 38). <<

[1526] *Huic Arabia est conserta, ex alio latere Nabathæis contigua; opima varietate commerciorum castrisque oppleta validis et castellis, quæ ad repellendos gentium vicinarum excursus, solicitudo pervigil veterum per opportunos saltus erexit et cautos*. Ammian. Marcellin. XIV, 8. Reland, Palestin. t. I, pp. 85, 86. <<

[1527] Al par de Gerasia y Filadelfia, celebra Amiano las fortificaciones de Bosra, *firmitate cautissimas*. El mismo encomio merecían en tiempo de Abulfeda (*Syriæ Tabulæ*, p. 99), quien describe aquella ciudad, la metrópoli de Hawran (Aurantia) a cuatro jornadas de Damasco. Reland enseña su etimología hebrea; Palestin. t. II, p. 666. <<

[1528] Apóstol del desierto, y un ejército se requirió para aprontar aquel equivalente del agua (Alcorán, c. III, p. 66, c. V, p. 83); pero los moralistas árabes y persas, han recargado aquel permiso con mil nimiedades y escrupulillos (Reland, de *Religione Mohamomedica*, l. I, pp. 82 y 83, Chardin, *Viajes a Persia*, t. IV). <<

[1529] *Suenan las campanas*!, Ockley, t. I, p. 38; pero temo que en

realidad quepa esta explicación en el texto de Al Wakidi ni en la práctica de los tiempos. *Ad Graecos*, dice el docto Ducange (*Glossar. med. et infina. Græcitat*. t. I, p. 774) *campanarum usus serius transit et etiamnum rarissimus est*. El ejemplar más antiguo que he podido hallar en los escritores bizantinos es del año 1040; mas pretenden los venecianos, que introdujeron campanas en Constantinopla por el siglo IX. <<

[1530] Sherif el Edrisi describe anchurosamente a Damasco (*Geografía Nubiense*, pp. 116, 117) y su traductor, Sionita (*Appendix*, c. 4); Abulfeda (*Syriæ Tabulæ*, p. 100); Schultens (*Index Geograph. ad Vita Saladin*); D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, p. 291); Thevenot (*Voyages du Levant*, part. I, pp. 688-698); Maundrell (*Journey from Aleppo to Jerusalem*, pp. 122-130); y Pocock (*Description of the East*, vol. II, pp. 117-127). <<

[1531] *Nobilissima civitas*, dice Justin. Según las tradiciones orientales, era anterior a Abraham y a Semiramis. Joseph. *Antiquitat. Italiæ Medii Ævi*. lib. I, c. 6-7, pp. 24 y 29, edición de Havercamp. Justin. XXXVI, 2. <<

[1532] Ἔδει γὰρ, οἶμαι, τὴν Διὸς πὸλιν ἀληθῶς, καὶ τόν τής Ἑώας ἀπάσης ὀφθαλμόν, τὴν ἱεράν καὶ μεγίστην Δάμασνον λέγω, τοὶς τε ἄλλοις αύμπασιν, οἷον ἱερῶν κάλλει, καὶ νεῶν μεγέθει, καὶ ὡρῶν εὐκαιρίᾳ, καὶ πηγῶν ἁγλάια, καὶ ποταμῶν πλήθει, καὶ γῆς εὐφορὶᾳ νικῶσαν, etc. Julian. epíst. XXIV, p. 392. Los higos de Damasco son los acarreadores de adjetivos tan grandiosos, enviando el autor un ciento a su amigo Serapis; y Petavio, Spanhein, etc. (pp. 390-396), introducen aquel tema de retórica, entre las cartas legítimas de Juliano. ¿Cómo les cupo desatender, que el escritor es un damasceno (afirma hasta tres veces que aquel higo especialísimo tan sólo se

cría παῤ ἡμῖν, ciudad por donde jamás asomó Juliano? <<

[1533] Voltaire oteando aguda y despejadamente el campo de la historia, se queda absorto con el parangón de los primeros musulmanes y los héroes de la Ilíada; el sitio de Troya y el de Damasco (*Hist. General*. t. I, p. 348). <<

[1534] Palabras del texto idéntico del Alcorán c. IX, p. 32, c. LXI, p. 8. Al par de nuestros fanáticos del siglo anterior, los musulmanes: con todo trance vulgar o grandioso entonaban el habla de la escritura, lenguaje más obvio para ellos, que los modismos hebreos trasladados al clima y dialecto británico. <<

[1535] Desconocido es el nombre Berdan para Teófanes; y aunque pudiera pertenecer a un caudillo armenio, no tiene asomo de griego en la traza el sonido. Si los historiadores bizantinos suelen descuartizar los nombres orientales, los árabes, en este caso, se desquitan ampliamente de sus enemigos. Trasponiendo las letras griegas de la derecha a la izquierda ¿no les pudiera resaltar de la denominación familiar de *Andrew*, una especie de anagrama como Milán? <<

[1536] Creyeron por vanidad los árabes, que Tomás era yerno del emperador. Sabemos los hijos de Heraclio por entrambas esposas, y su *augusta* hija no iría a desposarse y desterrarse en Damasco (véase Vocange, *Fam. Byzant.*, pp. 118, 119). Si fuera menos devoto, le maliciaría tal vez la bastardía de la dama. <<

[1537] Ockley (p. 101) dice por Al Wakidi, con flechas envenenadas, pero este invento irracional es tan ajeno a griegos y romanos, que no puedo menos de tachar la credulidad malvada de los sarracenos, en este particular. <<

[1538] Ciñe Abulfeda a setenta días el sitio de Damasco (*Annales Moslemici*, p. 67 vers. de Reiske); pero Elmacín, quien se hace cargo de la cita, dilata el plazo, hasta seis meses, y apunta el uso

de las *balistas* por los sitiadores (*Hist. Sarracen.*, pp. 25-32). Pero aun el ensanche de la temporada no alcanza a cuajar el intermedio de la batalla de Aizmadín (julio de 633 d. C.) y la sucesión de Omar (24 de julio de 634 d. C.), en cuyo reinado se coloca generalmente aquella conquista (Al Wakidi *apud* Ockley. vol. I, p. 115, Abulfaragio, *Dinastías*, p. 112, vers. Pocock. Quizás, como en la guerra troyana, intermediaban desvíos y correrías, hasta los últimos setenta días del año. <<

[1539] Se echa de ver en Abulfeda (p. 125) y Elmacín (p. 32) que esta separación de las dos porciones de Damasco, sonó antes sin tenerla presente todos los soberanos musulmanes. Véase igualmente Eutiquio (*Annales*, t. II, pp. 379, 380, 381). <<

[1540] Sobre la suerte de aquellos amantes llamándolos Focis y Eudoxia, fundó M. Hughes su tragedia popularísima del sitio de Damasco, que atesora el escaso realce en otros, de hermanar la historia con la naturaleza, las costumbres contemporáneas con arranques entrañables. Los necios escrupulillos de los comediantes le previenen a apocar el desenfreno del héroe y la desesperación de la heroína. En vez de ruin renegado, sirve Focis a los árabes, como aliado pundonoroso; en vez de facilitar su alcance, se arroja al auxilio de sus paisanos, y después de matar a Caled y Derar, queda él mortalmente herido, y expira en presencia de Eudoxia, quien aclama su resolución de hacerse monja en Constantinopla: catástrofe en verdad harto helada. <<

[1541] Subsisten decaidísimas las ciudades de Gabala y Laodicea, por donde pasaron de largo los árabes (Maundrell, pp. 11 y 12; Pocock t. II, p. 13). Si los cristianos sortean el alcance, pasan el Orontes por algún puente, a pocas leguas de Antioquía y el mar, y luego entran por Alejandría en la carretera de Constantinopla, los itinerarios patentizan los caminos y sus entronques y distancias (pp. 146, 148, 581, 582, edit. Wesseling). <<

[1542] *Dair Abil Kodos*. Cercenando la última voz, *sagrado*, estoy viendo el Abila y Lysanias, entre Damasco y Heliópolis: el nombre *Abil* significa viñedo, concuerda con la situación y corrobora mi conjetura (Reland, Palestin., t. I, p. 317, t. II, pp. 525, 527). <<

[1543] Tengo más arrojo que M. Ockley (t. I, p. 164) insertando en mi texto la expresión figurada, aunque advierte al margen que los árabes suelen establecer símiles con su útil y familiar animal; como los lapones con sus renos. <<

[1544]

Suena el tecbir*, el ínclito alarido*

Del árabe que el cielo en coro amaga,

Sediento de la sangre del vencido.

Aquel vocablo tan formidable en sus guerras santas (según Ockley en su índice) es un verbo activo de la segunda conjugación, de *Kabbara* que significa el estribillo *Allá Akbar*, Dios es poderosísimo. <<

[1545] La parte más auténtica e interesante de la Geografía de Abulfeda es la descripción de su patria la Siria. Publicose toda en latín y en arábigo, Leipzig, 1766, en 4°, con eruditas notas de Kochler y Reiske, y algunos extractos de la geografía e historia natural de Ibn Al Wardii. Entre los viajes modernos, el de Pocock a levante (el de Siria y Mesopotamia, vol. II, pp. 88, 209) es obra de recóndita sabiduría y gravedad; pero suele el autor equivocar lo leído con lo visto. <<

[1546] Fundadas son las alabanzas del gallardo Dionisio Καὶ τὴν μέν (Siria) πολλοί τε καὶ ὄλβιοι ἄνδρες ἔχουσιν (en Perigenesi, v. 902, t. IV. *Geograph. Minor.* de Hudson). En otro lugar apellida el πολὺπτολι αἶαν (vol. 898), luego añade:

Πᾶσα δέ τοι λιπαρή τε καὶ εὔβοτος ἔπλετο χώρη,

Μῆλά τε φερβέμεναι καὶ δένδρεσι καρπὸν ἀέξειν.
v. 921, 922.

Este geógrafo poético vivía en tiempo de Augusto, y su descripción del mundo va ilustrada con el comentario griego de Eustatio, quien tributó el mismo obsequio a Romero y a Dionisio (Fabricio, *Bibliot. Græc*, l. IV, en un t. p. 21, etc. <<

[1547] Queda primorosamente descrita la topografía del Líbano y Anti-Líbano por la erudición y la cordura de Reland (Palestin. t. I, pp. 311-326). <<

[1548]

–Emesæ fastigia celsa renident.
Nam diffusa solo latus explicat; ac subit auras
Turribus in cœlum nitentibus: incola
claris Cor studiis acuit…
Denique flammicomo devoti pectora soli
Vitam agitant: Libanus frondosa cacumina turget.
Et tamen his celsi certant fastigia templi.

Faltan estos versos de la traducción latina de Rufo Avieno, en el original griego de Dionisio, y puesto que tampoco los menciona Eustatio, tengo que apropiarlos más bien a la imaginativa, que al manuscrito de Avieno. Así opina Fabricio, contra Selmasio (*Biblioth. Latina* p. 153, edit. de Ernesti) Salm. ad Vobiscum, pp. 366, 367 en Hist. Augusto. <<

[1549] Quedo más pagado con el tomito en octavo de Maundrell (*Viaje*, pp. 134-153) que con grandioso en folio del dr. Pocock (*Description of the East*, vol. II, pp. 106-113); pero ya todas las noticias anteriores quedan deslucidas con la gran descripción y dibujos magníficos de los señores Dawkins y Wood, que han venido e traer las ruinas de Palmira y Balbec a Inglaterra. <<

[1550] Explican los orientales el portento con un arbitrio siempre certero; pues acudieron brujas y duendes a encumbrar los edificios de Balbec (*Hist. de Timor Bec*, t. III, lib. V, c. 23, pp. 311, 312, *Voyage* de Otter, t. I, p. 83. Con menos desbarro, pero con igual ignorancia, los atribuyen a los Sabeos o Aadites *Non sunt in omni Syria ædificia magnificentiora his* (*Tabulæ Syriæ*, p. 103). <<

[1551] Tengo leído en Tácito o en Grocio, *Subjectos habent tamquam suos, viles tamquam alienos*. Oficiales griegos violentaron a la esposa y mataron la prole de sus patrones, y Manuel se sonrió al oír la queja de los interesados. <<

[1552] Véase Reland, Palestin., t. I, pp. 272, 283, t. II, pp. 773, 775. Aquel sabio catedrático era de todo desempeño para el intento de retratar la Tierra Santa, como amaestrado al par en las literaturas griega, latina, hebrea y arábiga. Apuntan el Yermuk o el Hieromax, celarse (*Geograf. Ant*. t. II, p. 393) y D'Anville (*Géographie Ancienne*, t. II, p. 185) los árabes, y aun el mismo Abulfeda, no se muestran enterados del paraje de su victoria. <<

[1553] Eran aquellos mayores de la tribu de los hamyarites, quienes entroncaban su origen con los antiguos amalecitas. Cabalgaban también sus mujeres, y peleaban como las amazonas (Ockley, vol. I, p. 67). <<

[1554] Hemos venido a matar, dice Abu Obeidah, al califa, hasta ciento cincuenta mil, y cogido cuarenta mil prisioneros (Ockley, t. I. p. 941). Como no tildo su veracidad, ni tampoco creo su cómputo, malicio que los historiadores arábigos solían tomar a su cargo el componer las arengas y escribir las cartas o partes de sus caudillos. <<

[1555] Teófanes después de estar deplorando los pecados de los

cristianos, añade (*Chronograph*. p. 276) ἀνέστη ὁ ἐρημικὸω [ἐρημ ικώτατος Αμαλὴκ τύπτων ἡμᾶς τὸν λαὸν τοῦ Χριστοῦ, καὶ γίνεται πρώτῃ φορᾷ πτῶσις τοῦ Ῥωμάϊκοῦ στρατοῦ ἡ κατά τὸ Ἰαβθὰν [Ἰαβιθᾶ] λέγω (¿tal vez significa Aiznadin?) καὶ Ἰερμουχὰν, καὶ τὴν ἀθεσμον αἱματοχυσίαν. Confuso y brevísimo es su pormenor; pero culpa el número de los enemigos, el viento contrapuesto, la densa polvareda y hablando de los romanos, dice μὴ δυνηθέντες (los romanos) ἀντιπροσωπῆσαι [ἀντωπῆσι] ἐχθροῖς διά τόν κονιορτόῦἠττῶνται· καὶ ἑαυτοὺς βάλλοντες ἑις τὰς στενὸδους τοῦ Ἰερμοχθοῦ Ποταμοῦ ἐκεῖ ἀπώλοντο ἄρδην (*Chronograph*, p. 280). <<

[1556] Véase Abulfeda (*Annales Moslemici*, pp. 70 y 71) que va compilando las endechas, o quejas poéticas del mismo Jabalah y algunos arranques panegíricos del poeta arábigo, a quien el caudillo de Gassan envió de Constantinopla, un regalo de quinientas piezas de oro, por mano del embajador de Omar. <<

[1557] En cuanto al nombre de la ciudad, el profano arrolló al sagrado; sonaba *Jerusalén*, para los rezadores cristianos (Euseb. de Martir. Palest. c. XI), pero la denominación popular y legal de Ælia (colonia de Elio Adriano) trascendió de los romanos a los árabes (Reland, Palestin. t. I, p. 207, t. II, p. 835, D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, *Cods*, p. 269. *Ilia*, p. 420). El adjetivo *Al Cods*, la santa, se usa como apelativo de Jerusalén. <<

[1558] El extraño viaje y tren de Omar, se hallan descritos (además de Ockley, t. I, p. 250) en Murtadi (*Maravillas del Egipto*, pp. 200-202). <<

[1559] Blasonan los árabes de una profecía antigua conservada en Jerusalén, expresando nombre, religión y persona de Omar, el

conquistador venidero; y aun se dice, que con tales mañuelas amansaron los judíos a sus dueños altivos y advenedizos, Ciro y Alejandro (Joseph Antiquit. Judai. l. XI, cap. 1, 8, pp. 447, 579-582). <<

[1560] Τὸ βδέλυγμα τῆς ἐρημώσεως τὸ ῥηθὲν διά Δανιήλ τοῦ προφήτου ἑστώς ἐν τόπῳ ἁγίῳ, *Theophanis Confessoris Chronographia*. p. 281. La predicción, después de servir para Antíoco y los romanos, se rehizo para el trance actual, por la discreción de Sofrónimo, uno de los teólogos más esforzados de la contienda monotelita. <<

[1561] Según el tanteo esmerado de D'Anville (Disertac. sobre la Antigua Jerusalén, pp. 42-54), la mezquita de Omar, engrandecida y hermoseada por los califas siguientes, vino a cuajar el idiótico solar del templo antiguo πάλαιον τοῦ μεγάλου νάου δάπεδον, dice Focas) con doscientas quince *toesas* de largo y ciento setenta de ancho. Expresa el geógrafo nubio, que el grandioso edificio tan sólo cedía en extensión a la gran mezquita de Córdoba (p. 113) cuyo estado actual ha dibujado primorosamente M. Swinburne (*Travels into Spain*, pp. 296-302). <<

[1562] Entre las muchas Tarikes arábigas, o crónicas de Jerusalén (D'Herbelot, p. 867) halló Ockley una entre los manuscritos de Pocock en Oxford (vol. I, p. 257), del cual se valió para suplir los claros de Al Wakidi. <<

[1563] El historiador persa de Timur (t. III, l. V, cap. 21, p. 300) va describiendo el castillo de Alepo, como fundado sobre un peñasco de cien codos de altura; prueba, dice el traductor franco, de que jamás había llegado a verle. Se halla ahora en medio de la ciudad, de poquísima fortaleza, con una sola puerta y un circuito como de quinientos a seiscientos pasos, y con un foso lleno a medias de agua estancada (*Viajes de Tavernier*, t. I,

p. 149. Pocock, vol. II, part. I, p. 150). Despreciables se hacen las fortalezas de levante para toda vista europea. <<

[1564] Es de trascendencia la fecha de la conquista de Antioquía por los árabes, pues cotejando los años del mundo, en la *Cronografía* de Teófanes, con los años de la Hégira en la *Historia* de Elmacín, podemos apurar, que se tomó, entre el 23 de enero y 1 de setiembre del año de Jesucristo 638 (Pagi, *Crítica*, en Baronio, *Annal. Eccles.*, t. II, pp. 812-813). Al Wakidi (Ockley, vol. I, p. 314) fija este acontecimiento en el jueves 21 de agosto, fecha desatinada, porque la Pascua cayó en aquel año en el 6 de abril, y el 21 de agosto fue un viernes (véanse las Tablas en el Arte de comprobar Fechas). <<

[1565] Su edicto favorable, que inclinó al vecindario agradecido a sentar por era perpetua la victoria de Farsalia, consta ἐν Αντιοχεία τῇ μητροπόλει, ἱερᾷ καί ἀσύλῳ καὶ αὐτονὸμῳ καὶ ἀτχούσῃ καί προκαθεμένῃ τῆς ἀνατολ της. Juan Malala, en *Chronic.* p. 91, edit. Venet. Hay que ir entresacando sus hechos auténticos de ciertas interioridades por la maleza de su ignorancia en la historia general. <<

[1566] Véase Ockley (vol. I, pp. 308-312), quien se ríe de las creederas de su autor. Al despedirse Heraclio de Siria, *Vale Syria et ultimum vale*, profetizó que nunca los romanos asomarían por la provincia, hasta el nacimiento de un niño infausto, el azote venidero del Imperio. Abulfeda, p. 68. Me quedo *en ayunas* acerca del contenido o de la variedad mística de aquella predicción. <<

[1567] En medio de la cronología a tientas de aquella temporada, me voy ateniendo por norte a los apuntes auténticos (en el libro de ceremonias de Constantino Porfirogénito), por donde consta, que a 4 de junio de 638 d. C., coronó el emperador a su

hijo menor Heraclio, en presencia del mayor Constantino; a 1 de enero de 639 d. C., visitando la procesión regia, la iglesia mayor, y en 4 del mismo mes el hipódromo. <<

[1568] Sesenta y cinco años antes de Cristo, *Syria Pontusque Cn. Pompeii virtutis monumenta sunt* (Vell. Paterculo, II, 38), o más bien de sus medios y poderío; empadronó la Siria como provincia romana, y los últimos Seleucides quedaron imposibilitados de blandir un estoque en defensa de su patrimonio (Véase el texto original, arreglado por Usher, *Annales*, p. 420). <<

[1569] Abulfeda (*Annales Moslemici*, p. 73). Pudo Mahoma variar estudiadamente las alabanzas de sus discípulos. Solía decir de Omar, que si cupiera asomar algún otro profeta tras él, sería Omar, y que en una plaga general, exceptuaría la justicia divina a la persona de Omar (Ockley vol. I, p. 220). <<

[1570] Había escrito igualmente Al Wakidi una historia del Diarbekir, o Mesopotamia (Ockley, al fin del II vol), no vista, al parecer, por nuestros intérpretes. La *Crónica* de Dionisio de Telmar, el patriarca jacobita, apunta la toma de Edesa, al 637 d. C., y de Dara 641 d. C. (Asseman, *Bibliothèque Orientale*, t. II, p. 103); y con algun ahínco se van respigando especies dudosas de la *Cronografía* de Teófanes (pp. 285-287). Las más de las ciudades de Mesopotamia se fueron rindiendo (Abulfaragio, p. 112). <<

[1571] Soñó que se hallaba en *Tesalónica*, visión harto inocente y santa; pero su adivino o su cobardía, entendió el agüero positivo de un descalabro enmarañado en aquellas infaustas voces de θέςάλλῷ νίκην, Franquea a otro la victoria (Theophan., p. 286; Zonaras, t. II, l. XIV, p. 88). <<

[1572] Cuantos lances o hechos se refieren a la isla, la ciudad y coloso de Rodas, se han entresacado del afanoso tratado de

Meursio, quien ha dedicado el propio tesón a las dos islas grandiosas de Creta o *Candía* y Chipre. Véase en el t. III de su obra *Rhodus* de Meursio (l. I, c. 15, pp. 315-319). Los escritores bizantinos, Teófanes y Constantino, con su ignorancia han dilatado el plazo hasta mil trescientos sesenta años, y reparten ridículamente el peso entre treinta mil camellos. <<

[1573] *Centum colossi alium nobilitaturi locum*, dice Plinio, con su brío acostumbrado. *Hist. Natur.*, XXXIV, 18. <<

[1574] Así consta el lance por una anciana animosa que lo echó en cara al califa y a su amigo. Estimuláronla el silencio de Amrú y la marcialidad de Muawiya (Abulfeda, *Annales Moslemici*, p. 111). <<

[1575] Gagnier, *Vie de Mahomet*, t. II, p. 46, etc. quien va citando la *Historia Abisinia*, o sea novela de Abdel Balcides. Pero cabe el hecho de la embajada y embajador. <<

[1576] Se conserva el dicho en Pocock (Not. ad. C.rmen Tograi, p. 184), y fundadamente celebrado por Harris (*Arreglos filosóficos*, p. 350). <<

[1577] En cuanto a la vida e índole de Amrú, véase Ockley (*Hist. de los Sarracenos*, vol. I, p. 28, etc. hacia el fin del tomo; vol. II, p. 52, etc.) y Otter (*Mem. de l'Académie des Inscriptions*, t. XXI, pp. 131, 132). Los lectores de Tácito pueden ir comparando a Vespasiano y Muciano con Muawiya y Amrú. Mas el parangón debe cifrarse más bien por la situación, que bajo el concepto de sus respectivas índoles. <<

[1578] Tenía igualmente compuesta una historia separada de la conquista de Egipto, el mismo Al Wakidi, pero M. Ockley no se la pudo agenciar (vol. I, pp. 344-362) sin que sus pesquisas aparezcan certeras, más que por el texto original de Eutiquio (*Annales*, t. II, pp. 296-323, vers de Pocock), el patriarca

melquita de Alejandría, quien vivió tres siglos después de la revolución. <<

[1579] Estrabon, esmerado observador, dice de Heliópolis νυνὶ μὲν οὖν ἐστὶ πανέρημος ἡ πολις (*Geograph*. l. XVII, p. 1158); pero en cuanto a Memfis manifiesta πολις δ εστὶ μεγαλή τε καὶ εὔανδρος, δευτέρα ’Αλεξένδρειαν (p. 1161); apunta, sin embargo, la mezcla del vecindario, y lo ruinoso de sus palacios. En el mismo Egipto, cuenta Amiano a Memfis entre las cuatro ciudades, *maximis urbibus quibus provincia nitet* (XXII, p. 16); y descuella el nombre de Memfis, en el Itinerario Romano, y las listas episcopales. <<

[1580] Estos hechos extraños y curiosos, la anchura (2946 pies), y el puente sobre el Nilo, asoman únicamente en el viajero dinamarqués y el geográfo nubiense (p. 98). <<

[1581] Empieza el Nilo a hincharse imperceptiblemente desde el mes de abril; la subida se patentiza y retumba en la lunación posterior al solsticio de estío (Plinio, *Hist. Natur.*, v. 10), y regularmente se pregunta en el Cairo el día de san Pedro (29 de junio). El registro comparativo de treinta años señala lo sumo de la avenida entre 25 de julio y 18 de agosto (Maillet, *Descripción del Egipto*, carta XI, p. 67, etc. *Description of the East*, por Pocock, vol. I, p. 200, *Viajes* de Shaw, p. 383). <<

[1582] Murtadi, *Maravillas del Egipto*, 243-249. Se explaya y desmenuza el cuento con el afán y la nimiedad de un patricio y un devoto, y sus tradiciones solariegas tienen un baño de veracidad y esmero. <<

[1583] D’Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 233. <<

[1584] El solar del Nuevo y el Antiguo Cairo es muy conocido, como tantísimas veces descrito. Dos escritores, enterados por átomos en el Egipto moderno y antiguo, han colocado, tras

ahincadas pesquisas, la ciudad de Memfis en *Gized*, contrapuesto al Cairo antiguo (Sicard, *Nuevas Memorias de las Misiones de Levante*, t. VI, pp. 5-6. Schaw, *Observaciones* y *Viajes*, pp. 296-304). No hay tampoco que desatender la autoridad y argumentos de Pocock (vol. I, pp. 25-41), Niebuhr (*Viaje*, t. I, pp. 77-106), y sobre todo de D'Anville (*Description de l'Égypte*, pp. 111, 112, 130-149), quien ha desviado a Memfis hacia la aldea de Mohanna, tal cual legüilla más adelante por el Sur. Los disputantes acalorados no han tenido presente el solar anchuroso de una capital que abarca gran parte del territorio, y viene a zanjar la contienda. <<

[1585] Véase Herodoto. l. III, c. 27, 28 y 29. Ælian. Var. Hist., lib. IV, c. 8. Suidas en Ωχος, t. II, p. 774. Diodor. Sicul. t. II, l. XVIII, p. 197, edit Wesseling. Τῶν Περσῶν ἠσεβηκὸτων εἰς τά ἱερα, dice el postrero de estos historiadores. <<

[1586] Mokawkas envió al profeta dos señoritas Coptas, con dos sirvientas y un eunuco, una vasija de alabastro, una barra de oro purísimo, aceite, miel, lienzos blancos y exquisitos de Egipto, con un caballo, una mula y un asno, apellidados según sus respectivos primores. Salió la embajada de Mahoma de Medina, el año séptimo de la Hégira (628 d. C.). Véase Gagnier (*Vie de Mahomet*, t. II, pp. 255, 256-303), de Al Jannabi. <<

[1587] La prefectura y el desempeño de la guerra, se habían confiado por Heraclio al patriarca Ciro (Theoph., pp. 280-281). ¿En España —preguntó Jaime II— consultáis con los sacerdotes? «Así lo hacemos —contestó el embajador—, y así no se malogran nuestros intentos». No alcanzamos a desentrañar los planes de Ciro, de pagar tributo, sin menoscabo de las rentas, ni de convertir a Omar por su desposorio con la hija del emperador (Nicephor. Breviar., pp. 17-18). <<

[1588] Véase la vida de Benjamín, en Renaudot (*Hist. Patriarch.*

Alexand., pp. 156-172), quien ha realzado la conquista de Egipto con algunos hechos, del texto arábigo de Severo el jacobita historiador. <<

[1589] Queda el solar efectivo de Alejandría cabalmente despejado por el sumo geógrafo D'Anville (*Mém. sur l'Égypte*, pp. 52-63); mas podemos acudir a la vista de los viajeros modernos, con especialidad de Thevenot, *Voyages du Levant*, part. I, pp. 381-395), Pocock (vol. I, pp. 2-13) y Niebuhr (*Voyage en Arabie*, t. I, pp. 34-43). De los dos competidores modernos, Savary y Volney, el uno puede entretener, pero el otro consigue instruir. <<

[1590] Así Eutiquio (*Annales*, t. II, p. 319) y Elmacín (*Hist. Sarracen.*, p. 28) se conforman en fijar la toma de Alejandría en un viernes del novilunio de Moharram, del año 20 de la Hégira (22 de diciembre de 640 d. C.). Cejando con los catorce meses empleados en el sitio de Alejandría, siete en el de Babilonia, etc., vino Amrú a invadir el Egipto a fines del año 638; pero consta que se internó en el país el 12 de Bayni, 6 de junio (Murtadí, *Maravillas del Egipto*, p. 164; Severo, en Renaudot, p. 162). El sarraceno y luego Luis IX de Francia, hicieron alto en Pelusio o Damieta, durante la inundación del Nilo. <<

[1591] Eutiquio, *Annales*, t. II, pp. 316, 319. <<

[1592] En medio de inconsecuencias entre Teófanes y Cedreno, el esmero de Pagi (*Crítica*, t. II, p. 824) ha venido a entresacar de Nicéforo y el *Cronicon Orientale* la fecha verdadera de la muerte de Heraclio; 11 de febrero de 641 d. C., cincuenta días después de la pérdida de Alejandría, bastando la cuarta parte de aquel tiempo para llegarle la noticia. <<

[1593] Quedan varios tratados de aquel laboriosísimo φιλὸπονος mas para los lectores de ahora, lo impreso y lo inédito merecen

el idéntico predicamento. Moisés y Aristóteles son los ídolos de sus comentarios, uno de los cuales asoma fecha allá en el 10 de mayo de 617 d. C. (Fabricio, *Bibliot. Græc*, t. IX, pp. 458-468). Un moderno (Juan Le Clerc), que alguna vez se apellidó también así, era igual al antiguo Filopono en *despachaderas* y muy superior en tino y conocimientos verdaderos. <<

[1594] Abulfaragio, *Dinastías*, p. 114, vers. Pocock. Audi quid factam sit et mirare. Sería interminable el ir contando los modernos que se han pasmado y creído; pero descuella en racionalidad el escéptico Renaudot (*Hist. Patriarch. Alexand.*, p. 170): historia… *habet aliquid* ἄπιστον *ut Arabibus familiare est*. <<

[1595] Este lance curioso no aparece en los *Annales* de Eutiquio, ni en la *Historia Sarracena* de Elmacín. El silencio de Abulfeda, Mustadi y un sinnúmero de musulmanes se hace menos concluyente, por su ignorancia de la literatura cristiana. <<

[1596] Véase Reland, de *Jure Militari Mohammedanorum*, en su tercer tomo de *Disertaciones*, p. 37. El motivo para no quemar las obras religiosas de judíos y cristianos se cifra en el acatamiento que profesan al *nombre* de Dios. <<

[1597] Consúltense las colecciones de Frenshemio (Supplem. Livian., c. 12, 43). y Usker (*Annales*, p. 469). El mismo Tito Livio apellidó la biblioteca alejandrina, *elegantiæ regum curæue egregium opus*; elogio culto por el cual Séneca, con su extraño estoicismo, lo tilda bachilleramente (de *Tranquil. Animi*, c. 9), cuya sabiduría en este caso para en disparate. <<

[1598] Véase esta *Historia*, t. III, p. 85. <<

[1599] Aulo Gelio (*Nottes Atticæ*, VI, 17), Amiano Marcelino (XXII, 16) y Orosio (l. VI, c. 15). Todos ellos hablan en pretérito, y las palabras de Amiano son vehementísimas: *fuerunt*

Bibliothecæ innumerabiles [*inæstimabiles*]; *et loquitur monumentorum veterum concinens fides*, etc. <<

[1600] Responde Renaudot por versiones de la Biblia, Exaplo, *Catenæ Patrum*, *Comentarios*, etc. (p. 170). Nuestro manuscrito Alejandrino, si no vino de Constantinopla sino del Monte Athos (Wetstein, Prolog. al N. T. p. 8, etc.), pudo estar entre ellos. <<

[1601] He solido recrearme con un capítulo de Quintil (Institut. Orator. X), donde al principio aquel crítico atinado va justipreciando el catálago de los autores clásicos griegos y latinos. <<

[1602] Como Galeno, Plinio, Aristóteles, etc. Sobre este particular Woton (*Reflexions on ancient and modern Learning*, pp. 85-95), arguye atinadamente contra los disparos extrañísimos del señor Guillermo Temple. El menosprecio de los griegos para con toda ciencia *barbárica*, apenas admitiría los libros indios y etiópicos en la biblioteca alejandrina; y no consta que la literatura haya padecido gran quebranto por aquel malogro. <<

[1603] Las noticias curiosas y auténticas de Murtadi (pp. 284-289), no cupieron a Ockley, ni a los presumidos hacinadores de la *Historia Universal Moderna*. <<

[1604] Eutiquio, *Annales*, t. II, p. 320. Elmacín, *Hist. Sarracen.*, p. 35. <<

[1605] Sobre estos *confusos* en *Annales*, puede el lector acudir a D'Anville (*Mém. sur l'Égypte*, p. 108, etc.), y unas conclusiones eruditas defendidas en Estrasburgo el año 1770 (*Jungendorum marium fluviorumque molimina*, p. 39, etc.). Y hasta los aletargados turcos han ventilado el intento antiguo de la unión de ambos mares (*Memorias* del Baron de Tott, t. IV). <<

[1606] Un tomito des *Merveilles etc. de l'Egypte*, compuesto en el

siglo XIII por Murtadi del Cairo, y traducido de un manuscrito arábigo del Cardenal Mazarin, se publicó por Pedro Vatier, París 1666. Las antigüedades de Egipto van a bulto y a lo devoto; pero el escritor merece crédito y aprecio por la razón que trae de la conquista y geografía de su país nativo (véase la correspondencia de Amrú y Omar, pp. 273-289). <<

[1607] El cónsul Maillet, en veinte años de residencia en el Cairo, estuvo contemplando el vaivén teatral del Nilo (Carta II, especialmente, pp. 70 y 75); la fertilidad del terreno (carta IX), la vista poética de Gray, había mirado, desde un colegio de Cambridge, los mismos objetos con mayor ahínco:

Arde el clima y se tiende el fértil Nilo,
Abarcando, cual piélago tranquilo,
La ribera, se afana y se recrea
Y alfombra luego de verdor inmenso,
Al fausto móvil de su influjo intenso
La sementera espléndida campea.
En tanto la atezada muchedumbre
En las leves barquillas que alfarea
De firme arcilla, a su jovial costumbre,
Boga, va y viene, y sin cesar vocea
Mientras acá y allá la ciudad bella
Con su esplendor magnífico descuella, etc.

(*Obras* de Mason y *Memorias* de Gray, pp. 190 y 200). <<

[1608] Murtadi, pp. 164-167. No se avendrá el lector a creer un sacrificio humano bajo los emperadores cristianos, ni un milagro de los sucesores de Mahoma. <<

[1609] Maillet, *Descripción del Egipto*, p. 22, menciona el número, según el concepto general, y añade que, por lo más, cada aldea o

pueblo contiene de dos a tres mil personas, y que a trechos hay vecindarios más crecidos que los de nuestras ciudades populosas. <<

[1610] Eutyquio, *Annales*, t. II, pp. 308, 311. Se suman los veinte millones con los datos siguientes: la duodécima parte de sesenta años para arriba, un tercio de menos de dieciséis, la proporción de varones y hembras de dieciséis a diecisiete; (*Investigaciones sobre la población de Francia*, pp. 71, 72. El presidente Gognet, *Origen de las artes*, etc. (t. III, p. 26, etc.) cuenta hasta veintisiete millones en el antiguo Egipto, por cuanto los mil setecientos compañeros de Sesostris habían nacido en un mismo día. <<

[1611] Elmacín, *Hist. Sarracen*., p. 218, y no escrupulizó D'Herbelot en venir a engullirse aquel mendrugo mohoso (*Bibliothèque Orientale*, p. 1051), Arbuthnot (*Tablas de Monedas antiguas*, p. 262), y de Guignes (*Hist. des Huns*, t. III, p. 135). Pudieran alegar la galantería no menos disparatada de Apiano a favor de los Tolomeos (*in præfat*) de setenta y cuatro miriadas, setecientos cuarenta mil talentos, renta anual de ciento ochenta y cinco, o cerca de trescientos millones de libras esterlinas, según el cómputo del talento egipcio o alejandrino (Bernard de Ponderibus Antioquía, p. 186). <<

[1612] Véase la medición de D'Anville (*Mém. sur l'Égypte*, p. 23, etc.). Tras algunos destemples cavilosos M. Pauro (*Investigaciones sobre los Egipcios* t. I, pp. 118-121), alcanza a dilatar su cómputo hasta dos mil doscientas cincuenta leguas cuadradas. <<

[1613] Renaudot (*Hist. Patriarch. Alexand*., p. 334), quien apellida el texto, comento o la unión vulgar, *error librarii*. Su propia enmienda de cuatro millones trescientas mil piezas en el siglo IX, viene a sostener un medio probable entre los tres millones que cupieron a los árabes con la conquista de Egipto (el mismo p.

168) y los dos millones cuatrocientas mil que el sultán de Constantinopla recaudó en el siglo anterior (Pietro de la Valle, t. I, p. 352; Thevenot. part. I, p. 826). Pauw (*Investigaciones* t. II, pp. 363-373) va por grados acreciendo la renta de los faraones, Tolomeos y Césares desde seis a quince millones de florines alemanes. <<

[1614] El catálogo de Schultens (*Index Geograph. ad calcem Vit. Saladin*. p. 5) contiene dos mil trescientos noventa y seis lugares; y de D'Anville (*Mém. sur l'Égypte*, p. 23), por el diván del Cairo cuenta dos mil seiscientos noventa y seis. <<

[1615] Véase Maillet (*Descripción del Egipto*, p. 28) quien suele discutir con tino y sencillez, pero me llenan más las observaciones que la lectura del cónsul francés. Carecía de literatura griega y latina, y suele allá empaparse fantásticamente en desvaríos arábigos. El mejor caudal se halla en Abulfeda (*Descrip. Egypt*., *Arab. et Lat*. a John David Michaelis, Göttingæ, en 4**o**, 1776) y dos viajes recientes al Egipto, por el entretenido Savary y el instructivo Voiney. Quien cree que este último anduviese por todo el globo. <<

[1616] Rasgueo mi conquista de África por dos intérpretes franceses de la literatura arábiga, Cardonne (*Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des árabes*, t. I, pp. 8-55) y Otter (*Hist. de l'Académie des Inscriptions*, t. XXI, pp. 411-125; y 137). Extraen principalmente sus noticias de Novairi, quien compuso en 1331 d. C., una Enciciopedia en más de veinte volúmenes. Las cinco primeras partes generales van tratando sucesivamente: 1. de Medicina; 2. del Hombre; 3. de los Animales; 4. de Plantas, y 5. de Historia; y los acontecimientos africanos se refieren y ventilan en el capítulo VI de la sección V de aquella última parte (Reiske, *Prodidagmata ad Hagji Chalifae Tabulas*, pp. 232-234). Descuella entre las narraciones antiguas citadas

por Novairi, la relación original de un soldado que acaudillaba la vanguardia de los musulmanes. <<

[1617] Véase la historia de Abdallah en Abulfeda (*Vit. Mohammed*, p. 109) y Gagnier (*Vie de Mahomet*, t. III, pp. 45-48). <<

[1618] Describe León el Africano la provincia de Trípoli (*Navigationne et Viaggi di Ramusio*, t. I, Venetia 1550, fol. 76 *verso*) y Marmol (*Descripción de África*, t. II, p. 562). Era el primero morisco, literato y viajero, quien compuso su obra o su traslado de cautivo en Roma, donde profesó el nombre y la religión de León X. En igual cautiverio el español Marmol, soldado de Carlos V, arregló su descripción de África, traducida en francés por D'Ablancurt (París 1667, tres t. en 4°). Había Marmol leído y visto, mas carece del tino y ahínco que rebosa en la obra original de León el Africano. <<

[1619] Teófanes, quien menciona aquel descalabro más bien que la muerte de Gregorio; nombra al prefecto con el dictado de *Túpavvos*: probablemente se había revestido la púrpura (*Chronograph*. p. 285). <<

[1620] Véase en Ockley (*Hist. de los Sarracenos*, vol. 15, p. 45) la muerte de Zobeir, honrado con las lágrimas de Alí, contra quien se había rebelado. Su denuedo en el sitio de Babilonia, si efectivamente es el mismo individuo, se menciona en Eutiquio (*Annales*, t. II, p. 308). <<

[1621] *Viajes* de Shaw, pp. 118, 119. <<

[1622] *Mimica emptio*, dice Abulfeda, *erat hæc, et mira donatio; quandoquidem Othman, ejus nomine nummos ex ærario prius ablatos ærario præstabat* (*Annales Moslemici*, p. 78). Elmacín (en su sombría versión, p. 39) viene a referir el mismo retruécano. Al sitiar los árabes el palacio de Othman, era muy crecido el catálogo de sus demasías. <<

[1623] Ἐπεστράτευσαν Σαρακηνοὶ τῆν Ἀφρικήν, καὶ συμβάλοντες τῷ τυτάννῳ Ἰρηγ ορίῳ τούτον τρέπουσι, καὶ τούς σύν αύτῷ κτείνουσι, καὶ στοιχήσαντε μετά τῶν'' Αφρων ὑπέστρεψαν. *Theophanis Confessoris Chronographia*, p. 285, edit. París. Su cronología suele ir a bulto. <<

[1624] Theófanes (en *Chronographia*, p. 293) inserta las voces vagas que irían llegando a Constantinopla, acerca de las conquistas occidentales de los sarracenos; y me encuentro en Paulo Warnefrid, diácono de Aquileya (de Gestis Longabard. l. V, c. 13). con que por entonces enviaron una escuadra de Alejandría a los mares de Sicilia y África. <<

[1625] Véase Novairi (*apud* Otter. p. 118), León el Africano (fol. 81. *verso*) que cuenta solamente *cinque cittá e infinite casali*, Marmol (*Descripción de África*, t. III, p. 33) y Shaw (*Viajes*, pp. 17, 61-78). <<

[1626] León el Africano, fol. 58 *verso*, 59, *recto*; Marmol, t. II, p. 115; Shaw, p. 43. <<

[1627] León el Africano, fol. 52; Marmol, t. II, p. 258. <<

[1628] *Regio ignobilis, ct VIX quicquam illustre sortita, parvis oppidis habitatur, parva flumina emittit, solo quam viris melior, et segnitie gentis obscura*. Pomponius Mela, I, 5, III, 10. Merece Mela mayor concepto, por cuanto sus antepasados fenicios habían emigrado de la Tingitana a España (véase en II, 6, un paso de aquel geógrafo descuartizado bárbaramente por Salmasis Isaac Vosio y el crítico siempre avinagrado Jaime Grenovio). Vivía al tiempo de la rendición total de aquel país por el emperador Claudio; pero como unos treinta años después Plinio (*Hist. Natur.*, V. I), se lamenta de sus autoridades tan flojas en indagar, como altaneras para confesar su ignorancia acerca de aquella

provincia lejana y montaraz. <<

[1629] La moda desatinada de la madera de citro, predominó entre los hombres, en Roma, al par del afán de las perlas entre las mujeres. Una mesa redonda de cuatro o cinco pies de diámetro, fue vendida en cambio de un cortijo, era treinta o cuarenta mil duros (Plinio, *Hist. Natur*., XIII, 23). Me hago cargo de que no se debe equivocar el verdadero *citro* con el frutal llamado igualmente *citro*; mas no me conceptúo harto botánico para delinear el primero (que viene a ser como un ciprés silvestre) con el nombre vulgar de Lineo, ni tampoco decidiré si el *citro* será naranjo o limonero. Será tal vez el que en España se llama Poncil. núms. 3, 9. <<

[1630] León el Africano (fol. 16. verso. Marmol, t. II, p. 28). La provincia, primer teatro de las hazañas y grandeza de los *cherifes*, asoma repetidamente en la historia curiosa de esta dinastía, al fin del t. III de Marmol, *Descripción de África*. El III tomo de las Investigaciones históricas sobre los moros, recién impresas en París, ilustran la historia y la geografía de Fez y de Marruecos. <<

[1631] Otter (p. 119) se dispara con el desentono del fanatismo en esta exclamación, que Cardonne ha suavizado hasta el punto de un anhelo devoto de *predicar* el Alcorán. Y sin embargo tenían entrambos presente el texto de Novaire. <<

[1632] Suena la fundación de Cairuán en Ockley (*Hist. de los Sarracenos*, vol. II, pp. 129-130); y León el Africano describe (fol. 75), la situación, mezquita, etc., de la ciudad. Marmol (t. II, p. 532) y Shaw p. 115. <<

[1633] Monstruosa, pero frecuente equivocación, ha venido a confundir la *Cirene* de los griegos, con el *Cairvan* de los árabes, ciudades allá desviadas sobre la costa en más de trescientas leguas [667 km]; sin que el célebre Tirano se haya libertado de

yerro tan clásico, tanto menos disculpable, cuanto va embebido en una *Descripción* expresa y esmerada de África (*Historiar*. l. VII, c. 2, en t. I, p. 240, edit. Buckley). <<

[1634] Además de las crónicas arábigas de Abulfeda, Elmacín y Abulfaragio, al año setenta y tres de la Hégira, podemos consultar a D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, p. 7) y a Ockley (*Hist. de los Sarracenos*, vol. II, pp. 339-459). El primero trae el postrero y patético diálogo entre Abdalah y su madre; mas olvida un efecto físico para su muerte, la renovación e infaustas consecuencias de su *menstruo* a los noventa años. <<

[1635] Λεὸντρίκιονς … ἅπαντα τά 'Ρωμαϊκά ἑξώπλισε πτραϊμα,στρατηγὸν τε ἐπ' αὐτοῖς Ιωάννην τὸν πατρίκιον τῶν πολεμίων προχειρισάμενος πρός Καχηδὸκα κατά τῶν Σαρακηνῶν ἀξέπεμψε Nicephori Constantinop. Breviar., p. 28. El patriarca de Constantinopla, con Teófanes (*Cronograph*. p. 309), apuntan apenas aquel intento postrero, para el socorro del África. Pagi (*Crítica*, t. III, pp. 129, 141) ha logrado discretamente comprobar la cronología, con un cotejo ahincado de los historiadores arábigos y bizantinos, que suelen discordar en el tiempo y en los hechos. Véase igualmente una nota de Otter (p. 121). <<

[1636] *Dove s'erano ridotti I nobili Romani e I Gotti; and afterwards, I Rornani fuggirono e I Gotti lasciarono Carthagine* (León el Africano; fol. 72, recto). No alcanzo de qué escritor arábigo sacó a luz el Africano sus Godos; pero el hecho, aunque nuevo, es tan interesante y probable que lo admito con cualquier autoridad. <<

[1637] Apellida Nicéforo al caudillo Βασιλεύς Σαρακήνων, dictado a bulto, mas no impropio del califa. Introduce Teófanes la denominación extraña πρωτοσύμβολος de que su intérprete explica por *Vizir Azem*. Atinan quizás en apropiar la

parte ejecutiva al ministro, más bien que al príncipe, mas olvidan que los Omníades tenían tan sólo un *kateb*, o secretario, y que el cargo de Visir no asomó o revivió, hasta el año 132 de la Hégira (D'Herbelot, p. 912). <<

[1638] Según Solino (l. 27, p. 36, edit. Salmas), subsistió la Cartago de Dido 677, o más bien 737 años; lección muy varia, procedente de la diferencia en manuscritos o ediciones (Salmas., Plin., Exercitat., t. I, p. 228). El primer cómputo que compone 823 años antes de Cristo, concuerda más con la esmerada autoridad de Veleyo Paterculo; pero nuestros cronologistas (Marsham, *Canon. Chronis.*, p. 898) anteponen el segundo como más conforme con los *Annales* hebreos y tirios. <<

[1639] León el Africano, fol. 71, verso 72, recto. Marmol, t. II, pp. 445-447. Shaw, p. 80. <<

[1640] La historia de la voz *Barbar* puede repartirse en cuatro períodos. 1. En tiempo de Homero, cuando griegos y asiáticos usaban tal vez el idéntico idioma, se aplicaba el eco imitativo de bárbaras a las tribus cerriles, cuya pronunciación era más bronca, y la gramática más escasa. Κάρες Βαρβαόφωνοι (*Ilíada*, II, 867, con el escoliasta de Oxford, *Anotaciones* de Clarke y el *Tesoro griego* de Henrique Esteban, t. I, p. 720). 2. Desde el tiempo, allá por lo menos de Herodoto, abarcó a todas las naciones ajenas del habla y costumbres de los griegos. 3. En tiempo de Plauto, los romanos tuvieron que avenirse al desacato (Pompeyo Festo, l. II, p. 48, edit. Dacier), y se aplicaban sin rebozo el apodo de bárbaros. Fueron luego abogando por una exención para la Italia, y sus provincias subordinadas, y por fin descargaron aquel tiznón, a las naciones montaraces o enemigas de fuera del regazo del Imperio. 4. Correspondía, bajo todo concepto a los moros, y aquella voz ya familiar cundió de los provinciales romanos a los conquistadores sarracenos, y ha

venido a parar muy adecuadamente en apellidar así, la Berbería, o la costa septentrional de África. <<

[1641] El primer libro de León el Africano, y las observaciones del dr. Shaw (pp. 9-20 etc.) despiden algunas ráfagas sobre las tribus andariegas de Berbario, de ralea morisca o arábiga. Pero Shaw estuvo viendo aquellos bravíos con pavor lejano, y León, cautivo en el Vaticano, parece que malogró más de su saber arábigo, que pudo granjear del griego o latino; y asoman muchos de sus desbarros capitales, desde la primera temporada de la historia mahometana. <<

[1642] Admitió Amrú en una conferencia con un príncipe griego, con lo cual se letigimaba toda contienda entre hermanos. Ockley, *Hist. de los Sarracenos*, vol. I, p. 328. <<

[1643] Abulfeda, *Annales Moslemici*, p. 78. verso. Recike. <<

[1644] Suelen los árabes apropiar el nombre de Andalucía, no sólo a los cuatro reinos actuales sino a toda la península (*Geografía Nubiense*, p. 151, D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, pp. 114, 175). La etimología es de Vandalicia, país de vándalos (d'Anville, *États de l'Europe* 146, 147 etc.) Pero el Andalucía de Casiri, que significa en árabe, región de la tarde, o de poniente, y en una palabra, la Hespería de los griegos, es cabalmente adecuada (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II, p. 327 etc.). <<

[1645] El vuelco y renacimiento de la monarquía gótica, se hallan referidos en Mariana (t. I, pp. 238-260, l. VI, c. 11-26. l. VII c. 12). Aquel historiador empapó su gallardo parto (*Historia de hechos Hispaneac*, l. XXX, *Hagae comitum* 1733, en cuatro tomos en folio, con la continuación de Mineana) en elegancia y brío romano, y desde el siglo XII es acreedor a toda confianza por su instrucción y su tino. Pero adolece el jesuita de las vulgaridades de su orden; suele prohijar y engalanar, como su competidor

Buchanan, los consejos nacionales, y carecer de certeza y de cronología, supliendo con sus ocurrencias ideales las clases de documentos históricos. Aquellos vacíos menudean por extenso, y Rodrigo, el arzobispo de Toledo, y padre de la historia española, vivía quinientos años después de la conquista sarracena; estrujándose las noticias primitivas en las croniquillas descarnadas de Isidoro de Badajoz (Pacensis) y de Alfonso III, rey de León, que tan sólo he visto en los *Annales* de Pagi. <<

[1646] El forzamiento, dice Voltaire, es tan difícil de ejecutar como de comprobar. ¿Se coligarían obispos por una muchacha? (*Histoire génerale*, c. XXVI). No es su argumento lógicamente concluyente. <<

[1647] La historia de la Cava (Mariana l. VI, c. 21, pp. 241 y 242) parece que corre pareja con la Lucrecia de Tito Livio. Por maravilla suele citar al modo de los antiguos; y el testimonio anterior de Baronio (*Annal. Eccles.*, 713 d. C., núm. 19), el de Lucas de Tuy, diácono gallego del siglo XIII, sólo dice, *Cava quam pro concubinâ utebatur*.

Pero, dice Conde, el nombre de La Cava, el de su sirvienta Alefa, y cuantas circunstancias engalanan, están comprobando que todo el trance se reduce a una ficción morisca, fundada en alguna novelilla poética y solariega. De Marlés (abreviador de Conde). *Hist. de los Árabes en España*, t. I, p. 63. <<

[1648] Los orientales (Abulfeda, Abulfaragio y Elmacín), pasan de largo la conquista de Esparta, o la despachan en dos palabras. El texto de Novari y de otros árabes, asoma en Cardonne con algunos retazos extraños (*Hist. de África y España bajo el dominio sarraceno*, París, 1765, tres vols. en 12, t. I. pp. 55-114); y más concisamente en Guignes (*Hist. des Huns*, t. I, pp. 347-350). El bibliotecario del Escorial ha chasqueado mis esperanzas, mas parece que ha entresacado con esmero sus desencajados

materiales; y la historia de la Conquista se despeja un tanto con fragmentos apreciables del verdadero Rasís (quien escribió en Córdoba, A. H. 300) de *Ren llasil* etc. Véase la *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. 92, p. 32, etc. En este lugar el ahínco de Pagí se auxilió con la erudicion arábiga de su amigo el abate de Longiteras y dado muchísimo a sus tareas hermanadas. <<

[1649] El yerro de Rodrigo de Toledo en el parangón de los años de la Hégira con los de la Era Juliana, ha inclinado a Baronio, Mariana y la caterva de historiadores españoles, a colocar la primera invasión en el año de 713 y la batalla de Jerez en noviembre de 714. Se ha descubierto el anacronismo con el ahínco más esmerado de los cronologistas modernos, y principalmente Pagí (*Crítica*, t. III, pp. 162-171 etc.) quien restableció la fecha positiva de la revolución. En el día un erudito arábigo como Cardonne, quien prohija el error antiguo es indisculpablemente torpe o flojo. <<

[1650] La Era del César, cuyo uso era legal y popular en España hasta el siglo XIV, empieza treinta y ocho años antes del nacimiento de Cristo; y la refiero yo a la paz general por mar y tierra, que corroboró el poderío y la partición de los Tritinviros (Dion Casio, l. XLVIII, pp. 547, 558. Appian de *Bell Civil.*, p. 1034 ed. folio). Fue la España provincia de César Octaviano, y Tarragona, que erigió el primer templo a Augusto (Facit. Am. I. p, 78) tomaría de los orientales aquel género de adoración. <<

[1651] La carretera, el país y el antiguo castillo del conde Don Julián, y la creencia supersticiosa de los españoles en tesoros ocultos etc., se hallan descritos en el padre Labat (*Viajes a España e Italia*, t. I. pp. 201, 217) con su habitual jovialidad. <<

[1652] El geógrafo nubiense (p. 154) explica la topografía de la guerra, pero se hace sumamente increíble que el teniente de Muza ejecutase el arbitrio desesperado e infructuoso de quemar

las naves. <<

[1653] Jerez, la antigua Asia Regia se halla tan sólo a tres leguas [6,67 km] de Cádiz. En el siglo XVI era el granero del país en trigo, y toda Europa conoce familiarmente el vino de Jerez (Ludov. Nonii Hispania c. 13, pp. 54-56, obra concisa, y esmerada; D'Anville, *États de l'Europe*, p. 454) <<

[1654] *Id sane infortunii regibus pedem ex acie referentibus sæpe contingit*. Ben Hazil de Granada, en *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II, p. 327. Creen algunos crédulos españoles que el rey D. Rodrigo huyó a un santuario, y se ocultó en la celdilla del ermitaño; y otros que lo arrojaron vivo en un tonel lleno de sabandijas, de donde prorrumpió con alaridos lamentables:

Ya me comen, ya me comen

Por do mas pecado había, etc.

Cervantes, *Quijote*, parte 2°, etc. <<

[1655] Swinburne anduvo con sus mulas el trecho de Córdoba a Toledo en setenta y dos horas y media; pero hay que ensanchar este cómputo para las marchas sesgas y pausadas de un ejército. Atravesaron los árabes aquella Mancha memorable trasformada para los lectores de todas las naciones en suelo *clásico*, por la pluma de Cervantes. <<

[1656] Las antigüedades de Toledo, *Urbs Parva* en las guerras Púnicas, *Urbs Regia* en el siglo VI, están descritas brevemente en Núñez (*Hispania* c. 53, pp. 181-186). Toma de Rodrigo el *fatale palatium* de los retratos morunos, pero luego insinúa modestamente que venía a ser un anfiteatro romano. <<

[1657] En la *Historia Arabum* (c. 9 p. 17 *ad calcem*, Elmasita), Rodrigo de Toledo va describiendo las mesas de esmeraldas, e inserta el nombre de Medinat Almeyda en voces y letras arábigas. Parece versado en la literatura musulmana, pero no

estoy de acuerdo con Guignes (*Hist. des Huns*, t. I, p. 350) en que había leído y copiado a Novairi; pues murió un siglo antes de que Novairi compusiese su historia, y aquel desacierto estriba en otro mayor. Confunde Guignes el historiador Rodrigo Giménez de Toledo en el siglo XIII, con el cardenal Giménez también arzobispo de Toledo, que gobernaba en España a principios del siglo XVI, tema y no autor, de obras históricas. <<

[1658] Pudo Tarik estampar en el último peñasco la farfantonada de Regnard y sus compañeros, en su viaje a Laponia:

Hic tandem stetimus, nobis ubi defuit orbis. <<

[1659] Tal era el argumento del traidor Opas, y no todos los caudillos a quienes se dedicaban contestaron con el brío de Pelayo: *Omnis Hispania dudum sub uno regimine Gothorum, omnis exercitus Hispaniae in uno congregatus Ismaelitarum non valuit sustinere impetum*. *Chronic*., Alphonsi Regis, *apud*. Pagi. t. III, p. 177. <<

[1660] El renacimiento del reino godo en Asturias, resalta con despejo y concisión en D'Anville (*États de l'Europe*, p. 159). <<

[1661] Los restos honradísimos de la guerra Cantábrica (Dion Casio, l. III, p. 720) se colocaron en la metrópoli de Lusitania, y tal vez de España (*submittit cui tota suos Hispania fasces*). Núñez (*Hispania*, c. 51, pp. 106-110) va eslabonando los monumentos antiguos, y acaba con un suspiro: *Urbs hæc olim nobilissima ad magnam incolarum infrequentiam delapsa est, et præter priscæ claritatis ruinas nihil ostendit*. <<

[1662] Entrambos intérpretes de Novairi, Guignes (*Hist. des Huns*, t. I, p. 545) y Cardonne (*Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des árabes*, t. I, p. 93, etc.) encaminan a Muza hasta la Galia. Mas no asoma tal empresa, ni en Rodrigo de Toledo, ni en los manuscritos del Escorial, y la invasión sarracena se

pospone en una crónica francesa, hasta el año IX después de la conquista de España. 724 d. C. (Pagi, *Crítica*, t. 175, pp. 176, 195. *Historiadores de Francia*, t. III). Dudo mucho que Muza tramontase jamás el Pirineo. <<

[1663] Cuatro siglos después de Teodomiro, los territorios de Murcia y Cartagena conservan en el geógrafo nubiense Edrisi (pp. 154 y 161) el nombre de Tadmir (D'Anville, *États de l'Europe*, p. 136. Pagi, t. III, p. 174. En la mengua actual de la agricultura española, Swinburne (*Travela into Spain*, p. 123) estuvo recreándose en la huerta de Murcia y de Orihuela, cuatro leguas [8,9 km] de hermosísima sementera, guisantes, alfalfa, naranjos y todo género de hortaliza. <<

[1664] Véase el tratado en árabe y latín, en la *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II, pp. 105, 106, fechado en 4 de marzo del mes de Rejeh. A. H. 94; 5 de abril, 715 d. C.; fecha que dilata al parecer la resistencia de Teodomiro y el gobierno de Maza. <<

[1665] De la historia de Sandoval p. 87; Fleury (*Hist. Ecclesiást.*, t. IX, p. 261) trae la sustancia de otro tratado concluido A.Æ.C. 782, 754 d. C. entre un caudillo arábigo y los godos y romanos, sobre el territorio de Coimbra en Portugal. Se deslinda el impuesto sobre las iglesias en veinticinco libras de oro, y el de los monasterios en cincuenta, el de las catedrales en ciento; los cristianos acuden por justicia al Conde, pero en asuntos capitales tienen que consultar con el alcaide. Las puertas de la Iglesia, tienen que estar cerradas, y todos han de acatar el nombre de Mahoma. No tengo a la vista el original, y con él corroboraría o desterraría la sospecha de que se fraguó para plantear la inmunidad de un convento. <<

[1666] Aquel intento atestiguado por varios historiadores arábes (Cardonne, t. I, pp. 95, 96), en un parangón del de Mitrídates, en marchar desde la Crimea a Roma, o del de Julio César, en

conquistar el Oriente y volver por el Norte a casa, y todos tres suponen tal vez menos que la empresa acertada de Aníbal. <<

[1667] Me pesa de nuestro malogro o mi ignorancia de dos obras arábigas del siglo VIII, y un poema sobre las hazañas de Tarik. La primera de estas obras fue parto de un nieto de Muza, que se salvó de la matanza de su parentela; la segunda, del visir del primer Abderramán, califa de España, quien pudo concertar con algunos veteranos del conquistador (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II pp. 36, 133). <<

[1668] *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II, pp. 32, 252. La primera de estas citas corresponde a la *Biografía Hispánica* de un árabe Valenciano (Véanse los copiosos extractos de Casiri, t. II, pp. 30-121), y la segunda a una Cronología general de los Califas, y de las dinastías africanas y españolas, y como historia particular del reino de Granada, de la cual Casiri casi ha venido a hacer una traducción cabal (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II, pp. 317-519). El autor Ebn Katheb, natural de Granada y contemporáneo de Novairi y Abulfeda (nacido en 1313 d. C., murió en 1374 d. C.) era historiador, geógrafo, médico, poeta, etc. (t. II, pp. 71, 72). <<

[1669] Cardonne, *Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des árabes*; t. I, pp. 116, 117. <<

[1670] Un tratado extenso de economía por un árabe sevillano, en el siglo XIII, en la librería Escurialense, y Casiri tuvo arranques de traducirlo. Da una lista de autores citados árabes y griegos, y también latinos etc. pero sería de extrañar que el andaluz viese aquellos extranjeros por medio de su paisano Columela (Casiri, *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, pp. 323-338). <<

[1671] *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II, p. 104. Traduce Casiri el testamento original del moro Rasis, puesto en su libro, parte IX.

Pero me sorprende en gran manera su dedicatoria: *Principibus cæterisque Christianis, Hispanis suis Castellæ*. No asoma el nombre de Castilla en todo el siglo VIII, sin que se erigiese aquel reino hasta el año de 1022, un siglo posterior a Basis (*Bibliotec.*, t. II, p. 330) significando, no una provincia tributaria, sino un cordón de castillos independientes del yugo morisco (D'Anville, *États de l'Europe*, pp. 166-170). Si Casiri fuera crítico, despejaría un tropiezo, quizás propio. <<

[1672] Cardonne, t. I, pp. 357 y 338. Gradúa la renta en ciento treinta millones de libras francesas. El cuadro cabal de paz y prosperidad alivia la uniformidad sangrienta de los *Annales* sarracenos. <<

[1673] Logro la dicha de poseer una obra interesante y lujosa, que se ha ido regalando por la Corte de Madrid. *Bibliotheca Arabico-Hispana Escurialensis, operâ et studio Michaelis Casiri, Syro Maronitoe. Matriti, in folio, tomus prior, 1760, tomus posterior*, 1770. Honra su ejecución a las prensas españolas, los manuscritos en número de mil ochocientos cincuenta y uno están coordinados con tino y despejo, y sus extractos extensos arrojan alguna luz sobre la literatura mahometana y la historia de España. Aquellos preciosos restos quedan afianzados, pero se fue dilatando la empresa en términos que en el año de 1671, un incendio abrasó la mayor parte de la biblioteca del Escorial, enriquecida con los despojos de Granada y Marruecos. <<

[1674] *Los Harbios*, como se les apellida, *qui tolerari nequeunt*, son 1. Cuantos *además* de Dios, adoran el sol, la luna, e ídolos. 2. Ateístas, *Utrique, quamdiu princeps aliquis inter Mohammedanos superest, oppugnari debent donec religionem amplectantur, nec requies iis concedenda est, nec pretium acceptandum pro obtinendâ conscientiæ libertate* (Reland, dissertat. X de *Jure Militari Mohammed*. t. III p. 14): sistema rigurosísimo. <<

[1675] El deslinde entre una secta proscrita y otra tolerada, entre los *harbios* y la gente del Libro, los creyentes en alguna revelación, asoma a las claras en el coloquio del califa Al Mamun con los idólatras o sabeos de Charras. Hottinger, *Hist. Orient.*, pp. 107, 108. <<

[1676] El Zend, o Parend, la biblia de los ghebros, se cuenta por ellos mismos, o al menos por los mahometanos, entre los diez libros que recibió Abraham del cielo, y su culto se apellida decorosamente la religión de Abraham (D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 701; Hyde, de *Religione Veterum Persarum*, c. 3, pp. 27, 28 etc.). Malicio que no tenemos una razón sencilla y cabal de la religión de Zoroastro. Dr. Prideaux (*Conection.*, vol. II, p. 300, octavo). Prohija la opinión de que fue esclavo y alumno de algún profeta judío, en el cautiverio de Babilonia quizás eran los persas los maestros. <<

[1677] Las *Noches árabes*, pintura fiel y entretenida del mundo oriental, tiznan hasta lo sumo a los magos, o adoradores del fuego, a quienes atribuyen el sacrificio anual de algún mahometano. La religión de Zoroastro no tiene la más remota hermandad con la de los judíos, y sin embargo suelen los mahometanos equivocarlos, cuyo frívolo yerro aguzó los filos del alfanje de Tamerlán (*Hist. de Tamerlán* por Cherefaddín Alí Yesdí, l. V). <<

[1678] *Vie de Mahomet*, por Gagnier, t. III, pp. 114, 115. <<

[1679] *Hae tres sectae, Judæi, Christiani, et qui inter Persas Magorum institutis addicti sunt* κατέξοχήν, *populi libri dicuntur* (Reland, *Disertat.* t. III, p.15). El califa Al Mamun corrobora la distinción honorífica a favor de las tres sectas, con la religión mal deslindada y equívoca de los sabeos, entre los cuales y los politeístas antiguos de Charras mereció abrigo su culto idólatra (Hottinger. *Hist. Orient.*, pp. 167, 168). <<

[1680] D'Herbelot es quien refiere historia tan extraña (*Bibliothèque Orientale*, pp. 448, 449) bajo la palabra de Condemir, y del mismo Mirchond (*Historia Priorum Regunt Persanum* etc., pp. 3, 10 not. pp. 88, 89). <<

[1681] Mirchond (Mohammed Emir Koondah Shah, compuso en idioma persa una historia general del Oriente (era natural de Herat) desde la creación hasta el año de la Hégira 875 (1471 d. C.). En el año de 304 (1438 d. C.) logró el historiador el cargo de bibliotecario; y su hijo Condemir abrevió en tres tomos su obra celebrada A. H. 327, 1520 d. C. Ambos escritores deslindados esmeradamente por Petit de la Croix (*Hist. de Gengis Khan*, p. 137 etc.) asoman descuidadamente comprendidos en D'Herbelot (p. 358 etc.); pero sus muchos extractos, bajo el nombre impropio de Condemir, pertenecen más bien al padre que al hijo. El historiador de Gengis Khan se refiere a un manuscrito de Mirchond, que había recibido de mano del mismo D'Herbelot, su amigo. Un fragmento curiosísimo (las Dinastías Tahería y Soffaria) recién publicado en latín y en persa (Viennæ, 1787 en 4° cum notis Bernard de Jenish); y el editor nos esperanza con la continuación de Mirchond. <<

[1682] *Quo testimonio boni se quidpiam præstitisse opinabantur*. Sin embargo Mirchond no puede menos de haber tachado su afán, puesto que aprobada la tolerancia legal de los magos, *cui* (el fuego del templo) *peracto singulis annis censû uti sacra Mohammedis lege cautum, ab omnibus molestiis ac oneribus libero esse licuit*. <<

[1683] El último mago de nombradía y poderío parece que fue Mardávigo el Dilemita, quien a principios del siglo X reinó en las provincias septentrionales de Persia, cerca del mar Caspio (D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 355). Pero sus soldados

y sucesores los *bowides*, o abrazaron o profesaron el mahometismo, y bajo su dinastía (333-1020 d. C.) tengo que colocar el exterminio de la religión zoroástrica. <<

[1684] Digo a Chardin en cuanto al estado actual de los griegos, en Persia, pues aunque no es el más instruido, es el más juicioso y esmerado de los viajeros modernos (*Voyages en Perse*, t. II, p. 109 etc.). Sus hermanos Pietro de la Valle, Oleario, Thevenot, Tavernier, etc. a quienes he ido registrando infructuosamente, ni tuvieron ojos ni esmero para con un pueblo tan interesante. <<

[1685] La carta de Abdelramen, gobernador o tirano del África, el califa Abul Abás, el primer abasíe, va fechada A. H. 132 (Cardonne, *Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des árabes*, t. I, p. 168). <<

[1686] *Bibliothèque Orientale*, p. 66. Renaudot, *Hist. Patriarch. Alexand.*, pp. 287, 288. <<

[1687] Entre las Epístolas de los Papas, véase León IX, epíst. 3. Gregor VIII de epíst. 22, 25, lib. III epíst. 19, 20, 21, y las críticas de Pagi (t. IV 1055 d. C.; núm. 14, 1073 d. C., núm. 13, quien pesquisa el nombre y alcurnia del príncipe morisco, con quien el más entonado de todos los pontífices romanos se cartea tan cortesanamente. <<

[1688] Mozárabes o Mortárabes, *adscititii*, como se ve interpretado en latín (Pocock, *Specimen Historiæ Arabum*, pp. 39 y 40. *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II, p. 18). La liturgia mozarábica, el ritual antiguo de la iglesia de Toledo, fue contrastado por los papas, y expuesto a las pruebas contingentes de espada y fuego (Marian. *Hist. Hispan.* t. II, IX. c. 18, p. 378). Estaba, o más bien está, en latín; pero se conceptuó preciso en el siglo XII (A. Æ. C. 1687, 1059 d. C.) copiar una traducción arábiga de los

cánones de los concilios de España (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I p. 547) para uso de los obispos y el clero en los reinos moriscos. <<

[1689] A mediados del siglo X, se tachó con esta práctica criminal al clero de Córdoba, por un enviado atrevido del emperador Oton I (*Vita Johannes Gorz*, en *Secul. Benedic*. V, núm. 115, *apud* Fleury, *Hist. Ecclesiást*., t. XII, p. 91). <<

[1690] Pagi, *Crítica*, t. IV. 1149 d. C., núms. 8, 9. Advierte atinadamente, que cuando Sevilla etc. se rescataron por Fernando de Castilla, no asomó en los pueblos cristiano alguno, más que los cautivos, y que las iglesias mozárabes de África y de España, descritas por Jaime Vitriaco, 1218 d. C. (*Hist. Hierosol*., c. 80. p. 1095, en *Gest. Dei per Francos*) se copiaron de algún libro antiguo. Tengo que añadir como la fecha de la Hégira 677 (1278 d. C.) se entiende únicamente de la copia y de la composición de un tratado de jurisprudencia, que deslinda los derechos civiles de los cristianos de Córdoba (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, p. 471), y que los judíos fueron los únicos desavenidos, a quienes Abul Waled, rey de Granada (1313 d. C.) pudo desautorizar, o tal vez tolerar (t. II, p. 298). <<

[1691] Renaudot, *Hist. Patriarch. Alexand*., p. 288. Lisonjeara León el Africano a sus dueños romanos, si desentrañara algunas reliquias encubiertas del Cristianismo en África. <<

[1692] *Absit*, dijo el católico al Visir de Bagdad, *ut pari loco habeas Nestorianos, quorum præter Arabas nullus alius rex est, et Græcos quorum reges amovendo Arabibus bello non desistunt*, etc. Véase en las *Colecciones* de Asseman (*Bibliothèque Orientale*, t. IV, pp. 94-101) el estado de los nestorianos con aquellos califas. Queda más brevemente expuesto el de los jacobitas en la *Disertación preliminar* al segundo tomo de Asseman. <<

[1693] Eutyquio, *Annales*, t. II, pp. 384, 387, 388. Renaudot; *Hist. Patriarch. Alexand.*, pp. 205, 206, 257, 332. Algún tiznón de la herejía monotelita pudo hacer al primero de estos patriarcas griegos menos leal con los emperadores y menos atropellado por los árabes. <<

[1694] Mothabed, quien reinó desde el 892 d. C. hasta el 902 d. C. Los magos le conservaron siempre su nombre y jerarquía, entre las religiones del Imperio (Asseman, *Bibliothèque Orientale*, t. IV, p. 97). <<

[1695] Explica Reland las cortapisas efectivas de la policía y jurisprudencia mahometana (Dissertat. t. III, pp. 16-20) los edictos opresivos del califa Motawakel (847-861 d. C.), que están todavía vigentes asoman en Eutyquio (*Annales*, t. II, p. 448, y D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, p. 640). Refiérese una persecución del califa Omar II, y probablemente abultada en Teófanes (*Chronograph.*, p. 334). <<

[1696] Los mártires de Córdoba (850 d. C., etc.) se mencionan, y se comprueban por san Eulogio, que vino también a ser víctima. Un sínodo convocado por el califa, censuró enmarañadamente su temeridad. El comedido Fleury no alcanza a hermanar su conducta con la disciplina de la Antigüedad, *toutefois l'autorite de l'église*, etc. (Fleury, *Hist. Ecclesiást.*, t. X, pp. 415-522, particularmente pp. 451, 508, 509). Sus actas auténticas despiden alguna luz, aunque volandera, sobre la Iglesia de España en el siglo IX. <<

[1697] Véase el artículo *Eslamiah* (como nosotros decimos Cristiandad) en la *Bibliothèque Orientale*, p. 325. Aquel mapa del mundo mahometano se continúa por el autor, Ebn Alwardi, hasta el año de la Hégira 385 (335 d. C.). Desde aquel tiempo en España los malogros se han sobrepujado con sus conquistas en la India, Tartaria, y en la Turquía Europea. <<

[1698] Se enseña en la Meca el árabe del Alcorán, en un colegio, como lengua muerta. Coteja el viajero Danis, aquel idioma antiguo con el latín; la lengua vulgar del Hejad y el Yemen con el italiano, y los dialectos árabes de Siria, Egipto, África, etc. con el provenzal, el castellano y el portugués, Nieburh, *Description de l'Arabié*, p. 74, etc. <<

[1699] Téofanes coloca los siete años del sitio de Constantinopla en el año de nuestra era cristiana 673 (de la Alejandrina 665, sept. 1) y la paz de los sarracenos, *cuatro* años después; ¡contradicción clásica!, que Petavio, Goar y Pagi (*Crítica*, t. IV, pp. 65-44), se han esmerado en desvanecer. De los árabes, la Hégira 52 (673 d. C., 8 de enero) está patente en Elmacín, el año 48 (688 d. C., feb. 20) Por Abulfeda, cuyo testimonio conceptúo más adecuado y creíble. <<

[1700] Para este primer sitio de Constantinopla, véase Nicéforo (Breviar. pp. 21-22); Teófanes (*Chronograph*. p. 294; Cedreno (*Compend*. p. 437); Zonaras (*Hist*. t. II, l. XIV, p. 89); Elmacín (*Hist. Sarracen*., pp. 56-57); Abulfeda (*Annales Moslemici*, pp. 107-108, vers. Reiske); D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, Constantinah); *Hist. de los Sarracenos* por Ockley, vol. II, pp. 127-128. <<

[1701] El estado y defensa de los Dardanelos queda expuesto en las *Memorias* del baron de Tott (t. III, pp. 39-97), que fue enviado para fortificarlos contra los rusos. De un actor principal, hubiera esperado pormenores más circunstanciados; pero parece que escribe para recreo, más bien que para instrucción del lector. Quizás a la proximidad del enemigo, el ministro de Constantina estaba muy afanado, igualmente que el de Mustafá, en hallar dos canarios, que entonasen cabalmente idéntica nota. <<

[1702] Historia del Imperio Otomano por Demetrio Cantemir, pp. 105-106. Estado del Imperio Otomano por Bycant, pp. 10-

11. *Viajes* de Thevrenot, part. I, p. 189. Los cristianos que suponen que el mártir Abu Ayub va equivocado vulgarmente con el patriarca Job descubren su propia ignorancia más pronto que la de los turcos. <<

[1703] Teófanes, aunque griego, merece crédito en punto a los tributos (*Chronograph*., pp. 295, 296.-500, 501), que se confirman con alguna variación, por la *Historia arábiga* de Abulfaragio (*Dinastías*, p. 128. vers. Pocock). <<

[1704] La censura de Teófanes es cabal y terminante, τὴν Ῥωμαϊκὴν δυναστείαν ἀκρωτηριάσας … πάνδεινα κακὰ πέπονθεν ἡ Ῥωμανία ὑπὸ τῶν Ἀράβων μεχρὶ τοῦ νῦν (*Cronograph*. pp. 302-305). Las series de estos sucesos pueden rastrearse en los *Annales* de Teófanes, y en el compendio del patriarca Nicéforo, pp. 22-24. <<

[1705] Estas revoluciones caseras se refieren en un estilo despejado y natural, en el segundo volumen de la *Hist. de los Sarracenos* por Ockley, pp. 263-370. Además de nuestros autores impresos, saca sus materiales de los manuscritos arábigos de Oxford, que hubiera examinado más profundamente si le hubieran confinado a la biblioteca de Bodlei, en vez de la cárcel pública; ¡suerte tan indigna del individuo como de su país! <<

[1706] Elmacín, que fecha la primera moneda A. H. 76, 695 d. C., cinco o seis años más tarde que los historiadores griegos, ha comparado el peso del mejor o común dinar de oro, con la dracma o dirhem de Egipto (p. 77), que puede equivaler a dos peniques (48 granos) de nuestro peso de Troya (*Investigación* de Hooper sobre las medidas antiguas, pp. 24-36), y equivalente a ocho chelines moneda esterlina. Del mismo Elmacín y de los médicos árabes pueden sacarse algunos dinars hasta el valor de dos dirhems. La pieza de plata era el dirhem en valor y peso; pero a una moneda antigua aunque hermosa, acuñada en Waset,

A. H. 88, y preservada en la biblioteca de Bodlei, le faltan cuatro granos del marco del Cairo (véase la *Historia universal moderna*, t. I, p. 548 de la traducción francesa). <<

[1707] Καὶ ἐκώλυσε γράφεσθαι Ἑλληνιστὶ τοὺς δήυοσίους τῶν λογοθεσίων κώδικας, ἀλλ᾽ Ἀραβίοις αὐτὰ παρασημαίνεσθαι, χωρὶς τῶν ψήφων, ἐπειδὴ ἀδύνατον, τῇ ἐκείνων γλώσσῃ μονάδα, ἢ ὀυάδα, ἢ τριάδα, ἢ ὀκτὼ ἢ μισυ ἢ τρία γράφεσθαι. *Theophanis Confessoris Chronographia* p. 314. Este defecto, si realmente existió, debía haber estimulado la ingenuidad de los árabes, para inventar o tomar de otros. <<

[1708] Según cierta ocurrencia nueva, aunque probable, sostenida por Villoison (*Ancedota Græca*, t. II, pp. 132-157), nuestros guarismos no son de invención india o arábiga. Se usaban por los aritméticos griegos y latinos mucho tiempo antes de la edad de Boecio. Después de la extinción de la ciencia en el Occidente, quedaron adoptadas para las versiones arábigas de los manuscritos originales, y devueltas a los latinos sobre el siglo XI. <<

[1709] En la división de los *Temas*, o provincias, descritas por Constantino Porfirogénito (de *Thematibus*, l. I, pp. 9, 10), el *Obsequium*, denominación latina del ejército y palacio, era el cuarto en el orden público. Nice era la metrópoli, y su jurisdicción se extendía desde el Helesponto hasta las partes adyacentes de Bitinia y Frigia (véanse los dos mapas antepuestos por Delisle al *Imperium orientale* de Banduri). <<

[1710] El califa había vaciado dos cestas de huevos e higos, que se tragaba alternativamente, y el refrigerio se concluía con tuétano y azúcar. En una de sus peregrinaciones a la Meca, Solimán se comió de una sola vez, setenta granadas, un cabrito, seis aves y una cantidad enorme de uvas de Tayef. Si la lista de los platos es

positiva, debemos admirar el apetito, más bien que el lujo del soberano de Asia (Abulfeda, *Annales Moslemici*, p. 156). <<

[1711] Véase el artículo de Omar Ben Abdalaziz, en la *Bibliothèque Orientale* (pp. 689, 690), præferens, dice Elmacín (p. 91) *religionem suam rebus suis mundanis*. Deseaba tanto estar con Dios, que no hubiera ungido su oído (según él mismo decía) para obtener una curación perfecta de su última enfermedad. El califa tenía una sola camisa, y en la edad de lujo, su gasto anual no excedía de dos dracmas (Abulfaragio, p. 131.), *Haud diu gavisus eo principe fuit urbis Muslemus* (Abulfeda, p. 127). <<

[1712] Nicéforo y Teófanes convienen ambos en que el sitio de Constantinopla fue levantado el 15 de agosto de 718 d. C.; pero como el primero, nuestro mejor testimonio, afirma que continuó trece meses, el último debe equivocarse en suponer que empezó el mismo día del año precedente. No hallo que Pagi haya observado esta contradicción. <<

[1713] En el segundo sitio de Constantinopla, he seguido a Nicéforo (Brev. pp. 33-36), Teófanes (*Cronograph*. pp. 124-134), Cedreno (*Compend*. pp. 449-452), Zonaras (t. II, pp. 98-102), Elmacín (*Hist. Sarracen*., p. 88), Abulfeda (*Annales Moslemici*, p. 126), y Abulfaragio (*Dinastías*, p. 150), los más satisfactorios de los árabes. <<

[1714] Nuestro guía seguro e infatigable en las edades medias e historia de Bizancio, Carlos du Tresne du Cange, ha tratado en varias partes del fuego griego, y sus colecciones dejan poco que desear. Véase particularmente *Glossar. Med. et Infim. Græcitat*. p. 1276 sub voce Πῦρ θαλάσσιον, ὕγρον, *Glossar. Med. et Infini. Latinitat. Ignis Græcus. Observation* sur Villehardouin, p, 305, 306. *Observations* sur Joinville, pp. 71, 72. <<

[1715] Teófanes le llama ἀρχιτεκτών (p. 295). Cedreno (p. 437) trae este artista desde (las ruinas de Heliópolis en Egipto; y

la química era a la verdad la ciencia peculiar de los egipcios. <<

[1716] La nafta, el *oleum incendiarium* de la historia de Jerusalén (*Gest. Dei per Francos*, p. 1167), la fuente oriental de Jaime de Vitry (l. III, c. 84), resulta introducido con poca evidencia y fuerte probabilidad. Cinnamo (l. VI, p. 165) llama al fuego griego πῦρ Μήδικον y la nafta se sabe que abunda entre el Tigris y el mar Caspio. Según Plinio (*Hist. Natur.*, II, 109) sirvió para vengarse de Medea, y en ambas etimologías el ἔλαιν Μηδίας, ο Μηδείας (Procop. de *Bell. Gothic.*, l. IV, c. 11 puede bien significar este betún líquido. <<

[1717] Sobre las diferentes especies de aceites y betunes, véanse los *Ensayos químicos* del dr. Watson, vol. III, ensayo I, libro clásico, el más adecuado para infundir el gusto y conocimiento de la química. Los casamientos escasos de los antiguos pueden hallarse en Estrabon (*Geograph*. l. XVI, p. 1078) y Plinio (*Hist. Natur.*, II, 108, 109) Huic (*Naphtæ*) *magna cognatio est ignium, transiliuntque protinus in eam undecumque visam*. De nuestros viajeros quedo más satisfecho con Otter (t. I, pp. 153-158. <<

[1718] Ana Comneno ha descorrido la cortina. Ἀπὸ τῆς πεύκης, καὶ ἄλλων τινῶν τοιούτων δένδων ἀειθάλων σνυάγεται δάκρυον ἄκαυστον. Τοῦτο μετὰ θείου τριβόμενον ἐμβάλλεται εἰς αὐλίσκους καλάμωω, καὶ ἐμφύσαται παρὰ τοῦ παίζοντος λάβρω καὶ συνεχεῖ πνεύματι (*Alexiada*, l. XIII, p. 383). En otra parte (l. XI, p. 336) menciona la propiedad de quemar κατὰ τὸ πρανὲς καὶ ἐφ' ἑκάτερα. León, en el capítulo XIX de sus *Tácticas* (*Opera Meursii*, t. VI, p. 813, edit. Lami, Florent. 1745), habla de la nueva invención de πῦρ μετὰ βροντῆς καὶ κάπνου. Éstos son testimonios íntimos e imperiales. <<

[1719] Constantino Porfirogénito, de *Administrat. Imperii*, c. XIII, pp. 64, 65. <<

[1720] *Histoire de Saint Louis*, p. 39; París, 1668, p. 44; París, de l'Imprimerie Royale, 1761. La primera de estas ediciones es preciosa, por las observaciones de Ducange; la última por el texto puro y original de Joinville. Hemos tenido que recurrir a dicho texto para descubrir que el difunto Gregeois fue traspasado con un venablo o jabalina, desde una máquina que obró como una honda. <<

[1721] La vanidad o envidia, de derribar la propiedad establecida de la Fama, ha tentado a algunos modernos, para trasponer la pólvora sobre el siglo XIV (véase sir William Temple, Dutens etc.), y el fuego griego sobre el VII (véase el Salluste du President des Brosses, t. II, p. 381). Pero su testimonio, que precede a la era vulgar de la invención, raras veces es claro o satisfactorio, y los escritores subsiguientes pueden ser sospechosos de fraude o credulidad. En los primeros sitios, se ha hecho uso de algunos combustibles de aceite y azufre, y el fuego griego tiene algunas afinidades con la pólvora, así en su naturaleza como en sus efectos: por la antigüedad del primero, un paso de Procopio (de *Bell. Gothic.*, l. XIV, c. 11); por la de la segunda, algunos hechos en la historia arábiga de España (1249, 1312, 1332 d. C. *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. II, pp. 6, 7, 8) son los más difíciles de eludir. <<

[1722] Aquel hombre extraordinario, el monje Bacon, revela dos de los ingredientes, nitro y azufre, y oculta un tercero en una sentencia de jerigonza misteriosa, cual si temiera las consecuencias de su mismo descubrimiento (*Biog. Brit.*, vol. I, p. 430, nueva edición). <<

[1723] Para la invasión de Francia, y derrota de los árabes por Carlos Martel, véase la *Historia Arabum* (c. 11, 12, 13, 14) de

Rodrigo Giménez, arzobispo de Toledo, que tenía a la vista la crónica cristiana de Isidoro Pacensis, y la historia mahometana de Novairi. Los musulmanes callan o son concisos en la relación de sus pérdidas; pero Cardonne (t. I, pp. 129, 130, 131) ha dado una pura y sencilla relación de cuanto pudo recoger de Ibu Halikan, Hidjari, y de un escritor anónimo. Los textos de las crónicas de Francia, y vidas de los santos, están insertos en la *Colección* de Bouquet (t. III) y en los *Annales* de Pagi, quien (t. III, bajo los mismos años) ha restaurado la *Cronología*, que se anticipa seis años en los *Annales* de Baronio. El *Diccionario* de Bayle *(Abderramán y Munuza)* tiene más mérito por la reflexión viva que por la investigación original. <<

[1724] Eginhart, de *Vita Caroli Magni*, c. II, pp. 13-18, edic. Schmink, Utrec, 1711. Algunos críticos modernos acusan al ministro de Carlomagno de exagerar la debilidad de los merovingianos; pero la reseña en general es atinada, y el lector francés repetirá siempre los hermosos renglones del facistol de Boileau. <<

[1725] *Mamaccae*, sobre el Oise, entre Compiegne y Noyon, que Eginhart llama *perparvi reditûs villam* (véanse las notas, y el mapa de la Francia antigua en la colección de D. Bouquet). Compendium o Compiegne, era un palacio de la mayor dignidad (Hadrian. Valesii Notitia Galliarum, p. 152), y aquel filósofo risueño, el abate Galliani (*Dialogues sur le Commerce des Bleds*), puede afirmar verdaderamente que era la residencia de los *rois très-chretiens et trés-chevelus*. <<

[1726] Aun antes de aquella colonia, A. U. C. 680 (Veleco Patercul. I. 15), en tiempo de Polibio (*Hist*. l. III, p. 265, edic. Gronov), Narbona era una ciudad céltica de la primera categoría, y una de las plazas más septentrionales del mundo conocido (D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaule*, p. 479). <<

[1727] Con respecto al santuario de san Martin de Tours, Rodrigo Giménez acusa a los sarracenos de la *hazaña, Turonis civitatem, ecclesiam et palatia vastatione et incendio simili diruit et consumpsit*. El continuador de Fredegario les achaca no más que el intento. *Ad domum beatissimi Martini evertendam destinant. At Carolus*, etc. El analista francés era más celoso del honor del santo. <<

[1728] Con todo, dudo sinceramente si la mezquita de Oxford había producido un volumen de controversias tan elegante e ingenioso como los sermones recién predicados por White, profesor árabe, en la lectura de Bamptan. Sus observaciones sobre el carácter y religión de Mahomet, siempre se ciñen a su tema, y se fundan generalmente en la verdad y razón. Sostiene el papel de abogado animoso y elocuente; y a veces se eleva al mérito de historiador y filósofo. <<

[1729] *Gens Austriae membrorum pre-eminentiâ valida, et gens Germana corde et corpore præstantissima, quasi in ictû oculi, manû ferreâ, et pectore arduo, Arabes extinxerunt* (Roderic. Toletan., c. XIV). <<

[1730] Estos guarismos quedan comprobados por Pablo Varnefrid, diácono de Aquileya (de *Gestis Langobard*. l. VI, p. 921. edic. Grot), y Anastasio, bibliotecario de la iglesia Romana (en *Vit. Gregorii II*), que cuenta una historia milagrosa de tres esponjas consagradas, las cuales hicieron invulnerables a los soldados franceses, entre quienes se habían repartido. Parecería que en sus cartas al papa, Eudes usurpó el honor de la victoria, por lo que le castigan los analistas franceses, quienes, con igual falsedad, le acusan de incitar a los sarracenos. <<

[1731] Narbona, y el resto de la Septimania, fue recobrada por Pipino, hijo de Carlos Martel, 755 d. C. (Pagi, *Crítica*, t. III, p. 300). Treinta y siete años después, fue saqueada por una

incursión repentina de los árabes, que emplearon a los cautivos en la construcción de la mezquita de Córdoba (Guignes, *Hist. des Huns*, t. I, p. 354) <<

[1732] Esta carta pastoral, dirigida a Luis el germánico, nieto de Carlomagno, y lo más probable compuesta por la pluma del habilísimo Hinemar, tuvo por fecha el año 858, y está firmada por las provincias de Reims y Ruan (Baronio, *Annal. Eccles.*, 741 d. C.; Fleury, *Hist. Ecclesiást.*, t. X, pp. 514-518). Sin embargo Baronio mismo, y los críticos franceses, orillan con menosprecio esta ficción episcopal. <<

[1733] El caballo y la silla que habían llevado a algunas de sus esposas, eran inmediatamente muertos o quemados, a menos que después hubiesen sido montados por un varón. Mil doscientos mulos, o camellos, fueron requeridos para su ajuar de cocina; y el consumo diario ascendía a tres mil pollos, cien carneros, a más de los bueyes, aves, etc. (Abulfaragio, *Dinastías*, p 140). <<

[1734] *Al Hemar*. Había sido gobernador de Mesopotamia, y el proverbio arábigo alaba el valor de aquella guerrera casta de asnos, que nunca huyen de un enemigo. El sobrenombre de Mervan puede sincerar la comparación de Homero (*Ilíada*, L, 557, etc.), y ambos acallarán a los modernos, que consideran el asno como un emblema zompo y soez (D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 558). <<

[1735] Cuatro plazas diferentes, todas en Egipto, llevaban el nombre de Busir, o Busiris, tan famoso en la fábula griega. La primera, en donde fue muerto Mervan, estaba al Occidente del Nilo, en la provincia de Fium, o Arsinoe, la segunda en el Delta, en el nomo sebenítico; la tercera, cerca de las pirámides, la cuarta, que fue destruida por Diocleciano (véase arriba, vol. I, p. 326), en la Tebaida. Aquí voy a copiar una nota del docto y

ortodoxo Michaelis: *Videntur in pluribus Aegypti superioris urbibus Busiri Copto arma sumpsisse Christiani, libertatemque de religione sentiendi defendisse, sed succubuisse quo in bello Coptus et Busiris diruta, et circa Esnam magna strages edita. Bellum narrant sed causam belli ignorant scriptores Byzantini, alioqui Coptum et Busirim non rebellasse dicturi, sed causam Christianorum suscepturi* (Not. 211, p. 100). Para la geografía de los cuatro Busirs, véase Abulfeda (*Descrip Egypt.*, p. 9 vers. Michaelis Gottingæ, 1776, en 4o), Michaelis (Not. 122-127, pp. 58-63), y d'Anville (*Mémoire sur l'Egipte*, pp. 85. 147. 205). <<

[1736] Véase Abulfeda (*Annales Moslemici*, pp. 136-145), Eutiquio (*Annales*, t. II, p. 592. vers. Pocock), Elmacín (*Hist. Sarracen.*, pp. 109-124), Abulfaragio (*Dinastías*, pp. 134-140) Rodrigo de Toledo (*Historia Arabum*, c. XVII, l. p. 33), Teófanes (*Chronograph*. pp. 356, 357, que habla de los Abasíes bajo los nombres de Χωρασάνιται y Μανροφόροι) la *Bibliothèque Orientale*, de D'Herbelot, en los artículos *Ommiades, Abbassides, Moervan, Ibrahim, Saffah, Abou Moslem*. <<

[1737] Para la revolución de España, consúltese a Rodrigo de Toledo (c. XVIII, p. 34), etc.), la *Bibliot. Hispano-Arábica* (t. II, pp. 30-198), y Cardonne (*Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des árabes*, t. I, pp. 180-197, 205, 272, 232, etc., pero sobre todo a D. José Conde. <<

[1738] No me detendré en aventar los extraños yerros y antojos de Sir William Temple (sus *Obras*, vol. III, pp. 371-374, 8 edición) y Voltaire (*Histoire Générale*, c. XVIII, t. II, pp. 124, 125, edición de Lausanne), tocante a la división del Imperio sarraceno. Las equivocaciones de Voltaire procedieron de falta de conocimiento o de reflexión; pero sir William fue engañado por un impostor español, que ha compuesto una historia apócrifa de la conquista de España por los árabes. No es Conde. <<

[1739] El geógrafo D'Anville (*l'Eufrate et le Tigre*, pp. 121-123), y el orientalista D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, pp. 167, 168), pueden bastar para el conocimiento de Bagdad. Nuestros viajeros, Pietro della Valle (t. I, pp. 688-698). Tavernier (t. I, pp. 250-258), Thevenot (part. II, pp. 309-219), Otter (t. I, pp. 162-168), y Niebuhr (*Voyage en Arabie*, t. II, pp. 239-271), han visto solamente su decadencia: y el geógrafo de la Nubia (p. 204), y el viajero judío, Benjamin de Tudela (*Itinerarium*, pp. 112-123. a Const. l'Empereur, *apud* Elzevir, 1635), son los únicos escritores que yo sepa que hayan hablado de Bagdad bajo el reinado de los Abásidas. <<

[1740] Se echaron, los cimientos de Bagdad A. H. 145, 762 d. C. Motasen, el último de los abásidas, fue cogido y muerto por los tártaros A. H. 656, 1258 d. C., el 20 de febrero. <<

[1741] Medinat al Salem, Dar al Salem. *Urbs pacis*, o, según es más lindamente compuesto por los señores bizantinos, E'ίρηνὸπολις (Irenópolis). Hay alguna contienda sobre la etimología de Bagdad, pero se concede que la primera sílaba significa un jardín en la lengua persa; el jardín de Dad, ermitaño cristiano, cuya celda había sido la única habitación en el lugar. <<

[1742] *Reliquit in aerario sexcenties millies mille stateres, et quater et vicies millies aureos*. Elmacín, *Hist. Sarracen.*, p. 126. He regulado las piezas de oro en ocho chelines, y la proporción para la plata como doce a uno. Pero nunca saldré responsable de los números de Erpenio; y los latinos son superiores a los salvajes en el lenguaje de la aritmética. <<

[1743] D'Herbelot, p. 530. Abulfeda, p. 154. *Nivem Meccam apportavit, rem ibi aut numquam aut rarissime visam*. <<

[1744] Abulfeda, pp. 184. 189., describe el esplendor y la liberalidad de Almamon. Milton ha aludido a esta costumbre

oriental:

–Or where the gorgeous East, with richest hand,

Showers on her kings Barbaric pearls and gold.

He usado la voz moderna *lotería* para expresar los *Missilia* de los emperadores romanos, que daban derecho para algún premio a la persona que los cogía, cuando se arrojaban a la muchedumbre. <<

[1745] Cuando Bell de Antermony (Viajes vol. I, p. 99) acompañó al embajador ruso a la audiencia del desgraciado Shah Hussein de Persia, introdujeron dos leones, para denotar el poder del rey sobre los más fieros animales. <<

[1746] Abulfeda, p. 237. D'Herbelot, p. 590. Esta embajada fue recibida en Bagdad, A. H. 305, 917 d. C. En el paso de Abulfeda, me he valido, con algunas variaciones, de la versión inglesa del docto y amable Harris de Salisbury (*Investigaciones filológicas*, pp. 363-364). <<

[1747] Cardonne, *Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des árabes*, t. I, pp. 330-336. Puede conceptuarse cabalmente el gusto y arquitectura de los árabes de España por la descripción de la Alhambra de Granada (*Viajes de Swinburne*, pp. 171-178). <<

[1748] Cardonne, t. I. pp. 329-330. Esta confesión, los lamentos de Salomón sobre la vanidad de este mundo (Véase el verboso, pero elocuente poema de Prior), y los felices diez días del emperador Seghed (Rambler, Not. 204, 205), serán citados triunfalmente por los tiznadores de la vida humana. Sus esperanzas son por lo más descomedidas, sus cómputos por maravilla son atinados. Si puedo hablar de mí mismo (la única persona de quien puedo hablar con certeza) mis horas felices han excedido en mucho y con mucho, al escaso número de las

del califa de España; y no escrupulizaré en añadir que grandísima parte de ellas se debe la agradable tarea de la presente obra. <<

[1749] El Gulistan (p. 239) refiere la conversación de Mahomet y un médico (Epist. Renaudot. en Fabricio, *Bibliot. Græc*, t. I, p. 814). El Profeta mismo era práctico en el arte de la medicina; y Gagnier (*Vie de Mahomet*, t. III, pp. 394-405), ha dado un extracto de los aforismos que corren bajo su nombre. <<

[1750] Véase su curiosa arquitectura en Reaumar (*Hist. des Inectes*, t. V; *Mémoire*, VIII). Estos exágonos quedan cerrados por una pirámide; los ángulos de los tres lados de una pirámide similar, tales que llenasen el fin dado con la menor cantidad posible de materiales, fueron determinados por un matemático en 109 grados 26 minutos para el mayor, 70 grados 32 minutos. Sin embargo esta perfecta armonía ensalza la obra en menoscabo del artista: las abejas no poseen completamente el arte de la geometría. <<

[1751] Saed Ebn Ahmed, cadí de Toledo, que murió A. H. 462, 1069 d. C., ha proporcionado a Abulfaragio (*Dinastías*, p. 160) este curioso paso, como también el texto del *Specimen Historiæ Arabum* de Pocock. Una porción de anédotas literarias de filósofos, médicos, etc., que han florecido bajo cada califa, forman el principal mérito de las dinastías de Abulfaragio. <<

[1752] Estas anécdotas literarias se han sacado de la *Biblioteca Hispano-Arábiga* (t. II, pp. 38, 71, 201, 202). León el Africano (de *Arab. Medicis et Philosophis*, en Fabricio, *Bibliot. Græc*, t. XIII, pp. 269-298, particularmente p. 274) y Renaudot (*Hist. Patriarch. Alexand.*, pp. 274, 275-536, 537), a más de las observaciones cronológicas de Abulfaragio. <<

[1753] El catálogo del Escorial dará una idea cabal de la

proporción de las clases. En la biblioteca del Cairo, los manuscritos de astronomía y medicina ascendían a seis mil quinientos, con dos hermosos globos, el uno de bronce y el otro de plata (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, p. 417). <<

[1754] Como por ejemplo el quinto, sexto y séptimo libros (el octavo falta todavía) de las secciones cónicas de Apolonio Peajeo, que se imprimieron sobre el manuscrito de Florencia, 1661 (Fabricio, *Bibliot. Græc*, t. II, p. 559) Sin embargo el libro quinto había sido previamente restaurado por la adivinación matemática de Viviani (véase su elogio en Fontenelle, t. V, pag. 59, etc.). <<

[1755] El mérito de estas versiones arábigas se ventiló desahogadamente por Renaudot (Fabricio, *Bibliot. Græc*, t. I, pp. 812-816), y religiosamente defendido por Casiri (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, pp. 238-243). La mayor parte de las versiones de Platón, Aristóteles, Hipócrates, Galeno, etc., se atribuyen a Henain, médico de la secta nestoriana, que floreció en Bagdad en la corte de los califas, y murió en 876 d. C. Estaba encabezando una escuela o manufactura de traducciones y las obras de sus hijos y discípulos se publicaron bajo su nombre. Véase Abulfaragio (*Dinastías*, pp. 88, 115, 174, 174, y *apud* Asseman, *Bibliothèque Orientale*, t. II, p. 438), D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, p. 456), Asseman (*Bibliothèque Orientale*, t. III, p. 164) y Casiri (*Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, pp. 238, etc., 251, 286, 290, 302, 304, etc.). <<

[1756] Véase Mosheim, *Institut. Hist. Éccles*, pp. 181, 214, 257, 315, 338, 396, 138, etc. <<

[1757] El comentario más elegante sobre las categorías o predicamentos de Aristóteles, puede hallarse en las colecciones filosóficas de James Harris (Londres, 1775, en octavo), que se afanó en renovar los estudios de la literatura y filosofía griegas.

<<

[1758] Abulfaragio, *Dinastías*, pp. 81-222. *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, pp. 370, 371. *In quem* (dice el primado de los jacobitas) *si immiserit se lector, oceannum in genere (algebræ) inveniet*. El tiempo de Diofanto de Alejandría se ignora; pero sus seis libros todavía existen, y han sido ilustrados por el griego Planudes y el francés Mexiriac (Fabricio, *Bibliot. Græc*, t. IV, pp. 12-15). <<

[1759] Abulfeda (*Annales Moslemici*, pp. 240, 211 vers. Reiske) describe esta operación según Ibn Challecan, y los mejores historiadores. Este grado contiene con el mayor cuidado doscientos mil codos reales o hashemitas, que la Arabia había sacado de la práctica sagrada y legal de la Palestina y del Egipto. Este codo antiguo está repetido cuatrocientas veces en cada base de la gran pirámide, y parece indicar las medidas primitivas y universales del Oriente. Véase la *Metrología* del laborioso Paucton, pp. 101-195. <<

[1760] Véanse las *Tablas astronómicas* de Ulugh Begh, con el prefacio del Dr. Hyde, en el primer volumen de su *Syntagna Dissertationum*, Oxon. 1767. <<

[1761] La verdad de la astrología fue concedida por Albumazar, y los mejores astrónomos árabes, que sacaron sus predicciones más ciertas, no de Venus y Mercurio, sino de Júpiter y el Sol (Abulfaragio, *Dinastías*, pp. 161-163). En cuanto al estado y ciencia de los astrónomos persas, véase Chardin (*Voyages en Perse*, t. III, pp. 162-203). <<

[1762] *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, p. 458. El original refiere un cuento chistoso de un practicón ignorante, pero sencillo. <<

[1763] En el año 956, Sancho el Craso, rey de León, fue curado por los médicos de Córdoba (Mariana, l. VII, c. 7, t. I, p. 318).

<<

[1764] La escuela de Salerno, y la introducción de las ciencias árabes en Italia, se desentrañan con erudición y juicio en Muratori (*Antiquitat. Italiæ Medii Ævi* t. III, pp. 932-940) y Giannone (*Istoria Civile di Napoli*, t. II, pp. 119-127. <<

[1765] Véase una buena reseña de los progresos de Anatomía en Wotton (Reflexiones sobre la erudición antigua y moderna, pp. 208-256). Su reputación ha sido menospreciada, sin merecerlo, por los ingenios en controversia de Boyle y Bentley. <<

[1766] *Bibliot. Hispano-Arábica*, t. I, p. 275. Al-Beithar, de Málaga, su mayor botánico, había viajado al África, Persia y la India. <<

[1767] Dr. Watson (Elementos de química; vol. I, p. 17, etc.) concede el mérito original de los árabes. Con todo, cita la modesta confesión del famoso Geber del siglo IX (D'Herbelot, p. 387), que había sacado la mayor parte de su ciencia, tal vez sobre la transformación de los metales, de los sabios antiguos. Sea cual fuere el origen o extensión de su conocimiento, las artes de la química y alquimia, parece que fueron conocidas en Egipto, a lo menos trescientos años antes de Mahomet (*Reflexiones* de Wotton, pp. 121-133. Pauw, *Recherches sur les Egyptiens et les Chinois*, t. I, pp. 376-429). <<

[1768] Abulfaragio (*Dinastías*, pp. 26-148), menciona una versión siria de los dos poemas de Homero, por Teófilo maronita cristiano del monte Líbano, que profesaba la astronomía en Roa o Edesa, hacia el fin del siglo VII. Su obra sería una curiosidad literaria. He leído en alguna parte, pero no me acuerdo dónde, que las vidas de Plutarco fueron traducidas al turco, para uso de Mahomet II. <<

[1769] He leído, con mucho gusto, el *Comentario* en latín de William Jones sobre la poesía asiática (Londres, 1774, en

octavo), que fue compuesto en la juventud de aquel lenguaraz admirable. Ahora, en la madurez de su gusto y juicio, quizás rebajaría la alabanza enardecida, y harto parcial que había dado a los orientales. <<

[1770] Entre los filósofos árabes, Averroes ha sido acusado de despreciar las religiones de los judíos, cristianos y mahometanos (Véase su artículo en el *Diccionario* de Bayle). Cada una de estas sectas concedería que en dos ejemplos, de tres, su desprecio era fundado. <<

[1771] D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 546. <<

[1772] Θεόφιλος ἄτοπον κρίνας εἰ τήν τῶν ὄντων γνῶσιν, δί ἥν τὸ Ῥωμαίων γένος θαυμάζεται ἔκδοτον ποιήσει τοίς ἔθνεσι etc. Cedreno, p. 549, que refiere cuán varonilmente rehusó el emperador un matemático a las instancias y ofertas del califa Almanon. Este absurdo escrúpulo está expresado casi en los mismos términos por el continuador de Teófanes (*Scriptores post Theophanem*, p. 118) <<

[1773] Véase el reinado y carácter de Harun Al-Rashid, en la *Bibliothèque Orientale*, pp. 451-453, bajo su propio título; y en los artículos relativos a que se refiere D'Herbelot. Aquel docto colector iba mostrado mucho tino en extractar de las crónicas orientales de sus anécdotas instructivas y divertidas. <<

[1774] En cuanto a la situación de Racca, al antiguo Nicéforo, consúltese D'Anville (*l'Euphrate et le Tigre*, pp. 24-27). Las *Noches árabes* representan a Harun Al-Rashid casi permanente en Bagdad. Respetó el sitio real de los abasíes; pero los vicios de los habitantes le habían echado de la ciudad (Abulfeda, *Annales Moslemici*, p. 167). <<

[1775] De Tournefort, en su viaje costeando desde Constantinopla a Trebisonda, pasó una noche en Heraclea o Gregri. Su vista

observó el estado presente, su lectura reunió las antigüedades, de la ciudad (*Voyages du Levant*, t. III, lettre XVI pp. 25-35). Tenemos una historia separada de Heraclea en los *Fragmentos* de Memnon, que ha preservado Focio. <<

[1776] Las guerras de Harun Al-Rashid contra el Imperio Romano se refieren por Teófanes (pp. 384, 385. 391. 596. 407, 408), Zonaras (t. II, l. XV, pp. 115. 124), Cedreno (pp. 477, 478), Eutiquio (*Annales*, t. II, p. 407), Elmacín (*Hist. Sarracen*., pp. 136, 151, 152), Abulfaragio (*Dinastías*, pp. 147. 151), y Abulfeda (pp. 156, 166-168). <<

[1777] Los autores de quienes he aprendido la mayor parte del estado antiguo y moderno de Creta, son Belon (*Observations*, etc. c. 3-20. París, 1555), Tournefort (*Voyages du Levant*, t. I, lettre II et III), y Meursio (*Creta*, en sus *Obras*, t. III, pp. 343-544). Aunque Creta se llama por Homero πίειρα, por Dionisio λιπάρη τε καί εὖβοτος, no puedo concebir que aquella isla montañosa supere, ni aun iguale, la fertilidad de la mayor parte de España. <<

[1778] Se logra el conocimiento más auténtico y circunstancial de los cuatro libros de la continuación de Teófanes, recopilados por la pluma o el mandato de Constantino Porfirogénito, con la vida de su padre Basilio, el Macedonio (*Scriptores post Theophanem*, pp. 1-162 a Francisc. Combelis, París, 1685). La pérdida de Creta y Sicilia se refiere, l. II, pp. 46-52. A esto podemos añadir el testimonio secundario de José Genesio (l. II, p. 21, Venet. 1733), Jorge Cedreno (*Compend*. pp. 506-508), y Juan Seylitaes Curopalata (*apud* Baronio, *Annal. Eccles*., 827, nota 24, etc.). Pero los griegos modernos son unos plagiarios tan notorios, que citaría solamente una pluralidad de nombres. <<

[1779] Renaudot (*Hist. Patriarch. Alexand*., pp. 251-256, 268-270) ha descrito los salteamientos de los árabes andaluces en

Egipto, pero ha olvidado enlazarlos con la conquista de Creta. <<

[1780] Δηλοί (dice el continuador de Teófanes, l. II, p. 51) δὲ ταύτα σαφέστατα καὶ πλατικωτερον ἡ τότε γραφείσα Θεογνώστῳ καὶ εἰς χεῖρς ἐλθοῦσα ἡμῶν. Esta historia de la pérdida de Sicilia no existe ya. Muratori (*Annali d'Italia*, t. VII, pp. 7, 19, 21, etc.) ha añadido algunas circunstancias de las crónicas italianas. <<

[1781] La espléndida e interesante tragedia de Tancredo cuadra mucho mejor con esta época que con la fecha (1005 d. C.) que Voltaire mismo ha escogido. Pero yo reconvengo más decididament al poeta, por confundir en los argumentos griegos los caballeros modernos y los republicanos antiguos. <<

[1782] La relación o lamentación de Teodosio se halla copiada e ilustrada por Pagi (*Crítica*, t. III, 749, etc.). Constantino Porfirogénito (en *Vit. Basil.*, c. 69, 70, pp. 190-192) menciona la pérdida de Siracusa y el triunfo de los demonios. <<

[1783] Los extractos de las historias arábigas de Sicilia se hallan en Abulfeda (*Annales Moslemici*, pp. 271-278), y en el primer volumen de los *Scriptores Rerum Italicarum* de Muratori. Guignes (*Hist. des Huns*, t. I, pp. 363, 364) ha añadido algunos hechos importantes. <<

[1784] Uno de los romanos más eminentes (*Gratianus, magister militum et Romani palatii superista*) fue acusado de declarar: *Quia Franci nihil nobis boni faciunt, neque adjutorium præbent, sed magis quae nostra sunt violenter tollunt. Quare non advocamus Græcos, et cum eis foedus pacis componentes, Francorum regem et gentem de nostro regno et dominatione expellimus*? Anastasio en *Leone IV*, p. 199. <<

[1785] Voltaire (*Hist. Générale*, t. II, c. XXXVIII, p. 124) parece estar

malquistado con la índole del papa León IV. He tomado su expresión general, pero la vista del foro me ha proporcionado un concepto más despejado y brioso. <<

[1786] Guignes, *Hist. des Huns*, t. I. pp. 363, 364, de *Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des árabes*, t. II, pp. 24, 25. Observo y no puedo reconciliar la diferencia de estos escritores en la sucesión de los Aglabitas. <<

[1787] Beretti (*Chorographia Italiæ Medii Ævi*, pp. 106, 108) ha ilustrado Centumcelæ, Leopolis, Civitas Leonina, y las otras plazas del ducado romano. <<

[1788] Los árabes y los griegos callan igualmente lo tocante a la invasión de Roma por los africanos. Las crónicas latinas no dan mucha instrucción (véanse los *Annales* de Baronio y Pagi). Nuestro guía auténtico y contemporáneo para los papas del siglo IX es Anastasio, bibliotecario de la iglesia romana. Su vida de León IV contiene veinticuatro páginas (pp. 175-199, edic. París); y si una gran parte consiste en necedades supersticiosas, debemos culpar o alabar a este héroe, que frecuentó más la iglesia que el campamento. <<

[1789] El mismo número fue aplicado a las siguientes circunstancias en la vida de Motassem: fue el *octavo* de los abasíes, reinó *ocho* años, *ocho* meses, y *ocho* días; dejó *ocho* hijos, *ocho* hijas, *ocho* mil esclavos, *ocho* millones de oro. <<

[1790] Amorio asoma por maravilla en los geógrafos antiguos, y luego yace totalmente olvidado en los itinerarios romanos. Después del siglo VI, llegó a ser una sede episcopal, y al fin la metrópoli de la nueva Galacia (Carol. Scto. Paulo, *Geograph. Sacra*, p. 234). La ciudad se volvió a levantar de sus ruinas, si debemos leer *Ammuria*, no *Anguria*, en el texto del geógrafo de la Nubia (p. 236). <<

[1791] En el Oriente fue llamado Δυστυχής (Continuador de Teófan., l. III, p. 84); pero era tal la ignorancia del Occidente, que sus embajadores en discurso público, podían referir atrevidamente: *de victoriis, quas adversus exteras bellando gentes cœlitus fuerat assecutus* (Analist) Bertinian. *apud* Pagi, t. III p. 720. <<

[1792] Abulfaragio (*Dinastías*, pp. 167, 168) refiere una de estas transacciones singulares sobre el puente del río Lamo en Sicilia, límite de los dos imperios, y camino de un día hacia el poniente de Tarso (D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. II, p. 91). Cuatro mil cuatrocientos sesenta musulmanes, ochocientas mujeres y niños, cien confederados, fueron canjeados por igual número de griegos. Se pasaron unos a otros en medio del puente, y cuando llegaron a sus amigos respectivos, gritaron *Allah Acbar*, *Kirie y Eleison*. Muchos de los prisioneros de Amorio estaban probablemente entre ellos; pero en el mismo año (A. H. 231), los más esclarecidos, los cuarenta y dos mártires, fueron degollados por orden del califa. <<

[1793] Constantino Porfirogénito, en *Vit. Basil.*, c. 61, p. 186. A la verdad estos sarracenos fueron tratados con rigor peculiar como piratas y renegados. <<

[1794] En cuanto a Teófilo, Motassem (l. III, pp. 77-84), Genesio (l. III, pp. 22-34), Cedreno (pp. 528-532), Elmacín (*Hist. Sarracen.*, p. 180), Abulfaragio (*Dinastías*, pp. 165, 166), Abulfeda (*Annales Moslemici*, p. 191), D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, pp. 639, 640). <<

[1795] Guignes, que a veces salta, a veces tropieza, en el golfo entre la historia china y mahometana, sueña columbrar que estos turcos son los *Hoei-ke*, alias los *Kao-tche*, o galeras gruesas, que estaban divididos en quince cuadrillas, desde la China y Siberia hasta los dominios de los califas y samanidas, etc. (*Hist. des*

Huns, t. III, pp. 1, 33, 124, 131). <<

[1796] Cambió el antiguo nombre de Sumera, o Samara, en el antojadizo título de *Ser-mén-raï*, lo que causa placer a primera vista (D'Herhelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 808, D'Anville, *l'Euphrate et le Tigre*, pp. 97, 98). <<

[1797] Tómese por ejemplo, la muerte del califa Motaz: *Correptum pedibus pertrahunt, et sudibus probe permulcant, et spoliatum laceris vestibus in sole collocant, præ cujus acerrimo æstû pedes alternos attollebat et demittebat. Adstantium aliquis misero colaphos continuo ingerebat, quos ille objectis manibus avertere studebat … Quo facto traditus tortori fuit, totoque triduo cibo potuque prohibitus … Suffocatus*, etc. (Abulfeda, p. 206). Del califa Moctadi, dice, *services ipsi perpetuis ictibus contundebant, testiculosque pedibus conculcabant* (p. 208). <<

[1798] Véanse bajo los reinados de Motassem, Motawakkel, Montasser, Mostai, Motaz, Mohtadi, y Motamed, en la *Bibliothèque Orientale*, de D'Herbelot, y los *Annales* de Elmacín, ahora familiares, Abulfaragio y Abulfeda. <<

[1799] En cuanto a la secta de los carmatios, consúltese Elmacín (*Hist. Sarracen.*, pp. 219, 224, 229, 231, 238, 241, 243), Abulfaragio (*Dinastías*, pp. 179-182), Abulfeda (*Annales Moslemici*, pp. 218, 219, etc. 245-265-274), y D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, pp. 256-258, 635). Encuentro algunas contradicciones de teología que no sería fácil ni de mucha importancia reconciliar. <<

[1800] Hyde, *Syntagma Dissertat.*, t. II, p. 57, en *Hist. Shahiludii*. <<

[1801] Las dinastías del Imperio árabe pueden estudiarse en los *Anales* de Elmacín, Albufaragio y Albufeda, bajo los años *correctos*, y en el diccionario de D'Heberlot bajo los nombres

correctos. Los cuadros de De Guignes (Hist. des Huns, t. I) muestran una cronología general de Oriente, salpicada con algunas anécdotas históricas, pero su apego a la sangre nacional ha confundido en ocasiones el orden espacial y temporal. <<

[1802] Los aglabitas y edrisitas son el argumento expreso de De Cardonne, *Hist. de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des árabes*, t. II, pp. 1-63. <<

[1803] Para obviar la reconvención de error, debo criticar los descuidos de Guignes (t. I, p. 359) tocante a los edrisistas. 1. La dinastía y ciudad de Fez no podía hallarse en el año de la Hégira 173, pues que el fundador fue un hijo *póstumo* de un descendiente de Alí, que se fugó de la Meca en el año 168. 2. Este fundador, Edris, en vez de vivir hasta la edad inverosímil de ciento veinte años, A. H. 313, murió A. H. 214 en la flor de la virilidad. 3. La dinastía se extinguió A. H. 307, veintitrés años más pronto de lo que fija el historiador de los hunos. Véanse los exactos *Annales* de Abulfeda, pp. 158, 159, 185, 238. <<

[1804] Las dinastías de los taeritas y sofaridas, con el origen de la de los sumánides, están descritas en la historia original y en la versión latina de Mirchoud. Sin embargo, los hechos más interesantes habían sido apurados por la diligencia de D'Herbelot. <<

[1805] Guignes (*Hist. des Huns*, t. II, pp. 124-454) ha apurado los toulunidas e ikshiditas de Egipto, y dado alguna luz sobre los carmatios y amadanitas. <<

[1806] *Hie est ultimus chalifah qui multum atque sæpius pro concione peroraret… Fuit etiam ultimus qui otium cum eruditis et facetis hominibus fallere hilariterque agere soleret. Ultimus tandem chalifarum cui sumtus, stipendia, reditus, et thesauri, culinæ, cæteraque omnis aulica pompa priorum chalifarum ad instar comparata fuerint. Videbimus enim paullo post quam indignis et*

servilibius ludibriis exagitati, quam ad humilem fortunam altimumque contemptum abjecti fuerint hi quondam potentissimi totius terrarum Orientalium orbis domini. Abulfeda, *Annales Moslemici*, p. 261. He presentado este paso, según el modo y tono de Abulfeda; pero el rasgo de elocuencia latina pertenece más propiamente a Reiske. El historiador árabe (pp. 255, 257, 261, 269, 283, etc.) me ha suplido los hechos más interesantes de este párrafo. <<

[1807] Su dueño en semejante ocasión, se mostró de ánimo más indulgente y tolerante. Ahmed Ebn Hanbal, cabeza de una de las cuatro sectas ortodoxas, nació en Bagdad A. H. 164, y murió allí A. H. 241. Combatió y sufrió en la disputa relativa a la creación del Corán. <<

[1808] El empleo de visir fue anulado por el emir Al Omra, *Imperator Imperatorum*, título que Rabdi instituyó primero y que al fin tomó origen en los bowides y seljukides: *vectigalibus, et tributis, et curiis per omnes regiones præfecit, jussitque in omnibus suggestis nominis ejus in concionibus mentionem fieri* (Abulfaragio, *Dinastías*, p. 199). También lo menciona Elmacín (pp. 254, 255). <<

[1809] Luitprando, cuyo temperamento colérico se acibaró más y más con su situación apurada, sugiere los nombres más aplicables a Nicéforo que los distados hueros de los griegos. *Ecce venit stella matutina, surgit Eous, reverberat obtutû solis radios, pallida Saracenorum mors, Nicephorus* μεδων. <<

[1810] A pesar de la insinuación de Zonaras, καὶ εἰ μὴ etc. (t. II, l. XVI, p. 197) es un hecho evidente que Creta fue subyugada completa y finalmente por Nicéforo Focas (Pagi, *Crítica*, t. III, pp. 873-875. Meursio, *Creta*, l. III, c. 7, t. III, pp. 464, 465). <<

[1811] Una vida escrita en griego de san Nicon el armenio se halló en la biblioteca de Sforza, y fue traducida al latín por el jesuita

Sirmond, para uso del cardenal Baronio. Esta leyenda contemporánea despide un rayo de luz sobre Creta y el Peloponeso en el siglo X. Halló la isla recién recobrada, *foedis detestandæ Agarenorum superstitionis vestigiis adhuc plenam ac refertam*… pero el misionero, victorioso quizás con algún auxilio carnal, *ad baptismum omnes veræque fidei disciplinam pepulit. Ecclesiis per totam insulam ædificatis* (*Annal. Eccles.*, 961 d. C.). <<

[1812] Elmacín, *Hist. Sarracen.*, pp. 278, 279. Luitprando estaba dispuesto a despreciar el poder griego; sin embargo confiesa que Nicéforo condujo contra Siria un ejército de ochenta mil hombres. <<

[1813] *Ducenta fere millia hominum numerabat urbs* (Abulfeda, *Annales Moslemici*, p. 231) de Mopsuestia, o Masifa, Mampsysta, Mansista, Mamista, según se llama, corrompida o tal vez más correctamente en las edades medias (Wesseling, Itinerar. p. 580). Con todo, no puedo dar crédito a esta popularidad extremada pocos años después del testimonio del emperador León, οὐ γὰρ πολυπληθία στρατοῦ τοις Κίλιξι βαρβάροις ἐστὶν (*Táctica*, c. XVII, en *Opera Meursii*, t. VI, p. 817). <<

[1814] El texto de León el diácono, en los nombres corrompidos de Emeta y Mictarsim, revela las ciudades de Amida y Martyropolis (Miafarekin. Véase Abulfeda, *Geograph. Arab.*, p. 245. vers. Reiske) De la primera, observa León, *urbs munita et illustris*; de la segunda, *clara atque conspicua opibusque et pecore, reliquis ejus provinciis urbibus atque oppidis longe præstans*. <<

[1815] *Ut et Ecbatana pergeret Agarenorumque regiam everteret … aiunt enim urbium quæ usquam sunt ac toto orbe existunt felicissimam esse auroque ditissimam* (Leo Diacon. *apud* Pagium, t. IV, p. 34). Esta espléndida descripción cuadra únicamente con

Bagdad, y no es posible aplicarla a Hamadán, la verdadera Ecbatana (D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. II, p. 237), o Tauris, que por equivocación generalmente se ha conceptuado aquella ciudad. El nombre de Ecbatana, en el mismo sentido indefinido se traslada por una autoridad más clásica (Cicero *pro Lege Manilia*, c. 4) al sitio real de Mitrídates rey del Ponto. <<

[1816] Véanse los *Annales* de Elmacín, Abulfaragio y Abulfeda, desde A. H. 351 hasta A. H. 361; y los reinados de Nicéforo Focas y Juan Zamisces, en las crónicas de Zonaras (t. II, l. XVI, p. 199; l. XVII, 215) y Cedreno (*Compend.*, pp. 649-684). Sus muchas nulidades quedan en parte suplidas por la historia manuscrita de León el diácono, que Pagi logró de los benedictinos, y la ha insertado casi entera, en una versión latina (*Crítica*, t. III, p. 873; t. IV, p. 37). <<

Índice

Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano III 3

JUSTINIANO 6

XXXIX 9

XL 42

XLI 108

LOS REINOS ROMANO-GERMÁNICOS DE OCCIDENTE 186

XLII 190

XLIII 240

XLIV 293

XLV 361

BIZANCIO Y LOS PERSAS 400

XLVI 404

CRISTIANISMO ORIENTAL 461

XLVII 465

XLVIII 538

XLIX 627

ISLAM 695

L 698

LI 786

LII 877

Autor 936

Notas 938